

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA

BIBLIOTECA "GOATHEMALA". VOLUMEN XXVIII

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN VICENTE DE CHIAPA Y GUATEMALA DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Escrita por el Reverendo Padre Predicador General

FRAY FRANCISCO XIMENEZ

De la misma Provincia

LIBROS I Y II

**PRIMERA EDICION DEL
MANUSCRITO ORIGINAL
DE CORDOBA, ESPAÑA**

Paleografía y anotaciones del doctor Carmelo Sáenz de Santa María

GUATEMALA, C. A.—1977

**HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN VICENTE DE CHIAPA
Y GUATEMALA DE LA ORDEN DE PREDICADORES**

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA

BIBLIOTECA "GOATHEMALA", VOLUMEN XXVIII

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN VICENTE DE CHIAPA Y GUATEMALA DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Escrita por el Reverendo Padre Predicador General

FRAY FRANCISCO XIMENEZ

De la misma Provincia

LIBROS I Y II

**PRIMERA EDICION DEL
MANUSCRITO ORIGINAL
DE CORDOBA, ESPAÑA**

Paleografía y anotaciones del doctor Carmelo Sáenz de Santa María

GUATEMALA, C. A.—1977

INTRODUCCION GENERAL

CARMELO SAENZ DE SANTA MARIA, s. j.
Universidad de Deusto, Bilbao.
Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.

La obra literaria de fray Francisco Ximénez, el dominico astigitano que consagró su vida al estudio y al trabajo en la Guatemala de finales del XVII y comienzos del XVIII, no ha sido editada todavía en su totalidad; quedan manuscritos suyos dispersos en bibliotecas y archivos nacionales y extranjeros que merecerían ver la luz pública. Sin embargo, una parte de su magnífica producción: la transcripción y traducción del Popol Vuh, conocida ya desde finales del siglo XVIII, ha seguido interesando a la ciencia universal y se suceden sin interrupción ediciones, traducciones y comentarios.

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala consideró muy acertadamente que la Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, podía ocupar el primer lugar en su Biblioteca Goathemala, y así apareció por primera vez en Guatemala en los años 1929 y 1930. La edición —hace tiempo agotada— despertó suficiente interés, como para que pudiera pensarse en una segunda impresión; pero no se consideró oportuno limitarse a transcribir la primera: que se había limitado a la versión paleográfica realizada a mediados del siglo pasado por don Juan Gavarrete, que —aunque en general acertada— presentaba muchas lagunas debidas al concepto de historia que en aquel entonces prevalecía. Para esta nueva edición se contaba con una copia manuscrita —probablemente de mano de Ximénez— de los libros sexto y séptimo que se conserva en el Archivo General de Centro América de Guatemala y una copia microfilmada de un manuscrito correspondiente al libro quinto que se guarda en el Instituto Iberoamericano de Berlín; en el curso de la edición se vino en conocimiento de la existencia en la Biblioteca Provincial de Córdoba en España, de un manuscrito —también de mano de Ximénez— que contiene la versión completa de los libros primero y segundo: manuscrito que había sido compulsado por el que esto escribe en vistas a su posible publicación.

De esta manera puede la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, presentar una versión mucho más ajustada de la obra histórica de Ximénez, que complete y ponga al día aquella primera edición que abrió en 1929 su "Biblioteca Goathemala".

El presidente actual de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, licenciado don David Vela, quiso que me encargara además de la presentación de toda la obra: deseo y voluntad que para mí es una orden y que he procurado llevar a cabo con todo el cuidado que se merece el autor, la obra y la Sociedad de Geografía e Historia; y muy especialmente su presidente, quien es —sin duda alguna— el mejor conocedor en la actualidad de la persona y de la obra de fray Francisco Ximénez, a quien ha dedicado tantos capítulos de su Literatura Guatemalteca, como muy especialmente el prólogo al libro sexto de esta misma Historia, que ha dejado muy poco que añadir al conocimiento de la trayectoria vital y científica del dominico que se abrió a orillas del Genil en Ecija, y se cerró en el convento grande de Santo Domingo en la Antigua Guatemala.

CARMELO SÁENZ DE SANTA MARÍA,
de la Sociedad de Geografía e Historia de
Guatemala.

FRAY FRANCISCO XIMENEZ; O. P., SU VIDA Y SU OBRA

Nacimiento y primeros años

Francisco Ximénez nació en Ecija a 28 de noviembre de 1666; así lo asegura el acta bautismal que se conserva en la iglesia de Santa Cruz de aquella ciudad, aunque la edición de Guatemala del libro V de su *Historia* le haga afirmar que nació el 23 del mismo mes. Su padre se llamó —como él— Francisco Ximénez; su madre María Torija.¹⁾

Francisco conservó siempre gran cariño hacia su Ecija natal; cariño que sublimó uniéndolo con la devoción —tan española— a su celestial patrona: Nuestra Señora del Valle, “¡santísima y soberana señora mía!”, como la denomina en la Dedicatoria previa a su *Tesoro de las Lenguas*.

En esta misma Dedicatoria asocia Francisco al recuerdo de Ecija y de su patrona, el trance en que se vio de ser sepultado, por haber sido juzgado muerto, volviendo su cuerpecito a dar señales de vida cuando pasaba por las proximidades del santuario de Nuestra Señora; trance que le fue contado muchas veces por su madre, “quien —nos dice— poco antes se había visto despojada del consorte, por las manos tiranas —añade— de los que con impiedad más que de fieras, miserablemente pasan la vida de despojar en los caminos a los hombres, sus haciendas y las más veces de la vida...”.

Para completar este cuadro desdichado, Francisco recuerda que su madre había perdido de un golpe a su padre y a su esposo; y estaba para perder al hijo a quien llevaba ya al cementerio.

No cabe dudar que, el abrirse a la vida en tan trágicas condiciones, tuvo que fusionar más íntimamente a madre e hijo; y no tendría nada de extraño que de este hogar tronchado por la desgracia surgiera una especial vocación a la orden dominicana a la que la madre se sentiría atraída en busca de una seguridad moral, que la vida le negaba.

1) El nombre de la madre que aparece bastante claro en el libro de bautismos fue identificado por primera vez por David Vela en su prólogo a la Cuarta Parte de la Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala (Guatemala, 1971), p. XIII.

Francisco no vuelve a mencionar a su madre, ni a ningún otro miembro de la familia; en cambio sugiere una estancia —de duración imposible de precisar— en Málaga, pues parece recordar como testigo presencial el terremoto que la asoló en 1680.²⁾

No he encontrado, en los libros parroquiales de Santa Cruz, mención de la muerte de los Ximénez; ni el acta matrimonial de sus padres. No abunda tampoco el nombre mismo de Ximénez, habiendo en cambio perdurado hasta fecha reciente en el tronco familiar de la Torija.³⁾

Anotemos finalmente que la profesión de “salteadores” de caminos que más tarde se haría casi endémica en Andalucía, no se había considerado tan antigua como nos la muestra Francisco en su mirada al lejano pasado: el recuerdo de su padre —a quien no conoció— y de su muerte violenta a manos de forajidos no disminuyó su amor a su Ecija natal. Señal obvia de que no sólo recuerdos tristes guardaba para él.⁴⁾

Nos habla en su *Historia* del lejano recuerdo de fray Cristóbal de Prada —de la alta sociedad ecijana—, a quien conoció y admiró en sus años infantiles cuando frecuentaba las clases de Gramática del convento dominicano; a quien más tarde acompañaría en su viaje a América, y cuyos restos venerables pudo enviar a su ciudad natal tras su violenta —y gloriosa— muerte en plena actividad misionera.⁵⁾

Ingresa en la orden dominicana

En fecha que desconocemos, ingresó Francisco en el convento de San Pablo y Santo Domingo de la ciudad de Ecija; con la misma imprecisión nos encontramos para establecer la fecha en que pasó al convento de Córdoba para proseguir sus estudios eclesiásticos.

¿De qué tipo fueron éstos? Es normal que estudiara o completara lo que entonces se comprendía bajo el título general de Gramática, que se concentraba en el estudio del latín. Este se realizaría con los viejos métodos nemotécnicos para fijar en la memoria del estudiante las innumerables reglas de la buena dicción, y sus no menos numerosas excepcio-

2) En su *Historia Natural*, tít. VI, Montes y volcanes: p. 145 “y se vio en España, el año de 1680, en que me hallé yo: que tirando a romper por la parte de Málaga, adonde fue a parar desde Castilla la Vieja, fue tan grande la violencia que allí hizo al romper por la mar que casi toda la ciudad la echó al suelo”. Evidentemente no se deduce de aquí que Ximénez estuviera en Málaga en 1680, sino que se halló en España en el curso de aquel terremoto que fue a romper “por la parte de Málaga”.

3) Quiero agradecer aquí tanto al señor párroco de la iglesia de Santa Cruz en Ecija como al señor Fernando Caldero, secretario particular de la Alcaldía, por la simpática colaboración con que posibilitaron mi consulta de los libros parroquiales: tanto para localizar la partida bautismal de Francisco —tarea relativamente fácil; cuanto para dar con la partida de matrimonio de sus padres, o la defunción de su padre y abuelo, que no nos fue posible.

4) No se conservan recuerdos del bandolerismo en el siglo XVII, como son frecuentes los que se refieren a los siglos XVIII y especialmente XIX; recordemos los “siete niños” que darían nombre a la misma Ecija.

En 1629 salió a luz en Sevilla el libro del jesuita Martín de ROA, *Ecija, sus santos, su antigüedad eclesiástica y seglar* que fue completado en 1631 (Lisboa) por el libro titulado: *Adición al libro de Ecija y sus grandezas*, de Andrés FLORINDO. Es muy probable que ambos libros estuvieran al alcance de nuestro Francisco en sus años de formación en su ciudad natal.

5) Fray Francisco Ximénez conservó siempre gran veneración por su coterráneo, fray Cristóbal de Prada. Ximénez se honra con el doble epíteto de “paisano y combarcano” (III, 117; V, LXXXVI) y resume el proceso de su martirio en las páginas 117-120, donde completó la relación que, del mismo suceso, dejó el padre fray Agustín Cano: pp. 120-125.

nes: eran largas tiradas de versos que se suponían más fáciles de retener que las normas gramaticales que se trataba de inculcar. No era frecuente entonces el estudio profundo —en una carrera no especializada— de otras lenguas, como el griego o el hebreo; no se descubren rastros en los escritos de Ximénez que nos autoricen a pensar que nuestro estudiante se iniciara en alguna de estas lenguas. El estudio de la Gramática se solía completar con el de la Retórica que en la práctica se reducía a perfeccionar el conocimiento y uso del latín; no era el lenguaje castellano objeto de estudio especial: se le suponía conocido, y su uso elemental se regulaba en las primeras letras. Tenemos un resquicio documental para sospechar que Ximénez profundizó algo más en el estudio del castellano que lo pudieran haber hecho sus compañeros: habla del *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias (Hist. I, p. 66) y menciona el trabajo en que se ven los teorizantes del idioma para dar con la lengua primitiva de España. No es mucho, pero es algo para un primer fundamento de su abierta curiosidad lingüística.⁶⁾

Sus estudios de Gramática le permitían seguir el curso de Artes, en que naturalmente se estudiaría la doctrina de Santo Tomás en alguno de los tratadistas de nuestra Edad de Oro; no parece que la filosofía escolástica dejara muy profunda huella en su espíritu, que se adentró con mayor entusiasmo en la teología dogmática y positiva, que coronaba el curso de los estudios eclesiásticos y le permitía acceder al sacerdocio. La Sagrada Escritura le interesó algo más —a juzgar por sus escritos—; en ella buscaba la solución al problema siempre abierto, y nunca resuelto, del origen de los indios americanos. Aceptaba en bloque la teoría que los conectaba con alguna de las tribus de Israel; y gozaba escudriñando textos escriturarios, que —a su parecer— hicieran razonable esta conexión humana.

Al margen de los estudios sistemáticos, Francisco tuvo la oportunidad de ver, a través de la historia remota y más próxima de Ecija y de Córdoba, el impacto producido, por el paso de las distintas civilizaciones que a partir de Roma, a través de los visigodos, y a lo largo de los años del poderío árabe, en las tierras y en las gentes andaluzas.⁷⁾

La convocatoria de Ipenza

Fray Ambrosio de Ipenza había sido enviado por la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala para que planteara y resolviera en la Corte algunos problemas que surgían en las relaciones entre obispos y doctri-
neros; llevaba además el encargo de reclutar una expedición de dominicos que ayudara a cubrir las vacantes, que la edad y los fallecimientos

6) Sobre la lengua castellana y su historia, pudo conocer Ximénez, la obra del jesuita ALDRETE (José de Aldrete): *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España*, Roma, 1606; y la de Covarrubias (Sebastián de Covarrubias) *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, 1611; que fue reeditada años después por el padre Remigio NOYDENS, incluyendo la obra de Aldrete (Madrid, 1673-1674).

En su explicación de los sonidos típicos de la lengua quiché, afirma decididamente la aspiración de la *—h—*, suponiendo que hacer otra cosa sería incorrecto.

7) Véanse en la nota 4) los libros que a principios del siglo XVII habían aparecido sobre Ecija y “sus grandezas”. Tanto el período romano como el visigodo entraban en el pasado “glorioso” de Ecija; no era tan favorable la impresión respecto a los sarracenos, cuya invasión —para muchos españoles— había sido un verdadero castigo de Dios.

producían, y también —¿por qué no?— a mantener aquel deseado equilibrio numérico entre criollos y europeos que estaba en la base del sistema de alternativa, entre unos y otros, para los cargos directivos de la provincia.

Curiosamente no especifica Ximénez el momento en que se comisionó a Ipenza para llevar a cabo su misión en España; recuerda de él que había llegado a Guatemala en 1668 en “barcada” dirigida por fray Luis de Mesa; Ximénez lo enumera entre los demás sin especificar procedencia. Lo vuelve a mencionar con ocasión de haber ocupado temporalmente la vicaría de Chimaltenango de la que había sido desposeído —algo violentamente— por el obispo Ortega y Montañés, el mismo conductor de su expedición fray Luis de Mesa. Esta expulsión y la orden soberana de entregar las doctrinas de los zendales al clero secular motivaron el envío de fray Ambrosio a España.⁸⁾ No era demasiado segura la travesía, ya que, dejando a un lado los posibles encuentros con piratas y corsarios, las naves empleadas eran excesivamente viejas; precisamente el procurador que había sido enviado unos años antes (1681) había perecido ahogado en la travesía.⁹⁾

Procede de la gestión de Ipenza una serie de legajos que se conservan en el Archivo de Indias, en que se presentaban al Consejo las alegaciones que la Orden hacía frente a las acusaciones de que había sido objeto por parte de obispos y gobernadores. Se alude a las gestiones de Ipenza en la real cédula de 30 de diciembre de 1686 que mandaba recoger las que sobre el mismo tema y en sentido adverso a los dominicos habían sido expedidas en 1680 y 1682. “Y habiéndose visto —dice— en el dicho mi Consejo con un testimonio que enviasteis, y todos los autos, informes y papeles que han venido en esta razón, y lo que, en nombre de la religión de predicadores de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, ha pedido fray Ambrosio de Ipenza, definidor y procurador general de ella con diferentes instrumentos...”.¹⁰⁾

Conseguido el primer intento de su viaje, pasó fray Ambrosio al segundo: pedir la autorización precisa para organizar y conducir a Indias la “barcada” correspondiente. En el Archivo de Indias se conserva la petición, impresa para su más fácil lectura, que Ipenza presentó al Consejo, para que se autorizara el paso a Indias de cuarenta religiosos de “coro” y cinco legos, que se consideraban imprescindibles para la multitud de ocupaciones que en el mismo impreso se detallan. El impreso había sido presentado en la sesión del Consejo de 29 de enero de 1686 y aprobado finalmente a 10 de julio del mismo año. Ipenza había agregado manuscrita una lista de los cuarenta y cinco religiosos que había

8) Es muy parco Ximénez en sus datos sobre fray Ambrosio de Ipenza, el dominico —de origen latamente vizcaíno— a quien debió su primer traslado a Indias. La vicaría de Chimaltenango y las doctrinas de los Zendales —ambas controvertidas entre dominicos y prelados diocesanos— motivaron el envío de Ipenza a la corte; quien llevaba además el encargo de organizar la “barcada” correspondiente.

9) Ximénez describe con verdadero dramatismo la difícil travesía —finalmente frustrada— del procurador de la provincia, fray Manuel González (II, 414-415; V, XXXVII).

10) El escrito —impreso según las normas entonces vigentes— presentado al Consejo de Indias por fray Ambrosio de Ipenza está en AGI, Guatemala 181; en la *Historia* de Ximénez se intercala una real cédula fechada a 30 de diciembre de 1686 en que se menciona a fray Ambrosio de Ipenza como informante y peticionario (II, 457; V, XLIV).

podido reunir y que quedaban nominalmente autorizados para el viaje. La lista que Ipenza presenta al Consejo difiere notablemente de la que Ximénez nos trasmite en su *Historia*: empecemos por decir que Ximénez falta en la primera lista; y si a esto añadimos la distribución geográfica de candidatos, encontramos una holgada mayoría de religiosos procedentes de la mitad norte de la península en la primera lista y un deslizamiento hacia el sur en la segunda. Sin que busquemos misterios excesivos a este hecho, podríamos establecer que Ipenza había organizado su primera propaganda en centros como Salamanca o Valladolid; y se había visto obligado a rellenar las filas primitivas clareadas, por el tiempo transcurrido, con una propaganda adicional por Córdoba y Sevilla. Sin embargo, la lista final comprendía treinta nombres con una disminución de quince frente a la nómina primitiva.¹¹⁾

Viaja Ximénez a Indias (1688)

Llegó la noticia de la expedición a Indias y Ximénez se ofreció para ella: tenía 22 años y había recibido las órdenes menores. Se le invitaba para enrolarse en alguna de las actividades que Ipenza explicaba por los conventos por donde pasaba y que ante todo se referían a puestos destacados entre indígenas, ya que el título por el que se concedían las licencias como declara la Audiencia de Guatemala en informe manuscrito sobre el impreso de Ipenza: “los religiosos... pasan a aquella provincia con título de misioneros... (pero a veces)... se emplean en puestos de su religión”. Podemos creer que fray Francisco joven soñaba con un lugar destacado en alguna de aquellas colectividades indígenas que Ipenza había enumerado al principio de su informe: pensaría —lo suponemos— en las trece lenguas que fray Ambrosio enumeraba y en los Artes y Vocabularios a que habían sido “reducidas” por los religiosos, para recoger —decía— “los sazonados frutos de cristiandad que se cogen en aquella sementera católica”...; o pensaba en aquella entrada en las “ásperas montañas” de la provincia del Chol, Manché, Lacandón y Agiza, donde estaban —decía fray Ambrosio— “por febrero del año pasado de 85, el provincial de dicha mi provincia con cuatro religiosos... aguardando ocasión para introducir personalmente la palabra divina en aquellas naciones...”.

El viaje de Ximénez está doblemente documentado: nuestro autor le consagra un capítulo de su *Historia* (II 477-480); pero es mucho más abundante la suma de datos que para el viaje de fray Francisco nos proporciona la documentación conservada en el Archivo de Indias, que se refiere al capitán de la expedición, Juan Thomas Miluti, incluyendo antecedentes y consecuencias.

La expedición —dos urcas y un patache— es singular, por haber marchado fuera del amparo de las flotas, y por haber rendido viaje en Puerto de Caballos. La fortaleza de las urcas le permitía realizar el viaje sin temor a corsarios —generalmente— deficientemente equipados; y el des-

11) En el mismo impreso que lleva la petición de Ipenza aparecen manuscritas las resoluciones del Consejo, y la lista provisional de religiosos autorizados para embarcarse con fray Ambrosio.

tino final en la costa hondureña que conoce temporadas de atractivo especial para el comercio. La expedición origina tan abundante papeleo, porque las autoridades guatemaltecas consideran que a su amparo se habían realizado numerosas operaciones de contrabando.

Empezando por Ximénez: no aparece su nombre ni en la lista de embarque ni en el certificado de desembarque. En la nota de desembarque, el escribano —singularmente minucioso en detallar físicamente a cada uno de los miembros de las tripulaciones— engloba a los dominicos en la vaga expresión: “Ipenza y treinta frailes...”. Esta diferencia de atención se debe obviamente al deseo de que los tripulantes no desembarcaran con fraude de la Hacienda y daño de la navegación en el retorno; peligro que no se daba en el caso de los religiosos, que venían a eso: a quedarse... ¹²⁾

En las urcas —fuertes navíos de fabricación holandesa— venía además un lucido grupo de personalidades: venía el nuevo presidente y capitán general, Jacinto de Barrios Leal; venían oidores para sustituir a los que cesaban; venían catedráticos para la recién inaugurada Universidad de San Carlos.

La prisa y el exceso de confianza de este brillante grupo produjo una sorpresa que amargó el gozo de la llegada: mientras celebraban alegremente la primera noche en tierra firme y en lo más retirado del lago de Izabal hasta donde habían llegado en barcas de acarreo, un grupo de corsarios que esperaba la ocasión, cayó sobre ellos y respetando las personas, se quedó con todo el avío: doscientos mil pesos calcula Ximénez la pérdida causada, sólo al presidente. ¹³⁾

Ximénez, más cauto y precavido, dejó las naves en Puerto Caballos y emprendió el viaje por tierra, llegando a Guatemala el 4 de febrero de 1688 en compañía de los padres Andrés Gómez de Rivera y Diego de Santa María; en su *Historia Natural* recuerda Ximénez, años adelante, su avivada curiosidad de recién llegado: le impresionan especialmente los murciélagos que sorprendieron a su camarada fray Diego quien, al hacer noche en el pueblo de Talgua, en las cercanías de Gracias a Dios, “durmió sobre una mesa y se destapó el pie, y a la mañana halló que le había salido más de una escudilla de sangre de una picadura que tenía, como una lenteja, quitado sólo el cutis...”; otro tanto le ocurrió al caballo que traía Ximénez en este mismo viaje: “en un rancho que llaman la boca del monte de Merendón (*en las cercanías de la frontera actual de Guatemala*) le dieron diez picadas y le salieron abundantes chorros de sangre”. ¹⁴⁾

12) Del viaje a Indias se conserva la relación de Ximénez, en Historia (II, 477-480; V, XLIX); en AGI, abundante documentación, originada en España antes de la partida y en Puerto Caballos, después del desembarco y salida para Veracruz: en este viaje falleció el capitán general Miluti. AGI, Guatemala, 143 y Contratación, 3190. La expedición se componía de dos urcas y un patache, se había agregado además un barco de nacionalidad francesa que finalmente se separó al verse obligadas las urcas a esperar al patache que se había despistado a la altura de las Canarias.

13) La sorpresa de los piratas sobre el descuidado grupo del presidente que celebraba en las Bodegas de Izabal el feliz arribo fue totalmente inesperada, pero no tan desusada que no arguyera mucha imprevisión por parte del séquito presidencial. Historia: II, 478; V, XLIX.

14) El viaje por tierra de fray Francisco es recordado por él en dos ocasiones en su *Historia Natural*; ambas en el capítulo dedicado a los murciélagos (H. N., ps. 98-99). Talgua —junto a Gracias a Dios— y el Merendón forman así dos puntos de referencia para establecer el itinerario seguido por Ximénez en este primer internamiento en Guatemala.

A lo largo del mes de febrero fueron concentrándose en Guatemala todos los expedicionarios: Ximénez se incorporó a las clases de Teología, que le faltaban para completar su formación sacerdotal, y quedó un poco separado de los acontecimientos ciudadanos, por ello no pudo ser testigo presencial de aquel “globo de fuego” que pasó “por cima de la plaza y tan bajo que parece que se iba a encontrar con la portada de la Catedral”, corriendo después “según las personas que lo vieron —añade— más de cien leguas”. A este “presagio”, que sucedió mientras se celebraban “unas loas en unos carros triunfales” para festejar al nuevo presidente, se unió poco después “a cinco de mayo” mientras corrían toros en la plaza “en la misma fiesta del presidente”, “una inundación de agua tan grande que... a no haberse dividido en muchos brazos, hubiera hecho mucho mayor estrago del que hizo; aunque no fue poco en muchas personas que se ahogaron y casas que se cayeron”... Presagios “fatales” de un gobierno —dice— que “sería muy fatal”.¹⁵⁾

Al llegar el tiempo de su ordenación sacerdotal, Ximénez —o sus superiores— prefieren enviarle a Chiapas, donde presidía el obispo Núñez de la Vega, buen amigo de los dominicos, y dominico él mismo; allí se trasladó en 1690, después de haber pasado dos cuaresmas en el convento grande de Santo Domingo, de las que recordará siempre los sermones de fray Pedro de Estrada, de antigua familia guatemalteca, “insigne predicador, que enternece las piedras”; también recordará las lecciones de su profesor, fray Martín de Orbaiceta.¹⁶⁾

Viaje a Chiapas (1690).

Tres veces irá en su vida a Chiapas: la primera en esta fecha, la segunda acompañando al nuevo obispo Alvarez de Toledo, y la tercera cuando emprendió su frustrado viaje a España en 1720.

En este primer desplazamiento tuvo un encuentro que pudo ser decisivo para su futuro ministerio con los indios. Marchó hacia Chiapas por el camino de la sierra y en una de sus primeras etapas se detuvo en Sacapulas, donde años adelante pasaría larga temporada.

Allí habló largamente con fray Juan de San José, anciano que rondaba el centenario: nacido en Segovia había pasado a Guatemala en una de las “barcadas” de mediado el siglo XVII; “tenía muy buena capacidad —nos dice— y la aprovechó muy bien en la doctrina de los indios a quienes amaba como a hijos”. Ximénez nos explica que en su intento de comprender mejor a los indios, amén de viajar siempre a pie “y andar sin hábito, con un casacón grande de sayal y una montera” y “ganarse la vida” “haciendo petaquillas y chiquigüites”, “trató de hermanarse tanto

15) La desgracia que atribuló al presidente mientras celebraba su feliz arribo a su distrito, no fue la única: los agoreros del tiempo auguraron muchas contrariedades para aquel gobernante que venía acompañado de tan malos presagios: con presagios o sin ellos, su período fue poco feliz. Véase *Historia*, II, 479 (V. XLIX).

16) Del período de sus estudios en Guatemala (febrero de 1689-agosto de 1690), recuerda el nombre de sus profesores, fray Martín de Orbaiceta, y del predicador de las dos cuaresmas: fray Pedro de Estrada (III, 7; V, LVI; II, 498; V, LIV). El padre Rodríguez Cabal en sus *Apuntes*, p. 6, enumera profesores y compañeros de estudios durante aquel bienio 1689-1690; citando en su apoyo un informe rendido ante la audiencia por los padres Guerra y González en 1689; no incluye signatura del documento.

con ellos, que entraba en sus juntas y consejos, y bebía de sus bebidas en sus convites, como uno de sus principales; aunque —añade Ximénez— sin dar motivo a que le perdiesen el decoro que de eso fue el santo viejo muy celoso; y al cabo de más de treinta años que había gastado en esto, concluyó diciendo: “que no había podido acabar de conocer a los indios ni comprenderlos”.

Era el cuatro de agosto y los indios de Sacapulas celebraban a Santo Domingo; subrayando todas las músicas que se percibían, se escuchaba, constante y rítmico, el golpe del tum: “No oiga aquel tum —le dijo el viejo doctrinero—, que allí tienen pacto con el demonio los indios: yo lo sé muy bien”.

Ximénez —ya mayor— acepta su teoría sobre los indios: son incomprendibles. ¡Como Dios —añade Ximénez con sorna—. En ellos —continúa— se verifica al revés el viejo adagio: “¡Haz bien y no acates a quién!”, que se transforma en “¡Haz bien y guárdate!”... , porque los “más beneficiados son los que más se señalan contra sus bienhechores”. Entrevista en aquel día de agosto en Sacapulas que no pudo dejar de grabarse en la joven mente del ecijano.¹⁷⁾

Entra Ximénez en la política guatemalteca (1691-1694).

Para la vida espiritual y religiosa de fray Francisco, tuvo importancia excepcional su ordenación sacerdotal recibida de manos del obispo de Chiapa, Núñez de la Vega; pero tal vez para su trayectoria de doctrinero, encarnado en Guatemala, fue decisivo el encargo, que recibió y cumplió, de servir de capellán al licenciado Fernando López Ursino y Orbaneja —antiguo colegial mayor de Salamanca— que venía a Guatemala como visitador del presidente Barrios Leal. La visita duró cerca de cuatro años (enero 1691-diciembre 1694); y naturalmente dividió a los vecinos entre los partidarios del presidente y los del visitador: Ximénez se mantuvo en el grupo de los amigos de Ursino, y esta actitud le hizo caer en desgracia del presidente Barrios, cosa que probablemente le favoreció, ya que el regreso de éste le separó momentáneamente de la actividad política regional, que a lo largo de su vida le distraería más de lo justo de trabajos de orden más cultural y trascendente.

17) Este primer paso por Sacapulas está documentado en *Historia* (II, 496, V, LIII) “anda fray Juan —nos dice— sin hábito y con un casacón grande de sayal y una montera de lo mismo, en que se conocía que ya no estaba en sí, porque había sido muy gran religioso y observante. Comía a las siete de la mañana, y dormía su siesta y a las nueve se levantaba, y cenaba como a las dos la tarde, y a las diez de la noche ya era otro día para él, habiendo trocado e invertido —dice Ximénez— todo el orden natural... fácil escándalo en aquel jovencito que se abría a la vida religiosa en aquel extraño exotismo. En Rodríguez Cabal más datos sobre la fecha de su ordenación sacerdotal/diciembre de 1690/ ya que por entonces cumplía los 24 años requeridos por el concilio tridentino: le ordenó fray Francisco Núñez de la Vega, obispo de Chiapas y fue apadrinado por fray Manuel Mariscal, natural de Málaga, que administraba el pueblo de Chamula/antigua y fugaz encomienda de Bernal Díaz del Castillo/. Véase nuestro “Un documento inédito”. *Revista de Indias*, enero-marzo 1961, pp. 159-182. Los datos mencionados en *Apuntes*, pp. 6-7.

Primeros encargos indigenistas de fray Francisco (1694-1697)

El guatemalteco fray Crisóstomo Guerra, vicario de San Juan Sacatepéquez, tuvo el honor de iniciar a fray Francisco en la lengua cakchiquel. Mucha facilidad debía tener nuestro Ximénez, o poco sabía su mentor Guerra, pues en dos meses —nos dice—, aprendió el uso y empleo de la lengua.

Fray Crisóstomo Guerra se contó entre las amistades del cronista Fuentes y Guzmán; éste le conoció precisamente en su vicaría de San Juan Sacatepéquez: de él supo que, en barrios apartados del centro parroquial, los indios se juntaban para reuniones que concluían en borracheras y en promiscuidad sexual. Fuentes y Guzmán no quiere —dice— descender a los detalles que fray Crisóstomo le relató: “me refirió cosas y casos monstruosos que omito referir por su fealdad...”. Fuentes añade que —a iniciativa del obispo— los distintos presidentes intentaron remediar aquel abuso. El último que lo intentó, aunque sin mayor éxito que los demás, fue precisamente el amigo de Ximénez, Ursino. Guerra había decidido finalmente callar sobre el tema “como en cosa que parece irremediable”. La intervención de Ursino, la ida de Ximénez a San Juan y su rápido aprendizaje del cakchiquel, nos sugieren la posibilidad de que ambos acontecimientos estuvieran ligados. En cualquier caso Guerra no consideró importante mencionar a Ximénez en su relación a Fuentes.¹⁸⁾

Ya en los últimos días del visitador Ursino, Ximénez recibe el encargo de ayudar a fray Francisco de Viedma en su administración de San Pedro de las Huertas. Viedma —madrileño de nacimiento y hombre de alta cultura que ejerció, en cátedras diversas, en México, Puebla y Guatemala— se había fracturado una pierna y no podía atender la visita de San Pedro situada a dos millas de la ciudad. Este fue el primer encargo que Ximénez desempeñó bajo su personal responsabilidad: era un pueblecito de indios cakchiqueles que se dedicaban a la plantación y cultivo de hortalizas que llevaban al mercado de Guatemala: el agua que les servía para el regadío era mala para beber y era muy frecuente entre ellos el bocio que los desfiguraba. Ximénez nos dice que esta colaboración duró un año (¿1696-1697?). Los cakchiqueles no forman el grupo indígena más apreciado por Ximénez: actitud que comparte con Fuentes y otros escritores coetáneos. Es fácil que la ambigua actuación del grupo cakchiquel, en relación con los quichés y los zutuhiles por un lado y con los conquistadores españoles por el otro, les restara confianza y finalmente aprecio; por otra parte, la circunstancia de mezclarse los cakchiqueles en las cercanías de la capital con la ínfima plebe de los suburbios les dibujaba como pueblo. Sólo en fecha muy reciente el descubrimiento y la edición del *Memorial* de Tecpán Atitlán —que con otros manuscritos se conservaba inédito entre los franciscanos— ha contribuido a revalorizar lo que en los primeros tiempos se identificaba como “reino cakchiquel o metropolitano”. Su capital, Tecpán Guatemala, se halla en la actualidad en proceso de volver a mostrar algo de su esplendor pasada.

18) Sobre San Juan Sacatepéquez y fray Crisóstomo Guerra en *Recordación* 1, 373-4.

Vicario en Guatemala y prior en San Salvador (¿1697-1698?)

Bajo el padre Francisco Viedma fue Ximénez vicario en Guatemala, también ejerció por entonces el cargo de maestro de novicios; en esa oportunidad pondríamos las mejoras que realizó en el llamado “cuarto del noviciado”, que acusaba los defectos de una reciente construcción.

Poco después es enviado al convento de San Salvador, como prior. Suponemos que Ximénez aprovecharía su estancia en San Salvador para aprender la lengua pipil: no la menciona jamás; si la conoció no le interesó; creyó más oportuno centrarse en la interesante familia quiché-cakchiquel-zutuhil, sin adentrarse en el dominio lingüístico nahuatl.

Los detalles que recuerda en su historia de su paso por San Salvador, son de leve importancia; le impresionó, por ejemplo, la llegada a la ciudad del provincial mercedario, fray Felipe de Colindres, que “cierto me dió en rostro —dice— el aparato militar con que caminaba; y mucho más cuando llegado a su convento, en presencia de toda la ciudad y prelados que habían salido a recibirle, jactándose y alabándose de que era rico, dijo que así habían de ser los prelados, porque si eran pobres desarrollarían (?) a sus súbditos”. Frases que —prosigue Ximénez— escandalizaron a todos “y mucho más a mí, como más malo que todos. . .”.¹⁹⁾

La gran empresa militar de Barrios (1695-1696)

Fuentes dedicaba a esta empresa un párrafo introductorio a su *Recordación*, que no había sido precedentemente editado y que quedó incluido en nuestro *Estudio Preliminar* a las obras de Fuentes y Guzmán; Fuentes creyó en el éxito de esta campaña y quiso engalanarse con el título de cronista del reino para cantarla: el resultado final no justificó las esperanzas y Fuentes no se ocupó más del borrador en que dedicaba su obra al presunto “triunfador” Barrios Leal.²⁰⁾

Tampoco Ximénez le da importancia desmedida, aunque le consagra veinticinco capítulos. Sigue en la relación los apuntes —inéditos entonces— de fray Agustín Cano, principal representante de la orden dominicana en aquella empresa: apuntes que añaden datos nuevos a la relación impresa por Villagutierre y Sotomayor en Madrid en 1701, a quien comenta, rectifica y amplía.²¹⁾

Ximénez no podía contar con la excesiva benevolencia del “repuesto” presidente, ya que había figurado entre los amigos de su “visitador” Ursino; Ximénez —lo hemos visto— consagró estos años a trabajos internos de la orden y al priorato del convento de San Salvador; años de

19) En *Apuntes* más datos sobre sus estancias en San Pedro de las Huertas, San Pedro Sacatepéquez y San Raimundo las Casillas; sobre el paso por Guatemala, como vicario y maestro de novicios; y sobre su priorato en San Salvador: pp. 8-10. Véase también *Historia*, III, 181: VI, XXIV.

20) Véase nuestro estudio preliminar a las Obras de Fuentes y Guzmán (I, XLI).

21) La relación de fray Agustín Cano, que Ximénez transcribe, tiene siempre ante los ojos la obra impresa en 1701: *Historia de la Conquista de el Itzá*, por Juan de Villagutierre y Sotomayor.

descanso y preparación que le pusieron en contacto con indios cakchiqueles intensamente deculturizados en las cercanías de la capital; y con indios de lengua pipil de no excesiva personalidad en la región central salvadoreña.

La presidencia de Berrospe y la visita de Lamadrid (1696-1700)

Coincidiendo con la crisis universal de la monarquía española que pasa de Austrias a Borbones, la audiencia de Guatemala tuvo una de sus temporadas más agitadas en aquellos tres siglos que se suelen considerar totalmente pacíficos.

La muerte de Barrios en 1695, cuando se hallaba en plena actividad la entrada militar hacia las regiones septentrionales del país, liberó a Ximénez de un personaje que normalmente no le podía ser muy afecto. No tuvo demasiada importancia la presidencia accidental del oidor José de Scals, quien se entretuvo en apoyar lo que quedaba de la gran empresa de Barrios.

A 25 de marzo de 1696 toma posesión de su cargo y oficio, Gabriel Sánchez de Berrospe, quien resolvió suspender todo aquel aparato militar que había resultado tan ineficaz. Ximénez no tiene ocasión de tratar con el presidente hasta su regreso de San Salvador, que coincide con su nombramiento en el capítulo provincial de 1699 como procurador de la provincia y eventual sustituto del provincial: parece un par de cargos muy importantes que reflejan un gran aprecio por parte del provincial fray Juan Alvarez y de toda la provincia dominicana.

La visita de Francisco Gómez de Lamadrid (1700)

Informes malintencionados sobre distintos aspectos de la vida ciudadana en Guatemala, ocasionaron el envío a ella de un individuo que venía a hacer "méritos" para un posible ascenso, pero que cumplió tan mal su cometido que con esta visita concluyó su carrera judicial.

Fray Francisco Ximénez —lo hemos dicho— acababa de recibir un cargo de ámbito provincial: era procurador de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, y debió enfrentarse con el visitador, tomando decididamente partido por el presidente Berrospe.

Dentro de la orden, el conflicto se complicó con la maquinación que capitaneaba el irlandés O'Connor quien trataba de impugnar la validez de las elecciones capitulares; O'Connor falleció antes de que la situación se complicara más, pero al hacerse cargo de sus papeles en la celda del convento conoció Ximénez la extensión y composición del grupo que seguía al irlandés y las conexiones que tenía con el visitador Lamadrid.

La visita de Lamadrid no pudo por menos que producir profundo impacto en las alturas del Consejo; que encontró tiempo para intervenir en el asunto, aunque atravesaba los momentos más críticos de su vida institucional. ²²⁾

22) El Consejo de Indias en el período Borbón no ha tenido un historiador, como Schäfer para el período anterior: véase Gildas Bernard: *Le Secrétariat d'Etat et le Conseil Espagnol des Indes*, París, 1972.

Entretanto que iban y venían las noticias —complicadas por la guerra de Sucesión— Guatemala estuvo al borde de su propia guerra civil, sin que en ningún momento sufriera el influjo de aquella conflagración que, al desarrollarse en Europa, parecía no interesarle.

Ximénez dedica a este conflicto (que enfrentó a los dominicos —decididamente berrospistas— con el obispo, los mercedarios y los jesuitas, que se pusieron de lado del visitador), los capítulos XXI a XXXV del libro sexto de su *Historia*; en el Archivo de Indias se conservan documentos que pueden proceder de la pluma de nuestro Ximénez, ya que él mismo se confiesa autor de una relación de los hechos que fue transmitida a España. También se conserva —encabezado de su nombre— el alegato producido por la frustrada maniobra del irlandés O'Connor.²³⁾

No se puede decir que Ximénez adoptara en este caso —como en casi ninguno— una actitud imparcial: desde que salió a recibirle —en nombre de su provincial— le causó —nos dice— pésima impresión. Señalo tres puntos de su planteamiento que nos descubre el estado de su esquema psíquico: el visitador era asturiano, no había estudiado más que el curso de Artes, y era discípulo de fray Froilán Díaz, el dominico encartado en el desencantamiento y desembrujamiento de Carlos II.

A la previa actitud mental de Ximénez se juntó su calidad de representante del provincial ausente; y como la discusión no se mantuvo en palabras, Ximénez pasó a las obras. Un testigo nos lo recuerda paseando por las calles de Guatemala, pidiendo “una espada” para acudir en defensa de los berrospistas que habían conseguido impedir al visitador el acceso a la sala de armas. Éxito inicial que prenunció la derrota final de Lamadrid.

En su retirada a través de la costa pacífica de Guatemala y de las provincias novohispanas de Campeche y Yucatán, Lamadrid intentó varias veces el regreso a Guatemala, sin conseguirlo. Lamadrid fue enviado finalmente a España; se recuerda su desembarco en Pasajes y su fallecimiento años después en su pueblo natal, Valladolid, sin que hubiera conseguido rehabilitación de ningún género.²⁴⁾

En el curato de Chichicastenango (1701-1714)

Tras este pequeño paréntesis de actividad administrativa, dentro de su orden, que se refleja en frenética actividad política en lo ciudadano, Ximénez parecía preparado para mayores puestos en su provincia dominicana, que le hubieran desviado de lo que en realidad fue su mayor logro: introducirse en el misterio estructural de aquellas lenguas indígenas, y dar con la fórmula tradicional del credo quiché que se ha perpetuado con el nombre algo caprichoso de *Popol Vuh*. Este peligro desapareció al ser enviado a Chichicastenango.

23) El alegato de Ximénez se encuentra en AGI, Guatemala, 285; la relación que Ximénez transcribe lleva el siguiente título: *Manifiesto que publica y saca a luz un tequellé en defensa del señor licenciado don Francisco Gómez de la Madriz, sobre lo sucedido en Guatemala en el tiempo de su visita y pesquisa que vino a hacer en nombre de su magestad* (VI, 155-163: XXIV, XXXIV). El manifiesto podía muy bien haber sido redactado por el mismo Ximénez.

24) Sobre la visita de Lamadrid, abundante documentación en AGI, Guatemala, 284 a 289.

El obispo Navas y Quevedo —tras los trámites patronales correspondientes—, dio a fray Francisco la colación canónica del curato de Santo Tomás Chichicastenango; esto sucedía en 1701. En 1704 está Ximénez en San Pablo Rabinal donde permanecerá hasta 1714, realidad indiscutible, pues sus firmas se conservan en los libros parroquiales de esta vicaría; pero a juzgar por la acumulación de títulos con que encabeza algunas de sus obras, no parece que durante todo este tiempo perdiera el cargo y título primitivo de “cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Santo Tomás Chichicastenango”, al cual eventualmente añade el segundo de “vicario del convento de San Pablo del Rabinal”. Admitida la continuidad entre ambos curatos tendríamos trece años de estudio de la etnia quiché, que corresponden mejor a un aprendizaje sosegado, que los tres años escasos que tradicionalmente se reservaban para su producción lingüística y etnológica.²⁵⁾

Fuentes nos dice que la “casa de Chichicastenango ha sido acomodada y apetecida en todos tiempos y ocasiones”; no se trataba —por lo tanto— de un destierro a los confines de la provincia, pudiera representar un premio a los trabajos y desvelos de fray Francisco en los días difíciles del visitador. El mismo Fuentes describe brevemente el pueblo: “numeroso y activo, tiene el aspecto material bien adornado, con las más habitaciones de teja; su templo y su convento es ostentoso, y la casa del cabildo muy cumplida y suficiente. . . El número de sus vecinos y tributarios es de trescientos y noventa y nueve. . . mil y quinientos y noventa y seis, por sus familias. No tiene a su administración en su visita río que le puede hacer impedimento, si solo se le oponen algunas quebradillas y barrancas que aunque son dilatadas y penosas, mas no por eso peligrosas, ni pendientes con precipicios ni derrumbes en el breve progreso de su vía. Los indios de este pueblo laboriosos, no experimentan del hambre la miseria, por sus cultivos y labranzas; . . . y les colma de ganancias muy cumplidas el número crecido de telares en que fabrican todo el año. . .”.²⁶⁾

La estancia entre indios quichés, que se inicia con el curato de Chichicastenango y se continúa con los años pasados en Rabinal, constituye la época más importante en la vida literaria de fray Francisco, aunque dos de sus obras: la voluminosa *Historia de la Provincia* y la más reducida *Historia Natural*, fueran redactadas en períodos no comprendidos en este espacio de tiempo.²⁷⁾

25) Rodríguez Cabal en sus *Apuntes* p. 17 dice Ximénez firma todas las actas bautismales en Chichicastenango desde 21 de agosto de 1701 hasta 28 de octubre de 1793; y añade en nota que el dato le fue comunicado por el párroco de Chichicastenango en carta de 24, II, 1931. En Chichicastenango no están en la actualidad estos libros. He podido confrontar personalmente los libros parroquiales de Rabinal —gracias a la amabilidad de su párroco actual— hay unas pocas firmas más de las que tenía registradas Rodríguez Cabal (*Apuntes*, p. 19) la primera firma está en un acta de 7 de agosto de 1704; la última es de 27 de julio de 1714. Está intercalada el acta de la visita canónica de Colón de Larreátegui, de la que hará mención alguna vez en sus alegatos ante la curia episcopal de Guatemala; Rodríguez Cabal trae por su parte el interesante dato de haber sido Ximénez nombrado vicario de Rabinal a 17 de enero de 1711. (*Apuntes*, p. 19).

26) Véase *Recordación*, II, 303-304.

27) Véase Bibliografía.

El tesoro de las tres lenguas

No es fácil establecer la cronología de este importante trabajo lingüístico, ni es fácil saber en qué consistía el esquema de su totalidad. Se conserva manuscrito lo que corresponde a la *Primera Parte* del *Tesoro*; en ella se mencionan dos partes más, pero no se conservan más encabezamientos que lo establezcan así.

Va encuadrado, aparte, un conjunto de trabajos de Ximénez —sólo parcialmente editados— que ostentan portadas diferentes: la primera portada es *Arte de las tres lenguas*; en su folio 94 aparece otra portada con estos titulares: *Tratado Segundo de lo que debe saber un ministro para la buena administración de estos naturales*. En lo que sería folio 120, pero con nueva foliación, se encuentra la conocida portada del llamado Popol Vuh: *Empiezan las Historias del origen de los Indios de esta provincia de Guatemala, traduzido de la lengua quiché en la castellana para más comodidad de los ministros de el santo evangelio...* Finalmente —y con nueva paginación— se inicia una obra que para Ximénez pretendía ser definitiva y que se interrumpió en el cuarto folio vuelto.

Se puede decir —sin temor a equivocarse— que todo el trabajo de Ximénez tenía un sentido eclesiástico: trataba de ayudar a los religiosos doctrineros en su labor pastoral entre indígenas. A ello habría de contribuir —en primer lugar— un diccionario de las tres lenguas en el cual “se traducen en la nuestra española”. Creía Ximénez que ni existían suficientes léxicos que facilitaran la traducción de lo indígena a lo español, aunque los había —siempre según Ximénez— para la versión español-indígena; ni se había caído en la cuenta de la importancia de juntar en uno aquellas tres lenguas que eran tan semejantes. En la misma línea —ya llevado del entusiasmo del descubrimiento— había iniciado Ximénez un diccionario que redujera todas las raíces lingüísticas a sus estructuras básicas que podríamos expresar con los signos —V—, —CV— y —CVC—. En este trabajo Ximénez no pasa del cuarto folio: es otro de los intentos no completados por su autor; no se trata de una pérdida total ya que las raíces lingüísticas que allí se organizan en este brillante esquema de tipo estructural están ya recogidas en los folios de su *Primera Parte*.²⁸⁾

A continuación emprende Ximénez la elaboración de su gramática normativa: esta gramática, que no se atreve a romper con los esquemas latinos, vuelve en su título séptimo sobre el juego estructural que había iniciado en los folios incompletos que hemos mencionado antes. Ximénez nos declara que en las líneas generales de su *Arte* ha seguido el que años antes había compuesto Antonio del Saz; nos dice también, que no ha tenido mucho cuidado en la distinción de *guturales*, defecto que había intentado subsanar en los cuatro folios tantas veces mencionados. Ambas afirmaciones nos hacen sospechar que esta sección del *Tesoro* es la más

28) Se conservan cuatro folios en el manuscrito de la Newberry Library que pudieran constituir un nuevo intento de sistematización de morfemas, que tanto interesó siempre a Ximénez: van morfemas de tipo —V—, de tipo C-V, y finalmente del tipo C-V-C.

antigua: en la que Ximénez se contenta con reproducir y ordenar sumariamente lo que antes de él había sido expresado por otros doctrineros aficionados a las lenguas indígenas.

En este mismo folio (92 v.) nos hace Ximénez la siguiente importante declaración: “once años que estoy trabajando en estas lenguas, ya trasladando, ya componiendo, ya borrando y volviendo a escribir de nuevo, sin excusar gastos muchos de libros que he adquirido, y papel y tinta y cañones...”.

Si contamos los once años —como parece normal— desde que Ximénez se asoma al mundo quiché de sus feligreses de Chichicastenango, tendríamos que datar esta copia “en limpio” del *Arte* en 1711, cuando ya llevaba cuatro años encargado del curato de Rabinal, siempre dentro del mismo mundo quiché.

Continuando en la misma línea de servicio a sus compañeros de labor pastoral, Ximénez emprende el *Tratado Segundo* que incluye una carta del padre fray Alonso de Noreña, considerado, desde los tiempos de Remesal, como autoridad decisiva en la resolución de casos morales entre indígenas, sigue un interrogatorio en cakchiquel, quiché y castellano para facilitar las confesiones; y un breve *catecismo de indios* en cakchiquel y quiché.

Historias del origen de los indios

Las *Historias* —encuadradas en la actualidad tras los 119 folios del *Arte* que acabo de describir— forman un conjunto autónomo. A dos columnas se presenta el texto quiché y la correspondiente traducción castellana: el texto quiché con toda la apariencia de haberse hecho de una vez y a la vista de un original que se transcribe, la traducción castellana con la diferencia de letras que acusa distintos tiempos en su transcripción, aunque tenga muy escasas correcciones.

A juzgar por su prólogo, la transcripción y traducción de las *Historias* se hicieron a continuación de las restantes obras lingüísticas de Ximénez. “Habrá muchos —dice— que tengan (esta mi obra y trabajo) por la más fútil y vana de las que he trabajado. Yo —continúa— lo discurro al contrario, porque entiendo ser la más útil y necesaria que he trabajado”...

Según esto eran varias las obras que Ximénez había “trabajado”, cuando emprendió la transcripción y traducción de las *Historias del origen de los Indios*. Obras de distinta utilidad para lo que se pretendía: ayudar, a los “ministros del santo evangelio”, en su comprensión de la conciencia cósmica y religiosa del indígena, que les estaba encomendado.

Juzgando por la ortografía empleada en la transcripción del Popol Vuh, habría que colocarlo a continuación del *Arte de las tres lenguas* y del *Tratado Segundo*: es decir, más o menos, como se halla encuadrado en la actualidad en la sección de manuscritos de la Newberry Library de Chicago.

A continuación habría que situar el tratado de síntesis teológica que inicia —y no termina— Ximénez en los cuatro folios de sus *Escolios a las Historias del Origen de los Indios*.

Resumiendo lo expuesto, creo que podría establecerse la siguiente sucesión cronológica: *Arte de las tres lenguas*; *Tratado Segundo*; *Confeccionario*; *Catecismo de Indios* y *Empiezan las Historias*.

Al iniciar la redacción de sus *Escolios a las Historias*, Ximénez decide llevar adelante una obra más completa y emprende el *Tesoro* que pudiera haber comprendido, a más del Diccionario que forma la *Primera Parte*, una Gramática que hubiera sido la Segunda; y un Diccionario español-lenguas, que lo hubiera completado, formando la Tercera y última Parte.²⁹⁾

Acompaña a fray Juan Bautista Alvarez a su diócesis de Chiapa (1708)

En 1708 Ximénez se ausenta temporalmente de su vicaría de Rabinal para acompañar al nuevo obispo —el primero nacido en Guatemala— a su diócesis de Chiapa. Las cualidades que había demostrado Ximénez en el manejo de negocios importantes le señalan como el más indicado para disponer favorablemente al nuevo prelado en relación con sus futuros diocesanos. Fray Juan Bautista era franciscano, pero había mostrado, en los años pasados en Guatemala, especial afecto a los dominicos: se trataba de cultivar ese afecto y hacerlo plenamente beneficioso para los dominicos de Chiapas, que constituían la inmensa mayoría del clero chiapaneco.

Aunque Ximénez pudo creer en un primer momento que fray Juan Bautista era un prelado ideal para la diócesis de Chiapas, el trato más íntimo a lo largo del viaje le fue decepcionando; no podría prever, sin embargo, que andando el tiempo sería uno de los prelados que influiría más negativamente en la vida ciudadana en Guatemala.³⁰⁾

Últimos años en Rabinal (1709-1714)

Con ciertas intermitencias consta de la asistencia de Ximénez en su vicaría de San Pablo de Rabinal, ya que su firma calza la mayoría de las actas de bautismo que se conservan en la actualidad en los libros de la parroquia.

En Rabinal da la última mano a sus libros lingüísticos; por si alguna duda quedara sobre este hecho, quedan en alguno de los folios que Ximénez había dejado en blanco, escritos distintos, uno de ellos firmado por un Echave, dominico, que data su escrito a 14 de agosto de 43.³¹⁾

Aunque Rabinal carece del poder evocador que aún ahora conserva Chichicastenango, pertenecía —y pertenece— al área lingüística quiché; sin embargo, en Rabinal se recordaba su antiguo triunfo frente a los

29) Queda siempre en pie el hecho de que Ximénez completó la PRIMERA PARTE del Tesoro y que en ella alude a la SEGUNDA y TERCERA; pero no dio formalmente este título a ninguno de sus restantes escritos.

30) Dado que la documentación que conocemos es muy parcial y contraria al obispo, sería muy interesante un estudio más completo de su personalidad para la que daría abundante material el Archivo Arzobispal de Guatemala, donde gracias a la amabilidad de su archivero Agustín Estrada Monroy, hemos podido revisar los gruesos volúmenes correspondientes a sus visitas.

31) Véase la nota 25).

reyes del Quiché en una danza que Brasseur editó y que se conserva todavía vivaz entre los rabinalecos. Danza triunfal en que el príncipe del Quiché es sacrificado por los caballeros de Rabinal, a sus deidades —por una vez— vencedoras. Es natural que Ximénez conociera esta danza, aunque es probable que en aquel tiempo hubiera caído bajo la prohibición de las danzas paganas, como la llamada del “tum”.³²⁾

En Rabinal —a juzgar por las citas que surgen en las páginas de la Historia Natural— Ximénez encontró tiempo y tranquilidad no sólo para dar la última mano a su *Tesoro* de las lenguas y a su transcripción y traducción del Popol Vuh, sino para iniciar sus *Escolios*, en la línea de lo pastoral, su tabla de morfemas en lo lingüístico y su *Historia Natural* que sirviera de introducción a una *Historia* de la provincia que ya comenzaba a pergeñar.

Durante su permanencia en Rabinal y aprovechando los viajes —a que corresponden las firmas de sus sustitutos en los libros parroquiales— a la Verapaz y a Guatemala, mantiene cierta providencia sobre el Beaterio de Santa Rosa que —según Juarros— llegó a ser una especie de colegio de “niñas de la primera nobleza” . . . , donde se les enseñaban “los oficios propios de su sexo, la doctrina cristiana y todo género de buena crianza”.³³⁾ Durante estos años —y probablemente como recompensa a sus trabajos lingüísticos— se le concede el grado de predicador general. Grado que estrenó en 1715 pronunciando un solemne sermón en la festividad celebrada como acción de gracias por la feliz conclusión de las operaciones militares que condujeron a la sumisión de los indios levantados en la región de los zendales. Se celebraba por primera vez esta festividad, que se fijó en el 21 de noviembre de cada año, y Ximénez se sintió tan satisfecho de este su estreno oratorio que lo incluyó íntegro en su *Historia de la Provincia*.³⁴⁾ De este sermón que (a vueltas de textos varios tomados de la Sagrada Escritura que no demuestran especiales conocimientos en su autor) refiere algunos acontecimientos de la reciente sublevación y consiguiente sometimiento de los zendales, recojo únicamente una frase en que se atribuye —bajo la curiosa perífrasis: “el que viste mi sagrado hábito”— el haber pronunciado públicamente “en la plaza de Ciudad Real” . . . “que la provincia de los zendales estaba para levantarse”. Afirmación profética y pública que tendría lugar cuando pasó por aquella ciudad acompañando a fray Juan Bautista en el viaje que he mencionado líneas más arriba.³⁵⁾

32) El baile denominado Rabinal Achi, fue publicado en primer lugar por Brasseur como anejo a su *Gramática de la lengua quiché*, París, 1862; más recientemente ha sido editado por Erwin Palm, *Der Mann von Rabinal*, Francfort, 1961.

Sobre la danza del —tum— véase Chinchilla Aguilar: *La Inquisición en Guatemala*, pp. 287-292.

33) Sobre el Beaterio de Santa Rosa, véase Juarros, *Historia*, I, 138; se dice que Ximénez escribió una relación sobre esta institución; véase Rodríguez Cabal, *Apuntes* p. 17.

34) El sermón pronunciado por Ximénez había sido suprimido en la edición de Guatemala de 1930, ha sido publicado en la nueva edición de 1971 (XXIV, pp. 339-353).

35) Este anuncio profético (XXIV, p. 344) habría sido hecho por Ximénez en su viaje a Chiapas acompañando al señor obispo Álvarez de Toledo; sobre este viaje véase también Rodríguez Cabal, *Apuntes*, pp. 20-22).

Se le encarga la redacción de la Historia de la Provincia

Al cesar en su vicaría de Rabinal, Ximénez se reintegró a Guatemala. Había producido cierta desazón entre los dominicos la publicación del primer volumen de la *Chronica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala* (fechado en 1714, pero publicado —según su editor Lamadrid— en 1716); en este volumen se establecía —en tardía respuesta a la *Historia* de Remesal y a la edición española de Bernal Díaz del Castillo— que los franciscanos habían tenido el honor de ser los primeros evangelizadores del reino de Guatemala.³⁶⁾

La afirmación —que por publicada era más solemne— molestó a los dominicos y muy especialmente al padre Ximénez, siempre celoso de las glorias de su orden; y en fecha que desconozco se le hizo el encargo de completar la *Historia* de Remesal, refutando de paso las afirmaciones del cronista Vázquez. Es muy probable que para facilitar su trabajo se le asignara el convento de Santo Domingo Xenacoh: suficientemente alejado de la capital para evitarle distracciones forzosas y lo bastante cercano para que le fuera posible la consulta de los documentos que requiriera su trabajo. Rodríguez Cabal transcribe un documento por el que consta la presencia de fray Francisco Ximénez en Xenacoh a 22 de enero de 1716, podemos suponer que estaba allí desde comienzos del 15 —pasado su sermón de 21 de noviembre—; y allí estaba durante las angustiosas jornadas del terremoto que asoló la capital en setiembre del 17. Al año siguiente lo volveremos a ver en Guatemala donde recibió la colación canónica del curato de Candelaria de manos de fray Juan Bautista Álvarez de Toledo a 4 de julio de 1718.³⁷⁾

La Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala

En una de sus páginas menciona Ximénez un pequeño escrito que había compuesto sobre la prioridad de los religiosos que habían concurrido a la evangelización de Guatemala. En la nota bibliográfica que Rodríguez Cabal presenta al final de sus *Apuntes*, se mencionan tres escritos que pueden referirse al mismo y único: el primero se basa en una nota de Beristain que atribuye a Ximénez una *Apologética en que se demuestra que los dominicos fueron los primeros religiosos de Guatemala*; el mismo Rodríguez Cabal sugiere que se puede tratar de las *Notas sobre la crónica del padre Vázquez*, a que alude Ximénez en dos o tres pasajes de su *Historia*. Al mismo tema parece referirse otro tratado que Rodri-

36) Véase Vázquez, *Crónica*, I, XXIII.

La curiosa controversia entre órdenes religiosos sobre prioridad en su llegada a Guatemala sirvió de acicate para la publicación de algunas crónicas (concretamente la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz del Castillo) que de otra manera hubieran quedado inéditas.

37) Rodríguez Cabal en *Apuntes*, pp. 24-25. De Xenacoh habla incidentalmente Fuentes: *Recordación*, I, 298 y 372, lo llama Sinacah; Remesal, *Historia*, II, 178 lo denomina Santo Domingo de Xenacahot, como fundado algo repentinamente por fray Benito de Villacañas para impedir el establecimiento de una "estancia de que se temía mucho daño a la tierra..." Véase Ximénez, *historia*, II, 49; IV, XII. En los autos de la visita de Candelaria que se conservan en el Archivo arzobispal de Guatemala, se transcribe el certificado de colación canónica del curato a fray Francisco.

guez Cabal interpreta como *Los Ladrillos*, pero que en el ms. original se cita como *Los Ladridos*: clara alusión al tema tratado y a la impetuosidad con que se supone compuesto.³⁸⁾

Sobre este núcleo original, que buscaba aclarar un tema histórico muy controvertido en la Guatemala de entonces, y sobre el esquema de la *Historia* de Remesal, Ximénez comienza la redacción de su obra. Fue una feliz idea anteponer a la historia misma un libro previo que se dedica “Al tiempo de la gentilidad”. Remesal no lo había considerado interesante; Ximénez piensa lo contrario y acierta plenamente. En este libro, Ximénez intercala una nueva traducción de sus *Historias del Origen de los Indios*, que completa, primero con una nota algo ampliada sobre los reyes quichés y a continuación con los capítulos de las *Repúblicas del Mundo* de fray Jerónimo Román, que se refieren a Guatemala y Verapaz. Ximénez sabe, por testimonio de Remesal, que estos capítulos procedían de la *Apológica Historia* de Las Casas, pero se permite comentarlos y eventualmente contradecirlos; notas y comentarios fueron suprimidos en la edición de Guatemala (1929) por haber “desaparecido” en la transcripción de Juan Gavarrete. Se conservan afortunadamente en la copia que del primer libro había enviado Ximénez a su ciudad natal, Ecija, con la idea y la esperanza de encontrar alguien que se lo publicara.³⁹⁾

La circunstancia de haber sido enviado este manuscrito a España —muy probablemente cuando desistió de realizar personalmente este viaje— hacia el 1720, y la de haberle acompañado lo que había llamado algo pomposamente *Primera Parte del Tesoro*, nos hace sospechar que en su retiro de Xenacoh no sólo emprendió la redacción de la *Historia*, hasta la fecha en que lo escribía, sino también una refundición de su obra lingüística, constituida precisamente por esa *Primera Parte*. Tanto en uno como en otro caso se preocupó Ximénez de redactarlos más acabadamente, y gracias a este cuidado contamos ahora con estos dos volúmenes que se han conservado hasta nuestros días en la biblioteca provincial de Córdoba.⁴⁰⁾

Las *Historias* de los Indios y los capítulos de Román llegan hasta el capítulo XXXVII de la *Historia*; aquí se comienza la narración de la entrada de Alvarado en Guatemala y de las primeras etapas de la fundación de la ciudad. En este momento se encara fray Francisco con dos supuestos oponentes: fray Francisco Vázquez y Fuentes y Guzmán. Unas veces con razón y otras sin ella, Ximénez arremete contra ambos; la historia de Vázquez es para él “la más llena de falsedades y calumnias que hasta ahora se ha dado a la stampa”; y la de Fuentes, “ensalada de todas yerbas”; Ximénez apoya sus afirmaciones unas veces en Remesal —con el que a veces se equivoca—, otras veces en el manuscrito de Bernal Díaz, que no había sido utilizado por fray Antonio.⁴¹⁾

38) En el manuscrito de Córdoba se cita el escrito como *Los Ladridos* a fol. 78.

39) Véase más adelante en este mismo estudio, la sección correspondiente a las obras de Ximénez.

40) Se suele suponer que Ximénez envió sus manuscritos a Ecija, su ciudad natal; la circunstancia de conservarse en la actualidad en la biblioteca provincial de Córdoba, donde se concentraron las bibliotecas de los conventos de la ciudad y provincia; y pertenecer Ecija a Sevilla, nos hace pensar en que tal vez Ximénez mismo lo envió a su convento de Córdoba donde había hecho los estudios regulares; en cualquier caso no hay datos de sucesivos poseedores en ninguno de los dos manuscritos.

41) Véanse los comentarios en *Historia*, I, 113 y 121; I, XXXIX y XL.

En su apasionado alegato Ximénez llega a sospechar que Vázquez había dado *un* libro a la censura “y haber impreso *otro* lleno de mil falsedades y calumnias contra mi sagrada religión”. A formular esta sospecha le ayuda lo atestiguado por el dominico fray Miguel de Velasco “quien dió su aprobación a aquella crónica a dos de junio de 1690, esto es veinte y cuatro años antes que se diese a la imprenta, y más de diez después de la muerte de su autor”, pero que no creía haber aprobado “las manchas tan feas” que Ximénez descubría en la Crónica franciscana.⁴²⁾

En el libro segundo se describe “el principio de la cristiandad en este reino de Guatemala”; Ximénez sigue en los primeros capítulos la relación de Remesal: del que se aparta sólo cuando el error de fray Antonio es demasiado evidente. Tal como el recibimiento que —según él— habrían dedicado al cacique don Juan —primicias de la Verapaz— el obispo Marroquín y el Adelantado Alvarado.⁴³⁾ Ximénez deja a un lado, todo lo que en Remesal corresponde a su ambicioso título de *Historia General de las Indias Occidentales*, concretándose a lo que en Remesal es título de recambio, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, que corresponde mejor a su obra.

Desde el capítulo XXIV en adelante, Ximénez deja a Remesal para incluir en su integridad la *Relación* que escribió fray Tomás de la Torre y que fray Antonio “por no ser tan prolijo” juzgó conveniente transcribir sólo parcialmente.⁴⁴⁾

En el capítulo LXXX comenta Ximénez un cuaderno manuscrito que los padres de la Merced habían compuesto sobre la fundación del convento de Ciudad Real de Chiapa “pensando —dice— que con sus bachillerías y falsedades han de ocultar las luces de la religión dominica...” (I, LXXX). Y desde el capítulo LXXXI al final del libro se consagra Ximénez a la frustrada empresa de la Florida y a su héroe, fray Luis Cáncer. No está acertado Ximénez al tratar de seguir el relato de Remesal, quien se empeña en colocar a Cáncer en el primer intento de entrada en la tierra de guerra, datándolo en agosto del 37: fecha claramente equivocada ya que Cáncer no llega a Guatemala hasta el año de 41 en que ponen Remesal y Ximénez la *segunda* entrada de fray Luis. El resto de la entrada de Cáncer en la Florida está tomado casi textualmente de Remesal, a cuya versión se añaden algunas citas textuales de fray Bartolomé de las Casas en su disputa con Sepúlveda.⁴⁵⁾

42) El manuscrito de Córdoba concluye con la frase: “¡Miren que lindo modo de honrar a su patria, levantándole tan grandes calumnias y manchas tan feas!” El párrafo siguiente en que se insinúa la acusación contra los editores de la Crónica de Vázquez estaba incompleto en Guatemala, según testimonio del mismo paleógrafo; y no pasó a Córdoba.

43) “Aquí se equivoca Remesal —escribe Ximénez—, diciendo que se halló en este recibimiento y festejo el adelantado don Pedro de Alvarado, lo cual no fue así... no es mucho que se equivocase que no es posible a un historiador saberlo todo, y mucho más cuando son cosas que han pasado muchos años antes...” (I, 198; II, XIV).

44) La Relación de fray Tomás de la Torre, había servido a Remesal, y es aprovechada íntegramente por Ximénez; Vázquez también la conoció, y es el único que nos da su descripción material: “Consta de un libro manuscrito de a cuartilla, de volumen de 286 fojas, que escribió el bendito varón fray Tomás de la Torre de la orden de nuestro padre Santo Domingo, cuyo título es *Historia de la venida de los religiosos a la provincia de Chiapa* (I, 119; I, XXIV).

45) La empresa de la Florida que no había sido publicada en su lugar correspondiente a raíz de la primera edición de Guatemala, fue suplida al comienzo del volumen siguiente; se encuentra en su totalidad en el manuscrito de Córdoba.

No hay rastros del libro tercero de Ximénez y entramos en el libro cuarto que abarca la primera mitad del siglo XVII; además de los datos de crónica doméstica y algunos otros muy escasos de historia civil de Guatemala, se intercalan largas biografías —casi todas debidas a la pluma de fray Antonio de Molina— que a pesar de su tono excesivamente apoloético nos ofrecen datos importantes que aclaran detalles de la vida guatemalteca en aquella primera mitad del siglo. Creo importante para la demografía histórica chiapaneca, la relación del ocaso de algunos pueblos y en especial del antes floreciente de Copanaguastla. En cambio se echa de menos —aunque Ximénez atribuya su silencio a razones de política general— una indicación aunque fuera compendiosa de los disturbios que turbaron la paz de Guatemala en el trienio, entre 1614-1620.⁴⁶⁾ También es excesivamente breve la mención que hace de una interesante familia de origen genovés y poderosa en Guatemala y en España: la familia Justiniano cuyos avatares merecerían estudio más reposado como símbolo de mercader acaudalado en aquella primera mitad del XVII.

El libro quinto se dedica a la segunda mitad del XVII, época interesante y rica en acontecimientos en la capitanía general: reconstrucción de la Catedral, inauguración de la Universidad; primeros viajes directos Cádiz-Honduras, y otros semejantes; corresponde también a la llegada de nuestro autor a Guatemala. El libro se muestra especialmente parco en lo que no sea crónica interna; exceptuando sus comentarios a la “entrada” a los Choles que por entonces se inició.

La entrada a los Choles se desarrolla lentamente y Ximénez tiene ocasión de asistir personalmente —aunque de lejos— a sus últimas fases. Sigue la relación que de ella compuso fray Agustín Cano, uno de sus principales actores; y apoyado en sus palabras se permite disentir de la relación —oficial— que redactó y publicó Villagutierre en su *Historia de la Conquista del Itzá* (Madrid, 1701).⁴⁷⁾

46) Las relaciones de fray Antonio de Molina sirven de base a la *Historia* de la provincia, así lo declara Ximénez en repetidas ocasiones. La cita más explícita se encuentra en el capítulo X del libro V (II, 322). Habla de fray Andrés de Molina, hermano de fray Antonio y dice así: “Había tomado a su cargo escribir la historia de aquesta provincia, porque reconoció cuan diminutamente escribió el R.P. Fr. Antonio Remesal, y en algunas cosas no muy ajustado a la verdad, no porque fuese su ánimo faltar a ella, sino como estuvo tan de paso en esta provincia, no pudo digerir las cosas como ellas eran, como se ha visto en algunas partes de aquesta historia; y para ello había juntado el P. Fr. Andrés muchos papeles y noticias, lo cual todo se perdió con haber muerto fuera de su convento, lo cual lamenta y con razón el P.M. Fr. Antonio de Molina su hermano, que tuvo el mismo deseo; y así trabajó mucho en los apuntamientos que dejó o cronología, a quien sigo en esta obra con mucha seguridad de la verdad que profesa el dicho P. Mtro. en todo, acompañada de grande ingenuidad. ...”

Según esto, Ximénez siguió los Apuntamientos o Cronología de fray Antonio de Molina de quien deja la siguiente nota biográfica (II, 431; V, XL). “Fue natural de Guatemala, aunque sus padres habían sido vecinos de la villa de Sonsonate. Su padre se llamó Andrés de Molina y su madre María Ruiz, gente muy cualificada. Tomó el hábito en nuestro convento de Guatemala y en él hizo su profesión a 20 de noviembre de 1651. ... Escribió muchas apuntaciones y cosas de aquesta provincia y de sus religiosos de que me he valido para aquesta historia. ... Aqueste año /1683/ en el mes de febrero se llevó N. S. para sí en nuestro convento de la ciudad de Cádiz adonde había ido por procurador general de aquesta provincia. ...”

Una de las omisiones más lamentables en la historia de Ximénez es la que corresponde al período 1614-1620, de la que parece no había quedado rastro documental; Véase *Historia* II, 146; IV, XLV.

47) La relación que de las distintas entradas a las zonas insumisas del norte de Guatemala, hizo fray Agustín Cano es otra de las fuentes narrativas ampliamente utilizadas por Ximénez. Sobre las relaciones de Cano se expresa así, fray Francisco “como intentaba hacer la historia de la provincia. ... se contentó

De los asuntos internos de la orden destacan las dificultades que se van agrandando con los respectivos prelados diocesanos: en Chiapas con fray Mauro de Tobar, en Guatemala con Navas y Quevedo y Ortega sucesor suyo; dificultades que se inscriben dentro del proceso general llamado "secularización de las doctrinas" y que no siguieron un desarrollo lineal, ya que fueron complicándose en órdenes y contraórdenes a lo largo de este siglo y parte del siguiente. Problemas surgidos en este forcejeo motivaron la venida a España de fray Ambrosio de Ipenza, y la consiguiente vocación a Indias de nuestro fray Francisco.⁴⁸⁾

Regresa a Guatemala fray Francisco (1718)

El regreso a Guatemala de fray Francisco está en evidente relación con el desarrollo cada día más difícil de las relaciones obispo-religiosos en la diócesis. El traslado de fray Juan Bautista Alvarez de Toledo a Guatemala hacía imprescindible la presencia de fray Francisco —antiguo amigo del prelado y hábil negociador entre las autoridades civiles— que representara a la provincia en estos continuos forcejeos. Presentado por el presidente Rodríguez de Ribas y nombrado por el obispo, tomó posesión fray Francisco del curato de Candelaria; curato encomendado a la orden dominicana, por su abundancia de feligreses indígenas, y, pobre en rentas, por estar situado en un barrio poco "distinguido" de la capital.

Trataban entonces las órdenes religiosas de librarse de una contribución que el prelado les había impuesto; y el prelado, sin romper abiertamente con ellas, las hostilizaba con los muchos medios que las normas canónicas ponían en sus manos. Abierta la lucha entre prelado y religiosos, saltó de lo estrictamente conventual a lo ciudadano, en ocasión del terremoto de 1717. Terremoto de importancia material grande, que trajo consigo una proliferación de profecías que el prelado apoyaba y en las que parecía creer. La ciudad se había dividido —como medio siglo más tarde con distinto signo— entre los partidarios de reedificarla en su propio lugar —capitaneados por Rodríguez de Ribas— y los decididos a su traslado, cuyo jefe visible era el mismo obispo Alvarez de Toledo.

Ximénez tomó partido por el presidente: se conservan relaciones redactadas por él, y más tarde intercalará en los libros sucesivos de

solo por entonces con hacer algunos apuntamientos breves de las cosas y así nos privó de muchas y muy singulares noticias así de aqueste sujeto, como de otros muchos. . ."

(II, 422; V, XXXIX). Agustín Cano era natural de Antequera; vino muy joven a Guatemala y profesó a 20 de noviembre de 1666. Murió el 12 de julio de 1719, después de haber ocupado importantes cargos en la orden; de haber regentado la cátedra de filosofía en la Universidad de San Carlos y haber servido de consejero espiritual en las distintas entradas hacia el norte insumiso.

48) El proceso de "secularización de las doctrinas" perduró a lo largo de los siglos hispanos, y sufrió diferentes alternativas. Es un proceso que en cada país americano se desarrolló de modo peculiar, pero que en el fondo siguió las mismas motivaciones: los religiosos —primeros evangelizadores de América— tendían a quedarse con las doctrinas que habían organizado; los obispos aceptaban el trabajo de roturación de los religiosos, pero juzgaban llegado el momento de que las doctrinas una vez estabilizadas se hicieran parroquias y quedaran bajo el cuidado de párrocos seculares. Cada uno tenía sus razones, y el proceso siguió de manera inexorable hacia la transformación de las doctrinas regulares en parroquias seculares.

su Historia, una *Relación* del suceso con sus propios comentarios. Las autoridades novobispanas a quienes se había acudido, y finalmente el Consejo de Indias, se decidieron por la permanencia y reedificación.⁴⁹⁾

Entretanto el obispo —dentro de su línea de molestar a quien le molestaba— emprendió la visita canónica del curato de Candelaria: la visita fue lenta y despaciosa. Sus autos se conservan en el archivo arzobispal de Guatemala, en tanto que encontramos en los archivos de Guatemala y General de Indias, los alegatos que, por su parte, presentaba fray Francisco.⁵⁰⁾

La provincia entretanto decidió enviarle a España para que ante las autoridades metropolitanas defendiera sus intrincadas causas; el obispo lo supo y trató de alargar más la visita para impedir la salida de fray Francisco. El problema se solucionó, por el momento, presentando Ximénez renuncia formal a su curato. Esta renuncia —nos informa Rodríguez Cabal— tuvo lugar entre el 4 y el 29 de febrero de 1720.⁵¹⁾

Libre ya de este compromiso inició Ximénez sus preparativos para su viaje a España.

Viaje a Campeche (1720)

Con todos los poderes de la provincia, emprende Ximénez su viaje a España. Antes de partir había visitado —sin duda— a los componentes de la real audiencia y había recibido el encargo de llevar hasta Veracruz la correspondencia de este tribunal; conservamos la descripción del “cajón cerrado, en encerado verde”, que llevaba el siguiente rótulo: “Al Rey Nuestro Señor en su Real y Supremo Consejo de Indias”; descripción que corresponde al papel que en Guatemala firmó fray Francisco, y descripción que se completa con el recibo que le fue extendido en Veracruz: “nos entregó —dicen los oficiales de la Real Hacienda en aquel puerto— un cajoncito de menos de media vara de largo, menos de tercia de ancho y sexma de alto”.⁵²⁾

A fines del año, Ximénez tuvo un navío que se dirigía a La Habana, primera etapa marítima de su viaje. Este no fue afortunado, de cuatro a siete de enero capearon los navegantes un fortísimo temporal que finalmente les permitió tomar tierra en la costa de Campeche. Ximénez desistió de su proyectado viaje y se dirigió por tierra a la capital de la provincia; allí contrató una barca y fue remontando el curso del río Chixoy,

49) Las discusiones entre el presidente y el obispo en torno a la permanencia o traslación de Guatemala, han dejado amplia documentación en el Archivo General de Indias. Se conservan informes que parecen redactados por Ximénez que desde el principio fue partidario de la reedificación. Véanse AGI, Guatemala, 305-309 y 378.

50) La visita del curato de Candelaria está documentada con una serie de autos que se conservan en el Archivo Arzobispal; también el Archivo General de Centro América conserva algunos escritos de Ximénez en relación con este enojoso pleito. Rodríguez Cabal, *Apuntes*, pp. 28-31. Véanse en AG de CA. A1. 11-13, 48823.

51) La renuncia al curato de Candelaria en Rodríguez Cabal, *Apuntes*, 31.

52) Los documentos —casi literalmente— en Rodríguez Cabal, *Apuntes*, p. 32 (AG de CA: A3.6, 2751, 39602).

pasando después al río de Grijalva hasta el pueblo llamado Simojovel, donde prosiguió el viaje por tierra, aprovechando la ocasión que se le ofrecía para visitar los lugares más nombrados en la pasada insurrección de los zendales.⁵³⁾

Estancia en Sacapulas (1721-1727)

Sacapulas, situado en el río Chixoy, el mismo que había seguido en su curso inferior, proporcionó a fray Francisco el holgar suficiente para concluir las dos últimas obras de su vida: los libros sexto y séptimo de su *Historia de la Provincia* y su *Historia Natural del Reino de Guatemala*, que pudo haberse planeado como introducción a la *Historia de la Provincia*.

Los libros sexto y séptimo de la *Historia* habían sido editados conforme a la transcripción —otras veces mencionada— de Gavarrete; hace muy pocos años han sido transcritos de nuevo y publicados con especial cuidado.⁵⁴⁾

Aunque dice Ximénez que en Sacapulas el trabajo pastoral era muy duro, parece que no estaba solo nuestro escritor, y podía sacar tiempo para dar la última mano a sus escritos.

Si suponemos que fray Francisco había enviado a España los primeros volúmenes de su *Tesoro* y de su *Historia*, cuando preparaba su viaje en Veracruz, tendríamos que los restantes habían quedado en su poder para darles una eventual última mano.

En Sacapulas —ciertamente— redactó su *Historia Natural*; basta recorrer sus páginas para ver que gran parte de las observaciones que en ella se contienen proceden o del frustrado viaje a España (1720) o de su período ministerial en Sacapulas. En cambio las acotaciones cronológicas de su *Historia de la Provincia* son más desorientadoras: entra en nuestro esquema, la primera afirmación que establece el pueblo de Xenacoh (I, 101) como lugar donde está escribiendo el primer libro de su *Historia*; lo mismo se afirma en el capítulo XI del libro cuarto en que se especifica además la fecha “en este año de 1717” y líneas más abajo “en este pueblo de Santo Domingo Xenacoh, donde esto se escribe” (II, 47-48).

Algo más imprecisa es la afirmación contenida en el capítulo LXIII del mismo libro cuarto, en que se precisa que es Chimaltenango el pueblo “donde esto se escribe”. No sabemos cuándo estuvo en Chimaltenango, pero pudo ser muy bien durante alguna temporada del período de Xenacoh.

Más extraña me parece la afirmación establecida en el capítulo LXX del ya mencionado libro cuarto: “aqueste año de 1720”; si no se trata de una equivocación tendríamos que establecer que durante el agitado año de 1720 encontró tiempo suficiente para proseguir en la redacción de su *Historia*” (II, 220).

53) Datos sobre este viaje en *Historia*, III, 327; VI, LXXII; y en *Historia Natural*, *passim*.

54) El libro sexto que había sido publicado parcialmente en Guatemala en 1930, ha sido reeditado con mucho esmero —y en su totalidad— por Francis Gall y David Vela formando el vol. XXIV de la Biblioteca Goathemala, Guatemala, 1971.

En cambio las últimas fechas son perfectamente coherentes: la primera corresponde al capítulo X del libro sexto: “sucedió aqueste año en que esto se escribe, que es el de 1721” (II, 319); la segunda agrupa en una sola mención al padre Miguel de Velasco, el pueblo de Chimaltenango y la fecha de ocho de setiembre de 1721; la circunstancia de ser Velasco quien había asegurado ser diferente el texto de la Crónica de Vázquez que él había aprobado y el texto que años más tarde había salido a luz, a que se agrega la circunstancia de estar fray Miguel ya ciego y por lo tanto necesitado de ayuda que pudiera haberle sido prestada por nuestro fray Francisco. Todo ello nos inclina a pensar que tal vez pasó Ximénez algún tiempo en Chimaltenango al regreso de Campeche, antes de establecerse en Sacapulas, que explicaría las citas —sin fecha— que hemos comentado antes (II, 353).

La descripción del puente de Sacapulas y de las dificultades que presentaba su paso en “octubre de aqueste año de 1721” (II, 491; V, LII, nos hace situar a fray Francisco en Sacapulas, donde simultaneaba su trabajo pastoral con la empresa —que no sabemos si llegó a ejecutar— “de acabar todos los bastiones” del puente. La descripción —que sitúa a fray Francisco en el pueblo de Sacapulas en octubre de aquel año de 1721— está en el mismo capítulo LII del libro quinto; en tanto que una nueva mención de lugar y fecha aparece en el capítulo LXXXIV del libro VI que se fija en “tres del mes de febrero de 1722” (III, 420; XXIV, 381). La última fecha se consigna en el capítulo XIV del libro séptimo en que se establece el año 1723, habiéndose recordado un par de folios más arriba el lugar en que se redacta: “Atestigüen aquesta verdad —dice— aquestos indios de Sacapulas, que ha más de sesenta años que el convento que aquí había se pasó a Santa Cruz del Quiché y hasta hoy claman que les vuelvan su convento” (XXV, 92-93). En el libro VI hay dos menciones más de Sacapulas, sin que se especifique el año: claro indicio de que los dos libros últimos se redactaron casi íntegramente en Sacapulas.⁵⁵⁾

Historia Natural del Reino de Guatemala (1722)

En su retiro de Sacapulas, Ximénez redacta su *Historia Natural*; de acuerdo con su prólogo, la principió el día consagrado a la festividad de Santa Rosa de Lima, en agosto de 1722. Siguiendo su costumbre justifica esta obra que, como otras veces, principia considerando —o en trance de ser considerada por el lector— de “tosca, rústica e inútil”...; en este prólogo exalta inmediatamente el valor de lo que entonces comienza, calificándolo “uno de los mejores libros que puedes estudiar”. No se trata de un juicio de valor sobre el contenido de su manuscrito, sino sobre la contemplación de la naturaleza en sí, como medio para llegar a la divinidad. “¡Muéstrete Dios, concluye, a aplicarte a esta lección más por saber de tu criador que por curiosidad...!”.⁵⁶⁾

55) La redacción de la *Historia* se extiende a lo largo de los años que pasó en Xenacoh, Candelaria y Sacapulas. Rodríguez Cabal en *Apuntes*, pp. 22-24 resume y concuerda las distintas fechas que Ximénez especifica en sus escritos: las hemos completado en el texto, intercalando una breve estancia en Chimaltenango, que no ha dejado huellas en los documentos.

56) El prólogo a la *Historia Natural*, Guatemala, 1967, pp. 43-47.

La *Historia Natural* representa un trabajo de muchos años que no podría explicarse tan sólo como fruto y efecto de una memoria privilegiada. Los datos que presenta —casi todos de cosecha personal— abarcan todos los años y todos los lugares donde ha estado en su vida de doctrinero en Indias: reduciendo a números esta afirmación tendríamos que, cosas de España son mencionadas dos veces, dos veces también se menciona el lejano viaje Cádiz-Guatemala, ocho veces se recuerdan los pueblos de la región de Sacatepéquez que fueron atendidos por Ximénez en distintas fechas, siete corresponden a San Salvador, trece a Rabinal y doce a Verapaz, tres solamente a Xenacoh; más veces se mencionan las distintas etapas de su frustrado viaje a España: nueve el trayecto hasta Veracruz, otras nueve la estancia en este puerto, dieciete (el máximo) es mencionada Campeche, solamente tres Tabasco y tres Chiapas en el viaje de regreso; concluyendo con dieciséis menciones de Sacapulas, donde redactaba la *Historia*.

Según esta distribución, se despierta su curiosidad científica durante su estancia en Rabinal, a la que corresponde también su viaje a Verapaz (veinte menciones en total); tiene poco tiempo para estas observaciones en Xenacoh cuando está enfrascado en la redacción de la *Historia de la Provincia*; pero llega al máximo durante su frustrado viaje a España: los fenómenos de la costa le impresionan y a ellos se refiere en Veracruz y Campeche (26 menciones); durante el período de redacción en Sacapulas, las menciones son menos numerosas de lo que cabría esperar ya que llegan apenas a dieciséis.

Siguiendo la trayectoria interna del pensamiento creador de Ximénez, podríamos señalar dos caminos por los que hubiera llegado a la decisión de redactar la *Historia Natural*: la primera respondería a un fallo que se le representa en la confección de su *Tesoro*. “No dudo —escribe— que muchos vocablos se echarán menos: esto sucederá principalmente en los nombres propios de plantas, animales y aves; porque es materia cuasiimposible —explica— recogerlos todos y era menester para esto muchas vidas de hombres y andar todos los montes, porque cada uno tiene plantas especiales”. (Prólogo ms. a la *Primera Parte*). No estaba Ximénez —con su cojera y su bordoncito— para recorrer todos los montes ni para realizar lo que ahora llamaríamos trabajo de campo. El segundo camino por donde pudiera decidirse a componer la *Historia* sería el destinarla a prólogo o portada, de su *Historia de la Provincia* que —probablemente— por entonces concluía en su retiro de Sacapulas. En cualquier caso, no se trata de una obra que se presentara a su mente antes de trabajar su monumental *Tesoro*, ni puede decirse que sea un intento de completar la terminología indígena sobre animales, plantas y minerales del Reino de Guatemala. Ni se dan siempre los términos indígenas correspondientes a los distintos seres descritos, ni se ciñe el estudio a los

términos del Reino ya que la mayor frecuencia de noticias corresponde a las provincias de Nueva España que atraviesa en su viaje por Oaxaca, Veracruz, Campeche, Tabasco.⁵⁷⁾

No he mencionado otros dos motivos que pudieron impulsar a fray Francisco a redactar su opúsculo: el primero respondería a su lectura de la *Recordación Florida* de Fuentes, el estudiado desorden con el capitán Francisco Antonio había procedido en su obra, que Ximénez califica con su “ensalada de todas yerbas”, lleva a fray Francisco a ordenar sus artículos por capítulos muy definidos: animales, culebras, aves, abejas, hormigas; montes y volcanes, aguas, peces, sabandijas chicas; árboles, flores; piedras y minerales. No habían aparecido todavía las grandes obras sobre los reinos de la naturaleza que en Europa serán típicas del XVIII y Ximénez se nos antoja algo arbitrario en su distribución de animales: un capítulo para los mamíferos, uno para los reptiles, uno para las aves, tres para los insectos (abejas, hormigas, sabandijas chicas), uno para los peces. En lo botánico hay un capítulo para los árboles y otro para las flores; quedando dos para lo mineral (piedras y minerales). En el centro del trabajo hay dos capítulos que se dedican a los volcanes y a las aguas.

Aunque no encontramos atisbos de sistematización, las descripciones son ajustadas y detalladas; se señalan siempre las aplicaciones que los entes descritos puedan tener y añade la anécdota personal que lo actualiza. Ximénez supera con mucho a Fuentes en la abundancia de seres descritos, también le supera en la precisión de las descripciones; en cambio, Fuentes le supera en el complemento gráfico de que Ximénez carece.⁵⁸⁾

Finalmente, no entenderíamos a Ximénez y sus múltiples actividades sin situarlo en su actitud de religioso doctrinero. No busca en esta ocasión —como en otras— el servicio específico de sus compañeros: no pretende proporcionarles un nuevo instrumento de trabajo, pero toda la *Historia* está impregnada de un sentido contemplativo que le acerca al maestro dominico fray Luis de Granada.

Últimos años (1728-1730)

Rodríguez Cabal nos trasmite la noticia de haber sido Ximénez constituido en vicario de Sacapulas a 13 de enero de 1725; también nos dice que a 23 de noviembre de este mismo año había informado sobre el estado de la provincia dominicana al Maestro General de la Orden; a 10 de agosto del año siguiente enviaba con bastante retraso sus felicitaciones

57) No conservamos datos suficientes para rehacer un retrato de fray Francisco: no parece que tenga demasiada verosimilitud el que se conserva en Ecija que lo retrata muy joven, en época en que a nadie se le ocurriría hacerle un cuadro. En sus escritos nos dice que tenía tendencia a la hidropesía, que se sangraba con cierta frecuencia; que padeció afecciones pulmonares; que necesitaba de anteojos cuando se fatigaba; y que en la época de Candelaria, cojeaba algo y necesitaba apoyarse en “un bordoncito”; en los tiempos del visitador Lamadrid nos lo presenta un testigo pidiendo a voces por las calles una espada, la cual le dio fulano Vetancur... AGI, Guatemala, 287 (testimonio de Miguel Carranza y Córdoba). El mismo se nos describe montando a caballo para recorrer las calles desde su curato de Candelaria y calmar el pánico que amenazaba apoderarse de la ciudad...

58) No le faltaba razón a Ximénez al motejar la *Recordación Florida* de Fuentes como ensalada de todas yerbas; el mismo Fuentes abarca en su título todo lo que pueda interesar al lector amante de Guatemala; y este carácter misceláneo es uno de sus méritos.

al nuevo Maestro General. El mismo Rodríguez Cabal transcribe la contestación del Maestro General, fechada a 7 de junio de 1727, en que al agradecer la felicitación recibida, pide a fray Francisco le remita el informe, escrito por Ximénez, que relataba la muerte de los padres, fray Cristóbal de Prada y fray Jacinto de Vargas; al propio tiempo expresa su deseo de que la provincia de Guatemala edite la *Historia* “que de orden de mi antecesor Rmo. Cloche, tiene V. P. escrita”.⁵⁹⁾

La relación que menciona el Maestro General estaría hecha sobre los capítulos LXXV a LXXVIII, que les dedica Ximénez en su libro quinto, y que en gran parte están sacados de la *Relación* de fray Agustín Cano. (III, pp. 116-125). Ambos habían venido a Guatemala en la misma barcada de fray Francisco: fray Cristóbal de Prada era natural de Ecija y de mayor edad que Ximénez, en tanto que fray Jacinto de Vargas, natural de Baeza, debía ser de su misma edad, ya que —como Ximénez— era minorista al emprender el viaje a Indias en 1687. Formaban parte los dos dominicos de la expedición que a finales del siglo había sido organizada por el presidente Barrios Leal, y continuada —por su fallecimiento— por su sucesor interino José de Scals. El grupo de dominicos acompañaba al oidor Bartolomé de Amézqueta que se responsabilizó de la entrada por la zona del Mopán. Cercanos a la laguna del Petén, decidieron adelantar un pequeño destacamento que estableciera un contacto —que quería ser pacífico— con los indios de la laguna: el padre Prada llevaba el cargo de intérprete y mediador, el padre Vargas era su acompañante y el capitán Juan Díaz de Velasco se responsabilizaba en cuanto a soldados y pertrechos. Habían llegado a dos leguas de la laguna y estaban totalmente desprevenidos, porque acababan de recibir muestras de amistad por parte del rey Canec, cuando repentinamente vieron venir sobre ellos una multitud de indios flecheros que los rodearon y mataron, dejando vivos a los dos religiosos. Estos fueron sacrificados con el antiguo rito de abrirles el pecho y sacarles el corazón antes de que dejara de palpitár. Sus cuerpos no fueron comidos sino enterrados juntamente con el del capitán Velasco en una cueva: en la que fueron encontrados, cuando años más tarde procedió a la conquista y pacificación del Petén, el general Martín de Ursúa y Arizmendi. Ximénez tuvo el honor de enviar el cráneo de fray Cristóbal de Prada a Ecija, su patria, donde se conservó durante mucho tiempo.⁶⁰⁾

No sabemos si la provincia pensó alguna vez en editar la *Historia* de fray Francisco, como lo deseaba el Maestro General; es fácil que el mismo Ximénez juzgara que los volúmenes que no habían sido enviados a España, o sea los libros tercero a séptimo, requerían una última mano, que probablemente no tuvo tiempo de aplicar.

Rodríguez Cabal recoge los últimos documentos que dicen relación con fray Francisco: a 10 de octubre de 1728 aparece como prelado del beaterio de Santa Rosa; a 15 de enero de 1729, pide el Capítulo se le conceda el grado de Presentado —por los nacidos en España— en sustitución

59) Rodríguez Cabal en *Apuntes*, p. 37, extracta un párrafo de carta del General de la Orden en que expresa su deseo de que la *Historia* salga a luz.

60) Sobre su paisano fray Cristóbal de Prada *Historia*, III, 116-125; V, LXXXVII-LXXXVIII.

de fray Gabriel de Artiga. A 30 de noviembre se le otorga por el Maestro General el grado de Presentado “a petición de la provincia”. A 11 de mayo del 29 certifica un acta bautismal procedente de la parroquia de Candelaria —como su cura doctrinero—; y a 13 de enero de 1731, el Capítulo Provincial menciona el fallecimiento de fray Francisco sin que se especifique el mes ni el año.⁶¹⁾

Obra literaria

Rodríguez Cabal recoge en las dos últimas páginas de sus apuntes las obras atribuidas a Ximénez por Beristain y Scherzer.

Se recogen 16 títulos de los que siete han llegado a nuestros días; los nueve restantes han desaparecido para todos los efectos, conservándose su recuerdo a través de las noticias de Beristain.

Títulos desaparecidos: *Compendium operum Cardinalis Hugonis*. Se pudo tratar de algún resumen del *Compendium Theologiæ* atribuido a este cardenal. Dos tomos de *Sermones varios*; de la predicación de fray Francisco, cuyos sermones pudieron estar en la biblioteca del convento de Santo Domingo, conocemos solamente el sermón que pronunció en conmemoración de la victoria sobre los indios zendales a 21 de noviembre de 1715. La *Apologética*, en que se demuestra que los dominicos fueron los primeros religiosos de América; la *Disertación histórica* y el *Tratado de los Ladridos* se reducen probablemente a distintas redacciones de las *Notas* que escribió sobre la crónica del padre Vázquez, que menciona en su *Historia de la Provincia*. Añade Rodríguez Cabal una *Historia del Beaterio de Santa Rosa* que, según él, se encontraba en el Archivo Arzobispal de Guatemala, incluida en los autos de la visita pastoral de 1811 y una *Vida de los Padres del Yermo* que habría sido traducida por fray Francisco para uso de las beatas de Santa Rosa; *Vida*, que es mencionada por fray Blas del Valle en *Escritores de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*.⁶²⁾

Ximénez menciona en su *Historia* algunos opúsculos, el primero correspondería a la *Respuesta a algunos cargos* que aparece en la lista de Rodríguez Cabal y que es descrito así, por Ximénez: “/Fray Bernardo de O’Con-

61) Datos sobre últimos años y fallecimiento de Ximénez, en Rodríguez Cabal, *Apuntes*, pp. 37-39.

62) Presento, como pauta para las explicaciones que van a seguir, el catálogo de las obras de Ximénez, con la numeración de Rodríguez Cabal, a la que aludiremos después:

- 1 Compendium Cardinalis Hugonis.
- 2 Sermones varios.
- 3 Historia de la Provincia.
- 4 Apologética. . . los dominicos. . . los primeros religiosos de Guatemala.
- 5 Historia Natural.
- 6 Disertación histórica.
- 7 Historia del Beaterio de Santa Rosa.
- 8 Los ladridos/Rodríguez Cabal interpreta ladrillos/.
- 9 Catecismo de los indios.
- 10 Carta de fray Alonso Noreña.
- 11 El párroco perfecto. . . Lo que debe saber un párroco. . .
- 12 Tesoro de las lenguas.
- 13 Confesionario.
- 14 Respuesta a algunos cargos.
- 15 Relación de la visita de La Madrid.
- 16 Vidas de los padres del Yermo.

nor/... hizo todo el escrito con veintidós cargos... que respondiendo yo como procurador general a ellos... respondí a cada cargo, con razón convincente, con texto y con instrumento jurídico en contra; y así le acompañaba al escrito que era de a treinta y seis fojas de a folio, un volumen de testimonios de a cuatro dedos de tomo". En el Archivo de Indias se conserva un escrito de fray Francisco que responde algo a esta descripción: se trata de los manejos de fray Bernardo O'Connor, Ximénez responde en 22 folios, en cuyos marginales se mencionan 23 anejos documentales, amén de copiosas citas de textos canónicos y legales.⁶³⁾

El mismo Ximénez afirma que escribió una "relación historial de todos los sucesos como sucedieron (en la visita de Lamadrid)... por donde el real consejo pudo tomar el hilo a tanta confusión de cosas" (III, 221). No he dado en Indias con alguna relación de aquellos sucesos que aparezca firmada o respaldada por Ximénez, aunque pudiera ser que a él se debiera alguno de los muchos papeles que sobre aquel insólito suceso se cursaron a España.⁶⁴⁾

Pasemos ya a los escritos que —en la lista arriba mencionada— llevan los números 3, 5, 9, 10, 11, 12 y 13, y se reducen a dos líneas: la histórica y la lingüística.

El número 3 designa el más voluminoso de los escritos de fray Francisco: la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, en siete libros, de los que se ha perdido el tercero.

Corresponde el número 5 a la *Historia Natural del Reino de Guatemala*, con lo que se completa la línea histórica.

En la línea lingüística está el *Tesoro de las tres lenguas*, de la que se conserva la *Primera Parte*, correspondiente al número 12; en tanto que en la lista no se concede numeración al *Arte de las tres lenguas*, al que acompañan los números 9, 10, 11 y 13 —todos ellos de tipo doctrinal—; y las *Historias del origen de los Indios* y los *Escolios* a estas Historias, que tampoco han merecido el honor de ser incluidos en las listas de Beristain, Scherzer o Rodríguez Cabal.

Obras históricas

No cabe duda que las obras históricas no son las más importantes que fray Francisco nos dejó; y en ellas podemos decir que sólo alcanza valor universal su nueva traducción de las *Historias de los Indios*, que complementa la que acompaña a la transcripción quiché del texto original y ha entrado así en el círculo iluminado que rodea al Popol Vuh.

Comencemos por la *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores, compuesta por el R. P. Pred. Gen. fray Francisco Ximénez, hijo de la misma provincia, de orden de N. Rmo. P. M. G. Fr. Antonio Cloche*.

63) El alegato sobre O'Connor en AGI, Guatemala, 285, 22 folios, 44 páginas bien repletas: véase nota 23).

64) El relato que hace en tequeli sobre Lamadrid, y que está incluido en la *Historia*, pudiera ser de él (III, 220-223; VI, XXXIV). Véase nota 23).

El título que lleva el manuscrito de Córdoba difiere ligeramente del anterior: *Historia de la/provincia/de San Vicente de/Chiapa y Guatemala/orden predicadores;/escrita/por el reverendo padre predicador general/fray Francisco Ximénez de la misma provincia*. La mayor diferencia está en que el ms. de Guatemala alude a la orden del Maestro General Cloche y la de Córdoba no la menciona: señal de que entre ambas redacciones llegó a Ximénez la noticia de aquella disposición superior.⁶⁵⁾

No he manejado el manuscrito original que sirvió a Gavarrete para su transcripción, ni he estudiado a fondo esta misma transcripción; en cambio he examinado despacio el manuscrito de Córdoba, y lo he comparado con lo presentado en la edición de Guatemala.

El manuscrito de Córdoba se diferencia de la transcripción de Gavarrete en la existencia de abundantes notas, que fueron consideradas por Gavarrete carentes de interés. Se diferencia también naturalmente en algunas variantes que pueden proceder o del original o del transcriptor; y se diferencia también en que se conserva completo frente al original que carecía de los últimos capítulos que debieron ser subsanados en el volumen II de la misma edición de Guatemala por haber aparecido en el entretanto. Como ejemplo típico de variantes escojo la que aparece en la séptima línea del primer capítulo que es un “salto de línea” entre palabras semejantes; dice así *Guatemala*: ...“aquestas montañas agrestes, de aquestas gentes”...; dice *Córdoba*: ...“aquestas montañas, no tanto de las materiales, aunque impenetrables, cuanto de aquestas montañas agrestes de aquestas gentes”... Ha habido un salto de *montañas a montañas* con supresión de la línea intermedia.

Lo mismo sucede a lo largo del capítulo sexto del Popol Vuh; dice *Guatemala*: fue vencido y muerto Zipacna; en tanto que *Córdoba* intercala: fue vencido y muerto el *Zipacna por los dos muchachos Hunahpu y Xbalanque, y aqueste* Zipacna: el salto se ha producido de *Zipacna a Zipacna* con supresión de la línea intermedia. Líneas más abajo se suprime una frase; *Córdoba* antepone *¿A dónde está?* a la frase de *Guatemala*: *Yo lo iré a ver...*; que en *Córdoba* es: *Y le iré a ver*.

En el capítulo VII en la novena línea se suprime en *Guatemala* esta frase: “y el segundo *hun cohen*, y la madre de éstos se llamaba *xbaquivalo*” que completa el sentido de *Guatemala* tras la frase: “el primero se llamaba *hun batz...*”.⁶⁶⁾

En el capítulo VIII hay una frase que no tiene sentido en *Guatemala*: en la línea veinte, y dentro de la exhortación que la calavera hace a *xquic*, se dice: “no morirás y ten caridad...”; la grafía de *Córdoba* parece decir: “no morirás y concurrid...”, que por lo menos tiene sentido. Pa-

65) Hemos mencionado repetidas veces la copia manuscrita que se conserva en la Biblioteca Provincial de Córdoba y que comprende los dos primeros libros de la *Historia de la Provincia*. En nuestro estudio y para simplificar su mención, la designamos con el título de *Córdoba*, reservando el título de *Guatemala* para el ms. que sirvió a Gavarrete, y su paleografía.

66) La supresión de la línea mencionada en el texto, produjo en alguno de los primitivos comentaristas un verdadero problema de parentescos que comenta Recinos: *Popol Vuh*, p. 44. Recinos refiere las deducciones que de esta frase —mutilada en el original que consultó— sacaba Ordóñez en su *Historia de la Creación del Cielo y de la Tierra*, fechada a fines del XVIII, pero inédita hasta 1907.

sando por alto otras pequeñas variantes, encuentro otra frase sin sentido completo en *Guatemala*, a la mitad del capítulo XI: “era tanto el frío...” que en *Córdoba* es: “era intolerable el frío...”. Y hay una abreviatura en el XII de difícil solución: “Ms. de lo que se pudre...”, que en *Córdoba* está resuelta: “*madres* de lo que...”. En el capítulo XVII, en la escena de la seducción de los cuatro héroes quichés, dice *Guatemala*: “desnudándose se pusieron a beber...”; más razonable *Córdoba* dice: “desnudándose se pusieron a lavar...”, que concuerda con el texto que sigue. En el capítulo XVIII merecen consignarse dos detalles importantes; dice *Guatemala*: “entre el demonio...”; dice *Córdoba*: “entre sí el dominio...”. Más importante es la omisión que no es tan fácil de explicar; *Guatemala* salta de “*ahauquiché*” a “*y ese fue el nombre...*”; en tanto que *Córdoba* intercala: “*Ahauquiché, y sólo nuestras casas son las grandes en todo el reino; mucho tiempo estuvieron allí en Izmachi, y no cabiendo ya allí se fueron a poblar el cerro de Gumarcaah: y ese fue el nombre...*”

En el resto de los dos libros que se conservan en *Guatemala* y *Córdoba* hay otras variantes, cuyo número no es excesivo; de vez en cuando hay párrafos enteros suprimidos, otras veces se trata de lecturas equivocadas; no las enumero, porque a más de no tener excesiva importancia pueden verse en el curso de la edición. Sin embargo, quiero hacer constar que las variantes son más abundantes desde el capítulo LXXVI al final, como si el original hubiera estado menos legible en los folios finales, sin contar los últimos que en el primitivo original de *Guatemala* faltaban y que en *Córdoba* ocupan desde el folio 492 hasta el 501 vuelto.

Ximénez y Remesal

La *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala* de fray Antonio de Remesal, está en estos primeros libros —continuamente a la vista de Ximénez—. Fray Francisco trata de poner al día la obra. —hacía tiempo impresa— de su predecesor; busca además centrarla en lo que dice su título: *Historia de la Provincia*, dejando para los historiadores generales lo que se contenía en el subtítulo —que a veces fue título principal por razones de presentación editorial— de *Historia General de las Indias Occidentales*.⁶⁷⁾ Ximénez se restringe a la provincia, y ni siquiera se explaya demasiado en la Historia Civil de la Capitanía General de Guatemala; Ximénez no va —como Remesal— a los archivos civiles, ni es excesivo su trabajo de investigación documental: da por bueno lo que afirmó Remesal y no es raro que se equivoque con su mentor, aunque a veces lo corrija.

Se aparta —felizmente— de Remesal en su decisión de estudiar el pasado prehispánico; y esto lo hace de dos maneras: incluyendo íntegramente las *Historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala* que había compuesto —a dos columnas— en texto quiché y castellano. Ahora sólo emplea el texto castellano, que amplía con glosas intercala-

⁶⁷⁾ Véase nuestro “Estudio Preliminar” a la edición de la B A E de la *Historia* de Remesal, I, pp. 42-45.

das y con notas más amplias. Gavarrete suprimió muchas de las glosas y la mayoría de las notas, por considerarlas superfluas.⁶⁸⁾ Sin entrar en el detalle, pues el texto aparecerá en su integridad para uso de los eruditos, quiero mencionar una larga nota —en la línea de las disputas con fray Francisco Vázquez— que tras refutar su interpretación de *hun ahpu* como ramillete de flores, siendo así que equivale a *tirador de cerbatana*, se engolfa en consideraciones sobre un acto capitular tenido por Vázquez en 1698 en que pretendió defender los términos *Tataixel*, *Caholaxel* y *Uxlabixel* como adecuados para señalar las personas de la Trinidad: ya que según Ximénez las terminaciones en —xel— equivalen a las latinas en —dus— y señalan verbales de obligación: cosa totalmente incongruente con lo que se quiere significar con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.⁶⁹⁾

Las demás notas pueden agruparse en tres clases: algunas son puramente lingüísticas —como la que acabamos de mencionar—, que son relativamente escasas; las hay que tratan de descubrir conexiones ideológicas entre indios y judíos; y quedan finalmente las que relacionan pasajes del Popol Vuh con distintos proceder religiosos-mágicos perpetuados entre los indios. Estas últimas anotaciones son extraordinariamente valiosas para el estudio de la etnia quiché en tiempo de Ximénez; pero las anteriores —aunque a primera vista pudieran parecer intrascendentes— mantienen también su valor: ya que del convencimiento —habitual entre los doctrineros de aquel siglo— que encontraba en la conexión entre indios y judíos la clave de los mitos indígenas, refluía al indígena mismo una renovada confianza en su antiguo mundo mítico.

Pasando a los aspectos que conectan positivamente las obras de Ximénez y Remesal, podemos establecer que son tan abundantes que la segunda está elaborada sobre la primera. El sistema seguido por Ximénez se puede reducir al siguiente esquema fundamental: Ximénez —lo hemos dicho— reduce la Historia de las Indias Occidentales de Remesal a Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala; es decir, le quita todos aquellos capítulos que se refieren a temas generales de América. De esta manera el primer libro de Remesal queda reducido a los capítulos primero, segundo y tercero, que pasan a ser los capítulos finales XXXVIII a XLII del primer libro de Ximénez; Ximénez no se contenta con transcribir lo redactado por Remesal, añade detalles de su propia cosecha y cuenta para ello con el manuscrito de Bernal Díaz con el que puede comparar la edición atribuida a Remón, y sobre todo los libros

68) Remesal decide dejar a un lado las tradiciones prehispánicas “así porque esta materia está tan llena de cosas sin concierto. . . y que lo mismo se es trasladarlas de la memoria o libros de los naturales. . . que imaginarlas el pensamiento más desconcertado del mundo. . . porque con sólo decir. . . que todos eran idólatras, está dicho todo lo que se puede decir, imaginar y pensar de tinieblas. . . porque este nombre idólatra encierra en sí todo el mal que puede haber en el mundo en materia de religión y costumbres. . .” *Historia*, II, 419; VI, VII. Realmente no tenía Remesal madera de etnólogo Ximénez, en cambio, opina que tales noticias podían no sólo dar luz a los ministros evangélicos, sino también diversión a los curiosos: dos razones que parecen suficientes a Ximénez y que le abrieron la puerta a la confianza de los indígenas. (I, 81; I, XXIX).

69) En el ms. Córdoba hay una larga nota sobre Vázquez y una erudita disertación a la que Ximénez, recién llegado a Guatemala, estuvo presente; y que nunca llegó a olvidar, considerando que la ignorancia del padre Vázquez en temas lingüísticos era total.

de Vázquez y Fuentes y Guzmán que le servirán de acicate para llegar más al fondo en los puntos debatidos de la historia primitiva de la Guatemala colonial. No es demasiado afortunado en esta reconstrucción histórica y los errores de Remesal se perpetúan en sus páginas.

El segundo libro de Ximénez abarca lo que queda de la primera mitad del siglo XVI, y se divide en dos partes: la primera concluye en el capítulo XXIII y resume lo dicho por Remesal en los libros II, III, y desde el capítulo I al XV del IV; es decir, la vida de fray Bartolomé de las Casas, los sucesos de Guatemala, la primera entrada pacífica en Tezulutlán, y el trágico fin de la ciudad establecida en Almolonga. Aunque Ximénez cae en la cuenta de algunas incongruencias cronológicas de Remesal, se puede decir que en general sigue su esquema, sin aportar novedades de valor.

Desde el capítulo XXIV hasta el LXXIV, es decir, cincuenta capítulos, Ximénez transcribe la *Historia* manuscrita que compuso el padre fray Tomás de la Torre, indicando la correspondencia entre sus capítulos y los del original. La transcripción se abre con este párrafo que aclara las relaciones mutuas entre Torre, Remesal y Ximénez: “En todo este viaje iremos trasladando lo que nos dejó escrito el historiador que se señaló por aquellos primeros padres, que escribiese todas las cosas que, como testigo de vista, se le debe todo crédito; y el estilo llano y sincero con que lo escribe acredita mucho su verdad. Porque aunque el padre fray Antonio Remesal por no ser tan prolijo omitió mucho de lo que en esta historia manuscrita se contiene, no me pareció conveniente omitir cosa de ella por la grande edificación que será a los lectores... El método que seguiremos será el proceder por capítulos... embebiendo en un capítulo dos o tres conforme ofreciere su dilación, apuntando al margen el capítulo que es de la historia manuscrita, que se conserva en nuestro archivo como uno de los instrumentos más auténticos que comprueban nuestra nobleza e hidalguía —a lo de Dios—, siendo esta la mayor ejecución en que se conservan nuestras mayores hazañas...”⁷⁰⁾

El tercer libro de Ximénez está dedicado a la segunda mitad del siglo XVI; no fue publicado en la edición de Guatemala de 1930, e ignoro si se conserva manuscrito; correspondería a los libros nueve a once de Remesal.

El libro cuarto de Ximénez corresponde a la primera mitad del siglo XVII. Remesal alude muy brevemente a los acontecimientos de principios de siglo en los capítulos XVIII a XXIV de su libro undécimo; Ximénez le sigue en estos primeros capítulos, disintiendo expresamente él en la primera línea del capítulo tercero: “Aqueste año de 1606 —dice nuestro Remesal—, se dio fin al descubrimiento, junta de pueblos y conversión de los indios del Manché, en que notablemente se engaña... porque hasta agora no se ha acabado y Dios sabe cuándo acabará...”⁷¹⁾ Ximénez concluye la transcripción de Remesal al final de su capítulo quinto: “Hasta aquí —dice— nuestro Remesal; los sucesos de estas reducciones

70) Véase *Historia*, I, 249; II, XXIII.

71) *Historia*, II, 9; IV, III.

(las del Manché) se irán viendo adelante...” La *Historia* de Remesal concluye con una breve mención del padre fray Andrés del Valle; Ximénez toma en ese punto el hilo de la narración y —conforme a sus costumbres— incluye en su totalidad la vida que sobre el padre Valle escribió fray Antonio de Molina, que abarca treinta capítulos y noventa páginas (54-144) en la edición de Guatemala.⁷²⁾

De todo ello podemos deducir que Ximénez aprovecha lo redactado por Remesal siempre que no cuenta con alguna relación más detallada de los hechos que le permitan presentarlos con mayor exactitud. Cuando se basa en el testimonio de Remesal acude alguna que otra vez a los documentos que éste ha manejado y en raras ocasiones se permite discrepar de su versión de los hechos.

Ximénez y las “Repúblicas” de fray Jerónimo Román

Remesal había descubierto la íntima relación existente entre los capítulos dedicados a las Repúblicas de los Indios Occidentales de fray Jerónimo Román, y los correspondientes de Casas en su *Apologética Historia*. Remesal insinuaba que Román había silenciado su origen: no era verdad, ya que Román había incluido los escritos del “obispo de Chiapas” en la nómina de sus fuentes; curiosamente al redactar el párrafo, no tenía presente el nombre del obispo y había dejado un espacio en blanco para llenarlo antes de entregar el original a la imprenta; el espacio en blanco quedó así en la edición y el nombre del autor quedó bajo el título —más impersonal— de obispo de Chiapas: título, sin embargo, suficientemente claro en su tiempo y mucho más en la actualidad.

Remesal confesaba además que se había sentido inclinado a “trasladar aquí todo aquel tratado”, falta de tiempo y escasez de papel le habían decidido a prescindir de los capítulos de Román. Confiaba, sin embargo —nos dice más adelante—, “que este libro (el de las Casas, original del de Román) algún día salga a luz”.⁷³⁾

Ximénez cumple en su *Historia* los deseos de Remesal: no “traslizando” los capítulos de la *Apologética Historia* de los que no disponía, sino los correspondientes de Román. Hizo además otra cosa: comentar con sus anotaciones los capítulos de Román, aprobando o discutiendo, con lo que añade nueva luz a los datos recopilados por fray Bartolomé, que constituían entonces —y siguen constituyendo en la actualidad— la base más firme de nuestros conocimientos del pasado prehispánico en el altiplano guatemalteco.

Las notas de Ximénez desaparecieron —por la mayor parte— en la transcripción de Gavarrete y por lo tanto en la edición de Guatemala; se conservaron en el manuscrito de Córdoba, y van a proporcionarnos una interesante base para adentrarnos en el conocimiento de la etnia indígena guatemalteca en aquella primera mitad del siglo XVIII.

72) Remesal, *Historia*, II, 485; XI, XXIV. Ximénez, *Historia*, II, 54-154-144; IV, XIII-XLIV. Sobre el padre Molina, véase la nota 46).

73) Remesal, *Historia*, I, 239; III, XVIII y II, 369; X, XXIV.

Ximénez introduce la obra de Jerónimo Román en el capítulo XXIX de su primer libro: “Aunque yo —dice— tengo muchas noticias por lo que he sabido de ellos, hallo, las más, escritas por el muy reverendo padre fray Jerónimo Román en su *República de Indios*, quien escribió relaciones muy ciertas que todos los religiosos y ministros enviaron a su majestad por su mandado, y también hallo otras de que yo no tenía noticia; y aunque el muy reverendo padre predicador fray Antonio de Remesal en su *Historia* de Guatemala no fue de sentir que se escribiese aqueste punto, por lo cual lo omitió, privándonos de muy buenas noticias que podían dar mucha luz a los ministros evangélicos, y mucha diversión a los curiosos; todavía teniéndolo yo por conveniente y viéndolo impreso por tan graves maestros, quise trasladar a la letra lo que dice el padre maestro Román de aquesta provincia y reino de Guatemala, y por el gusto —insiste Ximénez— que dará a los lectores...”⁷⁴⁾

Ximénez comenta lo que ha encontrado en las *Repúblicas* de Román, y como dice él, “anotando en lo que padece equivocación”.⁷⁵⁾ Su transcripción se inicia en el capítulo II de Román, que está basado en los capítulos CXXIII y CXXIV de la *Apologética*.

Casas comienza con el hecho narrado por Pedro Mártir en sus *Décadas*, de haber encontrado en Yucatán cruces, que los indios aseguraron haber sido erigidas por un “hombre hermosísimo, que les había dejado aquella insignia en memoria suya; otros dijeron que había muerto, en semejante obra, un hombre más reluciente que el sol”; Casas reduce las cruces a una sola que describe con mayor detalle: “una de cal y canto, de altura de diez palmos, en medio de un patio, o cercado, muy lucido y almenado, junto a un muy solemne templo y muy visitado de mucha gente devota en la isla de Cozumel”.⁷⁶⁾ Ximénez lo transcribe a través de la copia de Román, quien suprime algunos detalles; pero ni aun así lo considera aceptable, acotándola con la siguiente nota: “Esta cruz discurren muchos, y con buenos fundamentos, la pusieron allí los primeros descubridores de aquesta tierra firme; y después de años, que vino Montejo, la halló; que sería la que dice el muy reverendo padre Cogolludo que puso Cortés allí; y la que dice él mismo y que se halló de piedra con la imagen de Cristo crucificado; debió de ser lo mismo lo que cita del capítulo tercero de Bernal Díaz: y es que se hallaron señales, como de cruces”.⁷⁷⁾

Para terminar con el asunto de la cruz, pre o poshispánica, añade esta nota algo sarcástica: “De este principio desatinado tuvo sin duda lo que después escribían, que en Yucatán adoraron la cruz...”⁷⁸⁾

Fray Bartolomé en su capítulo CXXIII bosqueja una teología yucateca que recuerda los principales dogmas cristianos: dice haberla tenido a través de un clérigo (Francisco Hernández, según Remesal) a quien

74) Ximénez, *Historia*, I, 81; I, XXIX.

75) Ximénez, *Historia*, I, 55; I, XXII.

76) Casas cita a Pedro Mártir en sus *Décadas* IV, I; pero amplía y matiza lo que transcribe para acomodarlo a su plan general; *Apologética Historia*, CXXIII.

77) Cogolludo, *Historia*, I, VI y II, XI. En realidad todo parece reducirse a la afirmación de Bernal Díaz, que habían encontrado señales “como de cruces” Castillo, *Verdadera Historia*, c. III.

78) Las notas que se transcriben se hallan en *Córdoba* en los capítulos correspondientes.

Casas había encargado la visita de la tierra como su vicario; es muy conocido el esquema pergeñado por fray Bartolomé y nunca se le ha dado excesivo crédito. “Si estas cosas son verdad —decía él mismo— parece haber sido en aquella tierra nuestra santa fe notificada...” Ximénez comienza negando que aquella tierra perteneciera a Chiapas, en lo que contradice indirectamente a fray Bartolomé que no tenía escrúpulos, en aquel entonces, en ampliar los límites de su obispado y no dudaba en subdelegar una jurisdicción que no le pertenecía: “como aquel reino —escribe— entrase... por cercanía dentro de los límites de mi obispado de Chiapa”... En cambio no niega Ximénez que los nombres aducidos por el clérigo Hernández y copiados por fray Bartolomé, se refieran a las tres divinas personas de la teología católica y a la virgen María; lo único que rechaza es que esos nombres coincidan con los que él ha creído identificar a través del Popol Vuh: “el padre —dice— se llama *huracán nimacaculha*; el hijo, *chipicaculha*; el Espíritu Santo, *vaxacaculha*; la que dice ser madre del hijo, se llama *xquic* —(donde) *quic* quiere decir sangre, antepuesta la *x* por ser nombre de mujer.

Prosiguiendo en el mismo comentario, Ximénez encuentra inaceptable lo recogido por el clérigo quien detallaba que Bacab —el Hijo—, había sido azotado y coronado de espinas... “esto de corona y azotes —comenta— no dicen éstos, sino crucificados: esto es tendidos los brazos en forma de cruz”; más rechazable encuentra la mención de los viernes como día de penitencia, aducida por Casas, “esta memoria de viernes no la había acá, ni se conocía este día señalado: porque de ningún modo había orden de semanas, sino de meses”.

Más que lo dogmático encrespa a Ximénez la confusión de Román que altera algo el sentido de lo escrito por Casas. Dice Casas: “Después creciendo y multiplicándose las gentes se publicó que había nacido un dios en la provincia, treinta leguas de la cabeza de Guatemala, llamada Utlatlán: y la provincia nombramos agora la Verapaz”... Román, modifica el sentido de Casas: “Tuvieron otro dios famoso, principalmente en la provincia de Guatemala, a treinta leguas adelante adonde se llama la Verapaz, que entonces se decía Utlatlán”. Ximénez anota por su parte: “aquí va todo confundido: Utlatlán es Santa Cruz, que fue la corte del rey; la Verapaz está contigua a esta provincia”. E insistiendo sobre la figura de xbalamque —personaje principal en el Popol Vuh—, que Casas y Román confunden a porfía, se expresa con estas palabras: “Este xbalamque, atrás queda dicho quién fue y cómo bajó al infierno; y hunahpu, como todo esto a larga va escrito; y se ve en lo que tengo dicho cómo están confundidas las noticias, como se ve en lo que dice este autor”. Tampoco puede atribuirse a xbalamque “el sacrificar hombres”, como afirmaban Casas y Román, sino a “balam quitzé y los demás, como está dicho arriba”.⁷⁹⁾

El capítulo XXIII de Ximénez es una refundición del contenido de los *Escolios* que comentaremos más adelante en el apartado relativo a la investigación étnico-religiosa.

79) *Apologética*, CXXIII; Román, I, II; Ximénez, I, XXII.

Y del capítulo XXIV hasta el XXIX, presenta Ximénez una pequeña introducción geográfica (c. XXIV) antropohistórica y lingüística (c. XXV), e histórica (XXVI, XXVII y XXVIII) de distinto valor. Los primeros capítulos son tal vez excesivamente generales; no aportan nada sus lucubraciones sobre el origen hebraico de los indígenas; algo más interesante son sus puntos de vista sobre la singularidad del idioma quiché; y vale finalmente mucho más su análisis de los primeros reyes quichés que se establecen sobre los datos contenidos en los últimos folios del *Popol Vuh*.⁸⁰⁾

En la línea histórica —ya lo hemos visto más arriba y lo veremos más adelante—, no deja Ximénez pasar cualquier ocasión de establecer la singularidad del caso quiché y su independencia respecto a México; tampoco acepta confusiones en la supremacía quiché dentro de los límites del altiplano guatemalteco.

Detalles etno-religiosos en Román-Casas-Ximénez

En el capítulo XXIX toma Ximénez de nuevo el hilo de Román para tratar del culto de religión que tuvieron los indios (corresponde al capítulo XV de las *Repúblicas* que a su vez responde al CLXXXVII de Casas en su *Apologética*). Los comentarios de Ximénez tienen aquí, generalmente, signo positivo: confirman lo escrito por sus predecesores, a quienes a veces completa. “Miren —dice— cómo no habían de pensar que nuestra ley era la misma que ellos tenían: viendo que nosotros hacíamos lo mismo que ellos (vigilias penitenciales, procesiones, músicas y danzas...) en la celebración de los santos: si no era menester mucha luz superior con mucha predicación”. En cambio no deja de llamar la atención la poca importancia que concede Ximénez al hecho de coincidir fundamentalmente la llamada cuaresma de los indígenas con la cuaresma cristiana: ya que ambas preceden las fechas en que comienza a anunciarse la temporada de lluvias, período en que el Sol ya robustecido tras el letargo invernal manifiesta su benéfica presencia con esa mezcla tropical de lluvia y calor que es la clave de la riqueza agrícola. La cuaresma cristiana se superpone con la antigua cuaresma y las festividades pascales con el sacrificio de Cristo, joven hijo de Dios, sustitúan de manera incruenta el sacrificio del joven que representaba al sol y moría en nombre del pueblo que del sol esperaba todo su sustento. Tal superposición se manifiesta aun en la actualidad en la extraordinaria vitalidad de las festividades pascales, sin descontar la figura de Maximón que es el contrapunto de lo arcaico frente a lo renovado.

Ximénez comenta, por su cuenta, la importancia que tuvo para los indios de Chiapas, las ceremonias realizadas en cuevas “donde hasta hoy lo hacen”; y la política seguida por los primeros dominicos que “establecieron que se celebrase allí fiesta de... san Francisco, en memoria del

80) Ximénez, I, XXIII está en relación con los Escolios al *Popol Vuh* que comentaremos más adelante.

tiempo que estuvo en el monte Alvernia, y así se celebró por muchos años, teniendo aquel lugar (aquella cueva) dedicado al glorioso santo. . .” Costumbre que —apunta acertadamente Ximénez— se siguió en la primitiva iglesia “como fue la fiesta de la Purificación, que se instituyó por la fiesta que se hacía en tiempo de la gentilidad con candelas: y se llamó la Candelaria”.

Sólo se aparta de sus dos autores, cuando estos declaran que los indios no se emborrachaban por vicio, sino “porque en esto creían que hacían un gran servicio a Dios” “En esto —exclama Ximénez— dice lo que quiere el autor: porque es tal la propensión a la embriaguez que se les va el alma por beber; y aunque sepan que los han de castigar rigurosamente, no se pueden abstener. En hallando la ocasión lo tienen por grandeza, y si es con vino, cosa de mucha honra; y así el día de hoy, aunque sean los alcaldes que han de asistir en sus cabildos, no tiene remedio sino que que se embriagan también” . . .

Pasando al capítulo XXXI que dedica Ximénez a detalles etno-religiosos, típicos de los indios guatemaltecos, son muchas las anotaciones que considera de interés. Corresponde al capítulo XIX de Román y al CLXXIX de Casas. La primera anotación de interés excepcional se refiere a la costumbre de colocar un cadáver bajo los cimientos de las casas “y tanto era el abuso de esto que desbaratando yo en Santo Tomás Chichicastenango una pared del convento para hacer la sacristía, hallé la osamenta de un cadáver que allí habían puesto debajo del aguamanil de la sacristía antigua. Ya se ve —comenta— que esto no lo pondría el ministro, sino que ellos a escondidas lo pondrían para que cuidase aquella obra”. Menciona los lugares sagrados en los caminos (encrucijadas y semejantes); alude a la sustitución de cultos producida por la erección de cruces donde antes había apachetas o mumutzes; término empleado por Casas y que Ximénez explica: “montón de tierra hecho a mano para sacrificar o ara” Costumbre que Ximénez concreta en el paso de los indios de Cobán por el río que separa su provincia de la de Guatemala “echan una piedra al pie de una roca que allí está para que la tierra que pisan no los tiente, y les extraña por no ser la suya”.

Casas escribe mal la palabra que en quiché significa doctrina que es —tij— que él interpreta sin la aspiración final como —thy—; curiosamente Román escribe con corrección este término. Son detalles especialmente significativos los que tienden a aplacar a los “guardianes” de la caza, de las colmenas, del cacao, del maíz que en todo caso han de ser tratados con toda deferencia “al venado. . . lo sahuman y ponen flores y lo componen; y llaman una vieja que haga esto y lo agasaje: para que viendo el buen tratamiento se dejen coger los otros. Y en los palos de las colmenas ponen en la entrada manteca de cacao y achiote para que acudan y no se huyan. . . pues el maíz que se ha de sembrar, se ha de desgranar a mano, y no se ha de aporrear; y los elotes, que es el corazón de la mazorca, no se ha de quemar sino que se ha de arrojar a algún lugar donde no se pise: como en alguna barranca. . . ; hasta hoy sahuman los árboles del cacao, para que el señor de la heredad les de cacao. . . ; y

cuando cogen el maíz, lo tienen amontonado en la milpa... hasta que se salga una mazorca del montón: entonces lo acarrean a la troja; porque dicen que no conviene llevarlo por fuerza hasta que él quiera ir de su voluntad, que la muestra en aquella señal de rodarse la mazorca”.

Sobre prácticas médicas añade este detalle interesante que parece ir en contra de lo generalmente admitido: “luego que enferman —dice— piden confesión, aunque sea muy leve el accidente”; por otra parte y dentro del respeto que tenían tradicionalmente a los médicos: “en cosa de medicina lo son hasta hoy: que no repugnan cosa así que sea la cosa más terrible”.

Los ritos de nacimiento y sus posibles semejanzas con el bautismo, le sugieren la solución más común entonces, aunque ahora nos parezca tan poco razonable: “parecen haber tenido noticia, del bautismo, del demonio: por remedar, o como mono, las cosas de Dios, les sugirió aqueste lavatorio”; el corte de los primeros cabellos, mencionado por Román-Casas, le sugiere esta anotación: “y los cabellos que se cortan cuando están enfermos, se los ponen en la sepultura si mueren; y los que las mujeres se sacan cuando se peinan, los guardan; y lo mismo de las muelas que se sacan; y lo ponen en parte señalada”. En cambio el comentario procedente de los mismos interesados, suena a falso: “esto dicen que hacen, para cuando resuciten no anden mucho para hallarlo todo”.⁸¹⁾

Lo político y socio-económico en Casas-Román-Ximénez

Sobre la organización política de los quichés, Ximénez apela a sus *Historias*, que rectifican muchas de las noticias dadas por Casas-Román: “Utatlán —dice— se llama Santa Cruz del Quiché, que era la corte y cabeza de este reino; hoy se llama Guatemala, por ser esta ciudad la cabecera del reino. Y se llama Quiché, que quiere decir muchos árboles o montañas”. No acepta dependencia ninguna histórica de los mexicanos: “en esto —escribe— fue mal informado; que antes de aquí fueron a México”. Tampoco le gusta el orden de la sucesión que establece Casas y copia Román: “En esta sucesión —dice— está siniestra la relación. Esto procedió de lo que queda dicho: que por no haber visto estas *historias* (Popol Vuh), padecieron equivocación en muchas cosas; bien clara está la descendencia de padres a hijos de todos tres hermanos”. Ximénez añade por su cuenta un toque de humor; Casas había dicho que según los indios “que lo vieron que (ciertos varones principales... que tenían cargo de la justicia) eran como los oidores que hay en Guatemala en el audiencia real” (ccxxxiv); Román lo generalizó y resumió: “tenía en cada pueblo grande sus chancillerías con sus oidores”, Ximénez puntualiza: “¡No eran como oidores; que si fueran así, perdieran el reino, y estos lo conservarían!”; la lejanía de la suprema autoridad es la que diferencia un régimen de otro; concluye fray Francisco: “Esto sucede —escribe— de estar lejos del rey y que no vea lo que se obra; pero como no hay recurso obran absolutamente sin respeto al castigo”.

81) Las notas tomadas del manuscrito de Córdoba están incorporadas al texto en la edición que presentamos.

Casas-Román, y en su línea, Ximénez, establecen un turno de sucesión entre los gobernantes (turno que curiosamente se mantiene en los ciclos de principales en los pueblos étnicamente indígenas de Guatemala). “Es tan conforme —dice— al dictamen de razón, que los que han de ser jueces empiecen así, que los indios rústicos lo alcanzaron; y no lo alcanzan hombres de letras y entendidos... Y esto hasta hoy lo guardan los indios con harta vergüenza nuestra”.

Finalmente no acepta que existiera un sistema para castigar a los reyes que fueran tiránicos, como afirmaban Casas y Román, “esto no hay memoria en sus historias que sucediera; puede ser —acepta— que fuese ley para que sirviese de freno a los reyes para no hacer desafueros”.

Respecto a los sistemas penales: insiste Ximénez en la responsabilidad que el chinamital, o calpul, asume respecto de algunos delitos: “porque la más rigurosa justicia que hay entre ellos es la del chinamital”; detalla en el capítulo siguiente uno de los castigos que había visto imponer por los chinamitales “los tormentos que daban, y hoy también los usan —como yo lo he visto—, es colgar al paciente de las manos en una viga y que quede suspenso en el aire y, de este modo desnudo, le van untando con las hojas de la ortiga o chichicaste, que es un dolor rabioso. Después le dan algunos azotes muy crueles y vuelven con la ortiga, y de este modo van alternando: es tan cruel tormento que están a punto de morir en él —como lo he visto— siendo necesario darle luego la extremaunción”.

La economía no pasa para el indígena del nivel de mantenimiento: existe sin embargo una intensa vida comercial que se mantiene vivaz a pesar de los escasísimos márgenes de ganancia que procura, con ferias a tiempos determinados, que en las “fiestas de los pueblos son muy populosas”. La economía agraria de base familiar produce una doble actitud respecto a mujer e hijos: “la mujer es imprescindible, es el todo de la casa —comenta—; por eso el viudo se llama —pobre— aunque sea muy poderoso en riqueza”; “el caudal de los indios son los hijos...” Hasta en eso —añade con interesante nota sobre la sociedad criolla de su tiempo— “son al revés (que los españoles): en los españoles el pobre usa tener muchos hijos, y el que los tiene no tiene caudal, por mucho que tenga... En los indios es al contrario: el que tiene muchos es más rico, y el que no los tiene es pobre; porque desde que empiezan a andar les ayudan en sus trabajos, y así se van criando tan recios para el trabajo”.

Finalmente el chinamital —equivalente al calpul mexicano— aparece con singular fuerza en los comentarios de Ximénez, en tanto que había pasado inadvertido a Casas: el chinamital, grupo exógamo, que funda las leyes del incesto con más fuerza que los impedimentos canónicos de la cultura hispano-cristiana: chinamital que se solidariza con cada uno de sus miembros, y cuya pertenencia es estimada por los indígenas sobre todo otro valor: no se pierde por la mujer al casarse, quien sigue formando en el chinamital de su padre y a su seno regresa en caso de enviudar. El padre ha de ser testigo si su hija adultera, y está presente a su castigo

en nombre del chinamital. Eventualmente compran un muchacho pobre si no quieren que la hija salga del chinamital; no les interesa casarse con sus iguales: el rico y principal se casa con pobre y macehual, y viceversa. En el casamiento, todos los del calpul cooperan y “dan alguna cosa: dinero, chile o cacao” . . . ⁸²⁾

Obra lingüística de fray Francisco

La dividiremos en dos grandes sectores: el uno corresponde a las *Historias del origen de los Indios*; el otro puede a su vez subdividirse en estudio teórico de las lenguas quiché-cakchiquel-zutuhil; y aplicación práctica de este conocimiento al ministerio doctrinal con los indígenas.

Empezando por este segundo gran sector, encontramos en primer lugar su monumental *Tesoro*. En el propósito de Ximénez el *Tesoro* constaría de tres partes: con este título no conservamos más que la primera: Ximénez la envió a España, juntamente con el primer volumen de su *Historia de la Provincia*; en uno y otro caso quedaron en Guatemala los duplicados correspondientes. En la actualidad se conservan dos ejemplares: el uno, en la Bancroft Library de la Universidad de California en Berkeley; el otro, en la biblioteca Provincial de Córdoba. Ambos de tamaño folio, encuadrados en pergamino, difieren en el número de páginas que es de 408 en Berkeley, frente a 304 en Córdoba. La letra es uniforme en Córdoba: parece toda de mano de Ximénez; en Berkeley la letra varía. Coinciden en la redacción de la portada que es la siguiente en Córdoba: Primera Parte del/Tesoro de las lenguas kakchi/quel, quiché y tzu-tuhil, en que/las dichas lenguas se traduce/en la nuestra española/com-puesto por el R.P.Fr./Francisco Ximenez/del sagrado horden de predicadores/cura doctrinero por el real patrona/to del pueblo de Sto. Tomás Chichicas/tenango/y electo vicario del con/vento de san Pablo Rabinal, quien lo de/dica y consagra a la más hermosa flor del/campo más fragante rosa de las orillas/del agua y más cándida açucena de los va/lles la V./Ssm^a María Señora N./debaxo del título del Valle cuya mila/grosa imagen está en el convento de S. Geró/nimo extramuros de la ciudad de Ezija mi/patria, a los márgenes del río Genil. La portada de Berkeley difiere levemente tanto en la distribución de las líneas, como en un par de mínimas variantes que no tienen importancia. ⁸³⁾

Sigue en ambos una *Dedicatoria* precedida de ampuloso título: Dedicatoria —dice— “a la más frondosa oliva de los campos que nos comunicó la unción del Espíritu Santo a la más digna de respeto arca del testamento deteniendo las furias del Jordán, al más copioso de celestiales rocíos vellón de Gedeón, y a la más inexpugnable torre de David adornada con mil escudos de prerrogativas: la Virgen Santísima Señora Nuestra del Valle. Santísima y Soberana Señora mía”. Curiosamente, ambas dedicatorias difieren en multitud de detalles, que no llegan a modificar sensiblemente el sen-

82) Notas procedentes del manuscrito de Córdoba, incorporadas al texto en la presente edición.

83) La modificación más importante en el manuscrito de Córdoba frente al de Berkeley, está en el inciso X; y *electo, vicario del convento de San Pablo Rabinal* que falta en el segundo.

tido general del escrito. En contra de lo que se pudiera temer tras tan fastuoso título, la *dedicatoria* contiene detalles muy importantes, tanto sobre la niñez de Francisco cuanto sobre su propia situación anímica y corporal al escribir el libro “bien fatigado de un grave accidente y... de un agudísimo dolor de espaldas y pulmón; y faltando —prosigue— dar a esta obra la última mano... en término de veinte días escribí (ese) doscientas y dieciocho fojas (número que no se determina en *Córdoba*), y aun estando al mismo tiempo sangrando y purgando... y hallándome tan deteriorado de la vista que apenas podía escribir dos hojas sin usar de anteojos, puedo afirmar que en esta obra lo más trabajé sin ponérmelos...” Finalmente en la *Dedicatoria* se desarrolla con cierta amplitud la teoría general de la ascendencia judaica de los indígenas de Guatemala que es uno de los puntos sobre los que giraba el proceso evangelizador en el siglo XVIII tras el notorio fracaso de los anteriores esfuerzos. La *Dedicatoria* va firmada en ambos manuscritos por Ximénez con su inconfundible grafía.

A la *Dedicatoria* sigue a folio VII, el *Prólogo* que ocupa dos páginas y media: en él se hace un recorrido por los escritos en lenguas indígenas que el autor conoce, explicando que no existe ninguno que ofrezca un vocabulario completo “empezado en lengua”, cuando hay bastantes “empezados en Castilla”...; o en otros términos que no hay vocabularios que presenten los vocablos indígenas con su correspondiente traducción española, cuando los hay que presentan los términos castellanos con su correspondencia indígena.

Es corta la enumeración de autores de vocabularios que nos ofrece Ximénez: tres franciscanos, Maldonado, Ocaña y Antonio del Saz “con otros muchos de la religión seráfica”; cuatro dominicos, Villacañas, Delgado, Zúñiga y los dos homónimos, fray Juan y fray Tomás de la Cruz, con “otros muchos que por su modestia nos privaron de la noticia de sus nombres en sus escritos”. Sobre todos estos autores descuella —nos dice Ximénez— fray Domingo de Vico, quien escribió “en todas las lenguas de este reino” y ha sido la “fuente y origen de donde todos han bebido...”; y finalmente sus escritos son guardados por los indios “como si fuera un rico tesoro” y siguen entendiéndolos ahora, cuando se han hecho “tan oscuros algunos escritores antiguos... por haberse mudado mucho las lenguas de lo antiguo”; en cambio los escritos de Vico se siguen leyendo públicamente “en la iglesia los días que comulgan”... y son “tan claros para todos que parece la misma lengua que el día de hoy se habla”.

Es realista la descripción con que termina el párrafo en que nos pinta el gran desconsuelo del principiante que ha de estudiar un sermón en lengua tan remota de la suya “sin entender palabra de lo que halla allí escrito”. “Téngolo —dice— por lo último de la molestia y enfado...”

Es intento suyo dar razón de todo, porque en estas lenguas todo tiene explicación: pero no sería posible explicarlo todo en quiché sin acudir a raíces que sólo se usan en cakchiquel; no se puede tratar de una lengua sin que se trate de la otra: “y así —dice— se va anotando lo que es mero quiché y lo que es mero kakchiquel y mero tzutuhil, con advertencia que lo

que no se anota es común a todas tres lenguas". A esto se agrega que los indios "tienen muchos vocablos trocados", y en pueblos como Sacapulas "está revuelto el quiché y kakchiquel", y otros pueblos como Jocotenango, San Lucas Sacatepéquez y Cauqueb "que están poblados de indios kakchiqueles y quichéas, y así están revueltas estas tres lenguas".

El prólogo nos da finalmente la pista para reconstruir el proyecto de Ximénez en su integridad; en la segunda parte —nos dice— "se trata en particular de cada letra y de su uso, que aquí no se puede tratar —continúa— lo uno por no ser su propio lugar; y lo otro, porque faltan letras de nuestro alfabeto en el de los indios, y tienen otras especiales". En tanto que en la tercera está el Arte de las tres lenguas, en el que se puede ver especialmente el título de "composiciones" que servirá para descomponer un vocablo en sus partes significativas.

A continuación entra fray Francisco en su Vocabulario kakchiquel-quiché-tzutuhil/ castellano que abarca sobre todo las formas gramaticales más simples, dejando que el lector deduzca "los participios y verbales", pues ponerlos todos "fuera materia difusísima".

El abate Brasseur utilizó esta Primera Parte en su *Vocabulario de las principales raíces o fuentes de que salen los tres dialectos guatemalanos, quiché, kakchiquel y tzutuhil con una traducción española y francesa y comparación de unos vocablos con las lenguas germanas* (Gramática, pp. 167-246); pero suprimió muchos vocablos y agregó sus atrevidas conexiones germánicas que no han añadido mucho a la ciencia. El vocabulario, que Ximénez compuso, queda pues —para todos los efectos— inédito.⁸⁴⁾

En la Biblioteca Nacional de París se conserva —según mis noticias— un gran diccionario en 2 vols. en 4tº: Quiché-español y español-quiché, que se atribuye al padre Domingo Baceta que trabajó en la zona de Sacapulas, Zacualpa y Joyabaj; era de origen vascongado, había venido a Guatemala como paje del oidor Juan de Urquiola, entrado en la orden dominica llegó a ser —dice Ximénez— "buen lengua quiché de la sierra de Sacapulas". Ximénez alcanzó el grado de predicador general vacante desde la muerte de Baceta en 1699. ¿Cuánto debe Ximénez a este doctrinero tan poco conocido? No he tenido la oportunidad de comparar sus vocabularios respectivos, pero sí es llamativo que Ximénez no le cite en su rápido recorrido de escritores de lenguas que le precedieron.⁸⁵⁾

Del juego de las cinco vocales

Cuando Ximénez se inicia en el estudio de la lengua quiché, emplea —como era de esperar— los Artes que habían ido componiendo, con mayor o menor acierto, los doctrineros de mayor experiencia. El mismo Ximénez que —en sus líneas generales— sigue el Arte del franciscano

84) Véase Brasseur: *Gramática de la lengua quiché*, editada en París en 1862.

85) Ximénez menciona a Baceta en *Historia*, XXIV, 17-18; VI, III. Para el Diccionario de Baceta. Véase nuestra *Una Ojeada*, p. 264.

Antonio del Saz, se adapta, bien o mal, a los esquemas latinos de declinaciones y conjugaciones que trata de descubrir a través del sistema lingüístico quiché.

Sin embargo parece descubrimiento de Ximénez (ya que no conservamos muchos *Artes* anteriores a él, y ciertamente ninguno que se haya atribuido a fray Antonio del Saz, para que lo atribuyamos a alguno de sus antecesores), la intuición de una estructura lingüística radicalmente diferente de las que conocía bien: castellano y latín; y de las que tenía vagas nociones, como el hebreo.

Esta estructura radicalmente diferente la identifica él como una serie de morfemas escalonados que van desde los sonidos fundamentales vocálicos: cinco —en su opinión— como los españoles, hasta el grupo más frecuente de consonante-vocal-consonante; pasando por un pequeño grupo intermedio del par: vocal-consonante.

Para establecer este sistema morféxico, Ximénez parte del supuesto —algo revolucionario entonces— de que no equivalen los sonidos del quiché a los signos que los interpretan al modo castellano. Hay que partir —dice— del sonido que se percibe, no del signo que se lee: pues aunque “estas lenguas se escriben con los mismos caracteres de la nuestra castellana, no son del todo equivalentes, como la experiencia muestra, pues hablándole a un indio y pronunciándole el vocablo como se escribe, suele no entenderlo; aunque esto procede principalmente de no darle nosotros aquel aire y modo con que ellos lo pronuncian; y también de que como ellos entre sí, sincopan y cortan todos los vocablos, al oírlos, que se les pronuncian enteros, suelen extrañarlos”.

Aludiendo a continuación a la *Segunda Parte de su Tesoro*, se expresa así: “hablando de cada letra de por sí, la *s* la convierten en *x*; la *g* y la *j* las convierten en *h*; y estas tres letras *h x z* las tienen como semivocales en cuanto a las formaciones, pues el verbo o nombre que acaba en estas letras... no se entiende acabar en consonante sino en vocal”.

“Para los sonidos simples sin correspondencia castellana se habían ideado —por los “antiguos”— *ç*, *4*, *4*, *tz*; y aunque algunos —continúa— han querido añadir *k*, *h*, *tt*, *pp* téngolos por cosa superflua”. Ya que —explica— los sonidos que con ellos se expresan no son —diríamos ahora— pertinentes, sino variantes producidas por el punto de articulación de los sonidos anteriores o posteriores, sin que por lo tanto lleguen a la categoría —diríamos— de fonema.

Después de esta introducción esperaríamos encontrar, en los esquemas morféxicos de Ximénez, individualizados los sonidos típicos de la lengua, sin embargo no es así; y al concluir su apartado correspondiente al juego de las cinco vocales, se excusa de esta manera: “Todos los verbos de estas tablas van sin la diferencia de caracteres de *ç*, gutural, de *4* fuerte, etc. ... porque vaya el método entero que estando con lo que queda anotado ya en el título citado (de la pronunciación) es fácil aplicar a cada una lo que le toca... “Explicación que no parece suficiente y que habría que atribuir a la dificultad de interpretar muchos de los distintos sonidos que no había podido percibir personalmente, y para los que tenía que contentarse con grafías incompletas.

Primacía de las lenguas del grupo quiché

Como complemento de su teoría del juego de las vocales, propone Ximénez un doble postulado: las lenguas del grupo quiché parten de sonidos simples que son imitación de la naturaleza; reúnen estos sonidos en grupos fundamentales que en su mayoría ostentan la estructura consonante-vocal-consonante; y abarcan con el juego de afijos toda la riqueza idiomática que se precise.

Ximénez no quiere discutir sobre la primacía de la lengua quiché frente a las restantes de su grupo, pero cree firmemente en su prioridad respecto a las lenguas humanas tomadas en conjunto; sobre ello escribe repetidas veces, pero el párrafo más conocido en que lo sugiere se encuentra en el capítulo XXV de su libro primero de la *Historia* de la provincia, dice así Ximénez: "Tocante a esta lengua quiché que es la que se habla en la corte de este reino e imperio del Quiché, no quiero omitir que... la he llegado a comprender como ninguno... y habiendo considerado y contemplado tan grande orden y armonía en la que antes oía decir que era bárbara... que no hallo otra lengua más ordenada..., de tal modo que me he llegado a persuadir que esta lengua es la principal que hubo en el mundo..."⁸⁶⁾ A esta persuasión le llevan las siguientes consideraciones: el fundamento onomatopéyico de las voces simples; la facilidad y regularidad con que proceden todas las voces significativas de las más simples estructuras.

"Los cosas —dice— mientras menos mixturas tienen más se llegan a los elementos y éstos son más puros, cuanto menos se les llegare de otra cosa; ahora las letras son los elementos de que se forman las voces (hablo no de los escritos sino de las articuladas y pronunciadas); mientras estas son menos, son más propiamente elementos y son más naturales..."

"Con que siendo aquesta lengua tan perfecta en su orden en lo natural (que no hallo otra que tenga aquesta perfección ni la puede haber según los elementos que conocemos ¿cómo no me persuadiré que parece que en estos quichés quedó depositada la lengua primitiva?..."

Es curioso constatar que los estudios modernos sobre el quiché, al referirse al quiché clásico, aceptan los análisis de Ximénez —conocidos generalmente a través de las publicaciones de Brasseur— y llegan a establecer una mayoría de 65% a los morfemas del tipo C-V-C que Ximénez describió en su *Tesoro* y en su *Arte*.⁸⁷⁾

Obra religioso-pastoral de fray Francisco

Aunque las obras de Ximénez dedicadas a lo religioso-pastoral, por su misma especialización, tanto de parte de los temas tratados como de las personas a quienes iban dirigidas, como de la misma persona de quien

86) En *Historia*, I, 65; I, XXV.

87) Véase por ejemplo el estudio de Munro S. Edmonson: *Classical Quiché* en el *Handbook of Middle American Indians*, vol. V. 1960. Hay que rectificar en la Introducción general de esta obra la fecha de 1760 asignada a Ximénez.

partían, parecen excluidas de la atención del público actual, es innegable que guardan tesoros, tanto en la línea lingüística como en lo etnohistórico, que no han sido suficientemente valorados.

La mayoría de las obras que Ximénez dedicó a sus colegas de apostolado están incluidas en el código que se guarda en la actualidad en la Newberry Library de Chicago: no olvidemos que la misma transcripción y traducción de las *Historias del origen de los indios* tenía ese sentido religioso-pastoral en el planteamiento ideal de fray Francisco; pero su sentido queda mucho más claro y decidido en los folios que le siguen y que estaban destinados a un comentario teológico-escriturario del *Popol Vuh*. Este comentario va encabezado en la actualidad con el título general de *Escolios a las Historias del origen de los indios; escoliados por el R. P. Francisco Ximénez, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Santo Tomás Chichicastenango, del sagrado orden de predicadores para mayor noticia, a los ministros, de las cosas de los Indios*. El único ejemplar que se conserva está encuadrado a continuación del *Popol Vuh*, y fue sacado —probablemente— de la biblioteca universitaria de Guatemala por el abate Brasseur, de cuya colección y a través de la de Alphonse Pinart, fue a manos del bibliófilo Ayer quien lo donó a la Newberry Library de Chicago, donde se guarda en la actualidad. A la biblioteca universitaria de Guatemala, pasó el manuscrito —a lo que parece— de la biblioteca del convento de Santo Domingo de Guatemala, aunque su origen remoto parece haber sido el convento de Rabinal ya que en los folios que quedaron en blanco se conservan restos manuscritos que parecen proceder de alguno de los dominicos moradores del convento.

Los *Escolios* han sido editados un par de veces a continuación del *Popol Vuh* pero a más de haber sido transcritos con multitud de errores, son tan escasas en la actualidad las respectivas publicaciones que se pueden considerar inéditos, no habiendo sido nunca estudiados en su contenido que —juntamente con las anotaciones al *Popol Vuh* y el par de capítulos que al tema se consagra en la Historia de la Provincia, que mencionaremos más adelante— representa no sólo lo que pretendían analizar: el esquema religioso-cultural de los quichés del XVII en Guatemala, sino también el esquema mental de los religiosos-doctrineros que los contemplaban: imprescindibles ambos para su plena comprensión.⁸⁸⁾

Análisis del contenido de los Escolios

Comienza el prólogo con un juicio general sobre la condición de los indígenas: “la gente más irregular en sus cosas que se ha descubierto”. Irregularidad que hace muy difícil —dice— su comprensión están llenos de contrastes y no se atina con la última causa de que proceden; tanto su generosidad como su mezquindad, su resistencia al trabajo, y su ha-

88) Carl Scherzer en *Las Historias* afirma que los *Escolios* estaban completos cuando Gavarrete los transcribió; parece referirse a los capítulos de la *Historia* en que Ximénez los redacta de nuevo y los completa con sus comentarios a las *Repúblicas* de Román. Recinos supone que Gavarrete los publicó en la *Sociedad Económica de Guatemala*; he revisado los números correspondientes nos. 3 a 27 del vol. III (1872-1873) y no los he encontrado.

raganería, su abstinencia y su glotonería. Se arruinará por obsequiar a sus invitados, pero le bastará que al invitarle no se le compense exactamente lo que dio, para que “por aquello solo se acabe la amistad”.

Dijo bien —concluye— quien los llamó “niños con barbas”. A la verdad —dice— son “como muchachos en todo”; y si Dios no hubiera suplido su escaso desarrollo intelectual con el instinto natural no habrían podido subsistir frente a tantos enemigos que se aprovechan de su misma indefensión.

Las *Historias* que va a comentar —dice— son “cuentos de muchachos que ni tienen pies ni cabeza”, pero estos cuentos no están hechos a nuestra medida y sí a la de ellos: “y como proporcionados a sus talentos son tan verdades estas para ellos, como para nosotros, los católicos, las verdades evangélicas...” Esto sin tener en cuenta que hay muchas verdades, como perdidas en medio de las fábulas, que les basta para apreciarlas y darlas entero crédito. Y si ellos las aprecian y respetan, sería muy imprudente despreciarlas como niñerías sin sentido.

Los indios —añadía Ximénez—, creen todo lo que les diga otro indio, “pero si se lo dice el padre o el español, a quienes tienen total aversión, no hay remedio de asentir a lo que les dice...”

En el párrafo siguiente se resume en breves rasgos lo que pudiera llamarse la “encarnación” del cristianismo entre los indios: concurrencia a la iglesia los días de fiesta “mas en los días que ellos celebran que en los días de precepto”. Concurrencia —continúa— que no se debe a sentido de obligación sino gusto de oír los “atambores y trompetas y ruido de campanas... y si hay *tum* o baile en que se representa alguna bobería, o alguna antigualla de las suyas y de su gentilidad... (o alguna otra) que los padres antiguos les dieron como ciertas historias de santos en su lengua, y cantos en el *tum* en lugar de los que ellos cantaban en su gentilidad”. Ni aun esta celebración le parecía a Ximénez enteramente ortodoxa: además de su desconfianza con el *tum* y con los tambores *cohom* y *nima cohom*, Ximénez sospecha que aunque en público reciten las historias redactadas por los padres “allá en secreto hacen muy lindas memorias de su gentilidad”.

En el par de párrafos que vienen a continuación, Ximénez atribuye esta falta de sinceridad cristiana, primero al modo poco pacífico con que se les predicó el Evangelio; y a falta de buenos doctrineros que les entiendan, y de impresos en que se hubieran multiplicado los trabajos de algunos, como el del siempre mencionado, fray Domingo de Vico: “ya que tengo por experiencia que los indios que han tenido la dicha de leerlos han recibido mucho bien en sus almas... pero ha sido tal la desgracia de estos pobres que, habiendo consultado tantos disparates a su majestad sus ministros y otros que no lo son, no ha habido quienes lo tomen en boca”... Ximénez está convencido de que si hubiera llegado esta consulta a nivel del soberano se hubiera ordenado la impresión de tantas obras —en lengua indígena— que hubieran bastado para afianzar racionalmente la doctrina predicada en las mentes de los indios; entretanto —continúa— se ha llegado a proponer se enseñe la doctrina en castellano,

que sería el medio mejor “para acabar de borrar de estos pobres la poca noticia que tienen de nuestra santa fe”. Si los párrocos —añade— cumplieran su obligación: mucho más fácil les sería a ellos aprender la lengua de sus feligreses que no obligar a estos a aprender la castellana; pero más les preocupa —dice— “fundar haciendas y cacahuatales con grande molestia de los indios... cosa tan vedada y justamente por su majestad en sus Leyes de Indias...”⁸⁹⁾

Su conclusión final es que: no es mucho que los indios tengan tales fábulas y mitos como su credo último, habiendo estado abandonados tanto tiempo, cuando en regiones tan cultivadas como las de “nuestros antepasados”; vemos apostasías, y sobre todo supersticiones y hechicerías “que se usan no solo entre gente rústica pero aun entre gente más capaz y docta...”; ni deja de influir en su actitud, el recuerdo —cuidadosamente conservado entre ellos— de los viejos tiempos en que no habían llegado los españoles, y la experiencia de lo bien que funcionan ahora sus propias instituciones en lo que depende de sus calpules: “que dudo que haya —exclama Ximénez— nación alguna más concertada”.

De todo ello —dice fray Francisco— “escribiré en estos escolios para dar la mayor noticia que pudiera de esta gente a los venideros”; a un reconociendo —por su parte— que ignora muchas cosas “por el secreto tan grande que entre sí guardan”...; y más “si son cosas de idolatrías... que ni el muchacho más tonto... se descuida en manifestarlo... y sólo por conjeturas se suele rastrear algo”.

Entran a continuación los escolios en el análisis del concepto de dios en el *Popol Vuh*, que constituye el primero y único capítulo que del tema nos dejó Ximénez.

Concepto de Dios para el que vuelve a examinar los distintos términos en que se expresa en el *Popol Vuh*: cree encontrar en ellos la formulación del misterio de la trinidad que le sumerge en un mar de confusiones, pero da con una serie de términos —dignos y elevados— que pueden servir —dice— para expresar la divinidad en quiché, aunque ha de confesar que el concepto de creación —*sine praesupposita materia*— no quede muy claramente formulado en las dicciones *tzakol* y *bitol* que se refieren propiamente a la generación carnal.

Resumiendo las consideraciones de Ximénez sobre el *Popol Vuh*, podemos llegar a la siguiente formulación esquemática: Ximénez establece como primer principio que los indios quichés —o los indios en general— son “niños con barbas”; con esta expresión trata de poner de relieve la aparente contradicción de sus cosas, que en el caso de sus *Historias* se traduce en el contraste entre las verdades formuladas, o atisbadas, y los groseros errores en que van incorporadas. Tal contraste sugiere o la trasmisión de una revelación original —en su caso por la descendencia de alguna tribu judaica, o de las consignadas en el antiguo testamento, aunque pertenezcan a otra familia étnica.

89) Las obras compuestas en Guatemala de tema indígena tuvieron poca fortuna: se conserva la memoria —y poco más— de la *Doctrina* en lengua cakchíquel atribuida al obispo Marroquín; y el *Arte del idioma cakchíquel o guatemánico* del franciscano Flores. Véase nuestro *Dos grandes filólogos*, R. de I., Madrid, II (1941) n. 5, pp. 117-132.

En la misma línea está, el contraste entre la aparente aceptación del credo cristiano y su apego básico a sus antiguas tradiciones: ha habido una trasposición de nombres y títulos que se han enmascarado tras los personajes del nuevo credo. No toda la culpa es del indígena: si obras de instrucción religiosa —como las de fray Domingo de Vico— estuvieran impresas hubiera sido mucho más profunda la conversión de sus dirigentes y, en último término, del grupo indígena en su colectividad.

Análisis de los Escolios sobre la base de los restantes escritos de Ximénez: los Escolios y el Popol Vuh.

En el orden cronológico, tenemos en primer lugar su prólogo a su transcripción y traducción del Popol Vuh.

“Esta mi obra y trabajo —comienza— discurro que habrá muchos que la tengan por la más fútil y vana de las que he trabajado; así lo pensarán muchos y yo lo discurro al contrario: porque entiendo ser la más útil y necesaria que he trabajado, que es además de sacar a luz lo que había en la antigüedad entre estos indios, cosa en que en todas las naciones del universo, han gastado mucho tiempo y trabajo hombres grandes rastreando los vestigios de la venerable antigüedad, se reduce esta mi obra a dar luz y noticia de los errores que hubieron en su gentilidad, y que todavía conservan entre sí”...

Es normal el comienzo en Ximénez, al contraponer la opinión de los que tendrían su trabajo por el “más fútil y vano” con su propio dictamen que decide ser la “más útil y necesaria que he trabajado”. En apoyo de su utilidad, aduce Ximénez el ejemplo de “todas las naciones del universo en que hombres grandes han gastado mucho tiempo y trabajo en rastrear los vestigios de la venerable antigüedad”: primera razón que como se ve es puramente científica.⁹⁰⁾

Prosiguiendo en su exposición de motivos es el segundo declarar las cosas de los indios porque habrá muchos curiosos que quieran saberlas; es el tercero desengañar a algunos a quienes he oído decir que estas historias son “muy conformes a razón y a nuestra santa fe”. La curiosidad de unos, el convencimiento de otros proceden de la misma causa, la ignorancia del verdadero contenido de estas historias que las presentaba a los religiosos-doctrineros como pequeñas modificaciones de los relatos bíblicos: “yo mismo he oído —dice— de boca de un religioso grave (¡ser estas historias muy conformes a razón y a nuestra santa fe!), y a no estar yo enterado ya por haberlo visto y leído me persuadiera... por la gran autoridad de su persona y de las personas que me refirió habérselo así dicho”. Este tranquilo convencimiento —general— en los padres más graves de su orden le movió a prometer “que cuanto antes tomaría esta materia entre manos para desengaño de muchos que se hallan engañados..., o por ignorar la lengua y no entienden lo que leen, o por las falsas relaciones que les han dado”. En este ambiente de tranquila posesión

90) La incorrección del texto presentado por Scherzer aparece desde la primera línea en que confunde —fútil— por —sutil—.

de la verdad y de seguro convencimiento de contar con la adhesión de sus indios, vivían y trabajaban los religiosos doctrineros de Guatemala: tranquilidad que no llegaba a perturbar ni la afirmación algo pintoresca de fray Juan de San José afirmando que el *tum* tenía pacto con el demonio, ni recorridos misionales como los de Margil cuyos informes dis- taban de ser satisfactorios.

Como era de esperar el párrafo termina con el mismo latiguillo que hemos mencionado en el prólogo: “cierto ha sido cosa lastimosa que, ha- biendo tantos arbitrios para con su majestad... no ha habido uno que propusiese... se suprimiesen estos libros, que no dudo de la piedad de nuestros católicos monarcas que no excusaran el gasto... pues nunca excusan cosa alguna que conduzca a su bien...”

En contraste con la buena voluntad del monarca, Ximénez encuen- tra “la poca ayuda y fomento de los ministros de su majestad” que no sólo no se adelantan en su colaboración sino que aun para autorizar algún gasto de los fondos del pueblo, se han de gastar más dineros en las previas diligencias que lo que pudiera importar el principal... caso que Ximénez concreta con número y detalle.

Considera —de acuerdo con el antiguo plan de Marroquín, atribuido por Remesal a las Casas, sin que Ximénez mencione a uno ni a otro— que la dispersión de los pueblos hace que no se les pueda acudir con “aquel cuidado que se requiere”... como si “estuvieran juntos en poblaciones razonables, todos debajo de una misma campana y a vista de su mismo ministro...” La concentración tiene dificultades materiales: falta de ter- renos suficientes de cultivo; pero sobre todo morales: la aversión que tienen al español. Algo lo solucionaría la promoción al sacerdocio de gente de su misma “nación”, es decir, “indígena”; “pero lo cierto es —concluye Ximénez— que son casi incapaces de ser ministros de la igle- sia por sus ruines propiedades y natural inclinación a la embriaguez...”

Compendiando todo lo dicho, afirma Ximénez que hay algo que ha entrado profundamente y se ha implantado en las mentes de los indíge- nas: la creencia en Cristo, en su pasión, en la Virgen Santísima y demás misterios de la fe... pero añade, acto seguido, que no está muy seguro de la firmeza de estas mismas creencias; “pienso —dice— que es más por que no oyen cosa en contra, que si la oyeran no dudo que entre ellos se difundiera cualquier error, como lo hemos visto en la sublevación de la provincia de los zendales de aqueste reino...” Razón providencial para haberse confiado por Dios la conversión de estas gentes a los espa- ñoles: “porque a poseer esto otra nación menos firme, ya no se conociera de qué color era la fe católica en aquesta América”.⁹¹⁾

Los Escolios y el Prólogo a la Primera Parte del Tesoro

La Dedicatoria y el Prólogo a la *Primera Parte del Tesoro de las tres lenguas*, que fueron redactados o al concluir el periodo de Rabinal (mediados de 1714), o a lo largo de su estancia en Xenacoh (1714-1718), contienen —como era de esperarse— interesantes datos lingüísticos, no

91) Véase *Historia*, I, 57-59; I, XXIII.

tienen tantos de orden ideológico o religioso. Sólo señalo la gran amplitud con que en la *Dedicatoria* trata el tema del hebraísmo de los indígenas que, frente a lo que escribirá más adelante en su *Historia*, se establece en la tribu de Dany: opinión reforzada con una serie de argumentos de muy dudosa fuerza probativa. Más ampliamente estudia —y con mayor acierto— los pasajes de las *Historias* que pudieran aplicarse a la Virgen Santísima.

No interesan estos atrevidos paralelos por su valor intrínseco, ni menos, como demostración de un Ximénez “escriturista”; Ximénez no lo era: simplemente era un predicador que —entonces y muchos años más tarde— gozaba en caprichosas afirmaciones que envolvía en interpretaciones alegóricas de la Biblia. Afirmaciones que pudieron reducirse a un juego intrascendente en España, pero que en América llevaban al ánimo del oyente indígena el convencimiento de que sus *Historias* entraban perfectamente en el nuevo Credo. Para Ximénez la misma aparición de la Virgen de Guadalupe, sin el niño, era una implícita afirmación de que los indios —para los que iba destinada— eran ese hijo extendido moralmente a todo el continente que sería objeto de la solicitud maternal de María. La Virgen —en las *Historias*— estaba representada por la doncella *xquic*; su aparición —señalada en la Escritura, con el nombre de Lucero de la Mañana— era tema fundamental en las *Historias* que narraban con especial dramatismo la espera en los cerros y en los montes del sol que nacía. Finalmente en el misterio del *pizon kakal* —envoltorio en cierto sentido inconsútil— veía Ximénez toda la serie de advocaciones marianas.

Los Escolios y los comentarios a las Repúblicas de Román

Al emprender años adelante la redacción de la *Historia* de la Provincia, Ximénez quiere aprovechar todo el saber que sobre los indios ha ido acumulando en sus años de ministerio pastoral. Esta experiencia le permite disentir de vez en cuando de las afirmaciones sentadas por Román en sus *Repúblicas*, aunque siga aceptando la reconstrucción etnohistórica que a través de sus páginas ha esquematizado fray Bartolomé.

Los Escolios guardan un nivel más teológico y su influencia aparece especialmente en los dos capítulos XXII y XXIII, en que se aborda el tema de la posible predicación cristiana como explicación de las semejanzas entre el credo indígena y algunos dogmas cristianos: se trata —sobre todo— de dogmas típicos del cristianismo y por lo tanto ajenos a toda tradición hebraica: la Trinidad, la Redención... Ximénez acepta la existencia de doctrinas vagamente trinitarias, para las que postula alguna causa o humana o sobrehumana; en cambio rechaza los parecidos —excesivamente detallados— con la pasión de Jesucristo, ni acepta la preexis-

tencia de cruces, como las que describían con tanto lujo de detalles los cronistas desde Pedro Mártir, hasta fray Bartolomé, ya que el examen de los datos inicialmente proporcionados por los narradores los reducían a fugaces menciones.⁹²⁾

Pervivencia literaria de la obra de Ximénez

La ingente obra de Ximénez no llegó a imprimirse. Era un caso más de la dificultad en conseguir fondos públicos para la edición de libros que pudieran tener interés indigenista; resultado que no hubiera llamado la atención de Ximénez que lo denuncia tantas veces como si estuviera realmente convencido de que la misma suerte correrían sus escritos.

Más curiosa es la actitud de la provincia dominicana que le había dado el encargo, solemnemente confirmado por el General de la Orden; algo encontraron en el manuscrito que no les satisfizo: pudiera ser la intemperancia con que responde a sus adversarios —fallecidos ya ambos— Vásquez y Fuentes; pudiera ser también la falta de última mano que se echa de ver en los libros IV y VII que Ximénez no tuvo tiempo de pulir. La Historia además encerraba muchas acusaciones contra preladados y gobernantes provinciales que no siempre se podrían probar. El hecho es que los voluminosos manuscritos que Ximénez había escrito con singular rapidez, quedó así en la biblioteca del convento, acompañando a las *Relaciones* de fray Tomás de la Torre, de fray Antonio de Molina, de fray Agustín Cano, y esperando que alguien tuviera tiempo para disponerlo eventualmente para la imprenta.

Otro tanto ocurría con las diferentes secciones de aquel enorme *Tesoro de las lenguas* que hubiera podido servir para la comprensión de la mentalidad del indígena. Y dentro del Tesoro, estaba aquel pequeño manuscrito que habría finalmente de atraer la atención de los estudiosos, hasta convertirse en uno de los libros fundamentales para el período prehispánico en el continente americano.

La primera mención de los estudios de Ximénez la encontramos en la *Isagoge Histórica Apologética de las Indias Occidentales*, manuscrito poco posterior a nuestro autor, hecho por un hermano de hábito, con la idea —a lo que parece— de iniciar otra gran *Historia de la Provincia*, pero tomada de más arriba. El autor —anónimo— dedica un capítulo a los indios prehispánicos de Guatemala y declara estar en posesión de algunos manuscritos originarios de los indios, entre los cuales, como uno de tantos: “Un manuscrito antiquísimo /que/ tradujo de la lengua quiché en castellano, el P. Pred. Gl. Fr. Francisco Ximénez, sin nombre de autor, ni del año en que se hizo; y sólo consta por él, que se escribió en el pueblo de Santa Cruz Quiché, muy poco después de la conquista de este reino.”⁹³⁾

92) Los *Escolios*, cuya redacción se interrumpe en la primera línea del folio 5, no fueron concluidos nunca: en la *Historia* se incluye algo de su sentido en los capítulos XXII y XXIII; y se completan con los comentarios a las *Repúblicas* de fray Jerónimo Román. Véanse notas 74) a 82).

93) Véase *Isagoge*, I, VIII, p. 60.

La *Isagoge* fue simplemente a hacer compañía a los manuscritos de Ximénez, en los anaques de la biblioteca dominicana, sin que sus líneas sirvieran para orientar la investigación de nadie.

A fines del siglo XVIII —escribe Recinos— vivió en Guatemala el canónigo de Chiapas, don Ramón Ordóñez y Aguilar, autor de la *Historia de la Creación del Cielo y de la Tierra*... en el prólogo de esta obra decía Ordóñez que había descubierto un precioso libro debido al apostólico celo del M.R.P. Predicador General, Fr. Francisco Ximénez... quien lo descubrió... entre los indios de la nación quiché y lo tradujo a la letra, dejando encerrados sus conceptos “en el primero de los cuatro tomos... manuscritos que se conservan en la librería de su convento”... ⁹⁴⁾

Acertadamente Recinos deduce que Ordóñez desconoció el manuscrito bilingüe del Popol Vuh, y deduce más: que el ejemplar de la Historia que manejó es el mismo que paleografió años después Gavarrete, pues ambos incurrieron en la misma falta procedente de la supresión de una línea en el texto. Línea —que lo hemos dicho— se mantuvo correctamente en la copia enviada a Córdoba. ⁹⁵⁾

Al mismo tiempo que Ordóñez vivía en Guatemala un italiano llamado Félix Cabrera. Cabrera escribió el *Teatro Crítico Americano* en 1794: en él se refiere a los manuscritos de Ximénez: “seis volúmenes en folio... en el primero... ha dado una historia de la creación del mundo según las creencias de los indios de Chiapas: conseguir esto de los indios le costó grandísimo trabajo... Este documento —añadía con malicia Cabrera— acrecentará mucho la fama de don Ramón Ordóñez, quien me dicen que lo ha insertado en su obra del Cielo y de la Tierra”. ⁹⁶⁾

Y llegamos al momento en que la obra de Ximénez comienza a adquirir valor universal. Recinos —a quien sigo en esta explicación— apoyado en el testimonio del abate Brasseur, nos dice que el conservador del museo nacional de México mostró al abate los borradores de la obra de Ordóñez, en cuyo primer volumen se contenía la mayor parte de la traducción de Ximénez. Y Brasseur en 1851 reclama para sí el título y el honor de haber “descubierto” a Ximénez y, a través de él, la primitiva redacción del Popol Vuh; sin embargo al haber aparecido en 1822 en traducción inglesa el Teatro Crítico de Félix Cabrera, hay que otorgar a este último el honor del “redescubrimiento”. ⁹⁷⁾

Después de Brasseur y en plena euforia de descubrimientos documentales, aparece en escena Carl Scherzer; en la *Memoria* dirigida a la Academia de Viena en 1856 reclama para sí el honor del primer descubrimiento; ciertamente Scherzer, si fue poco afortunado en su frustrado descubrimiento de la *Historia* de Ximénez, fue más feliz en localizar lo que era en realidad el original quiché de las *Historias del origen de los indios*; estas *Historias* vieron la luz pública en Viena en 1857; Scherzer

94) Véase Recinos: *Popol Vuh*, p. 44.

95) Véase nota 66).

96) Recinos: *Popol Vuh*, pp. 44-45.

97) No conozco la edición de Cabrera, Recinos la cita así: Pablo Félix Cabrera: *Teatro Crítico Americano en Description of the ruins of an ancient city discovered near Palenque*, Londres, 1822.

publicó, como complemento de las *Historias*, el primer capítulo de los Escolios, completado —nos dice Recinos— con los capítulos que se refieren a las *Repúblicas* de Román.

La edición de Scherzer salió muy incorrecta, pero tuvo la fortuna de interesar al mundo científico de la época.⁹⁸⁾

Entonces entra en escena Brasseur que hasta entonces se había contentado con la transcripción del manuscrito de Ordóñez: Brasseur llega a Guatemala en 1855, y consigue, lo que no habían conseguido sus predecesores, un préstamo de los manuscritos originales que pasarían a engrosar su biblioteca particular. Provisto de tales documentos Brasseur publica en París en 1861 *Livre Sacré*, que bautiza de una vez como el *Popol Vuh*, nombre con que ha pasado al tesoro universal de la literatura.⁹⁹⁾

Poco cuidadoso de la ortografía quiché, su transcripción es muy imperfecta; aunque hemos de tener en cuenta que tampoco el manuscrito original es excesivamente ortodoxo en su ortografía. La traducción francesa elaborada sobre la traducción castellana realizada por Ximénez dista de ser definitiva. Con todo, la publicación del abate francés consiguió abrir de par en par las puertas de la nombradía literaria, al pequeño manuscrito que Ximénez se tomó el trabajo de transcribir, traducir y comentar.

De esta manera el *Popol Vuh* entró en el mundo de la literatura por tres caminos: a través de la edición bilingüe que Scherzer transcribió y publicó en Viena; a través del manuscrito utilizado por Scherzer, pasado después de manera poco clara a manos del abate francés; y a través de la transcripción que de la *Historia* de la provincia hizo Juan Gavarrete en Guatemala.

El resto de la obra lingüística de Ximénez sirvió de base a la *Gramática* de la lengua quiché, que publicó el mismo Brasseur en 1862.

La *Historia* siguió inédita hasta 1930 en que constituyó los volúmenes I a III de la Biblioteca Goathemala, 1929-1930; partes de esta *Historia* se hallan ahora en proceso de reedición que hace honor a los responsables de la colección.

Entretanto la *Primera Parte del Tesoro* contenida en los manuscritos de Berkeley y Córdoba, espera alguien que la edite para bien de los eruditos y para una más exacta comprensión del mismo texto quiché del *Popol Vuh*.¹⁰⁰⁾

98) Véase la nota 90).

99) El nombre de *Popol Vuh* se compone de dos vocablos: el primero es un derivado verbal del morfema —pop— cuya significación varía entre palmar y trenzar y que viene a designar la estera de juncos trenzados: estera de juncos que se toma como símbolo de la autoridad tribal. Ximénez en su *Tesoro* dice que todos los nombres “que andan juntos con pop son nombres de dignidad”: para él la palabra había quedado aplicada al cabildo, indígena, y a sus sesiones. Vuh para Ximénez es “libro o papel o carta” que tendría su origen en el morfema —u— que “en lengua ixil es el papel”. La unión de las dos palabras se realiza dos veces en el texto quiché: pero Ximénez no las recogió, correspondió a Brasseur el acierto del apelativo.

100) Véase *Bibliografía*.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

- ALDRETE, José de: *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España*, Roma, 1604.
- BERNARD: Gildas: *Le Secrétariat d'Etat et le Conseil Espagnol des Indes*, París, 1972.
- BRASSEUR BOURBOURG, J. E.: *Popol Vuh. Le Livre Sacré et les mythes de l'Antiquité Américaine avec les livres héroïques et historiques des quichés*. París, 1861: *Gramática de la lengua quiché. Grammaire de la langue quiché, espagnole-française, mise en parallèle avec ses deux dialectes, cakchiquel et tzutuhil... Avec un vocabulaire... et suivi d'un essai sur la poésie, la musique la danse... servant d'introduction au Rabinal Achi, drame indigène...*, París, 1862.
- CABRERA, Pablo Félix: *Teatro Crítico Americano*; véase RIO, del.
- CASAS, Fray Bartolomé de las: *Apologética Historia...*, ed. BAE, vols. CV y CVI.
- COVARRUBIAS, Sebastián de: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, 1611.
- CHINCHILLA AGUILAR, Ernesto: *La Inquisición en Guatemala*, Guatemala, 1953.
- DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, ed. Barcelona, 1970.
- EDMONSON, Munro S.: *Classical Quiché* en "Handbook of Middle American Indians", vol. V, Linguistics, 1960.
- FLORES, Fray Ildefonso José de: *Arte de la lengua metropolitana del reino cakchiquel o guatemalteco*, Guatemala, 1753.
- FLORINDO, Andrés: *Adición al libro de Eciija y sus grandezas*, Lisboa, 1631.
- FUENTES Y GUZMAN, F. A.: *Recordación Florida*, ed. BAE, vols. CCXXX, CCLI y CCLIX.
- IPENZA, Fray Ambrosio de: Impreso que comienza: *Señor. El presentado fray Ambrosio de Ipenza*, Madrid, 1865.
- JUARROS, Domingo de: *Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala*, ed. Guatemala, 1936.
- LOPEZ DE COGOLLUDO, Fray Diego: *Historia de Yucatán*, Madrid, 1688.
- MOLINA, Fray Antonio de: *Vida del vble. padre fray Andrés del Valle en Historia de la provincia de Ximénez*, II, 52-141; IV, XIII-XLIII.

- OLIGER, Livario: *Francesco Ximénez, o p, missionario e Storico del Guatemala (1666-1729)* "Archivium Fratrum Praedicatorum", 1941, XI, pp. 209-238, Roma.
- ORDÓÑEZ Y AGUIAR, Ramón de: *Historia de la Creación del Cielo y de la Tierra* s/a, México.
- PALM, Erwin:
- RECINOS, Adrián: *Popol Vuh. Las antiguas Historias del Quiché*, México, 1947.
- REMESAL, Fray Antonio de: *Historia General de las Indias Occidentales*, ed. BAE, vols. CLXXV y CLXXXIX.
- RIO, Antonio del: *Description of the ruins of an ancient city discovered near Palenque...*, Londres, 1822. Como apéndice se publicó el Teatro Crítico Americano de Cabrera.
- ROA, Martín de: *Ecija, sus santos, su antigüedad eclesiástica y seglar*, Sevilla, 1629.
- RODRIGUEZ CABAL, Fray Juan: *Apuntes para la vida del M.R.P. Presentado y Predicador General, Fr. Francisco Ximénez, o.p.*, Guatemala, 1935.
- ROMAN, Fray Jerónimo: *Repúblicas del mundo*, ed. Salamanca, 1595.
- SAENZ DE SANTA MARIA, Carmelo: *Dos grandes filólogos hispanoamericanos*, R. de I., II, Madrid, 1941, n. 5, pp. 117-132. *Una ojeada a la bibliografía lingüística guatemalteca*, R. de I., XIX, Madrid, 1959, n. 76, pp. 255-271. *Un documento inédito sobre Bernal Díaz del Castillo*, R. de I., XXI, Madrid, 1961, n. 83, pp. 159-182.
- SCHERZER, Carl: *Las Historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala, traducidas de la lengua quiché al castellano para más comodidad de los ministros del S. Evangelio, por el R.P.F. Francisco Ximénez*, Viena, 1857.
- TORRE, Fray Tomás de la: *Relación de los principios de la provincia de san Vicente de Chiapa y Guatemala*, ms. transcrito por Ximénez en *Historia de la provincia*, I, 249-499; II, XXIV-LXXVIII.
- VAZQUEZ, Fray Francisco: *Crónica de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, ed. Guatemala, 1937.
- VELA, David: *Prólogo a la Cuarta Parte (Libro Sexto) de la Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala...*, ed. Guatemala, 1971.
- VILLAGUTIERRE Y SOTOMAYOR, Juan de: *Historia de la Conquista de el Itza...*, ed. Guatemala, 1933.

OBRAS DE XIMENEZ MENCIONADAS O UTILIZADAS

Primera parte de el tesoro de las lenguas kakchiquel, quiché y tzutuhil en que las dichas lenguas se traducen en la nuestra española, compuesto por el R.P.F. Francisco Ximénez del sagrado orden de predicadores, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Sto. Tomás Chichicastenango, quien lo dedica y consagra a la más hermosa flor del campo, más fragante rosa de las orillas del agua y más cándida azucena de los Valles, la V. SSma. María Señora N. debajo del título del Valle, cuya milagrosa imagen está en el convento de S. Gerónimo extramuros de la ciudad de Ezija, mi patria, a los márgenes del río Genil. MS. en la Bancroft Coll. en la Universidad de Berkeley, 204, ff.

El mismo título con la inclusión tras Chichicastenango, *Y electo vicario del convento de San Pablo del Rabinal*, Ms. en la Biblioteca Provincial de Córdoba, 152 ffs.

Inéditos: aprovechados por Brasseur en el Vocabulario que incluye en su *Gramática*, pp. 167-246 (París, 1862).

Arte de las tres lenguas kakchiquel, quiché y tzutuhil, 93 fols. Ms. en la Newberry Library de Chicago.

Inédito; aprovechado por Brasseur en su *Gramática de la lengua quiché*, París, 1862.

Empiezan las historias de el origen de los indios de esta provincia de Guatemala, traducido de la lengua quiché en la castellana para más comodidad de los ministros de el Sto. Evangelio por el R.P.F. Francisco Ximénez, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Santo Tomás Chuila. ms. en la Newberry Library de Chicago, 56 ffs. /texto a dos columnas quiché-castellano/.

Aprovechado por Ordóñez y Aguiar en su *Historia de la Creación del Cielo*.

Editado en primer lugar en español por Carl Scherzer /véase Bibliografía/Viena, 1857; y en segundo lugar en quiché y francés por J. E. Brasseur/véase Bibliografía/ París, 1861.

Una lista bastante completa de ediciones hasta el año 1947, en Recinos, *Popol Vuh*, /Véase bibliografía/.

Escolios a las historias del origen de los indios; escoliadas por el R.P. Francisco Ximénez, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Sto. Thomas Chichicastenango del sagrado orden de predicadores para mayor noticia a los ministros de las cosas de los indios. Ms. en la Newberry Library de Chicago, 4 ff.

Editados por Scherzer a continuación de sus *Historias*, Viena, 1857.

Historia de la provincia de san Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores, escrita por el R.P. Predicador General, fray Francisco Ximénez de la misma provincia, escrita en 7 libros; los dos primeros se conservan Mss. en Guatemala y en la Biblioteca Provincial de Córdoba.

El tercero ha desaparecido.

Del cuarto, quinto, sexto y séptimo hay mss. en Guatemala.

Del quinto, sexto y séptimo hay mss. en Berlín.

Editados el primero, segundo, cuarto, quinto y sexto en Guatemala, 1929-1930 en tres volúmenes; sobre una copia paleografiada por Juan Gavarrete en el siglo pasado.

Editado el séptimo, reeditado el sexto, en proceso de reedición el quinto sobre un ms. original en Guatemala, 1971-1972.

Historia natural del reino de Guatemala... que compone el R.P. Fray Francisco Ximénez... vicario de aquesta casa de Zacapulas, y lo dedica a la presidenta y señora de las plantas, S. Rosa de Sta. María... Mi madre..., 1722, ms. en Guatemala, incompleta la carátula y a falta de últimos folios. Editada en Guatemala, 1967.

Manuscritos de fray Francisco Ximénez, actualmente localizados:

Exposición en nombre de la provincia sobre el conflicto suscitado por fray Bernardo O'Connor, ms. folios, fechados en mayo de 1700; AGI, Guatemala, 285.

Gestiones de fray Francisco ante la Audiencia, o con oficiales reales:

Pide se abra información sobre su proceder en el curato de Candelaria: se acepta a 29 de febrero de 1720.

Se incluye autorización de su provincial. En el fol. 5 está la respuesta negativa del obispo: "no parece razonable aceptar esta probanza".

AGCA A1.11-13, 48823, 5794.

Poderes y encargos a fray Francisco Ximénez, de viaje para España, 22 junio 1720 y 29 julio 1720. Están casi a la letra en Rodríguez Cabal: *Apuntes*, pp. 32-33.

AGCA A1.20, 1112, fol. 179. A3.6, 39602, leg. 2751.

Poder de la provincia nombrándole procurador 13 ag. 1726. Pase de la audiencia al dicho poder. Se accede a sus peticiones: se le dé traslado de los autos seguidos en pleitos de dominicos, 6 agosto 1726.

AGCA A1.11-13, 4601, fol. 58.

Documentos en el Archivo Arzobispal en torno al curato de Candelaria:

Libro tercero de visitas de fray Juan Bautista Alvarez de Toledo; fols. 150-165: interrogatorios; fol. 168: declaraciones de Ximénez; fols. 176-188: resoluciones de la visita.

Firmas en libros parroquiales; las he podido confrontar solamente en la parroquia de Rabinal:

1704, 7 agosto-28 diciembre; 1705, 23 julio-2 agosto; 6 septiembre-20 marzo, 1706; 1706, enero-marzo; 9 septiembre-3 octubre; 1707, enero-noviembre; 1708, agosto-diciembre: Visita fray Mauro; 1709, marzo-diciembre; 1710, enero-noviembre; 1711, marzo-diciembre; 1712, enero-diciembre; 1713, enero-diciembre; 1714, enero-julio. La última firma de Ximénez corresponde a 27 de julio de 1714.

LIBRO I

QUE TRATA DEL TIEMPO DE LA GENTILIDAD

CAPITULO I

Proemial e introductorio a la historia: de la situación de aqueste reino

Habiendo de tratar en esta historia de los incomparables y nunca vistos trabajos, que la religión de mi glorioso patriarca Santo Domingo padeció en esta provincia, en la dilatación del santo evangelio, y de los grandes servicios que en aquestas reducciones hicieron los ministros evangélicos en servicio de Dios nuestro señor y de su santa iglesia, me pareció conveniente el dar noticia antes, de lo inculto de aquestas montañas, no tanto de las materiales, aunque impenetrables, cuanto de aquestas montañas agrestes de aquestas gentes que habitaban aquesta América, pues fue tanta su rusticidad, respecto de nuestra policía, que llegaron a tenerlos por bestias e irracionales, aunque a la verdad no fue tanto el considerarlos tan brutos, cuanto depravada malicia de muchos de aquellos primeros conquistadores, como todas las historias vocean; que quisieron tomar motivos, para saciar su codicia de su simplicidad, cortedad y pusilanimidad, para que los tuviesen por esclavos y tratar en esta mercancía, como si fuera de otros brutos que los hombres compran y venden; porque a la verdad si se mira a buena luz y se considera a la materia sin pasión, tienen tantas cosas buenas y tan loables costumbres en muchas cosas, no solo de las que han aprendido en tiempo de la cristiandad, sino de las que traen del tiempo de su gentilidad, especialmente lo que toca a su gobierno, que pueden aprender de ellos los españoles más entendidos. Y lo cierto del caso es que muchas de las cosas que pasaron en aquellos principios y el mayor trabajo que tuvieron los ministros evangélicos en sosegarlos, todo lo más provino de las muchas tiranías que con ellos usaron; y si las reducciones no se han adelantado mucho más, y aun se resisten el día de hoy en las que se tienen entre manos, es por la fama que aun entre los gentiles se ha difundido por medio de los indios católicos de lo opresos que están en manos de los ministros del rey y especialmente de los alcaldes mayores, que son los modos que les ha sugerido el demonio de oprimir aquestos miserables para saciar su codicia; de que están llenas las historias. Y yo podía traer muchas cosas que he experimentado en más de 24 años que ando entre ellos y me han pasado y que he sabido de otros ministros; y lo peor es que esto no tiene remedio porque, en teniendo

gratos a los superiores que gobiernan, obran desenfrenadamente en sus tiranías, sin haber recurso humano: pues si se esperara una residencia que manda su majestad se tome para que se satisfagan los daños; eso es cosa de cuento, pues el que la toma, o es el sucesor y éste ¿cómo ha de castigar lo mismo que él viene a ejecutar y los mismos delitos que él viene a cometer?; y si es otro, como aquestas residencias se dan por conveniencia y están ya sobornados los superiores que los envían, todo se hace a contemplación de los residenciados. Que de aquestas cosas he visto, y no es decir que es aquí o allí, que es tan general aquesta peste, por nuestros pecados, que lo mismo o peor es en la Nueva España y el Perú de lo que aquí experimentamos. Es materia infinita aquesta; y así dejando esto a un lado, que puede ser se toque algo más individualmente en lo de adelante, pasemos al motivo principal de aquesta historia.

No fueron tan bárbaros los indios como queda dicho, que no tuviesen muchas cosas buenas, aunque viciados por la malicia de satanás, y no es de maravillar: pues si entre nosotros, en quienes asiste la luz de la fe tan clara y se predica continuamente el santo evangelio y hay tanta enseñanza, tanto nos pervierte y se ven tantas y tales cosas en todo género de vicios ¿qué será, o sería, entre aquestas gentes que carecieron por tantos años de luz de la fe y de la predicación del santo evangelio y donde por tantos años tuvo su asiento y morada satanás y los dominó por tantos siglos? Y así no es mucho de maravillar que viviesen con tanta ceguedad.

Tuvieron sin duda aquestos indios en tiempo de su gentilidad el uso de las letras, como refieren las historias todas y con más especialidad fray Jerónimo Román en su *República de los Indios* ¹⁾ de que se hallaron señales y escritos, cuando entraron los españoles a aquestas conquistas, y poco ha se vio en las reducciones que aquestos años pasados se hicieron de la provincia del Petén entre Yucatán y la provincia de Verapaz, donde se hallaron libros escritos con unos caracteres que tiraban a hebreos y también a los que usan los chinos. ²⁾ No era común aqueste modo de escribir ni los libros que tenían eran comunes, pues solamente los usaban los sumos sacerdotes, como maestros que eran de su ley, quien los leía y declaraba a los demás lo que contenían.

Estos libros que tenían todas las más de las naciones, los más se ocultaron en la entrada de los españoles, como también todo lo más de sus tradiciones y memorias, porque como fue tanto el estruendo y el estrago que en ellos se ejecutó, fue muy grande el horror que de los nuestros concibieron: tan grande en tanta manera, que hasta hoy al cabo de tantos años no hay modo de que confronten con nosotros, que parece que de propósito estudian el hacerlo todo al revés de como lo hace el español; siendo común proverbio que, solo dos cosas hacen al derecho por hacerlo al

1) Jerónimo Román en su *República del Mundo* (Medina del Campo, 1575), vol. II, dedica los capítulos I a XX, I a XVI y I a XV, a la República de los Indios Occidentales. Están transcritos casi literalmente de la *Apologética Historia de fray Bartolomé*. Ximénez no conoció la obra de las Casas y cita generosamente a fray Jerónimo.

2) Sobre esta conquista escribe Fuentes y Guzmán: *Recordación Florida*, BAE CCXXX, pp. 81-92, y sobre todo Villagutierre: *Historia de la conquista del Itza*, Madrid 1701 (reed. en Guatemala, 1933).

revés de como lo hacemos nosotros, que es doblar un capote y subir una cuesta; pues esta la suben derecha, sin buscarle rodeos para que sea menos agria la subida, y aquel lo doblan dejando el derecho para fuera.

Estos libros dichos conservaban sus memorias y antiguallas, y según lo que dice fray Gerónimo Román y el padre maestro Meléndez, en su *Historia del Perú* y el Ilustrísimo señor don Lucas Fernández de Piedrahita en la *Historia del nuevo Reyno de Granada* y se verá adelante en la historia de aquestos indios de la Provincia de Guatemala, todas son tradiciones del testamento viejo: que no puede ser otra cosa que conservaron de sus antepasados los Ysraelitas, de quienes estos descienden según la más verdadera sentencia. Como muy doctamente prueba el venerable padre y apóstol de aqueste reyno fray Domingo de Vico en la primera parte, capítulo 101 de su *Teología de Indios*,¹⁾ quien habiendo visto algo de aquestas historias, sus tradiciones y ritos y hasta la circuncisión, en un exhorto que allí les hace en su misma lengua para que sigan el culto del verdadero Dios, les dice que a este es a quien, sus antepasados los del pueblo de dios, adoraron; y que a este deben adorar ellos como descendientes de aquellos.

No hay duda que por la grande falta de noticias, por haberlas ellos ocultado y haberse ocultado sus libros, y aunque en algunas partes se hallaron no hubo forma de leerlos, ni entenderlos, se ha discurrido variamente acerca de aquestas gentes y su origen, y otros que escribieron en partes muy distintas por ser mal informados escribieron cosas muy ajenas de la verdad, y así determiné el trasuntar de *verbo ad verbum* todas sus historias como las traduje en nuestra lengua castellana de la lengua quiché, en que las hallé escritas desde el tiempo de la conquista, que entonces (como allí dicen), las redujeron de su modo de escribir al nuestro; pero fue con todo sigilo que conservó entre ellos con tanto secreto, que ni memoria se hacía entre los ministros antiguos de tal cosa, e indagando yo aqueste punto, estando en el curato de Santo Tomás Chichicastenango, hallé que era la doctrina que primero mamaban con la leche y que todos ellos casi lo tienen de memoria y descubrí que de aquestos libros tenían muchos entre sí; y hallando en ellos por aquestas historias, como se verá adelante, viciados muchísimos misterios de nuestra santa fe católica, y mucho o lo más del testamento viejo, trabajé en sermones continuos en refutar aquestos errores.

No son tan comunes aquestas cosas entre la nación cachiquel, como en la quiché, porque como en aquesta estaba la cabeza del imperio de aquestas provincias y fue imperio mucho más antiguo que el mejicano, como se verá adelante y aquí estaba y residía el principal sacerdote que les enseñaba e instruía en estas cosas, están más sabedores de ellas, heredándose de padres a hijos aquestas noticias y tradiciones.

Y porque he visto a muchos historiadores tratando de las cosas de aquestas gentes y su creencia, decir y tocar algunas cosas de las que en sus historias contienen: que solo fueron noticias sueltas porque no vieron

1) Juan Meléndez: *Tesoros verdaderos de las Indias*, Roma 1681-1682; Lucas Fernández Piedrahita: *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Amberes 1688. Las *Theologiae Indorum* de fray Domingo de Vico, se conservan manuscritas; nunca fueron impresas.

las historias, como ellos las tenían escritas, he determinado poner aquí y trasladar todas sus historias, conforme ellos las tienen escritas; y con eso se verá con claridad, cómo todas aquestas gentes casi todas concordaban en unos mismos errores y desatinos, de que colegí que todas ellas traen un mismo origen y aqueste sin duda es del pueblo hebreo, y después se aclararán algunas cosas tocantes a su propagación y extensión y venida a aquestas partes y otras cosas tocantes a sus estilos, que si en ellas hallamos muchas cosas dignas de vituperio, no hay duda que también tienen otras muchas dignas de que les imitemos.

CAPITULO II

Donde se da principio a las historias de los Indios ¹⁾

Este es el principio de las antiguas historias del Quiché. Aquí escribiremos y empezaremos las historias antiguas; y aqueste es el principio de todo lo que sucedió en aqueste pueblo del Quiché, donde se referirá, declarará y manifestará lo claro y escondido del criador y formador, que es padre y madre de todo, y se llama y denomina *hun ahpu wuch*, *hun ahpu utiu*, *zaquínimac tziiz*, *tepeu*, *ququmatz uquxcho*, *uquxpalo*, (*quieren decir tirador de cerbatana, astuto como el animal que llaman tacuazin: un tirador de cerbatana, astuto como el lobo y astuto pizote —es otro animal—; majestuoso, culebra fuerte, corazón del mar y de la laguna. Todos aquestos renombres le dan por grandeza, como Cristo se llama león, piedra...*) *ah raxa lak*, *ah raxa tzel* (*el del hermoso plato y hermosa jícara: esto dicen porque solo los señores usaban de aquestas cosas preciosas*). Y aquestos sus renombres y epítetos que le daban a aqueste criador, aquel abuelo llamado *xpiyacoc* y aquella abuela llamada *xmu-cane*, a quienes en las historias quichés les llaman, dos veces abuelo y abuela. (*Esto dice de aquestos viejos por lo que adelante diré, y porque entre ellos tuvieron siempre mucha autoridad, como diremos adelante*). Y los que nos hicieron sombra y ampararon, cuando con ellos se comunicó la creación, ya en el tiempo de la claridad (*aquí tocan sin duda la creación de la luz y las tinieblas que antes dice el texto que estaban sobre la haz de la tierra*).

Esto lo trasladamos en el tiempo de la cristiandad, cuando de la otra parte de él nos ha venido aqueste modo de escribir: porque aunque tenemos libro antiguo y original de aquestas cosas, ya no se entiende.

Y así lo trasladamos aquí: y así ha sido cosa muy buena esto que se nos ha enseñado, de donde nos ha prevenido la claridad. Cuando habiendose echado las líneas y paralelas del cielo y de la tierra se dio fin perfecto a todo, dividiendose en paralelos y climas: todo puesto en orden quedó cuadrado (*esto que dice ser cuadrado alude a las cuatro partes de oriente, poniente, etc...: y así habla con grandes propiedades*) y bien medido; como si con una cuerda se hubiera todo medido. Todo esto

se perfeccionó y acabó por el criador y formador de todo, que es padre y madre de la vida y de la creación y que comunica la respiración y movimiento (*como si dijera, origen y principio de todo*); y el que nos concede la paz. El es claridad de sus hijos, y que tiene cuidado y mantiene toda la hermosura que hay en el cielo y en la tierra, en las lagunas y el mar. (*Esto es lo que San Pablo dijo a los atenienses*).

CAPITULO III

Donde se declara como todo era un caos y suspensión sin moverse cosa alguna antes de la creación: y cuando estaba el cielo despoblado

Lo primero que se nos ofrece tratar es que antes de la creación, no había hombres ni animales, pájaros, pescados, cangrejos, palos, piedras, hoyos, barrancos, paja ni mecate: y ni se manifestaba la haz de la tierra (*terra erat inanis et vacua et tenebrae erant super faciem abyssi*). El mar estaba suspenso, el cielo estaba sin haber cosa alguna que hiciera ruido: no había cosa en orden, no había cosa que tuviese ser si no es el mar y el agua que estaba en calma: y así todo estaba en silencio y oscuridad como noche. Solamente estaba el señor y creador, culebra fuerte, madre y padre de todo lo que hay en el agua, estaba en una suma claridad adornado y oculto entre plumas verdes (*que son las de quetzales de que usaban los señores por majestad y grandeza*) y así se llama *cucumatx*, culebra fuerte y sabia por su grande sabiduría y entendimiento, y también se llama aqueste dios: corazón del cielo, porque está en él y en él reside.

Vino después aquí su palabra acompañada de los señores *tepeu* y *cucumatx*: y confiriendo, consultando y teniendo consejo entre sí, en medio de aquella obscuridad, se criaron todas las criaturas y se manifestó la creación de los palos y la vida, y todo lo demás que se crió por el corazón del cielo que se llamaba *Huracán* (*esto es de un pies, que así llamaron a él que tuvieron por Dios, y como se verá adelante; y este viene a ser, como dijésemos, dios padre*).

El primero *caculha huracán* (*esto es rayo de una pierna*) el segundo se llamaba *chipi caculha* (*esto es el más pequeño de los rayos*) y el tercero se llamaba *raxa caculha* (*esto es, rayo muy hermoso*); y así son tres aquel corazón del cielo. Y viniendo con *tepeu* y *cucumatx* se consultó entre ellos acerca de la vida y creación y consultando entre sí, dijeron: ¿Quién ha de ser el que los ha de sustentar y alimentar? ¡Dad vuestro voto! Y mandaron y dijeron: Salga aquesta agua y desembarace para que salga la tierra y de ese modo se aclarará el cielo y la tierra, y de ese modo no será embarazo a nuestras criaturas que crearemos y cuando fuere criado el hombre. Y solo con ser dicho y mandado se formó la tierra: apenas lo dijeron cuando fue formada. Parece que se hizo por milagro, porque al modo de una nave se levantaron los cerros sobre el agua y cosa maravillosa fue ver cómo se levantaron tan grandes montañas y llanu-

ras y al mismo tiempo se criaron los cipreses y los pinos. Alegróse el señor *cucumatx* de ver la creación y díjole al señor Corazón del Cielo: Muy bien ha estado tu compañía tú *chipi caculha*; y tú *raxa caculha*: muy bien parece todo, y así llegaremos a perfeccionarlo todo! Lo primero fue criada la tierra, los montes y los llanos, dividiéronse los caminos del agua y salieron muchos arroyos por entre los cerros, y en algunas y señaladas partes se detuvieron y rebalsaron las aguas y de este modo aparecieron los altos cerros (*congregentur aquae in unum locum et appareat arida*) y aquesto fue lo primero que criaron aquellos que se llaman *corazón del cielo y de la tierra*; y aquesto es lo primero que dispusieron: la creación de la tierra (*vidit Deus quod esset bonum*).

Después de estò dispusieron el criar los animales (*guardas de los montes*), al venado, al pájaro, al león, al tigre, a la culebra, a la víbora, al cantí y los pusieron por guardas de los montes; y consultando entre sí dijeron los criadores: ¿Si será conveniente que se estén así en confusión sin hablar debajo de los árboles del monte? ¿Así solamente ha de haber quien cuide de ellos y los guarde? Y apenas lo dijeron cuando fueron criados los animales, los venados y los pájaros y se les fue repartidas sus casas y habitaciones. ¡Tú, venado, habitarás y dormirás —dijeron—, en las barrancas y en los caminos del agua, andarás entre la paja y las yerbas y en el monte te multiplicarás, andarás y te pararás en cuatro pies! Y a los pájaros se les fue dicho: ¡Vosotros, pájaros, estaréis y habitaréis sobre los árboles y mecates y allí haréis casas y habitación y allí os multiplicaréis y os sacudiréis y espulgaréis sobre las ramas de los árboles! Y tomando cada uno su habitación y morada conforme les había repartido el creador, habitaron en la tierra, teniéndola por su casa y habitación según dispuso el creador; y habiéndose criado todos los animales y pájaros les dijo el creador: ¡Hablad y gritad, no hagáis *yol, yol* (*esto es, como graznar*), sino cada uno de vosotros hablad según vuestra especie y diferencia; esto les dijo a los venados y pájaros, a los leones, tigres y culebras, decid y alabad nuestro nombre: alabadnos, y decid que somos vuestros padres y madres, pues lo somos nosotros, *huracán, chipi caculha, raxa caculha, corazón del cielo y de la tierra* (*en esto que dicen que es corazón, dan a entender que es su alma y vida*), formadores y criadores, padres y madres de todo, hablad, invocadnos y saludadnos! Pero aunque se les fue mandado esto, no pudieron hablar como los hombres, sino que chillaron, cacaraquearon, y gritaron diciendo: ¡*voh, voh!* (*estas son voces que toman los cantos de las aves*). No pudieron hablar así sino que cada uno gritó diferentemente. Y viendo los criadores que no hablaban, dijeron: ¡No se pudo conseguir el que hablaran y que dijesen nuestros nombres y que somos sus formadores y criadores, y así no está esto bien de aquesta manera! Y así les dijeron: ¡Pues no pudisteis hablar, mudamos de parecer; pues no pudisteis decir nuestros nombres, vuestra comida y pasto serán los montes y vuestros dormitorios serán las barrancas; todavía hay quien nos invoque y alabe, porque haremos quien nos obedezca: vuestra carne será comida y de eso servireis todos vosotros, chicos y grandes! Y oyendo aquesto, todos ellos probaron una y otra vez, a hablar,

probaron a juntar las palabras y saludar al creador; pero no pudieron, sino que fue tan grande la confusión, que ya no se entendían unos a otros, y de ningún modo se pudo ajustar ni componer el que hablasen; y así fueron ultrajados y desechados, y fueron comidas sus carnes y de esta suerte son muertos todos los animales que hay sobre la tierra.

Y así trataron otra vez de hacer otras criaturas y de este modo se acercó el ser criado el hombre y el amanecer la claridad; y así dijeron: ¡Probemos otra vez a hacer otra criatura, que alimentemos y que nos invoque y alabe, y se acuerde de nosotros sobre la tierra; ya probamos en nuestras primeras criaturas y formaduras y no se pudo componer que nos alabasen, y así hagamos otra que nos obedezca y a quien sustentemos!

Tomando entonces lodo los formadores formaron un cuerpo de barro, pero estaba pesado sin movimiento; y como el lodo, estaba blando: todo se desmadejaba, y vuelta la cara a un lado allí se quedaba sin volverla, ni podía mirar para atrás; y aunque hablaba pero no tenía entendimiento ni razón. Con que era flojo y se revenía y desbarataba en el agua, y viendo esto los criadores dijeron: ¡Esto estará peor después y ni andará, ni se multiplicará! Y desbaratándolo, otra vez consultaron el modo cómo se había de hacer el hombre y determinaron consultarlo con los viejos *xpiyacoc* y *xmucane*, que así eran llamados estos; que eran los abuelos del sol y la luna.

Y yendo a ellos le dijeron, a aquel adivino que adivinaba por el sol, aquel *huracán tepeu cucumatz*: ¿De qué modo haremos aqueste nuestro hombre y que siendo sustentado y alimentado por nosotros nos invoque, se acuerde de nosotros y alabe vuestro nombre? Consultadlo y echad vuestras suertes adivinando, pues sois vosotros *xpiyacoc* y *xmucane*, nuestros viejos y abuelos ¿no será posible que aqueste nuestro hombre nos invoque, que nos alabe, ensalce nuestro nombre, y se acuerde de nosotros y que siendo nuestro pobre nos invoque llamándonos *hunahpu vuch*, *hunahpu utiu*, dos veces padre y dos veces madre; nos dé el título de grandes y nos dé el renombre de gran pizote, el de las hojas, el que posee trono de majestad, el de las riquezas, el de la verde jícara, el del verde plato, abuelo del sol, abuela de la luna (*todos estos son renombres que explican majestad y grandeza*). ¡Echad vuestras suertes con maíces (*en granos de maíz adivinaban sus agoreros, y así toma aquí esta metáfora*) y con granos de *tzitté* y mirad si nos podréis manifestar su forma y cómo tendrá su boca y su cara! Echaron sus suertes y les dijeron, el viejo que adivinaba por el sol y se llamaba *xpiyacoc* y la vieja que adivinaba por la luna llamada *chiracan xmucane*: ¡ea Sol, ea Luna! Júntense y declaren si será conveniente que el criador forme al hombre de palo y si es este el que ha de ser sustentado después de ser formado, ¡ea habla maíz!, ¡ea habla tú *tzitté*!, ¡tú sol!, ¡tú, formadura! ¡ea maíz! ¡ea *tzitté*! llamad al sol; y tú corazón del cielo ¡tened empacho, no avergoncéis, a *tepeu*, a *cucumatz*! Y respondiendo el maíz y el *tzitté* dijeron la verdad en este modo: Hacedlo así, que así estará bien; y hablará el palo en labrando al hombre de él. Y luego al punto fue hecha de palo la imagen del hombre y aqueste fue el hombre que hicieron, los cua-

les se multiplicaron, tuvieron hijos e hijas; pero salieron tontos, sin corazón ni entendimiento y así no se acordaron más de su creador, sino que en vano anduvieron sobre la tierra, sin acordarse del *corazón del cielo*, con que dieron de hocicos en la tierra. Pero todo aquesto fue no más que probar a pararlos y hacerlos gentes; pero tenían las caras secas y estaban abromados y pesados, ni tenían agilidad en los pies y las manos; estaban sin sangre ni humedad, ni gordura, con que estaban secas y pálidas sus mejillas; los pies amarillos y secos, y macilenta su carne; con que no se acordaron de su creador que los había creado, y multiplicándose sobre la tierra llegaron a ser muchos.

Después fueron destruídos y muertos todos estos hombres de palo, porque habiendo entrado en consejo el *corazón del cielo* y enviando un gran diluvio los destruyó a todos; de palo de corcho que se llamaba *tzitté* fue hecha la carne de los hombres y de esta materia se labró el hombre por el criador y las mujeres fueron hechas del corazón de la espadaña que se llama *zibac*; y así fue la voluntad del criador, el hacerlos de esa materia; empero no hicieron memoria del beneficio que les hizo el criador en haberlos criado, y así fueron muertos y anegados. Vino un gran diluvio de resina y brea del cielo que los acabó y consumió, y viniendo el pájaro llamado *xecot cowaoh* (*llámase así de haber sacado los ojos*) les sacó los ojos y otro que se llama *camalotz*, les cortó las cabezas y otro animal llamado *cotzbalam* les comió las carnes y otro llamado *tecumbalam* les quebrantaron los huesos y nervios y los hicieron harina. Y todo esto fue en castigo y pena de que no hicieron gracias ante el creador, y en pena de haberse olvidado de su padre y madre y señor que los crió: el *corazón del cielo*, llamado *huracán*; y en pena de su pecado se obscureció toda la haz de la tierra y empezó una lluvia continuada de noche y de día y viniendo todo género de animales, palos y piedras, los empezaron a golpear y a afrentar; y hablando todos: las piedras de moler, comales, platos, cajetes, ollas, perros y tinajas los baldonaban; y les decían los perros y las gallinas: ¡Muy mal nos tratasteis, nos mordisteis y asimismo os mordremos ahora! Las piedras de moler les decían: ¡Mucho nos atormentasteis y toda la mañana y la tarde no nos dejabais descansar con vuestro *holí, holí, huquí, huquí* (*esto es, el sonido que hacen cuando muelen*), y este fue nuestro continuo trabajo, hubierais sido bien quistos y pues no lo fuísteis, ahora experimentaréis vuestras fuerzas, y os moleremos las carnes y haremos harina vuestros huesos! Esto les dijeron las piedras de moler. Y los perros hablando les decían: ¡Porque no nos dabais nuestra comida, y sólo os estábamos mirando cuando comáis, nos arrojabais y siempre estaba prevenido un palo para nosotros y nos tratabais de aqueste modo porque no hablábamos, quizás no hubiérais muerto ahora, ¿por qué no mirásteis por vosotros? de aqueste modo nos acabamos y así ahora probaréis nuestros dientes que tenemos en la boca y os comeremos! Esto dijeron los perros, dándoles en rostro y afrentándoles por lo mal que los habían tratado. Los *comales* y las ollas les hablaron en esta forma: ¡Mucha pena y dolor, nos quemasteis nuestras bocas y rostros, siempre los teníamos tiznados y siempre puestos al fuego, nos quemasteis y abrasasteis y así ahora os quemaremos a vosotros! Esto dijeron las ollas y comales, dán-

doles en cara del mal trato que les hicieron. Y las piedras o *tenamastes* en que se ponen las ollas al fuego les decían: ¡Siempre nos tuvisteis al fuego, causándonos gran dolor y así ahora os quebraremos las cabezas! Con esto andaban los hombres como fuera de sí y sin sentido, y queriéndose subir sobre las casas por el diluvio, se les hundían las casas y se venían abajo; y queriéndose subir sobre los árboles, los arrojaban de sí, y queriéndose guarnecer en las cavernas y hoyos, se les cerraban. Y así fueron destruidos y todos aquestos hombres, quedando solo las señales de ellos que fueron los micos, que andan ahora por los montes, porque fueron hechos de palo por el criador; y así el mico se parece al hombre, porque es señal de otra gente que hubo sobre la tierra, la cual fue hecha de palos.

CAPITULO IV

De *vcub caquix*, que parece fue Lūcifer

Había entonces muy poca claridad sobre la tierra, porque aun no había sol, cuando uno llamado *vcub caquiz* (*esto es: siete guacamayas*) se ensoberbeció: había cielo y tierra, pero estaba turbia la luz del sol y la luna; entonces dijo *vcub caquix*: ¡Solo hubo aquella gente que se anegó, y fueron como brutos; ahora seré yo grande sobre todas las criaturas; yo soy su sol y su claridad, y majestad y así yo soy por quien se han de levantar y andar los hombres; mis ojos son de plata y resplandecen como piedras preciosas, y son de esmeraldas; como el cielo mis narices, resplandecen de lejos; como la luna, mi trono es de plata; y cuando salgo se aclara toda la tierra, y así yo soy sol y luna: por lo esclarecido de los vasallos que tendré, porque mi vista alcanza a mucha distancia y mira de muy lejos! Esto decía *vcub caquix*; pero él no era sol ni luna, sino que le ensoberbecían sus riquezas y su plata; y su vista solo alcanzaba a aquel lugar a donde estaba, sin extenderse a todo el mundo, como él imaginaba; y ni aun todavía había visto la cara al sol ni a la luna, ni a las estrellas; y ni aun había aclarado la luz. Y aunque *vcub caquix* se ponía por sol y luna no se había visto la claridad y solamente fue deseo de sobrepujar con su grandeza a todas las criaturas. Esto sucedió cuando sucedió el diluvio, y fueron destruidos aquellos hombres de palo. Y ahora referiremos cómo murió el *vcub caquix* y cómo fue hecho el hombre por el creador. La causa de la ruina y caída de *vcub caquix* fue su soberbia, la cual pareciendo mal a los dos mozos, llamados el uno *hun-ahpu* (*esto es: un tirador de cerbatana*) y el otro llamado *xbalanque*, los cuales eran dioses; y así les pareció muy mal el que se ensoberbeciese *vcub caquix*, porque se ensoberbeció en la presencia y acatamiento del *corazón del cielo*; y confiriendo entre sí los dos mozos dijeron: Esto no está bien porque si prevalece esta soberbia no vivirán los hombres sobre la tierra y así hemos de hacer diligencia de tirarle un bodocazo con la cerbatana, con que le introduzcamos una enfermedad con que se le consumirán sus riquezas, piedras preciosas y *chalchigüites*, que es la causa de su soberbia; porque no tomen aqueste ejemplar los hombres de

ensoberbecerse por las riquezas, porque no es cosa conveniente que alguno se ensoberbezca por tener riquezas. Aqueste *vcub caquix* tenía dos hijos, el primero se llamaba *zipacná* y el segundo se llamaba *cabracán* (*esto es: de dos pies, y por esto llaman al temblor de tierra cabracán*). La madre de estos y que era mujer de *vcub caquix* se llamaba *chimalmat*; el mayor llamado *zipacná* se apropió los altos montes, porque él los hacía y formaba en una noche como fueron *Hunahpu Pecul* y *Oxcanul*, *Macamob*, *Hulisnab* (*todos estos son nombres de grandes cerros*); y su hermano *cabracán* les hacía estremecer y temblar a los altos y pequeños montes, y por esto también se ensoberbecieron aquestos dos hijos de *vcub caquix*; y hablando con sus dos hijos les decía: ¡Habéis de saber que yo soy el sol, pues soy el hacedor de la tierra! *zipacná* y *cabracán* oyendo esto dijo: ¡Pues yo hago temblar toda la tierra, y si quiero la hundiré toda! Con que todos manifestaron su soberbia, y pareciéndoles mal a los dos mozos todo esto, *hunahpu* y *xbalanque*, dispusieron el matar a *vcub caquix*, a *zipacná* y a *cabracán*. Aun todavía no se habían creado nuestros primeros padres, cuando sucedió todo esto.

(Este es el volcán de agua de Guatemala, de quien dice el jubilado fray Francisco Vázquez en su Historia que quiere decir: ramillete de flores. Y es no entender la lengua, que no quiere decir sino un tirador de cerbatana, por el *hun ahpu* dicho arriba: teniendo a este volcán por Dios. Bien se conoció que tenía su paternidad muy poca comprensión de la lengua cuando salió el año de 1698 con un acto capitular, poniendo entre las demás cuestiones de teología, una de las lenguas: que decía que estaba muy bien explicado Dios Padre por el Dios *tataixel*, y el nombre del Hijo por Dios *caholaxel*, y el Espíritu Santo por Dios *uzlabixel*. Esto fue más gana de suscitar cuestiones antiguas que gana de aclarar la verdad. Bien lo ha manifestado en sus escritos el espíritu de sedición que le asistía: pues en ellos suscita los disturbios antiguos que hubo sobre la preferencia que quisieron tener a nuestra religión en las procesiones generales (que condenaron los Sumos Pontífices, en especial la santidad del santo Pío V en su bula que empieza "*Divina disponente clementia*", dada en Roma a 27 de agosto de 1568 y 3 de su pontificado, y en la que empieza "*Ad romani expectat pontificem*", a 5 de mayo de 1571, sobre que se vio precisado el rey Felipe II a despachar su cédula, su data (...)). Y también los disturbios que hubo sobre el nombre adecuado de significar a Dios, que sin género de pasión, no dudo ser el de Dios, y no el de *cababil* que pretendió entonces; y el de Dios Padre, en el de Dios *Tataatz* —en esta lengua cachiquel—, y el del Hijo en Dios *caholatz*, y el del Espíritu Santo, por este Dios *Uxlaatz*: pues no habrá quien sepa medianamente lengua, que no sepa la independencia; y aquesto es con nombre absoluto y que significa absolutamente Padre, Hijo y Dios espirado; y los otros Dios *Tatahixel* son participios de futuro en —dus— que significan que "ha de ser" Padre, Hijo y Espíritu Santo; y esto ya se ve cuán grande error es explicarlo así con decir que "sólo ha de ser y no es": pues lo fue, lo es y lo será eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo; y no es argumento el decir que en la lengua quiché se usa de estos "*cahuaixel*, *caholaxel*", porque allí no hay de esta clase de nombres absolutos, como en el cachiquel; y desde su gentilidad, para explicar el padre que es principal o cabeza de familia, lo explicaban con este Dios "*cahuaixel*", y lo mismo al hijo más principal por el "*caholaxel*". No me hallé entonces en categoría de sacar la cara a la revolución que intentaba de la piscina, que estaba quieta y sosegada; que yo le hubiera sacado los colores al rostro para que no se metiera en lo que no entendía; y dejara ir corriendo las aguas de la concordia con que hoy caminan aquestas dos ilustres lumbreras de la Iglesia, con la hermandad y unión que tienen entre sí: y no meterse a revolver caldos y heces podridas, que están asentadas en el olvido.

CAPITULO V

De la muerte que dieron a *vcub caquix*, y cómo cada uno de ellos fue destruido por su soberbia

Sabiendo pues, aquestos muchachos que aqueste *vcub caquix* sólo comía nances, y que tenía un árbol de nances donde iba todos los días a coger de aquesta fruta para mantenerse; tomando sus cerbatanas se fueron escondidamente, y se pusieron debajo del árbol ocultos entre la yerba; y *vcub caquix* subiéndose sobre el árbol, *hunahpu* le tiró un bodocazo con la cerbatana y le dio en una quijada y cayendo *vcub caquix*, dando gritos en el suelo y viéndolo así *hunahpu*, fue agachado a cogerlo y cogiéndole un brazo *vcub caquix* a *hunahpu* se lo arrancó del hombro con lo cual *hunahpu* soltó a *vcub caquix*; con lo cual quedaron vencedores los dos muchachos y *vcub caquix* se fue a su casa con el brazo de *hunahpu* y teniéndose las quijadas porque las llevaba desencajadas y viéndolo así su mujer *chimalmat*, le dijo: ¿Qué te ha sucedido *vcub caquix*? ¿Qué ha de ser —respondió *vcub caquix*—, que dos demonios me tiraron con una cerbatana un bodocazo y me desquiciaron las quijadas y todos los dientes se me menean y me duelen mucho; pero aquí traigo un brazo del uno de ellos, colgadlo al humo sobre el fuego mientras vienen por él aquellos dos demonios! Con que tomando la mujer el brazo lo colgó al humo; y consultando entre sí *hunahpu* y *xbalanque* sobre lo que debían hacer, se resolvieron en ir a ver a dos viejos muy ancianos, y era tanta la vejez de ambos que andaban corcovados; el viejo se llamaba *zaquinimac zaquinimasiz* porque tenían ya blancas las cabezas, y yendo a ellos les dijeron: Hacednos compañía a casa de *vcub caquix* para ir a traer nuestro brazo que se lo llevó a su casa. Y aqueste ha de ser el ardid que hemos de usar, que nosotros iremos detrás de vosotros, como que somos vuestros huérfanos y nietos por haberse muerto nuestro padre, y así en preguntando quiénes sois, habéis de decir que andamos como huérfanos con vosotros y de lo que pasáis es de sacar el gusano que se come las muelas y dientes! Y así *vcub caquix* como a muchachos no nos hará caso y nosotros os aconsejaremos lo que habéis de hacer. Está bien —dijeron los viejos—. Y con esto se fueron a la esquina de la casa de *vcub caquix*, y estando *vcub caquix* recostado en su trono dando gritos del dolor de las muelas y los dientes, pasaron por delante de la casa los dos viejos y los dos muchachos jugando detrás de ellos; y viéndolos *vcub caquix* los llamó y les dijo: ¿De dónde venís buenos viejos? ¿Nosotros —dijeron ellos—, andamos buscando nuestra vida! ¿En qué la buscáis? —dijo *vcub caquix*— ¿esos que traéis ahí son vuestros hijos? ¿No señor, son nuestros nietos, y huérfanos, y de lo que adquirimos les damos un pedazo de tortilla! A ese tiempo le apretaba a *vcub caquix* el dolor de las muelas y daba gritos, y díjoles: ¿Qué es lo que sabéis curar? ¿Lo que nosotros sabemos curar —dijeron los viejos—, es sacar el gusano que come los dientes y muelas, y también sabemos curar el mal de ojos! ¿Pues si así es —dijo *vcub caquix*—, curadme de aquestos dientes y muelas, que no tengo sosiego, ni

duermo, ni como; aquesto tuvo principio de que dos demonios me dieron un bodocazo que me descompusieron las quijadas y me maltrataron los dientes, y así tened piedad de mí porque todos se me menean! ¡Está bien —dijeron ellos— y así sabed, señor, que es gusano el que os causa aqueste dolor, y así te sacaremos esos dientes y muelas y te pondremos otros en lugar de ellos! O ¡quizás no será bueno eso —dijo el señor *vcub caquix*—, porque solo con estos dientes mantengo mi señorío; con ellos como y con estos mis ojos veo! ¡Ah! qué —dijeron ellos—. ¡No te harán falta, porque pondremos otros en su lugar de hueso molido! Pero aqueste hueso molido era solo maíz blanco. ¡Está bien —dijo el señor—, sacadlos y ayudadme! Y sacándole los dientes le pusieron en lugar de ellos maíz blanco y relumbraban los maíces en su boca y totalmente se desfiguró; y no pareció más ni tuvo apariencia de señor. Y acabados de sacar los dientes se quedó la boca moreteada, y curándole los ojos le desollaron las niñas de los ojos, y quitándole toda la plata que tenía no lo sintió sino que miraba sin ver; con que ya no parecía señor ni persona grave y así no se ensoberbecía; y todo esto fue hecho por consejo de *hunahpu* y de *xbalanque*. Y muriéndose con esta cura *vcub caquix* los médicos le tomaron todas las riquezas que tenía *vcub caquix* y que lo ensoberbecían aquí en la tierra; y los viejos que esto hicieron eran dioses, y solo para matar a *vcub caquix* lo hicieron de este modo: por haberles parecido mal a los dos muchachos la soberbia de *vcub caquix*; y despidiéndose se fueron los dos muchachos que esto hicieron por mandado del *corazón del cielo*.

CAPITULO VI

De las obras de zipacná, el primer hijo de *vcub caquix*

Aquí pondremos ahora las obras de *zipacná*, el hijo primero de *vcub caquix*. ¡Yo soy el hacedor de los montes! —decía *zipacná*—. Y estando él bañándose en un río pasaban cuatrocientos muchachos que llevaban arrasando un gran palo para pilar de su casa. Habían estos cuatrocientos muchachos cortado aqueste gran palo y lo llevaban, cuando viéndolos *zipacná* les dijo: ¿Qué es lo que hacéis? A que respondieron ellos: ¡Queremos llevar este palo para pilar, o madre, de nuestra casa y no podemos! ¡Pues levantadlo —dijo *zipacná*— y os lo llevaré yo! Y tirando de él lo cargó y lo llevó hasta la casa de los cuatrocientos muchachos; y dijéronle ellos: ¿Tienes madre o padre? A que dijo *zipacná*: ¡Soy huérfano y no tengo padre ni madre! ¡Pues quédate con nosotros —le dijeron ellos— e irás mañana con nosotros y traeremos otro palo para pilar de la casa! ¡Está bien! —dijo *zipacná*. Y entrando los cuatrocientos muchachos en recelo dijeron: No está bueno esto que hace este muchacho, él solo levantó y trajo el palo que nosotros no podíamos y así será mejor que lo matemos. ¡Lo que haremos será —dijeron ellos—, hagamos un gran hoyo y estando hondo, le diremos que vaya a sacar tierra y estando dentro le echaremos un gran palo y así lo acabaremos! Y haciéndolo así,

llamaron a *zipacná* y le dijeron: ¡Nosotros somos pequeños y no podemos sacar ya tierra, anda tú y cava un poco! ¡Está bien!, dijo él. Y bajando *zipacná* le decían: ¡Cava bien hasta que lo profundes mucho! Y cavando el hoyo que hizo, fue para librarse, porque sabía que lo querían matar, con que fue cavando por un lado y haciendo cueva; y los muchachos le decían: ¡Ya está bien cavado? Cavaba *zipacná*, pero no cavaba el asiento del hoyo para su sepultura, sino una cueva en que librarse, y habiendo hecho una gran cueva los llamó diciendo: ¡Ea venid, sacad la tierra que ya está bien profundo el hoyo!, pero ellos no respondían; y decía *zipacná*. ¡Qué, no oís que os llamo, y yo oigo vuestro mormollo! Y callando ellos dijeron secretamente: ¡Nadie hable sino arrastrando aqueste palo echémoselo encima! Hiciéronlo así; pero *zipacná* estaba metido en la cueva y dio una gran voz cuando cayó el palo, de que se alegraron los cuatrocientos muchachos. ¡Oh qué bien lo hemos hecho —dijeron ellos—, ya murió y nos hemos librado de este que sin duda nos hubiera hecho mucho mal porque se había metido entre nosotros! Y muy alegres dijeron: ¡Dispongamos el hacer nuestra bebida de chicha para que estando ya dispuesta, de aquí a tres días celebremos aquesta hazaña, bebiendo mañana, y pasado mañana; cuando ya se corrompa y hieda, veremos si vienen las hormigas a comerlo y asegurados con eso beberemos y celebraremos nuestra fiesta sin cuidado! Y oyendo esto *zipacná* dentro del hoyo lo que decían los cuatrocientos muchachos, se cortó con los dientes las uñas y las puntas de los cabellos y acudiendo las hormigas empezaron a acarrear pedazos de uñas y de cabellos de *zipacná*. ¡Qué os parece —se decían unos y otros—, no ha sido cosa buena lo que hemos hecho! Con que al tercero día empezaron a beber de la chicha que ya estaba fuerte, con que todos los cuatrocientos muchachos se emborracharon y quedaron sin sentidos; y saliendo *zipacná* derribó el rancho sobre ellos y a todos los aporreó y a todos quitó la vida *zipacná*, hijo de *ucub caquix*; y siendo todos muertos de esta manera fueron puestos en lugar de las *siete cabrillas* que por eso se llaman *motz* (montón), porque todos murieron de montón; pero aquesto quizás no será así. Pero ahora diremos cómo fue vencido *zipacná* y muerto por aquellos dos muchachos *hunahpu* y *xbalanque*.

Muy mal sintió *hunahpu* y *xbalanque* la muerte de los cuatrocientos muchachos yuviéronlo a desprecio en su corazón y así dispusieron quitarle la vida. Este *zipacná* solo comía pescado y cangrejos que cogía de las orillas de los ríos, de día se pasaba buscando la pesca y de noche cargaba cerros y montañas. Entonces *hunahpu* y *xbalanque* hicieron una imagen de cangrejo: de unas hojas llamadas *ec* le hicieron los brazos largos, y los pequeños de otras hojas llamadas *pach* y la concha la hicieron de laja, y pusieron aqueste cangrejo en una cueva debajo de un gran cerro llamado *Meaban*; y haciéndose enconradizos los dos muchachos con *zipacná* en el arroyo le dijeron: ¿A dónde vas muchacho? A que dijo *zipacná*: ¡A parte alguna voy, sino que ando buscando mi comida! A que ellos le preguntaron: ¿Y cuál es tu comida? ¡Sólo pescado y cangrejos!, respondió él. Y no hallando ningunos desde antesdeayer, tres días ha que no como y no puedo ya sufrir la hambre. ¡Pues allá en la barran-

ca está un cangrejo, y a la verdad es muy grande; y qué bien que te lo comieras! ¡Nosotros lo quisimos coger y nos mordió, con que le tuvimos miedo! ¡Pues, apiadaos de mí —dijo *zipacná*— y llevadme a donde está! ¡Eso no —dijeron ellos—, que tenemos miedo!, ¡andá tú, e id río arriba que no te perderás, y lo hallarás debajo de un gran cerro que está sonando y retumbando y dice su voz *hobal, hobal*! Esto le dijeron, y exclamando *zipacná* dijo: ¡Ah! pobre de mí: ¡andad conmigo y enseñadlo, que yo iré después, y os enseñaré a donde hay muchos pájaros que matéis con la cerbatana, y yo solo sé a donde están! Fueron con él a enseñarle el cangrejo y a vista de ellos entró: yendo en compañía le dijeron los muchachos: ¡Podrás tú ciertamente cogerlo, porque nosotros lo intentamos y no pudimos, porque cuando entramos en la cueva nos mordía y estando ya para cogerlo se nos subía arriba de la cueva! Y llegando a la barranca vieron al cangrejo que habían hecho que estaba caído de un lado y tenía muy colorada la concha y de allí era donde le tenían armada la trampa los muchachos a *zipacná* y muy alegre dijo cuando lo vio: ¡Ya me lo quisiera comer porque estoy muerto de hambre! Y echándose en el suelo probó a entrar en la cueva, pues el cangrejo se iba metiendo para dentro; y retirándose para fuera le dijeron los muchachos: ¿Ya lo cogiste? ¡No, porque se subió para arriba, pero ya poco me falta para cogerlo y así será necesario el entrar adentro para cogerlo! Y entrado luego, no le faltaba más por entrar que las rodillas, se derrumbó el cerro sobre *zipacná* y se quedó allí hecho piedra. Y de aqueste modo fue vencido y muerto el *zipacná* por los dos muchachos *hunahpu* y *xbalanque*; y aqueste *zipacná* hijo mayor de *ucub caquix*, cuentan que es el que antiguamente hacía los cerros; debajo del cerro *Meaban* fue vencido, y solo por milagro pudo aquesto haber sucedido.

Y ahora contaremos del otro que se ensoberbeció, este fue el hijo segundo de *ucub caquix*, el cual se llamaba *cabracam* (esto es *de dos pies*), aqueste se ensoberbeció diciendo: Yo soy el que desbarato los cerros; pero *hunahpu* y *xbalanque* vencieron también aqueste soberbio de *cabracam*: porque viendo esta soberbia *huracán*, *razacaculhá* y *chipicaculhá*, dijeron a *hunahpu* y *xbalanque*: ¡También sea destruído este *cabracam*, hijo segundo de *ucub caquix*; y así lo mandamos porque no está bien lo que hacen y se propasan a mucha grandeza, y no debe ser así; y llevarlo con halagos allá hacia donde nace el sol y allá destruído! —les dijeron a los dos muchachos. ¡Está bien! —dijeron los muchachos—, porque son malas sus obras, por ventura no son primero vuestra grandeza y majestad, tú *corazón del cielo*, ¿no sois vos primero? Esto respondieron *hunahpu* y *xbalanque* a *huracán* cuando les mandó destruir a *cabracam*. Actualmente estaba él meneando y estremeciendo los montes cuando llegaron a él *hunahpu* y *xbalanque* y le dijeron: ¿Qué es lo que haces? ¡No hago nada —dijo él—, solo estoy derribando estos cerros y los peñascos! Y temblaba toda la tierra. Y vosotros ¿quién sois, a dónde vais? —les dijo *cabracam*—, ¿cómo os llamáis porque no os conozco? A que dijo *hunahpu*: No tenemos nombres, nuestro ejercicio es tirar con la cerbatana y matar pájaros con liga: somos pobres y no tenemos otra cosa de que pasar

la vida, y así nos andamos por todos los montes grandes y pequeños. Y allá hacia adonde nace el sol, vimos un cerro que se levantaba sobre todos los cerros; y como es tan alto no podemos allí coger pájaros, y hay muchos porque es muy fragante su dulzura; y si así es la verdad que tú derribas cerros, ahora nos podías ayudar derribándolo para que pudiésemos cazar allí pájaros! Es verdad eso que decís —les respondió *cabracam*—, ¿lo habéis visto vosotros? ¡A donde está yo lo iré a ver, y lo echaré abajo! ¡Allá lo vimos —dijeron ellos—, hacia donde nace el sol! ¡Pues vamos allá —dijo *cabracam*—, tomad el camino y os seguiré! ¡No ha de ser así —dijeron ellos— sino que te habemos de llevar en medio, y uno ha de ir a tu mano izquierda y el otro a la derecha; porque llevamos nuestras cerbatanas y si hubiere algún pájaro le tiraremos! Caminando iban en esta forma, y muy alegres, y tirando pájaros por el camino, pero cuando tiraban no era con bodoque sino sólo con el soplo caían los pájaros muertos, de lo cual iba muy maravillado el *cabracam*; y siendo hora pararon y sacaron fuego y se pusieron a asar los pájaros, y untándole a uno *tizate*, que es una tierra blanca. ¡Este te hemos de dar cuando le incite el hambre de comer de los pájaros asados, este nuestro pájaro le ha de vencer! Y untándole la tierra (*terra es et in terram ibis*), porque había de caer en la tierra cuando fuese vencido y en la tierra ha de ser enterrado: es muy sabio el creador y con gran sabiduría sacó a luz las criaturas. Esto decían ellos entre sí y veían que deseaba mucho el *cabracam* comer de aquellos pájaros y dando ellos vuelta a los asadores, chorreaba la manteca y salía el olor y su fragancia, con que el *cabracam* se le hacía agua la boca y le destilaba la baba el deseo de comer de aquellos pájaros. ¿Qué comida es aquesta vuestra —dijo el *cabracam*—, que despide tanto olor?, ¡dadme un poco! (*aquí sin duda alude al bocado de Adán y la historia de San-són*). Esto dijo, y apenas le hubo pedido, cuando le dieron aquel pájaro que estaba untado de tierra y se lo comió para su destrucción y ruina. Acabada que fue la comida prosiguieron el camino y llegaron al nacimiento del sol a donde estaba aquel gran monte; pero ya el *cabracam* estaba desmadejado y sin fuerzas por aquella tierra que le untaron al pájaro y así no pudo hacer cosa alguna a aquellos montes ni derribarlos, y cogiéndolo entonces los muchachos, atándolo de pies y manos y arrojándolo en el suelo hicieron un hoyo y lo enterraron; y este fue el modo con que fue vencido y muerto el *cabracam*. Son indecibles las cosas que hicieron estos dos muchachos *hunahpu* y *xbalanque*.

CAPITULO VII

Del nacimiento de hunahpu y xbalanque

Habiendo tratado de la muerte y vencimiento de *ucub caquix*, *zipacná* y *cabracam*, hemos de tratar aquí del nombre de su padre de *hunahpu* y *xbalanque* y porque es muy obscuro lo que se dice y parla de aquel *hunahpu* y *xbalanque*, solo diremos la mitad de lo que hay que decir de su padre. Este se llamaba *hunhunahpu* y los padres de aqueste se llamaban *xpiya-*

coc y *xmucane*, nacieron estos en la oscuridad de la noche antes que hubiera sol ni luna, ni fuese criado el hombre; los que nacieron en aquesta oscuridad fueron *hunhunahpu* y *vcub hunahpu*, este *hunhunahpu* tuvo dos hijos, el primero se llamaba *hunbatz* y el segundo *hunchoven* y la madre de estos se llamaba *xbaquiyalo* y esta fue la mujer de *hunhunahpu*, porque el otro *vcub hunahpu* no fue casado y se quedó siempre soltero. Estos dos fueron muy sabios y adivinos aquí en la tierra y el *hunhunahpu* era muy bueno y de muy buenas costumbres y enseñó a sus dos hijos *hunbatz* y *hunchoven* a tocar la flauta, a cantar, a pintar, a entallar, a labrar piedras preciosas y a plateros; y el *hunhunahpu*¹⁾ y *vcub hunahpu* se entretenían en jugar los *choreques* y a la pelota y este era su entretenimiento y cuando se juntaban todos en la plazuela que tenían, jugaban de dos en dos. Venía muchas veces a verles jugar el pájaro llamado *voc* que era el mensajero y correo de *huracán*, *chipi caculha*, *raxa caculha*, en un instante iba y volvía el mensajero, asistía a este pájaro aquí cerca de la tierra y del infierno y en un instante llegaba al cielo con *huracán*. Estando ellos jugando a la pelota en una ocasión después de muerta la madre de *hunbatz* y *hunchoven*, los oyeron los señores del infierno, *huncame* y *vcub came*. ¿Qué es aquello que hacen en la tierra, dijeron ellos, que hacen temblar esto?, ¿qué ruido es aquel que no nos dejan sosegar? Vayan luego a llamarlos que vengan acá a jugar a la pelota. Grande desacato es este, dijeron los señores del infierno, de ponerse a jugar y a golpear sobre nuestras cabezas; y así hemos de disponer modo cómo vencerlos y destruirlos a los que hacen a este ruido en viniendo acá. Era a este reino muy poderoso y los principales señores de él eran *huncame* y *vcub came* y los que les acompañaban en su reino eran *xiquixipat*, *cuchumaquic* y el oficio de a este es causar aquella enfermedad de sangre de que los hombres enferman, otros se llamaban *ahalpuh* y otro *ahalkana* y el oficio de a estos es causar enfermedad de materias y de hidropesía con que se ponen amarillos los rostros, otros se llamaban *chamiahac* y otro *chamiaholom*, estos su oficio es enflaquecer a los hombres y ponerlos en los huesos, otros se llamaban *ahalmex* y *ahaltocob* y su oficio era causar desgracias en los hombres y que les sucediese cosa adversa y otros se llamaban *xic* y otro *pataunmecapal* y su cargo de estos era el causar las muertes repentinas y de los que mueren por los caminos echando sangre por la boca y también cargarles y golpearles los corazones y causar los cursos de sangre. Todos esos juntos en consejo determinaron el acabar y destruir a *hunhunahpu* y *vcub hunahpu* y deseaban mucho los señores ver la rodela de cuero con que reparaban la pelota, la pala, la argolla y el cerco del rostro que eran los instrumentos con que jugaban.

Y despachando los señores del infierno sus mensajeros, les dijeron: Andad y decidles a *hunhunahpu* y *vcub hunahpu*, que vengan acá con todos sus instrumentos a hacer sus juegos, que nos vengan a divertir porque a la verdad es cosa de maravillar lo que de ellos oímos; que traigan las palas, la argolla y la pelota de hule, y decidles que se lo mandan los señores.

1) Ximénez suprime desde ahora en adelante la primera sílaba en *hunhunahpu* y lo designa casi siempre como a su hijo *hunahpu*. En esta edición está corregido el nombre.

res del infierno. Los mensajeros eran un tecolote veloz como una saeta —*chayitucur*—, y otro tecolote de una pierna: y así se llamaba *huracantucur*, y otro llamado guacamaya tecolote, que se llama *caquixtucur*; y otro *holontucur*: esto es cabeza de tecolote. El primero llamado *chayitucur*, que es veloz como una flecha, el otro *huracantucur* porque tiene alas y solo una pierna, el otro *caquixtucur* porque es colorado y el cuarto *holontucur* porque solo tiene cabeza y alas y no tiene pies; estos cuatro mensajeros eran también señores principales, y, saliendo del infierno, en un instante llegaron al patio o plazuela a donde estaban jugando a la pelota, y dieron el mensaje a *hunhunahpu* y *ucub hunahpu* de parte de los señores *huncame*, *ucub came*, *ahalpuh ahalcana*, *chamiabac*, *chamiaholom*, *xquipat*, *cuchumaquic*, *ahalmes*, *ahaltocob*, *xic*, *patan*; y habiendo oído ellos el mensaje, ¿es posible que sea verdad lo que dicen los señores *huncame* y *ucub came*? ¡Es verdad —dijeron ellos— y nosotros os hemos de acompañar y ya así traed todos los instrumentos: que así lo mandan los señores! Está bien —dijeron ellos—, pero aguardad un poco, iremos a avisar a nuestras madres; y llegándose a su casa les dijeron a su madre (*porque ya estaba muerto su padre*); ¡señora nosotros vamos que nos llaman los señores del infierno, y es fuerza ir; pero ha de ser en vano nuestra ida! Y entrando colgaron en el tabanco el hule (*o pelota*) y la pala, y avisaron a sus hijos y les dijeron: ¡Vosotros entreteneos en tocar vuestras flautas y cantar, en pintar y hacer esculturas, cuidad de la casa y de vuestra madre! Estaba la madre *xmucane* muy llorosa por la partida de sus hijos y viéndola así le dijeron: ¡Señora, no te aflijáis que presto volveremos con vida y con salud!

Y partiéndose con esto *hunhunahpu* *ucub hunahpu* les iban guiando los mensajeros del infierno, y tomando el camino que allá va y llegando a unas escaleras muy agrias de bajar, y habiendo bajado con mucho trabajo, llegaron a una barranca muy profunda y angosta que se llamaba la *barranca fuerte*, por donde pasaba un río muy rápido y violento; y pasando de aquí con mucho riesgo pasaron después el *agua que se trueca*; llegaron a unas estacadas de puntas muy agudas, las pasaron sin lastimarse; y de allí llegaron a la orilla de un río de sangre, y sin beber en él pasaron adelante aunque iban sedientos: por lo cual no quedaron vencidos y pasando de allí llegaron a la encrucijada de un camino que se partía en cuatro (*es lo que él llama ser o no ser vencidos: es no caer en engaño, en el de los que los ponían. Y así nótese esto porque muchas veces se ha de ofrecer; y así, en cayendo en alguno de aquestos engaños, ya quedaban vencidos*). Y aquí fueron vencidos, porque no supieron ellos qué camino habían de tomar (*por este punto de haber sido estos vencidos en la encrucijada del camino: tienen hasta hoy el abuso de tener miedo allí: porque dicen que allí asiste el demonio*) y el un camino era colorado, otro negro, otro blanco y el otro amarillo; y hallándose perplejos en qué camino cogerían les habló el camino negro, y les dijo: ¡Yo soy el camino que habéis de tomar! Y siguiendo aqueste camino llegaron a los tronos de los señores del infierno, en donde fueron vencidos y ganados. Estaban todos asentados en sus bancos, y el primero que estaba asentado era una estatua

hecha de palo y pensando ellos que era alguno de los señores, le saludaron primero diciéndole: Esté en muy buena hora el señor *huncame*, esté muy bien el señor *vcub came*; pero no le respondió la estatua: y con esto se empezaron a reír los señores y a celebrar el que habían caído en el engaño y así ya los daban por vencidos de que se holgaban mucho los señores; y con esto les dijeron *huncame* y *vcub came* a *hunhunahpu* y a *vcub hunahpu*: ¡Seais muy bien venidos, para mañana prevenid la argolla y la pala y el hule (*o pelota*) para los juegos, y ahora venid y sentaos en nuestras bancas! Pero el asiento era de piedra ardiendo y asentándose se quemaron, pero no se levantaron luego sino que haciendo meneos daban vuelta luego a un lado y otro; y de verlos así y que habían caído en el engaño, se rieron mucho los señores y tanto se llegaron a reír de ver cómo se les habían quemado las asentaderas, que ya reventaban en sangre y les dolían los ijares, a los señores, de la risa.

Pasado esto les dijeron: ¡Andad a descansar a la cama que se os está prevenida, que allá os llevarán vuestro ocote para que os alumbréis!; y con esto se fueron y los llevaron a una sala muy oscura y toda llena de tinieblas muy espesas, y el ocote que allí hallaron era muy duro porque eran navajas de pedernal de una piedra muy aguda de filos que llamaban *zaquitoc* o *chay*. Y entrando en consejo los señores resolvieron el despacharlos el siguiente día por la molestia que les habían causado con su juego haciéndoles ruido e inquietándolos; y entrando *hunhunahpu* y *vcub hunahpu* en aquel aposento muy oscuro les llevaron una raja solo de ocote y dos cigarros de tabaco que les remitieron los señores con ministros, los cuales les dijeron: ¡Esto dicen los señores que os envían aqueste ocote y tabacos, que ardiendo este ocote esta noche y estos tabacos los habéis de entregar por la mañana enteros! Y aquí fueron también vencidos, porque el ocote se acabó y los cigarros que les dieron. Muchos eran los castigos que tenían los del infierno y muchas diferencias de tormentos: el primero era aquella casa oscura, donde no había más que tinieblas; el segundo era la casa donde tiritaban porque era mucho el frío que allí hacía; el tercero era la casa de los tigres porque solo había de aquestos animales y tantos que no cabían y se estrujaban unos con otros; el cuarto era la casa de los murciélagos, donde había infinitos que volaban y chillaban; el quinto era una casa de navajas de *chay* muy agudas y afiladas que rechinaban unas con otras; muchos eran los castigos del infierno; pero no entraron en ellos *hunhunahpu* y *vcub hunahpu*. Después se tratará de aquestos castigos.

Habiendo amanecido llamaron a *hunhunahpu* y a *hucub hunahpu* los señores y llegando a la presencia de ellos les dijeron *huncame* y *hucub came*: ¿Dónde está el tabaco y el ocote que os dieron anoche? A que respondieron: ¡Señor se acabó todo! Está bien, dijeron ellos; pero sabed que ya se cumplieron vuestros días y habéis de morir ahora y quedarán vuestras memorias sepultadas, y no se sabrá de vosotros. Y luego fueron despedazados y sepultados en el muladar donde arrojaban la ceniza, y cortándole antes la cabeza a *hunhunahpu* solo enterraron su cuerpo con el otro su hermano, y mandaron poner aquesta cabeza en el camino en

un horcón; pero apenas fue allí puesta cuando el árbol fructificó, que antes era infructífero, y el fruto que dio fue lo que llamamos ahora jícaras, y llenándose todo el árbol de ellas ya no se supo cuál era la cabeza de *hunhunahpu*, porque todo se confundió; de que todos se maravillaron mucho, el *huncame* y el *vcub came*, y todos los del infierno que iban a ver esta maravilla, no podían distinguir dónde estaba la cabeza. En mucha estimación tuvieron los del infierno a este árbol.¹⁾ por aquesta maravilla, y así mandaron que ninguno cogiera de aquesta fruta ni se pusiese debajo de aquel árbol; y cundiendo aquesta noticia la oyó una doncella que diremos como pasó aquesto.

CAPITULO VIII

De la doncella *xquic*; y cómo fue a ver aqueste árbol, la cual era hija de un señor llamado *cuchumaquic*

Oyendo, pues, cierta doncella llamada *xquic*,²⁾ hija del señor *Cuchumaquic*, decir a su padre cómo aquel palo seco había fructificado, y movida de la curiosidad propuso ir a ver aquel prodigio; y poniéndolo en efecto fuese al lugar a donde arrojaban la ceniza y viendo el árbol cargado de fruto dijo: ¡No me he de ir sin llevar de aqueste fruto, que no moriré por ello! Cuando estando en este pensamiento le habló la cabeza que estaba en el horcón del palo y le dijo: ¿Qué es lo que deseas porque solo es hueso de calavera esa fruta redonda que miras en las ramas de aqueste árbol?;³⁾ y díjole también: ¿Por ventura también deseas de todo tu corazón de esta fruta? ¡Sí deseo! ¡Pues extiende la mano derecha! dijo la calavera. Y extendiendo ella la mano, le vino derecho a la mano como un chisguete de saliva, y mirándose ella luego la palma de la mano, y no halló cosa alguna; y díjole la calavera: Esa saliva que te he arrojado es la señal (*o descendencia*) que de mí dejo y esta mi cabeza ya no hablará más porque solo es ya hueso descarnado. Y así mismo sucede con la cabeza de cualquier señor que mientras tiene carne está adornada y vistosa, pero en muriendo ya no es más que calavera y causa pavor, y los hijos que deja son como su saliva; y si son hijos de señor sabio y entendido no se pierde ni oscurece su sangre y sabiduría, y en ellos se conserva y se hereda su descendencia en los hijos e hijas que engendra y asimismo lo he hecho contigo. ¡Anda, súbete allá a la tierra y al mundo, que no morirás y concurrid a la palabra cuando sea hecha! Esto dijo la cabeza de *hunhunahpu* y *vcub hunahpu*; pero esto fue así dispuesto y mandado por la sabiduría de *huracán*, de *chipi caculha* y *raxa caculha*; y habiéndole dicho muchas cosas y dándole muchas instrucciones se volvió la doncella a su casa, y sintiéndose luego preñada con solo aquella saliva se le fue levantando el vientre en que había concebido⁴⁾ a dos que fueron

1) Aquí va haciendo alusión al árbol del paraíso.

2) Sangre el padre, sangre junta, sangre santa...

3) *¿Acomodo fiet istud?* Luc. 1.

4) *Verbum caro factum est.* Ioan 1.

hunahpu y *xbalanque*; y estando ya de seis meses reparó su padre *cuchumaquic* en la barriga de su hija y su preñez, y juntándose a consejo todos los señores *huncame* y *vcub came* y *cuchumaquic*, con todos los demás, dijo él: ¡Aquesta mi hija ha aparecido preñada y aquesto ha procedido o mandó, de su deshonestidad y fornicio! Y habiendo dicho esto *cuchumaquic* la mandaron comparecer en su tribunal, y viendo que era así le mandaron a su padre que la examinase, y que de no decir la verdad de quién era aquella preñez, que la obligase por fuerza; y que después la llevarían lejos y se le quitaría la vida; y examinándola su padre sobre ésto, le respondió: ¡Padre y señor mío: yo no estoy preñada ni he conocido varón! (*quoniam virum non cognosco. Luc. 1*) Pero viendo esto su padre y no consintiendo a las razones de su hija, llamó a los cuatro señores tecolotes (*de aquesta historia se origina el grande horror que tienen al pájaro que llaman tecilote: en su lengua, pich y tucar*) y les dijo: ¡Tomad aquesta mi hija que ha sido deshonesto y sacrificadla y en una jícara traé su corazón! Y tomando ellos una jícara, la cargaron entre todos cuatro, llevando una cuchilla aguda para abrirla; y díjoles ella: No me quitéis la vida, porque ciertamente yo no he sido fornicaria ni he conocido varón; ni sé cómo ha sido esto que tengo en mi vientre, porque lo que sucedió fue que yéndome yo a divertir y pasear al cenicero donde estaba puesta en el palo la cabeza de *hunhunahpu* me arrojó como un poco de saliva en la planta de mi mano, y no ha habido otra cosa. Bien quisiéramos nosotros no quitarte la vida —dijeron ellos—, pero ¿qué habemos de llevar en aquesta jícara a los señores? ¡Bien sabes que nos mandaron que te sacrificáramos y llevásemos tu corazón! ¡Está bien! —dijo ella—, pero aqueste corazón no es de ellos, y vuestra casa no será aquí sino que vuestro oficio será ser nuncios de la muerte y ser engañadores (*de aquí llaman engañadores a los tecolotes*): mío será *huncame* y *vcub came* y ellos solos serán señores de la sangre y de las calaveras; ¡este mi corazón no ha de ser quemado delante de ellos! Y dicho esto la doncella les dijo: ¡Echad en aquesta jícara lo que arrojaré aqueste árbol! (*que era un humor colorado como sangre*). Y recogiénolo en la jícara se congeló e hizo una bola que parecía corazón y luego la doncella hizo que el palo relumbrara, el cual es llamado palo de grana o de sangre por el licor que parece sangre; y díjoles a ellos: Allá en la tierra tendréis vuestra habitación, donde tendréis vuestro alimento. ¡Está bien —dijeron ellos—, vete tú allá a la tierra, que nosotros vamos a llevar aqueste humor congelado en lugar de tu corazón a los señores! (que todos estaban juntos aguardando el fin del suceso). Y viéndolos *huncame* y *vcub came*, les dijeron: ¿Ya se ejecutó la sentencia? ¡Sí señores ya se ejecutó —dijeron ellos— y aquí traemos su corazón en el asiento de aquesta jícara! ¡Veamos! dijeron *huncame* y *vcub came*. Y tomando la jícara levantaron con los tres dedos aquel cuajarón que estaba chorreando como sangre, y mandando atizar el fuego lo pusieron sobre él y yéndose secándose aquel humor se fue quemando. Fue grande la fragancia y suavidad que sintieron todos que salía de aquel humor, de que todos quedaron maravillados, y habiéndose ido los señores, los tecolotes se volvieron a la tierra dejándolos engañados a los señores.

CAPITULO IX

De la venida de la doncella *xquic* a casa de su suegra

En su casa estaba la madre de *hunbatz* y *hunchoven* cuando llegó a a ella la doncella *xquic*, a quien ya faltaba poco para parir a *hunahpu* y *xbalanque*, y llegando a su presencia le dijo: ¡Señora aquí vengo que soy tu nuera y la menor de tus hijas! ¿De dónde vienes? —le respondió ella—. ¿Por ventura viven mis hijos, no murieron allá en el infierno? ¿Los que son descendencia mía, que son *hunbatz* y *hunchoven*, no están aquí? ¿De a dónde vienes tú? ¿De a dónde sois mi nuera? ¡Esta es la verdad —replicó ella— que yo soy tu nuera, y soy de *hunhunahpu*, y esto que tengo en mi vientre es suyo; viven, no han muerto *hunhunahpu* y *vcub hunahpu*, y así los volveréis a ver en lo que yo traigo en mi vientre y lo que han hecho ha sido disposición de su sabiduría! Y oyendo esto *hunbatz* y *hunchoven* se enojaron mucho con ella y ellos solos eran el consuelo de su abuela, tañendo sus flautas, pintando y haciendo obras de talla (*desde su gentilidad hasta ahora es este uso de tratar las suegras a las nueras con grande tiranía*), y con esto muy enojada la vieja le dijo: ¡No quiero que seas mi nuera, porque lo que traes en tu vientre es procedido de tu deshonestidad, y así eres una mentirosa porque mis hijos son muertos, esto que te digo es cierto: pero está bien, sed mi nuera, y así anda, haz lo que te mando, toma aqueste matate grande y anda a la milpa y tapizca aquesta red de maíz y traela! ¡Está bien!, dijo ella. Y tomando su red se fue a la milpa y siguiendo un camino ancho llegó a la milpa que habían hecho *hunbatz* y *hunchoven* y no hallando en ella más que tal cual pie de maíz y sin mazorcas; y viendo que no había mazorcas en la milpa afligióse la doncella y decía: ¡Oh pecadora de mí! ¿a dónde he de ir por bastimentos, que no los tiene la milpa, para llevar aquesta red que me piden? Y entrando en consejo consigo misma dijo: Lo que haré será invocar y llamar en mi ayuda al que es señor y guarda del bastimento, *xtoh* y *xcanih xcacavix*, guardas de la milpa de *hunbatz* y *hunchoven*. Y haciéndolo así cogió unos cabellos de una mazorca, y quitándolos sin arrancar la mazorca, los puso dentro de la red, la cual se llenó luego al punto de mazorcas, y se hizo una gran red; y viniendo con ella se la cargaron los animales, y al llegar junto a la casa llegó, como que la cargaba, y viendo la vieja aquella gran red de bastimento le dijo: Sin duda que acabaste toda la milpa quiero ir a verla; y partiéndose la vieja halló la milpa entera y solo halló el rastro donde estuvo puesta la red: y volviéndose la vieja le dijo a la doncella: ¡Solo aquesta señal basta para conocer que eres mi nuera, y después veremos las obras de los sabios que tienes en tu vientre!

CAPITULO X

Del nacimiento de Hunahpu y xbalanque

Habiéndose cumplido los nueve meses de la preñez de la doncella *xquic* parió en el campo sin que lo viera la vieja; sin sentir dolor parió dos hijos, el uno se llamó *hunahpu* y el otro *xbalanque*; y trayéndolos a su casa no dormían de noche, sino que estaban llorando; y molestanda la vieja de su llanto los mandó echar en un hormiguero: donde durmieron y callaron y después los arrojaron en unos espinales; pero no recibieron lesión. De esto gustaban *hunbatz* y *hunchoven* porque los aborrecían, y querían que de aqueste modo muriesen; pero ellos criándose de aqueste modo en el monte, salieron grandes tocadores de flauta y buenos cantores; y viéndose con aquestos trabajos salieron muy sabios y entendidos. Y sabiendo ellos su nacimiento y hijos de quienes eran, no quisieron manifestar su sabiduría ni lo que sabían de pintura y talla por la envidia que les tenía *hunbatz* y *hunchoven*, los cuales eran tenidos por muy sabios, y aborrecíanlos no por alguna mala obra que les hubiesen hecho, sino solo por la malignidad de sus corazones; pero ellos callaban guardando la venganza para su tiempo, y entreteniéndose en tirar con cerbatana gastaban en ésto todo el día porque ni su abuela los podía arrostrar; y así no les daba de comer juntamente a ellos con el *hunbatz* y *hunchoven*, sino que habiendo ellos comido les daba de las sobras que habían quedado, y sufriendo y tolerando todo esto no se daban por entendidos y trayendo todos los días pájaros de los que cazaban se los comían el *hunbatz* y *hunchoven* sin darles cosa alguna a *hunahpu* y *xbalanque*. Entreteniéndose solos el *hunbatz* y *hunchoven* aconteció cierto día que vinieron los dos muchachos sin traer cosa alguna de caza por lo que los riñó la abuela, diciendo: ¿Qué es ésto, cómo no traes pájaros? Aquellos respondieron: Muchos hemos muerto; pero se nos han quedado sobre los árboles, y como somos pequeños no los podemos bajar; vayan nuestros hermanos con nosotros y los bajarán. ¡Está bien —dijeron el *hunbatz* y *hunchoven*—, por la mañana iremos con vosotros! Y de este modo fueron vencidos los dos por *hunahpu* y *xbalanque*.

Y habiendo consultado entre sí los dos del modo que se habían de vengar de sus dos hermanos, dijeron: No los hemos de matar, sino que los hemos de convertir en otra cosa, porque nos han hecho muchos males y han procurado nuestra muerte y solo nos tienen por muchachos en su inteligencia sin saber lo que nosotros somos, y así los hemos de castigar por el mal trato que nos han dado transformándolos en otra cosa, dejándolos solo en una señal de lo que fueron. Otro día de mañana salieron los dos muchachos con el *hunbatz* y *hunchoven* y llegándose debajo de un árbol grande llamado canté empezaron a tirar a una gran multitud de pájaros que había allí gritando; pero aunque los mataban no caían, sino que todos se quedaban sobre las ramas y dijéronles: ¡Subid arriba y bajad aquellos pájaros! Y habiendo subido *hunbatz* y *hunchoven*, se engruesó el tronco del árbol de tal manera que ya no pudieron bajar aunque

quisieron y viéndose ellos de aqueste modo clamaron de lo alto: ¿Qué es esto que nos sucede hermanos? ¡pobres de nosotros!, ¿cómo hemos de bajar ahora? ¡Eso es fácil —dijeron los muchachos—, tomad los ceñidores y atándoos con ellos por la barriga, dejadlo ir por entre piernas que salga atrás y de ese modo os iréis descolgando de las ramas al suelo! ¡Está bien! —dijeron ellos. Y ejecutándolo así luego que sacaron las puntas de los ceñidores por entre las piernas por atrás, se les convirtieron en colas y se transformaron en monos y se fueron saltando por las ramas de los árboles, y saltando por los montes se columpiaban por las ramas dando voces y gritos. De aqueste modo fueron vencidos los dos *hunbatz* y *hunchoven* por *hunahpu* y *xbalanque*. Y partiéndose luego a su casa le dijeron a su abuela muy asustados: ¡Ah!, señora, ¿qué será lo que les ha sucedido a nuestros hermanos que habiendo mudado sus caras se han vuelto brutos animales? Mas qué ¿les habéis hecho algún mal a vuestros hermanos? —dijo la vieja—. ¡No hagáis eso con ellos! ¡No te aflijas señora —dijeron ellos— que volverás a ver sus caras, probaremos a traerlos, pero importa para el caso que de ningún modo te rías cuando los veas! Y saliendo todos a fuera al monte empezaron a tocar sus flautas y a cantar, y tocando sus atambores sentaron a la vieja junto a sí, y llamaron aqueste canto "*Hunahpu Coy*".

Tocaban y cantaban y de este modo llamaban a *hunbatz* y *hunchoven*, los cuales vinieron bailando al son de los instrumentos y haciendo muchos visajes y monerías; y de ver sus malas caras, se rió la vieja sin poder contener la risa, de lo cual ellos corridos, se ahuyentaron en un instante y se fueron por aquellos montes. ¿Qué es lo que has hecho, señora, no te dijimos que no te rieras? ¡Veis aquí que corridos y afrentados se han ahuyentado; pero no te dé cuidado, que probaremos otras dos o tres veces atraerlos con el canto! Y prosiguiendo con el canto y con la flauta volvieron haciendo mil monerías y visajes y de ver la vieja sus ceremonias y lo cenceño de sus barrigas y sus colas, le provocó a risa a la vieja, con que ellos corridos se volvieron otra vez al monte. ¿Qué hacéis, señora, no te hemos dicho que no te rías? ¡Probaremos otras veces, pero mira que no te rías! Hicieron otra vez llamada con sus flautas y tambores a los micos; y aunque venían, como la vieja no se podía contener en su risa, se volvían, hasta que por último no volvieron más; y viendo a su abuela afligida le dijeron: ¡No te dé cuidado, señora, que aquí estamos nosotros en lugar de nuestros hermanos, que te cuidaremos a vos y a vuestra madre! Y a aquestos invocan y llaman en su ayuda desde la antigüedad los flauteros, cantores y pintores y entalladores, los cuales fueron transformados en micos por haberse ensoberbecido, y maltratado a sus hermanos *hunahpu* y *xbalanque*. Y quedándose los dos muchachos con su abuela y con su madre hicieron muchos prodigios y maravillas.

Y queriendo darse a conocer a su madre y a su abuela lo primero que trataron fue el hacer su milpa, y así les dijeron: No tengáis pena que aquí estamos nosotros en lugar de nuestros hermanos, nosotros haremos milpa para que podáis pasar. Y tomando sus hachas y azadones fueron el *hunahpu* y *xbalanque* a la montaña y saliendo de su casa le

dijeron a su abuela: Señora a la hora del medio día llevadnos nuestra comida. Está bien —dijo ella—, allá la llevaré. Y llegando al paraje donde se había de hacer la milpa dieron un golpe con la hacha en un árbol con que se vino arrasando toda la montaña y cayendo todos los árboles, y dando un golpe con el azadón en la tierra toda se labraba y cultivaba, siendo cosa de maravilla lo que caía de la montaña a solo un golpe de hacha y lo que se labraba de tierra a solo un golpe de azadón; y llamando ellos entonces a un pájaro que le llamaban *xmucur* (*esta es la tórtola*) le pusieron en lo alto de un tronco y le dijeron el *hunahpu* y *xbalanque*: Cuando venga nuestra abuela que ha de venir a traernos de comer, canta luego que la veas, y así nos avisarás de su venida para que nosotros tomemos el azadón y la hacha. Está muy bien, dijo él. Y con esto, solo se entretenían en tirar con sus cerbatanas y luego que la tórtola descubrió a la abuela que venía con la comida: atándose las cabezas con sus paños, untándose el uno tierra en las manos, como que trabajaba, tomó el azadón, y el otro desparramando astillas en la cabeza tomó la hacha como que hachaba. Llegó la abuela, comieron, como que habían trabajado, pero en realidad nada habían hecho; y acabado de comer dijeron a su abuela: ¡Mucho hemos trabajado y estamos cansados y así vamos a casa! Y vueltos a ella ponderaban su trabajo y volviendo al otro día a su milpa hallaron que todos los árboles se habían vuelto a parar y a revivir, y toda la tierra estaba como antes; y enfadados ellos del suceso dijeron: ¿Quién nos habrá hecho aqueste daño? Sin duda todos los animales del monte han hecho esto, el tigre, el venado, el conejo, el gato de monte, el lobo, el puerco, el pizote y los pájaros chicos y grandes. Y volviendo a tratar de hacer su milpa clavaron otra vez la hacha y se labró toda la montaña, y clavando el azadón se cultivó toda la tierra como antes; y viendo lo que sucedía discurrieron lo que habían de hacer y dijeron: ¡Vellaremos esta noche nuestra roza, quizás podremos coger al que nos hace aqueste daño! Y volviéndose a su casa, le dijeron a su abuela: ¡Señora, no sabes lo que nos pasa, que la roza que ayer hicimos la hallamos de montes hecha otra vez monte y pajonal; y así tratamos de ponernos en vela porque no es bueno esto que con nosotros se hace! Y armándose se fueron a la roza y ocultándose se pusieron en asechanza y juntándose todos los animales a media noche vinieron todos y hablando decían: Levantaos palos, levantaos zacates; y moviéndose debajo de los árboles y mecates se fueron acercando, y llegando delante de ellos un león y un tigre no se dejaron coger; y llegándose a un venado y un conejo y viniendo pareados los quisieron coger y asíéndolos de las colas se les quedaron en las manos y así son pequeñas sus colas; y llegando a un gato montés y un lobo no los pudieron coger, ni tampoco pudieron coger al gato de monte y al pizote sino que se pasaron adelante no haciendo caso de *hunahpu* y *xbalanque*; y estando ellos muy coléricos porque no habían podido coger los animales venía uno a la postre saltando y brincando y cogiéndolo en la red hallaron que era un ratón y apretándole el pescuezo lo querían ahogar, y poniéndolo al fuego le chamuscaron la cola: y esa es la causa de no tener pelo en la cola y tener los ojos saltados, porque lo quisieron ahogar los dos muchachos *hunahpu* y *xbalanque*. Dijoles

entonces el ratón: ¡No me matéis, porque habéis de saber que no es este vuestro oficio el hacer milpa! ¿Qué dices? —le dijeron ellos—. ¡Dejadme un poco, porque tengo mucho que deciros, dadme algo que comer que después os lo diré! ¡Después te daremos tu comida, decid ahora lo que tienes que decir! ¡Pues habéis de saber —dijo el ratón—, que los bienes de vuestros padres que fueron *hunhunuhpu*¹⁾ y *veub hunahpu* están guardados en el tabanco de vuestra casa, que son el bate, la pala y pelota con que ellos jugaban; y no os los quiere dar vuestra abuela porque por estos murieron vuestros padres en el infierno! Aquí dijeron los muchachos: ¿Es cierto eso que dices? ¿Sábeslo tú ciertamente? Y diciendo el ratón que así era como lo decía, se alegraron mucho los muchachos con esta noticia, y le dijeron al ratón: ¡Pues la comida que te señalamos es el maíz, las pepitas del chile, los frijoles, el pataste, todo el cacao es vuestro, y si alguna cosa está guardada también es vuestra, tómalala; y así manifiesta dónde está la pala y la pelota! ¡Y si me ve vuestra abuela —dijo el ratón—, ¿qué hemos de hacer? No te aflijas —dijeron ellos al ratón— que nosotros daremos modo como no te vean: luego que allá lleguemos te pondremos en la esquina de la casa y pediremos nuestra comida y allí dispondremos lo que se ha de hacer. Y consultando a la noche vinieron a su casa al medio día, y llegando entró uno derecho y entró dentro y pidiendo su comida; el otro que traía el ratón oculto lo dejó en la esquina de la casa y pidiendo con instancia su comida se les dispuso luego y se les puso delante sus tortillas y chilmol; pero todo esto no era por gana que tuvieran de comer, sino por engañar a su madre y a su abuela, y agotando toda el agua que estaba en la tinaja dijeron: ¡Mucha sed tenemos, andad señora —dijeron a su abuela— traed agua! Y tomando la vieja la tinaja se fue por agua al arroyo; y entonces en su chilmol vieron al ratón que estaba escondido en el chile que estaba en el tabanco sobre la casa. Despacharon luego a un animalejo llamado *xam*, que es como un mosquito, que le horadó la tinaja a la vieja, con que salía el agua; y probando ella a tapar el hoyo no podía, y en esto se dilató mucho la vieja. ¿Qué hará nuestra abuela —dijeron ellos a su madre— que nos estamos muriendo de sed?; andad señora —la dijeron a su madre— y haced que se de prisa con el agua. Y saliendo ella, quedaron solos y cortando el ratón entonces el cordel en que estaba colgado el hule, la pala y el bate cayó todo en el suelo y tomándolo ellos todo, lo escondieron en el camino que iba a la plazuela a donde jugaban sus padres a la pelota, y yendo donde estaba su abuela y su madre las hallaron batallando por cerrar el hoyo a la tinaja y no podían: ¿Qué hacéis —dijeron ellos— que os habéis tardado tanto que ya cansados de esperar nos veníamos acá? ¡Qué ha de ser! ¿No véis la tinaja horadada que no se puede tapar? Y tomándola ellos la taparon luego, y se volvieron todos juntos a su casa.

1) *Hunahpu*, en ms. original.

CAPITULO XI

De cómo fueron a jugar a la pelota y de su bajada al infierno

Muy alegres y contentos los dos muchachos, *hunahpu* y *xbalanque*, del hallazgo del bate, pala y pelota, y limpiando el patio donde sus señores padres jugaban, que estaba todo lleno de monte, de no servir, se pusieron a jugar a la pelota, y oyendo los señores del infierno el ruido y las carreras, dijeron: ¿Quiénes serán estos que otra vez nos alborotan haciéndonos ruido, quiénes serán estos que no teniéndonos respeto se ponen a jugar sobre nuestras cabezas? ¿Por ventura no murieron aquellos *hunnunahpu*¹⁾ y *vcub hunahpu* por que se quisieron engrandecer en nuestra presencia? Vayan luego y llámenlos acá —dijeron los señores *huncame* y *vcub came* con todos los demás señores del infierno—, y llamando a los mensajeros, los tecolotes, les dijeron: ¡Andad y llamad a aquellos que están jugando a la pelota; decidles que de aquí a siete días estén aquí que queremos jugar con ellos! Y viniendo luego, ellos tomaron el camino ancho que iba derecho a casa de los muchachos y llegando a la presencia de la vieja le dijeron: ¡Los señores del infierno mandan que vayan allá los muchachos a jugar a la pelota, y que dentro de siete días estén allá! A lo que respondió la vieja: que estaba bien, que allá irían; con lo que se volvieron los mensajeros del infierno. Y entrándose la vieja en la casa muy llorosa decía: ¿Con quién los enviaré a llamar para darles el recado de los señores del infierno? ¡De aqueste mismo modo los enviaron a llamar a sus padres cuando allá fueron, y los mataron y esto mismo querrán hacer con mis nietos! Esto decía la vieja *xmucane* llorando, cuando bajó un piojo de la cabeza y tomándolo, y poniéndolo en la planta de la mano se meneaba y andaba. Díjole la vieja *xmucane*: Nieto mío, ¿te atreverás a ir a llamarme a mis nietos que están jugando allá en la plazuela? ¡Andá y diles cómo han venido a llamarlos los mensajeros de los señores del infierno: y que dentro de siete días los aguardan allá! Y obedeciendo el piojo, tomó su camino, meneándose, y yendo su camino encontró sentado en el camino a un muchacho llamado *tamazul* el cual era sapo y le dijo: ¿Dónde vas? A lo que respondió el piojo: Llevo un recado a los muchachos que están jugando a la pelota en la plazuela. Y díjole el sapo: ¡Veo que vas cansado y que no puedes correr, si quieres que te trague os llevaré corriendo, ¡mira cómo corro yo! ¡Está bien! —dijo el piojo—. Y tragándose el sapo al piojo iba corriendo su camino y yendo ya cansado de caminar se encontró con una culebra que se llamaba *zaquicuz*, y díjole la culebra: ¿Dónde vas *tamazul*? A lo que respondió el sapo: ¡Voy a un recado y lo llevo dentro de mi vientre! Veo que vas cansado —dijo la culebra—, y que no puedes caminar; ven acá, te tragaré y con eso llegarás presto. Esto dijo la culebra, y tragó al sapo: y desde entonces la culebra tomó aquesto por comida y su sustento; y tragándose la culebra al sapo iba corriendo su camino, y encontrando a la culebra cansada un pájaro llamado *vac* la tomó y se la tragó

1) *Hunahpu*, en ms. original.

y llegó con brevedad a donde estaban los muchachos; y entonces este pájaro *vac* tomó por su alimento las culebras que andan en el campo, y llegando el *vac* al cementerio (o patio) se paró en una de sus almenas. Estaban ellos actualmente jugando y peloteándose cuando cantó el pájaro y dijo: *vac co vac co: aquí está el vac, aquí está el vac*, con que alborotándose ellos dijeron: ¿Qué canto es aqueste? Y tomando la cerbatana le tiraron un bodocazo y le dieron en un ojo, con que cayó en el suelo y cogiéndolo ellos le dijeron: ¿Qué es lo que aquí buscáis, qué queréis? ¿Qué he de querer? —dijo el *vac*—, un mensaje que te traigo dentro de mi vientre; curadme aqueste ojo que me habéis reventado y luego os daré el mensaje! Y tomando ellos un poco de hule le pusieron en el ojo y así se llamó *lotz quic*, esto es *pansado de hule*, con que quedó bueno del ojo y miró bien después. ¡Ea, dí lo que quieres! —dijeron ellos—, y luego vomitó a la culebra, y le dijeron a la culebra: ¡Dí luego el mensaje que traes! Y ella vomitó luego al sapo, y dijeron al sapo: ¡Dí luego tu mensaje! Y dijo: ¡Aquí en mi estómago traigo el mensaje! Y queriendo vomitar el sapo daba arcadas y no podía echar al piojo, con que se le puso la boca llena de babas; hacía diligencia por echarlo y no podía, de que indignados los muchachos lo quisieron aporrear y le decían: ¡Sois un mentiroso hablador y no quieres sino engañarnos! Y dándole un puntapié en las nalgas, probaba él otra vez a vomitar el piojo y no podía; y abriéndole los muchachos la boca se la rasgaron, y hallando pegado el piojo en los dientes del sapo se lo sacaron: y así fue despreciado el sapo y quedó caído de nalgas y la boca rasgada, y se quedó sin señalada comida, haciendo que babeen no harán más que echar ¹⁾ babas ni corre, sino que quedó hecho sustento de las culebras. Y le dijeron al piojo: ¡Ea, decid tu mensaje! ¡Dice vuestra abuela —dijo él—, aquí han venido los mensajeros de *huncame* y *vcub came*, señores del infierno, que dicen que vayáis allá a jugar a la pelota y a divertirlos; y que dentro de siete días habéis de estar allá y que llevéis todos los instrumentos: la pala y la pelota, el bate y el cuero, y así vine a llamaros! Sí, será así —dijeron ellos—, pero vamos a casa y avisaremos a nuestra abuela.

Llegados a su casa le dijeron a su abuela: Señora, nosotros vamos al llamado de los señores del infierno, no recibáis pena por nuestra ida, que aquí os dejamos señal: aquestas dos cañas sembramos, cada uno la suya, si aquestas cañas se secaren, es señal que somos muertos; pero si retoñan es señal que estamos vivos. Partiéronse con esto dejando sembradas las cañas en tierra seca delante de su misma casa, y llevando consigo sus cerbatanas, y tomando el camino del infierno, bajaron con brevedad aquellas gradas empinadas y llegando al río que estaba en la barranca lo pasaron sin peligro dejando los muchos pájaros que allí había. Llamábanse aquestos pájaros *molay*; y pasaron los dos ríos, uno de materia y otro de sangre. Estos ríos eran para que en ellos fueren vencidos el *hunahpu* y *xbalanque*, pero ellos los pasaron sin poner en ellos los pies, sino que atravesando las cerbatanas pasaron sobre ellas. De allí llegaron a una encrucijada de cuatro caminos, el uno era negro, otro

1) *más que*, repetido en ms. original.

blanco, otro colorado y otro verde; pero ellos sabían muy bien el camino que habían de tomar y así no dudaron: desde allí despacharon a un mosquito llamado *xam* y le dijeron: ¡Anda, ve y muerde a todos los señores que están sentados, desde el primero a el último y aquesa será tu comida, la sangre de los que picares en el camino! ¡Está bien! —dijo el mosquito—. Y tomando el camino negro del infierno fue derecho a donde estaban los señores y llegando al primero que allí estaba le picó, y no sintió, que era una estatua hecha de trapos, y pasando al segundo le picó, mas no se quejó porque era lo mismo; y llegando al tercero se quejó. Y díjole a el cuarto que se seguía: ¿Qué te ha picado *huncame*? ¡No sé qué es esto que me ha picado —dijo él—. Y pasando al cuarto le picó y dijo el quinto: ¿Qué te ha picado *vcub came*? ¡No sé qué es esto que me ha picado! Y pasando al quinto lo picó y dando un grito *xiquiripat* le dijo al sexto: ¿Qué te ha picado *cuchumaquic*? —le dijo el otro—. Y pasando al séptimo lo picó y gritando le dijo al que se seguía: ¿Qué te ha picado *ahalpuh*? Y pasando al octavo lo picó y diciendo: ¡Ay! al que se seguía: ¿Qué te ha picado *halhalcana*? Y pasando al nono lo picó y le dijo gritando al otro: ¿Qué te ha picado *chamiabac*? Y pasando al décimo lo picó y gritando le dijo al que se seguía: ¿Qué te ha picado *chamiaholom*? Y picando dijo: ¡Ay! ¿Qué te ha picado *patán*? —le dijo el que se seguía—. Y picando a este, dijo el que se seguía: ¿Qué te picó *quierixixcac*?; y de aqueste modo manifestaron ellos sus nombres y tomándolos de memoria hasta el nombre de otro que estaba asentado aparte en un banco llamado *holoman*, vino el mosquito y le refirió a *hunahpu* y *xbalanque* los nombres de todos; aunque en realidad de verdad aquel no era mosquito sino un pelo de la cara de *hunahpu* que lo hizo como mosquito para que fuese a traer razón de los nombres de los señores.

Habiendo llegado *hunahpu* y *xbalanque* al infierno fueron luego a ver a los señores. Estaban todos asentados por su orden y les dijeron *huncame* y *vcub came*: ¡Saludad a esos señores que están primero! ¡No son señores estos —dijeron *hunahpu* y *xbalanque*—, sino estatuas hechas de madera y trapos, sino a ustedes *huncame* y *vcub came*, *xiquiripat*, *cuchumaquic*, *ahalpuh*, *achalcana*, *chamiabac*, *chamiaholom*, *xicpatam*, *quierixixcac*. Esto dijeron ellos saludándolos a todos y nombrándolos por sus nombres sin olvidar alguno. Nada gustaron de esto los señores, porque lo que querían era ocultarse y que no acertasen con sus nombres. ¡Ea, venid acá —les dijeron los señores— y sentaos aquí con nosotros en aqueste asiento! ¡Eso no —dijeron ellos—, que aqese asiento es piedra que está quemando y así no nos asentamos en ella! Con que no pudieron ser engañados. ¡Ea, pues! —dijeron los señores—, vayan a descansar a la posada y fueron llevados a un cuarto muy oscuro, donde les llevaron dos ocotes y dos cigarros y les dijeron los mensajeros: Esto os envían los señores *huncame* y *vcub came*, uno para cada uno, y que ardiendo toda la noche los habéis de voiver enteros por la mañana. ¡Está bien! —dijeron ellos—; y tomando dos plumas de la cola de la guacamaya las pusieron con el ocote, que parece que ardía y en las puntas de los cigarros les pusieron dos animalitos de los que llaman luciérnagas, y así estuvieron como que ardían los cigarros y el ocote; y estando toda la noche en

vela los guardas entendían que estaba ardiendo el ocote y los cigarros, y los daban por vencidos; pero venida la mañana fueron a llevar a los señores el ocote entero y los cigarros, de lo cual admirados ellos decían: ¿Qué es esto? ¡Muy diferentes son las cosas de estos de los que aquí estuvieron! Y llamándolos los señores para que jugaran a la pelota les preguntaron diciendo: Mancebos, ¿de dónde habéis venido? ¿De dónde sois? Mas ellos no dijeron quiénes eran. Y tratando del juego de la pelota, dijeron los señores: ¡Vamos jugando y sea la pelota que se juegue aquesta nuestra de fuego! ¡Esc no! —dijeron los mancebos, ¡esta nuestra de hule es la que hemos de jugar! ¡No ha de ser ésa sino ésta —dijeron los señores del infierno—, sino aqueste nuestro animalillo o gusanillo llamado *chil*! ¡No ha de ser —dijo *hunahpu*— sino la nuestra! Por último dijeron ellos: ¡Que sea aquesta cabeza de león la pelota! ¡Sea! —dijeron los muchachos—; y arrojándola fue derecho al bate y pala de *hunahpu* y rebatiéndola fuertemente la hizo ir saltando por el suelo. Y dijeron *xbalanque* y *hunahpu*: ¡Parece que solo nos han llamado para burlarse de nosotros y quitarnos la vida! ¿Por ventura no fueron vuestros mensajeros a llamarnos, pues?, ¿cómo se hace esto con nosotros? Pues si así es que nos queréis burlar, nos volveremos otra vez a nuestras casas. Y sin duda esto es lo que intentaban los señores del infierno: el quitarles la vida; y sosegándose un poco dijeron los señores del infierno: ¡Ea, pues, no se juegue nuestra pelota sino la vuestra de hule! Y luego breve se acabó el juego; y entrando ellos en consulta dijeron: ¡Qué modo tendremos para vencerlos! Y habiéndolo consultado, llamaron a los mancebos, y dijeron: ¡Tomen aquestas cuatro jícaras y mañana tráiganlas llenas de flores! ¿Y qué flores queréis que os traigamos? —dijeron los mancebos—. ¡Las flores que queremos son *cacamachit*, *raqüimuchit*, *canamuchit* y *uticab*, y también *carinimac*! Y con esto los llevaron a meter a una casa donde solo había navajas de *chay*. Había infinitas navajas en aquella casa con que quedaron contentos los señores cuando los pusieron en aquella casa teniéndolos ya por muertos y vencidos. ¿A dónde han de ir a sacar flores ahora que quedan encerrados en aquesta casa?; ¡y así sin duda han de quedar vencidos! ¡Está bien —dijeron ellos—, a la mañana entregaremos las cuatro jícaras de flores! Y, entrando en la casa de las navajas que era el segundo castigo de los del infierno, era su intención de los señores que allí fuesen despachados entre las navajas de *chay*, y entrando allí les mandaron a los chaves y navajas y les dijeron: ¡No os mováis contra nosotros, sino que os señalamos para que las hiráis a todas las carnes del mundo! Y entonces se estuvieron quedos sin menearse, porque antes estaban rechinando. Y llamando ellos a todas las hormigas y zompopos: *Hormigas de navajas*, *hormigas del muslo* venid todas; y habiendo venido les dijeron: ¡Andad todas a la huerta de los señores y traed todas la flores que hay en ellas! Y obedecieron ellas y fueron a la huerta de *huncame* y *vcub came*, y se trajeron todas las flores. Habían antes avisado los señores al que guardaba las flores que velase no le hurtasen las flores: porque en que cayesen en falta los mancebos consistía el ganarlos; y estando ellos en vela gritaba uno de los guardas en las ramas de los árboles: *Parpuac*, *parpuac*; y así se llamó

aqueste pájaro parpuac; otro decía *pauhuy*, *pauhuy*; y así se llamó aqueste otro guardián de la huerta de *huncame* y *ucub came*. Y viniendo las hormigas con sus dientes fueron cortando todas las flores y llevándolas a *hunahpu* y *xbalanque*, y ellos divertidos en gritar no repararon en que también les fueron royendo las colas y las alas; y cuando amaneció tenían ya llenas y colmadas de flores las jícaras. Y viniendo los mensajeros del infierno les dijeron a los mozos: ¡Los señores mandan que llevéis luego las flores! Y llegando ellos ante los señores ofrecieron las cuatro jícaras de flores, y tomándolas ellos las olieron admirándose de su fragancia; con que quedaron muy confusos y vencidos los señores del infierno y empezaron a preguntarse: ¿Dónde irían a cortar aquestas flores? ¿Si serán de nuestra huerta? Y llamando a los guardianes les dijeron: ¡Aquestas flores sin duda son de nuestra huerta, y vosotros descuidados las habéis dejado hurtar! A que dijeron: ¡No sabemos cómo haya sido, antes mirad cómo también a nosotros nos han comido las colas y las alas! Y los señores les rasgaron las bocas en pena de haber dejado hurtar las flores. Con que de aqueste modo quedaron vencidos *huncame* y *ucub came* por *hunahpu* y *xbalanque*; y echando luego la pelota empezaron a jugar, y habiendo jugado un poco se citaron para otro día para proseguir el juego; y aquella noche los metieron en la casa del frío. Era intolerable el frío que había en aquella casa, pero no murieron los muchachos con aquel frío, sino que amanecieron buenos y sanos, agotando ellos mismos aquel frío. Vinieron por la mañana los guardas a ver si ya habían muerto; y sabido por los guardas que no, se desesperaban los señores que los deseaban ver muertos, y se maravillaban cada día más de los prodigios de *hunahpu* y *xbalanque*. Otra noche los metieron a un aposento donde había infinidad de tigres, y mandándoles les dijeron: ¡No nos mordáis, vuestra comida serán los huesos! Y arrojándoles algunos huesos a los tigres los empezaron a quebrantar y a moler; y oyendo cómo quebraban los huesos decían los guardas: ¡Ya se los están comiendo!, con lo cual estaban ellos muy alegres. Pero a otro día los hallaron muy buenos y sanos, sin haberles hecho mal alguno los tigres, de lo cual admirados los señores del infierno les decían: ¿De dónde sois? ¿De dónde habéis venido? A otra noche los metieron en una casa de fuego; pero tampoco les hizo daño el fuego, sino que salieron ellos muy hermosos por la mañana, con que saliendo ellos vencedores del fuego se desesperaban los señores. A otra noche los metieron en la casa de los murciélagos, donde había infinidad de ellos y entrando allí dentro se metieron a dormir dentro de sus cerbatanas, y aunque ellos andaban revoleando, no pudieron morderlos ni picarlos, cuando sobreviniendo un gran murciélago de lo alto y entrando en consejo de lo que harían, se determinó que todos se sosesasen y se pusieron todos juntos pegados a la boca de la cerbatana; y viendo aqueste sosiego dijo *xbalanque* a *hunahpu*: ¡Ya parece que ha amanecido! Y sacando la cabeza para certificarlo, le cortó la cabeza uno llamado *camalot* al *hunahpu*, quedando solo el cuerpo. ¿Ya amaneció? —le preguntó *xbalanque*—. Y viendo que no respondía, dijo *xbalanque*: ¿Qué es esto, ya te fuiste *hunahpu*? Y reparando que ya estaba sin movimiento, empezó *xbalanque* a lamentarse, diciendo: ¿Qué es esto que me

sucede? ¡pobre de mí! Y fueron luego los murciélagos a poner la cabeza en el atrio adonde se jugaba a la pelota. Grande fue el contento y alegría que tuvieron los señores del infierno de la cabeza de *hunahpu*. Y llamando luego *xbalanque* a todos los animales, al pizote, al puerco, a todos, chicos y grandes, a todos los señaló a cada uno su género de comida; todos se fueron a tomar posesión de su comida, unos tomaron la podredumbre, otros piedras, otros yerbas, otros tierras y otros otras cosas diferentes. A lo último vino una tortuga, dando vueltas a un lado y otro para andar, y tomando la tortuga se labró de ella la cabeza de *hunahpu* y salió muy perfecta haciéndole boca y ojos. Esto fue hecho con mucha sabiduría porque lo dispuso el *corazón del cielo* con muchos sabios que de allí vinieron; y habló la cabeza, y estando todo acabado se la pusieron a *hunahpu*, y viendo que ya aclaraba se le fue mandado al zopilote que oscureciese la mañana, y él lo hizo, y aunque por cuatro veces amaneció cuatro veces oscureció el zopilote; y así está puesto por señal cuando amanece; y después se avisaron entre sí: No tiren la pelota sino que solamente hagan amago de arrojar la pelota, y yo la compondré —dijo *xbalanque*—, y llamando a un conejo, dijo: ¡Anda, ve al atrio, y escóndete en el tomatal que allí está y cuando el hule de la pelota salte para allá salta corriendo! Y cuando amaneció estaban ya ambos buenos y puesta ya la cabeza de *hunahpu* en el atrio fueron los señores a celebrar el vencimiento, y se pusieron a jugar a la pelota y se encogía con la cabeza posita sin sentir dolor y de aquí es dicho *cabeza nueva*, y arrojando el hule los señores del infierno le salió al encuentro *xbalanque*, y rebatiéndolo fuertemente con el bate los hizo propasar por cima del patio, y fue a caer junto al tomatal donde estaba escondido el conejo y saliendo como espantado, todos los señores salieron en su seguimiento por cogerlo, con que quedó solo todo el atrio, y llegado *xbalanque* tomó la cabeza de *hunahpu* y se la puso; y tomando la cabeza de la tortuga la puso en su lugar en el atrio; con lo cual quedaron muy alegres los dos hermanos, y fueron a buscar la pelota de hule. Y volviendo los señores del infierno fueron a buscar el hule al tomatal y no hallándolo les dijeron: ¿A dónde está la pelota? A que respondieron: ¡El hule es nuestro que nosotros lo hallamos! (*de aquí tienen la costumbre que todo lo que se hallan, lo guardan como que es suyo; sin hacer diligencia de su dueño*), y tomando la pelota los dos se pusieron a jugar y tirando la pelota *xbalanque* dio en la tortuga y toda se desbarató en pequeños pedazos y dijeron ellos: ¡Quién ha de coger ahora aquesa cabeza! Y estaban admirados de ver el prodigio que sucedía, pero aunque pasaron muchos más trabajos de los que pasaron, no morían porque eran inmortales.

CAPITULO XII

Del modo que murieron hunahpu y xbalanque

Habiendo pasado *hunahpu* y *xbalanque* por todos estos castigos que les hicieron, en ninguno de ellos murieron; ni tampoco habiendo estado entre tantos animales feroces y bravos; ni por eso pudieron ser vencidos. Y viendo esto los señores del infierno enviaron dos adivinos como explo-

radores para ver y considerar de qué modo los pudiesen vencer y matar. Llamábanse estos *xlupacam*; y dijéronle ellos: Los señores del infierno que se hallan juntos en su consejo, consideren de qué modo podamos ser muertos, pues sepan que todas sus fuerzas no pueden prevalecer contra nosotros, ni sus castigos, ni todos los animales bravos no tienen que ver con nosotros; y solo puede ser instrumento de nuestra muerte, una piedra ardiendo; pero en realidad no moriremos. Y esto que decimos es lo que habéis de responder si os preguntan acerca de nuestra muerte. Si dijeren: ¿No será bueno que sean despedazados y sus huesos echados en un hoyo? Decid que no. ¿Porque resucitaremos otra vez! Y si dijeren: ¿No será bueno que los ahorquemos? Decid que no, porque hemos de volver a sus presencias. Y si dijeren: ¿No será bueno que sus huesos los echemos en un río? ¿Decid que no se podrá hacer; y que nuestros huesos sean molidos así como se muele el maíz en la piedra, y que luego echen estos huesos y carne molida en las corrientes del río para que se desparramen por todos los cerros y barrancos; y tened cuidado de decir esto que os habemos dicho! Y habiendo sabido esto por los adivinos, los señores del infierno hicieron una grande hoguera en un hoyo donde se juntó mucho rescoldo y luego despacharon los señores a sus mensajeros, los cuales llegados donde estaban *hunahpu* y *xbalanque*, les dijeron: ¿Los señores dicen vayáis a ver cómo se curan los señores! ¿Está bien! —dijeron ellos—; y partiéndose luego con los mensajeros llegaron a la boca de la hoguera, y allí se estaban entreteniendo jugando de manos los señores; y entrando ellos en el fuego los quisieron arrojar dentro y dijeron *huncame* y *vcub came*: ¿Haced lo que nosotros hacemos, que cada uno ha de volar cuatro veces sobre aquesta hoguera! A que le dijeron el *hunahpu* y *xbalanque*: ¿Para qué son esos engaños, si sabemos ciertamente lo que solicitáis es nuestra muerte? ¿Y para que veáis que no la rehusamos atended! Y poniéndose los dos uno enfrente del otro destendiendo los brazos como al modo de crucificados, extendidos en esta forma, se dejaron ir ellos sobre el fuego boca abajo y así murieron ambos a dos, de lo cual quedaron muy alegres los señores y dando muchas voces y silbidos celebraron la muerte diciendo: ¿Ya murieron, ya fueron vencidos, ya fueron ganados! Y luego llamaron ¹⁾ al *xlupacam*, a quien habían dejado avisado; y dijo ¿que sus huesos los molieran, y hechos polvos los arrojaran a las corrientes del río! Pero no se los llevó el agua, sino que yéndose a fondo se convirtieron en dos hermosos mancebos los cuales se manifestaron otra vez, porque el quinto día vieron los del infierno a dos sobre las aguas que eran como hombres y pescados, y buscándolos por el río no los pudieron hallar; hasta que ellos salieron en el traje de pobres, sucios y harapientos, y hacían sus juegos y bailes y lo que bailaban era el baile del *pahuí*, de la *comadreja* y del *armado*, del *tzul* y de *chitic*. (De estas noticias conservan en los bailes ridículos: bailar como pobres con aquellos animales en la mano). Después de aquesto obraron muchos prodigios porque quemaban una cosa, como si ciertamente la quemaran, y luego la veían buena y sana; también se mataba el uno al otro y lo

1) *lloraron*, en ms. original.

descuartizaba y luego se revivía. Todo aquesto lo miraban los del infierno, espantados y admirados de ver semejantes prodigios, y llegando la noticia a *huncame* y *ucub came* se maravillaban mucho de lo que oían y certificándose del caso se lo afirmaban los que lo habían visto, que dos muchachos pobres hacían todos estos prodigios; y luego despacharon a sus mensajeros para que viniesen a hacer aquellos bailes en su presencia, y dándoles el recado dijeron ellos: ¡No queremos ir allá porque nosotros somos unos pobres sucios y quizás nos despreciarán, viéndonos de tan mal traje! ¿Qué dirán nuestros compañeros los pobres que se divierten con nuestros bailes? (*De aquí traen la costumbre de no querer los pobres concurrir con los ricos: porque dicen que habla mal la gente; y que son embusteros que se quieren meter a mayores*). Y violentándolos los mensajeros los llevaron por fuerza. Manifestaron mucha tristeza porque no querían ir, y viendo los mensajeros la renuencia crujían los dientes de coraje de ver que no querían ir con los señores, y caminando de esta suerte llegaron muy cabizbajos y tristes a la presencia de los señores todos hechos una mugre, todos llenos de trapos; y postrándose delante de los señores les hicieron una gran reverencia y luego les preguntaron: ¿De adónde sois, de qué pueblo, o qué parcialidad, quiénes fueron vuestros padres? A que ellos respondieron: ¡No sabemos señor porque no conocimos a nuestros padres, éramos muy chiquitos cuando ellos murieron!. Y con esto no dijeron más. ¡Ea, pues —dijeron ellos—, hagan todos sus juegos y bailes y les pagaremos cuanto quieran por su trabajo! ¡Nada señores, no queremos cosa alguna porque tenemos vergüenza! ¡Ea, no tengáis miedo ni vergüenza; hagan todos sus juegos: hagan primero aquel juego de despedazarse y quemar la casa; haced todo lo que sabéis, nos divertiremos un poco! (*De estos bailes son llevados mucho estos: en oyendo tocar y bailar se estarán sin comer todo un día por ver aquestas boberías*). Y con esto empezaron su baile y su canto y acudieron todos los del infierno a bailar, bailando la *comadreja*, el *pahuí*, el *armado*: y díjoles el señor: ¡Despedazad este mi perro y volvedlo a resucitar! Y tomando el perro lo despedazaron y volvieron a resucitar, y muy alegre el perro de que lo habían vuelto a resucitar meneaba la cola. ¡Ea, quemad aquesta mi casa! —dijo un señor—. Y quemándose la casa estando todos dentro no se quemaron, y luego se volvió a poner como estaba. Solo un breve rato pareció estaba quemada la casa. Mucho contento recibieron todos los señores de ver aquestas cosas. ¡Ea, tomad un hombre de estos y despedazadlo y volvedlo a resucitar! Y tomando a uno de los que miraban, lo hicieron pedazos y tomando el corazón lo levantaron en alto (*de aquí debieron tomar la costumbre de levantar en alto a vista del ídolo el corazón del que sacrificaban*), a vista de todos que estaban maravillados y en un instante lo juntaron todo y lo resucitaron, quedando muy alegre el hombre resucitado. ¡Ea, ahora despedazaos a vosotros mismos!, dijeron los señores. Y tomando *xbalanque* a *hunahpu* lo despedazó, cortándole brazos, piernas y cabeza y sacándole el corazón lo arrojó en el zacate y todos los pedazos los desparramó; y estando así solo bailando *xbalanque* le dijo: ¡Levántate!, y luego se levantó el *hunahpu*; y viendo esto los señores del infierno les vino en deseo en que hicieran

lo mismo con ellos despedazándolos de en uno en uno. Y tomando al primero a *huncame* que era el primer señor del infierno y después a los demás y no los resucitaron más. Y todos se quedaron muertos y vencidos por *hunahpu* y *xbalanque*; y un solo señor que se había salido fuera solo escapó porque pidió misericordia; y viendo esto los vasallos de los señores fueron huyendo y se metieron en una barranca; y viniendo allí infinidad de hormigas los picaron y los hicieron salir de allí y entregarse a *hunahpu* y *xbalanque* como vencedores de sus señores. Todo aquesto fue obrado por milagro con que quedaron engrandecidos delante de los señores del infierno. Entonces dijeron ellos a los del infierno: ¡Ahora diremos quiénes somos y nuestros nombres. Nosotros somos *hunahpu* y *xbalanque* y nuestros padres son aquellos que matasteis y les quitasteis la vida que se llamaban *hunahpu* y *ucub hunahpu*; y venimos a vengar sus muertes y las penas y dolores que les causasteis, y así os hemos de acabar a todos y no ha de quedar alguno. Oyendo estos ésto se postraron en el suelo llorando y clamando y les decían: ¡Tened misericordia de nosotros *hunahpu*, *xbalanque*, ya confesamos nuestro delito en matar a vuestros padres que están enterrados en el cenicero! ¡Está bien —dijeron ellos—, ya os perdonamos; pero dad oídos a lo que os mandamos a toda la gente del infierno porque sois gente ruin y baja y de malas inclinaciones: solo será vuestro los comales, tenamastes y mecates y solo seréis madres de lo que se pudre y envejece; no tendréis sangre limpia, solo os pertenecerán los hijos de la paja y de la yerba; nada tenéis que ver con los vasallos esclarecidos e ilustres, solo tenéis entrada con los malos, los tristes, los pecadores; y guardaos de que sea repentina la muerte de los hombres y oíd y atended sobre esta enfermedad de cursos de sangre y pulmonía! Y de aqueste modo empezaron a ser tenidos en poco despreciados; no era mucho su poder antiguamente, sino que eran enemigos y contrarios de los hombres, no eran dioses, sino que eran espanto de las enfermedades; eran tecolotes engañadores e incitadores de las culpas, y eran traidores de dos caras o corazones; y de aqueste modo descaecieron y se destruyó su imperio.

Estas son las obras y las hazañas de *hunahpu* y *xbalanque*, y esta fue la causa del llanto de aquella vieja delante de aquellas cañas que dejaron sembradas; porque cuando se arrojaron a la hoguera se secaron y cuando otra vez retoñaron entendió que aún vivían, y entonces quemó copal delante de las cañas en memoria de sus nietos. (*De aquí tomaron costumbre de quemar copal ante los árboles*). Mucho se holgó la vieja cuando vio retoñar las cañas, entonces empezó la idolatría y el quemar el copal en medio de la casa y el centro o punto de enmedio y llámase aquel medio *chutamuleu*, *tierra hecha cama*, y así fue llamada la mitad de la casa, y el remolino que hace el viento, porque en medio de la casa fueron sembradas las cañas (*en esto tuvieron grande abuso y aún lo tienen*); y también se llamaban *cazanah*, *cañas plantadas por la vieja xmucane*, porque las dejaron sembradas *hunahpu* y *xbalanque* en su memoria, y aquestos fueron nuestros antiguos padres antiguamente *hun hunahpu* y *ucub hunahpu*; los cuales vieron las caras de los del infierno, y sus hijos hablaron otra vez a sus padres, los cuales vencieron a los del infierno.

Aqueste fue el modo que tuvieron *hunahpu* y *xbalanque* para ver otra vez y juntarse con sus padres, y así después de que fueron vencidos los señores del infierno fueron al cenicero (*por aquestos cuentos tienen gran veneración del lugar donde echan la ceniza y la basura*), y desenterraron a sus padres y alegrándose mucho de verlos otra vez. ¡Ya señores —les dijeron—, los hijos, hemos vengado vuestros agravios y las maldades que con vosotros usaron los del infierno; ya los vencimos y os venimos a sacar de aqueste cenicero, y aquí ha de ser donde se invoque vuestro nombre, y se haga memoria de vosotros cuando amanezca la claridad y nosotros somos los vengadores de vuestros agravios. Esto fue lo que les dijeron a sus padres cuando los vieron después de vencidos los señores del infierno y subiéndose acá al mundo y el uno de sus padres fue puesto por sol y el otro por luna; y también subieron los cuatrocientos muchachos que mató el *sipacna*; y aquestos fueron sus compañeros porque éstos fueron puestos por estrellas en el cielo.

CAPITULO XIII

De cómo fue creado el hombre

Habiéndose acercado ya el tiempo de la creación del hombre, buscaron los señores *tepeu* y *cucumatz* cosa que poner en lugar de la carne del hombre. ¡Ya se acercó el tiempo de la claridad —decían—, de que amanezca el sol, luna y estrellas! ¿cómo se han de hacer los hombres que sean sustentados por nosotros de a do procedan nuestros ilustres vasallos? Consultáronlo entre sí, de qué forma lo harían, porque los pasados habían salido malos; buscando pues cosa que fuese carne del hombre se les manifestó en aquesta forma.

De un lugar llamado *pampaxilá* y *pancayala* (*esto sin duda alude al paraíso: porque pancayala es agua que eleva y admira, y pampaxila es el agua que se parte y divide; como fue la fuente del paraíso que se dividía en cuatro ríos*), salieron cuatro animales que se tragaron la comida de que se cría la carne, el uno era el gato de monte, el otro era el lobo y el otro el *chocoy* y el otro el cuervo. Aquestos cuatro animales manifestaron las mazorcas de maíz amarillas y blancas y enseñando el camino de *pampaxila* fue hallado el maíz, y de esto fue hecha la carne del hombre y su sangre cuando fue formado. Mucho se alegraron de haber hallado una tierra tan hermosa y abundante: toda está llena de dulzura, mucho maíz, blanco y amarillo, mucho pataste y cacao; no eran contables las anonas, los zapotes, los jocotes, los nances y matasanos; todo estaba lleno de miel y todo estaba aquel paraje de *pampaxila* y *cayala* una suavidad y dulzura: había de todo género de plantas grandes y pequeñas: todo esto se manifestó por aquestos cuatro animales. Y tomando nuestra abuela *xmucane* de aqueste maíz blanco y amarillo hizo comida y bebida de que salió la carne y la gordura y de esto formó el señor *tepeu* y *cucumatz* a nuestros primeros padres y madres y de aquesta comida fueron hechos sus brazos y sus pies.

Los primeros que fueron creados fueron éstos, el primero *balamquitze* (*tigre de la risa dulce; tigre de la noche; no acepillado; tigre de luna o chile*); el segundo, *balamacab*; el tercero, *mahucutah*; el cuarto, *yquibalam*) y aquestos son los nombres de nuestros primeros padres, que solamente los llamamos hombres y criaturas; que no tuvieron padres ni madres, ni nacieron de madre sino que solamente fueron engendrados por el creador que se llamaba *tepeu cucumatz*, y así que salieron con la forma de hombres, luego hablaron, parlaron, vieron, oyeron, anduvieron y palparon. Eran muy buenos hombres y hermosos y era su semejanza de hombres, tuvieron luego respiración; y mirando llegaba su vista a alcanzar todo y supieron todo lo que hay en el cielo y en la tierra, miraban y revolvían la vista a todas partes, todo lo veían sin que hubiese cosa que les embarazase, y ni habían menester andar ni correr para verlo todo, porque desde un mismo lugar todo lo alcanzaban. Grande fue su sabiduría y sobrepujó su imagen a todos los árboles, montes, llanos, ríos y lagunas; excelentes eran en todo aquestos cuatro hombres *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*.

Entonces les preguntó el creador: ¿Conocéis vuestro ser?, ¿por ventura veis?, ¿oís por ventura?, ¿está bueno vuestro andar y vuestra habla? Mirad y ved todo el mundo, ¿veis claramente los cerros, veis los llanos? ¡Probad a verlo todo! Y tendiendo ellos la vista vieron todo cuanto en el mundo había, y luego dieron las gracias al creador diciendo: ¡Repetidas gracias os damos porque nos habéis creado hombres, nos habéis dado boca y cara. nos disteis el que habláramos, oyésemos y anduviésemos, nos disteis gusto y que entendiésemos y supiésemos todo lo que está cerca y distante. Vemos lo grande y lo pequeño, lo que está en el cielo y en la tierra; y así os damos gracias, porque nos criasteis y formasteis, tú eres nuestra abuela, tú eres nuestro abuelo! Esto dijeron dando gracias de su creación y acabaron de saberlo todo hasta lo que está en los cuatro rincones del cielo y lo que está dentro la tierra.

No les parecía bien a los creadores ver que el hombre sabía y veía tanto, y así dijeron: ¡No está bien esto que han dicho nuestras criaturas, que ven todo lo que está cerca y lejos! Y así consultaron entre sí diciendo: ¿Cómo haremos que se les acorte la vista y solo vean lo que está cerca?, ¿no son criaturas? ¿han de ver y alcanzar lo mismo que nosotros que somos creadores? ¿han de ser ellos dioses también como nosotros? Refrenemos esto porque no conviene sean así cuando se vayan multiplicando. Esto dijeron el *huracán*, *chipicaculha* y *raxacaculha*, *tepeu* y *cucumatz* creador y el viejo *xpiyacoc* y la vieja *xmucane*. Y echándole como vaho de la boca en los ojos aquel que era el *corazón del cielo*, se los empañó, así como se empaña el vidrio cuando le echan vaho; y así solo pudo ver después aquello que estaba cerca y lo que estaba claro: y de este modo fue perdida la sabiduría que tenían aquellos cuatro hombres nuestros primeros padres cuando fueron creados por el *corazón del cielo* y de la tierra, y asimismo como milagrosamente fueron dadas sus mujeres porque estando ellos durmiendo lo confirieron entre sí: cuando se halló con una mujer muy hermosa al lado el *balamquitze*, otra con *balamacab*, otra

con *mahucutah* y otra con *yquibalam*. Mucho gozo fue el que tuvieron cuando despertando se hallaron con su mujer al lado cada uno y aqueste fue el nombre de cada una de las mujeres, la una se llamaba *cakupalama* y esta era la mujer de *balamquitze*; la segunda se llamaba *chomiha*, esta era mujer de *balamacab*; la tercera se llamaba *tzunumiha* y esta era la mujer de *mahucutah*; la cuarta se llamaba *caquixahá* y esta era mujer de *yquibalam* (*agua parada que cae de lo alto; agua hermosa y escogida; agua de gorriones; agua de guacamaya*). Estos son los nombres de las mujeres de adonde descienden todas las gentes y pueblos y de donde descendemos nosotros los quichés. Muchos fueron los poderosos no solo los cuatro, sino que de aquestos cuatro descienden todos y cuatro fueron los padres de nosotros quichés, aunque cuando se multiplicaron allá en el oriente tuvieron diferentes nombres: unos se llamaron *tepeu*, otros *oloman*, otros *cohah*, otros *quenu*, otros *han*, estos fueron sus nombres cuando se multiplicaron en el oriente; y también se sabe el principio de los de *tamub*, de los de *ilocab* (*este tamub/tanub/ es parcialidad del quiché; este ilocab es otra parcialidad*) y todos vinieron juntos de allá del oriente. *Balamquitze* es el padre de adonde descienden las nueve casas grandes *nihambab*. *mahucutah* es el padre de adonde descienden las cuatro casas grandes de *ahauquiché*; trece familias o tribus sin olvidarse el nombre de su abuelo y padre de adonde se multiplicaron allá en el oriente (*y asimismo fueron trece las tribus de los israelitas, con la sacerdotal*). Y asimismo vino el *tamub* e *ilocab* con las trece familias o tribus que fueron brazos de pueblos con los de *tecpan*, *rabinal*, *cachiqueles*, *ahziquinaha*, y también con los de *zacahib*, y con los de *maquibumatz*, *tuhalha*, *nebabah*, ¹⁾ *ahchamila* con los de *aquibaha*, *ahbatemab*, *aculbina*, *balamiha*, *canchakeleb*, *balacolob*. Solo estos eran las ramas principales de los pueblos, porque solo hemos referido los principales, aunque fueron muchos más los que salieron con las familias o tribus cuyos nombres no escribimos, y se multiplicaron en el oriente. Muchos se multiplicaron aun en el tiempo de las tinieblas antes que el sol aclarase y hubiese luz: todos estuvieron juntos sin desparcirse donde hicieron muchas cosas, no sabían de sustento sino que levantaban las caras al cielo y así se sustentaban (*aquí parece que ahude al maná del desierto; y al viaje que todos juntos hicieron por el desierto, sin apartarse ni dividirse*), y no sabían alejarse unos de otros; y en esta dulzura se estuvieron los hombres blancos y negros. Hay muchos géneros de lengua y hay hombres de dos orejas (*esto es que se oyen uno y entienden otro por la diversidad de lenguas*), hay diferentes géneros de naciones; y hay una que no tienen casa sino que como locos se andan por los montes, aunque no se les han visto sus caras: y este modo de vivir tuvieron en menosprecio de otros que vivían en poblados (*en este género de gente, se pinta a los tártaros que así vivían; y no hay duda tuvieron noticia de ellos, como se verá adelante*). No había entonces idolatría ni sabían de eso: todos hablaban una lengua y solo atendían en la guarda de los mandatos del creador, *corazón del cielo* y de la tierra; solo estaban aguardando el nacimiento del sol y

1) *uchebha*, en ms. original.

continuamente hacían oración los señores levantando sus caras al cielo y diciendo: ¡Oh tú que eres creador y formador, miradnos, oídnos; no nos dejéis, no nos desamparéis, tú Dios del cielo y de la tierra, tú corazón del cielo y de la tierra, dadnos descendencia para siempre, cuando amanezca; dadnos buenos caminos y anchos, dadnos paz quieta y sosegada, dadnos buena vida y costumbres y ser! ¡Tú *huracán, chipicaculha, raxacaculha, chipinanabac, raxananabac, voc hunahpu, tepeu, cucumatz*; que nos engendrasteis, hicisteis tus hijos: *xpiacoc* y *xmucane*, abuela del sol y abuela de la claridad (*todos estos son renombres de grandeza*), miradnos cuando amanezca la claridad. Esto decían cuando aguardaban el nacimiento del sol y continuamente miraban al lucero, estrella grande (*orietur stella ex jacob!*), la cual anunciaba el nacimiento del sol que había de alumbrar todo el cielo y la tierra, con cuya luz habían de andar todas las criaturas. Los que hacían todas estas oraciones y plegarias eran *balamquitze, balamacab, mahucutah* y *yquibalam*, los cuales eran muy sabios y entendidos, dignos de todo respeto y majestad. Estos les decían: ¡Aguardemos a que salga el sol, y que amanezca! En este tiempo no tenían ídolos de palo ni piedra nuestros primeros padres, y con estos dignos de respeto y veneración estaban los de aquí (*estos son los de casabastlan*); y estando ya cansados de aguardar aquestos cuatro *balamquitze, balamacab, mahucutah* y *yquibalam* dijeron: ¡Vamos a buscar y descubrir si hallamos alguna señal de aquesto que decimos, y no que nos estamos aquí sin tener quien nos guarde ni mire por nosotros! Y dando oídos a esto gran multitud del pueblo los siguió, y saliendo los de *tamub, ylocab* con *balamquitze, balamacab, mahucutah* y *yquibalam*, llegaron a un paraje llamado *tulanzu* (*esto es despoblado "tecomate"; aquí parece que hace alusión al desierto*), donde había *siete cuevas y siete barrancas* y este era el nombre del pueblo de donde fueron a sacar los ídolos (*esto parece fue Egipto, a do aprendieron la idolatría*). Y llegaron a *tulanzu* infinidad de hombres que no era posible contarlos y saliendo todos en orden capitaneándolos los cuatro *balamquitze, balamacab, mahucutah* y *yquibalam*, salieron muy contentos diciendo: ¡Ya hallamos lo que buscábamos! (*esto parece que fue la salida de Egipto, de a do salieron todos en orden, capitaneando las cabezas de las tribus*). El primero que salió fue el ídolo *tohil* (*este ídolo tohil, fue el que tuvieron los quichés en sus adoratorios por principal ídolo*) y lo sacó *balamquitze* y luego salió el ídolo *avilix* y lo llevaban *balamacab*, el tercer ídolo *hacavitz* que lo llevaba *mahucutah* y *nicah-tucah* se llamaba el ídolo que llevaba *yquibalam*. Los quichés, los de *tamub* y los de *ylocab* acompañaron al ídolo *tohil* y de aquí tomaron su nombre los antepasados y así se llaman señores los de *tamub* ahora.

Estos fueron los nombres de las tres parcialidades quichees, de *tamub* y de *ylocab*, los cuales no se dividieron ni apartaron sino que siempre estuvieron juntas porque era solo un ídolo de todos; y porque también eran grandes los ídolos *avilix* y *hacahuitz* se juntaron a estos los *cakchiqueles*, los de *rabinal* y los de *casabastlán*¹⁾ y los de *tziquinaha* (*estos ídolos fueron los de los cakchiqueles, rabinaleros y de los de yaqui*).

1) Sacahuastlan, en ms. original.

Cuando salieron de *tulanzu* se les mudó el lenguaje y hablaron de diferente modo unos de otros, de modo que no se entendían unos a otros y así se dividieron, unos se fueron hacia el oriente y otros se vinieron aquí. (*Confundamus linguam eorum. Atque illuc divisit eos dominus ex uno loco in universas terras. Gen. XI*). En aquel tiempo se vestían de pieles porque todavía no habían hallado el uso de los tejidos (*fecit quoque dominus Adam et uxori eius tunicas pelliceas et induit eos. Gen. III*), eran muy pobres todos y dicen las antiguas tradiciones que anduvieron mucho camino para llegar a *tulanzu*, al pueblo de las *siete cuevas y siete barrancas*. No tenían entonces fuego sino que se estaban junto al ídolo *tohil* que fue el que primero crió al fuego, y no se supo cómo lo crió; porque cuando lo vio *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam* ya lo hallaron que brillaba y alumbraba, los cuales viéndose sin fuego empezaron a llamar: ¡Ah señor, que no tenemos fuego y nos moriremos de frío! Y hablando entonces el ídolo *tohil* les dijo: ¡No os aflijáis que yo os tengo cosa propia que poseáis: ese fuego que decís se acabará! Será eso así —dijeron ellos—, ¿por dicha, tú ídolo, serás quien nos mantengas y sustentas? Y dándole gracias por la promesa, les dijo el ídolo: ¡Yo he de ser tu ídolo cuando amanezca, y he de ser vuestro señor! Y con esto los pueblos se calentaban al fuego estando muy alegres por el calor que les daba.

CAPITULO XIV

Donde se prosigue aqeste tiempo de la oscuridad, antes que naciese el sol

Estando alumbrado y ardiendo el fuego y calentándose los pueblos, vino un grande aguacero y granizo y les apagó el fuego; y pidiendo otra vez su fuego *balamquitze* y *balamacab* al ídolo *tohil* le decían: ¡Dadnos fuego que nos acabamos de frío! ¡No os aflijáis —les dijo el ídolo *tohil*—. Y dando vueltas y refregando su zapato, sacó fuego otra vez, con que *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam* se calentaron y recibieron mucho consuelo.

Con el grande aguacero y granizo se había apagado el fuego de los demás pueblos, y vinieron todos atericiados de frío, dando diente con diente, clamando y diciendo: ¡Dadnos de vuestro fuego, que no tenemos a afrenta el pedirnos fuego, pues somos todos unos! Pero ya no se entendían porque era otra lengua que hablaba *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*. ¿Qué es esto que nos sucede? —dijeron ellos—, ¿no hablabamos todos una lengua cuando fuimos a *tulanzu*? ¿Cómo nos hemos perdido y hemos sido engañados? ¡No es bueno esto que hemos hecho, pues tenemos un mismo origen y descendencia! Y estando en esto se les apareció un demonio en la presencia de *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, y les dijo el mensajero del infierno: ¡Aqeste es vuestro ídolo, y el que os sustenta; y este verdaderamente es el que está en lugar de vuestro creador y formador! (*¿Ubi sunt dii tui israel: qui te eduixerunt de terra Aegypti? Ex. XXXII*) ¡No deis de ese fuego a los pueblos

hasta que lo consultéis con el ídolo *tohil* y él os dirá si lo habéis de dar o no! Tenía aqueste demonio las alas como murciélago, y les dijo: ¡Yo soy mensajero de vuestro creador, con lo cual se ensalzó el corazón del ídolo *tohil*, *avilix* y *hacavitz*, cuando oyeron esto al mensajero. Y ausentándose el mensajero llegaron los pueblos tiritando de frío, del gran granizo, y estando muy mustios refregándose las caras y las bocas por el grande frío.

En esto llegaron unos ladrones a la presencia de *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, y les dijeron: ¿Cómo no tienes piedad de nosotros que os estamos pidiendo un poco de fuego? ¿Por ventura no veníamos de una misma casa? ¿No somos de una misma patria? ¿No fuimos todos formados juntamente? ¡Tened misericordia de nosotros! ¿Qué es lo que queréis que os demos para tener piedad de vosotros? ¿Queréis plata? ¡Os la daremos! ¡No queremos plata —dijeron ellos— sino fuego! Pues es menester consultarlo con el ídolo *tohil* —dijeron *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*—. Y consultando con el ídolo decían: ¿Qué daremos a estos pueblos que dicen tengamos misericordia de ellos; darémosles el fuego que piden? A que respondió el ídolo *tohil*: Si quieren juntarse con vosotros y estar debajo de mi amparo dadles el fuego; y si no, ¡no se los déis! Y habiéndole dicho esto a los pueblos dijeron ellos: ¡Está bien, nos juntaremos con vosotros, y tendremos por nuestro ídolo al *tohil* y estaremos debajo de su amparo! Y tomando luego su fuego se calentaron. Otra tribu o parcialidad, hurtó el fuego del humo y estos eran de la casa de los murciélagos, su ídolo se llamaba *chamalcam* que era de los *cakchiqueles* y tenía alas como murciélago; y pasándolos por el humo se llevó el fuego sin pedirlo, sin quererse dar por vencidos los *cakchiqueles*; y solo se dieron por vencidos los pueblos que pidieron el fuego, prometiendo dar el costado y el sobaco para ser sacrificados y debajo de aquesta metáfora los significó el *tohil* el modo cómo había de ser sacado el corazón para sacrificarlo. (*Este era el modo que tenían: abriendo por el costado al que habían de sacrificar le sacaban el corazón*).

De allá de *tulanzu*, trajeron la costumbre de no comer sino ayunar siempre aguardando a que amaneciese y saliese el sol; íbanse remudando a estar en atalaya de aquella grande estrella que se llamaba lucero o anunciador del sol, estando siempre mirando al oriente adonde estaba aquella estrella cuando estaban en *tulanzu*, que es de adonde vino este ídolo *tohil* y no fue aquí adonde se fundó su reino, sino allá en *tulanzu* cuando se le sujetaron los pueblos y sacrificaron su sangre a el ídolo *tohil*, sacada de su costado y sobaco. Y arrancándose de allá del oriente les dijo el *tohil*: ¡No es aquí nuestra patria, vamos a ver donde nos hemos de poblar y plantar! El ídolo *tohil* hablaba con *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*; y les dijo el *tohil* antes de partirse: ¡Den gracias todos y horadándose las orejas y los codos y atravesadla con palos, y aquesta sea la señal de vuestro agradecimiento. (*De aquí traen la costumbre de horadarse las orejas, que es común a toda aquesta nación: de que se conoce que todas traen un mismo origen y tienen unos mismos errores, como se verá adelante*). Y así lo ejecutaron todos y así lo pusieron en su canto de *tulanzu*. Al despedirse de *tulanzu* fue grande el llanto que hicieron

diciendo: ¡Ya no veremos aquí el amanecer del sol y de la claridad! Y se fueron quedando muchos por los caminos; y de los pueblos no vinieron los que estaban durmiendo, sino los que estaban velando y mirando el lucero que era la señal del sol; y esta estrella tenían por cierta señal del nacimiento del sol. Todos eran unos y de unas mismas caras cuando vinieron del oriente, lo cual está muy lejos de aquí. (*Aquí parece que alude a los montes Garitzin y Gebel donde subió el pueblo después de entrar en la tierra de promisión. Deut. XI, 2,29*).

Y llegando a un cerro alto junto a los *quichees*, con los pueblos tomaron su consejo, y hicieron su consulta, y llámase aquel cerro ahora el cerro del mandato o aviso y señalándose allí sus señoríos y nombres dijeron: ¡Tú serás el *tamub* y tú el *quiché*, y a los de *ylocab*, tú te llamarás de *chilocab*; y no se perderán aquestas tres parcialidades *quichees* sino que todos serán una misma cosa y seremos de un mismo sentir y parecer!

Allí mismo fueron denominados así los *cakchiqueles*, los *rabinales* y los de *tziquinahá*, y allí se juntaron a aguardar que naciese el sol y se pusieron a ver el lucero, que es el que anuncia la venida del sol. Todos vinieron juntos de allá, sino que después se desparcieron, todos estaban muy tristes porque no tenían que comer y solamente olían con las narices las plantas con que les parecía que habían comido. (*En todo esto, bien claro está el paso del mar bermejo y la falta de comida: como refiere todo el Exodo*). También está manifiesto y claro la pasada del mar cuando pasaron, porque dividiéndose las aguas pasaron por encima de unas piedras que estaban puestas en ringleras y se llama aquel camino "*piedras en ringlera*". Estábanse en aquel cerro por falta de comida y bebida pues solamente probaban un trago de agua y un grano de maíz y así se estaban sobre el monte del aviso o mandato. (*Este parece ser el monte Sináí donde se dio la ley*). Y teniendo consigo al *tohil*, *avilix* y a *hacavitz* estaban en continuo ayuno el *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, con sus mujeres *cahapulumha*, la mujer de *balamacab*, *tzunumiha*, la mujer de *mahucutah*, *caquixha*, la mujer de *yquibalam*. Aquí estaban todos en gran tristeza, y ayunando en el tiempo de la oscuridad, cuando les hablaron los ídolos a los cuatro y les dijeron: ¡Levantaos y vámonos de aquí y ponednos en parte oculta porque se acerca el tiempo de la claridad (*esto parece alude al tiempo de la predicación: pues hay noticia cuando los españoles entraron, escondieron el ídolo tohil*); ¿por ventura no será desgracia vuestra si nosotros fuésemos apresados y cautivos por los enemigos de aqueste edificio donde ahora nos tenéis y donde estamos tan respetados y venerados? ¡Está bien! —dijeron ellos—. Vámonos de aquí a buscar montes y barrancas donde esconder los ídolos. Y tomando al *avilix* lo escondieron en una barranca llamada *el escondidijo* (*esta barranca es una montaña que se llama avilix*): allí quedó donde le puso *balamacab*; y poniéndolos en ringlera y cordillera el primero que quedó fue *hacavitz* sobre un río grande llamado *agua colorada*, y así se llama el cerro hasta ahora *hacavitz*; y así mismo se quedó escondido el *avilix* por el *mahucutah*, no en montaña sino en una loma rasa. Y viniendo después *balamacab* escondió el ídolo *tohil* en una montaña que hasta ahora se llama *tohil*; y celebraron

esta escondedura donde en guarda de aquesta barranca hay muchas culebras y víboras, muchos tigres y cantíes. Y luego se estuvieron juntos sin apartarse el *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam* aguardando que amaneciese cerca del cerro llamado *hacavitz*, y había poca distancia de adonde estaban los ídolos de *tamub* e *ylocab*, y se llamaba el cerro *amac-tam*. Allí les amaneció a los pueblos junto al ídolo de *ylocab* habiendo poca distancia, allí estaban todos los pueblos de *rabinal*, *cakchiqueles* y de *tziquinaha* con todos los demás pueblos chicos y grandes, y todos se juntaron en uno a aguardar que amaneciese con el *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, mirando al lucero que estaba en el oriente anunciando la venida del sol. Todos se hallaban muy tristes y melancólicos y estando así llorando decían: ¡Miserables de nosotros que hemos venido hasta aquí con tantos trabajos a ver amanecer el sol y no amanece! ¿Qué haremos ahora ausentes de nuestra patria? No pueden sosegar nuestros corazones hasta ver que amanezca el sol; nuestros ídolos que nos han traído y acompañado están escondidos en las barrancas, sin adorno alguno ni aparato, metidos entre la hierba y los árboles, siendo cosa tan grande y prodigiosa; y allí están tirados y arrojados. Solo *balamquitze*, *mahucutah*, *balamacab* y *yquibalam* los consolaban en aquestas aflicciones.

CAPITULO XV

De cómo amaneció y se vió la cara del sol

En esta confusión estaban, cuando vieron salir al lucero, anuncio y guía del sol, con lo cual muy alborozados *balamquitze* y los otros dos ataron el copal o incienso que traían prevenido. Allá en oriente dijeron: aqueste copal o incienso ha de servir después; y así lo previnieron para cuando llegase el caso. El copal que traía *balamquitze* se llamaba *mixtampom*, el segundo que traía *balamacab*, *cabixtampom* y solo aquestos tres traían incienso y copal (*esto sin duda alude al nacimiento de Cristo: a la adoración de los Reyes, y a los dones que ofrecieron*); y quemando copal y bailando se fueron hacia donde nacía el sol derramando lágrimas de contento y de dulzura. Y al punto que nació el sol se alegraron todos los animales, chicos y grandes, y saliéndose todos a los arroyos y quebradas se subieron sobre las lomas mirando todos hacia donde nace el sol y cantaron todos y gritaron todos, así los tigres como los leones; y el primero que cantó fue el pájaro llamado *queletza*; y alegrándose todos los animales, las aves tendieron sus alas, el águila, el zope blanco y todos los demás pájaros chicos y grandes. Todos los señores estaban de rodillas adorando al sol con todos los demás pueblos y sus vasallos de *tamub*, de *ylocab*, los de *rabinal* y *cakchiqueles*, los de *tziquinaha* y *tuhala*, los de *uchabaha* y *quihaha*, los de *ahatena*, y los de *yaquítepeuh* y a todos los demás pueblos chicos y grandes, y gentes que no son contables; a todos juntamente les amaneció, y se secó luego la tierra por el sol, el cual era así como un hombre cuando se manifestó; y calentaba y este secó todo el haz de la tierra, porque antes estaba toda húmeda y cenagosa; y así como

un hombre sube y crece así subió el sol y no era muy fuerte su calor y solo manifestándose cuando nació quedó después su espejo y semejanza, porque ciertamente no es aqueste sol que vemos. Esto dicen las tradiciones antiguas; y luego se volvieron en piedra los ídolos *tohil*, *avilix* y *hacavitz*, y asimismo fueron los ídolos del león, del tigre, de la víbora, del cantí y del duende quedándose asidos de los mecates y los palos; y asimismo por todas partes se volvieron piedras todos los ídolos cuando nació el sol, luna, estrellas, porque si no fuera así, quizás no pudiéramos estar aquí por los tigres, leones, víboras y duendes. Grande fue la alegría de todos cuando amaneció el sol, no eran grandes los hombres sino pequeños cuando estuvieron en el cerro de *hacavitz* donde les amaneció, donde quemaron el copal y bailaron, las caras hacia el oriente de adonde vinieron; y allá es su patria y de allá vinieron *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, y aquestos eran sus nombres, y así se multiplicaron y crecieron, y allí fue su pueblo sobre el cerro cuando salió el sol, la luna y las estrellas y cuando les amaneció y les aclaró todo el haz de la tierra y allí tuvo principio el canto que se llama *camucu* que cantaron en el llanto de su corazón y así lo dijeron en su canto: “Ay que nos perdimos en *tulanzu*, nos desparecimos y allá se quedaron nuestros parientes y hermanos; aquí ya vimos el sol, aquí ya nos amaneció”. Así decían a sus compañeros los de *yaquí* y asimismo el *tohil*, el que cuida de los de *yaquí*, y se llaman *yolcuat quitzulcuat*. “Allá nos dividimos en *tulanzu* y esta fue nuestra salida cuando salimos todos juntos para acá”. Esto decían y cantaban dentro de sí cuando se acordaban de sus parientes, “allá les amaneció a los de *yaquí*”, que son los de México, que así se llaman ahora, y otra porción de gente se quedó allá en el oriente que se llaman *tepetl oliman*. Grande fue el dolor y pena sobre el *hacavitz* y asimismo lo hacen aquellos de *tanub* e *ylocab*. Otro pueblo quedó allá en la montaña llamado *dan*; uno era el ídolo de las tres parcialidades del *quiché* que es *tohil* y casi es uno mismo con los de *rabinal* que es *toh*, y así casi no se diferencia su lengua. Los cakchiqueles tienen muy diferente ídolo, y así se diferencia su lengua, el cual se llama *tzotziha chimalcam*, y como es su ídolo tomaron su nombre de su patria y parcialidad y así se llaman *ahpozotzil ahpoxa*, y asimismo se les trocó su lengua cuando se les dio su ídolo en *tulanzu* y se dio por su orden el nombre a cada una de las tribus, conforme se le dio su ídolo.

CAPITULO XVI

De lo que pasó mientras estuvieron sobre el cerro

Estando todos juntos allí con *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, estaban apesadumbrados por el ídolo *tohil*, que lo tenían puesto sobre los zacatales. Yendo a ver a *tohil avilix* para saludarlo y darle gracias porque les había amanecido, hallaron la piedra toda horadada en la montaña, que solo por milagro pudo hablar, y llegando aquellos magnates con unos dones muy tenues solo les ofrecieron resina de pino y la que se llamaba *chacnoh* y pericón y esto fue lo que quema-

ron ante el ídolo *tohil*; y entonces habló el *tohil* dándoles documentos y dirección; y dijeron ellos: ¡Aquí será nuestra patria, nosotros seremos tuyos y aquí será nuestra grandeza y majestad por todos los pueblos; todos son tuyos y nosotros vuestros compañeros en el camino! Y dijo el *tohil*: ¡Cuidad de vuestro pueblo y nosotros también los doctrinaremos: no nos afrentéis ante el pueblo, cuando nos enojaremos! Y ellos pidieron: ¡No permitáis que seamos cogidos en lazos y en redes, dadnos la paja y el zacate desperdiciado! ¡Vendremos a ofrecerte el venado hembra y las hembras de los pájaros y solo nos quedará un poco de sangre para nosotros, oscureced la vista de los venados a vista de los lazos que les pusiéremos! Y dijo el *tohil*: ¡Mirad por vosotros, no sea que os digan donde está vuestro *tohil*, no os manifestéis a vosotros mismos; mirad que es mucha vuestra grandeza; y que trabajen los pueblos y que traigan su sangre en nuestra presencia! Entonces empezaron a buscar a los venados hembras y las hembras de los pájaros para ir a ofrecer, y los veían como a tres mancebos al *tohil* y al *hacavitz* y ofreciendo la sangre la ponían en la boca del *tohil* ídolo; y hablaba la piedra; y viéndose perseguidos los venados ya no habitaban en sus moradas, sino que se andaban por los cerros y solo comían tábanos y avispa y panales y no se supo de sus habitaciones, ni dónde estaban las hembras y sus hijos. Y fundándose muchos pueblos se juntaron los calpules: cerca de los caminos pusieron sus poblaciones. Y desapareciéndose *balamquitze* y *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, no se sabía dónde andaban y solo oían gritar por los cerros gatos de monte, lobos, tigres, leones, y los remedaban los pueblos y de esto estaban todos muy amedrentados. Todos decían: ¿Qué será esto si nos querrán engañar o nos querrán hacer algún mal?; ¿qué será aqueste aullido de tigre y león cuando ven la gente? Si nos querrán destruir y acabar. Y viendo ellos que cada día mataban hombres, los tigres y los leones, dijeron: ¡Vamos ante el *tohil* que nos dé fuerzas y valor; y llegando les pusieron en las bocas de su sangre al *tohil*, al *avilix* y *hacavitz*; y a la verdad no se veían piedras sino como tres mancebos parecían los tres ídolos y poniéndoles su sangre se regocijaron mucho. El cual les dijo: ¡Esta señal os damos de que venceréis cuando les cogiereis las colas, y así os libraréis: que de allá vino esta señal, de *tulanzu*, cuando nos cargasteis! Y entonces les fue dado el cuero que se llama *patzilitzib* y la sangre que se untan; y fue la sangre de sus espaldas que les dieron el *tohil*, *avilix* y *hacavitz*.

CAPITULO XVII

De cómo fueron hurtados los hombres por *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*

Empezó luego la destrucción de los pueblos porque estos los tomaban y los iban a sacrificar al ídolo *tohil* y *avilix*; y echaban la sangre y las cabezas en los caminos, de que pensaban que se los habían comido los tigres; y se afirmaban en esto porque veían a manera de huellas y pisadas de tigres aunque no se manifestaban. Ya iban muchos hombres

muertos cuando lo echaron de ver y decían ellos: ¿Si acaso serán el *tohil* y *avilix* los que entran aquí a buscar dónde están las casas de los capitanes? Seguiremos estas huellas —dijeron ellos, cuando se juntaron a consultar sobre esto—; y no podían seguir rastro a derechas, porque solo se manifestaban huellas de venados y de tigres pero vueltos al revés; y andando en esto empezó a llover y a garvar mucho, y haciéndose mucho lodo no pudieron pasar adelante, y lo dejaron; y se alejaron de aquel cerro de adonde mataban a los hombres en el camino para sacrificar al ídolo *tohil*, *avilix* y *hacavitz*. Andaban como tres niños, y así fueron vistos que se bañaban a la orilla de un río que se llamó *manifestación del tohil*. Muchas veces lo vieron los pueblos en el agua pero luego se les escondían, y asimismo tuvieron noticia donde estaban el *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*; y discurrieron el modo cómo fuesen muertos porque consumían los pueblos; y juntándose todos consultaron sobre lo que habían de hacer, y lo primero que determinaron fue el ganar al *tohil*, al *aviliz* y *hacavitz*: y propusieron que si de aqueste modo proseguían los ídolos se destruiría la gente y vivirían en perpetua esclavitud. ¡Quizás están enojados con nosotros y es menester modo con qué ganarles la voluntad! ¡Oh no. Somos nosotros muchos —decían unos—, pues vamos en busca de ellos! Otros no, sino que fueron de contrario parecer, y dijeron: ¡Lo que hemos de hacer es buscar dos doncellas, hijas de señores, las más hermosas, y enviarlas como que van a lavar al río, y quizás se aficionarán de ellas pues son mancebos, y de aqueste modo los rendiremos! Y escogiendo a dos de las más hermosas les dijeron: ¡Andad al río como que vais a lavar, y si salieren a vosotros aquellos mancebos a hablar y a preguntaros quién sois, decid que sois hijas de señores, y traed alguna señal cierta de que os han hablado, y si acaso os solicitaren consentid! Esto les dijeron a las doncellas, que la una se llamaba *xtah* y la otra *xpuch*; y componiéndose ellas y aderezándose, se fueron las dos al río y desnudándose se pusieron a lavar; cada una estaba en su piedra lavando cuando llegaron el *tohil*, *avilix* y *hacavitz* y haciendo ellos del disimulo hacían que no las miraban y ellas se avergonzaron algo y llegando a ellas les dijeron: ¿De adónde sois?, ¿qué venís aquí a buscar a nuestro río? Y de ningún modo las apeteció el *tohil*. ¡Nosotras somos enviadas aquí por los señores, que nos dijeron: ¡Andad a ver la cara del *tohil*, muchas veces lo vieron los pueblos, y traednos señal cierta de que habéis estado con él! Esto respondieron ellas y aunque los pueblos querían que se juntaran con ellas, ellos no las apetecieron. Está bien —dijeron ellos a *xtah* y *xpuch*—. ¡Llevaréis señas ciertas de que habéis estado con nosotros! Y dijeron a *balamquitze* y *balamacab* y a *mahucutah*: ¡Pintad en una manta una semejanza de lo que sois vosotros, para que aquestas doncellas que están lavando la lleven a los señores! Y tomando ellos una manta o lienzo lo hicieron tres dobleces y *balamquitze* pintó el primero un tigre, y en el segundo doblez pintó *balamacab* una águila y *mahucutah* pintó muchos tábanos y avispa y dando ellos el paño a las dos muchachas, les dijeron: ¡Tomad aqueste paño y llevadlo a los señores, y que esta es la señal de nuestra palabra; y decidles que ciertamente visteis y hablasteis a *tohil* y dadles aquestas tilmas, que se las vistan! Y dando

ellas luego la vuelta las recibieron ellos, que las estaban aguardando y preguntando dijeron: ¿Visteis al *tohil*? ¡Sí los vimos! —dijeron ellas—. ¿Traes señas de haberlo visto? ¡Aquestas tilmas que os traemos que dicen que os las pongáis! Y tomando ellos las mantas y tendiéndolas, vieron pintados tigres, águilas, tábanos y avispas y poniéndose la primera que tenía el tigre no hizo cosa alguna; pusiéronse la otra que tenía el águila y tampoco les hizo cosa; y poniéndose la otra luego le empezaron a picar por todo el cuerpo los tábanos y las avispas y no pudiéndolo tolerar el señor empezó a dar gritos y se le desnudó a toda prisa. Y viéndose picado de los tábanos y avispas, empezó a reñir a las dos doncellas. ¿Qué paños son estos que traes? ¿A dónde fuisteis por ellos demonios? Y de este modo fueron vencidos los pueblos por el *tohil*, porque deseaban que el *tohil* pecase con aquellas doncellas, y que fuesen ramera; pero no tuvo efecto el que cayesen por los *nahuales* de hombres, aquel *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*. Y juntándose a consultar otra vez todos los señores sobre lo que habían de hacer, dijeron: Hemos de hacer por vencerlos y matarlos. ¿No somos hombres nosotros? ¡Nos armaremos de todas armas e iremos a pelear con ellos! Y armándose todos luego salieron en busca de *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*; pero estos estaban fortificados en un cerro que se llamaba *hacavitz*. Eran pocos los que estaban en la cumbre del cerro, pues solo estaban los cuatro, sus mujeres e hijos y así fue poco lo que habían fortificado. Y toda la gente armada y muy adornada, y los señores cargados de gargantillas y de plata iban resueltos a matarlos a todos. ¡Solo al ídolo *tohil* lo saludaremos —decían ellos— y le serviremos, pero lo traeremos cautivo! Pero el ídolo *tohil*, y los otros, sabían lo que hablaban y disponían entre sí. No habiendo dormido la gente desde que se armaron salieron a acometer el fuerte pensando entrarles aquella noche, mas no pudieron llegar más que a la mitad de la subida, y allí se quedaron. Y luego fueron vencidos por los cuatro, porque estando todos en vela sin sentir se durmieron todos y viniendo *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam* les repelaron las barbas y los ojos, les quitaron toda la plata y los chalchigüites que llevaban en sus cuellos, en castigo de su atrevimiento; y esto fue hecho en señal de la grandeza de los *quichees*. Y despertando después empezaron a buscar sus cuentas y su plata, y no hallaron cosa alguna. ¿Quiénes serán estos —dijeron ellos—, que nos han repelado las barbas y nos han robado y quitado nuestros chalchigüites y nuestra plata? ¡Quizás será aquel demonio que hurta a los hombres! ¡Ea, que no por eso les hemos de tener miedo, sino que les hemos de ganar su pueblo, y hemos de cobrar nuestra plata y nuestras cuentas! Todos los cuatro señores se estaban muy sosegados sobre el cerro porque sabían lo que habían de hacer: hicieron una muralla de lajitas pequeñas al rededor del pueblo y haciendo unas estatuas de trapos las pusieron sobre la muralla armadas de escudos y flechas y las adornaron con los chalchigüites y plata que habían hurtado a los pueblos; y luego fueron a consultar al *tohil*: ¿si acaso éstos nos vencerán o matarán? No es de cuidado —dijo él—, que yo estoy aquí y sé lo que he de hacer; traigan muchos tábanos y avispas! Y habiendo juntado muchas entre los cuatro llenaron cuatro calabazos

de ellas, y poniéndose los cuatro a la redonda del pueblo, porque estos tábanos y avispas son los que habían de hacer la guerra; y escondiéndose ellos, vinieron las espías de los pueblos y dieron vista a las murallas, y viendo no más a las estatuas que estaban meneando las flechas y los escudos, avisaron cómo era muy poca la gente que había, de que se alegraron mucho porque ellos eran infinitos y deseaban matar a *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam* que estaban sobre el cerro de *hacavitz*.

Allí estaban los cuatro con sus mujeres y sus hijos cuando acometió infinita multitud de gente que venía en el ejército y poniendo cerco al pueblo por todas partes, mormollaban y gritaban. Silbando y dando muchas palmadas se llegaron a poner debajo del mismo pueblo porque no tenían miedo de aquellos cuatro señores, quienes estaban atentos a todos los movimientos de toda la gente sin menearse; y habiendo subido todos muy alegres a la llanura del cerro, estaban para entrar en la muralla; y destapando los cuatro calabazos salieron los tábanos y las avispas que parecían humo y cargando sobre toda la gente se fueron derechos a los ojos, a la boca y a las narices, a los brazos y a las piernas mordiéndoles, por todas partes. Hervían los animalejos y se amontonaban sobre todos los soldados: ¿Quién se ha de averiguar con estos demonios? —decían ellos—. Y estando ya como embriagados y borrachos soltaron las flechas y los escudos y todo se derramó por aquel suelo, y sacando *balamquitze*, y los demás, unos palos herían con ellos a su salvo, do murieron muchísimos de ellos y los demás se salvaron huyendo: muriendo solos aquellos que perseguían a los cuatro, que los que de todo su corazón no los perseguían no murieron sino que solo les picaron los tábanos. Y viéndose ellos en aqueste estado, les dijeron: ¡No nos matéis que somos vuestros pobres! ¡Está bien —dijeron ellos—, y aunque sois dignos de muerte, yo os perdono, pero habéis de ser tributarios para siempre! Y de aqueste modo fue la sujeción de todos los pueblos por nuestros primeros padres. Y todo esto pasó estando ellos sobre el cerro de *hacavitz* y aqueste fue el primero donde fueron plantados y así se multiplicaron y tuvieron hijos e hijas y se aumentaron mucho. Sosegáronse mucho todos los pueblos, quedando sujetos todos; ya se hallaban cercanos a la muerte cuando aquesto sucedió.

CAPITULO XVIII

De la muerte de *balamquitze* y de los otros tres

Habiéndose ya llegado el fin de *balamquitze* y de los otros tres, trataron de disponer sus cosas y despedirse de sus hijos y de todos los demás de sus vasallos. Los hijos que tuvo aqueste *balamquitze* fueron dos, el uno se llamó *cocoaúl* y el otro *coacutec* y de estos descienden los de *ñihai-bab*. *Mahucutah* solo tuvo un hijo el cual se llamó *coahau*; solo aquestos tres tuvieron hijos, porque el *yquibalam* no tuvo hijo alguno; y estando todos juntos en uno y sin dolor ni enfermedad alguna, llamaron a sus hijos y estando todos juntos empezaron a cantar con un llanto muy tierno, cuyo llanto y canto se llamó *camacu*; y despidiéndose de ellos les dijeron:

¡Hijos, nosotros nos vamos y no volveremos, y así atendid mucho a lo que ahora os mandamos porque es cosa de mucha estimación. No ha mucho que venisteis de aquella vuestra patria que está muy lejos de aquí! Y despidiéndose de cada una de sus mujeres les dijeron: ¡Nosotros nos vamos a nuestros pueblos, ya está dispuesto lo que ha de ser tocante al señor de los venados, todo está manifiesto en el cielo, ya nosotros hemos concluído con todo lo que ha estado a nuestro cargo, ya se ajustaron nuestros días, no nos olvidéis, mirad por vuestras casas y vuestra patria, plantaos y multiplicaos y volved a ver otra vez el lugar de adonde venimos! Y despidiéndose de ellos con estas palabras les dijo: ¡Esto os dejo en memoria y señal nuestra para que os acordéis de nosotros y en esto consistirá vuestra grandeza y señorío! Y dándoles un envoltorio cerrado y cosido les dijo: ¡Esto os dejo en prenda, muy tristes estamos por nuestra partida! Y diciendo estas cosas se desaparecieron de sobre el cerro de *hacavitz*. El envoltorio lo guardaron y no se abrió, ni pudo abrirse porque no se veía por donde estaba cosido y así se llamaba *la grandeza cerrada o envuelta*. Nunca más fueron vistos los cuatro ni saben qué se hicieron y solo supieron de su despedida y de la prenda que les dejó en memoria suya.

Ellos quedaron muy tristes y llorosos de la ausencia de sus padres, y siempre se enternecían viendo el envoltorio que les dejó en memoria. Y luego dispusieron ellos entre sí el dominio siendo señores los de *cocauib* y *canisib*, a quienes quedaron sujetos los pueblos, que ya no tenían grandeza alguna, sino que cargaban y servían. Allí se quedaron sus hijos en el cerro de *hacavitz*, y allí se multiplicaron y de este modo fue el fin de aquellos cuatro señores que vinieron del oriente, de la otra parte del mar, los cuales son llamados *los venerados*.

Y habiéndose casado sus hijos, teniendo ya ellos descendencia, estando ya muy viejos, trataron tres de sus hijos el cumplir el mandato de sus padres y volverse allá de adonde se habían venido. Estos fueron *cocaib* hijo de *balamquitze*; *coacuttee*, el hijo de *balamacab*, y *coahau* el hijo de *mahucutah* y tomando su camino para el oriente pasaron la mar con facilidad y cuando se despidieron dijeron: ¡No moriremos, sino que otra vez volveremos! Y con esto se partieron y llegaron al oriente a recibir su imperio. Llamábase el señor que entonces reinaba en el oriente *nacxit*, el cual era muy poderoso señor y todo lo juzgaba él; y luego el señor los engrandeció y les dio los títulos de su señoríos y les dio muchos dones y preseas y muchos chalchigüites, e instrumentos y dándoles la forma del reino les dio el trono y flautas: el *cham cham*, otra flauta *tzicuil coht-zicuil*, *holam*, *holompich*, *queh*, *macutax*, *tat*, *tatam*, *cuz haz*, *cazcom*, *chiyom*, *haztapalul* con muchas figuras y chalchigüites. Todo aquesto trajeron de la otra parte del mar cuando volvieron.

Y habiendo llegado a su pueblo de *hacavitz* se juntaron todos los de *tamub* e *ylocab*, con todos los demás pueblos, y celebraron la venida de *cocaib*, *coacut* y *coahau*, y allí hicieron fiesta a su venida de los de *rabinal*, *cakquicheles* y los de *tziquinaha* y manifestaron y enseñaron a sus pueblos los despachos que traían de su reino, y las preseas que les había dado el señor *nacxit* en señal de su señorío y imperio. Allí se estaban en el cerro

de *hacavitz* donde se habían multiplicado mucho, y allí murieron las mujeres de *balamquitze*, *balamacab* y *mahucutah*, y no cabiendo ya en aquel cerro en donde estaban, buscaron otro paraje en donde habitar y poblar. No fueron contables los parajes y cerros que poblaron y no cabiendo en *hacavitz* otra vez, pasaron a poblar otros cuatro cerros que del nombre del uno se llamó *chiquix*; y también se multiplicaron allí y casaron sus hijos e hijas tomando solo por regalo lo que les daban por las hijas. (*Este estilo de vender sus hijas, que es de su gentilidad, hasta hoy la usan: y es inquitale; y así los suegros la tratan como a esclava comprada*). Estaban quietos y pacíficos y habiéndose multiplicado, pasaron muchas familias, y poblaron los parajes llamados *chichicat*, *humetaha*, *culba*, *cavinal*, y era infinita la gente y tenían a la vista el de *chiquix*; y ya eran muertos de viejos todos aquellos que habían ido al oriente a recibir el reino y el imperio habiendo pasado muchos trabajos en el camino. Y habiendo vuelto a su pueblo, siendo ellos abuelos y padres de los que habían y vivían, pasaron al cerro llamado *chi ixmachi* y allí hicieron edificios de cal y canto en la cuarta generación, reinando *cotuha iztayal*. En el reinado de éste, solo había tres casas grandes como grandes del reino que eran: *conache*, *belehebequeh* y *calelahan*. Aun todavía no habían llegado a las veinticuatro casas grandes que hubo después, sino que solo eran aquestas tres, la una de *cahiquib*, otra de *nihaibab* y otra de los *ahauquichee*. Todos estos estaban allí en *yzmachi* sin tener pleitos ni contienda, pasando su vida en gran tranquilidad y paz: no apetecían grandezas sino que todos estaban contentos con lo que poseían; cuando envidiosos los de *ylocab*, movieron guerra queriendo matar al rey *cotuha* por tener ellos rey aparte; pero su maldad se volvió contra ellos porque movieron la guerra y entraron en el primer pueblo con ánimo de acabar con los *quichees* y reinar ellos solos; pero juntando gente el rey *cotuha* cargó sobre ellos que fueron muy pocos los que se escaparon y de los que apresó *cotuha* sacrificó al ídolo y esta fue la paga de su maldad. Muchos fueron los que se pusieron en esclavitud y servidumbre entregándose ellos mismos por la guerra que habían movido; y aqueste fue el principio de las guerras y disensiones, y el principio de sacrificar los hombres ante el ídolo. Y con esta ocasión fortificaron el pueblo de *ixmachi*, donde afirmaron su imperio los *quichees*, siendo ya mucha su potencia porque tenían muchos señores poderosos en su imperio debajo de su mandado; y con eso empezaron a temer los pueblos porque veían que no podían prevalecer contra la potencia, y que los que cautivaban los llevaban por esclavos y los sacrificaban al ídolo. Estas tres casas grandes solo hubo en *ixmachi* en tiempo del rey *cotuha* y el rey *xtayul* y allí mismo empezaron a establecer los banquetes y comidas y bebidas cuando casaban a sus hijos e hijas. Allí se festejaban estas fiestas que salía todo de lo que les daban por sus hijas, celebraban en señal de la alegría que tenían de su propagación y de que se aumentaba la gente. Allí fue donde llamando otros siete calpules que tomaron; se engrandecieron las casas y se dieron los renombres diciendo: Nosotros somos los de *cabiquib*, nosotros somos los de *naibab*, nosotros los de *ahauquiche* y solo nuestras casas son las grandes en todo el reino; mucho tiempo estuvieron allí en *ixmachi*, y no cabiendo ya allí se fueron a poblar el cerro de *gumarcaah*

y ese fue el nombre que le pusieron los *quichees* que es en donde están ahora los edificios del Quiché. Y viniendo allí el rey *cucumatz* que reinaba con él, vinieron todos los demás señores; y allí fabricaron todos sus casas poniendo en medio del pueblo la casa del ídolo y subiendo a mucha grandeza su monarquía; y habiendo contiendas entre sí sobre los convites que hacían en los casamientos de sus hijos, porque no daban bebida a todas las cabezas de nueve calpules, trataron de dividirse en veinticuatro casas grandes. Aquesta división se hizo allí en *gumarcaah* que fue el pueblo que bendijo el señor obispo don Francisco Marroquín, el cual se despobló después como está hoy; y tomando todas estas casas entre sí los señores: los de *cabiquib* hicieron nueve casas grandes y los de *nahibab*, otras nueve; los de *ahauquiche* cuatro, y los de *zaquiquib* dos: nombrando de ellos cabezas de estas casas, y multiplicándose de modo que eran muchos los vasallos que tocaban a cada uno de los señores y cabezas de *calpul*.

CAPITULO XIX

De las divisiones de las veinticuatro casas grandes y nombres de aquestas cabezas de aquestas casas

Habiendo determinado el dividir toda la gente y calpules, las repartieron en 24 casas grandes, como está dicho, dando nueve a los de *cabiquib*, y nueve a los de *nihahibab*, cuatro a los de *ahauquichee* y tres a los de *zaquiquib*; y acabada una de las parcialidades se le dio su cabeza y señor que fuese como señor de todos aquellos vasallos que le tocaban. Los señores que se nombraban cabezas de las tribus de *cabiquib* son los siguientes: primero, *ahpop ahpop camha*; segundo, *ahtohil*; tercero, *acucumaz*; cuarto, *ninchocoh*; quinto, *popolvinacag*; sexto, *chitahilolmet*; séptimo, *quehnay*; octavo, *popolvinac pahomtzalatz*; noveno, *uchcamha*. Los que se nombraron cabezas de las tribus de *nihahibab*, fueron estos: primero, *ahaucal*; segundo, *ahavahtzivinac*; tercero, *calecaniha*; cuarto, *uchuchcamha*; quinto, *ninchocohnihaib*; sexto, *ahauavilix*; séptimo, *yacolatam*; octavo, *uzampopazaclatol*; noveno, *nimalolmet* y *coltux*.

Los cuatro señores cabezas de las tribus de *ahauquiche*, se llamaban así: primero, *ahtzicvinac*; segundo, *ahaulolmet*; tercero, *ahaunimchocoh*; cuarto, *ahauhacavitz*.

Los cabezas de las tribus de *zaquiquib* se llamaban así: el primero, *tzatuha*; el segundo, *calelzaquic*, y solo tenían una casa grande estos dos señores. Fundadas aquestas veinticuatro casas y repartidos todos los pueblos entre ellos fue mucha la majestad y grandeza a que subió el reino del Quiché, y viniendo todos los pueblos se fabricó todo de cal y canto y se fabricó la casa del ídolo en medio del pueblo; y luego las veinticuatro casas en que habían de vivir los veinticuatro señores, trabajando solo los vasallos de cada uno. En esta fábrica multiplicáronse los vasallos en gran manera y asistiendo aquestos señores en la corte del Quiché venían los vasallos a recibir órdenes y mandatos de sus señores. No se ganaron todos

estos pueblos por batallas, sino llevados de la grandeza y majestad de los *quiches* y de los buenos tratamientos y de ver las maravillas que obraban los señores; y principalmente el rey *cucumatz* porque siete días se subía al cielo, otros siete bajaba al infierno, otros siete días se estaba hecho culebra que ciertamente lo parecía, otros siete días se convertía en águila, otros siete días se convertía en tigre, otros siete días se convertía en sangre cuajada y por cierto era mucho el respeto que se causaba con estas maravillas, delante de todos los señores y de todos los de su reino. Y oyendo aquestos prodigios los vasallos le tenían mucho miedo, y no hizo todo esto porque hubiese un rey por entero sino para darse a respetar de los pueblos. Tuvo mucha descendencia aqueste rey de hijos y nietos, tuvo mucha grandeza y majestad, tuvo trono; fue engendrado el que se llamó *tepepul*, que fue la quinta generación y asimismo hubo descendencia de los señores grandes del reino.

La sexta generación tuvo dos reyes, el uno se llamaba *cacquicab* y el otro *cabizimah*. Estos hicieron muchas cosas grandes y ensalzaron a todo el reino del Quiché, porque a la verdad eran poderosos y aquestos dividieron otra vez los pueblos y los pusieron a poca distancia unos de otros. en tiempo de estos tenían por vasallos a los *cakchiqueles*, a los de *chuila* (*esto es Santo Tomás Chichicastenango*), los de *rabinal*, los de *zacualpa*, los de *coaqueb*, los de *zakahaha*, los de *zaculebab*, los de *tutunicapa*, los de *quezaltenango*, los de *goathemala*, los de *momostenango* y juntándose estos se rebelaron contra el *caquibac* que reinaba, y le hicieron guerra; pero él juntando sus gentes venció a los del *rabinal*, a los *cakchiqueles* y a los de *zaculebab* y venciéndolos, quedaron todos sojuzgados, y los pueblos que no acudían con los tributos los flechaban y castigaban. Fue mucha la valentía de *cabiquicab* y *cabizimah* y tanto era su valor que parecía un rayo que daba en una piedra, como se ve patentemente en un pueblo que destruyó en *Colché* donde hay un cerro tajado como si fuera tajado con una hacha, y allá en la costa está otra que llaman *petayub* que está a la vista de todos los que pasan. Fue valientísimo y no le pudieron vencer ni matar y todos los pueblos le pagaban tributo. Trataron todos los señores de amurallar el pueblo y llamando a todos sus vasallos le cerraron y amurallaron y dispusieron el poner vigías en las fronteras de los enemigos y fundaron en las alturas de los cerros a manera de pueblos y los fueron disponiendo en sus parajes, teniéndolos como por muralla y defensa; y les dieron sus órdenes y mandatos, que si venían los enemigos luego avisaran para que juntando su gente acudiesen luego a la defensa; con que todos los hombres se enseñaron a flecheros y a guerreros para acudir a las batallas. Entonces se desparcieron los padres y abuelos de los *quichés* en diferentes partes; pero no tenían ídolo diferente ni desmembraron del reino, sino que solo estaban y asistían en las fronteras para guardar el reino. Entonces fueron desparcidos y puestos en sus parajes los de *chuila*, los de *chulimal*, los de *zaquia*, los de *xabaj quieh*, los de *chite-mah*; diez y ocho pueblos fueron los que se fundaron en las fronteras con los de *cabracam*, *chachicac*, *chihuhapu*, con los de *zacualpa*, los de *joyabab*, los de *zacabaha*, los de *ahtziyaha*, los de *tutunicapa*, los de *quezalte-*

nango y los demás que fueron a la costa. Juntamente despacharon los dos reyes *cacquicab* y *cabizimah*, seis señores de los grandes para que fueran como generales de las fronteras: estos fueron *ahpop*, *ahpop canha*, *calel* y *ahzicvinac*; estos cuatro eran de *caniquib*, el quinto era *que ma* ¹⁾ de los de *nihaib* y el sexto *achacyboy* que era de los de *ahauquiche*. Estos fueron a velar las guerras que se hacían en las fronteras, y repartiéndose por los montes tenían sus capitanes con que hacían la guerra a los enemigos y todos los que apresaban y cautivaban los traían ante los reyes *cacquicab* y *cabizimah* y con aqueste ejercicio se hicieron valientes guerreros y muy diestros en el arco y en la flecha para que con más ánimo peleasen. Todos juntos los señores dispusieron los premios que se habían de dar a los capitanes, y ordenaron que todos los capitanes fueran principales en sus *chinamitales*, y que tuviesen asiento y trono en las juntas. Esto fue así dispuesto y ordenado por los tres calpules de *caniquib*, *ylocab* y *tamub*, cuando todos ellos nombraron a los caudillos y capitanes, cuya junta no se hizo aquí en el *Quiché*, sino en un cerro llamado *xebalax xecam* en *chulimal*. Allí fue donde se nombraron los capitanes y caudillos de los vasallos y se les entregó el cargo a los capitanes. También fueron allí nombrados capitanes para la guarda del pueblo del *quiché* para guarnecer sus murallas: estos fueron *calel ahau*, *calel aquic*, *ucalé achih* para que con sus arcos y flechas defendiesen a los *quichees*, para que cerrasen el *quiché* y les hiciesen muralla; y lo mismo hicieron los de *tamub* e *ylocab* nombrando capitanes de sus vasallos y nombrándolos para que guardasen las alturas de los cerros. Y este fue el principio que hubo en todos los calpules.

CAPITULO XX

De la casa del ídolo y de la oración que los señores hacían allí

La casa grande del ídolo es allí llamada como la casa del *tohil*, y este fue de los *cabiquib*, y la casa del ídolo *avilix* así fue dicha y es de los de *niahaibab*, y la casa de *hacavitz* fue dicha así del ídolo *hacavitz* que es de los de *ahauquiche*, *tzutuha* que se ve en *cahbahu*, fue el nombre de otro edificio que adoraron los señores y todos los pueblos. Y lo primero que hacían cuando iban a llevar los tributos o a ver al rey, era llevarle su fruta y luego se le entregaban los tributos que le llevaban los pueblos y a este señor sustentaban y mantenían todos los principales que ganaron los pueblos. Eran muy poderosos estos señores, grandes nahuaies y adivinos; pero mucho más el rey *cotuh cucumatz*, y asimismo lo fue el *quicab cacuzimah*, y ellos sabían si había guerra, si había peste o hambre, todo lo veían y adivinaban y todo esto lo veían en el libro que tenían que se llamaba el *libro del común* ²⁾ (esto debía ser el calendario de que después se hará mención).

1) Así en ms. original.

2) Ximénez no identifica este libro con el Popol.

No estaban ociosos los señores, sino que ayunaban muchas veces por sus vasallos y hacían muchas penitencias y oraciones ante el ídolo, y postrados ante el ídolo quemaban su copal: trece ayunaban y once estaban puestos en oración y quemaban el copal ante el ídolo *tohil*. En aquel tiempo de estos ayunos y penitencias comían algunas frutas como zapotes, matasanos y jocotes, sin probar tortilla. Grande era el ayuno que hacían por sus vasallos en señal del dominio que tenían sobre sus vasallos; en todos aquellos días no dormían con sus mujeres, ni llegaban a otra alguna, sino que de día y de noche se estaban en oración, llorando y pidiendo el bien de sus vasallos y de todo el reino; lo que decían ante el ídolo es la oración que se sigue:

“Oh, tú hermosura del día tú *huracán*, tú *corazón del cielo* y de la tierra, tú dador de nuestra gloria y tú también, dador de nuestros hijos e hijas, mueve y vuelve hacia acá tu gloria y da que vivan y se críen nuestros hijos e hijas, y que se aumenten y multipliquen tus sustentadores y los que te invocan en el camino, en los ríos, en las barrancas debajo de los árboles y mecates; y dales sus hijos e hijas, no encuentren alguna desgracia e infortunio y ni sean engañados, no tropiecen ni caigan, ni sean juzgados por tribunal alguno. No caigan de lo alto abajo del camino, (*hasta hoy tienen aqueste abuso, como en los caminos que son laderas, temen al lado alto y bajo*), ni haya algún golpe en su presencia, pónles en buen camino y hermoso, no tengan infortunio ni desgracia ¡ojalá y sean buenas sus costumbres de tus sustentados y alimentados en tu presencia! ¡Oh tú, *corazón del cielo*, corazón de la tierra, oh tú, *envoltorio de gloria y majestad*, tú *tohil*, *avilix*, *hacavitz*, vientre del cielo, vientre de la tierra; oh tú que eres las cuatro esquinas de la tierra, haced que haya paz en tu presencia y de tu ídolo!” Esta era la oración que hacían en la presencia del ídolo cuando ayunaban aquellos nueve, trece o diez y siete hombres, llorando todos los días y noches sobre sus vasallos, mujeres e hijos, y este era el precio con que se compraba la claridad y los buenos sucesos, la oración y el ayuno y penitencia que allí se hacía; y con esta moneda se compraba el mando y señorío de los señores y principales; y de dos en dos se seguían a llevar aquesta carga de los pueblos que tenían sobre sí. Uno fue el principio de todos los *quichees* y así era uno mismo el estilo de todos y así lo hacían del mismo modo los de *tamub* e *ylocab*, con los de *rabinal* y *cakchiqueles*, los de *tziquinaha* y *tuhala* y los de *cachahaha*. No se enviaban los dones, lo que les daba a cada uno su alimentador y sustentador, solo trataban de comer y beber; y así no fue de baldé el señorío que cargaron ni tampoco la sujeción que les tenían los pueblos. Todos ellos tributaban con piedras preciosas, plata, chalchigüites y plumas verdes; ya sabía cada pueblo lo que había de pagar en tributo. Grandemente ensalzaron la grandeza del reino quiché los dos reyes *cotuha cucumatz* y *quicab cavizimah*; estos fueron señores muy valientes y esforzados y hicieron grandes hazañas y sujetaron muchas provincias y pueblos: todos les tributaban y fueron muy sentidas sus muertes. Este *cucumatz* fue el principio de la grandeza del reino y así él fue el principio de ser engrandecido el reino del Quiché.

CAPITULO XXI

De la descendencia de los reyes y de los demás señores

Aquí se dará razón de toda la descendencia de los reyes y señores que descendieron de aquellos cuatro primeros *balamquitze*, *balamacab*, *mahucutah* y *yquibalam*, que fueron los primeros padres y abuelos, de todos. *Balamquitze* el primero y tronco de los de *cabiquib*; *cocabib*, segunda generación; *balamconache*, tercera generación; *cotuha ztayub*, cuarta generación; *cucumatz cotuha*, el primero de los portentosos y quinta generación; *tepepul ztayub*, sexta generación; *quicab cavizimah*, fue el segundo de los portentosos, séptima generación; *tepepul xtayul*, octava generación; *tecuntepepul*, nona generación; *raxaquicaun quicab*, décima generación de los reyes; *ucub noh cuatepech*, undécima generación de los reyes; *oxibquehbelehtzi*, duodécima generación de los reyes; y estos reinaban cuando vino Alvarado, y fueron ahorcados por los españoles. *Tecuntepepul* tributan a los españoles y estos fueron la décima tercia generación de los reyes.

Don Juan Rojas y don Juan Cortez la cuarta décima generación de los reyes y aquestos fueron hijos de *tecuntepepul*. Aquestas son las generaciones y descendencias del reino de los reyes del Quiché, que es la casa de *cabiquib* que descienden por línea recta de *balamquitze*.

Ahora diremos de los nueve chinamitales y casas grandes que salieron de las de *cabiquib* y estos son los nombres de cada uno de los señores grandes: *ahau ahpop canhá*, señor de una casa grande y se llamaba *tzi-quinaha*; *nimcho coh cavek*, señor de una casa grande; *ahau ha tohil*, señor de una casa grande; *popolvinac chituy*, señor de una casa grande; *lolmet quehnay*, señor de una casa grande; *popolvinac puhontzelatz xcu-xebá*, señor de una casa grande; y *tepeu yaqui*, señor de una casa grande.

Estos son los nueve chinamitales que salieron de los *cabiquib*, que descienden de *balamquitze*, y todos estos tenían muchos vasallos debajo de sí.

La descendencia de *balamacab* fue otra y hubo la línea recta que se reputa por línea real, y después las casas grandes que de aquesta descendencia vino que es de la parcialidad de *nihaibab*: *balamacab* el primer abuelo y padre; *coacul coacutec*, segunda generación; *cochachuh cotzibaha*, tercera generación; *beleheb quih*, la cuarta generación; *cotuha*, la quinta generación; *batza*, la sexta generación; *ztayul*, la séptima generación; *cotuha*, la octava generación del reino; *beleheb quib*, la nona generación del reino; y *quema*, la décima generación.

Don Cristóbal se llamó el que reinó en tiempo de los españoles.

Don Pedro de Robles es el que reina ahora.

Estos fueron todos los señores que descendieron por la línea recta de *balamacab*. Ahora se siguen los señores grandes que salieron de aquesta familia, que es la de *nihaibab*, que todos son señores de casas grandes:

Ahaucatel, el primer señor de los *nihaibab*, señor de una casa grande; *ahau ahtzic vinac*, señor de una casa grande; *ahancalel camha*, señor de una casa grande; *nima camha*, señor de una casa grande; *uchuch camha*,

señor de una casa grande; *ninchocohnihaib*, señor de una casa grande; *nimacamah*, señor de una casa grande; *ahau avilix*, señor de una casa grande; *yacolatam*, señor de una casa grande. Y estas son las nueve casas grandes que se dirigieron de la descendencia de *balamacab*, que es la parcialidad de *nihaibab*, y tenía cada señor de estos muchos vasallos debajo de sí.

La descendencia de los *ahauquiche*, es en esta forma: su primer padre y abuelo fue *mahucutah* y esta fue la primera generación; *coahau*, la segunda generación; *caclacan*, la tercera generación; *cocozon*, la cuarta generación; *comahcan*, la quinta generación; *ucuhab*, la sexta generación; *cocamel*, la séptima generación; *coyahacob*, la octava generación; *uinacbam*, la nona generación. Estos fueron los señores y reyes que hubo en la descendencia de los *ahauquiche*, y su descendencia por línea recta. Ahora diremos los señores que de aquesta familia salieron, señores de casas grandes, que solo fueron cuatro: *ahzticuinac*, señor de una casa grande; *lolmetahau*, señor de una casa grande; *nimchocoh*, señor de una casa grande; *hacavitz*, señor de una casa grande.

Estas tres casas y descendencias se llamaban los tres grandes cambitos (así en orig. convidantes?): porque cada una de las tribus se juntaban a hacer sus convites y sus fiestas; y estos eran los que todo lo mandaban: y cada una de aquestas juntas disponía y mandaba cuanto se ofrecía, chico y grande.

Estas son todas las historias del Quiché y lo que allí ha pasado. Hase escrito ahora todo esto, porque aunque antiguamente hubo libro donde todo esto constaba, se ha perdido y no hay donde ver todo aquesto.

Y así se acabó todo lo tocante al reino del Quiché, que se llama Santa Cruz.

CAPITULO XXII

De algunas advertencias tocantes a aquestas historias de los indios

Porque el principal cuidado del que escribe historias, debe ser el atender a la verdad de lo que se refiere, sin detenerse por pasiones, u otros motivos, a aprobar con argumentos lo que es solo de hecho, sin llevarse de pasión ni afecto alguno; por eso he determinado, el que todo lo que puidere referir de ajeno marte valerme de ello, pues no hay duda que cualquiera que se determina a escribir y principalmente historias, habrá examinado muy bien la verdad de cada cosa; y siendo personas de tanta autoridad las que han escrito de aquesta América, no dudo que en cuanto en ellos estuvo, procuraron seguir la verdad, aunque no dejó de haber algún engaño en algunos por las cortas noticias que tuvieron, o malos informes de que se valieron, de que hubo mucho en aquellos principios por defender algunas causas injustas que procuraban mantener.

No hay duda que a algunos los llevó el afecto, o el deseo de engrandecer su parte, queriéndola levantar a mayor grandeza, como le acontece a cierto historiador moderno,¹⁾ porque les han tocado en la parte

de su administración algunos pueblos sobresalientes, como es Tecpan Guatemala, Atitán y Quezaltenango, ha querido que estos fuesen la cabeza de aqueste imperio y reino de Guatemala, dejando entre las sombras del olvido lo que es tan público y claro en todo este reino, que la cabeza y monarquía y corte de sus reyes fue el Quiche, donde hasta el día de hoy se conserva la descendencia de sus reyes que todos los indios conocen. Poco importaba esto, pero no es razón que se oscurezca la verdad ni aun en la cosa más mínima. ¿Qué grandeza se nos sigue de que la corte cayese en la parte que administramos? Ninguna, y solo nos podía llevar algún tanto haber sido la religión de predicadores la que redujo la corte y sus monarcas al conocimiento de Dios; pero hacemos tan poco alarde de eso, que no tenemos más gloria que haber sido conocido Dios por medio de religiosos, que es la mayor gloria que podemos tener: “gloriar-nos en el Señor”, como decía san Pablo. (*I. Cor. 10*).

Volviendo, pues, a nuestro principal asunto, que es el de advertir y notar lo que estos indios escriben del tiempo de la gentilidad, ya habrá notado el lector si atentamente ha leído todas las *historias*, la grande noticia y expresión de los más principales misterios de nuestra santa fe católica; y aunque se pudiera dudar de la verdad de aqueste papel, mi corta capacidad no admite duda, pues por la experiencia que tengo de largos años que administro en ambas naciones cakchiqueles y quichees, conozco que aquestas historias son sacadas y trasladadas de las que ellos tenían del tiempo de su gentilidad para conservar sus errores que hasta el día de hoy conservan; cuando no en la idolatría formal (aunque en muchas partes se sabe que dura) a lo menos en los muchos abusos que hasta hoy tienen y estilos (que queda anotado en los márgenes de sus *historias*),²⁾ como queda puesto arriba; y aunque don Francisco de Fuentes cita unos escritos de indios, son de muy poca autoridad respecto de ser escritos por indios particulares de otros pueblos, muchos años después de la conquista, sin más noticia para ello que las que entre los particulares estaban difundidas, y estas otras son las originales de la corte y que conservaban en su modo de escribir sus sumos sacerdotes; y así aunque lo más es quimera, se ha de tener por lo más auténtico, tocante a las noticias de sus cosas, en lo que llevan camino y concierto.³⁾

Bien claramente dicen y declaran del misterio de la trinidad santísima, que son tres personas y un solo Dios, uno en esencia; y que este creó el cielo y la tierra sin atribuir esto a otro alguno. Esto es lo que más causa duda y espanto, que no habiendo tenido los hebreos conocimiento claro de todas tres personas divinas porque este soberano misterio no se entendió claramente hasta que vino Cristo señor nuestro al mundo, ¿de dónde pudieron tener estos bárbaros en partes tan remotas esta noticia? Que tuviesen noticia de la creación, del diluvio, de la estrella de Jacob que profetizó Balam, de la pasada del mar Bermejo y otras cosas que tocan; y aun de la encarnación del verbo en una virgen, todo esto se hallaba en la sagrada escritura y los profetas que aqueste pueblo hebreo

1) Parece aludir a Vázquez: véase Estudio preliminar.

2) Ximénez alude al Popol Vuh con el apelativo de sus *historias*.

3) Véase nuestro Estudio preliminar a las Obras de Fuentes y Guzmán.

tuvo y supo; ya eran instruidos en esta ley; mas del soberano misterio de la trinidad santísima, solo me persuado, a lo que muchos dicen, que alguno de los apóstoles vino a aquestas partes: de que se hallan vestigios en muchos lugares, y memorias y señas que hay tan ciertas que son como evidencias; como refiere el señor Piedrahita en su *Historia del Nuevo Reino de Granada*, el muy reverendo padre maestro Meléndez en su *Historia de la Provincia de San Juan Bautista del Perú* y el muy R. P. fray Diego López Cogolludo en su *Historia de Yucatán, y otros*.¹⁾

Y si en la materia puede valer alguna conjetura, aquí tiene lugar la que dice el M. R. padre M^o fray Antonio de Vieira, en un sermón del Espíritu Santo, donde dice que el santo apóstol santo Tomás fue el que aquí predicó en esta América. En castigo de la incredulidad que tuvo de la resurrección gloriosa de su maestro, le cupo en parte el predicar a gente tan incrédula, que hasta el día de hoy, al cabo de tantos años, no hay forma de acabar de radicarse en la fe andando siempre vacilando en si será o no será. A mí no me descuadra como sentir de tan gran maestro, y con ella me afirmo en otra que yo hago sobre cuál sería el motivo de dar Dios aquesta América a la nación española y no a otra; y abstrayendo, de que cómo estos son tan fáciles de creer y no creer, si otra nación que no fuera la española, que constante persiste en la fe, introdujera con facilidad otra cualquiera secta de las que se profesan en Francia y Alemania, yo discurro que Dios dio aquestos indios a los españoles para que con su flema y torpeza fuese contrapeso al orgullo y viveza española, porque es cierto que el mayor contrapeso que tenemos los ministros, es lidiar con estas gentes tan opuestas al genio español.

Esta noticia del misterio altísimo de la Trinidad y de la Encarnación y otras, lo tuvieron otras naciones, como el ilustrísimo señor don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa escribe, de quien lo sacaron, nuestro Remesal en la *Historia de aquesta Provincia*, el citado de la *Historia de Yucatán* y el maestro fray Gerónimo Román en su *República de los Indios*, de quien me pareció trasladar aquí parte del capítulo 2^o anotando en lo que padece equivocación, dice, pues (*a fol. m. h. 129*):²⁾

“También tuvieron por Dios a la Santa Cruz aunque no sabían qué representase, porque en el reino de Yucatán, en una villa llamada Cozumel, había en un patio una cruz grande de piedra y cercada con muchas almenas, a la cual reverenciaban y tenían en mucho y venían a visitar de muchas partes y muy diversas: tenían esta figura para encomendarse a ella en tiempo de muy gran seca, de manera que le pedían agua cuando tenían necesidad; ofrecíanle por sacrificios codornices, como adelante se dirá. (*Esta cruz discurren muchos, y con buenos fundamentos, la pusieron allí los primeros descubridores de aquesta tierra firme; y después de años que vino Francisco de Montejo, la halló: que sería la que dice el muy reverendo padre Cogolludo /lib. 1^o, c. 6/ que puso Cortés allí; y la que dice el mismo y que se halló de piedra con la imagen de Cristo crucificado /lib. 2do., c. 11/; debió de ser lo mesmo lo que cita del capítulo tercero de Bernal Díaz; y es que se haliaron señales como de cruces*). Tenían por

1) Véase Bibliografía en Estudio preliminar.

2) Véanse Casas, Cogolludo, Remesal y Román en Bibliografía.

memorias antiguas que pasando por aquellas tierras un hombre muy hermoso les dejó aquella señal para que se acordasen perpetuamente de él; otros dicen que les fue dicho que había muerto en ella uno más resplandeciente que el sol; y así lo refiere Pedro Mártir en sus *Décadas*; ¹⁾ también tuvieron noticia de la santísima trinidad porque en el obispado de Chiapa (*esta memoria que él refiere fue en Yucatán, no en el obispado de Chiapa*) se halló cierta gente que tenían por Dios al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo y que el Padre se llamaba *ycona* (*estos nombres de las tres divinas personas es en lengua yucateca; que en éstas, como se ha dicho en sus Historias, el Padre se llama huracán nimacaculha, el Hijo chipicaculha, el Espíritu Santo raxacaculha; lo que dice ser Madre del Hijo se llama xquic: quic quiere decir sangre, antepuesta la x por ser nombre de mujer*), el cual había criado los hombres y todas las cosas, el Hijo tenía por nombre *bacab*, el cual nació de una doncella siempre virgen, llamada *chivirias*, que está en el cielo con Dios; al Espíritu Santo nombraban *estruac ycona*, dicen que quiere decir el gran Padre; de *bacab*, que es el hijo, dicen que lo mató [lo puso (?)] y lo hizo azotar y puso una corona de espinas y que le puso tendidos los brazos en un palo, no entendiendo que estaba enclavado sino atado y así para lo significar tendía los brazos, donde finalmente murió. (*Esto de corona y azotes, no dicen estos: sino crucificados, esto es, tendidos los brazos en forma de cruz se arrojaron —hunahpu y xbalanque— en la hoguera, explicando por el término —rip— que es el propio de: tender estacando; como que, o cuando, se estaca*). Estuvo tres días muerto y al tercero tornó a vivir y se subió al cielo y que está allá con su padre; y después de esto, que vino luego el Espíritu Santo que se llamaba *xtruac* y hartó la tierra de todo lo que hubo menester. Todo esto dice el obispo de Chiapa que supo de informaciones que tuvo en su obispado (que se le remitieron de Campeche) y siendo preguntados que de adónde tenían aquella noticia, respondieron que los Zochicas y señores lo habían enseñado así y que, de mano en mano, había venido de padres a hijos. Asimismo se halló memoria de que vinieron veinte hombres y el principal se llamaba *colcolcam* y que este era tenido por dios de las fiebres o calenturas (*estos 20 hombres —dice— son los mismos que aquestas Historias refieren que son los señores del infierno —huncame, ucubcame— y los demás a quien se atribuyen las enfermedades*); donde los otros eran dioses contra el pecado y otros dos de los campos y heredades, y otro que tenía cargo de enviar los truenos. Estos, dicen que traían las ropas largas y por calzado sandalias, las barbas largas y grandes y descubiertas las cabezas: estos dicen que enseñaban a los hombres que se confesasen y ayunasen y que ayunaban algunos pueblos los viernes (*esta memoria de los viernes no la había acá, ni se conocía este día señalado: porque de ningún modo había orden de semanas, sino de meses*) señaladamente, lo cual hacían porque aquel día murió *bacab* y aquel día tiene por nombre *himis*, al cual honraban y reverenciaban por haber muerto en él *bacab*. De estas noticias particulares no tenían noticia los pueblos en común, mas los señores y la gente principal tenían inteligencia y lo comunicaban con los demás; todavía el pueblo reverenciaba las tres personas, conviene a saber

1) Véase Pedro Mártir en sus *Décadas*, en Bibliografía.

ycona, bacab y xtruac, y chivirias madre de bacab; y asimismo reverenciaban a la madre de chivirias que se nombraba xchen (esta madre del hijo, y su madre xchen, que dice aquí, son sin duda las dos dichas arriba: xquic, madre de hunahpu y xmucañe su abuela; esta no es madre de xquic, sino suegra; y no alude a Santa Ana); de manera que al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y Santa María Nuestra Señora con su bendita madre santa Ana, conocían aunque confusamente. Si esto es verdad, sin duda nuestra santa fe y religión fue publicada y predicada por aquella gente. Algo hace esto ser verdad por hallarse en esta provincia y reino algunos edificios y letras o caracteres más particulares que en otras partes. (Adelante se dirá de los edificios y letras: que fue cosa común a toda la América).

“Tuvieron otro dios famoso los indios principalmente en la provincia de Guatemala a treinta leguas adelante a donde se llama la Verapaz, que entonces se decía Utatlán. *(Aquí va todo confundido: Utatlán es Santa Cruz, que fue la corte del rey; la Verapaz está contigua a esta provincia).* De este dios cuentan una cosa digna de admiración, y si supiéramos que acaeció después de la encarnación y pasión de Cristo, todavía de cosa fabulosa la convirtiéramos en verdad; pero, sea lo que se fuese, ellos tienen que este dios fue a hacer guerra al infierno y peleó con aquella infinidad de diablos y los venció y prendió al rey del infierno y otros muchos de los suyos y que volvió al mundo; pero llegando cerca de la tierra, el rey del infierno, pidió que no lo sacase de su lugar y *xbalanque* (que así se llamaba este dios) le dio un empujón, y lo volvió a su propio reino y le dijo: Sea tuyo todo lo malo, sucio y feo. *(Este xbalanque atrás queda dicho quién fue y cómo bajó al infierno y hunahpu: como todo esto a larga va escrito; y se ve en lo que tengo dicho cómo están confundidas las noticias: como se ve en lo que dice este autor).* Y que viniendo vencedor *xbalanque* los de Guatemala y Verapaz no lo quisieron recibir con la honra que era razón, y se fue a otra provincia donde fue recibido con muchas ceremonias, y que de este vencedor del diablo, tuvo origen de sacrificar hombres” *(y que el sacrificar hombres no tuvo principio, sino lo de balamquitze: y los demás, como está dicho arriba).* Hasta aquí fray Gerónimo Román en el lugar citado.”¹⁾

CAPITULO XXIII

Donde se prosiguen las mismas advertencias

Muchos son los misterios de nuestra santa fe católica y del testamento viejo y profecía que aquí toca; pero todo está tan lleno de errores y disparates y cuentos, que bien se echa ver ello, obra de quien fue; de aquel perversor de todo lo bueno; que tuvieron noticias de Dios y de sus misterios es cosa cierta como se ve en todo ello: que esto fuese por la predicación de algún apóstol, es cosa muy verosímil, como queda dicho

1) Román: *Repúblicas*, I. 2; Casas: *Apologética*, CXXIII y CXXIV.

arriba; y lo más cierto que fue esto, y juntamente las tradiciones que conservaron del pueblo hebreo, de quien sin duda descienden. Y lo que yo he llegado a pensar en este caso es (que viendo por una parte la malicia de satanás la guerra y enemistad que siempre tiene con su creador, por lo cual procura siempre usurparle su gloria desde que le quiso quitarle su trono y asiento, y también lo que hallo en noticias antiguas) que previniendo el demonio que había de llegar a estas partes la predicación del santo evangelio, les misturó entre todos aquellos misterios de las mentiras y marañas que allí están revueltas con los nombres de aquellas personas que allí introduce de *hunahpu* y *xbalanque*; que claramente no dice que estos eran dios sino unos hombres, como nosotros decimos, divinos como llamamos a los santos, que de la comunicación con Dios ya no parecían humanos; y las cosas que hacían y obraban eran de Dios, que por su medio las obraban, para que cuando llegase la predicación se confundiese el evangelio, viendo que hacía tanta alusión a aquellos de los que dice el santo evangelio, como fueron Cristo, María señora nuestra y los santos apóstoles y san Juan Bautista y los demás santos que les sucedieron, aquellos que referían sus historias y mentiras. Como se ve *por lo que* sucedió en aqueste reino poco después de conquistados, que oyendo las vidas de Cristo y de nuestra señora, de san Juan Bautista y de san Pablo y otros que los padres les enseñaban; se levantó un indio mejicano pseudo-profeta que enseñaba que *hunahpu* era dios y que *hunahpu* era el hijo de Dios *xuchinquezali* (*que es mejicano*) y *aquiexquic* Santa María, *vaxaquicab* san Juan Bautista, *huntihax* san Pablo; con lo cual hubo tanta conmoción entre los indios, que estuvo esto para perderse; porque llegaron a imaginar que nuestro santo evangelio nada les decía de nuevo, que eso ya se lo sabían. Y se trabajó mucho en esto, y aun todavía se trabaja y se trabajará, porque no hay forma de entrar en nuestra santa fe a derechas, aunque en esto no hay que culpar a muchos, porque sobre ser gente rústica de poco talento, faltos de letras y de enseñanza, por muchas partes no acaban de entender cómo es esto de la fe; aunque por muchas partes hay indios muy despiertos y donde se dan a las letras aprovechan muy bien en ellas. Pero ha sido tal la desgracia de estos miserables que ya que no cursan escuela, si ellos tuvieran libro en su idioma en que leer los misterios de nuestra santa fe católica, y toda la doctrina cristiana explicada con estilo llano, como la explicó el Ve. Pe. y apóstol de estas gentes fray Domingo Vico: en dos partes la una que empieza desde el ser de Dios y la creación del mundo hasta la venida de Cristo y la segunda desde santa Ana y san Joaquín hasta el juicio final, obra verdaderamente tan admirable que en nuestro idioma fuera admiración aun en los más doctos. Escribió aqueste mismo Ve. Pe. otros muchos tratados y oraciones devotos, pero aunque los escribió en las lenguas cakchiqueles, quiché y zutuhil, cacchí, pocoman y lacandón, como no se dieron a la estampa aunque se procuró trasladarse, ha sido muy poco lo que se ha podido extender: y así muy a puras penas se hallan de aquestos libros en tal o cual pueblo y eso oculto entre los maestros y fiscales. No fue solo aqueste Ve. Pe. el que trabajó en escritos, que hubo otros muchos

insignes escritores como fue el Ve. Pe. fray Francisco de Viana en la lengua pocomán, fray Dionisio de Zúñiga (?) en las admirables obras que escribió en la misma lengua, tradujo en la quiché de la vida de Cristo y de la Virgen, tratado de oración, del rosario y otros muchos devotos; pero no se han impreso, y padecen el mismo defecto. Otros muchos escribieron de quienes se hará mención adelante en el libro segundo; que cierto ha sido cosa lastimosa, que habiendo tantos arbitrios para con su majestad para todas las cosas de interés, y otras que mejor fuera que no les hubieran dado, no ha habido uno que propusiese a su majestad se imprimiesen de estos libros, que no dudo de la piedad de nuestros católicos monarcas que no excusaran el gasto de cosa tan pía y santa, y de que redundara tanto bien espiritual a sus vasallos: pues nunca excusa cosa alguna que conduzca a su bien, como lo estamos mirando en las justificadas leyes que expide.

Los ministros evangélicos bien lo han trabajado y lo trabajan; pero tienen tan poca ayuda y fomento de los ministros de su majestad, que ni aun, en el enseñar a leer cuatro muchachos para el coro, se puede conseguir; pues qué si se les pide para reparo de una iglesia que manda su majestad que se haga a su costa ¡eso es imposible y cosa infinita! Lo común es no conseguirse, y si se hace es a costa de los pobres indios, y si se consigue la cuarta parte de tributos por dos años: en esto y procuradores y escribanos, agente-fiscal y oficiales reales se suele consumir la mayor parte, o todo de lo que se ha de dar. A mi me sucedió pedir 30 tostones que estaban en la caja real de la comunidad de un pueblo, que manda su majestad, que de esto si lo hay, se hagan los reparos de las iglesias y ornamentos: eran para unos manteles que se carecía de ellos en el altar, y en diligencias se gastaron 12 tostones, y faltaban tantas que, viendo que todo se había de consumir en esto, lo dejé, y allá se perderá como otras muchas cosas; esto es materia infinita y quebrarse la cabeza más que aprovechar, y así mejor es dejarlo y pasar a otra cosa.

No hay duda también que lo inculto de aquestas gentes y su gran retiro de comunicar con los españoles es mucha parte de estar muy poco cultivados algunos de ellos; y también aqueste modo de pueblos que por muchas partes hay desparcidos, que por pequeños, hay dos y tres y a veces seis y ocho pertenecientes a un mismo ministro: a que no se puede acudir con aquel cuidado que se requiere y continua doctrina; que si estuvieran juntos en poblaciones razonables, todos debajo de una misma campana y a vista de su mismo ministro, no hay duda que estuvieran mucho mejor; pero la maleza de la tierra y lo barrancoso es de tal calidad que si se hallaba que para una población buena o que tenga sus tierras para sus sementeras, no se hallan dos parajes de estos: y de este modo, junto uno y otro, su natural tan corto y pusilánime, la aversión que tienen al español, y lo inculto de aquestas montañas produce un género de gente bien agreste y montaraz. Y es cierto que si fuera dable que sus ministros y sacerdotes fueran de su misma nación mucho más fruto se hiciera, porque son de tal calidad estos y tanta la desconfianza que de los españoles tienen, que porque los ministros son españoles casi se puede decir que no

creen lo que les dicen poniéndolo siempre en duda; pero si otro indio como ellos les dice un disparate lo creen fijamente y corre entre ellos como si fuera mucha verdad: pero lo cierto es que son casi incapaces de ser ministros de la Iglesia por sus ruines propiedades y natural inclinación a la embriaguez.

Solo en lo que se conoce que están persistentes, no sabemos su interior, es en lo que se han criado de creer en Cristo, su pasión, la virgen santísima y los demás misterios de fe; pero esto pienso que es más porque no oyen cosa en contra; que si la oyeran no dudo que entre ellos se difundiera cualquier error, como lo hemos visto en estos días en la sublevación de la provincia de los zendales de aqueste reino, de que se tratará a un tiempo; pero tienen eso bueno que con la misma facilidad que asienten, desienten de cualquiera cosa; y así decía arriba que sin duda al dar aquestas Indias a los españoles es por la firmeza que en ellos se ve en la fe católica: porque a poseer esto otra nación menos firme, ya no se conociera de qué color era la fe católica en aquesta América.

De otros disparates y verdades que en estas historias se trata, diremos alguna cosa en los capítulos siguientes, como se fuere ofreciendo tratando de aqueste reino y monarquía.

CAPITULO XXIV

De la situación de aqueste reino de Guatemala, y de la venida de aquestas gentes

Siempre es muy conveniente para venir en la entera noticia de la cosa, el dar alguna luz de lo que ello es, y más en historia de provincia como esta; y así tuve por conveniente, el dar alguna luz de aqueste reino que lo fue en su gentilidad, que se llamó Tecpan-Guatemala, en la América Septentrional, que así se puede llamar respecto de lo que se llama Meridional, por estar por la parte de la línea por el polo antártico; ésta de aquesta Tierra Firme, que lo es con la de la Nueva España, está de aquesta parte de la línea por el polo ártico.

Corre todo aqueste reino en muy dilatadas provincias, casi de oriente a poniente por más de quinientas leguas, desde la raya que divide aqueste reino de el de la Nueva España, que es el fin de las provincias de Chiapa, hasta el fin de las provincias de Nicaragua, donde terminando en unas montañas dilatadísimas va a dar con Tierra Firme de Panamá, en cuya inmediatez hay muchos indios infieles de cuyas reducciones se trata por lo que llaman la Talamanca, que es por la parte de Nicaragua que toca a este reino y por la otra parte también que es la que mira a Panamá, como dice el M. R. P. M^o fray Juan Meléndez en las tres partes de su *Historia del Perú* a donde toca aquello.¹⁾

1) Meléndez: *Tesoros verdaderos de las Indias*, Roma, 1681-1682: véase Estudio preliminar.

Hállase todo aqueste reino por los lados de su anchura, que por partes es mucha y por otras no tanto, aorillada a los dos mares por el uno el mar del Norte y el Océano, y por la otra el mar que llaman del Sur. Aqueste no solo es abundante de todo género de pescados, sino también de muchas perlas y buenas que se cogen en la provincia de Nicoya y en toda aquella costa e islas hasta Panamá. También se tiñe en aquella costa el hilo que llaman *de caracol*, cierta cosa de mucha estimación, llamado así porque se tiñe con la baba que cierto caracol, que allí se cría entre las piedras de aquella costa, arroja quedando por luego de color verde de esmeraldas y después poco a poco, como se seca el humor o baba, se pone de un morado tan agradable que tira a púrpura. Quizás serán estos los *múrises* que tanto se estimaron antiguamente, con que se teñían las púrpuras de los reyes. Este caracol goza de las mismas influencias que la mar en los movimientos de la luna y así solo en la luna llena se tiñe porque entonces abunda en aquella babaza o humor que echa. Es este hilo de caracol trato de muchos intereses, como mucho más el de las perlas, donde también abunda la tortuga de carey, cosa también de mucha estima.

No es menos fecundo el otro mar del Norte y toda su costa en abundancia de pescados y de las tortugas de carey que también aquí se pescan disformes en grandeza, así de aquestas como de las que se traen para el sustento de la ciudad de Guatemala y otras muchas partes; aunque más goza de esto y de los pescados del otro Mar del Sur por cogerlo más cerca.

Hállase aqueste reino, tomando el asiento como en esta ciudad de Guatemala, en la altura de quince o diez y seis grados, de altura de polo o latitud poco más o menos, conforme se llega más a la parte equinocial, o la parte del norte, o polo ártico.

Comprende aquesta gobernación de aqueste reino, muchas y muy dilatadas provincias, teniendo en sí cuatro gobiernos además del supremo que está anejo a la presidencia, que los tres son capitanías generales, fuera de la presidencia que es sobre todas las provincias: de Nicaragua que es capitanía general, la de Costa Rica asimismo capitanía general, el gobierno de Comayagua que también es capitanía general; y esta y la de Nicaragua son obispados ambos a dos; el corregimiento de Nicoya, el corregimiento del Realejo, el corregimiento de Sébaco, la alcaldía mayor de San Salvador que es una provincia muy dilatada; la alcaldía mayor de la villa de Sonsonate que es puerta del comercio con el Perú. Síguese por aquella costa el corregimiento de Escuintla y se da la mano con la alcaldía mayor de Atitán y Tecpanatitán que es cosa muy dilatada y con la de San Antonio Suchitepéquez, provincia muy pingüe y abundante por la gran cosecha del cacao, con que confinando está con el gobierno de Soconusco que por aquella parte termina aqueste Reino y empieza el de la Nueva España. Confina también este gobierno de la Nueva España con la alcaldía mayor de Chiapa que es obispado y comprende tres provincias, la de los zozques, la de los zendales y la de los zoziles y otras naciones más cortas. En esta alcaldía mayor también termina la jurisdicción de aqueste reino, empezando el de la Nueva España, por el de Tehuantepecque y Tabasco; aunque este con pertenecer al obispado de Cam-

peche, su administración toca a aquesta provincia de San Vicente de Chiapa de Guatemala de mi sagrado hábito. Linda aquesta alcaldía mayor con la de Huehuetenango, provincia muy dilatada, y esta con la alcaldía mayor de Quezaltenango, aunque esta no es tan extensa. Hacen raya la de Huehuetenango y la de Atitlán con la provincia de Verapaz muy dilatada, que antiguamente fue obispado y después se suprimió y unió con este de Guatemala. Esta provincia de Verapaz confina con el corregimiento de Zacapa y este con el de Chiquimula de la Sierra y este con el de Guazacapam, dejando todos estos últimos, como en medio y en riñón, el corregimiento del Valle de Guatemala, siendo sus dos alcaldes uno seis meses y el otro otros seis meses corregidores del Valle: en cuyo centro viene a estar la ciudad de Guatemala, cabeza ilustre de todo aqueste gobierno, de que después se hará especial mención en el libro 2º que lo merece lo ilustre de su caballería y suntuoso de sus fábricas.¹⁾

En todas las más de aquestas provincias hay muy lindas villas y ciudades pobladas de muy buena gente e ilustre, así de la que descende de sus conquistadores como de la que después ha ido viniendo por diferentes motivos y cargos; abunda todo aqueste reino de muy nobles y copiosos frutos, como son el añil que es mucho el que se coge, el achiote, el cacao, la vainilla, muchos minerales de cobre, hierro, plomo y plata, y sobre todo de oro que es por mayor lo que abundan las tierras de Comayagua y Nicaragua, aunque por poca cura no se aprovechan de ella lo que pudieran; abundante de todos géneros de bastimentos y frutas, que con poco se mantienen las familias porque todo está muy barato y abundante; abunda en zarza y otros frutos, que sería muy largo de contar, por lo cual ha sido aqueste reino muy frecuentado y rico de comercios que podía competir con los más opulentos; aunque el día de hoy por las calamidades de los tiempos se halla algo corto: ¡Mas qué mucho si los más ricos de Lima y Méjico se hallan tan atrasados! Todo procede de la cabeza que es España, y si esta se halla tan fatigada de calamidades y desdichas, ¡cómo pueden estar las demás partes de este cuerpo de aquesta monarquía!

Muchas y muy varias naciones son las que habitan este reino de los naturales indios suyos, siendo menos o más pobladas las provincias, según son más o menos pingües y según más o menos padecieron de aquella asolación que se hizo en las conquistas, pues como dice el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray *Bartolomé de las Casas*, las provincias de Nicaragua y Comayagua,²⁾ eran pobladísimas; pero como dice *Torquemada*, libro 20, capítulo 68, en aquellos principios mataron, quemaron y tomaron por esclavos más de cinco cuentos de indios, y hoy se hallan tan desiertas que se anda mucho despoblado para llegar a un pequeño pueblo; pues aunque más algunos escritores quieran dorar las muchas crueldades que en aquel tiempo se usaron, no lo han de poder oscurecer; y aunque esto se callara, las piedras de las ruinas y despoblados clamaran. Ojalá, y no hubiera sido así, que menos dolor sintieran muchos conquis-

1) En el libro segundo no aparèce esta mención.

2) Casas: *Destrucción*, fol. 12 v.; véase Estudio preliminar. Torquemada: *Monarquía*, XX, 68; III, p. 548; véase Estudio preliminar.

tadores en su corazón a la hora de su muerte, como lo sintió el adelantado don Pedro de Alvarado, cuando estando para morir, acordándose de los males que había hecho a tantos miserables, dando terribles suspiros y ayes, le preguntó un su amigo: ¿qué es lo que más le duele? —A que respondió: “El alma”.¹⁾ Dichoso dél que tuvo tiempo de arrepentirse y de los demás que se arrepintieron, y desdichados de los que no tuvieron lugar de ello, o no lo supieron lograr. No es dudable que fue terrible el azote que Dios les envió a aquestos miserables, tan justamente merecido por sus maldades, en estas guerras de la conquista, de que se sacó tan gran bien como se ve en el gran número de predestinados que su infinita piedad tenía escogidos en esta tan dilatada y poblada parte del mundo; pero también es cierto que muchas veces Dios castiga para satisfacción de su justicia y que después echa el azote en el fuego como hizo con Atila que se intitulaba él mismo *flagelum Dei*, *azote de Dios*, y después echó aqueste azote en el fuego de los infiernos ¡y ojalá no haya sido así de los que trajeron su Santo Nombre a aqueste mundo con tanto trabajo y agonia como pasaron en aquestas conquistas! Querer reducir las naciones de las gentes de este reino a un principio, y este cual sea, es materia imposible que solo Dios puede entender como fue aquesta propagación y extensión; pero lo que se tiene por más verosímil es que aquesta extensión vino del pueblo hebreo, como queda dicho arriba en el capítulo 1º de aqueste libro y que proceden de aquellas gentes que Salmanasar rey de los Asirios llevó cautivos a Babilonia entre cuyas gentes fueron todos los cananeos, que no hay duda se revolvieron con los hebreos después que desampararon y dejaron al verdadero Dios. Estos todos que se mixtaron, pues no hay noticia ya de estas gentes, y especial de los filisteos que tenían aquella parte de la tierra prometida, después que David los sujetó y le tributaron, ya que después no se hace mención de aquestas gentes y fue la parte que quedó con Jeroboán cuando se alzó con las diez tribus y se llamó rey de Israel a diferencia de Roboán que se llamó rey de Judá; con que no cabe duda que se mixturó y se hizo una, idolatrando todos en aquellos ídolos que levantó Jeroboán, aunque totalmente no se extinguió en aquel reino el conocimiento al verdadero Dios conservándose muchos profetas del Señor; y así siempre estuvieron vivas las noticias de Dios verdadero, de los libros de la ley, que es el Pentateuco, y los profetas: y si se atiende al sagrado texto con esta gente parece que habla Dios al capítulo 7,20 de Isaías cuando los condena a la esclavitud y cautividad que han de tener en Babilonia diciendo: *In die illa radet Dominus in novacula conducta in his, qui trans flumen sunt, in rege Assyriorum, caput et pilos pedum et barbam universam*. En que parece nos pinta a estos lampiños de barba y de vello, como son todas las naciones de los indios; ni me parece va muy apartado de buen discurso el que anunciase el profeta su calamidad y castigo, cuando en sentir de muchos anunció también su salud en aquella profecía: *Ite angeli veloces ad gentem convulsam et dilaceratam: ad populum terribilem, post quem non est alius: ad gentem*

1) Remesal: *Historia*, IV, 5; I, p. 249; véase Estudio preliminar.

expectantem et conculcatam. c. 18. v. 2. “Andad ángeles veloces a aquella gente que se halla hollada y desgarrada a aquel pueblo terrible después del cual no hay otro, a aquella gente que está esperando y conculcada”.

Entendiendo por aquellos ángeles veloces a los predicadores: aqueste pueblo terrible (por su inmensidad, pues si se considera aquesta nación de aquestos indios es la más dilatada que se conoce) toda destrozada, desgarrada y conculcada por satanás y sus sátrapas y ministros, que los mataban y sacrificaban comiéndose bárbaramente y con crueldades unos a otros; después de la cual ya no se halla otra; aunque en parte no se haya descubierto, en lo más está ya descubierta, y lo que falta por descubrir, toda es la misma nación.

Y no hay duda que con aquellas gentes que salieron de Palestina se llevó Nabucodonosor otras muchas de sus contornos de los heteos, jebuseos, amorreos, con todas las demás gentes que dice el capítulo décimo del *Génesis* que descendieron de Cam, hijo segundo de Noé, cuyos descendientes poblaron toda la tierra de Palestina, de cuyas gentes quedaron siempre reliquias, como consta del sagrado testamento, y que se viniesen propagando como se propagaron en tanta manera que llenaron tanta infinidad de tierra como ocupan.

CAPITULO XXV

Donde se prosigue la misma materia de la propagación de los indios

Que sea aquesta nación, o parte de ella, descendiente de Cam, hijo segundo de Noé, cuando no lo tenga por cierto, lo tengo por muy verosímil o probable, a que me inclinan algunas razones y congruencias.

La primera, la dicha en el capítulo pasado, de haberse misturado los israelitas con aquellas gentes que se llamaban cananeos, descendientes de Cam, que poseyeron a Palestina y sus contornos, y aunque esto no sucedió por luego (aunque no dejó de haber alguna mistura desde luego, como consta del libro de Ruth que era gentil, y Sansón que casó con una mujer filistea idólatra, y Salomón que casó con hija de Faraón gentil) pero donde más hubo esta mistura fue después que Israel se dio a la idolatría y fueron unos con los filisteos; y siendo llevadas estas diez tribus cautivas; de adonde es lo más cierto que descenden estos indios, no hay duda que de todos vinieron; y de los descendientes de Cam, que sean de las tribus de Israel, no pueden más claro decirlo cuando en sus *historias* dicen ¹⁾ que son trece las tribus de quien descenden: pues así fue que fueron trece las tribus de Israel con la sacerdotal que era la de Leví, que no se contaba, porque aunque fueron solo doce los hijos de Jacob (que habían de corresponder estos patriarcas a los doce apóstoles hijos del mejor Jacob) consta del texto que de la tribu de Joseph se hicieron dos con que son trece para que sacada la sacerdotal que no se había de contar, que-

1) Véase el capítulo XIII de esta primera parte.

dase la misteriosa del número perfecto: con que viniendo de Cam parte de aquestas gentes, por los cananeos que así se llamaban de Cam y de ellos “tierras de Canaan”, paso a otra conjetura y discurso.

Es cosa cierta entre católicos que no hay cosa alguna de las criadas donde no esté reluciendo quien fue su creador y expresándose el misterio sacratísimo de la trinidad santísima, como autor de todo. Donde más reluce es en la fábrica del hombre como obra que le costó tantas atenciones, como insinúa el texto sagrado y dícenlo todos los santos padres; y esto también brilla con maravillosos esmeros en las criaturas racionales de los ángeles y de los hombres, y como Dios no crió demonios sino ángeles muy perfectos, parece que la misma fuerza de ser criaturas de aquellas tres divinas personas hizo que prevaricase el Angel para que se dividiesen en tres clases: buenos, malos, y medios que participasen de ambos: que es el hombre, quedando en el medio para ser bueno si quiere y si quiere ser malo: como en remedo de tres; que aunque no tiene su equiparación en el todo tiene en parte, y por eso parece que el Hijo a quien cabía el medio, tomó nuestra carne y fue tenido por demonio y por inicuo y por perverso ¹⁾ y siendo maravilla la correspondencia para que reluciese aquel soberano misterio (trino en personas uno en esencia) que todas tres criasen uno de quien se propagase el género humano; y pudiendo criar a Eva, no lo hizo sino que la sacó de Adán como adunando en uno o en una esencia todas tres divinas personas; y después en la reparación del orbe de uno salieron tres (que fue Noé con sus tres hijos), para reparar el orbe.

Y de aquí nace otra admirable correspondencia, aqueste soberano misterio, que fuesen tres en quien quedase otra vez la reparación del orbe, que fueron Sem, Cam, y Jafet; pero el segundo fue el maldito por su padre por aquella tan grande desvergüenza que cometió; y de aquí parece procedió el dividirse el mundo en tres géneros de gentes y en tres partes, unos puramente blancos, unos puramente negros, y otros mixtos, que ni son blancos ni son negros sino que participan de ambos, como son todas estas gentes de los indios que empiezan desde la Tartaria, China, Japón, Camboja con todas las demás tierras que pueblan todos estos reinos, siendo todos unos en color, ser lampiños, y en costumbres; dando a los blancos la Europa, a los negros el Africa, a los mixtos el Asia donde cae la China, Japón y Tartaria que es la propia división del mundo: que ésta de la América es añadidura, y se debía contar por Asia por las gentes que le habitan como son los gitanos, *membrillo cocho* como los indios.

Y es cosa muy reparable que fuese Cam, el hijo de enmedio, el malo, de quien descienden todos los cananeos que hemos dicho se mixturaron con los hebreos, a quien maldijo su padre Noé, diciendo: *Maledictus Chanaan, servus servorum erit fratribus suis*. “Sea maldito Chanaan, y será siervo de los siervos de sus hermanos”. De ninguno otro se verifica aquesta maldición, como de aquestos indios que se ven tan sojuzgados y avasallados, que son siervos de los mismos siervos; pues no hay hombre por

1) Isaias LIII, 12: “cum sceleratis reputatus est”. Joan VIII, 18: “Daemonium habet”.

vil que sea, aunque sea un esclavo, que no los ultraje y maltrate, que es indecible la servidumbre en que se ven, aun de aquellos que tienen obligación de cuidar de su libertad. Y si se atiende a la alegoría que decíamos de ser tres y el de enmedio maldito, no él en todo rigor, sino su descendencia *Maledictus Canaan*, también se verifica de la segunda persona que no se desdeñó de tomar carne humana de la descendencia de Canaan que fue Raab, meretriz de Jericó, para que siendo maldito, como dice san Pablo, nos redimiese de la maldición y haciéndose siervo de los siervos de sus hermanos, cuando vino a ministrar y lavar los pies a sus discípulos, siervos de Dios, y de las demás personas sus hermanos, con que se cumplió la maldición de Cam por la desvergüenza de Adam, con su padre celestial, que pagó Cristo.¹⁾

Esta es la proporción maravillosa que se halla de las gentes que se multiplicaron de los hijos de Noé, dando la una parte del mundo a los blancos, la otra a los negros, no siendo así porque el sol los tuesta, como dicen algunos, pues se ve que el negro engendra negro, en España y en la América; y el español aunque esté en Angola engendra blancos; sino para ostentar su grandeza y poner el sello a todo el género humano como obras de sus manos; y la tercera parte de mixtos que ni son blancos ni negros sino medios, como Cam lo fue de sus hermanos, el de en medio.

Cómo se confundiesen sus lenguas, como se ve entre esta gente tanta diversidad de ellas, bastantemente lo manifiestan en sus *historias*, que no saben como fue, ni nosotros tampoco sabemos cómo fue la diversidad de las lenguas que hay en el mundo, si no es por lo que dice el texto sagrado al capítulo 11 del *Génesis*; que los confundió Dios en la torre de Babel para que no se entendiesen unos a otros. (*Genesis XI, 7*).²⁾ No dice el texto sagrado cuántas lenguas se dividieron; y aunque algunos dicen que en setenta y dos, no me parece probable, pues solo lo que hoy está descubierto en aquesta América excede a las setenta y dos, porque no hay provincia que no tenga lengua diversa; y solo en aqueste reino de Guatemala que no es de los mayores, se reconocen más de treinta. Verdad es que no todas son diversas entre sí, sino que v. g. en un reino hay una lengua, y ésta se ha corrompido de diversos modos en cada provincia y aun en cada pueblo; como si dijésemos la lengua latina que diferentemente la corrompió el alemán, de otro modo el francés y de otro modo el italiano y de otro modo el español, y este de diferentes modos usa su corrupción en Castilla, en Gótica³⁾ y en Portugal. Asimismo se ve en este reino de Guatemala la lengua Quiché que sea como madre y origen de las de aqueste reino, conviniendo todas en la simplicidad de los términos, diversificando en el modo de conjugar los verbos y declinar los nombres; pues de aquesta se reconocen las lenguas siguientes: la cacchiquel, la tzutuhil, la pocoman, la poconchí, la cacchí, la chol, la muzbé, la ixil, la chanaval, la zozil, la zendal, la lacandón, la mopán, la del itza, la de

1) Gál. III, 13: "factus pro nobis maledictus"; Luc. XXII, 27: "in medio vestrum sum, tamquam qui ministrat".

2) Véase cap. XIII de esta primera parte.

3) Góttica en ms. orig.

campeche; y otras de menores partidos y pueblos, abrazando todas estas lenguas, que son hijas de la Quiché, mucha parte y la más poblada de aqueste reino.

Tocante a aquesta lengua Quiché que es la que se habla en la corte de este reino e imperio del Quiché no quiero omitir que, pues se ofrece ocasión lo que más de veinte años que practico aquesta lengua, a que me he aplicado con singular cuidado con deseo grande de desentrañar sus más recónditos secretos, de que no hallé noticias de tantos como escribieron antes de tantas lenguas; y aunque parezca jactancia, que no lo es pues le doy las gracias al dador de todo, puedo decir que la he llegado a comprender como ninguno: y no queriendo ocultar mi talento, tal cual Dios me lo comunicó, he escrito tres tomos de a folio con el título de *Tesoro de las lenguas Cakchiquel, Quiché y Tzutuhil*, que son muy símbolos; habiendo considerado y contemplado tan grande orden y armonía en la que antes oía decir que es bárbara, tan grande propiedad en el decir, tan llegada a lo natural y propiedades de las cosas; que yo no me llevo a persuadir sea aquesta lengua como alguna de las otras cuyas voces son signos *ad placitum* y raras son las que son como signos naturales. En esta lengua quiché son como signos naturales con tal orden y correspondencia que no hallo otra lengua más ordenada, ni aun tanto, de tal modo que me he llegado a persuadir que esta lengua es la principal que hubo en el mundo. Explicaréme: que cuando mis razones no concluyan evidentemente, porque en esto ya se ve que no se puede hallar evidencia, a lo menos parece que algún tanto probará mi conjetura; y para esto se ha de presuponer que Dios le influyó a Adán lengua en que hablase, pues consta del texto que habló, aunque no lo aprovechó como debía en dar las debidas gracias a Dios que le hizo tantos beneficios. Esta lengua, según dicta la razón y casi nos lo persuade la fe, había de ser la más perfecta y propia, porque siendo para explicar los conceptos y las naturalezas de las cosas ya se deja entender que había de ser la más propia y natural para que Adán le pusiese el nombre a todas las cosas y animales como se los puso y según sus propiedades, como dice Hugo sobre aqueste lugar: *quid vocaret ea: idem ex quibus proprietatibus eis imponeret nomina*.¹⁾ Esta lengua, es lo más común, que solo se conservó en los descendientes de Adán llegando hasta Abraham quien no es dudable que en él se conservó aquesta lengua, y peregrinando éste y sus descendientes, ya en Canaan donde se hablaba otra lengua, ya en Egipto que era otra, ya en la cautividad de Babilonia, recibió tanto detrimento, que San Jerónimo para hacer la traducción que hizo de la Biblia, hubo menester recurrir a todas estas lenguas para hallar las raíces propias de los vocablos para darle su propiedad genuina que le correspondía al latín.

Ahora, siendo la lengua que habla Adán la que le infundió Dios, había de ser la más perfecta.²⁾ Esta perfección consiste en el mayor orden que había de tener como todas las demás cosas que Dios hizo, como

1) Gén. II, 19: "Adduxit ad Adan ut videret quid vocaret ea" Hugo, *super hunc locum*. Véase Estudio preliminar.

2) Gén. II, 21: "Omnia in numero, pondere et mensura disposuisse" Hugo, *super hunc locum*. Véase Estudio preliminar.

dice el Espíritu Santo, y lo más natural: que en eso consiste también la mayor perfección de la cosa y de la lengua, como dice el autor del *Tesoro de la lengua castellana*, que aquellas son las voces más propias que por la figura onomatopeya, se llegan a lo natural como aquesta voz *rayo* en aquella R fuerte parece denota aquel como rasgarse la nube que recoge y esta interjección *dolentis* “ay” es natural, y así sin que la aprendan la pronuncian los niños y sin saber lo que es, como les es dulce, no prorrumphen en otra voz para significar su dolor.¹⁾

Las cosas mientras menos mixturas tienen más se llegan a los elementos y estos son más puros cuanto menos²⁾ se les llegare de otra cosa; ahora las letras son los elementos de que se forman las voces, hablo no de las escritas sino articuladas y pronunciadas, mientras estas son menos son más propiamente elementos y son más naturales. Esto es lo que se halla en aquestas lenguas que todas sus simplicidades son de tan pocos elementos que todas son monosílabas, sean verbos, sean nombres con tal orden y concierto que se juega de las letras todas, sin faltar nada de su juego v. g. todas las cinco vocales cada una de por sí es vocablo que significa; antepón ahora todas las consonantes a las vocales *ba, be, ca, ce, cha, che*, etc., sic de coeteris, todos son términos significativos; ahora a todas aquestas consonantes con las cinco vocales añádele todas las consonantes y dí *bad, bed, bid, cac, quec, quic, coc*, etc. Ordénalo todo por el alfabeto y hallarás que no defectúa en el orden; trueca otra vez las consonantes que estaban al fin, al principio, y las del principio al fin; y hallarás tal orden que no se pueda excogitar otro, ni lo puede haber en toda la naturaleza, según las letras que conocemos. Esto no se puede ver tan claro aquí como en mis tablas que tengo puestas en la tercera parte de mi *tesoro* y en el *primer tomo* que es el *vocabulario* que empieza la lengua.³⁾ De tal modo es aqueste orden, que en un medio cuarto de hora puede uno hablar y saber todas las simplicidades de la lengua, aunque no sus significados. El mismo orden guarda al componer de estas simplicidades los compuestos, participios y verbales que de el modo que es casi infinito componer uno, componen todos, sin variar; pues ¿qué diré de lo propio de las voces? Aseguro y digo que son como naturales porque todas son como tomadas de las voces de los cantos, de los sonidos de las cosas y son tan propios en poner los nombres a cada cosa, que es cada nombre como definición de tal cosa. No se puede hacer aquí demostración tan por extenso como tengo hecha en mi *Arte* sino lo propio del tiempo, como es que de los tres, presente, pretérito y futuro, solo el presente es propio tiempo. Hasta eso lo significan en el mismo tiempo dándole imperfección siempre al que no es presente; a la mujer porque defectúa y su perfección es el del hombre, le pone siempre su imperfección. El *sum es fui* que es como intruso en la lengua latina, y es impropio porque como este significa el ser y este se presupone porque depone de todo cuanto se habla, ha de presuponer ser: así en la lengua hebrea no hay tal verbo;

1) Covarrubias: *Tesoro*, Véase Estudio preliminar.

2) *Más... más* en ms. orig.

3) *Arte y Vocabulario*. Véase Estudio preliminar: no se conserva más que la *Primera Parte* íntegra; quedan fragmentos de las otras partes.

hasta esa perfección tiene esta lengua en carecer de aqueste verbo. Con que siendo aquesta lengua tan perfecta en su orden, en lo natural: que no hallo otra que tenga aquesta perfección, ni la puede haber según los elementos que conocemos. ¿Cómo no me persuadiré que parece que en estos quichés quedó depositada la lengua primitiva? Quien quisiere ver esto probado en toda su latitud, vea mi *Arte*; ¹⁾ y diga si puede haber otro orden fuera de aquel en toda la naturaleza.

CAPITULO XXVI

De la propagación y extensión de estas gentes

Cuidadoso se hallaba el santo patriarca Abraham, ya muy entrado en años de ver que no tenía su casa sucesión, y entre quejas y súplicas le decía a Dios, que le prometía grandes mercedes: *Ego vadam absque liberis*. Ya yo me voy a la otra vida sin hijos.—No te aflijas Abraham: mira al cielo y numera las estrellas si puedes; así será tu descendencia—. *Suspice coelum et numera stellas si potes; sic erit semen tuum*. Y en otro capítulos: *Multiplicabo semen tuum sicut stellas coeli*, etc. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como las arenas que están en las orillas del mar. *Gen. XXII, 17*. No merecía menos bendiciones, quien teniendo a solo su hijo Ysaac en quien tenía asegurada su descendencia, lo pone al sacrificio con tanta fe porque se lo manda Dios; y le cumplió tan a la letra la majestad soberana con tantas ventajas la promesa, que en solo cuatro generaciones que sus descendientes estuvieron en Egipto, entrando solo ochenta personas se multiplicaron tanto que cuando salieron, sólo de hombres aptos para la guerra, sin contar mujeres, niños ni viejos, fueron seiscientos y tres mil quinientos y cincuenta; *Num. I* y aunque parece excesivo número, no era todavía el que había prometido Dios que había de ser como las estrellas del cielo y como las arenas del mar. Mucho se multiplicaron en la tierra de promisión; pero con guerras y calamidades hasta en tiempo de David que se contó el pueblo que se había aumentado poco más de otros tantos, porque solo llegaban a un millón y trescientos mil *2 Reg. XXIX* que fue poco aumento, ²⁾ respecto del primero porque si aquel solo con ochenta personas en cuatro siglos llegó a seiscientos mil, en siete generaciones que hubo desde la primera cuenta a la segunda, ya se ve lo que sube el multiplico. Casi en aqueste ser se conservó aqueste pueblo hasta que fue destruído con cautividades y guerras; y aunque es cierto que hay muchas de aquestas gentes desaparecidas el día de hoy por diversas partes, no es tanto el número que llegue a equivaler a la multitud como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

Donde parece que se verifica aquesta bendición de Dios es en aquesta nación que es descendiente de aquel pueblo, pues se ha extendido tanto, que maravilla. De aquesta gente, sin duda, son los chinos, cuyo reino es asombro ver lo infinito de su gentío: de esta gente sin duda son los japones también reino de infinito gentío; el reino de Canboxa tan dilata-

1) Véase Estudio preliminar.

2) (Acajurt).

do, como otros muchos que hay por el oriente; y aun a aquesta gente se puede agregar parte de la Tartaria que confina con la China, pues se ve ser como ellos eran, conforme los describe el maestro fray Jerónimo Román con estas palabras:

“Están de la otra parte del monte Billio hasta donde el gran Alejandro pudo llegar. Estas son aquellas gentes que llama Homero las más buenas y de mayor justicia, porque viviendo en sus principios en regiones paupérrimas, no labraban los campos, ni curaban de regalos, porque solamente se mantenían de hierbas y frutas silvestres y de caza de fieras y de aves; vestíanse de pieles de animales sin curtir, porque no echaban mano del regalo más de remediar su necesidad: no estimaban la plata y oro, perlas ni piedras preciosas en cosa alguna, ni menos se daban a juegos y a otros entretenimientos; mas libres de pretensiones, vivían vida quieta y pacífica. Esto era causa de que no hubiese, pleitos entre ellos *joh feliz gente que no tuvisteis letrados!*, ni fuesen necesarias leyes escritas con sangre, porque la ley natural los reprimía de hacer mal a sus vecinos y ninguno procuraba más que de mantenerse y conservar sus cosas, desnudos de malicia y codicia de lo que otro tenía”.¹⁾

Ya este género de gente parece que pinta en el capítulo 13 de aqueste libro, como allí queda anotado.²⁾ Además de aquestas gentes tan infinitas síguense en lo descubierto las islas Filipinas que no hay duda es mucha la gente que hay, y en otros de aquellos contornos; pues empezando a coger la infinidad de tierra, que empieza en tierra de Fuego y se continúa hasta el Perú es cosa que no cabe guarismo en lo descubierto en aquel dilatado reino; y esto es nada respecto de lo que no está descubierto, rastreando solo algún rasgo nuestros religiosos en las entradas que han hecho en los indios de las Andes, cuyas relaciones refiere el muy reverendo padre M^o fray Juan Meléndez en su 3^a parte, etc.,³⁾ ¿qué infinidad de gentes no se siguen después del reino hacia Quito? Y hasta Santa Fe de Bogotá en lo que está descubierto y en lo que se ha penetrado, más que las entradas que nuestros religiosos hicieron donde vieron por muestra de lo que allí está oculto muchas gentes. ¿Qué no está oculto detrás de Santa Marta y detrás de Cartagena? Mucho es lo que falta también desde Santa Fe a Panamá, y de aquí ¿qué distancia hay hasta donde empieza aqueste reino que no es de los mayores? ¿Qué infinidad de tierras no hay pobladas de infinitas gentes desde que empieza el reino de Nueva España, tantas leguas descubiertas, como hasta la Nueva Vizcaya, el Nuevo Méjico, la Nueva Galicia; y lo que se sigue que es infinito hasta dar vuelta a la Noruega? Compútese esto y lo mucho que va quedando en islas, penínsulas y bolsones; y se verá como de solo estos se verifica que son como las arenas del mar, hallándose entre tanta inmensidad de gente, unos más hábiles que otros, unos más políticos que otros, unos más feroces que otros, unos como salvajes, otros como fieras, otros bien dispuestos de todo. Hay⁴⁾ tanta multitud de gente, que entiendo que solo ésta compete en gentío con todas las del resto del orbe.

1) La cita de Román en *Repúblicas*: véase Estudio preliminar.

2) Véase cap. XIII de esta primera parte.

3) Meléndez: *Tesoros*, III: véase Estudio preliminar.

4) Entre, en MS. orig.

Cómo viniesen y se extendiesen, es cosa que no admite duda, pues las vemos extendidas, y que mucho había de ser por mar con que sin duda tuvieron el uso del navegar, pues lo pudieron aprender de la arca del diluvio; con que para esto no es menester recurrir a milagros, a que algunos ocurren de ángeles, etc., pues no había necesidad. De los animales sí se podía dudar; mas eso *más será dar perlas pardas*, que decir cosa que lleve camino de verdad.

El modo como se fueron propagando ya se deja entender, y eso se sabe por cosa cierta que multiplicados en una parte, no cabiendo ya, pasaban porciones de gente adelante, como sabemos que lo hicieron los Godos, Seitas y otras naciones que salieron del septentrión: asimismo sabemos sucedió aquí con los indios pocomanes y poconchies, unos que habitan los pueblos que hoy hay cerca de Guatemala, que son Amatitlán, San Cristóbal, Petapa, Mixco, Pinula y Chinautla, y otros que están en la provincia de Verapaz que son San Cristóbal, Santa Cruz, Tactic, Tucurú y Tamaum, que poco antes de la entrada de los españoles de aqueste reino, se salieron porque ya no cabían en la provincia de Cuscatlán que hoy se llama San Salvador: ¡a fe que hoy cupieran esos y muchos más según está despoblada!; según consta del pleito que los indios del pueblo de San Pedro Sacatepéquez tuvieron con los de Mixco sobre el derecho de unas tierras que llamaban Yampuc, que yo he visto, el cual pleito se siguió aun viviendo el conquistador Bernal Díaz del Castillo,¹⁾ que fue su encomendero, donde alegando de su derecho los de San Pedro, dicen que estos son advenedizos de la provincia de Cuscatlán y que los situaron y les dieron tierras en que vivir a espaldas de ellos por no dar fuerza con esta gente al rey de Tecpam Guatemala, con quien estaban en guerras; como se dirá adelante, cuando se trate cómo aqueste reino se rebeló al Quiché, conservándose la más parte hasta hoy de aquestos indios pocomanes en le provincia de Cuscatlán en los pueblos de Chalchuapa, Mita y otros muchos. También los de Chiapa de Indios y los demás de su nación pasaron allá viniendo en busca de tierras de la provincia de Nicaragua donde se conserva lo demás de aquesta nación hasta hoy, de que se concluye evidentemente que aquesta extensión de aquestas gentes, vino de hacia el Perú por Quito a Santa Fe y a Panamá y de allí a Nicaragua hacia donde está hoy Guatemala y de aquí para el reino de Méjico.

Que éstos mejicanos que poblaban el reino de Méjico fuesen de hacia aquesta parte se ve claramente, pues desde Escuintla hasta San Salvador y más adelante hasta Nicaragua todo ello se habla mejicano y así la orilla y costa del mar del Sur; y estos no son venidos de hacia Méjico: que aun más dilatado considero aquestas tierras de aqueste mejicano de acá, que aun los que eran puros mejicanos en Méjico; y lo que dice el muy reverendo padre Torquemada en este particular y otros,²⁾ téngolo por engaño conocido y se ve en la antigüedad de aqueste imperio quiché y mejicano, que aqueste solo contaba nueve reyes cuando vino Cortés y el

1) En el ms. de Bernal Díaz, que se conserva en Guatemala, hay un borrador de un escrito de Bernal defendiendo los derechos de sus indios encomendados.

2) Torquemada: *Monarquía*. III, 40; I, pp. 331-332.

del Quiché catorce; aunque algunos les dan veinticuatro reyes, y señalan el tiempo de su monarquía por la duración de ochenta años, como dice *Herrera*,¹⁾ que el haberse llevado los mayores aplausos Méjico, no fue por ser el mayor imperio, que mayor fue el del Quiché, sino por haber sido el de los primeros triunfos de Cortés: y haber costado mucho el ganarlo por lo fuerte del lugar y ser la nación animosa y haberse hecho la cabeza de estos reinos, y el haber sido la tierra más tratable y mejor que esta de Guatemala. Y así se ha ensalzado tanto este reino con título de Nueva España, que a la verdad no era mucho lo que dominaba el Montezuma, pues se sabe que Tlascala era otro reino aparte y no le obedecía, antes le daba cruel guerra, y lo más de la provincia de Oaxaca tampoco le obedecía, ni lo de Mechoacam; con que quedaba bastantemente ceñido aqueste reino; y lo que dicen que a Montezuma le tributaban hasta Nicaragua, como dice Torquemada y otros, no lleva apariencia de verdad, pues se implica en sus mismos cómputos, pues si en tiempo del antecesor del Montezuma fue cuando dicen pasaron los mejicanos hasta Nicaragua ¿cómo era dable que en cuarenta o cincuenta años se llegasen a propagar que llenasen provincias tan dilatadas y tan llenas de gentes como se ha dicho? Ya se ve que repugna a toda buena razón, pues se vio claro ser mucho más dilatada la nación mejicana desde Escuintla hasta Nicaragua cuando entraron los españoles, que la que se halló en Méjico. Además que, como dice Torquemada, todos ellos pregonan su origen y principio de Tulam y lo mismo dicen los Quichés y que vinieron de hacia donde nace el Sol de que se conoce evidentemente ser la propagación de las provincias de Guatemala a las de Nueva España, y no las de allá para acá; y la misma naturaleza de la tierra lo persuade, porque si se les quiere dar principio de aquella parte que dice Torquemada de hacia el Norte que es para donde descaece la tierra de Nueva España, se hallará casi inhabitable hasta donde está descubierto, por su demasiado destemple y tanto que como refiere Torquemada,²⁾ llegado a 43 grados ya todos enfermaron de modo que muy pocos escaparon con la vida, y siendo cierto que aquel mar que navegaban era detrás de la tierra de Nueva España (como a dar vuelta por la Europa por la parte de Norte) y que lo mismo se experimenta por el otro lado de la mar del Norte, se debe considerar que la tierra que se sigue de 43 grados para 90, es casi inhabitable, cuyos mares son innavegables, como lo han experimentado los que lo han intentado de la parte de Holanda; y si por alguna parte podían haberse comunicado esas gentes para esta América había de ser por el cabo de *Finibus Terrae* y había de ser de las naciones septentrionales; y siendo así y viniendo la propagación de aquí para Lima, China, etc., esto había de ser lo *menos*³⁾ poblado, y lo más las partes que eran para el septentrional y se halló lo contrario. Luego parece que lo más natural es que haya sido su propagación de aquesta parte de Guatemala para la de la Nueva España, porque aunque como algunos quieren haya sido de allí la propagación y aquesta tierra se va continuan-

1) *Herrera: Décadas* III, 2, XI-XIV.

2) *Torquemada: Monarquía*. V. 58; I, p. 718.

3) *Mismo*, en ms. original.

do de la Nueva España para el norte y caiga no muy lejos de la China, son los mares tan helados que no dan absolutamente lugar a navegarse. Y también lo que dice que los chapanecos se fundaron allí para tener mansión cuando viniesen con las tribus, es tan cuento de viejas que no puede ser más y la ocasión de fundarse aquellos allí es la dicha arriba.

CAPITULO XXVII

Del principio de aqueste Reino del Quiché

Cuándo empezase o tuviese su principio aquesta monarquía de los indios quichées, no es fácil averiguarlo, porque cuidaron muy poco el escribir el tiempo que cada uno de sus reyes reinaron y sólo dicen los reyes que hubo desde el tiempo que ponen a Balamquitzé; y desde éste y los otros tres dicen que son trece generaciones porque reinaba cuando vinieron los españoles. Tecuntepepul que quiere decir *amontonada grandeza y majestad que aborrolla o que hierve como el agua*; pero dándole a cada uno de aquestos reyes cuarenta años o algo más o menos de imperio, unos con otros, aunque algunos dan muchos años a cada rey, vendrá a caer el principio de aqueste reino como por los años de mil y cincuenta y cuatro del nacimiento de Cristo que vino a ser por los años de mil setecientos cuarenta y seis de su cautividad que sucedió el año sexto de Ezequías rey de Judá y el nono de Oseas rey de Israel, pasando desde aquesta cautividad hasta la venida del salvador al mundo seiscientos y noventa y dos años; y según la cuenta de Herrera sería su principio por los años de ochocientos de Cristo.¹⁾

Ya se considera que aunque ellos dan por primeros hombres desde la creación a Balamquitzé y los otros tres, es patraña con que los engañó Satanás, o sus sátrapas, pues desde la creación del mundo a aquestos tiempos, que ellos dicen, pasaron tantas generaciones; y sabemos por fe (que lo enseña el texto sagrado) que el primer hombre que fue criado uno, y este se llamó Adán, y así aunque cuentan desde el diluvio que fueron cuatro los hombres que quedaron no puede salir la cuenta. Lo que se puede colegir es que ellos cuentan desde que aqueste se hizo poderoso y se hizo rey, como en realidad lo ponen a él por tronco de la descendencia real.

Para haberse de hacer aqueste poderoso, y que hubiese de llamar rey, bien se deja descubrir que primero se irían aumentando las gentes y los indios que poblaron aqueste reino, y que no podían ser por luego tan poderosos señores; y se ve claro en sus *historias* que dicen que primero fueron tres los señores como grandes del Reino, como dice en el capítulo 18 que fueron:²⁾ Conache, Belehequeh y Calal Ahau; y creciendo mucho en número fue cuando dividieron el reino en veinticuatro grandes: que eso dan a entender con veinticuatro casas grandes porque en los palacios y adoratorio del Idolo tenían cada uno de aquestos señores su casa

1) Herrera: *Décadas*. III, 4, XIX.

2) Véase el cap. XVIII de esta primera parte.

donde vivía y residía cuando se juntaban a sus fiestas y funciones; que lo demás del tiempo lo pasaban en sus casas que cada uno tenía en sus heredades y haciendas, que fue el modo que los indios tuvieron de vivir en sus tierras y milpas y donde tenían sus sembrados; que jamás, si no es en muy rara parte, tuvieron población en forma sino en un paraje donde hallaban oportunidad de tierras buenas, que esto era regularmente en los bajos, quebradas y tierras bajas. Vivía una familia, *ochinamital*, que ellos llamaban, no todos juntos en uno sino cada uno en su milpa o sembrado, yéndose tendiendo conforme se iban multiplicando; y estos tenían su cabeza de toda aquella parentela, como la tienen hasta el día de hoy, y estos estaban sujetos a los señores o caciques principales, que eran los grandes; y por esto aqueste género de poblaje se llamaban *amac* que quiere decir como *pierna de araña*, o que ha extendiéndose en ramos como piernas de araña, porque así estaban desparramados en las quebradas o tierras calientes, porque como andaban desnudos, sin ropa, buscaban en el calor su abrigo; y porque en aquestos parajes se dan y producen mejor muchas cosas y frutas de que ellos se mantenían, y el cacao y las cañas dulces y los zapotes y otras cosas, dándose allí el maíz con más brevedad que en las tierras frías: que además de lo desapacible de ellas son muy estériles de las frutas y cosas de que ellos pasaban.

Balamquitzé, I Rey

Aqueste primer rey Balamquitzé que quiere decir *tigre de risa o de risa mortífera como veneno* que a todo hace aquel *quí*. Este parece que fue el que inventó el sacrificar hombres al ídolo Tohil, según dicen en sus historias,¹⁾ y este hurtaba los hombres: y esto es de los indios extraños que aprehendían, no de los propios; que fue el estilo general de todos los demás de los indios que sacrificaron hombres: el sacrificarlos de los cautivos o esclavos que cogían en la guerra o los que cogían en asaltos que hacían por asechanzas.

Cocabib, II Rey

Este rey reinó en el paraje o cerro que llaman Zmachí, que quiere decir *barbas de la cara* y allí comenzaron a hacer de aquellos edificios de cal y canto, no fábricas como de templos, ni como de casas grandes, sino como unos torreones, como se dirá adelante. De aqueste fue hijo Cocabib que quiere decir *adorno fuerte, o que mucho se adorna*. De este no se dice cosa de momento sino aquel viaje que hizo a recibir su reino y la investidura de rey de aquel señor Naxit²⁾ que estaba hacia donde el sol salía. Sería sin duda, si es que fue así, algún señor que reinaba hacia Comayagua o Nicaragua, que está hacia la parte donde nace el Sol, declinado hacia el Sur respecto de aquesta tierra; y por eso continuamente dicen en sus *historias* y hasta hoy lo cantan así en sus bailes, diciendo: *Chila parelebalquih xoh pevi*, que quiere decir: *de allá de a donde nace*

1) Véase el capítulo XIV de esta primera parte.

2) *Naxit* corresponde al Quetzalcoatl mexicano.

el Sol venimos; y lo mismo cantan los mejicanos hasta hoy, y así se concluye más evidentemente que de esta parte fue la propagación de los indios para Méjico; y no de allá para acá, porque entonces es venir del poniente para el oriente, y de aquí van del oriente para el poniente para allá; sino es ya que aquestos querían decir que aquestos hacen memoria de la salida de nuestros primeros padres del paraíso habitando antes a la parte oriental del edén cerca del Paraíso, y después yéndose de allí hasta que llegaron a Hebrom, y después de Jerusalén que siempre fue salir del oriente para el occidente: y del llanto continuo de Adán y Eva por haber perdido el paraíso quedó aquel canto o llanto en sus descendientes de haber venido de la parte del oriente.

Balamconaché, III Rey

Aqueste Cocabib tuvo por hijo y heredero de su reino a Balamconaché, que quiere decir: *tigre de palo fuerte, liso y deleznable* como lo es el palo bruñado y liso como lo ponían para sus arcos y flechas; y este también reinó en aquel paraje Zmachí.

Cotuha Zttayub, IV Rey quiché

El cuarto rey del Quiché se llamó Cotuha Zttayub que quiere decir *casa de águila que oprime*. De aqueste rey no hay cosa memorable, sino que en su tiempo, o en tiempo del rey antecesor, fue aquella erección de los veinticuatro grandes que dicen que se nombraron, entre quienes repartió la tierra toda; estos eran como grandes debajo de cuyo dominio y señorío estaban todos aquellos que eran cabezas de calpul, y este era el gobierno que tenían: que aquellos grandes eran como consejeros, sin los cuales no se disponía cosa alguna; y determinando ya el negocio, fuese de guerra, o de obra o de otra cosa que habían de contribuir, estos avisaban a las cabezas de familia; a cargo de estos estaba el avisar a los suyos de lo que se había mandado o dispuesto; y luego cada uno acudía con lo que le tocaba, y la cabeza del calpul lo llevaba al señor, o llevaba la gente que le tocaba, gobernándose en todo con mucho concierto y orden, cuyo estilo hasta hoy lo guardan, como se dirá adelante, siendo estos cabezas de familia sus defensores.

Cocumatz Cotuha, V Rey quiché

Cocumatz Cotuha se llamó el quinto rey, que quiere decir, *culebra fuerte casa de águila*, sin duda porque aqueste rey fue el primero de los que llama portentoso o milagroso, por las brujerías que dicen que hacía de transformarse en culebra, en águila y todo lo demás que dice el capítulo 19.¹⁾ En tiempo de aqueste rey fue la rebelión de los de Yllocab, que sujetó e hizo muchos esclavos que sacrificó al ídolo.

1) Véase el capítulo XIX de la primera parte.

También en tiempo de aqueste rey se pasaron del lugar que llamaron *Zmachí* al lugar que estaban cuando los españoles entraron que se llama *Cumarcaah*, que quiere decir *casa vieja o rancho apohillado*. Aquí fue donde se hizo el adoratorio o casa que llaman del ídolo. Haremos aquí una breve descripción de aqueste edificio y con ella se vendrá en conocimiento de todas las demás que hay en varias partes. Están aquestos edificios fabricados sobre un cerro que todo él está circunvalado de una gran barranca, dejando solo un lado por donde solo se comunica este cerro con todo lo demás de la tierra; pero esta entrada es muy estrecha. En el plan que hace el cerro, en lo alto, hay fabricadas en contorno y como haciendo plazuelas, las veinticuatro casas grandes que se ha dicho de los señores; cada una es como un cuarto grande elevado como dos varas de terraplén de lo llano del suelo. Este cuarto hacía su corredor y todo se cubría de techos de paja: porque no habían alcanzado el uso de la teja, hasta que vinieron los españoles. En estas plazuelas se hacían los grandes bailes que tenían en sus fiestas y allí se emborrachaban delante del ídolo cuando se hacían los sacrificios. En medio de una de estas plazuelas se levanta un torreón macizo que va subiendo como en forma piramidal, cuadrado, teniendo en cada uno de sus rostros su escalera y en las esquinas como estribo o bastión que fortalece la obra, también subiendo en disminución. Los escalones son muy angostos y estrechos, de modo que da horror subir por ellos, que serán los que tiene cada escalera como treinta o cuarenta. Todo está macizo de piedra y lodo, hecho y torteado todo de mezcla muy fina de cal y arena que hasta hoy persevera muy fuerte. En lo alto se colocaba el ídolo que se llamaba *Tohil* y estaba hecha arriba una cubierta de paja sostenida sobre unos pilares de la misma obra de piedra y lodo: a la mano izquierda, como vamos a aqueste torreón, está levantado junto a él un paredón, como de dos varas de ancho y de alto como de vara y media, y en la punta levanta otra pared como de tres cuartas de espesor y de las mismas dos varas de ancho que es lo que el cimientio tiene de grueso y de alto como de tres varas y esta está llena de hoyos, que así se fabricó; y lo que indica es que allí se estaba el que se había de sacrificar atándolo fuertemente metiendo sogas por aquellos hoyos y así atado hacía rostro para donde estaba el ídolo, y abriéndolo cruelmente por el costado, que es lo que dicen sus *historias* que dieron los pueblos el costado y sobaco,¹⁾ abrían y le sacaban el corazón, que era lo que se ofrecía al ídolo, conservando el calor natural porque como estaba tan cerca se ofrecía con la sangre antes que se enfriase. Domina aqueste torreón todos los patios y plazuelas que hacen las casas y así de todas partes era visto el ídolo: junto aqueste torreón, hace como un tanque grande teniendo sus bordos muy grandes de piedra y lodo con sus coronaciones o pirámides que todo lo rodean: son de bastante ancho que puede caber mucha gente que miraban los juegos de pelota que allí se hacían que era el entretenimiento de los reyes y de los demás señores. Todo aqueste edificio, donde no se juntaban las casas, se cerraba de un cerco hecho de piedra y lodo que se llamaba *tzalam coxtum*, esto es *tabla y vallado*

1) Véase el capítulo XIV de esta primera parte.

o cerca y así se llama todo este género de edificios, porque en muchas partes o las más, además de ser esta casa de ídolo, era como castillo y fortaleza donde se defendían de sus enemigos cuando les acometían y así esto se edificaba en las eminencias de los cerros de subidas muy agrias. De aqueste género de adoratorios se hallan muchos en varias partes o todas, y de este modo era el gran *cu* de Méjico donde tenían ídolo *Vichilobos* y los que refieren las historias de Campeche. No eran templos como los nuestros, y de aqueste mesmo modo los hay en el pueblo del Rabinal, donde está hoy fundado el pueblo; estos edificios, dicen ellos, eran de los de Cobán y que ellos los ganaron: porque estando ellos poblados en un lugar que se llamaba Tzamanieh, que está entre Cubulco y Xoyabah más de ocho leguas distante de este paraje no una como dice Remesal ¹⁾ (como ellos veían las tierras de los contornos) y saliesen a colmenear, los cogían los de Cobán y los sacrificaban y ofrecían a los ídolos, que debieron de ser muchos porque eran muchos los torreones que allí hay: muchos más que los del Quiché; y juntándose los de Rabinal les ganaron estas tierras y estos edificios y esta es sin duda la guerra que tuvieron, como se dice en unos papeles antiguos, aunque no se dice con quién; ²⁾ y de aqueste mismo modo son los edificios de los indios de Teepam-Guatemala que tanto celebra el muy reverendo padre jubilado fray Francisco Vásquez en su *Crónica de la Provincia del Santo Nombre de Jesús* ³⁾ de la religión seráfica de esta provincia, queriendo que ⁴⁾ obtenga su seráfica religión la corte de aqueste reino y que por eso dice llaman a aquel pueblo Patinamit, esto es, *la Corte*, y que era muy populoso; y engañóle mucho el deseo de aquesta gloria vana porque *Tinamit* se llamaban todos aquestos géneros de poblaciones, y así se llamaba el del Quiché a diferencia de las poblaciones que se han dicho arriba donde vivían en barrancas y a orillas de los ríos que se llamaban *Amac*. Lo que esto fue se dirá adelante cuando se diga cómo se rebelaron estos y alzaron contra el rey del Quiché. Este mismo rey fue el que levantó gente de guerra y empezó a poner fronteras contra los enemigos, haciendo de aquestos fuertes para defensa y refugio de los que estaban en fronteras.

CAPITULO XXVIII

Donde se prosigue la descendencia de los reyes del Quiché

Tepepul Zttayul, VI Rey quiché

El sexto rey que obtuvo aqueste reino del Quiché, se llamó Tepepul Ztayul que quiere decir *majestuoso, fuerte y deleznable*, como palo alisado, como dijimos arriba. Sin duda tuvo este nombre de majestuoso porque gozó del reino en la mayor majestad que llegó a tener, por haberlo

1) Remesal: *Historia*. III, 7, IV; I, p. 237.

2) Ximénez no da más detalles sobre estos papeles.

3) Vásquez: *Crónica*. I, 1: I, p. 19.

4) *Para que* añadido en ms. original.

ilustrado su padre en edificios y guerras que tuvo: con que a todos los sujetó y así gozó el reino en paz. No se sabe cosa memorable de él; y así paso al que se sigue.

Quicab Cauizimah, VII Rey quiché

El séptimo rey que tuvieron, se llamó Quicab Cauizimah, que quiere decir de *muchos brazos y que se adorna de puntas como de lanzas o saetas*. Este, dicen, fue también portentoso como el Cucumatz y, si fue como él, sería gran brujo, porque esta era la grandeza que tenían, y por donde se daban a respetar, por la hechicería: mediante la cual se transformaban en lo que querían y en los animales que se les antojaban, con que hacían mil maldades, como lo usan hasta el día de hoy en muchas partes, transformándose en tigres y leones. Ya se ve que esto no es más que representación del demonio; y por virtud del pacto matando a este animal que ellos llaman *nahual*, muere el indio recibiendo la misma herida y en la misma parte que se le dio al animal. Este no fue portentoso en hazañas, porque discurro no fue en tiempo de aqueste rey el levantamiento de los cakchiqueles sino de su hijo; y si fue en su tiempo nada grande fue, pues no los pudo sujetar otra vez, y se quedaron alzados hasta la venida de los españoles.

Tepepul Ztayul, VIII Rey quiché

El octavo rey que tuvieron los Quichés se llamó Tepepul Ztayul, ¹⁾ como su abuelo. De aqueste rey tampoco hay memorias algunas de sus hechos; y solo si fue en tiempo de aqueste rey la sublevación de los cakchiqueles, lo memorable que hay de él es las fortalezas contra los indios cakchiqueles: de que se criaron después de los indios Xoyabah, Zacualpa y Santo Tomás Chichicastenango y los demás, como se dice en el capítulo 19. ²⁾

Comprendía todo aqueste reino del Quiché, según se colige de las *historias* de ellos, desde Soconusco, San Antonio; todo lo que hoy tienen los padres de san Francisco desde Quezaltenango, Sololá, Totonicapam, Atitán, que es la nación Zutuhil, todo el Cakchiquel que comprende todos estos Sacatepéquez, lo que tocaba al cacique de Sacapulas y sin duda tocaba también la provincia de la Verapaz y, por la similitud de las lenguas, no hay duda que tocaba los Zotsiles y Zendales de las Chiapas: porque aun estando divididos los cakchiqueles, cuando entraron los españoles, fue mucha la gente que juntó el rey del Quiché contra ellos, y no podía juntar tanta gente y quedar todo tan poblado después de tantos como murieron, si no es teniendo mucha gente y tierra debajo de su dominio.

La causa porque se levantaron los cakchiqueles y negaron la obediencia al rey del Quiché levantando rey de su nación, no se sabe; pero lo más cierto es que sería el deseo de la libertad y la ambición del man-

1) Ximénez unas veces escribe Ztayub y otras Zttayub.

2) Véase el capítulo de esta primera parte.

dar.¹⁾ Ello fue cierto que en tiempo de aqueste rey, o poco después, fue aqueste levantamiento, y levantando rey de su nación cakchiquel hizo su asiento en los montes que llaman de Tecpam Guatemala, hacia aquella parte de Comalapa, donde se ven aquellos grandes edificios donde tenían a su ídolo, que tenía la figura de un morciélago. Cómo se llamaron estos reyes no hay noticia más de los que tuvieron presos los españoles como se verá después; lo que se sabe es que tuvieron cuatro reyes hasta la entrada de los españoles, y como se hallaban acosados de las guerras que les daban los quichéos, por no venir otra vez a su dominio, hubieron de enviar aquella embajada, que diremos después, a Cortés dándole obediencia, como dicen algunos autores, aunque Bernal Díaz del Castillo, capítulo 164, dice, que Cortés les envió a todos mensajes de paz y no quisieron sujetarse; pero cuán falsa y doblada fue la malicia, lo manifestó el tiempo después, como a un tiempo diremos, sino es ya que aquella rebelión que levantaron fue provocados de la tiranía que usó con ellos Gonzalo de Alvarado, de que hace mención el muy reverendo padre jubilado Francisco Vásquez en el libro 1º de su *Crónica*.²⁾ No duró mucho aqueste imperio del Cakchiquel entero, pues luego se sublevó la parte que hoy se llaman los Sacatepéquez, que son San Lucas, San Santiago, Sumpango, San Pedro y San Juan Sacatepéquez y levantando otro rey le llamaron Achicalel, que quiere decir el *hombre o varón que está en grandeza* o altura y puso el asiento de su reino en el paraje que llaman Yampuc, sobre que fue el pleito ya dicho arriba que los de San Pedro tuvieron con los de Mixco, y tomando estos cakchiqueles el modelo de los quichéos en defender sus tierras, pusieron indios en fronteras para defender sus tierras contra los de Tepam-Guatemala, y poniendo fuertes en los parajes en que hoy están San Juan, San Pedro, Santiago, San Lucas, Sumpango, como ellos mismos dicen en los alegatos que hacen en aquel pleito, y por la cuenta los de Tepam-Guatemala tenían su frontera donde hoy es Chimaltenango, o por allí cerca de Comalapa,³⁾ de donde dice el citado autor que salieron los de Chimaltenango: y por eso se llama aquel pueblo *boco*, que es lo mismo que Pocob, porque en esta lengua la *b* y la *p* se convierten como decir *bub* o *pub*, la *cerbatana*: este Pocob o Bocob quiere decir: *escudo* porque lo eran estos en aquella frontera de Tepam-Guatemala contra los de Sacatepéquez; pero allí debía de haber algún lugar libre y franco donde unos y otros comerciaban, y así se llamaba aquel paraje el *tianguesillo*,⁴⁾ como se ve en los libros de cabildo recién conquistado aqueste reino de donde sin duda proviene el mercado que hasta hoy se usa continuamente en aquel pueblo.

Pocos reyes pudieron ya contar los de Sacatepéquez hasta la entrada de los españoles, que serían dos o cuando más tres; pero en ese tiempo fue la venida de los pocomanes de la provincia de Cuxcatlán, o San Sal-

1) Ximénez no conoció la *Crónica* de los cakchiqueles, o Memorial de Tecpán Atitlán: véase Estudio preliminar.

2) Vásquez: *Crónica*. I, 14; I, 71.

3) En el ms. de Bernal Díaz, que se conserva en Guatemala, hay un borrador de un escrito de Bernal defendiendo los derechos de sus indios encomenderos.

4) Véase *Libro Viejo*, pp. 24-28; corresponde el acta de la sesión de 21, XI, 1527.

vador, buscando tierras donde poblar porque ya no cabían en las suyas, y los cakchiqueles de los Sacatepéquez les dieron las tierras que hoy tienen como a sus espaldas, no permitiendo que pasasen adelante y se juntasen con los de Tepam Guatemala y con eso cobrasen más fuerza; y es esto tan verdad que en aquel pleito que he citado (examinado por la real audiencia y hallado ser así),¹⁾ mandó a los de Mixco que despoblasen el pueblo que ya habían fundado llamado San Francisco en las tierras de Yampuc y las dejaran libres a los de San Pedro de quienes eran legítimamente.

Si entonces se rebeló la nación zutuhil, de Atitlán, o no, no lo sabré afirmar. El citado autor dice que era reino aparte; pero yo no entiendo sino que era señorío de los veinticuatro señores que tenían a su cargo esta nación, que es corta y además de eso está como metida entre los quichés que se mantuvieron en la obediencia de su rey quiché; y lo que yo colijo que sucedió, es que destruido aqueste reino cuando lo ganaron los españoles, los señores se quedaron cada uno en su partido, que unos de grado y otros por fuerza, se fueron dando a la obediencia de su majestad, pues pocos años después se hallan los caciques de Sololá y Totonicapam, como poseyendo sus señoríos y ayudando al ilustrísimo señor don Pedro de Angulo a las demás reducciones, como se dirá en el Libro 2º; y esto es lo que yo hallo por más probable; y así tengo por cuentos de indios lo que el capitán don Francisco de Fuentes dice en su segunda parte manuscrita de Guatemala, de que se rebeló el Zutuhil y robó las dos infantas del Quiché, pues no era dable que nación tan corta como la Zutuhil y tan dentro del reino Quiché pudiese levantarse y mantenerse en reino y señorío separado.²⁾

Tecumtepepul, IX Rey quiché

El nono rey que tuvo aqueste reino Quiché se llamó Tecumtepepul, esto es, *grandeza y majestad amontonada*. De aqueste rey no sabemos que hiciera hazañas algunas, más que conservar lo que le había quedado de reino y manteniendo sus fronteras.

Uaxaquicaam y Quicab, X Rey quiché

El décimo rey quiché se llamó Uaxaquicaam y Quicab, que quiere decir *ocho mecates, brazo de luna, o de chile*; debía de ser valiente porque según lo que era, se denominaban y sin duda seguiría la guerra con sus enemigos alzados.

Por los tiempos de aqueste rey, o del que se siguió, fue aquel caso tan memorable para los indios quichés, que hasta el día de hoy celebran en sus bailes, que no bailan otro en sus fiestas sino es este que llaman del *quichevinac* que quiere decir del señor del Quiché, y pasó el caso de aquesta manera, según ellos mismos refieren en el mismo baile, que ya no lo hacen con tal superstición y brujería como antiguamente:

1) En el ms. de Bernal Díaz, que se conserva en Guatemala, hay un borrador de un escrito de Bernal defendiendo los derechos de sus indios encomenderos.

2) Fuentes: *Recordación*. II, 1, VII-X; II, pp. 20-37.

Dicen que un indio del rey de Tepam-Guatemala, y aún dicen que era su hijo, era gran brujo. Este se venía noche a los edificios del Quiché donde dormía el rey y daba grandes ahullidos y voces diciéndole muchos baldones y oprobios al rey, llamándole *mamacaixon*, *viejo agrío y amargo* y aun se añade que le decía *Cutuhá* (debía de ser por baldón porque *Cutuhá* fue mucho antes que se levantasen los de Guatemala) y viéndose baldonado el rey y molestando de aquel brujo, llamó a los brujos que tenía y prometió grandes premios, y ofreciéndose uno que le debía de exceder en este arte salió en su busca y topando con él y queriéndolo coger, de un salto se iba a otro cerro, pero lo mismo hacía el Quiché, y siguiéndolo de aqueste modo mucha distancia lo hubo de aprender con mucho cuidado, porque los cordeles con que lo ataba los quebraba; y llegando a la presencia del rey le hizo su acatamiento y le dijo el rey que si él era el que daba gritos de noche, y díchole que sí, díjole: pues ahora verás qué fiesta hacemos contigo. Y juntándose los señores se formó un baile para celebrar la presa de aquel brujo y transformándose en águilas, leones y tigres, bailaban todos arañando al pobre indio, y estando ya para sacrificarlo les dijo a todos y al rey: ¡Aguardad un poco y oíd lo que os quiero decir; sabed que ha de venir tiempo en que desesperéis por las calamidades que os han de sobrevenir, y aqueste *mamacaixon* también ha de morir; y sabed que unos hombres vestidos, no desnudos como nosotros, de pies y cabeza y armados, estos han de ser unos hombres muy terribles y crueles hijos de la teja; quizás será esto mañana o pasado mañana (esto es breve o cerca); y destruirán todos estos edificios y quedarán hechos habitación de lechuzas y de gatos de monte; y cesará toda aquesta grandeza de aquesta corte! Y habiendo dicho esto lo sacrificaron. Que aquesto fuese profecía de la venida de los españoles, no hay duda que Dios permitió que se les anunciase por boca de aqueste brujo; como se escribe que en Campeche también profetizaron algunos de aquellos idólatras la predicación del Santo Evangelio, como se dirá adelante. Lo común que es aquesta historia y lo celebrada de ellos, no da lugar a dudar de su verdad; esto sin duda fue ya cerca de la venida de los españoles, aunque no es cierto si fue en tiempo de aqueste rey o del que se siguió, que fue su hijo, que ya se les fue acercando su ruina; y así no es dudable que en la caída de los grandes reinos acontecen muchas cosas por permisión divina que anuncie su ruina. Así sucedería en este reino quiché como sucedió en el mejicano, como refiere Torquemada latamente en el primer tomo de su *Monarquía Indiana*.

Ucubnohcuaattepech, XI Rey del quiché

El undécimo rey que hubo en el Quiché se llamó Ucubnohcuaattepech, esto es *siete signos*, porque este *noh* significa un signo como los nuestros del Zodíaco, *adornado de ajorcas o de argollas*, porque aqueste rey debió de usar de aqueste adorno. Tampoco de aqueste hay noticia de sus hechos, y así paso al que se sigue.

Oxibqueh belehebtzí, XII Rey quiché

El duodécimo rey quiché se llama Oxibqueh belehebtzí, esto es *tres venados, nueve perros* y puede ser que de aquestos reyes se tomasen los nombres de los signos que ellos ponen en su calendario, como diremos adelante. Este era el que reinaba cuando vinieron los españoles y quien les dio la guerra, como se dirá adelante, y siendo cogido en la traición en que quería matar a los españoles fue quemado, y puesto en su lugar su hijo Tecumtepepul.

Tecumtepepul, XIII Rey quiché

El tercio décimo rey quiché se llamó Tecumtepepul que ya está dicho que se llamó *grandeza amontonada* y fue el que reinó (si se puede llamar reinar debajo de tan duro yugo como le pusieron) después que fue quemado su padre por la traición que tenía dispuesta contra los españoles, como se dirá después. Este tuvo dos hijos que se bautizaron, y el uno se llamó don Juan de Rojas y el menor don Juan Cortés, y tocándole al señor don Juan de Rojas el reino, mandó su majestad que se le asignase una renta cuantiosa para que pasase con la decencia que pedía su real persona, concediéndole muchos privilegios que cuando bajare a Guatemala se le pusiese palacio y despensa a costa de su majestad; y que si asistía en público con su audiencia real tuviese su asiento inmediato a su presidente de sala, atendiendo su majestad a su nacimiento y al derecho natural que tenía a su reino, mostrando su majestad su gran cristiandad en la cédula que despachó por aquellos tiempos sobre que todos los caciques y señores se mantuviesen en sus señoríos, porque bien sabía su majestad que no podía despojarlos sin causa muy grave del señorío que la naturaleza les dio. Pero los señores ministros poco cuidaron de eso, porque sólo prevalecía la tiranía, y tanto, que hasta una porción que tenía de esclavos se los querían quitar, lo cual pleitearon y vencieron el pleito en contradictorio juicio contra el rey; y eso es lo único que hoy tienen de rentas sus descendientes, cuya línea se conserva en el pueblo de Santa Cruz del Quiché, tan retirados que ni memoria hay de ellos ni se hace. ¡Qué de estas cosas no han pasado en estas Indias que por más que su majestad mandó repetidas veces que los señores naturales se quedasen con sus señoríos de vasallos, como si fueran leales, a todos los han despojado, que ya casi rastro ha quedado de los señores naturales! Y a esto atribuyo el poco logro que su majestad tiene de estas Indias y que todo se le vuelve sal y agua, al reino que antiguamente era un puño, y sin Indias tenía potencia para mantener tantos años guerras hasta expeler a los moros de España, ofreciéndose en el mismo tiempo otras por otras partes; y hoy, con tanto oro y plata como le va y le ha ido de esta América, ni aun se puede defender, siempre empeñado y exhausto. No tiene su majestad la culpa, que muy cristianamente ha obrado, sino sus malos

ministros, unos que lo hurtan, otros que con celo y prudencia piensan que las rentas se aumentarán con quitarles lo que les tocaba, y no es sino polilla que meten en la hacienda del rey para que toda se consuma.

Referiré aquí lo que me contó un religioso de todo crédito que se llamaba el predicador padre fray Nicolás de Ovalle que todos conocimos. Era este religioso hijo de don Antonio de Ovalle, caballero conocido, descendiente de Gonzalo de Ovalle, de los más principales pobladores de Guatemala. Siendo aqueste caballero corregidor de Sololá, en cuya jurisdicción cae el pueblo de Santa Cruz del Quiché, donde están los descendientes de los reyes que he dicho, su antecesor en el oficio había mandado que pagasen tributo y acudiesen a los *tequios* que acude la gente más vil sin más motivo que darle gana. El pobre sin recurso sufrió y toleró tanto ultraje, hasta que encontrando este caballero don Antonio en el oficio, ocurrió a él, y le pidió que pasase los papeles de sus privilegios y los viese para que enterado de su contenido le atendiese y se les mandase guardar. Esto debió de ser a hora que el tal caballero estaba acostado, porque tomándolos y diciendo que los vería, estuvo aguardando el tal señor la resulta. Metido que los hubo debajo de su colchón se olvidó de tales papeles y estuvieron allí, mas el caballero siempre que se acostaba dos o tres días que tuvo allí los papeles, no podía tomar sueño, sintiendo como ruido debajo de la cama. De este modo pasó todo aqueste tiempo sin dormir y si acaso empezaba a dormitar, le parecía que lo despertaban. Entró en gran cuidado de algún mal, hasta que acordándose de los papeles que allí tenía los sacó y los vio y despachó al tal señor, y de allí adelante no sintió otra cosa y durmió bien. Consideren hasta dónde suele llegar la maldad de algunos alcaldes mayores, que a un señor tal, que aunque sea indio es sangre real, señor de tan grande reino, no sólo no se contentó en no atenderlo como debía, pues ni aun su criado merecía ser, lo quería meter en el tributo, y que tributase a quien de justicia se debía de tributar por sus vasallos, y en los oficios más viles; y ya lo hubieran entablado muchos esto a no defenderlos los religiosos, que acatando su alto nacimiento lo atienden y veneran. Don Francisco de Fuentes en la segunda parte que escribió de la *Historia de Guatemala* pone veinticuatro reyes,¹⁾ porque siguió o no entendió los manuscritos que cita de algunos indios que no supieron bien cómo fue esta descendencia de los reyes; y se ve claro que se engañaron, o el dicho autor no entendió bien la lengua en que estaba escrita toda la historia de ellos, pues a los cuatro hermanos Balamquitzé, Balamacab y Yquibalam y Máhucutah los pone en la descendencia real en diferentes tiempos y cada uno reinó en diferente tiempo; lo cual no es así sino que todos fueron a un mismo tiempo y del mayor que fue Balamquitzé vino la descendencia y línea de los reyes y de las otras líneas de señores grandes, como se verá en la misma historia y descendencia, y no hay duda que la noticia más verídica de aquestas descendencias de los señores, se había de conservar en la cabecera del reino donde a cada uno se le daba su lugar y preeminencia.

1) Fuentes: *Recordación*. II, 7, II; II, pp. 285-6.

CAPITULO XXIX

Del culto de religión que hubo en aqueste reino

Es cosa tan natural el que el hombre reconozca una deidad suprema, que por muy bruto que sea no lo puede dejar de reconocer porque naturalmente se inclina a su hacedor, como a su primer principio; pero el daño está en que no aciertan si no es con luz de la fe a conocer el verdadero dios, y como esto faltó en estas gentes, andaban dando por las piedras y los palos adorando cosas muy sucias y feas y varios ídolos que veneraban. El principal ídolo que veneraban en aqueste reino fue el ídolo Tohil, a quien daban culto y adoración ofreciéndole sacrificios, y aunque había otros de las demás provincias sujetas al Quiché, éste era el más principal; y para su culto y veneración tenían sus días festivos y sacrificios que ofrecían sus sacerdotes. Y aunque yo tengo muchas noticias por lo que he sabido de ellos, hallo las más escritas por el muy reverendo padre fray Jerónimo Román en su *República de los indios* quien escribió relaciones muy ciertas que todos los religiosos y ministros enviaron a Su Majestad por su mandado, y también halló otras de que yo no tenía noticia; y aunque el muy reverendo padre predicador fray Antonio Remesal en su *Historia* de Guatemala ¹⁾ no fue de sentir que se escribiese aqueste punto, por lo cual lo omitió, privándonos de muy buenas noticias que podían dar mucha luz a los ministros evangélicos y mucha diversión a los curiosos, todavía teniéndolo yo por conveniente y viéndolo impreso por tan graves maestros, quise trasladar a la letra lo que dice el padre maestro Román de aquesta provincia y reino de Guatemala ²⁾ y por el gusto que dará a los lectores; y sea el primero el capítulo 15 de la *República de los Indios Occidentales*, que dice así:

“Dos maneras o diferencias de sacrificios tenían estas gentes de Guatemala, unos generales que todo el pueblo y común ofrecían en las fiestas que celebraban, y otros particulares que cada vecino y persona particular ofrecía según su devoción y la necesidad que tenían: los universales sacrificios se ofrecían ordinariamente cuando venían las fiestas, las cuales había en unas provincias cinco y en otras seis, o se ofrecían por necesidad particular. Por uno de estos dos respectos, una vez por cada una, ³⁾ habían de entrar en consejo el señor de la provincia o pueblo con todos los señores principales y trataban con el sumo pontífice y los demás sacerdotes de la fiesta que venía, o de la necesidad que ocurría, allí se determinaba que se hiciesen sacrificios y de qué se habían de hacer; cuanto al tiempo y hora de hacer el sacrificio no lo determinaban ellos ni se atrevían, mas echaban suertes y aquello que salía hacían y no más ni menos. Para echar estas suertes hacían esto; llamaban a su astrólogo, adivino o hechicero. (*A este le llamaban Ahquih malol tzite malol ixim, esto es: el que adivina por el Sol o por granos de maíz o tzite*),

1) Remesal: *Historia*. VI, 7; I, pp. 419-420.

2) Román: *Repúblicas*. I, 15; véase Estudio preliminar.

3) Román copia mal este pasaje, y Ximénez le sigue; he cambiado la puntuación para restituírle al sentido original.

y comunicábanle la fiesta o necesidad y el sacrificio y pedían que echase suerte, e hiciese sus diligencias para saber qué día fuese mejor y más dichoso para ofrecer sus sacrificios y cumplir con su devoción. El luego comenzaba a poner por obra sus hechicerías y embustes y declaraba cuál día era feliz y próspero y pronunciábalo, y daba sus razones para ello, y de tanta fuerza era lo que decía que no había que mudar un punto de lo que él determinaba. Sabido el día echaban los sacerdotes la fiesta con su vigilia, y esto era que todos chicos y grandes se apartasen de dormir con mujeres, aunque fueran casados y duraba la vigilia setenta y ocho días, y a veces llegaba a ciento, según la necesidad y la fiesta la pedía. En todos estos días se sacrificaba derramando toda sangre de sus brazos, pies, muslos, narices y orejas, lengua y de todos los miembros de su cuerpo y esto se hacía dos veces al día, y a la noche ponían incienso a sus dioses. Después lavábanse los sacerdotes y así se continuaban sus penitencias y aparejo para entrar en la fiesta; pero cada vez que sacrificaban se tiznaban los hombres en común, no se bañaban (*los hombres*), mas tiznábanse, y aquello era como un cilicio y ornamento de penitencia. Ninguno dormía en su casa en este tiempo más que en ciertos portales y casas que había cerca del templo hechas para este propósito. Todos guardaban con gran rigor todas las cosas que se mandaban, porque si allende se quebraba alguna cosa pasaba por la pena señalada. Tenían también gran temor que habían de ser muertos por mano de los dioses o habían de padecer alguna infelicidad y así les acaecía muchas veces o porque el demonio (*permitiéndolo Dios*) les causaba la muerte con obras que para ello hacía para tenerlos más devotos y ligados en aquella penitencia o ceremonia de su servicio, o porque la imaginación de haber cometido pecado solía ser tan vehemente que de pura tristeza se morían. (*¡Miren, cómo no habían de pensar que nuestra ley era la misma que ellos tenían: viendo que nosotros hacíamos lo mismo que ellos en la celebración de los santos; si no era menester mucha luz superior con mucha predicación!*) Componían sus ídolos para estas fiestas con mucho oro y piedras y envolvíanles infinitas mantas ricamente labradas; poníanles en unas andas y traíanlos en procesión con mucha reverencia acompañándolos con gran música de atabales y otros instrumentos musicales de que ellos usaban y después andado por el pueblo, poníanlos en las plazas mayores, las cuales servían en el pueblo para el juego de pelota y allí delante de los dioses jugaban los señores y principales la pelota, y por hacer la fiesta en algunas partes sacaban los ídolos de los templos a donde habían estado desde el principio de la penitencia y allí les ofrecían sacrificios de poca costa, así de pájaros e inciensos. En otros pueblos no le sacrificaban sino en ciertas cuevas donde les tenían escondidos y allí les ofrecían sacrificios: (*Esto era en los Chiapas, donde hasta hoy lo hacen; en el pueblo de Teopizca y en Uxchuc, y otros, donde hay cuevas profundísimas, allí sacrifican hasta hoy. Procurando los ministros reducirles, de estas fiestas que hacían y estilos, a alguna cosa al modelo de nuestra fe católica, como se hizo en la cueva que está junto al pueblo de Comitán donde idolatraban; y los padres antiguos lo establecieron que se celebrase allí la fiesta de nuestro glorioso padre san Francisco, en memoria del*

*tiempo que estuvo en el monte Alvernia: y así se celebró por muchos años teniendo aquel lugar dedicado al glorioso santo; aunque después dejaron aqueste celebrándolo en la iglesia del pueblo —de donde nació el engaño que padeció el muy reverendo padre fray Francisco Vázquez en la primera parte de su Crónica: cuando dijo que este pueblo tuvo la advocación de nuestro padre san Francisco, y después le dieron otra, fundándose en este engaño para decir que este pueblo lo fundaron religiosos de san Francisco— que es lo mismo que se hizo en la primitiva iglesia, como fue la fiesta de la Purificación que se instituyó por la fiesta que se hacía en tiempo de la gentilidad con candelas: y se llamó La Candelaria); en algunas partes también acostumbraban tener y guardar los ídolos en lugares muy escondidos porque así fuesen tenidos en reverencia mayor, porque tenían entendido que de verlos muchas veces, sucedía no reverenciarlos, ni estimarlos; lo otro porque los comprovinciales no se los hurtasen porque esta gente tenía grande envidia cuando entendían que había mejores ídolos en unas tierras que en otras, y morían por hurtárselos y a esta causa los escondían. Tenían por coajutores a los hijos de los nobles y los parientes de los señores cuando eran mancebos y sin casarse. Estos solos sabían donde estaban los ídolos y tenían cargo de guardarlos y llevaban las cosas que ofrecían los devotos por ofrenda: cuando determinaban que sacasen aquellos ídolos de aquellas honduras y cuevas para traerlos por el pueblo, estos mancebos nobles los traían a cuevas y parando de trecho en trecho les hacían sacrificio de las cosas que les daban. Teníanles aquellos días enramados los aposentos y muy llenos de flores (*los aposentos*), de manera que todo lo bueno era para aquel punto. El sumo sacerdote que en algunas provincias lo era el rey y sumo señor, en tiempo de necesidades, solía estar, cuatro y ocho meses y un año, apartado y recogido y allí no comía más que grano de maíz seco por tostar y añadíanse algunas frutas; de manera que de todo punto le eran prohibidos cosa que llegase al fuego. Tampoco volvía a su casa desde el día en que empezaba la penitencia hasta que la acababan ni menos conversaba con nadie. El lugar de su aposento era una chozuela muy chica cubierta de hojas verdes, las cuales se las mudaban en marchitándose, y era llamada la casa verde. Esta chozuela hacían en el monte junto al lugar donde estaban los ídolos. Aquí hacía penitencia muy áspera y tan cruel que parece cosa increíble. No se hacía esta áspera vida más que una vez mientras que vivía; todo el tiempo que estaban recogidos hacían sacrificios de todas las cosas que podían ser habidas, salvo de hombres. Derramaba todos los días sangre de las orejas y de los demás miembros de su cuerpo hasta sangrarse del miembro viril, esta ofrenda y sacrificio ofrecían a los ídolos por todo el pueblo, como pastor que tomaba sobre sí todos los pecados de los súbditos. Cuando se publicaba, como dije, la vigilia, aunque los sacerdotes y casados se tiznaban, los mancebos se untaban un almagre colorado y porque eran diferentes de los casados, dábanles todo aquel tiempo por maestro y guía al hijo del señor de la tierra y si no tenía hijo el deudo más cercano como fuera mancebo. Este tenía cargo de llamar a todos los muchachos de siete años arriba y repartíalos en cuadrillas y cada uno*

tenía su guía y adalid: juntábanlos a estos para que trajesen leña porque en este tiempo se gastaba mucha en el templo. Dormían en los portales no sólo cuando hacían su ayuno, mas aun casi todo el año, porque no les era permitido tratar ni saber de los negocios de los casados, ni aun sabían cuándo habían de casarse hasta el tiempo que les presentaban las mujeres porque eran muy sujetos y obedientes a sus padres y mayores. *(Hasta ahora se guarda este estilo: que ellos no saben cuando se han de casar; y sus padres lo hacen todo.)* Cuando estos mancebos iban a sus casas a ver a sus padres tenían en cuenta que no hablasen los padres cosa que fuese menos honesta, porque los mozos y doncellas no oyese alguna cosa de mal ejemplo y fuesen conmovidos a pecar, o a deseo malo". *(Bastante ejemplo se puede tomar de estos: de aqueste cuidado de criar sus hijos, y aun todavía les dura/ra/ aqueste cuidado; no sólo tenemos que aprender de ellos en este tiempo la cristiandad, sino también en tiempo de la gentilidad).*¹⁾

CAPITULO XXX

Que es el 18 de fray Jerónimo Román, de la cuaresma que tenía la gente de Guatemala y de sus ayunos, de los sacrificios que hacían de hombres y cómo mataban a sus padres cuando estaban viejos

"Ya que los de aquesta provincia sabían el tiempo cuando comenzaba la pascua y cuando se hacía el aparejo de ella, comenzaban su ayuno llamado cuaresma: *(porque así entendemos nosotros el ayuno mayor que ellos hacían, como nosotros el cuadagesimal)*; y esto se hacía con gran recogimiento de todos, así hombres como mujeres. Los hombres iban al templo a orar, las mujeres quedaban en su casa para mirar por la familia. Cuando volvían del templo, las mujeres los recibían con grande extrañeza porque ni les hablaban ni saludaban y así no hacían sino comer y volver al templo. Llegada la noche ya que eran las nueve o poco más, venían a casa no a dormir, más a llamar a la mujer e hijos. Si los niños eran ya grandecillos ibanse juntos a las faldas de los montes, y si no los había, a las encrucijadas de los caminos *(en estas encrucijadas de los caminos tenían y aun tienen hasta el día de hoy muchas supersticiones, como queda dicho)* y allí comenzaban los padres a sacrificarse y sacar sangre de muchas partes de su cuerpo con unas piedras y navajas y enseñaban a los hijos a hacer lo mismo; y decíanles que pidiesen a los dioses, salud, buenos temporales y lluvias y las demás cosas necesarias para la vida humana, pero si los muchachos rehusaban con el miedo de herirse y sacar sangre, los padres los sajabán y herían por fuerza y esto hacían hasta hacerles perder el miedo. Hecho esto, todos en común pedían a sus dioses los favoreciesen y remediasen y ofreciendo lo que tenían así como pájaros, flores e incienso²⁾ cada

1) Véase Román: *Repúblicas*. I, 17; véase también Casas. *Apologética*, cap. CLXXII.

2) Tenían, repetido en ms. original.

noche mientras duraba su ayuno y penitencia, y el resto que les quedaba de la noche iban a sus estaciones, buscando lugares más acomodados, para pedir a sus dioses de nuevo lo que tenían necesidad. Hechas estas estaciones, despedían a sus mujeres y mandábanlas que se volviesen a sus casas y con ellas sus hijos; pero si no los tenían, ellos las acompañaban y llegando la puerta se volvían al templo. Guardaban otra ceremonia al principio de la cuaresma, y era que soltaban todos los esclavos que después habían de ser sacrificados, a los cuales daban libertad de esta manera, que a cada uno le echaban una argolla de oro, plata o cobre al pescuezo y pasábanle un palo por ella como chaveta, y dábanle cuatro hombres de guarda. Este andaba por todo el pueblo y en cada casa que quería entraba, y si quería comer con el rey y con el grande o chico lo hacía y no se lo prohibían: solamente tenía de apremio que no podía salir del pueblo sin tener la argolla y la guarda de los hombres; y todos tenían cuenta de hacerles muy buen tratamiento y lo mismo hacían a quien los guardaba. Llegados los últimos días, que eran siete antes de la pascua, juntaban a todos los que habían de ser sacrificados en una casa que para ello era dispuesta, la cual estaba junto al templo y allí todo aquel tiempo les daban de comer y de beber hasta emborracharlos y ya cuando no faltaban más que tres días, todo el pueblo se ejercitaba en barrer y aderezar los caminos y adornarlos; de manera que a todo aquello que podía servir de representación de fiesta se aparejaban los capitanes y maestros que dijimos tener cargo de los muchachos y mancebos; mandaban traer a unos ramas, a otros hojas de pino para echar por el suelo, como echamos en España la juncia y espadañas. El postrero día, que era la víspera, barrían todos los aposentos del templo y los fuegos o braseros quedaban muy limpios porque llevaban las cenizas a unos purificatorios o consumideros diputados para esto: todo el mundo se quitaba aquel tizne y lavábanse de manera que quedaban muy limpios y vestíanse de sus mantas nuevas y limpias muy galanes; si era tiempo que estaban los trigos o maíces grandes, traían de aquellas mazorcas y poníanlas alrededor de los altares e ídolos; y si estaban secos los panes, también traían espigas. *(Hasta hoy se guarda este estilo en sus fiestas de adornar los altares con frutas y mazorcas.* También traían muchos instrumentos musicales, de manera que no faltaba nada la víspera y todo lo necesario estaba a punto. A la noche los hijos del rey y de los otros señores iban por ídolos donde los tenían escondidos y traíanlos con gran procesión por todas las calles y caminos y de trecho en trecho les ofrecían aves y animales, flores y frutas, incienso y cosas olorosas, y como se iban allegando al pueblo los dioses, venían algunos de aquellos mancebos a gran prisa y decíanle al rey y a los demás señores y sacerdotes, que ya venían los dioses y cuanto más venían acercándose, tanto más prisa se daban en avisar. *(Esto mismo hacen ahora cuando traen al santo a la iglesia: que vienen todos los muchachos delante, metiendo bulla).* Cuando ya venían junto a la ciudad o arrabales, salía el gran sacerdote a los recibir muy acompañado de los otros sacerdotes y ministros del culto divino y en llegando a ellos le ofrecían sacrificios y entrando en el pueblo entraban callados y con mucho silencio, y

así iban al templo, y en entrando hacíanle al pueblo cierta señal para que supiese que ya el gran dios estaba en su propio lugar. Todo lo que quedaba de la noche se gastaba en andar estaciones y visitar el templo, de manera que no se dormía nada de ella. Ya que habían asentado los ídolos en sus altares comenzaban a tañer los atambores y sonar las otras músicas, y allí se hacían bailes y otros muchos regocijos y en estos ejercicios les tomaba el alba. En amaneciendo todo el mundo se iba a casa y se lavaba y cada uno traía aves e incienso para sacrificar y dábanlo a los sacerdotes para que ellos lo ofreciesen, y en tanto cada uno pedía al dios con humildad lo que más tenía necesidad. Llegada la hora del gran sacrificio el gran sacerdote se vestía de pontifical, que era una capa cuya hechura yo no sabría describir, poníanse una corona de oro o de plata, o de otro metal, la cual estaba adornada de piedras preciosas, y así se ponía otras cosas el pontífice que le hacían muy autorizado y vistoso, tenían ¹⁾ aparejadas unas andas, muy ricas con muchas joyas de oro, plata y pedrería y entre estas riquezas ponían muchas rosas de varios colores y muy aderezadas y componían al ídolo y poníanlo muy asentado en ellas y luego comenzaban a hacer la procesión por dentro del patio del templo y a donde había muchas invenciones de cantos, danzas y atabales y músicas (*de aquestas fiestas son las que hoy celebran de los santos titulares de los pueblos*); y teníaese tanto orden en que fuese con gran concierto que con ir infinidad de gente no había confusión, mas todos iban puestos en sus lugares.

Acabada la procesión el ídolo paraba en un altar junto a la piedra adonde habían de sacrificar a los hombres, poníanse junto a ellos los atabales y ministriles, cantábanse aquí por gran pieza de tiempo las cosas antiguas que esta gente había hecho en tiempo de paz y guerra. (*En lugar de estos cantos, les establecieron los que hoy cantan de las vidas de los santos y misterios de Cristo*). En tanto que cantaban iba el rey y los otros señores al lugar donde estaban los esclavos y sacábanlos de uno en uno y cada uno tomaba el suyo de los cabellos y lo traía delante del supremo dios, y venían diciendo a grandes voces: “Señor, acuérdate de nosotros que somos tuyos, dadnos salud, dadnos hijos y prosperidad para que tu pueblo se acreciente, dadnos agua y buenos temporales para nos mantener y que vivamos, óyenos nuestras peticiones, recibe nuestras plegarias y ayudadnos contra nuestros enemigos, dadnos holganza y descanso”. Todas estas peticiones y palabras iban diciendo, de manera que todo el pueblo lo oía; llegando al altar del sacrificio, estaba el sacerdote carnicero aparejado y el señor le ponía la víctima en las manos y él con sus ministros guardando el orden que en otras provincias se guardaba, sacaban el corazón y lo ofrecían al ídolo y el sacerdote con tres dedos, tomaba de aquella sangre y rociaba al ídolo y luego echaba de aquella sangre contra el sol, haciendo primero algunas ceremonias no de mucha importancia, y de esta manera andaba de ídolo en ídolo y de altar en altar, untándoles de aquella sangre. Ponían las cabezas de los sacrificados

1) Muchas, en ms. original.

sobre unos palos en un cierto altar para esto solamente dedicado adonde se quedaban por algún tiempo, el cual pasado los enterraban. Daban estas gentes dos razones por que los empicotaban, la una era, porque estando así a vista de todos los dioses, se acordasen de lo que les habían pedido y mirasen cómo les habían ofrecido gran sacrificio; la otra era porque viendo los hombres aquellas cabezas, considerasen cómo habían sido cortadas por los pecados de todos; y también los dejaban allí para que el rey de la tierra viendo tan gran sacrificio se conmoviese a aumentar la religión; para los enemigos que, les quisiesen hacer mal o guerra, les temiesen cuando entendiesen que si eran presos habían de pasar por la misma ley. Los cuerpos de los sacrificados eran cocidos y comíanse como carne santificada, las manos y los pies y otras cosas delicadas presentábanse al gran sacerdote y al rey como cosa más sabrosa; todo lo demás se distribuía por los otros sacerdotes y ministros del altar, porque a los del pueblo no les alcanzaba bocado. Aquel día era libertado para hacer grandes banquetes y borracheras y así se mataban infinitas aves, mucha caza, de suerte que todo género de comida que ellos tuviesen allá en uso la tenían presente; vinos tenían muy diferentes porque, aunque no eran de uvas, ellos tenían semillas de cosas de que los hacían de diversas maneras que tenían sus nombres de mejoría como acá los de Medina, Rivadavia, Toro y S. Martín, etc. *(Todos son peores y tan infames que solo para rabiar son buenos: como mueren los que continúan aquestos vinos o chicha)*. Estos banquetes tanto mayores eran, cuanto lo eran las personas que los hacían. Hacían muchas danzas y bailes y otros juegos en presencia de los ídolos y dábanles a beber del vino más precioso que tenían remojándoles las bocas y las caras. Si se emborrachaban y bebían con exceso estas gentes, no lo hacían tanto por vicio, cuanto porque en esto creían que hacían un gran servicio a Dios y así el principal que se emborrachaba más era el rey y los señores principales. *(En esto dice lo que quiere el autor: porque es tal la propensión a la embriaguez que se les va el alma por beber; y aunque sepan que los han de castigar rigurosamente, no se pueden abstener. En hallando la ocasión lo tienen por grandeza, y si es con vino cosa de mucha honra: y así el día de hoy, aunque sean los alcaldes que han de asistir en sus cabildos; no tiene remedio sino que se embriagan también)*. Otros no se emborrachaban, pero no era porque ellos fuesen de menos valer, sino porque ellos habían de gobernar la tierra y proveer en los negocios del reino mientras que el rey estaba ocupado en aquella religión y se emborrachaba. Duraban aquestas fiestas tres y cinco y siete días según lo que ordenaban los ministros, y lo decían cuando se habían de comenzar. En estos días en cada tarde andaban en procesión con grandes cantos y músicas llevando al ídolo y ídolos por las calles y plazas, y adonde había lugar preminente hacían altares y ponían mesas y allí paraban, y como nosotros representamos farsas y autos, así ellos jugaban a la pelota delante de sus dioses. El último día, cuando llegaba la noche, cerraba de todo punto la fiesta y cada uno se iba a su casa, salvo los ministros que asistían en el templo.

Estos volvían a esconder los ídolos y a servir como solían de ordinario. Esto es cuanto a las fiestas y sacrificios, pero otras cosas particulares tenían los de esta provincia en lo tocante a la religión, que de necesidad es bien que se sepan; y así en el capítulo siguiente lo trataremos, porque el lector no se canse tanto.”¹⁾

CAPITULO XXXI

Qué es el diez y nueve.—De los lugares adonde sacrificaban los de Guatemala, así como en fuentes, cerros, cuevas y debajo de los árboles.—Tráense otras cosas curiosas

“Como esta nación tenía gran cuidado de las cosas de Dios, procuraban tener las estatuas de los ídolos, que ellos llamaban dioses, con gran reverencia y en diversos lugares para irse a encomendar a ellos en sus necesidades. Así cuando labraban casas de nuevo (*tocante a esto tenían un abuso, que procuraban cuando hacían una casa poner en los cimientos o tapias un cadáver para que guardara la casa; y tanto era el abuso en esto, que desbaratando yo en Santo Tomás Chichicastenango una pared del convento para hacer la sacristía, hallé la osamenta de un cadáver que allí habían puesto debajo del aguamanil de la sacristía antigua. Ya se ve que esto no lo pondría el Ministro, sino que ellos a escondidas lo pondrían para que cuidase aquella obra*), la media la dedicaban y consagraban al dios de las casas que llamaban *chahalha* (esto es: guarda de la casa) y en aquella parte le tenían hecho su altar y su lugar de hacer sacrificio, en el cual ponían incienso y mataban aves y otros animales. Ponían en las paredes la sangre que se sacaba y pegaban plumas alrededor (*digo plumas ricas de la que nosotros usamos para las gorras y sombreros*); y en la puerta de la casa hacían lo mismo porque con aquello aseguraban que no entraría en casa cosa mala; y cuando cortaban la madera para hacer casas, hacían sacrificios al dios de casa por ellas suplicándole que la casa para donde se cortaba aquella madera, fuese dichosa y que en ella viviesen muchos días y con felicidad. Tenían asimismo sus oratorios particulares donde acudían en sus mayores trabajos que les sucedían, por la mayor parte los tenían en arboledas muy espesas que la escritura sagrada llama *lucos*, que también sacrificaban debajo de árboles muy espesos y copados, debajo de los cuales se acostumbraba a degollar y derramar sangre de varias partes de su cuerpo. (*Esto lo aprendieron, sin duda, de los israelitas: que en bosque sacrificaban y debajo de cualquier árbol frondoso y copado; y así tienen tan grandes abusos hasta hoy en las ceibas, que son árboles muy disformes: y en ellas les habla el demonio; y los brujos consultan con ellos*). También sacrificaban en las fuentes, en especial cuando pedían hijos, y si hallaban un árbol muy espeso que estuviese debajo de alguna fuente, tenían por lugar divino aquel tal, porque concurrían dos divinidades, así en el árbol como en la fuente.

1) Román: *Repúblicas*. I, c. XVIII; Casas: *Apologética*, c. CLXXVIII.

Hacían sacrificios en las cuevas y en los lugares oscuros y en las encrucijadas de los caminos (*esto de los caminos; ya se ha dicho arriba el por qué*) y en las puntas de los cerros, y conforme a las peticiones que hacían así escogían los lugares. Tenían humilladeros antes de entrar en aquellos lugares donde tenían hechas unas capillas (*a esto sucedió el poner cruces como ahora se hace*) y allí había altares y ídolos; estos oratorios se decían *mumutz* y de estos había de trecho en trecho en los caminos a donde hacían sus oraciones y ofrecían sus sacrificios. (*Este —mumutz— es montón de tierra hecho a mano para sacrificadero o ara*). En llegando al humilladero tomaban unas hierbas y dábanse con ellas en las piernas y escupían en ellas y poníanlas en el humilladero con una piedra encima. (*De estas ceremonias, hasta hoy la usan en algunos parajes poniendo una piedra porque la tierra que pisan no los tiente, y les extraña por no ser la suya; como los de Cobán lo usan en el camino que viene a Guatemala: en pasando el río que divide la provincia, echan una piedra al pie de una roca que allí está, y tiene un gran cerro hecho de ellas*). Esto decían ellos que era cosa saludable para desechar el cansancio y sentían luego fortaleza en las piernas (*hoy usan, en hallándose cansados del camino, azotarse con ortiga, que aquí se llama chichicaste, que es muy buena mortificación*). Ofrecían allí algodón o cacao, o sal o pimientos o de las otras cosas que llevaban, y de aquello, como de cosa sagrada, no había nadie que osase tomar nada; y así se quedaba allí y se perdía. Cuando quiera que caminando, les sucedía alguna adversidad y peligro, luego acudían a se encomendar a Dios (*y se dolían de sus pecados*) y se confesaban a solas, y se dolían de sus pecados, llamándose pecadores. Si topaban algún tigre de los cuales abunda aquella tierra, luego se confesaban de sus pecados diciendo: tantos pecados he cometido, no me mates. Si caminaban muchos juntos se sentaban y decían, que aquel tigre era el pecado de alguno, y que el que allí iba culpado a aquel mataría. Acaeció cuando se comenzó la predicación del santo evangelio en la provincia de la Verapaz, que iba por el camino un hombre con su mujer y vieron un tigre y la mujer como ya estaba enseñada en la fe, comenzó a santiguarse y a dar la doctrina cristiana que en su lengua llaman *tih* (*tih se toma por la comida de carne, y tomándose por la enseñanza se dice: tihobal, que es de —tihoh— enseñar, y más propio: —ruchabal Dios— la habla o lengua de Dios, y con más propiedad tiihila: comida de ti, morder; y éste es absoluto como parte ingesiva del cuerpo*), y como la mujer iba rezando siempre, díjole el marido: da voces y deja el *tih*. Mas ella no curaba de lo que decía su marido, mas perseveraba en rezar y en fin huyó el tigre, de lo cual quedaron muy contentos y fueron luego a los padres dominicos, que predicaban por allí, y diéronles de sus presentes pobres y contáronles el caso como había pasado, de lo cual dieron gracias a Dios porque por la doctrina de la verdad, el demonio perdió la fuerza que había puesto en aquel tigre. Tenían los demonios tan encarnizados estos terribles animales, que luego que no les confesaban sus pecados los mataban, y así aquellos nuevamente convertidos a la fe con la flaqueza, algunas veces sí veían algún tigre, olvidados de la señal de la cruz se volvían a su antiguo error y costumbre por lo cual los castigaba Dios. Así tenemos ejem-

plo de que en el mismo lugar donde acaeció lo que poco ha conté, como un tigre llegase a la puerta de una india y la tuviese cerrada; y haciendo ruido el tigre ella abrió pensando que fuese otro, y olvidándose de lo que le habían enseñado los religiosos, cuando vio el tigre dijo: *Señor, no me mates que no tengo más que tres pecados*. Y permitiéndolo Dios porque no creyese que el animal tenía poder de librarla arremetió el tigre a ella y la despedazó. Cuando quiera que habían de comenzar alguna obra luego antemano hacían sacrificios y así cuando iba a cazar plumas a los pájaros, la liga con que los habían de tomar, la incensaban y la santificaban, creyendo que con aquello tenían más fuerza. *(Hasta ahora en cogiendo algún venado, después de muerto, lo sahuman y ponen flores y lo componen; y llaman una vieja que haga esto y lo agasaje: para que viendo el buen tratamiento se dejen coger los otros. Y en los palos de las colmenas ponen en la entrada manteca de cacao y achiote para que acudan y no se huyan; y lo mesmo en los cacahuatales, como hasta hoy lo tienen; pues el maíz que se ha de sembrar se ha de desgranar a mano, y no se ha de aporrear; y los elotes, que es el corazón de la mazorca, no se ha de quemar, sino que se ha de arrojar a algún lugar donde no se pise: como en alguna barranca)*. Al tiempo que habían de sembrar cualquiera sementera, lo primero que hacían era hacer sacrificios, *(hasta hoy sahuman los árboles del cacao, para que el señor de la heredad les dé cacao: ¡Sepan esto los señores obispos que andan quitando las primicias al cura!)*, y mataban algunas gallinas y la sangre esparcían por los contornos de la heredad donde se había de sembrar. Estaban también ciertos días antes de sembrarse apartados de sus mujeres porque tenían por cosa escrupulosa dormir con la mujer e ir a sembrar; y así tenían otras supersticiones y niñerías. *(Y cuando cogen el maíz, lo tienen amontonado en la milpa: y así lo tienen hasta que se salga una mazorca del montón: entonces lo acarrean a la troja; porque dicen que no conviene llevarlo por fuerza hasta que él quiera ir de su voluntad: que la muestra en aquella señal de rodarse la mazorca)*. En las huertas y arboledas, tenían algún ídolo al cual sacrificaban porque guardase aquellas frutas; cuando querían escardar los trigos ponían fuego e incienso a las cuatro partes de la heredad, y en medio *(esto es al corazón de la tierra dedicado)*, y les pedían con mucha humildad que les guardasen aquellos panes hasta que los cogiesen. Cuando granaba, daban la primicia a los sacerdotes o molíanlo y de la harina hacían engrudo y un pan al ídolo y piedra que estaba puesto en la heredad, o dábanlo para que lo comiesen algunos pobres viejos y enfermos: hecho el agosto daban en grano sus diezmos. Cuatro cosas pedían comúnmente los de esta provincia a sus dioses, la una era la vida larga y la salud, hijos y mantenimiento para pasar la vida; para la primera se enderezaban los sacrificios comunes, sus penitencias para la salud; lo primero que hacían era hacer sacrificio o enviar codornices u otras aves de ciertos colores que ya eran aplicadas para la enfermedad y el sacerdote las tomaba y sacrificaba, si era señor el que demandaba la salud, siempre tenían al médico delante, el otro pueblo no; pero la mujer tomaba si el marido era el enfermo una manta u otra cosa de valor e iba con ella al médico y decíale: Fulano vuestro hijo está malo,

ruégoos mucho que lo visitéis, y sin esperar que le respondiese algo le ponía delante lo que traía para darle, y así se despedía. (*Hasta hoy prevalece el uso de no ir a ver al padre o a otra persona grave, sin llevar algo: porque este fue su estilo, no ir jamás ante el señor sin llevar algo de presente*). El médico entonces, desembarazándose de lo que tenía entre manos, iba a ver al enfermo y si la enfermedad era liviana, poníale unas hierbas y otras cosas de que él usaba para enfermedades comunes; pero si era aguda y peligrosa decíale: Tú, algún pecado has cometido. Y tanto le apretaba en esto, que venía a decir forzado, lo que quizás hacía diez o veinte años que había hecho, y esto se tenía por medicina principal en las enfermedades peligrosas porque creían que echado el pecado fuera del alma quedaba el cuerpo aliviado; y así de aquella antigua costumbre ha quedado en la tierra otra muy santa y provechosa, y es que estando alguno enfermo luego se acuda con la confesión, en tanto que muchas veces van cuarenta leguas a buscar sacerdotes (*luego que enferman piden confesión: aunque sea muy leve el accidente*); confesando pues, su pecado al médico, echaba el físico suertes sobre qué sacrificio haría, o de qué cosa, y aquello que allí se determinaba, aquello se hacía, porque eran sumamente obedientísimos a los médicos. (*En cosa de medicina lo son hasta hoy: que no repugnan cosa así que sea la cosa más terrible*). Muchos viéndose en gran necesidad, hacían voto que si sanaban, o eran librados del trabajo en que estaban sacrificarían un esclavo, y a veces un hijo o una hija, lo mismo hacían cuando se veían cautivos, y en semejantes aprietos tenían por gran pecado no cumplir los votos, y así los cumplían o morían por cumplirlos. Para conseguir y alcanzar hijos, cuando no los tenían (*el caudal de los indios son los hijos, como de los españoles su destrucción: hasta en esto son al revés*), ofrecían muchos géneros de sacrificios, sacábanse mucha sangre de varias partes de sus cuerpos, sacrificaban muchas aves, hacían muchas promesas, llamaban médicos y a los sortilegos y hechiceros para que les diesen consejos para poder tener hijos; y estos diabólicos hombres luego acudían con decir que por sus pecados no permitían los dioses que tuvieran hijos ni hijas, y los mandaban hacer penitencia y lo que más acostumbraban a mandar era que apartasen cama, marido y mujer; por espacio de cuarenta o cincuenta días, que no comiesen cosa con sal, que comiesen el pan seco, o solo maíz, o que estuviesen tantos días en el campo metidos en alguna cueva, que les señalaban, que durmiesen sobre la tierra desnuda. Todo esto hacían porque sus dioses se aplacasen y les diesen hijos; y hechas todas estas cosas, les daban licencia para que volviesen a conversar con sus mujeres. Tanto era el deseo de tener hijos, que ninguna cosa que les mandaban los médicos por grave que fuese les parecía dificultosa; (*como en los españoles, el pobre usa tener muchos hijos; y el que los tiene, no tiene caudal por mucho que tenga. En los indios es al contrario, que el que tiene muchos, es más rico y el que no los tiene, es pobre: porque desde que empiezan a andar les ayudan en sus trabajos, y así se van criando tan recios para el trabajo*), y así el primer hijo que les nacía lo nombraban del ídolo que era dedicado al día del nacimiento y no querían darle el nombre de padre o madre. En naciéndoles el hijo o hija,

mataban una gallina y la sacrificaban o se la enviaban al sacerdote para que la sacrificase dando gracias a los dioses por la criatura que les daba. Hacían en los nacimientos de sus hijos muchos convites y fiestas a los parientes, cuando lavaban la criatura ofrecían sacrificio de incienso y papagayos, y este lavatorio se hacía en alguna fuente fresca y muy clara (*finalmente parecen haber tenido noticia del bautismo del demonio: por remedar, o como mono, las cosas de Dios les sugirió aqueste lavatorio*), y si no había fuente, en un río donde llevaba la mayor corriente, aquel día ofrecían a aquel río o fuente todos los vasos y cosas que habían servido a la mujer parida en el parto. Echaban suertes para ver qué día sería bueno para cortar el ombligo y hallado el día ponían la tripilla sobre una espiga o mazorca de maíz, y con una navaja que no hubiese servido, la cortaban, y la navaja era echada en una fuente como cosa bendita, la mazorca de maíz desgranábanla y sembrábanla si era tiempo; y si no guardaban su grano para su tiempo, y sembrándolo cultivándolo como cosa sagrada, y espigado y molido hacían de aquella harina las primeras papas que daban al niño. Lo demás que había producido^o de aquellos granos eran para el sacerdote; y aun eran tan supersticiosos que guardaban de aquel trigo para cuando fuera grande el muchacho y lo sembrase. Cuando la criatura estaba para destetar, hacían gran fiesta los padres convidando a sus deudos y vecinos y hacían su sacrificio porque lo habían señalado para este efecto. Hacían también sacrificio cuando la criatura andaba a gatas y cuando comenzaba a hablar. Cuando la primer vez lo trasquilaban y le cortaban los primeros cabellos hacían fiesta y tomaban los cabellos y quemábanlos a vueltas con el incienso. (*Y los cabellos que se cortan, cuando están enfermos, se los ponen en la sepultura si mueren; y los que las mujeres se sacan cuando se peinan, los guardan; y lo mesmo de las muelas que se sacan y lo ponen en parte señalada: esto dicen que hacen para cuando resuciten no anden mucho para hallarlo todo*). El día en que nacía el niño o niña, era habido por toda la vida en gran solemnidad y festejábanlo con convites. La primera obra que hacían sus hijos con sus manos la ofrecían a los dioses. Las mujeres daban mantas tejidas de sus manos y los muchachos ballestas: estas cosas las mismas criaturas las llevaban a los sacerdotes. Llegados a ocho años eran puestas en el templo las niñas y vivían en gran recogimiento hasta el tiempo de casarse. Estas, pues, son las costumbres y ritos que tenían los de Guatemala acerca de los sacrificios y su religión.¹⁾

CAPITULO XXXII

Que es el 7o. del Libro 2o. de la gobernación que tuvieron los indios de Guatemala y otras provincias

Entre los reinos que había muy extendidos en la Nueva España, fue el de Guatemala. Este señorío tiene otro título acerca de algunos y llámase *Uatlán*, el cual está en la misma provincia de Guatemala a lo alto de las montañas. (*Uatlán se llama Santa Cruz del Quiché, que era la*

1) Román: *Repúblicas* I, 19; Casas: *Apologética*, CLXXIX.

corte y cabeza de este reino; hoy se llama Guatemala, por ser esta ciudad cabecera del reino. Y se llama Quiché, que quiere decir muchos árboles o montaña). Su principio fueron cuatro hermanos; salieron de cerca de Méjico (*en esto fue mal informado; que, antes, de aquí fueron a Méjico*) y llegando a esta tierra que a la sazón estaba despoblada, comenzaron a labrarla y a cultivarla sin hallar quién se los desistiese. De estos cuatro por ser el primero (*Balamquitzé*), de condición blanda y poco dispuesto para regir, como el segundo hermano, el mando, y teniendo dos hijos mandó que el mayor heredase y el segundo le sucediese; pero guardóse aqúese orden que por respeto que tuviese autoridad el segundo, luego que el primero subió al reino, mandó el padre que el segundo fuese capitán y mandó por ley que si fuesen cuatro, que el primero reinase, el segundo fuese como príncipe, el tercero capitán general y el cuarto capitán segundo, y que muerto el primero reinasen todos por su orden, si se alcanzasen en vida. (*En esta sucesión está siniestra la relación: esto procedió de lo que queda dicho, que por no haber visto estas historias —las anteriormente trascritas— padecieron equivocación en muchas cosas; bien clara está la descendencia de padres a hijos de todos tres hermanos/véase cap. XXI/*). Esto hizo él porque los que reinaban fuesen experimentados; tenía el rey ciertos varones de gran autoridad y opinión que eran como oidores (*no eran como oidores; que si fueran así, perdieran el reino: y estos lo conservaron*) y conocían de todos los pleitos y negocios que se ofrecían: ellos cogían y guardaban las rentas reales y distribuían lo que era necesario para la mesa y gastos de la persona real y lo mismo para los hijos o hermanos del rey. El asiento del rey era notable porque tenía un dosel de plumas riquísimas y sobre el guardapolvo, o cielo, otros cielos de diversos colores, de manera que representaba gran majestad. El príncipe, o el que le había de suceder tenía tres cielos y los demás hermanos o hijos a dos. Tenía en cada pueblo grande sus chancillerías (*estas chancillerías eran las cabezas de calpules*) con sus oidores; pero no era muy grande la comisión que tenían porque de las cosas árdúas solo el rey con aquel consejo que andaba en su corte conocía: los oidores eran castigados cruelmente si eran hallados en faltas grandes, o tocantes a sus oficios, donde no siempre perseveraban hasta la muerte en sus oficios; y cuando moría alguno de ellos se tenía cuenta que el que era más antiguo fuese de más autoridad como se hace en nuestra España. (*¡Así lo fueran estos, y no hicieran tantas maldades! Esto sucede de estar lejos del rey, y que no vea lo que se obra; pero como no hay recurso obran absolutamente sin respeto al castigo*). Teníase cuenta que los ministros de justicia comenzasen por bajos y menores cargos: porque se ejercitasen en cosas pequeñas y se fuesen haciendo viejos, porque cuando llegasen a mayores cargos fuesen de gran edad. (*Es tan conforme al dictamen de razón que los que han de ser jueces empiecen así, que los indios rústicos lo alcanzaron; y no lo alcanzan hombres de letras y entendidos. Y esto hasta hoy lo guardan los indios con harta vergüenza nuestra*). Tenía el rey de esta provincia otros reyes sujetos a sí y otros poderosos señores, los cuales esperaban la confirmación de sus estados de el dicho rey. No se di-

ferenciaba el rey de Guatemala o de Utatlán de los otros en el traje o ceremonias, sino en que él tenía horadadas las orejas y narices que se tenía por grandeza. Tenían en este reino y en los demás sujetas, muchas leyes y graves, que para entre bárbaros eran buenas.

Primeramente cuando algún rey era tirano y cruel, aquellos que eran cabezas de familias así como los ricos y altos señores comunicaban con las ciudades y jueces del Reino los agravios y males que hacía el rey, y si se conformaban todos luego lo mataban y tomábanle los hijos y mujer por cautivos y toda la hacienda y riqueza se les confiscaban, y si las ciudades no convenían en la conjuración, comunicábanlo con alguno de los mayores reyes y prometiéndole que si las ayudaban en la destrucción de su rey le darían las mujeres e hijas de su rey para esclavas. Si se aceptaba luego enviaba sus ejércitos y le hacía guerra y así muerto destruido criaban nuevo rey. Cualquiera señor o principal que persuadía que los vasallos no obedeciesen al rey tenía pena de muerte y daban el estado a otro. *(Esto no hay memoria en sus —historias— que sucediera: puede ser que fuese ley para que sirviese de freno a los reyes para no hacer desafueros).*

Cualquiera que mataba a otro, moría por ello.

El que adulteraba con la mujer del señor, si era principal señor moría por ello, y si era hombre común despeñábanlo.

Cualquiera que llegaba a esclava ajena, la pena era como pecuniaria, o daba otro tanto como la esclava valía, o compraba otra; pero, si el señor la quería y amaba, el culpable llevaba mayor pena.

El que hurtaba pagaba lo que hurtó y más le llevaban algo por la culpa; esta pena era para el fisco real.

Cualquiera ladrón que era incorregible, lo ahorcaban; pero primero lo denunciaban a sus parientes, y si decían que no, luego se ejecutaba la sentencia. *(Este estilo entre ellos permanece: que el chinamital paga por ellos; lo pagan después, porque la más rigorosa justicia que hay entre ellos es la del chinamital).*

Cualquiera que era condenado a muerte, se le confiscaban los bienes y mujer e hijos y esclavos.

El que era brujo quemábanlo. Era llamado este en su lengua *balan*, que quiere decir tigre. *(Estos brujos que se castigaban eran los que hacían daños; que todos sus adivinos eran brujos).*

Los que pecaban en el vicio de la carne, siendo solteros pagaban cierta cosa, pero morían si los acusaban los parientes porque se tenían por afrentados.

Al que hurtaba cosas de los templos, despeñábanlo; pero si era cosa liviana hacíanlo esclavo.

El que armaba traición contra su señor, o contra la república o descubría los secretos de ella, o se pasaba a los enemigos perdía la vida cuando era hallado y confiscábanle los bienes; mujer e hijos quedaban por esclavos.

Todos los que cautivaban en guerras, fuesen chicos o grandes, quedaban por esclavos.

Cuando prendían en la guerra señores principales, sacrificábanlos a los ídolos y después los comían para atemorizar a sus contrarios con esta crueldad.

El vasallo que se iba de su señor si lo alcanzaban matábanlo, y la mujer e hijos quedaban por esclavos y la hacienda confiscada.

Si alguno iba a cazar o pescar fuera de los términos de su lugar, si lo cogían con la caza en las manos quitábansela, si era de la provincia y amigos; pero si eran enemigos y que eran como fronteras, llevábanlos al señor y mandábanlos matar, o mandábanlos llevar al sacrificio.

El que iba a servir a casa de un señor, todo aquello que se menoscababa por su culpa, lo pagaba.

Si alguno prestaba o ponía en encomienda o depósito algo, si el que lo recibía lo perdía, o menoscababa, habíalo de pagar.

Si el padre u otro trataba casamiento del hijo o de la hija y después no quería, castigábanlo ásperamente porque en tal caso no se permitía que hubiese engaño; y si acaso el esposo había dado alguna joya a la doncella, o otro cualquier pariente por respesto del matrimonio, luego lo restituían. (*Esto dura hasta hoy: que si se desbarata el casamiento se ha de volver todo lo que se ha dado*).

La mujer después de dotada jamás volvía al poder del padre, mas si moría el marido casábanla con el hermano del marido si lo había, y si no con el pariente más cercano. (*Esta es ley del hebraismo*).

Cuando quiera que la mujer se huía y se iba con otro, o por rencillas se volvía en casa de los padres, requeríala el marido que volviese, y si no quería, él se podía casar luego con otra, porque en este caso la mujeres eran poderosas y eran libres. Algunos sufrían un año aguardándolas; pero lo común era casarse luego porque no podían vivir sin mujeres (*hasta hoy es esto de no poder pasar sin mujer, que es el todo de la casa; y es de tal modo lo que sienten perder la mujer, que el viudo se llama —pobre— aunque sea muy poderoso en riquezas*), a causa de tener quien les guisase de comer, porque era muy embarazoso el usar el moler y hacer el pan y otras cosas de que ellos se mantenían.¹⁾

CAPITULO XXXIII

Que es el octavo del libro 2o.: de la gobernación que tenían los de Verapaz tocante a cosas curiosas y notables; y los de Yucatán, con otras gentes de aquellas provincias

Por ser aquella provincia que hoy se llama de la Verapaz y antiguamente *tierra de guerra*, una de las provincias de más consideración de aqueste reino y la que se lleva la primacía sobre todas las demás por haber recibido la fe católica de paz, de mano de nuestros religiosos, siendo esta provincia la corona imperial, con el título que tan justamente le dio su majestad el emperador Carlos Quinto de gloriosa memoria a su prin-

1) Román: *Repúblicas*, II, 7, Casas: *Apologética*, CXXXIV.

cial ciudad de imperial; y la gloria y lustre de aquesta nuestra provincia, de que se ha de hablar a propósito, después; me pareció muy conveniente, el seguir aquí el capítulo 8º del libro 2º de las *Repúblicas* de las Indias Occidentales para que se tenga ya prevenida alguna noticia de aquesta provincia para en lo de adelante; dice pues:

“Entre las otras provincias que hallamos conquistadas en la Nueva España por diligencia de nuestros españoles (*en esto de ser conquistada padece equivocación: como se verá cuando se trate de su reducción*), es la que llaman de la Verapaz.¹⁾ Gobernábase esta nación por rey y era poderosa; y así como príncipe absoluto gobernaba su reino libremente y a su albedrío y por esto tenían estas gentes sus leyes y costumbres distintas de los otros sus vecinos. Cuanto a lo primero después del rey, era la persona más principal el sacerdote mayor; este oficio así como era grande, así también no se daba acaso ni por favor, antes había un linaje y familia de adonde salía, de la manera que acaecía entre los judíos que siempre era del tribu de Leví: era electo este pontífice de todo el pueblo, y siempre se buscaba el mejor y el más bien acreditado de todo aquel linaje. Los grandes señores del reino y en el palacio real allí se trataba, cuanto a lo primero lo que hacía al culto divino y después de la guerra y paz y lo demás tocante al buen gobierno de la República. Tenían tan gran cuidado en que se acertase en todo que aun en las cosas pequeñas y de poca importancia entraban en consulta. También en este consejo (*pode-mos decir real*), determinaban algunos pleitos y delitos graves; porque de los comunes, otros prepositos y magistrados conocían de ellos. Tenían como pretorios, que eran nuestros alcaldes de las calzadas, los cuales andaban por las provincias visitando a los jueces ordinarios y deshaciendo agravios. Tenían unos como alguaciles, que servían de llamar y convocar el pueblo y andaban de casa en casa señalando el tributo que cada uno debía de pagar al rey, o al señor. También si alguna cosa se ordenaba en casa del rey y su corte para que viniese en noticia de todos, estos iban por toda la tierra y lo publicaban pregonándolo. En lo tocante a las rentas del rey y señores había este orden: que todo venía a un montón y de allí le daban al rey su parte, después daban a los señores según cada uno era, y después daban a los oficiales y a quien el rey les hacía mercedes. En las cosas de la guerra había tal orden que tenían sus capitanes perpetuos y escogidos entre muchos y eran famosos por los hechos notables que habían hecho en su mocedad y juventud, y otros capitanes menores y sargentos. Había oficios señalados para llevar la bandera; tenían quienes llevasen las municiones y la provisión y mantenimiento; con sus oficiales mayores que tenían cargo de mandar a cada uno lo que había de hacer; en fin, si yo quisiese volver a referir lo que queda dicho de la república romana, podría hacerlo con señalar los oficiales que tenían los ejércitos de estos indios.²⁾ Una cosa es digna que se sepa de esta gente y es que cuando había alguna cosa particular en el reino en el cual iba mucho en acertar, convocaban las personas más doctas y de experiencia

1) Casas en *Apologética* (c. CCXXXVII), no emplea esta fórmula.

2) Román alude a su propio estudio de la República Romana.

que se hallaban en aquel negocio: así como si era cosa de religión o guerra llamaban al gran sacerdote; y a los que en esto eran más curiosos o a los que muchos años habían capitaneado grandes ejércitos, porque los tales llenos de experiencias daban consejo cierto. (*Esta costumbre si se usase hoy no haría daño en nuestra España*). Cuando querían los reyes hacer guerra después de tratado entre los del Consejo, no se sabía contra quién ni contra qué provincia, de manera que tomaban de esta manera a los enemigos descuidados mano sobre mano, y había tanto secreto en esto que era cosa maravillosa. En los pueblos populosos no compraban esclavos para sacrificar; mas quince días antes de la fiesta salía gran copia de guerreros y entraban en las fronteras de los enemigos y hacían un rebato y cautivaban los que habían menester y volvíanse; y si traían más, daban su parte al rey y los demás repartían entre sí. Tenían los señores gran cuidado en que hubiesen grandes y muy solemnes y muy ricas ferias y mercados porque como concurren a ellas muchas cosas, los que carecen de algo, allí lo hallan y truecan con los que carecen de otras cosas necesarias: tenían sus ferias, y lo que se vendía, junto a los templos. (*Hasta hoy, hay de estas ferias; y en las fiestas de los pueblos son muy populosas*). El vender y comprar es el trocar que es el más natural trato: daban maíz por frisoles y frisoles por cacao (*hasta hoy se usan estos trueques*), traían sal por especies, que era el axí o chile; aunque en esta provincia tenía otro nombre esta pimienta, que es la que llamamos de Indias que acá se da harto bien: (*La cosa es el chile o ají, y otra pimienta: esta es el árbol y da una pimienta como la de la India, más gruesa*), también trocaban carnes y caza por otras cosas de comer; conmutaban mantas de algodón por oro y por algunas hachuelas de cobre, y oro, por esmeraldas y turquesas y plumas. Presidía en este mercado un juez, el cual miraba que a nadie se hiciese agravio y tasaba los precios y él conocía de cualquier cosa que acaeciese en el mercado. En esta provincia había mucha policía, porque allí habían plateros y pintores y maestros de labrar cosas de plumas: (*Hasta hoy, hay oficiales de muchos oficios: que no se hallan en otras partes*), las mujeres sabían hilar, tejer y otras cosas que pertenecen a mujer: eran sus leyes muy buenas y santas, que si las quisiéramos comparar a muchas de las nuestras, no discreparíamos mucho.¹⁾

Cuanto a lo primero que prohíbe la idolatría no hay que dudar sino que erraban, porque reverenciaban por Dios al que no lo era; pero su intención, a la verdad en confuso, no andaba buscando sino a aquel que les había dado el ser y sembrado e impreso en sus ánimas la lumbre con que lo buscasen y apetito con que lo deseasen; y lo que acerca de los dioses, falsos hacían, en reverencia del verdadero Dios lo hacían aunque confundidamente; (*lo mismo se podía decir de todos los demás; pues ellos si sacrificaban a los ídolos, es porque juzgan que son dioses: que es lo que el hombre racional apetece*), lo cual se vio después, porque predicado el evangelio salieron de su engaño luego en que estaban. Esto colígese de lo que atrás se dijo hablando de la religión, por entender que acertaban, no se-

1) Casas termina aquí su capítulo CCXXXVII de la *Apologética*.

ñalaron castigo a los que adoraban y reverenciaban los dioses antes como cosa enseñada de sus sacerdotes, magos y adivinos y guardada por sus leyes, era cosa y de gran sacrilegio salir un punto de lo que ya estaba introducido. Tenían por cosa perniciosa a los brujos y hechiceros que hacían daño con sus embustes porque los ahorcaban o daban garrote y principalmente cuando mataban o hechizaban algún señor, haciéndolo impotente o causándole alguna enfermedad. Cuanto a jurar y guardar fiestas y días santos ninguna pena tenían; lo uno porque no tenían juramentos. (*El mayor juramento es decir —wetaam Dios— ¡Dios lo sabe! ¡es testigo! El jurar, el votar, lo han aprendido ahora de los españoles; y no sabiendo ellos lengua española, sólo saben estos disparates, y los nombres de oprobios*). Cuanto a lo tercero no tenían días festivos ni feriados, porque aunque se juntaban en uno a celebrar sus solemnidades, no prohibían que trabajen en ellos.¹⁾ Cuanto al honrar padre y madre guardábanlo estrechamente como nosotros, porque los padres exhortaban y enseñaban con mucha diligencia a los hijos que honrasen al padre y a la madre y a los reyes y mayores de la tierra, y a los que se ensoberbecían contra los señores queriendo alzarles el homenaje y obediencia y que no les pagasen sus tributos, ahorcábanlos. Cuanto a lo que prohíbe matar y no hacer injuria al prójimo, también lo guardaban, porque si alguno mataba a otro, los que lo sabían luego lo denunciaban al señor el cual preguntaba con diligencia quién era el muerto y el matador y la causa y quién se lo había mandado y si tuvo compañeros en ello, lo cual todo averiguado, enviaba luego sus ministros de justicia y dábanle luego garrote y así moría porque mataba. (*Como los diez mandamientos del decálogo se fundan en ley natural, rara será la gente que no los guarde en todo, o casi todo*). No se gastaba mucho tiempo en esto porque no había apelaciones ni dilaciones (*que mucho tienen que imitar nuestros jueces a estos indios: y dicen que son bárbaros; más bárbaros son ellos que hacen tales cosas y maldades*), sino que convencido, luego era castigado cruelmente; porque allende que moría por ello, le vendían los hijos y mujer y del precio que por ellos se daba llevaba el fisco y cámara del señor cierta parte y todo lo demás se gastaba en comida y bebida consejeramente. Cuando riñendo unos con otros se herían, lo cual pocas veces acaecía, en siendo avisado el señor por la queja que daban los parientes enviaba un hueso o una hacha para denotar: que él había de ser herido con aquellos instrumentos pues había hecho mal a otro. Entonces el malhechor enviaba rogadores y daba sus excusas para deshacer la culpa; pero el juez o señor mostraba mucho rigor, de manera que para sentenciarlo nunca respondía bien. (*Y ni ahora acaece: que son muy flojos y que todo lo remiten a las voces; el que más da, ese vence*). Al cabo quedaba sentenciado a que diese cierta suma de plumas ricas o mantas, o cacao, lo cual era para el fisco. El que mataba o hería a esclavo, no tenía ninguna pena, porque decían que aquella era hacienda suya; y cualquiera que matara a otro, como fuese esclavo, moría por ello; y si el marido mataba a la mujer o por el contrario si la mujer mataba al marido, moría. En lo

1) Estos párrafos no están en Casas: *Apologética*.

tocante al fornicio guardaban ¹⁾ este orden, cuando uno decía a otro que había pecado o si le decían que ¿por qué le acaecía aquello? Si respondía: Por el pecado era entendido por el de la carne. (*Y ahora también lo entienden así: en diciendo que pecó se entiende de éste*). Si algún mancebo conocía alguna doncella la pena era hacerlo casar con ella; pero si la doncella estaba desposada el esposo jamás volvía a ella, mas pedía su dote y lo que trajo y así se iban todos en paz. (*Muchos hay que cuanto más malas son las mujeres, más las quieren: no es de maravillar, pues pasa lo mismo entre gente blanca*). Si fornicaba con viuda o esclava pagaba cierta cantidad de plumas u otra cosa. El que adulteraba por la primera vez dábanle pena pecuniaria; pero si lo acostumbraba, moría por ello. La esclava que dormía con libre y dentro de su casa, achocábanle la cabeza con dos grandes piedrás fuera del pueblo o la empalaban; y lo mismo hacían al hombre con quien pecó. Si el casado pecaba con viuda o casada castigábanlo una o dos veces con pena de plumas o de mantas; pero si no se enmendaba, tomaban a él y a ella y atábanles las manos atrás y colgábanlos de la cintura y con cierta hierba (*debe ser el frijolillo del —tzitte—, que no hay cosa más hedionda; y hoy suelen usar el chichicaste, que es un tormento que ni el del mayor tirano*) muy hedionda les daban humo por las narices y después de muy bien chamuscados y afrentados los soltaban persuadiéndolos a que se enmendasen. Si no querían ser buenos ahorcábanlos. Había en esto también una costumbre de parte de los maridos que si sentía que la mujer le hacía traición y conocían quién era el adúltero no querían denunciar de ellos, mas tomaban un pájaro de los que eran para sacrificar y dábalo a la mujer y al adúltero y decíanles que fuesen a sacrificar al templo aquella ave y que se confesasen al estilo suyo, y así quedaba satisfecho el injuriado y tenían por persona santa al que se contentaba con aquella venganza. El codiciar la mujer ajena y el hurto tampoco se permitía: porque lo uno que era interior los padres tenían gran cuidado en que los mancebos fuesen muy templados y castos hasta casarse; en lo del hurto, si era poca cosa con restituir lo tomado y darle cierta pena pagaba, si era cosa de más cuantía pagaba al doble que hurtaba y así multiplicaban la pena como era el valor de lo hurtado; mas el que no tenía con que pagar, vendíanlo por esclavo. (*Así hacen ellos hoy: los venden hasta que ajusta; y luego queda libre, que no es propia esclavitud*). Pocas veces mataban por ladrones; es verdad que el que hurtaba en poblado dábanle garrote. El levantar falso testimonio era cosa abominable entre estas gentes y lo mismo la mentira, y así a los niños los castigaban y amonestaban a que no hiciesen semejantes pecados porque eran muy feos. (*Hoy a cada paso levantan mil testimonios; cada indio es un saco de mentiras: y esto todos, sean los que fueren*). Si alguna mujer acusaba a algún hombre que la había forzado, no la creían (*y hacían bien, y si no traslado a la justicia de Sancho Panza*), si no traía testigos o alguna cosa de aquel hombre, así como el paño de manos, las bragas que ellos llamaban *maxtel*, o la manta. Si esto traía era creída y sentenciaban al culpado; también cuando acusaban a los adúlteros y lo

1) Quedaban, en ms. original.

negaban les daban tormento de cuerda atándoles reciamente los brazos atrás por los mollejos, y si no querían con todo eso confesar dábanle humo a narices; *(los tormentos que daban, y hoy también los usan —como yo lo he visto— es colgar al paciente de las manos en una viga y que quede suspenso en el aire; y de este modo desnudo, le van untando con las hojas de la ortiga o —chichicaste— que es un dolor rabioso. Después le dan algunos azotes muy crueles y vuelven con la ortiga; y de este modo van alternando: es tan cruel tormento que están a punto de morir en él —como lo he visto— siendo necesario darle luego la extremaunción)* esta misma pena dábanle a los ladrones que no querían confesar. En todo lo demás eran estas gentes muy bien enseñadas, persuadían mucho las virtudes morales a los mozos y doncellas; y así parece que después que vinieron a la fe católica, como bien enseñados de sus padres, tomaron la doctrina santa con gran voluntad, como gente que no despreciaba la virtud”.¹⁾

CAPITULO XXXIV

Que es el 3o. del libro tercero: de la manera que tenían en casarse los indios; con otras cosas dignas de ser leídas

Habiendo de dar noticias de las costumbres de los indios de aqueste reino, no quise omitir cosa de las que escribe el muy reverendo padre fray Jerónimo Román, porque además de ser cosa gustosa y divertida para los lectores, también sirven para la clara inteligencia de los estilos que hoy usan, pues hasta hoy perseveran en todos aquellos que fueron buenos y aun en muchos de aquellos que no eran tales; como se ve en lo que llevo anotado, y también se verá anotado adelante. Y aunque esto dice ser de los indios de la Verapaz, es común a todos; que de todos estos lo escribió el Ilmo. Casas, de adonde ha sacado todo lo que escribe tocante a estas cosas de los indios; y tocante a sus casamientos, prosigue en esta forma: ²⁾

“Cuanto a los casamientos y matrimonio de los indios de la Verapaz, diremos algo con brevedad porque no se nos pase nada de aquello que hace al propósito de esta historia. “Cuanto a lo primero se casaban las mujeres con hombres de su linaje, más por línea de varón que por la de hembras, porque esto estaba así introducido. Los padres procuraban mujeres para sus hijos, de las hijas no procuraban porque a él le habían de venir a rogar por ellas. *(Todo su anhelo son hijos, que es su hacienda; las hijas las aborrecen, porque se han de ir de casa; pero si tienen posible, aunque sean muy principales, compran un muchacho aun pobre y casan a su hija con él: y así se queda en casa, y meten un varón que trabaje. Lo mismo hacen en el día de hoy; si la ha de dar, recibe; si no, no. Muchas son las cosas ridículas y diferentes, que usan estos indios en*

1) Román: Repúblicas II, 8; Casas: *Apologética*, CCXXXVII y CCXXXIX.

2) Casas: *Apologética*, CCXXXVIII, no limita su descripción a la Verapaz, la extiende a Guatemala.

diferentes partes) Si era persona de calidad el que se quería casar procuraba enviar tales mensajeros que les convenía a su estado, y a quien se enviaba la embajada; y suplicábale de que casase su hijo con su hija y ofrecíale presente; pero si no la quería dar, no recibía nada y excusándose despedía al que traía la embajada; pero si recibía el presente era indicio que había de hacerse el casamiento. Pasados algunos días enviaba de nuevo segunda embajada y con ella mayores presentes, siempre le rogaba que casase su hijo con su hija y a la tercera vez le enviaba lo cierto del negocio y de allí adelante se trataban como a deudos los de la una casa y la otra. Después aparejábanse las cosas necesarias a la boda y señalaban día cuando debía de llevar la esposa a casa del marido. Cuando esto estaba ya concertado enviaba el suegro muchas mujeres ancianas y principales para que acompañasen a la desposada, la cual traían ciertos hombres principales a cuestras, aunque viniese diez y veinte leguas a casa del padre de la señora. *(Esto hacían, para que viniendo por pies ajenos no se volviese a su casa: entendiendo con esto no acertarían a volver)*. Aquel día que la daban era muy solemne y principal, y no había pariente pobre, porque aderezaban gran comida y muchas diferencias de vinos que ellos sabían hacer y había grandes bailes y cantores. Sacada de casa de su padre la novia y llevada a donde había de ir, ya que llegaba junto al pueblo a cierto lugar señalado salían ciertos hombres honrados enviados por el suegro y delante de la novia ofrecían cuatro o cinco veces incienso y codornices a sus dioses, dándoles gracias de la buena venida de la señora. Llegada a casa luego la ponían y asentaban en un tálamo bien aderezado y comenzaban grandes bailes y cantares y otros regocijos muchos con que la fiesta era muy solemne. Si el casamiento era de señor y señora *(no observan hoy casarse con sus iguales: el rico y principal se casa con pobre y macehual, y e converso)*, venía otro principal cacique y tomaba las manos de los desposados y juntábalos y tomaba los cabos de sus mantas y atábalas unas con otras, y hacían otras ceremonias que ellos hacían y amonestábanlos que fuesen buenos casados y que agradecieran a Dios haberlos juntado para marido y mujer. A la noche dos mujeres honradas y viejas metíanles en una pieza y enseñábanles cómo habían de haberse en el matrimonio. *(Hasta hoy tocante a esto, se estilan mil porquerías)*. En lo tocante al dote de los señores los súbditos y parientes contribuían, que era un hecho ya conocido *(hasta hoy se usa aquí, y en muchas partes, que todos los del calpul acudan y dan alguna cosa: dinero, chile o cacao, etc.)*, y hecho esto quedaban casados; esto es en cuanto a la boda de los señores. La gente común, o iban los padres a buscar mujeres para sus hijos, o un hermano o pariente, y si el mozo no tenía padre ni tío, su curador tenía ese cargo. Estos cuando iban a buscar la mujer, la primera vez llevaban lo que habían de dar en arras y en señal de lo que el desposado tenía de hacienda, y cuando era el día que había de venir a casa del suegro la novia, la madre del desposado iba por la esposa, y traída, un hijo del pueblo los casaba y los amonestaba a que fuesen buenos casados. Comúnmente estas gentes compraban la mujer y aquellos dones

que llevaban eran el precio y así la mujer jamás volvía a casa de sus padres, aunque enviudase, porque luego el hermano del muerto la tomaba por mujer, aunque él estuviese también casado, y si el hermano no era para ello, o no lo hacía, un pariente tenía derecho a ella. (*Hoy, en enviudando, el mismo día que muere el marido: se vuelve a casa de sus padres; y esto suele ser aunque tengan hijos*). Los hijos de tales mujeres no tenían por deudos a los tales abuelos ni a los demás deudos de las madres porque la cuenta de su parentesco venía por línea de varones y así no tenían impedimentos para avisarse con los parientes de sus madres; esto se entiende para contraer matrimonio, que en lo demás amábanse y queríanse unos a otros. Casábanse en todos los grados de consanguinidad en la manera dicha, porque por más hermana tenían la de su linaje aunque fuera de remotísima sucesión de parientes, que casarse con la hija de su madre, con tal que no fuese de padre y madre, porque entonces no se permitía; de modo que con media hermana muy gentilmente bien se podían casar todos, con tal que no fuesen de la sucesión del padre: podíase casar también con las cuñadas que tuviesen hijas, o también las madrastras, aunque esto no se hacía sino por ciertos respetos o causas; pero cuando se hiciese por querer las dos partes, sin otra cosa que hubiese de por medio, no había pena señalada contra ellas. (*Hoy reconócese los parentescos para los impedimentos, pero más fuerza hace entre ellos, los del chinamital, aunque no toquen a parentesco alguno: llámanse hermanos, estos, y padres; y así más huyen de cometer pecado de carne con una de estos que aun con su hermano: la mujer siempre llama al chinamital de su padre y no al del marido*). Algunas veces se casaban mujeres libres con esclavos; pero los hijos que parían también quedaban por siervos. Cuando algunos hijos de señores se casaban con doncellas muy pequeñas, los parientes de la desposada le daban una esclava para que gozase de ella hasta tanto que venía la edad para la desposada; pero los hijos que había de ella nunca subían a ser señores, aunque no los tuviese de las mujeres legítimas porque eran hijos de esclava. (*Esto es al modo de Jacob con las esclavas, porque no paría Raquel*).

Cuando las mujeres eran halladas en adulterio, la primera vez eran corregidas de palabra (*y hasta hoy la tienen; y si la mujer es adúltera, con que la den una vuelta de azotes a ella y a el cómplice, queda muy contento*), y si no se enmendaban repudiábanlas, y si era señor, hermano o pariente del señor de la tierra, luego en dejándolas se podía casar con quien quisiese. Los vasallos también hacían esto mismo muchas veces, pero tenían un poco de más paciencia, porque los corregían dos o tres veces, y llamaban a sus parientes para que los reprendieran de lo que hacían; (*Y hoy se llaman, y se hallan en el castigo de su hija*); pero si eran incorregibles, denunciaban de ellos delante del señor, el cual las mandaba comparecer delante de sí y condenábalas a que fuesen esclavas y de allí adelante podía el marido servirse de ella como de esclava y también la podía vender. Esta misma pena se daba a las mujeres que no querían hacer

vida con sus maridos, después que habían sido muchas veces corregidas. (*Y los ponen a él y a ella en unos grillos, y les hacen andar así*). Verdad sea que cuando los maridos tenían hijos en ellas, mucho se disimulaba; pero no teniéndolos no se les daba nada porque fuesen castigados".¹⁾ (*Y hasta hoy, la mujer que no pare, la aborrecen y maltratan*).

CAPITULO XXXV

Que es el 8o. del libro 3o. de las ceremonias que hacían los indios en los enterramientos de sus muertos con otras cosas dignas de ser sabidas

"Cuando los señores caciques de la Verapaz caían enfermos, lo primero en que se entendía era en juntar y llamar médicos. Esto no solo era, entre aquellos señores, común cuando llegaban a lo extremo, o tenían alguna indisposición aguda o peligrosa; mas a cualquier ¡ay! (*como acá solemos algunas veces decir*) llamaban los médicos o físicos. Reverenciaban tanto a sus señores, que jamás se apartaban de sus presencias, así los curaban con suma diligencia. Sus medicinas eran de hierbas y otros simples que ellos conocían y sabían. Aplicadas las medicinas, luego venía un hechicero, nigromántico o agorero, que tenía cuenta con mirar las suertes para ver qué sacrificios harían que fuesen más agradables a los dioses para que diesen salud a su señor enfermo. Entonces si mandaba el hechicero. ¡Hágase esto o el otro! ¡Luego se había de hacer! Ofrecían algunas veces pájaros de tal color, o tal naturaleza, otra vez sacrificaban animales, y tan ciegos los tenía el demonio, que mandaban sacrificar hombres y mujeres y a veces vírgenes, y tal vez llegaba que había de ser de las más principales, y en esto no había réplica, porque ello se había de hacer; y cuando la enfermedad era grande y la persona de mucha autoridad, mandaban los hechiceros o agoreros, que sacrificasen por su salud a su propio hijo, y en esto tampoco había réplica, ni dificultad. (*Como así no la hay, a lo que mandan sus médicos: y así muchas veces les hacen idolatrar, quemando copal en tal parte; que allí se le entró la enfermedad: y así es menester mirar mucho en eso de sus médicos*). Algunas veces o las más, eran los que morían los hijos de las esclavas; y cuando estos faltaban sacrificaban a los legítimos y no perdonaban al único; pero cuando llegaban a sacrificar hombres, era después que las diligencias humanas no bastaban. Hechas estas diligencias y otras, mandaban al enfermo que confesase todos sus pecados, lo que estos indios confesaban comúnmente era el pecado de la fornicación, o adulterio, porque esto era lo más grave que ellos tenían, porque aquello era con perjuicio de parte, o había pecado con alguna mujer libre, porque si era su esclava no se tenía por grave pecado, porque la tenía a su uso y voluntad, como otra cualquiera cosa comprada; de manera que si se confesaban y decían seis pecados tengo, ya se entendían que eran de carne. También tenían por pecado quebran-

1) Román: Repúblicas III, 8; Casas: Apologética, CCXXXVIII.

tar alguna de sus cuaresmas; pero no confesaban el haber comido fuera de hora, o más de lo que permitía el ayuno; mas lo que era pecado aquí, era porque había dormido el casado con su mujer y había tenido cuenta con ella. Ya que el enfermo llegaba a la muerte, si era persona principal, la primera cosa que le ponían a la boca después de muerto, era una piedra preciosa; otros decían que no se la ponían después que morían, sino al tiempo que querían espirar, porque para eso le ponían aquella piedra que era para que recibiese su ánima; y en espirando luego le refregaban el rostro con ella livianamente. (*Refriegan la cara al morir; y luego que ha muerto le meten masa de chile en la boca: yo no sé para qué es*). El ponerle aquella piedra en aquella coyuntura y tomarle aquel postrer espíritu o resuello era oficio de por sí y muy principal; de manera que en el pueblo el más noble lo había de hacer; y si era en casa del rey o gran señor, el más privado. La piedra era guardada con gran cuidado de la misma persona, por ello era tenido en gran reverencia de todos y a la piedra después salían a ciertos tiempos a ofrecer sacrificios. Muerto el señor de la tierra, luego se despachaban mensajeros a todos los pueblos sujetos, como lo hacían las demás provincias, y también daban aviso a los demás señores que eran amigos encomendándoles que acudiesen al enterramiento, porque hasta tantos días aguardaría el cuerpo. En este espacio de tiempo que venían los señores y vasallos, poníanlo en un lugar público asentado, porque así se enterraban en esta provincia los moradores de ella, y vestíanle vestiduras ricas y preciosas, las cuales según su estado iba llevando, desde que empezaba a envejecer, para mandar que cuando muriese se las pusiesen a cuestras y lo enterraran con ellas: viniendo el día del enterramiento, todos aquellos señores traían joyas y otros dones y un esclavo o esclava por lo menos y algunos traían lo uno y lo otro para sacrificar. Todas estas joyas las ponían sobre el muerto y después lo cubrían con muchas mantas y bien empañado lo metían en una caja grande de piedra de manera que él cupiese estando asentado o en cucullas, que este era su común asentar. Después hacían la sepultura en tierra muy honda y grande y de allí metían el ataúd, o caja; pero no era llevado a enterrar a los templos como en las otras provincias, mas subíanlos a los cerros y a las cumbres de las sierras y allí era su sepulcro para siempre. En muriendo, luego mataban cuantos esclavos y esclavas tenían para su servicio para que fueran delante a aparejar posada para su amo, porque ya ellos creían que de lo mismo que habían servido en el mundo, habían de servir en el otro. Cuando enterraban estos esclavos, sobre ellos ponían los instrumentos con que habían servido a sus amos; de manera que si era esclavo de labranza, allí había de ir la azada, arado y podadera, y así por consiguiente todos los demás. Metidos los esclavos en la sepultura con su amo, si algo sobraba de vacío henchíanlo de tierra e igualábanla. Hecho esto levantaban un altar sobre de ella, de altor de un codo, de cal y piedra, sobre el cual se quemaba de ordinario mucho incienso y ofrecían sacrificios; la gente común que no tenía tanto caudal para hacer aquellas cajas, o ataúdes, hacían una sepultura grande y ancha

y después a un lado hacían una cueva y metían al difunto y asentábanlo y después volvían a cerrar la sepultura; pero el cuerpo no quedaba cubierto de la tierra.

Estas ceremonias que he dicho que hacían con los difuntos se guardaban con los demás del pueblo, porque lo que los señores hacían en honrar al difunto y asistir a sus honras y en lo de traer joyas y esclavos, con los demás hacían esto los deudos y parientes del muerto, los cuales traían joyas, esclavos y mantas y todo lo necesario". Hasta aquí el maestro fray Jerónimo Román en su *República* de aquestos indios.¹⁾

Otros muchos disparates y ceremonias usaron y usan el día de hoy en sus entierros y muertes de los suyos. Antiguamente se enterraban en las milpas y heredades y además de joyas y otras cosas que les ponían en sus sepulturas, les ponían ollas, jarros, piedras de moler y los trastos o instrumentos con que ellos trabajaban y después de enterrados levantaban unos montones de tierra, más o menos conforme era la grandeza del indio. En otras partes, como en el Rabinal, ponían unos montones de lajas, y como esto lo hacían en las mismas tierras de sus sementeras, las llenaron de piedras que hoy tienen bien que hacer sus descendientes en trabajar por quitar estas piedras; y el luto que usaban era untarse de tierra amarilla, de adonde tomó el nombre *malcam* el viudo que quiere decir, el *untado de amarillo*, y este era el luto de sus tristezas. Hasta el día de hoy conservan muchos abusos, porque para morir los ponen enfrente de la puerta de la casa porque dicen que con eso saldrá derecha el ánima: otros les están refregando la cara y tapando la boca cuando agoniza; y de este modo hacen tres mil disparates. Cuando lo llevan a enterrar, si el ministro no es avisado, le meten tortillas, machete y hacha para que vaya a trabajar allá; las manos aunque las traen atadas en el entierro, en la fosa puestos, se las desatan. A los niños les ponen juguetes para que allá jueguen. Si hay peste dicen que Dios tiene alguna obra y ha menester gente. Dicen que el camino que llevan es muy largo y que así tardan mucho en llegar a donde van, por lo cual sus hijos no quieren decirle su misa aunque tengan con qué hasta que hayan pasado días. Y en orden a esto me sucedió pocos días ha en este pueblo donde administro al presente, que es Santo Domingo Xenacoc, del Valle de Guatemala, que yendo a confesar a un viejo, me dijo: "que él quería que lo llevasen a la iglesia para recibir el viático, porque él había ayudado a hacer la portada siendo muchacho. Lo que yo colegí de esto es que lo que intentaba era que lo viera la portada que él había ayudado a hacer y rogase por él a Dios; o algo de esto fue lo que él intentó. Díjome también que no le dijese tan luego su misa, porque como estaba tan viejo no podía llegar luego a la presencia de Dios. Y oyendo esto no me quebraba la cabeza poco con él, dándole a entender como era aquel viaje para sacarlo de su disparate. No sé si lo creyó de todo su corazón lo que yo le dije, de estas cosas tienen un millón. Pero yo entiendo que con todas estas imperfecciones, nos hacen muchas ventajas, y que solo son errores nacidos de su gran pusilanimidad y gran cortedad de talento, porque son pusilánimes sobre manera;

1) Román: *Repúblicas*, III, 8; Casas: *Apologética*, CCXL.

y así de todo cuanto hay tienen miedo, aunque sea de una hoja de árbol, conforme les dijo Dios a los israelitas que les había de suceder, que del sonido solo de una hoja de árbol, habían de huir como de la espada. (*Lev. LXXVI, 36* " *Et qui de vobis remanserint, dabo eis pavorem in cordibus eorum: in regionibus hostium terrebit cor sonitus folii unius, et ita fugient quasi gladium; cadent nullo persequente*). Bien claro se ha verificado en estos miserables: cuanto padecen y cuanto callan y aunque no lleven con alegría la rapiña que de sus pobres bienes todos hacen, como sus ascendientes y parientes los hebreos (*Hebr. X, 39* "*Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis*"), todavía Dios les tiene numerados todos sus cabellos y dará a cada uno el galardón o castigo según sus obras.

CAPITULO XXXVI

Del modo que tenían de contar su año, y de otras cosas curiosas

No fueron tan bárbaros estos indios, como pensaron algunos, que no tuvieron la observancia del movimiento del sol para dividir sus tiempos. Conocieron muy bien y alcanzaron que el año tenía 365 días, aunque no alcanzaron la sobra de seis horas, o casi, cada año, por lo cual es necesario poner el día intercalar o de bisexto. La división de mes o de semana, o como quisieren llamar, iban muy diferentes de nosotros. El muy reverendo padre maestro Román, en el libro 1º, capítulo 10 de la *República de los Indios*, dice: "que los mejicanos dividían por meses, y estos era de veinte días y las semanas de trece cada una, y que sobraban cinco días a los cuales llamaban *baldíos*".¹⁾ Y en este cómputo entiendo que todos estos reinos van conformes; pero señala otros señores o signos de cada día, aunque también son nombres y animales y otras cosas. El año de estos empezaba a 21 de febrero, y este era como el día del año nuevo. Este día tiene este signo *Imox*, que dice *envidia del nieto*, y hacen alusión a la envidia de Humbatz y Hunchoguen a Hunahpu y Xbalanque, porque este nieto es de mujer, no de hombre, como allí se dice. El segundo día, que correspondía al día 22 su signo es *Ic*, que es *luna o chile*. El tercero que correspondía al día 23 es *Acbal*, su significado es *casa*. El cuarto que correspondía al día 24 era *Cat*, este en quiché es *la red del maíz*; pero dice que su significado es *lagarto*. El quinto *Can*, esto es, *amarillo*, pero su significado es *culebra*; debe de ser el cantí que es mordedura amarilla porque es muy venenosa y mortífera, culebra muy venenosa, corresponde al día 25. El sexto que corresponde al día 26 es *Camey* que quiere decir: *toma con el diente o muerde*; era nombre de un señor del infierno su significado dice es la *muerte*. El séptimo que corresponde al día 27, *Queh*, venado. El octavo que corresponde al día 28, el *Canel*, dice que su significado es *conejo*. El noveno que corresponde al día 1º de marzo es *Toh*, este era el nombre del ídolo, este significa *paja*; pero aquí su significado es *aguacero*.

1) Román: *Repúblicas* I, 10; Casas: *Apologética*, CCXLII.

El décimo que corresponde al día 2 es *Tzi*, perro. El 11 que corresponde al día 3 es *Batz*, nombre de aquel que se volvió mico; y así unos que hay muy fieros con unas barbas largas en la Verapaz, se llaman *Batz*; y el *hulado*. El 12 que corresponde al día 4 es *Ci*, *diente*. El 13 que corresponde al día 5, es *Ah*, esto es *maíz tierno* que no ha sazonado y caña. El 14 que corresponde al día 6 es *Balam*, *tigre*. El 15, que corresponde al día 7 es *Tzi-quin*, *pájaro*. El 16 que corresponde al día 8 es *Ahmac*, *el pecador*, y dicen que su significado es el *buho*. El 17 que corresponde al día 9, es *Noh* que es *llenar* y *cierta goma*, dice que su significado es *el temple*. El 18 que corresponde al día 10, en *Tihax* que quiere decir *muerte rasgando*, su significado dice que es el *cuchillo de pedernal*. El décimo noveno que corresponde al día 11, es *Caoc*, su significado dice que es *lluvia*. El 20, que corresponde al 12 es *Hunahpu*, que es aquel que dicen bajó al infierno y venció a los señores de él. Y cumplido aqueste número vuelven a empezar hasta dar vuelta a ajustar 360 días, dando a cada uno el bien o el mal que a ellos se les antoja, señalando si es buen día o malo para el que nacía en él: y así por aquí veían sus adivinos el día en que el niño nacía y según eso le pronosticaban lo que había de suceder. Los otros cinco días de diferencia llamaban días *cerrados*, y que no tienen dueño; y cumplido todo el número volvían a empezar su año otra vez con el mismo orden. También iban dividiendo de trece en trece días, que eran como semanas, mas no señalaban fiesta alguna, ni día, como decir lunes o martes, etc.

Aqueste calendario o pronóstico dicen en él que lo compusieron doce viejos en once noches en el monte. Todo él está lleno de supersticiones y por él se gobiernan hasta hoy en muchos pueblos; pero esto muy a escondidas. Luego que el niño ¹⁾ nace van a ver al maestro que entiende de esto y ve el día en que nace y qué le pronostica, y si es malo dicen ellos que haga esto o aquello o que le saquen sangre de tal parte del cuerpo con que se corregirá aquella malignidad de aquel signo. Y así es menester velar mucho sobre esto; aunque a la verdad todo ello no tiene fundamento, sino que como son tan tímidos, temen a Dios, porque saben que los puede castigar y temen al diablo porque saben que hace mal; aunque no acaban de entender que este no puede más que lo que Dios le permite.

La ley de la circuncisión también la guardaron estos indios de que se concluye evidentemente que descienden del pueblo hebreo y aunque el padre fray Jerónimo Román ²⁾ dice no es argumento evidente porque otras gentes también usaron el circuncidarse que no descendían de los hebreos, junta aquesta ceremonia con todo lo que se ha dicho de sus *historias* ³⁾ y de su modo de gobierno y lo que después diremos de sus vestiduras, es para mí argumento muy concluyente. En qué forma o a cuántos días de nacidas las criaturas hiciesen esta ceremonia no se sabe y así paso a lo que toca a sus vestidos. Estos eran tan pocos que casi no se pueden llamar tales, pues lo más era estar desnudos con unas bandas que cubrían sus partes vergonzosas y lo más que ellos tenían para adorno era labrarse todo el cuerpo y pintarse mil figuras, lo cual hacían con la punta

1) Día, en ms. original

2) Román: *República II*, 9.

de una lanceta de pedernal muy aguda, y echándose carbón, como hacen los moros, se pintaban todos; y lo que los adornaba y tenían ellos por gala y la usan hasta el día de hoy es su *tilma* que es una capa cuadrada, como mandó Dios a los judíos que la usaran, como consta del sagrado texto, y muchos de ellos la usan con aquella fimbria que mandaba Dios que se pusiesen en las orillas de los cuatro ángulos (*Núm. XV 38; Deut XXII, 12*); pero don Francisco de Fuentes, en la segunda parte de su historia manuscrita de Guatemala¹⁾ trae dibujado el traje de que usaban los indios en su gentilidad y poniendo a los *maseguals*, que es la plebe, desnudos, a los señores los pone muy bien adornados de calzones y camisas anchos, como hoy lo usan, y sus tilmas o con sus capas cuadradas, y las señoras sus enaguas muy cumplidas como se ve que las usan hoy en la provincia de la Verapaz y sus güipiles o camisetas muy labradas; pero esto no tiene asomo de probabilidad.

El gobierno que acá estos indios tuvieron y tienen, según alcanza mi corto entender, fue el más acertado y mejor que puede haber porque aunque fue monárquico no lo fue puro, por lo cual se libraron de muchos inconvenientes que suele acarrear este género de gobierno, porque si el monarca no es muy bueno, todo es tiranía; y aunque lo sea como se ha de valer de ministro suele padecer el pueblo por estos lo que no quisiera el príncipe. El gobierno popular ya se ve que es disparatado, el gobierno por república es muy bueno porque lo gobiernan hombres de la primera jerarquía, pero por falta de cabeza suele padecer algunas quiebras; y así no hay duda que el gobierno mixto de monárquico y aristocrático es el mejor: porque gobernando los más principales señores del pueblo con su monarca ni ellos pueden desmandarse a lo que no deben, ni el príncipe tampoco puede usar de tiranía con el dominio absoluto porque tiene el freno del consejo de los señores y grandes que como lo son y no han de pasar a más, se contentan con su estado. Los gobernadores y consejeros no, porque como aspiran a más, o contemporizan con el gusto del príncipe porque los suban, o destruyen al pueblo por atesorar: mucho hay escrito sobre esto y muchos han dicho muchas cosas eruditas y lo trata latamente el maestro fray Juan Márquez en su *Gobernador Cristiano*²⁾ donde se puede ver: que este no es lugar de disputas y así paso a expresar este modo de gobierno.

El gobierno que tenían era éste; había un rey supremo del reino que se sucedía de padres a hijos, como está dicho, y aunque no era tan absoluto, se le guardaba tanto decoro y respeto que lo tenían cuasi por deidad. Este tenía los 24 señores que se han dicho que eran los grandes del reino, con estos consultaba y confería todas las cosas, chicas o grandes, y con el parecer de la mayor parte se ejecutaba. Estos veinticuatro señores, como tenían repartidos en sí todo el reino, cada uno era señor de una parte de él: a quien conocían como a tal todos los pueblos de su distrito.

1) Fuentes: *Recordación III*, p. 267.

2) Márquez: *El gobernador cristiano, deducido de las vidas de Moysen y Josué, príncipes del pueblo de Dios*, Salamanca, 1612, II, 21, 4.

A estos acudían todos los señores de cada pueblo que cada uno tenía su cacique y éste era como cabeza de aquel pueblo; pero no era tan absoluto que para todo lo que se había de hacer y ordenar, según los señores grandes mandaban, lo pudiesen ejecutar por sí, sino que éste juntaba las cabezas de las familias a quienes daba cuenta de todo y con acuerdo de todos se ejecutaba. Si eran tributos, estas cabezas de familias juntaba cada uno lo que le tocaba y junto con lo que a los demás tocaba, lo llevaba a aquel cacique principal; y éste con su señor grande al rey, y en todo había su cuenta y razón. Por este orden si había pleito con alguno, o alguno delinquía en algo, se llamaba la cabeza del chinamital a quien tocaba y este era su defensor para que no padeciese agravio ningún inferior, de suerte que, por muy desvalido y pobre que fuese el indio, tenía tanta defensa como el inás poderoso y rico.

A este mismo modo se gobiernan el día de hoy, porque aunque tienen alcaldes por su majestad y gobernadores en muchas partes, en habiendo queja contra alguno, que ha delinquido, se llaman las cabezas de sus chinamitales; y allí delante de ellos se sigue la probanza contra el reo, todo verbalmente, y vista la justificación del caso se procede a la ejecución del castigo, sin más escritos, ni autos ni más enredos de escribanos y procuradores, con que son castigados los delitos y no se destruyen las partes (*¡oh dichosos indios si en el todo pudiérais seguir este modo de justicia!*) Porque si un indio cae en manos de la justicia allí es la perdición de los pobres de autos y traslados y faramallas hasta que destruyen al pobre y el delito se suele quedar como se estaba, porque la causa solo se suele seguir mientras hay jugo y en secándolo lo dejan morir al pobre en la cárcel: todo esto tan contra la mente piadosa de nuestros católicos reyes, como lo muestran las justificadas leyes que sobre esto tiene expedidas; pero se usa tan poco de ellas que antes suele ser su destrucción. Para las cosas y obras que concurren con sus pueblos tampoco los alcaldes son absolutos sino que se llaman a los principales y juntos todos confieren la materia, que no son tan rústicos que no conozcan lo que les conviene; y resueltos, se ven qué medios se han menester; y se determina lo que ha de dar cada uno del pueblo, y cada cabeza de calpul recoge lo que toca, poniendo él primero lo que a él le toca, y lo mismo a los alcaldes, de suerte que todos van por un rasero y con la misma igualdad: salvo si son muy pobres, que también atienden a eso; y cada uno da cuenta de los que no han contribuido y la causa, y de este modo hacen sus cosas y las obras de iglesias, y las adornan muy bien: que en todo esto son magnánimos y son afrenta de los españoles.

Y lo que se ve es que los lugares que son de españoles, aunque sean de mucho trato y comercio y haya caudales muy crecidos, sus iglesias, la más suntuosa no llega a la más pobre de indios en retablos, plata labrada y ornamentos, que es cosa de maravilla ver a un indio que ni tiene camisa y da cuanto tiene para una cosa sagrada, y especialmente en la devoción que muestran de mandar decir misas, que viene un indio con tres o cuatro tostones a mandar decir una misa que quizás no vale otro tanto cuanto tiene. Pues ¿qué diré de el repartir de sus cargos y cargas? Es cosa que ni la gente de mayor talento tuviera más orden en todo, los

oficios de alcaldes con todos los demás hasta el más ínfimo han de ir por sus turnos en todos los calpules cargando todos igualmente el honor o el trabajo, sin que nadie se excuse; porque antes de año nuevo se juntan todos estos cabezas con las justicias que son y allí se van nombrando todos sin que alguno quede agraviado, hasta el que ha de acarrear agua y leña para el mesón, y hasta los que han de barrer la plaza, con tanto orden y concierto que es maravilla, y no hay cargar a un calpul más de lo que le toca, porque el cabeza lo defiende y se ha de salir con ello.¹⁾

Solo se ve algún desorden en esto donde gobiernan alcaldes mayores, en lo que toca a alcaldes, porque como ellos no atienden más que a sus intereses ponen a quienes se les antoja (contra leyes reales) a quienes les parecen son más a propósito para sus granjerías, de que se originan los daños que se han experimentado en todos tiempos; y los que ahora se vieron en la provincia de los Zendales; pero en lo demás que no se mete el alcalde mayor van con el mismo orden y concierto teniendo mucho que aprender los españoles de estos indios rústicos.

Pues si es trabajo de la comunidad o de la Iglesia, todos acuden por su orden sin gravar más a unos que a otros. Los que tienen algunos oficios como sacristanes, cantores y otros, éstos están reservados de otros *tequios* y trabajos porque aquel es su tequio con que se contrapesan con esto todos los cargos.

No acaso dije que esta República de los Indios fue y es la más bien gobernada que ha habido, porque aqueste mismo género de gobierno fue el que tuvieron los hebreos: y siendo dado por Dios no podemos menos de decir que es el mejor; pero dicen los letrados que ¿cómo se ha de defender la verdad y ampararse a cada uno en su justicia, si no se actúa? ¿cómo ha de constar si no se mira con muy maduro juicio lo que dice Justiniano, lo que dice Bartolo y Baldo?... Mejor fuera que atendieran y miraran lo que Dios manda, como lo miraban los judíos en sus puertas, sin autos ni traslados, ni notificaciones, y con eso se obrara la justicia como allí se guardaba. ¿Qué piensan los jueces, los abogados, los procuradores, los escribanos que todos cuantos daños recibieren las partes aun del tiempo que se dilatan por sus omisiones, por sus malicias, por sus sobornos, por sus trampas legales, no están obligados a restituirlos? Se engañan, todo lo deben restituir hasta el último cuadrante; aprendan de aquestos indios los muy vanos letrados, de doctores, los que andan con la ley en la gorra no para seguirla sino para magnificarse.

Algunos defectos tienen aquestos indios porque son hombres, aunque hay hombres tan necios que solo porque son indios desdichados no quieren que tengan defecto alguno; pero bien considerado son pecados veniales respecto de los españoles. Todos sus pecados se reducen a que fornicó alguna vez, pero eso lo cometió con tanto recelo que si lo hizo una vez o dos con una mujer, no vuelve a ella si no es raro: porque si llegan a saber algo, ya saben que han de ser castigados. Si hurtan, más son hurtos de muchachos que de un hombre, por maravilla se ve hurto

1) Ximénez parece desconocer las Ordenanzas de García del Palacio en que se institucionalizaron los cabildos indígenas.

de consecuencia en esta gente: el matar jamás; y así es todo lo demás o muy rara vez: porque se hallan tan acosados de su pobreza y de cargas que les echan, no sus justicias, que apenas les dejan tiempo para pensar cosa mala. Ellos a la verdad son pecadores de ocasión y así si la hallan no la pierden porque no saben cuándo se verán en otra. Si hallan carne en viernes no la excusan, porque Dios sabe si la hallarán para la pascua: y de este modo son sus cosas de ellos como de muchachos en estas raterías. Y así dijo muy bien el que dijo que eran niños con barbas; pero en su concierto, orden y gobierno son muy formales, no se gasta entre ellos tanta quijotada, como entre nuestros españoles: que en teniendo cuatro reales ya no hay quién les hable, en viéndose con una varita ya son deidades; pero estos pobres aunque sean ricos, aunque sean alcaldes gastan la misma llaneza que los demás.

CAPITULO XXXVII

De los presagios que tuvieron estas gentes de la venida del Santo Evangelio y de los españoles

Ya próximo a la muerte el santo patriarca Jacob, como desterrado y peregrino, llamó a sus hijos los doce patriarcas para darles su última bendición y vaticinarle a cada uno sus progresos y su fin. Llegado al patriarca Judas le pronosticó la primacía sobre todos sus hermanos y que había de obtener el cetro que se había de entregar y hacer mansión para siempre en el que había de ser supremo rey y monarca a quien todas las monarquías le habían de rendir vasallaje y este supremo rey dice el santo patriarca ha de ser la expectación de aquellas gentes: de adonde nacieron los continuos clamores de todos aquellos santos profetas. Con este anhelo y deseo parece se quedaron aquellas tribus que siendo llevadas en captividad no gozaron de aquella luz que dijo el profeta Isaías que había amanecido a aquellos que se hallaban en la región de las tinieblas y la muerte. (*Isaías 9, novissime aggravata*). Siempre parece se quedaron en aqueste deseo y clamor cuando ya desparramados por tan dilatadas tierras clamaban por el nacimiento de aquel Sol de que era anuncio aquella estrella o lucero. (*Luc. 2 illuminae eos qui in tenebris*). Amaneciéron luego a los que se hallaron más cerca, previniendo su santísimo nacimiento en las almas de aquella preñez de la semilla de la fe con los anuncios de su venida; y que ya se llegaba el tiempo de consolar a tantos desconsolados como estaban de asiento en las tinieblas de la oscuridad, porque cosa tan maravillosa y portentosa no podía menos de prevenirse muchos días antes, preparando los ánimos de las gentes para hospedar a tanta luz como venía amaneciendo a los captivos.

En estas mismas tinieblas se hallaba toda aquesta gente descansando y clamando que les amaneciese la verdadera luz que esa sin duda buscaban en sentir del maestro fray Jerónimo Román, que queda puesto arriba,¹⁾ y así no olvidaron las grandes memorias de Dios trino y uno,

1) Román: *Repúblicas* II, 8.

de la creación del hombre, del diluvio, con todo lo demás que queda dicho arriba en sus *historias*, siendo tan generales estas noticias que lo mismo sintieron los indios de Santa Fe, como dice el señor Piedrahita.¹⁾ Lo mismo todos los de la Nueva España como dice Román y Torquemada,²⁾ donde trae lo que escribió el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Bartolomé de las Casas como quien procuró desentrañar todas las noticias de los tiempos antiguos de los indios; y siendo esto tan común a todos no trasunto lo que dice del señor Casas, solo si lo particular que allí refiere le noticiaron ciertos religiosos por estas palabras del lugar citado. Otro caso contó un religioso muy conocido por verdadero siervo de Dios y fraile de San Francisco llamado fray Francisco Gómez que, por ser todavía vivo y muy viejo, pierde la memoria que en esta historia se debía a sus fieles y largos trabajos en la viña del Señor; y es que viniendo él de Guatemala en compañía del varón santo, fray Alonso de Escalona pasando por el pueblo de Nejapa de la provincia de Oaxaca, el vicario de aquel convento que es de la orden de santo Domingo les mostró unos papeles pintados que habían sacado de unas pinturas antiquísimas hechas en unos cueros largos rollizos y muy ahumados, donde estaban tres o cuatro cosas tocantes a nuestra fe y eran la madre de Nuestra Señora y tres hermanas hijas suyas que las tenían por santas y la que representaba a Nuestra Señora estaba con el cabello cogido al modo que lo cogen y atan las indias, y en el nudo que tienen atrás tenía metida una cruz pequeña por la cual se daba a entender que era más santa y que de aquella había de nacer un gran profeta que había de venir del cielo y lo había de parir sin ayuntamiento de varón quedando ella virgen; y aqueste gran profeta los de su pueblo lo habían de perseguir y querer mal y lo habían de matar crucificándolo en una cruz y así estaba pintado crucificado y tenía atadas las manos y los pies en la cruz sin clavos. Estaba también pintado el artículo de la resurrección, cómo había de resucitar y subir al cielo. Decían estos padres dominicos que hallaron estos cueros entre unos indios que vivían en la costa hacia la Mar del Sur, los cuales contaron que sus antepasados les dejaron aquella memoria.

Otro religioso (prosigue el mismo), llamado fray Diego de Mercado, padre grave que ha sido definidor de esta provincia del Santo Evangelio y uno de los más ejemplares y penitentes de estos tiempos, contó y dio firmado de su nombre, que en años atrás platicando con un indio viejo *otomí* de más de setenta años sobre las cosas de nuestra fe, le dijo: cómo ellos en su antigua edad tenían un libro que venía sucesivamente de padres a hijos en las personas grandes que para lo guardar y enseñar tenían dedicados; en este libro tenían escrita doctrina en dos columnas por todas las planas del libro y entre columna y columna estaba pintado cristo crucificado con rostro como enojado, y así decían ellos que reñía Dios; y las hojas volvían con reverencia no con la mano sino con una varilla que para ello tenían hecha y guardábanla con el mismo libro; y preguntándole este religioso al indio, de lo que contenía aquel libro en su doctrina,

1) Piedrahita: *Historias* I, 8; pp. 17-22.

2) Torquemada: *Monarquía* XV, 44; III, p. 117.

no le supo dar cuenta en particular más que le respondió que si aquel libro no se hubiera perdido, viera cómo la doctrina, que él les enseñaba y predicaba, era toda una misma, y que el libro se pudrió debajo de tierra donde lo enterraron los que lo guardaban cuando vinieron los españoles. También le dijo que tuvieron noticia de la destrucción del diluvio y que solas siete personas se salvaron en el arca y todas las demás perecieron con todos los animales y aves excepto las que allí se salvaron. Tuvieron también noticias de la embajada que hizo el ángel a Nuestra Señora por una metáfora diciendo que una cosa muy blanca como pluma de ave cayó del cielo y una virgen se abajó y la cogió y metió en su vientre y quedó preñada; pero no sabían decir qué se hizo lo que parió. Lo que estos dijeron del diluvio atestiguaron también en Guatemala los indios achíes (*éstos son los cacchíqueles*) afirmando que lo tenían pintado entre otras sus antiguallas; las cuales todos los frailes con el espíritu y celo que llevaban de destruir la idolatría, se las quitaron y las quemaron teniéndolas por sospechosas.

También se halló que en algunas provincias de aquesta Nueva España, como era en la Totonaca, esperaban la venida del “hijo del gran dios” (*que era el sol*), al mundo y decían que había de venir para renovarlo en todas las cosas (*éstos decían la verdad sin saber lo que decían, como Caifás*), aunque esto no lo tenían ni interpretaban en lo espiritual sino en lo temporal y terreno como decir que con su venida los panes habían de ser más purificados y sustanciales, y las frutas más sabrosas y de mayor virtud, que la vida de los hombres había de ser más larga: y todo lo demás según esta mejoría; y para alcanzar esta venida del “hijo del gran dios” celebraban y ofrecían a cierto tiempo del año, un sacrificio de diez y ocho personas, hombres y mujeres, animándolos y amonestándolos que tuviesen a buena dicha el ser mensajeros de la república que los enviaba al “gran dios” para pedirle y suplicarle tuviese por bien de enviarles a su “hijo” para que los librase de tantas miserias y angustias: mayormente de aquella obligación y cautiverio de sacrificar hombres que tenían, que como en otra parte se dijo, lo llevaban por terrible y pesada carga, y les era intolerable tormento y dolor; y lo hacían cumpliendo el mandato de sus falsos dioses por el temor grande que les tenían. Con lo que dice este cronista, no se hará tan increíble lo que el muy reverendo padre fray Diego Cogolludo refiere en su *Historia de Yucatán* por estas palabras:

“Profecía de Patzin yaxumchan sacerdote gentil de Yucatán. Este indio llamado Patzin yaxumchan siendo idólatra gentil habló a los suyos de esta suerte: Hecha fue la palabra de Dios sobre la tierra, la cual esperad que ella vendrá, que sus sacerdotes os la traerán. Aprended sus palabras y predicación; bienaventurados los que la recibieren. ¡Oh Yt-zalanos! aborreced a vuestros dioses, olvidadlos que ya son finibles; adorad todos al Dios de la verdad que está poderoso en toda parte, que es criador de todas las cosas.”

“Profecía de Nahaupé, gran sacerdote en Yucatán. Antes que se refiera las palabras de este idólatra, digo que parece que la providencia divina no solo guía la salvación de las almas a que tenga efecto, pero pa-

rece observa uniformidad en el darse a conocer a los hombres. Reveló la venida del Verbo en carne humana sin determinar tiempo y también asegurando la edad en que había de alumbrar con su luz soberana, como lo uno y lo otro se ve en la Sagrada Escritura. Manifestóse a estos naturales en la profecía antecedente sin determinación de tiempo, ahora por la boca de este gentil se le señala que dijo así: En el día que más alumbrase el sol por la misericordia del Omnipotente; vendrán de aquí a cuatro edades, los que han de traer la nueva de Dios. Con gran afecto os encomiendo esperéis (¡Oh Ytzalanos!), vuestros huéspedes que son los padres de la tierra cuando vengan.”

“*Profecía de Ah cukilchel, sacerdote antiguo de Yucatán.* En el fin de la edad presente, los que ignoráis las cosas futuras ¿qué pensáis que sucederá? Sabed que vendrán de toda parte del Norte y del Oriente tales cosas por nuestros males, que los podéis tener por presentes; y os digo que en la edad novena ningún sacerdote ni profeta os declarará la escritura que generalmente ignorais”.

“*Profecía de otro sacerdote gentil llamado Ah Ni Puc Tan.* En la última edad, según está determinado, habrá fin el culto de dioses vanos y el mundo será purificado con fuego. El que esto viere será llamado bienaventurado si con dolor llorare sus pecados”.

“*Profecía de Chilam Balam gran sacerdote de Tixcacayom Cunich en Mani.* En el fin de la tercia décima edad, estando en su pujanza Itza y la ciudad nombrada Tancah (que está entre Yacman y Tichaquillo que hoy se llama Ychpaa que es fortaleza y castillo), vendrá la señal de un Dios que está en las alturas y la cruz se manifestará ya al mundo, con la cual fue alumbrado el mundo, con la cual fue alumbrado el orbe. Habrá división entre las voluntades cuando esta señal sea traída en tiempo venidero: los hombres sacerdotes antes de llegar una legua y a un cuarto de legua no más, veréis la Cruz que se os aparecerá y es a manera de polo a polo. Cesará el culto de vanos dioses y vuestro padre viene ¡Oh Ytzalanos!, ya viene vuestro hermano, ¡oh Trantunites!, recibid a vuestros huéspedes barbados del oriente, que vienen a traer la señal de Dios. Dios es que nos viene manso y piadoso, ya viene el tiempo de nuestra vida, no tenéis que temer del mundo. Tú eres Dios único, que nos criaste piadoso, buenas son las palabras de Dios, ea ensalcemos su señal en alto, ensalcemos para adorarla y venerar la Cruz: hemos de ensalzar en oposición de la mentira, se aparece hoy en contra del árbol primero del mundo. Hoy es hecha al mundo demostración. Señal es esta de un Dios de las alturas: ésta, adorad ¡oh gente itzalana!: adorémosla con la voluntad recta; adoremos al que es Dios nuestro y verdadero Dios, recibid la palabra del Dios verdadero, que del cielo viene el que os habla. ¡Cobrad juicio y ser los de Itza! Los que creyeren serán alumbrados en la edad que está por venir; mirad si os importa lo que yo os digo, advierto y encargo; yo vuestro intérprete y maestro de crédito, Balam por nombre. Y con esto he acabado de decir lo que Dios verdadero me mandó, para que lo oiga el mundo”.¹⁾

1) Cogolludo: Historia II, 11, pp. 97-100 sobre estas profecías, véase Barrera Vázquez. *El libro de los libros de Chilam Balam*, México, 1948.

Si todo esto es verdad, como por tal lo tengo, pues no puedo persuadirme a que autor tan clásico se moviese a escribirlo sino es después de muy bien averiguado, lo cual confirma nuestro Remesal¹⁾ en su *Historia de Guatemala* y Torquemada ya citado arriba, no será increíble lo que el mismo autor en su *Historia de Yucatán* dice que cuando entraron los españoles hallaron cruces; y en especial una de piedra relevada en ella una imagen de Cristo redentor nuestro crucificado, la cual está en nuestro convento de Mérida y a quien veneraban los indios, y más adelante, dice: "En medio del patio que hace el claustro de nuestro convento de la ciudad de Mérida hay una cruz de piedra que será del grueso de una sesma por cada parte de los cuatro lados y como una vara de largo y se echa de ver estar su longitud quebrada y faltarle algún pedazo: tiene sacado de medio relieve en la misma piedra una imagen de un santo crucificado como de media vara de largo; entiéndese haber sido una de las que en tiempo de la infidelidad de los indios se hallaron en la isla de Cozumel, etc.",²⁾ pero en el libro I, Cap. 2º, cita a Bernal Díaz del Castillo que fue testigo de vista; y lo que dice es que a otra parte de los ídolos tenían unas señales como a manera de cruces y lo más valido entre estos autores es que la Cruz que tuvieron fue hecha de cal y que la tuvieron por el Dios del agua a quien ofrecían sacrificios de codornices. Pero sobre todas las señales que refiere Torquemada también libro II, capítulo 90, es la que refiere el capítulo 91 de la hermana de Motezuma llamada Papam: que habiendo muerto de una gran enfermedad y siendo enterrada en unos baños, al tercero día fue hallada en una grada sentada del mismo baño; y haciéndose llevar a la cama envió a llamar a su hermano el Motezuma y le refirió lo que había visto en la otra vida: cómo llevada de la mano de un mancebo muy hermoso vio un río y que por él venían muchos navíos con gentes de diferentes trajes y barbados y que aquellos habían de señorear aquella tierra y que cuando se publicase el bautismo se bautizase, y que teniendo el Motezuma estos casos por delirios, no hizo caso".³⁾ Esta vivió retirada hasta ser ganado México y se bautizó y se llamó D^a María Papam, y que vivió en aquella parte del Tlaticulco.

También usaban como bautismo aquestos indios en el lavatorio que dijimos arriba y en otro que dice el padre Cogolludo en su *Historia de Campeche* y Remesal en su *Historia de Guatemala*,⁴⁾ que hacían con ciertas ceremonias con que entendían quedar el niño santificado; donde dice también que entre las gentes de Campeche se halló el que había confesión vocal, y sería sin duda al modo que queda dicho arriba, que tenían todos estos indios que confesaban sus pecados.

No hay duda que todos estos pronósticos y preludios de la predicación del santo evangelio fue disposición del Altísimo para que hiciesen el concepto que debían de la predicación del santo evangelio y que no tuviesen excusa al recibirlo; pero como su majestad soberana por sus altos juicios dispuso que fuese la primera entrada con tantos escándalos y estruendos

1) Remesal: *Historia* V, 7; pp. 354-356.

2) Cogolludo: *Historia* II, 2.

3) Torquemada: *Monarquía* II, 90-71; I, pp. 232-289.

4) Cogolludo: *Historia* IV, 6; p. 191. Remesal: *Historia* V, 7; I, pp. 354-55.

de armas, muertes, robos y lo demás que pondera nuestro fray Alonso de Noreña en una respuesta que da de una consulta que hicieron los padres de Méjico tocante a las confesiones de estos naturales, fue tan grande la confusión de todos, que no tuvieron lugar de ver las profecías para recibir la salud de sus almas con toda paz como conviene. A que se allega que como en aquellos principios no hubo ministros, más que un capellán de un ejército, que supiese sus lenguas y les predicase en ellas enterándose de sus cosas para que se viese la consonancia de nuestros misterios y sujetarse al yugo suave de Cristo.¹⁾ Vióse esto claro en la reducción de la provincia de la Verapaz que hicieron nuestros religiosos de que se tratará adelante, que como se hizo con sosiego, enterados los padres de su idioma y especulando con cuidado todas sus cosas y tradiciones; con todo rendimiento se sujetaron y admitieron la ley evangélica sin repugnancia, conservándose en ella hasta el día de hoy sin haberse reconocido jamás por la misericordia divina que hayan vuelto al vómito de sus idolatrías, lo cual no se pudo conseguir antes por armas porque no es este el modo que mandó Cristo señor nuestro a sus apóstoles sino el de la mansedumbre con que no hay duda que se atrasó mucho entonces, y se atrasa mucho ahora en llevándolo por este camino tan contrario al Evangelio.

CAPITULO XXXVIII

De la conquista por armas de aqueste reino de Guatemala

Llegada que fue aquella plenitud de tiempo ya previsto en aquella eternidad, en que movidas aquellas entrañas de misericordia que no quiere perezcan los hombres, en que aquestas gentes les había amanecido el sol de justicia, Cristo; movió y conmovió todas las gentes (*Ageo II 8. Movebo omnes gentes et veniet desideratus cunctis gentibus*), como hizo en la primera venida, con un instrumento tan futil y flaco como un hombre que fue Colom, sin más certidumbre que las líneas que tiraba su idea para descubrir nuevos mundos, cosa tan increíble a tantos; pero como era Dios el que hacía aquesta conmoción para que llegase la luz de la fe a aquestos miserables, lo increíble se hizo creadero, lo imposible posible: en aquellos dos sin segundo don Fernando el quinto y doña Isabel su consorte. Dignos de que jamás olvide la nación española aquestas coronas de su reino, por el celo de dilatar el santo evangelio que ardía en sus corazones, abrazados en Dios, sin más respetos a dominios ni a riquezas, que fuese Dios conocido y alabado de todas sus criaturas. Hízose el descubrimiento de la Isla Española y prosiguióse en las demás islas circunvecinas, sin más esperanza de tierra; pero como ya todo lo tenía Dios movido no paró aqueste movimiento superior en los audaces pechos españoles hasta descubrir la Tierra Firme. Varias vistas le dieron pero nadie pudo en ellas fijar el pie por estar reservado ese trofeo para aquel ángel veloz del invicto don Fernando Cortés a quien parece vaticinó San Juan en su Apocalipsis que echando del mar el un pie en la tierra (*Ap. X*) como columna

¹ Sobre Noreña, véase Remesal: *Historia* XI, 13; véase también Estudio preliminar.

fuerte, de tal modo lo afirmó, que parece que levantaba la mano al cielo, juraba por el que vive en los siglos de los siglos que crió el cielo y lo que hay en él que ya no había más tiempo de dilación sino que en la voz de la trompeta del séptimo ángel se perfeccionara y consumara el misterio de Dios como lo evangelizó por sus profetas. Tan fuerte, y firmemente puso y afirmó su pie en la tierra que no pudieron las mayores potencias de los mayores monarcas, ni aun toda la potencia infernal contra quien peleaba, hacerle dar un paso atrás de adonde había afirmado el pie. Rindióse al fin toda aquella potencia mexicana a las plantas de Cortés para que las pusiera a los del mayor monarca, a quien doblando la cerviz tantas coronas fuesen preciosas piedras que adornasen la mayor corona de los monarcas españoles.

Rindióse la imperial de México, rindióse su último rey Vatemuz a 13 de agosto del año de 1521, el día martes, aciago para tan poderoso rey, pero más aciago para el rey de toda la soberbia, Satanás; porque allí perdió el imperio que tantos años había obtenido sobre esta miserable gente teniéndolos en tan tiránica esclavitud.

Tan grande fue el sonido que hizo la sujeción del imperio mexicano y sus monarcas por el invicto Cortés, que resonando por toda la tierra se llenó de terror y espanto, y es cierto que si entonces con el horror que habían cobrado los indios de las hazañas de Cortés, se va penetrando todas las tierras, todo se hubiera avasallado y rendido. Una de las partes a donde resonó aqueste eco fue en la provincia de Guatemala, donde reinaban los tiranos que se habían alzado contra su señor rey el de Uta-tlán o Quiché, y hallándose fatigados con la guerra cruel que les daba como tiranos, pensaron el evadir aquesta molestia con hacerse amigos de los españoles que se hallaban triunfantes en México; máxima que siguieron muchos pueblos y provincias dándose de paz a Cortés porque los defendiese de las opresiones en que estaban de tiranos. Esta fue la máxima de los reyes de Tecpán-Guatemala y aqueste fue el motivo que tuvo aqueste rey para la embajada que, como dice Remesal, fue a fin de 1522, y hallándolo a Cortés en el puerto de la Vera-Cruz le dieron la obediencia y ofrecieron un presente de oro y plumas.¹⁾ Agasajólos Cortés y les prometió el buen tratamiento que merecían por venir de su voluntad a sujetarse al dominio de la majestad del emperador don Carlos V, y despidiéndolos con agrado les dio en retorno algunas cosas de Castilla que ellos estimaron en más que su oro y plumas, sin duda por la novedad a que son muy inclinados, y ser cosa que relumbra el vidrio cosa que mucho les agrada; y si hemos de estar a lo que un testigo de vista como Bernal Díaz del Castillo dice (*en el capítulo 164*), esta provincia no envió tales embajadores, pues si los hubiera enviado no dijera: “Y tuvo noticia (*esto es Fernando Cortés*), que en la provincia de Guatemala había recios pueblos de mucha gente e que había minas, acordó de la enviar a conquistar y poblar a Pedro de Alvarado, e aun el mismo Cortés había enviado a rogar a aquella provincia que viniesen de paz e no quisieron venir”.²⁾ Estas son sus palabras, con que sin duda no fueron los de Guatemala;

1) Remesal: *Historia*, I, 1; I, pp. 80-81.

2) Díaz del Castillo: *Historia*, c. CLXIV.

y si fueron, solo se puede decir que fueron los de Guatemala, y que el rogar que fueran sería a los Quichés y a los de los de Sacatepéquez. Y aunque dice nuestro Remesal en el lugar citado que el rey de los mexicanos había sujetado esta provincia, no hay duda que padeció engaño, pues además de no haber tal traición entre estas gentes, había de haber pasado primero todo el reino del Quiché y sujetándolo para pasar a Guatemala, lo cual es cierto que jamás fuese sujeto a rey ninguno, y si ambos reinos el del Quiché y el de Guatemala fueron sus tributarios, no guerrearan entre sí como guerreaban. Aquesto solo se funda, según colijo, que quisieron engrandecer tanto el imperio mexicano que lo quisieron hacer señor absoluto de toda aquesta tierra firme, lo cual consta ser falso, pues ni aun era señor de una república que junto a sí tenía que era la de Tlascala; y cuando a esta tan cercana no la podía sujetar ni al rey de Mechocam, como se ha dicho, ni a otras provincias o monarcas, como consta de Torquemada y Castillo; menos podría sujetar un reino tan poderoso como el del Quiché y tan distante, pues dista de una a otra parte más de trescientas leguas de tierras muy ásperas y dobladas.

Abierta aquesta puerta que se le ofrecía a Fernando Cortés del dominio de aqueste reino de Guatemala, que era entrada para las dilatadas provincias de las Chiapas, reino del Quiché y lo infinito y dilatado hasta la provincia de Nicaragua, fue trazando el modo como se hiciese esta reducción que tanto importaba; y por hallarse sumamente embarazado con la poca gente que tenía, en reducir las provincias y pueblos que cada día se le rebelaban, no pudo ajustarlo hasta fines del año de 1523, que echando mano del capitán don Pedro de Alvarado, cuyo valor y talento para semejantes empleos tenía bien experimentado, le nombró por su teniente para aquesta expedición, dándole la mayor cantidad de gente que se pudo, según las necesidades que se le ofrecían cada día; y juntando toda la más gente que pudo Fernando Cortés para esta empresa le dio a don Pedro de Alvarado sobre trescientos soldados; y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros y más de ciento y treinta y cinco de a caballo, cuatro tiros y mucha pólvora y un artillero que se decía fulano de Usagre y sobre doscientos tlascaltecos y cholutecos y cien mexicanos que iban sobresalientes". Son palabras formales de Castillo que fue testigo de vista, a que debemos dar más crédito que al que por acomodar el texto de Gedeón dijo que solo eran 200 soldados.

CAPITULO XXXIX

(Año de 1523)

De la salida de don Pedro de Alvarado de México y venida para la conquista de Guatemala

Junta y apercebida la gente que Cortés le dio a don Pedro de Alvarado para aquesta conquista, dice Bernal Díaz del Castillo (*al capítulo 164*) que con ciertas lenguas e clérigos que le dió e mandó que les predicasen y los procurase atraer de paz: y esto es lo que dice en el original que lo vició el padre fray Alonso Remón, cuando lo dio a la estampa, añadiéndole

todo lo que dice de el padre fray Bartolomé de Olmedo, que no vino a aquesta conquista; y así todos los lugares que en aqueste capítulo hace mención de aqueste religioso son falsos, ¹⁾ como asimismo son falsos los religiosos franciscanos que el muy reverendo padre jubilado fray Francisco Vásquez refiere en su *Crónica de la Provincia del Santo Nombre de Jesús de Guatemala*, historia la más llena de falsedades y calumnias que hasta ahora se ha dado a la estampa, como lo tengo latamente probado en las varias *notas* que he trabajado sobre aquesta Crónica; ²⁾ y aunque acuerdo no se pueden refutar tantas falsedades con la extensión que allí se prueban, a lo menos será preciso desvanecerlas aunque con la brevedad que pide una historia; como asimismo las falsedades que por su parte escribió su grande amigo don Francisco de Fuentes en su historia manuscrita que intitula: *Recordación Florida del Reino de Guatemala*, ³⁾ y así no tenga a molestia el lector algunas digresiones que será preciso hacer en muchas partes para demostrar la falsedad de aquestos dos amigos y las calumnias que inventan y quimeras contra aquesta mi santa Provincia. Pero quien más desenfrenadamente corrió la pluma fue nuestro padre jubilado, siendo nuestro mayor enemigo aun siendo nuestro más allegado, que eso más le debemos a su P. M. R. que nos haya dado motivo de tanto sentimiento, mediante tanta calumnia y falsedad, padeciendo juntamente la nota de la maldad que solo han ejecutado los enemigos de la iglesia para introducir sus falsedades y fue (*como lo tiene ya jurado el M. R. P. maestro fray Miguel de Velasco uno de los aprobantes*), el haber dado un libro a aprobar, y haber impreso otro lleno de mil falsedades y calumnias contra mi sagrada religión de predicadores y los sujetos más condecorados y más dignos de eterna memoria de aquesta mi provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala; ⁴⁾ y así no tenga a molestia el lector algunas impugnaciones, que será preciso en defensa de nuestro honor; y así prosiguiendo el hilo de mi historia digo: Que habiendo dado don Fernando Cortés las instrucciones convenientes para aquesta expedición, empezó su marcha saliendo de México el día trece de noviembre de mil quinientos veintitrés y la dirigió a apaciguar los indios de Tutepeque, que estaban de guerra y se habían hecho fuertes en unos peñoles y se habían rebelado contra el señor de Teguan-tepeque por haberse hecho vasallos del rey de Castilla. Tardó don Pedro un mes en llegar a estos peñoles, pero aunque hicieron alguna resistencia, con facilidad los rindió; y pasando de allí a Teguan-tepeque, y refrescando allí a su gente, pasó de allí a la provincia de Socunzco que a la cuenta de Castiilo sería por pascua de Navidad o principios del año de 1524. Estaba aquesta provincia entonces muy poblada de gente y con muy buenos pueblos, como el mismo Castillo testifica (*en los capítulos que añade al fin de su primer original*), ⁵⁾ que la vio el año de 1526; pero se dieron tal prisa en el destruirla los gobernadores que hubo

1) Véase nuestra *Introducción Crítica* en Estudio preliminar y Bibliografía.

2) Véanse obras de Ximénez en Estudio preliminar.

3) Véase Estudio preliminar.

4) Véase Estudio preliminar.

5) En los folios finales del ms. Guatemala que no pasaron a la primera edición española.

en ella, y en especial un Villaquirán que hubo allí mismo, que el año de 1568, cuando aquello escribía, de quince mil vecinos que tenía, constaba en aquel año de mil vecinos cuando más.

No era mi intención tomar en boca ninguna de estas tiranías de los conquistadores con los miserables indios, ni inquietar los huesos de los que ya duermen, quiera su Divina Majestad sea el sueño del eterno descanso; pero viendo lo que nuestro padre jubilado fray Francisco Vásquez en toda su *crónica*, su amigo don Francisco de Fuentes, en las dos partes de su *Recordación Florida*, el señor consejero don Juan Fernando Pizarro en su primera parte de los *Varones Ilustres* ¹⁾ y otros; que por borrar las manchas en que tanto se macularon muchos de los primeros conquistadores (*no todos ni era bien que tal se dijera, pues hubo muchos muy buenos católicos entre quienes reluce el sin segundo marqués del Valle don Fernando Cortés, en cuya ilustre casa persevera sin duda la gran cristiandad con que hizo las conquistas*), quieren notar de falso y de hombre iliterato y cruel, y enemigo de la nación española al Illmo., señor Las Casas, solo porque publicó las verdades de lo que en América pasaba, en los memoriales que dio a su majestad en defensa de aquestos miserables desvalidos; que dándonos Dios vida lo escribiremos ²⁾ cuando tratemos de la de aqueste ilustrísimo príncipe y de los demás que fueron las columnas que sostuvieron en peso a todo aqueste nuevo mundo, para que no se viera trasladado al túmulo de su ruina desde las mantillas de su nacimiento, díganme ahora los citados autores si es verdad lo que el ilustrísimo señor Casas informó en su *Memorial de la destrucción de las Indias*. ³⁾

Habiendo llegado a Soconuzco, como dice Castillo, no fue menester sacar la espada porque se dieron de paz por vasallos de su majestad ofreciendo un presente de oro. El padre presentado Remesal (*Remesal: I, 2, 1*) no vio aqueste original de Castillo ni en su tiempo había salido el impreso y así atribuye a aquesta guerra la destrucción grande de Soconuzco cuando en el libro 1º, capítulo 2º, número 1, dice: "*Corrió Pedro de Alvarado con su ejército toda la tierra como un rayo, sujetando la mayor parte de ella por armas y lo demás por miedo que en todos les causó muy grande el estrago que hizo en Soconuzco como se echa de ver en las ruinas que se muestran en la entrada de esta provincia*. Y no es de maravillar la equivocación de Remesal viendo la grande destrucción, que no pudo menos que atribuirlo al furor de la guerra; pero si reparara con menos piedad y modestia con que trató aquestas cosas, que hubo católicos cristianos que hicieron la guerra al modo que de Judas canta la iglesia cuando dice: *qui per pacem didicit facere bellum*, como se irá viendo de algunos, no lo atribuirá a aquel furor; sino a la tiranía con que después de haberse dado de paz se trataron aquestos miserables, valiéndose del ósculo de la paz, tan amada de todos hasta de las fieras, para obrar lo que después se dirá. La reducción de Soconuzco fue sin duda por el mes de enero, con cuyo buen principio trataron de pasar adelante la costa del Mar del Sur

1) Véase Bibliografía en Estudio preliminar.

2) lo escribiremos, falta en ms. original.

3) Véase Bibliografía en Estudio preliminar.

a la provincia de Zapotitlán llamada hoy San Antonio; pero apenas pusieron los pies en la tierra, noticiado ya el rey de Utlán, que es lo que hoy se dice Santa Cruz del Quiché (*dándole aqueste título, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Francisco Marroquín cuando por el año de 1539 estuvo en aquella corte y bendiciendo el paraje, colocó y levantó el estandarte de la fe signo de nuestra redención, en el mismo lugar en que tantos años había reinado el príncipe de las tinieblas en aquel ídolo Tohil en señal de trofeo y vencimiento*). Este rey del Quiché que reinaba entonces llamado *belehebtzi-oxibqueh*, que quiere decir *nueve perros tres venados*, no *Tecuntepepul*¹⁾ (*como engañados de falsas relaciones dicen nuestro padre Vásquez y su amigo don Francisco de Fuentes*), con las noticias que tuvo de sus fronteras y espías juntando su gente en mucha cantidad (*que en estas primeras batallas no se saben los que fueron*), puso escolta muy crecida en el paso de un río muy peligroso que está a la entrada de la provincia de Zapotitlán, llamado Tzamalá, no como dice el citado Fuentes, Tzalamá, que este es otro muy distante de ese que está en la provincia de la Verapaz dicho así de *el tablón de agua* que hace en aquel paraje de que tomó el nombre el pueblo que allí se fundó; y aquel otro quiere decir *agua peloteada o golpeada*: por lo muy rápido y violento de su corriente con que viene precipitado de las serranías de Quezaltenango.

En el tránsito de aqueste río Tzamalá se había juntado mucho número de indios guerreros para impedirles el paso para su reino. El paso era muy peligroso y, esforzándose los valientes españoles, hicieron todo esfuerzo por ganar la puente, la cual pasada aunque con mucho peligro por ser muy angosta, disponiendo sus escuadrones que constaban solo poco más de 300 soldados, entre los cuales había ciento y veinte escopeteros y ballesteros, con más otros ciento y treinta y cinco de a caballo y poco más de ciento tlascaltecos y cholutescos y poco más de doscientos mejicanos, que todo aquel ejército constaría de 800 hombres; y disponiendo sus gentes acometían con valor a los grandes escuadrones de indios que como no acostumbrados a ver lo aventajado de las armas españolas, acometieron con gran furia y gritería, y perseverando pertinaces en la pelea, duró mucho el conseguir la victoria que declarada por parte de los españoles, se manifestó muy sangrienta de una y otra parte, porque de la parte de los indios fue mucha la mortandad: y de la nuestra dice el citado Castillo, cuya relación vamos siguiendo según el original,²⁾ que quedaron muchos heridos de los cuales murieron algunos después, de las heridas. No aflojaron los indios con esta derrota, antes juntándose otros muchos más de toda la provincia de Zapotitlán, que es la que hoy se llama de San Antonio, acometieron con tanta pertinacia y porfía, que, dice Castillo, no los podían apartar de sí los nuestros porque venían con resolución firme de vencer o morir. Pero viendo tanto estrago como en ellos se hacía con la mosquetería y artillería por venir todos atropados de montón, como ellos acostumbraban siempre pelear, hubieron de tomar otro acuerdo, pidiendo

1) Fuentes no menciona a Tepepuy.

2) Bernal Díaz en ms. Guatemala.

paces a los españoles, que se las concedieron de buena gana, lo uno por cumplir con las órdenes que les había dado don Fernando Cortés, que procurasen atraerlos a la paz, y lo otro que se hallaban sumamente fatigados; con que parece quedó sojuzgada aquella provincia de San Antonio. Pero esto fue sin duda apretados de la necesidad, porque siendo aquesta provincia del rey de Utatlán, quien había enviado sus ejércitos para aquesta defensa, no podían ellos afirmar la paz segura, y según se vio después fue ardid para dar tiempo a que se juntaran mayores poderes para dar guerra a los españoles. Fueron aquestas victorias según se puede conjeturar por el tiempo y la distancia de los parajes, a fin de enero o a principios de febrero del año de 1524.

Pero considerando que poco o nada se había hecho en haberse conseguido aquellas victorias de una parte tan inferior de aquesta monarquía del Quiché, trataron de enderezar su marcha contra la cabeza de este reino, que era Utatlán, y para ello se dirigieron a la parte de Quezaltenango, pueblo grande y numeroso; aunque no tanto como quiere Fuentes que tuviese dentro de sí, 80,000 indios de pelea, lo cual repugna toda buena razón, porque para eso había de ser población de más de medio millón de gentío, y no hay memorias que fuese tan numeroso jamás aqueste pueblo; ni es de decir que estuviesen juntas todas las fuerzas del reino, pues dice después cuando la rebelión que ya todo estaba sojuzgado y desaparecidas las fuerzas del reino tenía el mismo número de guerreros; y si así fuera, poco tenían que temer del motín que se levantó después, teniendo 80,000 guerreros de ayuda.¹⁾ Habiendo, pues, tomado voz a la parte que estaba aqueste numeroso pueblo, empezaron su marcha trepando la gran cuesta que sube a las inminencias de la sierra de Quezaltenango y Olintepeque, llamado por otros Xequiquel, que quiere decir *debajo del Valle*, y lo mismo suena el otro nombre mexicano que es *Cerro del Valle*, no *debajo de la sangre* como quiere Fuentes, por la que allí se derramó; no entiendo aquestas etimologías.

Y advertidos los indios y sagaces dispusieron el hacerles mayores acometimientos al ejército español, valiéndose para ello de lo fragoso del puerto y juntándose muchos escuadrones de guerreros, y haciendo muchas emboscadas en aquellas barrancas y montañas, apretaron mucho al ejército español, que no pudiéndose aprovechar de su caballería, hacía mucho más peligrosos los combates; pero teniendo pie con pie, como dice Castillo, tan valerosamente los indios con los españoles, que tuvieron la victoria muchas veces por muy dudosa, teniendo varios reencuentros en la cuesta que hoy se llama de Santa María de Jesús; pero ayudados de los escopeteros y ballesteros, de los rodeleros que los tapaban y encubrían de la multitud de flechas y piedras que sobre ellos llovían, y hallando los indios la oportunidad de ciertas barrancas que hay en aquella subida, se ponían en celada y haciendo que huían se los llevaban así celados en su alcance hasta que caían en las emboscadas de que necesitaba de todo su valor y maña para librarse de ellas. De este modo fueron peleando hacien-

1) Fuentes: *Recordación*, I, 2, III; I, pp. 84-85.

do el último esfuerzo por que ya se hallaban en término de que habían de vencer o morir (*con toda la fatiga que se deja entender, continuamente peleando y cuesta arriba*), llegaron a un portezuelo, donde hallaron, dice Castillo, a una india gorda con un perro sacrificado de los que ellos tenían, que no sabía ladrar y era buena carne para comer, que no se hallan el día de hoy. Sin duda quería valerse de aquesta hechicería para contra los que no podían vencer por fuerzas, y no lo que dice Fuentes que era publicar la guerra cruel hasta morir o vencer; ¹⁾ porque esforzados con aquesta ceremonia diabólica que sin duda fue a su ídolo o dios de la guerra, cobraron tanta osadía que no dudaron cuatro o seis indios sujetar un caballo y traerlo al suelo; pero como ya les permitía el terreno valerse más bien de la velocidad de los caballos, quedaban miserablemente atropellados, muertos y despedazados, porque corriendo desapoderadamente puesta la lanza en ristre era miserable espectáculo ver todo aquel campo lleno de indios muertos y estropeados. Pero reforzando los indios sus escuadras con nuevos socorros mantuvieron la batalla con tesón sin reconocer la victoria por mucho espacio de tiempo, metiéndose tan bárbaramente por las armas que quedaban hechos despojos de la muerte; mas no descaeciendo la furia de la obstinada pelea, trató don Pedro de darles una carga cerrada de mosquetería con que fue notable el estrago que en ellos se hizo, que aterrorizados de tan inevitable ruina, trataron de retirarse; más para tratar de propósito del modo que tendrían en vencerlos, que con ánimo de desistir de su porfía. Retirados los indios ya derrotados para volverse a rehacer, dejaron a nuestro ejército un poco reposar, que se mantuvo tres días en el campo sin ir a poblado, los cuales pasados se fueron a la población que eran las casas de los caciques de Quezaltenango donde tenían su adoratorio y su ídolo, y apenas habían allí descansado cuando le dieron noticia sus espías como venía sobre él mucho poder de guerreros no de dos xiquipiles, como dice el impreso, que eso está borrado en el original y corregido; ²⁾ y saliéndose don Pedro con todo su ejército a lo llano halláronse luego cargados de los enemigos con tal furia que se vieron muy atribulados, y fue necesario valerse de todo su valor para no quedar vencidos de tanta multitud. Mucha fue la ayuda que en este lance tuvieron en la caballería que como en lugar llano podían correr y ofender más a su salvo. Quedó en fin la victoria por los nuestros a costa de muchas vidas que dejaron los enemigos rendidos y entre ellos de algunos indios principales y caudillos de algunos pueblos, como dice Castillo, y de muchas y peligrosas heridas que sacaron nuestros soldados. Esta es puntualísimamente la relación de Castillo que tengo por muy ajustada a toda verdad, porque aunque no se halló en ella, vivió muchos años después en Guatemala con los conquistadores y siguió la relación que de aquestas conquistas dejó escrita Gonzalo de Alvarado; y así tengo por fábula las añadiduras que a aquesta batalla le ponen Vásquez y su amigo don Francisco de Fuentes, como se probará en el capítulo siguiente.

1) Fuentes: Recordación, II: 2: VII: II, pp. 292-3.

2) Castillo en ms. Guatemala: véase Estudio preliminar.

CAPITULO XL

Donde se desvanecen ciertas quimeras inventadas por nuestro padre jubilado Vásquez en su crónica y su amigo don Francisco de Fuentes en su Recordación Florida

La primera quimera que se ofrece es la que nuestro padre Vásquez trae en su *Crónica, libro 1º, capítulo 1º, col. 2ª*, donde apenas da por vendida la batalla que hemos dicho de Quezaltenango, faltando tanto como se verá para sujetar aquestos indios y todo lo demás del reino que no se acabó en muchos años, dice a renglón seguido: "Luego que se intermitió tanto bélico furor empezaron su conquista espiritual los hijos del antesignano de la Iglesia mi gran padre san Francisco".¹⁾ Ni aun fingir sabe su paternidad, porque ya que intentaba levantar esta quimera de estos primeros evangelizadores fray Francisco de Pontazar y fray Juan de Torres, había de haber procurado introducirlos con la gente que salió de Méjico con Alvarado y haber refutado a Castillo, que dice, como queda apuntado arriba, *que con ciertos clérigos e lenguas* que le dio Cortés, no dice ni menciona franciscano alguno, y no salir de repente sin haberles tomado en boca en todo el viaje; ahora de repente los pone ya catequizando los cuatro caciques y que estando emperrados en la prisión sin querer comer, que estos dos religiosos se encerraron con ellos y el intérprete Nihaib que era de los indios de Quezaltenango que se había hecho a banda de los españoles, y que los redujeron y bautizaron y les dieron unos bonetes colorados y que estos trajeron de paz a los indios de Quezaltenango. Lo primero que no le haga fuerza a su paternidad que un indio en cosa de veinte días que allí estuvieron supiese la lengua que jamás había oído, que hoy ni muchos años bastan para que un indio crecido la sepa. Lo segundo, ¿en ese corto tiempo se catequizaron haciéndose capaces de toda la doctrina y sus misterios para poderse bautizar? Además, no se comunicaron las noticias de historia entre sí su paternidad y don Francisco de Fuentes, como el mismo confiesa en su segunda parte, pues como aqueste dice allí, al folio 375 a la vuelta, que estos cuatro caciques no fueron apresados en batalla sino que las espías los encontraron de madrugada que venían a entregarse de su voluntad; y que tratando después de ser cristianos los redujeron a la fe los dos capellanes del ejército, que eran el padre Juan Godínez, que fue el primer cura y primer deán de Guatemala, y el padre Juan Díaz; y que no hubo tales franciscanos en el mundo, y para ello cita el manuscrito de Xecul titulado *ahpop Queham*, folio 15.²⁾ Ya ve su paternidad cómo esto es muy falso, ¿no vio en Torquemada que es uno de los polos en que dice estriba su historia (*libro 15, capítulo 12*), que cuando vinieron fray Martín de Valencia y sus once compañeros solo había en toda la Nueva España los tres flamencos fray Juan Tecto, fray Juan de Aora, que ese mismo año de 24 fueron con Cortés al viaje de las Hibueras y murieron ahogados en el cabo de San Antonio

1) Vásquez: *Crónica*, I, 18.

2) Fuentes: *Recordación*, III, p. 96; sobre los manuscritos indígenas empleados por Fuentes, véase nuestro Estudio preliminar a sus *Obras* (véase Bibliografía).

y fray Pedro de Gante, lego, que se quedó en México; ¿y dice que hubo otros dos que no saben quiénes fueron? Y así su paternidad sin duda se los tomó para sí y les dio sus nombres, llamándoles fray Francisco Pontazar y al otro fray Juan de Torres, que no pudo hallar Torquemada con toda su vigilancia en todo el mundo. Tan sin noticia de lo que escribe procede su paternidad,¹⁾ que a estos siendo españoles, después los transforma en flamencos (*libro 1º, capítulo 4º*), con tanta implicación, como querer que en 14 días que hubo desde el día 10 de mayo de 1522 en que dio el señor Adriano VI aquella bula en Zaragoza, hasta el día 24 que el emperador salió de Bruselas para España, llegase la bula a Flandes y se despachasen flamencos, no advirtiendo que en el manuscrito que hizo el padre fray Francisco de Figueroa por mandado del señor Gonzaga para la historia que escribía, no hace memoria de tales religiosos, que si tal hubieran habido no podía menos de saberlo, pues conoció a los santos fundadores, y era a tiempo que lo escribió que aun vivía uno; y fray Juan de Torres lo pone en Totonicapam el año de 1563 donde dice que se hallan firmas suyas ese año, y no advierte que este es el fray Juan de Torres dominico, que dice su Torquemada (*libro 19, capítulo 14*), que trajo fray Pedro de Angulo de Méjico el año de 1538 y lo mismo Remesal²⁾ y lo del padre fray Pedro Betanzos. Y la causa de hallarse firmas suyas en Totonicapam, aquese año, fue que, como nosotros doctrinamos aquesos pueblos, se hallan firmas suyas y de otros frailes dominicos en ese y otros muchos pueblos, como se le probará adelante.

Dice también nuestro padre Vázquez que esta victoria se ganó víspera de Espíritu Santo a 14 de mayo, lo cual no tiene apariencia de verdad por el cómputo que se le ha ido ajustando, de que resulta que no pudo ser esta victoria sino por principios del mes de marzo o a mediados, cuando más, y se convence con lo que dice Diego Reinoso en sus escritos de noticias de aquellos tiempos (*que fue un indio que el señor Marroquín llevó del pueblo de Utatlán y enseñó a leer y escribir*), que la conquista del Quiché que hizo don Pedro de Alvarado fue a principios de abril por la Semana Santa de ese año de 24, por estas palabras: “Chupam ic abril Castahibal pascua ulic Donadiu ah labal varalquiché”, que quiere decir: *en el mes de abril por Pascua de Resurrección vino Donadiu* (que es Alvarado), *a guerrear aquí al Quiché*; y más delante: “Chupam ta xporox tinamit taxcach ahauarem taxtanepatan rumal ronohel amac xpatanih chiquiuach camam cacahau paqueché”, que quiere decir: *en la Cuaresma vino Donadiu capitán de la guerra aquí en el Quiché, y entonces se quemó el pueblo o ciudad y se acabó el reino y dejaron de tributar los pueblos el tributo que habían dado a nuestros padres y abuelos*; y esta noticia de este testigo ocular de todo esto, es conforme al juicio que se puede formar de aqueste viaje porque saliendo a 13 de noviembre de 1523 de México, fueron a los peñoles y estuvieron en esto un mes, y descansando unos días en Tehuantepeque, fue la entrada de Soconuzco donde no hubo guerras. En hacer paces y pasar, que serán como cuarenta leguas, tardarían todo

1) Vázquez: *Crónica*, I, 15; Torquemada: *Monarquía*, XIX, 14.

2) Remesal: *Historia*, I, p. 245.

el mes de enero: las guerras de San Antonio según se colige de Castillo no duraron mes entero: la ida a Quezaltenango que es de diez o doce leguas, no tardaron cuatro días y estarían detenidos en Quezaltenango en guerras y lo demás un mes, con que llegarían a Santa Cruz a fines de marzo o principios de abril por semana santa, cuando ganaron el Quiché; y sin duda a eso atendió el señor Marroquín cuando le dio el título de la Cruz el haber sido la semana santa o viernes santo la entrada allí, como en la Veracruz el haber llegado allí el viernes de la Cruz nuestros españoles; y es fuerza que Vázquez convenga en ese cómputo, porque de ser a 14 de mayo la victoria de Quezaltenango no tenía ya tiempo para hacer la conquista del reino del Quiché y ir a Tecpán-Guatemala a asegurar las paces con su rey y ir después a hacer la conquista de Atitán y después la de Escuintla con toda aquella comarca y volver a dar asiento a la ciudad al valle de Almolonga, antes de Santiago: porque es cosa muy cierta como consta de Castillo, que todo esto se hizo antes de fundar a Guatemala; con que no lleva apariencia de verdad todo lo que Vázquez dice, como muy latamente lo tengo probado en las *notas* a su *Crónica*.¹⁾ Menos apariencia de verdad tiene lo que uno y otro autor dice de que en esa batalla murió el rey del Quiché transformado en águila, como dice uno, o en quetzal como dice otro, porque como consta de las mismas historias de los reyes del Quiché puestos arriba, el rey que dio la guerra a los españoles se llamaba Oxibqueh belehebtzi, como se ha dicho arriba: y Tecumtepepul, que es el que dicen que fue su hijo, y a quien don Pedro dio el reino después de haber quemado a su padre, como se dirá adelante; y este pagó tributo a los españoles, como allí dicen ellos mismos; y si hubiera sido eso así, no lo hubiera callado Castillo, pues refiere los que murieron en las batallas y la muerte del rey cuando lo quemaron. Ese cuento de aqueses aguilucho o águila, dicen los Arguetas que sus antepasados fueron los de la hazaña, y en memoria de eso guardan un lanzón antiguo lleno de moho que dicen ser la sangre de aquesa águila; y si hubo algo de aquesas tragedias, no fue Alvarado el que las ejecutó. Ni menos de aqueses quetzal, como dice Fuentes, tomó el nombre el pueblo de Quezaltenango que es mexicano, que quiere decir *Valle de quetzales*, porque allí como en todas las montañas altas se crían esos pájaros, como se ve hasta el día de hoy en todas las montañas altas y montuosas; y aquí lo tenemos a la vista en este monte que en Guatemala llaman *Rexón*, nombre de aqueste pájaro quetzal en estas lenguas, que allí se crían. Es muy diferente el paraje y sitio de Quezaltenango que el de Xelahun; Quezaltenango se llamaba el sitio antiguo donde ellos tenían sus edificios; Xelahun, a donde se mudó y por eso es más conocido aqueste pueblo de los indios por este nombre, que por el de Quezaltenango.

No se puede pasar en blanco la circunstancia que con todo cuidado nota Fuentes (*1ª parte, libro 2º, capítulo 1º*)²⁾, cuando habiendo referido cómo cayó muerto aquel gran quetzal, que dice dijo don Pedro, que no había visto otro semejante en la Nueva España, donde tales aves no se

1) No se conservan estos escritos.

2) Fuentes: *Recordación*, I, p. 84; véase también II, p. 295.

hallan, prosigue: "donde le acometieron dos perros que eran del general don Pedro de Alvarado (*llama esta circunstancia de haber solo dos perros en todo el ejército a la advertencia y recuerdo cristiano del reverendísimo obispo de Chiapa, Casas*).” Esta falsedad que no refiere Castillo, ni de quetzal, ni de perros, solo discurro la inventó para tirar su mordiscada al ilustrísimo señor Casas por lo que representó en sus memoriales de la inhumana crueldad que ejecutaban con estos miserables cebando perros en la carne humana de los indios para que con más ferocidad acometiesen haciendo estragos en estos desnudos que refiere Remesal (*libro 6º, capítulo 20, número 6*),¹⁾ de aquel caso tan espantoso que manifestó Dios por un ministro de su divina justicia el lugar de la carnicería humana y el tajón donde se degollaban y descuartizaban los indios para echar a sus perros, y los demás indios que comían carne humana; y pues el ilustrísimo señor Casas y Remesal no quisieron publicar determinadamente el lugar ni las personas que cometían semejante inhumanidad, ahora el señor Fuentes como si fuera su juguete el ilustrísimo Casas, levanta esta quimera para baldonar al venerable obispo de falso impostor de semejante maldad. Sepa su merced, si no lo sabe, que hasta el día de hoy se conserva aqueste padrón de aquesta infamia en dos tajones de carnicería en la Ciudad Real de Chiapa, por juicios justos de Dios, conservando sobrenaturalmente sin duda estas fábricas en tierra que son tan poco duraderas, sin haber habido hasta ahora quien haya tenido advertencia de arrasar tal sentina de crueldad. Así me lo aseguró habérselo afirmado un vecino anciano de Chiapa de españoles, el muy reverendo padre fray José de Parga, predicador general y actual prior de nuestro convento de Guatemala individuándole este testigo que el un aposento está junto al convento de la Merced, y el otro en casa de otro vecino, que me nombró y no me acuerdo de su nombre, estando hasta ahora allí arrimados los trozos de palo que servían de tajones: costumbre impía muy extendida entre los conquistadores de este reino por ser la mayor ayuda que tenían en las guerras la de los perros, por lo cual los procuraban cebar en las carnes de aquestos miserables, y para eso era aquella multitud de perros que el mismo autor refiere se mandó por un cabildo que se tuviesen amarrados y no se soltasen hasta la noche. Todas estas porquerías, que no se les puede dar otro nombre, estaba muy excusado el revolverlas, pero pues con tan poco miramiento solo por hacer alarde de cuatro bachillerías. Y de quien se verificará mejor que del señor Casas (que en su vida se les dirá quién fue), lo que dice llevado de sus pasiones y respetos don fray Prudencio de Sandoval en la vida de Carlos Quinto (*folio 524*), que cita a don Fernando Pizarro en el capítulo último de las alabanzas de España, observación última, por estas palabras, *y lo peor es que los de la misma nación con no saber latín, quieren henchir el mundo de libros suyos y ajenos sin saber cómo se escriben, ni cómo se ha de buscar y encaminar la verdad que el oficio de cronista pide*. Muy bien le cuadra todo a aqueste autor de la *Recordación Florida* que mejor le podrá cuadrar el título de *ensalada de todas hierbas* porque así tirando más a

1) Remesal: *Historia*, I, p. 475.

farmacopea,¹⁾ que a apariencia de historia, con que muy satisfecho de su trabajo remitió la primera parte al Real y Supremo Consejo de las Indias para que se concediese licencia para imprimirla, y viendo que tocaba más a boticario que a historia lo suprimió; pero porque han quedado sus manuscritos de unas en otras manos; y ahora nuevamente salió a luz el otro²⁾ que espero en Dios que se mande recoger por el santo oficio por las cosas tan escandalosas y mal sonantes que contiene del padre jubilado Vázquez, con otras mil imposturas y calumnias contra el ilustrísimo Casas y Remesal; y así es fuerza revolver aquestas piscinas para satisfacer a la honra y crédito de tan ilustres varones ofendidos.

CAPITULO XLI

Cómo don Pedro de Alvarado partió para la corte del rey Quiché; y de la conquista de aqueste reino

Viéndose, pues, los indios tan inferiores en fuerzas, y que sus arcos, flechas, macanas y vara tostada con que se habían dado a temer de sus enemigos y sojuzgado a muchos, no eran bastantes a prevalecer contra lo aventajado de las armas españolas, pues siempre que se habían tomado con ellas habían quedado desbaratados; procurando valerse de las astucias, conferida entre todos los señores interesados su defensa, la trazaron por medio de una paz fingida que le ofrecieron a don Pedro de Alvarado haciéndole su presente de oro por haber reconocido el desordenado amor de este metal, causa de tantas injusticias como se obraron en la América; de que están llenas las historias, bastando para ejemplares por ahora los acerbos tormentos que le dieron a Guatemuz rey de México, la muerte tan cruel del rey de Bogotá y la muerte lastimosa de Atabaliba rey del Perú, bastando solo aquestas tiranías y crueldades para que no se canse de clamar ante la piedad de los católicos reyes de España, la ardiente caridad del padre de aqueste nuevo mundo, el ilustrísimo señor Casas, renombre que tan justamente le aplica el licenciado Juan de Castellanos (*Elegía de los varones ilustres de Cubagua, canto 2º, folio 288*),³⁾ y de todos los demás religiosos dominicos elíseos de aqueste grande Elías de aqueste nuevo mundo. La traza fue para sacar a don Pedro de Alvarado de aquella fortaleza de Quezaltenango, de adonde hacía continuas salidas, logrando continuadas presas de indios, y el llevarlo a la gran ciudad de Utlán que por ser el sitio breve para tanta casería estaban muy juntas las casas, que siendo todas de paja seca y tiempo de verano, estaría más dispuesta para arder; y pegando fuego a un tiempo por muchas partes acometer al mismo tiempo la multitud de guerreros, que disponían se emboscasen dentro de la barranca que en todo su contorno les sirve de profundo foso; disponiendo que fuese este de noche para que causase más confusión. No se espanten de que a este ardid no le de nombre de alevosía

1) farmacopea en ms. original.

2) La *Crónica* de Vázquez salió en 1714.

3) Castellanos: *Elegías*, XIII, 2; Castellanos designa a Casas como "padre desta moderna monarquía".

y traición, pues defendían el señorío que les había dado la naturaleza del modo que sus cortas fuerzas alcanzaban contra armas tan desiguales, no alcanzando con su cortedad ser contra el derecho natural valerse de la paz para poder hacer la guerra, pues hombres más capaces como fueron los españoles así lo hicieron, como adelante se dirá, y no saber ni alcanzar el gran bien que les llevaban para que se salvaran por medio de la fe católica, pues aunque se les harían los requerimientos, que no consta de Castillo, que su majestad mandaba, había menester otras mayores capacidades y más tiempo para poderlo entender; y así yo no culparé mucho estando en buena doctrina aqueste hecho del rey quiché que quieren llamar alevosía.

Conforme lo discurrieron, así trataron de ponerlo por obra, y juntas sus gentes y prevenidos en lo que se había de hacer, comparecieron los señores de parte del rey de Utatlán con un presente de oro demandándole perdón de lo hecho y suplicándole a don Pedro que los recibiera a la paz que prometían guardar. No es decible el gusto que recibió él y todo el ejército de estas nuevas, teniéndose ya por señores pacíficos de aquel tan poderoso reino. Suplicaron a don Pedro que quisiese ir a su ciudad y corte donde su rey los esperaba para atenderlos y regalarlos en señal de la firme paz que con él querían asentar: porque allá como en corte tendría más oportunidad de manifestar su buena voluntad. No le desagradó a don Pedro y los demás las súplicas, pues parece que procedía de corazones humillados; y así dispuso su viaje con toda brevedad para la corte de Utatlán. Tardó sin duda en el camino a lo menos dos días por haber de una a otra parte más de doce leguas y de ásperas serranías, y más haciendo la marcha con el embarazo de bagaje, enfermos, y presas que se habían hecho. Llegó sobre tarde a la corte recibiendo sin duda mucho placer del solemne recibimiento que se le hizo por su rey Oxibqueh belehebtzí y de los demás cortesanos, y juntamente con la hermosura del sitio, pues además de lo hermoso de sus llanadas manifestaba un hermoso país la vista de sus terrenos y fábricas suntuosas. Entró don Pedro dentro de la ciudad muy contento sin presumir la zalagarda que le tenían urdida, aunque no dejó de recelarse viéndose metido en lugar tan fuerte, y no teniendo más que dos puertas que la una llevaba a la otra, y la primera tenía una escala de veinticinco gradas y guiando esta a la segunda estaba una calzada aquesta muy deshecha y maltratada. No podían los caciques y su rey encubrir la malicia que encerraban en su corazón, manifestándolo en su rostro y en el mal aparejo de comida; mas todo aquesto y ver la ciudad desembarazada de mujeres y gente menuda no era bastante a despertar a don Pedro dormido en su confianza, para que velando sobre su peligro no mirase por sí y por los que tenía a su cargo. Pero fue la majestad de Dios servido, que de la ruina de este imperio quería, castigando sus abominaciones, sacar el fruto de su santa pasión, que movió el ánimo de un indio de Quezaltenango que le avisó del peligro que le amenazaba. Y así luego por ser ya tarde trató de salirse a tierra llana y despejada, dejando aquel lugar tan peligroso en que le había metido su inadvertida confianza; y por no mostrar cobardía ni recelo, tomó el pretexto de que como los caballos estaban acostumbrados a pacer sueltos en

el campo, no habiendo comodidad en la ciudad por lo estrecho de las calles, le era preciso salirse afuera. Y avisando a su ejército el peligro en que se hallaban, y que para aquella noche estaba dispuesta la fatal tragedia para quitarles a todos las vidas entre la confusión del humo y de las llamas, grande fue la prisa que todos se dieron a salir a campaña limpia y descombrada; y si en los rostros manifestaban el rey y los señores la trampa que le tenían armada, mucho más manifestaron el sentimiento que hicieron viendo que se les iba la caza y que no podían lograr su ardid.

Puestos ya en lugar seguro todos, declaró don Pedro y manifestó la indignación que contra ellos tenía por el ardid con que les querían quitar la vida. Y afeando al rey su mal propósito, de que debajo de asentada paz maquinase su ruina, para tomarlos más a su salvo, lo mandó quemar, dice Castillo,¹⁾ lo cual fue luego ejecutado. Caso es este bien ejemplar y lastimoso y un índice demostrativo de lo poco que hay que fiar en las prosperidades y grandezas mundanas al ver a un rey tan poderoso en el día mismo que se hallaba ensalzado en el trono de su grandeza y majestad debajo del dosel de tres cielos, que en ese mismo día se halle entregado a la voracidad de las llamas y vuelta en cenizas toda la grandeza y majestad.

Bien pudo llamar aquí al capitán don Francisco de Fuentes la atención cristiana que cito arriba (*libro 1º, capítulo 1º*), contra el señor Casas; y como se valió de la mentira de su Castillo, el impreso, para desvanecer lo que se dice de la blasfemia de doña Beatriz (*como se dirá adelante*), valerse aquí de la falsedad que aquí ingiere el P. M. Remón, de que fray Bartolomé de Olmedo rogó a don Pedro de Alvarado le diese término para ver si podía reducir a la fe católica a este rey, para que ya que perdía el reino con la vida temporal, no perdiese la eterna, y que habiéndosele concedido lo redujo y bautizó; y pidiéndole que no lo quemase, lo hizo así dándole garrote, con que hubiera dorado algún tanto aquesta tiranía y crueldad de don Pedro de Alvarado, que no contentándose con quitarle la vida y el reino que le dio la ley de la naturaleza, le quitó la vida eterna que le dio con su sangre la majestad de Cristo, vida nuestra, sino que de propósito se pone en este lugar a decir, contradiciendo al Mº Remón por esto que le añadió: "No consta de todo el capítulo 162 del original borrador de mi Castillo, que el rey al tiempo de morir se redujese a nuestra santa fe católica, ni que recibiese el bautismo, ni menos que se le diesen por el adelantado don Pedro de Alvarado tres días de término para instruirse en los misterios de nuestra religión católica, ni que se conmutase la sentencia pues a la ejecución de ella, no hubo intermisión de tiempo".²⁾ Aquí había de llamar a la atención y no manifestar tan a las claras aquesta tiranía y crueldad a lo divino y humano, y considerar si serían justos y con razón aquellos clamores de aquellos informes que presentó el señor Casas a su majestad sobre tales tiranías y sobre esto levantar su merced el grito contra el señor Casas a don Francisco Pizarro. ¿Por qué no lo alegó también para contra don Pedro de Alvarado en la vida de Fernan-

1) Castillo: *Historia*, CLXIV.

2) Fuentes: *Recordación*, I, 2, II: I, pp. 86-87; sobre las interpolaciones "mercedarias", véase nuestra *Introducción crítica* (Bibliografía). Bernal: *Historia*, CLXIV.

do Cortés, acerca de que habiéndolo dejado por cabo de la gente que quedaba en guarda de Montezuma cuando fue contra Pánfilo de Narváez, que habiéndole los principales señores de Méjico pedídale licencia para un baile que querían hacer en cierta fiesta, llevado de la codicia de las joyas con que estaban adornados, les acometió como lo dice aqueste autor por estas palabras: “Tanto era el coraje de los indios contra los españoles, ocasionado de las muertes que don Pedro de Alvarado y otros españoles dieron a muchos indios principales mejicanos, cuando celebraban unas fiestas por quitarles las joyas y oro que traían”? Este fue uno de los hechos que más costó a los españoles y de los más torpes suyos de cuantos sucedieron en aquellos reinos (*originados de la raíz de todos los males*), y el que les causó como se discurrirá en el discurso de esta vida tantos daños. Estos fueron el alboroto de Méjico por el cual se salieron huyendo de los españoles en cuya fuga perdieron tantos la vida y el tesoro que llevaban y la mucha sangre que costó el restaurar lo perdido. También le pudo llamar la atención lo que el mismo autor dice de don Pedro sobre la armada en que fue a introducirse en las conquistas del Perú; estas cosas le debían de haber llevado la atención; y haber sido causa del levantamiento de los indios de Tecpán-Guatemala, como se dirá adelante, por la tiranía con que les querían sacar el oro sin tenerlo, que este fue el que les impuso el pecho de los doscientos mancebos que les tributasen doscientos cañutillos de oro cada semana, y no Gonzalo de Alvarado que estaba lejos de Guatemala, como se dirá, porque este pueblo fue de los que se cogió para sí don Pedro con otros muchos muy grandes.

Muerto que fue el rey Belehetzí Oxiqueh, como se ha dicho, dio el reino y señorío a su hijo Tecuntepepul y esta es la recta línea de los reyes del Quiché, como consta de su misma genealogía y descendencia como queda puesto arriba, y el equivocarse Fuentes y otros en estas descendencias es que a los señores y reyes, además del nombre propio le ponían otro después de alabanza o vituperio según sus obras y solía ser más conocido, como hoy se usa por el malo o buen nombre, que por el suyo propio. Estilo que se ve aun en nuestros monarcas y los extraños, pues diciendo los *católicos reyes* se entienden don Fernando y doña Isabel y así de otros como aqueste cacique que estuvo preso que no fue el rey Xequichul que quiere decir *hedor de orines*, sin duda por haber quedado vencido. Luego que don Pedro hizo justicia del rey del modo que se ha dicho, empezó a dar con los escuadrones de gente que estaban prevenidos en las emboscadas, apretándoles tanto que los hubo de desbaratar y fue prosiguiendo la conquista y reducción de los demás pueblos que todos eran fortalezas y fronteras, como fue Totonicapa, Sololá, Chichicastenango y Xoyabaj, que todos tenían gente de guarnición por ser fronteras las más contra los cakchiqueles, con quienes estaban en guerras por providencia divina, con lo cual se le embarazaban muchas fuerzas al rey de Utatlán, porque de no haber sido de este modo y si los dos reyes del Quiché y Cakchiqueles estuvieran unidos y juntasen sus fuerzas, no se cómo hubieran podido prevalecer tan pocos españoles contra tan grandes poderes; pero la majestad soberana, gobernador y depositor supremo, iba disponiendo estas causas segundas para sacar el bien que se ha visto en la

reducción de aqueste nuevo mundo; y así dispuso su altísima providencia la enemistad tan grande entre Tlascaltecos y Mexicanos, para que el invencible Cortés pudiese con tan pocos españoles sujetar y reducir tan gran potencia como tenía Montezuma, y por lo mismo dispuso su altísima providencia las guerras y disensiones entre Atabaliba y su hermano, reyes del Perú, para que Pizarro con tan poca gente sujetase tan poderosa monarquía.

Gastó algunos días don Pedro en ir pacificando y sojuzgando la provincia del Quiché, porque muchos pueblos, aunque daban la obediencia, eran forzados de la necesidad y no era voluntaria; y como a esto se llegaba el ver que lo que más les tiraba y arrastraba a los españoles era la codicia de buscar oro, por lo cual recibían muchas molestias y agravios, se volvían a rebelar: a cuya causa pensaban que era aquel el caso en que podían lícitamente hacer esclavos a los que se rebelaban, pero estaba muy lejos de ser aquesto lícito, ni ser aqueste el caso en que su majestad permitió el que se hiciesen esclavos a los indios. Mas no obstante, con la conciencia militar que no es sino muy ajustada, la ensancharon e hicieron muchos esclavos hombres y mujeres, dice Castillo, y pagaron el real quinto. Cuán bien hechos fueron estos y otros muchos, lo mostró el suceso cuando informado su majestad de estas cosas los mandó poner en libertad sobre que hubo tantos escándalos y hasta ahora no dejan de roerle los huesos al ilustrísimo Casas y a los frailes de Santo Domingo por la constancia con que defendieron esta causa tan de Dios pues era de los pobres más desvalidos que el mundo tenía. Fue tan espantoso y escandaloso el caso acontecido con el rey de Utatlán que retumbando por las montañas que hoy llaman de Santa Polonia llegó el retumbo a los oídos del rey Zinacam, de la otra parte de aquellas montañas del Quiché en su gran corte y ciudad de Tecpán-Guatemala, quien oía, espantado del terrible castigo ejecutado en la persona del rey del Quiché, temiendo otro tanto en su persona; o sea que (como esta enemistad tan grande envejecida con el rey del Quiché, como tirano y levantado con la parte del cakchiquel, por lo cual estaba en continuas guerras) por complacer al que había destruído a su enemigo, precipitado e inconsiderado; trató de enviarle embajada solicitando su amistad y ofreciéndole su reino y todas sus fuerzas para acabar de destruir a sus enemigos, no previniendo que (Dios no quería dejar sin castigo su rebeldía) se prevenía otro castigo más prolongado como se verá adelante. Como lo pensó lo puso en ejecución con un buen presente de oro (que no había parte donde no había llegado que más les arrastraba el apetito de este metal que el bien de la salvación de las almas; como dice muy bien el señor Piedrahita: “Que si les preguntaran a estos hombres que a título de qué toleraban tantos trabajos, como padecieron en estas conquistas, respondieran que por la dilatación de la fe”;¹⁾ pero en nada menos que en esto pensaban, siendo su mira solo la codicia de juntar oro). Recibió don Pedro de Alvarado con muy buen semblante y agrado a los mensajeros del rey Zinacam, viendo cómo se le iban asegurando las tierras que tenía conquistadas y se le abría la puerta para con

1) Piedrahita: *Historia*; véase Bibliografía.

más facilidad sujetar todo lo demás de aquellas provincias; y por asegurarse del ánimo del rey Zinacam, le envió a pedir 2,000 hombres que abriesen los caminos que son muy ásperos y montuosos los que hay de la corte de Utlatlán a Tecpán-Guatemala.

Luego le despachó el rey Zinacam toda la gente que le pidió, soldados y gastadores, enviándole mucha copia de bastimentos al camino; y no advertía aqúeste inconsiderado rey que iba metiendo en su seno el viborézno que le había de roer las entrañas y quitarle la vida; mas el supremo rector del universo, que todo con su sabiduría lo gobierna, íbale disponiendo su castigo tan justamente merecido a aqúeste tirano: que de cacique, y de uno de los veinticuatro señores y grandes vasallos del rey del Quiché, se había levantado y negado la obediencia erigiendo reino aparte con todo lo que hoy se llama los Sacatepéquez. Y aqúeste Zinacam era el cuarto rey que contaban los cakchiqueles; pero a este se le rebeló también la parte de los Sacatepéquez poco antes de la venida de los españoles levantando reino y trono separado en lo que llaman Yampuc, que es tierras del pueblo de San Pedro Sacatepéquez; a quienes también halló don Pedro envueltos en guerras entre sí, con lo cual hallándose todos con pocas fuerzas trataron de darse todos de paz viendo que el rey de Utlatlán con más poder no pudo prevalecer contra las armas castellanas.

Entró don Pedro con muchos aplausos en la corte de Tecpán-Guatemala, situada en el lugar donde se muestran sus ruinas no muy lejos de el lugar donde está hoy fundado este pueblo de este nombre; no en el lugar de Sacualpa, junto a Almolonga, como imaginó don Francisco de fuentes,¹⁾ trayendo la etimología de Guatemala con la violencia que acostumbra los términos de la lengua (por no saberla, como su amigo el P. Vázquez), queriendo que Guatemala quiere decir *palo de leche*, que es el que comúnmente llaman *hierbamala*, que si esta razón valiera, en todos estos contornos en más de doce leguas de Guatemala se podía decir que fue aqúesta corte pues en toda ella se cría. Este es nombre corrompido, como otros muchos, por los españoles, que como consta de escritos antiguos, su nombre es Cuahutimal, que quiere decir *fuelle que como sangrada arroja un betún con que se untaban en sus tristezas*, de adonde se llama el viudo *malcam*, el untado de este betún amarillo, que era su luto; y el llamar hoy Sacualpa al lugar que dice junto a Almolonga, es por la fábrica antigua de la ciudad que estuvo allí; y esta ciudad como se puede ver en todos los escritos antiguamente no se llama Guatemala, sino Santiago de la provincia de Guatemala que es la que era corte del rey Zinacam, y por la corruptela común llaman hoy a esta ciudad Guatemala; sino que por sacar alguna novedad y meterse a disputar, y que se entienda que sabía disputar levantó la quimera de aqúeste capítulo primero del libro tercero.²⁾

Corriendo la noticia por todos los pueblos de la comarca de la ruina del rey quiché y que don Pedro se hallaba ya en Tecpán-Guatemala, muchos pueblos que se hallaban ya molestados de otros más poderosos y otros que no podían hacer resistencia, se vinieron a ofrecer de paz; pero los de

1) Fuentes: *Recordación*, I, 3, I; I, pp. 99

2) Fuentes: *Recordación*, III, 1.

Tecpán-Guatemala no se aseguraban de la potencia del reino del Quiché a causa de haber quedado una buena parte entera, que era la que se llama Tzutuhil con otros muchos pueblos de la nación quiché que se continúan para la costa del Mar del Sur; y no sosegando su ánimo hasta ver del todo acabado aquel imperio, le dijeron a Alvarado, cómo no muy lejos de allí estaban muchos indios en una gran laguna, y que eran de muy recio natural, y para que viese su soberbia no se le habían venido a rendir ni dar la obediencia sabiendo que estaban allí. Era aquesta, parte del reino del Quiché, y tocaba a uno de los veinticuatro señores grandes; y aunque ganaron la corte quedóse aqueste señor con otros, a quienes tocaba lo demás de la nación quiché, separados sin manifestarse, y así se engañan los dos amigos Fuentes y Vázquez en decir que aqueste Sutuhil era reino aparte y que tuvo muy crudas guerras con el rey del Quiché; que no era gente aquesta que pudiera tenerse con la potencia del Quiché, siendo muy corta nación, ni menos entiendo que pudiesen tener disturbios sobre el señorío de la laguna pues no se halla en ella cosa de que se pudiesen utilizar fuera de unos pescaditos tan chiquitos que no son más que escamas.¹⁾

Con la noticia que don Pedro tuvo de estos pueblos, les despachó mensajeros para que viniesen de paz y que serían muy bien recibidos; pero ellos, poco experimentados en lo que eran las armas españolas y pensando que en su islotillo que Castillo llama *peñol*, estaban muy seguros despreciando la embajada maltrataron a los mensajeros. Despacharon segunda y tercera vez otros correos e hicieron lo mismo con ellos, y viendo Alvarado su rebeldía, trató de ir en persona a sujetarlos y tomando sobre ciento y cuarenta soldados, entre escopeteros y ballesteros, veinte de a caballo y dos mil guatemaltecos, marchó para Atitán y llegando cerca de la laguna les volvió a requerir con la paz, y la respuesta fue responderles con sus flechas y acercándose a la laguna más, le salieron al encuentro dos escuadrones de indios con quienes se trabó la escaramuza. Mantuvieron un poco la pelea; pero hallándose inferiores en la fuerza de las armas, se pusieron luego en huida retirándose al peñol donde pensaban poder resistir, o estar seguros de los españoles, pero arrojándose tras ellos Alvarado con su gente luego les entró el peñol donde fue mucha la mortandad y hubiera sido mucha más, dice Castillo, sino que arrojándose al agua salieron a la tierra firme a nado escondiéndose y ocultándose en maizales y huertas de cacao, con que quedó el pueblo del peñol expuesto al saco de sus enemigos; y saliéndose de allí a tierra llana donde habían muchos maizales, durmieron allí aquella noche y otro día fueron al pueblo de Atitlán que halló despoblado. Mandó correr la tierra y trayendo presos a los caciques, les requirió con la paz y que no venía a hacerles mal sino a que diesen la obediencia al rey de España, como habían hecho todos los demás pueblos; que si admitían la paz, les daría a sus prisioneros. Con lo cual despachados los caciques fueron, y convocando a todos los demás caciques, vinieron a dar la obediencia trayendo un gran presente de oro, que ya sabían que era este el más suave lenitivo; y dejándolos quietos y debajo del dominio de su majestad, dio la

1) Fuentes: *Recordación*, 2ª parte: I, 5-9; las guerras de Atitlán en II, pp. 18-37.

vuelta para Tecpán-Guatemala, dejando alguna gente de guarnición para que les sirviese de freno y no se volviesen a sublevar; como había dejado también en la parte del Quiché en Olinstepeque a su hermano Gonzalo de Alvarado con gente para tener sujetos a los quichés como consta de Castillo (*capítulo CXCIV*), y no a Juan de León Cardona como quieren los dos amigos, pues como el mismo declara en una información que el cabildo de Guatemala hizo contra nosotros y está en el archivo de la ciudad, que citaremos adelante, este no fue de los conquistadores sino de los primeros pobladores. Aquí añade el M^o Remón en el impreso de Castillo ciertos bautismos que dice hizo el padre fray Bartolomé de Olmedo, lo cual no se halla en original, ni que se bautizase indio alguno; y así aquello que trata de eso, es apócrifo.¹⁾

Entre los pueblos que vinieron a rendírsele a don Pedro, dice Castillo, fueron unos de la costa del Mar del Sur, quejándose de los agravios que recibían de los mexicanos de la nación Pipil y en especial de los del pueblo de Escuintepeque que los embarazaban a venir a dar la obediencia; y tomando razón don Pedro de la parte hacia adonde estaba aquesta población, se puso en marcha con toda la demás gente y la ayuda que tomó de los guatemaltecos; y sin enviarles mensaje de paz alguno, fue marchando para Escuintla con gran silencio y llegando de mañanita a la población, dio repentinamente en ellos en que hizo terrible matanza y carnicería, tanta y tan cruelmente que el mismo Castillo, que en muchas partes saca la espada en defensa de los conquistadores, por lo que de ellos se escribe tocante a sus tiranías y crueldades, aquí no pudo menos que levantar el grito y lamentar lo que en esta conquista de Escuintla se ejecutó, por estas palabras: “Da una mañana sobre ellos, en que se hizo mucho daño y presa, que valiera más que nunca se hiciera, sino conforme a justicia, que fue mal hecho y no conforme a lo que su majestad mandó”.²⁾ Esto con todo lo demás, podía el señor capitán Francisco Fuentes reducir a la memoria para no calumniar tan impiamente al ilustrísimo señor Casas, de falso y cruel contra los conquistadores. No fue sino muy pío y misericordioso en procurar el sacarlos de su mal estado y ponerlos en camino de salvación, como dice el citado don Juan de Castellanos.³⁾

CAPITULO XLII

De la llegada de los españoles al Valle de Guatemala, llamado Almolonga y del asiento que allí se tomó para fundar la ciudad de Santiago de los Caballeros. 1524

Desde que don Pedro de Alvarado entró en la provincia de Guatemala, que se denomina así de la cabecera de ella que era la corte llamada Tecpán-Guatemala, que quiere decir: *casa del rey de Guatemala*, no sobre el palo de leche como lo inventó Fuentes, hicieron allí alto los españo-

1) Castillo: Historia: CLXIV; véase nuestra *Introducción crítica*.

2) No es de Castillo la frase. Historia, CLXIV.

3) Castellanos: Elegías. Véase Estudio preliminar.

les, así por la comodidad que entonces tenían allí en la corte del rey teniéndolos hospedados con todo regalo y asistencia, dándoles la gente que necesitaban para las correrías y entradas que hacían la tierra adentro, como también porque no conocían otro mejor paraje en qué poder habitar; pero como fuesen penetrando la tierra más, y especialmente cuando la entrada de Escuintla, que sin duda fue por el valle de Almolonga, hicieron alto en él; y determinando hacer una población como les había ordenado el capitán general Cortés para que fuese plaza de armas para cualquier acontecimiento, determinaron tomar sitio en aquel lugar que les pareció muy ameno por la abundancia de pastos y de agua y cercanía de las montañas: llevados de la hermosura de sus volcanes, que a la verdad es una de las cosas maravillosas que se ven en toda aquesta América. No fundaron la ciudad en la corte del rey Zinacam porque es lugar muy barrancoso y de subidas muy agrias, porque siempre los indios buscaron estos lugares fuertes para hacer sus fortalezas para que les ayudase el lugar a la defensa que sus cortas fuerzas no alcanzaban; pero aunque determinaron los conquistadores dar principio a su ciudad en el sitio de Almolonga, fue con el miramiento de que solo fuese por entonces, de prestado, para que si hallasen otro lugar que les ofreciese mejores comodidades dejar este y tomar aquel. Esta resolución fue a causa de no estar bien enterados en la tierra; y a la verdad bien mirados muy pocos se hallaron en esta provincia más a propósito que este valle de Guatemala, porque aunque hay otros, como después el año de 27 se especularon de propósito para asentar fijamente la ciudad, si están sobrados de agua están faltos de otras cosas que se han menester para la manutención de una ciudad; y fuera del padrastro que es a la ciudad el volcán de Fuego con los repetidos sobresaltos que da a los vecinos, no puede ser mejor el paraje ni más abundante ni fértil de todo. Pero sin duda fue disposición del altísimo para que tuviesen los vecinos de Guatemala aqueste despertador de la divina justicia, para que no se desenfrenasen tanto en ofenderle. El lugar donde estuvo primero la ciudad, no podía ser mejor ni más fértil ni abundante de todos géneros de frutos, como se ve hasta el día de hoy que apenas se deseará fruta alguna o flores de la tierra o de España en cualquier tiempo del año, que allí no se hallen, con un río bastantemente caudaloso para molinos y otros menesteres a cuyas márgenes se fundó la ciudad; y otras muchas aguas que les bajan de las montañas, que se pueden conducir a aquel paraje, como se condujeron para hacer huertas y fuentes de aguas muy buenas que nacen en el mismo paraje; gozando de campiña llana y despejada en que poderse extender cuanto quisiesen la población, de que en parte hoy carecen hallándose estrecha por la parte del barrio de Santo Domingo, el Manché y el Chipilapa. Solo se reconoce en el valle de Almolonga ser muy continuos los vientos que corren como en cañada por entre los dos volcanes; pero esto que a algunos delicados parece mal es sin duda una de las mejores cosas de aquel sitio, porque con esos vientos se reconoce mucha sanidad en aquel paraje que no se experimenta en el sitio que hoy goza, antes sí se reconoce mucha epidemia de *fluxiones* como aquí se dice.

No era aquí la corte de Zinacam, como quiere Fuentes, ni el lugar ofrecía oportunidad para hacer sus fortalezas, porque para ello buscaron siempre cerros muy empinados y de subidas muy ásperas o lugares circunvalados de barrancos muy profundos para estar defendidos, como se ve hasta hoy en todos ellos, ni menos había poblaciones de indios más que algunos desparramados al modo que ellos vivían; que era que solo en las cabeceras o lugares de fortaleza habitaban los reyes y caciques, y todo el demás resto de la gente desparcidos en quebradas, vegas, ríos, etc., en donde tenían comodidad de hacer sus milperías y sembrados viviendo como cada parentela o calpul en un paraje más o menos extendido, conforme era mayor o menor el gentío de tal calpul o parentela, a cuya población llamaban *amac*, que es pueblo pequeño extendido como están las piernas de las arañas, de que toman la similitud para darle aqueste nombre, a diferencia de la cabecera o población que los señores habitaban, que llamaban *tinamit* que quiere decir: *ciudad* o *corte*; y los otros como si dijéramos aldeas. Y solo se sabe que los indios que había en aqueste valle eran los de *Pancam*, cuyo territorio se extendía hacia la parte de la ciudad que es ahora, como desde la plaza mayor ¹⁾ hasta el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, subiendo para arriba hacia nuestro convento, según se colige de un cabildo que está en el libro tercero que dice: “Que por cuanto a los indios de Pacán se les ha tomado parte de sus tierras para la fundación de la nueva ciudad se busque donde poderles recompensar sus tierras”. Estos de Pacán se incorporaron en el pueblo de Jocotenango y así hasta el día de hoy en muchos pueblos distantes nombran a Guatemala *Pacam* del nombre del paraje en que se fundó; y otros Panchoy que quiere decir *en la laguna*, no como interpreta Fuentes, diciendo la laguna grande; que no era sino pequeña la que se hacía en la parte que hoy llaman barrio del Tortuguero. ²⁾

Pues como los conquistadores como verdaderos españoles tuviesen firme su esperanza en su santo patrón, que lo es de toda España, Santiago, que tanto se ha señalado en favorecerlos en todos tiempos y que debajo de su patrocinio y amparo se podían esperar muy felices progresos, se determinaron a ofrecer al santo apóstol la primicia de aqueste reino, que era aquesta ciudad; y hallándose ya próximos a su día no dudaron aguardar para con más facilidad dar principio aquesta fundación; no como dice Fuentes que el mismo día del santo entraron en el sitio, porque si aquese mismo día celebraron la festividad del santo en el paraje y se dijo misa ¿cómo era dable que ese día llegasen marchando y se hiciese lugar y ramada para celebrar como se hizo? Ni menos tiene apariencia de verdad lo que dice, que en la calle de los mercaderes ese día yendo marchando al lugar de Almolonga, se les apareció el santo apóstol viéndolo todos visiblemente, pues no hallará cabildo, ni instrumento que tal refiera; siendo así que era preciso, si tal hubiera sucedido, se hiciera memoria en los cabildos que de esto tratan y más el de aquese mesmo día, y no toma tal en boca. Además que si la llegada a aqueste valle fue de vuelta de la conquista de Escuintla, como se colige del mismo Castillo, ¿habían de dar

1) que es ahora, repetido en ms. original.

2) Fuentes: *Recordación*, III, 1; I, pp. 93-95. Laguna grande es interpretación de Remesal.

vuelta por sobre el mismo volcán de Fuego para traer la marcha de parte del norte los que venían de la banda del sur? Si estuvo en esa calle puesta esa pequeña imagen, sería por alguna particular devoción que tendría al santo el dueño de aquesa casa, como se ve mucho de esto en todas las ciudades de los españoles, así en España, como en la América.¹⁾

Determinando hacer asiento y dar principio a la ciudad en aquel valle de Almolonga, hicieron sus ranchos y ramadas para poder abrigarse de las injurias y rigores de las aguas, que era el tiempo de ellos, mientras se hallaba lugar más apropósito para darle asiento más permanente a la ciudad, quedando en la ocasión como en mansión en aquel lugar; y dispuesta también la ramada o jacal que había de servir de primera iglesia. Amaneció el día del Santo Apóstol, que según dice Remesal, amaneció alegre y placentero sin duda convidándolos a que permaneciesen en aquel sitio y que conociesen lo benévolo de su cielo y al mismo paso amanecieron todos sus vecinos y moradores todos de fiesta y gala aunque en su traje militar, resonando las cajas y pífanos, retumbando los montes de Agua y Fuego y retornando los ecos, así las voces de los clarines como las espantosas voces de la artillería y de los mosquetes, acabando de causar maravilla y espanto a todos los indios, ver cómo aquellos mismos instrumentos que eran de la fatal muerte y estrago, al mismo paso lo eran del festejo y alegría. No se regocijaba menos el viento céfiro, manso, que suavemente corría por la cañada que hacían aquellos dos promontorios con el humo que despedía de las bocas de fuego, que también festivo se desplegaba y extendía haciendo olas con las banderas que tremolaban. Con todo aqueste festejo y armonioso estruendo en forma de marcha, se enderezaron a la iglesia, donde con toda devoción se ofició la misa por ellos mismos que cantó el primero en todo el padre Juan Godínez que siendo el capellán del ejército, fue el primer cura de Guatemala y su primer deán, permaneciendo hasta el día de hoy su memoria piadosa en las memorias de misas que dejó establecidas de que son patronos los priores del convento nuestro de Guatemala, nombrando cada año capellanes que las recen siendo también el primero que anunció el nombre de Dios a aquellas bárbaras gentes en compañía del padre Juan Díaz.²⁾

Sentada que fue la primera piedra, Cristo, en el santo sacrificio de la misa, y puesta aquesta piedra angular, trataron de darle asiento a la piedra inconcusa de su santo apóstol; y con razón, pues no podía ser otra la piedra que se asentase sino la que se trataba y venía por la fe y la sangre que se había ofrecido en el sacrificio para unir estas dos piedras, pues era una misma por la afinidad del parentesco; y así saliendo todos y tomando la voz el primer caudillo, todos aclamaron al santo patrón por su patrono, a voces, pidiendo e implorando su auxilio; y así pasando de lo divino a lo humano, concluido aqueste acto, para dar forma a aquesta república se fueron al lugar señalado para cabildo para señalar cabeza a aqueste místico cuerpo que se hallaba congregado; y así aquel mismo día dice el escribano, dándole el título de Villa: Pedro de Alvarado,

1) Fuentes: *Recordación*, 1^a, VII, 6; I, pp. 391-93. Castillo: *Historia*, CLXIV.

2) Remesal: *Historia*, I, 1, II; I, p. 82.

teniente de Gobernador y capitán general de don Fernando Cortés por los poderes y autoridad que de su majestad tiene, dijo: “Que nombraba e nombró por primeros alcaldes de la villa de Santiago a Diego de Rojas y Baltazar de Mendoza y por sus primeros regidores a don Pedro Portocarrero, Hernán Carrillo, Juan Pérez de Ardón y a Domingo de Suvarrieta y por alguacil mayor a Gonzalo de Alvarado, dio el oficio de cura al padre Juan Godínez y el de sacristán a Reynosa y tomando posesión los dichos alcaldes de sus varas y haciendo el juramento necesario, empezaron a usar de su autoridad para la física y real posesión del mando y pusieron tasa y costo a todas las cosas de comer y de bastimento; y festejándose aquel día con carreras y otros regocijos y los tres siguientes, al cuarto que fue viernes 29 de julio se escribieron en el libro de cabildo todos los que gustaron quedar por vecinos de la villa para poder gozar de los fueros y excepciones de tales vecinos. Quisélos poner aquí todos conforme los pone el padre reverendo Remesal que es lo mismo que se halla en los mismos libros de cabildo, que he registrado, no porque dudase de la verdad de aqueste autor, sino para comprobar las muchas falsedades que el padre jubilado Vázquez ha sacado en esta Crónica que ha escrito de su provincia del Santo Nombre de Jesús, como se ha dicho arriba, y será muy bien poner la nómina de aquellos primeros vecinos en aquesta nuestra historia para que permanezca su memoria entre nosotros por el bien que muchos de ellos nos hicieron, que es como se sigue:

Diego de Rojas Alcalde.
 Baltazar de Mendoza, id.
 D. Pedro Portocarrero, Regidor.
 Juan Pérez Dardón, id.
 Hernán Carrillo, id.
 Reguera, P^o Gómez.
 Juan Pérez.
 Bartme. González.
 Juan González de Huelva.
 Gaspar Polanco.
 Alonzo Cano.
 Juan de Alcántara.
 Alonzo Martín Asturiano.
 Alonzo Gómez Pastrana.
 Reynosa Sacristán.
 Juan Martín Granado.
 Alonzo Gallego.
 Bartme. Gómez.
 Diego Díaz y otro Diego Díaz.
 Juan Vásquez.
 Gaspar Luis Olguin.
 Julián.
 Juan González.
 Cristóval Ruiz.
 Rodrigo Pino.
 Hernando Pizarro.

Hernando Alvarado Monroy.
 García de Aguilar.
 Gaspar Arias.
 Alonzo de Ojeda, este es otro Alonzo de Ojeda muy distinto del que juzga don Francisco de Fuentes, bien pudo no equivocarse pues había leído los varones ilustres de don Juan Fernando Pizarro.
 Diego González.
 Alonzo Soltero.
 Alonzo González Nájera.
 Juan Gallego.
 Juan Ginovez.
 Juan de San Sebastián.
 Juan Griego.
 Bartme. González.
 Cristóval de Mafra.
 Pedro Franc^o.
 Cristóbal Marín.
 Pedro Sirgado.
 Pedro de Sn. Estevan.
 Juan del Valle.
 Diego Quijada.
 Hernando de Andrada Veintemilla.
 Franc^o López de Marchena.

Franc^o de Horduña.
 Pedro González Montecinas.
 Martín de la Amézquita.
 Juan de Valdiviezo.
 Miguel Quinteros.
 Alvaro Alonzo Nortes.
 Gonzalo de Solís.
 Francisco de Chávez.
 Bernardo de Oviedo.
 Pedro de Aragón.
 Pedro Abarca.
 Juan de Ortega.
 Francisco Rodríguez.
 Diego de Salvatierra.
 Juan de Carmona.
 Esteban de Aponte.
 Diego González Herrero.
 Ignacio de Bobadilla.
 Diego Franco.
 Francisco Domínguez.
 Pedro Moreno.
 Alonzo Hernández de Zafra.

Pedro Gutiérrez.
 Diego de Usagre.
 Juan Moreno, García Dávalos.
 Mármol.
 P^o Alonz^o del Portillo.
 Pedro de Olmas.
 Diego Ponce.
 Alonzo Gutiérrez de Badajoz.
 Pedro de Sequeira.
 Juan de Verazteguí.
 Juanes de Fuenterrabía.
 Juan de Escobar.
 Lozano.
 Isidro de Mayorga.
 Juan de Navas.
 Diego López de Toledo.
 Diego de Aguilar.
 Martín Rodríguez.
 Cristóbal de Salvatierra Salinas.
 Alonzo de Salvatierra.
 Paladinas.
 Venancio.

Otros muchos vecinos se hicieron escribir en los libros de cabildo, cuando don Pedro de Alvarado se asentó por vecino en el mes de agosto de 1526, cuando se fue para España, que no es justo se omitan sus nombres aunque de sus descendencias no hay ya memorias, para que se conserve siquiera la noticia de los muy ilustres vecinos con que se fundó la muy noble y leal Ciudad de Guatemala, los cuales son como sigue:

El señor capitán general
 Baltazar de Mendoza, Alcalde.
 Gonzalo de Ovalle.¹⁾
 Francisco de Arévalo, Regidor.
 Hernando de Alvarado, Regidor.
 Gonzalo de Al^o, Alguacil Mayor.
 Reguera Ximenes.
 Antón Martín Salinas.
 Juan Medel.
 Juan Alvarez Portuguese.
 Juan Moreno,
 Diego Díaz.
 Francisco López.
 Andrés Lazo.
 Alonzo de Medina Solís, Mayor-domo.

Juan Rodríguez.
 Juan Vásquez.
 Diego Rojas.
 Don Pedro, don Rodrigo Dardón,
 Cueto, Ulloa, Becerra, Carrillo, Zepeda, Biscarruta, Monroy, Francisco, Juan Martín Gaspar Arias.
 Cristóbal de Salvatierra.
 Andrés Ulloa Pereda.
 Cristóbal Rodríguez.
 Cristóbal de Robledo.
 Diego González Hierro.
 Pedro de Mendoza.
 Diego de Sta. Clara Calvete.
 Pedro Moreno.²⁾

1) *El señor capitán general Baltazar de Mendoza, alcalde Gonzalo de Ovalle, en orig.*

2) Ximénez sigue en este capítulo a Remesal y confunde con él algunas cosas: lugar de fundación de la ciudad/Iximche y no Almolonga/; fecha del primer empadronamiento/12 de agosto y no 29 de julio/; nombre del capitán general/Alvarado —sobreentendido— y no Baltazar de Mendoza.

Estos vecinos se escribieron en la ocasión que volviendo don Pedro de Alvarado de Honduras de verse con Cortés, trataba de pasar a Méjico para verse con el visitador que había venido y tratando de llevarse a los alcaldes que eran actuales de aquel año, nombró en su lugar a don Pedro Portocarrero y a Hernán Carrillo a quienes hizo tenientes de capitán general por su ausencia y como tales se nombran en cabildo de 4 de enero de 1527 que fue el estilo que tuvo el adelantado en sus ausencias, nombrar a los alcaldes por sus tenientes y así no lleva apariencia de verdad lo que dice Fuentes y Vázquez en muchas partes, que en el viaje de Higueiras quedóse por teniente Gonzalo de Alvarado, porque este, como dice Castillo (*capítulo 191*) ¹⁾ y se traerá más de propósito adelante, estaba con la gente que estaba en Olinstepeque para que los indios no se sublevaran; y también nuestro Remesal padeció equivocación en el teniente que dejó en Guatemala en aqueste viaje diciendo que había dejado a Jorge de Alvarado, que este se había quedado en Méjico respecto de haber casado allá con la hija de Alonso de Estrada el tesorero y este fue el que se halló con Cortés en el recibimiento del visitador Luis Ponce y por escribir Jorge de Alvarado, escribieron Pedro de Alvarado, y así repara muy bien Remesal en el lugar citado que no pudo ser que don Pedro se hallase en aquese recibimiento en aquese año que era el de 1526 a 2 de julio, estando Alvarado por agosto en Guatemala. ²⁾ Luego que él llegó a Méjico nombró a Jorge de Alvarado por su teniente general con intervención y aprobación de su suegro Alonso de Estrada en quien recaía el gobierno de la Nueva España y vino con ese nombramiento a Guatemala y fue recibido por tal teniente a 20 de marzo de 1527.

De aqueste viaje de don Pedro de Alvarado en esta ocasión que fue, se concluye evidentemente que la sublevación de los indios que dice Fuentes, en muchas partes, no fue tan general como la pondera, y por lo que toca a este de Guatemala, fue solo los de Tecpán-Guatemala; porque si todo el reino estuviera levantado, no era reputación suya dejarlo todo perdido e irse y llevarse sobre ochenta soldados en que iba Bernal Díaz del Castillo, Luis Marín, y otros capitanes de mucho nombre, sino que lo natural era que procurase su pacificación, primero; porque de no, era terrible cargo este contra su persona y mucho mayor contra su crédito. Se concluye ser esto muy falso con mucha más claridad, por lo que Fuentes dice a la segunda parte, que don Pedro Portocarrero con mucha gente que apenas pudo pasar para Quezaltenango sino a fuerza de muchas batallas que tuvo por el rancho de Totonicapam, y más adelante, las cuales según pondera fueron muy sangrientas, y siendo tanta la gente que llevaba, y Alvarado con ochenta hombres, pasó seguro sin reencuentro, como dice Castillo; y así toda aquea sublevación de la parte del Quiché téngola por fabulosa e inventada de su cabeza, por una gran falsedad que allí refiere diciendo que se nombró cabo de la caballería a Luis Dubois y esto pasaba y sucedió a fin del año de 1526, y como consta de las mismas probanzas de Luis Dubois (*Prob. Luis Dubois*) que paran en poder de don José de Avalos y de la Cerda como descendiente suyo, que él vino a Guatemala con don Pedro de Alvarado que lo trajo consigo el año de

1) Actualmente CXCHII.

2) Remesal: *Historia*, I, 4 (I, p. 86).

1530; y si esto es verdad por tan auténtico y jurídico y que la historia que cita al margen de Gonzalo de Alvarado que trata de estas conquistas y vio Castillo como dice el capítulo 164¹⁾ se perdió como el mismo Fuentes confiesa y que aunque hizo muchas diligencias no la pudo hallar, se concluye con evidencia que todo aquesto es falso, que la sublevación solo en esto de Guatemala fue de los indios de Tecpán-Guatemala por las extorsiones que recibían de don Pedro de Alvarado, y de sus ministros o cobradores en su ausencia, sobre el oro que les pedía.

De la certeza de estos cabildos que se tuvieron en Guatemala en el lugar de Almolonga se convence otra falsedad que inventó Vázquez (I, 6), de que por el levantamiento de los indios que fue el año de 26, fatigados ya y no pudiendo tolerar más la guerra de los indios, se fueron a Quezaltenango y despoblaron la ciudad, porque no se toma tal cosa en boca en los libros de cabildo yendo consecutivos los cabildos en aquel primer libro que llega hasta mayo de 1530 sin interrumpirse y consta de los cabildos citados que se tuvieron en Guatemala; y más se afirma con lo que dice su muy amigo don Francisco Fuentes en su primera parte, tratando del Valle de Guatemala (1^a, XIII, 4 y 5),²⁾ que solo un pueblo se levantó en los Sacatepéquez que es Sumpango y los demás estaban en paz; y que por el mes de agosto de ese año de 1526 salió don Pedro Portocarrero con alguna gente y en término de menos de ocho días los sujetó y que la demás gente estaba en Guatemala y que tal no se despobló. Son tantas las falsedades, como se irán viendo de aquesta Crónica y el ningún orden que lleva, que a la verdad yo no le tomo pies ni cabeza; pero no es mucho que mi corto talento se ofusque con aqueste libro que no merece sino el título de *Libro de Caballerías*, porque tal desorden no se verá en historias, y uno de ellos es aqueste de poner aquesta mancha tan fea de que de miedo de los indios despoblaron la ciudad los conquistadores, pero esto es cuando la quiere engrandecer. No es esta de las mayores, que otras muchas se verán adelante; ahora puede su paternidad hacer recordación de lo que dice, porque se conozca el engaño que se padece por la ponzoña que derramaron algunos malsines contra todos los conquistadores (I, 6). Ya se ha visto y se verá mucho mejor adelante que el ilustrísimo señor Casas es el malsín que dice, y se verá quién es el que padece engaño y el que derrama ponzoña. ¡Miren qué lindo modo de honrar a su patria levantándole tan grandes calumnias!³⁾

1) Ximénez cita bien el capítulo 164 de Castillo: cosa en que no siempre acierta.

2) Fuentes: *Recordación*, I, 297-311; sobre las campañas de pacificación véase nuestro *Estudio preliminar* B A E CCXXX, pp. LV-LVII. En esta ocasión Ximénez llama a la obra de Vázquez, "libro de caballerías"; en otra ocasión lo designará con el título de "ladridos"; véase *Estudio preliminar*.

3) Aquí terminaba el ms. de Ximénez: a lo menos en la versión de Córdoba. Gavarrete continúa así: Ymanchas tan feas, como decir que todos se fueron huyendo a Olinstepeque, adonde estaba parte de la gente (*huyendo o no, es un hecho que fueron a Olinstepeque, E.*). Por esto y otras infinitas inconsecuencias que he advertido y notado en aquesta crónica, y porque conocí mucho y traté al muy reverendo padre lector jubilado fray Francisco Vázquez, y por la mucha religión, modestia y letras que en su paternidad conocí, me ha hecho notable fuerza que tal dejase escrito. Y para sonarlo qué había en aquesta materia procuré ver al muy reverendo padre maestro fray Miguel de Velasco de mi sagrada religión, cuyas letras y talento fueron notorios en todo aqueste reino, quien dio su aprobación a aquella Crónica a dos de junio de 1690, esto es veinte y cuatro años antes que se diese a la imprenta, y más de diez después de la muerte de su autor; y le hice cargo de cómo su paternidad había aprobado cosas tan ajenas de la verdad y tantas calumnias como contenían aquellos escritos en desdoro de nuestra provincia, cuyo cargo le hice en el pueblo... (queda incompleto el párrafo en la transcripción de Gavarrete).

LIBRO II

**DEL PRINCIPIO DE LA CRISTIANDAD DE ESTE REINO
DE GUATEMALA, HASTA LA FUNDACION DE ESTA
PROVINCIA DE SAN VICENTE DE CHIAPA Y GUATEMALA**

CAPITULO I

De la pacificación de aqueste reino de Guatemala

Grande es el esfuerzo que hace el capitán don Francisco de Fuentes en varios lugares de su primera y segunda parte de su *Recordación Florida*, en probar que no fueron los frailes dominicos los primeros que doctrinaron y fundaron convento en este reino de Guatemala, llevando por asunto, que los primeros que doctrinaron fueron los señores clérigos; lo cual si se atiende a los primeros ministros que del santo evangelio entraron en este reino de Guatemala, no hay duda fueron los señores clérigos los primeros que aquí entraron, pues vino por capellán del ejército el padre Juan Godínez que fue el primer cura de Guatemala y primer deán de la santa iglesia y por su ayudante o coadjutor el padre Juan Díaz; y que estos como ministros de Dios no podrían menos de asistirles el celo de la salvación de las almas, y a que en todas las ocasiones que se ofrecieron de párvulos, enfermos y adultos que tocados de la poderosa mano de Dios daban oídos gratos a la voz de su pastor, ejercitarían su ministerio evangélico por medio de las lenguas e intérpretes que dice Castillo le dio Cortés a don Pedro para aquesta expedición; pero que de propósito doctrinasen pueblos, no tenemos noticia alguna, ni era dable que en tal se pudiesen ejercitar respecto de andar continuamente en las conquistas hechos capellanes para las cosas que se ofrecían a cada paso muy peligrosas de muertes y heridos en los conquistadores; y aunque consta de otros que hubo el año de 1535: siempre uno o dos estaban en Guatemala, otro pasó a San Salvador y los demás andaban en las guerras con los conquistadores, quejándose siempre de la falta que había de ministros, como consta de muchos cabildos; pero si se toma aquesta reducción desde que se tomó de propósito la enseñanza de aquestas gentes, tuvo su principio en los frailes de Santo Domingo a quienes debe casi todo aqueste reino la fe católica que profesa como se irá viendo adelante.

Y por lo que toca al empeño segundo de este autor, de que los primeros que fundaron convento en Guatemala fueron los padres de Nuestra Señora de las Mercedes, se verá muy comprobado y claramente ser malicia suya, con instrumentos muy auténticos que tuvo en sus manos y que solo le llevó el encono que tenía contra los frailes dominicos, por

haber sido éstos los que sacaron de las uñas y dientes de los lobos carnívoros, como dice el ilustrísimo señor Marroquín en una carta escrita a la ciudad de Guatemala que se pordrá en su propio lugar a aquestos pobres y desvalidos polluelos, para que no los acabasen de desgarrar, como descendientes de los que ejecutaron aquestas crueldades; pensando que los frailes dominicos fueron la causa de que hayan quedado tan pobres y miserables los descendientes de aquellos y se hallen sus familias tan apagados y extinguidas; y no advierte que aquesto procede, lo uno de los justos juicios de Dios, por haber sido la hacienda que aquellos tuvieron tan injustamente adquirida, como dice el mismo señor Marroquín en la carta citada arriba, y que siendo de aqueste modo era fuerza que se cumpliera la sentencia del Espíritu Santo que prefiere por estas palabras: *alii dividunt propriâ et ditiores fiunt, alii, rapiunt aliena et semper in egestate sunt*: “unos dividen y reparten sus bienes y con esto se hacen ricos y poderosos; otros arrebatan lo ajeno y siempre están en pobreza y mendiguez” (*Prob. 11, 22*). Verdad tan patente y manifiesta a los ojos de todos, que cada día estamos viendo cosas raras y ejemplares de lo uno y de lo otro. Sea ejemplo por todo, lo primero aquel bendito hombre llamado Fiallo que en nuestros días acabó los suyos santamente en la ciudad de Oajaca, y aquel santo arzobispo de Méjico que también en nuestros días pasó a mejor vida llamado Seijas,¹ a quienes por más que daban, más les aumentaba Dios los bienes multiplicándoselos Dios a porfías en competencia de su prodigalidad santa con que los dos las tiraban a consumir, quedando Dios siempre vencedor; porque no podía quedar alcanzado de cuentas el que su mismo nombre publica la liberalidad y siendo Dios *a dando* de lo *que da*; y de los segundos sean ejemplos los muchos que cada día vemos de los que han tenido cargos de justicia en estas partes, que acabando sus cargos con muy crecidos caudales, dentro de breves días los vemos tan pobres y necesitados, que andan a pedir limosna acabando tan miserablemente que a no estar de por medio la piedad cristiana que los entierra de limosna, ni quien les abriese la sepultura hubiera. Lo cual, y lo que ha sucedido en los descendientes de los conquistadores, téngolo a suma misericordia divina para ponerlos en carrera de salvación y en estado que con solo arrepentirse y dolerse de lo hecho, puedan alcanzar ser dignos de tanto bien, porque si conservaran con sus bienes mal habidos, era menester mucho más, que era restituir lo mal habido, cosa tan difícil en aquel que ya ha convertido los bienes ajenos en carne y sangre, como es difícil que un camello entre por el ojo de una aguja, como dijo el soberano maestro (*Marc. 10, 25*). Por otra parte se ve a todos los que gozan de rentas por los méritos de sus ascendientes, ser tan para poco, atenidos solo a lo que los indios les contribuyen, que no gastan su vida más que en un continuo ocio y destruimiento de juegos, sin tener actividad para solicitar con su majestad la prolongación de la merced por otras vidas; y así vacando, como su majestad no tiene solo a que atender a saber si aquestos o los otros que se hallan en la América, tienen méritos, no puede recompensarlos; que si acudieran,

1 Ceixax en ms. orig. Francisco Aguiar y Seijas, obispo de Michoacan y arzobispo de México (1678-1699).

no hay duda que su majestad los atendiera, que es muy piadoso y justiciero y le hará justicia a quien la mereciere; pero atenerse solo a milagros, no los hace Dios sin necesidad. Todo esto digo por lo que el citado autor clama en sus dos partes a que no se atiende a los grandes méritos de los conquistadores y ponderando la suma pobreza en que se hallan, hicieran diligencia, fueran para más, no se envilecieran (como lo estamos viendo con casamientos tan desiguales y con garitas de juego, metidos y hechos unos y tratándose como iguales con negros, indios y mulatos), que de otro modo fueran atendidos.

No es menor el empeño que a su cargo toma el amigo, el padre jubilado Vázquez (*lib. 1, cap. 33*), el quitarnos la gloria de haber sido frailes de Santo Domingo los primeros evangelizadores de aqueste reino, claudicando no solo de aqueste pie, sino también del descendiente de conquistadores, como su amigo Fuentes; y así no solo tira a quitar aquesta palma de nuestras manos, sino también a quitarnos nuestro honor, tratándonos de perros, sin razón, con demasiada audacia; y tanta es la que usa y tanto el descaro con que ultraja al ilustrísimo señor Casas, a nuestro cronista Remesal y a todos aquellos apostólicos varones fundadores de aquesta nuestra santa provincia, que no digo yo un católico cristiano que nos mirara con desafecto, pero el enemigo más declarado de la iglesia no usara de tales términos y falsas imposturas calumniándonos de perseguidores de nuestros hermanos, con tanta exageración que llegue a afirmar que no pudiendo tolerar nuestra persecución, se salieron huyendo de la ciudad abandonando su convento; y si esto fuera o tuviera alguna apariencia de verdad o alguna probabilidad, parece tuviera alguna excusa, aunque nunca dejara de ser notado que ahora tocase a las cosas olvidadas y pasadas; pero sobre ser falso, como se le irá probando, son tantas las falsedades que va alegando y los instrumentos que va falsificando, y autores que va torciendo y ocultando la verdad de lo que dicen, que no hiciera más el hombre más perdido; y así será forzoso lo uno para que se aclare la verdad de lo que dicen los instrumentos más auténticos y autores más clásicos, y lo otro para defender nuestro honor y reputación, dilatarnos algo en estos puntos hasta que desbaratados y arruinados estos escollos, podamos con más sinceridad y verdad proceder en los progresos y hazañas de aquesta mi santa provincia en aqueste reino de Guatemala.

CAPITULO II

En que se aclara la verdad que contiene la venida de los frailes franciscanos, que nuestro padre Vázquez dice en su Crónica, a aqueste reino de Guatemala

A la mitad del capítulo 2º, libro 1º (*Vázquez 1, II*), sale con un ablatibo absoluto que siendo el asunto de aquel capítulo, debía haberlo propuesto desde su título. Dice, pues: *sea conclusión del asunto de este capítulo, el manifestar al mundo, pues es patente a Dios, que religiosos hijos de San Francisco y no otro alguno de otra religión, fueron los primeros*

evangelizadores y ministros del evangelio y bautismo en estos reinos y riñón de Guatemala. Los antecedentes de aquesta conclusión tan grave, son los más vanos y fútiles que se pueden excogitar, y me admira que un padre lector jubilado emplease sus grandes letras en aquestas quimeras. Dice, pues (fol. 3, col.), ¹⁾ *es muy verosímil y casi indubitable que pasase a vuelta de los españoles que a aquesta conquista venían si no todos, algunos, y que pasasen a Guatemala (fol. 19, col. 2^a), que podemos tener por sin duda:* de estas trae muchas en el discurso de aquesta historia, que ya se ve qué conclusión se inferirá de aquestos antecedentes; y pues no ha menester esto más refutación que ello mismo, paso a otra premisa.

Este es un catálogo que va haciendo de religiosos franciscanos que en diferentes tiempos estuvieron en diferentes partes de aquesta América, y el primero que entra en el catálogo es fray Pedro Melgarejo, que dice Castillo (*al capítulo 143*) que vino a traer unas bulas de composición; y este dice allí mismo que dentro de breves meses se volvió bien puesto ²⁾ a España, y así esto nada prueba. Los segundos que trae son los dos que dice vinieron con don Pedro de Alvarado; y de estos ya se ha dicho arriba cómo son apócrifos e inventados de su paternidad, con que tampoco hacen al caso; de fray Juan de Tecto y fray Juan de Aora, que fueron con Cortés al viaje de las Higueras y se ahogaron en cabo de San Antón el año de 1524, con que tampoco prueba cosa alguna con eso. Otro que trae (fol. 20, col. 1^a) que dice vino con Diego López Salcedo, gobernador de Honduras, que ni sabe cómo se llama, tampoco le hace al caso, que aquel religioso fuese a Honduras. También mete en el catálogo a fray Diego Altamirano que era pariente de Cortés. Este estaba en Méjico el año de 1525, de allí fue por mar a hacer volver a Cortés de Honduras para Méjico, y de allí se fue a España, con que con esto tampoco prueba cosa alguna; pero en el que hace más fuerza es en fray Toribio de Motolinea (*a fol. 20, col. 1^a*), por estas palabras: *mas quien directamente entra en el catálogo de misioneros evangélicos del Orden seráfico en este reino y riñón de estas provincias, es el venerable muy docto y ejemplar religioso el reverendo padre fray Toribio de Motolinea que por los años de 1528 y el siguiente, etc.*; cierto que no sé qué me diga de esta venida y de las falsegadas que aquí envuelve porque es tanta la barahunda que mete, que no sé por dónde empezar; pero harélo como mi corto talento alcanzare. Dice que este religioso vino aquí el año de 1528 y que se fue a Nicaragua y que de allá volvió a fines del año de 1529 que estuvo aquí y que compulsado de la palabra que había dado a los de Guatemala vino a fundar convento y que tomó sitio que pidió Gaspar Arias, y que fundó y que estuvo aquí el año de 1530, y que predicó aquella cuaresma, y que estuvo amistado y componiendo las enemistades que los conquistadores tenían entre sí, y que perseveró hasta que predicó el día de Santiago a 25 de julio, y que en celebración del sermón se corrió un toro el día de Santiago, y que después se fue; esto es en resumen lo que en muy dilatañas falsedades dice de la estada de este

1) Falta la col. en el orig.

2) Bernal dice compuesto en orig. que concuerda mejor que puesto con la palabra composición.

religioso en Guatemala y que fundó convento. Lo primero se prueba con el mismo Vázquez ser falsa aquesta fundación del convento de Guatemala, porque diciendo unas veces que se fundó y otras no, unas veces le echa la culpa a los españoles que con sus disturbios no dieron lugar a ello, otras que los indios que alborotados, cuyo antecedente tomó de Torquemada (XX, 68), que dice: “No sé que fundasen los conventos de la orden o porque los conquistadores susodichos no lo consintieron (*y esto es contra su paternidad que ha dicho que los instaron para que fundasen*) por no tener testigos de sus cosas, o porque los indios andaban alborotados; (*y esto había sido el año de 25 y 26 en que se redujeron, de que se concluya que si algunos tuvieron la culpa fueron los españoles, porque ya los indios tres años antes estaban sosegados*); concluye Vázquez con estas palabras: *Es verdad que de parte de los españoles caballeros y vecinos se les instaba a que fundasen conventos, el señor Marroquín les persuadía lo mismo; pero fue poco dichosa mi patria en aquellos tiempos, porque en aquellos primeros años de su conquista y en muchos después, jamás faltaron disturbios, afanes, pasiones e inquietudes, que a veces tuvieron la tierra en lance de perderla: qué mayor aprieto que dar a los españoles tan cruda y tupida guerra los indios, que les obligaron a desalojar la ciudad que habitaban en el sitio antiguo, y retirarse faltos de fuerzas para resistir a los indios, a lo de Quezaltenango (lib. 1º, cap. 5; cap. 23, lib. 2).* Luego de aqueste lugar, y de los demás, se concluye evidentemente que tal convento no se fundó, pues no había tal ciudad en qué se fundase y consiguientemente es falso lo que dice de que Gaspar Arias lo fundó y que por eso se le dio por su majestad un regimiento perpetuo: y se conoce la falsedad: que en todos los libros de cabildos no consta que fuese tal regidor. Lo segundo se prueba la falsedad, del mismo Torquemada citado arriba, que no se fundaron tales conventos, con el cabildo que cita de 20 de julio de 1530 que dice se pidió sitio para una ermita de nuestra señora de la Concepción, que tal no dice sino de nuestra señora de los Remedios, y dice que al margen se escribe, *primer convento de San Francisco*, lo cual es falso, que tal no dice sino solo la ermita de nuestra señora que es la de los Remedios que habían prometido en el cabildo de 22 de noviembre de 1527, como se verá adelante cuando se trate del sitio y asiento que tomó la ciudad aquese año.

Pruébese también con su amigo don Francisco de Fuentes (2 p. fol. 163), ¹⁾ después de haber dicho que los primeros que fundaron convento en Guatemala, que fue el año de 1538, los padres de la Merced, dice estas palabras, hablando de los padres de San Francisco: “mas como quiera que estas religiones por el propio mérito que en ellas consiguen, pretendan compitiéndose la antelación y preferencia por la antigüedad de cada una, en que se debe estar a los libros de cabildo que son en lo auténtico lo más seguro, autorizado y cierto de aquellos tiempos en que eran los cabildos el tribunal más superior y en donde no solo estaba radicada toda la real jurisdicción sino quien con su expreso consentimiento daba el sitio para la fábrica y todo el fomento para el pretense de estas religiones, no hay otros testigos que aseguren y afirmen lo que llevamos

1) Fuentes: *Recordación*, II, 183.

dicho". Y no se halla cabildo alguno que tome en boca convento de San Francisco hasta 2 de junio de 1942 de que concluye su amigo (2 p. fol. 238), que no hubo tal convento de San Francisco, cuando dice Vázquez, y más adelante, "que vino fray Toribio enviado de Fr. Jacobo de Testera siendo comisario general de aquesta Nueva España", que fue el año de 44 cuando trajo aqueste cargo del capítulo general de Mantua; ítem el mismo Vázquez confiesa (3, 34, 528), no hallar memoria de fray Toribio ni de otro religioso alguno hasta el año de 1544; luego es muy falso todo lo que dice de aquesta venida, y su Torquemada (*libro 19, capítulo 14*) tratando de su provincia y su fundación dice: "No se podía acudir por aquel tiempo de esta provincia del Santo Evangelio, a todas partes porque como eran tantas las gentes de su doctrina, por muchos que los ministros fuesen, no eran suficientes ni bastantes a satisfacer, mayormente que en aquellos años no eran muchos, y estaban aguardando de Castilla socorro. Por esta causa no les daban al reino de Guatemala pero fue la majestad de Dios servida que cuando los unos y los otros estaban en su mayor angustia y trabajo sintiendo la necesidad de ministros coadjutores que tenían, vino el padre fray Jacobo de Testera del capítulo general de Mantua, y trajo la comisión de estas Indias y ciento y cincuenta frailes (*que son los que ya hemos dicho haberse solicitado por la majestad del emperador Carlos V de gloriosa memoria*) y cuando llegó a esta provincia del santo evangelio, envió con su comisión al padre fray Toribio de Motolinea a la dicha provincia de Guatemala con doce compañeros, todos de la provincia de Santiago, como ya queda dicho". Esto que cita es al *capítulo 13 del mismo libro (lib. 19, 13)*, en que se trata de la fundación de la provincia de Yucatán, donde dice: *Recién vuelto del capítulo general de Mantua por comisario general el padre fray Jacobo de Testera (que es el mismo que siendo Custodio entró con cinco compañeros en aquella provincia) envió al dicho Fr. Toribio a Guatemala con doce frailes de los que había traído, que para este efecto había traído de la provincia de Santiago, que es la de Salamanca, de los cuales el dicho fray Toribio, llegado a Guatemala y proveído todo lo que convenía para aquella tierra, envió desde allí a los dichos a Yucatán.* El mismo Torquemada en la vida de fray Toribio (*lib. 20, 25*), no hace memoria de otra venida a Guatemala que esta del año de 1544 en que vino con los religiosos, ni en el libro que dejó escrito de sus peregrinaciones, tampoco toman en boca otra venida más que esta y de aquí pasó a Nicaragua a ver los religiosos extranjeros que supo estaban allí. Y dejados otros muchos lugares que se le podían alegar y autoridades, baste por muchas las del citado Torquemada (*lib. 3, 30; 3, 43*) tratando de la fundación de la ciudad de los Angeles que solicitaron religiosos de su Orden, que dice: "A 16 del mes de abril del año de 1530 en la infraoctava de pascua de Resurrección y día de Santo Toribio, obispo de Astorga, limpiaron el sitio y echaron los cordeles, por un oficial albañil que se halló presente, después de haberse dicho misa, que fue la primera que allí se dijo por el padre fray Toribio de Motolinea, en cuya presencia se hizo la traza, etc." Y esto, dice Torquemada, lo sacó de los escritos de fray Toribio, con que siendo

esto verdad, como lo es, no lleva apariencias de verdad lo que Vázquez dice que vino el año de 28 que pasó a Nicaragua (*que esa ida fue después del año de 1544*), que volvió a Guatemala a fines del año 29 que estuvo aquí el de 30 y que predicando aquella cuaresma, y se continuó aquí haciendo amistades con los españoles hasta el día 25 de julio en que predicó día de Santiago, ni que hubo toro que se corriese por la solemnidad del sermón, sino por la fiesta del Santo Apóstol, en conformidad de lo que al santo tenían prometido en el cabildo de 22 de noviembre de 1527 de la fundación de la ciudad, donde dicen que celebrarán su día con toros, cuando los haya; y así en el cabildo de 20 de julio de 1530, dicen: que porque el lunes siguiente es la fiesta del Santo Apóstol se corra un toro, el cual mandaron comprar del Hato de Vacas de Barreda.¹⁾

De los instrumentos y autores citados contra la falsedad de su conclusión y su improbabilidad; y ahora para que vea la malicia con que su paternidad escribió ocultando los testimonios de autores verídicos y los instrumentos auténticos, con que se prueba la conclusión contraria, de que no fueron los padres de San Francisco, sino los frailes dominicos los primeros anunciadores del santo evangelio en este reino de Guatemala, será preciso el alejarlos, para que desembarazados de estos tropezones se proceda con más fundamento y claridad.

Y sea el primero que desvanezca su conclusión fantástica solo inventada de su paternidad, el polo de su historia en que dice que estriba su *Crónica*, que es Torquemada, que tratando de la fundación de aquesta su Provincia de Guatemala dice lo siguiente (*lib. 19, 14*): “La provincia de Guatemala cae doscientas y cincuenta leguas de Méjico, entre el oriente y medio día, es mucha tierra y doblada, aunque de poca gente, pero ella en sí muy templada, fértil y abundante de mantenimientos. Hubo en esta provincia, primero religiosos del glorioso patriarca Santo Domingo, que de los de San Francisco: porque el año de 1538 siendo provincial de esta de Méjico el padre fray Pedro Delgado, eligió algunos de sus religiosos que fueren a fundarla, los cuales se llamaban fray Pedro de Angulo, que después fue obispo de la Verapaz, fray Juan de Torres, fray Matías de Paz y otros (*que allí menciona*). Estos benditos religiosos fundaron la provincia de Guatemala, aunque su principal nombre es Chiapa. (*lib. 19, 14*)”. Dale la primacía a los frailes dominicos, no haciendo en este lugar mención más que de aquesta venida del año de 1538; pues ¿qué será cuando con el mismo Vázquez y otros instrumentos se le pruebe la venida y estada en Guatemala desde el año de 35? Y con la autoridad del mismo Torquemada, quien en otro lugar dice tratando de la venida de los religiosos dominicos a la Nueva España: “En el reino de Guatemala, que es parte de esta Nueva España, tienen otra provincia, la cual con esta de Méjico, fundó el padre fray Domingo de Betanzos en grande observancia, porque fue hombre austerísimo en el rigor de la penitencia, en su propia persona ejemplar y maestro de toda virtud; y por ser tal, se ocupó siempre en plantar su religión en la guarda de las costumbres y ceremonias santas en que había comenzado en el principio de su fun-

1) *Libro Viejo*, pp. 29 y ss.

dación, en tiempo de su padre Santo Domingo" (l. 12, c. 17). La venida del padre fray Domingo de Betanzos, como consta de su vida y de Remesal,¹⁾ fue el año de 1529, trayendo la autoridad, del señor obispo de Méjico, de provisor y vicario general en este distrito de Guatemala, y como tal visitó su iglesia y puso cura dándole nombramiento al padre Antonio Lozano de la ciudad de San Salvador, como consta de cabildo de aquella ciudad de 17 de marzo de 1530, de que tengo sacado testimonio, que he puesto en nuestro archivo;²⁾ y que nuestro padre Vázquez no quiere hacerse cargo de lo que dice Remesal (*libro y capítulo citados*) (I, 4, 3), y tomando sitio para convento hizo su casilla de vivienda y su iglesia de horcones, cañas, lodo y paja, que es lo que se llamó convento, tan pobre en tanta manera que quedando lo demás desocupado hizo su huerta y tanque de agua para su riego haciendo aquestas obras y la taujía por sus propias manos; y para que se vea que no hablamos de memoria como nuestro padre Vázquez y también para comprobar la humildad de aquesta primera piedra y fundamento de aquesta santa provincia, he de trasladar aquí la petición del padre fray Bartolomé de las Casas que vio su paternidad en el libro de cartas a la ciudad que trasladó su amigo Fuentes en su historia, la cual es como se sigue: *Muy magníficos señores. Fray Bartolomé de las Casas, Vicario de esta casa de Santo Domingo de esta ciudad de Guatemala, suplica a vuestras mercedes y dice: que por cuanto él y los frailes de dicha casa estando ausentes, habiendo ido al capítulo provincial que se celebró en la ciudad de Méjico de la dicha orden, se entraron ciertos vecinos de esta ciudad en el sitio de dicho monasterio; y dentro de los límites de él sin licencia sembraron sementeras y hicieron casas o chozas para sus indios a manera de milpa o estancia, usurpando las tierras de dicho monasterio como parece al presente y es a todos público y manifiesto, porque los límites del sitio dicho están y son en esta ciudad a todos notorios por una parte la cerca que tienen al presente y por otra la que han tenido y se le han derribado no estando los religiosos presentes, y por la otra parte los sauces, estanques y acequias que el padre fray Domingo de Betanzos con sus manos hizo como es notorio a vuestras mercedes; suplico manden con pena salir, a cualesquiera personas que se les hayan entrado en la tierra, de dicho sitio y monasterio y se la dejen libre y desembarazada quitando las dichas mieses, milpas o estancias o lo que son, porque se tiene el dicho monasterio por agraviado de ello; y vuestras mercedes manden poner límites claros y señalados con su autoridad para que todos sepan las dichas tierras y los demás pertenecientes a dicho monasterio. Asimismo a vuestras mercedes suplico, que porque el dicho monasterio está asentado en lugar húmedo y enfermo, querría pasar en lugar más alto y más cercano a la ciudad, así por la sanidad de los frailes como por consuelo de los vecinos y haya más aparejos para la doctrina de estas gentes naturales; que vuestras mercedes sean muy servidas, y pluga con su autoridad, de señalar el lugar más conveniente para lo susodicho, porque desde luego quiere entender en ello, en todo lo cual vuestras mercedes harán servicio a Dios y a sí a los religiosos de*

1) Remesal: *Historia*, II, 3: I, p. 123.

2) Remesal: *Historia*, II, 3: I, p. 125.

dicho monasterio, como lo que a sí y a sus oficios pertenece —fray Bartolomé de las Casas.— Y a la vuelta de la petición dicen los decretos.— Fray Bartolomé de las Casas a 5 de setiembre de 1539 años. Que lo vean Antonio de Salazar y Juan de Chávez y declaren como se deba de hacer; y rubrican; fueron, y en 10 de setiembre acordaron, se deje para otro cabildo, y rubricaron. En 16 de setiembre de dicho año se les dió el sitio y púsoseles estaca a la esquina de arriba y va hasta lo de Luis Vivar, y hasta la esquina del mismo monasterio que está hacia la ciudad, con todo lo demás que tenía de antes. (Cartas al Cob., lib. 1; Fuentes, 2, lib. 163).¹⁾

Con que se ve claro que cuando vino el padre fray Domingo de Betanzos tomó sitio para convento, y hizo con sus manos el tanque y la acequia; pero como entonces no había más forma de fabricar que era horcones, lodo y paja, se ciñeron a aquella cortedad, y todo lo demás era huerta o campo para cuando hubiese oportunidad y modo de fabricar en el convento en forma. También se colige de aquesta petición, que la enseñanza de los indios que en la ciudad había pertenecido a los religiosos dominicos, a causa de saber ellos la lengua a que nunca se aplicaron los clérigos, como ni hasta ahora se aplican, de que se concluye ser falso lo que el padre Vázquez (*l. 262, 1, 16, 88*), dice del padre fray Diego Ordóñez que trabajó con los cachiqueles que tenían los conquistadores por esclavos de los que fueron en la rebelión, y también porque aqueste religioso no supo lengua, como dice Torquemada en su vida por estas palabras: “dióse más a la predicación de los españoles que a aprender lengua de los indios y esto porque no le dejaban con muchos negocios con que lo ocupaban” (*l. 20, c. 61*). Y Torquemada conoció muy bien a aqueste religioso que murió de 117 años, y si, como dice Fuentes en el lugar citado arriba, el instrumento más auténtico de aquellos tiempos son los libros de cabildo, en el segundo que empieza por mayo de 1530 hay siete determinaciones o sesiones en que hacen memorias de convento de Santo Domingo que trae Remesal (*VII, 3*);²⁾ y Vázquez, ni su amigo Fuentes hicieron caso de aquestas memorias porque tiraron a ocultar las que hubiese de frailes de Santo Domingo; y así saqué testimonio de todos siete cabildos por ante don Juan de Ulloa escribano de cabildo, que son como se siguen: “A 5 de julio de 1531: Luis de Vivar pide al cabildo una tierra, que en trueco de ella dejará una huerta que tiene cabe Santo Domingo. A 4 de noviembre de 1534: Francisco de Chávez por su petición pidió al cabildo un pedazo de tierra que está cabe de Santo Domingo. A 18 de marzo de 1536: se dice en cabildo que los dichos señores, visto que en el ejido de esta ciudad que está junto a Santo Domingo, hay hechas huertas, etc. A 16 de julio de 1538: se dan solares en la calle que va derecho a Santo Domingo. A 18 de setiembre del mismo año: se dice que el camino que pasa por el arroyo abajo de Santo Domingo, en la tierra de Juan de Aragón, está dañado e no va por do solía, etc. En 24 de octubre del mismo año, Juan de Beas pidió solar a la parte de Santo Domingo y diósele; y el mismo día se dió solar a Sancho de Barahona

1) Fuentes: *Recordación*, 2ª p., V, 5: II, pp. 183-184.

2) Remesal: *Historia*, VII. 3: II, pp. 16-18.

para edificar casa a la parte de Santo Domingo; y en 25 de junio de 1539: en cabildo, Luis de Vivar dijo, que entre la casa de Sancho de Barahona y Santo Domingo hay un solar, etc.

Bastantes cabildos me parece que son aquestos para probar que hubo siempre convento de Santo Domingo en Guatemala, y en todo aqueste tiempo ni más adelante hasta 2 de junio de 1544 no se hallará memoria de convento de San Francisco; y aunque había muchos más instrumentos que poder citar en comprobación de haber sido nuestro convento mucho más antiguo que otro alguno, y que fueron los padres dominicos los primeros que predicaron el santo evangelio en este reino de Guatemala, los omito por ahora porque se han de ofrecer en otras partes en el progreso de esta historia y se traerán en sus propios lugares; y así concluiré este capítulo con una cédula real para que el rey eche el sello en confirmación de nuestra conclusión y reprobación de la contraria, que dice así:

“El Rey—Presidente de la Real Audiencia de los Confines que reside en la provincia de Guatemala.—Ya sabéis que la religión de Santo Domingo ha 30 años que entró en esa provincia a la conversión y reducción de los naturales de ella, y que después acá siempre ha trabajado con mucho fruto en la conversión de esas gentes, y que la orden de San Francisco no ha más de 15 años que fue a esas tierras, y que de algunos días a esta parte ha habido entre la una y la otra alguna desconfianza sobre los sitios de las casas y en qué parte han de doctrinar los unos y los otros, y sobre otras cosas; lo cual además del estorbo que es a la conversión de los naturales de esas partes, se siguen otros inconvenientes en que Dios nuestro señor es deservido; y para evitar las diferencias que al presente hay entre la una orden y la otra, convenía que mandásemos que los religiosos de una orden no se entrometan a visitar donde la otra hubiere visitado y administrado los santos sacramentos, habiendo comodidad ancha donde los unos y los otros se podrán ocupar; y que los indios de los unos pueblos que visita la una orden no fuesen a oír misa ni a recibir los santos sacramentos a las casas de la otra orden, porque se evitarían muchas confusiones y fraudes, porque, como veis, no conviene que entre la una orden y la otra haya diferencia alguna sino toda conformidad. Os encargo e mando que por ahora entre tanto que por Nos otra cosa se ordena y manda, proveáis como en el distrito donde una orden hubiere entrado primero a doctrinar y administrar sacramentos, no entren los religiosos de otra orden a entender en la dicha doctrina ni hagan allí monasterios, y se dé orden que los indios que hubiere en el distrito donde la una orden tiene casa, no vayan ni pasen al distrito de la otra orden a recibir los sacramentos por los muchos fraudes que podía haber. Fecha en Valladolid a 1º del mes de marzo de 1558 años.—La Princesa.—Por mandado de su majestad, su Alteza, en su nombre, Juan de Samano”.

Está aquesta cédula original en nuestro archivo y es la sesenta y dos de nuestro Protocolo. Esta cédula fue expedida con el motivo de haberse alzado los padres de San Francisco con todos los pueblos que hoy administran de las naciones Quiché, Cachiquel y Zutuhil, como se dirá adelante. Ahora quiten del año de 1558 en que la cédula se expidió 30

años que dice su majestad que había que nosotros habíamos entrado a doctrinar y resulta el año de 1528 para 29, que fue cuando vino el venerable padre fray Domingo de Betanzos, como se ha dicho. Y a aquel mismo número, quiten quince años que dicen que habían entrado los padres de San Francisco, resulta que de 42 a 43 sus religiosos entraron en Guatemala, como se le probará adelante, o a fines del año de 41 para 42; con que es muy falsa la conclusión del padre Vázquez (*Vázquez, I, 26*), que los religiosos de San Francisco fueron los primeros anunciadores del evangelio en este reino de Guatemala, sino los frailes de Santo Domingo; veamos si de este modo acaba su paternidad de entender esta verdad, que dice que nosotros no hemos querido saber.¹⁾

CAPITULO III

De la prosecución de la conquista y levantamiento de los indios de Tecpan-Guatemala. Año 1526

Después que fijaron el pie en las rancherías que habían hecho en el valle de Almolonga con nombre de ciudad portátil, porque solo le duró el nombre de villa, que le dieron al principio, 18 días, tomándose el de ciudad sin facultad real; aunque después le confirmó el rey a queste título, añadiéndole el de muy noble y leal por su privilegio real que se guarda en el cabildo. Prosiguieron sus entradas y correrías por la parte de Escuinta y costa del mar del Sur sujetando los pueblos de la nación pipil, que son mejicanos, adelantándose en todo el año de 1525 por los izalcos hasta entrar en la provincia de Cuscatán, llamada San Salvador, aunque no se acabó de reducir aquese año ni en seis más adelante, como consta de las probanzas de Luis Dubois que vino con Alvarado de España el año de 30 y se halló en las conquistas de lo que faltaba que reducir; pero a la villa de San Salvador ya se le había dado asiento y nombre aquese año de 25, como consta del primer libro de Cabildo que se tuvo a 6 de mayo de 1525, en que dice don Pedro de Alvarado: "Que por cuanto Diego Holguín, que es regidor, se ha ido a la Villa de San Salvador, donde es alcalde, que por tanto, nombra en su lugar de regidor a Francisco de Arévalo, de que se concluye ser muy ajeno de toda verdad lo que dice Vázquez (7, 12: p. 228), que la última victoria fue a 6 de agosto de 1526, y entonces por ser ese día de la Transfiguración se dedicó al Salvador, pues como se ve en este cabildo a 6 de mayo de 1525 ya se había dedicado al Salvador; y que ese año de 25 se hubiese hecho aquesa conquista, se colige de que aquese año fue electo en regidor Diego Holguín y después fue aquella dedicación al Salvador. Aunque las conquistas proseguían por aquella parte, no dejaba de atenderse a ir sosegando la cercanía que todos se iban dando de paz sujetando la cerviz al suave yugo del evangelio y obediencia de los católicos reyes de España, como se sujetó el rey de los Sacatepéquez, llamado Achicalel, que tenía su corte

1) En estos capítulos dejamos las citas intercaladas, tal cual las puso Ximénez, porque están correctas.

en el paraje que llaman Yampuc o los ajiales, que hoy poseen los indios naturales del pueblo de San Pedro Sacatepéquez, como consta de la ejecutoria del pleito que tuvieron los de San Pedro con los indios del pueblo de Mixco, que se litigó en la audiencia, en tiempo de Bernal Díaz del Castillo su encomendero; y así es muy siniestro todo lo que don Francisco de Fuentes escribe (12, 18) sobre aquesta guerra de Mixco, y que Petapa era señorío absoluto, y que Mixco estaba fundado donde está hoy el trapiche de hacer azúcar de Andrés Catalán y Rosa; pues consta de la misma ejecutoria que estos poco antes vinieron de la provincia de San Salvador, y es así que allí se ve parte de aquesta nación en todos los pueblos que hay hacia Chalchuapa y Mita, y que los de los Sacatepéquez les dieron las tierras que tenían como a las espaldas respecto de Tecpán Guatemala con cuyo rey estaban en guerras y por no darle fuerzas contra sí, los detuvieron y les dieron aquellas tierras donde poblasen, y así se ve que están; y si el pueblo de Mixco hubiera estado donde dicen, no lo tuvieran a espaldas sino afrentados hacia la parte de San Martín para Comalapa y Tecpán Guatemala, que era contra quienes guerreaban los de los Sacatepéquez; y se conoce más la falsedad porque dice allí que los de Chinauta vinieron en ayuda de los de Mixco cuando los tenían cercados los españoles en el peñol, porque Chinauta es pueblo muy moderno fundado mucho después de la conquista por indios milperos del pueblo de Mixco de adonde son oriundos, y asimismo no lleva camino lo que dice que del paraje del trapiche dicho los pasaron al sitio que tienen, pues se ve estar todos los Sacatepéquez de por medio y no es creíble estuviesen tan separados de todos los demás de su nación que son Pinula, Petapa, Amatitlán y San Cristóbal.¹⁾

Por este año de 1526 sucedió en Guatemala un desmán que pudo haber sido causa de haber vuelto a perderse este reino, porque como escribe don Francisco de Fuentes, “había pensado el rey Sinacán de Tepam Guatemala cuando se ofreció de paz, que aquello de entrar los españoles en sus tierras no pasaba de una amistad cortesana y común para que cada uno se tuviese lo que era suyo, y usara libremente de su gobierno; pero como se vio privado de su dominio y que don Pedro de Alvarado se lo mandaba todo y era dueño de los países, pasando también a mandarlo a él, cayó en la cuenta de su ligereza y fácil determinación; pero pasó disimulando dos años” (1, VIII, 2).²⁾ Bien sensible fue aqueste golpe para el rey Sinacam, y aunque grande, pues su facilidad y ligereza y el deseo de ver destruido al rey del Quiché, lo había movido a semejante resolución, lo más sensible fue lo que vio padecer a sus vasallos, porque no contentándose aquella insaciable codicia de oro con las grandes cuadrillas que le daban a don Pedro de Alvarado, de quien era aqueste pueblo, que andaban cogiendo oro en los lavaderos, inventó la ambición, que es raíz de todos los males, como dice San Pablo, el pedir que le diesen doscientos muchachos solteros cada semana y que cada uno de ellos le había

1) En cualquier caso se ha denominado Mixco Viejo el lugar arqueológico que responde a la descripción de Fuentes.

2) Fuentes: *Recordación*, I, p. 282.

de dar un castellano de oro, y si no lo acabalaban, lo habían de ajustar los caporales o capitanes que les daban aquestos muchachos. Esto dice Fuentes; pero su amigo Vázquez (*Vázquez I, XIII, fol. 69*)¹⁾ *aprieta* más aquesta tiranía, diciendo: "Impuso al numeroso pueblo de Patinamit un irregular tributo que cada día cuatrocientos muchachos y otras tantas muchachas, so pena de quedar esclavos, le diesen un cañutillo de oro lavado, del tamaño del dedo meñique. Hiciéronlo algunos días recogiendo todo el oro que rezagado tenían y pagando el inicuo tributo; mas no bastando al entero de lo mandado, por más que descarriados anduviesen lavando oro los mancebos y mozas en las faldas de un cerro llamado Chachhal, que quiere decir *lavadero* en su gentilidad, lavaban algún oro; y en el paraje llamado Puaquil, que quiere decir *plateado* o *dorado*, yendo el codicioso caballero a cobrar lo que los pobres indios no debían, los trató mal de palabra y de obra, amenazándolos de muerte y diciéndoles que no pensasen había él venido a otra cosa entre tales perros que a llevar oro a España y que si no le traían todo el oro y plata que tenían, les haría que lo conociesen. Los pobres indios hicieron juntar entre todos todo el oro y plata que tenían quitándolo a todos los naturales para la entrega". Esto refiere Vázquez que yo no sé con qué cara saca a luz del mundo aquesto cuando trata de malsines al ilustrísimo señor Casas y a todos los religiosos dominicos, él y su amigo Fuentes, porque amparaban a los miserables indios desvalidos de todo humano socorro, de tales tiranías, debiendo considerar que, si de aqueste modo se trataba a un rey que los recibe de paz y los favorece tanto y los ayuda con todas sus fuerzas y caudal para reducir y sujetar a todo el reino, ¿qué se usaría con los que había sojuzgado por fuerza? Y si esto usaba el caudillo de quien era aquese pueblo, ¿qué usarían los que no tenían a su cargo la defensa y manutención de lo ganado sino que tiraban a acaudalar? Que esta intención de aqueste inicuo tributo no fue de otro que de don Pedro, no hay que dudarlo, pues era suyo el pueblo; y así quién se había de atrever a semejante maldad, y si fue Gonzalo de Alvarado a esto iría como recaudador de su hermano, aunque lo dificulto, porque como dice Castillo (*Castillo 191*),²⁾ a éste lo había dejado por caudillo de la gente que había quedado en Olintepeque para tener sujetos a los quichés.

Y es mucho de notar, para que se vea el gran celo que les asistía de la propagación de la fe católica, que no se hace memoria jamás de que aqueste rey lo procurasen reducir a la fe, y que se bautizase; ni cuando los recibió de paz y les hizo tanto bien, para recompensarle los bienes temporales que les daba con los celestiales, ni menos en 16 años que lo tuvieron en prisiones hasta que don Pedro se lo llevó en aquella armada en que él se perdió el año de 41,³⁾ pues siempre se nombra por los citados autores y por los libros de cabildo por el nombre de Zinacam que era el nombre de su gentilidad. Esta hazaña la pueden juntar con la que se ha dicho arriba de haber quemado al rey de Utatlán sin procurar su salvación. Despechado el rey Zinacam por aquestas tiranías que hacían con

1) En la edición de Guatemala está en el capítulo XIV (I. 73).

2) En la numeración actual cap. CXCIII.

3) Recinos: *Alvarado*, apoyado en el *Memorial* dice que los mandó ahorcar don Francisco de la Cueva.

sus vasallos que continuamente le clamaban por la libertad que les había quitado por sus pasiones, aguardó coyuntura para poner remedio a tanto mal, la cual le ofreció la ausencia que hizo don Pedro de Alvarado de Guatemala por ocasión de ir a verse con Cortés que supo estaba en la provincia de Honduras, no a conquistar, como dice Fuentes en la vida de don Pedro que había ido a guerrear con Pedrarias Dávila y a echar la gente que había entrado en San Salvador, que esto fue el año de 29 como consta del libro de cabildo, y a esto fue Francisco de Orduña juez de residencia de don Pedro, que se hallaba en Guatemala cuando don Pedro estaba en España. Salió don Pedro de Guatemala ya entrado el año de 26, porque a 6 de enero consta de cabildo, que se tuvo aquese día, que no había salido y estaba en la ciudad; salió llevando consigo alguna gente y porque la tierra no estaba todavía sojuzgada. No se sabe, ni consta qué camino llevó, pero lo más cierto es que llevó el de la costa para San Salvador; porque era solo por donde andaba la conquista, porque la parte de Esquipulas consta de cabildo de 25 de setiembre del año de 1529 que no estaba reducida, que es por donde va el camino derecho. Y valiéndose de esta ocasión, y la coyuntura que se les ofrecía de hallarse la gente toda dividida, parte en la conquista de San Salvador, parte que llevó don Pedro, parte que estaba en Olintepeque, con que no podía ser mucha la que había quedado en las rancherías de Almolonga. Aquí dice don Francisco Fuentes que convocando el rey Zinacam al rey del Quiché Zequechul, a los caciques de los Sacatepéquez y Pocomanes hasta la provincia de San Salvador, todos se pusieron en armas para sacudir el pesado yugo del dominio español, mas yo entiendo que en esto se engañó mucho, y que si convocó a todos los que dice, no se levantaron todos, pues como se verá, la parte del Quiché no se levantó ni hubo tal rey Zequechul en el Quiché. Ese sería algún cacique poderoso del Cachiquel, o de otra parte, porque el rey que quemó Alvarado se llamaba Oxibqueh Belehebtzi; este fue padre de Tecumtepepul a quien dio el cacicazgo don Pedro y tributó a los españoles y este fue el padre de don Juan de Rojas y de don Juan Cortés. Con que no lleva camino lo que dice de los Sacatepéquez, de que se levantó un pueblo, aunque no dice cuál; lo que consta de Castillo es lo que toca a Petapa para adelante, aunque entiendo que toda aquesta parte hacia Jalpatagua y Jumay todavía no se había conquistado, y así no se les puede atribuir culpa en esto y solo los de Tecpán Guatemala con algunos de sus vasallos fueron los que se levantaron, tan pocos que no dio cuidado; pues don Pedro de Alvarado vuelto a Guatemala a fines de agosto de aquese año, les envió embajada de paz y viendo que no querían venir se pasó para Méjico y dejó a sus tenientes encargada aquesta pacificación. Oiganselo a Castillo que se halló en todo ello, porque con su autoridad como testigo de vista, se desvanecerán algunas quimeras que inventó Vázquez en su *Crónica (Castillo, 193)*. Dice, pues, después de haber referido lo que les pasó en las barrancas de Petapa: “Pasamos a dormir a la ciudad (*esta es Tecpán Guatemala, que era la ciudad de los caciques y del rey; no Almolonga, como dice Fuentes*) y estaban los aposentos y las casas con tan buenos edificios, en fin como de caciques que mandaban la tierra y las provincias comarcanas, y de

allí nos salimos a lo llano (*bien se declara que estaban estas casas entre barrancas, como se ha dicho que tenían su corte aquestos indios*) y estuvimos en él diez días, porque el Pedro de Alvarado envió dos veces a llamarlos de paz a los de Guatemala, y a otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los días que he dicho, y de que no quisieron venir ninguno de ellos fuimos por nuestras jornadas largas sin parar, a donde Pedro de Alvarado había dejado su ejército porque estaba todo de guerra (*en este tránsito de Tecpán Guatemala a Olin-tepeque no hubo embarazo de guerra para Alvarado y los suyos; y así se colige que la parte del Quiché y Sololá no se había levantado*) y estaba en él por capitán un hermano que se decía Gonzalo de Alvarado (*de que se ve claro que con esta gente no quedó Juan de León Cardona, como dice Vázquez, en afirmar que estaban en Quezaltenango*) y estuvimos descansando ciertos días y luego fuimos a Soconusco y desde allí, etc.” Y más adelante: “pues como veníamos sobre ochenta soldados y entre ellos Pedro de Alvarado y llegamos a un pueblo que se dice Chalco, desde allí enviamos a hacer saber a Cortés como habíamos de entrar en Méjico otro día, etc.” Lo primero se ve la falsedad de la *Noticia historial*¹⁾ de Vázquez en que afirma que don Pedro de Alvarado lo sujetó, pues bien claro dice que viendo que no venían a su llamado se fue sin aguardar más que los diez días y se pasó para Méjico. Lo segundo, si Alvarado los hubiera sojuzgado fuera en esos días. Esto se empezó, como dice el mismo Vázquez (*Vázquez: 1, XIV*), a fines de agosto, luego hubiera sido como a principios de setiembre; luego no pudo ser a 22 de noviembre como quiere para que en memoria de aquea victoria se saque el pendón de la conquista día de Santa Cecilia a 22 de noviembre, que es sobre que toma la demanda contra Remesal (*I, XI*),¹⁾ porque dice que el sacarse el pendón ese día, no es en memoria de alguna victoria que ese día se ganase; sino porque en ese día se dio asiento a la ciudad; y lo peor es que ahora 22 años tuvo cara aqueste autor para predicarlo públicamente en ese día delante de toda la ciudad. Menos descaminado va su amigo Fuentes (*VI, 6, 7*) en decir que aqueste pendón se sacaba día de Santiago como patrón y que ofreciéndose la jura del rey don Felipe II se sacó el día 26 de julio y que viendo que no se había hecho el alarde que tocaba a la ciudad, se trasladó al día 22 de noviembre y que por eso quedó aquese estilo establecido aquese día, aunque también es otra quimera como suya, que bien se ha visto en los libros de cabildo, cómo esa costumbre se estableció desde que aquese día se dio asiento a la ciudad, como se verá a su tiempo; pero tampoco lleva camino aqueste autor como se ve claro, y para que se vea la inconsecuencia con que proceden estos dos historiadores, he de referir las palabras de Fuentes que son como se siguen (*Fuentes, 2º, fol. 555*):²⁾

“Rebelados por el año de 1527 (*y no fue sino el de 26*) los reyes Zinacam y Xequichul pasando por ello de la claridad del trono a las tinieblas de una grandísima prisión por aquel particular motivo de la codicia del teniente general Gonzalo de Alvarado, vicio tan contagioso que aun des-

1) Remesal: *Historia*, I, p. 97

2) Fuentes: *Recordación*, III

preciado deja vinculado el fracaso en quien alguna vez se dejó vencer de su tiranía, y así este abriendo las manos a recibir de todos para los indios, las extendió a todo el extremo de impiedad y coecheo, imitándole otros gobernadores y tenientes en las demás provincias; y después de haber enflaquecido, empobrecido y arruinado a los caciques, los dejaron en tan limitado dominio, que de su estado se prometían y aseguraban ser más fantástica que verdadera su dignidad, pues conocían que el halago y el dejarlos en aquella débil y frágil potestad, era con fin de obligarlos a descubrir nuevos tesoros de lo que ocultaban y hasta hoy se niegan a la noticia. Este conocimiento y consideración los ponía en pensamiento de ocultarse en las montañas y los bosques, dejando aquellas fantasmas de señorío y potestad de farsantes para que el ajamiento de sus personas y el sueño de lo que fueron antes, no despertase al ruido de su desgracia". Y a la vuelta de la misma hoja dice que estas prisiones se ejecutaron solo por indicios y falsas disposiciones y lo confirma con unas palabras que sacó del mismo manuscrito de Gonzalo de Alvarado (*ms. G. A.*), de quien, dice que solo escribió aquesta conquista por paliar sus maldades, las cuales dicen así (*Fuentes, 2^a, fol. 555*): ¹⁾ "Cuando todos los indicios y disposiciones no afirmaran la alevosa premeditada de los caciques y Señores, qué más evidente prueba puede afirmarlos que la que tienen producida los de su estirpe y los mayores y principales de ellos Zinacam y Xequichul, reyes de Utatlán y Cacchiquel que aun están presos por su infidelidad y corre peligro nuestro sosiego y nuestras vidas mientras no nos reparemos con su ruina o con su muerte, pues el odio que todos tienen a la Nación Española lo manifiestan y traen patente en sus semblantes".

Y prosiguiendo más adelante y refiriendo cómo les querían quitar las vidas a estos dos caciques, dice que ciertos conquistadores (*que no dejaría de haber buenos, entre tantos malos*) y entre ellos Gonzalo de Ovalle, los defendieron diciendo, que era injusticia, pues solo eran falsos testimonios que indios ruines les habían levantado, y que se les debía guardar la palabra que se les había dado, y decían: "si al que procuró recuperar sus estados no se le dio título de traidor en Europa ¿pues qué derecho establecerá nuestra pasión, que estos lo sean en las Indias, ni qué ley podrá favorecer la resolución de quitar las vidas a estos miserables caciques por una sospecha imaginaria? ¿Si acaso averiguáramos que tenían algunas escuadras prevenidas, y esta evidente prueba nos advirtiera nuestro riesgo, entonces que duda sería culpable el no aspirar al escape de su furia en el furor y lance de una batalla?, pero porque dicen que conspiran contra nosotros viendo en contra de este imaginario informe, su rendimiento y tolerancia, etc." ²⁾ No sé con qué cara sacan a luz aquestas antilogias aquestos dos autores, pues de ellos mismos se colige, ser todo una quimera cuanto escriben de aqueste levantamiento y batallas y victorias día de Santa Cecilia, pues solo se puede tener por cierto que esto no fue más que retirarse a buscar en las asperezas alivio a tanta tiranía como ponderan, ni menos sé con qué cara tienen audacia para calumniar al ilustrísimo señor Casas y a los frailes dominicos que defen-

1) Fuentes: Recordación. III

2) Idem.

dían a aquestos pobres desvalidos de tantas tiranías; y con lo que más adelante escribe de don Pedro de Alvarado, de los muchos indios que mató en la fábrica de sus navíos y los muchos pueblos grandes y pequeños que arrasó, sobre que dice informaron a su majestad los oficiales reales (*Fuentes: 2, 557*): ¹⁾ y porque el ilustrísimo Casas informó esto mismo fue un malvado ¿puede escojítarse más depravada malicia y encono contra aquesta mitra sagrada y otras tales, y contra todos los frailes dominicos que defendían aquestos pobres: que según ello iba, si no levantara Dios el espíritu de aquestos Danieles en defensa de la inocencia, no hubiera ya rastro de aquesta inocencia Susana, según sus falsas calumnias?

CAPITULO IV

De la ida de don Pedro de Alvarado a España y de lo que allá negoció. Año 1526

Desde mediado el año de 1525 había deseado don Pedro de Alvarado el ir a la ciudad de Méjico para desde allí partirse para España a procurar sus ascensos y sus medras con el emperador, que los tenía muy bien merecidos; pero teniendo noticia de las alteraciones que había en la Nueva España, causadas de la ambición de mandar, fue suspendiendo su viaje, y por el mes de agosto trató de disponer su partida, aunque todavía no la pudo poner en efecto, y a los cuatro del mes de octubre trató en cabildo el negocio de su partida y porque su ánimo era el que el gobierno quedase en los alcaldes, como quedó; nombró y puso por alcalde al que le pareció más de su satisfacción, y así nombró a Pedro de Valdivieso; pero todavía recelando el ir a Méjico por las grandes alteraciones que allá había, siendo la mayor guerra contra don Fernando Cortés y todos sus amigos, y siendo uno de ellos y no el menor don Pedro, receló algún daño, y así se detenía hasta tener noticia de haber vuelto de Méjico el gobernador Cortés. En estas dilaciones andaba, cuando supo cómo a Cortés lo tenía en los confines de su gobierno, que como las tierras estaban por conquistar y no se sabía con fijeza de cada paraje, no sabía don Pedro cómo Honduras estaba en los confines de esta provincia, y ya sea por no ser notado de desleal, o por el grande amor que a Cortés tenía, o por uno y otro, sabiendo que estaba en muchos trabajos, hubo de partirse para Honduras bien escoltado de gente a principios del año de 1526; pero por mucha prisa que se dio, que no pudo ser mucha por hacer el viaje por rumbo no conocido y por tierras de enemigos, no pudo llegar a tiempo de verse con Cortés porque ya se había partido para la Nueva España, con esto y haberse encontrado con el capitán Luis Marín y Bernal Díaz del Castillo y otros soldados amigos y conocidos de la conquista de Méjico volviendo por la provincia de Cuscatlán, que estaba de guerra o por mejor decir no conquistada, en donde tuvieron algunos reen-

1) Idem.

cuentros con los indios en la provincia que hoy llaman San Miguel; y aunque sobre buscar bastimentos le mataron un soldado llamado Nicuesa, y hirieron a otros que, a no ser socorridos, también perecieran, por venir de prisa se quedaron sin castigo como todo lo refiere el mismo Castillo largamente al capítulo 193, de que se convence ser muy falso lo que Vázquez dice que en este viaje sojuzgó Alvarado esta provincia, que fue la última victoria a 6 de agosto, como se ha dicho arriba, pues si por no dilatarse dejó aquellos pueblos que se llamaban los chaparrastiques sin castigo, mucho menos podría detenerse en sojuzgar provincias tan dilatadas; y después lo de los peñoles de Jalpatagua, que dice Fuentes, que no fue ese año como consta del mismo libro de cabildo, donde dicen que se dan por servidos los solares de seis que murieron en aquestos peñoles y entre ellos Fernandó de Alvarado y mandan que se les den para que hagan bien por sus almas.¹⁾ Solo en las barrancas de Petapa, que es la sierra de Canales, tuvieron reencuentros, como dice Castillo en el lugar citado,²⁾ y llegándose a Almolonga a mediado del mes de agosto, dispuso su viaje don Pedro y para el sosiego de la tierra y llevarse consigo los alcaldes que eran actuales en la ciudad para los negocios que representó en cabildo de utilidad de la ciudad, nombró otros que quedaron con el gobierno todo y fueron don Pedro Portocarrero y Hernán Carrillo, a quienes nombró por sus tenientes generales y como tales se nombran en cabildo de 4 de enero de 1527. No nombró por ahora a Jorge de Alvarado por su teniente, porque como queda dicho, estaba en Méjico, en que parece se equivocó Remesal pensando que ahora lo dejó nombrado (*lib. 1, cap. IV*); y saliendo con su gente quiso de camino sosegar al rey Sinacam y a sus principales, y llegando a la ciudad o corte la halló des poblada; porque los indios, como se ha dicho, se habían hecho al monte, por librarse de las grandes tiranías que con ellos se usaban. Pero temiendo don Pedro no le sucediese algún desmán por estar metidos entre barrancos como le iba a suceder en la corte de Utlán, se salió a lo llano, como queda dicho con Carrillo y haciendo allí sus ramadas y sus chozas, estuvieron aguardando diez días enviándoles mensajeros de paz; pero ellos o temerosos del castigo que temían rigoroso, o por no poder soportar la carga de los inicuos tributos: teniendo por menos mal estarse viviendo entre fieras que son más humanas que tales hombres con fieras (*y ojalá fueran como ellas en la crueldad que no se extiende a más que a llenar su vientre, en que exceden tales hombres a las fieras pues nunca se sacia la codicia*) no quisieron venir; y viendo don Pedro que se dilataba su viaje tan deseado, no se quiso detener, dejando la empresa a la prudencia y sagacidad de sus tenientes. Y él se fue por el camino de Olinztepeque, donde estuvo por cabo y capitán de la gente de guarnición su hermano Gonzalo de Alvarado; y descansando allí unos días, tomando el camino de Soconusco fue a Teguantepeque y de allí a Méjico, con deseo de ver al juez que había venido a residenciar a Cortés, llamado Luis Ponce de León, a quien ya hallaron difunto; pasando a besar la mano al que había quedado en su lugar, llamado Marcos de Aguilar, haciendo

1) Vázquez, I, XIV; véase nuestro Estudio, pp. LV-LVI, sobre la conquista en Fuentes.

2) Castillo: *Historia*, cap. CXCHII.

su diligencia para componer todas sus pretensiones (pero hallaron no tener poder para lo que todos pretendían, y así don Pedro se resolvió el partirse para España) y fueron todos muy bien recibidos de Cortés y de los demás sus conmlitones en tantos trabajos y guerras.

Estando resuelto a partirse para España don Pedro de Alvarado compuso con el licenciado Marcos de Aguilar el nombrar por su teniente general a su hermano Jorge y aprobándolo el gobernador, vino Jorge de Alvarado de Méjico y presentó su nombramiento en cabildo a 20 de marzo de 1527, con que cesó el nombramiento hecho en los dos alcaldes. Mucha era la fama que se había difundido en la Nueva España de las dilatadas y poderosas provincias que había sujetado el valeroso brazo de don Pedro; y viendo por sus ojos la ostentación y grandeza de su acompañamiento y séquito no podían menos que creerlo rico y poderoso de aquestas provincias: lo fértil y abundante de ellas de todo género de alimentos y de muy ricos frutos y minerales para saciarse la codicia humana, si es que se puede saciar de riquezas; y en todo a la verdad no se engañaban ¡así aqueste reino no hubiera sido tan desgraciado en pleitos y discordias que han sido causa de la venida de tantos jueces pesquisidores que lo han asolado sin remediarse cosa alguna, sino mayores enconos!, pero aquesta ha sido plaga que ha perseguido a aqueste miserable reino desde sus niñeces y la cuna de su nacimiento, como se verá después. Solo de doctrina y enseñanza, la hallaban que eran muy pocos y aun nada, dos solos señores clérigos que había en todas aquestas provincias que residían en Guatemala, uno como cura y otro que salía con la gente a las conquistas; y así don Pedro de Alvarado viendo la oportunidad de doce religiosos dominicos que poco antes habían llegado a Méjico en compañía del visitador Luis Ponce, comunicaba con ellos esta necesidad instándoles que antes que se embarazasen en la Nueva España todos en las reducciones, era bueno pasasen algunos a fundar a Guatemala. Con quien trataba esto más frecuentemente era con el venerable padre fray Domingo Betanzos, a quien conocía desde la isla Española, con quien dispuso las cosas de su conciencia para el viaje que pretendía para España, con quien dice Remesal que se confesó generalmente, y aunque de lo que pasó en la confesión no se sabe nada, pero que se supo la penitencia que le impuso que fue que diese un terno de terciopelo o damasco a la iglesia de Santiago de su ciudad, la cual él no cumplió en todos los días de su vida (*I, VIII*).¹⁾ Aunque como se ha dicho se platicaba e instaba don Pedro para que viniesen a Guatemala algunos de los religiosos, no se pudo efectuar cosa alguna respecto de que de doce que eran los que habían venido, enfermando todos los más, fue nuestro Señor servido de llevarse para sí los cuatro, dándose por bien servido de sus trabajos y afanes hasta aquella hora padecidos, para darles la recompensa de ellos y del gran celo de la conversión de las almas, que solo aqueste deseo les había hecho olvidar a su padre y madre, que eran los conventos y provincias que los habían reengendrado y criado; y de los demás solo cuatro estaban buenos y de esos era el venerable fray Tomás Ortiz que viendo tan

1) Remesal: *Historia*, I, p. 93.

menoscabado su pequeño rebaño, trataba de volver a España a conducir más operarios para aquesta grande sementera y los enfermos estaban resueltos a volverse a España a buscar la salud que dos no hallaron, encontrándolos la muerte en el camino.

Con esta determinación trataron todos de aprestarse para su viaje a España animados del mucho amor que les mostraba don Pedro de Alvarado a los religiosos, prometiendo el ayudarlos y socorrerlos en el camino; y con esto más solícito don Pedro componía lo necesario para su partida que se ejecutó haciéndose a la vela del puerto de la Veracruz por el mes de febrero de 1527, quedando solo en Méjico el venerable padre fray Domingo de Betanzos con solo fray Gonzalo Lucero diácono, y fray Vicente de las Casas novicio; y ya que el viaje de don Pedro había sido en bonanza sin tormenta, la padeció terrible luego que llegó a la corte porque hallando algunos enemigos: en especial que se le declaró uno que lo puso en mucho aprieto. Este fue Gonzalo Mejía que trataba los negocios de la Nueva España, el cual presentó un memorial en el consejo diciendo: Que Pedro de Alvarado había hecho muchos estragos, y que en ellos hubo gran cantidad de oro, plata, perlas y otras cosas, así de lo que presentaban los indios, como de lo que se hallaba en los pueblos que se tomaban; y que debiéndose repartir con los que iban en su compañía como se pregonaba al tiempo que habían de entrar, y según uso de guerra, no solamente no dio su parte a nadie pero ni aun el tesorero real lo que pertenecía al fisco, sino que todo lo escondía, y que por esta forma tuvo más de cien mil pesos que pertenecían al fisco del rey y a los conquistadores; y que había venido a España sin dar a nadie lo que le tocaba, ni dar residencia del tiempo que había sido teniente de gobernador y capitán general, en el cual oficio hizo muchos agravios e injusticias: todo lo cual dijo que constaba de cartas e informaciones.

Por virtud de este memorial y de los demás papeles se mandó a los oficiales de la casa de la contratación de Sevilla, que apremiasen a don Pedro de Alvarado para que diese fianzas de hacer residencias y estar a derecho y pagar lo juzgado así en la corte como en la Nueva España y que no las dando se le embargase de su hacienda hasta cantidad de 15 mil ducados (*I, VIII*). ¹⁾

Grande fue el aprieto en que se vio don Pedro de Alvarado con tan terrible demanda y de parte poderosa y no le era muy fácil en España hacer probanza de lo contrario; pero quiso su buena dicha que teniendo entrada con el secretario del César, Francisco de los Cobos, quien cobrándole afición, con la mucha cabida y gracia que tenía con su majestad, lo allanó todo, y compuso mucho más a su placer que él podía desear; y así se le dio luego el hábito de Santiago y le hicieron la merced de gobernador y capitán general de la ciudad de Guatemala y sus provincias, sujeto inmediatamente al rey, con quinientos y setenta y dos mil quinientos maravedís de salario; y se firmaron los despachos en Burgos a los diez y ocho días de diciembre de 1529 y desembargada toda su hacienda, casó el secretario Francisco de los Cobos a don Pedro con doña Francisca de la Cueva, natural de Ubeda, dama de grande hermosura y prudencia. ²⁾

1) *Remesal: Historia*, I, p. 94; Remesal dice cien mil ducados.

2) *Remesal: Historia*, I, IV, p. 94.

CAPITULO V

Tómase de propósito asiento para la ciudad. Año 1527

Como el asiento que se tomó de la ciudad el año de 1524 en el valle de Almolonga era solo de prestado, mientras se hallaba lugar más a propósito y de conveniencia para todo, vivían en él entre tanto como los hijos de Israel en el desierto en barracas y pabellones que aquí se componían de pajas y de ramadas, y así estaban con el ánimo de levantar el vuelo de aquel sitio en hallando otro más cómodo; por lo cual no se trataba de hacer casas ni viviendas y de disponer la población en el modo conveniente para una bien ordenada república. Algunos parajes habían visto en el discurso de estos tres años que aquí residieron, que según el genio de cada uno a cada cual le parecía muy acomodado y conveniente; y deseando el salir del estado de peregrinos y viadantes y reconocer segura y fija morada este año de 1527 lo trató esto con más calor el teniente de gobernador Jorge de Alvarado, y propuso en cabildo a los 28 de octubre de este año: “*que era bien e convenía al servicio de su majestad y a la paz y sosiego e policía de estas partes que se asiente la ciudad de Santiago en traza de pueblo y se den vecindades y solares y caballerías a los que de ella quisieren ser vecinos, e que para hacer esto, se busque en esta provincia el sitio más conveniente para dicho asiento: en el cual concurren las calidades y especialidades que se requieren e suelen concurrir en los asientos de los otros pueblos de españoles de las islas de Nueva España*” (I, IX); ¹⁾ Y para quitar confusiones se señalaron dos sitios sobre en que se había de votar, el uno fue aqueste en que se hallaban, que no les parecía muy mal, así su temperamento como la fertilidad y apero de materiales en su cercanía para las fábricas y tener abundancia de aguas, así de las que allí nacen como de los ríos que tenían cerca, como también de los que podían conducir para fuentes a aqueste paraje. El otro fue el Tianguecillo, que llamaron, que está junto a Chimaltenango porque allí tenían feria libre todos aquestos indios en tiempo de la gentilidad; y señalaron las personas que habían de hacer inspección cuidadosa de uno y otro sitio, a quienes se les tomó juramento de que procederían en el caso, sin afecto ni desafecto, diciendo en conciencia lo que sentían (I, IX, 3). ²⁾

Y habiéndose juntado para tomar las declaraciones a los que se les había mandado hacer la vista de ojos, en cabildo que se tuvo a los veintiuno de noviembre de dicho año, el primero que votó y dio su parecer fue Hernando de Alvarado (*de que se conoce claramente engañarse mucho Fuentes en las batallas que arriba se dijeron que tuvo don Pedro con los del peñol de Jalpatagua, porque en aquesta guerra murió aqueste Hernando de Alvarado, con que no pudo ser aquella guerra aquel año de 26, sino el de 1528, como consta del libro de cabildo citado*) el cual dijo: “Que so cargo del juramento que hizo que él ha visto ambos a dos sitios, este del

1) Remesal: Historia, I. c., pp. 95-96.

2) La cita marginal de Ximénez está equivocada. Remesal: Historia IX I pp. 96-98.

Valle y el del Tianguecillo, que le parece que el del Tianguecillo es el mejor para asentar a esta ciudad por las razones siguientes; y habiendo propuesto sus razones fueron votando los demás a quienes se les mandó que informasen sobre este punto, y durante aqueste día por largo tiempo en aqueste cabildo y no acabando de votar todos, se dejó la determinación para el día siguiente 22 de dicho mes, que era el de Santa Cecilia, en que habían de dar todos sus pareceres; prevaleció la parte de los que sintieron que se fundase en el paraje en que estaba del valle de Almolonga, con lo cual tomando la última resolución el teniente y conformándose con la mayor parte de los votos, sacó un papel y mandó al escribano que lo asentase en el libro de cabildo que decía: “E yo por virtud de los poderes que tengo de los gobernadores de su majestad, con acuerdo y parecer de los alcaldes y regidores que están presentes, asiento y pueblo aquí en este sitio la ciudad de Santiago, el cual sitio es provincia de Guatemala.

“Primeramente ante todas cosas mando que se haga la traza de la ciudad, poniendo las calles norte, sur, este, oeste. Otro sí, mando, que en medio de la traza sean señalados cuatro solares en cuatro calles en ella incorporados por plaza de la dicha ciudad”.

“Otro sí mando, que sean señalados dos solares junto a la plaza en lugar más conveniente donde la Iglesia sea edificada, la cual sea de la advocación de Santiago, el cual tomamos y escojemos por nuestro Patrón y abogado y prometo de le solemnizar y festejar su día con le hacer decir misa y vísperas solemnes, conforme a la tierra y al aparejo de ella, y más que le regocijaremos con toros cuando los haya, y con juegos de cañas y otros placeres”.

“Otro sí mando, que se señale un sitio para un Hospital, donde los pobres e peregrinos sean socorridos y curados, el cual tenga por nombre y advocación el Hospital de la Misericordia”.

“Item mando que se señale un sitio, cual convenga para una capilla y adoratorio que contenga, y haya por nombre nuestra señora de los Remedios”.

“Otro sí mando, que se señale un sitio, cual convenga, donde a suplicación de esta ciudad su majestad mande hacer una fortaleza (o su gobernador en su real nombre) para la guarda y seguridad de la dicha ciudad”.

“Otro sí mando, que junto a la plaza sean señalados cuatro solares, el uno para casa de cabildo, y el otro para cárcel pública, y los otros para propios de la ciudad”.

“Señalados los sitios o solares de suso contenidos, mando que los demás solares sean repartidos para los vecinos que son o fueren de la dicha ciudad, como y de la manera que se haya hecho en las ciudades e villas y lugares que en esta Nueva España están pobladas de españoles, no excediendo ni traspasando la orden acostumbrada.—Jorge de Alvarado”.

De intento he trasuntado todas las determinaciones de aqueste cabildo porque se vea claro lo que arriba queda advertido de la malicia con que nuestro padre Vázquez escribe, queriendo que aquesta ermita de nuestra señora de los Remedios, sea su convento de san Francisco, porque como no se pudo en un día ni muchos hacer todo lo que aquí se dispuso, sucedió

que no habiéndose puesto en obra ni la ermita ni el hospital hasta el año de 1530, este año, a 20 de julio, pidieron algunas personas devotas de la Virgen se les señalase el sitio para hacer su ermita que estaba prometida, y no diciendo el cabildo más que ciertas personas, su paternidad añade *Religiosos*¹⁾ para introducir su quimera, y no diciéndose a la margen más que *la Hermita de N. S. S. P.*, añadió que está escrito primer convento de San Francisco, lo cual no se halla en el libro; y así hube de sacar testimonio de aquesta falsedad. Y luego a 9 de noviembre, en otro cabildo de aquel mismo año, se pide por otras personas que se les señalase el sitio para hacer el hospital para fundar en él la cofradía de nuestra Señora, la cual fue de la Misericordia, como consta de las escrituras que paran en el hospital real de Guatemala, pasándose aquesta cofradía con el hospital cuando la ciudad se mudo el año de 1541; y allí se halla memoria de esta cofradía hasta el año de 1557, en los dichos instrumentos de haber vendido al terrazgo, unas tierras que tenía aquesta cofradía, a los indios de la Magdalena, de las Milpas Altas, en 40 pesos. Sobre que este presente año de 1716 han tenido litigio el hospital real contra aquestos indios; y nuestro padre Vázquez dice que aqueste pedimento fue para alargar el sitio interpretando el nombre de hospital en el de hospicio.

Lo que tocó a la fortaleza, nunca se hizo, o porque no se pudo y se fue dejando así, o porque no fue menester, ni hay memoria de tal fortaleza; y se infiere de lo que dice el mismo Fuentes que habiéndose presentado Eugenio Moscoso con nombramiento de su majestad de alcaide de la fortaleza para que se le diese el asiento que como a tal se le debía en cabildo, se le respondió que, en presentando testimonio de estar en posesión de tal fortaleza, sería admitido, porque como no la había no podía tomar posesión de ella; que a haberla, luego hubiera tomado posesión de ella.²⁾

Bien se vio en el discurso de este cabildo de 22 de noviembre de 1527 que en todo él no se trata de conquista ni de victoria aquese día, ni de sacar el pendón en tal día, sino solo de dar asiento a la ciudad, y quedando en la ciudad aquesta memoria de que en día de Santa Cecilia se le había dado asiento; se confundió la noticia con el transcurso de los años, pensando que aquese día se había ganado, pues consta que aquí no había que ganar, pues no hubo población alguna; y aunque la hubiera, como dice Fuentes, no hubo guerra porque se dieran de paz; y así queriendo el año de 1557 hacer en Guatemala la misma ceremonia que se hace en Méjico día de San Hipólito, porque ese día se rindió la ciudad, juntos en cabildo a treinta de julio con la ocasión que les excitó la especie de que a 26 del mismo mes se habían levantado pendones por la majestad del rey Felipe II dijeron (dice el Secretario) que por cuanto "por loable costumbre en todas las ciudades e provincias principales de estos reinos de Indias, en memoria del día en que fue ganada la tal ciudad, y porque esta provincia de Guatemala, mediante la voluntad de Dios nuestro señor, se ganó el día de Santa Cecilia, conviene se haga lo mismo en esta ciudad

1) Correg. quier..

2) Fuentes: Recordación, I, pp. 100-101.

y se hiciese ordenanza en forma y en ella se contenga el orden que en el sacar el pendón se ha de guardar y las fiestas que se han de hacer, e se lleva a consultar a la real audiencia". (*lib. IV Cabildo, fol. 165*).

Consultóse sobre esto a la real audiencia, y se resolvió que se saque, y se hiciese la ordenanza a 1º de setiembre del mismo año de 57, en que mandan que lo saque el regidor más antiguo y así sucesivamente cada año conforme se fueren siguiendo en antigüedades, y que por cuanto aquese año lo habían sacado los regidores más antiguos, que eran Francisco López y don Francisco de la Cueva en la jura del Rey, que lo saque el que se sigue, que es el capitán Bernal Díaz del Castillo.¹⁾ Ya se ha visto, por lo que queda escrito, cómo en aquese día, ni hubo ni pudo haber función señalada de victoria: no la de Quezaltenango que fue por marzo: no la de Utlatlán que fue por abril; no la entrada en Tecpán Guatemala, que fue por fines de abril o principios de mayo; no la entrada en el sitio de Almolonga, que fue por julio; ni menos la restauración de Tecpán Guatemala, que si fue por armas como quiere Vázquez en su *Noticia Historial*, fue a últimos de setiembre; ni menos la sujeción del pueblo, que dice Fuentes se sujetó en los Sacatepéquez que se había levantado, porque eso dice el mismo, fue últimos de setiembre; luego se infiere claramente que es muy falsa la *Noticia Historial* de Vázquez, y que muy falsamente calumnia a Remesal porque dice que este pendón no se saca en memoria de alguna victoria que aquese día se ganase.

Hácese aquesta reseña en Guatemala todos los años este día con mucho lucimiento, saliendo la víspera en paseo a caballo el que saca el pendón, acompañándole el señor presidente como capitán general, los señores alcaldes y regidores y todo lo más ilustre de la nobleza de aquesta ilustre república; y juntamente viene a la función una compañía de indios mejicanos de los de Almolonga armados, en memoria de que ellos ayudaron a conquistar a aqueste reino, por lo cual son exentos de pagar tributo, como todos los demás, con que hacen la marcha muy lucida; y vueltos a la santa iglesia catedral y cantadas vísperas se vuelve el pendón al cabildo que está enarbolado, hasta otro día que se lleva a la iglesia y se canta una misa muy solemne; y hay sermón, que como se ha dicho, ahora 30 años, lo predicó nuestro padre Vázquez: en que metió todas las quimeras que después escribió, con que dejó muy desabrido a todo el auditorio, así por lo prolijo y molesto, como por haber dicho cosas tan opuestas a lo que todos sabían.

CAPITULO VI

De los disturbios y discordias que hubo en la ciudad de Guatemala y venida del visitador Francisco de Orduña. Años 1528-1529

Parece que desde sus primeros años ha seguido aquesta plaga a aquesta ilustre república, de la poca conformidad y unión que ha habido entre sus vecinos, como lo han mostrado las ocasiones muchas que se han ofrecido de ministros que se han despachado a residencias y pesquisas. Son su total

1) Bernal se excusó (véase nuestra *Introducción*, p. 108).

ruina y polilla, de las repúblicas, y que menos mal les sería el pasar, como pudieran, algunos agravios y sinrazones, que juzgan haber recibido de los superiores que regularmente se fundan en agravios imaginados, que no verse todos destruidos. Bien lo manifestó el que vino a aquesta ciudad el año de 1615 contra el presidente Conde de la Gomera, que puso a la ciudad en términos de su ruina, llegando a tanto los escándalos que fueron tan grandes, que llegaron a término de ponerse entredicho en la ciudad que duró desde el jueves santo en la noche hasta todo el viernes santo, y llegando a oídos de su majestad estos y otros escándalos y del modo que todo se había enlazado, halló por medio más conveniente el que se pusiese a todo silencio, y que todos los papeles tocantes a esta visita se encerrasen en una caja de tres llaves y se depositase en nuestro convento de Guatemala donde estuvo hasta el año de 1700 en que ya hecha polilla ella, y todos los papeles, se halló destruida en el aposento donde se guardaba, con que no quedó memoria de tanto enredo; que es la misma providencia que su majestad dio a los enredos que motivó otro visitador que entró aquí a primero de enero del año de 1700 quien también puso a esta república en términos de su perdición como todos vimos la Semana Santa de ese mismo año, poniéndose también entredicho el lunes santo a la ciudad, siendo tan grande ya la confusión de cosas que se levantaron por este visitador que habiendo su majestad enviado a concluir las al licenciado don José de Espinosa de los Monteros, su oidor de la Real Audiencia de Méjico, mandó que todos los papeles de estos cuentos se encerrasen y se llevasen en cajas y se guardasen en la real caja en donde están quitados de la publicidad de los oficios de cámara.¹⁾

No fue menos ruidosa la visita o residencia que aquese año de 1526 se hizo en esta ciudad por Francisco de Orduña, enviado por la real audiencia de Méjico a petición de los vecinos de Guatemala, a causa de las discordias que entre sí tenían nacidas de donde nacen todos los males, que es la codicia; y la polilla de las repúblicas que es no atender a la justicia distributiva los que solo tienen el nombre de justicias. Esto procedía de que como el adelantado don Pedro no les repartió a los que le ayudaron a ganar lo que tenía y quizás trabajado más que él, con igualdad lo que les pertenecía, ya de presas que tenían ellos por lícitas, ya los pueblos como su majestad había ordenado; había muchos quejosos, porque tomándose para sí los mejores y mayores pueblos, a los demás les daba muchas veces lo inútil y que no tenía provecho ni sustancia, aunque muchas veces no procedía esta desigualdad de culpa del gobernador, sino de la prisa y molestia que le daban porque les señalase pueblos, pidiendo muchas veces los que aún no estaban conquistados, no sabiendo lo que eran sino por noticias vagas; y llegado el caso se hallaban que no era cosa de fundamento y así se hallaban frustrados. Otros eran preferidos a los beneméritos, como hoy sucede, los amigos o parientes y paniaguados que no lo trabajaron, dejando a los que lo habían afanado a un lado; y otras a quien lo pagaba muy bien. De todos estos desórdenes ha habido

1) Los papeles de esta visita están en A. G. I., Guatemala, 284-289: el visitador a quien alude es el licenciado Francisco Gómez de Lamadrid.

muchos en todos tiempos, pero en aquellos fue con demasiado exceso: porque como entonces reinaba más la codicia, tuvo más lugar el desconcierto, habiendo mucho de esto en Guatemala que ejecutó don Pedro de Alvarado y llevó adelante su hermano Jorge. Fueron muchas las quejas que de ellos se escribieron a la real audiencia de Méjico, que compuesta de ministros del mismo jaez, como cuentan las historias, despacharon por juez de residencia a Francisco de Orduña; y tengo por cierto no ser este el mismo que se había escrito por vecino de Guatemala dos años antes, porque no cae en razón que nombrase por ministro de residencia a uno de los mismos quejosos y delatores, aunque según las cosas de aquellos tiempos no es muy duro de creer. Entró pues, en Guatemala y presentó sus despachos a catorce días del mes de agosto de aqueste año de 1529 que recogiendo las varas, así del teniente general Jorge de Alvarado, como las de los alcaldes, tomándose la del teniente para sí, pasó a nombrar otros alcaldes de su devoción o de su confianza. Empezó luego a ejercer la rapiña porque halló la materia bien dispuesta de enemistades entre los interesados, con que destruyendo a unos y a otros, dentro de breve cayeron todos en la necesidad de haber pedido tal juez de residencia. Llevó aqueste el rumbo muy contrario de muchos que benefician la veta de aquesta mina, que se valen del beneficio de la solapa y mostrando solo la piel de oveja, encubren debajo la propiedad de lobos rampantes, porque lo llevó por la vía de la fuerza y la violencia: cosa la más sensible a un hombre sangre en el ojo, como lo eran todos aquestos vecinos como soldados valerosos; que si hubiera modo en esta rapiña, fuera más tolerable o menos sensible, pero que la ejecutase con tanto descaro y desvergüenza era cosa intolerable.

Llegó en estos días nueva a la ciudad como Martín de Astete capitán de Pedrarias Dávila, gobernador de Nicaragua y Tierra firme, se había entrado con gente de armas hasta la provincia de San Salvador, con ánimo de apoderarse de aquella provincia juzgando tocar al gobierno de Pedrarias; y como buen soldado juntando luego la gente que pudo Orduña, fue luego para aquella provincia donde ajustándose con buenos medios de paz dejó la provincia a cuya era.¹⁾ Vuelto que fue a la ciudad compareció en el cabildo Gaspar Arias, que según declara en su escrito, venía de la conquista de Uspantán que era uno de los alcaldes depuestos, y juzgando ser solo aquella suspensión de vara mientras se le tomaba la residencia, representó de su derecho y que a sus créditos tocaba el pedir restitución de su vara, pues no resultaba cargo alguno contra él. Fue tanta la cólera que tomó contra Gaspar Arias, el visitador, que levantándose del lugar que obtenía como cabeza de aquel cabildo, lo cogió de la ropilla por la parte del pecho dándole fuertes enviones, arrojándolo fuera del cabildo. Acción fue aquesta de tanto exceso que acabó de llenar y colmar la paciencia y sufrimiento de los vecinos tan honrados y bien nacidos, viendo del modo que eran ultrajados. Era aqueste hombre sumamente arrebatado y soberbio, dice Remesal, que por esta acción tan des-

1) Véase nuestro Estudio (B.A.E., CCXXX, pp. LVI-LVII); no parece que Orduña fuera a San Salvador entonces.

compasada se le detuvo el hábito de Santiago 2 años enteros; y dice que la misma cólera, pocos años había que le había costado a un nieto suyo más de veinte mil pesos, y que esto se lo había contado con mucho consuelo suyo, porque decía se parecía a su abuelo. (IV, 14).¹⁾

Pasaron con este azote, que Dios les había enviado a los vecinos de Guatemala en castigo de sus discordias y disensiones, hasta 11 de abril de 1530 que vuelto don Pedro de España, con el gobierno de este reino cesó el del visitador, ante quien se presentó el procurador de la ciudad llamado Gonzalo Ortiz diciendo “que no lo dejaran salir de la ciudad hasta dar residencia y satisfacer los muchos daños, desafueros e desaguisados y molestias hechas a los vecinos de esta ciudad, a unos quitándoles los indios forcible y poderosamente y dándolos a otros, como tratándolos mal de palabra afrentándoles sus personas con muchas e feas palabras e deshonestas, y otros poniéndoles mano en ellos con mucha ira y riguridad, pidiendo las tales personas justicia, e no queriéndolas oír y otras muchas cosas que los vecinos han recibido de él, de lo cual piensan pedir justicia”.²⁾ Esto pedía el procurador, pero él viendo la poca que le asistía, trató de apelar a la fuga con que se ausentó y hasta ahora no sé que hayan sido satisfechos las partes; castigo muy bien empleado, pues podían escarmentar que jamás quedan bien, los agraviados ni los que agravian, con semejantes jueces, quedando unos y otros bien lastimados. Su majestad bien desea el remedio de los males y procura poner ministros para ello, pero es la desdicha tal, que puestos en el cargo hay tan pocos que acierten a hacerlo bien, unos por su codicia, otros por su soberbia, cumpliéndose regularmente el proverbio *honores mutant homines*, que en todos se verifica el otro proverbio, que dice: *el vencido vencido y vencedor perdido*.

CAPITULO VII

De los primeros religiosos dominicos que vinieron a la Nueva España, y de la venida del venerable padre fray Domingo de Betanzos a Guatemala Año 1529.

Van tan enlazados y coligados los sucesos, los de las religiones con los de las repúblicas y vecinos, que no es posible dejar de dar noticia de unos para la clara inteligencia de los otros; y así ha sido preciso para encadenar la fundación de aquesta mi santa provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, dar primero luz de aqueste reino y república refiriendo algunos de sus sucesos, para que sean como fundamento y cimiento de aquesta mística fábrica. Y así esto presupuesto, digo que luego que fue ganada la gran ciudad de Méjico procuró el invicto Cortés ponerlo en noticia de su rey y señor, todo lo acaecido, y mirando aqueste nuevo mundo que había sujetado a los pies del mayor monarca como obra

1) Remesal: *Historia*, I, pp. 270-271.

2) Remesal, l. c.

de sus manos, producida a fuerza de sus afanes, desvelos, sudor y sangre, y mirándolo también como católico cristiano, de que tanto se preci6 en todos tiempos y ocasiones (por lo cual parece ha prosperado Dios su ilustre casa sobre todas las de aquellos que fueron caudillos de esta América), entre las cosas que con más instancia pidió a su majestad, fue que le enviase religiosos de todas 6rdenes por parecerle aquellos los ministros más adecuados para la reducci6n de aquestas gentes: que siendo tan párvulos en todas sus cosas, más han menester madres que los alimenten con la leche dulce del cari6o y los fomenten con el calor de su amparo y defensa, que de padres que les den pan con corteza, que ellos no pueden digerir por su peque6ez. Y así se ha experimentado siempre aqueste tan acertado dictamen de don Fernando Cortés, pues se ve por la experiencia cuanto más bien medrados se hallan aquestos párvulos colgados de los pechos de sus madres que sujetos al dominio de sus padres; pero aunque fue tan justa y piadosa la petici6n del marqués y debíase atenderse a ella, el ministro que entonces gobernaba las cosas de Indias, llev6le más el odio y enemistad que tenía con el marqués que las obligaciones de su estado y las que sobre sus hombros había cargado el cat6lico monarca para descargo de su conciencia real, y así abandonando el cuidado de enviar ministros evangélicos aplic6se todo a la persecuci6n de Cortés; pero desembarazado el cargo por su retiro, que se le mandó intimar, tomólo al suyo por mandado del César, el eminentísimo señor cardenal Loaiza¹⁾ que, como a quien tenía a cargo el descargar la conciencia del César en el confesionario, procuró descargarla también en el puesto; y así dispuso que luego se aprestasen dos escuadras valerosas, sacadas de los más valerosos campos de la Iglesia que son las dos esclarecidas familias de menores y dominicos. No quiso por luego arriesgar las mayores fuerzas, sino que de cada familia saliesen dos exploradores a que fuesen y considerasen la tierra de promisi6n que se anunciaba, como en tiempo de Moisés (*Núm. XIII*), o como doce ap6stoles: semilla que arroj6 el supremo padre de familias a aqueste mundo nuevo, como al mundo viejo arroj6 aquellas doce columnas de que se difundió la fe en toda la tierra. Así con aquestos doce que, aunque en realidad eran 24 como los del Apocalipsis (*Ap. IV*), que venían a hacer que todas las coronas de la América se rindiesen a los pies del cordero, no eran más que doce por la uni6n y la estrechez con que aquestas dos sagradas religiosas familias se enlazan entre sí en caridad fraterna. Llamábase el caudillo que conducía a aquella grey al desierto de aquestas incultas tierras fray Martín de Valencia, var6n a todas luces santo, y el de la nuestra fray Tomás Ortiz, que habiendo ido con el padre fray Antonio Montesinos, que había ido a negocios graves que se le ofrecieron a su provincia de Santa Cruz de la isla Española; y así como ya prácticos en navegaciones y las cosas de estas tierras, se hubo de nombrar por vicario de nuestros religiosos al referido fray Tomás Ortiz quien aprestando su partida como buen caudillo, solicitaba la limosna que el cat6lico monarca había librado, de cien ducados a cada religioso de las dos familias para ornamentos, y libranza

1) Loaiza no era en aquel tiempo cardenal.

para que acá se diesen ochocientos. Ya todo estaba aprestado y de próximo el embarque, cuando ofreciéndose en aquellos días las grandes dudas que se trataban de resolver sobre las repetidas quejas del mal trato de aquestos naturales, queriendo el cardenal acertar en negocio de tanta importancia por lo mucho que importaba a la seguridad de la conciencia del César, no se quería resolver sin preceder muy ajustada información que quería hacer con personas de ciencia y conciencia y experiencia de estas partes; y pareciéndole al cardenal que la persona del padre fray Tomás era muy a propósito para el caso, lo envió a llamar y viendo él que se dilataba la partida sustituyó su autoridad en el padre fray Antonio de Montesinos para que condujese el rebaño en compañía de nuestros hermanos los franciscanos, que como tales habían dispuesto hacer de las dos una comunidad y pasar a expensas comunes a unos y a otros, dándoles orden que en la isla Española le aguardasen. Hiciéronse a la vela y con próspero viaje llegaron con mucha hermandad a la isla de Santo Domingo; y quedándose allí nuestros religiosos, según el orden de su vicario, los de nuestro padre San Francisco que no tenían embarazo, prosiguieron su viaje y llegando a la Veracruz, pasaron a la ciudad de Méjico, donde llegaron a 13 de mayo de 1524, siendo muy bien recibidos y hospedados de sus religiosos, que ya estaban allí dos españoles y tres flamencos, que son los que se han dicho arriba; aunque de los españoles dice Remesal que no ha sabido sus nombres (I, 6),¹⁾ como tampoco los supo Torquemada, como queda anotado.

Detúvose fray Tomás Ortiz en España más de lo que él pensó, y así tuvo allí todo el año de mil quinientos veinticinco, y ofreciéndose la coyuntura de la venida de Luis Ponce que venía a tomar residencia a don Fernando Cortés, no quiso perder esta ocasión de buena embarcación y así aprestándose para la jornada, pidió licencia al supremo consejo de las Indias²⁾ para traer en su compañía otros siete religiosos, y conseguida, juntó los cuatro de las provincias de España y los otros tres de la Andalucía, que con estos y los que había enviado por delante le parecía bastante número para dar principio a la labor de la conversión de estas gentes; y haciéndose a la vela a dos de febrero del año de 1526 en el puerto de San Lucar en compañía de Luis Ponce corrieron buenas brisas, y así llegaron con brevedad a la isla Española, con ánimo de juntar allí todo su rebaño y pasar adelante; pero ya hallólo muy menoscabado, porque de los doce, los tres habían muerto y de los nueve había muchos muy desalentados para proseguir su viaje, amedrentados de los ruidos de la Nueva España que tantos escándalos causaron; y juntando los que se pudieron allegar salió de Santo Domingo y en diez y ocho días de navegación tomaron puerto en la Nueva España. Al licenciado don Luis Ponce le pareció importar al expediente de los negocios que llevaba a cargo, correr la posta y entró en México a 2 de julio, y los religiosos después, porque no llevaban precisión. Fuéronse a hospedar al convento que ya tenían

1) Remesal: *Historia*, I, pp. 88-89.

2) Sería más bien a la Casa de Contratación

nuestros hermanos los franciscanos, donde fueron caritativamente tratados del venerable padre fray Martín de Valencia y de todos los demás religiosos, hasta que tomando sitio se hizo modo de vivienda.

Pero anduvo tan desgraciada aquesta tierra en aquellos tiempos o principios, por ocultos juicios del Altísimo, que se descompuso aquesta escuadra de valerosos soldados, muriendo unos y enfermando otros; como se ha dicho arriba, a cuya causa determinó el infatigable padre fray Tomás Ortiz dar la vuelta a España para levantar más gente para aquesta conquista espiritual, como lo ejecutó en compañía de don Pedro, llegando a España y tratando de juntar religiosos para aquestas nuevas conversiones.¹⁾ Estaban ya juntos cuarenta valientes y esforzados soldados; pero ofreciéndose en aquella coyuntura las grandes tierras que se habían descubierto en Santa Marta y otras provincias de que iba por gobernador García de Lerma y Enrique Alfiñguer que iba a lo de Venezuela y que fuese por prelado de los de Santa Marta fray Tomás Ortiz y con los de Venezuela el padre fray Antonio de Montesinos, que había vuelto a España por religiosos para la Isla Española, dándole a cada uno el título de Protector de los indios, oficio muy honroso, y que en aquellas provincias y tiempos, se daba a los señores obispos; pero de poco les sirvió esta comisión para que no hiciesen los destrozos que refieren las historias en aquellas provincias, tan pobladas en aquellos tiempos, y tan desiertas en estos. Fue disposición esta del eminentísimo señor cardenal porque viniesen ya algunos ya prácticos en estas partes, haciéndose cargo de enviar religiosos a la Nueva España, donde no hacía falta el padre fray Tomás Ortiz, pues estaba en ella el padre fray Domingo de Betanzos; y habiéndose hecho cargo de esto su eminencia, encargó el cuidado de juntarlos y conducirlos al padre fray Vicente de Santa María, hijo del convento de San Esteban de Salamanca, en quien concurrían las partes de letras, virtud y prudencia, requisitos para semejante empleo. Fue instituido por nuestro reverendísimo maestro general en vicario general de los religiosos, confirmado por la santidad de Clemente VII, para que los gobernase por mar y tierra, en España y en Indias, donde quiera que estuviese; y dando el señor emperador todo lo necesario juntó veinticuatro religiosos que llegaron a Sanlúcar a embarcarse a principios del año de 1528. Y aguardando allí oportunidad de embarcación, fue pasando el tiempo de modo que hubieron de venir en compañía de don Pedro de Alvarado, quien presentando sus despachos a 26 de mayo en la casa de la contratación, se le dio pase sin ponerle embarazo alguno respecto de mandarle así el César por el favor del secretario Cobos, y también por haber hecho asiento de que a su costa haría una armada para descubrir las islas de la Especiería, cosa que se deseaba muy mucho (*que plugiese a Dios, nunca se le hubiesen hecho tales armadas, pues no se siguió de ellas otra cosa que la destrucción de los indios de la provincia de San Salvador y otras partes y su misma ruina*). Embarcados todos a principios del mes de julio, llegaron todos juntos al puerto de la Veracruz por el mes de octubre, aunque muy maltratados de las tormentas que habían padecido en la mar, por cuya

1) Remesal: *Historia*, I, pp. 90-93.

causa llegaron los religiosos muy maltratados al puerto, y dejando el padre fray Vicente allí los 16 mientras se recuperaban en la salud, se partió con los otros siete camino de Méjico. No es decible el gran consuelo que con su llegada recibió el venerable padre fray Domingo de Betanzos, pues veía que con la llegada de este escuadrón se le aliviaban las penas de su cargo y de la soledad que había padecido, y juntamente veía asegurado el establecimiento de su sagrada religión en la América para la dilatación de la fe y conversión de estas gentes. Con estos ocho que allí llegaron y los que allí se hallaban se componía una comunidad muy lucida para aquellos tiempos, y así acordaron, por consejo del padre fray Domingo de Betanzos, que juntos todos eligiesen una cabeza y prelado que lo fuese del convento de Méjico; y haciéndose así, salió electo el mismo fray Vicente de Santa María, con que con esto se descargó del oficio de comisario del santo oficio que entonces era anexo al prelado de la casa de Méjico; porque habiéndosele dado este cargo con casi plenaria autoridad de inquisidor al padre fray Pedro de Córdova por el cardenal Adriano, siendo inquisidor general de España, por su muerte se cometió a la real audiencia de Santo Domingo, quien lo cometió al venerable padre fray Martín de Valencia por haberse adelantado a los padres dominicos que quedaron en la Isla Española mientras que llegaban; y así luego que llegó el padre fray Tomás Ortiz lo tomó a su cargo y por su ausencia quedó con él el padre fray Domingo de Betanzos que ejercitó con mucha loa con que habiéndosele elegido en prelado el padre fray Vicente de Santa María se hizo cargo de la comisaría que le tocaba por tal prelado.

Hallábase ya en Méjico el adelantado don Pedro de Alvarado viudo de su mujer doña Francisca de la Cueva, que se la llevó Dios para sí en el puerto de la Veracruz sin duda maltratada del muy penoso viaje que habían traído, y hallando la oportunidad de la venida de tantos religiosos volvió a la primera instancia con el padre fray Domingo de Betanzos de que viniese a fundar convento de su orden a Guatemala. No le desagradó la propuesta porque era muy celoso de la extensión de su religión sagrada para utilidad de las almas, a que se llegó el gran cuidado, que acompañaba aquel santo prelado primer obispo de Méjico don fray Juan de Zumarraga, de la iglesia de Guatemala que estaba a su cargo, y deseaba tener allí persona de su satisfacción para que tuviese cuidado de aquella cristiandad; y no hallando persona más de su confianza que el padre fray Domingo de Betanzos, pues como dice Torquemada (*VI, 20, XXXII*) fue tanta la que hizo de este venerable padre que no deseaba otra cosa en esta vida como morir en sus manos: como se lo concedió Nuestro Señor por modo raro porque habiéndole venido el palio de arzobispo y hallándose perplejo en si lo aceptaría o no, no quiso tomar resolución sin consultarlo primero con su grande amigo Betanzos, quien hallándose en un pueblo llamado Tepetaostloc, a ocho leguas de Méjico, no lo quiso llamar, sino que el santo obispo, aunque tan cargado de años y de achaques, fue allá saliendo de Méjico víspera de pascua de Espíritu Santo, después de media noche, y dióse tanta prisa a caminar en un jumento que tenía, que llegó a las nueve de la mañana al pueblo. Diéronle a hora

de comer un poco de vino, que no quiso beber, aunque tenía mucha necesidad, a causa de que sabía que los religiosos no lo habían de beber, y no quiso en esto ser singular. Estuvo allí cuatro días confiriendo sus dudas con su grande amigo y en ellos confirmó 14,500 personas. Dióle el jueves su mal de orina que lo apretó tanto que le fue fuerza volverse a Méjico trayendo consigo a su grande amigo Betanzos y agravándosele el accidente recibió los santos sacramentos; y aunque la vida de aqueste santo prelado fue tal cual lo testificaron autores muy fidedignos, una hora antes de morir prorrumpió en estas notables palabras: “¡Oh padres, cuán diferente es verse el hombre en el artículo de la muerte a hablar de ella!” Con que entregó su ánima en manos de su Creador y en los brazos de su grande amigo fray Domingo, que tanto había deseado y suplicado al Señor.

Pues queriendo descargar su conciencia de la cuenta, como quien sabía que la había dar muy estrecha de su grey, rogó al padre fray Domingo que viniese a Guatemala con el oficio de provisor, juez y vicario general de este reino, quien por ayudar a su amigo y condescender a los repetidos ruegos del Adelantado, tomó el trabajo de aqueste largo camino: que habiéndolo de hacer a pie con su compañero, estilo indispensable de aquellos tiempos y mucho más en este penitente varón, determinó llevar la delantera al Adelantado y su grande comitiva. Determinó, pues, su jornada a fines del año de 28 o principios del de 29, caminando siempre a pie y muchas veces descalzo, comiendo poco, y lo más frutas silvestres, y durmiendo en el campo con otras muchas asperezas.

CAPITULO VIII

De la vuelta de don Pedro de Alvarado de España y principio que se dio a la casa de Guatemala. Año 1529

Bien pensó el adelantado don Pedro seguir luego al padre fray Domingo en su viaje a Guatemala; pero como se le habían hecho en España algunos cargos, que más se le disimularon que borrarón, por el favor de Francisco de los Cobos, se le renovaron en Méjico por orden que para ello se tuvo en Méjico, hasta que constase lo que debía a su majestad de los reales quintos y lo pagase, y llegando poco después la real audiencia que su majestad mandó fundar en la Nueva España prosiguieron en este mismo cargo contra don Pedro respecto de un capítulo que venía en su instrucción que decía: “Sabréis también si es verdad, que cuando Pedro de Alvarado estuvo en Guatemala no hubo buen recaudo en la cobranza de los quintos y no se acudió al tesorero, con lo que a ellos pertenecía”.¹⁾

De que se ve claro que la detención de don Pedro en Méjico, no fue por defender la justicia de Cortés, como dice Fuentes (*Fuentes, I, 4, II y III*),²⁾ ni estaba ello en estado que don Pedro pudiese hacer nada en esto

1) La primer audiencia estaba ya en México cuando llegó Alvarado.

2) Fuentes: Recordación, I, pp. 124-125.

sino procurando salir bien de los cargos que se le hacían sobre los reales quintos. Viendo pues los Ofs. Rs. de Guatemala, que venían en compañía de don Pedro de España, que era ya mucha dilación la de el Adelantado, trataron de venirse a poner recaudo en las cosas de su oficio, como lo hicieron, quedando don Pedro de Alvarado envuelto en sus cargos y procurando dar satisfacción de ellos. Antes que los oficiales reales, llegó el padre fray Domingo de Betanzos a Guatemala, donde fue muy bien recibido de todos, porque muchos de ellos eran testigos de su virtud y religión desde la Isla Española; con que luego la misma ciudad le ofreció sitio para que edificase convento, el cual escogió algo apartado de la ciudad, por estar apartado del bullicio, por la gran inclinación que tuvo desde mozo, como se ve en su vida, a la vida eremítica y solitaria. Allí edificó una iglesia y casa, buena para los materiales que aquel tiempo ofrecía, que eran cuatro horcones, unas cañas embarradas de lodo por tapias, que en esta tierra llaman *bajareque*, y la cubierta y techumbre de paja, y para que en algún modo remedase aquello al desierto, habiendo trazado la iglesia y casa de vivienda, compartió lo que había de ser huerta, en donde por sus manos, como consta de la petición de fray Bartolomé de las Casas, puesta arriba, fabricó el tanque y la acequia de agua, que se tomaba de la que se había conducido a la ciudad del río que se llama del Pensativo, con que se regaban las huertas que estaban junto de la ciudad; y para ponerlo más a su genio y devoción sembró árboles de sauces, con cuya frescura y amenidad recreaba el venerable padre su espíritu con soberana contemplación y a imitación de aquellos santos varones que celebra san Jerónimo de los anacoretas del desierto. (*Rem.: II, 2*).¹⁾

Era grande su atractivo y agudo el anzuelo en que a todos los aprehendía de su profunda humildad que se hace respetar aún de la más ardiente ira, como dice el Espíritu Santo (*Prov. XV, 1*), y así todos le acudieron con sus limosnas, con que pudo poner alguna forma en la clausura, cercando de tapias la casa y adornar su iglesia de ornamentos para el divino culto. No recibió esas temporalidades de valde, que las pagó muy aventajadamente, en muy buena moneda de sacrificios, oraciones, sermones y pláticas que continuamente les hacía.

Pertenecía entonces aqueste reino, como queda dicho, al obispado de Méjico, y dióle el santo obispo toda su autoridad episcopal, haciéndole su vicario para visitar las iglesias, distribuir plata para cálices y ornamentos, levantar iglesias y erigirlas en parroquias y quitar y poner en ellas curas y sacerdotes que las sirviesen y administrasen, y obligar con censuras y entredichos a los inobedientes y rebeldes a sus mandamientos; con cuya autoridad visitó aquella iglesia de Guatemala, y hallándola muy destituida de lo necesario para el divino culto y tratando del remedio con los alcaldes y regidores, hallaron que se podía aquesto remediar sin gravamen de los vecinos, pues había diezmos caídos de que su majestad mandaba que se proveyesen estas necesidades, y así dispuso que la ciudad lo demandase a los oficiales reales como se hizo.

1) Remesal: *Historia*, I, pp. 124-125.

Con la misma autoridad que tenía, nombró cura para la villa de San Salvador, al padre Antonio González Lozano, como consta del libro de cabildo de aquella ciudad, de que tengo sacado testimonio, a causa de que el padre Vázquez quiere confundir aquestas noticias y oscurecerlas, como otras muchas, para establecer su soñada conclusión; y así será bien trasladarlo aquí como lo trae Remesal (*R. II, 3, n. 3*).¹⁾ Túvose el cabildo a 17 de junio de 1530: “Este dicho día, mes y año susodicho, en presencia de mí el escribano en el dicho cabildo, juntos y congregados los dichos señores, teniente y capitán, justicia y regidores de la dicha villa, juntos e congregados, unánimes y conformes dijeron: que por cuanto ellos han visto e les fue presentado un nombramiento e provisión por el padre fray Domingo de Betanzos a ellos enviado, para que admitan e reciban al padre Antonio González Lozano, como cura de esta villa, en que por ello les manda so pena de excomunión y que por tal le reciban y usen con él; que aconsejándose todos ellos con el dicho señor capitán, que le recibían e recibieron al dicho Antonio González Lozano por tal cura de la dicha villa y iglesia, que están prestos de le dar favor e ayuda que para ello necesidad haya, y le admitían y admitieron en todo cuanto de derecho podían e deben e no más, e allende.²⁾ El dicho señor capitán dijo: que él lo recibía e recibió por tal, e le admitía e admitió asimismo al dicho oficio de cura; e todo lo pidieron por fe e testimonio e firmaron de sus nombres e por mandado de los dichos señores yo el dicho escribano notifiqué a Francisco Hernández se diese por despedido de cura de la dicha villa.—Luis de Moscoso y los regidores”.

No fue menos celoso el padre fray Domingo, de la salvación de las almas que tanto peligraba en la esclavitud y maltratamiento de los indios, que los demás de su sagrado hábito: que fueron los primeros que defendieron esta materia y la mantuvieron con el ilustrísimo Casas hasta al fin, a costa de grandísimos trabajos y persecuciones, como se irá viendo en el progreso de aquesta historia; y así no dejaba en todas las ocasiones que se ofrecían, de sermones y pláticas y confesiones, el procurar sacar de el mal estado en que estaban los comprendidos en estas culpas de injusticia y agravios de tercera persona en que estaban incluidos los de quitar la libertad a los indios, el modo de hacerlos esclavos tan contra justicia y derecho natural, el servirse de ellos sin paga, el no darles lo necesario en salud y enfermedad y otras cosas de este modo; pero como el interés y la codicia tenían echadas tan profundas raíces y les había endurecido y encallado las conciencias, era muy poco el fruto que de sus sermones sacaba, por el mal uso y costumbre introducida y malas inteligencias de perversos letrados; pero quiso la majestad divina que en aquella ocasión llegase a sus manos un traslado autorizado de las instrucciones que su majestad daba a sus ministros, que aunque ahora no vinieron en fuerza de leyes, como después salieron de allí a trece años, manifestaban claramente el deseo y voluntad de su majestad en el alivio de estos miserables; y estas eran las resoluciones primeras que se tomaron cuando el cardenal gobernador de España mandó detener al padre fray Tomás

1) Remesal: *Historia*, I, pp. 124-125.

2) Parece preferible la lectura de Remesal. Ximénez escribe: *en ayende el*.

Ortiz.¹⁾ Con ellas confirmó el padre fray Domingo su doctrina y manifestó que no era inventada de su cabeza, de las cuales apuntaré algunas para que se vea la justificación de nuestros católicos monarcas y la ninguna que asistía a los que estaban comprendidos en ello, que son como se siguen, que están en el libro de cabildo.

“Parece que en la Nueva España los indios por todo derecho, y razón deben ser libres enteramente y que no son obligados a otro servicio personal más que a las otras personas libres de estos reinos, etc.”

“Otro sí parece que los indios no se encomienden desde aquí adelante a ningunas personas, e que todas las encomiendas hechas se quiten luego, y los dichos indios no sean dados a los españoles so este ni otro título, ni para que los sirvan, ni posean por vía de repartimiento, ni en otra manera, por la experiencia que se tiene de las grandes crueldades, excesivos trabajos y falta de mantenimientos y maltratamiento que les han hecho y hacen sufrir, siendo hombres libres; donde resulta acabamiento y consumisión de los dichos indios y despoblación de la tierra, como se ha hecho en la Española”.

“Otro sí parece que al presente, hasta que los dichos indios se vayan instruyendo en la fe y vayan tomando más buenas costumbre y algún entendimiento y uso de vivir en alguna policía, su majestad no los debe dar por vasallos a otras personas perpetuamente ni temporalmente, porque se debe creer que sería traerlos a la misma servidumbre y perdición que ahora padecen o a otra peor, y no se debe hacer fundamento de las ordenanzas, prohibiciones y penas que se hiciesen en favor de los indios, pues la experiencia nos muestra que las que hasta hoy están ordenadas son muy buenas y ninguna se ha guardado ni basta prohibimiento para excusar los dichos maltratamientos poniendo a los dichos indios debajo de los otros particulares que no sea el rey”.

“Item por evitar los daños y engaños que en esto ha habido, se debe proveer que de aquí adelante no se hierre ningún indio por esclavo, y que los que hasta aquí están herrados se visiten y se sepa si ha habido engaño en su servidumbre, ni puedan vender sus hijos, deudos ni criados ni puedan inducirles servidumbre”.

Va poniendo otras ordenanzas e instrucciones muy útiles y necesarias y acaba la última diciendo lo que pueden acerca de esto las audiencias y dice: “Por manera que en todo han de tener facultad de mudar o añadir, excepto en lo que toca a la libertad de los indios y a que no sean encomendados ni apremiados a servir como personas sin libertad, porque como este sea contra derecho divino y humano y no se pueda hacer sin pecado, su majestad no lo debe permitir, mayormente viendo las muertes y consumación de indios que de ellos se ha causado hasta ahora”.

Esta destrucción de indios es tan verdadera como lo demostrarán las islas a todos, que siendo de tan numerosos gentíos cuando Colón las descubrió, en menos de cuarenta años no se hallaban ya indios en ellas, y

1) Sobre esta conferencia de Loaiza y Ortiz y su relación con las ordenanzas que transcribe Ximénez, véase *Estudio preliminar*.

lo mismo se ha visto en otras muchas partes que si Dios no permite por su misericordia que sacasen la cara los frailes de Santo Domingo y se levantase aquel valiente *Aod* (*Jud. 3, 15 v.*) salvador de aquestas gentes, que usando de ambas manos como diestras, puso en libertad aquestas gentes sacándolas de la esclavitud del cruel Eglon, ya no hubiera memoria de estas gentes como no la hay en todas aquellas islas.

De lo dicho en este capítulo y de los instrumentos citados se convence la malicia con que don Francisco Fuentes procede en sus historias manuscritas, cuando para darle la primacía a la religión de nuestra señora de la Merced en Guatemala, dice, que no se hallará cabildo en que se trate de fundación de convento de Santo Domingo (*2^a, fol. 163*). Y pudiera advertir que ni lo hallará de San Francisco, ni de la Merced, porque en los libros de cabildo nunca se escribió aqueso, ni en la traza antigua, ni en la nueva de la ciudad, ni menos hallará cabildo que tome en boca convento de la Merced hasta el año de 42 y lo mismo del de San Francisco; pero del nuestro bien vio los siete cabildos que se le citaron ajustando el cómputo del viaje del padre fray Domingo de Betanzos, de su viaje a España, para probar que no estuvo aquí hasta el año de 38; y pudiera haber advertido que su estada fue antes de ir a España el año de 29 y que después no estuvo aquí otra vez, y vio muy bien que la petición que está citada arriba, del señor Casas, que fue el año de 39, habla del padre fray Domingo, como que ha mucho tiempo que aquí estuvo, pues si él sembró los sauces y ya eran árboles grandes, ya había tiempo que había pasado eso.¹⁾

CAPITULO IX

De la entrada de don Pedro de Alvarado en Guatemala y vuelta del padre fray Domingo de Betanzos a la Nueva España. Año 1530

Muy cerca de año y medio se detuvo el Adelantado en Méjico sin poderse desembarazar de las demandas que le ponían, hasta que dando conclusión a ellas, hubo de tomar su viaje para Guatemala ya entrado el año de 1530; pero a aqueste mismo tiempo le había llegado mandato del padre fray Vicente de Santa María, al padre fray Domingo, para que sin excusa alguna, dejando cualquiera ocupación que tuviese entre manos, se fuese luego para Méjico. La causa de esta llamada con tanta precisión del padre fray Domingo de Betanzos, fue la grande novedad que se intentó de que la casa de Méjico y todo lo demás fuese y perteneciese a la provincia de Santa Cruz de la Isla Española para lo cual remitieron religiosos, prior para la casa de Méjico y vicario provincial; aunque Torquemada dice (*XV, 15*) que provincial a fray Tomás de Berlanga, que después fue obispo de Panamá. Y para que se tomase corte en esto y que la de Méjico fuese provincia aparte de la de Santa Cruz, se había dispuesto fuese el padre fray Domingo, en quien hallaron más relevan-

1) Fuentes: *Recordación*, II, pp. 182-184.

tes prendas de virtud y letras que en otro, para aqueste negocio. Grande fue el sentimiento de toda la ciudad luego que tuvo noticia que era llamado de la obediencia, y solicitaban con toda instancia que se quedase, que todos suplicarían al prelado que suspendiese el mandato; pero él, verdadero religioso, como sabía que en este voto estaba fundamentada toda la máquina misteriosa de la religión, no pudo menos que condescender, sin querer obedecer a las súplicas de todos. No sentía menos el ver que había de dejar sola aquella casa o choza de su desierto en que tanto se había impregnado su espíritu y que se atrasaba el dilatarse los sarmientos de la religión dominica que tanto anhelaba; quisiera dejar a su compañero que se llamaba fray Francisco de Mayorga, pero lo atajó el verlo mozo y planta nueva en el jardín de Domingo: que trayéndolo recién profeso cuando vino lo iba criando a incrementos de su santa doctrina; esto, y no ser sacerdote, y el no atreverse a ir solo que se tenía por sacrilegio en aquellos tiempos, le obligó a llevárselo consigo. Cerró con esto su casa y encargó las llaves al padre Juan Godínez cura de la parroquial de Santiago, y a un devoto secular dejó encargado: que le acabase de cerrar el cerco y, de unos adobes que dejaba, dispusiese unas celditas o tugurios para que pudiesen habitar los religiosos que pensaba enviar luego. Con lo cual, se despidió de la ciudad y tomó su camino para Méjico con hartas lágrimas de todos los que lo veneraban como a verdadero padre (*y a la verdad lo era de todos*) y prosiguió su camino a pie como había venido pidiendo limosna para poderse mantener en tan largo viaje.

No es decible la pena que tuvo el Adelantado, cuando encontrándole en el camino supo de su vuelta para Méjico, por venir muy consolado que en el padre fray Domingo tendría todo alivio en sus penas, ni fue menos las muestras de sentimientos que dio el licenciado don Francisco Marroquín, padre que fue de aquesta nobilísima ciudad. Porque confrontaban los espíritus, con brevedad se enlazaron y dándose los unos y los otros cuentas de sus sucesos, el padre fray Domingo instruyó al maestro Marroquín en el modo como se había de portar en las confesiones de los españoles, según las nuevas ordenanzas que habían venido; saliendo tan gran maestro y seguidor de la sentencia y parecer de los frailes de Santo Domingo, cual lo mostró en el tiempo adelante, como se verá.

Con estas breves vistas se despidieron siguiendo cada uno su derrota y llevándola el Adelantado para la ciudad de Guatemala llegó con brevedad a ella, donde fue recibido con las aclamaciones y festejos que sus hazañas merecían y con el gozo que se deja entender, porque con su llegada esperaban que cesase el visitador Orduña en sus tiranías, que los tenía muy lastimados a todos, así amigos como a enemigos; y a los 11 del mes de abril presentó sus despachos en cabildo que luego fueron obedecidos y haciendo el juramento necesario, luego fue admitido por gobernador de aqueste reino. Trajo don Pedro en su compañía muchos caballeros y de ilustre sangre para ilustrar su tierra, que suya se podía llamar, pues la había ganado con su sangre, y para irlos acomodando en la que la tierra ofreciese; y entre los que vinieron uno de los más ilustres fue Luis Dubois caballero de altísimo nacimiento, flamenco, y como tal le servía al señor emperador Carlos V que sobre no sé qué travesura de

mozo, temiendo la indignación del César, se ausentó y se vino con don Pedro aqueste año. Mucho sintió su ausencia y solicitando por su persona sabiendo que se hallaba en esta América, despachó sus cartas al virrey de la Nueva España y a otros gobernadores, para que fuese atendido como a criado suyo y se le diese cierta renta, como todo consta de sus probanzas que paran en poder de sus descendientes: de quien hay ilustre propagación en esta ciudad de Guatemala y San Salvador donde asistió a sus conquistas este mismo año de 30, con que se ve claro que va muy ajeno de verdad don Francisco de Fuentes (2 p. fl. 588) cuando pone a aqueste caballero gobernando la caballería en las batallas que finge en la rebelión del rey Sinacán el año de 1526.¹⁾

Trajo también en su compañía don Pedro de Alvarado al santo varón y a todas luces grande el licenciado don Francisco Marroquín, en que parece que la providencia del Altísimo guió sus acciones para que en este singular varón recompensase a Guatemala y a todas sus provincias, cuantas quiebras le podía haber causado; y a quien queriendo ensalzar le nombró a 3 de junio de aqueste año, por cura de la iglesia parroquial; pero aunque merecedor de este y mayores puestos, como se verá, obró aquí el Adelantado desatentadamente y contra derecho, pues no era de su jurisdicción hacer y nombrar curas; y así como buen letrado que era aqueste santo varón ocurrió a quien tocaba esto, que era el obispo de Méjico, para que lo subsanase nombrándolo juntamente su provisor juez y vicario eclesiástico de esto de Guatemala, los cuales títulos presentó en cabildo a 2 de setiembre del año de 1533.²⁾

De lo dicho se colige la gana de calumniar que tenía nuestro padre Vázquez a nuestro Remesal (Vázquez, I, 3), cuando lo nota de poco inteligente en el uso del real patronato, pues debió advertir su paternidad, que entonces no se usaba, como ahora se usa, sino que los señores obispos nombraban sin intervención de patrón alguno, como lo pudo ver en el nombramiento que hizo el padre fray Domingo de Betanzos para San Salvador con la autoridad que tenía episcopal y lo mismo pudo entender en la erección de aquesta iglesia de Guatemala que hizo el mismo señor Marroquín en Méjico a 20 de octubre de 1537 en el párrafo que empieza *Sed quia animarum cura*, en donde retiene en sí la autoridad de nombrar curas de las parroquias; y también debía advertir que si el real patronato se practicara entonces, como ahora, había de ser presentando el prelado eclesiástico tres sujetos y nombrando de ellos el patrón, lo cual no hubo aquí; con que podía haber excusado esta calumnia para no haber caído en esta nota tan grande de ignorancia.

Halló el Adelantado la tierra en grandísima turbación, porque además de los bandos que se habían levantado de unos contra otros por los que vino el juez de residencia Francisco Orduña, este con sus desafueros los había tanto enconado que cada día iba la guerra civil en mayores crecimientos, y para poner algún corte en aquestas diferencias, quitó los alcaldes que eran hechura de Francisco de Orduña y puso otros al parecer

1) Fuentes: *Recordación*, III, pp. 329-332.

2) Véase sobre el tema —de confusa cronología— nuestro *Marroquín*, pp. 18-19.

independientes, si es que se podían hallar entre tanta turbulencia; y publicó bando pena de la vida que no se hablase palabra en las cosas pasadas, con lo cual parece se puso algún sosiego a tan terrible tormenta: con lo cual empezó otra mayor contra los pobres indios con la armada que trató de fabricar para ir en busca de las islas de la Especiería como había prometido a su majestad; y así luego que llegó empezó a descubrir astilleros, sacar maderas, fabricar jarcias, acarrear fierro, sacar brea, conducir piezas de artillería, pero todo esto a costa de los pobres indios sacándolos de sus patrias y llevándolos a partes muy remotas. Bien se deja entender qué trabajo sería para aquestos miserables, desnudos, en tierras extrañas, sin tener quien les hiciera una tortilla, hambrientos, sobrados de mucho trabajo, los mandones crueles que no los dejaban descansar: que parece que es plaga la de esta tierra, sea español o mestizo, y mientras más ruin y de más baja suerte más tirano, que en teniendo un poquito de mando o una varita, no son decibles las tiranías que usan con estas miserables gentes. Esto es el día de hoy habiendo tantos que los miren y defiendan y que ellos están un poco más despiertos y sacudidos, pues ¿qué sería cuando estaban sin defensa humana, amilanados y cobardes al ver los estragos que en ellos se hacía? Déjolo a la consideración piadosa, pues la misma ciudad en carta que escribe a su majestad, que se pondrá adelante, dice que más necesidad tiene la tierra de ayuda que de hacer en ella armadas, y así lo confiesa, como se ha dicho, el mismo don Francisco como queda citado, que mató muchos indios con hacer navíos y despobló muchos pueblos muy numerosos, que es lo mismo que representó en sus memoriales a su majestad el señor Casas para el remedio; y es cosa muy notable cómo les ciega a algunos el afecto o desafecto, que calumnien al señor Casas, porque esto lo dijo solo con el fin de que se remediase, y ellos con el fin solo de detracción lo pueden decir y publicar.

Ocho velas fueron las que fabricó, entre chicas y grandes; consideren qué costarían de trabajo a los flacos hombres que las cargaron. Dejémoslo aprestando su armada, mientras refiero cómo nuestros religiosos vinieron a Guatemala segunda vez.

CAPITULO X

De la venida a Guatemala de los P.P. fray Bartolomé de las Casas y fray Pedro de Angulo, fray Luis Cáncer y fray Rodrigo de Ladrada

Como por los años de 1530 empezase a correr la voz de las grandes conquistas del reino del Perú, hechas por los desgraciados capitanes Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y concurriendo mucha gente a la fama de sus riquezas; luego se le ofreció a la caridad ferviente del padre fray Bartolomé de las Casas, que siempre ardía en la defensa de estos pobres su gran celo, que los conquistadores de Lima y del reino del Perú no serían más piadosos que lo habían sido los de la Nueva España, Santa Marta y

otras partes. Y previniendo el mal que podría sobrevenir de su dilación, con licencia de sus prelados se aprestó luego para pasar a España, siéndole tan poco molestos aquestos viajes por la causa referida, por entender hacía la de Dios, que no sentía la penalidad de ellos como si fuera de un pequeño arroyo. No extrañaban en la corte verlo religioso tan celoso, dando memoriales a favor de aquestos miserables, los que lo habían visto clérigo muy reformado en los mismos empleos; y viendo lo justificado de la causa que defendía, ganó con brevedad una cédula para Francisco Pizarro y Diego de Almagro, en que se les mandaba, como a capitanes de aquella conquista, que ni ellos ni sus capitanes inferiores hiciesen ni pudiesen hacer esclavo a ningún natural de aquellas partes, por ninguna vía ni manera, ni por razón, ni condición alguna; sino que vencidos y sujetos a la corona real de Castilla los dejasen en su libertad como vasallos suyos libres y señores de sí mismos y sus bienes y haciendas, como lo eran los moradores y vecinos de Castilla y de otras partes sujetos al Rey. Con aqueste despacho se volvió muy gustoso el padre fray Bartolomé de las Casas siendo muy bien recibido de los religiosos de su hábito, pues veían que trabajaba por todos, en lo que todos tanto deseaban, que era el ayudar a aquestos pobres desvalidos de todo favor humano.¹⁾

Fue su llegada a tiempo que se acababa de celebrar capítulo provincial en la isla Española y aceptando en él, como casa de la provincia de Santa Cruz el convento de Santo Domingo de Méjico, diéronle por primer prior al padre fray Francisco de San Miguel y embarcándose con algunos religiosos para venir a Méjico, trajo consigo al padre fray Bartolomé de las Casas con ánimo de darle compañeros para que pasase al Perú, no solo a que notificase la real cédula sino para poner juntamente en ejecución cierta facultad que llevaba para fundar allá conventos de la orden en aquellas provincias a la sazón sujetas a la de Santa Cruz, porque ya el padre fray Reginaldo de Peraza tenía allá religiosos con que se podía esto hacer. Llegado que fue a Méjico se trató luego del viaje del Perú y para ello se le dieron dos compañeros, el uno padre anciano y de muy relevantes prendas de letras y virtudes llamado fray Bernardino de Minaya y el otro un padre sacerdote mozo llamado fray Pedro de Santa María y Angulo, que tanta parte tiene en esta historia por haber sido una de las piedras fundamentales de esta provincia, apóstol de aquestas gentes, y que más convirtió y bautizó, y la columna más firme en sufrir y tolerar trabajos y malos tratos de cristianos.

Salieron aquestos religiosos de Méjico para el Perú, dice Remesal (*R. III, 4*),²⁾ a principios del año de 1531 y habiéndose de embarcar en el Realejo, puerto de aquesta gobernación, les fue fuerza el pasar por Guatemala. Aposentáronse en el convento de Santo Domingo que había un año que estaba despoblado, causándoles mucha lástima aquellas paredes desiertas en tierra tan necesitada de predicación y doctrina. A la voz de que había frailes en el convento de Santo Domingo, acudió toda la ciudad a verlos y a saber la causa de su venida; pero cuando se encon-

1) No estuvo en España entonces fray Bartolomé.

2) Remesal: *Historia*, I. pp. 191-192.

traron con el padre fray Bartolomé de las Casas continuo fiscal de los conquistadores, se les aguló el contento que llevaban, porque entendieron que traía algunas cédulas y provisiones reales contra ellos, que el servicio de los esclavos no les tenía muy seguras las conciencias y de cualquier aire se temían. Con todo eso, como discretos, disimularon y mostraron gusto con tan honrados huéspedes. Mucho mayor y con más exceso sin disimulación ni fingimiento alguno el licenciado Francisco Marroquín, cura de la parroquial de aquella ciudad, que como tan letrado y buen cristiano deseoso del bien de los naturales se holgara harto que saliesen ciertos los miedos de sus feligreses; en el discurso de la conversación supo el viaje de los padres al Perú a fundar convento y predicar en la tierra y como no dijeron más, todos se convertían en ruegos y plegarias que se quedasen allí en donde ya tenían convento fundado y la tierra sosegada y pacífica (*cosa que aún no se había alcanzado en el Perú*) y con mucha necesidad de doctrina. Instaba más en esto el padre cura, no entendiendo cuán imposibilitados iban los padres de darle gusto. Súpose esto en la ciudad y contentáronse con detenerlos quince días en que el padre fray Bernardino de Minaya les predicó tres sermones de grande espíritu y devoción; y de cuanto fruto hayan sido lo vi escrito (*dice Remesal, de quien traslado esto*) (*lib. II, cap. 4*)¹⁾ en un memorial de letra del obispo Marroquín, y apresurando su viaje dejaron el Convento tan solo como lo hallaron, habiendo sido muy regalados y abastecidos para el camino de toda la gente noble de la ciudad”.

Fueron su camino al puerto del Realejo, donde hallaron oportunidad de pasaje, que con solo veinticuatro horas de detención se hicieron a la vela, lo cual no les hubiera sucedido muy a gusto a decir la comisión que llevaban, porque como la mayor granjería y trato de aquellos tiempos era la de los esclavos, no permitieran llevar en su compañía a quien les iba a quitar sus intereses y ganancias. Llegados al Perú notificaron sus cédulas a los dos capitanes que luego obedecieron sin contradicción; y por manifestarse obedientes vasallos de su majestad, añadieron penas a las que su majestad imponía en sus cédulas, y conferido con el padre maestro fray Vicente de Valverde, varón doctísimo y de gran virtud, y con el padre fray Reginaldo de Peraza, vicario general de los religiosos dominicos que había en el Perú, el negocio de las fundaciones de los conventos, viendo que la tierra estaba alterada y que no había el sosiego que era menester para la predicación del Santo Evangelio, fueron de parecer que por entonces se excusase fundar convento y que entre tanto que hubiese oportunidad, se volviese a la isla Española o a la Nueva España. Con esto trató de dar la vuelta y adjuntándosele algunos religiosos de los que allá había, algo descontentos de aquestas alteraciones, se embarcaron todos para Panamá, de adonde pasaron al cabo de algunos días al puerto del Realejo que es en la provincia de Nicaragua.²⁾

Desde el año antes había su majestad nombrado por obispo de Nicaragua a don Diego Alvarez Osorio, chantre de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua del Darién, caballero noble, pero mucho más por sus

1) Remesal: *Historia*, I, p. 192.

2) Remesal: *Historia*, I, pp. 198-4; no parece que el tal viaje al Perú tuviera lugar.

letras y virtud; y entre los capítulos de instrucción que le dio el emperador, uno fue que procurase fundar un convento de Santo Domingo para que los religiosos doctrinaran toda aquella tierra, que al cabo de tantos años que estaban conquistadas aquellas gentes estaban en su gentilidad como el primer día; y ofreciéndose aquesta ocasión de la vuelta de aquellos religiosos, rogó al padre Bartolomé de las Casas que pues todo era servir a Dios y que en la isla Española y Méjico había ya tantos ministros, que fundasen allí conventos y que allí podían aguardar a que se sosegase el Perú. Condescendieron de muy buena gana a lo que con tantas veras se les pedía y fundaron casa de la orden en la ciudad de León a donde el obispo residía a quien dieron por patrono y titular a San Pablo para que como doctor de las gentes y que más que todos los demás apóstoles trabajó en la reducción de los gentiles, les favoreciese en aquella tan santa obra de la instrucción de aquellos infieles. Poblóse entonces el convento de la Concepción de Granada que antes habían empezado a fundar religiosos de San Francisco, que no se sabe quiénes fueron, ni por qué causa se ausentaron y lo dejaron, aunque nuestro padre Vázquez dice (*Vázquez: lib. 3, cap. 34*) que éste lo fundó fray Toribio de Motolinea, y cita para ello a Remesal (*libro 10, capítulo 4º*) y a la historia manuscrita de aquesta provincia que lo dicen expresamente; en que claramente faltan a la verdad pues solamente dice uno y otro autor, que aquel convento fue de padres franciscanos y que nuestros religiosos lo habitaron después; y como está ya dicho y probado con Torquemada, este religioso no fue a Nicaragua hasta el año de 45 y este convento estaba ya fundado el año de 1531, con que no tiene apariencias de verdad lo que su paternidad dice.

Aprendieron luego nuestros religiosos la lengua de la tierra y el padre fray Pedro de Angulo que sabía la mejicana, que se habla en muchas partes de aquella provincia, con que se empezó a hacer con mucho fervor la obra del Señor; y el padre fray Bernardino de Minaya se volvió a Méjico quedando los demás aprovechando a aquellas gentes. Aquestos dos conventos quedaron por de la provincia de San Juan Bautista del Perú por haberse fundado con religiosos que de allá vinieron, aunque después, el año de 1551, cuando esta provincia se creó en tal en el capítulo general de Salamanca se le agregaron a ella y sucedió lo que adelante se dirá.

Hallábase por este tiempo el santo obispo don Francisco Marroquín muy afligido por el nuevo cargo de pastor de las ovejas de aqueste reino de Guatemala que la majestad del emperador había puesto sobre sus hombros, como se dirá adelante, sin tener coadjutores, sin los cuales era imposible atender al beneficio de su grey, que son los religiosos que en todos los obispados llevan el peso del día y de el estío. Solicitaba su vigilancia algún camino de poderlos adquirir y ofrecióle su santo celo los religiosos nuestros que estaban en Nicaragua, y no omitiendo diligencia alguna para no tener cuenta que dar de su descuido al supremo pastor, escribió con mucho rendimiento al padre fray Bartolomé de las Casas significándole su necesidad y suplicándole se compartiesen los compañeros en la labor de la una y otra viña. No dudó su confianza el tener buen despacho en su súplica por haber conocido cuando le comunicó en Guatemala, el ardiente

celo del padre fray Bartolomé, de la salvación de las almas, pues el que con tanto afán y trabajo solicitaba la libertad del cuerpo de aquestos pobres, no era dudable que con mucho mayor celo procuraría la libertad de sus almas esclavizadas de Satanás. Como lo esperó así lo consiguió, pues no pudiéndose negar aquella madre piadosa de aquestas gentes a tan justo pedimento, hubo de condescender con el pedimento y súplica del señor obispo Marroquín, a quien, entre tanto como le debe este reino, no es la menor el haber traído a su costa las dos ilustres familias de Santo Domingo y San Francisco que tanto lo ennoblecen e ilustran como se irá viendo en el progreso de aquesta historia muy latamente.¹⁾

Pusiéronse luego en camino para Guatemala el padre fray Bartolomé de las Casas, el padre fray Pedro de Angulo y el padre fray Luis Cáncer, que fueron las primeras piedras que se asentaron en las zanjás que había abierto el venerable padre fray Domingo de Betanzos, piedras de tanta magnitud, firmeza y solidez cuales las mostró el tiempo adelante, pues la una fue obispo de Chiapa, la otra obispo de Verapaz y la otra aunque desgarrada por el martirio que padeció en la Florida, pero entera según cree la piedad cristiana que se conserva y se conservará para siempre colocada en las murallas de la celestial Jerusalén. Siguiólos luego el venerable padre fray Rodrigo de Ladrada, que desde que se unió con el señor Casas en Guatemala, del Perú de adonde vino, nunca más se separaron hasta la muerte, siendo su compañero indisoluble en todos sus trabajos y peregrinaciones que hizo. Desde aquesta llegada a Guatemala para iluminarla como soles, nunca se ausentaron ni causaron sombras de tinieblas desde aquesta entrada el año de 1535, no faltando de aquesta estirpe ínclita de los Recabitas que ilustrasen aquesta república de Guatemala por haber obedecido al gran Joyadas padre de aqueste reino (*Jer. XXV, 19*), como se irá viendo; y aunque nuestra antigüedad en esta república y reino de Guatemala, no se quiera contar como la cuenta su majestad en la cédula citada del año de 1538 en que entraron aquestos valientes héroes y aquestos cuatro de la fama: que no se la puede oscurecer la malicia de la calumnia y la mala voluntad de aquestos escritores modernos con la falsedad de sus quimeras.²⁾

CAPITULO XI

Del viaje que don Pedro de Alvarado hizo al Perú, y de la erección de aquesta iglesia de Guatemala de parroquial en catedral

¡Qué dificultades no atropella la codicia, pues llega hasta abandonar el alma, vendiéndola por tan ruin precio como el de los haberes temporales, la que fue su precio las mayores riquezas del Cielo! Esta lleva al hombre, negando a su padre y madre y a su amada y dulce patria, hasta los fines últimos de la tierra. Esta trajo a los más de los españoles a estas

1) Ximénez no sigue a Remesal en el viaje de fray Bartolomé a Santo Domingo, pero ignora con él el enfrentamiento con el gobernador de Nicaragua, Contreras. Véase *Estudio preliminar*.

2) Ed. Guatemala añade: el haber sido aqueste año de 1535.

partes, y pocos y muy pocos se hallarán que los trajese el deseo de la dilatación de la fe, pudiéndose a todos los más hacer la pregunta que el señor Piedrahita dice: “Que si se les preguntara a García de Serna por qué emprendía tantas veces a fuego y sangre esta guerra, ¿quién duda que respondiese que por la resistencia que hallaba en los indios para admitir la ley evangélica? Siendo así que ni se les predicaba ni se les había predicado” (*P. 7^a, p. III, 2*). ¿Quién duda que aquesto mismo nos respondiera don Pedro de Alvarado? Y si se les preguntara ¿que para qué era tanto aparato de naos como disponía? Sin duda, respondiera que para descubrir nuevas tierras en que se dilatase la fe. Esto pretextaba, y esto era lo que representaba cuando estaba tan engolfado en la fábrica de aquestos ocho navíos; pero ya después de acabados, declaró su ánimo que era querer entrar a la parte de las grandes riquezas que se publicaban del Perú. Declarado aqueste intento, fuese llevados de la envidia, o ya deseo del servicio del rey, o temor que no quedase la tierra desarmada, pues aunque los indios estaban ya sujetos, se estaban en su gentilidad y se podía temer alguna sublevación, viendo la tierra sin gente, se le opusieron los oficiales reales de su majestad, representándole los graves inconvenientes que podían resultar de aqueste viaje. Dieron cuenta a la real audiencia de Méjico para que pusiese remedio en ello, y considerados los inconvenientes y el que se había de seguir de meterse en conquista ajena, le mandaron suspender aquel viaje; pero aunque se lo notificaron las provisiones, suplicando de ellas se hizo a la vela y saliendo por el mar del Sur adelante tocó en Nicaragua donde apresó dos navíos que se aderezaban allí para llevar gente a Pizarro y armas, y tomando los más caballos que pudo desembarcó en Puerto Viejo y caminando hacia Quito, metióse en unos montes muy espesos, donde pensaron morir todos de sed; pero fue nuestro señor servido de proveerles de ciertas cañas llenas de agua. Aquí padecieron muchas necesidades, de suerte que hubieron de valerse de los caballos para comer; estaba entonces el volcán de Quito que causaba horror y miedo, bramando y arrojando mucha cantidad de fuego y ceniza: toparon con unas sierras altísimas que aunque estaban debajo de la equinoccial estaban llenas de nieve, donde al pasarla se helaron setenta personas y las demás dieron gracias a Dios de poder escapar; y teniendo Francisco Pizarro noticia de la venida de Alvarado despachó gente para que le resistiese la entrada y orden para que si quisiese venir a concierto fuese admitido; pero quiso nuestro Señor que sobre el río Liribamba, estando los dos campos para darse la batalla clamaron los dos campos *paz, paz*, y haciendo treguas para aquel día y aquella noche, se concertó don Pedro con los comisarios de Pizarro que se le diesen a Alvarado por toda aquella flota cien mil pesos de buen oro y que se apartase de la pretensa de querer entrar en aquella conquista.

Aceptó don Pedro el partido por no ser tan rica tierra como le habían dicho. Concertados de este modo mandó entregar la armada y se fue a ver con Pizarro quien le pagó puntualísimamente,¹⁾ y aunque algunos le aconsejaron a Pizarro que no le pagase sino que lo prendiese y remitiese

1) Ximénez sigue a Remesal en toda esta relación; y no siempre acierta.

a España por haber entrado con mano poderosa, él como caballero no lo quiso hacer, antes le dio muy buenas preseas. Por esta gente que don Pedro llevó de Guatemala, dice don Francisco Fuentes, que se ennoblecó mucho el reino del Perú y aunque no dudo fuese así porque fueron muy buenos caballeros con el adelantado, también dice don Juan Fernando Pizarro en sus *Varones Ilustres*, que fomentaron mucho los disturbios del Perú.¹⁾ Dio con esto la vuelta a Guatemala, que fue según se puede colegir, a fines de aqueste año de 1535.

Había ya informado don Pedro de Alvarado en España lo dilatado de estas provincias y lo distantes que están de Méjico y que así convenría erigir aquesta en catedral, para que habiendo pastor a la vista que vea la necesidad de sus ovejas ocurra a ello como quien ha de dar cuenta de todas, y así cuidadoso el Consejo en la persona que sería más conveniente, vacilaba porque no hay duda de que si Dios asiste a su majestad en la elección que hace de aquestos supremos prelados en quienes consiste principalmente el bien o el mal del rebaño, parece que en aquellos tiempos lo asistía con mucha más especialidad para el acierto de aquellos santos prelados que fundaron aquesta cristiandad: no siendo padres, que parece que explican no sé qué género de despegó, sino madres piadosas de aquestos párvulos, fomentándolos y abrigándolos al calor de sus entrañas piadosas para que no acabasen con estos pobres los que solo atendían a su destrucción, dándoseles en aquellos tiempos el título de *defensores de estos indios* para que con su grande autoridad reprimiesen las tiranías aunque muchas veces no les valía como lo significa con justas lamentaciones el señor Marroquín en una carta escrita a la ciudad de Guatemala que a su tiempo se pondrá.

Con este cuidado estaba aquel supremo senado cuando se les ofreció el que tenían a la vista que solo su aspecto manifestaba su gran virtud y religión, y por lo que se comunicaba, sus muy realzadas letras que estudió en aquel emporio de ellas, la universidad de Salamanca. Este era el padre fray Domingo de Betanzos, que como se ha dicho iba a negocios graves a España y poniéndolo en noticia del católico monarca que agradándole la propuesta, porque ya le había comunicado, le dio luego el nombramiento de primer obispo de Guatemala. Terrible fue aqueste golpe para el venerable padre porque no tenía de sí concepto que pudiese regir una manada de cabras, cuanto más un rebaño tan dilatado de ovejas de Cristo redimidas con su sangre, y así esforzándose su cortedad a sentir más bajamente de sí, se resolvió en no aceptar. Andaban en aquellos tiempos a despreciar las mitras, porque las mitras andaban a buscar los sujetos; anduvieran a buscarlas las mitras y no anduvieran tan despreciados. Otro religioso tal y sin duda del mismo espíritu, dice Torquemada que fue nombrado para esta iglesia de Guatemala, por estas palabras: "Envióle al padre fray Francisco Ximénez el emperador para ser primer obispo de Guatemala; mas por quedar en el estado humilde que había elegido de fraile menor no quiso aceptar" (*Torq. XX, 28*). Este fue uno de los doce apostólicos varones que vinieron con el venerable padre

1) Fuentes: *Recordación*, I, pp. 126-127; Pizarro: *Varones*.

fray Martín de Valencia a la Nueva España, año de 1524; no hay duda que así sería; pero no se sabe cual de los dos fue en primer lugar electo, aunque según la santidad de vida de los dos, cada cual puede ser el primero sin poderse dejar de notar aquí de paso, la maravillosa unión de aquestas dos familias en esta provincia de Guatemala, tan hermanadas y unidas que si entran los primeros fundadores, solo son cuatro de cada familia y que lo solicitase a los padres de San Francisco un fraile dominico, y se da la mitra a uno y no la admite ni tampoco el otro, que no puede ser todo esto tan acaso que no sea digno de mucha consideración. Y que salga ahora nuestro padre Vázquez procurando introducir rencillas y discordias.

Habiendo reconocido el adelantado el gran talento, virtud y letras del licenciado don Francisco Marroquín, informó también acerca de ello cuando escribió acerca de erigir aquesta iglesia en catedral, que bien se conoció que no se engañó en cosa, antes parece que fue impulso superior el haber dado noticia de su majestad de tan esclarecido sujeto para que las cosas se guiasen al mayor servicio de Dios y bien de aqueste reino, para que el que lo había empezado a plantar desde su principio, lo prosiguiese hasta ponerlo en la perfección que lo dejó; pues recibiendo una materia embrión, como era aquesta de este reino de Guatemala, la fuese formando y reformando y perfeccionándola en sus partes para que la dejase en la hermosura que se ve; y así el supremo consejo de las Indias viendo la repulsa de los dos primeros nombrados, y lo mucho que se dilataba el remedio que tanto se necesitaba, con los buenos informes que allá había, echó mano del licenciado Marroquín para que estuviese pronto y no se dilatase el remedio si hubiera de venir de otra parte y así le nombró en primer prelado de aquesta iglesia su majestad y cuán acertada haya sido aquesta elección lo manifestaron maravillosas operaciones de aqueste santo prelado. Hízose aqueste nombramiento a fines del año de 1533 y las bulas se despacharon en Roma por la santidad de Paulo III a 18 del mes de diciembre de 1534 y con ellas la cédula del emperador. Gobernaba aquesta iglesia, desde que llegaron hasta que se consagró, como gobernador del obispado.

No fue aqueste santo prelado menos vigilante en procurar saber la lengua de sus ovejas que en todas las demás cosas de su oficio y ministerio pastoral; y siendo entonces la cosa más difícil que se puede entender, por ser cosa tan oscura; y a que ninguno había abierto camino, fue tal su aplicación y ayudado del espíritu santo, rompió aqueste caos de confusión de aquestas lenguas, y así lo redujo a algún género de método o arte, que aunque por entonces no se pudo perfeccionar, no hay duda que fue obra de gran trabajo porque merece grandísima loa. Y también hubo de formar un género de catecismo, que aunque por entonces sacó algunas imperfecciones, después se fue corrigiendo como se fue penetrando los secretos y propiedades de estas lenguas, el cual después en mucha perfección dio a la estampa el año de 1556, como se puede ver en el mismo; y en el prólogo que parte de él trae nuestro Remesal (*Rem. III, 7, 5*), ¹⁾ advierte a

1) Remesal: Historia, I, pp. 205-206.

los que no tuvieron tanta comprensión, de la grande obligación de un prelado, cuán agradable es a Dios el emplearse en estas obras que parecen indignas de semejantes prelados diciendo: “Por ventura parecerá alguna cosa digna de menosprecio de los prelados (los cuales por la altura de su dignidad suelen estar ocupados en negocios graves y de importancia) se ocupen en cosas bajas y que solamente son coaptadas para la información de los niños, aunque si bien se mira, más soez y baja cosa es no abajarse a las cosas semejantes, o por mejor decir levantarse, pues que es el tal enseñamiento la médua de nuestra santa fe católica y de nuestra sagrada religión”, etc. ¡Oh santo y venerable padre, oh bendito entre todos los prelados pues no tienes a bajera antes sí a mucha gloria el ejercitarte en estas cosas que otros tienen por indignas de su dignidad; pero si bien lo miraran esta indignidad fuera su mayor ensalzamiento. ¿Y qué ensalzó tanto a aquel santo prelado primera mitra de Méjico, el ilustrísimo Zumárraga, a quien los ignorantes llamaban oprobio de prelados? No otra cosa que aqueste anonadarse a semejanza del hijo de Dios, que para poder llegar a la cumbre de la perfección aplicóse antes a servir que a ser servido y adorado. Aquesta gloria de haber sido aqueste prelado santo el primero que rompió aquestas mares de aquestas lenguas, y de haber hecho el catecismo para instruir en la fe aquestas gentes y aquesta palma que se llevó capitaneando a todos los que después de él tanto la han ilustrado. Se empeña nuestro padre Vázquez con todas sus fuerzas el arrebatarla de sus sacratísimas manos y darla a un hijo de su religión, pero tan sin tiempo, que quiso Dios que con la prisa que le dio a que hiciera el arte y el catecismo, se hiciera increíble su quimera, pues apenas llegó cuando ya se le manda hacer el arte y el catecismo. No hay duda que trabajó mucho el padre fray Pedro Betanzos; pero fue después que ya iba vencida mucha dificultad en entender aquestas lenguas, como otros muchos lo han hecho, con mucho acierto. No hay duda, no hay cosa alguna en que no quiera llevarse la primacía para su sagrada religión, como si tuviese necesidad su sagrado hábito de falsas honras; ¡Deje su paternidad cada cosa a quien le toca; no le quite ni arrebate a aqueste Santo Prelado la gloria y alabanza que se le debe por tan insigne obra! Más fundamento podíamos tener nosotros, para decir que nuestro fray Domingo de Betanzos abriría aqueste camino oscuro, pues se debe presumir que su gran celo de la salvación de las almas le haría aplicarse a su inteligencia, y más cuando venía a echar los primeros fundamentos de aquesta provincia para la doctrina de aquestas gentes, y que algo podía haber alcanzado en más de un año; pero por no hallarse nada auténtico tocante a esto, lo omitimos, dándole la primacía a quien se debe, que es al ilustrísimo señor Marroquín y confesar que a aqueste santo prelado debe la religión dominica los primeros rudimentos de estas lenguas; porque luego que llegaron aquí nuestros religiosos, que no vinieron a andarse peregrinando como nuestro padre dice de los suyos que finge,¹⁾ procuraron enterarse con todas veras en el idioma más común que es la lengua cacchiquel, que dándose ésta la mano con las demás, después les fue fácil el ir las com-

1) Parece aludir a los primeros franciscanos que describe Vázquez en el capítulo XIII de su libro primero.

prendiendo todas, y para esta cacchiquel tomando aqueste santo prelado el trabajo de enseñar a los religiosos lo que sabía, les fue instruyendo y enseñando para con más facilidad y brevedad se tratase de la reducción de aquestas gentes. Como se hizo, porque con el gran cuidado que ponían en el estudio de la lengua, ser capaces y hombres todos de letras, y con tan buen maestro, y el mejor que les asistía como a los apóstoles para que supiesen las lenguas, salieron tan consumados maestros cual lo manifestó el suceso que se tratará adelante cuando se trate de la reducción de la Verapaz; con lo cual empezaron a visitar toda la tierra, repartiendo y dando el pan de la doctrina: que había ya once años que lo estaban clamando y muriéndose de hambre por no haber quien se lo partiese y reparitiese. Mucha era la mies que se le ofrecía y estaba ya para segar, pero eran muy pocos los obreros para tanta sementera y mientras el soberano padre de familias usando de su infinita piedad enviaba más obreros, procuraba cada uno hacerse muchos, buscando modo y traza de poder estar en todas partes: porque todo lo que hoy tienen los padres de San Francisco y nosotros en las lenguas quiché y cacchiquel y sutuhil, todo lo tradujeron aquellos santos varones; y para poder asistir en todas partes, andaban continuamente predicando, repartiéndose por partidos, valiéndose de los más fieles indios que hallaban, y doctrinados éstos ponían a uno en cada pueblo o muchos conforme la cantidad de la gente, que juntándolos a ciertas horas les iban enseñando la doctrina y todo lo que los padres les enseñaban: y de este modo les iban actuando en la fe para que estando capaces se pudiesen ir bautizando. No es dudable que entre tanta multitud hubiese algunos más pertinaces y rebeldes, y que como más poseídos del demonio se retirarían a los montes; no puede negarse que habría muchos defectos de estos, pero eran irremediables por ser tan pocos los ministros; no dejando el señor obispo de ayudar y, mucho, ya con su autoridad ya con su doctrina. Bien se deja entender lo que trabajarían aquellos santos varones en toda aquesta reducción que sólo siendo unos espíritus tan relevantes y tan fortalecidos de Dios podían llevar tan terrible carga sobre sus hombros.

No eran sólo estas las fatigas que oprimían a aquellos hombres de gigantes, mucho mayores eran las que sus entrañas piadosas padecían al ver el mal trato de estos miserables y la esclavitud tan tirana en que los tenían muertos de hambre, desolados a azotes, al sol, al agua, al frío, desnudos en carnes, que siquiera con que cubrirse no les daban aquellos tiranos que se llamaban señores, y sobre defender a estos inocentes reducidos a una esclavitud inicua, estaban en continua guerra con los españoles; pero como verdadero hijos del “mastín de la Iglesia”, nunca dejaban de ladrar y vocear en el púlpito dándoles voces para que volviesen del camino errado que llevaban al de su salvación; pero era tanto el odio que contra sí se concitaron que temieron algún alboroto en la ciudad y así cesó el padre fray Bartolomé de las Casas en su predicación, procurando aprovechar el tiempo en quienes daban gratos oídos a su enseñanza. Que harta vergüenza era que cristianos católicos, hijos de cristianos viejos y caballeros, cerrasen tan fuertemente los oídos a lo que tan bien les estaba, como salir de sus culpas, y que les negasen la limosna que de puerta en puerta pedían para su sustento; y que unos indios bárbaros idólatras tan mansa y pací-

ficamente sujetasen el cuello al yugo suave del evangelio, y de su misma miseria, que quizás ellos se quedaban en ayunas, socorriesen a los padres: como todo se verá en una carta que el ilustrísimo señor obispo escribió al cabildo de la ciudad y en otros instrumentos que se irán trayendo.

No era menor la batalla que padecían aquellos santos varones acerca del modo tan inicuo que tenían de hacer la guerra tan contra ley divina y humana, tan contra lo que mandó Cristo, vida nuestra, como contra lo que su santidad y los piadosísimos reyes de España tenían mandado continuamente. Clamaban ya en el púlpito, ya en pláticas, sin dejar de vocear porque les pareció tiempo aquel en que creían que a ellos decía Dios lo que mandó al Profeta: “Clama, ne ceses, quasi tuba exalta vocem tuam et anuntia populo meo peccata eorum et domni Jacob scelera eorum”. “Clama, no ceses, levanta tu voz como trompeta y anuncia a mi pueblo sus pecados y a la casa de Jacob sus maldades”. Lo que resultó que aquesta predicación de que la fe no se había de introducir con armas y la portentosa conversión de la provincia de la Verapaz, es cosa que ha menester contarla muy despacio para que se den las gracias a Dios muy debidas como autor de todo lo bueno; y así será preciso tratarlo en capítulo aparte; pero antes es preciso dar alguna noticia del segundo viaje que don Pedro de Alvarado hizo a España, por ser aqueste su propio lugar.

CAPITULO XII

Del segundo viaje que el adelantado don Pedro hizo a los reinos de Castilla, y principio de la reducción de la provincia de la Verapaz o Tezulutlán

Mediante las capitulaciones que el adelantado hizo con la majestad cesárea, de que fabricaría a su costa una armada para descubrir las islas de la Especiería, el favor del secretario Francisco de los Cobos, hubo de componer sus cosas con su majestad, y como cosa que tanto deseaba el César el descubrimiento de aquestas islas y que se les buscasse camino por sus mares, escribió a su real audiencia diese todo el fomento necesario para la expedición de la armada. Fabricó don Pedro una de ocho bajeles, como se ha dicho, y sabiendo la real audiencia la derrota que llevaba de los reinos del Perú, le mandó no fuese allá: por los inconvenientes dichos lo uno, y lo otro por ser contra lo que tenía capitulado con el rey; pero él, que le estimulaba la fama de las riquezas de Lima, valióse de la trampa legal que es tan común del “obedecer y suplicar” y levando anclas se hizo a la vela. Mucho sintió la real audiencia aqueste modo de proceder y sobre todo el faltar a lo capitulado con su majestad en cosa de tanta consecuencia y que tanto lo había encargado; y así, luego que supieron que había dado vuelta de los reinos del Perú, trataron de enviarle a tomar residencia y hacerle aqueste cargo de la armada, que era el mayor, para lo cual fue nombrado el licenciado Alonso de Maldonado, oidor de la real audiencia de Méjico, juez recto y buen letrado. Esto se procuró hacer con mucho secreto, de modo que el adelantado no lo entendiese; pero por mucho se-

creto que se guardó no dejó de alcanzar a saber en Guatemala Alvaro de Paz, que era mayordomo del adelantado, quien noticiando al adelantado, y del cargo grande que le venía a hacer de no haber hecho la armada que había capitulado con su majestad; y viendo el adelantado que no era posible el descargarse de este cargo, hubo por mejor acuerdo el ausentarse antes que llegase el juez y se fue, como dicen, a cencerros tapados sin saberlo persona alguna a la provincia de Honduras y de allí a Puerto de Caballos, que debía de haber allí embarcación en la ocasión, pues de allí se fue para España; y porque sin duda se tuvo por fuga su ausencia, desde Puerto de Caballos escribió a la ciudad diciendo de no haberse despedido y avisado de su viaje respecto de la prisa con que le fue preciso salir a componer con don Francisco de Montejo la diferencia que tenían de gobernación de Honduras; que no iba huido, sino con licencia que tenía de la Nueva España, y que le era preciso el pasar a España sobre la dependencia con Montejo; todo aquesto consta de la carta dicha escrita en esta ocasión desde Puerto de Caballos a la ciudad, que hasta hoy se guarda allí, en cuyo archivo la he visto.

Llegó el juez, licenciado Alonso de Maldonado a 10 de mayo de 1536 y no hallando al adelantado habiendo tomado la posesión del gobierno, embargó toda la hacienda y los pueblos del adelantado. Viendo esto Alvaro de Paz, como su mayordomo y apoderado, con su hacienda y empeñándose y como pudo empezó a tratar de poner en planta la armada, porque este era el mayor cargo, y solo dando cumplimiento a ello podía salir con bien de aquesta residencia, y así empeñándose y adeudándose el mismo Alvaro de Paz, puso trece naos en el puerto de Iztapa dentro de breve tiempo y remitiéndose testimonio de ello a España satisfizo aqueste cargo que era el principal, con lo cual pudo el adelantado componer sus cosas con el César. Todo esto consta de la probanza del mismo Alvaro de Paz que para en poder de los Avalos y Cerdas sus descendientes (*Prob. de Alvaro de Paz, lb. 1 v.*), de que se conoce ser sin fundamento la queja que forma Vázquez por el adelantado de *que le quitó el bastón, cosa que él no pudo tolerar y que hallándose aquí sin recurso, se fue a España a buscarlo* (*Vázquez: I, VIII, fol. 38*), porque la causa de su ida fue la que se ha dicho y él no aguardó al visitador en Guatemala, y si a alguno le quitó el bastón fue a Gonzalo de Alvarado, que fue a quien dejó por su teniente. Llegó como se ha dicho el licenciado Alonso de Maldonado a Guatemala, a 10 de mayo del dicho año de 1536 y aprendiendo el gobierno de ella, fue procediendo a la residencia del adelantado, y juntamente atendió con mucho desvelo a acabar de pacificar la tierra que por algunas partes estaba todavía alterada; y éste es el mismo que vino después por gobernador de Guatemala el año de 1542 por la muerte de Alvarado y el que fue primer presidente de los Confines.

No cesaban nuestros religiosos de clamar sobre el modo con que la guerra se hacía, y más que todos aquel perpetuo fiscal de maldades, el padre fray Bartolomé de las Casas, quien en aquellos días escribió aquel tratado tan admirable que intituló *De único vocationis modo*; pero aunque éste se publicó, reíanse los conquistadores de la provincia de Guatemala y vecinos de la ciudad de Santiago, de aqueste tratado, y mucho más de su

autor cuando en pláticas y sermones trataba de ello: no creyendo que los indios pudiesen ser llevados por bien y que se pudiesen reducir por razones a recibir la fe; y mucho más era mofado en tratando del mal estado en que estaban por tener en esclavitud tirana a los indios y que estaban obligados a la restitución de todo. Bien lo manifestaron en la carta que la ciudad escribe a su majestad que se pondrá después, cuya intención depravada en el contexto de la carta bien la manifiestan, que era que su majestad se diese por sentido del padre fray Bartolomé de las Casas y a lo menos que no le hiciera caso y le diera de mano cuando no pasara a otra demostración; pero los engañó tanto su malicia, que claramente lo vieron ellos mismos honrado con la mitra de Chiapa por ello. “Y aunque no vinieron en concierto (dice Remesal, con los vecinos de Guatemala) (*lib. 3, cap. 9*) que sí hacía lo que decía y ponía en práctica lo que decía en este negocio, y con palabras solas y persuasiones del entendimiento y voluntad, convirtiese los indios de Tezulutlán, y los redujese al gremio de la Iglesia, haciéndolos perseverar en nuestra religión cristiana; ellos dejarían libres los esclavos, restituirían lo ganado en la guerra y harían todo aquello a que por su libro eran condenados. Todavía por curiosidad le pidieron y rogaron que procurase acabar una empresa de tanto servicio de Dios y de que tanta gloria sacaría para su persona, como el traer los indios a la fe con solas palabras; y todo esto se persuadían que con el mal suceso que había de tener si escapaba con la vida, escarmentaría para adelante y dejaría de molestarlos en pláticas y sermones y reñirles el modo que tenían de sujetar a los indios”.

“Tenía (prosigue el citado autor), el padre fray Bartolomé de las Casas, una confianza grandísima en el Señor que defendiendo, publicando y enseñando y persuadiendo la doctrina pacífica y mansa del santo evangelio, que no le desampararía al tiempo que la hubiese de poner en ejecución para dejarle corrido y afrentado en las bocas y entendimiento de quien tenía aquel modo de proceder por desatino y locura; y juntamente estaba persuadido que cuando no saliese con la empresa o que los indios no le quisiesen oír o por causa de tal embajada le quitasen la vida, que aquello no sería por falta del evangelio ni por falta ni engaño que en él hubiese, sino por justo juicio de Dios, y quizás mayor bien suyo, como era llevarle de esta vida a la otra con la aureola y corona de martirio”.

“Con todas estas consideraciones se ofrecía de su voluntad a los vecinos de la ciudad de Santiago de poner por obra lo que enseñaba y mostrar en práctica lo especulativo *De único vocationis modo* y de sus pláticas y sermones en que persuadía que la fe se había de enseñar por amor y con razones que persuadiesen al entendimiento, y obras que aficionasen la voluntad de la religión cristiana aun de la gente más bárbara del mundo”.

“Y porque en el tiempo que el padre fray Bartolomé de las Casas hizo este ofrecimiento, que fue a principios del año de 1537, no había otra tierra por conquistar por estas provincias cercanas a Guatemala, sino la de Tezulutlán tan montuosa, lluviosa y áspera, como ella misma lo está demostrando, donde casi todo el año llueve. La gente que la habitaba era el coco de los españoles, porque tres veces la habían acometido y otras tantas le habían vuelto las espaldas, y así la tenían por gente feroz e imposible

de domar y sujetar como habían hecho de las demás naciones y así la llamaban *tierra de guerra*. A esta provincia y gente se ofreció a ir el padre fray Bartolomé de las Casas y hacer que sus habitantes voluntariamente se hiciesen vasallos del rey de España y le tributasen y que recibiesen la fe católica sólo con la palabra de Dios”.

No pidió el padre fray Bartolomé para la ejecución de aquesta obra cosa alguna de la tierra, porque como intentaba hacerla del modo que el evangelio manda, que es la misma espada de la palabra de Dios, cuchilla de dos filos, procuró hacerla como verdadero imitador de los apóstoles y siguiendo las pisadas de los apóstoles, quienes sin más armas que éstas sujetaron todo el mundo al yugo del Evangelio; sólo pidió él y los demás compañeros lo que otros detestaron, que fue el que los dejasen solos. Esto fue ante el gobernador Alonso de Maldonado para que en nombre del rey les asegurase que no había de entrar en aquella provincia español alguno, lo cual concedió empeñando la palabra real lo cual aprobó la real audiencia de Méjico por su real provisión en que inserta el despacho que está original en nuestro archivo, y después la majestad del señor emperador la aprobó dando la provisión real en que inserta uno y otro y así para que le vean todos pondré a la letra la misma provisión del emperador para que se vea todo con claridad.

CAPITULO XIII

Donde se prosigue la reducción de la provincia de Tezulutlán

Don Carlos por la divina clemencia emperador semper augusto, rey de Alemania e doña Juana su madre y el mismo don Carlos por la gracia de Dios, reyes de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, etc. A vos los que sois o fuéredes oficiales nuestros, gobernadores de la provincia de Guatemala, Chiapa e Honduras; a vuestro lugar teniente; e otras cualesquier dichas justicias de las dichas provincias e a todas e cualesquier personas de cualesquier estado e condición que sean, a quien lo en esta nuestra carta contenido toca e atañe, salud e gracia. Sépades: que Nos mandamos dar e dimos para vos una nuestra carta e provisión real, sellada con nuestro sello e librada del nuestro presidente y oidores de la audiencia real de la Nueva España, su tenor de la cual este que se sigue.

Don Carlos por la divina clemencia, etc., a vos a quienes fuéredes nuestro gobernador de la provincia de Guatemala e a vuestros lugar tenientes e a otros cualesquier nuestras justicias de la dicha nuestra provincia, a todos e cualesquier personas de cualquier estado e condición que sean, a quien lo en esta nuestra carta toca e atañe salud e gracia. Sépades que el licenciado Maldonado, oidor de la nuestra audiencia de Méjico e gobernador de dicha provincia acatando ser cumplidero al servicio de Dios nuestro señor e nuestro e a la pro e utilidad e acrescentamiento e conservación de los naturales de dicha provincia, que no están de paz, ni han venido a darnos la sujeción como vasallos nuestros, que son; **para que con más faci-**

lidad vengan a ello y en conocimiento de nuestra santa fe católica, tomó cierto asiento y concierto con el padre fray Bartolomé de las Casas del orden de predicadores el tenor del cual es este que se sigue. Yo el licenciado Alonso de Maldonado gobernador de esta ciudad e provincia de Guatemala por su majestad digo: “que por cuanto vos fray Bartolomé de las Casas vicario de la casa de Santo Domingo que está en esta ciudad, con los religiosos que aquí están con vos, os habéis movido por servir a Dios nuestro Señor y por la salud de las almas y por servir también a su majestad, a entender y trabajar en que ciertas provincias de indios naturales que están dentro y en los confines de esta gobernación, que no están en la obediencia del rey nuestro señor, ni conversan con los españoles, antes están alzados, bravos e de guerra sin que ningún español ose ir por donde ellos andan; vengan de paz, e los queréis asegurar e pacificar a traer a la sujeción e dominio real e que conozcan a su majestad por señor, para que sean instruidos en nuestra santa fe católica y se les predique la doctrina por vosotros y por los otros religiosos que en ello hubieren de entender, y para esto me disteis parte de esto para que yo lo tuviese por bien; y porque teméis que después que vos traigáis los dichos indios e provincias de paz y al servicio del rey que si se encomendasen a españoles que serían maltratados, como lo suelen hacer y estorbados que no recibiesen la fe y doctrina cristiana, y por tanto me requeristeis de parte de Dios y de su majestad que si yo en su real nombre os prometiese e certificase que todas las provincias e indios de ellas que trujeredes de paz e a sujeción de su majestad los pondría en su real cabeza e no los encomendaría a ningún español; que os poníades en ello y los asegurariades y trabajaríades con todas vuestras fuerzas a los traer a los susodichos; y que si esto no os prometiese que no entenderíades en ello, porque decís que no esperáis sacar fruto ninguno ni los poder traer a que sean cristianos, ni a que sean dotados de buenas costumbres; y por que esta es obra de muy señalado servicio y gloria de Dios, para su majestad y bien y salvación de los naturales indios de estas provincias y es manifiesto que su majestad no desea más otra cosa que estas gentes infieles sean cristianas y se conviertan a Dios.

Por ende yo os prometo e doy mi palabra en nombre y de parte de su majestad por los poderes reales que tengo, que asegurando vos o cualquiera de vos. Los religiosos que al presente estáis, que sois el padre fray Bartolomé de las Casas y fray Rodrigo de Ladrada y fray Pedro de Angulo, que trayendo con vuestra industria y cuidado cualesquier provincias e indios de ellas, todos o su parte que caen dentro de los límites de esta mi gobernación, que por su majestad tengo, a que estén de paz e que reconozcan por señor a su majestad, que le sirvan con los tributos moderados que según la facultad de sus personas e pobre hacienda que tienen puedan buenamente dar en oro si en la misma tierra lo hubiere o en algodón o maíz o en otra cualquiera cosa que tuvieren o ellos entre sí granjearen y acostumbren a contratar, que yo desde aquí por los poderes que de su majestad tengo y en su real nombre, los pongo todos los que aseguraredes y todas las provincias de ellos en cabeza de su majestad: para que le sirvan como sus vasallos y que no los daré a persona ninguna ni a ningún español, ahora ni en ningún tiempo; y mandaré que ningún espa-

ñol les moleste ni vaya a ellos ni a sus tierras so graves penas por término de cinco años, porque no les alboroten ni escandalicen ni estorben a vuestra predicación, ni a ellos en su conversión, sino fuere que yo en persona vaya cuando a vosotros os pareciere, que vosotros vais conmigo, porque yo deseo en eso cumplir la voluntad de Dios y de su majestad, e ayudaros, en cuanto fuere a mí posible, que hagáis el fruto en los naturales de estas tierras que andáis haciendo para traerlos al conocimiento de Dios y servicio de su majestad, de lo cual su majestad se tendrá por muy servido de vuestros trabajos e industria; e que los dichos cinco años se comiencen a contar desde el mes que vosotros entráredes en la misma provincia y tierras de los que hoy están alzados y que no entre en cuenta los días que estuviéredes en los confines de las tales provincias de adonde habéis de comenzar a hacer vuestro concierto con ellos e a los industrial e informar para asegurarlos; y porque todo lo dicho cumpliré y guardaré como dicho es, y allende de esto lo escribiré a su majestad y a su real consejo de las Indias, como al señor virrey de la Nueva España que lo tengan por bien y acepten y confirmen como dicho es, firmé de mi nombre esta cédula en nombre de su majestad que es fecha a 2 días del mes de mayo de 1537.

Digo que haré lo arriba contenido e lo cumpliré hasta tanto que de ello dé noticia a su majestad y en ello provea lo que más a su servicio convenga, e que los cinco años se entiendan en cuanto al entrar españoles en las dichas tierras y que el dicho término de los cinco años se resuelva por el tiempo que a sus reverencias y a mí pareciere. El licenciado Alonso de Maldonado. El cual visto por el nuestro viso-rey, presidente e oidores de la dicha nuestra audiencia y ser cumplidero al servicio de nuestro señor y nuestro, efectuarse lo en él contenido, fue acordado que debíamos dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, e nos tuvimos lo por bien: por lo cual vos mandamos a todos y a cada uno de vos que veais el dicho asiento que así tomó el dicho licenciado Maldonado, nuestro oidor y lo guardéis y cumpláis como en él se contiene, e contra el tenor y forma en el contenido no vais ni paseis por manera alguna hasta que por Nos otra cosa se provea e mande, so pena de la nuestra merced e de destierro perpetuo de esa provincia e de esta Nueva España e de perdimento de la mitad de vuestros bienes para nuestra cámara a cada uno que lo contrario hiciere, e mandamos que esta nuestra carta e provisión sea pregonada públicamente en esa ciudad e provincia para que venga en noticia de todos e nadie pueda pretender ignorancia, de cómo esta nuestra carta fuere notificada e la cumplieredes e obedecieredes. Mandamos so la dicha pena a cualquier nuestro escribano que para esto fuere llamado, o al que vos la mostraredes, dé testimonio signado con su signo, porque Nos sepamos en como se cumple nuestro mandado. Dada en la ciudad de Méjico en seis días del mes de febrero de 1539 años.—Yo Juan Baena de Herrera, escribano mayor de la audiencia real de la Nueva España e gobernación de ella por su majestad la hice escribir por su mandado, con acuerdo del presidente e oidores de la real audiencia, don Antonio de Mendoza, el licenciado Ceinos, el licenciado Loaiza, el licenciado Tejada. Registrada, Juan de León. Por chanciller, Agustín Guerrero. E porque nuestra voluntad

es, que lo contenido en dicha provisión haya cumplimiento vos mandamos que la veais e la guardéis y cumpláis en todo e por todo, como en ella se contiene, en contra el tenor e forma de ella ni de lo en ella contenido no vais ni paséis ni consintáis ir ni pasar en manera alguna so las penas, en la dicha nuestra carta y provisión suso incorporadas, contenidas con más cincuenta mil maravedis para la dicha nuestra cámara a cada uno de vos que lo contrario hiciere; e guardándola e cumpliéndola dejéis e consintáis a los dichos fray Bartolomé de las Casas y fray Pedro Angulo y fray Rodrigo de Ladrada e a sus compañeros e a cualquiera de ellos a los religiosos de su orden que ellos enviaren, hacer y cumplir en todos los límites de esas gobernaciones en los indios que estuvieren de guerra lo en la dicha provisión contenido sin que en ello les pongáis impedimento alguno. Dada en la Villa de Madrid, a 14 del mes de noviembre de 1540 años.—Fray Garcías, *Cardinalis hispalensis*. Yo Pedro de los Cobos; secretario de la católica y cesárea majestad la hice escribir por su mandado.—El gobernador en su nombre.—El doctor Beltrán, *episcopus lucensis*.—Doctor Bernal.—El licenciado Gutiérrez Velázquez.—E ahora por parte del obispo de la dicha provincia de Chiapa, nos ha sido hecha relación que lo más del tiempo de los cinco años en que por las dichas nuestras cartas estaba mandado que ningún español fuese a los pueblos de los indios alzados de guerra, ni a sus tierras porque no los alborotasen en la predicción e conversión, es pasado e convenía al servicio de Dios nuestro señor e bien de los dichos indios que se prorrogase el dicho término para que se pudiese efectuar o conseguir el fruto en ello comenzado a hacer, e nos fue suplicado lo mandásemos prorrogar el tiempo que fuésemos servidos, durante el cual guardásedes e cumpliésedes lo contenido en la dicha nuestra carta y sobre carta o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los de nuestro consejo real de las Indias, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razón, e nos tuvimoslo por bien, por lo cual prorrogamos e alargamos el término, de los dichos cinco años, en la dicha nuestra carta y sobre carta suso incorporada, contenido, por otros cinco años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día que se cumpliera dicho término; e por la presente mando que durante el término de los dichos cinco años de esta prorrogación guardéis y cumpláis la dicha nuestra carta e sobre carta en todo y por todo como en ellas se contiene; y contra el tenor y forma de ellas ni de lo en ellas contenido, no vais, ni paséis ni consintáis ir ni pasar en manera alguna, so las penas en ellas contenidas, con más de cien mil maravedís para nuestra cámara a cada uno de vos que lo contrario hiciere. Dada en la Villa de Madrid a quince días del mes de enero de mil quinientos y cuarenta y siete años.—Yo el Rey.—Yo Juan de Samano, secretario de su católica y real majestad lo hice escribir por mandado de su alteza”.

He puesto toda la cédula real porque adelante nos ha de servir por lo que toca a la cédula que despachó el eminentísimo cardenal Loaisa y la del emperador en que están todas insertas. Bien se echa de ver que esta promesa que el padre fray Bartolomé de las Casas y los demás padres hicieron, no pudo ser sino con impulso superior en que la majestad divina quería manifestar la verdad de su evangelio; pero tomado aqueste asiento

los padres con el gobernador, no se atuvieron a milagros, que bien sabían que Dios no los había de hacer sin necesidad, y así considerando su pequeñez y que no fuera acaso que Dios por sus culpas, que las consideraban muy grandes, los tuviese por indignos de tan gran legacia como el llevar su santo nombre a los gentiles, procuraron disponerse con oraciones y ayunos para que Dios se sirviese de alumbrarles el modo más conveniente para hacer esta reducción. ¿Cómo había de faltar su misericordia y providencia infinita a los que por la defensa de su honra y su verdad habían empeñado sus palabras en su nombre? No era posible, pues tiene prometido al que tuviere tanta fe como un grano de mostaza que ha de trastornar los montes. Con la confianza de esta divina palabra se atrevieron a empeñar la suya por escrito prometiendo trastornar y revolver aquellos montes y montañas de la provincia de Tezulutlán; no dudaban el conseguirlo; lo que no acertaban era el modo cómo esto se había de ejecutar, porque prevenidos de la prudencia que ha de servir de gobernalle en tales lances, advertían que no era conveniente entrarse de repente por aquellas tierras que estaban alteradas con las entradas que habían intentado los conquistadores por dos veces y los tendrían por espías; ni menos enviarles legacia por conocer el genio mudable y fácil de aquestas gentes y que si no es muy asegurados y que por sus ojos vean, y palpen las cosas con sus manos, no se persuaden. En medio de aquestas maquinaciones no dejaban de importunar a Dios con oraciones, ruegos y lágrimas, con que les ofreció un medio cual suele su providencia ofrecerlo, valiéndose de instrumentos flacos para avasallar y rendir la mayor potencia.

Este fue el poner en la lengua de la tierra que se habla en Sacapulas y Cobán con alguna poca de diferencia que hasta entonces no sabían, la cual todos sabían ya muy bien con la dirección y enseñanza del venerable obispo Marroquín (que se hallaba en la ocasión en Méjico en ocasión de haberse ido a consagrar, que se hizo a los 8 de abril de aqueste año, a quien dieron también parte de aqueste negocio grave y a sus prelados para que les diese su bendición, como lo hizo el venerable padre fray Domingo de Betanzos que era a la ocasión provincial) los misterios de la fe desde la creación del mundo, caída de nuestros padres y toda la vida de Cristo y su pasión y muerte que toleró por redimir al hombre que se hallaba esclavo de la culpa, en un metro y consonancia y cadencia a modo de versos, obra la más singular que se puede pensar y que sólo alumbrados por el Espíritu Santo lo pudieron hacer con toda perfección, como se ve en ella que hasta hoy la tienen todos estos indios de memoria y la cantan en todos los días de misterio según lo que toca a aquel día; y cogiendo cuatro indios mercaderes de los que andan al trato entre ellos, cosa muy usada en tiempo de la gentilidad, y en aquel tiempo no prohibida, que entrasen en los pueblos no conquistados mercaderes de las tierras conquistadas, por medio de los cuales ellos sabían lo que pasaba entre los españoles, y aun los que estaban descontentos del yugo pesado de los españoles, o ya por los males que les hacían o por su malignidad, por medio de aquellos se comunicaban, como consta de cierta información que se hizo el año de 1544 que se traerá después.

A éstos los acariciaron para que con fidelidad hiciesen aquesta legacía a quienes les enseñaron todas aquellas trovas que habían hecho en la lengua; y ellos que naturalmente son inclinados a questo género de cantos por usarlos en tiempo de su gentilidad en sus fiestas, en que relataban sucesos pasados, las aprendieron con mucho contento suyo y las cantaban al son del instrumento que ellos llaman *tun*, añadiéndole sonajas y cascabeles, cosa que a ellos les arma mucho; y estando bien instruidos en lo que habían de hacer les dieron algunas buherías de Castilla para que adornasen más sus tiendas y de aqueste modo los despacharon por el mes de agosto de aqueste año de 1537 a tierra de Sacapulas: que era parte del reino del Quiché y se quedó sin conquistar aquella rinconada retirándose su cacique que era uno de los 24 señores grandes del reino del Quiché y de la misma sangre real a lo más fragoso de aquellas tierras; y esto fue así sin duda porque en donde están los edificios, que es sobre el río de Sacapulas antes de llegar al pueblo, hubiera encontrado con ellos Gaspar Arias cuando el año de 1529 fue a dar guerra a los indios de Uspantán, como se dice en el primer libro de cabildo; con que sin duda ellos se retiraron después de la ruina del reino quiché hacia las caídas del río grande de Sacapulas, que están detrás del pueblo de Sacabajá.

Entraron los mercaderes en el pueblo de Sacapulas y fuéronse a posar a casa del cacique que era el estilo de ellos en su gentilidad y saludándole hiciéronle su regalo según su uso, para lo cual los mismos religiosos les habían dado con qué los hiciesen. Eran conocidos del cacique porque continuaban aquellos países con sus mercancías y tendiendo sus tiendas luego acudieron muchos a la novedad de la mercancía. Cayó la tarde y recogiendo sus tiendas pidieron un *tun* diciendo querían alegrar un poco al señor y traído y tocado sus cascabeles y sonajas se empezó el canto al son de aquellos instrumentos. Los indios que son muy amigos de estos festejos luego acudieron a la novedad del regocijo, empezaron a cantar lo que los padres les habían enseñado de los misterios de fe, haciéndoles novedad todo lo que oían y no sabían qué historias eran aquellas. Causaba todo esto grande admiración al cacique y a todos los demás indios principales y mazeguales que habían acudido a aqueste festejo, y mucho más el oír que muchas cosas de las que allí se tocaban, en sus historias las decían de otro modo; y preguntados por el cacique que a dónde habían aprendido aquellos cantos, les dijeron que aquello les habían enseñado unos padres que eran los sacerdotes de los cristianos, dándoles las señas de su hábito, costumbres y modo de vivir, y como vieron que esto no convenía con las costumbres y las obras de los cristianos que les habían dicho, mucho más se maravillaban.

Quedóse el cacique con esta confusión por entonces, mas como la divina misericordia iba ya participando de su gracia para que aquellos miserables cautivos de Satanás recibiesen la paz del santo evangelio para sacarlos de aquella esclavitud en que estaban, le movía la curiosidad a él y a los demás para pedirles que repitiesen una y muchas veces aquellas historias. Oía la voz de su dueño aquella noble criatura hecha a su imagen y semejanza y quería ya con anhelo dejar a aquel adúltero padre que la había tenido engañada tantos siglos y así se regocijaba y delei-

taba en aquella suave y dulce voz que la llamaba por aquellas bocas toscas; y movido sin duda ya de emoción superior el cacique les pedía que les explicasen aquellas cosas; a que ellos no supieron dar razón sino que aquello tocaba el explicarlo a aquellos padres que lo tenían por oficio; y ya preso del lazo del divino amor, que ya lo tenía cogido en su anzuelo y rendido a sus saetas que le disparaba al alma, se le encendía más el deseo de saber de aquellas cosas, y así les preguntó si aquellos padres querían ir a su pueblo a enseñarle aquellos misterios; a que ellos respondieron, porque ya iban industriados en todo, que los padres eran tan buenos que no dudaban que si ellos los enviasen a llamar, vendrían luego; y animándose con esto el cacique se determinó a despachar a su hermano a Santiago de Guatemala a rogar a los padres que fuesen a su pueblo. Despachólo con los mercaderes quienes les habían asegurado no tenían que tener temor de que se le hiciese mal alguno. Dióle a su hermano un presente que llevase a los padres a su usanza y otros indios para que le acompañasen en el camino e instrucción que viese y considerase todo cuanto había y especialmente el modo de vivir de los padres que tanto le habían alabado los mercaderes, que era lo que más fuerza le hacía por lo que había oído de los españoles.

No dejaban entre tanto los padres de rogar continuamente a Dios por el buen suceso de los mercaderes, en quienes tenían puestas sus esperanzas: que Dios por medio de aquellos indios les habría de abrir camino para salir de su empeño. Quiso ya Dios consolar a sus siervos que se hallaban notablemente angustiados, no fuera cosa que por sus deméritos no se cerrasen las bocas de los que abominaban este modo de predicar la fe a aquestos indios; llególes la noticia de la venida de sus mensajeros y con ella como venía el hermano del cacique de Sacapulas con ellos. No es decible el gozo espiritual que recibieron sus almas al oír aquestas nuevas, pues ya conocían que el supremo padre de familias no los había de dejar padecer confusión y afrenta a los que esperaron en él, y así fueron luego a rendirle las gracias por tan grande beneficio. Llegaron los mercaderes y dieron razón de su legacia y cómo el cacique señor de Sacapulas enviaba a su hermano para que les rogasen fuesen a su tierra. Habló el embajador dando razón de su venida como era a irles sirviendo por el camino, que así se lo había mandado su hermano ofreciéndoles el presente que les traían. Agradeciéronselo mucho en su propio idioma que sabían, cosa que atraía mucho a estas gentes el ver que les hablaban en su lengua, que era una de las cosas porque ellos tenían poco amor a los españoles. Diéronle palabra de ir allá y para cumplirla y no arrojar-se precipitadamente porque no hubiese debajo de aquella paz alguna solapa, se dispuso que fuesen solo uno como explorador de la tierra y del camino de los indios. Todos querían llevarse aquella palma, o ya del triunfo o de la corona del martirio; y así se hubo de remitir a las suertes, que hubo de caer en el padre fray Luis Cáncer que le tenía Dios prevenida la aureola, pero no aquí sino en la Florida, como se dirá a su tiempo, para aquesta ocasión le tenía la de ser el primero que pisase la tierra de paz que no pudieron los españoles de guerra. Dispuesta su partida,

que poco tuvo que disponer de avíos temporales, sólo se previno de los del cielo de ayunos y oraciones, ayudándole a hacer la mochila sus hermanos con la promesa de no dejar de socorrerlo con sus sacrificios y oraciones y penitencias. Diéronle al hermano del cacique en retorno del presente, otro de buherías de Castilla; y a él y a sus compañeros después de haberlos bien regalado, según su pobreza permitía, también les dieron de las mismas cosillas, con que los despidieron muy contentos. Fue muy atendido y mirado el padre fray Luis por el camino, del cacique y los demás, admirando cada día más aquel género de vida y hábito tan diverso y distinto del de todos los demás españoles que habían visto y oído; pero cuando llegaron a tierra de Sacapulas fueron mucho mayores las demostraciones de festejos que hizo el cacique saliéndole a recibir, habiéndole prevenido barrerle el suelo y regárselo de hojas y flores y haciendo arcos de uno y otro, a su modo y usanza que usan hasta hoy en las grandes festividades. Recibió el cacique al padre fray Luis con mucha humildad no osándole mirar a la cara, como si ya previniese que aquellos habían de ser sus redentores que los habían de sacar a puerto de claridad de aquellas tinieblas oscuras en que estaban de su gentilidad. Saludólo el padre fray Luis con mucho cariño y ofrecióle el presente que le llevaba, cosa que tuvo en mucha estimación el cacique y pidióle el religioso que le mandara hacer una iglesia o ermita en que poder celebrar, lo cual luego fue puesto en ejecución. Comenzó con esto el padre fray Luis su predicación, explicando todos aquellos misterios que tanta armonía les habían hecho: decía misa en que notaba el aseo y limpieza con que se hacía aquel divino sacrificio, tan diferente en todo de la crueldad y inmundicia con que sus sacerdotes celebraban los suyos; y como veía el padre fray Luis cómo todo le agradaba al cacique: y sobre todo la rectitud de nuestra ley que en muchas cosas concernía con la suya en que guardaban muchos o los más de nuestros preceptos, sólo guiados de la luz de la razón que inclina a ellos, apretaba más el padre fray Luis y persistía el persuadir al cacique el que se apartase de dar culto a aquellos leños y piedras y se convirtiese a dárselos a quien debía. Gastó en esto algunos días en que fue labrando y penetrando la saeta del amor divino con sus auxilios y llegando a la última disposición aquel divino fuego, encendió y levantó llamarada en el corazón del cacique, quien enterado de la verdad que aquellos ídolos eran figura de Satanás, su cruel y mortal enemigo, a quien engañados tantos siglos le habían tributado cultos y adoraciones con tanto despendio y ruina de sus almas, los echó por tierra e hizo pedazos y lo mismo hicieron muchos principales indios a su ejemplo y propuso hacerse cristiano y recibir el agua del santo bautismo; con lo cual el padre fray Luis muy alegre en el Señor y dándole gracias por tan señalados beneficios se resolvió a dar vuelta y registrar toda aquella comarca y visitar los pueblos sujetos al cacique, como lo ejecutó para poder llevar noticia de toda la tierra; y habiéndola considerado toda como aquellos dos exploradores de Jericó y visto la docilidad de la gente y cuán mansos los hallaba y dispuestos para poder arraigar el grano del evangelio en aquella tierra que prometía ciento por uno, y considerando el gran cuidado en que estarían sus hermanos del suceso

que habría tenido su hermano fray Luis, se determinó a dar la vuelta a Guatemala como lo hizo. No es decible el contento que recibieron el padre fray Bartolomé de las Casas y los demás, viendo ya la puerta abierta de la misericordia divina en que claramente conocieron que la mano de Dios estaba con ellos, y así le rindieron las gracias reconociendo a Dios por autor de todo lo bueno y principalmente de aquella obra, pues sólo él les pudo inspirar semejante medio para la reducción de aquellas gentes. Cuanto fue el gozo espiritual que los benditos padres tuvieron de esta victoria que se prometían muy cumplida de Satanás, tanta mayor fue la rabia de muchos españoles opuestos a las verdades del santo evangelio que les predicaban los religiosos, porque movidos de Satanás que, como enemigo cruel del género humano no pretendía en estas conquistas sino el acabamiento de estas gentes en su infelicidad y infidelidad, para no perderlo todo los movía por la consideración de la utilidad que perdían de los despojos que podrían coger de esclavos que hacían, y encomiendas y utilidades que perdían si de paz se sujetaban los indios; y si era mucho el odio que mostraban a los religiosos por la defensa que hacían de estos miserables y doctrina que les predicaban tan contraria a sus obras, mucho mayor fue de allí en adelante como lo mostraron en los escritos infamatorios que hicieron contra los religiosos e informaciones para remitir a su majestad para que no les diese crédito en nada como se verá adelante.

Mientras el padre fray Luis vino para Guatemala, trató el cacique don Juan, que así se llamó en el bautismo que recibió, sin duda de mano del padre fray Luis Cáncer, trató de efectuar un casamiento que tenía apuntado de su hermano que fue a traer al padre fray Luis, con una hija del señor de Cobán que era lo que propiamente se decía *tierra de guerra* para lo cual se previnieron los banquetes y festejos como acostumbraban en semejantes casamientos de señores. Estilaban cuando así se hacían casamientos de un señorío a otro, al pasar un río grande, que divide las dos jurisdicciones que es el de Sacapulas, hacer ciertos sacrificios y ofrendas de aves y papagayos; y como ya estaba desengañado don Juan que todo aquello era superstición diabólica que ya había detestado y adjurado en el bautismo, envió a decir al señor de Cobán que se efectuase el casamiento tratado; pero que le hiciese gusto de que aquellos sacrificios y ofrendas no se hiciesen respecto de ser malos. Mucho se alteró el señor de Cobán con esta noticia; y pensando que ya se había hecho a la banda de los españoles de que a él podía resultar daño por su cercanía, quiso declararle la guerra; pero informado como no habían entrado en su tierra españoles se aplacó y se efectuó el casamiento.

Con el grande alborozo que los padres tuvieron del buen suceso con la conversión de aquel cacique, se inquietaron todos a querer ir a trabajar en aquella labor que ya miraban como obra de sus fatigas y retirarse allí donde con más sosiego harían la obra del Señor y dejar todos los demás pueblos que habían empezado a doctrinar porque no es decible la contradicción que tenían de los mismos que debían solicitar su cristianidad, pues para eso les habían encomendado, pues los querían tener tan esclavizados que el rato que se gastaba en su enseñanza, lo tenían por

perdido y que se les defraudaba mucho interés; pero considerando lo que llevaban plantado en esta tierra inculta y las malezas que llevaban ya arrancadas de estas breñas y que si lo dejaban se volvería a llenar todo de monte, se resolvieron en que sólo dos fueran a lo de Sacapulas y otros dos quedasen en el cultivo de aquesta heredad del Señor. Estos fueron el padre fray Luis Cáncer y el padre fray Rodrigo de Ladrada, tomando para sí el padre vicario que lo era de la casa de Santo Domingo desde el año antes de treinta y seis el padre fray Bartolomé de las Casas y el padre fray Pedro de Angulo el cargo de ir a tierras de Sacapulas. Era esto a fines de octubre y poniéndose en camino aquellos dos apóstoles de estas gentes, llegaron a Sacapulas, a donde el cacique los recibió con muestras de mucho amor y humildad, aunque no dejaba de haber alguna inquietud entre sus vasallos por ver que su Señor había dado de mano a sus dioses que veneraban sus antepasados; pero era movido de los sacerdotes a quienes tomaba Satanás por instrumento de estas cosas, que pretendiendo en esto o echar de su dominio a su propio señor, que era Dios, o que esto se hiciese con las armas para lograr el maldito sus granjerías en la perdición de aquellas almas. Habían quemado la iglesia que habían hecho al padre fray Luis; pero esforzándose el cacique, expuesto antes a morir que a dejar la fe que había recibido, volvió otra vez a reedificar la iglesia que como solo constaba de unos palos, cañas y paja, no era cosa de mucho trabajo. En ella decían misa los religiosos y en el campo predicaban a la mucha gente que concurría, que movidos los más de curiosidad, quedaban presos en el anzuelo de la fe, con que iba tomando cuerpo aquella cristiandad y fomentando el cacique con su ejemplo y poder cuanto podía. Habiendo gastado allí muchos días en que más y más se iba aumentando el número de los creyentes, quiso el padre fray Bartolomé descubrir más tierra a ver lo que les ofrecía aquel territorio y proponiéndoselo al cacique, se lo contradecía diciendo que temía no le quitasen la vida los de la tierra de guerra que eran los de Cobán; pero como esa ya la tenían ofrecida a Dios y estaban resignados en que la voluntad divina hiciese lo que más le agradase no repararon en aqueste inconveniente y conviniéndose el cacique con su gusto los dejó ir dándole para su guarda setenta hombres de los más valientes que tenía, encargándoles mucho que mirasen por la salud de los padres, advirtiéndoles que la suya quedaba en prendas de cualquier mal que les sucediese, y porque los guardas fuesen sin ningún cuidado él se hizo cargo de sus casas y familias, con lo cual se partieron muy contentos asistiendo a los religiosos con todo esmero y cuidado. Enviaban mensajeros a los pueblos para adonde iban guiados de sus guardas y en todos los salían a recibir con mucho agrado; de este modo dando vuelta a lo más de la tierra se volvieron a casa de su cacique ya entrado el año de 1538.

Había también penetrado el padre fray Bartolomé y su compañero por la parte de Sacapulas lo que está hacia la parte de San Andrés Sacabajá y Cubulco o Nimcabul que ellos llaman, y hasta lo de Tzamaniel, que era donde estaban los indios de Rabinal que está como ocho leguas o más de adonde está hoy el pueblo de Rabinal; en Tzamaniel tenían ellos sus edificios o casa del ídolo. Y hallando los religiosos todas aquestas

gentes desparcidas por quebradas y barrancos, como todos ellos estaban, y no teniendo aquí el embarazo que tenían en los pueblos conquistados de los españoles, la contradicción y repugnancia que hacían porque no se juntasen muchos pueblos pequeños en uno grande por sus intereses particulares, lo cual se remedió el tiempo adelante por las diligencias que hizo el padre fray Bartolomé de las Casas, como se dirá a su tiempo, trataron con el cacique la grande dificultad que era el estar todos desparcidos en pequeños pueblos, aun estos muy derramados entre sí, para el ministerio de que fuesen bien doctrinados y enseñados así en la fe católica como en policía racional. Agradóle al cacique aqueste modo porque era hombre de clara capacidad y alcanzaba y penetraba bien las razones que se le proponían, con lo cual se trató de poner esto en planta, y se dispuso que se empezase esto a ejecutar por la parte del Rabinal que teniendo sus casas y adoratorios en unos lugares muy ásperos que están en lo interior de la montaña, que está entre Cubulco y Joyabaj, habiendo hallado aquella llanada tan espaciosa donde está hoy la población, lugar muy ameno por sus ríos y arboledas donde ellos tenían sus huertas de cacao que hasta allí y aún hasta lo que hoy se llama el valle de Urran estaban extendidos, se trató de hacer la población en aquel llano. Era aquesta nación de Rabinal de mucha gente y así se fundó un pueblo muy numeroso. Constaba aquesta nación de muchos caciques inferiores y sólo doce que venían a ser cabezas de doce pueblos se juntaron allí. Tuvo su dificultad esto y no convinieron todos en aquesta traslación, por lo cual algunos de los caciques se salieron de allí con su gente y después se pasaron al pueblo de San Lucas que está junto a la ciudad de Guatemala, aunque hoy está aqueste pueblo muy acabado por las muchas epidemias que han padecido. Habiéndose recogido los de Rabinal en el lugar que hoy está, se trató de la parte de Cubulco el sacarlos y juntar todos los pueblos que tocaban a esta nación, al lugar donde hoy se hallan, porque estaban muy arrinconados en las montañas que llaman *Miau* y *Nimebul* hacia la parte que tira hacia donde está hoy Cunén y Uspantán con lo que se fue tomando forma en aquesta reducción.

Fue aqueste año de 1537 muy feliz para aqueste reino y obispado de Guatemala porque en él, a 6 de abril, consagró en Méjico el ilustrísimo señor don fray Juan de Zumárraga al ilustrísimo don Francisco Marroquín padre y madre de todo aqueste obispado y del de Chiapa el tiempo que estuvo unido a lo de Guatemala. Detúvose en la ciudad de Méjico casi todo aqueste año por los muchos y graves negocios que se le ofrecieron y asimismo hizo allí la erección de aquesta iglesia que firmó a 20 de octubre de 1537. Fue su erección de números muy competentes de dignidades y canonjías pues todos llegaban al número de 15, fuera de raciones y medias raciones y otros ministros; pero por no alcanzar la renta a tanto número, no llega; pero muy bastante es a componer un cabildo muy ilustre y muy decente a la majestad de una santa catedral como es la de Guatemala.

En la vida del padre fray Francisco de Colmenar (*libro 3º, capítulo 19, folio 146*), dice nuestro padre Vázquez una proposición muy escandalosa y otra notablemente falsa, y todo en desdoro de aqueste ilustre

prelado. La primera es afirmar que cuando dicho padre se dio a la predicación del evangelio entre estas gentes que fuese el año de 1544 no había indios bautizados y si algunos había, que habían sido violentamente y que aqueste religioso los fue reconciliando con la iglesia. Además de probarsele la falsedad de ello con él mismo que ha dicho en muchas partes que sus religiosos que finge vinieron desde el año de 24 bautizaron muchos, y que estuvieron bien bautizados; esto así dicho es una proposición muy escandalosa contra el señor Marroquín y contra tales y tan celosos ministros, así nuestros, como suyos que doctrinaron y bautizaron muchos; y no había de permitir tan santo prelado que de este modo sin doctrina ni catecismo, siendo prelado tan vigilante que continuamente andaba en su obispado visitando y celando las conversaciones; que a no verse claramente en su crónica que no lleva fundamento en todo lo que dice y sólo un hombre muy falto de talento pudo escribir tal crónica, era digno de que luego se quemara por esto y otras cosas tales; y que fuera este libro numerado entre los de los herejes enemigos de la iglesia.

La falsedad es que afirma en el mismo lugar que en toda la Nueva España se confirió el santo sacramento del bautismo en solo agua, lo cual dice no sucedió en esto de Guatemala, porque como el ilustrísimo señor Marroquín se consagró desde el año de 1537 y fue tan pronto en la ejecución de su oficio, luego dio providencia a todo; luego si la providencia que dio fue después que se consagró el año de 1537, luego todos los bautismos que ha dicho en su crónica que se hicieron antes, sólo en agua se confirieron. No quiero gastar el tiempo aquí en impugnar lo que tan latamente lo he hecho en mi tratado de ladrios, aunque no de todo porque todo es menester anotar, pues debía advertir que muchos años antes del de 37 hubo obispo en Méjico y en Tlascala que consagraron óleos de adonde esto se proveía, dado que no se usase desde el año de 34 de la concesión de consagrar óleos; y así es todo su libro lleno de implicaciones y falsedades.

CAPITULO XIV

De la vuelta de los padres de tierra de guerra; y capítulo provincial de Méjico, que es el primero que toca a esta provincia de Guatemala. (1538)

Entrado ya el año de 1538 quisieron los padres que estaban en tierra de guerra dar vuelta a Guatemala y traer consigo al cacique don Juan para que viese el gobernador de Guatemala la primicia de sus trabajos y regocijarse con el ilustrísimo señor obispo que como padre de aquesta cristiandad fue el día más festivo de los que tuvo en su vida, viendo aquella reducción pacífica hecha como manda el evangelio, que por gloriarse más que el señor, fue el mismo en persona a verlo por sus ojos, convidando al gobernador que se holgó de hacerle compañía, como se dirá, en el año

de 39. Para ello envió a llamar al padre fray Rodrigo de Ladrada para que quedase en aquella labor mientras los dos religiosos venían a Guatemala. Hallábase el padre fray Rodrigo predicando por el partido de Atitán y Tecpam Atitán, que ya tenían reducidos a la fe los religiosos dominicos, y sabiendo el cacique don Juan de Atitán y don Jorge de Tecpam Atitán y don Miguel de Chichicastenango la ida del padre fray Rodrigo a la tierra de Sacapulas, Rabinal, y cómo habían recibido la fe católica, siendo cómo éstos eran de los veinticuatro señores grandes del reino del Quiché con los caciques de Sacapulas, Rabinal y Cobán; y que habían sido amigos todos entre sí como vasallos de un mismo señor en tiempo de su gentilidad, y que había tantos años que no se habían visto ni comunicado, quisieron hacerle compañía al padre fray Rodrigo: de que mucho se alegró por lo mucho que importaba al crédito de los religiosos y consiguientemente del santo evangelio con aquestos testigos de tan superior jerarquía, de como no se pretendía otra cosa de ellos ni los padres deseaban más oro ni más plata que su bien y salvación. Fueron estos caciques, como personas tan principales, acompañados de otros principales sus vasallos que juntos con el cacique de Rabinal don Gaspar, todos fueron mucha parte para que se allanase la tierra de guerra que es hoy la Vera-paz, como consta de las cédulas que se traerán después. Habiendo llegado el padre fray Rodrigo a Sacapulas, salieron los padres fray Bartolomé de las Casas y fray Pedro de Angulo como otros Josué y Caleb trayendo el racimo fértil del cacique don Juan para que todos vieses, así el pueblo de la ciudad de Santiago de la provincia de Guatemala, como los dos caudillos: del gobernador y el sumo sacerdote la fertilidad que prometía la tierra que tales frutos ofrecía. Llegados que fueron se celebró tan feliz hallazgo, como era justo, de los dos magistrados y de los que bien sentían de aquesta conversión, no faltando quien se abrasase de coraje viendo que aquí se le defraudaban las conveniencias que quizás no merecía. Aquí se equivoca Remesal diciendo que se halló en este recibimiento y festejo el adelantado don Pedro de Alvarado, lo cual no fue así, porque como queda dicho, él se fue de Guatemala para los reinos de España desde el año de 1536, como queda dicho; porque como no vio la probanza de Alvaro de Paz de adonde consta su ida cuando fue, no es mucho que se equivocase, que no es posible a un historiador saberlo todo y mucho más cuando son cosas que han pasado muchos años antes (*R., lib. 3, cap. 18*).

Llegaron, pues, los religiosos con el cacique a la ciudad y fueron a su convento y dando parte de todo al señor obispo y gobernador, luego acudieron a darle la enhorabuena de tan feliz suceso y a complacerse cada uno por la parte que en ello tenía y juntamente a visitar al cacique, que aunque indio no desmerecía el que tales personajes lo honrasen, pues no podía ninguno decir que era mejor que el indio por su sangre, y también para que se satisficiera y quietase su ánimo si algo estaba mal asentado con los españoles y viese por sus ojos no ser tan feroces los españoles como les habían mentido allá en su retiro. Dispúsose que saliese el cacique a pasear la ciudad y para atraerlo más y aficionarlo a nuestras cosas, dispusieron el gobernador y señor obispo acompañarle y que viese

la ciudad y sus tiendas con todo lo demás que ya engrandecía a aquesta república, dando orden el gobernador que si se aficionase de algo se lo diesen, que él quedaba a la satisfacción, y fue cosa notable, dice Remesal, la gravedad y circunspección con que se portó don Juan en este paseo, no demostrando hacer caso de muchas cosas de valor que le ofrecían con liberalidad por más que le importunaban a que los recibiese y sólo dio muestra de aficionarse de una imagen de María, señora nuestra, por la atención con que la miraba, que luego se la ofrecieron. Mostró el cacique mucho gozo de la dádiva que recibió de rodillas de manos del señor obispo. Acabado el paseo y festejo del cacique se estuvo algunos días en nuestro convento y regalados todos los que le acompañaban con cosas de Castilla, trataron de dar la vuelta para su tierra como lo ejecutaron y con él el padre fray Bartolomé de las Casas. Para proseguir su labor la tierra adentro, fueron penetrando la tierra de Cobán y sus contornos que se dilata mucho aquella nación Cacchi y con la ayuda de los caciques referidos, que ellos mismos contaban lo bien que les había ido con los padres y con cuanto amor y caridad los trataban y como los defendían de sus encomenderos, que les estaría muy bien abrazar la fe católica, y más quitados de tener otro señor que el rey por el concierto que se había hecho de que no se darían a persona alguna. Con este seguro y ser ella gente dócil y de menos supersticiones que la otra, como dice fray Jerónimo Román (*Román, República*), sacado de la *Historia Apologética* que escribió el mismo padre fray Bartolomé de las Casas; con lo cual se fue allanando todo lo que mira a Cobán que son muchas parcialidades y pueblos, aunque por entonces no se pudo acabar de reducir todo por los inconvenientes que se fueron ofreciendo; y sobre todo, el mayor fue don Pedro de Alvarado cuando volvió de España, haber puesto en encomienda aqueste pueblo de Cobán, cosa que fue un milagro no haberse perdido aquella cristiandad como se dirá adelante, lo que por entonces suspendió y cortó el hilo a aquestos progresos; aunque poco lo atrasó por el buen pensamiento que se le ofreció entonces al señor obispo don Francisco Marroquín de enviar por ministros religiosos a España porque considerando lo dilatado de su obispado que comprendía todo lo que hay de Guatemala y Chiapa y los pocos ministros que tenía en todo él, parece que aunque los cuatro que había se hacían muchos, era sólo en esto de Guatemala estando todo lo de Chiapa desierto y lo mismo lo de San Salvador y otras partes: lo cual le traía en continuo desvelo; y aunque cuando estuvo en Méjico tuvo ánimo de pasar a España a traer religiosos para su obispado, como lo dice en carta escrita a la ciudad de Guatemala que se guarda en su archivo, lo cual no pudo poner en ejecución por estar la mar llena de corsarios y faltarle los medios, como allí dice, todavía recogiendo lo poco que le había quedado, lo remitió a Juan Galvarro procurador que había enviado la ciudad a España a ciertos negocios para que le negociase algunos religiosos, y aunque en su carta no dice más que esas palabras: “Y porque mi intención y propósito que me llevaba a Castilla no quedase del todo frustrado, dejo proveído y envió mi poder y lo que me queda a Juan Galvarro para que a mi costa envíe todos los religiosos que pudiere

y les pague flete y matalotaje, aunque para esto otros tienen más obligación, más por lo que cabe, quiero hacer lo que en mí es, aunque me quede sin cornado que vale más que ser condenado, etc.”

Nuestro padre Vázquez, no sé con qué fundamento, quiere que este enviar por religiosos que no dice si dominicos y franciscanos, dice que fue sólo enviar por frailes franciscanos y que Juan Galvarro envió los primeros que vinieron, lo cual es falso porque aunque es verdad que envió el poder a Juan Galvarro para esto, no lo negoció él porque se vino antes que recibiese el poder y así consta de cartas que la ciudad escribe a sus apoderados en España, como el año de 39 ya se había venido Juan Galvarro como se verá adelante; y así quien los negoció fue el señor Casas, como se verá, de que consta que no tiene fundamento en todo lo que su paternidad escribe. (*Vázquez, lib. I, cap. 8*).

Con este deseo que tenía el señor Marroquín de traer ministros para su obispado, solicitólos en Méjico y no lo pudo conseguir de San Francisco, porque como dice Torquemada (*Torq. XIX, 14*), muchos más que fueran no bastaban para lo que tenían entre manos, y que así no se podían dar al reino de Guatemala. Sólo pudo conseguir traer dos religiosos mercedarios que fueron los padres fray Juan Zambrano y fray Marcos Pérez Dardón que fueron los primeros fundadores del convento de Guatemala, aunque parece por un cabildo que se tuvo a diez de noviembre de mil quinientos treinta y nueve que se habían ido, y a lo que se puede colegir, a fundar el convento de Ciudad Real, con algunos otros religiosos que vinieron y hallaron allí nuestros religiosos el año de 1545; en el cual cabildo dice que el padre fray Marcos Dardón había venido a poblar su convento y que estaba despoblado, y con sólo aquesta noticia que don Francisco de Fuentes halló en Remesal (*lib. 3, cap. 19*), que esto es del convento de Ciudad Real y no otra cosa, se empeña en quitar la primacía que tiene la orden y hallando tantos instrumentos en contra de él y a nuestro favor no se da por entendido. Esto es querer meterse a cronista de lo que no sabe ni entiende, pues sólo porque supo hacer unos malos versos, se quiso su necesidad meter a lo que no entendía. ¿Qué mayor necesidad que decir y majar que entre las calamidades que padeció Guatemala una fue la predicación de fray Bartolomé de las Casas y después que queriéndose ir a España contra ellos que se salió él disimuladamente de Guatemala el año de 1538 con pretexto de ir al capítulo provincial y que allí se estuvo juntando materias para escribir contra los conquistadores y de allí se fue a España? Y que a renglón seguido traiga la petición puesta arriba que presentó en cabildo como vicario del convento a 5 de setiembre de 1539 y luego traiga la carta que la ciudad le dio de favor escrita por noviembre de 1539? Todo esto no podía ser sino estando en Guatemala, ¿puede ser más crasa ignorancia? Y así lo dejo sin hacerle más caso a sus necedades y paso a lo que más importa.

El buen pensamiento que se le ofreció a aqueste santo prelado, fue el buscar modo y traza cómo traer religiosos de las dos familias de Santo Domingo y de San Francisco para poblar esto de ministros, que aunque

otros tenían más obligación de solicitarlo, como dice en su carta que eran los conquistadores, que comían y bebían y jugaban a costa del sudor de aquestos pobres con el cargo de su enseñanza y doctrina, poco cuidado les daba eso, antes hubo muchos, como queda dicho, que lo embarazaban cuando los religiosos lo querían hacer de caridad, porque no se les defraudase aquel tiempo de sus granjerías; pero no atendiendo a esto aqueste santo prelado, sino a salvarse a sí y a su grey, vacilaba en esto, teniéndolo sin sosiego. Bien se le ofrecía que sería muy conveniente que fuese alguno de los religiosos que había, pero le atajaba el que cualquiera que fuera hacía notabilísima falta, porque cada uno valía por veinte y si éste había de llevar compañero era la falta más notable y para ver si se podía descubrir camino, porque ya debía de haber perdido las esperanzas de los poderes que había enviado a Juan Galvarro por las noticias que había de su vuelta, sino es que ya había venido, por tener alguna esperanza en él no estuviera con tanto cuidado sobre este negocio; y así envió a llamar al padre fray Bartolomé de las Casas a la Verapaz con mucha instancia. Vino luego porque aunque no era su prelado le veneraba como a padre por su grande celo de la salvación de las almas y juntos los cuatro religiosos les propuso el gran cuidado que le asistía de la falta de ministros que tenía y que deseaba enviar persona a su costa que le trajese los que pudiese de las dos religiones; pidióles que encomendasen este negocio a Dios y que de allí a tres días se resolvería lo que había de ser. No podía errarlo, pues lo ponía en las manos de Dios; así lo hicieron los religiosos y después de misas y oraciones juntos para resolver en la materia, le dijeron que lo más acertado era que tomase aqueste negocio a su cargo el padre fray Bartolomé, que como tan cursado en viajes por la mar y harto de negociar en la corte como más experimentado lo dirigiría mejor. No deseaba otra cosa, mas no lo osaba proponer, abrazó la propuesta; y aviarlo con todo cuanto pudiese para este viaje. Antes de aqueste concierto tenían determinado fuesen dos al capítulo que se había de celebrar en Méjico por el mes de agosto, que siendo de elección de provincias era preciso asistiese el padre fray Bartolomé porque era vicario con título de prior de la casa de Guatemala y dar allí cuenta de lo obrado y negociar otros religiosos que les ayudasen. Con esto se aprestaron los dos religiosos fray Bartolomé de las Casas, vicario, y fray Pedro de Angulo, que es lo que tengo por más cierto que no lo que dice Remesal, que todos cuatro fueron para Méjico con ánimo de que conseguida la licencia para ir el padre fray Bartolomé se fuese con los dos compañeros fray Rodrigo de Ladrada y fray Luis Cáncer, lo cual discurrió ser así Remesal (*Rem.*, III, 18), por no haber visto la carta de la ciudad que se pondrá después y la petición del padre fray Bartolomé puesta arriba, porque no es creíble que totalmente dejasen toda aquesta cristiandad sin ministro y más la reducción de la Verapaz que era trabajo todo suyo; y el decir en la petición que por haber quedado sola la casa cuando fueron al capítulo a Méjico, no hay duda de que quedó sola porque unos fueron al capítulo de Méjico y otros irían a las reducciones, y así se quedó sola; y entonces se entraron y se estuvieron en nuestro sitio, los que se habían metido, aunque los religiosos ya habían venido aguardando a que por bien y sin

litigio se lo dejasen libre, y como estaban los religiosos tan malquistos no se atreverían a que les hiciesen un desaire hasta que hallarían ocasión de que se les hiciese justicia porque como se dirá, los religiosos vinieron a fines del año de 1538 y esta petición no se presentó hasta el 5 de septiembre de 1539, luego algo se temieron pues no reclamaron; o a lo menos viendo que no bastaban buenos modos de que siempre usaron ejercitando la virtud de la paciencia que bien necesaria fue en aquellos tiempos como decía San Pablo, se volvieron de la fuerza. Sea como fuere ello es cierto que este año de 38 no fue el padre fray Bartolomé a España.

Puesta ya a punto su partida la ejecutaron a 20 de mayo de este año saliendo de Guatemala con ánimo de dar una vista y consolar a sus hijos que habían reengradado con el bautismo porque con su ausencia no se inquietasen al oír a los padres que iban para Méjico; pero sabiendo que era por su bien, de ir a traer más religiosos que les ayudasen, les rindieron muchas veces las gracias por el trabajo que querían tomar por su bien y habiéndolos sosegado se despidieron no sin lágrimas de los unos y de los otros, ni es de maravillar que todos manifestasen por los ojos lo que en el corazón tenían de amor a sus hijos y de voluntad a sus padres, todas eran lágrimas de dolor: unos porque se apartaban de ellos, otros porque se alejaban sus padres con el miedo de no volverlos a ver. Dióles el cacique don Juan gente que acompañase a los religiosos hasta Chiapas; la casa de Guatemala, dice Remesal, quedó cerrada aunque no se le haría de nuevas, que así quedaba cuando los religiosos se iban a predicar por los pueblos, en esta ocasión quedó encargada a un buen hombre llamado Agustín de Salablanca que tomando después el hábito fue el primer hijo que tuvo aquesta provincia.

Llegaron los religiosos a Méjico bien cansados, que bien se deja entender cual llegarían después de haber andado más de 300 leguas a pie sin más provisión que la de ir atenedos a las limosnas que les daban. Fueron recibidos con notables júbilos de sus hermanos, que todos eran conocidos, pero mucho más del provincial que acababa, el venerable padre fray Domingo de Betanzos, que como él había abierto las zanjias del edificio que se iba levantando de la cristiandad de este reino, fue cosa de mucho gozo suyo espiritual el oír el grande fruto que se iba haciendo en estas gentes, y mucho más la conversión maravillosa de la Verapaz. Celebróse el capítulo a los 26 de agosto de este año de 1538. Hízose la elección en la venerable persona del padre fray Pedro Delgado, con general aceptación de toda la provincia por sus aventajadas prendas de virtud y letras. Era hijo del convento de San Esteban de Salamanca, y fueron sus definidores el padre maestro fray Domingo de la Cruz, fray Fernando de Oviedo, fray Gonzalo de Santo Domingo y fray Juan López de Castellanos.

De los negocios más graves que se trataron en aquel capítulo fueron los de Guatemala, lo uno tocante a la licencia para ir a España fray Bartolomé de las Casas y los dos compañeros que pedía, que eran el padre fray Rodrigo de Ladrada y fray Luis Cáncer, y sobre ser dos, quedaba lo de Guatemala muy destituido de ministros, y así era preciso acudir

al otro pedimento de que se les diesen y aunque todo tenía mucha dificultad por los pocos religiosos que había para tanto como tenían a que acudir, viendo la importancia de los dos negocios se hubieron de conceder dándole la licencia al padre fray Bartolomé y a los dos compañeros y consignando para Guatemala seis religiosos, cuatro sacerdotes y dos coristas, estos fueron fray Matías de Paz y fray Juan de Torres, que uno y otro fueron sujetos muy señalados en esta provincia, como se verá en el progreso de aquesta historia. Dice Remesal que entonces hicieron vicario de la casa de Santo Domingo de Guatemala al padre fray Pedro de Angulo, pero en la petición presentada en cabildo a 7 de setiembre de 1539, puesta arriba, se dice fray Bartolomé de las Casas, vicario de la casa de Santo Domingo; debió de ser que no teniendo oportunidad de embarcación entonces se volvió a Guatemala y se le dio después el título de vicario que sin duda tuvo hasta que se fue a España por Puerto de Caballos no por la Veracruz, como dice Fuentes, y después fue vicario el padre fray Pedro de Angulo.

No puedo dejar de notar aquí la suma malicia de nuestro reverendo padre Vázquez, lo uno que viendo lo mismo en su Torquemada (*Torq. XIX, 14*) que en nuestro Remesal, tocante a la venida de aquestos religiosos este año de 1538, totalmente lo niega antes (*libro 1º, capítulo 13, folio 68, columna 2ª*), trae la cita de Remesal (*del capítulo 18 del libro 3º*), donde dice que volvieron aquellos y otros seis el mismo año; siendo bueno Remesal para citarlo cuando se van, y no ser bueno para citarlo cuando vuelven. De la misma malicia usa su amigo don Francisco de Fuentes en este y otros muchos lugares, queriendo el uno establecer sólo frailes franciscanos y el otro mercedarios, no pudiendo contener el odio y mala voluntad que tiene a los frailes de Santo Domingo y principalmente al señor Casas que esa herencia y mayorazgo debieron de heredar los dos de sus abuelos los conquistadores ya que no heredaron dinero ni haciendas: que no pudieron, porque como todo fue tan mal habido se deshizo todo como la sal en el agua.

CAPITULO XV

De la fundación del convento de nuestra señora de las Mercedes

Como queda dicho arriba, el señor obispo Marroquín cuando vino de consagrarse de Méjico, trajo de Méjico a los dos religiosos de la Merced que fueron el padre fray Juan Zambrano y el padre fray Marcos Dardón para ayudarse de ellos en aquestas reducciones, y así tomado el sitio y hecha su casilla de vivienda fue su convento en aumento, y el año de 1539 fray Marcos Dardón pasó por comendador a Chiapa a poblar aquel convento que se había despoblado a donde bautizó muchos indios aunque con poco reparo del catecismo, por lo cual tuvo algunas pesadumbres con el señor Casas cuando vino por obispo de aquel obispado, llevando a mal, y con razón, aquel modo de bautizar (*Cabildo de 10 de noviembre*

de 1539 que está en los libros de Ciudad Real). Quedó por comendador de la casa de Guatemala el padre fray Juan Zambrano, aunque lo pasaban con mucha pobreza, como consta de unas peticiones presentadas en cabildo el año de 1539 y 40, en que piden se les acuda con las limosnas que por los indios se le hacía de ocote para poder rezar los maitines respecto de no tener candelas ni aceite ni con qué comprarlo. No se debieron de aplicar a saber aquesta lengua de aquesta provincia y esa debió de ser la causa de no haberles dado pueblos en todos estos alrededores de Guatemala, porque a haberla sabido, no hay duda que se les hubieran dado, porque no había cosa que más anhelase el señor Marroquín que tener ministros para doctrinar a sus feligreses; y para negociar de su majestad alguna limosna para fabricar su casa se puso en camino para España el padre fray Juan Zambrano, como consta de una carta que el cabildo escribe a su majestad que dice: "S. C. C. M. El padre fray Juan de Zambrano, del orden de nuestra señora de la Merced, vino a esta tierra habrá cuatro años e pobló en esta ciudad una casa con harto trabajo, porque somos pocos y no muy ricos, aunque siempre la hemos ayudado y ayudamos con nuestras limosnas así para la obra de la casa como para su sustento. El va a besar los pies de vuestra majestad suplicarle le ayude con su limosna para ayuda de acabar una casa que está haciendo para su perpetuidad: la obra es muy buena, etc., de Guatemala a 4 de febrero de mil quinientos cuarenta años".

La casa no quedó sola porque habían venido otros religiosos y había dado hábitos el padre fray Juan, de que se infiere ser muy falso lo que Vázquez dice, que uno se había ido a fundar a Chiapa y otro a Gracias a Dios, sólo por desparcir todos los religiosos de Guatemala y que no hubiese más que franciscanos cuando la ruina de Guatemala el año de 1541, los cuales no habían venido todavía, arrebatando a todos su estada en Guatemala para tomársela para sus frailes. (*Vázquez, lib. 1, cap. 13, pág. 163, lib. 1*). Cuando la ciudad se pasó al sitio que hoy tiene, se mandó que todos los que tenían solar en el sitio antiguo, lo dejasen para ejidos de la ciudad y que se les daría sitio en la traza nueva, y no viniendo los religiosos en este partido, no les dieron sitio y así no entraron en la ciudad hasta que por intercesión del señor obispo un vecino llamado Alonso Alvarez les dio el sitio que a él le había cabido en el sitio nuevo con cargo de ciertas misas que hasta hoy se le dicen. Quedáronse con esto con el sitio antiguo, el cual dieron a unos indios de Almolonga que hasta hoy lo poseen sus descendientes, con el cargo de dar y contribuir unos ramilletes de flores en el día que se celebra nuestra señora de las Mercedes, que es el día de navidad de la Virgen, como hasta el día de hoy los traen; y sabiendo todo esto muy bien nuestro padre Vázquez inventa las quimeras que inventa por oscurecer aquestas noticias; y dice nuestro Remesal que en aquellos principios autorizaban mucho aqueste convento los padres fray Juan de Zárate y fray Francisco de Almaraz.

Tomaron después a su cargo los pueblos de los partidos que están en los Cuchumatanes hasta Chiantla, Aguacatán y Huehuetenango, porque aunque los religiosos dominicos habían reducido a todos aqueles pueblos, como consta de la ejecutoria que negociaron los reverendos domini-

cos al cacique de los Sacatepéquez por haber ayudado y sido mucha parte para que todas aquellas montañas que son asperísimas se redujesen; y de la carta que se pondrá adelante de la fundación de Sacapulas en que el señor obispo quería que fundásemos aquel convento en Aguacatán, que entonces era pueblo muy numeroso y hoy muy acabado y de que la imagen tan milagrosa de Chiantla la llevasen allí los frailes dominicos que la mandaron hacer al mismo oficial que hizo la que está en nuestro convento de Guatemala que llaman de la Antigua.

Ha florecido siempre aquesta casa en mucha virtud y letras y la han honrado muchos y esclarecidos sujetos en cátedra y púlpito, que además de los que la fama publica de lo antiguo que no alcancé, he conocido muchos y muy sobresalientes; pero aunque no es de nuestra cuenta el escribir de ex profeso de aquesta santa provincia no quiero omitir por lo que honrará aquestos mis varones la gloriosa memoria del venerable padre maestro fray Diego de la Cerda, hijo de la casa de Guatemala y natural de la misma ciudad, de las más ilustres familias de ella por los singulares portentos que hubo en su singular martirio contenido en una carta que un religioso carmelita escribió a su maestro general, de 22 de marzo de 1676 que dice así: “Reverendo padre N.—Rindo con la debida obediencia que debo, las inaccesibles gracias de haber permitido el sumo hacedor de todo, saliese del tirano poder del Baja Abdabá, bárbaro dueño nuestro como el primer valido en Constantinopla de Ahmaometo, gran señor de tantas opulentas como dilatadas coronas, de cuya excelsa corte salí por medio del santo celo y eficaces como piadosas diligencias de vuestra reverendísima a 13 de febrero de este año con próspero viaje llegando a esta ciudad de Argel donde quedo esperando la próxima ocasión de embarcarme para que postrados a los pies de vuestra reverencia, mis labios repitan muy lato mis agradecidos reconocimientos; y en tanto que con el favor de Dios parta, pues es preciso participar a vuestra reverencia la noticia de mi llegada para el trueque de Selim por quien voy cambiado y a quien espero llegará cuanto antes interpuesta la solicitud de vuestra reverendísima. No puedo omitir el dar la expresa cuenta de la mayor novedad que en aquella dilatada monarquía previenen los anales ni el dilatado volumen de los dilatados siglos como del lastimoso y admirable que pasó en defensa de nuestra ley el muy reverendo padre maestro fray Diego de la Cerda, religioso de nuestra señora de la Merced en la provincia de Guatemala, venerable, santísimo, como docto varón en todas letras, de cuyo caso fui testigo ocular que acaeció y pasó de esta forma:

En el día nueve de febrero entre las tres y cuatro de la tarde sobrevino sobre aquella imperial y dilatada corte un huracán de viento y un torbellino de granizo y agua tan espeso y recio que en el espacio de cuatro horas y tres cuartos que tuvo de duración, inundó sus calles en seis codos de altura desolando muchos y muy celebrados edificios en que perecieron 419 familias de sus naturales, y habiéndose aplacado a las ocho de la noche, a las ocho y tres minutos se serenó el cielo, apareciéndose en él por la parte del poniente dos admirables como pavorosos cometas que en encontrados aspectos se miraban, siendo la que miraba o ocupaba la par-

te hacia el poniente su figuración al modo de lo de una serpiente con rostro humano; pero muy sañudo, la cabeza de un color encendido amarillo, la longitud del cuerpo verde y sus extremos inferiores negros, con cinco flechas en su horrorosa boca; y la de la parte del poniente con cabeza de león, de su matiz mismo, el cuerpo rojo y los extremos resplandecientes al modo de la luz cual exhalación comunican los astros, con un puñal a la diestra mano; cuya aparición causó general pavor en todos los naturales de aquella corte como de los afligidos cristianos que debajo de su poder tirano padecen, temiendo como católicos su general ruina y la indignada justicia del Altísimo, creciendo mucho más el confuso recelo cuando con formidable estruendo de batalla, que tuvo principio a la una y seis minutos de la noche, vieron ocularmente a las cinco de la mañana en punto, formar una lid uná con otra tan sañuda, que no parecía sino que los celestes ejes se desunían o que se desgarraba el firmamento, durante la militar como sañuda lucha hasta las siete y tres minutos de la mañana, en cuyo punto quedó vencida y precipitada la que estaba de parte del oriente, en que despidiendo de sí un globo de fuego en forma de rayo que llegó al centro del la común madre y extendiéndose por ella derribó y asoló dos capiteles del serallo del Gran Señor y toda la parte que miraba a oriente de su mayor mezquita con el palacio de Mustafá Selim, general de sus armas, y otros muchos; y varios edificios así de bajáes como de políticos y plebeyos, pereciendo en su fatal incendio nueve mil trescientas y ochenta familias cuya general lamentación era una grima, quedando como vencedora y señora del estrellado velo en su lugar la que estaba al poniente, concediéndose a la vista humana hasta que en mullido lecho de perlas le da sagrado lecho al sol el Calpe; con cuya rara admiración, después de larga suspensión del Gran Señor, mandó convocar a su real alcázar a todos los morabitos o papaces de su corte, a quienes ellos veneraban como oráculos, pidiéndoles que le declarasen la denotación o indicación de aquellos efectos, en que discurrieron con tanta variedad, que más obró en creces la confusión de su monarca que en desatarle sus cobardes dudas. Unos dijeron que era significación de alteraciones en sus imperios, conspirándose algunos de sus visires a negarle obediencia y vasallaje: otros que amenazaba detrimento fatal a sus armadas por armas de extranjerías regiones, con pérdida de vida o libertad a su persona regia. A cuyo sentimiento fue tan grave la bárbara indignación suya que les mandó colgar de sus almenas, como con efecto fue ejecutado así; y hallándole con lo extraño de sus vanas melancolías uno de los Bell her leyes que le asisten, le dio noticia de la gran matemática y de la docta experiencia de un religioso anciano que estaba en su poder captivo, y que si gustaba de verle, sólo aquel le persuadía le daría la solución que requería la ya engendradora tristeza suya. Mandó que le llamasen y fue nuestro venerable fray Diego a su presencia a ocasión que había llegado a la fama de este inopinado suceso Abdalá Sofor natural de la Persia, y tan cursado en la astronómica como en la mágica y convocados todos en su real presencia le mandó a nuestro venerable padre hablar primero, a quien con toda humildad como acierto le pronosticó por menor sus denotaciones diciéndole cómo peligraba su vida en una batalla y que había de ser a ma-

nos de extranjero príncipe con quien haría antes liga uno de los levantados reyes de su dominio siendo en cinco superiores coronas suyas la alteración de su rebelada inobediencia; a que le contradijo Abdalá por lisonjear su gracia, obrando con la magia aparentes denotaciones en los círculos que formó en un espejo; y como el venerable padre fray Diego conociese por su virtud ser obrado con diabólica arte, lo manifestó así al Gran Señor diciendo arrebatado del fervor divino y celo de nuestra santa fe: *Si obras como dices por propia ciencia y por favor que dices te comunica el cielo, haz de aqueste pequeño escapulario que me quito del pecho, una flor y serás creído.* A que Abdalá se le mostró omiso, a que respondió: ¡Haz tú primero, para que te creamos, que el sol se pare, que hable una ave u otra señal de que eres ayudado de Dios a ver si tiene poder para ello! En esta ocasión, iban a darle sepultura a un paje del Gran señor y muy querido suyo, de que le entraron a dar noticia, viéndolo el venerable varón, dijo: ¡Traedle aquí, y baste por señal resucitarle! Y apenas lo hicieron, cuando puestos los ojos en Dios con viva fe le mandó que en nombre de Jesús se levantase, a cuya inspiración e imperiosa voz obedeció el cadáver, diciendo: ¡Sólo tu ley es la verdadera y el señor que adoráis todo poderoso! A cuyo portento quedó mudo Abdalá, el Gran señor admirado, y todo aquel noblísimo auditorio suspenso, de que resultó bautizarse de secreto cuatro bajáez y nueve genízaros; pero no fue con tanto que no llegase a oídos del tirano monarca que viendo sus conversiones con sañudo poder mandó despedazar a nuestro venerable padre en cuatro potros como instrumento de ellos, donde consiguió la merecida corona de mártir y el altísimo premio que le esperaba. Esto es en suma los sucesos de aquella corte. Perdone vuestra reverencia lo dilatado, cuya vida guarde Dios felices años, etc.—Argel veintidós de marzo de 1676. Reverendísimo Padre. Besa la mano de vuestra reverendísima, Fr. Juan de Lezcano”.

Parece que desde su profesión se le pronosticó la corona del martirio, pues como es estilo en aquella sagrada religión escribir su profesión en su libro para que en todos tiempos conste, se halló su nombre puesto en la partida con tinta colorada, siendo todo lo demás de tinta negra y común. Los acaecimientos de su vida y como fue llevado cautivo a aquella imperial ciudad, no son de mi cuenta y así los omito.

CAPITULO XVI

De la vuelta de Castilla de don Pedro de Alvarado y del viaje que allá hizo el padre fray Bartolomé de las Casas con fray Rodrigo Ladrada y fray Luis Cáncer

Con los buenos despachos que Alvaro de Paz remitió al adelantado a España, tocante a su residencia y al principal cargo que se le hacía de la armada para ir a descubrir por la banda del poniente las islas de la Especiería, del testimonio que le remitió de haberse hecho, pudo ajustar sus cosas con el César, ayudado del favor del secretario Cobos, con que

consiguió aún mucho más de lo que deseaba, pues además de haberse negociado una dispensación tan irregular como el que casase con don Pedro, doña Beatriz de la Cueva, hermana de doña Francisca con quien vino casado la primera vez que de Castilla vino y murió en el puerto de la Veracruz, como queda dicho; la cual dispensación negoció el mismo emperador interponiendo su favor para con su santidad, negoció también prolongación de su gobierno y el ser adelantado en todo lo que descubriese de nuevo; pero temiéndose de la rectitud del licenciado Maldonado que atento a los cargos que le había averiguado en la residencia, no le quería admitir en su oficio, ganó cédula de su majestad fecha en Valladolid a 22 días del mes de octubre de 1538 en que expresamente le manda que le entregue el gobierno, no obstante los cargos de la residencia; con lo cual se hizo a la vela con tres navíos gruesos y trescientos arcabuceros y otra mucha gente que consigo trajo y a su esposa doña Beatriz y veinte señoras doncellas, que casó algunas con los conquistadores, de las cuales doce murieron desgraciadamente con la señora, como se verá adelante, consta todo de carta que escribió al cabildo de Guatemala, su fecha en Puerto de Caballos a 4 de abril de 1539, donde pide mucha cantidad de indios para su transporte y el de todo su carruaje que traía que como entonces no había bestias de carga para estas cosas, los miserables indios suplían la falta. Voz fue esta de su venida que hizo tanto eco en los oídos de los miserables indios hostigados de lo que con ellos había hecho en la primera armada, que como cuando una gran bandada de pájaros se levanta espantada y asustada retirándose a las espesuras a buscar refugio, así fueron ellos, en especial los que sus armadas había dejado vivos en la provincia de San Salvador. Tanto debía de ser el embarazo que trajo, que no pudo ejecutar su venida a Guatemala dilatándose muchos meses, pues estando a 4 de abril, no entró en Guatemala hasta el 16 del mes de septiembre, donde dejándole desembarazado el gobierno el visitador, tomó posesión de él para empezar de nuevo otros siete años que el rey le daba de gobierno, aunque no gozó ni dos años de él. En estos navíos sin duda se debió de ir el padre fray Bartolomé de las Casas y sus compañeros a España, porque es cierto que por este puerto se embarcó aqueste mismo año y sin duda aquestos navíos o alguno de ellos hizo viaje de vuelta para España, cuya ida es preciso referir en este año como sucedió porque no nos ponga la nota que a Remesal puso Don Francisco de Fuentes (2 p. fol. 172),¹ diciendo que cierto autor que escribe por anales se pasó del año de 38 al de 40 porque no tuvo que decir del año de 39, de que prueba que no había convento nuestro en Guatemala, y cierto que no sé como ponderar la necesidad de aqueste autor cuando a folio 163 del mismo libro pone la petición del padre fray Bartolomé de las Casas, puesta arriba, presentada al cabildo, como vicario, que dice que es, de la casa de Santo Domingo de Guatemala, y este suceso es de 5 de septiembre de 1539 hasta 16 de aqueste mes se concluyó el que se les volviese el sitio que les habían quitado y mucho más para mudar la vivienda a lugar más sano.

1) Fuentes: *Recordación*, II, 195.

A los sucesos de aqueste año toca la carta que don Francisco de Fuentes vio en el cabildo de la ciudad de su majestad cuando el padre fray Bartolomé salió para España, su fecha a 11 de noviembre de 1539, que pondremos en su vida por honrarle tanto con lo mismo que la ciudad le quería deshorrar.

Y a los sucesos de aqueste año pertenece aquel viaje que se refiere en la información que vio el mismo Fuentes hecha contra nosotros el año 44 que cita Remesal (*libro VII, capítulo 3*) ¹⁾ que dice el séptimo testigo que es el arcediano don Francisco Peralta que era muy nuestro enemigo que por tal lo llamaron a esta información, y a la tercera pregunta dice: "Que habrá como seis años que fue él a la provincia con el señor obispo y el gobernador Alonso Maldonado que llevó gente para conquistar el Lacandón y que no pudo". Este viaje fue porque llevando todos a mal el que se fuese reduciendo la tierra de paz por las utilidades que perdían, trató, no obstante el asiento que había tomado con nuestros religiosos, de proseguir aquello por guerra, no obstante que había visto cómo nuestros religiosos lo iban reduciendo de paz, contraviniendo a la palabra real que había dado en nombre de su majestad; y así permitió nuestro señor que no pudiesen hacer nada, antes lo atrasó todo, por lo cual no pudiendo tolerar tal maldad fray Bartolomé de las Casas, se la reprendió públicamente en el púlpito, como dice el último testigo de la dicha información que es Juan de León Cardona; pero aunque cesó el gobernador en esto como vino aquel año el adelantado, y faltando a la otra capitulación de que no serían encomendados los indios que de este modo se redujesen, sino que se pondrían en cabeza de su majestad, dando el pueblo de Cobán en encomienda a Barahona, como dice el mismo arcediano a la cuarta pregunta, y después se encomendó a la mujer de Juan Rodríguez, como declara el undécimo testigo llamado Hernando Díaz de Molina a la cuarta pregunta, por lo cual los indios de Cobán viendo se les había faltado a lo pactado, se levantaron y no quisieron dar el servicio que los encomenderos habían establecido, ni tributos; y aunque todos los más de los testigos declaran que los padres dominicos no entraban allá porque los matarían, lo que pasaba era que no querían los religiosos entrar de recelo que no los matasen pensando que los habían engañado en lo que con ellos se había pactado; pero ellos anduvieron tan fieles a lo que habían prometido que enviaban seis indios de Cobán a los padres para que aprendiesen la doctrina, y habiéndola estos aprendido, se iban éstos y venían otros seis, y de este modo se fueron remudando; hasta que vino la real cédula puesta arriba el año de 1544, que luego que se hallaron bien asegurados de los gobernadores para que no prosiguiese aquella maldad, luego fueron dos religiosos al pueblo de Rabinal, que había estado sosegado, y de allí enviaron mensajeros a Cobán, con que asegurados los indios entraron los padres: como todo esto consta de la declaración del undécimo testigo y de otros muchos con que puede Fuentes ver si había

1) Remesal: *Historia*, II, p.p. 17-18.

frailes en Guatemala y convento, pues halló allí mismo el dicho del nono testigo que es el canónigo Pedro Fernández quien a la primera pregunta dice: "Que conoce al dicho fray Pedro de Angulo e a los demás frailes del Convento de Santo Domingo de ocho años a esta parte". Con que frailes y convento había mucho antes que hubiese mercedarios, y lo mismo puede advertir el padre Vásquez, pues vio aquesta información cuando su paternidad y a su amigo se les abrió el archivo secreto de las tres llaves, como a mí se me abrió también y la ví: la cual contiene otras muchas noticias que no le son muy favorables a los dos, porque les desbaratan las quimeras, y así no quieren tomar en boca aqueste instrumento que por no ser más molesto no les voy citando; y así baste esto por ahora, que si adelante se ofreciere se traerán. Con que podrá ver ahora el señor Fuentes si hay noticias del año de 39, que comprueban que mucho antes había convento de Santo Domingo y religiosos. En el año de 44 se dará razón del motivo de aquesta información que se hizo contra nosotros, ahora baste saber, como lo declara el arcediano don Francisco Peralta, que este año de 39 estuvo el señor obispo Marroquín en Cobán con el gobernador, que ya este año estaba eso de paz; y suspendida la reducción por la causa dicha no se prosiguió hasta el año de 1544, que harta vergüenza es y afrenta del nombre cristiano que les ha de arrastrar tanto la codicia que abandonen la salvación de las almas. ¿Qué cuenta darían a Dios los que fueron causa de esto y de las almas que en ese tiempo se perdieron? Y lo que se atrasó esta reducción que iba viento en popa, y que después se trabajó mucho en ponerla en corriente; con lo cual me parece queda bastantemente refutada la malicia de Fuentes que en muchas partes dice que nosotros tuvimos la culpa de que todo aquello y todo lo demás que quedó, no se conquistase, pues si hubiera sido por guerra todo se hubiera allanado, pues se ha visto que antes que nuestros frailes entraran, tres veces entraron y acometieron los españoles y otras tantas se volvieron con las manos en la cabeza; y el año de 39 como declara el arcediano, entró el gobernador Alonso de Maldonado con muchos soldados y muchos indios que convocó, entre los cuales fueron los cuatro caciques que habían ayudado a nuestros religiosos antes con sus gentes y no hizo cosa, porque dice que los lacandones estaban fuertes; y fue permisión de Dios que así le sucediese por infiel a la palabra que había dado.

Salió el padre fray Bartolomé de las Casas de la ciudad de Santiago de Guatemala a fines del año de 1539 llevando en su compañía, a los padres fray Rodrigo de Ladrada y fray Luis Cáncer, porque el uno volviese luego con los despachos que se sacasen para el alivio de los indios, porque pedía mucha precisión la grande opresión en que los tenían los españoles; y llegaron con mucha brevedad a España a principios del año de 1540 ayudando nuestro señor sus buenos deseos de ayudar a aquestos pobres.

CAPITULO XVII

Llega el padre fray Bartolomé de las Casas a España, y de las cosas que allá negoció (1540)

Por ausencia del padre fray Bartolomé de las Casas, quedó por vicario de la casa y convento de Santo Domingo de Guatemala el padre fray Pedro de Angulo. No hizo falta la fortaleza del padre fray Bartolomé de las Casas para resistir las contradicciones que se ofrecían con los vecinos, todo originado de la dureza con que no querían poner en libertad a los indios y esclavos mal habidos y las haciendas mal adquiridas, a cuya causa no les querían confesar como la ciudad misma dice en una carta que escribe a su majestad con el mismo padre fray Bartolomé de las Casas, fecha a once de noviembre de 1539 que se pondrá en su vida; y no era sola esta la contradicción que se padecía sino la de no querer los amos que los indios que tenían en servicio y en la esclavitud acudiesen a la doctrina y a ser enseñados por nuestros religiosos que tenían la doctrina a su cargo, como consta de la petición del padre fray Bartolomé puesta arriba, porque solo se atendía por aquellos cristianos a su utilidad y conveniencia en aquestos servicios y esclavitudes, sin darles siquiera en recompensa la salud de sus almas, ya que ni el vestido ni la comida les daban por su servicio, no bastando para esto la autoridad del santo obispo que padecía continuas desazones por estas cosas; de modo que le trataron con mucho descomedimiento y desvergüenza, tratándolo de condenado, llegando a tanto la demasia, que no pudiéndolo tolerar su gran mansedumbre, teniendo noticia de tan grandes desacatos en el pueblo de Izqueme donde andaba en visita escribió la carta siguiente al cabildo, que está en el primer libro de cabildo de cartas a la ciudad.

“Magníficos Señores. Por carta de esa ciudad he sabido el alboroto y escándalo que ha nacido de la venida a visitar estas pobres gentes, y pongo por testigo a Dios que no miento ni querría mentir, y que en todas las tasaciones que se han hecho hasta la hora presente, las más no merecen dar a sus dueños ni aun agua; de todo lo cual creo verdaderamente se debe entera restitución. Plego a Dios se halle medio y remedio para el descargo; si ya que se mereciese la dicha tasación y con justo título se llevase, digo que por mi consagración, y salvación que vale más, juzgo haber ido contra los naturales en favor de los encomenderos en cada tasación en más de la cuarta parte. Y porque de esto tengo testigos, a ellos me remito, que uno de tres soy; y en mi conciencia que no tengo pasión ni afición, ni hay por qué ni para qué. Esta es la razón que todo ese pueblo tiene para se quejar de mí; pues si nos acordamos del tiempo pasado y todos serán ricos, ¿qué ha sido la causa si no callar yo como ruín prelado y pastor y protector, viendo que se comían los lobos mis ovejas y yo me estaba holgando y callando? De esto no se me debe nada, cuanto a Dios, pues él me lo tiene de pedir.

“Palabras feas y desvergonzadas me escriben, que se dicen, y de esto mucha culpa tienen vuestras mercedes, aunque yo sea ruín, soy prelado y pastor y padre de todos, y háseme de tener mucho acatamiento y

reverencia como verdaderos hijos a padre y mucho más; y aún me dicen se han dicho palabras muy escandalosas, cada uno mire lo que dice y la lengua esté queda, que en semejantes alborotos y comunidades métense palabras que suenan mal a caso de fe, y los que las dicen dan a entender que sienten mal, lo cual es peligroso, y aunque mis injurias yo las perdono, que no es razón pues soy vuestro padre y pastor, las de nuestro Dios no será razón queden sin castigo. Escribo esto a vuestras mercedes como a cabeza de todo ese cuerpo tan enfermo de que yo tengo tanta lástima, que si yo con mi muerte lo pudiese remediar tendríala por muy buena. Estoy tan asombrado y temeroso de la perdición de las conciencias que juzgo ser llegado el cuarto pecado por quien dice Ezequiel, que no se convertirá Dios a los pecadores. Grande plaga es que seamos llegados a tiempo que no se quiera oír la palabra de Dios: parece que se cumple en esto el dicho de Cristo: “Quitárseos ha el Reyno de Dios y darse a la gente que hiciere fruto”; y también lo que dice en otro lugar: “Si os predico las verdades por qué no me creéis? Plegue a Dios que no diga del cielo lo que decía de los fariseos: “En vuestros pecados moriréis”. Escribeme ese santo varón, que por tal lo tengo, que deja de predicar por no dar ocasión a que alguno se desconcierte: yo le he escrito e rogado que predique y ¡guay del que se desmandare! que por malos de sus pecados le valdría más la muerte; ya que no quieren oírlo le pido por merced que predique a las paredes, por ventura alguna tendrá oídos”.

“Para semejantes alborotos que nacen de avaricia y codicia que es lazo de Satanás y para templar y castigar los alborotadores, que son crucificadores de Cristo, son las justicias y cabildos elegidos; pero ¿qué será si vuestras mercedes sois parte o consentidores de lo dicho? ¿En este caso qué remedio? yo no lo sé por cierto, más de encomendar a Dios, y ponerme en oración y suplicarle de todo corazón me alumbré a mí para lo que debo hacer y a vuestras mercedes para bien regir el pueblo y salvar vuestras ánimas, cuyas magníficas personas prospere nuestro señor como desean. De Izqueme a 27 de marzo de 1538 años. De vuestras mercedes. —Orador.—Episcopus.—Guatemalens”.¹⁾

La ocasión que hubo para aquesta sedición y demasía que tuvieron sus ovejas con aqueste santo prelado, fue que habiendo su majestad tenido noticia de la exorbitancia de tributos que los indios pagaban a sus encomenderos, mandó la reina gobernadora por su cédula al obispo y gobernador de Guatemala, que juntos con otras personas de conciencia se juntasen en la iglesia catedral y cantasen una misa al espíritu santo para que les alumbrase mejor en lo que se había de hacer, y luego se fuese procediendo en ver lo que cada pueblo pagaba y le daba de servicios a sus amos y cómo se doctrinaban y que tasasen toda la tierra y que pagasen buenamente lo que pudiesen en los frutos que ellos tenían, o como les fuese de más comodidad; y juntos el señor obispo con el gobernador y maestro-escuela Pedro Martín, y el canónigo Jorge de Medina y cantada la misa del espíritu santo se fue haciendo la visita, y hallóse tanta exorbi-

1) He transcrito la carta de su original que se conserva en Guatemala. Ximénez la había copiado con descuido, pero la ed. Guatemala es mucho más descuidada que el ms. de Córdoba; Guatemala dice Esquintepeque 13 de marzo, Córdoba siguiendo el original Izqueme 27 del mismo mes.

tancia en lo que pagaban, que habiéndose hecho de rebaja en esto de Guatemala, como dice don Francisco de Fuentes (2 p. fol. 226),¹⁾ de más de noventa mil castellanos de oro, y siendo tanta la rebaja afirma y jura el señor obispo por su consagración y salvación de su alma, que se ha hecho la tasación contra los indios y en favor de los encomenderos en más de la cuarta parte, y viendo cuán mal cumplían todos ellos a lo que estaban obligados en la enseñanza de todos sus encomenderos, pues con ese cargo se les dieron, dice que ni agua merecen que se les dé. Los alborotos y escándalos, bien los dice el señor obispo en la carta, y si esto era contra este santo prelado que era padre de todos y cuando no por su dignidad por su persona, virtud y letras, merecía ser tan respetado que solo era ejecutor de lo que mandaba el rey ¿qué sería contra los religiosos pobres que eran los que defendían esta causa y los que la solicitaban con tantas veras? Llegó a tanto, que ya cerraban las bocas los mastines de la iglesia y pues la cerraba aquel infatigable pregonero del evangelio ¿cuál sería el temor de que se sublevasen? Tal fue la pertinacia, desgarró y atrevimiento, que hubo en esto, que aun en aquella junta grande que hubo en Méjico por mandado de su majestad de los prelados de la Nueva España, como se dirá a su tiempo al principio de la junta les pareció conveniente no tratar de aquestas cosas, temiendo la sublevación de la Nueva España, como dice el mismo señor Marroquín en carta escrita de aquella misma ciudad.²⁾

En esta guerra dejó el padre fray Bartolomé al padre fray Pedro de Angulo; pero no hizo falta el valiente caudillo Moisés para acabar de poner en la posesión de su libertad al pueblo de Dios, sacándolo de la dura servidumbre de Faraón, que quedó su fuerte sucesor Josué que postró y derrocó por tierra las más fuertes murallas de Jericó con todos sus enemigos. Grande fue la fortaleza de aquesta piedra de Pedro contra quien no pudo prevalecer todo el infierno conjurado contra él, negándole el sustento del cuerpo que tan de justicia se le debía, como decía San Pablo pidiéndolo de puerta en puerta por amor de Dios; pero si la impiedad y tiranía le tenía cerradas las puertas para que entre cristianos se le negase el sustento para mantener la vida, prevenido tenía Dios en los desiertos a estos cuervos desechados, de los indios, para que los apasentase aqueste celoso y valiente Elías con todo su pequeño rebaño (2 Reg. XVII, 4), siendo tanta la providencia divina que les sobraba para ellos y aun para otros treinta más que hubiese, con lo que los indios les daban, como declara el séptimo testigo que jura en la información citada arriba, llamado Miguel de Ureña en la cuarta pregunta: "Y que así se lo ha oído decir al mismo padre fray Pedro Angulo" y todos los testigos convienen en que es mucho lo que los indios les llevan a los religiosos, de maíz, miel, cera y huevos, con otras muchísimas cosas, cosa por cierto afrentosa para los que se tenían por católicos cristianos, que con luz clara de lo que manda el evangelio y con conocimiento de lo que son los ministros de Dios, y cuanto bien espiritual les traían, los traten de aqueste modo; y que unos infieles y neófitos que ayer empezaron a oír el evangelio y tan rudos que

1) Fuentes: *Recordación*, II, p.p. 255-256.

2) La carta es de 20 VII 1546: La frase que Ximénez interpreta como "Sublevación" es "alborotar el pueblo" Marroquín, p. 213.

los tuvieron por bestias, de aqueste modo veneren, atiendan y socorran a los ministros del evangelio, sin haber visto en ellos más milagros que los de su vida inculpable y el desinterés y despego de las cosas temporales.

Bien se deja entender con las fatigas que iría componiendo cuatro adobes y cañas para ir formando vivienda y forma de convento, porque aunque desde el año de 29, como queda dicho, el venerable padre fray Domingo de Betanzos tomó sitio, que según se puede colegir fue comprado y no dado por la ciudad, porque en el cabildo que se tuvo a 24 de setiembre de 1529 se manda que no se vendan los solares ni las tierras a los conventos, no sea que compren muchas y se hagan dueños de ellas (*1 lib. Cab., fol. 131*), y no habiendo a la sazón más monasterio que el de Santo Domingo, debió de proceder de que el padre fray Domingo compró algo para su convento o para fundarlo, y si en ellas fundó algunas celdillas fue en lugar húmedo y poco sano, por lo cual pidió el padre fray Bartolomé algo de más sitio de la parte de arriba para ir fundando su monasterio. Esto quedó a cargo del padre fray Pedro, como vicario que quedó de la casa, quien hizo tan poco en la fábrica de su convento por la grave contradicción y desayuda que tenía en los vecinos, que apenas tenía sacados los cimientos de su iglesia, cuando la ruina de la ciudad, que pasándose a otro sitio se quedaron hechos, como se ve hasta el día de hoy, en aquel mismo lugar.

Bien conocido tenía el cuidado del padre fray Bartolomé de las Casas y su grande actividad el señor obispo Marroquín cuando le hizo el encargo de ir a negociar religiosos de las dos órdenes a España y más cediendo en pro y utilidad de aquellas gentes, pues apenas llegó a Castilla a principios del año de 40 cuando significando en el Supremo Consejo la causa de su ida, luego se le dio licencia para que pasasen; y puesto en noticia del provincial de la provincia de Santiago de la religión franciscana notificando sus letras patentes en sus conventos, luego se ofrecieron seis religiosos y muy aprobados en la virtud, que fueron solos los que les pareció por entonces que viniesen como exploradores de esta tierra, porque como no parecieron allá letras ni cartas de los preladados de Méjico tocante a pedir religiosos, sino solo el pedimento del obispo y solicitud de un religioso de ajena religión, que no debieron tener por extraño pues era su hermano, no se determinaron a que fueran más de cinco sacerdotes y un religioso lego. Los nombres de estos primeros apostólicos varones que fueron los primeros religiosos franciscanos que entraron en estas provincias de Guatemala, fueron fray Alonso de las Heras, fray Diego Ordóñez, fray Diego Albeté, fray Gonzalo Méndez y el religioso lego fray Francisco de Valderas. Bien pensó el padre fray Bartolomé poder dar presto la vuelta en los negocios de su encargo, y así luego trató de que se juntasen los religiosos franciscanos y los nuestros porque él había de hacer los gastos por parte del señor obispo de Guatemala y traerlos juntos con los nuestros y así apretó luego en el Consejo representando los desórdenes que había y el remedio que era preciso poner y así representando poner todo lo que se ofrecía, fue bien despachado por el cardenal gobernador ¹⁾ de España, cuyas reales cédulas quise ponerlas

1) Repite Ximénez lo del Cardenal Gobernador: sólo era presidente de Indias.

todas aquí juntas pues aqueste año se negociaron todas. Lo primero que representó fue el mal aparejo que había en la doctrina de los indios y principalmente con los esclavos que tenían en las minas y en la ciudad, no permitiéndoles ni dándoles lugar a que fuesen enseñados y así despachó la cédula siguiente dirigida al gobernador y al obispo: “El Rey—Mi gobernador de la provincia de Guatemala y reverendo in Christo, padre obispo de la dicha provincia.—Yo soy informado de que en la instrucción de los indios de esa provincia en las cosas de nuestra santa fe católica, no se pone aquella diligencia que conviene para su salvación y descargo de las conciencias de las personas a quienes sirven, por ende yo os mando y encargo que luego deis orden como en cada uno de los pueblos de esa provincia se señale hora determinada todos los días en la cual se junten todos los indios, así esclavos como libres, y los negros que hubiere dentro de los pueblos, a oír la doctrina e proveáis de persona que tenga cuidado de se la enseñar e compeláis a todos los vecinos de ellos que envíen sus indios y negros a aprender la doctrina sin los impedir ni ocupar en otra cosa hasta tanto que la hayan sabido, so la pena que os pareciere.

Así mismo proveais como los indios y negros que andan fuera de los pueblos en los días de trabajo sean doctrinados por la misma orden las fiestas cuando a los pueblos vienen, e para todos los otros que viven en pueblos, o estancias fuera de población de cristianos proveais, por la mejor manera que os pareciere y fuere conveniente, como sean también enseñados y para ello haya persona en cada pueblo que tenga cuidado.

Y vos reverendo obispo, a quien esto más incumbe, tendréis especial cuidado de ello y avisarnos heis si algo fuere necesario que nos mandaremos proveer para que esto mejor se guarde; y póngase en efecto y entiéndase que los que han de ir a la doctrina cada día son los indios y negros que sirven en las casas ordinariamente sin salir al campo a trabajar, y los que anduvieren en el campo los domingos e fiestas de guardar, y el tiempo que ellos han de ocupar en esto ha de ser una hora, antes más que menos, la cual sea que no impida al servicio de su amo, e los que le pareciere que tienen ya aprendido lo necesario no les apremiaréis más a la dicha doctrina, procurando los domingos e fiestas vengan los unos y los otros a oír misa. Fecha en Madrid a nueve días del mes de enero de mil quinientos y cuarenta años.—Fray García, Cardenal Hispalensis.—Por mandado de su majestad.—El Gobernador en su nombre.—Juan de Samano”.

Bien se deja entender de lo contenido en esta Cédula que ella fue conseguida por informe del señor obispo o de los religiosos, o de unos y otros, que no podían meter por camino a los dueños de los indios para su enseñanza y el gran desorden que en esto había, pues no podía el señor obispo con todo su poder traerlos a lo que era justo.

Y como cosa que requería mucho remedio por el peligro en que dejaba la provincia de la Verapaz, por la guerra que había movido el licenciado Maldonado, contra el asiento tomado, y haber encomendado don Pedro de Alvarado los pueblos a españoles por lo cual se habían sublevado, además de la cédula puesta arriba en que está inclusa la provisión

real de la audiencia de Méjico aprobando el concierto que hizo con el licenciado Maldonado la cual se despachó a 14 de noviembre de 1540 sacó otra tocante a la misma provincia su fecha en 11 de octubre de 1540 que es como se sigue: “Don Carlos, etc. A vos los nuestros gobernadores de las provincias de Guatemala, Chiapas e Honduras e a vuestro lugar teniente e a estas e otras cualesquiera justicias de las dichas provincias e a otras cualesquiera personas de cualesquier estado e condición que sean o a quien lo contenido en esta nuestra carta toca e atañe, e a cada uno de cualesquier de vos a quienes esta nuestra carta fuere mostrada o su traslado firmado de escribano público o de ello supiéredes en cualquier manera—Salud e gracia—Sepades que fray Bartolomé de las Casas de la orden de Santo Domingo nos ha hecho relación que él y fray Pedro de Angulo y otros religiosos de su orden han entendido por vía de paz y persuasión de traer en nuestro servicio y conocimiento de nuestra santa fe católica a los naturales que por la parte de esas provincias de Guatemala se llaman de Tezulután y han trabajado en ello hasta que ciertos principales de las provincias vinieron a verse con ellos en un pueblo de paz que él y los dichos religiosos con celo de servir a nuestro señor ofreciéndose a todo martirio, quieren proseguir lo que han comenzado en procurar con predicación e persuasión convertir a los indios de dichas provincias e de otras que confinan con ellas a traerlas a nuestro servicio e conversación de los cristianos, con tanto que en lo que ellos así entendieren de traerlos de paz ninguna persona entre en ella por vía de guerra ni otra manera ni contratación alguna, ni envíen negros, ni indio, ni español por mar ni por tierra por tiempo de cinco años, e nos suplicó lo mandásemos así proveer e vos mandásemos que vosotros no le pusiésedes en ello impedimento alguno, antes les favoreciédes e ayudádes para ello so graves penas que para ello vos mandásemos poner, o como la mi merced fuese, lo cual visto por los de nuestro Consejo de las Indias considerando el gran servicio que en esto se puede hacer a nuestro señor, e bien de los naturales de esas provincias, fue acordado de que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razón, e nos tuvimoslo por bien, por lo cual queremos e mandamos que en lo que pacificaren el dicho fray Bartolomé de las Casas e fray Pedro de Angulo e los otros religiosos de su orden estando en ello y en lo que trataren de pacificar en los límites e confines de esas provincias por término de cinco años no entre ninguna ni alguna persona a hacer guerra ni a saltar ni a escandalizar ni a alborotar los dichos indios, ni por vía de comercio, ni otra manera alguna dentro de los dichos límites de vuestras gobernaciones en todo lo que de guerra estuviere, so pena de que el que lo contrario hiciere sea perpetuamente desterrado de la provincia donde viviere e de todas las Islas e Indias del mar Océano e de perdimiento de la mitad de sus bienes para nuestra cámara, las cuales vos las dichas justicias ejecutad en sus personas e bienes; e si antes de los cinco años el padre fray Bartolomé de las Casas e fray Pedro de Angulo e los dichos religiosos de la dicha orden vieren que se debe imponer algún tributo en algunos de los indios que trajeren de paz e les pareciere que conviene que se envíe persona que los coja, proveréis vosotros dichos gobernadores a cualquiera de vos

en cuyo límite estuviere la provincia que así hubieren conquistado, de enviar persona cual convenga para que los cobre, tenga cuenta e razón de ellos, e porque lo susodicho sea público e notorio a todos e ninguno de ellos pueda pretender ignorancia, mandamos que esta nuestra carta sea pregonada en las gradas de la ciudad de Sevilla y en las ciudades de Méjico e Santiago de Guatemala y en la ciudad de Ciudad Real de Chiapa, en la Villa de Tabasco y en la Ciudad de Gracias a Dios y en la Villa de San Pedro y en la Ciudad de Trujillo por pregonero e ante escribano público. Dada en Madrid a 17 días del mes de octubre de 1540 años.—Fray García, Cardenalis Hispalensis.—Yo Pedro de los Cobos Secretario de sus Cesáreas y Católicas Majestades la fise escribir por su mandado.—El Gobernador en su nombre.—El Dr. Beltrán episcopus lucensis.—El Dr. Bernal.—El Licenciado Gutierre Velázquez.—Registrada.—Ochoa de Luyanda; por chanciller, Blas de Saavedra”.

Esta fue la cédula que causó tanto escándalo el año de 44 adelante, sobre que se hizo la información contra nosotros que se ha citado, y si como se prohibió que por término de cinco años no entrasen allí españoles, se hubiera mandado que no entraran jamás, yo aseguro que se hallara aquella provincia muy florida y muy adelantada y no hubieran experimentado las tiranías y maldades que con ellos han hecho y están haciendo, de que yo soy testigo, que ha sido milagro de Dios que los haya contenido que no se hayan sublevado, que a no tener tanto amor a la fe católica y a los religiosos que los mantienen, no sé que hubiera sido, viéndose estos arrastrados y ultrajados por su defensa; pero ya esto lo tenemos de nuestra cosecha desde la fundación de aquesta provincia.

No se olvidó el padre fray Bartolomé de las Casas del agradecimiento en que estaba a los cuatro caciques don Juan de Atitlán, don Jorge de Tecpán Atitlán, don Miguel de Chichicastenango, don Gaspar de Rabinal, quienes con su autoridad y exhortaciones ayudaron a la reducción de la provincia de Verapaz, para que su majestad les atendiese; que no por ser indios son incapaces de remuneración sus servicios; le informó de lo que habían trabajado en ello y la piedad de nuestros católicos monarcas que nada dejan sin premio (*Así no fueran falsos muchos que se les representan, y otras veces de servicios que merecían por ellos que los hicieran cuartos, que se los representan por méritos hurtando con astucia el premio a quien se debe*) quiso mostrar su agradecimiento escribiendo a cada uno en particular lo obligado que se hallaba y que procuraría el recompensarles, como lo hizo después, como veremos el año de 1544. Pondremos la carta escrita al uno, que es don Juan de Atitlán, que los mismos son los demás y de la misma fecha sin tener más que el nombre mudado, dice pues:

“El Rey. Don Juan principal del pueblo de Atitlán que es en la provincia de Guatemala. Por relación de Bartolomé de las Casas he sido informado que habéis trabajado en pacificar y traer de paz los naturales de las provincias de Tezulután que estaban de guerra y el favor y ayuda que para ello habéis dado al dicho fray Bartolomé de las Casas y a fray Pedro de Angulo y a los otros religiosos que en ello han entendido, lo

cual os agradezco y tengo en servicio, y así os encargo lo continuéis hasta que del todo los naturales de dichas provincias vengan en conocimiento de nuestra santa fe católica y estén debajo de nuestro yugo y servicio como vasallos nuestros, y cuando los dichos fray Bartolomé de las Casas o fray Pedro de Angulo o cualquiera de sus compañeros hubieren de entrar en las dichas provincias que así están de guerra, entréis juntamente con ellos e llevéis con vos las personas y principales con quien habéis entendido hasta ahora en la dicha pacificación, teniendo por cierto que así como de lo que me habéis servido, como de lo que adelante me sirviéredes, tendré memoria para vos hacer la merced que hubiere lugar; y así enviamos a mandar a nuestro gobernador de esa provincia y al obispo de ella, que os favorezcan e no consientan ni den lugar que se os impongan servicios inmoderados. Madrid a 17 de octubre de 1540 años.—Fray García Cardinalis Hispalensis. Por mandado de su majestad el gobernador en su nombre—Juan de Samano”.—Las dos cédulas que aquí cita para el gobernador y el obispo, para que favorezcan a estos caciques son las fechas de enero de 1541 pero porque vayan ordenadas estas cédulas será bien poner aquí en este lugar la del gobernador que lo mismo es la del obispo, que dice así:

“El Rey, Nuestro gobernador de la provincia de Guatemala o vuestro lugar teniente de dicho oficio, o otras cualesquier justicias de ella a quien esta mi cédula fuere mostrada, sabed: que yo he sido informado que don Juan gobernador del pueblo de Atitlán y don Jorge principal del pueblo de Tecpán-Atitlán, y don Miguel principal del pueblo de Chichicastenango y don Gaspar principal del pueblo de Tequisistlán, juntamente con fray Bartolomé de las Casas y fray Pedro de Angulo, han trabajado en traer de paz a los naturales de las provincias de Tezulután, que están en guerra, a los cuales dichos principales les he mandado escribir encargándoles que juntamente con los dichos religiosos o con cualquiera de ellos entren en las dichas provincias que así están de guerra, y procuren traer de paz a las naturales de ellas, e porque podría ser que alguno de vosotros quisiese impedir o impidiesen a los dichos caciques que no fuesen a entender en lo susodicho, lo cual sería causa de que se dejase de efectuar una obra tan buena, yo vos mando que si los dichos caciques de su voluntad quisieren ir a entender en la dicha pacificación, los dejéis y consintáis ir libremente sin que en ello les pongáis, ni consintáis poner embarazo, ni impedimento alguno; antes si les ayudéis y favorezcáis en lo que se les ofreciere para el viaje, que en ello me serviréis. Fecha en Talavera a 28 días del mes de enero de 1541.—Fray García, Cardinalis Hispalensis.—Por mandado de su majestad el gobernador en su nombre.—Juan Samano”.

Todo lo tenía presente aquel Argos del padre fray Bartolomé de las Casas, no sólo la reducción, sino también el ponerlos en toda policía cristiana, para lo cual se le ofreció llevar indios de Méjico de los que ya estaban industriados, no solo en gobierno y canturía de las iglesias, sino también oficiales de los oficios mecánicos para formar una república bien concertada, no contentándose su santo celo sólo con haberlos traído al conocimiento de Dios, sino también llevando la obra hasta el cabo, ponerlos

en todo buen concierto; y así pidió a su majestad otra cédula para el virrey de la Nueva España para poder sacar de allí los indios que se quisieran venir con los religiosos a la provincia de Verapaz y otra para el provincial de san Francisco de la religión seráfica para poder sacar cantores, y aunque el padre fray Bartolomé no pudo negociar esto por lo que se dirá adelante, lo agenció y llevó a debido efecto el padre fray Luis Cáncer uno de sus dos compañeros que llevó consigo, quien trajo los despachos el año de 41 como se dirá. Las cédulas son como se sigue:

“Don Antonio de Mendoza nuestro viso-rey e gobernador de la Nueva España e presidente de la chancillería real que en ella reside, fray Bartolomé de las Casas y fray Rodrigo de Ladrada y fray Pedro de Angulo de la orden de Santo Domingo, me han hecho relación que para entender en la conversión y pacificación de las provincias de Tezulutlán que son en la provincia de Guatemala e de otras a ellas comarcanas, de que se han encargado, tienen necesidad de algunos indios de los de esa tierra, e me suplicaron que les dejásedes llevar todos los indios que se quisiesen ir consigo o con alguno de ellos de su voluntad, aunque estuviesen en la iglesia o monasterio o casa de religión, y aunque fuesen oficiales de cualquier oficio que fuesen o como la mi merced fuese, por ende yo vos encargo e mando que veais lo susodicho e proveais lo que conviene al servicio de Dios nuestro señor e nuestro e bien de los naturales de esa tierra.—Fecha en Madrid en 17 días del mes de octubre de 1540 años.—Fray García Cardenalís Hispalensis.—Por mandado de su majestad, el gobernador en su nombre.—Pedro de los Cobos.—El rey, venerable provincial de la orden de san Francisco de la Nueva España, o a vuestro Vicario general, sabed: que fray Bartolomé de las Casas e fray Rodrigo de Ladrada e fray Pedro de Angulo y otros religiosos de su orden con celo de servir a Dios nuestro señor, quieren procurar con predicación y persuasión de traer de paz a nuestro servicio y obediencia y conocimiento de nuestra santa fe católica, los indios de la provincia de Tezulutlán que son en la provincia de Guatemala y de otras a ellas comarcanas, los cuales nos han hecho información que por poder mejor efectuar lo susodicho, habrían menester algunos indios que supiesen tañer ministriles, altos e chirimías, sacabuches o flautas e algunos cantores de los que hay en los monasterios de vuestra orden de esa provincia porque con la música podrían más brevemente atraer a los indios de dichas provincias al conocimiento de nuestra santa fe, y me suplicaron vos mandase escribir para que se lo diese, o como la mi merced fuere, e porque como veis, si lo susodicho se efectuare Dios nuestro señor e nos seríamos de ello muy servidos; por ende yo vos encargo e mando que los indios cantores que supieren tañer ministriles e chirimías e sacabuches e flautas que hubiere en los monasterios de esa provincia, deis a los dichos fray Bartolomé de las Casas e fray Rodrigo de Ladrada y fray Pedro de Angulo e cualquiera de ellos los que os parecieren que pueden aprovechar para que vayan con ellos a entender en la dicha pacificación que en ello me serviréis.—Fecho en la Villa de Madrid a 17 días del mes de octubre de 1540 años.—Fray García, Cardenalís Hispalensis.—Por mandado de su majestad el gobernador en su nombre.—Juan de Samano”.

El que tenía a todos los indios en su corazón para solicitarles todo bien espiritual y temporal, no podía olvidarse de uno tan grande para uno y otro que era el que se juntasen en pueblos en forma de república para que viviendo en policía cristiana fuesen bien regidos y enseñados, y como ya había experimentado esto en los pueblos que había juntado en la Verapaz de Rabinal y otros, como queda dicho, y por otra parte considerarse el natural de los indios tan poco sociables y ser tan amigos de vivir solos en los montes y que los españoles los avivan a esto por sus intereses, no queriendo que se juntasen con otros porque les parecía que les perdían; dio también cuenta de esto el padre fray Bartolomé de las Casas, representando las utilidades que se seguían de juntarse en poblaciones formadas y los daños que se seguían de lo contrario, lo cual visto por el real consejo de las Indias despachó a su solicitud la cédula siguiente:

“El Rey Nuestro gobernador de la provincia de Guatemala e reverendo in Cristo obispo don Francisco Marroquín de la dicha provincia. Ya sabeis cómo e por qué fuimos informados que para que los indios de esa provincia pudiesen ser industriados en las cosas de nuestra Santa fe católica, convenía juntarse porque diz que esa provincia es la mayor parte de esa tierra e muy áspera y fragosa, que está una casa de otra a mucha distancia, a cuya causa si no se juntaban no podían ser doctri-
nados, e que para el remedio de ello convenía que se llamasen a todo los principales indios y se les diese a entender cuán conveniente cosa sería el juntarse; y porque esto no se podría hacer sin que les alzase el servicio y tributo que daban a sus amos, era necesario el que se mandase suspender el dicho servicio por el tiempo necesario, vos enviamos a mandar que en los lugares donde viese del que había comodidad para que los dichos indios se pudiesen juntar y ello lo tuviesen por bien, proveyédeses se efectuase lo susodicho sin hacerles premia alguna; y por eso somos informados que a causa de se os haber mandado que no apremiádeses a los dichos indios a que hiciesen lo susodicho, no lo habéis puesto en efecto porque os parece que sin ser apremiados no se puede hacer, y que para que mejor se pudiese efectuar convenía que los dichos indios fuesen reservados de que no diesen tributos más de lo necesario por un año, o por el tiempo que pareciese y que los indios que no lo quisiesen hacer, se les pusiese pena por ello, e pudiesen ser sacados de a donde quiera que estuvieran, e visto por nuestro Consejo de las Indias queriendo proveer en ello fue acordado que debía mandar dar esta mi cédula para vos; e yo túvelo por bien, porque vos mando que veais lo susodicho y ambos juntamente procuréis poco a poco por la mejor vía que pudiéredes que los dichos indios se junten en las partes que vosotros viéredes que hay comodidad para ello.—Fecha en la Villa de Madrid a 10 días del mes de junio de 1540 años.—Fray García Cardenalís Hispalensis.—Por mandado de Su Majestad, el gobernador en su nombre.—Juan de Samano”.¹⁾

Otras dos cédulas dio su majestad a 14 de noviembre de 1540 para los Gobernadores de Guatemala, Chiapa y Honduras para que no impidan a los indios mejicanos y tlascaltecos que se quisieren ir con los religiosos

1) Esta cédula fue dada a petición reiterada de Marroquín, no de Bartolomé: Véase Estudio Preliminar.

a la provincia de Tezulutlán y la otra de 17 de octubre del mismo año a los mismos para que pidiendo algunos españoles para aquella provincia se le den hombres temerosos de Dios; no escaseando los católicos monarcas a aqueste esforzado David, tan cortado a medida de su corazón piadoso, con que querían como católicos fuesen tratados con toda humanidad para aficionarlos a la fe católica y a su yugo suave; y que los otros suyos no hacían efecto por no descubrir resquicio la dureza de sus frentes para rendir aqueste monstruoso gigante de la codicia que dominaba a toda aquesta América, porque aunque sea verdad que en aquellos tiempos dio Dios en aquesta América varones apostólicos y prelados verdaderamente sucesores de los apóstoles, no se hallaba entre todos ninguno tan fiel y valeroso como aqueste David valiente para entrar y salir y cumplir lo mandado de su rey y señor. (*1 Rey. 22, 14*). Unos temían, otros no sabían, otros no podían ladrar por la presa que tenían tomada en las bocas de las dádivas, y estos eran los más culpados, pues habiendo enviado su majestad para que pusiesen esta monarquía en concierto, ellos con sus tiranías y codicias e injusticias eran los que los ponían en mayor desconcierto; otros desesperaban del remedio y así callaban; pero el padre fray Bartolomé de las Casas y todos sus secuases los frailes dominicos especialmente los de aquesta provincia, no cesaban de ladrar porque tenían las bocas desembarazadas, tanto que aquellos primeros religiosos, así los de Guatemala como los de la primera barcada, en Campeche y en Tabasco se condenaron a morir de hambre por no admitir la comida que con buena voluntad les daban aquellos vecinos, aunque así lo conocían, por no verse después como corridos de haberles recibido el beneficio y diciéndoles con libertad lo que sentían de sus tiranías; y temieron que aquel bocado aunque dado por Dios les tapase la boca de sus ladridos, como se verá adelante. A ninguno debe su majestad aqueste dilatado imperio como a todos los religiosos y en especial a los dominicos; pero con más seguridad aquesta provincia de Chiapa y Guatemala; porque si los conquistadores lo ganaron con tanto afán y trabajo, que no se niegan, los que fueron llevados de la codicia no merecen aplauso, los que de la dilatación de la fe lo dejaron todo tan destrozado como los primeros, que fue muchísimo más el trabajo de juntar aqueste cuerpo reducido a menudas piezas que el haberlo ganado. ¿Qué trabajo no costó a los ministros sosegar aquestas gentes, atraerlas, acariciarlas, sacándolas de los montes y cavernas donde el espanto del estrago los había metido? ¿Qué no costó el que se llegasen a persuadir que no se pretendía de ellos sino su salvación? ¿Qué no costó a esta mi provincia la defensa de estos naturales y ponerlos en libertad? ¿Qué hambres, qué caminos, qué mares no pasaron, y ultrajes, afrentas y baldones no sufrieron? Pero porque este argumento se irá declarando por extenso en toda aquesta historia donde se verá que puros hombres con fuerzas humanas no pudieran vencer ni triunfar, como todo lo vencieron, no me dilato más en esto; y así sólo digo que conociendo la piedad innata del señor emperador, la del príncipe don Felipe su glorioso hijo y la del cardenal su gobernador, le abrieron las puertas de sus armerías

al padre fray Bartolomé de sus reales cédulas para que pudiese pelear, rendir y avasallar aquese monstruo insaciable de la codicia con todas estas cédulas y otras muchas más que se irán trayendo, que todas se hallan originales en nuestro archivo.

CAPITULO XVIII

De la venida de los primeros religiosos de nuestro padre san Francisco a este reino de Guatemala, y muerte desgraciada del adelantado don Pedro de Alvarado (1541)

Fue tan notable aqueste año de 41 para aqueste reino de Guatemala por los grandes acontecimientos que en él sobrevinieron a esta República, que dice nuestro Remesal que si su historia hubiese de tener 2ª parte, desde aquí la comenzara (*lib. 4, cap. 1*),¹⁾ como que historiaba desde aquí de otra cosa nueva, muy diferente de la antigua; y así empieza libro en este año; pero como mi asunto principal no es la historia de aqueste reino, aunque *incidenter* para la claridad de la historia de mi provincia, trato algunas de sus cosas, no empiezo aquí libro sino capítulo, que por no darle principio con desgracias y fatalidades, le daré con la grande felicidad que tuvo en que aqueste año tuviese su origen la santa provincia del santo nombre de Jesús que tanto ha ilustrado esta república con los esclarecidos sujetos que la han ilustrado en letras y santidad y que tanto ha aprovechado toda ella en bienes espirituales, que han procedido y todos han sacado de tan rico mineral.

Nuestro padre jubilado fray Francisco Vázquez en la *Crónica* que escribió de su santa provincia con que tanto la deslustró por sus infinitas falsedades, se empeña con todas sus fuerzas, en decir, aunque no lo prueba, ni en todo ni en parte, que su religión fue aquí la primera. Poco nos hiciera eso al caso, ni nos quitara de nuestro lustre, que así fuera, como no nos quitó cosa, que fuese ella la primera que entró en Méjico y en Manila, de ver la falsedad y malicia con que procede adulterando instrumentos. Mucho he hecho en algunas ocasiones el advertir en sus falsedades, y porque aqueste asunto de historia no es para refutar tanta maldad, lo he hecho en libro aparte que pondré al fin de aquesta historia, y aquí solo se toca de paso lo que se ofrece; y así tocante aquesta venida de sus primeros fundadores que quiere que sea el año de 1540 para que se hallen en el miserable estrago de Guatemala por aquellos cuentos que allí mete y novelas de libros de caballería, no citando para ello más autoridad que la suya, fundado solo en que dice Torquemada, y el manuscrito de su provincia, que salieron de sus provincias el año de 39; pero no dicen cuándo llegaron que era lo que habíamos menester; y ello bien pudo suceder que por cartas que escribiría el señor obispo Marroquín se tratase de eso allá y que saliendo de sus provincias de Santiago aquese año no se embarcaron hasta el año de 41, como dice Remesal, a quien

1) Remesal: *Historia*, I, p. 255.

nada le iba ni le venía que ese u otro año hubiesen venido, a quien debemos dar más crédito que a su paternidad, pues llegó a alcanzar a uno de sus santos fundadores que fue el padre fray Diego Ordóñez (*lib. IV, cap. 1*¹⁾ y, como él mismo dice, solicitó las noticias más verídicas que había en su convento con los religiosos que alcanzaron a todos los fundadores; y así dejando eso como noticia que no tiene fundamento pues ninguno trae para contradecir a Remesal, ni razón ni cosa que lo valga, paso a lo que hace al caso. Con todo cuidado andaba el padre fray Bartolomé de las Casas disponiendo las cosas de su viaje, y solicitados y conseguidos todos los despachos referidos y otros muchos más, solicitaba el juntar religiosos para traer consigo le llegó mandato del cardenal gobernador de España para que se detuviese. La causa de esta detención fue que habiendo llegado a oídos de su majestad los muchos clamores y memoriales de las cosas que pasaban en la América presentados por el procurador de los indios el padre fray Bartolomé de las Casas; (*porque como no era sólo hablar por hablar como algunos historiadores modernos estilan, sino que todo lo probaba con testimonios muy auténticos y testigos muy fidedignos y de toda excepción y libres de toda pasión como el Señor Marroquín y las mismas quejas habían llegado de otros santos prelados como el señor Zumárraga y otros buenos religiosos como dice Torquemada (Torq., lib. XX cap. 30)*), con estas noticias el piadoso emperador envió a mandar que se hiciese una junta de los hombres de más letras que tenía en sus consejos para que se viesen estas cosas y se dispusiese lo más conveniente para bien de aquestos naturales y seguridad de las conciencias de los españoles que tan gravadas estaban, y como el padre fray Bartolomé era el que más sabía de ésto y el que lo solicitaba, lo mandó detener para que se hallara en esta Junta, para que se informasen mejor los que lo habían de determinar, y entendiendo que esta detención fuese de seis u ocho meses determinó que no viniesen los religiosos dominicos por traerlos él mismo que estaba nombrado vicario general; pero los religiosos franciscanos que no tenían embarazo y hacían acá mucha falta, dispuso que pasasen; y para aviarlos, como quien era su procurador por el señor obispo, pasó a Sevilla a negociar juntamente las limosnas que les daba su majestad para sus avíos que ellos como nuevos en estas cosas no entendían; y juntamente dispuso el que pasase uno de sus compañeros, que fue el padre fray Luis Cáncer²⁾ para que trajese todos los despachos de Tezulutlán por lo muy necesarios que eran para que aquella cristiandad no se perdiese y llegando a Sevilla hizo pregonar el despacho que traía tocante a que no entrasen españoles en la provincia de Tezulutlán que mandaba su majestad se notificase primero en Sevilla, lo cual se hizo como consta de la notificación que está en el original, un viernes veintiuno de enero de este año de 1541 y dice el escribano que es a pedimento de fray Bartolomé de las Casas, fray Rodrigo de Ladrada y fray Luis Cáncer.

Y de este modo aviados los religiosos franciscanos y fray Luis Cáncer que vino juntamente con ellos a traer los despachos que se habían negociado; y lo más temprano que se pudieron embarcar según aquestos cómpu-

1) Remesal: *Historia*, I, p.p. 256-257.

2) Cáncer vino entonces *por primera vez* a América.

tos fue a principios del mes de febrero, con que su llegada a la Veracruz sería a principios de abril o mayo, que siendo así no pudo ser lo que Vázquez (*Vázquez, lib. 1, cap. II*) dice que aquella cuaresma estuvieron en Méjico donde dice que trabajaron mucho, ni aunque esto fuese el año de 40, como él quiere, porque su viaje lo pone por el mismo tiempo donde dice que se detuvieron en Méjico por las aguas que entraron y allí estudiaron lengua. Todo esto es una quimera porque sólo la lengua mejicana podían aprender allí donde dice que se detuvieron hasta principios de octubre de adonde salieron todos seis y enfermando a la primera jornada el comisario que los traía fray Alonso de Casaseca murió, y eligiendo entre ellos uno que los gobernase en conformidad de la bula del papa Adriano que dio en Barcelona a 10 de mayo de 1522, pasaron a Guatemala donde dice que llegaron a 11 de noviembre haciendo gran misterio de que llegasen ese día que era de San Martín. Son tantas las quimeras que ensarta en este recibimiento, tan ajenas de la modestia de aquellos religiosos varones apostólicos, que fuera cosa muy prolija el refutarlas; baste saber que como llegaron a la ciudad de Santiago a tiempo que todo estaba arruinado con la tormenta que había sucedido y determinando ya mudarse a otro sitio, allí se acomodaron en la ermita de nuestra señora de los Remedios, y lo más cierto es en el hospital, como su paternidad dice, sin saber lo que se dice, cuando escribe: *A los principios en aquel salón o chilote a manera de enfermería de hospital, allí se hospedaron mientras se hacían modo de vivienda en la traza nueva de la ciudad*, y esta es la verdad que hubo en toda aquesta venida de estos religiosos que no se hallaron en la ruina de Guatemala, que si tal hubiera sido y sucedido las muchas quimeras que su paternidad inventa dando de mano a los autores clásicos como Torquemada que escribió todo aqueste suceso tomándolo de los escritos del padre fray Toribio de Motolína como él mismo dice, a Herrera y a Gómara que de allí mismo tomó estas cosas, a Remesal que alcanzó personas que se hallaron en esto; siguiendo las consejas de María del Castillo una vieja aturdida que vivía en el pueblo de Almolonga, que dice se lo oyó contar a su madre y ésta a su abuela pero que no se acordaba cómo se llamaba su bisabuela. Ya se ve entre hombres de talento que puede valer este dicho, dado que sea así, cuando hay autores clásicos y casi oculares como fue el padre fray Toribio, que estuvo en Guatemala el año de 1544 cuando todo estaba reciente; y así todo eso se ha de tener por apócrifo y libros de caballerías.

Con aquestos religiosos vino el padre fray Luis Cáncer a traer todos los despachos, el cual pasó a Méjico a presentarlos en la real audiencia para que se les diese el pase necesario, y se mandasen poner en ejecución; y para negociar los indios oficiales y cantores que había de traer para la provincia de Tezulutlán, donde se deseaba poner todo orden de Repúblicas. Con esto se detuvo hasta hallarse en el capítulo provincial que se había de celebrar el día 23 de agosto de aquel año, para negociar algunos religiosos que viniesen ayudar a esta provincia de Guatemala mientras llegaban los que traía el padre fray Bartolomé de las Casas. Fue electo en este capítulo que es el segundo que toca a esta provincia de Guatemala el muy reverendo padre fray Domingo de la Cruz, varón de mucha virtud

y letras, hijo del convento de Santa Cruz de Segovia; fueron definidores en él, el venerable padre fray Domingo de Betanzos, el padre fray Pedro Delgado que acababa de ser provincial, el padre presentado fray Andrés de Moguer y el padre fray Diego Ximénez.

Cogióle en México al padre fray Luis Cáncer y a los religiosos franciscanos la nueva lastimosa de la muerte del adelantado don Pedro de Alvarado, principio y primer eslabón de la cadena de desgracias que fueron sobreviniendo a la ciudad de Santiago de Guatemala, la cual pasó de esta manera. Habiendo vuelto de España con el ajuste que había tomado con el César, de ir a descubrir por la banda del Poniente las islas de la Especiería, llegó a Guatemala a 16 del mes de septiembre de 1539, como queda dicho. Fue disponiendo su viaje porque ya estaba hecha la armada de trece bajeles entre chicos y grandes por su proveedor y mayordomo Alvaro de Paz. Gastóse en esto infinita suma de plata y oro, como dice Castillo (*Cap. 20 v. del original borrador*),¹⁾ que no bastándole lo que había traído del Perú, lo que le rendían todos sus pueblos y el mucho oro que le recogían sus cuadrillas, hubo de tomar sobre sí fiada mucha hacienda de mercaderes, cuyas grandes dependencias no se pudo después pagar con todo lo que tenía. Tardó en aprestarse para aqueste largo viaje desde que vino hasta mediados de 1540 en que salió de Guatemala llevando consigo a los dos caciques Zinacán y Zequechul, inicua-mente despojados, como se ha dicho, de sus Señoríos. Esta añadidura llevaba el desgraciado caballero sobre la grande carga de muertes y daños hechos a indios como dice Fuentes y representó el padre fray Bartolomé de las Casas en el consejo real de Indias. En aquel viaje perecieron aquestos dos desgraciados caciques, bien se deja entender con qué miseria los que se habían visto señores de tan poderosas monarquías. No podía, con tan grande carga como sobre sí llevaba aquesta armada, tener buen logro porque algún día había de volver sobre sí la divina justicia para vengar sus agravios, que aunque pensaban que dormía, estaba muy vigilante esperando el que faltaba al colmo de la malicia. Salió del puerto de Acajutla con toda su armada a principios del mes de junio, y sin contraste ni desgracia que se sepa, llegó al puerto de la Purificación del reino de Mechoacán para rehacerse allí de cosas que había menester, lo cual sabido por don Antonio de Mendoza virrey de la Nueva España y entrándole codicia de aquel viaje, tuvo sus capitulaciones con don Pedro para entrar a la parte, y ajustados y estando ya para partirse, le llegó carta de Cristóbal de Oñate, como dice Castillo, o de Diego López de Zúñiga, como dice Remesal, en que le daba cuenta del grande aprieto en que se hallaba en unos peñoles cercado de muchos indios que le daban cruel guerra y que si se perdía aquella facción, que corría mucho riesgo toda la Nueva España. Acudió luego al socorro con parte de la gente y estando peleando con los enemigos en la eminencia de un cerro, se le deslizó un caballo a un soldado que se hallaba en lugar superior, y viniendo dando vueltas el caballo despeñado encontró con Don Pedro y cogiéndolo de encuentro, lo llevó la cuesta abajo, de que quedó sumamente maltratado;

1) Castillo: *Historia* c. CCIII en la numeración actual.

esto sucedió la mañana de San Juan. Remesal dice que viendo venir el caballo se apeó y apartó a un lado con presteza y donde pensó hallar seguridad allí halló su muerte porque topando el caballo en una piedra rebatió a la parte donde se había favorecido el adelantado y allí se lo llevó rodando. (*Rem. lib. 4, cap. 1*).¹⁾ No hay lugar seguro cuando la divina justicia busca al pecador para tomar venganza; sea de una o de otra manera, él quedó tan molido y maltratado que luego trataron de llevarlo donde pudiese ser curado y con mucha brevedad fue llevado a la ciudad de Guadalajara, donde agravándosele más el accidente y conociendo se le acercaba su muerte, con muchas lágrimas recibió los sacramentos y por no estar para hacer testamento, dio su poder al señor obispo Marroquín y a otros para que lo hiciesen por él, que es la cosa más acertada que pudo hacer porque el señor obispo, como tan católico y muy su amigo, le correspondió muy bien y le pagó el haberlo traído en su compañía con haberle dispuesto sus cosas muy bien para el descargo de su conciencia. Todo el tiempo que le duró la vida, todo fue dar gemidos y sollozos y pensando algunos que era del dolor del cuerpo, le preguntaban, qué era lo que más le dolía, y él con mucho arrepentimiento decía que *el alma*, sin duda por los daños que había causado a tantos; dichoso de él, que le dio Dios tiempo de arrepentirse de ello. Pasando delante del accidente, entregó el alma al criador el día 29 de junio que era de su santo san Pedro, como dice Torquemada que es lo cierto (*Torq. lib. 3, cap. 34*) no lo que dice Fuentes ni Vázquez que el día 5 de julio, pues pudieron advertir que si de esa fecha es la carta del virrey don Antonio de Mendoza, escrita de Méjico que está en el segundo libro de Cabildo en que da noticia a la ciudad de la desgracia cien leguas más adelante de Méjico, no podía en el mismo día en que murió el adelantado saberlo en Méjico y escribir la carta ese mismo día cinco de julio. Con su muerte se destrozó toda la armada y todo se perdió; llegada la nueva a Méjico a cuatro o a cinco de julio escribió el virrey a la ciudad y al señor obispo el pésame de la muerte del adelantado y dando orden de lo que se había de hacer, la cual sacada del mismo libro como la traslada Remesal, dice así: “Magníficos y nobles Señores. Por cartas que he escrito así al señor obispo de esa provincia como a don Francisco de la Cueva, gobernador e teniente de ella, sabréis como Dios nuestro señor fue servido de llevarse a su gloria al señor adelantado Alvarado y el suceso de ella de que no poca pena he sentido, como era razón, y tanto como si fuera mi propio hermano; y pues él le dejó por su teniente de gobernador, por la confianza que de él tenía y no menos tengo yo de su persona y hasta que su majestad otra cosa sea servido de proveer, le tendréis por tal gobernador, e así os lo encargo e mando de parte de su majestad, que os conforméis con él para que esa provincia esté bien gobernada y en toda paz y sosiego sin haber novedad alguna y mostréis en ésto el deseo que tenéis de servir a su majestad como sus leales vasallos y que miran el bien y perpetuación de esa gobernación. Tengo por cierto que lo haréis y de lo que viéredes que conviene proveerse y escribirse a su majestad, me haréis relación porque así se hará, y a

1) Remesal: *Historia*, I, p.p. 257-259.

la señora doña Beatriz la tened y acatad como es justo porque en esto serviréis a su majestad y a mí me echaréis en cargo para favorecer esa ciudad en lo que pudiere.—N. S. Vas. magníficas personas guarde.—De Méjico a 5 de julio de 1541.—A lo que S. S. mandaredes.—Don Antonio de Mendoza”. (*Rem. lib. 4, cap. 3*).¹⁾

No es decible el sentimiento que en la ciudad se hizo con esta nueva tan desgraciada, así el señor obispo como todos los vecinos; pero quien con mayores extremos la lloró fue su esposa doña Beatriz de la Cueva, y con razón por tan gran pérdida, pero aunque grande, no la mayor que le pudiera sobrevenir como inconsideradamente dijo sin duda arrebatada de la fuerza del dolor y oyendo decir que el lugar donde sucedió la desgracia se decía las Sierras Negras, mandó teñir toda la casa de negro que lo pudo hacer a poca costa con el lodo negro de los pozos que hoy llaman de San Lucas Ychanzuch, y teñido todo de negro hasta los tejados, ella se metió en un aposento muy oscuro sin querer ver luz ni de una ventana, ni comió, ni durmió en algunos días, ni permitía que la tratasen de consuelo, de que según se colige desvanecida la cabeza dijo el disparate que se refiere, que consolándola, dijo: “¿Por ventura tiene Dios más mal que hacerme después de haberme quitado al Adelantado, mi señor?” Y porque los dos amigos Vázquez y Fuentes en este caso y todo el de la ruina se esmeraron mucho en desmentir a Remesal calumniándole de inventor de esta blasfemia, de lo de la vaca negra y otras cosas, en que se conoce la malicia depravada de estos dos autores herederos del odio y enemistad de sus antepasados contra el hábito de Santo Domingo, he de escribir todo aqueste fatal suceso, trasladándolo de Torquemada, que es aun más de lo que dice Remesal, quien anduvo muy corto en esta historia; con advertencia que leyendo Vázquez en el dicho Torquemada que él y Gómara sacáronlo de la blasfemia de Doña Beatriz y lo demás, de lo que dejó escrito fray Toribio de Motolínea su alumno y padre, quiere hacer autor de esto a Remesal, y viendo uno y otro, que defienden la verdad del original de Castillo, que la defensa que hace el impreso a favor de Doña Beatriz, es falsamente introducida por el maestro Remón, que tal no se halla en el original, ahora uno y otro olvidan aqueste original;²⁾ y así, como he dicho, lo he de trasladar de Torquemada que estuvo en Guatemala muchos años después de esta calamidad, y cuando no hubiera estado, dice que lo que escribe lo saca de las relaciones de fray Toribio que estuvo en Guatemala tres años después de la ruina, que aún no se había acabado de pasar la ciudad al sitio nuevo. Dice, pues, hablando de las cosas que irritaron la divina justicia: (*Torq. lib. 20, cap. 68*) “Ocupadísimo andaba este santo fundador en la conversión de los indios y fundación de su provincia de Guatemala, cuando hizo Dios un castigo en los mismos que conquistaron la tierra, de los más ejemplares y espantosos que los siglos han oído, y es fuerza se sepa la causa de él, por justificar la de Dios que quiso castigar pecados tan escandalosos y atroces, como

1) Remesal: I, p.p. 141-263. Remesal no la transcribe con exactitud ni menos Ximénez que lo copia; ambos equivocaron la fecha que fue XV y no a V.

2) En el original o ms Guatemala desaparecieron los folios a que alude Ximénez: Véase nuestra introducción.

estos hombres habían cometido, tantos robos, muertes, crueldades y tiranías con que despoblaron muchas tierras y mataron muchos inocentes y al mismo rey, caciques y señores de la tierra, quemaron en vivas llamas, destruyeron toda la provincia de Cuscatlán (*esta es San Salvador*), y gran parte de la costa del Mar del Sur, y quemaron y mataron más de cinco cuentos de indios, todos (*o los más*) sin recibir el bautismo y sin conocimiento de Dios; esto es en diez y seis años que duraron. Estas cosas y otras muchas que de intento callo, sucedieron siendo él (*Alvarado*), capitán y caudillo que gobernaba la tierra con título de adelantado y plegue a Dios haya tenido misericordia de su alma y se haya contentado con el ejemplar castigo que hizo de él en esta vida porque murió atropellado de un caballo, y preguntándole qué le dolía, respondió siempre “que el alma”. Este adelantado con su gente tan llenos de oro y riquezas como cargados de pecados y abominaciones, después de haber hecho sangrienta guerra a los indios, se volvieron a gozar de su paz a Guatemala, donde fundaron la ciudad de Santiago, la cual apenas se había acabado cuando en venganza de sus fundadores la destruyó Dios con un diluvio tan horroroso y espantable como si a porfía se conjurara el cielo y la tierra contra esta gente y su ciudad, y así el día de nuestra señora de setiembre, etc.” Después se proseguirá lo demás con el mismo autor; ahora es menester referir lo que sucedió tocante al gobierno que aunque tan triste y llorosa la señora doña Beatriz tuvo forma y modo, contraviniendo a lo que mandaba el virrey, que la jurasen y recibiesen por gobernadora, excediendo su ambición a sus lágrimas, y cumplido el funeral del adelantado el día ocho de setiembre, llamó a su casa al obispo, a los alcaldes y regidores y trató con ellos la materia sobre que la eligiesen a ella, y diesen estos autos últimos de aqueste *segundo libro de cabildo* porque él se acabó con la ciudad como del mismo consta.

“En la ciudad de santiago de la provincia de Guatemala, viernes, en nueve días del mes de setiembre año del Señor de 1541. Los magníficos señores Gonzalo Ortiz, alcalde e Cristóbal de Salvatierra, alcaldes ordinarios por su majestad e Antonio de Salazar e el comendador Francisco Zurrilla contador de su majestad, e Francisco López, e Juan Pérez Dardón, e Bartolomé Marroquín regidores en esta ciudad; por ante mí Antonio de Morales, escribano público de cabildo juntos en su acuerdo dijeron: que a su noticia es venido que el adelantado don Pedro de Alvarado, gobernador en esta provincia y sus comarcas, es fallecido de esta presente vida e que esta tierra e gobernación tiene necesidad de gobernador para las cosas que su majestad encarga a sus gobernadores e por que así les parece que conviene al servicio de Dios nuestro señor e de su majestad, e bien e conservación de la tierra; e por ende platicando en ello dijeron que debían señalar persona que tenga esta gobernación en nombre de su majestad, pues que esta ciudad es cabeza de esta gobernación y en ella se acostumbran a recibir a los gobernadores de su majestad y aquí recibidos es visto serlo en los demás pueblos de esta gobernación e gobiernan en toda la gobernación libremente. E platicando cerca de qué persona lo encargarán, que convenga al servicio de Dios e su majestad, había e hubo pareceres diversos, e con que bien platicado e consultado con el prelado de

esta provincia; les pareció que lo más seguro e más pacífico e lo que más convenía era que la señora doña Beatriz de la Cueva mujer que fue del adelantado don Pedro de Alvarado, se le encomendase y encargase esta gobernación para que ella en nombre de su majestad la gobernase hasta tanto que su majestad provea de su gobernador, salvo Gonzalo Ortiz, alcalde susodicho, que fue en voto y parecer contrario, diciendo: "*Aquí se quedó en blanco media hoja, como dice Remesal y prosigue después: (Rem., lib. 4, cap. 3, p. 3)*"¹⁾ "Es visto, por los demás señores alcaldes e regidores susodichos, que los más votos como parece es en que la señora doña Beatriz de la Cueva se le encargue esta gobernación. Pasó por acuerdo e cabildo que se haga e por ende todos juntos por ante mí el dicho escribano fueron a las casas de la señora doña Beatriz de la Cueva donde estaba a la sazón retraída e le hicieron saber lo por ellos acordado, e que le pedían les diese respuesta e consentimiento porque así les pareció que convenía al servicio de Dios nuestro señor e de su majestad e pacificación de los españoles e naturales de aquesta gobernación."

"E luego la señora doña Beatriz de la Cueva rindiéndoles las gracias que les daba por el dicho nombramiento e acuerdo que para que ella gobierne aquesta provincia e tierra, habían hecho, dijo: que ello lo aceptaba, y aceptó con intención y celo de servir a su majestad en ello, en lugar del adelantado don Pedro de Alvarado su marido que es en gloria".

"E luego los dichos señores alcaldes e regidores susodichos por presencia del señor obispo de esta provincia e del licenciado don Francisco de la Cueva, dijeron: que ellos todos la elegían y nombraban en nombre de su majestad por tal gobernadora de esta provincia e gobernación hasta tanto que su majestad provea acerca de la gobernación lo que más a su servicio convenga, e que todos la obedecerán e guardarán sus mandatos, como mandamientos de su majestad, hasta tanto que su majestad les provea de gobernador según su real servicio sea".

"E luego la dicha señora doña Beatriz de la Cueva juró sobre la cruz de la vara de la gobernación en forma de derecho que guardará e cumplirá las cosas siguientes"...

Y prosiguiendo luego, nombra por teniente a su primo don Francisco de la Cueva e acaba: "su señoría lo firmó de su nombre y le entregó la vara de justicia de su majestad que su señoría tenía en la mano, y el dicho licenciado don Francisco de la Cueva la recibió.—La sin ventura doña Beatriz.—Pasó ante mí.—Antonio de Morales, escribano público y del consejo".²⁾

Aquí nota Remesal una cosa particular que se halla en esta firma, y es que está en dos renglones en el primero dice: *la sin ventura* y en el segundo *doña Beatriz* y este está toda el rayado, con una raya que aún excede al renglón como que borró su nombre y solo quiso se leyese *la sin ventura*; y es así como lo dice porque lo he visto, y aquí dice Fuentes (*Fuentes, IV, 7*)³⁾ que Remesal por manifestar la desesperación de doña

1) Remesal: *Historia, I*, p.p. 264-265.

2) Ximénez copia todo lo anterior de Remesal; aunque suprime muchos párrafos.

3) Fuentes: *Recordación, I*, p.p. 136-138.

Beatriz dice que entintó la firma y echó un borrón, porque meneándose la mesa entonces cayó aqueso borrón en que dice lo que quiere por no decirle que miente, que lo que dice Remesal es que echó una raya como así es de que tengo sacado testimonio para hacer patente al mundo sus falsedades y mentiras; y aunque hubiera sido borrón, ¿no me dirá quién le contó que él lo vio, que entonces se le meneó la mesa? Es una raya hecha muy de propósito. Si fue por desesperación no lo dice Remesal, que parece que él y su amigo lo han tomado por su juguete, bien pudieran haber aprendido los dos a escribir con verdad de Remesal; pero, ¿cómo habían de aprender si está uno y otro reñido con ella? Y luego el padre Vázquez se pone a dar documentos de las obligaciones del buen historiador, la primera dice que ha de ser tratar verdad y nada trata menos que eso y esa salva que allí hace es para contar una de las mayores falsedades que trata en su crónica.

Con estos cabildos y nombramiento de gobernadora cerró aquel día nueve tan lleno de errores, como anunciando la fatalidad que le amenazaba a la ciudad la más terrible que se ha visto en los siglos, la cual se escribirá en el capítulo siguiente, tomándolo de Torquemada.

CAPITULO XIX

De la terrible y espantosa ruina de la ciudad de Guatemala

“Llegó la nueva de la muerte de este caballero a Guatemala a principios de setiembre de este año de 1541, con cuya muerte se dice que hizo esta señora doña Beatriz grandes extremos luego que la supo y dijo cosas muy de loca. Mandó teñir su casa luego por dentro y por fuera, lloraba mucho y no comía, ni dormía, ni quería consuelo ninguno; si alguna persona movida de su dolor la consolaba, dicen que respondía, que ya Dios no tenía más mal que hacerle (*palabras de blasfemia y de mujer inconsiderada y que parece ser dicha sin razón y sin sentido y muy desatinadamente, y pareció muy mal a todos, como era razón que lo pareciera*); pero en medio de aquellos llantos y tristezas entró en el regimiento y se hizo jurar por gobernadora (*desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre españoles de Indias*). Hizo las honras de su difunto, pomposamente y con grandes llantos y lutos; comenzáronse el mismo día de navidad de nuestra señora, jueves a ocho de este mismo mes de setiembre, y este año fueron en la Nueva España las aguas muy grandes (*según el padre fray Toribio cuya relación voy siguiendo*), y este mes de setiembre mucho más continuas. Comenzó, pues a llover día de nuestra señora y llovió reciamente aquel y otros dos días siguientes que fueron viernes y sábado, y este dicho sábado, que fue a 10 de este dicho mes de setiembre, a las dos horas de la noche, bajó de la sierra o volcán, en cuyas laderas estaba fundada la ciudad, una muy grande avenida, porque como la lluvia fue mucha y había muchos días que corría, traía tras de sí mucha tierra; ibanse haciendo grandes quebradas y hoyas por donde acanalaba el agua,

y como mucha parte de aquella sierra es una arena gruesa y negra o par-
da y entre aquella arena hay también grandes piedras peladas y guija-
rreñas muy grandes y crecidas, y como la lluvia robaba la tierra, moviólas
y trájolas tras sí y con esta tempestad comenzaron a venir muchas por la
sierra abajo y como unas daban en otras, arrancábanse y caían todas y
traíanse consigo muchos árboles que la misma agua arrancaba (*que los
hay muy grandes en esta sierra, que es de muy hermosa arboleda*), y la
fuerza del agua que bajaba de lo alto con tanta piedra y maderos que
consigo traía, acanaló el agua por una de aquellas quebradas con tanta
furia e ímpetu que parecía un río muy caudaloso que había salido de ma-
dre. La noche era muy oscura y el aire que corría muy furioso y recio y
parece que todo el mundo se acababa y que se hundía la tierra”.

“Era tanta la fuerza y golpe de agua que parecían las piedras y ár-
boles que traía unos corchos sobre-aguados, y toda esta agua vino sobre
la ciudad, siendo una de las primeras casas en que dio, la del adelantado
don Pedro, y llevóse del primer encuentro las paredes de la huerta con
muchos naranjos y árboles que en ella había; y derribó otros aposentos
de la casa, y a esta hora (*con el grande ruido*) se había levantado de su
cama doña Beatriz de la Cueva mujer de Pedro de Alvarado, y saliendo
de la cámara donde estaba, pasóse a un oratorio que tenía cerca, con
otras once mujeres y subióse encima del altar, abrazóse con una imagen
y encomendóse a Dios. Los hombres que había en casa ya se habían le-
vantado, y queriendo llegar al favor de las mujeres, no pudieron porque
las fuerzas del agua los llevaba y llamando a otras mujeres y doncellas
que faltaban en otro aposento, salieron para irse al oratorio; pero arre-
batólas la fuerza de la corriente y llevóselas consigo. Estas personas
eran siete y las tres se ahogaron y las cuatro se escaparon que las echó
la tormenta fuera de la ciudad poco trecho, las cuales se hallaron el día
siguiente arrojadas del agua en diversos lugares del campo ya casi muer-
tas. Pero volviendo a la furia con que el agua fue creciendo; dicen que
subió muy alta en esta desgraciada casa y la derribó cayendo primero
aquella cámara y capilla donde se había entrado a favorecer doña Bea-
triz y ahogóla con las otras diez criadas que habían entrado con ella. Fue
muy desgraciada porque si se hubiera estado queda en la cámara donde
estaba y dormía, no muriera, que no se cayó por tener mejores cimientos
que las otras; más buscando la vida halló la muerte. Túvose a milagro
que quedase en pie el aposento donde había salido para no dormir y ha-
berse caído el oratorio donde pensaba librarse, y este milagro lo atribuían
a lo que había dicho y hecho. Todos son secretos de nuestro gran Dios;
y dicen nuestras lenguas lo que sienten nuestros juicios unos escapan por
huír del peligro, otros mueren como esta señora hizo (*y su marido*) que
había llorado y sentido demasiadamente la muerte del adelantado su ma-
rido y deseaba morir juntamente con él (*como es costumbre decir de los
casados*); pero venidos al punto de morir, no hay quien no sienta la muer-
te; al contrario aconteció a esta señora que al Profeta Elías, etc.”

“En la misma casa murieron indios (*además de las 11 mujeres con
doña Beatriz*), y era tanta el agua, que arrancaba las casas por los ci-
mientos y las llevaba enteras por aquella ladera abajo. Murieron muchos

españoles y de algunas casas en que murieron, murió, marido, mujer e hijos y todos los indios criados y esclavos; de otras, la mitad de la gente de estos, algunos que perecieron fueron enterrados, otros muchos ni vivos ni muertos no parecieron; de otras casas unos escapaban y otros morían, en especial aquellos que los cogían debajo las casas que se caían, otros que el agua los arrebataba y ahogaba, otros llevándolos el agua iban a parar sobre algunas casas, otros que se asían de los árboles y en ellos escapaban y otros que subidos en maderos se dejaban llevar del agua y cuando se tendían en lo llano se libraban de aquel peligro.

El número de los difuntos (*según se pudo mejor contar*), fueron seiscientos indios y muchos españoles, y de estos más fueron mujeres porque como cada uno buscaba su remedio y salían fuera de las casas a socorrer la vida y la noche era tan oscura, quedábanse los niños sin favor de sus padres; y casa hubo donde murieron cuarenta personas y casa donde cincuenta. Piedras hubo en esta grande avenida tan grandes como grandes cuevas y otras como carabelas, y verlas ahora por aquellos lugares (*como yo las he visto*) parece cosa increíble por su mucho peso y grandeza; quedó la mitad de la ciudad llena de estas piedras y de arena y cieno y en partes más alto que una lanza; perdiéronse y ahogáronse muchos caballos y otros ganados, y preseas de mucho valor.

Dicen que vieron andar por la plaza y calles una vaca por medio de todas las calles en el agua, con un cuerno quebrado y en el otro una soga arrastrando, que arremetía a los que iban a socorrer a la casa de doña Beatriz y a un español que porfiaba, lo atropelló dos veces y no pensó escapar de sus pies y del cieno; otro español estaba caído en tierra con su mujer y encima de ambos una gran viga y que pasó por allí un negro no conocido y que le rogaron que les quitara la viga de encima y ayudase a levantar; el negro preguntó si era Morales el caído, y como le dijo que sí, alzó la viga y sacó al marido y volvió a dejar el madero sobre la mujer y dejola ahogar y fuese corriendo el negro por el agua y lodo; y afirmaba este español que no podía ser otro sino el demonio porque le vio ir por la calle adelante como si fuera por suelo muy enjuto, lo cual parecía imposible, porque había más de dos estados de cieno y lodo, sin el agua; esto bien pudo ser aunque con el miedo todo se mira al revés. Tuvieron creído muchos que aquel negro era el demonio (*como lo afirma el español que lo sacó debajo del madero*), y dice Gómara que la vaca (*según decían*), era una Agustina mujer de cierto capitán hija de una que por alcahueta y hechicera azotaron en Córdoba la cual había hechizado allí en Guatemala a don Pedro Portocarrero, porque le dejaba siendo su amiga, y el don Pedro la traía siempre a cuestras o a las ancas cuando iba a caballo y decía que no se podía librar de aquella carga y fantasma y estando enfermo y ya para morir porfiaba que sanaría si Agustina lo viese, más nunca ella quiso por el enojo grande que de él tenía o por deshacer aquella mala fama". (*Torq., lib. 3, cap. 35*).

Esta es toda la relación que de aqueste fracaso hace Torquemada; ahora pueden ver los dos amigos si es Remesal el que dice de la vaca y de la Agustina y otras cosas que le quieren contradecir, sin más motivo

que el quererlo decir de sus cabezas. Bien pudieran advertir que a quien calumnian es a quien escribió ésto primero, que fue el padre fray Toribio su santo padre, que fue el primero que lo dejó escrito, de quien todos lo han sacado con las blasfemias de doña Beatriz; este religioso estuvo aquí en Guatemala el año de 1544, cuando vino a traer los doce religiosos como queda dicho y fue muy curioso y amigo de investigarlo todo; y así dice Torquemada al capítulo siguiente que, como él escribió, en sus peregrinaciones, dio vuelta a todo el volcán por verlo por todas partes, y dejó escrito todo lo que vio y anduvo y los viajes que hizo, y solo se halló escrito este viaje del año de 44; de que más se concluye ser ficciones de Vázquez los demás viajes que refiere a Guatemala: y ellas son tales y tan desatinadas, que aunque su amigo Fuentes no le quiere pasar por ellas y solo le confiesa una, que es la que se ha dicho; miren que buenos fundamentos tienen para decir lo que dice.¹⁾

Antes que empezase la inundación, dice Remesal, y consta de los libros de Cabildo, empezó una tormenta de rayos que causó gran pavor y al mismo tiempo el volcán de Fuego echaba espantosas llamas, arrojando por sus costados ríos de fuego. A esto se juntó lo que causó la mayor ruina, que fue un terremoto con terribles bramidos y retumbos que daba el volcán de Fuego tan espantables que sólo aquestas cosas eran bastantes a morirse los hombres de miedo y de pavor; a las dos horas después de media noche para amanecer el domingo once de setiembre, empezó el primer temblor y terremoto de la tierra, tan grande y tan espantoso que no se acordaba nadie haber visto tal, dando tales saltos el volcán a cuya falda estaba la ciudad que parecía que se quería arrancar de la tierra. Con este terremoto despertó toda la gente que fue sin duda aviso de Dios para que le pidiesen misericordia, y habiendo salido todos despavoridos a los patios y calles aunque estaba lloviendo, tembló segunda vez con más fuerza. Con un bramido que dio el volcán como si fuera trueno, cayeron todos despavoridos, sin sentido, sin saber nadie de sí; sintieron después otro gran temblor de tierra a tiempo que ya venía el agua despeñándose, trayéndose árboles y piedras con que acabó de arrasar aquella parte de la ciudad, que estaba hacia la llanada, que hoy son potreros tras de San Lázaro, porque la inundación vino detrás de San Pedro de las Huertas, a la parte que mira a la Ciudad Vieja, y allí se ve la gran barranca que debió de hacer el agua, y bajando como bajó a la parte más baja de la ciudad que estaba ya sobre el río que llaman de la Magdalena, hizo el estrago que hizo y fue así sin duda porque nuestro convento y el de la Merced y la catedral que estaban más de la parte de San Miguel, que llaman de Sacualpa, no peligraron más que el daño que tuvieron de los terremotos.

Muchos han discurrido muchas veces, sobre de a donde o cómo vino tanta agua junta para que hiciese tanto estrago; mas yo que he considerado cómo está el volcán y lo que he visto en esta tierra, me persuado a dos cosas, o que fue agua que se fue represando en su eminencia con la continuación de las aguas y rompió de golpe, porque arriba en su cima hace una gran plaza como rehoja y no pudo subir de abajo porque no se

1) Torquemada se basó en la *Relación* que por entonces se publicó. Véase *Estudio preliminar*.

le halla concavidad ninguna porque todo él es macizo como se ve allá arriba; o que fue alguna gran manga de agua que allí se derramó y cayó de golpe, y esto me asienta más, porque por dos veces lo he visto; la una el año de 1710, siendo cura de Rabinal que vi que como a la una del día caía tanta agua en una rinconada de montaña de adonde baja el riachuelo del pueblo que no era aguacero sino río caudalosísimo que bajaba. No duró esto más que hasta cerca de las dos; fuíme al río por ver que creciente hacía aquello y poco después de las dos empezó a crecer con tanta furia que dentro de breve tiempo se había levantado más de cuatro varas en alto llenando toda la quebrada que es bastante ancha y no bajó hasta la oración que empezó a sosegar; pero hasta otro día a la misma hora no acabó de volver el riachuelo a sus mismas corrientes y ordinarias aguas.

Otra fue el año de 1688 que vine de España a 5 de mayo estando corriendo toros en festejo de la venida por presidente de la real audiencia de don Jacinto de Barrios Leal, que entre tres y cuatro de la tarde empezó a llover en la rinconada que llaman de san Mateo y siendo tan pocas las vertientes que de aquel lado vienen, en la Chácara, no se veía más que *garuar* y a las cuatro bajó tanta agua que hacía un río muy caudaloso, tanto que yendo ya explayado por donde está la ermita de las Animas la llegó a cubrir, teniendo más de dos picas en alto del campo de la Chácara; se hizo un mar y bajando sobre la ciudad, se dividió aquella gran avenida por muchas partes, que si toda llega junta, no hay duda que hace mucho estrago, y no obstante sucedieron muchas desgracias en casas que halló algo flacas y murieron algunas personas; de suerte que con esto que he visto, me persuado a que fue alguna gran manga de agua que se derramó sobre el volcán la que se hizo todo aquel estrago.

Ya se puede considerar aquella ciudad hecha un teatro que pregona la justicia divina y un espectáculo de miserias: unos muertos y otros maltratados, cual pie, cual brazo quebrado y cual mallugadas las costillas; y los que se hallaban libres de ésto, por la piedad divina, qué asombrados y atónitos estarían llorando todos ya la mujer al marido muerto, ya el marido a la mujer que se había llevado la avenida, ya uno ya otro viendo a sus hijos cadáveres; considérelo cualquiera si habría lugar para las quimeras que sobre esto levanta nuestro padre Vázquez, que no las ideara el hombre más incapaz, de que el cura más cercano consumió el sacramento al oportuno tiempo de la urgencia: yo no sé cuál fue este tiempo oportuno, sobre ser todo repentino cuando más dormidos estaban; que se formaron cuatro procesiones de cuerpos muertos que fueron a las cuatro iglesias que se le vienen a la cabeza; que en las cuatro partes a un tiempo se empezaron cuatro vigiliias muy solemnes, cuando se ha visto la cédula puesta arriba para traer cantores de Méjico, porque aquí no los había; que las personas principales iban en ataúdes y los demás en tablas; que a cada uno se le abrió sepultura; y otras cosas que me da vergüenza el decir las, cuando en aquel día ni en el siguiente se pudieron sacar los cuerpos debajo de las ruinas, porque ni había quien lo hiciera porque cada uno tenía su mal que llorar. Todo ello es cosa la más disparatada que yo he visto y así no he visto persona de todas esferas que

no abomine de su crónica.¹⁾ Amaneció aquel día todo funesto, no sólo por el espectáculo lastimoso que era ver tanto estrago, sino porque no cesaba de llover; ni la tierra les daba sosiego, porque cada instante los sobresaltaba con sus movimientos que no cesó en muchos días; ¡qué lástima no causaría ver aquel escuadrón de niñas doncellas con su capitana doña Beatriz que habían dejado sus padres y patrias, tan lastimosamente malogradas debajo de aquellas ruinas! Ver que tres días había que había tomado el gobierno de la tierra la sin ventura doña Beatriz para ser trasladada de la cuna de su gobierno a la sepultura, ¡qué lástima no causaría ver aquella tan ilustre casa llena de trofeos de sus hazañas y de tanta potencia y grandeza; que se daba a envidiar a todo el mundo tendiendo líneas visuales para penetrar nuevos mundos, en setenta y cinco días toda reducida a pavezas, no quedando más memoria de toda aquesta máquina, que la que se ve el día de hoy de aquel campo que dice: *aquí fue Troya*. Ni de la estirpe de los dos consortes quedó memoria, más que de la de doña Leonor que hubo don Pedro en la hija de Xicotencal cacique de Tlascala, que casó con don Francisco de la Cueva de cuya línea hay descendencia tan atenuada y apagada como la vemos en los Guzmanes. No le quedó a esta señora cosa alguna de su padre, ni aún una almena ni aún un día de repartimiento, que parece que en la desdichada señora castigó Dios el pecado de su padre, de no haberle dejado al rey ni un pueblo ni un indio, aunque muchas veces lo reclamaron los oficiales reales; que señalasen algunos pueblos a su majestad; prevaleció la codicia, y aunque blasonaban tanto de haberle ganado estas tierras a su majestad, lo cierto es que no las habían ganado sino para hacerse señores absolutos de ellas; daño fue aqueste que cundió por todas partes, como dice Castillo, que si le hubieran dejado al rey la quinta parte, de otro modo se hubieran mirado los servicios de los encomenderos,²⁾ que no hay duda fueran dignos de grandes recompensas; y así mandó su majestad que todos los pueblos que vacaran por muerte del adelantado, se pusiesen en su corona, con que su majestad mejoró mucho su partido: que eran muchos y los mejores.

Doña Beatriz de la Cueva fue sepultada con las demás señoras en la iglesia catedral, y allí estuvieron muchos tiempos, hasta que doña Leonor de Alvarado, hija del adelantado, hizo dos sepulcros en la iglesia catedral nueva el uno para enterrar los huesos del adelantado, que hizo traer del pueblo de Tiripatí donde fue enterrado, juntamente con los de Doña Beatriz, que hizo trasladar de la catedral antigua con mucha pompa; y los juntó en un sepulcro a los que habían tenido semejantes fines en la desgracia, como dice Remesal, que lo supo de personas que lo vieron; y en el otro sepulcro se mandó enterrar la dicha doña Leonor con su marido don Francisco de la Cueva. Y ambos se pusieron en la capilla de san Pedro en la catedral antigua del sitio nuevo; aunque cuando se hizo la catedral nueva por don Sebastián Álvarez Alfonso se quitaron, y no se volvieron a poner, con que se ha oscurecido la memoria de aqueste insigne varón que merecía eternizarse en esta ciudad por haber sido el que

1) Vázquez: *Crónica I*, XVIII.

2) Castillo: *Historia*, CCX.

le dio el ser; cosa por cierto muy mal mirada. Los cuerpos de las otras señoras se estuvieron en la iglesia primitiva hasta que el año de 1580 se hizo el convento, que hoy tienen los padres de San Francisco en la Ciudad Vieja; y se trasladaron a su iglesia, donde están con el epitafio que les pusieron, siendo muy ajeno de toda la verdad lo que Vázquez ¹⁾ dice que cuando murieron fueron enterrados en su convento, pues tal convento no había, como lo tengo probado en las notas que escribo sobre su crónica; y muy bien claro dice el epitafio que allí fueron trasladados.

CAPITULO XX

De cómo la ciudad se mudó al sitio que hoy tiene; y venida del padre fray Luis Cáncer y principio del convento de Guatemala

Aterrorizados los vecinos del suceso pasado, viendo cuán mal los trataba aquel lugar, que primero escogieron para asiento de la ciudad, habiendo trabajado cinco días en sacar los cuerpos de los que habían quedado sepultados debajo de la ruina, y recaudar las cosas que se pudieron hallar; resueltos en no quedar en aquel sitio sino pasarse a otro que les hiciese mejor hospedaje; como si pudieran huir de la divina justicia, a donde quiera que fueran, como dijo David: *¿Quo ibo a spiritu tuo? ¿Et quo a facie tua fugiam? Si ascendero in caelum, tu illic es: si descendero in infernum, ades. (Salmo 138)*. ¿A dónde me iré huyendo de tu espíritu y a dónde me huiré de tu presencia? ¡Si me subiere al cielo, tú estás allí; si me bajare al infierno, tú estás presente! De modo que adonde quiera que fueran siempre estaban en su presencia. El mejor refugio que podían buscar, de tal modo que no hay otro, es el que les aconsejó el licenciado Vega, cura de la ciudad de San Salvador, clérigo de muy señalada virtud, a sus feligreses cuando en semejante conflicto de haberse arruinado la ciudad por los grandes terremotos que hubo cuando el año de 1650 reventó el volcán y juntando cabildo abierto para mudar la ciudad, él reservó su voto para el último, y habiendo todos votado, lo que les pareció a cada uno más conveniente, siguiéndose ya su parecer dijo: “Mi sentir es que enmendemos las vidas porque se aplaque la divina justicia porque si le tenemos indignada, adonde quiera que fuéremos le hemos de encontrar para el castigo”: Con lo cual cesaron del intento de mudar la ciudad; lo mismo se les podía decir a los de la junta de Guatemala, que no habían querido dar oídos a la predicación de su pastor y de los padres dominicos que continuamente les daban con el profeta: *Quiescite agere perverse; discite benefacere. (Isaías 1, 16)*. “Descansad un poco de obrar perversamente y aprended a obrar bien”. Esto era lo que habían de haber mirado primero, que sus maldades y tiranías que obraban con

1) Vázquez: *Crónica*, I, XVIII.

aquellos miserables indios los habían llevado a aquel castigo; pero tan ajenos estaban de caer en aquesta cuenta que no caían en el mayor inconveniente.

En fin, con estos pensamientos sólo a lo humano, sin levantar la consideración a la mano que estaba en lo alto con el azote levantado, se juntaron en la iglesia catedral, que era la que había escapado con menos daño aunque amenazando ruina por muchas partes; el día 16 del mismo mes de setiembre, y todos de un acuerdo, nombraron por sus gobernadores, mientras su majestad disponía otra cosa al ilustrísimo señor obispo y a don Francisco de la Cueva. Y aunque el señor obispo declaró su voluntad de no ser tal gobernador, todavía hubo de admitir, porque miraba aquella república como padre, que lo fue siempre de ella; lo cual importó mucho para que con su autoridad y paternas entrañas fuera suavizando a los que estaban resueltos a despoblar la ciudad, que eran todos los más; y habiendo quedado tan mal parada la ciudad que donde no llegó la avenida el terremoto la había puesto tal que era menester edificarla de nuevo, que se pasase a otro sitio más seguro; y habiéndose considerado muchos parajes a dos de octubre de este año se resolvió que se mudase al valle de Chimaltenango. Pero haciendo descripción de todos los parajes que había en estos contornos, y vistos todos los motivos de conveniencia y inconveniencia por cierto cosmógrafo ¹⁾ que se hallaba en Guatemala; presentó un escrito muy largo en cabildo, en que concluyó que el mejor paraje que él hallaba para asentar la ciudad era el valle del Tuerto; y concluidos con sus razones, el día 22 de octubre se tomó la última resolución de que se fundase en el sitio que hoy está; comprendiendo hoy tres sitios o parajes, el uno se llama el sitio del Tuerto que es lo que va cogiendo la ciudad, como mirando al oriente ²⁾ lo que está sobre mano derecha; el otro se llama de Pamcan (que es lo que está a la mano izquierda hasta el cerro que llaman de la Joya) que quiere decir *en lo amarillo*, porque aquella tierra lo es, de que se saca mucha por ser la mejor para fábricas; esto era de los indios que llamaban de Pamcan, que es parte de los de Jocotenango, a quienes se les recompensaron estas tierras por otras, como consta de los libros de cabildo; el tercero se llamaba Panchoy, esto es *en la laguna*, por la que se formaba de las vertientes de los cerros y del río del Pensativo que se derramaba derecho por donde está la ciudad, y es lo que hoy se llama Tortuguero de la plaza para abajo; que dándole desagüe se pudo ir fabricando todo aquel sitio que hasta hoy es muy húmedo. Y así la ciudad de Guatemala conserva hasta hoy los nombres primitivos de Pamcan y de Panchoy; dista aqueste sitio nuevo del antiguo, media legua corta. Pero aunque huyeron entonces de otra ruina e inundación, no por eso ha dejado de hacer recuerdo la divina piedad de que no están seguros de justicia, por dos veces; la una que refiere Castillo en que estuvo la ciudad en su tiempo para perderse; con otra inundación que vino de la misma parte que bajó la dicha del año de 1580 ³⁾ que vi yo, pues es por la parte del oriente; querrá Dios que sirvan aquestos recuerdos para la enmienda.

1) Fuentes habla de un Antonelli; no parece correcto.

2) *Rep. en orig.*

3) 1680 *en orig.*

Tomada ya la última resolución se pregonó en la ciudad para que llegase a noticia de todos, y porque todo aquel sitio donde la ciudad se había de fundar tenía dueños se trató de comprarlos y así se mandó que todos los que tenían solares en el sitio antiguo, los dejaran para propios de la ciudad pues se les había de dar acá lo mismo en tierras que la ciudad compraba, y que así que fuesen ocurriendo para que se les fuesen señalando solares en la traza nueva; pero aunque en el principio se mostraron muy fervorosos en salir de aquel lugar, olvidándoseles la tribulación pasada empezaron a aflojar; o porque ya estaban allí bien hallados o por falta de posible para fabricar de nuevo; pero premiándoles con fuerza, hubieron de ir saliendo al sitio nuevo. Y para poder ocurrir a unos y a otros en la administración el señor obispo fabricó en un solar suyo una ermita, que és la que hoy se llama de Santa Lucía a donde colocó al Divinísimo y sirvió de iglesia catedral y parroquial, mientras se hacía iglesia en la traza nueva; y así el venerable cabildo hace hasta hoy la fiesta de la santa en su día por haberlo dejado el señor Marroquín al cabildo. Estaba aquesta ermita casi en el medio de los sitios para acudir a entre ambas partes, aunque hoy por haber crecido tanto la ciudad por aquella parte está ya casi contigua a las últimas casas.

No olvidado el santo obispo Marroquín de los beneficios que había recibido del adelantado y que le había dejado encargado el descargo de su ánima; no habiendo bienes del adelantado porque era más lo que debía, doscientos pesos que había mandado en el testamento, que otorgó por él, que se le diesen al monasterio a do fuese enterrado, los sacó de sus bienes y los pagó con más otros mil pesos de oro de minas que mandó se impusiesen a renta para una capellanía de misas por su ánima de que dejó por patrono al venerable deán y cabildo de la santa iglesia, y atendiendo más al descargo de la conciencia del adelantado, aunque los bienes no alcanzaban a cubrir sus dependencias, puso en libertad a los esclavos todos del adelantado y los pobló en la misma Labor del Adelantado, que la compró el mismo señor obispo en almoneda pública: que es toda la parcialidad de Utlateca y parte de la otra Cacchiquel, que es el pueblo de Jocotenango (*y según el padre Vázquez, el pueblo también de Santa María de Jesús*): y para que se vea con qué justicia fueron hechos estos esclavos y todos los demás, si defendían con justicia esta materia los frailes dominicos, y si obraban en justicia en no quererlos absolver, he de trasladar la cláusula del testamento dicho que habla de esto, que es como se sigue:

“Por cuanto el dicho adelantado dejó en el Valle, términos de esta ciudad, una labranza de tierras donde están muchos esclavos, casados con sus mujeres e hijos, y a mí me consta no se haber hecho esclavos con recta conciencia, porque en los años primeros de la población de la dicha labranza el adelantado llamó a los señores principales de los demás pueblos que el dicho adelantado tenía en encomienda, e les hizo cierta plática, e les pidió a cada señor de cada pueblo que les diesen tantas casas como sus principales para las poner e juntar en la dicha labranza, los cuales como le tuviesen por señor e haberlos él conquistado, se las dieron así como

las pidieron, y se herraron por esclavos los más de ellos sin preceder otro examen; e para descargo de la conciencia del dicho adelantado y conforme lo que yo tenía con él comunicado e platicado e lo que sabía de su voluntad, digo: que dejó por libres a todos los indios esclavos que están en la dicha labranza de milpa e a sus mujeres e hijos, etc.”¹⁾ “Item, por cuanto el dicho adelantado que haya gloria, dejó muchos esclavos sacando oro en las minas, de lo cual llevó mucha carga para su ánima por les haber pedido a los indios que tuvo en encomienda, y habérselos dado de la misma manera contenida en la cláusula antes de esta, lo cual yo muchas veces se lo dije, y así él lo conoció, y por tener tantas deudas, como dejó, no osaba hacer lo que convenía a su conciencia; e siempre el dicho adelantado me decía que cuando se viese sin deudas, dejaría libres a los dichos esclavos; y por me constar lo susodicho, como me consta, y descargar la conciencia del dicho adelantado, como la descargo, digo: que en nombre del dicho adelantado, como cosa que tanto conviene a la salvación de su alma, dejó por libres a todos los indios esclavos hombres y mujeres y sus hijos que así andan a sacar oro, etc.”²⁾ Y si esto hacía el que tenía a cargo la justicia, ¿qué harían todos los demás con su ejemplo? Necesidad es harto grande de los que calumnian la defensa de esta causa habiendo leído todo esto y lo demás que pasó.

Desmontado, pues, el sitio donde la ciudad se había de mudar y tendidas las líneas y cordeles para la traza de ella, deste, oeste, norte y sur, como ella está, se dio asiento a la santa iglesia catedral, que era el centro de donde habían de salir las demás líneas; señalóse la plaza, cabildo y cárcel y el palacio episcopal donde es hoy el palacio de los presidentes, que lo dio después el señor Marroquín, para que en él se fundase la real audiencia cuando se pasó a Guatemala, y dando sitio para el hospital y ermita de nuestra señora de los Remedios, del mismo modo que la fundó Jorge de Alvarado el año de 27; y de allí se procedió a señalar solares de los vecinos, señalando y dando a nuestro convento, como tan antiguo vecino, y al de nuestro padre san Francisco que acababa de llegar, cuatro solares a cada uno, y no más, que los tomasen en la parte que les pareciese más a propósito en su modo de vivir. El padre fray Pedro de Angulo como vicario que era de la casa de santo Domingo escogió en la parte de arriba algo apartado de la ciudad por excusar embarazos con los vecinos que lo miraban tan mal. Los padres de San Francisco escogieron en la parte que hoy están y ésto es lo que se dice en la cédula que se dio de los solares cuando dice: “Dénsele solares a escogencia, que escojan el sitio donde les pareciere. No como el padre Vázquez la interpreta, no dos ni cuatro, ni doce sino todos los que quisieren tomar. (*Vázquez: lib. 1, cap. 33, fol. 167*). Los que a nosotros nos dieron fueron sólo lo que comprende el cementerio nuestro, que todo lo demás es comprado, hasta el sitio que hoy tiene la universidad, como consta de las escrituras; y aunque en cabildo de 22 de julio de 1542, representó el padre vicario fray Pedro de Angulo la cortedad del sitio y que le hiciesen merced de otros cuatro solares, como estaba tan malquisto, no se lo quisieron conceder.

1) Remesal: *Historia*, I, p. 279.

2) Remesal: *Historia*, I, p. 281.

Llegó por aqueste tiempo a Guatemala el padre fray Luis Cáncer, trayendo consigo otros tres religiosos que le dieron en Méjico para que ayudasen a los que acá estaban, mientras venían los que traía el padre fray Bartolomé de las Casas. Trajo también algunos músicos que le dio un santo guardián de junto a la Puebla de los Angeles; y sobre todo, lo que alegró mucho al padre vicario de Guatemala, fueron los despachos que traía del emperador tocante a la provincia de Tezulután; pero aunque venían prevenidos con otra cédula de la misma fecha de las demás de 11 de octubre de 1540, en que mandaba su majestad que se obedeciesen sin réplica; porque como siempre sucede en estas partes, no siendo el despacho a gusto de los que mandan, con decir “que obedecen pero que suplican”, todo lo emplastan; se había negociado aquesta otra cédula a prevención. Pero todo no sirvió de cosa por entonces, respecto de que no se quitaba la causa que embarazaba mucho el proseguir aquella reducción, que era estar aquello ya encomendado, y mientras no se cumpliese aquesta capitulación de que se pusiesen estos pueblos en la corona real, no se querían los indios dar, y así esto se suspendió hasta el año de cuarenta y cuatro, como se verá.¹⁾

Fueron muy celebradas las cartas que su majestad envió a los cuatro caciques en que les da las gracias de su mucha cristiandad y del servicio que han hecho a Dios y a su real persona en ayudar a los religiosos en la reducción de la provincia de Tezulután. Cosa es que no se puede pasar en silencio la suma malicia y falsedad con que el padre Vázquez (*lib. 1, cap. 13*) escribe aquellas quimeras, que refiere, de la hazaña del padre fray Gonzalo Méndez en haber reducido a los Tzutuhiles y Atitlán, y el padre fray Alonso Alvate los de Sololá, habiendo visto estas cédulas en Remesal, y originales en nuestro archivo; pues esas hazañas que refiere fueron después que estos padres vinieron que fue el año de 1541, y aunque fuera el de 40, como su paternidad quiere, su entrada dice que fue a 11 de noviembre y estas cédulas son dadas en España a 17 de octubre del año de 40: que es a 25 días antes que sus religiosos entrasen en Guatemala; y en ellas se dice que son ya cristianos y que ayudaron a fray Bartolomé de las Casas, y a los demás, que se fue a España el año de 39; luego no lleva fundamento su paternidad en cosa ninguna en lo que escribe y pasa de falsedad escribir estas cosas habiendo visto estos instrumentos. Luego que les fue dado el sitio, fueron los propios religiosos juntando los materiales que su pobreza permitía, de adobes, caña y paja; y casi por sus manos hicieron unos buhíos en que poderse recoger, huyendo cuanto podían el tener embarazos con los españoles: pero era tal la misericordia de Dios en ayudarles a los religiosos en sus trabajos y tribulaciones, que ya que los españoles en todo les desfavorecían enviaba Dios a manadas a los pobres indios que los socorriesen y ayudasen en sus trabajos ofreciéndose de su propia voluntad a trabajar en la obra de la pobre casa. Era el maestro mayor el padre fray Matías de Paz, como él mismo declara en una información: que él echó con sus manos los cimientos del convento; esta declaración fue el año de 1568 sobre la cuarta

1) Como consta de cartas de Marroquín, Angulo se presentó entonces en Guatemala con “dos señores de la raya de tierra de guerra”: su fecha 20 II 1542. *Marroquín*, p. 181.

funeral que se pretendía cobrar a los religiosos. Con cuyo ejemplo movidos los indios acudieron de todos aquestos contornos no sólo los maseguales sino los principales y señores, de que mucho se abrasaban los españoles: como ellos mismos confiesan en la información citada, que contra nosotros hicieron el año de 1544, que con toda voluntad acudían a todo lo que a los frailes se les ofrecía, y que a sus amos no había forma de que hiciesen cosa alguna, si no es con mucho apremio; en que ellos mismos salían condenados y convencidos en lo que los mismos religiosos les decían y predicaban, que debían ser llevados con blanduras, no con la tiranía que los trataban. No es decible la agonía que pasaron aquellos santos padres, nuestros primeros fundadores que sólo llenos del espíritu de fortaleza del señor pudieron no desmayar; pero como en estas fatigas no buscaban para sí otra cosa que el galardón que esperaban, así dando de mano a todo lo terreno no aspiraban más que a las cosas celestiales que por aquel camino se les ofrecían en abundancia. Tiempo es ya en que volvamos a ver lo que el gran padre de todo aqueste nuevo mundo y principalmente de aquesta provincia, trataba para su bien en España; y así dejaremos en su labor a aquestos santos ministros hasta su tiempo.

CAPITULO XXI

De las juntas que su majestad hizo para el buen gobierno de aqueste nuevo mundo, y nuevas leyes que formó

Muchas fueron las juntas que por orden de los católicos reyes, se hicieron desde el año de 1512 en que los religiosos dominicos empezaron a sacar la cara en defensa de estos miserables desvalidos; y es cierto que si desde entonces se hubiera puesto el rigor y apremio que después se puso, no se vieran tan desiertas como se ven todas aquellas islas de Barlovento y otras muchas partes; tan desiertas de moradores que ni memoria se halla ya de quienes fueron, aunque estaban habitadas de numerosísimos gentíos cuando los españoles en ellas entraron. Pero fue tal la desgracia de aquellos pobres, que reinó tanto la codicia en aquellos tiempos, que no se topaba con ministro por más celoso que les pareciese a los católicos reyes, que no mostrase luego la flaqueza de aqueste vicio infame, y causase más daño que lo que hacían muchos particulares: veneno que había cundido tanto, que aun tenía cogidos a los primeros ministros; y así se conoció que lo que llegó a conseguir el padre fray Bartolomé de las Casas no fue cosa de hombre si la diestra del altísimo no le ayudase. De nada servían las muchas órdenes que daban los reyes si no se hallaban ministros que lo supiesen observar, y si alguno se mostraba algo celoso, luego se hallaba amenazado de muerte o tan calumniado, imputándole mil maldades a que daban crédito sus patronos que eran los más poderosos en el mundo, que luego daban con todo a la banda; y así muchos por no verse en estos lances de afrentas, callaban y contemporizaban en todo, con que no había freno a tanto desorden.

“La primera junta que se hizo para remediar los daños de la América, y que no se destruyese, fue en Burgos, en vida de los católicos reyes don Fernando y doña Isabel,¹⁾ las cuales se prosiguieron después de Madrid, en Valladolid, en Aranda de Duero, en Zaragoza, en Barcelona y esto pasó en los años de 1516 y 18 y 19, y el de veinte en la Coruña, el de veintiséis en Granada y el de veintinueve en Barcelona; y en todas estas juntas, que todas eran de los mayores teólogos y letrados que había en España, así de clérigos como de religiosos y juristas, se condenó el maltratamiento de los indios y el estilo de que usaban los españoles para con ellos y se daban justas y santas leyes para su remedio; pero lo distante de las tierras, y la libertad de las conciencias que se practicaba, y la codicia que no daba lugar a que se mirase con la piedad que convenía esta materia, todo era despachar mandatos al aire; y como por principios del año de 40 llegase el padre fray Bartolomé a España con el encargo del señor obispo Marroquín, y hubiese experimentado los daños que en estas provincias de Guatemala recibían los indios; volvió a renovar sus clamores que tantas veces habían resonado en los oídos piadosos de nuestros católicos monarcas, comenzó a tratar con el consejo de Indias del remedio de los grandes daños que todas en general padecían y principalmente las provincias de Guatemala, Honduras, y las anexas a ellas y comarcanas, corriendo abajo las que están entre los dos mares que se llaman Tierra firme y el Perú; y que se enviasen a estas partes jueces reales que residiesen de asiento en ellas para obligar a los españoles a que guardasen lo que el rey mandaba. Halló este arbitrio buena acogida en el cardenal de Sevilla don fray García de Loaiza, presidente de Indias y en todos los demás del consejo que deseaban el bien de aquestas partes y que el cristianísimo emperador cumpliese con la obligación que tenía: y para determinar lo que se había de hacer, con más acuerdo y madurez, todo el año de 41 y este de 42 los gastaron en juntas y en consultas, de letrados y personas que hubiesen estado en las Indias, informándose de todas y tomando de ellos el parecer que convenía; y no sólo se informaban de voz y de palabra en los estrados del Consejo y salas y en sus estudios y retretes, y en las conclusiones y disputas públicas que continuamente por su orden se tenían; sino que lo disputado y determinado lo pedían por escrito y lo guardaban para meditarlo y resolverlo. Y así en estos tres años se hicieron grandes memoriales en esta materia, y cada doctor y maestro la ordenaba como mejor le parecía que se daría a entender, y así unos escribieron en prosa común, unos por diálogos, por preguntas y respuestas, y otros en estilo escolástico por vía de conclusiones, con sus pruebas y conclusiones y soluciones de los argumentos en contrario: y de estas tres maneras he visto (*dice Remesal a quien traslado en esto*),²⁾ papeles de aquellos tiempos compuestos por los maestros del orden de santo Domingo, que tomaba más a pecho el descargo de la conciencia del César que otros ningunos.

1) Para estas fechas había muerto doña Isabel; Remesal no cae en esta equivocación. (Remesal: *Historia*, I, p. 290).

2) Remesal: *Historia*, I, p.p. 290-292.

“El que más se alargó en esta parte fue nuestro buen padre fray Bartolomé de las Casas el cual en estilo claro hizo un largo memorial de los remedios que su majestad podía y debía poner para los daños que padecían las Indias y para que se perpetuasen en la real corona: de estos remedios el mismo padre cita dieciséis; no se sabe si fueron más, y llegando al octavo, dice: “Que entre todos los demás era el más principal y sustancial, porque sin él todos los otros no valían nada por enderezarse a éste, como medios a su propio fin”. En él dice va más e importa más al rey que nadie pueda expresar, y va tanto que no va menos que perder todas las Indias o ser señor de las gentes de ellas; y encarecido el remedio, le da luego, diciendo al cristianísimo emperador con quien va hablando: “que vuestra majestad ordene y mande y constituya con la dicha majestad y solemnidad en solemnnes cortes, por sus pragmáticas sanciones y leyes reales, que todos los indios que hay en toda las Indias, así los ya sujetos como los de aquí adelante se sujetaren se pongan y reduzcan e incorporen en la real corona de Castilla y León en cabeza de vuestra majestad, como súbditos y vasallos libres que son, y ningunos estén encomendados a cristianos españoles, antes sea inviolable constitución y real, que ni ahora ni en ningún tiempo jamás perpetuamente, puedan ser sacados ni enajenados de la dicha corona real, ni dados a nadie por vasallos, ni encomendados, ni dados en feudo, ni encomienda, ni en depósito ni por otro ningún título, ni modo, etc.”.¹⁾

Presentó éste y otros memoriales en la junta, que para esto se había mandado juntar, que es cierto que si se hubiera seguido este dictamen, de que todo se hiciese un cuerpo de hacienda real, y de ella en sus mismas cajas se librase y consignase a cada uno de los que lo merecían, pues era cosa muy justa, el premio y el galardón, a quienes lo habían trabajado, la renta que a su majestad pareciese según sus méritos, aunque fuera mucho menos de lo que a muchos se les dio, entiendo salieran más bien parados; porque en cobranzas y un retazo aquí y otro allí, se va lo más, y muchas veces acontece al pobre encomendero no tener forma de irlo a cobrar, y los indios, como no los apremian, no se les da cosa alguna y no los pagan; con que lo pierden ellos y no lo utiliza el rey como se está viendo a cada paso. Pero esto traía muchos inconvenientes también, que para cobrarlo de la real caja costara en diligencias y regalías casi lo que ello importaba, como todo el mundo lo está padeciendo, pues si es tributo que han de cobrar los alcaldes mayores, son tantas las maldades que en esto pasan, que es cosa de nunca acabar: y así lo cierto es lo que dice el señor Montenegro, que mientras más leyes se hacen peor está a todos, y mucho peor a los indios. Ahora que se ha puesto en planta el que las comunidades de los pueblos se pongan en la real caja, por la noticia que su majestad tuvo, de que los alcaldes mayores las disipaban: con lo cual se acabaron de perder porque decir que de allí se ha de sacar un *medio*, es cosa que no tiene fin, porque más se gasta en diligencias, que lo que ello es; y soy testigo de ello: y así los miserables indios lo han perdido de una vez, que es cosa bien lastimosa. Lo cierto del caso es que en faltando

1) Remesal: *Historia*, I, p.p. 290-291.

la ley primera que es la de Dios, de nada sirven cuantas leyes se pusieren; el temor del Señor, dice el Profeta es el principio de la sabiduría (*Salmo 110*); y en faltando éste, como por la mayor parte vemos que falta en los ministros de justicia, sólo la ley de la codicia es la que prevalece y sólo sirven las leyes que la favorecen, y todas las que favorecen al prójimo se abandonan.

Las leyes que en aquella junta se establecieron fueron santísimas. ¡Así se guardaran todas!: pero porque son trabajo y desvelo del padre fray Bartolomé se pondrán en su vida, con todas las demás cosas heroicas que hizo; ahora sólo resta saber que por su influjo e instancia se erigió la real audiencia y chancillería que hoy reside en Guatemala: por informe del mismo padre fray Bartolomé se le dio la presidencia al licenciado Alonso de Maldonado, oidor de Méjico, que había venido a tomar la residencia del adelantado, y el mismo que este año por su muerte vino a gobernar aqueste reino, que aquí le halló la noticia. Parecía bien al padre fray Bartolomé cuando se trató de la reducción de la Verapaz; pero engañóle su buen corazón, porque otra cosa muy al revés tenía en su mente, como lo demostró después en su presidencia. Firmó aquellas leyes el emperador en Barcelona a 22 de noviembre de 1542 y conociendo el gran celo del padre fray Pedro de Angulo del alivio de aquestos pobres, el padre fray Bartolomé puso en noticia de su majestad esto para que se sirviese de enviárselas haciéndolo celador de ellas; y el piadoso monarca, que no deseaba otra cosa sino su cumplimiento, no se desdignó su grandeza de remitírselas y la cédula siguiente:

“El Rey.—Devoto padre fray Pedro de Angulo vicario del monasterio de Guatemala, de la orden de santo Domingo, sabed: que porque fuimos informados, que había necesidad de ordenar y proveer algunas cosas que convenían a la buena gobernación de las Indias y buen tratamiento de los naturales de ellas, con mucha deliberación y acuerdo mandamos hacer ciertas ordenanzas sobre ello, de las cuales algunos traslados con ésta, impresos, os enviamos para que las veais y repartáis por los monasterios y religiosos que os pareciere, y por ellas os conste de nuestra voluntad; y procuréis que las entiendan los naturales de esas partes para cuyo beneficio principalmente las mandamos hacer. Mucho os ruego y encargo que, pues todo lo en ellas proveído, como veréis, va enderezado al servicio de Dios y conservación, libertad y buena gobernación de los indios, que es lo que vos y los otros religiosos de esa orden, según estamos bien informados, hasta ahora tanto habéis deseado y procurado, trabajéis con toda diligencia cuanto en vos fuere, que estas nuestras leyes se guarden y cumplan, encargando siempre a los nuestros visos reyes, presidentes e oidores y a todas las demás justicias que en esas partes hubiere, que así lo hagan, y avisando cuando supiéredes que no se guardan en algunas provincias o pueblos, para que lo remedien provean; y si viéredes que en la ejecución y cumplimiento de ello hay negligencia alguna, avisarnos heis con brevedad para que Nos lo mandemos proveer como conviene: en lo cual allende que haréis cosa digna de vuestra profesión y hábito, y conforme al buen celo que siempre habéis tenido al bien de esas partes, Nos ternéis de ello por servido.—Fecha en Barcelona a primero

del mes de mayo de mil quinientos y cuarenta y tres años.—Yo el Rey.— Por mandado de su majestad.—Juan de Samano”. No es decible el consuelo que recibió el padre fray Pedro de Angulo con estas ordenanzas, pues además de ver que ya se les acercaba a estos pobres su redención de la esclavitud en que estaban, cosa que tantas oraciones y gemidos les costaba ante Dios; como también por ver que con esto cobraría créditos de verídico para con aquesta gente tan incrédula de lo que continuamente les predicaba a los indios, animándolos a la tolerancia, que el padre fray Bartolomé les había de poner en libertad: y así que lo encomendasen a Dios, teniendo por muy cierto que los clamores de estos miserables habían de hacer inclinar los cielos y que bajase la misericordia a ponerlos en libertad. Cosa que les causó tanto escándalo a los vecinos de Guatemala, que como si fuera un sacrilegio hicieron información de ello, poniendo pregunta especial, en aquella información citada arriba, que si sabían que fray Pedro de Angulo decía a los indios que encomendasen a Dios a fray Bartolomé de las Casas, en que todos contestan que es así. ¡O ciegos de vuestra codicia y más ciegos que los fariseos! ¡O, y qué bien se le podía aplicar el capítulo 3º del profeta Baruc y preguntarles): “¿Dónde están ahora aquellos poderosos con la multitud de oro y plata que juntaron? Todos perecieron y ya no hay memoria de ellos”. Bien al contrario lo experimentaron aquellas parteras de Egipto, que por usar de piedad con aquellos pobres esclavos que se hallaban en la servidumbre de Faraón, les levantó casas y permanecieron sus descendencias; (*Ex. I, 21*) lo cual no se ve en estas partes, donde totalmente se ven extinguidas todas las casas de aquellos conquistadores. Llegada que fue a la ciudad de Méjico la noticia de la ruina de la ciudad de Santiago, y las elecciones que habían hecho de gobernadores; al señor virrey don Antonio de Mendoza, como a quien tocaba, nombró por gobernador de aqueste reino al mismo que lo había gobernado antes, cuando vino a tomar la residencia de el adelantado, el licenciado Alonso de Maldonado, oidor de la real audiencia de Méjico, para que la gobernase mientras que su majestad proveía de gobernador; el cual vino y tomó posesión del gobierno a diez de mayo de 1542, y aquí le cogió la noticia de cómo estaba nombrado por primer presidente de la audiencia real que estaba mandada fundar en este reino.

CAPITULO XXII

De cómo el padre fray Bartolomé de las Casas fue nombrado obispo de la ciudad de Chiapa y lo demás que hizo en España

“Con mucho contento y alegría de su corazón se hallaba el padre fray Bartolomé de las Casas estos días en Barcelona, a donde fue a dar las gracias al invictísimo emperador por la promulgación de las leyes nuevas, porque en ellas cogía el fruto de muchos años de trabajo de cuerpo y alma: de alma, de compasión y lástima, aflicción y lágrimas que por largo tiempo le habían causado los maltratamientos, cautiverios y muertes de los in-

dios: ayunos, viglias, estudios, disputas y escritos que en su defensa y amparo había hecho; de cuerpo, jornadas tan largas por mar, como haber pasado todo el Océano hasta aquel día doce veces por este respecto, y por tierra haber ido cuatro veces, demás de las que anduvo toda España, desde Valladolid a Alemania a verse con el emperador, con infinitas descomodidades, de pobreza, hambre, sed, cansancio, y peligros grandísimos de la vida, por andar entre herejes; y cuando no estaba con ellos, como en España, andaba corrido, mofado, afrentado, perseguido, encartado y calumniado de los procuradores y agentes de los indianos: ¿Qué de veces en ausencia dieron memoriales contra él, y en presencia lo desmintieron diciendo él la verdad? ¿Cuántas veces oyó palabras pesadísimas, y cuántas le amenazaron con la muerte? ¿Qué de veces le hurtaron aquellos en quienes tenía más confianza, y le faltaron a la palabra los que tenía por más fieles amigos, solicitados y sobornados por los que no lo eran? Y aun todo esto se pudiera sufrir si los jueces delante de quienes pedía justicia le favorecieran todas veces, que las más mostraban seño y mal rostro, le despedían con desdén y se daban por ofendidos de que les viese, y no hay más ponderar los sucesos de este santo varón, que ellos se dan bien a entender en tan peligrosa contienda, como tuvo por tan largos años, hecho capitán de la verdad y justicia, amor de Dios y del prójimo, contra los que tenían el bando contrario: y muchas veces lo más falso tiene más razones aparentes por sí y más valedores y defensores que lo verdadero. De todos estos trabajos cogía el padre fray Bartolomé el fruto de las nuevas leyes, que para ninguna de ellas había dejado de hacer su diligencia y hecho tratado particular, porque aquellos diez y seis remedios que arriba quedan referidos y de los que sólo se puso el octavo y se dejaron las veinte razones con que le probó, por estar impresas, eran como arbitrios con sus pruebas de lo que se promulgó después; y así en aquel siglo aquestas leyes se atribuyeron al padre de las Casas y en este no se le quita esta gloria de los favorecidos por ellas, que estando yo (*dice Remesal a quien se trasladada*), día de la navidad de nuestra señora del año de 1616 en la vicaría de los Almolayas lo más escondido y apartado de la Misteca alta, en el lugar que asisten los religiosos que se llama *Amaha*, que quiere decir *secreto*, que es la fiesta principal del pueblo, cantaban los indios en sus bailes esta historia y decían: “El obispo trajo las leyes, démosle gracias por ello, etc.”, y sobre todo en ver ya nombrados los ejecutores de ellas, así para Guatemala, como para el Perú y Nueva España, y no era menor el alegría de su alma que cuando, como dice Isaías, se regocijan los segadores al coger de las mieses o los soldados vencedores al repartir despojos de los enemigos vencidos.

Y estando ocupadísimo en dar gracias a nuestro señor, y los varones justos y de santa intención dándoselas a él por la perseverancia que había tenido en llevar una tal obra hasta el fin; se turbó todo su contento y se acabó todo su regocijo y paró todo en tristeza y lágrimas y suspiros, llevándole un domingo en la tarde el secretario Francisco de los Cobos a darle la cédula de obispo del Cusco y a pedirle encarecidamente de parte del emperador que la aceptase, y recibió aquesta noticia como sentencia de la más cruel muerte. Revolvió en un instante mil pensamientos de in-

suficiencia; pero como era discreto, disimuló la alteración y con palabras muy corteses hizo la estimación que se debía de tal merced; más no quiso admitir la cédula excusándose con que era hijo de obediencia y que era forzoso comunicarlo primero con sus preladados. No dijo cosa de esto el padre fray Bartolomé, aunque luego se publicó en la corte que el padre fray Bartolomé no quería ser obispo y así se salió de la corte, con que el obispado se dio al maestro fray Juan Solano de la misma orden, hijo de Salamanca, natural de Archidona, de cuyas hazañas están llenas las historias".¹⁾ No obstante esto se tuvo por cosa muy conveniente por los del real consejo de las Indias en poner en dignidad al padre fray Bartolomé para que, pues él había sido la causa principal de aquellas leyes, con su autoridad las hiciese guardar.

"Habíase erigido en catedral la iglesia de Ciudad Real de Chiapa y se habían dado las bulas por la santidad de Paulo III al licenciado don Juan de Arteaga, fraile del hábito de Santiago, que fue a quien nombró su majestad e hizo la erección en Sevilla a 15 de febrero de 1541 ya para embarcarse; y llegando enfermo al Puerto de la Veracruz pasó a la Puebla, donde apretándole unas calenturas recias se levantó una noche con rabia de la sed a una ventana donde tenían puestas vasijas con agua, y por coger una de agua simple, cogió una que tenía solimán y bebiendo de aquel tósigo murió allí a los 8 de septiembre de aquel año y fue enterrado en la Puebla".²⁾ Cuando el padre fray Bartolomé desechó el obispado del Cusco, aún no estaba proveído el de Chiapa y luego se les ofreció a los del consejo real el ponerlo en aquel obispado, para que allí fuese freno con las nuevas leyes a los españoles de aquellas provincias que estaban muy lejos de la audiencia que se mandaba fundar, y nombrándole su majestad quiso hacer la misma repugnancia pasada; pero poniéndole en grave cargo de conciencia el no admitir, por el bien que perderían los indios con su favor, los padres maestros del colegio de San Gregorio de Valladolid a quienes tenía por sus oráculos, hubo de doblar la cerviz al yugo que Dios le ponía.

No se elevó su espíritu humilde por verse ensalzado a la cumbre de tan alta dignidad de obispo, para que, considerando la grande obligación en que le habían puesto y la grande necesidad que había de ministros en su obispado, pues ningunos había como lo había visto por sus ojos, no fuese en persona al capítulo provincial que la provincia de España celebraba aquel año en la ciudad de Toledo, en una de las dominicas de Resurrección; significó su necesidad al definitorio, pidiendo con humildad se le concediesen religiosos para poder llevar su obispado y suplir al de Guatemala; porque sólo en los de su sagrado hábito confiaba que tendrían valor para vencer las batallas que se les habían de ofrecer en la ejecución de las nuevas leyes. En este mismo año tuvo su capítulo intermedio la provincia de Méjico, y en él se nombró vicario de la casa de Guatemala al padre fray Pedro de Angulo porque viendo lo mucho que crecía aquella cristiandad, con su buen celo lo fueron prolongando en el oficio de vi-

1) Remesal: *Historia*, I, p.p. 301-302.

2) Remesal: *Historia*, I, p.p. 302-303.

cario. Era en esta sazón maestro general de la orden de santo Domingo fray Alberto de Casaus, o de las Casas, deudo muy cercano del señor obispo Casas; y así por este respeto, como por el bien de las almas, le concedió muy amplias licencias para traer todos los religiosos que quisiese. Gastó el señor obispo lo restante de aqueste año en enviar por sus bulas a Roma y en ir juntando los religiosos que le quisieron seguir, haciéndose él mismo el procurador de todos, como se verá. Dejemos ahora al señor obispo, que bien tiene que hacer en disponer su viaje y el de los religiosos, y demos una vuelta a Guatemala.

CAPITULO XXIII

De las tribulaciones y trabajos que se padecían en Guatemala por el año de mil quinientos y cuarenta y cuatro (1544)

Cuanto aqueste año fue feliz para aqueste reino de Guatemala porque en él se dio principio a la real audiencia para que pusiese en ejecución las nuevas leyes de la libertad de los indios; y porque en él dieron principio a su viaje aquellos valientes héroes que dieron forma aquesta santa provincia y llevaron hasta el cabo el poner en libertad a los indios, tanto fue de turbulento para los religiosos que asistían en Guatemala, porque habiendo llegado las cédulas, que arriba se pusieron, para bien de la cristiandad de la provincia de Tezulutlán, y no habiéndose podido poner en ejecución por hallarlo todo tan revuelto con la destrucción de la ciudad y persistir en el embarazo de estar los pueblos encomendados, por entonces no se trató de ello; pero despachándose nuevos privilegios a los caciques arriba mencionados de Atitán, Tecpán-Atitán y Chichicastenango y Rabinal en que su majestad les prometía debajo de su palabra real que no serían encomendados a persona alguna, sino que siempre estarían incorporados en su real corona y concediéndole a cada uno de ellos escudos de armas y librándoles de ser pecheros y tributarios a ellos y todos sus descendientes, les pareció a los padres que ya era tiempo de poder sacar la cara. Pondráse un privilegio de uno para que por él se venga en conocimiento de los demás; el privilegio para el cacique don Jorge de Tecpán-Atitán para que no pueda ser encomendado su pueblo a persona alguna, es como se sigue:

“Don Carlos por la divina clemencia, etc. Por cuanto por parte de vos don Jorge cacique de los pueblos de Tecpán Atitán se nos ha hecho relación, que bien sabíamos cómo vos nos habíades servido en procurar juntamente con fray Pedro de Angulo y otros religiosos de la orden de Santo Domingo en traer de paz y en conocimiento de nuestra santa fe católica a los naturales de las provincias de Tezulután e Lacandón e sus comarcas, e que así teníades voluntad de lo hacer hasta que del todo los dichos naturales estuviesen debajo de nuestro yugo e señorío real, e nos suplicásteis que en remuneración de los dichos vuestros servicios vos hiciésemos merced que ahora ni en ningún tiempo vos ni los dichos pueblos

vuestros, no fuédeses enajenados ni apartados de nuestra corona real ni puestos en sujeción de otra ninguna persona de cualquier estado e condición que fuese por ninguna causa ni razón; e nos por vos hacer merced, tovimoslo por bien: por ende por la presente prometemos por nuestra fe e palabra real que ahora ni en ningún tiempo, Nos ni los reyes que después vinieren, no enajenaremos ni apartaremos de nuestra corona real a vos ni a vuestros sucesores, ni los dichos pueblos de Tecpán Atitán; y para que de ello vos seais cierto, vos mandamos dar este privilegio firmado de mí, el Rey, y refrendado de nuestro infrascripto secretario e sellado con nuestro sello. Dada en la ciudad de Baelona a primero del mes de mayo de mil quinientos y cuarenta y tres años.—Yo el Rey.—Yo Juan de Samano, secretario de la cesárea y católicas majestades, la fice escribir por su mandado.—Fray García cardenalís hispalensis, episcopos conchensis.—El doctor Bernal.—El licenciado Gregorio López.—El licenciado Salmerón.—La cual mandamos sacar por duplicado de los nuestros libros de las Indias en la Villa de Valladolid a 23 días de enero de 1544 años.—Yo el Rey.—Yo Juan de Samano secretario de sus cesárea y católicas majestades la fice escribir por mandado de su alteza”.

El privilegio de hidalguía del cacique don Miguel es como se sigue:

“Don Carlos por la divina clemencia, etc. Por cuanto Nos somos informados que vos don Miguel cacique de los pueblos de Chichicastenango, que está en la provincia de Guatemala, nos habéis servido en lo que se ha ofrecido especialmente en procurar juntamente con el padre fray Pedro de Angulo y otros religiosos de la orden de santo Domingo, en traer de paz a nuestro servicio y en conocimiento de nuestra santa fe católica a los naturales de las provincias de Tezulután e Lacandón; e Nos acatando lo dicho, e a que sois leal y fiel vasallo nuestro, e buen cristiano, para que vos e vuestros descendientes seais más honrados (*y otros caciques se animen a Nos servir*) nuestra merced e voluntad es de os dar por armas un escudo que esté en él un castillo de oro, que de los homenajes de él salgan dos alas de ángel de oro, y del otro homenaje de enmedio salga de lo alto de él una vara de plata con una cruz al cabo con un estandarte colorado y una cruz verde orleada de oro, todo en campo azul y por orla ocho letras azules que dicen *Ave María* en campo de plata y por divisa un yelmo cerrado con su rollo y por divisa la dicha bandera con sus tracoletes e dependencias e follajes de colorado y oro; y por ende por la presente queremos y mandamos que podáis poner e traer por vuestras armas conocidas, las dichas armas de que se hace mención, en un escrito tal como el que aquí está figurado y pintado, las cuales vos damos por vuestras armas conocidas, e queremos y es nuestro amor e voluntad que vos e vuestros hijos e los descendientes de ellos e de cada uno de ellos las usareis y tengais y podais traer por vuestras, reputarlas y poner en las casas y ventanas de los dichos vuestros hijos y descendientes de ellos y de cada uno de ellos y en las otras partes que por vos y ellos hiciéredes y por bien tuviéredes; y por esta nuestra carta o por su traslado signado de escribano público e rogamos al ilustrísimo príncipe don Felipe nuestro muy caro e muy amado nieto e hijo y mandamos a los infantes nuestros muy caros hijos y hermanos e a los prelados, duques, marqueses, condes,

ricos hombres, maestros de las órdenes, primeros comendadores y subcomendadores, alcaldes de los castillos e casas fuertes e a los de nuestros consejos presidentes y oidores, alcaldes e alguaciles de nuestra corte e chancillerías e a todos los residentes e habitantes, veinticuatro regidores jurados, caballeros, hidalgos y hombres buenos de todas las ciudades, villas e lugares de los dichos nuestros reinos e señoríos de las dichas nuestras Indias e tierra firme del mar oceano así a los que son [...]” Lo que se sigue está borrado y sólo se puede leer: Valladolid, 23 de enero de 1544.—“Yo Juan de Samano, secretario de la cesárea y católicas majestades la hice sacar por mandado de su alteza”.

Había venido con los primeros despachos una cédula al padre fray Pedro de Angulo encargándole la continuación de la pacificación de la tierra de guerra, a causa de la detención del padre fray Bartolomé de las Casas, que es como se sigue: “El Rey.—Fray Pedro de Angulo; por relación de fray Bartolomé de las Casas he sido informado de lo que habéis trabajado en pacificar e atraer de paz los naturales de las provincias de Tezulutlán que están de guerra, lo cual os agradezco y tengo en servicio, y así os encargo lo continuéis hasta que del todo los naturales de las dichas provincias de Tezulutlán, vengán en conocimiento de nuestra santa fe católica y estén debajo nuestro yugo e señorío, como vasallos nuestros; y porque el dicho fray Bartolomé de las Casas se detendrá por acá algunos días y no podrá ir tan presto a ayudar en esta buena obra, por servicio nuestro; que en tanto que él va, vos entendáis en ello con los otros religiosos que con vos hubieren de ir, que con esta vos mandamos enviar ciertos despachos que ha parecido que conviene para proseguir en dicha pacificación.—De Madrid a 17 de octubre de 1540 años.—Fray Garcías cardinalis hispalensis.—Por mandado de su majestad el gobernador en su nombre. Pedro de los Cobos”.

Con todos aquestos resguardos que en tres veces habían recibido, le pareció ya tiempo al padre fray Pedro de Angulo de poder ya salir a campaña y desafiar al enemigo, pues se hallaba ya con armas tan superiores; y así hizo lo primero pregonar la cédula real, con cajas y clarines como su majestad mandaba, para que ningún español pudiese entrar en toda la tierra de Tezulutlán; y hecho esto, aunque no debía, pues había gobernador en la tierra, presentó por solo atención en el cabildo los privilegios de los cuatro caciques, así para que no pudiesen ser encomendados, como los de sus escudos de armas, como consta de cabildo que se tuvo a nueve de junio que dice así: (*3 lib. Cab.*) “Este día ante los dichos señores en el dicho cabildo fray Pedro de Angulo mostró ante sus mercedes ciertos privilegios de merced de su majestad en que parece que su majestad hace merced a ciertos caciques de los naturales de los repartimientos de esta ciudad, que tengan armas, las cuales vienen señaladas en dichos privilegios, las cuales están escritas en pergamino y el dicho fray Pedro dijo: que él trae a mostrar dichos privilegios porque su majestad le ha escrito los dé para quien son y los informe en ellos e en las cosas de nuestra santa fe católica e que él así lo quiere facer”.

No es creíble la rabia que se apoderó de aquellos caballeros, viendo que se les salían de las uñas aquestos pueblos y caciques y todo lo de la Verapaz y así montando en cólera le quitaron los privilegios al padre fray Pedro de Angulo y los encerraron en su archivo, en que manifestaban cuan leales vasallos de su majestad eran y obedientes a sus mandatos. Habiendo quitado los privilegios trataron cómo poder embarazar su cumplimiento para no perder los esclavos y los pueblos que tenían en servidumbre, y los que esperaban coger; y sugirióles el demonio el medio de hacer una información contra los religiosos y contra los caciques, y para ello amasado el cuento entre el alcalde Juan de Espinal y el procurador y los aliados: que todos bien se conoce en sus deposiciones la pasión y odio contra los religiosos por la defensa de los indios. Se presentó Juan García de Madrid ante el dicho alcalde ordinario con una petición muy larga en que calumniando de sediciosos a los religiosos y levantándoles mil quimeras presentó un interrogatorio muy largo de diez preguntas, todo dispuesto según su pasión. Lo más sustancial contra los caciques es que es gente vil y baja sin honra que andan desnudos, que se sientan en el suelo y otras cosas a este tenor; cosas todas que cedían en mayor descrédito suyo de ellos y que pregonaban la maldad con que habían tratado a estos pobres: pues siendo así que en su gentilidad, y cuando se dieron por vasallos de su majestad, estaban muy portados y adornados, como se dijo arriba, y acatados de sus vasallos, de tal modo los habían aniquilado que ni camisa les habían dejado, ni dominio alguno en sus vasallos, trayéndolos arrastrados como si fueran unos perros. En esta información se verificó patentemente, lo que dijo el profeta del malo: *Lacum aperuit et efodit eum et incidit in foveam quam fecit: convertetur dolor ejus in caput ejus et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet. (Salm. VII).* “Abrió un lago y lo cavó y cayó en la misma fosa que había hecho; convertiráse su dolor en su misma cabeza y su iniquidad lo bañará de pies a cabeza”. Así sucedió a estos hombres que lo mismo en que procuraban desacreditar a estos caciques e a los religiosos, ellos mismos quedaban condenados: ponderaban su desnudez habiéndoles ellos desnudado; ponderaban su abatimiento habiéndoles ellos abatido; ponderaban que se sentaban en el suelo, no habiéndoles ellos dejado otro lugar de su trono. Del padre fray Pedro se preguntaba si sabían que era enemigo de los españoles y que les tenía odio, siendo ellos los que lo aborrecían porque les reprendía sus maldades; que si los indios les traían de comer, negándoselo ellos: que les podía servir de confusión que unos bárbaros gentiles con lumbré sólo de su corta razón alcanzasen la obligación de las obras de misericordia y que ellos que blasonaban de cristianos viejos las ignorasen; preguntábase si los caciques y señores de la tierra daban libertad a sus esclavos que tenían del tiempo de la gentilidad por la predicación de los religiosos: harta vergüenza era que obedeciesen unos neófitos y gentiles a los padres que les decían que era aquello malo, y que ellos tan caballeros y leales vasallos de su majestad, ni a Dios ni al rey que lo mandaba obedecían. Todos los testigos demuestran bien su ponzoña en sentirse todos agraviados, porque tratando ellos con tiranía a los esclavos se les huían y se les iban muchos a favorecer de los padres que los ampa-

raban como a pobres desvalidos; y por esto, por no perder los esclavos, estaban muy enconados todos estos testigos contra los religiosos, que fueron doce: y entre ellos, que es lo más lamentable, metido el señor arcediano don Francisco de Peralta y el señor canónigo Pedro Fernández, hablando en las declaraciones con la mayor desenvoltura que ni el hombre más desalmado, pues no preguntándoles cosa de que si sonsacaban indias hermosas naborias para casarlas con indios de su servicio, y si sabían o no sabían, habla con tanto desgarbo que bien se conoce el tamaño que tenía cada letra de las pocas que tenía. Notificóse todo aqueste ¹⁾ papesal al padre fray Pedro de Angulo, y hallándose inocente de todo y usando su acostumbrada prudencia, que bien tuvo en aquellos tiempos en que ejercitarla respondió que no tenía que decir a todo aquello; que a su majestad respondería. No sabemos en qué pararon con esta información, si la enviaron a la audiencia de Gracias a Dios, como en ella se dice. Ella estava ya cerrada y sellada como para enviarla; y se abrió después o se la devolvió la real audiencia.

Con estos despachos luego el padre fray Pedro de Angulo trató de la reducción de la Verapaz y despachó al padre fray Juan de Torres con otro compañero al pueblo del Rabinal, que siempre había estado de paz, para que enviando desde allí a llamar a los caciques de Cobán les hiciese notorios los despachos, con que certificados los indios de la verdad y de lo que su majestad mandaba, luego se dieron y rindieron al yugo de la fe católica y del rey, con que se fue prosiguiendo aquella cristiandad con mucha facilidad. ²⁾

En este año se dio principio a la real audiencia que hoy reside en la ciudad de Guatemala porque, erigida como se ha dicho el año de 43, se nombraron por primeros oidores de ella a los licenciados Diego de Herrera, Pedro Ramírez de Quiñónez y Juan Rogel. Mandóse fundar en la villa de la Concepción de Comayagua, con título de villa de Valladolid; pero hallando que la villa estaba muy corta y sin vecindad, determinaron pasarse a la ciudad de Gracias a Dios a donde dieron principio a la primera audiencia, viernes 16 de mayo de este año de 1544. Luego se le notificó una cédula real, que traían, a Don Francisco Montejo quitándole el título que tenía de gobernador de Yucatán, Honduras, Hibueras y Chiapas porque este título se le aplicaba a la real audiencia que se fundaba.

Dada ya razón, aunque breve, de la fundación de la real audiencia por no ser de nuestro propósito, es menester dar vuelta a España a ver los trabajos que la majestad divina llovió sobre aquellas primeras columnas que levantaron y pusieron en perfección la fábrica elevada de aquesta santa provincia y cuan justo fue el título que se le dio de santa sobre todas las de nuestra sagrada religión, empezando sus batallas desde el primer día que se pusieron en camino para venir a este reino, donde tantas coronas les tenía la bondad divina preparadas; y así parece que desde luego empezó a cocerles en el horno de las tribulaciones para ponerlos como piedras durísimas, como dice el profeta (*Isaías, L*), para que así pudiesen

1) *Correg. en orig.*

2) Ximénez: Añade "aunque antes que se redujesen estuvieron para..."

resistir los terribles golpes y persecuciones que les estaban prevenidos en estas tierras. En todo este viaje iremos trasladando lo que nos dejó escrito el historiador que se señaló por aquellos primeros padres que escribiese todas las cosas, que como testigo de vista, se le debe todo crédito; y el estilo llano y sincero con que lo escribe, acredita mucho su verdad; porque aunque el padre fray Antonio Remesal por no ser tan prolijo, omitió mucho de lo que en esta historia manuscrita se contiene, no me pareció conveniente omitir cosa de ella por la grande edificación que será a los lectores, y mucho más a los religiosos de aquesta santa provincia, viendo y atendiendo y considerando de la cantera de que fueron cortadas las piedras de que mantienen el místico edificio de aquesta santa provincia. El método que seguiremos será el proceder por capítulos como hasta aquí, embebiendo en un capítulo dos o tres conforme ofreciere su dilación, apuntando al margen el capítulo que es de la *Historia manuscrita*, que se conserva en nuestro archivo, como uno de los instrumentos más auténticos que comprueban nuestra nobleza y hidalguía, a lo de Dios, siendo esta la mayor ejecutoria en que se conservan nuestras mayores hazañas; llamo nuestras, como herederos que somos de nuestros legítimos padres ganadas y conseguidas en el contradictorio juicio de los hombres.¹⁾

CAPITULO XXIV

De la primera salida que hicieron nuestros religiosos de casa de San Esteban de Salamanca, hasta la Lagunilla

Sábado 12 de enero de 1544, levantámonos de mañana y dijimos misa todos los sacerdotes. Después nosotros con mucha parte del convento cantamos una misa muy solemne en casa de novicios donde todos nos habíamos criado, y al fin de ella comulgaron todos los que de nuestra compañía no eran sacerdotes; y después que el prelado, que dijo la misa, hizo la absolución general, nos llevaron a la hospedería donde nos dieron muy bien de comer. Acabada la comida comenzámonos a despedir de todos con tantas lágrimas y sollozos que no se pueden explicar porque no quedó religioso, de los que salían y de los que quedaban, que no derramasen muchas lágrimas; de modo que no podíamos hablarnos ni decir nada, que los sollozos cortaban y atajaban las palabras. Querían los prelados que los religiosos del convento se entrasen a comer; pero no nos podíamos partir los unos de los otros. Estaban allí el maestro de novicios, que nos crió a todos, y los demás viejos de la casa llorando como niños, húmedas sus canas con lágrimas porque el amor no les dejaba hacer otra cosa, encomendábannos que rogásemos a Dios por ellos que los hiciese dignos de servirlo en tal empresa como traíamos entre manos; encargábannos que les escribiésemos lo que nos sucediese, y si había en las Indias lo que allá

1) Remesal copia o extracta este diario en sus libros IV, V, VI, VII, VIII, IX y X; Ximénez lo copia más ajustadamente en lo que resta del libro; pero sólo Vázquez (I, XXIV) describe el manuscrito. Véase *Estudio preliminar*.

nos contaban de ellas; rogábanos que siempreuviésemos delante de los ojos el deseo que nos movía a hacer aquel viaje y que procurásemos hacerlo como verdaderos hijos de santo Domingo, o por mejor decir, como apóstoles de Jesucristo, que siempre oyesen buenas nuevas de nosotros porque no sabían haber salido de aquella casa gente que tanta falta hiciese ni haber pasado a las Indias compañía de que tanta confianza se tuviese que habían de hacer algo. Con estas palabras y con otras semejantes nos despidieron aquellos benditos padres y hermanos y amigos nuestros, que nos criaron y con quienes nos criamos, y nuestros discípulos e hijos que nosotros criábamos y enseñábamos, la memoria de los cuales todos tuvimos y tenemos en nuestros corazones; y por cuyas oraciones nos ha librado Dios de infinitos trabajos sin dejarnos siempre, ni apartar su misericordia de nosotros. Los que salimos de Salamanca fuimos los siguientes, cuyos nombres pondré juntamente con sus oficios: fray Tomás Casillas, superior de aquella casa, el cual también iba por vicario de todos los religiosos que pasasen en nuestra compañía, fray Tomás de la Torre que entonces era lector de filosofía, fray Domingo de Ara que vino allí para ir con nosotros desde el convento de Galisteo donde era superior, fray Jerónimo de San Vicente, que tenían para maestro de novicios y era compañero del santo varón fray Domingo de San Pedro que entonces era y había grandes tiempos que había sido maestro de novicios en aquella casa, fray Vicente Núñez bien conocido en toda la provincia por la voz excelente que tenía, fray Domingo de Azcona colegial, fray Martín de la Fuente colegial, fray Jorge de León colegial, fray Pedro Calvo, todos estos eran sacerdotes; fray Pedro de la Cruz diácono y colegial del Convento como los demás, fray Juan Carrión, fray Diego Calderón también diáconos; fray Juan Díaz y fray Pedro Rubio, legos: vino también allí para ir con nosotros fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo, padre antiguo en la orden y en toda virtud, de humildad especialmente, y de quien sin escrúpulo se puede decir aquello del Evangelio *Vir israelita in quo dolus non est, etc.* Salió también con nosotros fray Diego de la Magdalena, hijo del convento de San Pablo de Sevilla que entonces era colegial del colegio de Salamanca y lector de lógica en el convento. Salimos todos a pie con nuestros báculos en las manos, y así venimos hasta Sevilla: nuestras capas llevábamos en los hombros, los libros habíamos enviado ya a Sevilla: llevábamos solamente dos asnillos muy ruines, en el uno iba fray Domingo Ara que iba cuartanario, en el otro iban las túnicas; llevábamos también una jaca ruineja en que llevábamos pan, vino y queso para comer y algunas otras cosillas que nos daban. Pareció al padre fray Francisco y a otros padres que comiésemos carne siempre hasta llegar a las Indias porque no adoleciésemos en el camino, y nos defraudásemos en el fin de nuestro viaje. Mucho se holgaron los que así nos veían ir y por las posadas y pueblos quedaban muy edificados, porque procurábamos darles buen ejemplo predicando, confesando y guardando la disciplina y recogimiento que en mesones era posible; holgábanse también de ver tantos religiosos juntos y así nos daban muchas limosnas y todos nos salían a ver por donde pasábamos.¹⁾

1) Hasta aquí el l. IV, c. XV de Remesal quien añade una plática en su número 2.

El día que salimos de Salamanca, no anduvimos más que dos leguas, así por salir tarde como porque veníamos lastimados y tristes, y nos deteníamos en volver a mirar nuestra casa y aquella ciudad en que habíamos gastado lo mejor de la vida, no haciendo cuenta de ver aquello otra vez; llegamos a dormir a un pueblo que se llama Almozárabes donde hallamos un caballero de Salamanca que se llamaba Francisco de Herrera; recibiónos con poca caridad y agrado, diciendo que veníamos por allí errados y que no era aquel el camino y otras cosas semejantes. Su mujer nos hizo muchas ofertas; pero no nos dio más que una cama para el enfermo y cebada para las bestias; los demás dormimos tras del fuego de ellos en unos camaranchones de los labradores y cada uno como podía. Hasta este pueblo vinieron dos amigos señalados, que fueron el padre fray Juan de Córdova y fray Juan de Avila lector en el Convento, trajéronnos buena cena de muchos besugos y otras cosas y sirviéronnos con mucha caridad hasta acarrear la leña a cuestras con que nos calentásemos. También nos dieron al día siguiente muy bien de comer porque nos amaban mucho y era aquella la última muestra que nos habían de dar de su amor. Aquí se ordenó que siempre en llegando a los pueblos fuésemos a la iglesia y que cada noche dijésemos el completorio cantado y la salve en procesión y estuviésemos un rato en oración, como se hace en los conventos, y que hubiese hebdomadario que dijese toda la semana misa por la compañía, y señalaron confesores y sacristán; y que escribiese todas las cosas más notables que nos acaeciesen, y brevemente sumase nuestro camino. Aquí predicó el padre presentado ¹⁾ aquel día, que era domingo, y tomó por tema: *In mari via tua, et semitae tuae in aquis multis; (Esto fue sin duda profecía de lo que les sucedió)* bien conveniente a nuestro camino que por mar y por tierra fue por aguas! Después de comer nos partimos de este lugar y aquellos dos padres fueron aun otra media legua con nosotros, porque era apartarse de nosotros como apartarse el alma del cuerpo; finalmente con muy muchas lágrimas partimos de ellos, plegue a Dios que vivamos juntos en la gloria para siempre. Dio el padre presentado muchos paños de narices a los religiosos, y así se volvió con su compañero y nosotros nos fuimos nuestro camino. Desde a poco perdimos el camino por ir por donde el padre vicario quería, que pensando acertar, nos metió en un monte donde anduvimos descaminados un rato; pero como estos yerros por la obediencia suelen acertar, buenos y sanos llegamos aquella noche a los mesones que llaman de las Siete Carreras: a ruego de los huéspedes que decían nunca oír las cosas de la iglesia cantamos, tras el fuego, el salmo *in exitu*, con que aun nos acordábamos de las lágrimas que en aquella salida habíamos derramado. El lunes de mañana fuimos a decir misa a un pueblezuelo que se llama Calzadilla; fuimos a comer a otro pueblo que se llama Frades, donde tuvimos pasatiempo con el huésped que nos decía lo que él pensaba cuando veía ir los frailes a lección en Salamanca: decía las excelencias de aquel su pueblo y cuantas personas señaladas en letras habían de allí salido; y cómo entonces los que estudiaban de allí bebían ciencia, como buey agua, y otras cosas semejantes. En acabando de comer

1) En Remesal se le nombra: fray Juan de Córdova.

nos partimos y fuimos a dormir a otro pueblo que llaman el Endrinal; llovía mucho y había muchos lodos y arroyos, pero íbamos con suma alegría cantando letanías y a imitación, de nuestro padre santo Domingo, en voz alta *Veni creator spiritus* y *Ave maris stella*: llegamos al pueblo y dichas completas y la salve nos fuimos a la posada donde después de cenar llegó un precepto del provincial, que hasta que supimos lo que era nos dio mucha turbación, creyendo que él había de llamar a alguno de nosotros: porque como se alcanzó la licencia para algunos con mucha dificultad siempre estábamos con temor que la habían de revocar. Hubo muchos acuerdos sobre cómo o quién lo leería pero desde que lo abrimos cayónos en mucha gracia y holgámonos mucho: (*les encargaba su salud y les dispensaba comer carne y vestir lienzo*): otro día de mañana dicha misa nos partimos para Valdefuentes donde llegamos muy mojados y cansados. Salieron muchos a pedir limosna; pero entre todos no trajeron sino un huevo y una blanca y tres o cuatro pedacitos de pan; pero por la bondad de nuestro señor no nos faltó de comer y buen fuego que era lo que más habíamos menester. Decíannos aquí que no nos partiésemos, porque por lo mucho que había llovido no podríamos pasar un río que está en el camino, ni nosotros por el vado, ni las bestias por la puente; pero como nos era forzado partirnos, determinamos ir a dormir una legua de allí a La Calzada, por el camino de las puentes y llegamos a ellas, vimos que era verdad lo que nos habían dicho, porque las puentes, que eran dos, aún no estaban aderezadas y igualadas con la ribera, solamente estaban cerrados los arcos. Como no había otro remedio dijo el padre vicario que pasásemos las bestias a cuestras, no lo hubo dicho cuando estaba hecho aunque con trabajo, unos las pasaron a ellas, otros las albardas, aunque sólo el padre fray Vicente la pasó con solemnidad porque se enalbardó él para pasarla por sobre la puente diciendo: *Ut jumentum factus sum apud te!* (*Pues yo aseguro que no fue dicho solo de boca*). Pasadas las puentes fuimos nuestro camino que estaba lleno de agua y de arroyos: entre los demás había uno muy grande, algunos se mojaron muy bien buscando por donde lo pasarían mejor: a los demás nos pasó a cuestras el padre fray Pedro Calvo con toda alegría y devoción, porque tenía fuerzas y deseos bastantes para todo aquello: buscando por donde pasar los arroyos nos anocheció; en el camino había tanto lodo que no podíamos pasar; pero íbamos con tanta alegría y placer que poníamos en plática si nos quedaba algo para el cielo, pues acá nos daba Dios tanta alegría y consolación. Llegamos tan tarde que no se pudo haber la llave de la iglesia para entrar, y así hecha oración a la puerta nos fuimos a descansar a la posada.¹⁾

Otro día de mañana tomamos nuestro camino para la villa de Monte Mayor, porque no quisimos ir por Baños, que es el camino real, por no pasar a pie el río que llaman *Cuerpo de hombre*. Envió el padre vicario al padre fray Diego de la Magdalena y a fray Domingo de Azcona para que hiciesen saber al marqués de nuestra venida, y luego que llegamos a la iglesia vino allí el marqués y la marquesa y dijimos una misa cantada bien solemnemente. Grandemente íbamos cansados cuando aquí

1) Aquí concluye el Cap. 2º, en Remesal; cc. XV y XVI.

llegamos, porque aunque el camino era poco, estaba tan malo de lodos y cayónos tanta agua encima, que bastaba para quebrantar otros cuerpos más recios y más acostumbrados a semejantes trabajos que los nuestros; y así nuestro clementísimo señor nos quiso aquí recrear y consolar mediante la magnificencia de estos señores marqueses, que sin duda las caridades que nos hicieron y la gracia con que se hicieron no se puede decir con palabras. Deseando estos señores recrearnos, no nos quisieron hospedar en su palacio, sino en una casa de placer que estaba allí junto que solamente tenía una sala baja y otra alta y un verjel; venida la hora del comer pusieron un aparador de plata y las mesas cubiertas de seda con sus manteles y pañizuelos ricos, y la comida digna de marqueses, y muy demasiada para estómagos tan estrechos; sirviéronnos de tantos platos y por tanta orden y con tanta crianza, que el día, y los demás que allí estuvimos, como si fuéramos el emperador, no miraban aquellos señores nuestros pies cuales iban, ni nuestros vestidos, sino con todas sus fuerzas y posibilidad honraron a Dios en nosotros y lo hospedaron en nuestras personas; y no sólo la comida era de marqueses, pero la bebida era extremada, así en las vasijas hermosas, como en la diferencia de los vinos adobados con no sé qué especias. No quiso comer la marquesa hasta que supo que habíamos comido y mandaba a sus criados que nos sirviesen sin voces diciendo que estábamos acostumbrados a sosiego y quietud. Ella tenía cuidado de todo hasta de que no nos faltasen cuatro braseros en la sala, que no quería que fuesen de carbón porque no nos hicieran mal a las cabezas. En acabando de comer fuimos a palacio y así los marqueses como el mayorazgo don Juan de Silva, como toda su casa, mostraban tanta alegría con nosotros como si de todos fuéramos hermanos y hubiera muchos años que no nos hubiéramos visto; y aunque habíamos comido bien, nos hicieron hacer colación. A la tarde nos venimos a la iglesia y dijimos completas cantadas con la salve en procesión; como lo supieron los señores marqueses fueron luego a la iglesia con todos sus hijos y así hubimos de tornar a decir la salve por satisfacer a su devoción. El día siguiente que era día de san Antonio, dijimos una misa solemne con ministros y predicó fray Tomás de la Torre. Después de comer fuimos todos a palacio a dar placer a aquellos señores con nuestra vista, deciannos los marqueses: *¡Ay! que alegres vais padres a tantos trabajos, ¡ay! qué buen morir sería en tal compañía*; hacía que todos nos sentásemos alrededor de ella y no se hartaba de vernos. Digo todas estas menudencias para que por ellas se entienda el amor de estos señores a la orden y a esta compañía. Hiciéronnos aquel día merendar todos en palacio con el señor mayorazgo. Después a la tarde los marqueses con todos sus hijos e hijas, y nosotros, nos fuimos a la iglesia a completas. Suplicamos a la señora marquesa que nos mandase dar colación y no de cenar, porque nos hacía mal tantos manjares, y así nos envió muy buena colación pero sin quitar nada de la cena acostumbrada. Este día nos quisiéramos ir después de comer, pero no nos dejaron aquellos señores. A la tarde después de completas importunamos al padre vicario que se fuese a despedir de ellos; pero no quisieron que nos fuésemos en ninguna manera, diciendo que los arroyos iban muy crecidos y que no hacía tiempo para salir de casa. Aquel día

nos envió la marquesa por limosna de la misa cinco ducados; el día siguiente acabado de cantar la misa nos envió la marquesa fanega y media de nueces porque nos sintió amigos de ellas, y dos quesos y muchos tasajos de jabalíes, y mucho pan, y tras esto mucha comida. En acabando de comer fuimos todos a palacio puestos a punto de caminar, mostraron estos señores cuán sin ficción hacían lo que hacían; y así nos rogaron que ya que no queríamos parar más allí que fuésemos por un pueblo suyo que se llama Lagunilla una legua de allí; y que no saliésemos de allí hasta no saber qué tales iban los arroyos; y mandó el señor marqués que nos proveyesen de todo lo necesario y que nos diesen todo el vino e higos que quisiésemos para el camino, porque todo esto lo hay muy bueno en aquel pueblo. De la marquesa nos despedimos como de nuestra madre, y así nos decía palabras como de madre, diciendo que la dejábamos en soledad y otras palabras que sería largo de contar. El marqués y su hijo salieron con nosotros llorando y todos sus criados. Salía todo el pueblo a mirarnos y echánnos mil bendiciones; encomendáronnos mucho estos señores que no les olvidásemos y que recibirían gran merced en que siempre les escribiésemos desde las Indias, de como nos iba. Aquí quisimos vender el un asno, pero no nos daban por él con todo su aparejo, más que dos reales y medio; pareciónos que debía pasar adelante, llegamos a la Lagunilla, dijimos completas y salve. Decían los labradores que ni habían visto ni esperaban ver cosa semejante; preguntáronnos que si llevábamos algún cabestro que nos guiase en el camino de las Indias y otras muchas cosas; los alcaldes y todo el pueblo hicieron lo que el señor marqués les mandó muy cumplidamente y con toda voluntad; el día siguiente dijimos misa de nuestra señora, de la cual no faltó persona; allí vendimos el asno con todo su aparejo en cinco reales y se dieron luego por una bestia en que fuese el enfermo hasta Galisteo. Tomada provisión para el camino, nos partimos de la tierra del señor marqués de Monte Mayor, con propósito de ser siempre agradecidos al amor que por las obras nos mostró él y toda su casa.¹⁾

CAPITULO XXV

Salen de la Lagunilla y se prosigue el viaje hasta llegar a Mérida

Salidos de la Lagunilla fuimos cuatro leguas a un pueblo que se llama El Guijo. Mucho nos holgamos todos de ver aquellos campos tan hermosos que se descubren al salir de Castilla la Vieja, y al asomar a Extremadura tendimos los ojos por aquella semejanza del cielo, porque a la verdad aquella tierra estaba entonces muy fresca, andaban bandadas de venados por aquellos sotos del duque de Alba, cruzaban por el camino junto a nosotros dándonos mucho placer, venimos cogiendo espárragos y regocijándonos, holgábamos también mucho de ver una hermosa puente que está junto al pueblo; pero con todo esto llegamos muy molidos y can-

1) Aquí concluye el Cap. III; con muchas variantes en Remesal, Cap. XVI.

sados a la posada donde cenamos y dormimos en las camas que allí nos dieron: que eran como solían, duras y ruines; caían muchas goteras tanto que algunos decían si podrían decir misa por el agua que les había dado en el rostro y en la boca. Mucho nos servía y ayudaba fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo, que aunque el más viejo era nuestro procurador, y con todo ejemplo y hablando a los huéspedes muy bajito los molía por lo que convenía para regalarnos. Allí estuvimos hasta después de comer, dijimos todos misa y predicó el padre fray Diego de la Magdalena, y a él y a todos los que pidieron limosna por el pueblo se la dieron en abundancia. Después fuimos a dormir a un pueblo que se llama Santa Cruz; así por ver allí al señor obispo de Coria, como porque es camino más enjuto y de menos arroyos; pasamos por un pueblo que llaman Santibáñez donde el pueblo nos salía a mirar y nos echaban muchas bendiciones. De aquí se ofreció un hombre ir con nosotros para guiarnos en el mal paso de un mal arroyo, y aunque nos guió bien, no lo pudimos pasar a pie; algunos lo pasaron en la jaca, aunque cansada y muy flaca, a otros nos pasó a cuestas fray Pedro Calvo con la caridad que lo solía hacer. Allí nos anocheció y porque aun nos quedaba un gran rato de camino, envió adelante el padre vicario a fray Diego de la Magdalena y a fray Tomás de la Torre para que hablasen al señor obispo; perdieron el camino y por la grande agua que hacía y los grandes lodos que había, nunca llegaron al pueblo, sino que acaso toparon un pastor por aquellos montes que los guió. Nunca pudieron hablar al señor obispo por ser muy noche; pero mandó que a todos les diesen y los aposentasen en el pueblo. Llegaron los demás muy fatigados y enlodados y molidos de muchas caídas que habían dado. Con todo eso dijimos la salve y hecha oración nos fuimos a cenar en casa de un hermano de los religiosos descalzos de san Francisco. Holgámonos mucho con la llaneza que aquellos benditos padres le tenían mostrada, llamábannos a todos hermanos y serviánnos con toda llaneza y caridad de mucho pan y vino y de todo lo que él tenía. Después fuimos todos a las posadas que nos tenían señaladas y la nuestra fue muy buena, tuvimos un huésped viejo y tan caritativo que a nuestros compañeros y a mí nos lavó los pies y nos dio sus zapatos y nos enjugó los nuestros y después nos hizo beber y nos dio buena cena. El día siguiente comió el padre vicario y fray Diego de la Magdalena con el señor obispo y los demás en casa de nuestro hermano. Después vino el señor obispo a nuestra posada y se holgó familiarísimamente con nosotros, porque muchos lo conocimos desde que era maestre-escuela en Salamanca y era muy aficionado a la orden. Hablaba con nuestro hermano por darnos placer, y reñíale porque nos llamaba hermanos siendo sacerdotes y traíale a la memoria cual lo había parado el maestro fray Domingo Galindo porque lo llamaba hermano. No permitió el señor obispo que nos partiésemos, hasta otro día después de comer. Otro día nos dio dos ducados de limosna y escribió al cura de Monte Hermoso que nos hospedase bien y diéndonos tanta provisión para el camino que duró días; y así nos despedimos de su señoría y de nuestro hermano, el cual salió un rato con nosotros y diciendo que le encomendásemos mucho a los hermanos de Galisteo se volvió a su casa. Desde que salimos de Santa Cruz hasta que llegamos a Monte Hermoso no hizo sino

llover, especialmente desde el pueblo que llaman Aceituna. Perdimos entonces el miedo de pasar arroyos sin quitar calzas ni zapatos porque todo el camino era una mar. El padre vicario nos quiso allí enseñar a pasar los arroyos sin mojar los pies; pero no pudo porque él salió del arroyo mojado el cuerpo y la cabeza. Envió delante el padre vicario al padre fray Domingo Azcona y a fray Pedro Calvo con la carta del cura; pero ni hallaron cura ni alcalde, ni nadie a quien se encomendar. Llegamos pues, a Monte Hermoso muy sucios y enlodados, porque muchos habíamos caído en el lodo y más mojados que nunca. A la oración no pudimos reposar en la iglesia por las muchas goteras que había. Tampoco podíamos estar en el mesón por la misma causa y por ser muy estrecho, fuimos por el pueblo a buscar posadas; y aunque llovía a cántaros no hubo quien nos la diese; y así muchos se volvieron al mesón. Fueron fray Tomás de la Torre y fray Martín de la Fuente a casa de uno que se decía nuestro hermano; pero aun no permitió que estuviésemos de la puerta adentro mientras escampaba: amenazáronlo con el juicio queriendo sacudir el polvo, o por mejor decir el lodo de sus pies; pero él no hizo caso de eso y matándose la vieja su mujer por ello decía él: “¿callad que porque ya no los podéis servir los hemos dejado y ahora queréis que tornen?” Y así se fueron sin hallar rastro de caridad: en unas casas decían que se fuesen al mesón, en otras que para qué salían con tal tiempo del monasterio; al cabo toparon con dos buenos hombres, el uno se llamaba Martín García, el otro Gil Hernández que ofrecieron posada para cuatro que nos hicieron buen hoppedaje, aunque al principio estaban zahareños; pero enseñábamosles los mandamientos y así nos admitieron a la lumbre y después nos mandaron hacer cama, y después ya les dábamos con un palo a los que no sabían los mandamientos y nos dieron que llevásemos para almorzar y nos hicieron mucha caridad. Preguntó Gil Hernández si íbamos a echar bulas a las Indias y como le respondimos que no; pensó dijo, que como el rey está pobre que los enviaba a echarle bulas: los que no estuvieron en estas posadas lo pasaron muy mal especialmente el padre vicario y otros que durmieron en un pajar. Otro día por la mañana tomamos nuestro camino para Galisteo, y al principio del camino se pasa un gran río por barcas, el barquero viendo a su parecer una gente tan honrada fue con mucho placer a pasarnos las barcas porque a su cuenta tenía ocho maravedís de cada uno sin lo que de gracia esperaba; pero otra cosa pensaba nuestro procurador fray Jerónimo, al cabo del río encalló la barca y el barquero deseándonos contentar pasó algunos a cuestras y echaron también fuera las bestias y con ésto se aligeró la barca de manera que todos salimos enjutos. Entonces se llegó nuestro procurador al barquero y díjole, hermano “Dios os pague vuestra buena caridad, tomad esa hogaza que la merecéis y nosotros rogaremos a Dios por vos”. Como esto vio el barquero comenzó a pedir sus derechos, muy ahincadamente: respondióle el procurador que éramos pobres y mendicantes y que no tenía derechos. Entonces comenzó el barquero a dar voces y llamarnos de bellacos y otras cosas, con que amansó algo su cólera y decía que si a solas viniéramos que él o nosotros quedáramos allí; nosotros no le respondimos nada, y así se volvió diciendo

que nos había de citar delante del alcalde mayor de Galisteo; poco nos prestó haber pasado el río sin mojarnos, porque llovió tanto y había tantos arroyos que tuvimos trabajo en llegar a Galisteo a nuestro Monasterio que allí tenemos.

Llegados a nuestra casa de Galisteo fuimos bien recibidos del padre prior porque allende de la obligación de la orden era de nuestra casa de Salamanca y amigo particular de todos y condiscípulo y contemporáneo de algunos. Decía que éramos muchos y que no nos había de tener más de una noche como gitanos. El padre vicario le pedía algo porque no nos fuésemos luego y así pasábamos tiempo. Estuvimos allí desde el miércoles hasta el sábado después de almorzar: agotamos la casa que ni le dejamos conserva ni cosa del mundo; el sábado nos despedimos de todos aquellos padres, amigos y conocidos, con muchas lágrimas y sentimiento. Salidos de Galisteo llovió tan bravamente sobre nosotros que en breve nos caló toda la ropa, y así no pudimos pasar aquel día de un pueblo que se llama Holguera dos leguas de Galisteo. Posamos en este pueblo en casa de dos hermanos que se llamaban Adán y Eva, y ellos nos regalaron como a personas que padecíamos por su pecado y que íbamos a remediar el daño que ellos hicieron; venían todos a vernos como suelen ir a ver un vestigio o una fiera u otra cosa semejante, tanto que nos daban pena y los echábamos con desgracia; pero respondían que los dejásemos ver lo que nunca habían visto. Allí hallamos a un padre descalzo de san Francisco; el cual vino allí y nos sirvió a la mesa con mucha caridad, aunque no quisimos; a la tarde dijimos completas y salve con contentamiento del pueblo. El día siguiente dijimos la misa mayor, el padre descalzo y nosotros la oficiamos y predicó fray Diego de la Magdalena; después vinieron los alcaldes y nos llevaron seis panes y un gran cántaro de vino de parte de todo el concejo; y por el pueblo, se allegó también mucha limosna. Al salir del pueblo salían todos a mirarnos, holgábanse de vernos ir así concertados sabiendo que íbamos a predicar a las Indias y echábanos mil bendiciones y encomendábanse en nuestras oraciones. Veníamos este día dos leguas al Cañaveral mojados, aunque no mucho. A la entrada del pueblo nos dieron una gran grita; pero nosotros callamos y a nada respondimos. Quisimos decir completas cantadas como solíamos; pero el clérigo dijo que callásemos y que no alborotásemos el pueblo, que rezásemos en silencio cuanto quisiésemos. Después de un poco dijo que cantásemos completas y holgó él mucho de oírlas. Este día topamos unos recueros y el uno nos dijo una palabra deshonesta y como el padre vicario se la reprendiese y vieses después en el mesón a una gente tan moza y tan honesta en todo, edificáronse en gran manera, y ellos y otros recueros que estaban por allí nos hicieron limosna y entre sí pensando sus bestias decían que éramos unos santos y que no habían visto gente de aquella manera. Iban delante de nosotros diciendo tantas cosas por aquellos lugares que les ponían deseo de vernos. El día siguiente llovía tanto que no pensamos salir de allí; pero en fin determinamos salir aunque tarde y llevamos una guía para poder ir por la calzada de los romanos por evitar lodos y arroyos, aunque se rodea mucho yendo por allí. Con mucho miedo íbamos de las barcas de Alconeta porque por el pasaje pelaban allí a los que

pasaban, y a la verdad los ríos iban tan crecidos y furiosos que no era de espantar; pero no hubimos llegado, cuando nos habían pasado de la primera barcada con toda presteza, y con mucha crianza nos despidieron diciendo, nos dieran limosna si tuvieran, que esto hicieron por los recue-
ros porque los tales se los habían dicho: al pasaje de la segunda llovía a cántaros, de suerte que no había cosa en nuestro cuerpo enjuta. Los bar-
queros lo hicieron bien, que no sólo nos pasaron con toda diligencia; pero aun subieron la barca río arriba hasta pasarnos de un arroyo grande que entraba allí en el río, que poco adelante habíamos de pasar. Allí hubimos hambre y sed porque los ríos iban hechos lodo por las grandes crecientes; quedábanos tres leguas que andar, las cuales anduvimos con gran tra-
bajo y cansancio y gran parte de ellas de noche. A la entrada del pueblo estaba un gran arroyo y pasámoslo con ayuda de fray Pedro Calvo que fue al pueblo y trajo lumbré para poderlo pasar y así llegamos a Alcázar de Cáceres más cansados que nunca, y hallamos en todo muy mal apare-
jo: y así en la comida como en la cena padecimos trabajo y así nos par-
timos de mañana y muy cansados y molidos llegamos a la villa de Cá-
ceres.¹⁾

En aquel pueblo se edificaba entonces un monasterio de la orden. Hallamos allí cuatro o cinco religiosos, el vicario nos recibió con toda de-
voción y religión. Por la pobreza de la casa no dio lugar a que nos rega-
lasen, como nosotros lo habíamos menester. No había en casa donde dur-
miese tanta gente y así nos llevaron a dormir a una casa del arcediano de Plasencia y allá nos fueron a recrear y lavar y allí nos tenían buenas
camas en que durmiésemos porque lo habíamos bien menester. Otro día después que almorzamos y dijimos misa fuimos cuatro leguas a un pueblo
llamado Aldea el Cano. Llegamos a este pueblo muy mojados con todo eso dijimos nuestras completas como solíamos; dormimos en dos camas
que allí nos hizo el padre vicario a los más ruines y los demás religiosos durmieron en un pajar; llovíase mucho y así pasaron muy mala noche y
con mucho frío. El día siguiente teníamos muy larga jornada que eran muy grandes cinco leguas hasta un pueblo que llaman Aljucen: hiciéron-
senos mayores por los muchos arroyos que no basta memoria para acor-
darse de ellos y nadie se espante por lo que tantas veces repito de las
aguas y arroyos, porque fueron tantas que no se acuerdan en España haber visto año de tantas aguas. Fuimos este día a comer a las Ventas
de las Herrerías, muy cansados y hambrientos; pero no solamente la casa se llovía toda pero la sartén hacía tantas goteras en el fuego que no se
pudieron guisar unos huevos. Pasamos a la segunda venta, donde por
ahorrar de vianda nos hizo nuestro procurador una sopa en ajo que sólo
nuestra hambre bastaba para entrar en ella. Salidos de la venta se pasa
un mal arroyo, y aunque sea menudencia quiero contar una cosa por ser
graciosa. Quiso pasar fray Diego de la Magdalena el arroyo sin mojarse
y púsose fray Pedro Calvo en medio para que estribando en él, saltase de
la otra parte; y al tiempo de saltar asiósele la saya de una mata, y así cayó
de espaldas en el agua tiró tanto de fray Pedro que lo hubo de derribar en
el arroyo; y así salieron muy mojados. Fue cosa de ver y de reír y quien

1) Aquí concluye el capítulo V; en Remesal, c. XVII con algunas variantes.

no se riere por no conocer a los que cayeron, aprenda de este caso como ha de saltar arroyos. Ya dije arriba, cómo traíamos a fray Domingo de Ara enfermo, con todo eso quiso venir a las Indias porque había grandes tiempos que lo había deseado, y siempre se lo habían estorbado, y holgamos de todo el trabajo que nos podía dar con su enfermedad por el descanso y ayuda que esperábamos de su salud, pero diónos poco trabajo porque fray Domingo de Azcona lo tomó todo sobre sí y lo sirvió con toda caridad. Desde La Lagunilla se fue derecho a Galisteo, donde lo hallamos. Allí lo dejamos porque aquel día era día de cuartana, quedó con él un donado de la orden de san Francisco que la abadesa de el corpus christi de Salamanca, hermana del padre vicario enviaba con nosotros para que nos sirviese; cuyas historias si se hubiesen de contar henchirían un libro porque era muy regañador y las bestias que traía le hacían salir de seso. Llegaron el padre fray Domingo y el donado a Cáceres al tiempo que ya nos partíamos y porque también aquel día era de cuartana dejámoslo allí y a fray Domingo de Azcona con él y desde allí se fueron juntos el uno en el asnillo y el otro a pie hasta Aljucen donde nos juntamos otra vez. Proveyónos Dios en este pueblo una viuda mesonera muy buena y que nunca acababa de llorar a su marido. Como oyó de los recueros nuestra forma determinó de nos hospedar y como vio venir a fray Domingo delante, hízolo ir a su casa, hizo muy buena lumbre: como nosotros llegamos fuese luego a la iglesia y pidiénos un responso por su marido, cantámoslo con toda solemnidad; luego nos recibió la vieja con toda devoción y ella y un cuñado suyo de su condición, nos hospedaron y sirvieron y nos buscaron camas y nos regalaron como lo habíamos menester. Otro día cantamos una misa y confesamos algunas personas y pedíannos tantos respuestas que nos mataban, y como no quisimos tomar nada por ellos, llegados a casa vinieron muchos a traernos limosna, unos pan, otros huevos, otros uvas, otros aceitunas, cada uno con lo que tenía, y entre los demás vino una viejecita con un racimo de uvas diciendo que no tenía otra cosa sino aquello, que la perdonásemos y recibiésemos aquello por amor de Dios. En este pueblo no había a la sazón clérigo y así nos rogaron que quedásemos allí para hacer la fiesta de Nuestra Señora, el día siguiente: holgamos de ello porque nos parecía que en aquel pueblecito lo podríamos celebrar mejor que en Mérida. Allí, pues, hicimos la fiesta de la purificación con gran solemnidad: hicimos procesión y bendijimos y ofrecimos las candelas y en el pueblo nos hicieron muchas limosnas y nosotros los consolamos mucho y especialmente fray Diego de la Magdalena que les predicó la víspera de nuestra señora. Tarde llegó allí un obispo de anillo que de presto confirmó a los niños y se fue; vino con él un clérigo cura de un pueblo que llaman Carrascalejo, un cuarto de legua de allí, y dijéronle tantas cosas de nosotros los de aquel pueblo, que le rogó al padre vicario que le enviase dos religiosos que predicasen día de nuestra señora: él se lo prometió y aun que todos iríamos el día de nuestra señora en la tarde a su pueblo y predicaríamos el día siguiente. El se fue muy alegre y edificado de nosotros y la cabeza llena de loas vanas que de nosotros allí había oído y luego envió el padre vicario a los dos frailes fray Domingos, para que fray Domingo Azcona esperase allí su calentura; des-

pués de haberles predicado la tarde de nuestra señora aunque llovía nos partimos para Carrascalejo, el clérigo y los alcaldes nos recibieron y hospedaron bien y nos dieron largamente de cenar y muy buenas posadas. Estando allí llegó el vicario de Mérida, que es clérigo del orden de Santiago, el cual dijo el domingo la misa y los religiosos la oficiamos y fray Tomás de la Torre predicó y el clérigo nos regaló tanto como los de su estado lo saben hacer cuando quieren, y él y toda su casa mostraron que nos servían con todas sus entrañas, y no por cumplir; y parece que en todo concurría Dios particularmente y proveía su misericordia que de nuestra parte no hubiese cosa por donde pareciésemos indignos de lo que de nosotros se hacía. Antes que de aquí partiésemos, nos alcanzó un hidalgo llamado Gregorio de Pesquera compañero antiguo del señor obispo de Chiapa que primero anduvo entre los conquistadores de las Indias y después se volvió a Dios y padeció muchos trabajos por los indios en compañía del señor obispo; a éste enviaba el mismo señor obispo para que nos acompañase y sirviese; traíanos cartas del príncipe nuestro señor así para nosotros como para el provincial de la Andalucía, como para todos los priores donde pensaban que llegaríamos, por las cuales encargaba a todos que nos hospedasen y regalasen como a cosa suya. Traía también otras muchas cartas para el visorey de Méjico y para los oficiales de la contratación y de los puertos y ciudades donde llegásemos, por las cuales nos encomendaba a todos y mandaba que nos diesen ornamentos, fletes, matalotajes y curasen a su costa los enfermos y nos proveyesen de bestias para el camino y de todo lo que hubiésemos menester. Mucho nos holgamos con tan buenas nuevas y dimos muchas gracias a nuestro señor por parecernos que él guiaba nuestro camino y tenía cargo de nos proveer de lo que entonces nosotros no echábamos menos y nos hiciera gran falta después, si nuestro buen Dios no nos previniera en bendiciones de dulzuras. Con estas buenas nuevas determinamos llegar aquel día a Mérida: el clérigo nos dio tres reales y todo el pueblo nos dio muchas limosnas y todos nos despidieron con mil bendiciones, rogando a Dios que nos guardase y acompañase, y así venimos aquel día a Mérida lloviendo a cántaros sobre nosotros, y los malos arroyos pasamos con ayuda de fray Pedro Calvo; y el vicario de Mérida se vino luego tras de nosotros y nos guió en el camino.¹⁾

CAPITULO XXVI

Donde se prosigue el viaje desde Mérida hasta la llegada a la ciudad de Sevilla

El vicario de Mérida nos guió a una buena posada y en llegando nos envió pan y vino, que era lo que más habíamos menester; enviónoslo con Juan Hurtado, negro suyo, gran amigo de predicadores y muy tentado por predicar y así nos predicó luego allí un sermón de la cananea de que no nos holgamos poco. Allí comenzamos a conocer la buena cristiandad

1) Aquí termina el capítulo V; en Remesal, Cap. XVII algo resumido.

de Pesquera y su mucha humildad porque es cierto excedía a la nuestra. Este es Pesquera el que inventó los colegios de niños pobres: hizo muchos así en España como en las Indias; de donde han salido muchos bienes y estorbándose muchos pecados.¹⁾ El agua que llovía era tanta que el río de Mérida no se podía pasar ni aun por la puente y así nos fue preciso el detenernos allí el día siguiente y holgamos mucho por remendar los zapatos y lavar la ropa, y ver las cosas antiguas de aquella ciudad. Viendo Pesquera el tiempo tan recio que hacía y que pudiera ser que los navíos estuvieran ya para partirse, comenzó a buscar bestias en que viniésemos de allí a Sevilla y el padre vicario lo estorbó, de parecer de algunos religiosos. Otros viendo el tiempo tan trabajoso y los caminos tan malos, quisieron que se buscaran bestias y mostraron algún desmayo y así el padre vicario tornó a mandar que se buscaran bestias pero todos mostraron recibir tanta pena de ello que los flacos también se confundieron y no quisieron que aquel buen principio se desdorara; y así el martes salimos todos a pie de Mérida y allí cesaron las aguas y aquel día hizo la tarde alegre y clara que quedaron los que habían desmayado, bien confusos. Vimos a la salida aquella gran puente de la ciudad y el río iba como un mar, con lo cual se hermooseaba la puente mucho; holgamos de verla todos y dimos gracias al Señor. Fuimos aquel día a dormir a Almendralejo, cuatro leguas de allí, y no pensábamos que hacíamos poco según estaban los caminos, porque el lodo nos llegaba a la rodilla y algunas veces se nos quedaba el zapato; pero no podíamos ir sin zapatos por los muchos cardos y espinas que había y el lodo es de tan mala digestión que como con dientes trababa de los zapatos. Uno decía: “¡Ay que me atollo! ayúdenme”. Otro: “¡Ay que se me queda el zapato!”, que era lástima vernos ir; y así hallábamos por el camino muchos zapatos de los pasajeros y los caballos tenían que hacer en poder salir. Si este día lloviera no creo que pudiéramos llegar al pueblo; como llegamos al pueblo comenzaron a ir muchachos tras nosotros cuantos había en el pueblo y por las calles nos decían infinitas cosas aquellos labradores, unos nos preguntaban que si íbamos a capítulo, otros si se había despoblado algún monasterio, otros otras cosas. Pesquera nos tenía ya hospedados en casa de un hidalgo que se llama Ortiz, por conocimiento de un hermano que tiene en las Indias, el cual nos recibió y hospedó muy bien y con toda caridad nos sirvió él y todos sus criados: en su casa nos dio una cama que tenía veintidós pies de ancho y fuera de su casa nos proveyó de otras; por la mañana después que algunos dijeron misa nos dio a todos bien de almorzar y salió un rato con nosotros y encomendándonos a Dios se volvió a su casa. Hízonos muy buen día y siempre hasta Sevilla nos hizo muy buen tiempo, de suerte que no nos mojamos; pero del lodo del día pasado, teníamos los zapatos y los pies como descoyuntados, que no nos podíamos tener y por ser el camino muy lodoso fuimos por unos rodeos, con que nos cansamos más; pero todos fuimos enjutos si no fue fray Juan Carrión que con ser pesado era amigo de saltar los arroyos y así se enlodaba el cuerpo donde nosotros no mojábamos los pies. El padre vicario y fray Vicente iban este

1) Remesal lo menciona en el Cap. XVII.

día delante y toparon dos culebras grandes, las cuales mató bien aseadamente fray Vicente y cuando llegamos las vimos muertas. Fuimos este día tres leguas a dormir a un lugar que llaman La Fuente del Maestre donde no fuimos poco acompañados de muchachos, de manera que no cabían en la iglesia a las completas. Había aquí un muy buen órgano en que se empleó muy bien fray Diego Calderón. Tuvimos aquí gran abundancia de leche y fuenos bien menester para poder dormir según teníamos las camas. Otro día fuimos dos leguas a la villa de Zafra, donde tenemos una casita de nuestra orden que se labraba ahora, muy pobre. Hay aquí también un monasterio de Santa Clara muy rico donde estaba por vicario un gran amigo del padre vicario. Este rogó al vicario de nuestra casa que nos enviase, en llegando, a posar a Santa Clara y hízolo así y así nos fuimos a aquella casa de siervos y siervas de Dios. Las monjas nos tenían una comida aderezada, como ellas lo saben hacer y como nosotros lo habíamos menester, aunque no tomábamos tanto sabor en ello como en ver cómo nuestro señor nos regalaba, y a todos estados de gente tomaba por instrumentos; y también nos holgábamos ver la caridad con que aquellos siervos y siervas de Dios nos servían. Después de comer envió el padre vicario a fray Tomás de la Torre y fray Vicente Núñez a la Puebla de Sancho Pérez que está cerca de allí para que se despidiesen del padre y deudos de fray Vicente. Hicieron aquella tarde las monjas gran fiesta a los religiosos y diéronles muy mejor cena que había sido la comida y después muchas y muy buenas colaciones, que nos duraron hasta Sevilla, y el padre vicario de las monjas proveyó de muy buenas camas y otro día nos despidió con mucha caridad. Los otros dos religiosos llegaron a la Puebla y consolaron mucho a los deudos de fray Vicente porque sentían mucho su ida a donde no pensaban verlo más.¹⁾

El viernes de mañana nos juntamos todos en la Puebla de Sancho Pérez y los deudos de fray Vicente tenían aderezado un muy solemne almuerzo, el cual hicimos nosotros comida porque era viernes y porque él lo podía hacer. Después de comer volvió aquel padre las espaldas a su viejo padre y a sus queridas hermanas y a todos sus deudos porque no bastaron todas sus lágrimas a lo ablandar para que se quedase. Este día venimos dos leguas hasta un lugar que se llama Calzadilla donde antes que fuésemos a la iglesia anduvimos buscando posadas; pero no las pudimos hallar. Estaba allí el prior de San Marcos de León que andaba visitando las iglesias de aquel maestrazgo y fuímoslo a visitar; pero él nos habló con poca gracia y poca caridad y mucha gravedad. No se meneó de la silla ni llegó la mano al bonete, ni nos hizo cortesía ninguna; caímos de dónde nacía esto y fuimos a la iglesia y estuvimos un rato en oración y desde a poco vino Pesquera con tan buen recado de posadas cuanto no habíamos tenido desde que salimos de Monte Mayor. Allí hallamos a un fraile de la orden exento, vestido de jerga y morador de aquel pueblo y él hospedó a dos en su casa y todos estuvieron bien proveídos de camas y de colación. Otro día de mañana, hecha oración, fuimos a decir misa y a almorzar una legua de allí a un lugar que llaman Fuente de Cantos. Los

1) Aquí concluye el capítulo VII; Remesal lo resume en el Cap. XVII.

hermanos legos se pasaron adelante con las bestias sin decirnos nada, con lo cual nos dieron mal almuerzo, temiendo no hubiesen atollado donde no pudiesen salir tan presto. Aquí nos era la gente muy importuna porque se arrogaban y metían hasta donde comíamos los hombres barbados y viejos y se estaban allí mirándonos sin que se quisiesen ir por nada que les dijéramos porque decían que los dejásemos ver tantos frailes juntos, lo cual no habían visto. Aquí vinieron unos muy sabios seglares que habían estado en las Indias y entre otras cosas que nos aconsejaron una fue que no dijésemos ni enseñásemos a los indios que Dios había muerto, sino que era muy valiente y esforzado y que da muchos bienes temporales y otras locuras semejantes fuera de la piedad cristiana. Después de comer salimos de este pueblo y fuimos tres leguas adelante a otro que llaman Monasterio; no sentimos el camino porque íbamos cantando salmos e himnos con grande alegría y aun las vísperas cantamos por aquel camino, lo más de ellas: hallamos al pueblo entredicho, y echamos fuera una beata contra quien estaba, y así cantamos salve. Hallamos aquí dos clérigos muy honrados, aunque mozos, que nos proveyeron de muy buenas camas con mucha alegría. Había venido allí un clérigo de otro pueblo a predicar; pero quisieron que predicase un fraile, y así predicó fray Diego de la Magdalena y los demás oficiaron la misa. Después de comer fuimos a un pueblo que llaman Realejo, llegamos noche y no hallamos posadas donde dormir. Cenamos en un pobre mesón, y después el padre vicario envió cuatro religiosos a unas posadas que se hallaron: él con los demás durmieron con harto trabajo en un pajar; aunque la posada era ruín costó muy cara porque los ratones royeron un testamento nuevo y comieron unos buenos registros de un breviario de fray Pedro de la Cruz. Creo que no querría Dios que trajésemos cosa curiosa; los dos de aquellos cuatro dormimos en casa del cura. Era viejo y muy gordo, diónos bien de beber y en todo nos hizo buena compañía. Después dormimos todos en su cama, y a buen seguro que no hubiéramos frío aunque durmiéramos sin ropa. El nos dio tanta materia de risa que no pensamos podernos despedir de él con la gravedad que era necesaria. Por la mañana no fuimos a la iglesia que estaba muy a trasmano; pero no quedamos sin pena aunque fue pecuniaria. Fuimos aquel día a comer a una venta, allí comimos en un prado con gran placer; pero quedósenos allí olvidado un queso muy bueno de los que nos dio la marquesa. Fuimos a dormir a un lugar que llaman Almaden, camino muy apacible de arroyos, donde por doce maravedís de pan dio nuestro procurador un real de a dos; la lástima que a él le quedó y los mensajeros que él envió a el que se lo vendió, desde el camino y desde Sevilla, no se escribe, y si se hubiera de contar todo lo que a él le acaeció y cuán quietamente pedía y regateaba y guardaba, fuera nunca acabar porque sin duda era simplísimo y el más guardoso que he visto. Sólo un cuento suyo diré aquí, de muchos que le acaecieron; comprónos en una venta un poco de vino y ya que nos habíamos salido, parecióle a la ventera que quedaba engañada y salió tras él diciendo: ¡Padre, Padre! Volvióse él muy despacio diciendo: ¡Deo gracias hermana!: ¿dióse algo de más? Esto dijo él tan mansamente y tan sin malicia y tan naturalmente que nos hizo reír hartos días todas las veces que nos acordábamos de

ello. Salidos el martes de Almaden fuimos cinco leguas a Castiblanco: hacía tan grande sol como si fuera por el mes de mayo; andada una legua, almorzamos en una venta un poco de pan, que aunque muy negro y duro, no nos sabía tan bien la comida en Salamanca como aquel pan; andadas tres leguas fuimos tres leguas a otra venta donde no hallamos nada que comer; pero nuestro procurador hizo una sopa en ajo que con salsa de hambre nos fue muy sabrosa. Allí comenzamos a hallar palmitos por el camino; pero aunque nos costaba trabajo el sacarlos, los padres que no los habían comido decían que no eran buenos. Llegamos a puestas del sol a Puebla y todos nos preguntaban si era verdad que se había anegado el convento; y de esto trataba toda la gente entre sí. Mientras nosotros estuvimos en la iglesia nunca los hermanos legos pudieron descubrir una posada ni en mesón, ni fuera: después se ofreció el sacristán del pueblo a buscarnos posadas y halló para algunos en los mesones y para los demás en casas de vecinos. Un mesonero dio lugar que en su casa cenásemos; pero no había qué hasta que llegó la provisión de nuestro señor. Estaba la casa donde cenamos, muy lejos de las posadas en que habíamos de dormir, de las cuales no sabíamos más que el nombre que nos escribió el sacristán; pero uno de los huéspedes nos fue a buscar y nos guió de suerte que no durmiésemos todos o en la calle o en el ejido: guiándonos este buen hombre, fuimos al un mesón que estaba aplazado y hallamos a otros acostados en nuestras camas; fuimos al otro y hallámoslo cerrado, y después que llamamos mucho respondiéronnos lo que en el Evangelio se responde a los que llaman tarde, conviene a saber: *No sé quién sois*. El padre vicario estaba tan penado de ésto y desabrido que no sabía qué se decir, ni qué se hacer, por no tener donde meter a los religiosos. Finalmente fuimos a la casa de un hermano de los frailes de san Francisco y él dio posada para seis religiosos y recaudo para las bestezuelas: hizo con su pobreza toda caridad y a la mañana nos despidió a todos con toda devoción. Pesquera se había adelantado para ver en qué disposición estaban los navíos porque la gente que topábamos nos daba diferentes nuevas, y aquí nos encontró un hombre que enviaba con cartas y una bestia para que el padre vicario se adelantase, pero no quiso dejarnos, ni había para qué, y mandó ir a fray Tomás de la Torre en el caballo porque traía un pie bien hinchado y malo del trabajo del camino y sólo él fue cabalgando tres leguas hasta Alcalá del Río. En todo este camino, aunque todos habían pasado muchos trabajos y muchos soles y se les abrían los pies de las ampollas que traían, especialmente pasaron gran trabajo en esto el padre vicario y fray Diego Calderón. Causaba ésto, allende de ser el camino largo, el caminar con zapatos y con aguas, porque como se secaban cada noche al fuego, a la mañana estaban como cuernos y lastimábannos mucho los pies; pero fray Pedro Calvo nos curaba a todos y aun a las bestias también; y la caridad le enseñaba a hacer lo que nunca había hecho ni aprendido; fray Domingo de Ara cuartanario todo el camino fue cabalgando. En Alcalá del Río comimos, y aunque el padre vicario quisiera regalar a todos aquellos padres castellanos, pero no se halló más que un buen sábalo para esto; por este pueblo se pasa el Guadalquivir por barcas y aun-

que no nos querían pasar sin pagar y pasamos sobre esto muchas cosas; pero todavía les hicimos que nos guardasen nuestros privilegios. Mucho teníamos de ir todos a nuestra casa que se llama San Pablo, porque como aquel monasterio es tan frecuentado y aun molestado de la gente que va y viene a las Indias pensamos que recibiesen pesadumbre con nosotros por ser muchos y así mandó el padre vicario que fray Diego de la Magdalena y otro se quedasen en San Jerónimo y cuatro religiosos se fuesen a Santo Domingo de Portaceli, que es casa de la orden fuera de los muros de Sevilla, los demás nos fuimos a San Pablo; también enviamos a fray Diego a San Jerónimo, aunque era hijo de aquel monasterio de San Pablo, porque aunque traía licencia del provincial de Castilla y esta teníamos que no se la darían porque para pasar a Indias necesitaba licencia del provincial de Andalucía; porque éste había ido al colegio de Salamanca por aquesta casa y era muy hábil y estaba muy docto, y así recibieron gran pena de su ida porque quisieran encomendarle el estudio de aquella casa, y pasóse en fin gran trabajo en haberle licencia, y fue necesario que el señor obispo de Chiapa hiciese que el príncipe nuestro señor escribiese al padre provincial de la Andalucía para que le diese licencia, y así se la dio e íbamos muy contentos de su compañía por su bondad, aunque después sucedió lo que después oiréis. A la entrada de Sevilla vendió nuestro procurador la una bestezuela antes que llegásemos a la ciudad: llegamos de noche a casa y luego topamos a Pesquera que nos aguardaba y él nos guió a la portería.¹⁾

CAPITULO XXVII

De la estada en Sevilla hasta que se embarcaron en Sanlúcar

El padre provincial de la Andalucía estaba visitando el colegio de Santo Tomás, que es de la orden y está en aquella ciudad. Estaba con el prior de San Pablo y como supieron de nuestra venida holgaron de ello: antes que llegásemos envió el padre provincial a mandar que todos los huéspedes que estaban en San Pablo se fuesen y dejasen lugar para los de las Indias. El superior del convento nos recibió con toda caridad y alegría y hizo todo buen tratamiento, y le pesó porque no fuimos todos allá, pareciéndole que no habíamos confiado de su caridad, y todos los religiosos se holgaron mucho con nosotros y nos regalaron y sirvieron. Aposentáronnos en la enfermería, porque la hospedería aun no estaba desembarazada, y el enfermero que era un fraile lego, santo y devoto, la tenía limpia y aseada y las camas todas aderezadas y oliendo todas a sahumero; y mientras allí estuvimos nos sirvió con toda caridad, y cada noche nos daba colación y mostraba querernos dar las entrañas. Lo mismo hacían todos los religiosos, unos más que otros; hallamos ser mentira lo que ya teníamos creído por los muchos que nos lo habían dicho, conviene a saber que nuestro monasterio de Palma se había anegado y que el río se había lle-

1) Aquí concluye el Cap. VIII; Remesal en el Cap. XVIII.

vado algunos de los cartujos de Sevilla y así pensaban por los caminos que éramos de los que se habían escapado de la tormenta o que íbamos a poblar aquel monasterio que el río había despoblado; pero las aguas habían sido tantas y las crecidas tan grandes que daban lugar a que se fabricasen muchas mentiras; pero esto fue verdad, que dentro de Sevilla andaban barcos y dentro de nuestra huerta habían andado y entonces había tanta agua que podían andar, y así estaba allí mucha gente echándolas fuera y en barcas iban por las aradas a tomar el pan que venía de Utrera, cosa jamás vista: en lo de los navíos hallamos mal recado de navíos que no esperaban que se aviaran tan presto y las cédulas del Príncipe para que nos diesen dineros para fletes y matalotajes no vinieron claras; y así el padre vicario se vio en mucha aflicción y hubo de enviar un correo a la corte que trajo otros mejores recados. Hallamos también que nuestros libros, que los habían traído recueros, habían con las aguas recibido mucho detrimento y para hacer los recueros sus tercios habíanlos desliado de como se los habíamos dado y así los cuadernos que llevábamos, que habíamos costado más trabajo que los libros, se habían desbaratado y hallamos al principio mal recado; pero hacíamos cuenta que íbamos a las Indias y que llegaríamos ricos si llegásemos con el pellejo, y con esto no sentíamos otras pérdidas. Estuvimos en Sevilla con todo regalo y buen tratamiento hasta el domingo siguiente que era de sexagésima y holgamos de ver las cosas notables de Sevilla, la iglesia mayor, las casas del rey, los monasterios y las otras cosas notables que convidan a alabar a Dios; y viendo el padre provincial que nuestra partida se dilataba, lo cual suele acarrear muchos desmanes a las compañías de religiosos que pasan a Indias porque se cansan allí muchos y se arrepienten del camino: porque pocas cosas ven y oyen que no sean más para retraerlos que para incitarlos a venir, determinó el padre provincial de repartirnos y depositarnos por los conventos comarcanos para que aquella cuaresma la pasásemos con algún sosiego de espíritu y ayudásemos a los conventos en lo que pudiésemos, y aunque pasaron hartas cosas y sucedió una historia a cada uno, yo los haré a todos iguales y poco o nada contaré de las cosas que pasaron hasta que todos nos juntamos otra vez.¹⁾

En Sevilla quedó el padre vicario y fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo y algunos otros para entender en el matalotaje, el cual hicieron muy largo y muy cumplido, compraron ornamentos, colchoncillos, camisas, pescado, aceite, vino, garbanzos, arroz, conservas, muchas vasijas de cobre así como cántaros, ollas, sartenes, aceiteras, jeringas, vino, biscocho y otras muchas cosas que son necesarias para la mar y para después de llegados a tierra; y por dilatarse la partida se perdió mucho del matalotaje y otro se dañó, pasáronse en esto muchos trabajos y molestias que no se pueden escribir, solamente las siente quien las pasa. Los oficiales de la contratación eran propicios, pero cada cosa que daban costaba muchos trabajos y sudores y la prudencia y graciosa conversación del padre vicario y la infatigable paciencia del padre fray Jerónimo alcanzaban muchas cosas que otros no las pudieran alcanzar. También quedó en Sevilla

1.) Aquí concluye el capítulo IX; Remesal lo resume en XVIII.

fray Domingo de Ara muy doliente y trabajado, que se temió harto que no podría pasar acá, aunque habíamos pensado que las mudanzas de las tierras lo hubieran sanado; en Santo Domingo de Portaceli quedó fray Pedro Calvo donde se dio mucho a la astrología y hizo muchos astrolabios sin haberlo aprendido y salió en todo esto bien docto. A Carmona fueron fray Juan Carrión y fray Pedro Rubio donde sirvieron como negros a aquella casa y dieron buen ejemplo. Fray Pedro pedía por las calles limosna en un asnillo y así les pesó a todos cuando se fueron. Salieron juntos de Sevilla, dominica de sexagésima, en la tarde, fray Tomás de la Torre y fray Martín de la Fuente y fray Domingo de Azcona para Sanlúcar de Barrameda, fray Jerónimo de San Vicente y fray Pedro de la Cruz para Jerez, fray Jorge de León para Rota, fue con ellos fray Diego de la Magdalena para ver a su madre en Jerez y volverse luego para predicar la cuaresma en Sevilla. También fue con ellos un fray Luis del Convento de Sanlúcar: llevaron cartas del rovincial para los prelados, que las del príncipe nos las quisimos dar más de al provincial y al prior de San Pablo. Entraron en un barco de un buen hombre, que no solamente no renegaba, pero ni aun juraba, que es mucho para persona de aquel oficio. Pasaron mala noche porque subía la marea, y el viento no les ayudaba, y así no anduvieron más que tres leguas hasta Coria donde se registra todo lo que va en los barcos. Allí esperaron la mañana que dio fin a una mala noche que llevaron por la primera. Salieron en tierra y aderezaron de comer aunque llevaban de lo que del convento les habían dado, mucho pan, vino, higos y aceitunas. Salieron de Coria con buen tiempo, a las veces rastrando el barco desde la orilla por las calmas que hacía, iban aquel río abajo mirando aquellos tan hermosos campos, pártese desde a poco el río en tres pedazos y hace dos islas de hermosos pastos. Había gran número de ganado muerto en aquellas riberas que se ahogó con las grandes crecientes del río que tendía por aquellas islas y campos: los religiosos decían en el barco las horas en común y no permitían que nadie de los que allí iban jurase, ni hablase cosa mala; y así iban todos edificadas de ellos. Desde a poco vieron a un hombre ahogado de la parte de la isla, y salieron todos así frailes como seglares a enterrarlo; solamente quedaron a guardar el barco los barqueros; y fray Luis el de Sanlúcar se quedó a guardar el hato. Los frailes dijeron el oficio de finados y cantaron un responso y los seglares lo enterraron y le pusieron encima una cruz y con hacer ellos lo mismo y tanto como los seglares, daban por ello mil loores a Dios y decían que debían siempre rogar a Dios por los que fundasen órdenes y monasterios porque sin frailes decían que el mundo no valía nada y que ya fuera perdido. Hízoles después tan buen tiempo que en tres horas llegaron al puerto de Sanlúcar que era una legua de la villa, no osaron ir más por barco porque era ya noche y hacía grandes olas, y se les andaba la cabeza a algunos; quedáronse a dormir aquella noche en una venta que estaba allí donde les hicieron mucha caridad; a la mañana se fueron aquella playa abajo hasta el convento. Espantados de ver la mar los que no la habían visto, contemplaban el camino por donde habían de ir y aunque parecía llano y sin lodos, todavía lo temían más que al pasado. El vicario del convento fray Antonio de

Contreras, aunque era hijo del convento de Córdoba, era criado en Salamanca: los recibió muy bien y los trató con toda caridad como si fueran más que hermanos; y fray Luis que era el todo de aquella casa les hizo siempre todo regalo y buen tratamiento, y ellos lo merecían porque fray Tomás predicaba siempre y él y los demás confesaban todo el día y seguían el coro y tenían cargo de la casa y trabajaba cada uno más que dos conventuales y así los amaban y querían mucho no solamente los frailes sino los seglares y los duques que estaban allí. Los demás se fueron a Jerez donde fueron bien recibidos y tan bien quistos de toda la casa que no se despidieron de ella con menos lágrimas de todos que de Santisteban de Salamanca. Allí se ordenó de misa fray Pedro de la Cruz y la cantó con gran solemnidad y regocijo de toda la casa y de toda la ciudad, sin hallarse en ella ninguno de nosotros, porque no pudimos; y sin saber de la misa nueva fue a Jerez fray Tomás de la Torre al otro día después de la fiesta y después lo enviaron otra vez a predicar a las fiestas del espíritu santo mientras los predicadores eran idos a capítulo, y con estos achaques se visitaban y consolaban los que estaban allí cerca. A fray Jorge se le hacía de mal ir sólo hasta Rota y así fue fray Martín con él y pagóle Dios su caridad deparándole otro compañero con quien volvió hasta Sanlúcar. En Jerez estaba un religioso natural de allí, hijo de aquella casa que se llamaba fray Luis de Cuenca. Este había deseado mucho venir a las Indias y se había dos veces embarcado y la tormenta lo volvía a España, y siendo maestro de novicios en Córdoba supo de nuestra ida a las Indias y pareciéndole que Dios lo había guardado para aquella ocasión, pidió licencia y fue a Toledo al fin del capítulo, donde se concluyó nuestra venida. Allí trató él y concertó la suya y volvía a Jerez a esperarnos y como supo nuestra venida y supo lo que pasaba holgóse en gran manera y recibió a los religiosos como a ángeles y luego se partió para ver a todos los demás, llevándoles cuanto él podía para suplir todas las necesidades, y después fue a Sevilla y fue gran ayuda al padre vicario, porque aunque era hombre de edad y pasado, era ferventísimo de espíritu y trabajaba más que tres negros, y por consolar a un religioso rodeaba todo el mundo. Mucho holgamos de tan buena compañía y fue parte para traer a otros padres que vinieron de la Andalucía. Después a pocos días vinieron otras manadas de religiosos a Sevilla, la principal fue la de Valladolid que fueron fray Agustín de la Hinojosa, hombre muy docto y para mucho, y fray Juan Cabrera, fray Dionisio Bertavill, fray Alonso de Villalba, fray Alonso de Villafante, fray Alonso de Noreña Portillo, diácono. Gran placer se recibió con su venida y fray Agustín con fray Tomás de San Juan fue a Sanlúcar depositado, y allí fueron confesores de las monjas, fray Agustín y fray Tomás de la Torre y fray Alonso de Villalba que era hombre también docto, quedó para predicar en Sevilla; a los demás, parte enviaron a Rota, parte a Alcalá de los Gazules, parte también quedaron en Sevilla, en San Pablo y en Santo Domingo de Portaceli y en Regina Angelorum que también es de la orden; y de la misma manera se repartieron los demás que cada día venían de Castilla y de la Andalucía. También vino desde a poco el señor obispo

electo de Chiapa que allí en San Pablo se consagró *domínica in passione*. (*Fue como profecía por lo mucho que padeció con sus ovejas*). Vino con el santo viejo fray Rodrigo de Ladrada su compañero.¹⁾

Largo sería de contar el contentamiento que todos los religiosos dieron a los prelados y frailes de las casas donde estuvieron repartidos y cuan sin pesadumbre conversaron entre ellos, sirviendo al señor y a la orden de día y de noche, cada uno en el oficio que le encomendaban. Con ser muchos los que quedaron en Sevilla ninguna pesadumbre se recibió con ellos, porque los legos y mancebos servían humildemente la casa en lo que les mandaban, los demás confesaban de noche y de día, así en la cuaresma como en un jubileo; así los que estaban en San Pablo, como los que estaban en los otros conventos fray Diego de la Magdalena allende de predicar leía teología y puso en concierto el estudio de aquella casa, así de teología como de las artes. Había también sobrevenido fray Alonso de Villalba docto y gracioso predicador, y otros muchos de su calidad y sirvieron y honraron mucho la casa. Lo mismo hizo fray Vicente Núñez que era de las suaves y agraciadas voces que entonces había en Sevilla: toda se venía a oírlo y los genoveses ofrecían muy gran limosna a la casa porque el padre quedase allí. Lo mismo fue de fray Diego Calderón porque era nombrado músico de tecla, y todos holgaban de oírlos, y allí y en otras partes fue importunado que se quedase; pero muy diferentes eran los deseos de todos. En Sanlúcar, también, como arriba dije, predicaba fray Tomás de la Torre, y él y sus compañeros fueron allí muy queridos y amados, así de los frailes como de las monjas, como también del duque y de todos los seglares; en Alcalá de los Gazules predicaron fray Vicente Ferrer, y allí también cantó misa fray Felipe del Castillo que era de la compañía: todos ellos eran tales que el prior no sabía qué placer les hacer. En Jerez leyó las súmulas fray Pedro de la Cruz, y fray Jerónimo fue aquella cuaresma a predicar a una villa que llaman Puerto Real y hizo allí mucho provecho; y aunque todos los de la compañía que allí estaban, eran amados de todos, pero especialmente estos dos padres lo eran por su religión y virtud y por su buen ejemplo que allí dieron: lo mismo fue de los de Rota y de todos los demás, tanto que yo no sé decir lo que de todos ellos decían los que en aquellas casas moraban. El padre fray Tomás Casillas tenía tanta autoridad en San Pablo como el prior, y ningún prelado de casa trataba nada con los frailes sino por su mano y él tenía licencia para enviarlos fuera de casa y para enviarlos a la enfermería y para todo como si fuera prelado superior de aquella casa. Y es de saber que venía nombrado por vicario de todos los frailes que pasasen a Indias de la provincia de Castilla hasta presentarlos al provincial de las Indias, salvo si el vicario general de las Indias, que a la sazón era el provincial de Andalucía no ordenase otra cosa; y así pudiera él en Sevilla acabar su oficio, pero viéndolo persona religiosa y bastante, acordó de parecer del señor obispo, de instituirlo por vicario general de todos los frailes que pasasen en aquella compañía y de los que residiesen en las provincias de Guatemala y de Nicaragua y Honduras, y mandó a todos

) Aquí concluye el capítulo X; Remesa en XVIII y XIX.

los provinciales de las Indias que no se entrometiesen con él ni con sus religiosos, sobre los cuales le daba autoridad cumplida. Esto iba bien guiado así si el provincial de la Andalucía no acabase tan presto su oficio, pero por acabar muy en breve, nacieron de aquí algunas dudas y escrúpulos; muy más llano hubiera sido que se viniera por vicario de los de Castilla por institución del provincial de Castilla y por vicario de los de Andalucía por institución del provincial de aquella provincia, pero somos hombres y no caemos en todas las cosas;¹⁾ y por esto he querido decir aquí esto para advertir a otros religiosos que acá pasaren, que aten bien las cosas allá en España donde están los prelados y toda la autoridad de la orden. Hecho vicario general nuestro padre fray Tomás Casillas, viendo que la partida se dilataba, pasada la cuaresma, determinó visitar a sus hijos y hermanos para consolarlos y animarlos, y así fue a Sanlúcar donde fue recibido con notable alegría de todos los que estaban allí. Después que descansó allí dos días, tomó consigo a fray Tomás de la Torre, juntamente con fray Vicente Núñez que había venido con él de Sevilla, y fueron a Rota a ver a los que allí estaban. Fueron en el camino a comer a un monasterio de Agustinos que se llama nuestra señora de Regla, donde hallaron por prior a un amigo y conocido en el estudio en Salamanca, el cual los recibió y trató con gran placer y alegría y no los dejó ir: aquel día siguiente que era la Invención de la Cruz hicieron gran fiesta en aquella casa y predicó fray Tomás de la Torre, y después de comer se partieron. Estaba allí muy indignado fray Vicente con aquellos religiosos porque jamás cayó en que eran agustinos, sino que por la conformidad del hábito los tuvo por de la orden y como veía otras ceremonias en algo diferentes parecíale muy mal, y por cuanto vido y nos oyó hablar no cayó de su imaginación, sino todo le parecía algarabía hasta que un religioso lo desengañó. En Rota hallamos los compañeros buenos y de ellos y de los demás fueron bien recibidos, y estaban quejosos del padre vicario porque no les había enviado más frailes, tan contentos estaban de los que allí habían tenido porque eran doctos y virtuosos y de gran simplicidad. Aquí determinaron ir a ver la isla y ciudad de Cádiz así por ver, como por buscar algunas cositas necesarias para el viaje y fueron el padre vicario y sus compañeros y fray Jorge de León y aunque por mar no hay más que tres leguas pasaron mil de más quebrantos porque todos excepto el padre vicario se marearon y revesaron infinito y tuvieron como dicen el alma entre los dientes y gustaron allí lo que a la larga por la mar habían de padecer. Con todo eso no desmayaron en sus propósitos. Llegados a Cádiz el padre vicario los regaló lo mejor que pudo, después de comer vieron las cosas antiguas de aquella ciudad, y así como aquellas albercas grandes que Hércules o Hispan hicieron para en que se allegase el agua que había de entrar en la ciudad, que al presente son corrales de toros y vacas y aquel gran teatro de Hércules y un antiquísimo letrero; y el teatro ahora es huerta. Vieron la estatua de Hércules, mucho holgaron ver todas estas antigüedades y el puerto a batiente de la mar y aquella tierra tan nombrada en el mundo y aquellas artillerías y todo lo demás que hay que ver en aquella isla. A la tarde entraron en un bergantín y con buen

1) Falta esta frase en Ximénez

tiempo en obra de media hora vinieron el puerto de Santa María. Holgaron de ver aquel pueblo trazado y ordenado por calles, cual no creo haber otro en España. Allí también por veinticinco maravedis dan de comer a uso de Flandes muchos y buenos manjares y de beber sin tasa, tan aseada y limpiamente como en casa de un honrado caballero se podía dar. A la ida de Cádiz topamos un mancebo que se les juntó y de ellos nunca se apartó, antes los sirvió de gracia todos aquellos días con entera voluntad y toda alegría y parece habérselo Dios deparado en tales tierras y a tales tiempos. Después de haber dicho otro día misa y comido y visto aquel pueblo se pasó a Jerez el padre vicario con su compañero, y fray Tomás y fray Jorge se volvieron a Rota, de donde se fue después fray Tomás a Sanlúcar y también a la vuelta le hicieron en Regla gran caridad. En Jerez fueron bien recibidos el padre vicario y su compañero, de todos, especialmente de los de la compañía y después tomó allí a fray Agustín que por la muchedumbre de los huéspedes que había en Sanlúcar, había ido a Jerez con un compañero, y a fray Jerónimo y a fray Pedro de la Cruz; y fray Vicente Núñez fue a ver a los que estaban en Alcalá de los Gazules y en el camino estaba un mal riacillo pero Dios les deparó, como solía, a un buen hombre que los pasó a todos a cuestas. Decíanle muchas cosas los que le veían y hacían burla de él; pero él hacía burla de ellos y con gran alegría llegó al fin su buen propósito. Vistos todos los religiosos y consolados, determinó el padre vicario volver a Sevilla porque ya se acercaba el tiempo de la partida y todos o los más navíos habían bajado al lugar; grande fue la alegría que el padre vicario recibió, viendo el deseo que todos los religiosos tenían de proseguir aquellos santos propósitos que nuestro señor les había dado, y muy edificado de ver la bondad de todos y la quietud con que servían todos al señor y cuán dados eran a la oración y cuán contentos y edificados estaban todos de ellos y cuánta lástima mostraban de todas las cosas de que se fuesen de aquella provincia una manada de gente tan escogida; otras muchas cosas acaecieron en estos tiempos, que nuestros particulares amigos holgaron de saber; pero las dichas bastan para saber en común en qué entendimos en aquellos días que sería cosa muy trabajosa y prolija a quererlas contar todas.¹⁾

Pasó muchos trabajos el padre vicario hasta llegar a Sevilla; pero consolóse con hallar los compañeros buenos, y por bullir la partida y consolar a algunos que lo habían menester, determinó de bajar a todos los frailes que estaban en Sevilla a la villa y puerto de Sanlúcar de Barrameda, y así se despidieron con mucho amor de aquellos santos monasterios donde habían estado y recibido muchas caridades. Domingo en la tarde salieron de Sevilla y con gran trabajo llegaron el miércoles día de San Bernabé después de misa mayor: iban veinte religiosos: mirábanlos los que estaban en Sanlúcar desde las ventanas como venían aquella playa abajo, y holgábanse como si vieran venir ángeles. No basto a explicar la alegría con que fueron recibidos de sus hermanos porque era grande el deseo que tenían de los ver, y aunque en casa era poco el aparejo, hospedáronlos lo mejor que pudieron con entrañas muy cumplidas y deseos

1) Aquí concluye el capítulo XI; en Remesal, Cap. XIX.

de les regalar. El día siguiente era la fiesta del santísimo sacramento, la cual con la venida de los religiosos se hizo muy más solemne; fueron a ellos los religiosos de todos los monasterios, y el duque procuró se hiciera con gran solemnidad: y así lo fue de las solemnes procesiones que hemos visto y todos nos holgamos mucho. El viernes siguiente quisieron los señores duques que todos fuésemos a decir una misa cantada. Creo que por curiosidad de oír cantar a fray Vicente y tañer a fray Diego, tanto como por devoción; y así fuimos todos, y después nos envió el duque una vaca para hacer cecinas y 28 arrobas de vino, y la duquesa, 30 reales para misas. Poco era para lo mucho que ellos tenían y para lo que nosotros habíamos menester; pero esto rogamos a nuestro señor que les pague. Aquí se halló entonces fray Domingo de Guzmán, hermano del duque según la carne, y nuestro según el hábito, y amigo y conocido de muchos de nosotros, y nos hizo mucho regalo y caridad. El sábado siguiente fue el padre vicario a Jerez a cosas que se ofrecieron y llevó consigo a fray Vicente para honrar en casa la fiesta del santísimo sacramento, y por agradecer en algo la caridad que en aquella casa nos había hecho, y pasada la fiesta se volvió luego. Desde a poco se volvió fray Luis de Cuenca y trajo ocho arrobas de vino tinto y blanco, y cada día iba y venía cargado siempre como una abeja: porque jamás se cansaba de trabajar y servir y aprovechar a la comunidad y tenía gracia particular en pedir. En este medio tiempo se iban cada día juntando los que faltaban de nuestra compañía y de allí volvieron atrás algunos, así de Castilla como de la Andalucía; pero pues hasta ahora no los hemos nombrado ni hecho particular mención de ellos no hay para que hacerla ahora. Vino también desde a poco la señora virreyna de la isla de Santo Domingo, que se decía haber sido alguna causa de la tardanza su venida, y los visitadores de los navíos, lo cual nos dio confianza que nuestra partida sería en breve. El señor obispo allende de los muchos y grandes trabajos que padeció en la corte padeció otros muchos en Sevilla, procurando poner en libertad todos los indios esclavos que allí se hallaron, y en otras cosas de esta calidad: que dejaron su nombre en perpetuo odio de los indianos que allí vivían; y allegándose el tiempo de la partida se vino a Sanlúcar, con el cual nos holgamos todos en gran manera aunque por la estrechura de la casa y muchedumbre de huéspedes posó en casa de un seglar; el señor duque nos vino a visitar y se holgó mucho con nosotros y nos mostró mucha voluntad y nos hizo limosna y allende de lo sobre dicho, nos dio otra vaca y otras veintiocho arrobas de vino y veinticuatro fanegas de trigo y la duquesa nos enviaba dineros para misas y en todo nos ayudaban ellos y toda la villa y los monasterios. Venían de los conventos comarcanos a ver esta compañía tan pobre y tan nombrada, y todos daban gracias a Dios de verla; pero nuestra ida se dilataba de día en día que cuasi perdimos la esperanza de nos partir hasta el fin de agosto, porque decían nunca haber salido armada del puerto por tal tiempo y ayudaba a creerlo ver que ordinariamente o hacía calmas o vientos contrarios a las salidas, y estorbos que cada día nacían y a nosotros nos atormentaban y desabrían. En este mismo tiempo hubo capítulo provincial en la Andalucía y el padre provincial acabó allí su oficio de

provincial y de vicario de las Indias, según se cree, y consiguientemente acabó nuestro vicario; pero nosotros estábamos tan bozales en aquellas cosas y tan deseosos de servir a Dios que los más no lo echábamos de ver, y los que miraban en ello eran muy superficialmente diciendo: ¡Que en las Indias había prelados! (*Noreña no sea este vicario; videbis in prol. const. N^o 8 (?)*: *et glossa. const. D 2, cap. Q, text. 2 (?)*) En esto vino nueva que era venida la confirmación del nuevo provincial que lo instituyó el general por vicario general de las Indias; pareció al señor obispo y a los padres más antiguos que era bien enviarle a suplicar que confirmase todo lo que el vicario pasado había ordenado; respondió que aun no era venida su confirmación ni podía hacer nada, pero pues el vicario pasado había ordenado aquello en tiempo que lo pudo ordenar, que todavía duraba y era vicario el padre fray Tomás Casillas: lo mismo dijo un maestro en teología que se halló entonces con el provincial electo, y el vicario de Sanlúcar, que era hombre docto y antiguo en las cosas de prelación sentía lo mismo y tuvo capítulo a los religiosos y les declaró esto y aseguró mucho. Pero ahora vemos cómo todos se engañaron mucho, porque si el vicario acabó, todo se acabó con él lo que él instituyó; pero aunque todos lo daban por acabado y él no trataba ya cosa ninguna, parecía haber algunas dudas en las letras del general, porque instituía por vicario a fray Vicente Calvo provincial, y así no era cierto si instituía a la dignidad o a la persona y por esta razón se convencieron otros más que por las demás. Finalmente todos se asentaron en que el padre fray Tomás era vicario general de los que pasaban en Indias. He querido decir esto para aviso de los que pasaren a Indias a donde no están a mano los prelados ordinarios superiores, que miren bien lo que de allá traen, y también para que se vea la gran bondad de esta compañía que, aunque hubo estas dudas y escrúpulos, con tanta prontitud y simplicidad obedecieron al indubitado general de la orden, por mar y por tierra y en cosas leves y en cosas ásperas que se ofrecieron, como verdaderos siervos de Dios e hijos de nuestro padre santo Domingo. En estas cosas se pasaron días; ya el tiempo no era apto para nos poder embarcar, porque todos decían ser cosa muy peligrosa por las calmas que en aquel tiempo hay, y así parecía que nos metíamos a morirnos de sed y de hambre en la mar: con todo esto a 8 de junio dijeron que la flota estaba a punto, que nos aparejásemos para embarcarnos, pero no a los mayores, que debía hacerse así; (?) y así nos aparejamos para embarcarnos como para morirnos. Confesámonos todos y dijimos la misa mayor, dijo el padre vicario del espíritu santo y comulgó a los que no eran sacerdotes. El padre vicario de aquella casa tuvo capítulo y los animó a todos y consoló mucho. Dijéronnos después que no nos podíamos embarcar hasta otro día. El otro día antes que amaneciese nos levantamos y dijimos misa los que pudimos, y ya que íbamos vino otra nueva que no nos podíamos embarcar. Con esto nos traían como a loros y el padre vicario estaba que no sabía de sí, yendo de acá para acullá. Callo aquí mil trabajos y tragos que él y todos bebimos, que ni en casa ni en la playa pudimos reposar un credo y con la prisa que se había de llevar el hato que se había de embarcar entonces.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XII; en Remesal, XIX y XX.

CAPITULO XXVIII

De lo que les pasó a los religiosos desde que se embarcaron hasta que llegaron a la isla de la Gomera

Plugo ya a nuestro señor que miércoles por la mañana, a nueve de julio de 1544, a cabo de medio año que salimos de Salamanca, con gran prisa y corriendo, entramos entre los bateles y de allí en los navíos, en el que teníamos fletado todos los que hasta entonces perseveraron en la compañía, con gran lástima de todos porque el tiempo no era ya conveniente para navegar, porque la flota estaba ya aderezada y a punto. Iban veintisiete navíos entre naos gruesas y carabelas y un galeón de armada; los que nos embarcamos son los siguientes: primeramente el reverendísimo señor obispo fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, con gran consolación y gloria, por ver que había enviado y llevaba consigo el remedio de las Indias en muchas leyes y provisiones del Rey que había alcanzado; y desbaratado el Consejo de las Indias y echado de él a los indignos, y alcanzado que entrasen los que lo merecían; y que llevaba poderes y provisiones para hacer libertar a todos los esclavos, y puesto Audiencias reales; y otras muchas cosas de contar y declarar a quien no sabe las cosas de las Indias. Y sobre todo que había sacado una compañía tan grande de religiosos, cual nunca de nuestra orden había salido, para Indias. También se embarcaron con él algunos clérigos y otra gente que llevaba y fray Tomás de las Casillas vicario general, y fray Rodrigo de Ladrada, santo viejo hijo del monasterio y isla de Santo Domingo y compañero antiguo del señor obispo y particionero de todos sus trabajos; fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo de la Peña de Francia, fray Pedro de la Vega de la Vera de Plasencia, fray Jordán de Piamonte de Santo Domingo de Jerez y muy acepto predicador en la provincia de Andalucía, fray Luis de Cuenca de Jerez y maestro de novicios de San Pablo de Córdoba, fray Agustín de la Hinojosa, hombre docto y al presente lector en el colegio de Valladolid hermano de Salamanca, fray Diego de la Magdalena, fray Dionisio Bertabillo de Valladolid y fray Tomás de la Torre, fray Domingo de Ara y fray Vicente Ferrer de Valencia que al presente moraba en Plasencia, fray Tomás de San Juan de Salamanca, fray Alonso de Villalba de Valladolid y lector en el colegio, fray Jerónimo de San Vicente, fray Domingo de Vico de Ubeda, fray Miguel de Frías de Toro, fray Francisco de Quezada, de Baeza, fray Felipe del Castillo de Avila, fray Domingo de Azcona, fray Vicente Núñez, fray Miguel Duarte, de Estella que al presente moraba en Córdoba, fray Juan Guerrero de Córdoba, fray Ambrosio Villarejo de Galisteo, fray Martín de la Fuente, fray Cristóbal Pardavé de León, fray Jorge de León, fray Francisco de Piña de Burgos, fray Andrés Alvarez de Méjico, fray Pedro de los Reyes de Galisteo, fray Pedro de la Cruz de Salamanca: y estaba curándose en su tierra y sabiendo que nos partíamos vino sin despedirse de sus parientes, y aunque venía malo sanó bien en la mar; fray Pedro Calvo, fray Diego Hernández; estos eran sacerdotes. Los siguientes eran diáconos, fray Baltasar de los

Reyes de Baeza, fray Domingo de Loyola de Méjico, fray Alonso Portillo Noreña de Valladolid, fray Juan Carrión, fray Diego Calderón. Los siguientes eran legos, fray Pedro Martín de Madrid, fray Alonso de la Cruz de Toledo, fray Juan Díaz de Salamanca y fray Pedro Rubio, fray Mateo Hernández de Toro; todos estos íbamos en un navío con otros muchos seglares pasajeros. La señora virreyna pidió importunamente dos sacerdotes que fuesen en su navío, y aunque con gran dificultad en fin se dieron a fray Juan Cabrera, de Córdoba que moraba al presente en Valladolid, y fray Alonso de Villasante, de Valladolid y vicario que era de aquella casa. Iba también con ella fray Antonio de Toledo, religioso de la orden y hermano de la virreina y así fueron muy regalados y servidos; iba también en esta compañía, aunque no en nuestra nao, el padre prior de la isla y ciudad de Santo Domingo. Ibamos en el barco cantando letanías y otras oraciones y con tanta alegría nos desterramos de nuestras tierras con propósito de no volver a ellas, como suelen volver a sus tierras los que muchos años han andado desterrados, y recibidos con gran gozo aquellos trabajos porque esperábamos por ellos gran gozo en los cielos y en la tierra. Entrados en el navío estuvimos allí aquel día abrazándonos de calor: al día siguiente con un muy poquito viento alzamos velas porque decían los marineros que entrados en alta mar con cualquier viento navegaríamos: aquel día salieron todas las naos de aquella trabajosa y peligrosa barra en Sanlúcar, sólo la nuestra se quedó en medio de la barra y del peligro, ponían la culpa al piloto de tierra; pero no la tenía, sino nuestros marineros que llevaban la nao mal lastrada y toda la carga la llevaba arriba. Así que la armada salió aquel día tres leguas y nosotros nos quedamos en la barra enfrente de la villa padeciendo un día que fue buen principio de nuestros trabajos y peligros. (*Cosa maravillosa en que manifestó Dios que él solo llevaba y guiaba esta compañía*). Como vieron quedar aquel navío desde la villa pensaron que le había sucedido algo, y luego el duque envió un barco a decirnos con la pena que estaba él y la duquesa, y que si eran menester barcos para sacar el navío de la barra que vendrían: los marineros, locos y en sus cosas soberbios, no quisieron ayuda, envió el capitán de la armada un batel haciéndonos saber que no nos aguardaría sino un día o dos; puesto que fuésemos en conserva pues nos tomaba en el puerto donde nos podíamos quedar. El piloto y dueño del navío que se llamaba Pedro de Ibarra fue a dar razón de sí y a quejarse del piloto de tierra que según la costumbre de allí sacan los navíos de la barra. Pasamos tan gran calor aquellos dos días que no lo sabré explicar, sentíamoslo mucho porque salíamos de salas muy regaladas, y porque la brea del navío ardía y porque iba mucha gente: pretendió el padre vicario llevarnos o todos juntos por pensar que así iríamos más consolados y los unos nos serviríamos a los otros y pasaríamos con menos matalotaje, y fue un gran yerro porque dos o tres frailes son en cada navío servidos, regalados y honrados, y aunque no lleven nada son los mejores proveídos; y allí por cierto nos trataban como a negros y nos hacían a los más bajar a dormir debajo de cubierta como negros, y andábamos sentados y echados por los suelos, pisados muchas veces, no los hábitos, sino las barbas y las bocas, sin que nos tuviesen reverencia ninguna,

por ser todos frailes; y con otros trabajos y enojos que nos dieron que no sé explicar. El primer día cantamos completas; pero por la molestia que dábamos no dijimos el segundo día más que la salve, y las horas cada uno las rezaba cuando podía y se amañaba.¹⁾

El día siguiente que fue viernes a once de julio alzamos velas y con ojos muy secos perdimos de vista a nuestra España. El viento era bueno, aunque poco. En breve nos dio la mar a entender que no era allí la habitación de los hombres y todos caímos almareados como muertos, que no bastara el mundo a hacernos mudar de un lugar; solamente quedaron en pie el padre vicario y otros tres; pero tales estaban los tres que no podían hacer nada, sólo el padre vicario nos servía a todos y nos ponía bacines y almofias para vomitar que no se daba a manos ni se podía valer. Iban en nuestra compañía cuatro o cinco mancebos seglares con deseos de pasar a servir a Dios en las Indias que nos solían servir y ayudar; pero también ellos iban caídos y necesitados de ser servidos, no había remedio de hacernos comer bocado, aunque íbamos desmayados, pero gana de beber no faltaba; no se puede imaginar hospital más sucio y de más gemidos que aquel: unos iban debajo de cubierta cociéndose vivos, otros asándose al sol sobre cubierta, echados por los suelos, pisados y hollados y sucios que no hay palabras con que lo explicar, y aunque al cabo de algunos días iban volviendo algunos en sí, pero no de arte que pudiesen servir a los otros que iban malos. El señor obispo dio las gallinas que llevaba para que comieran los enfermos, porque nosotros no llevábamos ningunas, y un clérigo que iba por maestrescuela a Chiapa ayudaba a servir al padre vicario. El mayor tormento que sentíamos era en rezar las horas y con todo eso las decíamos como podíamos, tarde y mal, pero no las osábamos dejar de rezar; pero en común no se dijo nada sino la salve. La noche antes que desembarcásemos en la Gomera íbamos descalzos y sin sayas y el escapulario nos quitáramos si pudiéramos; era la mayor lástima del mundo vernos y no había quien nos pudiese consolar por ser tantos. Andaban cuando salimos de España las guerras muy encendidas entre España y Francia y salimos con gran temor de franceses y aquel día en la tarde vieron los que pudieron alzar cabeza diez y seis velas; temieron no fuesen franceses y toda aquella noche estuvo la armada con grande temor, aunque los contrarios lo debieron de tener mayor por ser nosotros más; pero la mañana no apareció nada, y así creímos ser armada que venía de las Indias. Aquel día echamos a la mar coles, lechugas, rábanos de que habían cargado pensando que se podían comer. A la noche nos sosegaban los estómagos y no reveábamos, pero pasábamos especialmente debajo de cubierta un calor que no se puede explicar. El sábado de mañana vieron un barco grande y creyendo que era espía de franceses fue un navío tras él; el barco comenzó a huir, tiróle el navío un tiro y luego el barco amainó las velas y conociendo ser españoles dejáronlo ir en paz. Los naos que oyeron el tiro pensaron que habían dado en franceses y que los navíos se bombardeaban; y como oímos debajo de cubierta el ruido de

1) Aquí concluye el capítulo XIII; Remesal, del V al XX del libro IV.

sacar armas, turbámonos mucho y súbitamente sanamos y dijimos una letanía y aun algunos nos confesamos, otros hacían burla. Como supimos que no era nada, tornamos a nuestro mal acostumbrado y luego caímos como nos estábamos; después de ésto no hubo más ruido ninguno. Y porque los que no saben de la mar entiendan algo de lo que en ella se padece, especialmente a los principios, diré algunas cosas que a los que han entrado en ellas son manifiestas; primeramente el navío es una cárcel muy estrecha y muy fuerte de donde nadie puede huir aunque no lleve grillos ni cadenas y tan cruel que no hace diferencia entre los presos, igualmente los trata y estrecha a todos: es grande la estrechura y ahogamiento y calor, la cama es el suelo comunmente, algunos llevan algunos colchoncillos, nosotros los llevábamos muy pobres, pequeños y duros, llenos de lana de perro, y unas mantas de lana de cabra en extremo pobres. Hay más en el navío mucho vómito y mala disposición que van como fuera de sí y muy desabridos, unos más tiempo que otros y algunos siempre: hay muy pocas ganas de comer y arrostranse mal las cosas dulces, la sed que se padece es increíble, acréscientala ser la comida biscochos y cosas saladas, la bebida es medida medio azumbre de agua cada día, vino lo bebe quien lo lleva: hay infinitos piojos que comen a los hombres vivos y la ropa no se puede lavar porque la corta el agua de la mar; hay mal olor especialmente debajo de cubierta, intolerable en todo el navío cuando anda la bomba y anda más o menos veces según el navío va bueno o malo; en el que menos anda es cuatro o cinco veces al día, aquella es para echar fuera el agua que entra en el navío, es muy hedionda. Estos y otros muchos trabajos son muy comunes en el navío; pero nosotros los sentimos más por ser muy extraños de los que habíamos acostumbrado: llégase a esto cuando hay salud no tener donde estudiar ni recogerse un poco, y estar siempre sentados que no hay donde se pasear, todo se ha de hacer sentados o echados, o algún poco en pie; sobre todo es traer siempre la muerte a los ojos y no distar de ella más que el grueso de una tabla pegada a otra con pez. Los de nuestra compañía que nunca alzaron cabeza por la mar fueron fray Luis de Cuenca, fray Martín de la Fuente, fray Jerónimo de San Vicente, fray Francisco Quezada, fray Pedro Calvo, fray Diego Calderón y fray Pedro Mártir: estos fueron siempre enfermos y en trabajo mientras duró la navegación; los demás volvieron en sí unos más presto y mejor que otros: fray Domingo de Ara que en tierra pasó grandes dolencias hasta embarcarse, sanó y fue bueno por la mar y también fray Tomás de San Juan y fray Diego Hernández que habían padecido grandes dolencias.¹⁾

Ya arriba apunté cómo nuestra nao iba mal lastrada, lo cual nos puso en tanto peligro y causó tantos trabajos que ni yo los sabré decir ni los entenderán los que no saben las cosas de la mar. No solamente nos vimos en peligro de muerte, de la cual nos libró Dios bien maravillosamente; como la nao iba mal lastreada, que es vacía de abajo y cargada en lo alto, comenzó a trastornarse, y no así como quiera sino que iba al un bordo

1) Aquí concluye el capítulo XIV: Remesal no aprovecha este capítulo.

cubierto de agua y a las veces echaba la nao de barriga que llegaba el agua hasta la mitad de la cubierta y nadaban unos barriles que iban a bordo: para pasar de popa a proa tenían unas maromas atadas y asidos a ellas pasaban. No se podía guisar nada, ni era de provecho la mitad del navío y los que iban echados al través de la nao iban cuasi en pie; pensaron remediar algo con echar debajo de cubierta los tiros de artillería y otras cosas; pero no aprovechaba nada. Finalmente nosotros fuimos desde el domingo después que embarcamos hasta el puerto en un continuo finamiento, los que iban en las otras naos hacían cada día oración por nosotros, y muchas veces, especialmente dos, nos echaron la bendición, porque pensaron que el navío iba a fondo. Archuleta, capitán general, venía dos veces al día con su galeón junto a nosotros, para ver como iba la nao y trató de atarla con maromas a la suya, pero los marineros que en esto son superbisimos, no lo consintieron; no se trató de pasarnos a otros navíos porque éramos muchos y los navíos cargados de gente y nosotros no apretábamos en ello porque ni entendíamos de veras el peligro ni veíamos aparejo para ello. Los que lo entendieron fueron los pilotos de los otros navíos que visitaron después el nuestro y se espantaron después como se escapó, y así cuando llegamos a tierra todos nos daban el parabién de las vidas; nosotros íbamos tales cuales podréis bien pensar; pero de veras no entendíamos el peligro, ni nos podíamos persuadir que nuestro buen Dios nos había de ahogar para que dijese las gentes *ubi est Deus eorum*. Decían los españoles indianos que iban en aquella armada que nuestros pecados, y los del obispo que destruía las Indias, causaban aquellos males; pero en el tiempo que no se esperaba proveyó Dios del mejor temporal que jamás en tal tiempo se vio, que parecía cosa maravillosa: los marineros iban espantados y ellos y todos decían que Dios no lo podía mejorar, otros decían disparates; un fraile de San Francisco que iba en otro navío decía a los que decían mal de nosotros, que por nosotros hacía aquel tiempo, y que nosotros dábamos vida a la armada y que si nos quitasen las velas saldríamos a salvamento. Otros decían que los ángeles soplaban las velas y que no era viento natural, y cada uno hablaba según lo que de nosotros sentía. Los marineros nos echaban la culpa de su gran descuido, quejándose de nuestros colchoncillos: y así nos echaron, según se dijo, muchos alimentos a la mar y nos quebraron una tinaja de agua y cada día nos faltaban cosas; pero éstos no eran todos, que algunos nos servían y reverenciaban.

Otros nos daban voces a cada credo: frailes acá, ¡ frailes acullá!, y nos hacían venir como a negros debajo de cubierta e ir almacenados contra donde hendían el navío; por lastre de él. Veníamos con esto y con las dolencias y mareamiento, tan molidos y podridos y fatigados, que no lo sé ni sabré decir: ya entonces se entendió cuán gran yerro fue traernos a todos juntos en un navío, que aun los que llevan mercadería la dividen en diferentes navíos, para que si algo se pierde se salve alguna cosa. Con esto la armada no podía andar y los navíos todos no caminaban sino con una vela que llaman trinquete y las tres partes de el día estaban amainadas las velas de todos, y así con gran molestia de todos tardamos doce días

donde llegáramos en cuatro, según el maravilloso tiempo que nos hizo. Sucedió cuasi en los postreros días que el un navío de los otros perdió el timón o gobernalle sin el cual no podía andar y corría gran peligro y así ya no era del todo contra nosotros la congoja, porque mientras la armada esperaba aquel navío cojo, nosotros nos adelantábamos y aunque nos pasaban en breve pero tornaban a esperar el navío lisiado y así los tornábamos a pasar y así pasábamos el trabajo de nuestro camino.¹⁾

CAPITULO XXIX

De la llegada y estada en la isla la Gomera (1544)

Sucedió en una de estas veces que nos adelantamos, que nuestro navío con alegría grande descubrió tierra sábado de mañana, a 19 de julio, y aunque era bien deseada, muchos no se persuadieron y no se levantaron a verla hasta la tarde. La tierra que vimos fue una isla de las Canarias o afortunadas que se llama Tenerife. Es esta isla de muy linda vista y parece ser porque tiene una sierra, la más alta que yo había visto, y es aguzada a manera de una linda piña. En gran manera nos holgamos y dimos gracias a nuestro señor de verla: por haber habido acuerdo entre los pilotos pareciéles que no debíamos tomar allí puerto porque es dificultoso de tomar y por andar allí la mar muy alta no se podía adobar la nao que perdió el timón, y así navegamos todo aquel día a la vista de aquella hermosa isla. El domingo de mañana amanecimos junto a la isla que llaman de la Gomera, el puerto de la cual aunque es bueno pero es pequeño, y nuestros marineros con ir los postreros, quisieron tomar la delantera y tendidas todas las velas con grande atrevimiento iban a pasarse delante y trabó la gavía con la de otro navío que nos puso en trabajo y aprieto y hubo pérdida de sogas, y la otra jarcia no se había desasido de ésta cuando llegó otra de la otra parte y con grandes palancas procuraban que no se juntasen con la nuestra; pero con harta pérdida de nuestra parte, porque cortaban de nuestra nao cuanto podían y era menester. Apenas se había desecho de esta cuando llegó por otra parte una caravela y metió la entena por las escalas de nuestra gavía mayor y así hubieron de cortar mucho de ellas. Con esto andaba tan gran grita y voces que era miedo estar allí y no sabíamos dónde nos meter. En esto salieron muchos barcos a sacar la gente y mandónos el padre vicario saltar en tierra, lo cual hicimos de muy buena gana. Espantónos fray Luis y fray Francisco de Quezada que saltaron tan vivos y sueltos como si no tuvieran mal ninguno con venir hasta aquel punto como muertos y fray Francisco con un lío auestas, que una bestezuela tenía harto que llevar y todos finalmente nos hallamos bien dispuestos para salir. Salieron primero fray Luis de Cuenca y fray Agustín de la Hinojosa, y fueron a suplicar a la condesa nos mandase aposentar, porque no estaba allí el conde; y en San Francisco no había lugar que era una casilla de dos o tres frailes muy pobres;

1) Aquí concluye el capítulo IV; Remesal alude al tema en el libro V, cap. I.

la condesa nos mandó aposentar en la iglesia, porque en una fortalecilla que también señaló había también poco lugar para tantos. Saltados en tierra apenas nos podíamos tener porque nos parecía que el suelo andaba y veníamos muy flacos. Luego nos fuimos a la iglesia a dar gracias a nuestro señor por las mercedes que nos había hecho en dejarnos salir de tan gran trabajo y peligro. Luego tras nosotros salieron los seglares diciendo que en viéndonos fuera temieron el peligro de ser perdidos porque antes no temían por verse entre tanto siervo de Dios. Llegados a la iglesia dijeron misa tres o cuatro que pudieron y entre tanto que nos traían de comer, nos proveyeron de comida y buena bebida los vecinos en cuyas casas entramos con otras necesidades.¹⁾

Mucho nos holgamos con el buen aposento que teníamos en la iglesia porque estaba muy a nuestro propósito. Era muy buena iglesia, tenía un corral muy bueno con unas frescas parras llenas de muy buenas uvas y un poco de buena agua, unas secretas; y nosotros hicimos allí en el corral un hornillo para guisar de comer. No estaba allí el clérigo y vicario de aquella iglesia a la sazón, y como vino desde a poco y nos halló allí aposentados y no por su mano, pesóle mucho y hablónos ásperamente diciendo que él era vicario de aquella iglesia y que la condesa mandase en su casa, y otras cosas que aunque eran así, se debieran entonces disimular. Respondímosle lo mejor que pudimos y quedó satisfecho, aunque no mucho, parecíale que el pueblo se holgaba de vernos y oír de nosotros los oficios y dábannos limosna y esto quizás le causaba algún desabrimiento; padecimos aquí trabajo que lo era bien grande no tener el regalo que habíamos menester; durónos más de cuatro días escupir sal con beber sin taza y sin medida. Hacen unos vientos tan bravos en aquesta isla que parece querer levantar las sierras, especialmente de noche. Es tierra alta de grandes sierras y tierra bermeja y de pocos árboles y buenas aguas; hay abundancia de uvas las cuales ya vendimiaban, los higos comenzaban entonces, hay muchos membrillos y palmitos, muy grandes venados y asnos cerdescos,²⁾ que los toman con perros por los montes; las vacas son pequeñas, la principal carne es de cabra, hay muchas y de mejor comer y más sanas: sálanlas y hacen unos que llaman tocinetes, que son mejores que tocinos. Está esta isla poblada, por la mayor parte, de portugueses. Los antiguos habitantes de ella están ya mezclados con los españoles, aunque ellos entre sí se conocen y distinguen; mientras aquí estuvimos, nos hicieron muchas limosnas. La virreina nos enviaba cada día un carnero, y el señor obispo de Chiapa nos daba otro; la condesa estaba pobre y con todo eso también nos hizo limosna y nos envió uvas, y conserva de batatas que es fruta de Indias, y otras cositas. El clérigo nos dio a veces hartos desabrimientos y una fiesta, estuvimos cuarenta y ocho frailes que arriba ya nombré, y el obispo también, en unas vísperas, y no quiso que las dijésemos nosotros; sino él se las cantó con dos que le ayudaban. Esto le afearon mucho el pueblo, especialmente el descomedimiento con el obispo, y así desde allí concedió que cantásemos la misa y lo que quisiésemos, aunque de mala gana y dándonos desabrimiento: nuestra

1) Aquí concluye el cap. XVI: Remesal brevemente en lib. V, cap. I.

2) *haanos* en el original.

principal ocupación en diez días que allí estuvimos, fue procurar descansar, aunque trabajos no faltaban; predicamos los días que el clérigo quería y algunas veces se quedó el sermón estudiado porque no quiso que predicásemos. No nos quería dar mucha entrada diciendo que entrábamos pidiendo misericordia y después defendíamos por justicia; y porque este padre tuvo aquí alguna ocasión para decirlo, no le quiero poner mucha culpa. Teníamos entre día y de noche la iglesia cerrada, como si fuera monasterio, y aunque él venía hacíanle llamar, y él molestábase: no salíamos de la iglesia, sino fueron algunos a lavar los hábitos y túnicas de todos a un arroyo, y pocas tardes nos asomábamos a un terreno para ver la mar; siempre estábamos encerrados, porque no nos dejaban salir, ni tampoco nos matábamos por ello. También confesamos mucha gente y allí comenzamos a dar muestras de quién habíamos de ser en confesiones de algunos; en estas y otras cosas semejantes y en proveer el navío de agua y carne nos ocupamos aquellos días y en aparejarnos con nuestro señor para embarcarnos otra vez.¹⁾

Nosotros habíamos venido tales por venir juntos, que por ninguna cosa nos tornáramos a juntar allí; y traíamos cogido tanto miedo a aquel navío que pensábamos ser homicidas de nosotros mismos si allí nos metíamos; y así rogamos al padre vicario que diese otra orden a nuestro viaje. Como los marineros supieron esto echaron por lastre de su nao seis barcos de piedras y echaron fuera algunas cajas y cosas de mercadería y requirieron al vicario que no sacase de allí a ningún fraile; si no, que pagaría el flete de vacío porque el navío estaba bastante para navegar. Pasáronse en esto grandes trabajos y enojos; y el capitán general no sabía dónde declinar porque le afligía el piloto de nuestra nao y de otra parte veía la razón que nosotros teníamos y el peligro en que nosotros habíamos estado, y la virreina juraba de volverse a España y quejarse del capitán al rey por ver cómo nos trataban; y el obispo y todos eran por nosotros; el otro quería que el navío se viese y que si estaba bueno que entrásemos en él, y que si no, que le pagásemos; y toda la iglesia andaba llena de voces y requerimientos, especialmente a la partida. La virreina se ofrecía a pagalle, con todo esto no se acababa de dar corte; y dejadas aparte muchas molestias nuestras y de todos, se determinó que saliesen diez y nueve frailes, y para entrar los otros se hicieron muchas diligencias para ver si el navío iba bueno y tomaron juramento a trece pilotos y todos dijeron que iba bastante bueno. Sacados los frailes no hallamos navío donde los quisiesen, lo uno porque llevaban mucha gente, lo otro porque nuestro piloto llevaba los recaudos para que le pagasen a él en Santo Domingo y los otros pensaban que nos habían de pasar de balde, y por esto no querían recibarnos; pero después de muchos enojos nos recibieron como el capitán mandaba, y así quedamos veintisiete para ir en nuestro navío y los diez y nueve se repartieron en tres navíos y una carabela. Fueron por vicarios, fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo y fray Agustín, fray Diego de la Magdalena y fray Dionisio de Bertabillo; el padre vicario repartió con ellos la carne y vino y vinagre, de suerte

1) Aquí concluye el capítulo XVII: Remesal V. I.

que a nosotros faltó y a algunos de ellos sobró. Al tiempo de la partida como vio el sacristán que no le habíamos tomado de las uvas de la iglesia diónos licencia para que cogiésemos algunas; pero apenas había subido un mozo a la parra, cuando desde la calle lo habían descalabrado, y hubo gran ruido sobre ello y aun nos afrentaron de palabra, y ninguna excusa nos querían escuchar sino todo era voces; pero después conocieron su culpa y se humillaron y nos pidieron perdón. Ya con estas cosas estábamos enfadados de estar en aquella iglesia y así casi de noche nos fuimos a embarcar. Aquí a esta isla vinieron frailes nuestros de las islas cercanas como supieron que veníamos, y nos hicieron gran caridad, y nos dijeron como sabían de nuestra venida días había y tenían aderezada su casa pensando que fuéramos a tomar puerto allá. Al tiempo de alzar las velas supimos como la nao en que entró fray Diego de la Magdalena y sus compañeros no iba derecha a Santo Domingo, sino que había de llegar a la isla de Borriquen, que llaman de Puerto Rico; y aunque lo sentimos en el alma, pero supímoslo a tiempo que no lo pudimos remediar.¹⁾

CAPITULO XXX

Salida de los religiosos de la Gomera y llegada a la isla de Santo Domingo

El día siguiente después que embarcamos, que fue miércoles a 30 de julio por la mañana, con próspero viento salimos del puerto de la Gomera y nuestra nao iba muy buena y muy más ligera que otras, tanto que casi sin velas caminábamos más que otras que llevaban tendidas todas sus velas. En comenzando a navegar caímos todos como muertos que no quedó en pie ni el vicario ni otro: comunmente se marean, pero saliendo de estas islas, más que de España, porque como entran mucho en las uvas y frutas y beben mucho por la abstinencia pasada, sienten más la mar; pero como el cuerpo está ya purgado de la otra navegación, en echando aquellas uvas y aguas, vuelven otra vez sobre sí, y así a los dos o tres días íbamos casi todos buenos. A otros les duró más la mala disposición; pero no llegó a lo de la primera vez, y los que arriba dije que no alzaron cabeza, aun iban mejores, porque aquí el tiempo que corría era maravilloso que no lo podíamos desear mejor y así caminábamos con gran placer y todos los oficiales de la nao nos honraban y servían, aunque no faltaba en que se mostrasen marineros, y siempre llevaban propósito de hacernos pagar los fletes como si allí fueran todos los frailes. Según el tiempo hacía en 24 días pensaban que llegaríamos a las islas de Santo Domingo, pero venían en aquella armada unas carabelas que con viento en popa navegaban mal, y así nos dieron gran fatiga y trabajo porque cada día las estábamos aguardando; en estando para ello comenzamos a entrar en concierto y comíamos juntos con lección y decíamos cada día misa en secreto, y los domingos y fiestas las cantábamos y había sermón a todo

1) Aquí concluye el capítulo XVIII; Remesal habla del tema en V, I.

el navío, y cada noche cantábamos la salve. El día de nuestro padre (*entonces N. Padre era el 3 de agosto*) hicimos gran fiesta y todo el navío se alegró, tiraron muchos tiros de artillería y nuestro señor suplió con mucha consolación la que parece que quitaba el no decir misa ni hallarnos en monasterio aquel día. También hubo gran fiesta el siguiente porque la nao se llamaba "San Salvador". Holgábamos cuando veíamos alguna avecita porque nos parecía señal de tierra y algunas veces veíamos matas de yerbas nadar por el agua; aunque dicen que aquellas se crían en peñas debajo del agua. Muchas veces se juntaban algunos navíos y nos saludábamos los unos a los otros y veíamos a nuestros hermanos y sabíamos de ellos, y todos íbamos buenos; de la capitana cayó un hombre y no lo pudieron remediar. En nuestro navío nos barrenaron una pipa de agua; pero no permitimos que se hiciese justicia de los malhechores y aquello estorbó otros hurtillos que cada día se hacían. No es cosa de contar todas estas menudencias, estas basten para dar algunos avisos a los que hubieren de navegar. Con estas cosas pasamos nuestro camino unas veces llorando y otras cantando el rosario, salmos e himnos, aquí tres, acullá seis. Los seglares tañendo guitarra y cantando romances, y cada uno a su modo; visitábanos nuestro señor con gran consolación y muchos se iban en un rincón en oración, otros leyendo en libros, y hartos llorando arroyos de lágrimas que nuestro señor les daba especialmente de noche, cuando el tumulto de la gente cesaba. Aquí rumiábamos aquel versículo: *Qui descendunt mare in navibus facientes operationem in aquis multitis, ipsi viderunt mirabilia Dei*; y aquel *Mirabiles elationes maris*. Cuando hay sosiego y salud levanta el mar en gran manera el corazón a Dios. En la comida se padecía trabajo porque comunmente era muy poca, creo que era buena parte de la causa poderse allí aderezar mal para muchos; un poco de tocino nos daban por las mañanas y al medio día un poco de cecina cocida y un poco de queso, lo mismo a la noche, mucho menos era cada comida que un par de huevos, la sed que se padece es increíble, nosotros bebíamos harto más que la ración aunque tasado; y con ser gente versada a templanza nos secábamos ¿qué harían los demás? Algunos seglares en dándoles la ración se la bebían y estaban secos hasta otro día. Otros la guardaban para sus tiempos, y algunos no debían de botijuela de la mano y quien nos daba una vez de agua nos hacía ricos, a la pobre gente común no hay quien le de nada; causa esta mala la calidad de la vianda, y el gran calor que allí se pasa, y el saber que no se podía haber tasa. Esperando las carabelas que andaban poco, nos alcanzaron las calmas, día de san Bernardo a veinte de agosto, y en dos o tres días no anduvimos paso, antes los seglares se echaban a nadar y se andaban a placer alrededor del navío, y los marineros pescaban tiburones que comíamos todos, y aunque nos decían que era mala cosa, los comíamos todos de muy buena gana; no tienen otro mal sino ser algo recios, como si se comiera pescado grande. La mar estaba como en leche y el navío no se meneaba en un lugar, ardían las tablas y jarcias, con el gran calor, y con la pez creían en gran manera la sed, y acortábamos la ración del agua por ver si así no andábamos. Otros cuatro o cinco días, ni bien hubo viento, ni bien hubo calma y a las veces corría un ventezuelo contrario; tomaban

el altura y todos los pilotos de la armada decían que ya estábamos en tierra, y un día nos hicieron levantar de la mesa al regocijo que hicieron, pensando que la habían visto y desde a tres días dijéramos nosotros con los demás que la habíamos visto; pero todo era después nada y quedamos muy tristes. A 26 de agosto a puestas del sol tiraron tiros las naos delanteras y creyendo que nos querían decir que ya habían visto tierra amainaron las velas y aquella noche no osamos caminar por no dar en tierra al través.¹⁾

Aquella noche dormimos a placer, creyendo que estábamos cerca de tierra, y otro día por la mañana apenas vimos detrás de nosotros a la isla que llaman la Deseada, la cual dejábamos sobre mano derecha y hallámonos junto a una isla que llaman Marigalante, que es la más linda tierra y más fresca que jamás vimos. Si yo fuera el descubridor de aquella isla pensara sin duda era el paraíso terrenal por su gran hermosura. Está esta isla y las demás de por allí debajo de la tórrida zona y así es asaz calorosa, aunque no inhabitable. Antes fueron estas islas las más pobladas del mundo; pero las más de ellas asolaron con su insaciable codicia y su inaudita crueldad y tiranía los españoles. Estuvimos medio día junto a esta isla, y un paso no anduvimos con calma y así nos hartamos de verla. Así ésta como Marigalante, como otras muchas de aquellas islas, aún se están pobladas de sus antiguos pobladores que llaman caribes, usan flechas y mortales yerbas, con que ninguno se les escapa; y como ellos son muy sueltos y andan desnudos, y la tierra es cerrada de arboleda y yerba y usan de aquellas armas crueles, son señores de sus tierras. Muchos religiosos compadecidos de ellos deseaban que Dios les echase allí para remedio de aquellas almas que se pierden tan sin remedio. A la tarde con un poco de viento pasamos a la vista de dos islas, que dejamos a la mano derecha, a la una llaman Guadalupe y es grande, a la otra llaman los Frailes, ésta es toda de montecitos y por eso la llamaron así; creo yo es tan hermosa y fresca, que convida a dar gracias a nuestro señor, y comunmente todas estas islas lo son, fresquísimas y muy verdes todas, y en todo tiempo, aunque aquella frescura no es tanta andando por ellas porque son grandes yerbazales y matorrales. Este día sacó la capitana sus banderas y sacó toda su gente por el navío concertada y tiró muchos tiros, que nos dio placer de verlo. Mucho se espantaban los marineros de que en el golfo donde en este tiempo suele haber calmas,uviésemos tan próspero viento, y entre las islas donde jamás suele faltar, padeciésemos nosotros trabajos de calmas; y así tardamos mucho más de lo que pensamos hasta llegar a la isla de Santo Domingo. Con gran trabajo de calor y sed íbamos por aquí, por las calmas que hacía, y el viento comunmente era casi contrario cuando alguno hacía, pero templábalo nuestro señor con la vista de aquellas hermosas islas. Yendo así un domingo en la tarde fuimos a pasar por un lugar que los marineros llaman el Pasaje y entre unas hermosas islas, una está a la mano izquierda que llaman Santa Cruz y a la derecha están muchas que llaman las Vírgenes; y por medio de ellas pasan los navíos que está en medio de aquella canal una

1) Aquí concluye el capítulo XIX: Remesal intercala un capítulo sobre Canarias, tomado de la *Historia de Las Casas*.

alta y poderosa peña blanca, que podrá tener hasta 100 pasos en contorno, puesta por la mano del que crió todas las cosas. Parece desde lejos un hermoso navío que navega tendidas todas las velas. Mucho nos holgamos de ver todo esto y dimos gracias al que para esto dispuso aquello así. La noche siguiente y el lunes y el martes estuvimos en calma con gran sed y calor y gran fatiga, y estábamos ya a vista de la isla de San Juan de Puerto Rico. Este martes nos hallamos juntos con la nao de fray Agustín, y supimos como él y otros dos iban mal dispuestos y pidiéronnos vino y otras cosas de refresco y pasaron a nado dos mancebos para los llevar pero no se las dimos, porque quisiéronselas ir a llevar otros dos mancebos de los pasajeros de nuestro navío con la respuesta de la carta que los otros habían traído. El padre vicario les envió una botija muy grande de vino y otra botija con pasas y almendras y otras cositas; echáronse pues aquellos dos hombres a nado llevando un cabo de un cordel y yendo nadando sopló un poco de viento y apartó mucho los navíos, estando los hombres en el medio camino. Sin duda nos vimos bien penados, temiendo que aquellos hombres perecieran; pero socorriéronlos del otro navío echándoles unas vigotas atadas a sogas y así ayudados llegaron al navío y ataron un cordel al cabo del que llevaban y tiramos nosotros y trajámoslo a nuestra nao y atámosle las botijas y así las pasaron al otro navío. Después se volvieron a juntar las naos y se pasaron los que de la nuestra habían salido contando de la angustia en que se habían visto. El miércoles en la tarde llegamos en par de la ciudad de San Juan de Puerto Rico y pasamos a vista de nuestro convento que está fuera de la ciudad y es muy blanco y hermoso; desde allí se apartaron de nosotros las naos y carabelas que iban allí guiadas y aun otras muchas; porque se les había muerto mucha gente, otra también porque hacía mucha agua, y así no quedaron en nuestra armada sino fueron 12 naos y una carabela y algunas con gran necesidad de agua; y parecióle al general que no la debíamos tomar allí sino pasar al puerto de San Germán, que es en aquella misma isla, 35 leguas más adelante: y así caminábamos costearo aquella hermosa isla y bendiciendo al que la crió: que cierto su hermosura es tanta, que ni España, ni con pincel no se puede pintar; lo mismo es de las otras.

Iban de muy mala gana algunos pilotos a San Germán por parecerles que Santo Domingo estaba cerca y porque algunos no sabían aquel puerto especialmente los de nuestra nao, aunque el puerto es tan grande que pueden estar 10,000 navíos en él, por lo cual vienen allí muchas veces franceses y roban y queman un pueblezuelo de españoles que allí está y los españoles se escapan yéndose al monte hasta que los franceses se van. El viernes no quisieron llegarse al puerto por las razones dichas y luego faltó la marea que los marineros llaman embate; el viernes bien de noche echamos las áncoras bien lejos de tierra y de los otros navíos que estaban surtos junto de tierra. Otro día de mañana echaron fuera el batel y saltaron en tierra el padre vicario y el viejo fray Rodrigo y alguna gente del navío, también salieron algunos padres de los otros navíos y algunos se volvieron al navío a comer por ver el mal aliño que había en tierra; de los nuestros que volvieron a la noche diré lo que supe

de aquella tierra. Dicen que hay un pueblezuelo de españoles, pequeño, tienen las casas de tablas y la iglesia también, hay una casita de nuestra orden también muy pobre, de tablas, donde hallaron dos religiosos y el uno enfermo; no tuvieron que les dar de comer sino casabe y ají y algunas frutas de la tierra; fray Rodrigo que conocía el manjar entró en él, el vicario volvió al navío muerto de hambre; trajéronnos de las frutas de la tierra, entre las cuales la más principal es la piña y aunque todos los españoles e indios la loan y precian, nosotros no la pudimos meter en la boca porque su olor y sabor nos pareció de melones pasados de maduros y asados al sol; trajéronnos también plátanos, son una fruta larga comunmente de un palmo, algunos menores, otros mayores, son casi como la muñeca de gordos y en los extremos casi parecen morcillas atadas, y cuando están muy maduros lo parecen también así en el color como en estar algo conservados, tienen un cuero a modo de carnero: desnúdateles fácilmente, quedan dentro blancos que tiran a amarillos. Es una muy gentil fruta cruda y asada y en cazuela y guisada y como quiera, estos pasados son como muy gentiles higos pasados; pero al principio éranos fruta muy asquerosa, parecía en la boca como ungüento, o cosa de botica; trajéronnos también guayabas, son verdes que tiran a amarillas, son como duraznos, llenas dentro de granillos que se tragan sin quebrar, y aunque es buena fruta en las islas especialmente, pero a los que vienen de Castilla les hiede a chinches y les parece abominación comellas. Trajeron también batatas, éstas son raíces que se crían debajo de la tierra como nabos, algunas son blancas, otras coloradas, cómense asadas y cocidas, tienen el sabor en nada diferentes a castañas asadas y cocidas, así nos supieron bien: el casabe es el pan común de esta tierra, y de raíz de unas matas como de lentiscos, aunque no lo parecen en la hoja y aquellas ramas siembran y arraigan y echan mazorca debajo de tierra y aquella mazorca es ponzoña que mata; pero mójanlo y exprimenlo y el zumo aunque crudo es ponzoña, pero con unos cocimientos hacen miel de ellos y vinagre; sacado el zumo, queda como aserraduras de tablas y después de curadas échanlas en un gran plato de barro sobre el fuego y finalmente se cuaja y se hace como una tabla no muy fácil de quebrar si es reciente, si es delgado es pasadero mojado en leche, o en cocina, y algunos lo tienen por manjar excelente; pero como la gente común lo come, duro y grueso, es como quien masca aserraduras de tabla, si lo mojan es tolerable; ello es muy ruin comida y hincha mucho y sustenta poco; este es el pan de esta tierra, y la comida de los naturales, de ella era de este pan como axí, que llaman en Castilla pimienta de las indias, desleída en agua; y aun con esta pasan los españoles que no tienen más, aunque ya tienen tanta carne que no vale una vaca más que un ducado, que es el valor del cuero. Esto se queda dicho para la isla de Santo Domingo; con lo que más nos holgamos fue con mucha agua, que trajeron tanta, que bebíamos sin tasa y nos lavábamos con ella el rostro y dábamos a los que no tenían. Luego aquella noche alzaron velas y navegamos hasta el lunes en la noche y por no osar tomar puerto estuvimos sin velas. Otro día venido el embate o marea proseguimos: primeramente nos pusimos a la boca del gran río de la ciudad e isla de Santo Domingo, o la Espa-

ñola por otro nombre. Después que entramos y pasamos de la fortaleza y saludamos la tierra, con muchos tiros, como es costumbre, se vio la nao en gran peligro de dar al través y hacerse pedazos, si Dios no pusiera su mano de por medio, porque iba a embestir en una roca y con gran fuerza del gobernalle la volvieron a gran prisa; después iba a embestir con la capitana; pero subieron con gran prisa una vela y así se apartaron de nosotros. Esto acaecía por ser los postreros y querer los oficiales de nuestra nao ponerse en el mejor lugar.¹⁾

CAPITULO XXXI

Llegada de nuestros religiosos a la isla de Santo Domingo y estada allí

Martes a 9 de setiembre de 1544 a cabo de cuarenta y tres días que embarcamos en la Gomera, saltamos en tierra en la ciudad de Santo Domingo en la Isla Española, y antes que saltásemos en tierra vino al navío, el superior de nuestra casa, que se llamaba fray Antonio de León, hombre docto y celoso, así de la religión como del bien de las Indias y de sus naturales, conocido nuestro porque había estado meses en Salamanca informándose de dudas acerca de las cosas de esta tierra; y así nos holgamos con él en extremo. Salidos todos en tierra fuimos todos en procesión a nuestra casa y, al camino salió a recibir al obispo y a nosotros, el obispo de la isla de Puerto Rico y otra mucha gente, y llegados a la puerta de nuestra casa comenzamos un *te deum laudamus*. Luego salió allí el padre provincial de aquellas islas y el prior de aquella casa que se había adelantado y todo el convento, y hecha oración y tomada la bendición, abrazamos a nuestros hermanos y holgámonos de verlos. El provincial nos recibió con gran caridad, y a muchos frailes les quitó las celdas y a otros les echó compañeros y así nos aposentó a todos, y muchas veces nos sirvió a la mesa, y fuera de eso el padre superior nos lavó los pies y nos regaló mucho y muchos días al principio él mismo servía a la mesa. El padre provincial mandó que todos comiésemos carne y dispensó también en los ayunos, que luego entraron, porque veníamos muy necesitados de la mar. Las camas eran ruines, porque no era más que una tabla con una estera de eneas o espadañas encima, y no se acostumbraba otra cama en aquella tierra ni en todas las Indias entre nuestros hermanos; y la causa de esto fue que como ya se habían promulgado las leyes de la libertad de los esclavos, no podían ver los españoles al obispo más que al demonio, y conocíanlo ya en aquella tierra y sabían lo que siempre había tratado y trataba: porque siendo él clérigo y gran favorecedor de los indios se metió fraile en aquella casa; y por venir nosotros en su compañía también nos mostraban mal rostro y no nos querían dar de comer: y aun la comida del convento, por estar nosotros allí, se había con dificultad, y así se quiso ir el señor obispo a San Francisco, sino que allá concurría la misma razón; despues se ablandaron algo para con nosotros.

1) Aquí concluye el capítulo XXI: Remesal muy brevemente en V, 8.

Esta fue la causa que no tuvimos en aquella isla el regalo que habíamos menester; especialmente al principio pensamos que la virreina nos hiciera mucho bien; pero aunque había sido más que reina de aquella tierra y los mejores de ella eran sus criados, como ahora venía viuda y pobre, y sus hijos no estaban allí y su hacienda estaba perdida, halló grandes lacerías y trabajos y casi por amor de Dios la mantenían; pero ella era tan cristiana que lo sabía todo sufrir con buen rostro. El presidente de la audiencia que se llamaba el licenciado Cerrato, de quien después se hará más mención, nos visitó luego, porque era grande amigo del obispo y conocido del padre vicario, y así concertó lo que tocaba a los fletes muy a nuestro contento y concertó los pilotos entre sí, de suerte que todo paró en bien aunque el de nuestra nao armó grandes pleitos; pero tuvo por bien de cortarlos y de ser nuestro amigo y visitarnos muchas veces él y todos los suyos, aunque el piloto había jurado de no entrar en monasterio en su vida. Este monasterio de esta isla es muy religioso y fue fundado de santísimos hombres de España, especialmente de fray Pedro de Córdoba, de quien habrá memorias mientras esta isla durare, y allí se criaron muchos y muy grandes religiosos de gran virtud y santidad y hasta hoy hay mucha por cierto en aquella casa, aunque aquellos santos varones primeros y segundos son ya acabados. Tiene muy buenos edificios y sacristía bien adornada y de gran limpieza, aunque los fundadores fueron de los amigos de pobreza que la orden ha tenido no solamente en sus personas pero en la comunidad y en los edificios y ornamentos; tiene también buena huerta y hermosa vista de mar y de tierra; y aunque en la comida se pasaba trabajo, con la recreación espiritual no sentíamos tanto la fatiga del cuerpo; padécese en esta tierra gran sudor y calor de día y de noche, durmiendo y velando, y así andan comunmente todos hambrientos por mucho que coman, porque la comida ya dije más hincha que harta. Muchas cosas nos acaecieron aquí que por evitar prolijidad dejaré de contar; solamente diré algunas, más porque no parezca que queda vacía la historia, que por ser cosas notables. Algunos días nos proveyó el convento de todo lo necesario y siempre nos dieron cuanto pudieron; pero como nosotros éramos cincuenta y dos personas, sin el obispo y su gente, y las limosnas eran pocas, padecían los del gasto necesidad; y así nos hubimos de aprovechar del vino y harina y de otras cosas que traíamos para entremeter con el cazabe y con otros manjares que no conocíamos; pero viendo que se nos acababa la provisión y aún quedaba buena parte del camino, acordó el padre vicario con el padre prior que un fraile suyo y otro nuestro pidiesen siempre lo que habíamos menester, y ellos por sí buscasen para sí; y como fray Luis a quien cabían estas cosas en suerte, era tan diligente, y ya de nosotros se tenía noticia así en el coro como en el púlpito, como en todo ayudábamos razonablemente. Pareció también, al señor obispo y al padre provincial y a todos que cada día hubiese una conclusión, y así la hubo desde que entraron los ayunos y era de lo tocante a las guerras y a la libertad de los indios esclavos, en que el presidente entendía con gran cuidado y con gran ánimo, y contradicción de todo el mundo porque la gente de Indias son *durae cervicis* y

1) Aquí concluye el capítulo XXII: Remesa! en V, 3.

no muy buenos obedientes. Nosotros teníamos los generales cada día por orden y de nosotros y de los de casa argüían, y holgaban todos del ejercicio, especialmente el provincial que era maestro en teología, y el superior y como salíamos de nuevo de los estudios teníamos algún buen parecer en lo que se trataba y fue cosa muy provechosa así para nosotros como para los sacerdotes de aquella tierra, donde había infinitos esclavos indios robados de las islas y tierra firme. Allí también tomaron el hábito así en San Francisco como en nuestra casa algunos de nuestra compañía y predicábamos los domingos, las fiestas, y holgaban al principio de nos oír. Algunos también adolecieron allí y padecieron mucho trabajo, aunque los más flacos estuvieron siempre buenos: padecieron gran necesidad por la pobreza grande y por las razones ya dichas; pero por las cédulas reales que llevábamos nos proveyeron los oficiales del rey de todo lo que fue menester para los enfermos copiosísimamente, y entre los demás adoleció fray Luis que para las limosnas no hizo poca falta. Adoleció también fray Alonso de Noreña Portillo y estuvo muy al cabo, los demás presto volvían sobre sí, los sanos servían a los enfermos con toda caridad; otros confesaban, otros predicaban; a otros leía fray Agustín una lección de teología y tenía una conferencia, y así estaban todos bien ocupados; y el coro también era seguido de noche y de día. Después de algunos días de descanso mandaron que todos ayunásemos los tres días de la semana y los otros tres cenasen los que quisiesen: porque ya algunos tenían escrúpulo de tanto regalo, aunque los más estaban necesitados de aquello y mucho más. El día de San Francisco, fuimos muchos a San Francisco y el señor obispo hizo los oficios con gran solemnidad y fray Jordán predicó tan a contento de aquellos padres, que decían no haber oído cosa semejante y loó tanto aquella orden que a muchos seglares pareció mal y le dieron desabrimientos por ello. Desde entonces comenzamos a tener gran conversación en aquella y recibimos tantas caridades en ella y buenas obras que no lo sé decir. Allá comíamos y cenábamos, a las veces doce y a las veces catorce de nosotros, y todo el intento de aquellos padres era el buscar regalos y fiestas que nos hacer y el padre vicario enviaba allá a los más necesitados y flacos. Tenían allí un comisario general que no sabía qué placer nos hacer: y como si a todos nos hubiera engendrado, así nos trataba; andábamos por casa sin capas, decíamos allá misa y íbamos con ellos al coro y de ellos y de nosotros nos vestíamos según su costumbre sobrepellices como si todos fuéramos unos; en gran manera nos holgábamos y parecía que interiormente sentíamos dulzura acordándonos de la hermandad de nuestros santísimos padres y confirmándose con leernos a la mesa la vida de san Francisco, donde se cuenta la familiaridad que entre él y santo Domingo hubo. Y acaeció que leyeron un día cómo san Francisco no se quiso sentar a la mesa con unos frailes suyos y no la conoció por de su orden porque vio en ella manteles blancos y vasos de vidrio, y como la mesa entonces era más conforme a la caridad de aquellos padres que a su pobreza y nuestra, todos tuvimos vergüenza, y mandó el comisario que cesase la lección y así comimos con silencio, y aun no faltó quien derramase lágrimas en la mesa. Si todas las caridades que aquellos padres nos hicieron, se hubieran de contar, sería hacer de

solas ellas una larga historia. Estando en esta isla tornó a renovar el escrúpulo o duda de la prelación del padre fray Tomás, porque algunos escrupulosos les parecía que ya no era prelado; pero fácilmente se conformaron con él, de todos vistas y ponderadas y comunicadas las razones ya dichas, porque puesto que el provincial de la Andalucía hubiese acabado de ser vicario de Indias, aún no habrían acabado de ser provinciales los que nos enviaban a las Indias. Como el deseo de todos, sin duda ninguna, era santo, fácilmente nos conformábamos; todos éramos de un parecer. Aun en todo este tiempo no era venido fray Diego de la Magdalena que con cinco compañeros apartó a la isla de San Juan de Puerto Rico, lo cual nos daba harta pena y nos ponía en cuidado de lo que había de suceder; tampoco se hallaba navío, ni camino para el obispado de Chiapa, ni sabíamos lo que se había de hacer, y los nortes habían ya comenzado, y así todos decían ser imposible salir de aquella isla hasta primavera, porque el tiempo de nortes no es para la navegación que nos faltaba porque toma de través las naos y hace peligrar a muchos.¹⁾

CAPITULO XXXII

Donde se prosigue la estada de los religiosos en la isla de Santo Domingo, hasta su salida para Campeche

Ya que hemos contado lo que en esta isla hicimos, será justo que contemos lo que padecemos, que no fue poco, aunque yo lo sume en pocas palabras, y por ser el primer conflicto que por la justicia padecemos, lo sentimos mucho aunque llevábamos voluntad de padecer mucho más. Ya he apuntado arriba cómo el señor obispo había alcanzado que se hiciesen unas leyes para la buena gobernación de los indios, y había procurado y enviado y llevaba también consigo muchas provisiones en favor de los indios, contra los españoles que tiránicamente los roban, y sin misericordia los consumían; y particularmente mandaba el rey ahorrar todos los esclavos que injusta y tiránicamente habían hecho los españoles y para esto había el rey enviado a asentar una real audiencia a los confines de Chiapa, Guatemala, Nicaragua y Honduras, y el licenciado Cerrato entendía en libertar los esclavos que en las islas había, porque de los moradores de ellas ya casi ningunos habían quedado, ni en Santo Domingo ni en Cuba, ni en las demás islas adonde habían entrado cristianos: si por ventura son muchos de los que así acá se llamaban los tiempos pasados. En esta isla habían suplicado de aquellas leyes y habían enviado sus procuradores a España; pero el licenciado Cerrato siempre procuraba la libertad de los indios aunque hacía poco por la gran contradicción de los españoles y poca ayuda de los frailes: que hasta estos tiempos muchos de ellos han estado ciegos en estas materias; y algunos de los obispos y prelados mucho más; y así cada día caían en mil barrancas los guiados

1) Aquí concluye el capítulo XXIII; Remesal V. 3.

y los guidores. Si de esto se hubiese de tratar, sería nunca acabar; quiero venir al punto. Como Dios traía ya este ejército, creo sin duda para destruir el del diablo y el de sus ángeles, puso en corazón de algunos que la fe que teníamos en el corazón la predicásemos públicamente *in ruinam et resurrectionem multorum* o siquiera para que no pensasen los malos que habían de prescribir, contra el evangelio y contra la ley natural, destruyendo mundos sin que nadie se lo contradijese; y en este medio encomendaron a uno de los nuestros un sermón en la iglesia mayor, y pareciéndole que era buena coyuntura, por el mucho concurso de gente, determinó predicar allí contra aquellas tan inauditas tiranías, y aunque nadie supo su intención, poco no se escondió al diablo lo que se había de hacer y envió a un clérigo de aquella iglesia y a un caballero de allí que le hablase de parte de toda la ciudad, diciendo cómo no convenía predicar ni hablar sobre aquella materia y que habría grande escándalo y poco fruto. Este clérigo era hombre docto y virtuoso y bien aficionado a las cosas de los indios pero esperaba otra mejor coyuntura a su parecer. Con esto taparon la boca a aquel padre, y este medio ha usado el demonio en estas tierras: so color de paz y sosiego hacen cruel guerra a cuerpos y ánimas de los hombres. El domingo siguiente predicó él mismo en el convento de Santo Domingo y pospuestos todos los temores e inconvenientes declaró la verdad a todos, afirmando, lo que todos teníamos ya por cierto y averiguado, que los esclavos eran mal hechos, y que no podía salvarse el que los tenía, y todo lo demás tocante a este negocio. Fue tanto el alboroto que la gente recibió que no lo sé decir, y allí en la iglesia comenzaron todos a murmurar, y salidos de allí decían lo que sentían; llamá-bannos bigardos y que veníamos huyendo de la obediencia de España a buscar libertad y que si deseo de predicar nos traía, que en España había a quien predicar y otras cosas de esta manera. A los que iban a pedir limosna echábanlos con el demonio y no se la querían dar diciendo, que no querían mantener a quien les quitaba su hacienda. Decían que habían de tener orden, como nos echar el navío a fondo con dos barrenos y amenazaban que habían de matar a aquel padre y al que predicase más de aquello, que por unas ventanas bajas que tenía la iglesia lo habían de matar en el púlpito, y decían tanto que avisaron al padre vicario y le pusieron miedo y así excusó días el enviar fuera a aquel padre y le avisó de todo lo que pasaba. Con esto eso asegundó en otro sermón el día de Todos Santos y los demás padres hicieron lo mismo en sus sermones. Trajeron mil modos y mil cautelas para que se desdijese diciendo que dorase aquello para consolar al pueblo y que se moderase en alguna manera; pero ni con el vicario ni con él acabaron nada, y así rompieron aquellas lanzas y se padecieron grandes trabajos y necesidades por ello, y ni osábamos pedir limosna, ni sabíamos qué nos hacer. Hizo otro ensayo el demonio y fue que se divulgaron unas nuevas que el Perú se había levantado y que sobre aquellas leyes se alzó Méjico y toda la Nueva España, y que habían muerto al vice rey y quemado todos los navíos que se hallaron en los puertos, para que no hubiese quién llevase a España nueva ninguna y que también mataron a un fraile nuestro. Afirmábanlo esto tantos y daban tantas apariencias que nos tenían en la mayor confusión del mundo y no

sabíamos qué nos hacer porque creíamos que si llegábamos a la Nueva España luego matarían al obispo y aun a nosotros también. Cada uno podrá ver cuáles estaríamos entonces, no sólo con estas nuevas, pero con oír lo que oíamos y ver lo que veíamos; que a todos les era lícito decir de nosotros lo que querían, y hacían también lo que podían en daño nuestro; pero sin duda no desmayamos, antes nuestro señor nos daba ánimo para desear padecer. Mas aunque también lo sentíamos como hombres y desacostumbrados a aquellas cosas, dábamos mucho a oración y de noche y de día no hacíamos otra cosa, y nuestro señor nos ayudaba como él solía, y así despertó a una negra horra que allí vivía y ésta casi nos sustentaba (*caso maravilloso: como Dios sustentó a sus siervos*); no paraba de día ni de noche, ya venía cargada de casabe o ya de pescado y de plátanos y de todo lo que podía, con gran devoción y caridad, tanto que nos puso en gran obligación de rogar a Dios por ella, y otras algunas personas nos hacían también limosna con que pasábamos pobremente; y allí nos hicimos al casabe y dejamos de beber vino y nos sabían bien las frutas de la tierra y no nos hartábamos de ellas. En estas necesidades no nos desamparó mucho nuestro señor que en breve tocó el corazón de una señora viuda riquísima (*conversión prodigiosa*) que vivía en aquella isla, la cual tenía muchos esclavos; pero oyendo nuestra predicación, determinó de los ahorrar todos, diciendo que ella no había jamás pensado que era pecado, pero que mejor lo sabíamos nosotros que ella, y ahorrados comenzónos a proveer largamente de pan y vino, aunque al presente era caro; pero enviónos veinticinco arrobas juntas y terneras y cabritos, carneros, casabe, pescado; y ya nos enviaba la comida guisada, ya por guisar, ya parte, ya toda, ya los cien reales juntos para comprarla, y no cesó de estas buenas obras mientras allí estuvimos. Después que se confesó y dejó los esclavos, en su casa nos hizo las cecinas para el mar, y nos envió para la mar diacitrones, mazapanes y cuanto ella podía; y el obispo de la isla de San Juan nos hizo también algunas limosnas. La negra parecía vencer a todos en fe, no paraba sino como una abejita ir y venir cargada; decía que se le había muerto una hija desposada y que pues se llevó Dios la esposa que él se había de llevar la dote también. Vinieron nuevas que la mar andaba llena de franceses, y de este puerto salió una armada contra ellos, todo para estorbar nuestro camino; acrecentó nuestras penas y trabajos que vino la nao en que había ido a Puerto Rico fray Diego de la Magdalena y no trajo sino a fray Francisco de Quesada y fray Domingo de Loyola y a fray Pedro Rubio, y quedáronse en San Juan fray Diego y un hermano fray Baltasar y fray Ambrosio Villarejo; enviaron sus excusas a nuestro parecer no bastantes, no sé si nos hizo parecer esto la gran pena de su quedada; y cierto la sentimos en gran manera; y era de sentir y de espantar que un hombre tan cuerdo y religioso y docto como fray Diego, cuya venida costó muchos sudores a él y a nosotros y dejó la honra que en España le ofrecía y negó a su madre que sintió mucho su venida; y que bastase después causa ninguna para no llegar al término aunque fuera hecho pedazos cierto nos dio causa de gran dolor; pero a ellos cierto los consolamos. Y los vencieron los trabajos que sin duda fueron grandes los que se padecieron, más que parecen

leídos en lo regado (?); pero ellos no dieron esto por excusa, sino otras que sin duda creo les parecieron a ellos bastantes para quedarse; pero en fin es verdad lo que dijo la verdad *multi sunt vocati, pauci vero electi*. Allí les escribimos por diversas vías, rogándoles que no nos desamparasen, y llegados a Chiapas aun los aguardábamos gran tiempo; pero viendo que no venían, les enviamos sus libros y cuadernos, y ellos creo que desde a poco se volvieron a España.¹⁾

No sé contar los grandes trabajos en que nos vimos en haber navío que en aquel tiempo viniese especialmente hacia el obispado de Chiapa y porque fueron largos, muchos y menudos, los dejo todos: solamente, digo que al cabo de ellos topamos un piloto que tenía un navío suyo fletado para el Perú. Este decía que sabía un puerto que llamaban de San Lázaro, hasta entonces no nombrado, que era en la provincia de Yucatán, que son términos del obispado de Chiapa; y por las cédulas del rey se deshizo con gran trabajo el concierto que tenía hecho para el Perú, y fletó todo el navío el señor obispo en mil doscientos sesenta y dos castellanos, de donde le nacieron al señor obispo muchos trabajos y deudas que le duraron años. De nuestra parte le dio el rey hasta trescientos pesos que montaban nuestros fletes, lo demás todo gastó el obispo, lo uno porque saliésemos de aquella isla, y de los trabajos en que allí nos veíamos, lo otro por dar su presencia y la nuestra a sus ovejas que la habían bien menester. Concertado el navío le hallamos tantas trampas al piloto y con tantas deudas y tan mal acreditado, que no pensamos salir de allí. Finalmente el obispo le buscó quien lo fiase y ayudó cuanto pudo: en todos estos trabajos, estuvimos tres meses detenidos y aunque estuviéramos en grandes regalos nos fuera penoso por ser la tierra tan trabajosa; hacen unos calores grandes y desgraciados, que todo el día anda el hombre desmayado y descoyuntado; sudan aquí tanto que no se puede creer, de noche por adviento sudábamos a chorros, como por Santiago se suele sudar en Castilla. Plugo ya a nuestro señor que se nos acercó la partida que fue a diez de diciembre. Aquel día dijo una misa muy solemne del Espíritu Santo, el prior de aquella casa y fueron ministros los padres de san Francisco y después nos tuvo capítulo el padre prior y nos hizo un largo sermón y consoló y animó mucho y después nos hizo la absolución general y nos abrazó a todos y nos dio su bendición. Aquí se descubrieron algunos secretos, y comenzaron algunos de los que habían estado malos, y otros también, a mostrar mala gana de partirse de allí; y aunque el padre vicario les diera fácilmente la licencia, pero a los padres mayores pareció que era abrir puerta a que el demonio tentase a los frailes, viendo que fácilmente se les daba licencia para quedarse, y así los mandó embarcar, pero ellos estaban tan inquietos y iban tan de mala gana que les hubo de dar licencia para quedarse aunque de algunos nos pesó más que de otros, porque sabíamos que eran buenos frailes y que aquella era tentación del demonio; pero todavía pareció mejor darles licencia para quedarse que no traer con nosotros a tantos trabajos hombres involuntarios. Estos fueron fray Pedro de Vega y fray Alonso Trueno y fray Miguel

1) Aquí concluye el capítulo XXIV; Remesal V, 4.

de Frías y fray Mateo Hernández. A éstos se les dio licencia para quedarse y de allí se pudiesen ir a España. También se les dio licencia a los dos de Méjico, Loyola y Alvarez para que se quedasen allí y de allí se fuesen a su provincia, porque su intento no fue de ir a Chiapa cuando salieron de España. Los demás, despedidos de aquella santa casa y sus religiosos y de los padres de san Francisco, con muchas lágrimas que todos derramamos, nos fuimos ya tarde a embarcar; y aunque muchos de la ciudad estaban al principio mal con nosotros, ahora lloraban nuestra partida, y les parecía que dejábamos sola la ciudad y nos enviaron limosnas. Aquella viuda de Solano en especial nos envió 17 novillos en cecina, tres terneras, seis carneros, treinta gallinas, cuatro quesos, siete castellanos,¹⁾ dos docenas de candelas de cera blanca muy hermosa, mucho incienso, estoraque, menjuí, para quemar en la misa, que duró muchos tiempos, y otras muchas cosas. El padre comisario allende de otras cosas que nos dio, nos prometió que hasta que de nosotros supiesen se haría en su casa oración por nosotros, y así nos despedimos de aquella ciudad. No nos partimos aquella tarde ni el día siguiente porque aún las mentiras de nuestro piloto no eran cumplidas. Como supo esto la virreina, cuyos palacios caen sobre el puerto, envió a rogar al padre vicario que enviase allá algunos padres porque no estuviesen allí tostándose en el navío, y así fuimos veinte religiosos y dijimos misa en su capilla. Comimos con su hermano fray Antonio bien altamente, y entre otras cosas nos dieron muy hermosas uvas que no son allí poco preciadas. Tampoco nos partimos al día siguiente y así salieron algunos a decir misa a casa de la virreina por su ruego, y los demás pasámosla a decir a una ermita de la otra parte del río y después vino el padre fray Antonio, hermano de la virreina y los demás y en una huerta que allí tienen nos dio la señora virreina muy bien de comer, de muchos y muy buenos pescados como el día pasado. Este día vino también la negra al navío en un barco y nos trajo muchas cositas. Viendo el señor obispo la burla que el piloto nos hacía, envióse a quejar con el señor presidente y luego lo envió preso al navío, mandándole tener allí con grillos y que otro día se partiese, so pena de quinientos pesos y de cien azotes. Dijo el piloto que había mucho menester una sogá y que sin ella no se podía partir; y como el señor obispo era fraile, dióle licencia. Salido el piloto, trató de atarse la sogá que aquellos días andaba torciendo, y quitóse de ruidos y casóse y dejónos para necios embarcándonos quemándonos en aquel navío y no pareció en todo el viernes. Aquella noche porque ya le sabía la justicia la casa porque no le enviásemos a buscar, envió a decir a sus marineros, que tomasen la una áncora y que se aderezasen para partirse a la mañana. Tornó el obispo a quejarse al presidente. Entonces vino el piloto y comenzóse a aderezar para alzar velas, y cuando no nos acatamos ya era ido diciendo que como la sogá no era torcida y que era ido a darle prisa. Aquel día que era sábado, volvió la negra al navío y nos trajo mucho y buen pescado fresco y un barco lleno de mil cosas que había buscado y le pareció habríamos menester y así se despidió de nosotros la buena negra ¡plegue a Dios que la veamos en la gloria! y aun para la noche

1) Castellanos en orig.: Remesal añade *de oro*. El sentido parece pedir otra cosa.

nos envió de cenar. Aquella tarde nos quiso hacer embargar la nao un hombre porque dice que iba allí un marinero que le debía dineros. Aquella noche vino el padre comisario de san Francisco e importunó que todos fuésemos el día siguiente a san Francisco, pues era domingo para que allí dijésemos misa y comiésemos; el padre vicario se lo prometió que iríamos si no nos partiésemos; otro día que era domingo, muy de mañana, vino el piloto y aderezado el navío, ya que queríamos alzar velas, vino la justicia y embargó el navío; porque diz que iban allí no sé qué seglares que se embarcaban sin licencia de la justicia, lo cual allí no es lícito a los que una vez entran en aquella isla. Hubo de enviar el señor obispo a suplicar al presidente que por amor de Dios se doliese de nosotros, y en fin nos mandó desembargar el navío y así se dio fin a infinitos embarazos que satanás urdía para estorbar nuestro camino y molestarnos, como aquel que sabía lo poco que ganaba con nuestra venida a las Indias. Dos cosas diré para rematar este capítulo. La primera es que con haber comido y gastado tanto de nuestro matalotaje por la mar y por la tierra valía lo que quedaba, ciento y cincuenta ducados más aquí, que todo junto valía en Sevilla, por la gran carestía de la tierra donde todo se pesa a oro, si no es la carne que darán de balde cuanto quisiéredes, como deis el cuero de los que matares a su dueño. Lo segundo es que sin maestro iban ya casi todos barberos y de allí adelante siempre nos afeitábamos unos a los otros; pero los que fueron oficiales fueron fray Pedro Calvo y fray Pedro de la Cruz; y no solamente de esto era ya oficial fray Pedro Calvo, pero era ya buen piloto y en todo lo que se ofrecía su voto era el primero después del del piloto y a las veces el primero, y a los oficiales de la nao les hacía tener cuidado y mirar lo que hacían.¹⁾

CAPITULO XXXIII

De la salida de los religiosos de Santo Domingo y navegación hasta la provincia de Campeche

Domingo tercero de adviento, año de 1544, en el puerto de la ciudad de Santo Domingo de la isla Española, y con próspero viento, salimos en alta mar. Apenas habíamos salido del río, cuando todos caímos como muertos, que ni quedó vicario ni obispo que no cayese y aun muchos marineros de los que había se almarearon; íbamos todos que parecía que íbamos encantados: fray Tomás de San Juan como podía andaba, dando en que revisar a los que lo pedían; los demás iban como muertos caídos, y callando, casi como fuera de sí. Poco o nada comimos en todo aquel día y el siguiente hasta la tarde que alzamos la cabeza con ayuda de fray Pedro Rubio, que se levantó y nos dio de comer, y desde allí adelante pasó el pobre grandes trabajos por guisarnos algo de comer hasta que salimos en tierra. Ibamos con grande miedo de franceses y así de día nos metía-

1) Aquí concluye el capítulo XXV: Remesal V, 4.

mos en alta mar y de noche nos acercábamos a tierra con temor siempre de franceses porque un solo barco que viniera nos tomara, que ni llevábamos tiros, ni armas, ni defensa alguna; éramos casi todos frailes, los marineros eran pocos y de ellos muchachos y de ellos dolientes y hallamos que llevaban mal aderezo de todo; llevaban poca y ruin comida y no llevaban ni un clavo ni una soga, finalmente un perdimento. Y el piloto y los oficiales todos eran levantiscos y no había ningún español. Todo esto lo ordenó así nuestro señor porque con esto y con los trabajos en que nos vimos se manifestase que él era maestre y piloto de nuestro navío y nos guiaba según su santa voluntad. Temíamos también mucho los nortes porque según decían todos, era mal siempre para navegar aquel mar; pero no nos fue posible otra cosa porque no era cosa de estar en la isla, especialmente con la vida que padecimos, y así nos dábamos la prisa que podíamos a navegar mientras aquel buen tiempo nos duraba. El martes en la tarde vino un viento contrario y tan recio que nos arrancó de nuestro camino y nos echó por la otra parte de la isla de Jamaica, siendo nuestro intento el ir por entre ella y la isla de Cuba y así dejamos a Jamaica a mano derecha, habiéndola de dejar a mano izquierda, y según se dijo fue misericordia de Dios, porque si la tormenta no nos tomara entre aquellas dos islas nos hiciera dar al través en la de Jamaica; pero con esto tuvo el navío dónde correr con la tormenta sin dar en tierra, pasamos una noche muy trabajosa; y el día siguiente fue semejante porque la mar andaba alta y las olas se levantaban mucho que nos asombraban. A la noche siguiente se amansó un poco la mar y al otro día adelante que fue nuestra Señora de la O. anduvimos muchos desandando lo mal andado. El día de nuestra señora en la noche, a media noche se levantó una gran tormenta, tanto que nos hizo levantar a todos, más que de paso, y medio de rodillas y medio echados dijimos las letanías y con gran devoción nos encomendamos a Dios hasta la mañana: llovía a cántaros y hacía tan gran tormenta que parecía querer hacer pedazos el navío y el ruido de la mar era tan grande que entendimos lo que quería decir la escritura cuando decía: *audivi tanquam vocem aquarum multarum*. Amainaron de presto las velas y estuvimos así esperando el día, y en esto no imaginéis comida porque ni se podía guisar ni sacar de donde iba, y aunque la lleváramos en la mano la pudiéramos comer por la mala disposición que la tormenta causaba que nos parecía que más por razón que por gana, comíamos dos bocados de lo que se hallaba por allí a mano. Aunque este día no se alzaron velas, pero el viento y el ímpetu de las poderosas olas nos llevaban más que de paso y adonde no sabíamos: la noche siguiente fue más trabajosa que la noche antes y cierto pensábamos que allí acabábamos la vida, aunque por otra parte llevábamos gran confianza en Dios que no daría placer a los malos con nuestra muerte, por ventura muy deseada de algunos; y también teníamos gran confianza en las misas y oraciones que sabíamos que nuestros hermanos y amigos carísimos hacían por nosotros; con todo eso temíamos y nos confesamos esperando lo que Dios haría. Toda la noche íbamos en oración, metidos en un camarotillo, que la navecilla tenía de medio atrás: allí íbamos todos arracimados y asidos, a ratos callábamos y a ratos decíamos letanías y oraciones de coro, que no había luz ninguna, y a veces a voces decíamos el credo y el *quicumque vult*... y a

gritos llamábamos el nombre de Jesucristo y de nuestra señora diciendo el *ave maris stella*: con todo eso la mar crecía y daba tan grandes encuentros al navío que cada uno pensábamos que era el postrero. Viendo esto el piloto, temiendo que alguna ola echaría el navío a fondo, acordó de alzar un poquito una vela y tomar el viento en popa y tirar a Dios y a ventura, por donde el viento nos llevase y con dos palmos de vela iba la nao volando y temiendo que esto nos llevaría presto adonde dando al través nos perdiésemos acordaron que por popa le echasen unas vigas atadas a unas maromas para que no anduviese tanto; pero con todo eso andaba más que queríamos; de esta manera anduvimos con el trabajo que podéis ver hasta el domingo. El sábado tomaron ciertos acuerdos el obispo, fray Pedro Calvo y el piloto, como si la tormenta no cesase, diésemos siquiera en ciertos bajíos, donde la gente se podría salvar, porque el obispo, como ha pasado la mar diez y seis veces, por amor de los indios, entiéndesele razonablemente de aquellas cosas, más que a nuestro piloto que aun marinero no merecía ser. Aquel sábado en la tarde se confesaron todos los marineros y toda la gente del navío e hicieron muchas promesas. Algunos frailes prometían misas, algunos seglares rome-rías. Una noche de estas combatiéndonos las olas de la manera que he dicho, comenzó a dar voces con gran devoción un portugués que allí iba llamando a San Telmo, y diciendo que él prometía que si Dios de aquella tormenta lo libraba por sus oraciones, que él hacía voto de no entrar más en la mar en toda su vida. No faltó quién se riese cuando esto oyese, aunque el tiempo era más para llorar que para reír. El sábado en la noche fue peor que hasta allí, porque llovía terriblemente y las olas parecían querer llegar al cielo, ya quebraban el navío y muchas por encima de la popa, que ya pensábamos ser llegada la hora postrera. El viento era tan recio que quebró el mástil que llaman trinquete. De los religiosos algunos se encomendaban modestamente a Dios, otros daban voces llamando el nombre de nuestro señor Jesucristo, el santo viejo conjuraba la mar y mandábale en nombre de N. S. J. C. que callase y enmudeciese y daba voces a la gente diciendo que callasen y no temiesen, que Dios iba con nosotros y no podíamos perecer. Por cierto que con todo esto íbamos consolados y no se nos daba mucho morir, y creo que si muriéramos, la misericordia de Dios nos salvaba y así comenzamos a cantar himnos un gran rato, y yendo nosotros cantando, en esto dijo un marinero: “Padres la tempestad ha cesado”, y por cierto que si como nos lo dijera un ángel sin esperar más comenzamos a cantar un *Te deum laudamus*, y a la tempestad sucedió una calma muy grande (*de repente cesa la tempestad*). No soy amigo de echar las cosas a milagro cuando se puede imaginar alguna causa natural, y yo he dicho lo que pasó, echadlo a la causa que os pareciere. Nosotros dimos gracias a Dios, teniendo por cierto que él nos libró por la vía que él fue servido; con la calma descansamos, y venida la mañana que fue cuarto domingo de adviento y día del apóstol Santo Tomás, vino un viento bueno que nos duró hasta Navidad, con el cual navegamos a las veces en popa, a las veces como podíamos, pero siempre poco, porque el viento no era recio.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XXVI: Remesal V. 4.

Muy penados íbamos por ver que nos tomaba la navidad en el mar y que no podíamos celebrar el nacimiento de nuestro redentor como quiéramos, pero proveyó su majestad de un viento a popa tan sabroso que navegamos bien sin que nos fuera impedimento a hacer lo que quiéramos, y así la víspera de navidad con gran devoción cantamos las vísperas y a la tarde tuvo capítulo el padre vicario y predicó, e hizo la absolución general y hicimos un altar en popa en aquella cubiertilla o camarachón que dije y sacamos al niño Jesús que llevábamos y envolvimoslo en heno que allí había y velámoslo toda la noche encendidas candelas blancas con oraciones y cantos de alegría y nuestro señor proveyó copiosamente de lágrimas y de devoción. A prima noche cantamos muchos himnos, y a la media noche cantamos los maitines y la misa del gallo y después la del alba con toda la solemnidad que pudimos, sin cansarnos: con la bonanza del mar, y con nuestros cantos se durmieron los marineros muy a gran peligro nuestro si Dios maravillosamente no nos librara (*libranse maravillosamente de dar en tierra*). Entre dos albas yendo la gente dormida y nosotros muy descuidados, abrió Dios los ojos de fray Pedro Calvo y dio voces diciendo ¡tierra, tierra! Saltaron de presto los marineros y divisaron ser así y a gran prisa y voces volvieron el navío a otra parte. Entonces salimos los religiosos a ver qué tan cerca estábamos, y unos decíamos más, otros menos; a mí me pareció que estaríamos a dos tiros de ballesta de tierra que en la mar es un paso, y aun la nao se había apartado algo. Dios maravillosamente nos libró y dio la vida aquel día en aguinaldo. Era aquella isleta una de las que llaman los Caimanes y era el Caimán Mayor. Es una isleta pequeñita como la de los ríos, donde si encalláramos y quedáramos con vida, muriéramos presto de sed. Después dijo el señor obispo la misa mayor con toda solemnidad, aunque todo era seco; después nos dieron bien de comer, aunque el mayor regalo no suple la mayor necesidad de la mar. A la tarde cantamos nuestras vísperas y completas, y así festejamos la fiesta del nacimiento de nuestro salvador. El día siguiente hizo también la fiesta el señor obispo y hubo sermón y así se hizo en los días siguientes, según el tiempo daba lugar. El sábado en la noche no anduvimos, por pensar que estábamos en el cabo de San Antón; y porque el viento nos llevaba a tierra mal de nuestro grado, tomamos por medio a volver las velas y las espaldas al viento, aunque fuese volver atrás; pero soplaba tan recio que hubimos de amainar, y trocóse el sur en norte, contrario suyo y nuestro, y así aquel día que era de los Inocentes no anduvimos y así nos estuvimos hasta otro día. El día siguiente hizo una calma como si fuera por julio, tanto que la mar estaba como leche y los marineros entendían en pescar tiburones. Allí nos estábamos a mal de nuestro grado y aun con temor que nos faltaría agua, porque muchas pipas se habían salido, y de otras olía mal el agua que con trabajo se bebía. El miércoles de mañana con un poco de viento comenzamos a caminar. Este día antes de medio día vinieron a nuestro navío unos grandes pescados que creo por los grandes bufidos que dan, les llamaron Bufeos, son tan grandes como caballos y aún más largos con proporcionada gordura. Sacan muy a menudo casi todo el cuerpo sobre el agua dando bufidos. Son cuasi negros y de gran cola, pronostican

gran viento y así lo experimentamos esta vez, porque estando cantando vísperas, se levantó un aire que fue siempre arreciando y levantando mucho la mar. A los marineros hizo estar con cuidado toda la noche y a nosotros nos la dio mala y nos quitó toda la noche el sueño y así nos dio mala salida de año. ¡Bendito sea el señor cuyos años ni comienzan ni acaban, que vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén!¹⁾

Justo es comenzar capítulo en comienzo de mes y de año. El jueves pues primer día del año de 1545 nos hizo muy lindo viento y gracioso día y así caminábamos a sabor. Este día estando comiendo, vinieron manadas de toninas, como manadas grandes de puercos. Son pescados muy grandes y suelen barruntar gran viento y mudanza de tiempo. A la tarde echaron tres veces la sonda, a ver si había suelo, lo cual se hacía creyendo que estábamos cerca de la provincia de Yucatán, pero no hallaron suelo. A la tarde hallaron cuarenta y cinco brazas de hondo, después hallaron veinte; y de allí adelante siempre bajaba. Durónos el viento hasta sábado en la noche, y aquello nos bastaba si el gran temor que traíamos de franceses no nos impidiera, por esta causa ya nos metíamos en alta mar, ya nos llegábamos a tierra, según a los oficiales de la nao que saben aquellos rincones les parecía. Aquel sábado en la mañana vimos tierra firme que fue la provincia de Yucatán, donde nosotros pretendíamos salir, pero es larguísima tierra, íbamos poco a poco buscando el puerto; a la tarde pareció al maestre que reconoció la tierra y puerto donde deseábamos apartar, y por temor de la noche nos metimos en alta mar y por no pasarnos adelante del puerto donde fuera dificultoso volver, amainamos aquella noche, y a la mañana hallámonos lejos de la tierra, y aunque a la mañana hizo calma, a la tarde hizo muy buen viento y tiempo y por lo mucho que anduvimos vimos que el maestre se había engañado. A la noche nos tornamos a meter en alta mar, a la mañana reconocieron tierra y hallaron que era la que buscábamos, por lo cual con suma alegría dimos gracias a Dios nuestro señor y con el placer que podéis considerar, cantamos un *Te deum laudamus*. El señor obispo nos predicó un gran sermón exhortándonos mucho y trayéndonos a la memoria los deseos que nos hicieron dejar nuestras casas y deudos y amigos y salir de nuestras tierras y venir a aquellas tan extrañas.²⁾ Toda la mañana nos hizo viento contrario, que nos dio harto trabajo en detener el navío, no se nos pasase del puerto la costa arriba; después hizo calma y veíamos la tierra muy cerca y no podíamos entrar en ella y deseábamos poder celebrar la Epifanía, mejor que las demás fiestas de nuestro señor. A la tarde cantamos nuestras vísperas en parte con tristeza de ver que no podíamos tomar tierra, y en parte con placer de vernos tan cerca de ella. En la tarde hizo un airecito muy flaco con el cual nos acercábamos poco a poco a la tierra. El puerto de aquí es bajo, y tiene muchos bajos; y así no llegan las naos a tierra con una gran legua y es malo de conocer por ser toda aquella tierra llana a maravilla, y así fue necesario que en la nao hiciesen lumbré para que de tierra nos hiciesen alguna señal con que no errásemos y así se hizo en anocheciendo y de tierra nos socorrieron

1) Aquí concluye el capítulo XXVII; Remesal V. 5.

2) Remesal incluye el sermón íntegro. V. 5

bien. Por temor de los bajos iban siempre con la sonda en la mano y llegado a tres brazas de fondo escasas echamos anclas. Aquella noche, bien noche, dadas gracias a nuestro señor, descansamos esperando lo que venida la mañana había de suceder: porque, según las nuevas que en las islas nos dieron, esperábamos muchos trabajos y angustias y que el recibimiento sería con muchos arcabuces, si Dios no se apiadase de nosotros y de aquellas pobres almas que íbamos a buscar.¹⁾

CAPITULO XXXIV

De la llegada y estada de nuestros religiosos en Campeche

Antes que salgamos de la mar quiero apuntar algunas de las mercedes que nuestro señor ha hecho a esta comunidad, porque quizás no las echarán todos de ver aunque las lean. Primeramente es de notar cómo se dio licencia a tantos religiosos y tan queridos allá, y algunos no poco necesarios en aquel tiempo, y cómo los juntó todos tan presto unos de una parte, otros de otra. Gran merced fue de nuestro señor que saliésemos de Salamanca tantos frailes juntos y algunos delicados y con tan recio tiempo y a pie y no nos faltase nada por el camino y llegásemos todos buenos y sanos a Sevilla. Gran merced fue que tuviesen cincuenta huéspedes en Sevilla tantos días tan sin pesadumbre, antes con tanta alegría cuanta jamás vieron frailes que pasasen a Indias. Gran merced fue que nos embarcásemos, cuando todos decían que habíamos de morir con calmas y que nunca las viésemos hasta cerca de Santo Domingo, y que en tal tiempouviésemos el temporal que he dicho. Gran cosa fue que amigos y devotos nuestros visitasen la nao y no echasen de ver una falta tan grande, y que de tan gran peligro como padecimos hasta la Gómera nos librase el señor. Gran cosa fue que negándonos nuestros naturales y endureciendo sus corazones para nosotros los de la isla de Santo Domingo, nos proveyese Dios mediante una cuerva y una viuda, como a Elías. Gran merced fue de nuestro señor que cuando hervía la mar de franceses viniese una navecilla sola tan segura, sin tiros y sin pólvora y sin armas ningunas, y que con tan mal aparejo de navío y tan recios nortes no peligrásemos nosotros ni nada de lo que traíamos y que salidos de la isla no viésemos nortes donde más peligrosos y de temor son por el tiempo en que nosotros venimos; cosa es cierta digna de notar, que donde a otros les acaecen tantas cosas notables de muertes, hambres, naufragios, a nosotros en tales tiempos y con tales aderezos y con tan largos caminos no nos acaeciese nada de esto. Allende de lo que habéis oído que en fin venimos a puerto todos buenos y sanos y loando al señor, aunque muchos éramos flacos y delicados y todos desacostumbrados a semejantes trabajos; pero una de las mayores mercedes entre muchas grandes que de nuestro señor recibimos, fue, que siendo la jornada tan larga y la gente tanta y al parecer tan moza, los más de ellos, y con tantas ocasio-

1) Aquí concluye el capítulo XXVIII.

nes de tierra y especialmente de la estrechura y malas disposiciones de la mar, que no se ofreciese jamás una disensión, una riña, una mala palabra, una descortesía, u otra cosa semejante; y que siendo dudoso si traíamos prelado o no, que él nos guardase y sirviese y procurase, como si fuera cierto que era obligado a serlo, y que nosotros le obedeciésemos en todo como hiciéramos al general, sin haber una desobediencia ni una cosa que pareciese mal a nadie; antes toda quietud y paz y humildad con gran edificación de todos cuantos por mar y por tierra nos vieron; y por cierto los marineros decían que no habían visto pasar tales frailes a las Indias y otros lo decían también de más autoridad que ellos. Todo esto he dicho para gloria del señor y edificación de otros que vendrán y por fidelidad de la historia y para responder a algunas de tantas objeciones y pensamientos que acerca de nosotros se podían ofrecer a los que esto leyeren.¹⁾

Otro día de mañana que era día de los Reyes, cuando amaneció, nos hallábamos dos leguas de tierra. (*No carece de gran misterio salir a tierra el día de Epifanía, no amanecía la estrella de Domingo a los que estaban en tinieblas.*) En este puerto está un pueblo que llaman Campeche, de quinientas casas y una villa de españoles de trece vecinos; y muy de mañana echaron el batel al agua y envió el señor obispo a saber cómo estaba la tierra y que les hiciese saber su venida y la nuestra y cómo venía por su obispo y pastor. A las nueve volvió el batel y con él muchas canoas, y vino el clérigo y otros españoles honrados a ver y recibir su prelado con harto dolor de su corazón. Vinieron en las canoas muchos indios, donde vimos los tesoros que veníamos a buscar a las Indias; iban todos desnudos en carnes, solamente cubrían sus vergüenzas con una manta poco más ancha que una mano, aquella traen ceñida al cuerpo, y el un cabo vuelven por entre las piernas, y muy deshonestamente cubren sus carnes, porque como la manta está apretada, tan mal andan como si del del todo estuviesen desnudos. Unos principales que eran bautizados traían camisas y zaragüelles y una manta de algodón rodeada al cuello como beca de clérigo. Mucho nos holgamos de ver nuestra gente, por que tanto habíamos trabajado: en aquellas canoas, y en el batel nos sacaron a todos a tierra, al salir de las canoas nos tomaron los indios a cuestras y otros alzaban la saya porque no se nos mojase y así con gran risa y placer nos pusieron en tierra, donde estaban todos los españoles y en lugar de los tiros que esperábamos, se echaron todos a los pies del señor obispo y humildemente tomaron su bendición. Luego nos entramos a la iglesia que está junto al agua donde oímos una misa que se dijo, y no más porque era tarde, pero cantamos un *te deum laudamus* y otras oraciones, dando infinitas gracias a nuestro señor, porque había dado fin a tan largo y trabajoso camino y porque hallamos la tierra tan otra de lo que nos metían en las islas. La iglesia es de palos y paja como las demás casas del pueblo; habíamos determinado de no recibir nada de aquellos españoles mientras nos durase el matalotaje para no atarnos para no les poder predicar la verdad; era grande indiscreción hacer otra cosa que nos muriéramos todos allí según salimos de la mar, que aun con muchos regalos

1) Aquí concluye el capítulo XXIX.

había mucho que hacer hasta volver en nosotros. Así repartidos comimos muchos días y aquellos señores cristianos lo hacían bien, y nos daban altamente de comer según la costumbre de las Indias. El pan eran tortillas y, si son bien hechas como los españoles las comen y calientes, ha de ser bueno el pan que las hubiere de hacer dejar; dábannos también a beber vino y corríanse si no lo bebíamos. En lo de las camas ni nos dieron ni nos ofrecieron nada porque ellos no tienen sino ajuar de frontera y así dormíamos en la iglesia sobre la tierra desnuda, las capas por cabecera. Este regalo hallamos para descansar de los regalos de la mar; pero teníamos por gran regalo el podernos destender en la cama y saber que no nos habíamos de meter a ella como en cuna. En la tarde fuimos al pueblo de los indios; hízonos gran lástima verlos sin ningún conocimiento de Dios: trabajaban aquel día, finalmente infieles. No tiene orden el pueblo sino una casa allí, otra allí, las casas de paja cubiertas, la puerta tan larga cuanto es la casa de alta de tres palmos, porque no quieren que nadie los vea. Hicimos colación en casa del cacique señor del pueblo, y sacónos la tacita de beber, que es la mayor fiesta que ellos hacen a los huéspedes que vienen a su casa. Después nosotros concertamos nuestra vida y decíamos misa, vísperas y completas, cantadas, donde jamás se dijeron, y con todas nuestras fuerzas loábamos al señor que en aquella tierra había sido y era tan ofendido. En aquella provincia era gobernador don Francisco de Montejó y antes que desembarcásemos, le enviaron a decir con posta, que fray Bartolomé de las Casas era llegado allí por obispo con una *hueste* de frailes de Santo Domingo, y luego envió allí al teniente de gobernador que era hijo del ya dicho y un cuñado suyo mandando que nos hiciesen toda la fiesta posible y que si quisiéramos entrar la tierra adentro o a la ciudad de Mérida, donde él estaba, que nos proveyesen de cabalgaduras y de todo lo necesario. Con esto se acrecentó el buen tratamiento que nos hacían, que era todo lo que ellos podían. Desde a pocos días pareció al padre vicario que no debíamos ir a sus casas, pues nosotros traíamos de comer aunque no muy bueno; pero fuéronnos tan importunos los seglares que no bastó enojarnos y decirles que nos llevaban por fuerza y que no se lo agradecíamos, para que nos dejaran, sino que a mal de nuestro grado nos hacían recibir molestos servicios. Pero desde a poco tornó a romper el vicario con ellos, diciéndoles que no quería que fuésemos a sus casas ni nos estaba bien y así nos redujimos en una casilla en que tenían el cepo, las paredes de varas sin lodo; pero nosotros las cubrimos de hojas de palma para que no nos viesan desde la calle y allí estábamos padeciendo no sé si muy discretamente, pero el zelo de todos era bueno; comíamos bizcocho malo, mohoso y amargo, bebíamos agua la cual es mala en este pueblo, y poca, y cuando corría cierto aire olía mal; cuando no había pescado comíamos un tasajo de vaca; también hacíamos migas de bizcocho y por ahí pasábamos como podíamos con harto trabajo y necesidad; pero temíamos tanto la conversación de los españoles, no nos atrajesen a parecernos bien sus cosas como han hecho a otros muchos frailes, que por no caer en esto, dábamos lo demás por bien empleado. De lo que sobró del matalotaje vendió aquí mucho Pesquera, y se dio también a trueque de unas campanas que compramos y

parte de ello se repartió entre los vecinos, así como bizcocho, habas, garbanzos y tasajos que no hay allí y otras cosas, y nosotros traíamos mucho de ellas, aunque de muchas cosas del matalotaje se perdió mucho; y en algunos no se acertó mucho, así como en el pan y en carne y en otras cosillas, y en otras se acertó bien y se aprovechó por mar y por tierra, y hubo que dar, que vender y que guardar. Y aunque en gran manera deseábamos vernos sin nada, porque este deseo, fijó mucho nuestro señor en nuestros corazones, de vivir en suma pobreza y no ensuciarnos con cosa de este mundo, pero todavía pareció prudencia guardar algo hasta saber la tierra donde íbamos y así nos quedó algún vino, aceite, harina, pan, garbanzos y otras cosillas. El señor obispo se vio aquí en grandes trabajos, porque solo el clérigo lo conoció y recibió por obispo, los demás hallando en las provisiones ocasión para ello, no lo conocieron, ni recibieron y se le desacataron, y padeció el buen viejo aquí grandes trabajos; pero los españoles holgaron mucho de la ocasión que hubo en las letras para no lo recibir, porque entrañablemente lo aborrecen muchos de las Indias y le beberían la sangre si pudiesen. Acarreóle esto grandes trabajos, porque no le acudieron allí ni en la ciudad con diezmos ni con nada para pagar los fletes y así se vio en grandes aprietos y angustias; y envió a Chiapa a pedir parte, y el clérigo de allí le prestó parte; y nosotros le dimos vino y harina y otras cosillas de que hubo allí cien castellanos: y así pasó como pudo aquel trago, quedando con muchas deudas.¹⁾

Aunque sea extraño de nuestro intento; pero por satisfacer y contentar en alguna manera a los que en España esto leyeran, diré dos palabras de esta tierra en que primero entramos, y de las costumbres de sus habitantes, según vimos y oímos a los españoles que allí moraban.

Esta se llama la provincia de Yucatán, tendrá ciento cincuenta leguas de largo, confina con la provincia de Honduras y de Guatemala y de Chiapa y de Tabasco, es tierra muy poblada y muy sana; comúnmente es muy calorosa, aunque esto de Campeche es templado y por el tiempo que allí estuvimos hacía frío por la mañana. Es tan grande allí la menguante de la mar que casi la perdíamos de vista. Las aguas comienzan aquí por el mes de abril hasta mediados de octubre, de allí en adelante hace sol, aunque los calores y las aguas vienen juntos, y el sol y el frío. Siembran los panes por abril, cógenlos después de Todos Santos. Llaman al trigo de esta tierra los españoles *maíz*, *este es nombre de las islas y de ahí lo tomaron los españoles* y en lengua mejicana que es común en todas estas Indias le llaman *Taulí*. Hácese la espiga en medio de la caña a manera de zanahoria, cubierta de muchas camisas; pero ya mucha de ésta hay en España y allá lo llaman trigo de las Indias. Hacen el pan de esta manera, si ha de ser muy bueno, despuntan cada grano de por sí y después cuecen una olla de ello con cal y después que lo han lavado bien muélenlo las mujeres en unas piedras y este es continuo oficio y trabajo de las mujeres de las Indias; después hacen pellas de masa y ponen sobre un poco de fuego un plato grande de barro que llaman acá *comali* y sobre aquel cuecen cada pan de por sí como una tortilla de huevo, y así llaman los españoles a estos panes *tortillas*. Si se come caliente es muy

1) Aquí concluye el capítulo XXX; Remesal V, 6.

sabroso este pan, y podíase comer por fruta de sartén; pero si está duro está como suela de zapato y sin sabor, y así no lo comienzan a hacer hasta que se sientan a la mesa; pero los indios como quiera lo comen y este es pan común de todas las Indias. La fruta que allí hallamos era batatas, aunque por acá se llaman camotes y no son tan buenas como en las islas. Hay también *xicamas* que son raíces, que así como los *camotes*, nos las comíamos por que nos sabían a nabos crudos; pero es muy gentil fruta y muy fresca para de camino, y consérvase muchos días y es jugosa, y sábenos ahora a peros verdeñales; comenzaba haber otra fruta muy buena, que es del sabor que en el Andulucía llaman cervas y aquí llaman *sucozapot*. Comenzábase a dar aquí seda y ganado vacuno y ovejuno, para lo cual parece la tierra aptísima. Decíannos que ogaño habían comido allí muy buenas uvas; vimos en casa del alcalde un injerto de higuera de cinco meses con brevas grandes y higos pequeños: de todo hay poco, porque ha poco que esta tierra se pobló, aunque fue la primera que se descubrió y conquistó; pero como la insaciable codicia de los españoles no halló aquí oro, desampararon esta tierra después de haber hecho en ella inauditas crueldades y males, como el día de hoy se hacen. Tiene poca agua este pueblo por la negligencia de los españoles, y aunque es buena, pero cuando corre viento de tierra huele mal. Hay abundancia de cera y miel, de que los indios pagan tributo a los españoles sin ninguna tasa ni medida, porque su codicia no la tiene, y así decían que se acabará presto porque no solo daban las de sus colmenas, pero no paran buscándola por los huecos de los palos, y los españoles venden todo aquello a los mercaderes españoles que los llevan a Méjico y a Chiapa y a todas partes. Las abejas no tienen aguijón porque todo es manso lo de esta tierra, como los hombres naturales de ella. Algodón hay mucho pero ellos no lo gozan porque hecho mantas lo tributan a los cristianos y si algo les sobra véndendolo para comprar gallinas para el tributo. Allende de estas cosas dan a los españoles todo lo que les piden, y las mujeres y los hijos para naborías, que es un género de servidumbre; y ellos vienen a servir a los españoles, o por bestias para llevar las cargas de los mercaderes o por alquiler que lleva al amo, o para traer agua o leña, todo lo que es menester, todo lo cual acarrean sobre sus desnudas espaldas: todo esto vimos allí. Hay en esta tierra tigres, leones, venados y papagayos diversos, esto es común por estas partes. Todos son los naturales de esta tierra de Yucatán muy lindos hombres, que es placer verlos; andan desnudos como arriba dije: las mujeres son feas y abominables, andan descalzas y el cabello suelto y una manta rodeada y mal atada, traen desnudo del ombligo arriba y de la rodilla abajo, es abominación verlas. Algunas veces se cubren con una manta como sábana, no la lavan desde que se hacen hasta que se hacen pedazos; las principales traen unos que llaman *huepiles*, que les cubre todo el cuerpo a manera de sobrepelliz de clérigo sin mangas sino unas aberturas para los brazos. Son blancos y sembrados de rosas coloradas o amarillas, es hábito hermoso; los principales traen por calzado unas suelas como de alpargates, con cuello por detrás muy pintado y labrado y gruesas por delante unas cintas coloradas y un botón, paréceles bien. Todo lo que visten y calzan los indios es labrado

galanamente con plumas de diversos colores y con algodón colorado y amarillo. Todas las gentes de estas provincias son infieles y sin bautizar, por no tener quien les enseñe nada, porque los cristianos que el rey les ha dado por curas mandándoles que se sirvan de ellos con condición que los enseñase, y traigan al conocimiento de Dios, no les enseñan sino lo que ellos hacen que es robar, desollar, matar hombres, estuprar doncellas, sin ningún freno ni medida. Así solía ser al principio y así lo es allí ahora: hacerles una iglesia y ponerles por imagen un feroz español con una cruz en la mano y una espada en la otra, caballero en un caballo matando hombres. Esta llaman imagen de Santiago y esta les mandan reverenciar y apenas se halla pueblo sin ella: hincan también una cruz y si llueve mucho o hay falta de agua, o pestilencia o otro mal luego dicen los indios que aquel palo lo hace y ruegan importunamente a su amo que se lo quite de allí. El no les sabe decir sino que aquel palo es buena cosa y *¡que el vaya para perro bellaco que no quiere creer en Dios!* y a nosotros nos decían que eran emperrados aquellos indios y que no adoraban la cruz. *(De este principio desatinado tuvo sin duda su origen lo que después escribió que en Yucatán adoraron la cruz.)* Veis aquí algo de lo que pasa con los cristianos: derribados los templos, y así tienen los ídolos escondidos por los montes, y cada día hallan sangre derramada de los sacrificios y fiestas y tiestos de sahumeros; pero no sacrifican hombres ni comen carne humana, ni se halló jamás rastro de sodomía en esta provincia: pero no han faltado entre algunos quien la enseñase. Ahora no creen la inmortalidad del alma, cuando alguno muere entiérranlo en su casa y deshácenla luego; compran la mujer por un arco y dos flechas, y está con ella un año en casa del suegro y después llevala a donde quiere; antes que se acabe el año la puede dejar, pero después no. No hay caciques naturales en estas tierras porque no ha muchos años que, por sus tiranías, los mataron los esclavos que hacían; y se levantaron por señores, y así no los tienen en nada y su mandar y regir es por ruegos. Estos comúnmente están bautizados, digo los señores, porque sus amos se los mandan y cuando les agrada a los españoles alguna india llévanla al clérigo para que la bautice porque se les hace escúpulo llegar a infiel, y con aqueste catecismo hay algunas indias bautizadas más que indios; y un español concienzudo me dio esta razón tratando de esto. Ninguna doctrina poca ni mucha hay en esta provincia más que la dicha. Cuatro frailes franciscos decían que estaban allí en la ciudad que llaman de Mérida *(estos son los que de Guatemala envió fray Toribio de Motolinia el año de 1544)*; pero ni aun ellos trataban de doctrinar a los indios porque eran allí recién venidos. También andaba allí un fraile mercedario; dicen que valientísimo hombre que ni bastaba justicia, ni nadie se podía valer con él. Un carmelita dicen que anduvo mucho allí y descalabró muchos indios; pero dicen que no mató ninguno, sino diz que cuando lo tenía aturdido llamaba a otro que lo matase diciendo que no quería él quedar irregular. Los clérigos y los cristianos han tratado todos en una cosa; *(¡veis aquí los apóstoles de esta tierra porque veáis cuán culpables son los indios que no han creído el evangelio que les han estado predicando!)* Nosotros no quisimos tratar con los indios de hecho porque no pensábamos parar allí; pero con todo eso enviaba el padre vicario mu-

chas veces a hablarles y consolarles y por un intérprete les decían no sé qué, pero con aquello solo, no los podíamos echar de nosotros y se venían a casa y se estaban allí, y alzaban los ojos y las manos al cielo pidiéndonos por señas que les dijésemos algo de Dios y las manos juntas decían ¡Jesús, Jesús! Grandemente nos quebraba esto el corazón viendo su aparejo para recibir la doctrina y que no había quien se las diese, y llorábamos acordándonos cuántos buenos frailes se están ociosos en Castilla que tendrían bien aquí en qué se emplear y cómo se les pierde allá la vida aderezando instrumentos para salvar hombres sin entender en ello. De estos males que los españoles hacen aunque son públicos y notorios los echan de ver poco los obispos y los religiosos; antes muchas de estas cosas las aprueban y tienen por necesarias, diciendo que todo es necesario para que los españoles se puedan acá sustentar; pero Dios nuestro señor nos abrió los ojos desde el principio para que les viésemos y asistiésemos y temiésemos el ser ciegos como los demás; para lo cual nos hizo mucho al caso después de la misericordia de Dios, primeramente la doctrina santa y católica que aprendimos, y los avisos que de nuestros maestros de esto traíamos y preceptos de los que nos querían bien, y la compañía santa del señor obispo que a los principios nos dio gran lumbré de todo, y el no entrar en nuestra compañía ni fraile ni otra persona que tuviese diferente parecer del nuestro. Con esto estuvimos todos tan a una como si todos tuviéramos un mismo corazón y un ánima y ninguna cosa osó ninguno hacer sin el parecer de todos; que para cada cosa que ordenábamos nos juntábamos y la platicábamos y la disputábamos antes que la comenzásemos. ¹⁾

CAPITULO XXXV

De los primeros religiosos que salieron de Campeche para Tabasco y cómo se perdieron en la laguna de Términos

Gran pena teníamos por ver el mal aliño que había para pasar adelante porque nos quedaban hasta Chiapa ciento veinte leguas y las primeras sesenta hasta la villa de Tabasco, eran más dificultosas porque habían de andarse por barcas grandes que andan por aquellas costas, y esto hacíasenos muy dificultoso, porque no teníamos ganas de entrar en la mar, ya que Dios nos sacó de ellas vivos, y se había de andar en canoas; y esto parecía imposible, lo uno por ser las canoas pocas y nosotros muchos, y mucho nuestro hato y el del señor obispo; porque entre él y nosotros llevábamos muchos libros, con sobras de matalotaje, campanas, relojes, órganos, baratijas necesarias para su casa y para la nuestra, y parecíanos cosa peligrosa y poníanos grande espanto ir en ellas, allende del que nosotros nos teníamos, especialmente por la mar donde hay grandes olas, y nosotros vestidos y atados y sin saber nadar; y sin entender los indios, que nos habían de ayudar y llevar por tierra, decían que no podía

1) Aquí concluye el capítulo XXXI: Remesal no lo aprovecha.

ser por las grandes ciénegas y lagunas que hay y porque los mosquitos nos comerían en vida; pesadas todas estas razones, nos pareció mejor ir en barca. Al padre vicario le pareció mejor ir en canoas, pero viendo que no las había, acordó luego que fuesen en una barca que ya estaba de partida, y allí metieron buena parte de nuestro matalotaje, señaladamente muchos libros nuestros y del señor obispo, aunque ya la barca estaba cargada; y allí entraron fray Agustín de la Ynojosa por vicario, fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo, fray Dionisio Bertavillo, fray Alonso de Villante, fray Miguel Duarte, fray Martín de la Fuente, fray Francisco de Quezada, fray Felipe del Castillo, fray Pedro de los Reyes, fray Juan Carrión, que eran los diez por todos. Domingo a 18 de enero en acabando de decir misa nos abrazamos todos y despedimos y ellos se fueron a embarcar y nosotros a misa mayor. Los barqueros, codiciosos de ganancia viendo que iba mucha gente y que la barca iba muy cargada, alzaron velas antes que la visitasen; y fuéronse. Nosotros quedamos encomendándolos a Dios, y a nosotros suplicándole nos guiase en su voluntad: y esta fue la principal ocupación mientras que allí estuvimos, darnos a oración, de noche y de día, no solamente en las oraciones comunes, pero en particular no entendíamos en otra cosa, cada uno en su rincón o de la iglesia o de la chozuela donde dormíamos, o sentados a la orilla de la mar, sin que nadie ni indios ni español se quejase de nosotros. También predicamos a los españoles los domingos y las fiestas, cada uno el día que le encomendaban; pero de los males y tiranías en que estaban no les decíamos directamente nada, lo uno porque tenían allí su prelado que se los decía sin pepita, y en público y en secreto, diciéndoles que no se podían salvar en aquella vida y que eran robadores públicos e infamadores del evangelio y otras cosas como buen pastor que se dolía de la perdición de los suyos; lo segundo, porque teníamos por cierto que no aprovecharíamos nada, como veíamos que no aprovechaba nada de lo que el obispo decía, antes se empeoraba teniéndolo por hombre de malas entrañas y que era enemigo de los españoles. Y como viésemos esto y la gran desvergüenza en pecar, teniendo la casa llena de mujeres y de tiránico servicio, dejábamoslos sin decirles nada en común, aunque en particular respondíamos a lo que se ofrecía. Con todo eso para el día en que todos nos habíamos de partir, se encomendó a fray Alonso de Villalva que les predicase sus tan manifiestos males y él lo hizo tan sabia y cuerdamente como él lo sabe hacer todo; él les dijo el sueño y la soltura con tan dulces palabras que a nadie desabrió y dejó la puerta abierta, para que preguntasen lo que dudasen a sus huéspedes, porque aquel día por ser el postrero y por su mucha importunación y nuestra gran necesidad, estaba determinado que comiésemos en sus casas de la manera que al principio, adonde se los acabamos de declarar y muchos quedaron confusos y espantados de ver cuan a una y cuan ciertamente les afirmábamos su condenación. Hizo esto mucho al caso haber ya ellos tomado concepto de nosotros como de gente buena y cuerda; algunos se quisieron confesar pero sus confesiones querían más despacio; pero dijímosles algo de lo que habían de hacer y creo que por las misericordias que nos habían hecho les puso el misericordioso Dios un deseo de salvarse y nos fueron tan importunos que tomásemos allí posesión para un monasterio que la hubimos de tomar

aquel día que era domingo, día de la conversión de San Pablo, y tomóse junto a la mar entre el pueblo de los indios y el de los españoles, creyendo nosotros que visto lo de Chiapa volverían allí algunos, porque nos pareció que había aparejo para lo que pretendíamos, y aún para más. Los indios nos hicieron donación de aquella tierra delante de escribano y aquello fue lo primero que la orden tuvo en aquellas tierras, aunque no se pobló. Estando aquí tratamos si sería bien pues ya estábamos en las Indias enviar a Méjico a hacer saber al prelado de nuestra venida para que proveyese de nosotros lo que más le agradase y pareció a todos los padres que se debía dejar hasta que llegásemos a Chiapas, pues para allá rezaban nuestras licencias y allá nos enviaban los prelados de España, y así se quedó. Otras muchas cosillas había que contar de esta tierra donde por no poder más, nos detuvimos tres semanas; pero ni se puede contar con todo ni hay para qué.¹⁾

Paréceme que el caso que quiero contar pide al principio, como suya, aquella autoridad del profeta: *quis dabit capiti meo aquam et oculis meis fontem lacrimarum et plorabo, die ac nocte, interfectos filios populi mei?*... Muchas lágrimas se han derramado sobre él; pero él fue tal que jamás podrá ser bastantemente llorado de nosotros porque fue fin del placer, si alguno tuvimos hasta entonces, y fue principio de grandes trabajos que padecimos; y lo sentimos mucho por faltarnos la consolación que aquí perdimos. Ya dije como fray Agustín con nueve compañeros se partieron de nosotros con gran tristeza y lágrimas, que aunque pensábamos vernos en breve, por otra parte parece que el espíritu nos decía que nos despedíamos para siempre, y así dábamos unos suspiros cuando de nosotros se apartaron, como que jamás nos hubiésemos de ver; especialmente daba esto el espíritu del padre vicario, que sin saber por qué, ni por qué no, no arrostraba el que los frailes se fuesen en la barca pero ninguno otro remedio había, sino aquel, o estarnos allí, o salir de dos en dos y que tardara medio año en salir el hato y nosotros también. Los vecinos nos decían que no podíamos salir sino en barca, y el obispo tenía por locura otra cosa, decía que si no queríamos ir en barcas, que él se iría por otra parte y que nosotros aguardásemos canoas, con esto se inclinó el padre vicario contra su voluntad a lo que dicta la razón y todos queríamos; pero debírase mirar si aquella barca sufría, pues estaba tan cargada, que le echasen otras veinte cajas nuestras y del obispo y diez frailes y un mancebo que los serviese de los que venían con nosotros de España; pero en fin somos hombres y tenemos limitada prudencia y no lo podemos mirar todo. La barca era vieja y en demasía cargada, porque debajo de cubierta llevaba muchas mantas y cera y encima del mástil que había, un estado en alto de costales de sal, y por añadidura veinte cajas nuestras y más de cuarenta personas con su matallaje. La barca era vieja y hacía agua, y con la mucha carga no anduvo, con buen viento, el domingo y el lunes, más que treinta leguas. El lunes

1) Aquí concluye el capítulo XXXII: Remesal entresaca algunas cosas que junta con párrafos de la *Apologética* de fray Bartolomé, en V, 7.

llovió mucho y como no tenían amparo en la barca mojáronse mucho y no pudieron aderezar nada de comer y así pasaron mal día; el lunes en la tarde vino el norte, aire de quien se dijo: *ab aquilone pandetur omne malum*, y creo yo que lo soplaría y ayudaría el que *sedere voluit in monte testamenti in lateribus* &, porque sabía lo que la barca llevaba. Ya pensaban en Campeche que la barca estaría en Tabasco, cuando el norte vino. Otros la encomendaban mucho a nuestro señor. Habíanse metido bien diez leguas en la mar, diciendo que si hubiese después viento de la mar que podrían arribar a Tabasco, antes que los arrimase a tierra y cuando el norte comenzó a soplar, ya todos estaban durmiendo; pero como la barca era vieja y muy cargada hacía tanta agua que no la podían los marineros vencer y como las mantas iban debajo empapábanse en agua y cargaban más la barca sin sentir, y como vieron los marineros malditos que la mar se embravecía no echaron nada de la barca para aligerarla, sino volvieron aunque tarde las espaldas al viento para que los echase en tierra para guiar allá la barca. En esto vino una ola grande y como la barca iba muy metida pasó por encima la ola y sumió la barca tanto que les daba el agua a los pechos dentro la barca, los frailes estaban sentados encima de las cajas y como la ola fue grande y furiosa trastornó la barca un poco y dio con las cajas en el agua y con ellas muchos seglares y a fray Agustín y a fray Felipe del Castillo y a fray Pedro de los Reyes. El mancebo que iba con los frailes, que se llamaba Segovia, que era gran nadador desnudóse presto y creyendo que los frailes lo habrían menester, comenzó a dar voces al prelado diciendo: ¡padre fray Agustín! Pero ya él había escapado de la tormenta de esta triste vida y dejado la barquilla de su cuerpo y así no respondió. Mirando por los demás y dándose voces unos a otros hallaron que faltaban estos tres aunque no se oían con el ruido del viento y de la mar, quedó fray Dionisio Bertavillo abrazado con el mástil y cercado de muchos seglares que a grandes voces les decían y confesaban sus pecados, él les santiguaba y decía que llamasen a Dios y le pidiesen perdón. En esto vino otra ola que acabó de volver de lado la barca y de esta vez se ahogó fray Dionisio con muchos seglares. Esta ola echó también de la barca a fray Francisco de Quezada y al mancebo Segovia y a otros seglares y al pobre de fray Jerónimo de Ciudad Rodrigo al cual fue un continuo martirio toda la navegación, tanto que cada hora miraba al mástil y al timón y toda la jarcia y siempre daba voces a los marineros: cuando se meneaba el navío, pensaba que iba a fondo, tanto que muchas veces nos hacía reír y muchas le habíamos lástima de ver la angustia que él traía y de miedo de ir en canoas, aunque mal dispuesto, quiso ir en aquella barca. De estos que cayeron se ahogaron muchos y otros que sabían nadar volvían a la barca de los cuales fueron fray Francisco y Segovia; fray Francisco cayó debajo del agua y ahogándose topó con una soga debajo del agua y asíóse a ella y por allí subió a la popa que no iba cubierta con el agua y allí se asíó fuertemente a una argolla donde atan las áncoras. Estando allí vino nadando fray Jerónimo y dando voces pidiendo a fray Francisco que

le ayudase; él le extendió el pie para que se asiese; pero una ola lo apartó, pero él tornó nadando dando voces; extendiéndole otra vez y volviéndolo a apartar la ola, apartándolo y tornando a nadar y dando voces, extendiéndole otra vez el pie y tornólo apartar la ola por tercera vez y se lo llevó donde nunca más tornó. En esto apareció fray Alonso de Villasante y fray Martín de la Fuente metidos en el batel; pero estaba desfundado y a ellos les daba el agua a la cintura y las olas llevaban al batel fuera; pero como la barca estaba de lado y sus velas y jarcia tendidas por el agua hacíase a ellas el batel y no podía salir, y así les socorrieron y metieron encima de la barca; pero como estaba de lado y no había de qué se asir y estaban molidos y como fuera de sí, desde a poco se cayó fray Alonso y murió, fray Martín que era más recio estuvo allí un rato y revesó el agua que había bebido. Desde a poco cayó desmayado sin poderlo remediar: porque había de ser nadando y como estaban desmayados y sin fuerzas no sabían qué se hacer; fray Juan Çarrión estuvo un rato asido a la jarcia y allí nadando le quisieron quitar el escapulario; pero dijo que pues no lo podían sacar lo dejaran morir en su hábito, y así encomendándose a Dios, murió. A fray Miguel Duarte socorrieron y lo pusieron en buen lugar de donde les dijo a los que se ahogaban y a los que quedaban el credo y la letanía; pero como la barca se trastornaba de una parte a otra porque llevaba las velas tendidas y cogíalas el viento y volvía la barca, y como estaban desmayados del día y la noche pasada sin comer y como fuera de sí, a las vueltas de la barca, cayó él y se ahogó. Todos estos trabajos vio el triste de fray Francisco, viendo con sus ojos las muertes de los más de sus hermanos, esperando cada hora la suya; pero tuvo mejor lugar de donde se asir que fue en proa, donde suelen estar las anclas y como la barca es allí angosta aunque se volvía y lo tomaba debajo, fácilmente se volvía él de la parte de arriba y aunque la mar lo echaba fuera como él sabía nadar fácilmente se volvía; pero los grandes golpes que la mar le daba cuando venían las olas, alzándolo y levantándole en la barca, quedó molido y descoyuntado; pero en fin escapó con un sayuelo y escapulario sin otra cosa ninguna. Quedó medio ciego y abrumados los huesos y desnudo en carnes; después se vistió la saya de fray Martín y con ella anduvo muchos días. Ahogáronse por todos treinta y dos personas, nueve religiosos y los demás seglares, algunos mancebos y buenos nadadores,¹⁾ y salió entre los otros un mercader viejo de setenta años y de los gordos y pesados que he visto; escapó por no se desasir de la barca. Allí estuvo con el agua a la garganta y después queriendo los que escaparon subirlo en alto no podían, y decíales: “Señores asidme de esas barbas y tírenme y no me habeais duelo” así lo subieron de las barbas y los cabellos. Comenzaron a ahogarse día de San Sebastián después de media noche y acabaron de ahogarse los que se ahogaron el mismo día de San Sebastián, al medio día. La tormenta duró hasta la tarde, no se desayunaron ni comieron bocado hasta el jueves en la tarde. Véis aquí el caso triste como pasó, triste digo para nosotros, no para vosotros com-

1) *mandadores* en original.

pañeros amantísimos, por cuya compañía dejamos nuestras provincias y parientes y casas y todo lo teníamos junto en vosotros; gran bien nos fuera que como nos amamos en vida así también no nos apartáramos en la muerte: ¡oh fray Agustín con toda vuestra compañía cómo nos faltásteis al mejor tiempo, cuando vuestros consejos y prudencia, cuando vuestra ayuda nos era tan necesaria. Mucho agradásteis a Dios pues tan presto os quiso llevar para sí; de vosotros se podrá decir que *consummati in brevi explevistis tempora multa*, pues tan presto alcanzasteis la victoria dejándonos a nosotros apenas en el principio de la batalla; llevóos Dios como a Enoc, porque la malicia de estas tierras no os trocase por dicha vuestros corazones y dejástenos acá privados de lo que a vosotros ya os sobra. Poco trabajásteis en las Indias; pero en memoria eterna seréis en ellas, seguros de no oír mala palabra y nosotros no! ¿Qué dirán todos, sino lo que decían en Santo Domingo, que el deseo del oro que aquí nos traía nos daría el pago: que mal fin hubiésemos, pues turbábamos la tierra? ¡No oiréis vosotros esto, y si lo oyéreis reiros heis; pero nosotros lloraremos, y plegue a su majestad que, *tristitia nostra vertatur in gaudium* y que por vuestras oraciones gocemos de lo que sin duda creemos que gozáis, porque conocemos vuestras obras y vuestros servicios! ¿Quién no conoció las letras, y la prudencia de fray Agustín? En todo era el primero y más eminente, y en la humildad más que en otra cosa. El era el primero en servir a la mesa, a servir al enfermo y cualquiera cosa de humildad; descuidadísimo de sí y cuidadoso de lo que a todos les convenía, nunca una palabra áspera y de murmuración se le oyó; en todo era pies y manos del prelado y padre de todos. Fray Jerónimo era tan paciente que jamás lo vio nadie enojado, ni de burlas ni de veras, con ofrecerle cada día mil ocasiones. Como él trataba todo lo temporal, cada día lo reñía el padre vicario sobre lo que traía, o que no era bueno o que era caro; jamás le vimos volver palabra al prelado sino con tanta paciencia deshacía lo que había hecho, como lo deshiciera otro extraño. Pues de la caridad de fray Martín, no sé qué diga, sino que si yo pintase las obras de misericordia, a él lo pintara sirviendo a los enfermos. En los dos de Valladolid perdió el prelado dos alas con que había de cubrir los frailes; y la comunidad, dos columnas con que se había de sustentar; y finalmente todos eran tales, que parécenos ya una nada sin ellos, y temo que por nuestra soberbia, nos los quitó Dios porque más parece que estribábamos, en el negocio que veníamos a hacer, en su bondad de ellos, que en la bondad del negocio y de cuyo es; y más veces decíamos: a tan buena gente *no le ha de faltar Dios*, que no *un tan buen Dios no nos ha de faltar*. Finalmente Dios se los llevó sin ninguna duda a su gloria y creemos que si algunas penas debían, que con el agua de la mar y angustias que pasaron los purgó nuestro señor.

Volviendo a la barca, acabada la tormenta poco a poco echó la mar a la barca tal cual estaba a la ribera. Llegó el jueves muy tarde a encallar en tierra; los que allí venían, más muertos que vivos; de ellos salieron algunos nadando de ella como pudieron, que allí está baja la mar; al viejo sacaron atado con sogas y después lo vimos en camisa y zaragüelles como

una gran cuba. Salió la barca en la isla que llaman de Términos y es que allí salen dos brazos de mar muy anchos y entran mucho en tierra y ciñense allá arriba con unas grandes lagunas y hacen una isleta que llaman Términos de siete leguas de largo. Allí salió la barca, entraron por aquel monte y hallaron una frutilla silvestre que llaman *icacos*, que aunque es como ciruelas, no tiene que comer como una ruin cereza; hubo cuatro o cinco para cada uno, uno buscó agua y les trajo una poca. El jueves cuando aún se estaban en la mar, vieron pasar por tierra unos cristianos, que a ratos iban en caballos y cuando no podían iban en canoas; uno de los que escaparon que se sintió con más ánimo, fue tras ellos y halló que ya querían entrar en canoas para pasar la boca de la Laguna y contóles el caso y, como los españoles son en esta tierra comunmente cumplidos con otros españoles y humanos, volvieron a ellos y diéronles de comer de lo poco que llevaban porque como son despoblados, siempre hay poco que comer. Después se fueron los españoles su camino y los escapados se fueron con ellos; dejaron a fray Francisco atrás dándoles una canoa y indios que los llevasen; pasaron gran trabajo y pensaron morir de hambre como iban ya tan gastados, ya Segovia desmayaba del todo y perdía la esperanza de vida, fray Francisco lo animaba diciendo que pues Dios los escapó de la mar que no los dejaría perder y con esto caminaban hacia Campeche donde nos habían dejado. Los españoles que se adelantaron, llegaron a un pueblo que se llama Champoton que está diez leguas de Campeche y contaron el caso al cacique el cual era cristiano y nos había ido veces a ver a Campeche y hechonos limosnas. Espantóse mucho e hizo mucho sentimiento y como les dijeron que dos padres quedaban allá atrás, que eran fray Francisco y Segovia que traía una saya de fraile y un bonete; envió luego dos indios con tortillas de maíz y una gallina aderezada: los indios fueron y como no los conocieron por padres viéndolos medios desnudos y el uno con bonete, diéronles de la comida que llevaban para sí y no la demás, hasta que después tarde sí les conocieron ser aquellos los padres; y como comieron aquel buen manjar porque lo que los cristianos les dieron no era de sustancia sino naranjas y no sé qué; con el buen manjar esforzárone y aunque ya se querían morir, todavía anduvieron dos leguas que ya mucho atrás habían dejado las canoas. Andadas las dos leguas tornaron a comer y desmayaban porque no sabían si estaban cerca o lejos; pero aun no les faltaba dos leguas por andar. Estando allí caídos soltáronse los caballos al que los cuidaba en Champoton y tiraron por el camino de los cansados (*caso que parece milagroso*): como fray Francisco los vio dijo: ¡Hermano no nos tiene Dios olvidados pues tras la gallina nos envía caballos!: porque ellos no entendían por donde venía nada. Aseguraron los caballos y tomáronlos y cabalgaron en ellos y en poco rato llegaron al pueblo de Champoton. El cacique recibiólos bien y tratólos humanísimamente y no sabía placer que les hacer; y pues quedan descansando, dejémoslos, que lo han bien menester, y volvamos a los demás que quedan en Campeche.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XXXIII: Remesal V, 8.

CAPITULO XXXVI

De la salida de los demás religiosos de Campeche, llega allá la nueva del naufragio y sentimiento que se hizo

Partidos nuestros hermanos de Campeche, viendo que tanta gente y hatos no podían salir de allí sino en barcas, porque decían que no había canoas, sino para tres o cuatro cuando más, y que las barcas era cosa segura porque jamás hombre peligró en ellas, porque aunque padecen tormenta, como van a orilla de la tierra, luego la barca encalla, y aunque ella se quiebre todo lo que lleva se escapa y esto es cosa muy platicada que después la vimos muchas veces, sino que aquella desgracia tan extraña estaba guardada para nosotros por justos juicios de Dios, determinamos entrar en barca y el padre vicario, aunque de mala gana, se conformó con el parecer de todos y al presente estaba allí una muy buena barca y nueva. Allí metimos todo lo que restaba de nuestro hato sin que nos quedase nada y esto también fue parte para que aceptásemos el convite de la partida, según que arriba tocamos. Habíamos de embarcar aquel domingo en la tarde; pero hubo cierto embarazo en la barca y así no nos pudimos embarcar y con esto hubo lugar de tomar la posesión del sitio, que arriba dijimos, y como ya no teníamos nada hubímonos de ir a cenar a las casas donde habíamos comido. Las camas que eran siempre la tierra no nos faltaron. Aquella noche vino un bravo Norte que duró hasta el martes de mañana, y así no pudimos salir; y ya entonces había ocho días que el triste caso acaeció y nosotros no sabíamos nada. Ya que nos íbamos a embarcar aquel día, después de comer, vino la marea o viento de la mar y así no pudimos salir y denodados no quisimos volver a las posadas, ni al ranchuelo donde dormíamos, sino quedámonos allí en la iglesia rezando y leyendo; ordenándolo así nuestro señor porque sabía que nos convenía velar y orar para la tentación y trabajo que nos esperaba. Era la fiesta y traslación de Santo Tomás y acordamos de cantar las vísperas y las completas; y estando en las completas, sacó del corrillo un hombre al padre vicario; no supimos qué le dijo; pero como lo vimos santiguarse, presumimos que había algún mal, aunque no supimos el que era. Acabada la salve mandónos que nos sentásemos todos en el coro y estuvo un rato añudado que ni nos podía ni sabía decir nada. Estábamos todos callando, y acabo de un ratillo, díjonos: “¡Padres, nuestros hermanos son ahogados!” Y quiso añadir más y no pudo. Yo, cierto, no basto, para explicar lo que sentimos; cada uno lo podrá imaginar. Como el padre vicario no pudo hablar, arrojámonos todos en tierra, él y nosotros, y allí caídos y postrados delante del altar, lloramos amarguísimamente, con tantos sollozos y gemidos que los que allí acudieron nos habían mancilla; ¿pero quién no había de llorar, aunque tuviera el corazón de hierro, una pérdida tan grande, un mal tan incurable? Allí se nos pusieron delante nuestros deudos y parientes, que dejamos, nuestras casas y monasterios y **padres** y hermanos espirituales que por aquella compañía trocamos; allí

se nos pusieron las angustias que en esta tierra esperábamos, según lo que ya habíamos gustado, las necesidades de los indios, lo que los españoles dirían, todo se nos puso delante y teníamos los corazones como presos, con ponzoña y el cuerpo como envarado que no nos podíamos menear. ¡Oh Santo Dios qué hora fue aquella! ¡Qué punto tan espantable! Los indios que allí estaban, estaban como atónitos, porque nos veían y nos oían y no sabían la causa de aquellos efectos. Después nos levantamos y comenzamos a decir un responsorio cantado; pero en comenzando fray Vicente "Libera de Domine" se nos estremecieron los huesos y fueron tantos los sollozos y lágrimas que lo dejamos de cantar y apenas lo acabamos rezado. Después allá bien tarde tomamos aliento para decir una letanía por nosotros, más que por ellos; porque de la gloria de los difuntos no dudábamos; pero no teníamos certidumbre de los vivos, porque ya decían que eran dos, ya que era uno, y que se llamaba fray Francisco, esto confirmaba en una carta que nos escribió el maestre de la nao que por el concierto que hicimos en Santo Domingo nos iba a poner aquel ható en Tabasco, y aunque valía más de cinco mil ducados lo que allí se perdió del obispo y nuestro, porque lo más eran libros que acá valen mucho y Pesquera llevaba allí su parte, pero todo esto no sentimos si se nos acordó de ello, tanta fue la angustia que la muerte de los religiosos nos causó. A algunos se les perdieron los más de los libros, a algunos todos, como fue al padre vicario que no le quedó sino un cuarto, a fray Alonso de Villalva no le quedó ni aun brevario, ni una túnica, a fray Jerónimo de San Vicente y otros los dejó también pobres de libros; a otros se les quedaron todos en Campeche para la segunda barcada y así no perdieron nada. Pareciónos sería bien enviar de allí algunas personas hasta donde el caso sucedió para que pusiesen cobro en la hacienda si algo pareciese y para que llevasen de comer a los que quedaron, y ofrecióse a ir un hombre honrado de allí que se llamaba Diego de Arandía. Con toda voluntad tomó el camino llevando para esto todo lo necesario. Fue también con él Pesquera y otro vecino que se llamaba Ximenes. Nosotros con la lástima que teníamos, no sabíamos si ir atrás o adelante, y ya en esto era noche y de la barca nos daban prisa que nos fuésemos a embarcar, y el señor obispo quería que fuésemos con la barca y todos decían que aquel había sido un caso fortuito y que era indiscreción no embarcarnos. Con esto nos determinamos de embarcar aunque ya era tarde. En esta villa de Campeche nos hicieron grandes caridades por cierto y les somos en cargo porque veníamos muy necesitados de todo el regalo que nos hicieron, y nos muriéramos según salimos de la mar si no halláramos aquella humanidad, allende que aquella tierra es buena y sana y aunque todos lo hicieron bien entre nosotros, se señaló aquel Diego de Arandía y a su casa acudíamos con todas nuestras necesidades, y él las remediaba con toda voluntad. Para la partida nos dieron muchas mantas, cera y tocino, plegue a Dios que les aproveche para salvarse; y esto debemos siempre rogar a Dios nuestro Señor por ellos. Idos aquellos españoles con todo buen recado, llegaron a Chanponton, donde hallaron a todos los que se escaparon de la barca, y sabidas las cosas que pasaban, después que vio

Arandia cuán bien lo había hecho el cacique y cuán buen recado les daba para lo que faltaba, determinó de volverse a su casa porque era viejo, y Pesquera y Ximenes con fray Francisco y Segovia y algunos otros fueron su camino parte a pie y parte en canoas por la orilla de la mar. Dejémoslos ir y volvamos a nuestra barca.¹⁾

Aquella noche tarde y sin cenar, nos embarcamos y con buen viento alzaron velas y sobre nuestra tristeza cayó bien el mareamiento, porque no nos meneábamos de un lugar, hasta otro día en la tarde: íbamos cubiertas nuestras capas y echados en aquel suelo toda la noche y el día siguiente. Si alguno se meneaba era para echarse a bordo, para revesar y luego se tornaba a echar; no comimos ni hablamos palabra. Otro día bien tarde nos alzamos y con gran abundancia de lágrimas cantamos bien solemnemente un responsorio. Después nos repartió el señor obispo unas aves cocidas que llevaba, las cuales comimos con hartas lágrimas. No creo que frailes han sido tan llorados de frailes ni con tanta razón. Antes de mediodía nos faltó el viento con que salimos y tuvimos calma hasta otro día, a las ocho; temíamos mucho nosotros no hubiese alguna desventura, deseábamos mucho aportar aquella parte donde aquellos santos merecieron, por si hallásenos que la mar hubiese echado algún cuerpo lo enterrásemos, que nos fuera gran consolación; pero los marineros no querían en ninguna manera. Aquel día a las ocho comenzó a correr norte y los marineros con gran prisa fuéronse a se meter a una de aquellas bocas para guardarse del norte, y quiso Dios guiarnos a la boca postrera donde se hace la isla de Términos, que era el paraje donde aquellos siervos de Dios acabaron sus trabajos y allegándonos a tierra vimos anegada la barca donde pasaron a la gloria. No puede nadie pensar el dolor y alegría que sentimos entonces y materia copiosa había para lo uno y para lo otro. Aquel viento aunque era contrario para nuestro viaje, no lo fue para nuestro deseo, y era tal, que en breve nos metió una legua la boca arriba; allí nos deparó Dios una canoa, porque la barca ni llevaba canoa ni batel y los que salieron a traer la canoa nos trajeron una parte de Santo Tomás que conocimos ser de fray Miguel Duarte; aun aquello nos renovó la lástima ver cosa que había sido de nuestros hermanos y escapado de la tormenta y luego salimos todos en tierra, el obispo y nosotros, y fuimos aquella playa abajo más corriendo que andando pensando que si topáramos algún cuerpo. Hallábamos muchas mantas y el mástil y escotilla de la barca y otras cosillas de esta manera; pero de las cosas nuestras o de nuestros hermanos, no hallamos más de otra parte de Santo Tomás compañera de la primera y una cajuela que era de fray Miguel, abierta y según supimos de él, la abrió fray Francisco y puso en cobro un cáliz que llevaban aunque estaba muy maltratado. Los corporales nos dijeron que se ciñó un marinero, no sabiendo lo que eran y así no parecieron; viendo que no hallábamos nada, determinamos volvernos sintiéndonos cansados y hambrientos; pero como fray Luis de Cuenca, y fray Juan Guerrero vieron que nos alejábamos, volviéronse y saliéron-

1) Aquí concluye el capítulo XXXIV: Remesal V. 8 y 9.

nos al camino con pan y vino (*como otro Melquiades a Abraham*), que lo habíamos bien menester. No pudo salir la barca de allí en tres días por el bravo norte que hacía; aquella noche nos tornamos a dormir a la barca por la infinidad de mosquitos que había en tierra. El viernes salimos para la parte de arriba de la Laguna, y porque pareció que el norte había de echar a la otra parte de la Laguna, que tiene una gran legua en ancho, lo que fuese más pesado, envió allá el padre vicario a fray Pedro Calvo y a fray Cristóbal Pardavé, porque entonces había en qué pasar la boca. Otro día volvió fray Pedro con nuevas de que había hallado cuatro cajas; pero que no había rastro de los cuerpos. El sábado caímos en que llevábamos un ornamento y sacámoslo y entre muchos árboles tendimos un pabellón y aderezamos lugar para decir misa lo mejor que pudimos, y allí hicimos las exequias de nuestros hermanos lo mejor que pudimos. Dijimos muchas veces los oficios de finados y salterios, cantamos muchas misas y responsorios con hartas lágrimas y devoción y estábamos muy consolados en que en Campeche no acordásemos de guiar allí nuestro camino para aquel efecto y que nuestro señor tan en breve nos echase donde ellos murieron para que allí honrásemos con sacrificios aquel lugar. Gran merced nos hizo Dios Nuestro Señor en esto. Viendo que parecían las cajas envió allá otra vez el padre vicario a fray Pedro Calvo y a fray Domingo de Azcona para que con fray Cristóbal y con otros seglares buscasen la hacienda y principalmente los cuerpos, y los demás nos quedamos allí, determinados de no entrar más en barca, así por ver cuán común era el norte, como porque la caridad de nuestros hermanos nos obligaba a buscarlos para enterrarlos. El domingo de mañana amaneció buen tiempo, y el señor obispo se fue en la barca. Fueron con él el viejo fray Rodrigo y fray Jordán y fray Luis de Cuenca y fray Pedro Martín que hasta entonces había sido y era compañero del señor obispo. Aquel día tuvieron calma, y a la tarde tuvieron un tan bravo norte que pensaron perderse y los que quedamos en la isleta les tuvimos gran temor. Quisieron meterse en la boca de un gran río que llaman San Pedro y San Pablo pero no quiso el arraez o piloto porque era de noche y no sabía aquel río, y así fueron sin saber dónde; apretóles tanto el viento que no sabían de sí, y el temor de los otros les turbaba más y pensando allí morir se confesaron todos, y el viento parecía hacer pedazos la barca que por ir mal cargada corría más peligro. En esto se les apareció o descubrió en tierra una lumbré con que conocieron que estaban cerca del río de Tabasco y que entraban por él, y así mudaron las voces que daban llamando a Dios, en voces de alabanza, y a las voces salieron los de Tabasco creyendo que era el obispo porque ya sabían de su venida, y salieron con muchas lumbres a recibirlo, fingiendo el alegría que no sentían; porque con aborrecerlo todo el mundo todos le temen por saber la constancia que tiene en los negocios que trata y las victorias que Dios le ha dado contra todo el mundo, pues pelea por la verdad que siempre es vencedora. Desde allí tomó su camino el señor obispo para Chiapa y pues ya no es de nuestra compañía dejarlo hemos hasta que Dios nos junte con él, y volveremos a los que quedan en la isla de Términos.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XXXV; Remesal V, 9.

CAPITULO XXXVII

De lo que hicieron los religiosos en la isla de Términos y de su venida a Tabasco

Quedamos, pues, en la isla de Términos veinte frailes solos sin otra persona alguna, y comenzó la isla de Términos a ser habitación de siervos de Dios y de sacerdotes, que hasta entonces lo había sido solamente de venados y de tigres y de innumerables mosquitos. Atrevímonos a quedar aquí por pensar que no podía tardar Pesquera que venía por allí a buscar lo que nosotros andábamos buscando: aquí vimos por nuestros ojos lo que habíamos leído en los libros de naufragios que los hombres han padecido, y experimentamos algunos días las vidas de los santos del Yermo. Palabras me faltan para decir los corporales trabajos que padecimos y las consolaciones que Nuestro Señor nos dio, espirituales, que sobrepujan todos los sentidos, con qué devoción estuvimos allí, cuán ferventísimas oraciones se enviaron al cielo, cuántas lágrimas de devoción se derramaron porque no había nadie que lo estorbase; a las tardes y a las mañanas nos juntábamos, y a decir los oficios y misas por nuestros hermanos y a su tiempo nos juntábamos a comer eso poco que teníamos dando gracias a Nuestro Señor y comíamos con silencio y lección. La ración era entre 20, una gallina, porque teníamos vivas unas cinco o seis y con un poco de pan y queso, los platos eran fresquísimas hojas de árboles de que aquella isla abunda. Con toda nuestra devoción padecimos allí las mayores hambres que habíamos padecido; y así a ratos andábamos por la isla buscando *icacos* para comer que nos sabían muy bien. A las tardes íbamos a buscar leña y traíamosla a cuestras y de noche hacíamos unos grandes fuegos, de miedo de los tigres; los demás estábamos sentados solos debajo de aquellos árboles leyendo nuestros libros, o dándonos a oración. Otras veces nos paseábamos solos por la ribera o por aquella isla buscando si por dicha salía algún religioso de la barca en alguna tabla y buscando de comer si había quedado en aquella isla; y fray Alonso de Villalva que fue el que más sintió el naufragio, así por perder casi todos sus compañeros, como por no le quedar consolación de libros ni cuadernos, dando voces con lágrimas andando solo por la isla, llamando a fray Agustín. Cosa larga sería contar todo lo que allí pasó; esto baste para memoria de nuestros trabajos, de las mercedes que allí Nuestro Señor nos hizo; que considerando ahora mi sequedad tendría por ganancia perderme otra vez allí, para ganar lo que allí todos tuvimos. Para librarnos de los mosquitos quemábamos muchos de aquellos herbasales y también nos ayudaron mucho los pabellones de mantas, que entre otras cosas, nos dieron en Campeche. Antes que la barca se fuese, nos cavaron un pozo, un tiro de piedra de la mar, de un estado de hondo, de donde tuvimos suficiente agua dulce aquellos seis o siete días que estuvimos allí, porque por los nortes no pudo Pesquera venir antes, y por estos casos que acaecen no fue discreción quedarnos allí aislados, que pudimos perecer de hambre; y así padecimos mucha, como ya dijimos. Desde allí comenza-

mos a traer alpargatas por no andar descalzos, que era para nosotros hábito muy extraño y aun vergonzoso en alguna manera hasta que nos hicimos a él. Allí celebramos la fiesta de la Purificación de nuestra señora, y el día siguiente levantamos una gran cruz que allí hicieron unos padres, así porque allí murieron aquellos padres, como porque quedase memoria que allí había sido lugar de oración, y para esto dejamos allí también hecho el altar. Estando levantando la cruz llegó Pesquera y fray Francisco, Segovia y los demás. No sabré decir las lágrimas con que los recibimos, viendo en su aspecto representado el naufragio, aunque ellos recibieron gran consolación de verse con nosotros, pareciéndoles que entonces renacían, y de ellos y de los demás que allí venían supimos la verdad de lo que habemos contado. No pudimos pasar aquella gran boca aquella tarde, ni otro día, hasta después de comer por el tiempo que hacía; comimos de lo que ellos trajeron, porque ya nosotros no teníamos nada. Pasada la Laguna nos salieron a recibir una hueste de mosquitos que pensamos que nos habían de comer vivos; y nos persiguieron hasta que el viento de la mar los alejó de nosotros. Hallamos a nuestros compañeros buenos, ya habían pasado grandísimos trabajos en buscar los libros. Hallaron diez o doce cajas que echó allí la tormenta; estaban enterradas en cieno en las orillas de aquella laguna, y para sacarlas, ellos se metían en el río, que les daba a veces a la garganta, porque es blando, y no tenían otro remedio sino llevar unos palos gruesos y largos, y cuando se iban sumiendo hacíanse de aquellos palos y con ellos y ayuda de una mano sacaban las cajas que no se hundían tanto. Padecieron aquí grandes hambres; día hubo que no comió ni bebió cada uno sino una naranja agria y sin pan y por guardarles un indio un cuartillo de agua estuvo un día sin beber. Traía fray Cristóbal una salea (?) en la cabeza con dos agujeros por los mosquitos; y desde a poco, de aquellas frialdades le dieron a fray Pedro Calvo unos dolores de tripas que le torcían y añudaban, de que no pensamos que sanara ni alzara cabeza, pero desde a muchos meses sanó del todo. Aquella noche pasamos allí con muchos fuegos, así por los tigres como por los mosquitos. No tenían aquellos padres, mientras que allí estuvieron otro alivio sino enlodarse los pies y los brazos y piernas que traían desnudas, y viendo que aun así se los comían los mosquitos, metíanse huyendo en la mar. Los libros estaban tales que no pensamos poderlos aprovechar, cubiertos de cieno, y era tan ralo que se metía entre las hojas y seco era peor que engrudo; y fray Domingo de Azcona había ido a un pueblo seis leguas de allí y había llevado muchos en canoas porque ya las cajas estaban deshechas, para lavarlos en agua dulce. Otro día de mañana, dijimos misa antes que los mosquitos nos sintiesen y los libros que quedaban cargámoslos en las canoas y enviámoslos con Pesquera y Segovia a Xicalango; que era el pueblo donde estaba fray Domingo con otro español que envió el señor obispo para sus libros. Ximenes, que era el que vino de Campeche, dijo que se quería ir con unas canoas para tenernos aderezado de comer o de cenar allá en unas lagunas y dejó dos indios que nos guiasen por tierra, porque no había tiempo de ir nosotros en canoas ni habría aparejo para ello. Nosotros tiramos tras nuestros indios a pie sin entenderlos y sin llevar pan

ni otra cosa alguna. El camino era el más fresco que jamás hasta entonces habíamos visto: partes era todo cerrado de árboles de diversas maneras, que no veíamos el cielo, otras partes iba por una dehesa tan anchas como un tiro de ballesta y a las veces más y menos y por las orillas arboledas fresquísimas. Ibamos muertos de hambre y de sed, para la hambre dábannos los indios de su pan que eran unos bодоques cocidos en agua, ensartados en una cuerda (*tamales*) como rosarios negros y duros y desabridos: y este es como un bizcocho de los indios para caminar, y para la sed dábannos una frutilla que nace en unos cardos y sabe a granada agria (*piñuelas*); aquella chupábamos aunque poco, porque abre luego la lengua como una navaja y hace dentera; ibamos cansados y desmayados y preguntábamosles *guecan* que quiere decir lejos y ellos respondían muchas cosas de las cuales no entendíamos nada, más de que por señas entendíamos que no nos quedaba mucho por andar. Ellos no curaron de ir a las canoas, sino tiraron camino de su pueblo porque allá nos viese su gente; tras el buen camino llegamos a unas lagunas o lodazales donde cuando nos subía el agua de la rodilla, no lo estimábamos en nada, y debajo estaba un lodo que cada vez que metíamos el pie lo sacábamos desencajado, y así fuimos media legua; y como no teníamos otro remedio determinamos pasarlo con alegría cantando *Te Deum laudamus*. Ibamos todos en hilados que no osábamos poner el pie sino donde el indio le ponía. Iba todo cubierto de árboles que no nos daba sol y en muchas partes, así de esta ciénega, como de toda esta tierra había unos árboles maravillosos, y es que a su principio tiene una raíz pequeña que en breve se pudre (*manglares*) y antes que se acaben descenden muchas ramas de aquellos árboles que son lisos y no muy gordos, y arraigan en tierra y estribando en ellas el pesado tronco, de su raíz desasido, sube arriba y así tiene ramas arriba y ramas muchas hacia bajo y el tronco grueso está en medio. Cuando estos topábamos en la Laguna nos daban trabajo porque a veces habíamos de pasar agazapados por debajo de las ramas a las veces trepando por encima, y así pasábamos muy mojados y sucios. Como el día se acababa y la hambre crecía y la sed, decíamos a nuestra guía *Gueca Xicalango* ? volvía hacia nosotros y señalaba con el dedo hacia oriente diciendo muchas cosas; nosotros solamente entendíamos que cuando el sol estaría allí llegaríamos, y llevábamos tragado que habíamos de andar toda la noche. No sé si os diga que nos reíamos o que llorábamos porque todo lo hacíamos y para todo había materia. Acabo de un rato topamos con un indio con una calabaza de agua y por señas se la pedimos y mojámonos la boca porque él nos la dio luego y decíamos muchas cosas; pero no lo entendíamos sino esta palabra *hue hue* que quiere decir *viejo* que estaba en aquellos montes. No lo osábamos beber toda; pero viendo que se volvía atrás nosotros tomamos la calabaza entendiendo que era para nosotros y tornamos a beber. A puestas del sol llegamos a unas casillas, y los indios pareció que se holgaron de vernos y pedimosles pan metiendo el dedo en la boca y significando nuestra hambre, y no nos lo dieron aunque vimos que una mujer molía maíz y todo lo que decían no entendíamos más de que pasásemos adelante y que comeríamos pan y pescado; y no sabía un vocablo y otro y otro y juntándolos formaba estos

conceptos. Topábamos indios que en viéndonos se volvían corriendo. Ya que era puesto el sol llegamos a una plazuela donde vimos una gran cruz y una iglesita pequeña pero muy enramada y fresca. Holgámonos y consolámonos mucho en gran manera creyendo que donde había estas señas, caridad habíamos de hallar. Hecha oración salimos y tiramos nuestro camino como encantados que ni sabíamos qué era aquello ni lo sabíamos preguntar, y era la primera vez que nos hallamos entre indios, que cierto pudieran hacer lo que quisieran de nosotros, sin que le supiéramos resistir, antes les habíamos miedo. En esto llegamos a una plaza donde estaban muchos indios sentados, y en viéndonos se levantaron y nos pusieron asientos, que eran unos banquillos de un gemo como trozuelos de vigas. Dijo el padre vicario, no pasemos de aquí esta noche, que esta posada nos tiene Dios aparejada. Viendo los indios cuales veníamos, hicieron gran lumbré, que desde España no la habíamos habido menester hasta entonces por el frío de la Laguna y después el principal vino con una media calabaza y lavónos a todos los pies y después diéronnos a cada uno dos tortillas y un pedazuelo de pescado fresco y otro de batata. Comimos y holgábamos en gran manera, y púsonos devoción y admiración ver la caridad de aquellos indios, para ser tan bestiales como los españoles dicen que son. Después de noche vino Ximenes que les entendía, y por él les preguntamos qué era la causa de lo que habían hecho. Respondieron que en el camino nos vio un indio y que supo cómo veníamos con sed y se lo vino a decir y que por eso nos envió aquella calabaza de agua y que nos hospedasen con buen corazón, porque habían sabido que ahora veníamos de Castilla y que veníamos por su bien. Mucho nos holgamos de la buena respuesta de aquellos bárbaros. Aquella noche llegó aquí un labrador que venía con el obispo que se llamaba Zamora y después que todos nos acostamos, algunos sobre algunas tablas y otros en el suelo sobre unas esterillas que hacen los indios de juncos, y algunas muy galanas con labores coloradas y negras de la misma hoja, comenzaron Zamora labrador, que entonces venía de Castilla, con Ximenes antiguo en la tierra y conquistador de Yucatán, a conversar; y porque fue muy gracioso, pondré aquí algo de lo que me acordare. Dijo *Ximenes* a *Zamora*: Mal cobro pusistes en aquella bestia, los indios os la han de tomar y comérsela; dijo *Zamora*: Coman por Dios, que más que eso les debemos los cristianos; *Ximenes*: ¿Qué diablos les debemos? *Zamora*: Que les habéis robado su hacienda y tomádoles sus hijos y hécholos esclavos en su misma tierra; *Ximenes*: Más que eso nos deben, pues somos cristianos. *Zamora*: ¿Cristianos? Cristiano es el que hace las obras. *Ximenes*: Cristianos somos y por hacerlos cristianos pasamos a estas partes. *Zamora*: Pardiez pasástes vos por vuestras bellaquerías a osadas que si no hiciérades por qué no dejárades vuestra tierra, juro a Dios que ninguno pasa a Indias sino por bellaquerías que allá hizo, y yo el primero. *Ximenes*: Cada uno pasó por lo que Dios sabe; pero en fin hemos conquistado la tierra; *Zamora*: ¿Y por eso queréis que los indios te den de comer y su hacienda porque los habéis muerto en sus casas? Buen ánimo traéis. *Ximenes*: No dijérais eso si hubiérais derramado vuestra sangre en la guerra; *Zamora*:

Aosadas que no se fueran al infierno aunque os mataran, qué os hicieron ellos para que les hiciéades guerra? *Xímenes*: Son perros y no quieren que los habéis muerto en sus casas? Buen ánimo traéis. *Xímenes*: No dijérais eso si hubiérais derramado vuestra sangre en la guerra; *Zamora*: Aosadas que no se fueran al infierno aunque os mataran, qué os hicieron ellos para que les hiciéades guerra? *Xímenes*: Son perros y no quieren creer en Dios; *Zamora*: Buenos predicadores se lo decían para que creyesen; *Xímenes*: A buen seguro Zamora que no volváis rico a Castilla; *Zamora*: El diablo me lleve si blanca pienso llevar si no es ganada con mi azada, que los indios no me deben nada. A este diálogo estábamos callando todos y a oscuras, y cayónos tanto en gracia que no pudimos tener la risa y por otra parte nos confundimos, viendo cuán sin pepita y cuán simplemente decía aquello aquel labrador sin letras, sino lo que su razón le dictaba decía por estas palabras o por otras semejantes que no me acuerdo letra por letra de todo. Con esto pasamos un rato de aquella mala noche, mala, digo, por los infinitos mosquitos, aunque algunos venían tan cansados y dormían tan bien que moscardones no los despertarían, cuanto más mosquitos. A otro día por la mañana fuimos a Xicalango, aunque no es sino una legua se nos hizo largo el camino porque la noche fue mala y la cena poca y así íbamos cansados y muertos de hambre; pero llegamos donde todo lo suplió Dios.¹⁾

En Xicalango nos salió a recibir el cacique y principales y nos llevaron luego a la iglesia y la tenían bien adornada y enramada y con velas encendidas. Después que dijimos misa nos llevaron a comer y nos dieron tanta abundancia de comida como nosotros lo habíamos menester. El primer día nos sirvió el cacique el primer plato, los demás días un principal, dábannos de comer pescado en gran abundancia porque no les cuesta nada; pasa por junto al pueblo la laguna que sale de Xicalango y salen brazos de ella grandes; y largas tierras, y porque aquí es dulce excepto cuando comienzan las aguas, por algunos meses tienen en ella muchos y muy extremados pescados y tortugas: tan grandes, las comunes, como dos palmos de largo y casi de la misma anchura. Es muy buen pescado y tiene sabor de carne; de éstos y de otros pescados nos daban cada día y pan en abundancia. Hay en el pueblo muchas naranjas y limas y limones y de los árboles fructíferos de la tierra en gran abundancia. La plaza está llena de ellos, tiénenla muy barrida y así se están ellos sentados a la sombra de ella. Es pueblo en gran manera apacible; pero tiene muchos mosquitos de los zancudos; y así nos aprovechó mucho traer aquellos pabellones para dormir, que sin ellos pasáramos muchos trabajos; aunque ya algunos venían tales que no podían ser peor como dicen, al cuervo que la salas. Traían el vicario y fray Diego Hernández las piernas tan hinchadas de los mosquitos, que era lástima porque este género de mosquitos es muy ponzoñoso y enconan cuando pican mucho. Tenían éstos algunas costumbres que porque nos agradaron las notamos aquí: una es que cuando el sañorío viene a mujer, hónranla todos; pero no manda ella sino un pariente suyo rige hasta que tiene ella hijo que pueda regir. Y así pasaba

1) Aquí concluye el capítulo XXXVI; Remesal V, 9 y 10.

ahora aquí. Otra es que no hace el que rige nada sin parecer de los viejos, y así se juntan cada día a su puerta para tratar de lo que se ha de hacer (*este fue el gobierno general de los indios en todas partes*). Otra costumbre, bien es que aunque entonces no la tuvimos por mala ahora la abominamos, y es que todos los mozos por casar duermen juntos en una casa y ésta hallamos en muchas partes de esta tierra, pero totalmente se ha quitado y destruido: allí la había porque no tenían doctrina, allí les dejó Pesquera con los religiosos pedazos de doctrina escritos. Padeçimos aquí grandes trabajos y soles y calores, en curar los libros y lavarlos, deslondarlos, despegarlos y si todos no viniéramos, nunca se remediara, y así con trabajo de todos se aprovecharon los más, especialmente los que tenían encuadernaciones de pergamino que se les pudieron quitar; pero quedaron con pestífero olor que jamás se les quitó. Después hemos visto que sin tocarlos se van ellos pudriendo y gastando; en esto de los libros entendimos con más trabajo que nadie puede pensar desde el viernes que llegamos allí hasta el miércoles de esa otra semana. Desde allí tornó el padre vicario a enviar a fray Pedro Calvo y a fray Cristóbal a correr otra costa para ver si hallaban algo de lo que buscábamos y pasaron estos padres tantos trabajos por buscar los cuerpos de los difuntos y los libros que no se pueden contar. Día hubo, con hacer grandísimo sol, que no bebieron gota de agua hasta la noche porque no tenían sino agua de la mar y no comieron sino tres naranjas entre ambos sin pan y sin otra cosa; y el agua que bebían, cuando la tenían, era salobre de pozuelos que hacían junto a la mar y cuando comían pan era de aquellos bosques que arriba dije. Los mosquitos que los comían eran tantos, que fray Cristóbal traía metida una salea en la cabeza con dos agujeros para ver y aun no se podía valer; fray Pedro sufría más; y contaré la fidelidad de un indio que los acompañaba, que llevaba un poco de agua en una calabaza y dejáronlo para que guardase aquéllo y parte de su ropa, mientras ellos buscaban lo ya dicho, y un día tardaron hasta la noche y con todo el calor y sed y sol pasó sin beber y tuvo el agua guardada para los padres. Padeçieron tanto trabajo estos padres allí que de solos ellos se podía hacer una historia; no había memoria en ellos de decir no podré hacer esto, o siéntome cansado sino con grandísima simplicidad y prontitud obedecían todos. Viendo el padre vicario cuán bien lo hacían aquellos indios y que éramos muchos y que nos deteníamos, enviéles a decir con Ximenes que no tuviesen pena que presto nos iríamos y que habíamos vergüenza de estar allí. Respondieron que qué habíamos visto para pensar que recibían pena con nosotros; que si éramos auras (*zopilotes*) o éramos cristianos o gentes que les comíamos la hacienda: que era grande el placer que tenían de vernos allí y que podría ser que otro tal día como aquel no lo vieses; que estuviésemos allí cuanto quisiere nuestro corazón: que un poco de pescado no erapreciado en su pueblo y que estaban corridos de ver que no comíamos gallinas. Esto dijeron aquellos bárbaros, que aunque eran bautizados, todos o los más ninguna doctrina tienen, y nos dijeron que ni sabían qué hacían cuando los bautizaron ni lo pedían ni entendieron lo que era; pero como no ha sido paso a Yucatán, los clérigos que pasaban con el ejército de los españoles los habían bautizado.

Allí les decían fray Domingo de Vico y fray Juan Guerrero la doctrina cristiana y mostraban ardientísimo deseo de ella; frecuentan la iglesia y hacen todo lo que les han enseñado; pero harta duda tuvimos si eran bautizados o no, aunque por no tener lengua nosotros para tratar de ello, los dejamos así, encomendándolos a Dios, que los redimió a ellos y a otras innumerables gentes que por aquí se pierden.¹⁾

CAPITULO XXXVIII

Salen los padres de Xicalango y llegan a Tabasco y de lo que les sucedio allí

Como viésemos que nos deteníamos allí y mucho que la vida se nos gastaba, pedimos al padre vicario que nos despachase de allí. Viendo que de los que andaban en busca de los libros y cuerpos no había nuevas y que no nos habíamos de ir sin ellos acordó que él y fray Juan de Cabrera, fray Alonso de Villalva, y fray Domingo de Vico y fray Juan Guerrero se quedasen allí y que esperasen a los demás para enterrar si algún cuerpo pareciese y para poner cobro en los libros que se hallaren, y que los demás se fuesen a Tabasco; y así se hizo. Y dándoles su bendición y fray Tomás de la Torre por vicario y la comida que los indios ofrecieron, los despidió en las canoas que trajo Ximenes y en otras dos que los de Xicalango añadieron con toda voluntad. Salieron el miércoles para aquella poderosa laguna; iban con grandísimo placer, más que desde que salieron de España habían tenido, porque iban las canoas atadas de dos en dos y así no podían peligrar y la laguna es dulce, en parte dos leguas en ancho y en parte una y en partes un tiro de ballesta y en algunos de piedra, y tiene diversos brazos unas y otras partes, y aunque pocos, se parecen y los remates de ellos llenos de fresquísimas arboledas, que es un traslado del cielo. Aquella noche desque fue muy noche hincaron unos estacones los indios en el suelo, porque la laguna era allí baja y ancha y allí atadas las canoas en medio del agua durmieron hasta la mañana. Otro día en amaneciendo desataron las canoas y sueltas comenzaron a caminar por su laguna adelante; desde a poco se metieron con las canoas por una senda angosta tan estrecha que apenas cabía la canoa, daban los juncos y yerbas con los ojos, que ya no había árboles por allí; parece imposible haber hallado naturalmente aquel camino. Iban dando muchas vueltas que bastaba para desatinar aunque fuera por tierra; pero los indios iban como por camino que ellos sabían. De esta manera anduvieron legua y media; después llegaron a una laguna que tendría tres tiros de ballesta en ancho y allí almorzaron en medio del agua; después entraron por una calle de árboles tan cerrada que no solamente no veían sol pero apenas veían cielo. Había poca agua para nadar la canoa que lo más era lodo, y allí llevaban los indios arrastrando la canoa gimiendo y con trabajo. Viendo esto desnudáronse muchos padres en túnicas y escapularios; iban con harto trabajo por aquel lodo y allí otros que no se atre-

1) Aquí concluye el capítulo XXXVII: Remesal V, 10.

vían quisieron ir por el monte, pero era tanta la espesura y espinas que no pudieron pasar y así tornaron a la canoa y desde allí ayudaron a remar y a empujar a los indios. Con esta suerte pasaron casi dos leguas, hasta que salieron a un muy ancho y amenísimo río que llaman los cristianos San Pedro y San Pablo. Es tan hermoso y apacible que les pareció que salidos del purgatorio entraban en la gloria. Tiene las orillas cubiertas de muchos y hermosos árboles que es para alabar a Dios, no parece sino que a posta lo han entoldado para el Corpus Christi. Este río arriba caminaron hasta que era muy noche y entonces toparon un brazo que sale de este río y fuéronse por el agua abajo toda la noche y el día siguiente a medio día que llegaron a un río que en las historias de los indios llaman de Grijalva (?), allí se juntaron otros ríos todos fresquísimos como el de San Pedro y por ellos juntos caminaban. Veían en el camino a las orillas del agua lagartos poderosísimos, de más de quince pies en largo; son malos y cómense a los hombres cuando los toman descuidados en las riberas, y hay en aquellos árboles verdes infinitas aves blancas que parecen de lejos rosales llenos de rosas; grande es la frescura de aquellos ríos. Ahora de vísperas llegaron a un pueblo que se llama Tabasco; moran allí hasta treinta vecinos españoles, tienen una iglesia como la de Campeche, porque no es el principal intento de esta tierra ser cristianos, sino llegar caudal para volverse a España. Aquí hallaron a un fraile de nuestra Orden, que en España se llamaba fray Domingo de San Vicente y acá se llamaba de Medinilla, que tenía madre y hermanos en Chiapa. Este se iba a España y sabida nuestra venida determinó quedarse en esta tierra y servir a Dios en nuestra compañía. De este padre y de una carta de fray Jordán supieron cómo por quitar de trabajos a todos, habían enviado delante mucho de nuestro hato y después con lo demás se había ido fray Luis y un buen mancebo que siempre había venido con nosotros y había trabajado mucho así en guardar el hato como en servirnos, que se llamaba Rodrigo López. Decía también cómo el obispo con los demás habían salido de allí el día antes, cansados de nos esperar; dejáronnos, barbacoas hechas para dormir en una casa grande y desembarazada, y dejáronnos alguna provisión, aunque poca, pensando que estaríamos poco. Dejó el señor obispo mal recado para sus libros; pero los religiosos que llegaron, los pusieron en cobro.¹⁾

El padre vicario les mandó que no comiesen carne y que tampoco comiesen en casa de los españoles, aunque iban bien necesitados por salir de la mar y de tantos trabajos como habían padecido en tierra, y así llegados a Tabasco y recibidos bien de los vecinos, repartieronlos por las casas de dos en dos. Venida la hora de cenar o por mejor decir de comer, porque aquel día viernes en el río no habíamos comido nada por no haber qué, dijéronles que en ninguna manera habían de ir a comer a sus casas. Ellos recibieron alteración y admiración de verlos tan determinados en aquel propósito con tan poco aparejo para guardarlo, y después de muchas alteraciones y razones, fuéronse y enviáronles de lo que tenían con vergüenza suya porque nadie tenía aparejo para enviar para todos. Pade-

1) Aquí concluye el capítulo XXXVIII; Remesal en V, 10.

cieron aquel día necesidad porque no había ni aun jarro en qué beber agua, ni quien la trajese. Otro día tornó toda la villa diciendo, que aunque fuesen ellos demonios y los frailes unos ángeles en tanta necesidad se habían de aprovechar de ellos, pues ni allí había quién nos diese agua, ni leña, ni mantel ni qué guisar ni quién lo hiciese, ni ellos lo podían ni querían proveer de aquella manera que era echarse a sí en afrenta. Viendo que tenían razón, que el padre vicario condescendiera si se hallara presente, determinaron comer en sus casas; pero no quisieron comer carne, aunque era quincuagésima y la habían bien menester y aunque los huéspedes por ser el tiempo que era recibían molestia, hubieronla de pasar. Allí hicieron otra vez con mucha solemnidad las exequias de los difuntos el domingo en la tarde y el lunes de mañana. Aquel domingo de quincuagésima predicó fray Domingo de Ara; el primer domingo de cuaresma, fray Tomás de la Torre. Y viendo fray Tomás que los religiosos empezaban a hallarse allí mal por ser el pueblo muy enfermo y por ver cuan cansados iban ya de caminar; y deseosos de asentar donde aprovechasen, trató de tirar camino adelante porque de aquí a Chiapa hay sesenta o setenta leguas, la mitad se andan por canoas, porque no hay otro camino sino un río arriba, la otra mitad van después por tierra; pero como el señor obispo había poco que había salido y las canoas aun no eran vueltas, era harto dificultoso salir de allí. Aquí estaban dos frailes franciscanos que se iban a España, y aunque el señor obispo les hizo mil ruegos y persuaciones, no aprovechó nada y así les profetizó fray Rodrigo que pues le negaban la misericordia a los indios, y se iban que nunca llegarían a España. (*Estos son los que Vázquez mete en el montón en su Crónica*). Estos hicieron muchas caridades a los religiosos y les dieron muchas cosillas y después se embarcaron ellos para España y salieronse, en las islas, de una buena nave en que iban y entráronse en otra que se anegó y sumió en el gran Golfo. Todos los de esta villa hicieron muchas caridades y regalos a los religiosos; pero especialmente tres, el primero fue Gregorio Nieto, el segundo, Diego de Córdoba, el tercero Ledesma. Ellos hicieron como si fueran hermanos de todos, y el Córdoba tuvo a cuatro frailes en su casa y les dio una canoa en que fueron y con toda voluntad los proveyó de pan y vino y de todo lo necesario para el camino. Hallóse allí un hombre honrado llamado Francisco Gil: éste tenía su casa y hacienda en el cabo de aquel río, o por mejor decir en el principio y hallóse aquí a la sazón con canoas y aunque la tenía para otra cosa, dejola y llevó consigo a los religiosos, los cuales partieron la provisión que allí hallaron y tomaron parte para sí y dejaron parte para los que faltaban por venir; pero no fue necesaria porque aquellos señores españoles los proveyeron copiosamente como para una larga navegación. Miércoles de la ceniza en la noche se embarcaron en las canoas e iban con harta prisa en aquel amenísimo río arriba, que estaba tan fresco que parecía cosa de encantamiento ir por allí; y pues van bien y tienen mucho que andar, dejémoslos ir y volvamos a los que quedan en Xicalango que los dejamos muy atrás.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XXXIX; Remesa! V, 10, 11.

CAPÍTULO XXXIX

De lo que les pasó a los religiosos que quedaron en Xicalango y su venida para Tabasco

Salidos los religiosos de Xicalango, el padre vicario y los demás que con él quedaron, prosiguieron la obra de remediar los libros; y aunque fue mucho lo que se perdió, pero todavía se remedió mucho con mucho trabajo, digo de lo que pareció que fueron diez o doce cajas; de las demás nunca hubo memoria. En este mismo tiempo siempre anduvieron fray Pedro y fray Cristóbal con un seglar por aquellas ciénagas y lagunas y costas de mar, buscando con los trabajos ya dichos y otros mayores, porque los mosquitos los comían de noche, a las veces dormían en tierra metidas las piernas en el agua y así a las veces con todo el calor que allí hace, dormían pegados a la lumbre con grandes humos que por otra parte no los dejaban dormir. Otras veces sobre unas paleras muy altas por miedo de los tigres que robaban por allí a los hombres aun de sus casas; y algunos días acudían a comer a un pueblecillo que se llama Tasta adonde un indio les daba frijoles negros a comer, muy sucios, y porque el agua era mala bebían *pozol* como indios que es un brebaje que ellos hacen desliendo un poco de masa de maíz en agua, que esta es la bebida común de los indios de estas provincias, sino es cuando tienen cacao, que es otra cosa más alta. Pasaron tantos trabajos estos padres que cuando lo supo el padre vicario le pesó y quisiera más que los libros se perdieran que no a tanta costa se cobraran. Viendo pues el padre vicario que aquellos dos padres no volvían y sabiendo cómo el obispo se había ya partido y que los demás que habían ido a Tabasco estaban ya para partirse, el martes de carnestolendas puesto cobro a los libros y muy tarde se partió para Tasta, adonde pensaba saber de los religiosos y llegó allí a media noche, y halló allí a los padres muy cansados y el día de la ceniza por la mañana después de dicha misa y tomada la ceniza se partieron de aquel pueblo, donde ni conocían a Dios ni hay apariencia que lo conozcan, si no hay más ministros que ahora, y fueron por un muy fresco llano y apacible: caminaron a comer cabe la mar donde tenían canoas para ir a Tabasco por la mar: no tenían qué comer sino iguanas que los españoles bautizaron por pescado y los obispos juntos las confirmaron en aquel nombre, pero a parecer de muchos y sabor que todos hallan en ellas, son conejos muy buenos; tienen parecer de lagartos o de sierpes muy fieras: tienen el cuero pintado de verde y negro y tienen dientes con que hacen mal; tienen la cola de una vara de largo, la mitad verde y la mitad negra a pedazos: es cosa fiera pero muy sabrosa en perdiendo el asco de comerla; cuando nosotros la tenemos ahora, pensamos que es comida de pascua. El padre vicario entonces más quiso no comer, que llegar tal cosa a la boca; aquella tarde entráronse en las canoas y entráronse bien dentro la mar y caminaron hasta después de media noche. Después vino un bravísimo norte que los hizo temer y dar voces y volviendo las espaldas tomáronlo en popa porque las canoas llevaban velas,

y salieron en tierra no poco contentos de haberse escapado, aunque no había peligro porque la mar era muy baja; pero ellos no lo sabían sino solo fray Pedro y fray Cristóbal que habían andado por allí. Pasaron allí hasta la mañana una muy mala noche, porque el norte era muy bravo y no tenían reparo contra él, y así estuvieron temblando de frío y molidos en la arena. Otro día fueron a pie hasta el río de Tabasco y allí los pasaron en canoas a la villa donde fueron bien recibidos; y fray Alonso de Villalba les predicó allí el primer viernes de cuaresma y les dieron muchas limosnas, especialmente entre dos personas les dieron cuarenta pesos, que en años después no nos dieron otro tanto en toda la tierra: salidos de allí iban con toda la prisa del mundo pensando poder alcanzar a los religiosos porque el padre vicario los amaba tanto que temía tanto que no lo pasasen mal, que una hora sola no quería que se apartasen de él; de manera que todos iban ya el río arriba, sin saber los unos de los otros, comidos de mosquitos, con que se templaba el placer que la vista por allí tomaba; aunque el cargar de los mosquitos era de noche.¹⁾

Hay en aquel río arriba algunos pueblecitos pequeños, porque como la tierra es enferma por las muchas lagunas y ciénagas, a cuya causa no hay camino sino es por agua, y como es también calidísima, y opresos sobremanera con tributos, no se multiplica allí la gente, pero son ricos de infinito cacao. Es moneda de los indios y hace ricos a los españoles, porque con ella contratan con los indios. Es una fruta del tamaño y hechura de piñones, tiene una telilla muy delgada encima y la pepita de dentro tiene cien partes pegadas entre sí. Este molido y desleído en agua hace una bebida asquerosa a los que no la acostumbran, y fresca y sabrosa y preciada a los que la usan beber. Comúnmente la beben los españoles que no tienen vino y los más de nosotros la bebemos, especialmente en tierras calientes y cuando llegamos de camino. Esta fruta nace dentro de unas mazorcas, en árboles muy frescos que se crían debajo de otros en tierras muy húmedas; este se llama *cacacuatl*; pero como los españoles, como toda esta tierra han corrompido, también han corrompido la lengua, y lo llaman cacao; de esto hay mucho en este río arriba, y de aquello pagan en aquellas tierras el tributo principal a los españoles: en todos aquellos pueblecitos los hacían salir los indios y les hacían mucha caridad. Especialmente llegaron el viernes a comer a uno donde tenían hecha una calle de ramos y hojas verdes desde el río a la iglesia y casi en brazos los llevaron a ella, donde por intérprete les dijeron tres palabras. Después le dio el cacique de comer debajo de unos naranjos espléndidamente y rogando fray Tomás a Francisco Gil que le diese las gracias al cacique, extendió las manos y le dio dos higas al cacique, diciendo: ¡Toma para ti bellaco, que más que eso nos debes! Los religiosos se corrieron y afrentaron y por señas mostraron al cacique les pesaba de aquello y que le agradecían lo que había hecho. Esto he dicho para que conozcáis conquistadores y veáis cómo se han con los indios que quieren hacer cristianos. Este, supimos después, que había sido conquistador y muy cruel con los indios; desde a poco murió este pobre con muchas

1) Aquí concluye el capítulo XL: Remesal en V, 11.

deudas fuera de su casa y bajándose su mujer y todos sus hijos y su suegra con toda su casa a Tabasco, por aquel río abajo se ahogaron todos que no quedó cosa suya, y toda su hacienda se perdió, que parece un juicio de Dios; y así es de todos cuantos han sido algo en esta tierra. La canoa que dio Córdoba a sus huéspedes, que eran fray Domingo de Ara, fray Pedro de la Cruz, fray Jorge de León y fray Pedro Rubio, se comenzó a quedar atrás, y aunque la aguardaban tres y seis y ocho horas, no venía. Hízoles entender Francisco Gil que uno de los ríos que habían visto entrar a aquel río iba a dar al pueblo de adonde eran aquellos indios remeros y que solo Dios bastara para hacerles ir sino por el camino de su pueblo y que después habían de pasar todos por él y allí hallarían a aquellos padres y así perdieron cuidado de ellos, y prosiguiendo su camino llegaron a un lugar llamado Tlacotalpa que era el fin de aquella navegación. Decían sus horas en la canoa y la salve decíanla todos juntos allí en las canoas: acaeció que venían unos españoles en canoas el río abajo y holgáronse en gran manera de oírlos y diéronles pepinos con que hicieron colación, que por ser cosa de Castilla la estimaron mucho. Al lugar de Tlacotalpa llegaron el primer domingo de cuaresma, antes que amaneciese y siendo de día se fueron a la iglesia, que aunque estaba a gran distancia era toda de cañas y cubierta de paja; habiéndola hecho para el obispo que aquel sábado había salido de allí. Allí descansaron aquel domingo y como los indios quedaban cansados del obispo, dábanles poco de comer y aun de aquello se llevaba las gracias un español *calpixque* que estaba allí (*calpixque llaman al que tiene cuidado de cobrar los tributos y guardar la casa y hacienda del otro*),¹⁾ y éstos son muy perjudiciales en los pueblos y muy dañosos a los indios; y aunque algunos tienen nombre de caritativos entre los españoles, con sangre de indios hacen ellos caridad según hemos entendido después, que entonces como palos veníamos que no sabíamos nada. Hallaron en este pueblo mucha parte del hato, así libros, como aceite, como túnicas, con que no se vieron poco embarazados porque fray Tomás y los demás sabían poco de aquel menester y creyendo que por ser domingo no se habría partido el señor obispo de donde durmió aquel día escribió fray Tomás al obispo y a los frailes y envió las cartas con Segovia que no se atrevió a enviar indio, el obispo y los frailes se holgaron en gran manera sabiendo que venían y fray Luis volvió desde allí hasta Tlacotalpa; el obispo y los demás que iban malos se partieron el día siguiente, y holgáronse mucho con fray Luis, sabiendo que con él se podrían descuidar de todo. Fray Domingo de Medinilla no sabía hacer nada porque no había tratado con indios, tan poco sabía de ellos como nosotros que veníamos nuevos; si no viniera fray Luis allí se quedara el hato; pero en llegando buscó indios que lo llevarsen y ellos lo hicieron con toda voluntad: porque ellos no tuvieron otras bestias de quien se servir sino de sus mismos cuerpos y venidos los españoles lo habían bien usado aquel oficio; pero nosotros habíamosles lástima y hacíamos las cargas pequeñas, y como con ser cosas de padres estaban ya ellos ciertos que lo habían de llevar; viendo que no pasaba llevábanlo con toda alegría y regocijo y fray Luis sin entenderlos se lo

1) *oro* en original.

hacía hacer con mucho mayor placer con su buena gracia, diciéndoles: ¡Dios, Dios, padres, padres! Y mostrábales el cielo y decíales en romance: ¡Ea hijos que para vosotros venimos y presto os pagaremos lo que por nosotros trabajáredes! Descuidados de aquel embarazo porque fray Luis lo hacía todo, ya que se querían partir el lunes de mañana, llegó fray Domingo de Ara y sus compañeros, muy cansados y molidos y muertos de hambre porque se les había acabado la comida y en todo el domingo no habían comido ni lo tenían y los indios de los pueblezuelos no habían salido de ellos y así venían muy lacerados.

Aquel día empezaron a gustar los caminos de estas tierras que son tales que no se pueden dar a entender si no por la vista; decíanos fray Domingo de Medinilla: que era cosa de burla y que eran llanos como la palma de la mano en comparación de los de adelante; pero nosotros creíamos que lo decía burlando y para ponernos mal ánimo, porque nos parecía querer llegar las cuestas al cielo y bajar hasta los abismos. Decíanos que los demonios habían hecho aquellos caminos para despeñar hombres, y no se habían de llamar hombres los que por allí andaban y otras cosas de que ahora nos reímos mucho porque hemos visto y cruzado toda la provincia y vemos que difiere aquello a lo demás como la Sierra Morena o la Peña de Francia, de la tierra de Medina del Campo o de la vega de Carmona; pero entonces, como era la primera hornada y no estábamos avezados a aquello y veníamos tan lacerados de la tierra y de los ríos y de la mar, sentíamoslo más que yo lo podré aquí explicar, pues sierras y puertos habíamos visto en España. Cuando llegamos a estas llanuras había también muchos arroyos y lodos, porque aunque aquel tiempo es verano común de las Indias pero en aquella provincia, que llamamos de Zoques, casi todo el año llueve; y dos o tres meses que deja de llover aun llueve muy bien de quince en quince días. Hay árboles tan altos que parecen llegar al cielo, dióles la naturaleza unos estribos que salen del mismo tronco que parecen hechos de cera o puestos por manos de maestros y así tienen los troncos tan gruesos que diez hombres no los abarcaran con los brazos. Hay unas hermosas sierras altas, delgadas y derechas, que parecen un ciprés y ellas y todo lo demás de la tierra tan lleno de arboleda que no se puede creer sino se ve; hay infinitos arroyos amenísimos y de clarísima agua y muy buena, que cría naturalmente oro. Topamos un río muy recio, aunque no muy hondo; pero fue el primero que algunos pasamos en nuestra vida; a fray Domingo de Medinilla pasaron los indios en peso y parecíanlos a los demás, como si vieran al demonio, que era gran crueldad; pero ahora que hemos visto la condición de los indios y el amor con que aquello hacen y cómo se huelgan de hacerlo y tienen por honra que el padre los acepte aquel servicio no lo tuviéramos por tan grave. Comieron en aquel camino una miseria que llevaban y algo temprano porque algunos no podían ir ni atrás ni adelante y algunos iban mal dispuestos y todos necesitados de comer carne, aunque estuvieran en casa; pero después les sacaron de comer del pueblo donde iban y no lo quisieron, pensando poder ayunar; pero aquel día entendieron que era necedad pensar tal cosa si no era para quedarse por aquellos caminos muertos. A cabo pues de cuatro leguas del camino que ya he dicho llegaron al pueblo de Teapa y Tecomaxiaca, que son

dos barrios, y antes que llegásemos al pueblo salió toda la gente a recibirlos y los niños en procesión con la cruz; por cierto no se podían contener en las lágrimas, antes las derramamos con mucha abundancia: viendo con cuanta honra recibían una gente que no conocían, no más de por saber que venían a remediarlos en sus trabajos y opresiones corporales y espirituales, porque ya esto se había divulgado entre ellos y el obispo no les iba diciendo otra cosa. Lleváronlos a la iglesia que tenían bonita en medio de la cual tenían unas andas de plumas verdes y largas, que es cosa preciada entre indios; parecióles a los religiosos cosa riquísima y mucho de ver; después los llevaron al aposento que habían hecho para el señor obispo, el cual estaba adornado de muchos arcos de flores y ramas verdes que era para alabar a Dios. Todo aquello nos parecía cosa de sueño y de encantamiento, aunque ahora que los indios han despertado y conocido lo que tienen en nosotros, vemos que es todo basura lo que entonces hacían, para lo que hacen ahora cada vez que nos ven, porque entonces eran bestias, y muy brutales, en efigie humana, y ahora son hombres de mucha capacidad y cristianos, pero digo lo que nosotros entonces veíamos y algo de lo que ahora sentimos. No se podía la gente apartar de los religiosos y todos los niños se andaban siempre con ellos, haciéndoles aire con unos mosqueadores, porque es tierra caliente y de mosquitos, de unos muy chiquitos que andan solamente de día y de éstos son todos los que nombraremos de aquí adelante, porque los zancudos que atormentan de día y de noche, en Tlacotalpa se quedaron; y por acá en pocas partes los hay y no muchos. Cenaron aquella noche aunque en el camino no habían querido mcrenderar lo que del pueblo les sacaron porque ellos llegaban tales del camino que todo escrúpulo cesaba.

El día siguiente era día de Santo Matía y así por esto, como porque no se podían tener, como también porque llovió desde la mañana hasta la noche, no pudieron salir de allí; predicóles un poco fray Domingo de Medinilla en lengua mejicana, interpretándolo el cacique a la gente en la lengua de la tierra, y estaban los padres espantados de ver como aquel padre predicaba y hablaba en aquella lengua y parecíanles que nunca llegarían ellos allí en su vida y como que se desconfiaban; pero ninguno hubo que en diez días, después que comenzó la lengua, no supiese más que Medinilla, y nos reímos mucho de él porque vimos que no sabía nada y presto no fue necesario intérprete sabiendo nosotros todas las lenguas de la tierra. Contábanos aquellos indios los continuos agravios que de los españoles padecían y daban gracias a Dios que les había dejado ver venir su remedio que decían ser nosotros y rogábanos que poblásemos allí y que nos harían presto casa y nos darían huertas y todo cuanto quisiésemos. Hay aquí y en muchas partes de esta provincia unas avicillas nocturnas que llaman *tzinacan*, que son murciélagos o como ellos; éstos muerden sutilmente, a los hombres cuando duermen, tan mal que se llevan el bocadillo que cogen y tan suavemente que pocas veces duele, ni se siente, aunque sale mucha sangre y comúnmente muerden en las yemas de los dedos de los pies, o de la mano, en el pico de la nariz o en la ternilla de las orejas, y si no pueden allí, muerden donde pueden. Era placer ver cual se levantaban algunos padres a la mañana mordidos en

diversas partes. Fray Luis se descubría los pies para que lo mordiesen porque era pesado y venía lleno de sangre; ya rarísimamente nos muerden a nosotros porque sabemos guardarnos de ellos, aunque no dan pena; como he dicho, antes causan comúnmente risa y placer. Fray Tomás de San Juan iba allí ya bien mal dispuesto y así acordaron de enviarlo adelante en una hamaca. Hamaca es una red de cordeles delgados de un arte hecha, que sin verse no se puede bien declarar, y atan los extremos de ella a una vara recia y de una parte y de otra llevan sobre los hombros al que va en ella sentado. Es cosa bien apacible ir allí, aunque algunos se almarean y en estas duermen comúnmente los indios, los hombres digo. Estas usan ellos para llevar a sus señores y principales y a los enfermos y en éstas andan ahora las mujeres de Castilla que van en camino y aun los españoles se hacen llevar en éstas cuando van a sus pueblos, especialmente cuando es mal camino por donde no pueden ir a caballo. En una de éstas enviaron a fray Tomás con gran voluntad y placer de los indios porque no había caballo ni por aquellas sierras se pudiera tener en él, aunque lo hubiera, porque iba malo y con gran trabajo lo habíamos llegado allí. Aunque este pueblo era grande; pero entendieron allí que no era posible ir todos juntos, porque darían gran trabajo a los indios en llevar tanto hato de una vez y en hospedarlos, y que pasarían hambres y necesidad, y así se dividieron en dos partes, fray Tomás con nueve compañeros tomó la delantera y fray Luis quedó allí con los demás para que llevasen ventaja los unos a los otros y así hallaban donde comer y dormir y que llevase las cargas y lo necesario. En pasando el pueblo se pasa un gran río donde se vieron en trabajo los religiosos porque lo pasaron a pie desnudos en túnica y el escapulario al cuello como beca. Estaba muy frío y dábales a los pechos y no lo osaron pasar sino que los indios que llevaban las cargas iban asidos de ellos dos o tres indios con cada fraile; no tenían otras túnicas que se vestir, y así este día como otros muchos enjugaban las túnicas en el cuerpo y pasaron hartos días en estas lavaduras: estaban que se helaban de frío y temieron de no poder ir adelante, y así comieron allí un poquito de pan y queso que llevaban y cierto fue cosa de maravillar no morir cada día los religiosos según lo que padecían, sino que Dios los quería maravillosamente guardar; de la misma manera pasaron los demás cuando allí llegaron. No hay necesidad de repetirlo todo, pues lo que era de los unos era de los otros, excepto el almorzar que no se usaba en todas partes. Fueron aquel día solas dos leguas de un trabajoso camino, y mucho de él se iba por agua, por otras partes había grandes lodazales, por otras ásperas cuestas; pero llenas de arroyos muy frescos. Había por aquel camino rastro de los recibimientos de el obispo, casas de ramos y otras cosas. Llegaron aquel día a un pueblezuelo donde no hallaron sino al cacique viejo con otros tres o cuatro porque toda la gente había ido a dejar al obispo al otro pueblo de adelante; pero como eran pocos todavía hubo de comer, aunque poco para la necesidad que traíamos. En este tiempo venía el padre vicario con sus compañeros a gran prisa el río arriba y porque les llovió mucho, cargaron terriblemente los mosquitos sobre de ellos que los comían vivos; y así muy cansados y pobres llegaron al pueblo de Tlacotalpa y

como no hallaron allí a los demás, el padre vicario escribió una cedulita al padre fray Tomás de la Torre mandándole que adonde quiera que aquella le tomase lo aguardase con todos los religiosos. Esta vieron los que estaban en Teapa y luego la enviaron a fray Tomás que había pasado a Istapangajoya adonde los alcanzó aquel miércoles que allí llegaron; digo, es de verdad, que ni de los unos ni de los otros hubo quien se holgase con ella, porque entendían que la voluntad del padre vicario era llevarlos a todos juntos y de lo pasado del mar y del río y de tierra tenían visto que era muy gran trabajo; pero en fin no se mudaron de allí, sino hicieron lo que les mandaban. El padre vicario llegó martes a Tlacoatalpa y miércoles a Teapa, y de allí con todos los que halló vino el jueves a Istapangajoya hechos todos una sopa de agua porque llovía muy reciamente. Después que los que allí estaban les lavaron y enjugaron y apiadaron; quisieron pasar aquel día adelante pero ni en aquel día ni en el siguiente cesó de llover, y así no pudieron salir de allí hasta el sábado. Fray Domingo de Medinilla que aun no era sujeto al padre vicario quitóse de ruidos porque sabía el trabajo que había de padecer y fuese delante aquel jueves de mañana diciendo, que sería bien irse a la ciudad para enviarnos algún refresco; pero ya teníamos entendido que no se daría mucha maña a ello y por eso ni se nos daba nada que se fuese ni que se quedase.¹⁾

CAPITULO XL

Prosiguen los religiosos su viaje hasta llegar a la Ciudad Real

El sábado de mañana salimos de Istapangajoya y el cacique nos dio indios que nos llevasen las cargas; y a estos que llevan así cargas llaman los indios *tlamemeque*; pero los españoles corruptores de la lengua los llaman *tamemes*. Díónos también unas tortillas y naranjas y plátanos que hay allí muchos y hasta dos libras de pescado, que con haber comido poco les habíamos dado trabajo en proveernos por ser muchos, y el padre vicario le dio a él donecillos de cosas que traíamos de España, como comúnmente hacía a todos los caciques y porque con lo mucho que llovía no se podía pasar el río que antes habíamos pasado y aquel día se había de pasar cuatro veces por el camino real, lleváronnos por otros caminos por unas sierras en que²⁾ no he de saber decir que tales son y que por mucho que diga no se han de entender sin verlas, no digo más sino que son los que el agua hace cuando llueve y hace arroyos por las sierras abajo, y así son los caminos comúnmente en esta tierra; subimos asidos con manos y pies colgándonos de las raíces de los árboles, que hay muchos que ni dejan ver el sol ni el cielo. Hay fresquísimos arroyos por aquellas quebradas; pero como íbamos en ayunas pocos bebían de aquel agua, aunque íbamos sudando a chorros; pensamos ir a comer tres leguas de

1) Aquí concluye el capítulo XLI: Remesal V. 11.

2) *porque sé que*, tachado en original.

allí a un pueblo que llaman Xiloxuchiapa, pero en más teníamos andar allí una legua que en España tres, y así no pudimos llegar. Ibamos con todo esto cantando salmos a altas voces sin poder alentar; pero el padre vicario nos animaba mucho a cantar porque la devoción nos quitase el hambre porque su grande espíritu y devoción le hacía parecer sacrilegio no ayunar una gente, que su vida había de ser los milagros con que los indios se habían de convertir, y trayéndonos a la memoria los hechos de los santos padres nuestros, nos esforzaba a trabajar. Como no pudimos llegar al pueblo, comimos de aquello que llevábamos en un arroyo: apenas nos cabía a una onza, pero algunos no podíamos comer aquello de desmayados; otros que llevaban alientos para comer un buey ibanse a un arroyo y allí con agua procuraban matar la hambre. Esto padecimos por aquellos caminos y no solamente; no se añade más, pero aun se quitan muchas cosas por no gastar tanto tiempo en escribirlas. A la tarde llegamos más muertos que vivos al lugar de Xiloxuchiapa. El cacique nos abrazó a todos con gran regocijo; pero viendo que no había aparejo para estar allí el domingo y que nos comían los mosquitos, acordamos de bajar a dos casas de españoles que nos decían estar casi una legua de allí al pie de la cuesta, y así la bajamos o la rodamos porque es áspera y muy larga. Llegados a casa de los españoles hallamos allí a fray Domingo de Medinilla que no había podido pasar adelante, hallamos también a fray Tomás de San Juan contando del peligro que en aquel río había pasado, porque por ahorrar camino los indios habíanlo llevado por el río y como iba tan crecido no se podían valer a sí ¹⁾ y si acaso no se hallara allí Segovia que bajaba por el camino de las sierras que se junta allí con el otro camino, sin duda se ahogara; pero Segovia y muchos indios que iban con él se arrojaron al agua y con ayuda de Dios le dieron la vida. Este padre estaba ya para entrar en la barca y por no sé qué estorbo se quedó y después en el río de Tabasco se comenzó de noche a anegar su canoa, y a las voces acudieron los demás y lo remediaron y ahora aquí se hubiera también de ahogar. Diéronnos aquella noche colación de una conserva que el señor obispo nos había dejado y fray Domingo nos lavó los pies y limpios, y muertos de hambre, nos acostamos sobre unos sartos de palos que acá llaman los españoles barbacoas y porque no había ropa ninguna más que los palos y los hábitos y sentíamos frío hicimos algunos grandes fuegos: el día siguiente porque era segundo domingo de cuaresma y aún las cargas no eran venidas de Xiloxuchiapa; y porque no nos podíamos tener, nos quedamos allí. No estaba presente el principal español de aquellas casas y porque su mujer no tenía que nos dar, no osaba ella ni los demás parecer delante de nosotros. Después que dijimos una misa para todos queríamos matar la hambre con yerba buena que hay por allí y no podíamos; allá bien tarde nos enviaron creo yo lo que para sí habían aderezado, que no bastaba para hartar a cuatro, y aquello comimos entre todos y pasamos aquel día mucha hambre y necesidad. Otro día de mañana viendo que las cargas no venían, dejó el vicario allí a fray Pedro Cabrera y fray Luis que las esperasen, y nosotros tomamos nuestro camino y llevamos a fray

1) y la hamaca y algunos arrancábalos el río de la hamaca, tachado en original.

Tomás de San Juan con nosotros a pie y cayendo y levantando. También tuvo allí el padre vicario una calentura y así iba mal dispuesto; envió desde aquí a Rodrigo López por la parte del ható que él dejó en Tlacoatalpa; pero los caciques lo enviaron de pueblo en pueblo sin que nada faltase y así nos tornó a alcanzar presto con ello: envió también delante a fray Domingo de Medinilla y con él a fray Alonso de la Cruz; también compró aquí una botija de vino y holgáramos que fueran seis, que nos hicieran más al caso que el ornamento para que según andaban los pesos que nos dieron en Tabasco. En saliendo de casa nos desayunamos, con pasar el río ayunos, iba muy frío y dábanos a las cintas; aun no venían bien enjutas las túnicas cuando aquí las mojamos otra vez, porque no bastaba nuestro calor apenas para vivir cuanto más para enjugar la ropa, porque como ya dije, no traíamos entonces otra cosa. El camino era como los pasados asperísimo pero cubierto de árboles que nos defendían del recio sol que hacía y cada tiro de ballesta topábamos un fresco arroyo. Es el camino un pie de ancho, como todos los demás, y así íbamos todos enhilados como es costumbre de los indios, aunque vayan mil; va a las veces por las lomas de los cerros con grandes despeñaderos a los lados que pone espanto. Algunas bajadas de cuestras hallábamos puestas pasamanos a manera de barandas a que nos asíamos para poder bajar. Acabósenos la arboleda y íbamos muertos de hambre y cansados; hablaban algunos de los trabajos que pasábamos y contaban de la suma pena de España a dónde llega y cuánto regalo nos fuera entonces comer pan y agua sentados en un refectorio regado; contemplábamos a los frailes que aquella hora salen de vísperas y van a comer al refectorio buenas viandas y a beber vino frío y con esto nos consolábamos en nuestro trabajo, sin saber dónde ni qué habíamos de hacer.¹⁾

Moraba en una quebrada que hace entre aquellas grandes sierras junto a un río, un cristiano que se llamaba Pedro Gentil. Este era casado con una honrada y devota mujer y entreambos tenían cédula de hermandad y eran hermanos de nuestra orden allá en España. Como supieron de nuestra venida, aderezaron lo que supieron que habíamos menester y viniendo nosotros cansados y más de lo que he dicho, llegamos a unas casas sin saber lo que en ellas teníamos: que hecha oración en un devoto oratorio que entre las casillas había, llevónos luego aquel cristiano a su casa, donde fuimos alegremente recibidos de su mujer y en entrando por las puertas vimos las mesas puestas con manteles alemaniscos hasta el suelo y encima muchos vasos y porcelanas con muy buen pan y muchos melones de Castilla. No os sabré decir con cuanta devoción y lágrimas nos llegamos a aquel santo altar que el señor nos tenía en aquel desierto ya aparejado donde nos dieron una limpisima y abundante comida y bebida, no de cacao sino de muy excelente vino de Guadalcánal; por cierto nosotros topamos lo que habíamos menester y muy menester. Comimos aquel día allí con mucha alegría servidos de nuestros huéspedes y hermanos, que eran por cierto muy devotos y caritativos, sino que los echó su desdicha a mala tierra para poderse salvar. Tenían cerca de allí pueblos que los servían y proveían largamente de lo que

1) Aquí concluye el capítulo XLII; Remesal V, 12.

habían menester, y no solo este día nos consoló, pero después veces muchas andando visitando la tierra y los lugares de los indios han aportado por allí los religiosos cansados y han hallado allí lo que este día nosotros; y los han lavado y servido en sus dolencias. Dios les dé gracia para que alcancen misericordia como se la deseamos. Por aquí pasó el señor obispo y dejó malo aquí a fray Rodrigo al cual hallamos malo en cama y lloró mucho con nosotros y nosotros con él. Dejónos aquí también el obispo a un clérigo mancebo y buen hombre que sabía la lengua de la tierra para que nos guiase y ayudase en el camino. También nos dejó una botija de vino, que lo habíamos bien menester. Aquí nos vino a ver un cacique y recomendárenos, diciendo que: porque mostraba que le pesaba de los agravios que los españoles hacían a sus indios, le habían quitado su cacicazgo. Díónos Pedro Gentil pan de maíz y huevos para el camino y alpargatas porque algunos iban descalzos y así nos despidió. Fray Rodrigo no estaba peligroso aunque estaba cansado y flaco y así lo dejamos allí y quedó con él fray Cristóbal Pardave para que lo cuidase y sirviese. En saliendo del pueblo pasamos dos veces el río en ayunas y fuimos aquel día por un camino fresco; pero no nos quitaban los árboles el sol y así padecimos mucho trabajo y calor porque todo es de cuestras ásperas como las demás. A la mitad del camino hallamos en un arroyo mucha gente, y así indios como indias como muchachos, que eran de un pueblo que está entre aquellas sierras, y habían salido allí a vernos y a traernos huevos y pan de aquellos bodoques, que arriba dije. Allí nos hartamos de huevos cocidos que era ya medio día y pasamos adelante. Llevábamos doliente y a pie a fray Tomás de San Juan con gran trabajo y el padre vicario iba también a pie con actual calentura, cayendo y levantando. Por cierto no se puede pintar lo que en este camino se padeció. A la tarde llegamos a un ingenio que se hacía al pie de unas altas sierras, donde estaban dos españoles que entendían en la obra y allí también era la habitación del clérigo que venía con nosotros. Bajaron de un pueblo que está en aquella sierra más de quinientas personas a recibirnos; recibiéronnos en procesión y tenían hecha una calle de ramos hasta la iglesia y muchos arcos muy frescos que nos puso en devoción e hizo derramar lágrimas. Hecha oración y cantada la salve en la ermitilla, nos fuimos a una gran casa que allí está donde había unas grandes barbacoas en que descansamos aquella noche. Viendo el padre vicario el trabajo que se pasaba y qué tales veníamos, acordó que esperásemos las cargas allí aquel día que escribió a fray Luis que viniese presto, porque allí venía bizcocho y algo con que nos podíamos rémediar; pero había tan mal recaudo que fray Luis hubo de volver a Xilocuchiapa y apenas con trabajo los arrancó de allí. Como descansamos allí el miércoles, luego adolecieron fray Jerónimo de San Vicente y fray Jorge de León y fray Alonso de Noreña. Habíamos de subir en saliendo de allí, la cuesta de Tlapilula, que es afamada en toda esta tierra, y viendo el padre vicario que caían tantos malos y que todos íbamos en disposición de caer, dio licencia para que los flacos almorzasen y así almorzaron allí a un huevo asado cada uno. En saliendo de la posada comenzamos a subir aquella espantosa cuesta a las veces en pie a las veces a gatas donde todos espe-

cialmente los enfermos padecieron gran trabajo. El padre vicario nos decía que el que no pudiese que no ayunase, porque él no se atrevía a dispensar o dar licencia; pero con esto no había nadie que dejare de ayunar hasta entonces. Llegamos tales al cabo de la cuesta que vimos ser imposible pasar de allí sin comer, y así el padre vicario como todos, bebimos allí en una fuente clara con un poco de pan y queso. Desde allí se adelantó el clérigo y fray Pedro Rubio para hacernos de comer en un arroyo, mas no hallaron agua hasta tres leguas de allí que para nosotros y en aquella tierra eran doce. Ibamos muertos por aquellos soles y añadióse-nos el trabajo que habían pegado fuego a los montes y pasábamos corriendo a las veces saltando por sobre el fuego con no ser el camino más ancho que un palmo. A hora de vísperas topamos con nuestra gente tales cuales podéis considerar y ya no íbamos todos juntos porque ya no podíamos andar; pero el padre vicario aguardaba a los cojos y enfermos. Volvió luego el clérigo en su busca con un jarro de agua y un poco de conserva que nos había dado, y con aquello les ayudó a venir a los que apenas se podían menear; y no bastara aquello si Dios no trajera por allí a un vizcaíno en un caballo que viéndolos cuáles iban se apeó, que subida la cuesta había razonable camino y traía a uno y volvía por otro. El padre vicario con venir con una calentura que se asaba no quiso subir él sino que los demás subiesen en el caballo, padeciendo él porque los otros se aliviasen, y así llegó poco menos que muerto, diciendo que había visto el cabo de sus fuerzas y viéndolo a él tal nos animamos nosotros a trabajar con los demás. Llegó también allí enfermo fray Vicente Núñez; no quisimos comer hasta que todos viniesen y así comimos aquel día cuando se ponía el sol. Hasta allí parecióle al padre vicario no entrar en hamaca y lo tenía por sacrilegio; pero allí no pudo dejar de condescender con el ruego de los padres más antiguos viendo cuales iban los frailes y él, aunque consigo ninguna misericordia usó, que siempre fue adelante en los trabajos. Otro día de mañana fue el clérigo a pie a gran prisa a buscar hamacas a los pueblos comarcanos y nosotros quedábamos todo aquel día allí en unos ranchuelos que nos hicieron los indios. Aquel día vinieron fray Juan Cabrera y fray Luis que traían las cargas que podían y dejaban a Segovia y a otro primo suyo que llamaban Roldán, que eran de los que venían con nosotros, en casa de Pedro Gentil enfermos: donde finalmente quedó sepultado Roldán, aunque mozo y recieísimo, pero vencieronlo los trabajos que nuestro señor nos ayudó a pasar. Dejaban a otro mancebo que llamaban Núñez que también iba con nosotros, en Tlapelula aguardando otro poco de hato, pero adoleció allí y acogióse a casa de Pedro Gentil donde despidió el mal echando por las narices infinidad de gusanos. Pesquera quedaba atrás con los libros. Rodrigo López iba adelante con otro hato, y así ya no iba seglar en nuestra compañía. Aquel día que descansamos caímos muchos enfermos que no sé cuántos éramos, más de que no había quien pudiera servir a otro, creo que estábamos trece echados en aquella choza, tres en un colchón del clérigo y los demás en el suelo todos con calentura en un despoblado. La cena de los enfermos a quien dejó la calentura fueron unas migas y a los que no habían comido aquel día les añadieron unos

bledos que trajo allí no sé quién. Después comenzó a tronar y llover y con esto los sanos se dieron prisa y hicieron una chozuela con ayuda de los indios en que con mucho fuego pasaron aquella noche. Otro día de mañana, día de nuestro padre santo Tomás, dieron a los enfermos, para esperar la calentura y para caminar, un poco de bizcocho y un poco de queso. Con esto comenzamos a caminar enfermos y sanos por aquellos horribles caminos todos a pie: no podían llevar a los más enfermos especialmente a fray Pedro Calvo que le tomó allí el dolor de tripas que arriba dije, y no podía quitar la cabeza de las rodillas que era lástima verlo y pensamos que muriese. Fray Alonso Portillo no lo podíamos menear, lo llevaban sobre un palo en los hombros fray Vicente Ferrer y fray Francisco de Quezada y fray Domingo de Azcona, otras veces ellos y fray Domingo Vico, que decían en España que se había de derretir al sol, llevaban a fray Alonso a cuestas. Con todo esto íbamos dando gracias a Dios cantando y aunque cuando llorábamos, íbamos alegres, fray Luis corría y discurría de unos en otros dándoles bizcochos y vino y a las veces les cantaba porque comiesen y a las veces lloraba de verlos: al cabo de buen rato topamos al clérigo que venía corriendo con tres hamacas e indios y no se pudo acabar con el padre vicario que fuese en una y así llevaron a fray Pedro Calvo y a fray Tomás de San Juan y a fray Alonso Portillo. A la noche dormimos en aquellos montes en una chozuela sobre un poco de paja. Los sanos comieron solamente unas migas, a los enfermos dieron solo un huevo a cada uno que no había más.

Otro día subieron los tres en las hamacas: los demás fuimos a pie dos leguas de una cuesta como las pasadas. Todas las cuestas y puertos de España son salas barridas en comparación de estas cuestas. Traían con gran fatiga a fray Jorge que venía muy malo a pie. Llegamos de esta manera a un lugarcito que llaman Amatlcan adonde oímos una misa que se dijo por ser domingo y luego nos derribamos por aquellos suelos con nuestras calenturas que ya teníamos; y a otros les vinieron allí. Era lástima de vernos. En este pueblezuelo hallamos refrescos que el señor obispo enviaba de conservas y melones que era todo tan menester como podéis imaginar. Era este lugarejo como un horno cercado todo de sierras; no hay más memoria ni conocimiento de Dios, que ahora cien años, aunque decían el credo en latín sin que palabra de las que decían significase nada en ninguna lengua; y aquello era lo que sabía, el que más sabía en esta tierra. Envió desde aquí el clérigo a rogar a otros indios que nos viniesen a ayudar en hamacas; pero dijeron que ya el gran padre era pasado y lo habían hecho fiesta, que nosotros éramos padrecitos, que no querían venir y así nos hubimos de ir el día siguiente. A fray Pedro Calvo y a fray Alonso Portillo y a fray Jorge llevaban en hamacas fray Tomás de San Juan no podía ir a pie y quedó con él allí fray Francisco de Quezada. Como los indios se vieron solos con fray Pedro Calvo decíanle: Bellaco bueno vas y gordo, vete a pie y echábanlo en el suelo y el pobre estaba anudadas las tripas que no se podía menear hasta que lo levantaban. Aque! día caminamos con gran sol y en el camino no había árboles si no es en los arroyos que los hay allí muchos

y muy frescos. Habíamos de subir aquel día para llegar al lugar, una cuesta casi de una legua y es tal que con estar ya nosotros hechos a cuestas cuando visitamos los indios siempre ordenamos la visita, de suerte que bajamos aquella cuesta y no la subimos por su aspereza y por el sol que hiere allí, y la gran calor. Al pie de ella se pasa un arroyo que tienen por achaque los indios que adolece el que lo pasa y nosotros lo hemos experimentado y así nos pasaron por allí a cuestas y allí bajaron indios con un poco de comida, y allí hicieron los indios fuego y nos asaron huevos y en una olla de miel que nos traían, que decían ellos que era virgen y muy buena, cocieron aquellos bodeques y así comimos y nos esforzamos a subir la cuesta; pero apenas dábamos veinte pasos y luego nos echábamos que no podíamos alentar, pero el padre vicario tiene una gracia especial en esto que era ir cual podéis imaginar que iba sintiendo por propios los males de todos; en sentándose un enfermo se sentaba él también y hacía que todos se sentasen y mostraba que no se le daba más por llegar hoy que llegar de aquí a un mes; y aquel era gran consuelo para los flacos. Yendo con esta aflicción en medio de la cuesta tomamos a Rodrigo López y a un cristiano en un muy fresco arroyo. Enviábanos con aquel español el señor obispo, refresco, y así nos tenía allí una cesta de roscas de pan de Castilla que desde Santo Domingo no la habíamos visto y una caja de conserva y un gran jarro de vino con una galana vasija para beberlo. No podéis pensar el regocijo que sentimos, tanto que con lágrimas lo bendecimos y dimos gracias a Dios. Nunca bocado de pan ni trago de vino tomamos tan suave en nuestra vida, como aquel, porque íbamos para expirar y desmayados del agua del arroyo. Con aquello comenzamos a caminar y resucitamos a fray Alonso de Villalva que lo hallamos caído con una gran calentura, que hasta allí venía bueno; pero aun nos quedaba la cola por desollar y lo más agrio de la cuesta por subir, que era una fuerza de indios donde se subían cuando las guerras de los cristianos y nunca allá llegaron, sino que como los indios supieron que veníamos, a manadas se arrojaron a aquellas cuestas abajo y en un punto nos tenían en hamacas sobre la cuesta y a todos los enfermos. Tenían desde lo alto hasta la iglesia hecha una calle de ramos con muchos arcos de hojas y flores, recibieronnos con un gran mitote que era para alabar a Dios. Tenían en la iglesia muchas y muy gran cidras, las mayores que en nuestra vida vimos y muchas naranjas que traen de huertas que allá abajo tienen: junto aquel río tenían hecha una casa de ramos verdes la más fresca que se puede imaginar, donde diéronnos de comer a los sanos muy bien, mucho huevo cocido y fruta y a los enfermos gallinas. Aquí vinieron todos los pueblos comarcanos y numerosas gentes desnudas a vernos, si no los principales que venían vestidos a la manera que los de Yucatán y sus mujeres también; los demás hombres y mujeres todos venían como allá arriba dije, que todos es una cosa y no lo hay para qué repetir. En cada pueblo traíannos presentes de plumas verdes, huevos, pescado, pan, gallinas, frutas en gran abundancia que nos hacían llorar de placer de verlos y de lástima por otra parte, porque por aquí casi todos eran infieles y los bautizados eran como ya arriba dije sin ningún conocimiento de Dios. Por interés-

prete les decíamos algo pero todo era aire porque ni nosotros sabíamos lo que le habíamos de decir, ni el intérprete lo entendía y por consiguiente no lo podía volver, como después hemos largamente experimentado. Aquí comienza gente de otra nación y lengua que se llaman *quelenos* y comienza desde allí ya su tierra fría y hacía por allí nieblas y habíamos menester lumbres. Había tanta gente para llevar las cargas y hamacas que a porfía andaban sobre quién lo había de hacer; pero no quiso el padre vicario que fuesen en hamacas sino los que iban muy enfermos. Otros fueron en caballos que el obispo envió, porque pasadas dos leguas era ya hasta Chiapa camino llano; digo hasta la ciudad de los españoles. Otro día partimos de aquel pueblo y fuimos a otro que llaman Nistlan, adonde por no ser prolijo, no cuento los recibimientos que nos hicieron que fueron muchos y mayores que hasta allí y más gente hubo que en el pueblo pasado, porque creo que no quedó hombre ni mujer en los pueblos al rededor que no nos viniesen a ver. Poníamos en admiración ver lo que con nosotros hacían con nuestra venida, diciendo que veníamos a enderezar sus corazones y a sacarlos de sus pecados y a darles a conocer a Dios, mostrando gran deseo de las cosas de Dios; cada hora derramábamos lágrimas, acordándonos de nuestros amigos que no quisieron venir con nosotros viendo lo que perdían y deseábamos que ya hubiese mensajero para escribírselo, como ellos nos lo habían rogado.

Aquí pasamos en casa del cristiano a quien aquel pueblo sirve; había muchas azucenas y flores de Castilla con que nos consolamos. Venían los principales a rogarnos que fuésemos por sus pueblos, pero nosotros no sabíamos la tierra y así por donde nos llevaban íbamos. La comida que traían tomábansela por hacerles placer y dábamosela a otros, que eran tantas las gentes que venían que los lugares no los pudieran mantener, sino lo que unos nos daban dábamos a otros y eran tantas las alegrías que estos bárbaros nos hacían, que parecía que sus corazones les daban a entender el bien que les venía, que a la verdad fue el mayor que ellos jamás tuvieron ni merecieron tener. Otro día fuimos algunos en las hamacas, otros en sus caballos y el vicario con los sanos a pie a comer a un pueblo que llaman *Ixtacustuc* que es una buena legua. Tenían por fiesta abierto camino nuevo junto al viejo; fueron tantas las fiestas, arcos, calles de ramos, casas de flores que todo lo pasado no había sido nada, que no por ser tan largo no lo cuento en particular, gente y numerosa comida, presentes muchos. Salidos de allí fuimos a otro pueblo que llaman *Muztenang* donde tenían casas nuevas en que posásemos porque estaba allí un mestizo (*éste es Sanché de Solórzano*) que nos había ido adelante a ver y aquel había traído de su casa aderezo para darnos de comer. Recibiéronnos con cruz, sin creer en ella ni ser cristianos como después hallamos, porque a todos estos pueblos que he dicho nosotros los hemos después alumbrado y bautizado y destruido de ellos el culto de los ídolos, como adelante se dirá. Allí vino un cacique y, dejadas muchas cosas que con nosotros pasó, la causa de su venida era que viéramos si un indio que traía consigo estaba instruido en las cosas de la fe, porque lo llevaba para que lo enseñase a él y a los de su pueblo, porque decía que deseaban conocer a Dios y dejar las cosas de sus antepasados, y que los cristianos a quienes tributaban, no les habían dicho

ni enseñado cosa ninguna. Haciannos estas cosas gran lástima, viendo en España tantos buenos deseos sepultados que se pudieran bien emplear. El predicador sabía el credo en latín y los mandamientos en romance y aquello iba a enseñar. ¡O ceguedad grande de cristianos que el que más mostró a los indios fue una o dos veces en el año cuando iba a ver a sus ganados y coger sus tributos! Juntábalos a palos en la iglesia y deciales el credo en latín y los mandamientos en romance, si los sabía; y los oí yo alabarse muchas veces de esto que habían hecho, y llamar a los indios perros emperrados que no querían saber las cosas de Dios ni creer en él; y después que los religiosos les dieron a conocer a Dios en su lengua, había quién dijese: que destruíamos la tierra y que éramos locos, que enseñábamos las oraciones y artículos en lengua de indios y hacían que no la dijesen en lengua de cristianos, que era una calderería ver los indios cantar la doctrina en su lengua que no sabía él si llamaban a Dios o al diablo. Mira qué seso, mira qué prudencia de cura, que sé yo que tiene cinco pueblos que lo sirven con condición de que los traiga a conocimiento de Dios. Largas serían de contar todas las locuras y desvaríos que sobre esto hemos oído, queriendo insipientísimos hombres convertir la sabiduría a su insipiencia.

Esto he dicho para que se vea el deseo que en estos indios hallamos de la fe y el ayuda que los apostólicos conquistadores han tenido, con no tener otro color que dar a sus conquistas y tiranías sino que, por hacer a estos cristianos, fue justo todo aquello. Otro día de mañana fuimos dos leguas a una estancia de la madre de fray Domingo de Medinilla, donde nos decían que había todo recaudo para comer; pero llegados allí, no hallamos nada; de lo que llevábamos comieron algunos que no podían ya andar, otros no comieron de ello por estar con calenturas; y otros porque querían ayunar y querían guardar para comer después. Partidos de allí fuimos camino de la ciudad a vista de la cual hallamos en un arroyo muchos mejicanos en una ramada, que nos tenían allí muchos melones de Castilla. Desde allí se volvieron todas las hamacas y los religiosos fueron todos a pie acompañados de algunos indios principales, excepto los que de ninguna manera podían caminar que fueron a caballo hasta un río que se pasa junto a la ciudad, desde donde entraron a pie todos y algunos cayéndose con la calentura.¹⁾

CAPITULO XLI

De la fundación de Ciudad Real y conquista de aquellas provincias que llaman de Chiapa

Habiendo de tratar de la Ciudad Real de Chiapa por las muchas cosas que en ella acaecieron a nuestros religiosos, será razón dar alguna luz de aquesta ciudad y sus provincias y cómo se sujetaron y cuándo se conquistaron; en que conocidamente nuestro Remesal padece engaño en decir que su primera conquista la hizo Diego de Mazariegos por haberse rebe-

1) Aquí concluye el capítulo XLIII; Remesal V, 12.

lado a la obediencia que habían dado a su Majestad (*lib. 5, cap. 13, fol. 317 v.*)¹⁾ pues que las conquistó el Capitán Luis Marín el año de 1524 por la cuaresma, como latamente refiere Castillo que se halló en aquesta conquista, y pasó el caso de esta manera (*cap. 166, fol. 317 v.*).²⁾ Conquistada la ciudad de Méjico, trató Cortés de ir reduciendo otras provincias; y entre ellas sujetó la que está sobre el mar del Norte y confina con Tabasco y la provincia de Oajaca. Allí se fundó una villa que llamaron Guazacualco con muchos conquistadores, entre quienes se repartió aquella tierra y especialmente lo que tira a la provincia que hoy se llama de los Zoques. Estos acudían mal con sus tributos y cada día se levantaban y mataban a los encomenderos que solían ir a cobrar sus tributos, a cuya causa, enviando Luis Marín con doce soldados y otros indios de ayuda, para que los redujesen a que estuviesen de paz y cesasen aquellas hostilidades, entre ellos fue el mismo Castillo; y saliendo los indios de guerra los desbarataron y mataron a los más de ellos y casi milagrosamente escapó aquí el mismo Castillo como él cuenta. Viendo esto Luis Marín y que no se podía hacer cosa alguna para traerlos de paz, se fue a ver con Cortés a Méjico para tratar de aqueste negocio, quien dispuso que entrase Luis Marín con la gente que le dio y otra que había de salir de la villa de Guazacualco y fuesen a sujetar aquellos pueblos y en especial aquella nación chiapaneca que era la más belicosa y valiente de todas aquellas provincias, nación que nunca pudo sujetar Montezuma, antes hacían grandes hostilidades en sus vasallos; y así viven muy engañados los que piensan que éstos fueron procedidos de los que traían los tributos de Nicaragua a Montezuma y que allí se fundaron para tener descanso en el camino. Es verdad que ellos proceden de aquella provincia de adonde se vinieron muchos años antes de la entrada de los españoles, buscando tierras en qué vivir como otros muchos, viniendo todos de hacia aquella parte, como se ha dicho. Estos habían hecho sus fortalezas en unos peñoles o eminencias que están sobre el gran río que hoy se llama de Chiapa, y siendo indios osados y valientes daban guerra a todos los comarcanos y los tenían como sujetos, trayendo indios de los que rendían y fundando unos pueblezuelos junto a sí, que tenían como a esclavos y les labraban y cultivaban sus tierras, con que ellos se daban solo a la guerra. Sobre éstos como más valientes y belicosos vino Luis Marín por los principios del año del 1524 al mismo tiempo que Alvarado estaba en las conquistas de Uatlán y viniendo Luis Marín con su gente por Xucuxuchiapa aportó a Istapa y saliéndoles allí un grueso ejército de indios chiapanecos se vieron en gran conflicto por ser gente esta muy belicosa; pero con el ayuda de Dios los hubieron de vencer y tomando después la marcha para el pueblo de Chiapa le salieron al encuentro otras gentes con quien tuvieron otra recia batalla en que casi todos salieron heridos y hubo algunos muertos; y retirándose los indios, pensando ellos que los llevaban de vencida, de repente le salieron muchas emboscadas con muchos artificios que hicieron para poder coger en ellos los caballos, pero no fue posible sino que también quedaron vencidos, con lo cual

1) Remesal: *Historia*, I. p. 375.

2) Castillo: *Historia*, cap. CLXVI.

pasados de la otra parte de aquel río caudaloso trataban de rehacerse para venir con más pujanza; pero disponiéndolo Dios mejor, movió a los indios que ellos tenían como esclavos que se levantasen contra sus dueños y avisando aquella noche al ejército que estaba en vela les prometieron a la mañana canoas para pasar y un vado razonable. Como lo prometieron así lo hicieron y a la mañana venidas las canoas se arrojaron al agua y acudiendo luego los indios a la defensa del vado, hubiéranselo defendido bien porque los españoles no podían tomar tierra; pero sobreviniéndoles por las espaldas sus esclavos que se les habían alzado hubieron de ceder al combate por hallarse acometidos de ambas partes, con lo cual pudieron tomar tierra los españoles y acometiéndoles valerosamente se retiraron los indios a las fortalezas de sus peñoles que son muy fuertes; pero enviándoles mensaje de paz asegurándoles volver sus presos y que les perdonarían lo hecho, se hubieron de rendir y dar la obediencia a los católicos reyes. Con esto se fueron sujetando los demás pueblos comarcanos como fueron Copanaguastla, Chamula y Zinacantan que eran los mayores; pero sucedió que desmandándose un soldado, que no dice Castillo cómo se llamaba por su honor, fue al pueblo de Chamula diciendo cómo el capitán Luis Marín les demandaba oro. Diéronle ellos algunas joyas, y viendo él que era poco, echó mano del cacique y lo puso en prisión. Con esto se levantaron los indios de Chamula. Acudió Luis Marín y sabido el caso, puso preso al tal soldado y lo remitió preso a don Fernando Cortés, para que lo castigase, que no se atrevió él, dice Castillo, por ser persona de calidad; y con esto juzgó que se sosegasen los indios. Pero ellos no quisieron sino que se hicieran los fuertes en sus edificios y castillos que costó mucho el ganárselos por ser muy fuertes; pero quiso Dios que se les ganase la fortaleza. Pero cuando entraron, ya los indios habían huído por otro lado; pero después enviándoles mensaje de paz se hubieron de sujetar. De allí se fueron al lugar donde ahora está fundada la ciudad que llaman Zacatlan, que es un llano muy grande de donde fueron sujetando los demás indios de aquellos contornos y tratando de fundar allí una villa conforme había mandado Cortés hubo contradicción por parte de algunos que tenían sus conveniencias en la villa de Guazacualco; y así se dejó de fundar y dieron la vuelta para su villa y de camino fueron castigando algunos pueblos de los que se les habían rebelado de la nación zoque.

Esto quedó de aqueste modo hasta el año de 24 que como no tenían a quién temer porque los españoles estaban lejos, se rebelaron otra vez, así los de Chiapas como todos los demás pueblos comarcanos, que se hallaban muy bien en su libertad; y así despachó Alonso de Estrada que entonces gobernaba la Nueva España, al capitán Diego de Mazariegos con bastante número de gente para que los pacificase y como la mayor fuerza era la de Chiapa, por allí empezaron la conquista. Defendiéronse valientemente porque se habían fortificado en los peñoles que están sobre el río; pero viéndose ya ellos sin poder resistir a los españoles se precipitaron muchísimos al río donde muchos perecieron sin duda temiendo el castigo por su rebelión. Habiéndose ganado los españoles y sujetado aquellos indios tan belicosos, se fueron sujetando los demás, con lo cual trataron de hacer la fundación de la villa que se les ordenaba en las instruc-

ciones que se les habían dado y dando después vuelta al pueblo de Chiapa dispusieron la fundación dándole asiento en aquel llano una legua apartados de la población de los indios, aunque no de propósito, sino mientras se hallaba sitio más acomodado y así a principios del mes de marzo de 1528 se nombraron alcaldes a Luis de Luna y Pedro de Orozco. Poco duraron en este sitio porque luego se pasaron al lugar de Acatlan y a treinta y uno del mismo mes de marzo le dio asiento a la Ciudad o Villa Real, que ese nombre tuvo por entonces aunque después la llamaron San Cristóbal de los Llanos. Hecha aquesta breve relación de la conquista de aquestas provincias de las Chiapas, quiero proseguir para su más claro conocimiento de lo que fray Tomás de Latorre en su historia manuscrita prosigue tocante aquesta ciudad, para que de allí prosigamos el hilo de aquella historia y de la nuestra. Prosigue pues en el capítulo siguiente y dice:

“Pues tanta memoria se ha de hacer de esta ciudad, justo es que digamos qué ciudad es y de su asiento. En lo mas alto de todas estas sierras se hacen unos hermosos llanos que a partes tienen una legua y por partes más y están tan cercados de sierras muy altas, que el agua que llueve y la del río y las demás fuentes, que son muchas, grandes y hermosas, y arroyos que es muchedumbre, no tiene parte ninguna por donde desaguar sino unos secretos agujeros por donde al pie de una sierra se embebe el río y los arroyos que haya recogido consigo y al cabo de dos leguas sale detrás de unas sierras grandes muy grande más que entró aquí. En estos valles está una población de españoles que los indios llaman Zacatlan, por la propiedad del lugar que es dehesa o yerbazal; pero los españoles la llaman Ciudad Real, que es en el reyno de Toledo. Añádenle la Ciudad Real de los llanos de Chiapa porque así se denomina esta tierra del principal pueblo de ella que es de indios y se llama Chiapa, de quien después diremos. Es la ciudad bien fría y caen hielos de noche, y se queman las hortalizas y los cogollos de los árboles; pero mientras hace sol ningún frío se siente aunque no estén al sol; también hace frío por San Juan, como por Navidad que hace sol, que por San Juan llueve y hay nevadas que se queman los árboles y se hiela el agua. Los españoles siempre tienen fuego; pero los religiosos pocas veces nos llegamos a él. Es muy apacible vivienda, el tiempo ayuda a todo recogimiento, a oración y a lección, no se siente pena con los ayunos, hay nieblas por las mañanas por tiempo de los soles; pero no son dañosas, aunque anden por fuera de casa. Con ellas dicen los indios que se ha visto anegado todo aquel valle por no poder despedir por aquellos ocultos agujeros tanta agua como recibe; pero ni se ha visto en nuestros tiempos ni de antiquísimos indios que ahora viven (*el año de 1592 se taparon los caminos y los sumideros, y entró el agua hasta las calles; lo mismo el año de 1695*). Danse todas las cosas y semillas de Castilla en grande abundancia así como cebollas, ajos, habas, lentejas, lechugas, coles, rábanos, espinacas y todo lo demás que mandáredes; dase todo género de flores así como claveles, azucenas, lirios, alelíos, rosales, y cuanto hay: de todo, gran abundancia. Es tierra la de esta ciudad aptísima para muchas frutas de las de Castilla, y así hay muchos árboles, al presente especialmente en casa hay duraznos, albaricoques, ciruelas, almendras y un nogal y

guindas: no hemos visto la fruta todavía, porque casi todas las cosas dichas las hemos nosotros procurado y traído de diversas partes e impuesto a los indios para que las planten y aun plantádoselas nosotros y cavádoles los hoyos; y de las más de estas cosas fuimos nosotros quien las trajimos y de las otras las hemos hecho multiplicar y las que los españoles tienen, digo albaricoques, almendras, nogales, guindas, rosales y de las semillas y flores nuestras, nosotros se las hemos dado o los árboles o los cuescos; lo que hallamos y en pocas casas, eran duraznos; pero aun de esos trajimos gran número de cuescos de Méjico y así se han multiplicado, y es su propia tierra y haya ya en mucha abundancia y cortada una rama de durazno y hincada en la tierra nace como de hueso. Y esto basta del sitio y ciudad, que acá llaman, que tendrá sesenta vecinos españoles; aunque hay otros mejores sitios en que pudieran poblar por ser allí el medio de la gobernación y provincia y estar en comarca de ella; y aquí acuden todos los indios de la comarca, y vienen a pagar sus tributos y servir a los españoles y a los mercados, y a las cosas de justicia y a todas las que se les ofrecen; y así hay aquí siempre grandes concursos de ellos; y aunque en el mismo valle pocos hay al presente poblados que apenas serán trescientas casas; pero presto serán muchas más por los principios que están echados, como adelante diremos. Aquí en esta ciudad tienen su silla los obispos de Chiapa, aquí está la iglesia catedral y la justicia de la tierra. Aquí venimos nosotros guiados, y aquí se encaminaba el gran tesoro de sacerdotes y siervos de Dios, y cuales la ciudad y la tierra los había menester; porque no había en toda la provincia sino pocos y cuales adelante oiréis, o ya habréis entendido por el fruto que he dicho que hallamos hecho en los indios naturales de ella. Estos pues sacerdotes, que ya habéis oído que venimos, recibieron de la manera que adelante oiréis; recibieron, digo, a los cristianos y apostólicos varones que pasaron a predicar el evangelio de esta tierra: a quien por título de su conversión han dado los indios sin número de tesoros, y muerto infinitos sacándoles oro de las minas, y acabándose los pueblos dándoles esclavos; con los cuales también dicen los gobernadores en las cédulas por donde encomiendan indios que descargan la real conciencia de su majestad porque ellos han de traerlos al conocimiento de Dios y por esta causa les dan licencia para que se sirvan de ellos.”¹⁾

CAPITULO XLII

De la entrada de los religiosos en la ciudad

Desde el río que está cabe la ciudad entramos todos en procesión callando y guiándonos dos españoles que topamos. Nos fuimos a la iglesia y hecha oración y dadas gracias a nuestro señor por las mercedes que nos había hecho en traernos a tierra de cristianos y dar fin a nuestra jornada, nos fuimos a casa de un vecino que se llama Diego Martín, adon-

1) Aquí concluye el capítulo XLIV.

de nos tenían aposentados y fray Jordán había pedido muchas cosas de las que habíamos menester, así como colchones, almohadas, toallas, mesas, manteles y para los enfermos tenía hechas buenas camas y para los demás colchones y almohadas, y tenía hecho un refectorio donde comiésemos y puestas mesas, y un oratorio con altar donde rezásemos, todo lo mejor que él pudo. Aquí en esta casa posamos y descansamos. Llegamos aquí jueves día de San Gregorio después de la tercera dominica año de 1545 a cabo de grandes trabajos y fatigas: acostados los enfermos se fueron los demás a comer, aunque hallaron ruin aparejo. Luego vino el señor obispo a vernos y nos dijo cómo tenía ordenado de salirnos a recibir con los clérigos y toda la ciudad, sino que no pensó que llegaríamos tan presto, y como a él le habían hecho grandes fiestas, cómo había puesto en paz la ciudad, que estaba revuelta con el deán de aquella iglesia; y otras muchas cosas que habían pasado en que le mostraba toda voluntad; pero no era necesario que nadie le dijese la alegría que tenían ellos, que él bien los conocía y sabía qué buscaba *qua sua sunt*. Luego vinieron los vecinos a vernos y mostraron que se holgaron mucho con nuestra venida y hiciéronnos grandes ofertas que con las obras las confirmaron muchos días, porque todos nos visitaban y enviaban limosnas de pan, vino, carnero, gallinas, pescado, huevos, miel, manteca, melones, plátanos, conservas; y de todo lo que habíamos menester nos proveían largamente. Hay aquí también una casilla de la Merced en que había tres o cuatro frailes y tenían por comendador un viejo honrado, antiguo en estas tierras, y conocido viejo del obispo, y como supo que venía alzó reales para salirse de su obispado creyendo que no serían para en uno: porque él y los demás que son antiguos en la tierra no creen más nuestra teología y opiniones que los moros el evangelio; pero el obispo en saliendo del río de Grijalba como esto supo, le escribió que no se fuese de allí sino que lo aguardase porque él haría todo lo que cumpliese a su consolación y le daría pueblo donde se asentase para criar sus ganados y vivir en descanso. *(No se puede dejar de notar aquí la gran falsedad de un cuaderno manuscrito del convento de la Merced de Ciudad Real, que dice que el señor obispo no quiso dar los pueblos sino que todos los dio a la religión, pues como se irá viendo en el progreso de aquesta historia pocos pueblos nos dio el señor obispo por entonces, y los más, porque éramos pocos, se estaban sin ministros, hasta que fueron viniendo más religiosos que tardó muchos años. La causa fue que no se aplicaron a saber lengua y así por esto no consintió que visitasen los pueblos, porque bautizaban sin catecismo, como se verá; y si no, diga cómo cuando el padre Arbolancha mercedario fue provisor no les dio pueblos por lo mismo. Tampoco los tuvimos en Guatemala y por qué no se queja del señor Marroquín? Lo cierto es que uno y otro obispo deseaban tener ministros; pero como no se aplicaban a saber lenguas no administraban. Adelante se irá viendo esto más claro).* Con esto se quedaron allí los padres de la Merced y teníamos su casa desembarazada y aparejada para que posásemos en ella, pero fray Jordán, que sabía lo que nos cumplía, y hallando esta otra casa vacía de los huéspedes, y mayor que la de la Merced, aposentónos

acá; pero en la Merced había tenido y curado a fray Alonso de la Cruz que vino con Medinilla y había estado muy malo y lo estaba. Luego los padres de la Merced vinieron allí y nos ofrecieron todo lo que tenían con gran voluntad y cada día de allí adelante nos guisaban allá la comida de los enfermos y nos enviaban conservas y todo lo que tenían; porque lo podían hacer mejor que los vecinos que tenían muchos ganados y todo lo necesario, y así nos hicieron muchas buenas obras entonces y otras muchas veces, y si quisiésemos decir otra cosa mentiríamos en ello porque eran hombres honrados y de caridad y de buena fama en el pueblo. (*Aquí podrá aprender el padre Vázquez a confesar beneficios*). También acudieron aquí indios de toda la tierra, de cerca y de lejos, y traían-nos muchos presentes y así abundábamos de todo. Los caciques traían-nos buenos presentes de gallinas, miel, frutas y de todo lo que tenían los pobrecitos: venían a traer, unos huevos, otros un pollo, y por ventura con mayor voluntad que los ricos traían, lo que traían, lo poco que tenían. No quedó pueblo ni indio principal que no enviase presente y nos viniese a ver y muchos maseguals pobres también; y queriendo el padre vicario que estuviésemos bien ocupados, desde a tercero día que llegamos, quiso que dijésemos las horas en común y en todas las cosas nos hubiésemos como en convento; y así se hacía: que se cantaba misa, vísperas y completas y fray Jordán que solo estaba para ello, predicaba a las veces en la iglesia y a las veces en la casa; y así comenzó la casa de Diego Martín a ser casa de oración, y la gente venía allí a los oficios y como veían esto y los que entraban allí veían tanto recogimiento como en monasterio y a nosotros jamás nos veían fuera de casa, sino a los dos que salían a proveer de lo que era menester, estaban muy edificadas y muy contentos con el bien que les había venido y los indios concurrían allí, así los del valle, como los que venían a servir como otros de los pueblos, y aunque comenzábamos a aprender vocablos de la lengua mejicana en que les pedíamos lo necesario, pero no para poderlos aprovechar en nada; con todo eso, conocían ya la casa como casa de sus padres. Fray Tomás de la Torre, fray Alonso de Villalva y fray Jerónimo de San Vicente y otros enfermos presto convalecieron; a fray Pedro Calvo de cuando en cuando se le torcían las tripas, que estaba días que ni comía ni se meneaba y así pasó muchos tiempos acudiéndole el achaque muy frecuentemente, a fray Tomás de San Juan y a fray Alonso de Portillo y algunos hermanos legos les duraron días sus enfermedades y los dos primeros llegaron a la muerte y luego convalecieron: fray Tomás perseverando tiempo: fray Alonso en su mal. En estas cosas y otros santos ejercicios perseveramos aquella cuaresma con mucha quietud y sosiego en aquella casa de Diego Martín. Ahora nos hace lástima aquella casa viéndolo cual está, acordándonos de las lágrimas que en ella se derramaron, de las disciplinas que en ella se tomaron, de las misas y oraciones que desde allí se enviaron a Dios, que sin duda fueron muchos y con mucha devoción porque fue entonces nuestro primer fervor y donde concebimos todo lo bueno que pensábamos hacer en toda nuestra vida. Dicen los españoles que con nuestra venida se consagró aquella casa a su mal, porque allí posaron después los jueces que los han puesto en pretina;

y pues el señor obispo es el principal miembro y cabeza de nuestra compañía justo es que aquí le demos un capítulo a él solo, aunque si sus grandes cosas se hubiesen de contar no se encerrarían en grandes volúmenes de libros; pero yo no quiero sino contar un poquito de lo que aquí vi.

¡Ea valientes héroes de la religión dominica; ea valiente escuadrón volante del ejército de Domingo, ea cachorros generosos de aquel vigilante mastín de la iglesia, ya estáis en la palestra, ya os halláis en el lugar de la batalla y con el enemigo a la vista! Para qué pensábades que os ejercitaba Dios en trabajos y aflicciones, no solo del cuerpo sino del ánima desde la hora y punto que salísteis del vientre de vuestra madre, como a Moisés,¹⁾ que a cada uno le engendró a Christo pasándoos por el fuego y el agua de la tribulación, pasando hambre, sed, cansancio, peligros de mar y de tierra, y de falsos hermanos que os baldonaban y afrentaban y ultrajaban, no para otra cosa que para fortaleceros, para adiestraros para las grandes batallas que se os prevenían en esta tierra, no contra la carne y sangre en que han convertido la tiranía y codicia que se ha apoderado de estas gentes; sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas que los tiene obcecados, contra todo el infierno que se conjura contra vosotros, que os quiere sacar de las manos aquestas simples ovejas para desgarrarlas; éstas que os ha entregado el supremo pastor que compró con su preciosísima sangre para que las llevéis a los amenos y fértiles prados de la gloria y saquéis las que el rabioso león tiene en su boca para despedazarlas y las libréis de su tiranía cruel. (*Ephes. VI, 12*). ¿Para qué pensábades que fue Dios disminuyendo aqueste lucido ejército, como el de Gedeón, quedándose unos en España, otros en las islas, otros muertos en la mar, reduciéndolo a tan corto escuadrón? No fue para otra cosa que para que se conociese que era obra de su diestra excelsa aquesta mudanza, que era suya la victoria, como la de Gedeón y como la de los Macabeos, no era aquesta sangrienta batalla para poner en ella soldados bisonños y menos acostumbrados a alcanzar victorias, sino para soldados veteranos y diestros y ejercitados en vencer a tan valiente enemigo. ¡Ea pues esforzáos y animaos, pues os ha dado Dios un caudillo tan experto en estas batallas como al venerable obispo, esforzado Moisés, para que saquéis a libertad el pueblo de Dios cautivo en el poder de Faraón que lo tiene oprimido y esclavonizado con los insupportables servicios y tributos. No es el menor favor de la misericordia, del Altísimo en daros práctico y esforzado caudillo, como a los de Israel, para que siguiendo sus pisadas, que son firmes y estables en la sólida doctrina que sigue como de gigante para no volver pie atrás! ¡Y así seguidle, animosos y esforzados, que sin duda venceréis y veréis puestos a vuestros pies hecho vuestro escabel y trono a vuestros enemigos y ensalzado el brazo poderoso de Dios en la vara de la recta justicia de que os halláis tan sedientos! ¡Dios apagará vuestra sed de ella hartándoos de justicia y de gloria!²⁾

) *el contt* en el original.

) Aquí concluye el capítulo XLV.

CAPITULO XLIII

Del principio y motivos que hubo para los grandes disgustos y persecuciones que se levantaron contra el señor obispo y los religiosos

Hay en esta ciudad una bonita iglesia, bien labrada, de madera y cubierta de teja, las paredes son de adobes y ladrillo, digo bonita para según son las iglesias en aquesta tierra en los pueblos de españoles; aunque sus casas son asaz soberbias y galanas y costosas, como parece en Méjico y en otras partes. Habría también en esta provincia cinco clérigos en toda ella, un deán, un canónigo, y los demás clérigos simples; el obispo trajo un maestreescuela que fue el solo clérigo que llegó acá con él; el deán era jurista y canonista y gran abogado, el canónigo teólogo muy recogido y callado y verdadero sacerdote del señor, de quien hemos de hacer larga memoria adelante. El maestreescuela era también docto canonistas, los demás eran hombres idiotas y mozos y de ellos estaban en los pueblos ganando la vida a bautizar indios, y aun el uno calpique o poco menos, el otro sembraba caña cabe un ingenio para haber parte de las azúcares; cosas infames en estas tierras. Viendo esto el señor obispo recogiólos todos en la ciudad y prometióles aprovecharlos en cosas de la iglesia cuando pudiese y de ayudarlos a la costa con esa miseria de su renta y que comerían con él (*lo mismo hacía san Agustín*), aunque su mesa no era apacible a todos, porque como él no comía carne no había abundancia de ella en su mesa, ni de lo demás también, porque no mudó cosa de su antiguo y regular modo de vivir; su vestido era jerga, su andar común fue a pie y con alpargates, su comida huevos y no más de lo que los religiosos suelen comer, su ejercicio era estudiar y predicar fervientísimamente contra las tiranías de la tierra, mostrando a sus ovejas el verdadero camino de su salvación y de noche prolijas y fervientes oraciones: dando testimonio los grandes suspiros y sollozos que los que estaban escuchando a la puerta de su cámara lo oían dar. Viendo, pues, las tiranías que pasaban y queriendo oponerse a los lobos y no traer el cayado en las manos por ceremonia, probó todos los confesores que había, así clérigos como frailes de la Merced, porque no sabían nada, y expuso por confesores solamente al deán y al canónigo dándoles una memoria de casos que no quería absolver ni que absolviesen; no tanto por reservarlos para sí, que muy pródigo de su autoridad es, como por advertir a aquellos confesores para que ocurriendo a él con aquellas cosas pudiese guiar al confesor y al penitente en la verdad: porque entonces estaba corrupta esta tierra en esto; y sin miedo digo que los eclesiásticos estaban ciegos y más que los seglares, porque de estos sacrilegios y maldades que nosotros abominamos ningún caso se hacía, así como de tener indios por esclavos, siendo manifiesto al mundo cómo se hacían, sacar oro de las minas con libres, y otras inauditas tiranías de que este mundo de las Indias abundaba, sin que el rey lo haya podido remediar con santas y justas leyes que siempre ha enviado, por la insaciable codicia de sus gobernadores y oficiales. (*No se espanten que les dé ese nombre: que el*

mismo les daba a los de Goathemala el señor Marroquín, como se verá en su carta adelante). Esta doctrina santa y buena del obispo bebió el canónigo abundantemente y ha padecido tanto por ella como el que más de nosotros. El deán no así, aunque a prima faz mostró que obedecía al prelado. Al maestreescuela no lo expuso por confesor porque no sabía las cosas de la tierra por la cual causa no quisimos nosotros ser expuestos. En estos tiempos no había justicia ninguna en esta tierra, regían los alcaldes ordinarios vecinos conquistadores como los demás, y la audiencia que en estas partes se había puesto por instancia del señor obispo, como no tuvo quien la guiase, de aquí nacían tantos males que no os lo sé decir. El pobre viejo atormentado con esto no sabía qué se hacer sino dar voces en aquel púlpito y en su casa contra ellos: ¿qué había de hacer cuando venía la india a hurtadillas y se asía a sus pies diciendo: Mira señor que me lleva un cristiano a vender y no soy esclava y no tengo hierro en la cara? Pues estas y otras cosas veía el pobre pastor padecer a sus ovejas de sus mismas ovejas. Abominando él estas cosas y teniendo atajadas las puertas de los confesores; comenzóse a embravecer tanto la gente contra él, que no hay lengua que lo pueda explicar: algunos por parecerles que aquel era camino para quitarles los esclavos y granjerías, otros de vergüenza de los indios porque por allí entendían los indios que eran malos los que los oprimían, otros también porque al bulto de la gente eran cristianos y corríanse de que no les diesen los sacramentos, al uso de la tierra, sin restituir lo robado y sin cesar de robar. Hicieron mil ensayos y embustes para pervertir al viejo, echáronle mil rogadores, hiciéronle mil requerimientos con las bulas del papa, amenazaban de acusarlo porque no obedecía las bulas, hacíanle requerimientos con alcaldes y escribanos protestando de se quejar de él, al rey y a sus altos consejos, al arzobispo y al papa, que les negaba los sacramentos y excluía de lo que los cristianos gozaban; y con todo esto no le podían sacar otra respuesta sino esta: ¡Ciegos desventurados, que os tiene engañados Satanás, venid todos, que yo os confesaré, dejad lo robado o siquiera dejad de robar! Respondían que lo determinase el rey y que entonces pecho por tierra lo harían, mostrábales las leyes del rey nuevas, en que mandaba hacer todo lo que él les pedía, respondían que ya de aquellas leyes habían suplicado y que no valían nada; decíanle que los letrados absolvían en las Indias, y que a él no eran obligados a darle crédito, que era enemigo de los cristianos y que pretendía echarlos de la tierra. Entre esto, la plática del pueblo era: que el obispo no sabía nada y que se había graduado en Jerez, y que no sabía estudiar sino en Juan Bocacio; y aunque era confesor conocido de Sevilla y el más docto Cánones y en Teología que yo creo que acá ha pasado en las cosas de esta tierra, notábanlo de luterano, que no daba los sacramentos, y contaban por la plaza: ¡No le llamen obispo que es peor que el antecristo! Y otras cosas de esta manera; amenazándolo matar, y para ello soltaron un arcabuz, cabe la ventana donde dormía, quitáronle todo el servicio que los indios le hacían y mandáronles que no le vendiesen pan; y al dueño de la casa donde posaba, que estaba en sus pueblos le enviaron a decir, que viniese a la ciudad para echar al obispo de aquella casa donde posaba, y que no tuviese donde ir. Decían que no era obispo porque no estaban todos los regi-

dores presentes cuando lo recibieron en la ciudad, y otros disparates que sería largo de contar; enviáronle decir que no predicase porque si lo vieses resucitar muertos, dirían que lo hacía por encantamiento. A muchos que enviaba a llamar con el notario o alguacil no querían ir y decían que no era obispo, que no estaban allí todos los regidores cuando entró y así decían: *Fray Bartolomé, obispo que se dice ser*. Después que estuvo en su iglesia, que comulgó y descomulgó, y ordenó y bendijo el olio y confirmó, no lo acompañaba nadie; y muchos le llamaban V. R. y aun *vos padre* y las mujeres especialmente no se querían levantar en la iglesia cuando pasaba aunque fuese vestido de pontifical. La buena venida que daban a su pastor los que le escribían de fuera, era: Ese diablo que nos ha venido. Otros decían: No sé en qué pecó esa ciudad que tal obispo les dio Dios. (*Esto es de una carta que el cabildo de Guatemala escribió al de Chiapa, que se pondrá después*). Un hombre juró que lo había de matar, y estuvo días que no pareció y así teníamos gran temor que no lo matase; desde a poco llegó a la muerte aquel hombre de unas cuchilladas que le dieron, y el obispo le visitó y consoló y desde allí quedó muy su servidor, y enmendado. Ver la constancia que el santo obispo tenía nos admiraba. Aconsejámosle veces que se ausentase de su obispado y respondía que si la persecución fuera contra él que se ausentara; pero que siendo contra sus ovejas no se atrevía y que estaba aparejado de morir por ellas y que de sus trabajos había esperanzas que a las ovejas vendría algún provecho. Decíanos que le daba Dios tanta consolación en sus trabajos, que ni los sentía ni se le daba nada por todo, porque aquellas gritas eran viejas para él, y que ¿dónde podía ir que fuese bien quisto tratando lo que trataba? Esto nos respondía el santo y dignísimo pontífice y jamás dejó la predicación trayéndonos a nosotros y a sus súbditos aquello del profeta Ezequiel: *Si me dicente ad impium: morte morieris*. Si todas las cosas de este hombre hubiese de escribir más espacio y más papel era menester. Vengamos a la conclusión de las bregas de aquella semana santa. El deán cuando alguno de aquellos conquistadores se iba a confesar, enviábalo al obispo con una cedulita, diciendo: “El portador tiene esclavos o minas Va. Sría. vea lo que ha de hacer, aunque lo que V. Sa. exceptúa yo no hallo exceptuado en derecho, o bulas” no entiendo o fingiendo no entender lo que el prelado mandaba. El obispo lo procuraba corregir y alumbrar, diciendo que aquellos eran pecados mortales y que perseveraban aquellos hombres en su impenitencia opri- miendo los pobres. El deán viendo que esto ya iba adelante, parece ser que absolvía de todo, porque vieron que un día de los de pascua comulgaban algunos de los que se sabían que estaban en aquellos pecados y el obispo queriéndolo corregir paternalmente convidólos a todos los clérigos a comer y el deán disimuló y no fue allá, después enviólo a llamar y halláronlo jugando, y respondió que estaba malo y acostóse luego: sabida la verdad el obispo tornólo a llamar que sus posadas estaban sin otra cosa en medio; respondió que no podía ir, llamólo la tercera vez y respondió lo mismo, enviólo a llamar la cuarta con una cédula firmada de su nombre y tampoco quiso venir; llamólo la quinta vez so pena de descomunión que viniese y tampoco quiso venir; y entonces enviólo a prender con un alguacil y los clérigos que allí estaban, y él echó mano

a una espada para se defender y no osaron llegar; y estando el canónigo hablándole sobre el caso y cuan mal hacía, viéndolo seguro, arremetieronle y hirióse el alguacil en la garganta del pie de que estuvo muy malo y quedó cojo. Entonces el deán dio voces a la ciudad diciendo: ¡Ayudadme señores que yo os confesaré a todos! Entonces acude toda la ciudad, y dio voces el alcalde: ¡Aquí del rey! y salen todos con espadas sacadas y lanzas y quitaron al deán que lo tenían los clérigos; y temiendo que los frailes habían de salir a favorecer al obispo porque las posadas estaban enfrente, unas de las otras, pónense a la puerta de nuestra posada con lanzas y espadas. Nosotros no salimos ni nos asomamos a las puertas ni ventanas, antes estuvimos quedos encomendando a Dios al santo viejo. En esto vino el un alcalde dando voces: ¡Aquí del rey! y entran con gran ímpetu en la posada del obispo dando voces diciendo que no eran herejes, y que destruía la tierra. Hallóse allí fray Domingo de Medinilla y un caballero de Salamanca que se llamaba Villafuerte que acaso estaba en la ciudad, y apenas a ruegos podían tener la gente en la sala, que el obispo se había metido en una cámara. Después quería salir el obispo a decirles que qué buscaban creyendo que hubieran vergüenza de él; pero Villafuerte temió que lo mataran y a rempujones metiólo en la cámara presto y allí se arrojaron tras él con espadas y rodela contra la oveja mansa, pero él no les respondió nada a sus descomedimientos, y así salieron confusos. Temióse que si lo tomaran en la sala donde mucha gente se pudiera llegar a él, que disimuladamente le metiera alguno una daga y lo matara, porque no pudiera uno llevar por los indios mejor cabeza de lobo entonces que la del obispo. El obispo declaró al deán por público descomulgado, y lo privó de confesar para que nadie se pudiese confesar con él, y el deán se huyó aquella noche y después de ido, vino el un alcalde con una cota de malla diciendo que si mandaba su señoría prender al deán que él estaba pronto a darle favor. Este deán absolvió después a muchos de Chiapas, y yendo después el señor obispo al sínodo de Méjico requirió en Oajaca al obispo de allí que se lo prendiese y no quiso porque no se halló allí a mano la información. Después en Méjico se echó a los pies del obispo y ahora yendo a España murió. Esta fue la primera brega del señor obispo con sus ovejas; el otro clérigo quiso también acuchillar al provisor y así huyó y se ha dicho que lo ahorcaron en la provincia de Nicaragua y el otro también se fue de aquí, que no bastó el obispo a detenerlo en la estrechura de su presencia y salido de aquí en breve murió; y así quedaron con el obispo solamente el canónigo y otro clérigo que llaman Galiano, y esto baste al presente de las cosas del señor obispo y que a su iglesia tocan; prosigamos ahora lo que a nosotros toca.¹¹

Común plática era, así en las islas, como acá en estas tierras, que sentíamos así de estas cosas porque veíamos *chapetones* de Castilla, que como nos hiciésemos a la tierra y viésemos las cosas, mudaríamos el parecer; y no solamente seglares, pero algunos religiosos que están en la obscuridad de los otros, no solo anunciaron así, riéndose terriblemente de lo que hacíamos diciendo que presto caeríamos de ello y sentiríamos lo contrario; y así estos seglares tomaron todos los modos del mundo para

11) Aquí se concluye el capítulo XLVI: Remesa VI, 2.

alcanzar lo que esperaban que sería luego. Nosotros les decíamos que por eso no queríamos confesarlos hasta que tomásemos noticia de las cosas de acá. Otras veces les decíamos que cada uno habíamos de dar un nudo más, como a la verdad ha sido; y si hicieran lo que entonces les decíamos por dicha confesáramos algunos, que no los confesáramos el año siguiente si no hicieran mucho más; pero dejado esto aparte, viendo que esto se sentía comúnmente de nosotros acordamos que lo que teníamos en el corazón y algunas veces se declaraba a personas particulares, que se les predicase a todos en común porque no pensasen que era sueño lo que el obispo les decía, creyendo que quizá aprovecharía algo por la buena estima que ya parecía tener de nosotros y encomendólo el padre vicario a fray Jordán, el cual se lo dijo tan a la clara y tan a la larga el jueves de la cena en el Mandato que ya ningún escrúpulo teníamos de haberles encubierto la verdad. No se les dijo antes por muchas razones, la primera por la necesidad corporal en que estábamos; pero esta razón no valía nada ni hacíamos caso de ella, aunque entre otras se contaba; la segunda porque creíamos que allí fundáramos la principal casa por ser en comarca de toda la tierra, y donde de fuerza nosotros habíamos de acudir con nuestras necesidades y de los indios: para que de allí salieran a predicar a los indios de toda la tierra y allí se conservaran, curaran y consolaran los religiosos y este era nuestro ánimo y deseo. Así nos lo había aconsejado el sapientísimo maestro fray Francisco de Victoria y los demás padres nuestros en España; la tercera porque veíamos que su prelado se lo decía cada día y no aprovechaba nada. Pero después que se los dijo, por las razones que nos movieron a ello, comenzaron a torcernos el rostro, y no solamente se cortaron las buenas obras que se hacían, pero comenzaron a hacénnoslas malas y a decírnos malas palabras; y si de nuestra parte no hubiera habido templanza, así del padre vicario como de los que pedían las limosnas, porque de los demás nadie trataba con ellos, podíamos temer de nosotros lo que veíamos padecer al señor obispo. Luego quitaron que nos sirviese indio ninguno, y les mandaron que no fueran a parte ninguna sin que la justicia lo supiese y enviando el señor obispo indios que nos pidiesen limosna por la tierra con un mandamiento que llevaban los indios para pedir, se lo quitaron y rasgaron, y les tomaron la limosna que nos traían y la echaron por ahí o la dieron a los indios, diciendo que no habíamos de comer pues con nuestras opiniones les quitábamos la comida. Decían que estábamos hechos de concierto con el obispo para quitarles su hacienda y hacer nosotros grandes monasterios y otras cosas semejantes; faltándonos el vino para las misas fuéronlo a pedir a los regidores, pero dijéronles a los frailes que esta provincia era muy grande, que pasásemos adelante, que ellos no nos habían menester; que eran cristianos que fuésemos a convertir a los indios. No lo decían todos, que aun entonces había, aunque pocos, quienes nos hiciesen bien y nos proveyesen de vino para las misas. Tampoco podíamos hallar vino ni aun comprado, por lo cual dijo una vez un viejo de aquesta ciudad una gracia a fray Luis: andaba tan acosado, y no le bastaban modos ningunos para mantenernos, y todos lo echaron por ahí; dijo una vez: ¡Creo que habremos de salirnos de esta ciudad y sacudir el polvo que se nos pegare a los pies, como lo dice el Evangelio! Dijo

aquel viejo: ¡No toméis padres ese trabajo que porque no se os pegue polvo ninguno ni saquéis ni aun polvo de esta ciudad, aunque soy viejo, yo os sacaré a cuestras uno a uno hasta aquellos pinares y andad con Dios! Con estas graciosas gracias echaban de sí el tesoro que Dios les había enviado. Viendo esto el padre vicario y todos, parecíanos que ni era segura habitación entre ellos para nuestras conciencias, y que podría ser que algún día nos pervirtiesen tantas razones y tan continuos debates; y viendo que no había aparejo de poblar allí, ordenando Dios lo que a nosotros y estas gentes desamparadas convenía, acordamos de salir de entre los cristianos e irnos todos a vivir entre los indios: *ut populus qui habitabat in tenebris, videret lucem magnam et oriretur lux habitantibus in regione umbrae mortis*. Conforme a la profecía de Isaías. Y acordó el padre vicario que fray Tomás de la Torre predicase el domingo de cuasimodo y les declarase la razón de nuestra venida, y nos despidiese a todos de todos, y así lo hizo, trayéndoles a la memoria aquello que san Pablo y san Bernabé dijeron en los Actos de los Apóstoles: *Vobis oportebat primum praedicare regnum Dei; sed quia reliquistis illud, ecce convertimur ad gentes*.

Poco se les dio por ello, con tal de que nos fuésemos de allí y porque estábamos ciegos y no sabíamos la tierra ni hacia adonde ir, ni entendíamos los indios, ni teníamos luz ninguna, pidió el padre vicario a unos seglares y a los padres de la Merced unas descripciones de la tierra, declarando la calidad y temple de ella, porque esta tierra tiene diferentes temples, y en un día se puede pasar del hivierno al verano y del verano al hivierno, ora sea por Navidad ora sea por San Juan, porque una legua hay del uno al otro, o poco más, y esta variedad no hace daño a ninguno, ni a los indios ni a los españoles, como está por experiencia. Acordó también el vicario de ir a ver también el pueblo de Chiapa antes de sacar a todos los frailes de la ciudad, para de allí tomar alguna inteligencia de la tierra. Desde aquí se escribió al provincial de Méjico de nuestra venida y las letras del vicario general que traíamos y cómo ya el vicario acabó el oficio de provincial y todos los demás; y suplicósele que él tuviese por bien que mientras el General proveía, que se creía ser presto, que él confirmase todo lo que traíamos de España y holgase que todo se estuviese así, porque se había enviado al General por la confirmación de todo, y no podía tardar; y desde a mes y medio vino su respuesta, aunque hay doscientas leguas hasta Méjico, y concedió de buena gana todo lo que se pedía y así cesaron todas las dudas que había aunque ya parece que no había razón de dudar pues estábamos en términos de aquella provincia de Méjico. Los religiosos que residían en la provincia de Guatemala hermanos nuestros, antiguos compañeros del obispo, aunque tenían nuestra venida muy deseada y pedía a Dios; pero en esta sazón no nos pudieron visitar ni remediar en nada, porque habían entrado a traer de paz a unas grandes provincias donde ningún español había entrado y de hecho las trajeron (*¡Qué responderá a esto el padre Vázquez!*) y están hoy muchos religiosos en ellas haciendo vida apostólica.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XLVII: Remesal VI, 2.

CAPITULO XLIV

De cómo nuestros religiosos se salieron de la ciudad y se fueron a los pueblos de Zinacantan y Chiapa, donde fueron bien recibidos

Lunes después de cuasimodo salió el padre vicario de la ciudad (*a 13 de abril, salieron*) y con él fray Jordán y fray Tomás de la Torre y fray Jerónimo de San Vicente, y Pesquera, y llegaron a Zinacantan sin que los indios supiesen de su venida. Es un gran lugar y cabecera de todos aquellos indios que los españoles llaman *queleenes*. Hallábanse aquellos indios muy tristes por la grande opresión de tributos que tenían de que les mostraron allí la tasa: pareció que era bien sacarla y así la sacó fray Jordán y la dio al obispo para que pusiese algún remedio si pudiese. Este pueblo no está más que legua y media de la ciudad. Otro día fueron a Iztapa que es sujeto de Zinacantan y es cuatro leguas y media de Zinacantan; les llevaron comida al camino y de Iztapa se la sacaron también y espantábanse porque no querían comer carne, diciendo que no habían visto tal cosa, y no se imagine que los indios se fatigan de esto, como la gente de España, porque como su comida común no sea carne ni tengan otra carne que de la caza o gallinas de Castilla o pavas de la tierra, que también los españoles les llaman gallinas, huelgan infinito de que no comamos carne y evitámosles mucha costa; y aunque Pesquera les decía por lengua mejicana lo que podía, pero la principal doctrina procurábamos de les dar por el ejemplo mostrándoles mucho amor allegándoles así y dándoles lo que teníamos, alabando a Dios de día y aun de noche, viéndolo ellos. A Iztapa llegaron muy mojados porque ya las aguas comenzaban y allí fueron bien recibidos y proveídos de los indios. Otro día tomaron el camino de Chiapa, que es tres leguas de allí y ya por allí es tierra caliente y a media legua toparon indios de Chiapa que los recibieron con muchas flores y rosas echándoles sartaes de ellas al cuello y dándoles manojos de ellas que llevasen en las manos y esto es costumbre de los indios y hála de sufrir quien vive entre ellos y así nos enrraman cada vez que llegamos a los pueblos y tienen gracia en juntar diversas flores y hacen piñas de ellas muy galanas y ellos andan, cuando pueden, con flores y con otros olores en las manos porque son muy amigos de buen olor. Al principio se nos hacía gran vergüenza de andar enramados y luego nos acordamos de los padres que nos criaron: cómo se rieran si nos vieran así; pero ya no se nos da nada; llevamos las flores hasta entrar en la iglesia y allí las dejamos en el altar y así los contentamos y los edificamos. Hallaron que aquellos indios les tenían allí hechas tres o cuatro casitas nuevas y muy adornadas de flores en que los recibieron y les dieron muy bien de almorzar, mucho y muy buen pescado fresco, melones de Castilla y piñas, de lo cual todo abunda este pueblo; y todo esto guiaba y ordenaba un cristiano a quien aquel pueblo servía. Salidos de allí íbanse los indios con cántaros de agua y jarritos para darles de beber. Una gran legua de Chiapa se parece el lugar desde encima de la cuesta porque está el pueblo

en tierras muy bajas y a esta causa muy calientes: en gran manera se holgaron de ver a Chiapa, no se puede explicar cuánto gozo sintieron cantando con el profeta *Haec requies mea* &c. Parecía que el corazón les saltaba en el cuerpo viendo aquella tierra por la cual dejaron la suya y padecieron tantos trabajos hasta llegar a ella y parecían que allí habían de hallar lo que buscaban y lo que no hallaron entre los españoles, y que los indios se habían de holgar con ellos, como ellos.¹⁾ Gran rato antes que llegasen al lugar de Chiapa salió todo el pueblo a recibirlos de esta manera: Venían adelante infinitos muchachos todos juntos y muchos mancebos con ellos, e hincáronse todos juntos de rodillas, un tiro de piedra de los religiosos, y como el padre vicario los santiguó, se levantaron todos tan a una como si fueran uno, de la manera que se habían arrodillado y luego todos besaron la mano unos a uno y otros a otro y, sin hablar a los frailes y sin hablarles los frailes, fueron todos su camino adelante, llorando los frailes en gran abundancia, viendo lo que buscaban y los tesoros de almas que allí Dios tenía. Venían cuasi todos desnudos, cubiertas las vergüenzas con unas mantillas que llaman acá mastel, como ya dije de los de Yucatán. Tras esto vino a caballo el español, a quien sirven en este pueblo (*Baltasar Guerra*) venían con él a caballo el cacique que llaman don Pedro, indio bien grave y al parecer honrado, hombre de cincuenta años, de quien se ha de hacer adelante gran mención, y también venía a caballo otro indio llamado don Juan, muy principal de aquel pueblo en linaje y en hacienda. Tras estos salieron los viejos del pueblo, que hay muchos y antiquísimos: venían como sus madres los parieron, excepto aquella mantita que llaman mastel y unas mantas pintadas, como moriscas, hechas una rosca y puestas sobre la cabeza. Tienen la tela de medio de la nariz abierta y allí encajada una vidriera como ámbar que les hace salir la nariz como trompa grande y esto fue lo que más se holgaron de ver. Estos hablaban en su lengua a los padres no sé qué algarabías, tras éstos venían no sé qué muchedumbre de hombres, muchos de ellos con jícaras de ciruelas de la tierra que hay en grande abundancia y muy buenas: decía aquel cristiano que ellos querían salir a hacer mayor recibimiento y él les dijo que se dejase para cuando el señor obispo viniese. Grandes regalos les hizo este caballero y venían bien necesitados de ellos; pero no lo quiero nombrar por su nombre por las cosas que después sucedieron entre él y nosotros, y así será de aquí adelante que no nombraré a ninguno de los que nos han hecho mal, como no los he nombrado hasta aquí. Sus obras les tienen acá muy manifiestas y, sin que los nombre por lo que dijere, son entre nosotros y toda la gente de acá, muy conocidos; cuando no se pudiere dar a entender la cosa sin nombrar a alguno, nombrarlo hemos; sin ningún temor que por ello será infamado. Muchas cosas pudiera decir de este pueblo y debiera, y de la gente de él, y de sus costumbres antiguas, pero porque es cosa prolija, contentarse ha el lector con las pocas que referiremos. Este pueblo es muy grande y el mayor que hay en esta provincia, está a la ribera del mayor río que hay en toda la Nueva España y así abunda de pescado, posee tierras muchas y las mejores que hay en Indias, cogen cacao den-

1) Aquí concluye el capítulo XLVIII; Remesal VI, 4.

tro de su tierra, siembran dos veces en el año, y si quisieran sembrar siete también pudieran porque la tierra siempre está para ello. Con poca agua que llueva dándose en las vegas del río, que son muy grandes, todos los mantenimientos de los indios sin que la tierra se labre ni se cave; solamente la barren y limpian con fuego. Las trojes en que encierran el maíz es la caña donde nace: cuando lo han menester van por ello y lo traen sin temor que nadie lo hurte. Están juntos dos maíces, unos con mazorcas secas y otros a las veces con mazorcas verdes cabe él; y cada día lo vemos esto que no es acá oculto. De ningún precio es acá la comida, porque cuasi sin trabajo la da la tierra, no han de hacer más de echarle la semilla tan sin trabajo como los indios la echan, ora sea de maíz, ora sea de todas las cosas. Hay grandísima abundancia de las frutas de la tierra, piñas, plátanos, jícamas, camotes, aguacates, ciruelas y todo lo demás: de aquí se provee toda la tierra; frutas de Castilla se dan pocas si no son higos, pero aquí es la madre de los melones, de las cidras y naranjas; albahacas se hacen tan grandes, que no sé si las podría llamar árboles acopados, berenjenas, coles, rábanos y toda hortaliza, no es menester más de arrojar por ahí la semilla que sin ningún beneficio se da todo, especialmente las cebollas, la yerba común de los campos y de los ejidos son bledos y verdoladas, bien creo que no hay en Indias pueblos de su manera tan ricos de todo lo necesario al mantenimiento de los hombres; trigo también se da de regadío. Hay en él un hermoso ingenio de azúcar y muchos morales para seda y otras granjerías que tiene aquel español; tierra es calorosa, pero tiene muchos regalos con qué templar el calor y jamás falta a las tres viento asaz fresco. En algunos meses del año, abundan mosquitos de día; pero cada año vemos que son menos y con la orden que se va poniendo en el pueblo creemos que se acabarán. La gente es muy crecida a maravilla, así hombres, como mujeres, que parecen gigantes; ha sido gente muy belicosa en extremo y hacían guerras y grandes daños a todas estas provincias: desbarataron a Montezuma y jamás sirvieron a nadie; no tenían caciques, los sacerdotes rejían el pueblo; especialmente era obedecido como Dios el más viejo sacerdote que tenía cargo de su Dios a que llamaban Matone cuyo templo derribamos nosotros. Los cristianos, cuando los sujetaron les pusieron por cacique y señor, cuasi a manera de elección canónica, a don Pedro que hoy es cacique en este pueblo. Son gente trabajadora y así vemos de noche lumbré por las casas, que están las mujeres hilando y tejiendo, hácense aquí las mejores mantas de algodón que se hacen en la tierra y aun en las Indias, andan desnudos y por maravilla se ve manta en el pueblo, ni camisa si no son los principales que la traen, como quien trae un arnés, y los que traen manta tráenla con dos nudos sobre el brazo derecho, y algunas mujeres andan como las de Yucatán y cuando se ponen manta es sobre los hombros y doblada la ala sobre el brazo, como los hombres hacen sus capas. El cabello traen trenzado con galanas trenzaduras y rodeado a la cabeza sin otra ninguna toca. Esto es lo que nosotros hallamos. Entre las idolatrías y pésimos y crueles sacrificios y pecados graves, así como de comer hombres, como otros muchos que éstos solían tener, tenían éstos una ley bestialísima, que por su extrañeza la quiero contar:

cuando traían pleito alguno sobre las tierras o sobre otras cosas, juntábanse todos los parientes de las partes, y unos a una parte y otros a otra, tomaban los unos un hijo o sobrino por primero y matábanlo allí y luego de la otra parte mataban otro de sus mismos sobrinos o hijos y luego estotra otro y así iban matando hasta que se cansaban y ese vencía el pleito que mataba más parientes; y el día de hoy cuentan los indios que en un pleito de unas tierras se mataron ciento cuarenta personas de esta manera, setenta de cada parte: esto tenían ellos por gran valentía y quedaba muy ufano el que así vencía. Esto sea dicho por los que lo leerán en España, nosotros acá lo tenemos presente a los ojos, pero no dejaré de decir de las calabazas que aquí hay; haylas muy mayores que grandes harneros y aquellas pártienlas por medio y píntanlas para servirse de ellas en lugar de cestas y de platos, y son tan galanas como platos de Valencia; algunas hay que tienen un palmo de hondo, no las hay tales en las Indias y de aquí se envían presentadas a todas partes y vendidas. Y su antiguo Dios fue uno solo criador de todas las cosas y morador del cielo, los ídolos les era cosa nueva, y así cuando se querían morir, se confesaban a su Dios que llamaban Nombobí y se acusaban de los sacrificios que habían hecho a los otros dioses, no porque les pesase, sino que era ya ceremonia entre ellos y costumbre; otras infinitas cosas había de éstas pero el que los quisiese saber, venga acá que de buena gana se las contaremos.¹⁾

CAPITULO XLV

De lo que sucedió a los religiosos con el encomendero de Chiapa y cómo engañó a los religiosos

Este caballero era muy aficionado a la orden de Santo Domingo y había deseado que allí poblasen frailes de esta orden y teniales ojeado un sitio en lo mejor del pueblo y encima del río donde hay una fuentecilla, y el sitio era tal que no se le podía poner tacha ninguna y luego llevó allá a los religiosos y contentóles mucho; aunque les parecía que era tan bueno que les parecía que los indios lo darían con pesadumbre, pero él tenía tanta gana de que poblasen allí, que se obligó a quitar todos los inconvenientes y a contentar a los indios: y como el sitio era tal, finalmente se convencieron a querer poblar allí. Para entre tanto que se labraba algo, estaban aderezadas dos casillas junto a la iglesia adonde se echó una cerquilla para que pasasen allí los religiosos; entre tanto que estuvieron allí, el español se dio tanta maña a engañarlos que sin excitación ninguna lo tenían por santo y tal lo habíamos pintado en los memoriales que entonces hacíamos de lo que nos acaecía. El abominaba a los españoles y a sus tiranías, decía el modo como se habían hecho las conquistas y los esclavos, los robos de los españoles y de sus mujeres, las iniquidades de los tributos, como hombre que sabía por experiencia lo que decía. Mostraba es-

1) Aquí concluye el capítulo XLIX: Remesa! VI. 4.

crituras de males ajenos y los que tenía apuntados para decir al consejo cuando fuese a España, los remedios que eran necesarios para esta tierra, aprobaba todo lo que hacíamos el obispo y nosotros. Su intento en todo esto, según lo que después creímos, era que lo confesásemos como a hombre que no era como los otros y autorizarse por aquí, para que el obispo y nosotros escribiésemos a España, al consejo de sus hazañas y hiciésemos que este pueblo se lo diesen perpetuo y aun quisiera ser señor de título, o ya que no le diesen a Chiapa, que le diesen como por encomienda un pueblo que llamamos la Vega que lo pobló él junto al ingenio de muchos esclavos que tenía que serían 150, porque ya que los esclavos se ahorrasen los suyos no alcanzasen libertad y muertos los padres quedasen los hijos en aquella servidumbre, puesto que los hijos de las indias esclavas no se tenían por esclavos. Nos tuvo mucho tiempo también engañados y persuadidos a que eran ya libres: él era el más sagaz hombre que hemos conocido y nosotros simples por extremo en las grandes maldades de esta tierra, y así no entendíamos nada de esto, cada tarde visitaba los enfermos y él mismo los sangraba y apenas comía en la mesa todo lo enviaba desde allí a los enfermos; aunque en esto de curar los indios enfermos creo siempre lo hizo bien. Los frailes lo tenían por santo y se lo decían y él con esto no sabía qué se hacer por ellos y todos los que sabían lo que pasaba vían lo que los frailes no alcanzaban y algunos se lo avisaron y no los creían, sospechando que lo hacían por envidia por verlo rico, y con esto santo. Mientras estas cosas pasaban en Chiapa estaban perseverando nuestros hermanos en los trabajos en la ciudad de Zacatlán, o de Ciudad Real y porque los españoles tienen por gran argumento por sí que todos los conquistadores se absuelven y que solo el obispo hallaba estos achaques, predicó un domingo fray Alonso de Villalba aquello que se cuenta en el libro de los reyes de cómo los 400 profetas engañaron a Acab y solo Micheas que era profeta del señor dijo la verdad, aplicándolo modestamente al propósito. Dijeron que eran patrañas y burlas: que Micheas era uno y el obispo también y los muchos mienten; y que aquello no debió de pasar así sino que los frailes lo contaban a su propósito. Y muchos solían aquí decir que no nos creían el sermón sino el evangelio, que todo lo demás eran glosas de nuestra casa. Predicado este sermón luego se fueron a Chiapa fray Alonso de Villalba y fray Vicente Núñez y el señor obispo deseaba ver aquel pueblo de donde se llama obispo y así vino trayendo por compañero a fray Pedro Calvo que por los dolores de tripa que le acudían estaba ya dicho que había de morir allí por ser tierra caliente, y así sanó allí a cabo de mucho tiempo. Cosa prolija sería de contar el recibimiento que en Chiapa se hizo a su obispo: salieron nueve cruces, de rosas, plumas adornadas, bien galanamente: estuvieron los indios sentados en procesión al sol desde amaneció hasta las nueve sin menearse de allí: salieron todos los hijos de los principales vestidos de librea, adornados con piezas de oro con una danza de arcos y una canción en romance que el español les había dado; y los principales iban como ya la pascua nos habían ido a ver a la ciudad con collares de oro hechos a su modo, otros con culebras, otros con tortugas de oro al cuello, que era cosa de ver; don Pedro llevaba tres collares de oro muy anchos que lo

tomaban casi desde la cinta hasta la garganta. Llevaban estos muy galanas mantas de algodón blancas con muchas labores y plumas y sus camisas labradas y zaragüelles y el calzado que, ya arriba dije que en ellos, es este muy lindo y hermoso. Aquí holgaron todos una semana y venían indios de diversas partes a pedir padres que les enseñaran con grande instancia. Decía el señor obispo viendo esto: ¿Paréceles padres que los engañé? ¿Paréceles que fui demasiadamente importuno para sacar frailes sabiendo lo de acá? ¿Paréceles que sus amigos comen en Castilla el pan con buena conciencia? Venían también muchos indios de muchas partes con quejas de agravios grandes que les hacían los españoles. Especialmente unos se le quejaron que para hacer un ingenio junto a su pueblo, en que habían todos de acabarse, les tomaban por fuerza sus tierras y hacíanles por fuerza tomar el precio de ellas; y que se vinieron a quejar a él y como lo supieron luego en la ciudad, los echaron luego presos. Estas y otras infinitas cosas los hicieron salir luego de allí, porque viendo las tiranías de los cristianos, ni comía, ni bebía, ni dormía, todo era dar suspiros a Dios. Si a nosotros engañó el cristiano, mucho más al señor obispo, tanto que nos decía el obispo: este había de ser obispo de estas tierras todas, tales hombres han menester las Indias, y se trató de que se hiciese la iglesia para remediar estas gentes y el obispo proponía de procurar cargos acá por ver su gran rectitud. En ninguna cosa conocimos después la sagacidad de este hombre, como en ver cómo nos pudo persuadir tal cosa siendo él quien era; pero todo se nos volvió en bien, porque por lo que nos decía, conocimos quienes eran algunos de los cristianos de estas tierras y lo que en las guerras había pasado y en los tributos pasaba; y descubriéndonos Dios sus maldades y tiranías, conocimos no llegar los males que nos decía de los otros a la mitad de los que él había hecho y entonces hacía.

Viendo los religiosos los males de la tierra y viendo infamados el nombre de Cristo y de cristianos por las abominaciones de los nuestros y viendo opresos los indios en el ánimo por la infidelidad y en el cuerpo por los males de los españoles, determinaron no aguardar más, sino asentar en los pueblos y comenzar a buscar vado en el río que no sabíamos ni entendíamos, por que ni sabíamos lengua ni teníamos quien nos guiase en nada, solos y malquistos y nuevos en la tierra; y allí en Chiapa tratamos de los sitios que al presente parecían buenos para asentar en ellos los religiosos, y aunque el señor obispo deseaba que fuesen a Soconusco algunos, por muchas causas que a ello concurrían a pensar que era aquello lo mejor; pero los frailes no estaban de aquel parecer sino que todos poblásemos en aquella tierra juntos los unos de los otros porque eran nuevos y no sabíamos lo que les sucedería: que andaban entonces a ciegas buscando a tientas lo mejor, que pues veían para la provincia de Chiapa y allí había tan gran necesidad de doctrina, pues no había rastro de ella, que no había para que buscar otras tierras. Con estas y con otras razones se convinieron muchos a que nadie saliese de la provincia de Chiapa sino que allí se pusiesen en tres o cuatro asientos a aprovechar aquel mundo perdido, y con este parecer se fueron a la ciudad el señor obispo y el padre vicario dejando a los demás en Chiapas. Ido a la ciudad el pa-

dre vicario mudó el parecer y determinó enviar a la provincia de Soconusco a ocho religiosos y también condescendió con el señor obispo de dar licencia a dos, si se hallasen voluntarios, para ir a las provincias de "guerra" donde estaban otros religiosos de quien arriba hice mención; y así desde a pocos días vinieron a Chiapa siete religiosos que habían de ir a Soconusco y trajeron cartas del vicario en que decía como aquello cumplía y animaba a todos a trabajar; y después que descansaron allí dos días se partieron para Soconusco, yendo con ellos dos que habían de quedar en esta provincia en un pueblo que llaman Copanaguastla y porque después nos quede espacio para contar las cosas que sucedieron a los que quedamos en Chiapa digamos de los demás hermanos nuestros dos palabras, con que los despedamos de nuestra compañía, de la cual no se apartaron por su voluntad sino por la obediencia con muchas lágrimas suyas y nuestras.

CAPITULO XLVI

De los religiosos que fueron a Soconusco y muerte del padre fray Luis de Cuenca

Los que fueron a Soconusco son los siguientes, fray Juan Cabrera, fray Juan Guerrero, fray Francisco de Piña y fray Juan Díaz. Está setenta leguas de allí aquella provincia, a donde llegados con gran trabajo hallaron de ella lo que acá nos habían dicho. Es tierra de muy poca gente, aunque de mucho cacao, pero no buscaban ellos eso; es también calidísima y enferma, y arrimándose por allí donde mejor pudieron y comenzando a trabajar con gran ánimo, adolecieron todos o los más, donde padecieron un gran martirio y luego murió el buen fray Luis de Cuenca como un santo que era, dejando desamparados a todos sus hermanos y a nosotros también que hasta hoy lo lloramos porque cada día lo echamos menos en nuestras necesidades; pero él se fue adonde ninguno padece y goza con Cristo del mérito de los muchos trabajos que por su amor padeció. Sentimos todos su muerte como muerte de padre verdadero, como he dicho, hasta hoy lo lloramos: fray Juan de Cabrera adoleció hasta la muerte y se tulló de entrambos pies y pensando sanar, de parecer de sus hermanos, se pasó a Teguantepeque, con licencia del padre vicario, que le decían que era tierra muy sana; de ahí envió a pedir licencia al provincial y pasóse a Oaxaca, y a cabo de días, creyendo que ya estaría para venir, envió el padre vicario al padre fray Pedro Calvo con todo lo necesario para que viniese si aun estaba malo y halló que poco antes se había partido para Oaxaca y doliéndose de la falta que nos haría se fue hasta Oaxaca y cuando llegó, halló que el provincial lo había enviado a la provincia de la Misteca, adonde mora con los otros religiosos que allí están; y aprendió la lengua de allí y sirve con ella al Señor. Los demás religiosos que quedaban en Soconusco pasaban sus dolencias como podían; el padre vicario penado por todo lo que les había sucedido, desde a pocos

días que ellos fueron, con tiempo muy trabajoso de aguas, fue juntamente con fray Jerónimo de San Vicente y con fray Tomás de San Juan, y cuando llegó halló que fray Luis había muerto el día antes y halláronse él y todos tan penados que no podía ser más; y determinando dejarlos todavía en aquella provincia, buscóles en ella un pueblo templado, y después que los consoló y animó se despidió de ellos, dejándoles por vicario a fray Tomás de San Juan. Como los padres de tierra de “guerra” supieron el yerro que se había hecho en poblar en Soconusco, dejando tantas y tan buenas tierras, viéndose defraudados de la ayuda que esperaban de nuestra venida, escribiéronles que antes que se muriesen todos que se fuesen a Quezaltenango, que es en la provincia de Guatemala, no muy lejos de adonde estaban, porque allí tenían hecha una casita, esperando nuestra venida. *(Todo esto lo había escrito muy bien Vázquez, cuando escribió todas sus quimeras)*. Viendo ellos que ya no podían sufrir estar en Soconusco y que estaban malos, sabiendo que el padre vicario había de ir a Guatemala, presto pasáronse a Quezaltenango adonde después fue el padre vicario y vinieron los padres que andaban en tierra de “guerra” a verse con él, y desde a pocos días se pasó fray Tomás de San Juan a Méjico donde aprendió la lengua y ayudó a los religiosos que allá están *(éste padeció martirio a manos de herejes, y después se tratará de su muerte)*: los que quedaron en Quezaltenango se pasaron después a la ciudad de Guatemala y aprendieron las lenguas y han hecho tan gran provecho que no se puede decir, y de ellos entraron en la tierra de “guerra” con los otros religiosos, los demás se estuvieron y están en Guatemala; y con su ayuda se ha levantado aquella casa en gran manera y hay en ella mucha religión y virtud y muchos han tomado el hábito allí que sustentan la casa con su ayuda, y ellos entienden en la conversión de los indios, y aunque han sido por cierto muchas y muy buenas las cosas que han hecho, pero aquí no se trata sino de los que quedaron en Chiapa. Para la tierra de “guerra” se determinaron fray Domingo de Azcona y fray Domingo de Vico, parte por ver las molestias de los españoles, parte por ir al grande aparejo que allá había para la predicación, según ya nos habían escrito los frailes de ella pidiéndonos ayuda e importunándonos que fuésemos, y fray Jordán estaba nombrado, pero por causas que se ofrecieron se hubo de quedar acá. Viendo las cosas que pasaban acordó el señor obispo, de parecer de todos nosotros, de ir a buscar algún remedio contra estos males a la audiencia real que está más de ciento cincuenta leguas de aquí, y así se partió llevando consigo por compañero a fray Vicente; fuéronse también con él los que iban a tierra de “guerra”, porque quiso ir por allí por ver sus antiguos compañeros, como por ver lo que la misericordia de Dios había hecho en aquella nueva iglesia, después que él comenzó aquella empresa tan grande de pacificar a aquellos indios y traerlos al conocimiento de Dios: donde se han hecho grandes cosas que podrán escribir nuestros hermanos que las vieron. Fue también allá Pesquera y Rodrigo López y trabajaron mucho con aquellos indios y ayudando a los padres como verdaderos siervos de Dios.

Supieron los de Guatemala, o por mejor decir Satanás, de la ida del señor obispo, para la provincia de la Verapaz, para de allí pasar a buscar remedio a tantos males en la real audiencia que estaba en Gracias a Dios, y procuró ver si lo podía estorbar para por este camino embarazar que los miserables indios saliesen de su esclavitud y de la tiranía de los españoles por que de ese modo los tenía a unos y a otros por suyos, y tomó por instrumento al cabildo de la ciudad de Guatemala para que solicitase con mucho ahinco con el de Ciudad Real que no le dejasen venir; pero como el demonio en Chiapa procuraba echar de allí al obispo y a los frailes, por la misma causa no insufló a los que tenía de su parte para que tal se procurase embarazar. La carta escrita a Chiapa por los de Guatemala está un tanto de ella en el archivo de Guatemala, que dice así: “Ylustres y magníficos señores.—Porque en todo deseamos acertar por el zelo y deseo que tenemos del servicio de Dios nuestro señor y de su majestad y a la paz de nuestra república y reposo de ella y por esto procuramos por todas vías excusar pasiones y escándalos y toda ocasión para ellos; ya vuestras mercedes saben y conocen y han oído las cosas del padre fray Bartolomé de las Casas obispo y cuan escandaloso haya sido (y ahora tiene mejores armas) a todos es notorio, y el rompimiento con que lo hace, Dios y el lo saben, y aun lo ha dado bien a entender; y si su majestad y consejo no lo entendieron fue por no conocer como acá es conocido. Bastarle debía lo que ha dicho y hecho: queríamos que nos dejase hasta que su majestad nos oyese como le ha oído a él. Decimos esto porque habemos sabido de cierto que los de su orden que están en Teculután lo han enviado a llamar y fray Juan que es uno de ellos ha salido a lo traer, o a lo esperar y recibir. El no dejará de venir por no perder la vana gloria del recibimiento. En esto poco nos va; lo que tememos es, como sea enemigo de los españoles (él sabe el por qué) tenemos por cierto que les ha de predicar lo que ha predicado, que es inobediencia y enemistad, y por ventura los apartará de la obediencia de Dios y del rey, lo que Dios no quiera; y pues lo hace y predica a los que están en encomienda de españoles, muy mejor lo hará a los que tiene a su cargo y piensa que no han de reconocer a otro Señor sino a él por la cédula de comisión dada para la conquista espiritual. Contra lo bueno no será razón que pretendamos cosa en contrario, lo de Dios y de su majestad, el descargo háganlo como les está mandado sin otra mezcla y sin adelantarse a más, que para esto darles hemos haciendas y personas; y así suplicamos a vuestras mercedes provean como el padre obispo fray Bartolomé de las Casas, no entre en Teculután sino que se esté en su obispado, pues tiene bien que hacer, y para esto se lo dieron y encargaron; porque si bien es tan ambicioso de mandar y ser tenido que no ha de dejar de decir a los unos y a los otros, así a los que ha mucho tiempo que están en servicio de su majestad, como a los nuevos lo que suele, y como esta gente no está tan arraigada en servicio de Dios y de su majestad y amistad nuestra, sería probable suceder (lo que Dios no quiera) algún escándalo que ni él ni nosotros fuéramos parte para poderlo resistir ni quitar: cuanto y más que esta encomienda habla con los de su orden, y como aceptó el obispado, ya exento, procure de enviar los frailes que tiene prometidos y cumpla con lo que es

encargo a esta ciudad; y él quédese norabuena a hacer su oficio. Esto suplicamos y pedimos y él y los demás religiosos entiendan en lo que les es encomendado y no se extiendan a más, que para eso están vuestras mercedes para proveer y mandar todo lo necesario; y pues lo que habemos dicho es verdad y notorio, y lo que suplicamos es muy conveniente y razonable, pedímoslo y suplicámoslo muchas veces. Dios lo haga santo; y a nosotros justos, que no queremos más. Guarde nuestro señor y prospere las muy magníficas personas de vuestras mercedes en su santo servicio. De Guatemala a 20 de Mayo de 1545 años”.

No es menester declarar la malicia de aquesta carta que ella misma está diciendo el veneno que ella encierra, dimanado del que en sus corazonas tenían contra el señor obispo Casas, porque procuraba la libertad de los indios. El mismo odio y casi lo mismo hicieron ellos con su obispo el santo Marroquín por lo mismo, como se verá en dos cartas de este santo prelado que se pondrán en la vida del señor Casas; y así prosiguiendo la historia del manuscrito de fray Tomás de la Torre, dice: “Desde a poco salió el padre vicario con los demás que habían quedado en la ciudad de Sacatlan, y los de la Merced se habían ya ido con sus ganados a unos pueblos cerca de Copanaguastlan y así quedó aquella triste ciudad sola y desamparada de tanto sacerdote (*como Jerusalén por sus maldades*) como tenía, y Dios de nuevo le había enviado. En Zinacantan dejó el padre vicario a fray Domingo de Medinilla y a fray Tomás de San Juan hasta que él mandase otra cosa, porque había determinado que allí morasen religiosos por ser la cabecera de aquella tierra, aunque estaba muy cerca de la ciudad y gente de quien huíamos. Venidos a Chiapa hallamos a fray Tomás de la Torre cuartanario y muy flaco, duráronle las cuartanas catorce o quince meses, y después de una grave enfermedad de ojos de que pensó quedar ciego desecho todos los males; y ha vivido muy recio muchos años con ayuda de un indio gran médico que está en Chiapa y cura a los Religiosos y a los españoles también, que con razón tenemos ya gran crédito de su saber; y con esto podremos ya volver al orden de la historia de que nos habemos divertido por despedir los padres huéspedes.

CAPITULO XLVII

Divíndense los religiosos en Chiapa, Soconusco y Copanaguastlan y inquietud de los legos

Venidos a Chiapa el padre vicario y los compañeros, tratamos de dividirnos y asentar cada uno donde había de estar; y para Chiapa quedaron por entonces diputados el padre vicario y fray Rodrigo, fray Alonso de Villalba y fray Vicente Núñez, fray Pedro Calvo y fray Diego Calderón, fray Pedro Rubio. A Zinacantan fueron fray Jordán y fray Pedro de la Cruz y para allí también señalaron a fray Alonso de Portilla y fray Tomás de la Torre que irían en estando aliviados de la dolencia. A Co-

panaguastlan fueron fray Domingo de Ara y fray Alonso de la Cruz y allá los estaban ya esperando fray Jorge de León y fray Cristóbal Pardavé. Iban los de Copanaguastlan deseosos de trabajar cuando la gente donde iban lo habían menester y tan humildes cuanto era menester para donde iban, porque estaba toda aquella tierra como pollo suelto de las manadas del gavilán, así escapan ellos del culto de los demonios, aunque no habían escapado que todavía los serían; pero no se echaba tanto de ver porque huían de los cristianos. Estaban también aquellas tierras muy opresas porque allí eran todas las minas de todas estas provincias, y aun de las de Guatemala venían a sacar oro allí, porque fue grande la suma de oro que se sacó, y así están los cerros y los montes trastornados. Luego comenzaron a tratar de la lengua y a fray Jorge se le apegó en gran manera, de suerte que en breve tiempo la supo y él era el que allí hacía algo fray Domingo de Ara iba muy malo de calenturas y del bazo y lo estuvo muchos días; con todo eso iba a pie y estuvo allí padeciendo un gran martirio con gran paciencia y sin ningún temporal regalo; pero de esto diremos después, ahora no quiero más que asentar los religiosos en los pueblos. Los otros dos padres llegaron a Zinacantan y para el día de pentecostés se juntaron todos los sujetos de aquel pueblo y hicieron gran fiesta por la venida de los padres y les trajeron mucha comida y alpargatas y algunas otras cosillas que habían menester, y esperando sus compañeros se estaban allí sin hacer nada más que enseñar y bautizar los niños que traían sus padres a bautizar. En Chiapa comenzó fray Pedro Calvo con tanto fervor a aprender la lengua que casi se olvidaba de sí, en la mesa y en el coro se estaba como pasmado: y así la supo tan en breve que parece increíble, antes de un mes, a los veinte días, predicaba ya y doctrinaba la gente y en tres meses la supo tan perfectamente que los indios estaban espantados, y así él era el que trataba de la doctrina; los demás algunos trataban de aprender la lengua, otros de enseñar los muchachos, que estos son los que en todas las indias se tienen mas a cargo para despertar entre ellos quien sea más que los otros. Otros trataban de enseñar las oraciones y artículos y mandamientos para que las gentes los supiesen de coro en su lengua. Como esto se hacía en Chiapa, comenzaron los indios a despertar y decían ya a los religiosos los agravios que el español les hacía y cómo los casaba por fuerza y casaba a los libres con sus esclavos para hacer más gente, que de tomarles sus haciendas no hacían tanto caso los indios; nosotros no lo entendíamos, porque nos tenía tan trastornados que no creíamos nada, y si algo le decíamos de aquello era con grandísima simplicidad y así fácilmente nos respondía y embaucaba y echábamos la culpa a los indios, y en todo le dábamos crédito porque aun no conocíamos a los españoles de acá. Como él sentía esto y sabía más que nosotros sospechó lo que había de ser, y ya no nos mostraba tan buen rostro y proveíamos mal de lo ordinario por que aun entonces ninguna cosa recibíamos de los indios sino él autoritativamente los mandaba lo que nos habían de dar, y sus criados como cosa suya nos lo traían, no dando el jamás nada; y arrepentido de habernos allí traído sutilísimamente impedía nuestra estada: y comenzaban, sin sentir nosotros de dónde, a nacer dificultades sobre el sitio y los indios decían que cómo habían de

dar sus tierras y casas que allí tenían, como quiera que no valiesen, al que más tenía, 10 reales porque aunque buenas, pero no valen más las tierras entre los indios y todo era entre ellos como de burla; decían también que en esta otra iglesia tenían sus difuntos y que no los querían dejar, y otras cosas que como no conocíamos los indios no veíamos que era disparate pensar que de ellos salía nada de esto, y a poco a poco fuimos sospechando de su amistad; y su pasión de su parte y la luz de la nuestra iba cada día creciendo porque no se pueden las cosas así ir pasando, en particular en esto. Determinando el padre vicario hacer el camino de Soconusco, que arriba dije, mandó que fray Tomás de la Torre y fray Alonso Portillo, aunque malos, se fuesen a Zinacantan y así fueron llevándolos uno a uno un indio en un caballo hasta Ixtapa y de allí poco a poco a Zinacantan y tomó la noche a fray Tomás en el camino y una grande agua y temiendo, por ser los caminos tan malos, que no lo despeñase el caballo, iba a pie de noche y con gran agua por aquellas sierras como quiera que en Chiapa no se pudiese tener. Iba solo con un indio sin entenderse el uno al otro; después topó una casita de unos indios y allí se estuvo con ellos hasta la mañana; llegó tal a Zinacantan que ni en pie se podía tener, pasó grande enfermedad con grandes coronas de fray Pedro de la Cruz que todos aquellos tiempos lo acostaba y levantaba y el guisaba de comer y se lo daba y le sirvió como si fuera la misma persona de Cristo; y aunque la enfermedad fue larga, no siempre igualmente, que pocos fueron los días que estuvo en cama. Después aunque estaba malo y fray Pedro lo arropaba con la calentura y calentaba cuando tenía el frío, en lo demás estaba en pie y decía misa y enseñaba la doctrina a los muchachos. Envió el vicario a llamar a fray Domingo de Medinilla y a fray Tomás de San Juan para que fuesen a vivir a Soconusco; y como fray Domingo vio que ya que se quedaba, aun no lo dejaban entre sus parientes, y que puesto que quedase entre ellos, él entre nosotros no era nada ni sus letras, que los seglares decían que tenía, se echaban de ver entre nosotros; y que huíamos nosotros de los seglares españoles, y a sus deudos teníamos por más tiranos que a los demás, determinó de pedir su licencia para España: y así se fue donde a pocos días, holgándonos mucho todos de ello. El Vicario fue con todas las aguas a Soconusco y padeció con sus compañeros grandes trabajos de hambres y aguas y peligros de ríos, como ya arriba dijimos, y de camino concertó y consoló a los de Copanaguastlan y dio licencia a fray Alonso de la Cruz que se volviese a España porque andaba inquieto y así se fue y murió en la mar. También envió licencia a fray Pedro Rubio para que se fuese a España porque se le hacía de mal servir a sus hermanos. En Soconusco halló el vicario tan desganado a fray Juan Díaz, lego, que también le dio licencia y se fue a España; y así quedamos sin legos; a los cuales yo les aconsejo que no curen de venir acá sino con humildes, porque esta tierra no es sino para humildes. (*Lean esto los hermanos legos*). El lego que pasa para predicar pasa acá a perderse y a desasogarse porque acá está la orden en su fuerza y vigor y no permite desconciertos y no puede ser mayor que querer los legos, que Dios llamó para los trabajos corporales del monasterio, ocuparse en predicar y que él y el prelado anden a semana en el servicio de casa. Los que pa-

san con humildad deseando servir a Dios en la suerte de su vocación vengán acá, que el aparejo para servir a Dios es grande y valerles ha un día acá a más que cien años allá. Vémoslo, en un solo lego que perseveró acá, por experiencia, que es fray Pedro Mártir; humilde, callado, obediente, madre de todos los religiosos, él es sacristán, refitolero, procurador, barbero, hortelano y enfermero; cose y remienda a los religiosos, cava la huerta, y la planta; y una sola hora no sabe estar ocioso. Y si estábamos desocupados para bautizar, para predicar y confesar por él lo estamos y si no fuera por él, la mitad de nosotros estuviéramos ocupados en lo que él solo hace: y así él predica por las bocas de todos y bautiza por las manos de todos y es particionero de lo que todos hacen y todos le habemos envidia. Esto he dicho no tanto para alabarlo a él, como por convidar a los frailes legos humildes a venir acá, y quitar del camino a los que piensan en otra cosa de las que este hermano hace. Desde a pocos días que llegó fray Alonso del Portillo a Zinacantan se halló tan malo que pareciéndoles a los frailes que se moría, determinaron enviarlo a Chiapa que había más frailes y más aparejo para regalarlo y curarlo y así padeció el pobre grandes trabajos y no pensaron que viviera: duróle muchos meses tan gran corrupción del estómago que nada le paraba y muchas veces se caía como muerto. A la vuelta de Soconusco dejó el vicario a fray Jerónimo de San Vicente en Copanaguastlan y así quedamos todos asentados.

CAPITULO XLVIII

De los pueblos de Zinacantan y Copanaguastlan, y del estado en que hallaron la tierra

Y pues Zinacantan es tan gran cosa en esta tierra, justo es que digamos dos palabras del asiento del pueblo y calidad de las gentes. Este pueblo de Zinacantan, que es grande y cabecera de toda aquella nación, está legua y media de la ciudad. Está asentado en un valle bien abundante de arroyos, está cerca de altas sierras, y él en lo hondo, aunque es tierra muy alta como la ciudad, y para donde se suben infinitos estados de donde quiera que se vaya: es tierra muy fría aunque más blanca que la ciudad y sin nieblas a las mañanas; es tierra muy pobre de todas cosas, solamente abunda de muchas y frigidísimas aguas y muy buenas, especialmente hay aquí una fuente que sale de ella un arroyo como de un buey, y hay infinitos árboles de pinos y robles y encinas y otros de esta manera: hay infinitos yesos y cantera de alabastro, aunque ella de poco sirve, aunque por probar hacemos cosillas para casa, lábrase con una azuela como tabla. Es la gente de este pueblo de su natural más noble que la demás de su nación, y todos son mercaderes o los más; y por esto son conocidos de todas estas tierras y otras muchas. Tienen salinas en su pueblo y en los sujetos de él, de aquí se proveen todas estas tierras que fuera de aquí no la hay blanca; son las salinas comunes, quien quiere hace sal para sí y para vender. Con ser de suyo tan estéril este pueblo abunda

de todas las cosas porque acuden los comarcanos aquí, no solamente por la sal, pero porque como son mercaderes acuden aquí las demás a comprar lo que han menester y venden también todo lo que traen. Tienen también gran fantasía estos y no se precian de sembrar, ni de cosa de oficios, porque dicen que son mercaderes. Los españoles llaman a todos los de esta nación *Quelencs*, porque a los mancebos que les daban para su servicio, los llaman estos indios *Quelen*; pero ellos no se llaman sino *Zinacantecas* en lengua mejicana, y en su lengua se llaman *Zotzil Vinic*, que es lo mismo que decir *hombre morciélago*. La razón es porque sus antepasados, que dicen ellos haberse hallado en aquella vega de la Ciudad y haber aparecido allí antes que hubiese sol, hallaron un morciélago de piedra y aquel tomaron por Dios y le adoraron. Andan desnudos y cuando el frío o la fiesta les fuerza a vestir, pónense una manta sobre los hombros con dos nudos a la parte derecha; las mujeres andan como las de Yucatán porque estos y aquellos convienen en muchas cosas así de la lengua como de sus costumbres: son los de este pueblo en toda esta tierra como los principales de cada pueblo, y solamente por ser de Zinacantan se hacen honra, por decir que son mercaderes; fueron gente de grande esfuerzo en las guerras, y parécelo, pues todo el mundo era contra ellos: por las salinas tenían perpetua guerra con Chiapa y aunque algunas veces estaban amigos y les enviaban presentes, porque les faltan muchas de las cosas que a Chiapa sobran; pero fácilmente se volvían a enemistar y se mataban y sacrificaban y como cada uno cuenta sus cosas a su modo y vende a su pueblo por más valiente, por eso yo no cuento nada de lo que ellos nos dicen. Nuestro intento es de hacerlos siempre amigos y hemos hecho que se perdonen los robos que se habían hecho los unos a los otros y así ahora se conversan y se hacen mucha honra los unos y los otros, especialmente los principales. No tenían señor en Zinacantan, sino de los de mejor linaje nombraban uno que los rigiese y guiase en las guerras, y cuando no lo hacían bien quitábanlo y ponían otro; préciáanse de linaje, como todos los indios, aunque los de Chiapa más que todos: (*esto es influjo de aquel clima, y así ha pegado en los españoles*) los hijos de los señores eran sacerdotes, si conocían mujer echábanlos luego del oficio sacerdotal, pero la sodomía de entre ellos los sacerdotes y de entre otros no se hacía caso, como en todas estas tierras; y aun en Chiapa no se tenía por pecado, antes para evitar el pecado con las mujeres les procuraban sus padres muchachos con quien estuviesen hasta que se casasen. Fuera de Chiapa no había tanta rotura, su ley era la ley de la injusticia, el que más podía sujetaba al otro, si pecaba uno con casada, su marido y parientes lo averiguaba, si con doncellas, los mozos por casar eran los jueces. Tenían infinitos ídolos, adoraban al sol y sacrificábanle; y a los ríos llenos y a las fuentes y árboles de mucha hoja y a los altos cerros, daban incienso y presentes; otras muchas cosas había que decir de estos, pero es cosa prolija el contarlas. Es tierra la de estos de esta nación comúnmente pobre, aunque algunos pedazos alcanzan buenos, y pueblos hay de mucho cacao y de otro que llaman *cacao-xuchil* que es muypreciado fuera de Zinacantan; es tierra de muchos maizales y son los indios grandes labradores. De Copanaguastla no hay que decir por que aquellos y todos los de aque-

lla nación es cuasi la misma cosa con estos, y la lengua tan poco diferente, que lo que predicán a los unos, también predicán a los otros, y también los llaman los españoles *quelenes*. La tierra de Copanguastla y toda la comarca es maravillosa en todo, primeramente en temple; porque ni hace frío ninguno ni demasiado calor. Hay gran abundancia de toda la comida de los indios, así maíz como ají y todo lo demás que ellos comen, es la madre del algodón y de allí se visten todas estas provincias; es tierra llanísima, de grandes pastos para ganados y a las espaldas tienen las sierras de donde se saca el oro, es del todo semejante a Jericó; hay infinitas palmas, palmitos excelentísimos, aunque pasaron cuatro años que no los comimos, ni los indios nos los dieron pensando que no sabíamos comerlos, tiene grandes tierras de regadillos y otras cosas grandes. Tiene una falta grande, que no ha habido hasta ahora en aquella tierra un Eliseo que les sane las aguas y es que como es tierra de palmitas, tiene la misma enfermedad que las aguas de Jericó y aunque hay algunas fuentezuelas de donde ahora en estos tiempos dan agua a los frailes, que no se solía antes hacer, pero comúnmente son las aguas malas y salobres. Como llegó fray Tomás de la Torre a Zinacantan luego comenzó él y fray Pedro de la Cruz a tratar de la lengua pero creciendo el mal de fray Tomás lo dejó desde a dos días: fray Pedro prosiguió adelante y salió tan en breve con la lengua como adelante diremos.

Hallamos entonces, como ya hemos dicho, estas tierras perdidas, porque ni Dios ni el rey eran temidos. Entre los turcos e idólatras aunque faltaba el temor de Dios, pero el temor de sus reyes los refrena de muchos males; pero de estos por acá podíamos decir bien aquello del libro de los Jueces: *In biebus illis non erat Rex in Ysrael, sed unusquisque quod sibi rectum videbatur, hoc faciebat*. Alcaldes había pero eran como aquel de quien el evangelio dice que *nec Deum timebat nec homines verebatur*; y aunque aquel por importunaciones hizo una justicia, pero acá las viudas, los huérfanos y pobres no tenían licencia para importunar. No hacía el rey ni sus consejos sino enviar leyes y ordenanzas y santísimas provisiones; pero con besarlas y ponerlas sobre la cabeza cumplían con ellas y echábanlas en una caja, y así estaban las cajas llenas de leyes, y la tierra vacía de justicia, porque algunos de los gobernadores y jueces eran tiranos y a quien las leyes tocaban; ni tiene ni ha tenido el rey mayores enemigos en esta tierra que los que han tenido encargos de justicia y por eso les llamamos nosotros *espantajos de la justicia* porque con decir: ¡Vara trae, justicia hay en aquella tierra!; (*lo mismo pasa hoy, donde hay más varas, hay menos justicia*). Huye la justicia de allí y está cerrada la puerta del remedio. Sucedió de que aquí que todas hacían libremente lo que querían y desollaban a los tristes indios sin que nadie les fuese a la mano, no había más cuenta con ellos, que si no fueran hombres, y después que se tasó la tierra, allende de ser la tasa inicua e injusta e intolerable, no se hallara apenas hombre que la guardaba, sino que robaban a los indios y los tenían más opresos que esclavos; y si se huían de un pueblo a otro iban por ellos y los azotaban y perseguían. Indios se han hallado que han salido a los montes, que no han parecido ni sabido de ellos por las cosas que veían que pasaban. Nunca en el mundo se

vio gente tan opresa como esta y tan sin remedio, no solamente mientras duraron las guerras inicuas que les hicieron, en que ellos mismos cuentan los desvarios que hicieron, ajenos no solamente de la religión cristiana, pero de la piedad de hombres; pero de lo que digo es de cuando ya la tierra estaba en paz y servían con sus tributos a los cristianos y al rey. Es verdad, testigos nuestros hermanos, que no hay cosa que así haya admirado a los indios, según ellos dicen, que ver cuan sin por qué, y cuan sin para qué, sin tasa los robaban y cuán cruelmente los castigaban. Y ellos lo dicen ahora: ¿Padres, pues era bueno que hiciesen esto y esto? Y están admirados de tan grande desorden y bestialidad de gente, que después de pacíficos, así los robasen y matasen, y así no hubo publicanos en el mundo tan menospreciados de fariseos, cuanto los cristianos lo eran de los indios en sus pechos; y así suelen ellos decir, hablando de los españoles: ¿Pues son personas? ¿Pues tienen corazón? ¿Pues conocen a Dios? Testigos son todos nuestros hermanos, cuántas veces hemos oído esto; y así ya no se desedifican de nada que les vean hacer a ellos, y a los mestizos bienaventurados que han echado en este orbe para herederos de sus virtudes. Algunas veces con enemistad que los españoles tenían los unos de los otros se solicitaban jueces que les solicitasen las vidas y castigasen: No hallaban más en ellos que en unos santos. Una cosa sola contaré, por donde otras muchas se entiendan, que es pública voz y fama en esta tierra: Que un vecino procuró un juez contra otro que tenían un pueblo en encomienda y queriendo buscarle la vida, mandáronle que saliese de su pueblo y antes que saliese juntó a los indios y díjoles: a este juez envían aquí para que sepa si sois buenos cristianos y si sabéis signaros y el *pater noster*; no os curéis de nada que os preguntaren, sino entrando delante de él persignáos y si os preguntare algo decir el *pater noster*, y si os fatigaren, mirad que es por turbaros, decid *el credo*; y catad no digais otra cosa porque si algo decís de mí, el juez se irá, y yo os quemaré vivos. Díjolo y hízose como lo dijo y a ningún indio pudieron sacar nada sino el *pater noster* y el *credo*: porque sabía que el que lo contrario hiciera que lo había de quemar. Una persona que se halló presente cuenta que vino un indio a media noche a decir al juez que aquel español mataba a los indios y que tenía en la caballeriza una garrucha donde los colgaba de los brazos vueltos por las espaldas y que fue el mismo de noche y que vio la garrucha y que temiendo lo que había de ser, hizo que el mismo indio le mostrase la casa propia. Fue indio o fue demonio que jamás pareció ni en la casa que le mostró por suya no hubo quien diese razón de él para la ratificación, y había aquel español quemado y matado más indios que barbas tenía en el rostro, como se prueba el día de hoy. Veis aquí lo que entonces pasaba, no había indio que pensase que contra su amo había justicia en la tierra, ni conocía rey ni emperador, ni alcalde, ni otra cosa. Estando un fraile en conversación diciendo a un indio del rey de Castilla, oyólo el que se servía de Chiapa y díjole riéndose: ¡Eso señor no se usa por acá, pocos hubiera que eso permitieran; pero yo por cierto me huelgo y se lo digo muchas veces! Los indios nunca supieron que había otro mayor en la tierra que él, y si alguno conocía al emperador era por hermano suyo, y delante de nosotros cuando allí llegamos y se subió al púlpito; y con un in-

térprete les predicó como él había escrito al emperador de Castilla que le enviase frailes y nos envió a nosotros para que dijésemos misa. Esto supimos después, que entonces no entendíamos nada, y cuando después públicamente predicamos el poder del rey sobre los españoles, se levantó el escándalo que después diremos. Esto ponemos aquí por fundamento de lo que después se dirá y oirá; y no solamente esto pero, por gran merced que nos hacían, decían algunos españoles que ellos holgaban que entrásemos en sus pueblos que decían a los indios que nos oyesen. Esto pasaba en aquel tiempo en esta tierra de quien todos ellos dicen que se conquistó en nombre del emperador: predicar a los españoles que estas cosas eran malas y que se enmendasen, era dar voces en el desierto; antes querían que con aquella disposición los confesásemos y decían que teníamos nuevas opiniones y que los tratábamos como a herejes. (*Esta plaga hasta hoy dura en Chiapa*). Verdad es que nunca faltaron algunos buenos y temerosos de Dios pero al principio lo que tengo dicho era lo común.

CAPITULO XLIX

Prosigue el estado en que hallaron a los indios y cómo aprendieron las lenguas y enseñaron

Hallamos a estos indios envueltos y ciegos con el pecado de la infidelidad y digo una cosa de que se indignaron los españoles, pero probarla he con todos los religiosos; que no había indio en toda esta tierra que fuese fiel, ni conociese a Dios como los fieles lo conocen. Y porque yo no quiero contender con necios, sino probar esto a los sabios, doy por razón lo que ningún español acá negará, que no había indio que tuviese más noticia de la trinidad ni de la muerte y pasión de Cristo, ni de su resurrección, ascensión y venida al juicio, de la resurrección de la carne; no sabían más de esto los indios que de lo que jamás oyeron, y si de alguna cosa formaban concepto de Dios era de Santa María porque aquella oían a los cristianos llamar en sus necesidades y a la iglesia llamaban los indios: casa de Santa María. Bien habían oído algunos decir de Dios que era bueno y que murió; pero formaban conceptos quiméricos de todo esto. La razón de ello es porque ninguna doctrina jamás tuvieron, y al que más le pidieron para bautizarlo fue que supiese las oraciones en latín de las cuales no pronunciaban palabra significativa ni ellos entendían nada. Si algunos estaban apartados de pecados de idolatría eran los que vivían en casa de los españoles pero estos vivían en mil pecados tanto que nos hemos excusado tiempo de administrarles los sacramentos; sino como a sus amos los tratábamos. Lenguaje común de los indios era llamar Dios a la imagen cualquiera que fuera y decir que el dios de su pueblo era bueno y que el de tal parte no valía nada, y lo común fue pensar que aquellos trapos o pinturas adoraban los españoles como ellos a sus ídolos. Pero dirá alguno: como ellos entiendan que aquel murió y que aquel era bueno.

Digo que como entendían que su ídolo era bueno y muy valiente y les daba maíz &. La infidelidad causa mayores desconciertos que esto, y aun esto que digo es hablando de algunos indios ladinos, que la gente común, ni aun por entre sueños supo cosa de Dios a tuertas ni a derechas, sino es dos entre mil. Las oraciones en latín las aprendían como todos para que les echasen el agua en la cabeza y el bautismo jamás supo hombre para que lo recibía y si algún bachiller sabía algo de ello era que se bautizaba para hacerse persona de Castilla, que es una cosa como de sueño; y quien no ha tratado con infieles en gran conversación, como nosotros, no puede entender nada de lo que aquí decimos, pero entiendan todos que estos indios eran todos idólatras e infieles como antes y sacrificaban gallinas, tórtolas, incienso; no solamente en secreto, que esto era lo común, pero en la calle, a la puerta de su casa, hallábamos los sacrificios: y de esto doy por testigo a todos los españoles que hay en estas provincias, si vieron los ídolos y sacrificios, y si había indios de quienes no creyesen ellos que sacrificaban. Esto es cierto: la razón de ello es como ya he dicho y aun después diremos; había también otro intolerable yerro que ha tocado también a algunas personas cuerdas, y lo tienen hasta hoy aunque no en nuestra compañía, y era que a Dios se lo predicaban debajo de este nombre Dios y no por el nombre que significaba a Dios en su lengua. La razón era que como veían que los ídolos no eran dioses y que aquellos de quien los indios decían que eran sus dioses eran tales como Júpiter y Venus, dábanlo al diablo y hacían que los escupiesen y decíanles que habían de adorar a un solo Dios y que aquel no era piedra ni palo &; como si para mayor declaración dijésemos que predicaba san Pablo en Roma que todos los dioses eran diablos, que solamente habían de adorar a Theos y que aquel no era más que uno, y que Júpiter aunque era Dios, pero que no era Theos. Mirad qué locuras se concibieron con esta doctrina: que esas mismas habían concebido estos, si algunos habían oído algo de Dios. Había infinito que decir; pero esto baste más por aviso de los que vendrán a indias que por tocar a la historia. Háse de buscar el nombre que los indios daban a lo que adoraban y reverenciaban, y decirles que ninguno de aquellos ídolos es digno de aquel nombre, sino uno solo que hizo el Cielo y la tierra, como si dijésemos en Chiapa que *Navití* no es *Nombone*, ni *Mohotove* es tampoco *Nombone* en la tierra y en el cielo, declarando las propiedades de Dios, al cual estos llaman *Nombone*; los demás eran nombres de ídolos. De esta infidelidad nacían todos los males que se pueden imaginar, sacrificios cada hora y cada momento, en el nacimiento del hijo, al destetarlo, al ponerle nombre, al darle mujer, al fabricar la casa, a la dolencia, al llover, al trueno, al río lleno, al tiempo de sembrar, al ir camino y finalmente toda la vida; digo lo que vimos y sabemos y no cuento cosas oídas. Había sodomías, tenían muchas mujeres y los que de miedo de los cristianos no tenían más que una, dejábanla cuando querían y tomaban otra, aunque en muchas de estas tierras los cristianos con su ejemplo se enseñaron a tener muchas mujeres y otras cosas peores y, de las cosas que a los cristianos desagradaron, gurdábanse de hacerlas en público; pero de los demás, mayores males había que en los tiempos antiguos porque como no había justicia, ni los caciques po-

dían castigar a nadie ni tenían a quien temer. Como cuando no había cristianos, no osaba tomar un bajo hombre a otro la mujer porque sus parientes no lo castigasen; ahora osábasela tomar, porque nadie había de irle a la mano, como el pagar del tributo. Ver con todo esto su bajeza en todo ponía grima y espanto, desnudos, pintados con tinta negra y las mujeres hediondas con no se qué almagres: delante de los unos se orinaban los otros y aun delante nosotros; y cuando acabábamos el sermón, quedaba todo regado de orines; las uñas como águilas; el cabello encrespado, que era espanto verlos. Digo verdad, para concluir, que ellos eran bestias en figuras de hombres y muchas veces desmayábamos de ver tan gran bajeza y bestialidad y los dejáramos si no nos detuviera el celo de su salvación, pero habiendo visto lo que hemos visto, aunque los viésemos con colas y con orejas de asno, no desmayaríamos, sabiendo por experiencia lo que de ellos se puede hacer, como lo muestra esta provincia el día de hoy, admirándose de ello los españoles que nos tenían por locos. Cuando veían lo que en estos emprendíamos y principiábamos, nos decían que sólo los mejicanos eran hombres; pero el día de hoy les enseña que aquellos indios son más, con quien más se trabaja; y no dejan de ser sino lo que los religiosos que con caridad y por reverencia, los enseñan, no quieren que sean. Comunicó la misericordia de Dios tan presto las leguas a los religiosos, que aunque no osamos decir que fue milagro, tenemos lo cierto por cosa maravillosa; antes de un mes después que fray Pedro Calvo comenzó a estudiar la lengua, predicó en ella, y fray Pedro de la Cruz comenzó a estudiar la víspera de San Juan y el de la Madgalena predicó en la lengua, fray Jorge de León comenzó por el mismo tiempo y el día de nuestro padre santo Domingo predicó en la lengua. Todos estaban admirados y espantados así indios como españoles. Al cabo de tres meses estaban ya tan sueltos en las lenguas como si se hubieran criado en ellas. A estos padres hizo Dios esta merced porque no había nadie que ayudase a estas gentes y porque ellos se dispusieron, trabajaron de noche y de día y andaban como fuera de sí, dándoles nuestro señor salud y fuerzas y gana para ello. Los demás tardaron; pero antes de un año predicaron todos en lenguas y administraban los sacramentos, un padre excepto, que no puso mano en la obra en muchos días; pero después que comenzó, salió tan en breve con la obra y empresa como los demás y trabaja y sirve al señor con dos lenguas que le ha dado, mejicana y de la tierra. Hízonos también Dios gran misericordia en saber tratar con los indios y darnos modo como, conocida su condición, como si fuésemos indios les supiésemos traer a la fe y porque esto es largo de declarar digo solamente dos cosas para su declaración. La primera es que yendo al cabo de dos años a Méjico fray Tomás de la Torre, miraron con gran atención lo que allí pasaba en todas las órdenes en el modo de tratar con los indios y preguntaron cosas muchas y muchos lo remitieron a un religioso que decían ellos que tenía don y que Dios le había enseñado el modo cómo había de tratar con los indios para atraerlos a la fe, y tratando con aquel padre encarecíoles mucho aquello que el sabía, diciendo que lo tuviesen en mucho porque ellos no lo alcanzaron sin caer primero en muchos yerros y que diesen gracias a Dios que escarmentaban en cabeza ajena, y después de esto,

dióles sus reglas y documentos y después que lo escucharon dijéronle: Padre, gracias a Dios que todo esto hemos siempre entendido y guardado y su misericordia nos ha guardado de no caer en esos yerros que dices y veces hemos oído que caístes acá; y sobre eso que decís hacemos esto y esto y guardamos esta forma y esta, y de esta manera nos habemos con los infieles y de esta con los catecúmenos &. Quedó admirado y espantado aquel padre y dio gracias a Dios. Más de tres años después que tratamos de la conversión de estos infieles vino a esta provincia por mandado del provincial fray Pedro de Angulo, hombre de gran religión y de grande experiencia en estas tierras, el que trajo de paz las tierras de Chamelco y Teculután y deseaba mucho vernos porque es celoso de la salvación de los indios, y temía que como no habíamos tenido guía, que no irían las cosas de la conversión tan bien encaminadas; y vino y estuvo días entre nosotros y fue a los pueblos principales que los religiosos han doctrinado, y por cierto él estaba como la reyna Saba admirado y no sabía decirnos nada, solamente decía que él tenía por milagro todo lo que estaba hecho, y que nosotros no lo entendíamos porque no habíamos visto las cosas de otra parte; y encomendábamos mucho la humildad temiendo nos quitase Dios por soberbios lo que por su misericordia nos había dado. Esto refiero aquí a gloria del señor y para consolación de nuestros padres y amigos y porque quien no trata lo que tratamos no puede entender del todo este modo, como los que lo tratamos. No diré más que tres cosas que son generales para la conversión de todos los infieles, y de las particulares de estos indios, diré solamente las que trae edificación saberlas: la primera cosa que guardamos fue administrar los sacramentos como a hombres y no como a bestias, enseñándoles todo lo que nuestro redentor mandó enseñar a las gentes, y en esto estaban días, muchos catecúmenos; y éramos en esto tan demasiados que creo excedíamos el modo; (*aquí podía el padre mercedario ver si había dónde administraren si a ello se hubieran aplicado*): a nadie hemos bautizado con menos doctrina, que si pensásemos que bautizado, y muertos todos los predicadores, había de ser todo uno; hácese también pesquisa de su vida y costumbres y matrimonio & y después bautizábamoslos según la forma de la iglesia con todas aquellas ceremonias y solemnidades; y no se nos ha dado mucho por hacer mucho más, hemos procurado de hacerlo bien y los que vemos que se pierden por falta de ministros encomendámoslos al todopoderoso que murió por ellos. Lo segundo ha sido tratar con los indios con amor y caridad y blandura; ha sido común en estas tierras, así en Méjico como fuera de allí, tener los frailes cepos y prisiones y enseñar la doctrina a azotés, y es común dicho de los españoles, que quieren estos ser tratados ásperamente y que no hacen virtud sino a palos; tenemos esto por sacrilegio y hemos experimentado no ser este modo conveniente a la ley de Cristo, sino a la de Mahoma. Los indios son hombres y como hombres se han de traer a la fe, y Cristo dijo a los predicadores que los enviaba como a corderos entre lobos y no al revés. Siempre hemos tratado con ellos con sumo amor, y digo verdad que nos aman tanto y temen tanto de nos enojar, y reverencian tanto, como yo reverenciara a San Pablo; digo del día de hoy, que de los tiempos pasados adelante se dirá. No hay que tratar de pensar que indio

hará cosa con que nos dé pena y el mayor castigo que les hacemos es mostrar que estamos enojados, no tomar el presente que nos dan: digo de lo común, que faltas hay también como en un concertado monasterio. Pocos días ha que tratando de mudar unos pueblos del asiento que tenían, ponía yo dificultad en ello, no queriendo condescender con un español y dijele: ¿Quién es bastante para hacerles hacer a los indios eso que desís sino Dios? Respondióme con gran desgracia: ¡Ese alpargate que traes calzado, juro a tal! Desde a poco porfié yo a decir que se habían de juntar en un asiento cuatro pueblos que decía él que si tal les decía a los indios, negarían la fe y huirían a los montes y él se quedaría sin sus tributos, y rogábame importunamente que no les dijese tal. Yo fui y dije misa por ellos y luego llamé delante del español a todos los principales y dijeles que aquello era la voluntad de Dios y que si querían hacerlo que Dios se serviría y si no, que no podían ser visitados ni doctrinados de nosotros. Respondieronme: ¡Padre, nosotros somos hombres terrenales y no sabemos lo que Dios quiere, vosotros nos habéis de guiar, que sabéis la voluntad de Dios; danos espacio de cinco días que así se hará como dices! Quedó aquel español espantado diciendo, que los indios nos habían de adorar. Si de estas cosas hubiera de contar, en muchos pliegos de papel no acabaría y es verdad que es suma la reverencia que nos tienen y es su respuesta en todas las cosas; *tú padre lo sabes, yo soy pecador, yo soy terrenal, no sé yo lo que he de hacer*. Muchas veces nos da pena tan gran indeterminación de voluntad. La tercera que, por la bondad de Dios, hemos procurado siempre el serles ejemplo de lo que les enseñamos, especialmente en la limpieza y pobreza, padeciendo grandes estrechuras y trabajos por no pedirles nada, y digo verdad que dejan de proveernos de muchas cosas de puro miedo que nos tienen cogido de no ofrecernos sino aquello que hemos de ellos recibido, que ha sido lo que no podíamos excusar. Especialmente a los principios tuvimos este cuidado de lo cual para que nos sea un freno para no descuidarnos aun quiero añadir dos palabras.

CAPÍTULO I

De la suma pobreza que profesaron aquellos primeros fundadores

Aunque esto sea algo vergonzoso y no muy seguro contar el hombre lo que había de encubrir, y alabarse con sus labios no debiendo permitir que los ajenos lo loen; pero como hombre que sé cuán poca parte me cabe de esta loa, diré a gloria del señor lo que en los demás he visto. Tres años pasaron que no hubo en esta comunidad otra manta sino que cada uno tenía una de pelos de cabra que sacamos de la mar, raída y llena de brea del navío y en aquella, con sus hábitos, dormían en las tierras frías adonde teníamos un poco de paja debajo, en las calientes no más que un cerco de cañas o una estera; y esto dura hasta el día de hoy, aunque ya tenemos mantas. Las túnicas tan hechas pedazos que apenas había como se tu-

viesen en el cuerpo y muchas veces caminando llevábamos las sayas tendidas por no llevar las carnes desnudas; de alpargates hemos estado siempre proveídos, aunque por no calzarlos nuevos, hemos andado los pies desnudos por debajo. Las casas en que hemos vivido, algunas están en pie para admirarnos de cómo podíamos allí vivir; y los seglares no osaban dormir en ellas, estando retraídos o pasando caminos porque decían que estaban mejor en la calle. A ellos doy por testigos y a las casas que están en pie, y a los frailes de la Merced que decían que si los indios tuvieran fe no nos permitirían vivir allí. Cuántas y cuántas veces se admiraban los que veían qué comíamos: unos huevos cocidos, unos plátanos cocidos con agua y otras cosas semejantes. Muchas veces decía el canónigo que se espantaba como vivíamos; y de los religiosos de algunas casitas lo enviaban a decir seglares, que por allí pasaban, al vicario general; que éramos homicidas y que no podíamos vivir. A ellos mismos doy por testigos. Jamás recibimos de los indios vino, sino para misa, ni gota de aceite; y por no pedirles candelas sino para decir misa, estudiábamos en el corral muchas veces con unas teas. Enfermos tuvimos y de grandes enfermedades; pero no permitimos que los indios nos comprasen vino, aunque nos importunaban, ni pan de Castilla, aunque había enfermo que de ninguna manera podía meter tortilla en la boca, sino que de lo que el canónigo enviaba muchas veces guardaban sin probarlo los sanos para que comiese el enfermo, y le quitaban el moho y lo podrido para que lo pudiese comer; y compadeciéndose el canónigo del enfermo, venía a verlo de la ciudad y le traía la gallina cocida, porque jamás se veía en nuestra casa especies sino agua y un cuarto de ave. Vergüenza me da hablar más en esto; veníamos a las cosas de las iglesias. En Chiapa tenían un cáliz y otro en Copanaguastla; los de Zinacantan tenían uno prestado de la Merced y una ara quebrada y cuando se la dieron dada pensaban pue les daban un tesoro; para visitar pedían un ornamento prestado al dueño de aquel pueblo que lo tenía, y así había uno para casa y otro para llevar fuera. Tres años pasaron que no tuvimos otro frontal sino uno de manta de la tierra. En Chiapa estaban los que después se pasaron a la ciudad que eran de sábana de Castilla con unas cintillas pintadas, aquel era el de la pascua y del ferial. Por gran cosa tuvimos haber una casulla de damasco colorado prestada para el día de santo Domingo, y húbola porque de la Merced nos la enviaron, que aun no teníamos ánimo ni atrevimiento para pedirla, tan paupérrimos estábamos; de estera fue mucho tiempo la almohadilla del altar y hasta ahora hace un mes no tuvimos otros manteles en el altar sino de la manta de la tierra, y pensábamos de hacer los frontales de aquellas esterillas labradas que arriba dije y nos parecían muy galanas. El monumento hacíamos de esteras, y cabe el sacramento de mantas; y estábamos tan absortos que lo mirábamos y decíamos que parecía brocato; y cuando en Zinacantan hicieron una casulla de manta con una cinta negra la guardaron para que la estrenase en vicario general a la misa mayor el día de Todos Santos; cuando en Copanaguastla salían a visitar no decían misa y volvían a juntarse todos el domingo para decirla y no les pasaba por el pensamiento ni de pedirlo a los indios ni de buscarlo, sino que en esto de

la pobreza verdaderamente estábamos como absortos, y tan fundados en ella y en no dar nota a los indios de codicia que no se si fue gran demasía. Y así les persuadimos a los indios lo que queríamos poniéndonos a nosotros por ejemplo, diciendo que hiciesen como nosotros; que aunque flacos pero no había otra cosa mejor de que echar mano. Decíamosles que ni queríamos su cacao, ni su oro ni sus plumas, que todo lo del mundo lo mirábamos como lodo; decíamosles también que no mirasen nada a los españoles ni los siguiesen ni estropezasen en sus vidas, que eran malas y no seguían el evangelio. Con esto se comenzó a cimentar la fe en estas gentes, que otros milagros no se han hecho; y Dios lo iba guiando todo sin que lo echásemos de ver nosotros ni entendiésemos el bien que hacíamos. Los españoles se indignaban bravamente cada día más contra nosotros y nos daban mil quejas y respondíamosles que no sabíamos les informar el evangelio sino por aquella vía, y que no se podía predicar la cristiandad ni el menosprecio del mundo, ni el segundo ni el sétimo precepto del evangelio sino reprobando sus vidas. Cada día padecíamos enojos y bregas sobre esto y sobre otras cosas semejantes que sería largo de contar.

Muchos días estuvimos que no salimos de unos pueblos, así por las malas disposiciones como porque veíamos que en aquellos pueblos no se había hecho nada ni habíamos bautizado ni adulto ni concertado matrimonio; veíamos infinitos pecados, pero por dar alguna luz para despertar la gente, salimos al cabo de muchos días a ver pueblos comarcanos y solamente bautizábamos a los niños, porque de estos no teníamos escrúpulo de bautizar a los que sus padres traían de estos pueblos comarcanos donde nosotros veíamos que la doctrina iba prendiendo: en España hay algunos que todo lo que acá hacemos condenan y en todo hallan escrúpulo, pero así para lo presente, como para otras cosas les respondemos que no nos faltan las letras que ellos tienen, ni el deseo de acertar, si somos muy negligente en encomendarlo a Dios y vistas las cosas de presente nos parece que debemos hacerlo así. Y una cosa pueden tener por cierto que en las cosas de sacramentos, que la necesidad y continuo ejercicio nos ha hecho instructos en ellos, que sin escrúpulo diremos que sabemos más que otros más doctos que nosotros, pero con todo esto digo que la presencia de las cosas hace juzgar de otra manera de lo que lejos parece. Ibamos, pues, por los pueblos a pie, predicando seis y siete horas al día, enjugando muchas veces las túnicas en el cuerpo, cansados, muertos de hambre; y no solamente en los pueblos, pero a ningún indio topábamos en el camino que pudiésemos acabar con nuestra conciencia dejarlo pasar sin anunciarle a Cristo, sabiendo que en solo aquel nombre se había de salvar, y que solos nosotros se lo habíamos de anunciar y que quizá no habría otra mejor oportunidad. Visitábamos los enfermos predicándoles que dijese siquiera *(Aquí faltan dos hojas al original, y así pasa a los disgustos que hubo con el encomendero de Chiapa que fueron muy escandalosos y es necesario referirlo todo para que se vea lo que padecieron aquellos apostólicos varones)*.

CAPITULO LI

De los grandes disgustos que los religiosos pasaron con el encomendero de Chiapa, y los motivos de ellos

El encomendero de Chiapa era muy astuto y viendo que a su tela se le iban descubriendo los hilos, procuró con maña ver si podía echar de allí a los religiosos que ya estaba muy arrepentido de haberlos admitido, y así en conversaciones les movía plática diciendo que podían pasarse a Nueva España donde serían estimadas las grandes prendas que a cada uno lo hacían digno de grandes puestos; pero ellos que en nada de eso pensaban, no dieron lugar a semejantes vanidades. Entre tanto se fue enlazando el negocio de modo que llegó al rompimiento que veremos, porque habiendo reñido a un indio y maltratándolo por cierta iniquidad que él intentaba, y echándolo después, tornólo a llamar a él a su casa y al principal de aquel barrio, y vino él a casa y dijéronle los frailes que no fuese, y con esto no fue él ni el principal. Dijo entonces el español: ¿Como que hay indio que llamándolo yo, no venga y que diga: después iré que ahora estoy ocupado? ¡Voto a tal! si frailes no hubiera, del infierno saliera él a mi llamado, como en otro tiempo. Tenía también cárcel y cepo y teniendo a otro preso, porque no se quería casar con quien él mandaba, que ya los pobrecillos indios con el favor de los padres se excusaban de aquellos matrimonios, soltóse el preso y vino huyendo a casa; y como lo vio, porque acaeció el estar allí, arremetió y dióle coces y los frailes se lo quitaron; y él entonces acabó de caer de su estado viendo que los indios entendían que no era papa ni Dios porque así lo llamaban los indios a él y a todos los españoles: porque por el nombre de Dios que tienen en sus lenguas llamaban a los españoles. (*De esto están llenas las historias, y hoy reciben muy bien los gobernadores que les llamen Dios*). Aunque esto parece indigno de Cristianos, pero a cuantos hay en las Indias doy por testigos que llamándole los indios por el nombre de Dios que tienen en sus lenguas unos Masan, otros Chu, otros Nombone, que en diversas lenguas quiere decir *Dios*, otros *hijos del Sol*, no se hallara que cristiano se los reprendiera; antes se alababan y gloriaban de ello y destruyendo nosotros tan grande sacrilegio y reprendiendo a los indios que no llamasen en sus lenguas *dioses* a hombres mortales como ellos, se enojó un honrado caballero y delante de muchos españoles se quejó gravemente de los frailes diciendo que les apocábamos delante de los indios diciendo que eran hombres mortales y flacos como ellos; y diciendo que se decía a fin de que no les llamasen dioses en su lengua; y que aquello era excusado decir a los indios. Sobre estas cosas dichas hubo muchos azotes y trabajos en los indios de Chiapa y a aquel principal le quitaron su cargo para que no guardase los indios diciendo, y buscando colores, que robaba el pueblo y que un poco de cacao que enviaba a los frailes para beber, que no lo enviaba de su casa y otras mentiras. Como vino el vicario quísolo aquel caballero encubrir todo y culpar a los que estaban allí, diciendo, que no sabían tratar a los indios, que no quería el indio sentir favor, que los padres

los destruían y con estas cosas quería disimular y trataba con los indios que no se diesen sitio donde estaba señalado, como lo hizo descubrir el vicario públicamente en la iglesia. También les decía que no éramos nada: que en España pedíamos por las puertas que éramos hijos de cristianos bajos y pobres y que por no tener que comer nos metíamos a frailes, y que siendo frailes éramos gente baja, de manera que comida no teníamos si los cristianos no nos la daban. Causaba esto gran escándalo a los indios, que sin fe no conocían la virtud de la pobreza y andaban como atónitos, ni osaban seguir nuestra doctrina pensando que, porque nos daban de comer, les traíamos la mano sobre el cerro, viendo que los cristianos no nos la querían dar; y por otra parte conocían a su amo y en nosotros no veían cosa mala. ¡Mirad qué ardid de Satanás para que estos pobres indios no recibiesen el evangelio! Este negocio andaba en tinieblas que entonces aun no lo habíamos sentido; tenía aquel español, entre otros males, repartidos todos los hijos de los principales para que le sirviesen a la mesa y lo acompañasen y lo acudiesen siempre haciéndole aire con unos mosqueadores y otros que tuviesen cargo de la comida, otros de estar siempre a la puerta de casa; de suerte que lo ordinario era traer siempre veinte o treinta muchachos y mancebos. Los religiosos querían doctrinarlos y enseñarlos y los mozos lo deseaban y él con vivísimas cautelas lo deshacía, que parecía en todo pretender el bien del pueblo diciendo que si los atábamos allí que se perdían sus haciendas de los indios y que aquella gente no era como otros indios y que si pensasen que eran exentos de servicio por aprender, que se ensoberbecerían y que no podrían con ellos en el pueblo; y como en esto iba la vida y estaba aquí la llave de la doctrina y pasaron tantas cosas del cristiano a los frailes que les dijeron los frailes a los hijos de los principales: que su amo no tenía en la casa aquel género de servicios, que no se lo diesen; y mandó el vicario a fray Pedro Calvo que era la lengua que dijese al cacique que no fuesen aquellos mancebos a servir. Dijo el cacique don Pedro descubriendo la tela: ¡Padres mira que nos tornáis locos, nuestro amo nos dice esto y esto de vosotros; vosotros nos decís que este es un hombre como nosotros y que el emperador y los alcaldes son sobre él; ninguno habla delante del otro: ni vosotros ni él hablannos claro! Esto dijo el indio con gran cautela para ver quién trataba mentira o verdad, y así se determinó de decir la verdad a las claras aunque amargase.

Como el español encomendero de Chiapa supo que el vicario y los frailes habían dicho a los indios que pues no le debían aquel servicio por la tasa del rey, que no fuesen a servirlo los hijos de los principales sino que cada día se recogiesen todos a deprender la doctrina y costumbres al monasterio, indignado gravemente contra nosotros, dijo: ¡Cómo que en eso han andado los frailes! ¡Qué tasa me han ellos de poner! ¡A fe de Dios que yo les daré mala comida! Y con el gran dominio que sobre los indios tenía, mandó a los que tenían a cargo de enviarnos la comida, que no nos la diesen; y era el miedo que le tenían tan entrañable, que luego lo hicieron así, y aquel domingo por la mañana no nos trajeron cosa alguna. No faltó quien lo viniera a decir al vicario y como vieron que hasta la misa mayor no habían traído nada de lo que, de consejo, solían

traer, viendo el grande escándalo que se daba a los indios y que callar entonces era cerrar las puertas de la fe porque pensaran que andábamos con mentiras con ellos, escribió el padre vicario ciertas razones en un papel y mandó a fray Pedro Calvo que las dijese en el sermón a los indios, presente aquel cristiano y sus criados, y porque los indios viesan que no andábamos a sombra de tejados, que lo dijese después en la lengua castellana e hízose así. Lo que se les dijo fue: “Hijos y hermanos: nosotros pasamos a esta tierra por amor de vosotros: no buscamos oro ni plata, ni cacao ni otra cosa vuestra; solamente deseamos que conozcáis a un solo Dios y señor en el cielo y en la tierra que es Jesucristo en cuya fe os habéis de salvar. Sabed también que el emperador y rey de Castilla os ama y quiere bien, y porque es cristiano y os desea que os salvéis, nos envió acá a deciros lo que os conviene y este rey es bueno y no ama la maldad, ni quiere que os acabéis, sino que viváis contentos y bien regidos y amparados y para esto tiene su audiencia en los confines de estas tierras con mucho poder para que os defiendan y amparen de quien os hiciese mal, y todos los cristianos que acá andan, aunque sean grandes y ricos están sujetos a aquella audiencia, y los puede matar y castigar porque tiene poder del rey; y no solamente la audiencia, pero los alcaldes que están en la ciudad tienen poder sobre todos los españoles y si alguno os hiciere mal podéis iros a quejar de aquel a aquellos alcaldes, y ellos os harán justicia y si no la hicieren podéis ir a la audiencia porque aquella puede también castigar a los alcaldes que no hacen justicia, y si vosotros no os atrevéis decírnoslo, que nosotros hablaremos a los alcaldes y a la audiencia e iremos a Castilla por vosotros si fuere menester, porque el rey os ama y desea favorecer, y a estos españoles a quienes estáis encomendados, que vosotros llamáis nuestro señor, no les debéis llamar así, porque sólo Dios es digno de ese vocablo en el cielo y en la tierra, y al rey también llamamos así por su dignidad; a otro no se lo habéis de llamar, solamente le debéis dar los tributos que están tasados, no porque es vuestro señor sino porque el rey lo manda así, por los servicios que le han hecho; y pagado aquello, no tenéis más que ver con él; y si más os pidiere hay justicia que lo castigue”. Dicho esto a los indios volvió la plática a los españoles y aquel cristiano que de la conversación larga que tenía con los indios sabía algunos vocablos, poco más o menos entendió la plática y quísola estorbar porque los indios no pensasen que a él osaban decir aquello, y comenzó desde su poderosa silla a decir que no se dijese aquello en romance, porque, decía, que él lo había bien entendido. Dijo el predicador, que quizá no lo había entendido bien y que a la gloria de nuestro señor tocaba decírselo de suerte que lo entendiese. Reclamando él mucho desde allí, dio una palmada al vicario diciendo: ¡Calle vuestra merced que el rey calla, en el sermón! Entonces dijo él: ¡Yo callaré pero a fe que nos debemos poco al cabo del año! Acabado de decir en romance lo que ya hemos dicho, reprendióle el predicador modestamente diciéndole cuan grande escándalo daba a la fe desacreditándonos con los indios supuesto que no había otro milagro que nuestro ejemplo y el crédito que de nosotros tenían que era lo que los había de convertir; y que qué dirían aquellos indios viendo que nos quitaba la comida y les mandaba

que de su hacienda hiciesen limosna; y que se enmendase por amor del señor! ¡Cosa maravillosa! Los indios despertaron como de un gran sueño, espantados de lo que aquel les había dicho y cuán engañados y tiranizados los tenía y cuán grandes disparates les había hecho creer o entender. Acabada la misa volvióse él triste a su casa con solo sus esclavos y no como solía ir todo el pueblo a llevarlo y traerlo; y todos los indios acompañaron a los religiosos hasta su casita. Estuvo el pueblo que no parecía haber hombre, y la plaza del cristiano sola, con hervir de gente otros días, y él no comió ni nadie de su casa: solo se estuvo sentado en el corredor que se parecía desde nuestra casita. Luego la primera fiesta siguiente, hicieron los indios el mayor y solemne mitote que se había visto en aquel pueblo, con grandes aderezos de oro y diversas divisas que fue cosa maravillosa, y sin que nadie se lo mandase y dijese, sino de la alegría de su corazón de haber echado aquel tramojo que jamás pudieron acabar de roer.

En el tiempo de su silencio y soledad soltó aquel español las riendas de su malicia y comenzó a buscar cómo nos perseguiría y echaría del pueblo sin que pusiese en peligro aquellos veinte mil pesos que tenía, y confiando en el espanto que a los indios tenía puesto, comenzó a tratar con ellos lo que había pensado y deciales cuanto los amaba y con cuanta razón, porque ellos lo habían enriquecido y que ahora estaba muy triste por aquellos frailes: que estaban allí seis, y que cada día vendrían más y que les habían de hacer gran casa e iglesia y mantenerlos: que él los ayudaría con todas sus fuerzas y que fuesen ellos a los alcaldes que los echasen de allí que no los podían mantener. Y en esto anduvo tanto que se les traslució a los frailes, a los cuales él no veía ya ni hablaba; y un día se mandó llamar en la casa del cacique don Pedro a todos los principales para dar fin a su deseo, que porque los frailes no los viesen no los juntó en su casa, pero no se escondió la cosa a los frailes y como supieron lo que pasaba y que tan a rienda suelta impugnaba el evangelio e impedía la conversión de aquellos indios, fueron a casa del cacique para reprenderlo delante de los indios y decirle que por qué perseguía tan abiertamente el evangelio. Y estando él con todos los principales juntos, tratando de lo que ya hemos dicho, llegaron el vicario y fray Pedro Calvo, y ya que estaban junto a la casa díjole un indio que estaban allí los frailes o que llegaban ya, y en oyéndolo lo asombró el temor de Dios de tal suerte que olvidado de su gravedad y presunción dio un salto por otra puerta y dejóse allí un cuero que por gentileza solía él traer, que andaba en cuerpo, y dejó el sombrero y huyendo por ahí dejó el caballo, que no tuvo cara para ver a los frailes sabiendo lo que contra ellos trataba. Y como lo vieron huir los indios, tiraron a huir sin saber de qué ni de qué no; otros se quedaron allí como espantados y encantados. Dijéronles entonces los padres: ¡Pobres de vosotros, catá que os engaña Satanás, si este os tratara buenas cosas no huiera de nosotros! En esto conoceréis como no os trata verdad, ni cosa que os convenga, y aunque a los indios les fue esto como milagro y le pesaron mucho y ponderaron como ellos suelen guiñando con los ojos, extendiendo los labios y moviendo la cabeza; pero con todo esto temblaban de su amo que parecía quimera verlos tan alegres y osados por una parte

y tan temerosos por otra. También estaban espantados los indios de ver que les decían que fuesen a la justicia porque en su boca no habían oído cosa por donde diese a entender que tenía superior en la tierra: a todo lo que a los indios dijo, respondían que sí; no porque pensaban de lo hacer, sino porque no osaban contradecir porque aun no tenían asentada la fe en el pecho y se acordaban que aquel los había conquistado y muerto a sus padres y parientes en dos veces que les hizo guerra, en que quemó y mató infinitos. Con aquel sí de aquellos indios determinó ir aquel caballero a la ciudad y pasando por Zinacantan fue a visitar a los religiosos y halló allí al Canónigo; y presupóngase para adelante que este canónigo era un hombre no solamente docto pero gran siervo de Dios y creo sin ninguna duda que el mejor clérigo que a estas partes ha pasado humilde, modesto, justo, y constantísimo en toda virtud, el cual se nos hizo luego grande amigo y tuvo constancia en nuestra amistad y nos la conservó en todos nuestros trabajos y fue siempre una cosa con nosotros y nosotros con él que solamente diferimos en los hábitos y no en otra cosa alguna. Este venerable sacerdote estaba allí y llegado allí aquel cristiano contóle el mal pago que los frailes le daban y cuan sin por qué lo habían desacreditado con los indios y deshéchole hasta decirles que no lo llamasen señor, y cómo él nos acogió cuando no hallábamos a dónde asentar ni estar; y colocó de tal manera las cosas que les hizo al canónigo y a los frailes de Zinacantan culpar a los frailes de Chiapa diciendo que si así era, que lo habían hecho mal, y viéronse tan malquistos con los españoles que temieron que habrían de nacer de allí algunos males. Hecho esto, pasóse a la ciudad y como hombre sagacísimo comenzó a declarar sus conceptos tirando al hito a que él iba y que él ya tenía previsto y díjoles a los vecinos todos cómo ya sabían que él había recibido mucho de aquellos indios de Chiapa y cómo por descargo de su conciencia queriendo irse a España había acogido a los frailes; pero que veía que destruían al pueblo con sus gastos excesivos porque para cumplir con el mundo les llevaban cada día muchos huevos y pescado y para cumplir con su gula les daban cada día seis gallinas. Estas y otras cosas decía el hijo de este siglo, con tanta sagacidad, que no solamente el pueblo insipiente, que no deseaba sino hallar de que asir contra nosotros; pero aun el canónigo que sabía lo que en nosotros había y cuan sin cargo éramos a los indios y a la orden de aquel crimen tuvo temor si por dicha había algo, y tuvo por cierto que ya que no fuese tanto, que debía haber alguna flaqueza y que a aquel seglar le movía buen celo, porque aún el canónigo no conocía gente de Indias hasta entonces, por no haber tratado con ellos más que un bueno y recogido clérigo en España con los seglares. Pero como los de Zinacantan supieron de cierto lo que pasaba, avisaron al canónigo con el cual se trataban tan sinceramente que su sí y su no equivalía entre ellos a grandes juramentos. Y con aquel celo pidió aquel cristiano de Chiapa y rogó a los alcaldes que fuesen a Chiapa, que hiciesen de ello pesquisa, porque los indios se perderían, si no se les quitase delante tan grande escándalo. *(Aunque esto fuera así: merecía él mejor 20 mil pesos y lo demás que le daban*

y tanto servicio por estarlo solo mosqueando, y los frailes por doctrinar y enseñar y todo lo demás no merecían seis gallinas. ¡Esta es plaga que hasta hoy dura en los alcaldes mayores!) Esto decía él creyendo que los indios no le faltarían, pero *era excepción dijo la mar*, y la inconstancia de los bárbaros fue más firme que la constancia de los falsos cristianos y venció la verdad que es sobre todas las cosas, porque escrito está *quí ambulat simpliciter, ambulat confidenter*; y en otra parte *et insidiis suis capientur iniqui*. El no pidió más que un alcalde pero los pontífices de aquel año, deseosos de hallar testimonio contra la justicia y verdad que ellos sabían, ofreciéronse a ir entrambos y toda la ciudad con ellos, abonando el caso de la comida aquella gente en quien jamás se halló continencia. ¡Oh que nuevos patronos se les levantaron a estos pobres indios para sus gallinas, después que les mataron a sus padres, y les apedrearon y estacaron y quemaron sus parientes; después que les robaron hasta la cera de los oídos y ahora lloran por los indios porque dan de comer a sus padres, a sus patronos, a sus apóstoles y a todo su bien! ¡Ah cuan bien empleadas fueran todas sus gallinas si las mataran para quien dejó sus tierras por ellos, para quien les da su sangre y los defendía del diablo y de todos sus miembros, cuan bien emplearan todo lo que les habían dejado para servir a quien lo dejó todo por ellos en cuyas manos estaban sus almas y sus vidas! Pero *mentita est iniquitas sibi*; que no se hallará que, en casa ni fuera de casa por caminos y con trabajos gravísimos, tal comiésemos, sino fue en enfermedad como ellos mismos son testigos, que para vencernos muchas veces nos traía la costumbre de España, la cual no ha entrado en estas provincias; sino que en casa y fuera de la casa guardamos estrechísimamente la orden, como todo el mundo es testigo y aunque esté escrito: *laudet te alienus et non os tuum, extraneus et non labia tua*; pero *testimonium perhibemus veritati* por la necesidad que hay de ello para España, donde no saben de nosotros sino lo que oyen a pésimos hombres, enemigos del evangelio, ministros de satanás; y con esto han estorbado a muchos que acá vinieran, con decirles que acá no se guarda la orden. Guardase como santo Domingo la guardó *et inimici nostri sint iudices* y en esto se muestra y mostrará la inocencia de estos siervos de Dios, pues tan sutilísimamente buscaron su vida hombres ejercitados en toda maldad y no hallaron nada contra ellos, como ahora y adelante se parecerá, viviendo como hemos vivido sin las clausuras de España, andando predicando el evangelio por todo este mundo. Viendo el canónigo la determinación de la ciudad, acordó juntamente con un vecino que allí había, hombre cuerdo y honrado y que había sido estudiante en Salamanca, que se llamaba Mendaño, que sería bien estorbar tan gran desconcierto porque su intento era que hecha información de nuestra vida y si comíamos gallinas, que nos hiciesen salir del pueblo por gente costosa; y creía aquel apóstol que los indios lo dirían, como él se lo había dicho, porque él les había hecho hartos sermones sobre los perjurios, según parece en un proceso que después se hizo contra él; y hablaron el canónigo y aquel vecino a los alcaldes y a los demás diciendo que les suplicaban detuviesen la ida hasta que ellos fuesen a Chiapa porque ellos se atrevían a hacer que los frailes se saliesen de allí por su voluntad sin que sus mer-

cedes les hiciesen aquella afrenta, que en fin eran sacerdotes. Y con esto escribió el canónigo una carta muy larga al vicario rogándoles que por amor de Dios se saliesen de allí para evitar mayores males y escándalos, y que aquel español era muy sabio y haría con los indios cuanto quisiese y que ahora había lugar a aquello del Evangelio *si vos persecuti fuerint in una civitate &c*, y con esta carta pensó acabar con nosotros aquello y no pudo ir Mendaño a Chiapa con estorbo de enfermedad y así cesó su ida esperando la respuesta. Pero conociendo los frailes ser aquel engaño del demonio, con santa simplicidad del canónigo, para echarnos de allí con nombre de malos hombres, y que el pueblo más rico no nos podía sustentar, para que así ni nosotros osásemos parar en toda la provincia ni pueblo alguno nos quisiese acoger, escribió el padre vicario al canónigo espantándose de él cómo daba oídos a tan grandes disparates, y que puesto que comiésemos aquellas gallinas, que ni ellos eran parte para tratar de ello; ni al pueblo de Chiapa le era darlas más que a Valladolid seis huevos; y decía que aquel caballero mentía en todo y que holgaría que toda la ciudad fuese, para que delante de todos lo convenciésemos a él por mentiroso y a todos los vecinos por locos y livianos en tratar de aquello. La carta era tal cual la gente la había menester y que la verdad y el celo de las ánimas la dictaba. Esta carta leyó el canónigo en la misa mayor a todo el pueblo al tiempo del echar las fiestas después del evangelio, y como todo era desvarío deshízose como el humo, y no se trató más de la ida.

Como aquel caballero de Chiapa vio que no había lugar de venir la justicia al pueblo de Chiapa, envió a un español para que dijese al cacique don Pedro y a los principales, que dijeren a los Frailes que se fuesen de allí, porque diciéndolo los indios pensaba que de corridos nos iríamos y los dejaríamos por idólatras, y como el cacique don Pedro oyó la embajada de su cura y apóstol que le vino a predicar el evangelio respondióle: ¡Señor; tú y los padres sois de una tierra y de una lengua; vé tú y díceselo y te entenderá, que quizá yo no se lo sabré decir! Envió a llamar a dos principales, el uno se llamaba Miguel Naca y el otro no pongo el nombre. Este Miguel Naca es hombre de que adelante se hará mención; idos, mandóles que dijesen a los alcaldes lo que él había concertado con ellos y viendo ellos que él no podía hacer nada sin los alcaldes conociendo que no era él el que les había dicho, dijéronle que aquello era mentira y que los padres eran buenos y que les trataban de su bien y que no tenían corazón para cometer aquel pecado. Entonces les dio de coces y los maltrató mucho y les detuvo en su casa y envió a decir al cacique que hasta que enviase indios que acusaren a los Padres que no volvían a Chiapa los que allá estaban. Viéndose el cacique afligido juntó a todos los viejos y principales del pueblo y contóles los bienes que los padres les hacían y les prometían y les enseñaban las cosas de Dios, aunque de esto no trataban ellos entonces mucho; pero decíales que los padres eran buenos y no hacían pecado y que los defendían y que él no quería hacer lo que su amo les decía, porque andaba a oscuras y no tenía buen corazón ni buenas palabras ¿que qué les parecía a ellos? y que no temiesen de la comida, que en su pueblo la comida era basura y que él tenía hacienda para mantenerlos a todos sin

que el pueblo ayudase en nada. Esta fue la primera cosa de arte y de cristiano que dijo el buen cacique don Pedro por el cual hay hoy fe y cristiandad en esta provincia; respondió don Juan que era el más principal diciendo: ¡Padre!, no te enojas conmigo por lo que te diré: ya sabes que este cristiano destruyó a Chiapa y la acabó y ahora es nada; este quemó nuestros padres y nuestros viejos ¿cómo quieres que ahora lo neguemos?, ¿quieres que nos destruya otra vez? Dijo el cacique: ¡Si tú y el cristiano tenéis un corazón y una palabra síguelo; que yo y mis parientes a los padres hemos de seguir! Dijeron todos los principales: ¡Buena es la palabra de nuestro cacique, a los padres queremos todos! ¡Buenos son los padres! ¡No tienen pecado, coman los padres! ¡No saldrán los padres de nuestra tierra! ¡Todós somos parientes, tengamos una palabra, sea la palabra de todos como una sogá muy recia que no pueda quebrar por ninguna parte! Determinados los bárbaros en que los predicadores del evangelio eran buenos y que no los debían echar, propuso el cacique don Pedro que quien le osaría ir a decir a su amo que no le quería obedecer, que para aquello era menester un hombre cuyo corazón fuese como el de un león. Levantóse un mancebo que quería casarse con una hija suya que era niña, y dijo que él iría, y así se juntaron él y otros dos principales mancebos y fueron a la Ciudad y dijeron al cristiano su amo la determinación de sus indios y del cacique, como era de no decir nada contra los padres sino la verdad, porque eran buenos. Como se vio ya burlado el desventurado, tomó otro camino y díjoles; ya vosotros sabéis como soís de buen linaje y como don Pedro yo lo hice cacique y no fue hecho derechamente cacique; (desmintiéndose el pobre de lo que con su boca había infinitas veces afirmado). ¡Tratad, dice, hijos míos, como me quitéis a este perro del cargo, que yo os ayudaré! A los otros parecióles cosa larga y dijeron que aquel era su señor y que todo el pueblo lo eligió, que ellos eran mozos para tratar de aquello. Viendo que tampoco había por allí camino, tentó con los alcaldes que ellos de su oficio trataren de llamar a los indios y pues de la justicia era mirar por los pobres, que hiciesen cómo su deseo y el de todos viniese a efecto; y como al dinero obedecen todas las cosas y él hubiese mucho y los alcaldes poco, fácilmente se lo concedieron, o todos o el uno, y holgaron de contentarlo. Y confiado en esto se volvió el pobre *Nambocavecome* a Chiapa corrido y deshonorado; y como tuviesen por costumbre salirle a recibir tres leguas de allí los principales todos, esta vez no salió ninguno y el pobre afligido les envió a decir que por que no salían y respondieron que no podían. Fuese a posar a su ingenio y no vino a Chiapa, donde de fuerza había de ver a los frailes, cuyo rostro no osaba el mirar sin gran vergüenza. Allí envió a llamar a todos los principales, ellos vinieron primero a casa de los padres a preguntarles si irían y dijeron que sí. Idos, díoles muchas quejas de cómo siendo su conocido antiguo lo habían negado y quejóse del cacique diciendo: ¿Pues cómo me has dejado siendo compadres que te saqué el hijo de pila? pero aunque has hecho mal, toda mi hacienda es tuya y cuando quisieres azúcar o diasitrón enviad por ello. Respondió el cacique don Pedro; Señor téngotelo en mer-

ced y tus palabras son muy hermosas; pero yo soy indio y mi mujer también y nuestra comida son frijoles y ají y cuando quiera gallina también la tengo; azúcar yo no la como, ni diacitrones es comida de indios ni nuestros antepasados conocieron tal cosa. Con esto quedó el pobre *Nambocavecome* tan corrido y triste cuanto no se puede pensar y vino a secarse en tan gran manera de tristeza, que los frailes le habían compasión.

CAPITULO LII

Donde se prosiguen las revueltas que los religiosos tuvieron con el encomendero de Chiapa

Vuelto *Nambocavecome* a Chiapa luego enviaron los alcaldes a llamar al cacique don Pedro que fuese a dar razón de sí a Zacatlan y de la nueva fe que había recibido, dejando la vieja que tenían de servir a los españoles en todo y por todo. Fue con toda su gente y deudos y amigos, por cierto con harta autoridad, avisándole los padres que dijese en todo verdad y que si ellos quisiesen que estuviésemos en su tierra, que estaríamos, aunque pesase a todos los cristianos: y si no quisiesen que estuviésemos que nos iríamos, aunque todos los cristianos nos rogasen que quedásemos; porque indios buscábamos nosotros, que no españoles. Lo mismo les dijeron los padres de Zinacantan: pasado, llegó una carta del vicario para fray Tomás de la Torre en que decía fuese a la ciudad a ver lo que pasaba y a responder por la orden lo que a aquellos indios convenía, y así se fue tras ellos aunque malo con sus cuartanas. Fue con él fray Pedro de la Cruz y posaron en casa de aquel señor canónigo y tratando con el canónigo que qué se haría, parecióles bien hablar a los alcaldes diciendo que partiesen mano de tan gran sacrilegio como trataban; y dejando muchas menudencias y las cautelas de los alcaldes con que engañaron a los frailes, cuando no se cataron vieron, entrando en casa del canónigo, gran concurso de gente a comer y a los Alcaldes sentados en su juzgado y gran copia de indios allí, y pareciéndoles que se hacía gravísima ofensa al evangelio y que manifiestamente impugnaban la fe, fueron allá los frailes a la audiencia; y es de saber para que esto mejor se entienda que como toda la ciudad sabía el entrañable miedo que todo el pueblo de Chiapa tenía a *Nambocavecome*, viendo que los indios le faltaban y no hacían lo que él quería juntáronse muchos en la plaza y dijeron: ¡Señores ya veis que este negocio no es de *Nambocavecome*, si no nuestro de todos, porque los frailes tratan de que la tierra se dé al rey y que los indios se pongan en su cabeza, y pretenden introducir las leyes del rey de que hemos suplicado; y comienzan por Chiapa, que es la cabecera de la provincia, dicen a los indios que son del rey y que no llaman al amo nuestro señor y que se quejen de su amo al alcalde: todos quedamos perdidos y la tierra se ha de asolar si no se remedia! Y a este efecto juntaron aquí todos los de Chiapa y Copanaguastlan y también llamaron a Zinacantan, pretendiendo amedrentar a estas cabeceras de la tierra y desautorizarnos con ellos y que

los indios supiesen que no éramos nada. Juntos, pues, muy muchos indios, aunque no habían venido los de Zinacantan por cierto descuido, llegaron los frailes al lugar del juzgado, donde estaban casi todos los cristianos, indios y alcaldes y escribanos; y el un alcalde, que por su honra no lo nombro sino por el nombre que los llaman los indios en su lengua que es tenamit, los convidó repetidas veces que se sentasen cabe sí lo hicieron así por el buen ejemplo que recibieran de indios de ver que no estaban en pie. Entonces comenzaron a hacer muchas preguntas en favor de *Nambocavecome*, según la instrucción que les envió; y ésta vio uno de los más atentados del pueblo y dijo a los alcaldes que se quitasen de tales locuras, que no se metiesen en escudriñar vidas de frailes, ni en cosa que no les tocaba; y así por esto, como porque aquel caballero no les escribió más de *muy nobles señores*, aflojó el un alcalde; y el otro tenamit, por el bien común llevó la cosa adelante. Hechas aquellas preguntas viendo fray Tomás que comenzaban ya a tocar en los frailes, pidióles en caridad que le dejasen decir dos palabras y oyéronle con silencio un buen rato en que les dijo el amor que teníamos a los españoles, que eran en fin nuestra carne y nuestra sangre, y cómo los indios eran cristianos y debían ser amados y favorecidos en las opresiones que en su tierra padecían, y como aun hasta entonces no habíamos perjudicado a los cristianos, y solamente les decíamos que el emperador era sobre ellos y amaba a los indios, y sus justicias habían de acudir contra quien les agraviase; y cómo los españoles se habían de holgar que su rey fuese conocido; y a esto comenzaron a dar voces y no pasó adelante. Entonces pareciéndole a un caballero que los indios tendrían en mucho a los frailes viéndolos cabe el alcalde y hablar desde allí a todos a manera de reprensión, vino y con gran cólera reprendió al alcalde diciendo que la tierra se perdería si dejaba estar allí a los frailes, sino que los hiciese bajar y daba voces diciendo: ¡Dadla por perdida y escandalizada: catá señor, que los ven allí esos indios, y es para escándalo de la tierra! Respondió fray Tomás: ¡No es señores escandalizar la tierra honrar a los sacerdotes ministros del evangelio, sino allanarla y abrir camino para que estas gentes se salven! Después de esto mandando el alcalde a aquel caballero que callase, comienza él a abrir su boca poniéndola en el cielo y su lengua pasándola por la tierra, hablando contra Dios maldades, contra el altísimo y la primera o proposición que les dijo, bien dilatada y encarnecida en presencia de todo el mundo, y de aquellos indios de los pueblos, fue esta: ¡Indios, todo cuanto los frailes os dicen, fuera de la palabra de Dios, es malo! Como que los tristes indios supieran cuál era la palabra de Dios, sino solas las oraciones en latín. Tras esto les dijo: ¡No vayáis a la iglesia, ni a oír la doctrina ni a aprender los hijos de los maseguals cada día, sino solamente los domingos; los hijos de los señores vayan cada día! Deshaciase fray Tomás diciendo: ¡Señores catad que escandalizáis a estos, cómo distinguirán ellos la palabra de Dios, si les decimos de sacramentos o de pecados cómo lo creerán; mas cómo nos creerán nada, si les decís que todo lo que decimos es malo y que no hagan nada de cuanto les mandaremos y dijéremos, que todo es malo. Catad que cerrais la puerta del evangelio, catad que os demandará Dios las almas de estos idólatras! (*La culpa tuvieron de no dar cuenta a la*

Inquisición para que quemara a estos herejes y apóstatas de la fe). No aprovechó nada: ¡Mirad qué sentirían los siervos de Dios viendo tales cosas en los cristianos; dígoos que las entrañas se les arrancaban y de buena voluntad dejarán allí las cabezas si hubiera quien sobre aquello quisiera-selas cortar! Luego tras esto en pública audiencia, adelante de todos los indios y españoles hicieron pesquisa de lo que ellos con las grandes necesidades que habíamos tenido, pensaban que habíamos hecho y preguntábanles: ¿que si comíamos carne o pescado? Respondieron los indios: que fray Tomás de la Torre, que estaba presente y allí en la ciudad, la comía entonces; de él dijeron los indios que comía carne. Preguntáronles que ¿cuántas gallinas? Respondieron riéndose que no había cuántas, sino un pollo de Castilla le enviaban todos los días cuando estaba en Chiapa, y que los demás padres que no comían sino huevos y pescado. Y preguntóles: si eran muchos los huevos y el pescado. Respondieron que no; sino muy poquito. Tornaron a amenazarles gravemente que mirasen si decían la verdad, respondieron: que aquella era la verdad que habían dicho. (*Y no se cayeron muertos aquellos escribas y fariseos, cogidos en tantas mentiras*). A esto les requirió fray Tomás de parte de Dios y de la orden que no tratasen de aquello que era cosa que les costaría caro, porque comer carne o no la comer, ni es pecado contra Dios ni contra la orden y que quien supiese aquello y supiese la orden conociera su intención y poca noticia de las cosas, y que puesto que fuese malo, que la orden tiene jueces de ello, que ellos no lo habían de tratar y pidió al escribano que lo diese por testimonio. Después de esto en la misma audiencia, les mandó el alcalde tinamit que no hiciesen cosa que los frailes mandasen si no que los ahorcaría. Hizo a don Pedro y a los demás que mirasen la cárcel desde allí, mostrándola él con el dedo y luego los mostró la picota y luego la caja del rey, y con esto se concluyó aquel santo ayuntamiento. Estaban todos los religiosos en los pueblos temblando de miedo, temiendo la flaqueza de los indios y esperando que habían de infamarnos a todos y echarnos de la tierra; pero acabado aquel acto, escribió luego el cacique don Pedro a los padres a Chiapa, diciendo: ¡Vicario y padres, no temáis, que nuestra palabra ha sido como una sogá recia que no ha quebrado por ninguna parte! (*Palabras notables del cacique don Pedro en afrenta de los españoles*). Viendo que no aprovechaban nada por allí, echaron luego presos a muchos mancebos hijos de los principales, diciendo que con favor de los frailes hacían muchas deshonestidades, y esto decían en sus barbas a los frailes achacando la lujuria desenfrenada a los predicadores de la limpieza y aunque esto decían por acá entre sí; pero a los indios no les daban a entender sino que los castigaban porque seguían a los frailes. Como el canónigo supo la prisión, envióles de comer públicamente, por medio de la plaza los platos descubiertos y con harta autoridad, como si fueran mártires presos por la fe. Enviaron luego los frailes a llamar al cacique don Pedro, y fue con toda su gente a casa del canónigo; y preguntados como osaban ir al llamado de los frailes, habiéndoles mandado la justicia lo que les mandó, riéronse de ello; fueles también a hablar el un alcalde en particular, diciéndoles que eran pobres que para que querían allí tantos frailes, que bueno sería que saliesen de allí algunos, respondió don Pedro

que en Chiapa no se estimaba en nada la comida, que los frailes no les pedían oro, ni cosa que les diese pena, que hasta quince frailes bien se holgarían que estuviesen allí, y como el alcalde trajese esta respuesta al otro, dijo: ¡Váyanse para perros, pues ellos se lo quieren! Véis aquí el primer conflicto, de arte en que nos vimos, considerad cuál estaría nuestra navecilla flaca y sola con tan gran batería y tormenta; mirad la ayuda que hacen al evangelio los hijos del evangelio, llamados a boca llena cristianos, mirad como descargan la conciencia de su rey que les da los indios para que se los industrien en las cosas de la fe; mirá qué escándalo tan grande para estos pobres indios que ni veían milagro ni tenían adminículo con que ser atraídos a la fe sino con la estima que de nosotros tenían ¿qué dirían de la religión cristiana viendo como eran en ella tratados los sacerdotes, sabiendo ellos que en su ley ni aun mirar osaban a los suyos? Pero esto pasó así y lo tomó Dios por medio para abatir a los españoles y para reverenciar los indios a los frailes, viendo que por ellos eran de los suyos perseguidos; y allí comenzaron los indios a abrir los ojos a las cosas de Dios y a perder el miedo terrible que a sus amos tenían. No os puedo decir el alegría que todos los religiosos sintieron de ver cómo el diablo quedaba vencido y que se iba abriendo camino para el evangelio y disponiendo la tierra para dar al través con las grandísimas tiranías que padecía. Largo sería de contar lo que los indios de esto sintieron pero quédese para que lo piense quien conoce su condición. También llamaron en particular a los caciques y principales de Zinacantan y les hicieron muchas preguntas como a los de Chiapa; pero respondieron como cristianos, aunque nuevos y bautizados, como ya arriba dije, que los padres eran buenos y que ellos eran muy contentos de tenerlos en su tierra y que no comían carne, y lo demás como lo habían hecho los de Chiapa. Y así quedamos honrados y autorizados delante de los españoles y muy queridos de los indios y estimados; y los españoles abatidos y muy temerosos de tomarse con los frailes y avisados de lo poco que tenían en los indios para lo que nos tocaba. Fue esto casi milagro, tanta constancia en gente tan flaca y tan tiranizada; y aunque *Nambocavecome* les envió a mandar, cuando estaba en la ciudad, que no diesen más que un huevo a cada fraile; y aunque pasaron todo esto con los alcaldes, no dejaban de dar lo que antes daban y mucho más.

No es cosa indigna de este caballero pensar de él, que como se vio caído determinó de dar un corte tal, que el mundo pensase que nosotros con pasión habíamos tratado aquellas cosas con él, y quedando ahora en nuestra paz y asegurase él su hacienda y aun su vida: porque se quería ir a España y sabía él las cosas que dejaba hechas en este pueblo y así, o por su persecución según se cree o de su voluntad, se movió Mendaño a tratar paces entre él y nosotros. Vino a Chiapa y comenzó a tratar esto con el vicario: era sabio y lo entendió, respondióle que aquel modo de negociar no era para entre religiosos, que si venía a hacer que aquel caballero conociese sus yerros y pidiese perdón que hablase claro, porque no se han de tratar paces con religiosos que predicán y aman la paz y dicen cada día misa; y que nosotros rogábamos siempre a Dios por él y le hablaríamos cuando él quisiese y donde quisiese. Después finalmente vino *Namboca-*

vercome transijado y seco y se echó a los pies del padre vicario, y después de todos los padres, y les pidió perdón diciendo, que de solo Dios era no caer; y que los ángeles cayeron y prometió toda enmienda; pero así la hubieron con él perdonándolo y mostrándole todo amor como si siempre creyesen durar él en su malicia. Como se vio corrido y afrentado, determinó partirse a España y en tres días aliñó su partida, que en muchos años no había podido aliñar, estando cada día para se ir: porque no podía dejar aquel gran señorío que en Chiapa tenía, que en un momento lo dejó a él. Y ofreciendo muchas cosas a los padres, el padre vicario le respondió lo que infinitas veces le había dicho: ¡Señor no nos hacéis merced ninguna en darnos toda vuestra hacienda porque toda la debéis a estos indios y ninguna manera tenéis mejor de restituirles que ayudándonos a nosotros que somos todo su bien y remedio!: si lo que diéredes lo diéredes por amor de Dios, pagaréis algo de lo que debéis, y no lo diéredes sino por pensar de torcernos, tanto os perdéis, porque antes se doblarán los montes que nosotros. Y esta razón se ha dado muchas veces a los españoles en el púlpito y fuera de él, y por ella hemos comido sin miedo sus limosnas, porque nos parece que es la mejor restitución que pueden hacer. Avisóle también que tratase de su conciencia y mirase como llevaba tanto dinero habido con tanta sangre de hombres; dijo: que en México pensaba confesarse, que al vicario no lo quería tomar por confesor diciendo que lo tenía por sospechoso. Y aunque muchas veces le respondieron que no querían nada suyo, que si algo diese para la iglesia que allá se lo hubiese que no queríamos señalarle ni pedirle nada suyo, todavía le dieron un memorial de cosas de la iglesia, del cual poco más que nada envió; y dijo un mayordomo de una hacienda, heredero de su sagacidad que nos dio muchos trabajos, como adelante se dirá, que en un libro de instrucciones que le dejó, una fue que diese a los Religiosos, que en el pueblo residían, todo el azúcar y todo lo demás que del ingenio hubiesen menester: y si no lo diese, que los frailes lo tomasen: y manteca para guisar de comer y seis arrobas de vino cada año para las misas. Díjose que en particular dejó mandado que bailase el mayordomo, como los frailes hiciesen el son. Nosotros lo estimamos como el lodo de la calle y cuando nos lo daban tomábamoslo con las condiciones ya dichas, cuando no nos lo daban no se lo pedíamos; y así decía el mayordomo tanto aprovecha el darle a los frailes azúcar y alicitriones como echarlo en la calle: ¡Voto a tal que es perdido lo que por ellos se hace, si no es por amor de Dios! Así que nuestro “santo” que escogíamos por “obispo” de todas estas tierras, en esto paró. El se fue a España, plegue a Dios que él se salve. Amén; pero, ¡ay de quien lo confesare! Con esto cesaron las persecuciones aunque no del todo que siempre había molestias con los españoles; pero por ser cosa de cada día paso con ellas.

Cuando este caballero se fue a España dejó en el pueblo de Chiapa un hijo suyo mestizo, llamado Juan Guerra, nombrado por él con autoridad de los jueces que para esto sobornó; y sabido esto en el concejo, le puso pleito el fisco real y siguiéndose el pleito contra él fue sentenciado en vista y revista y quitado el pueblo e incorporado en la real corona. La fecha de la ejecutoria de todo este pleito se dio en Monzón de Aragón, a

28 de agosto de 1552 años; y es cierto que no merecen estos indios tener otro dueño que el mismo rey, porque ha sido el pueblo que más lealmente ha servido a su majestad en todas las ocasiones que se han ofrecido como se irá viendo, permaneciendo en su lealtad, no excusando tomar las armas siempre que se ha ofrecido, aun habiendo experimentado agravios en retorno de sus servicios, como se verá. Y lo que siento es que este pueblo debía ser privilegiado y gozar el privilegio de hidalguía y no pechar, por que en el solo tiene su majestad asegurada mucha tierra de estas provincias.

CAPITULO LIII

De la muerte feliz del padre fray Jorge de León, uno de los religiosos de aquesta primera misión

En este medio tiempo, cansado de los grandes trabajos que padecía, adoleció en Copanaguastlan, fray Jorge de León y viéndose los religiosos privados de todo consuelo, enviaron a Zinacantlan que les enviasen algo, y enviáronles una miseria que para su enfermo tenían; viendo después que su dolencia crecía, y no sabían en ninguna manera de regalo, ni de remedio de medicina, escribieron a un vecino de la Ciudad, llamándose Aguilar, que estaba siete leguas de allí con toda su casa en unas ricas haciendas y granjerías, que era médico, suplicándole que por reverencia de Jesucristo se llegase allá a ver a aquel religioso, que era el remedio de aquella gente, porque Dios el había comunicado la lengua. Respondióles que su ida era superflua, si pues allá ni había medicinas ni regalo, que lo trajesen allí y allí haría lo que pudiera. Tomaron fray Domingo enfermo y fray Jerónimo de San Vicente a fray Jorge doliente y echáronlo en una hamaca y fueron a aquella estancia y hacienda de aquel español médico, donde había diez o doce españoles hombres y mujeres, y allí lo curaron con lo que pudieron haber y le regalaron como si fuese un santo que Dios allí les echaba del cielo, así le sirvieron con toda voluntad y obras; pero creciendo la enfermedad, llegó la hora postrimera y fue con tan gran sentido y devoción y recibió los sacramentos con tantas lágrimas, y con tan dulcísimas palabras invocó al dulcísimo nombre de nuestra señora hasta que expiró, que para siempre quedará su memoria entre aquellos españoles: y dicen todos que fue santo, y hasta hoy dice el médico que su cuerpo muerto vencía todos los suaves olores del mundo. Este es su dicho, el nuestro no es sino que vivió y murió como siervo de Jesucristo en castidad, pobreza y obediencia. Con entereza de fe, en unión de la iglesia, recibió el viático devotísimamente y pedida la unción llamando a Jesús hasta que murió. Como lo vieron muerto cayeron sobre él sus dos hermanos y lloráronlo como hombres que quedaban solos y en grandes trabajos, y después que hicieron la recomendación del ánima llorando todos los seglares y llamando dichosos y bienaventurados a los frailes y afirmando que luego se metieran frailes si el matrimonio no lo impidiera, envolvieron su cuerpo, y tomándolo en una hamaca, y tiran toda la noche camino

de Copanaguastla, a donde llegaron al día siguiente, que era de los opóstones san Simón y Judas por la mañana, donde lo salió a recibir todo el pueblo con la cruz y fueron tantas las lágrimas y llantos de los indios sobre su padre, que a los religiosos puso devoción. (*Fray Jorge de León murió a 27 de octubre*). Allí lo enterraron en Copanaguastlan y desde ha tres años, teniendo ya nosotros iglesia y sepultura, pasamos sus huesos a la ciudad. Sentimos mucho su muerte y cada día esperábamos la nuestra: ¡Plegue al señor que sea como la suya! Fray Domingo de Ara viéndose sin la ayuda de fray Jorge sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a darse a la lengua con la cual salió perfectamente no en muchos días, de manera que para todas aquellas gentes no quedaban sino tres religiosos, y trabajaron mucho y padecieron muchos trabajos de los mineros y calpixques que allí siempre había: con quienes, de miedo o de ruindad, estaban aliados los principales del pueblo, a cuya causa padecieron mucho los religiosos como después diremos. Esta plaga de calpixques fue muy general y así en todas partes se padeció mucho con ellos. Supo el padre fray Domingo de Ara con tanta perfección la lengua, que en ella dejó muchas y muy excelentes obras, y sus escritos son la norma de los que quieren saber la lengua con perfección y por ellos salen de todas las dificultades que se les ofrece.

CAPITULO LIV

Salí el padre vicario a visitar los pueblos de los zoques; y viaje que hizo el padre vicario a ver lo de Guatemala

Acabadas todas las revueltas que con el encomendero de Chiapa tuvimos, fue el padre vicario general a visitar lo de Zinacantan, porque no había visto aquello sino de pasada, y holgó de ver la buena orden que los religiosos tenían así en la doctrina como en todo cuanto se había hecho en tan poco tiempo; y después que estuvo allí algunos días, parecióle que era bien visitar algunos pueblos que no se habían visto: especialmente deseaba ver aquellos por donde todos juntos habían pasado, y así fueron el padre vicario y fray Tomás de la Torre a unos pueblos, y fray Jordán y fray Alonso de Villalba, que fue con el vicario a Zinacantan, a otros; dejando a fray Pedro de la Cruz y a fray Pedro Martín, porque aquellos tres pueblos de Chiapa Zinacantan y Copanaguastlan, nunca los dejamos solos de las manos. Y por cierto que se admiraron de ver aquellos pueblos y gentes cuan bestiales estaban sin ningún rastro de doctrina ni de conocimiento de Dios: apenas había seis bautizados en un pueblo y aquellos sin conocimiento de Dios y tenían muchas mujeres y finalmente como infieles vivían; huía la gente común de ellos como unos venados y con gran trabajo los juntaban en la iglesia que era del tamaño de una celdita, de palos y barro, que más parecía casa de gallinas que iglesia, una manta, como mandil de caballo, sobre el altar y un Santiago pintado con muchos hombres muertos; y porque todo esto era común en esta tierra y arriba hemos dicho mucho de todo esto y lo que en las visitas hacíamos; no quiero

decir más de que los religiosos iban espantados de ver así huir las gentes: pero en fin aquel era su natural y cuando veníamos de España, al bulto y la novedad, salían los unos y los otros, y también nosotros no les habíamos entonces ni nos llegamos a ellos: los principales siempre nos hablaban. Rogaban a todos aquellos que eran cristianos que dejasen las mujeres muchas que tenían y muchos lo hicieron así; algunos no lo quisieron hacer porque no tenían conocimiento alguno de Dios. Y aquella visita fue de corrida porque decía el padre vicario que aquella vez solo quería entendiese la gente que éramos hombres y no tigres que los íbamos a comer; y no se hiciera poco si esto se acabara, en cada pueblo, de la primera visita, pero aun los montes y las cuevas estaban llenas de los que andaban huídos de los cristianos, que pasaron años que no nos vieron. Una cosa no sola quiero callar de esta visita para que veáis cuán poco celosas son las mujeres de estas tierras, que como a puras penas se acabase con un cacique en un lugar que se quedase con solo la legítima mujer, después que fue a casa, halló que aquella también se le quería huir, diciendo que no quería quedar sola sino que quedase la otra con ella porque sola no podría guardar la casa, y como le hicieron quedar allí mientras el cacique iba a despedir los padres se le ahorcó la mujer. A todos puso gran admiración, a los frailes por ver la diferencia de estas mujeres a las de Castilla, y a los indios, porque decían ellos que por no haber querido aquella guardar la palabra de Dios y de los padres, el demonio la había hecho ahorcar. Andando en esta visita vieron cartas al padre vicario, de muchas personas, y tuvo necesidad de ir a Chiapa y yendo topó cartas de los padres que estaban en tierra de "guerra" en que le importunaban mucho que fuera a ver aquello y lo de Guatemala: creyendo que si lo viera, que dejara algo de lo de acá y les enviara ayuda de frailes porque hasta entonces no habían ido más de dos, como arriba dijimos: y porque estas cartas venían ya sobre otras muchas más, determinó de ir allá, y así se juntó con fray Alonso de Villalba su compañero y dejó a fray Jordán y a fray Tomás de la Torre y por la mala pasadía que tenían se volvieron a casa: el padre vicario y fray Alonso de Villalba fueron por Zinacantan y vista Chiapa pasaron a Copanaguastlan, de donde, consolados los frailes por la muerte de fray Jorge de León, pasaron a Guatemala (*con que fueron a fines de noviembre*); y porque no les aconteció cosa de contar y por no salir de la historia, no diré nada de ellos, mas de que estuvieron por allá hasta en fin de febrero, que fueron tres meses y volvieron sanos a Chiapa; y porque en este mismo tiempo hasta Navidad no nos acaeció a nosotros cosa notable más que ver gravísimos pecados de sacrificios y borracheras y grandes robos de los españoles, dejaremos a los frailes y diremos brevemente del señor obispo y de su provisor que era el canónigo, porque todo nos toca en alguna manera.

Halló el padre vicario, cuando fue para Guatemala a los padres que se habían salido de Soconusco, en el pueblo de Quezaltenango, albergados en la casilla que habían hecho allí cuando empezaron a doctrinar a los indios el padre fray Pedro de Angulo y el padre fray Juan de Torres, quienes, aunque le pese al padre Vázquez fueron los primeros ministros que tuvieron aquellos indios y quienes los trajeron al conocimiento de

Dios; y no solamente los trajeron al conocimiento de Dios, sino que en prosecución de la doctrina que decían los frailes dominicos en defensa de estas gentes contra la tiranía de los españoles, que no fue menos en Guatemala que en otras partes, los defendían de la opresión en que estaban: como consta de aquella información hecha contra nosotros citada arriba, de la declaración del duodécimo testigo llamado Juan de León Cardona hecha a 22 de agosto de 1544, donde a la novena pregunta dice que la sabe como en ella se contiene, porque como su pregunta lo dice: este testigo lo ha visto muchas veces porque estando este testigo en el pueblo de Quezaltenango, podrá haber tres o cuatro meses, que este testigo oyó decir a fray Juan fraile de la orden de santo Domingo, compañero del dicho fray Pedro, hablando con él en el dicho pueblo, decía como mandaba el licenciado Maldonado que se le diese al dicho Juan de Chávez y el dicho fray Juan le dijo a este testigo que él quitaría la tiranía del licenciado Maldonado y que no se hiciese lo que mandaba en aquello, porque la tierra no era del rey sino de los indios, e que iría a Castilla, aunque supiese dejar la pelleja. Le haría quitar los tributos; e que moriría por ellos, porque muriendo por ellos, pensaba que moría por Dios. E que esto es la verdad e lo que sabe por el juramento que hizo. Con que quien así los estaba defendiendo a los indios desde Quezaltenango por el abril de 44, señal es que los tenía a su cargo, con que consiguientemente es muy ajeno de la verdad lo que el padre Vásquez dice que el año de 43 tenían allí convento, pues ni veintiún años después lo tenían, como testifica fray Diego Cogolludo (*Cogolludo l. 6, cap. 7*), que ha visto la tabla capitular del capítulo que se celebró el año de 1564, y solo halla cinco conventos, Guatemala, Almolonga, Comalapa, Tecpam Atitan y Totonicapan. Aquí doctrinaban nuestros religiosos ese año de 1544 y allí se fueron como a pueblo de la religión los religiosos que salieron de Soconusco y allí les halló el padre vicario cuando iba para Guatemala y convalecientes, y acabáronlo de estar con la vista de su Prelado que le amaban tiernamente.

Llegó el Padre Vicario a Guatemala, trayendo en su compañía los Religiosos que estaban en Quezaltenango y halló la casa de Guatemala a medida de su deseo, por lo cual le agradó mucho lo de aquesta provincia porque por lo que tocaba a la tierra halló ser muy buena y fértil y mucho en qué trabajar; lo que tocaba a la fábrica la casa con la pobreza que tanto amaba y con quien estaba desposado; la iglesia cuatro palos u horcones, las paredes de caña y lodo y cubierta de paja, y lo mismo era la fábrica del convento de unas casitas de paja apartadas unas de otras como ermitas de anacoretas, no tanto por el amor de la soledad y quietud para la oración, que eso era en la iglesia, cuanto por recelo que tenían de que les quemasen la casa algunos malos hombres que los aborrecían de muerte por la defensa de los indios y les habían amenazado que les habían de quemar la casa. El concierto de ella era como de una comunidad muy crecida, pues siendo uno o dos los moradores que en ella había, porque los demás andaban en la predicación de las gentes, no faltaban los maitines a media noche, la asistencia al coro, y de la misa a su hora; con todo aquel recogimiento y demás cosas que hacen y componen un convento muy formal. Recibióles el vicario que era fray Pedro de Angulo con el amor y

caridad que si viera entrar a nuestro padre santo Domingo; lavóles a todos los pies aquella noche, estilo santísimo que se observó muchos tiempos en esta santa provincia; festejólos y regalóles, con lo que su pobreza le ayudó que era mucha: porque a causa de estar mal los españoles con los religiosos por la defensa de los indios las leyes que habían salido a su favor, les habían negado la limosna y solo pasaban con lo que los indios de la comarca les acudían; pero aliñado con la salsa de la caridad con que el venerable vicario fray Pedro de Angulo la sazónaba, parece que se multiplicaba y no era alimento de hombres terrenos sino que era como el maná bajado del cielo. Vio la mucha labor que había y los pocos operarios, y así desde allí empezó a levantar los pensamientos de enviar por religiosos a España; halló también una cosa que le causó grande edificación, que fue la caridad inefable con que el padre fray Matías de Paz cuidaba de los pobres indios, que aun hasta esta piedad faltaba a aquellos cristianos, que después que los habían muerto con sus excesivos trabajos y tiranías, en viendo que estaban inútiles para el servicio, o por enfermedad o vejez, los arrojaban de sí como perros. Todos éstos recogía el bendito padre, y curaba y regalaba según su pobreza alcanzaba, cargándolos en sus hombros cuando los hallaba imposibilitados totalmente de tenerse en sus pies. Daba entonces principio a aquella obra, que excedió en magnificencia a las más nombradas de los romanos en la presencia de Dios, de aquel hospital que llamó de San Alejo, como en su vida se dirá, en sitio que compró para ello que ni aun para una casa tan pía y que tanto estaban todos los vecinos obligados a ella, halló la piedad de que se le diese sitio para ello por la ciudad, cuando se repartieron solares a los vecinos. Edificado en tal manera, de tanto ejemplo de santidad, como halló en aquella pequeña casa, el vicario general, y tanta tolerancia en las adversidades y contradicciones de los vecinos, los animó en la perseverancia en el trabajo de la viña del señor, y viendo cuanta era necesaria la ayuda de más religiosos para tanta labor, tuvo por bien quedasen los seis religiosos que consigo trajo de Soconusco: con lo cual dándoles su santa bendición se volvió para la provincia de Chiapa donde lo aguardaban sus hijos que lo amaban tiernamente como a padre que tan tiernamente los amaba; llegando a aquella provincia a fines del mes de febrero del año de 1546 como ya queda dicho.

CAPITULO LV

De la muerte, a manos de herejes luteranos, del padre fray Tomás de San Juan, e ida del señor Marroquín a la Verapaz

De los padres que por orden del padre vicario fray Tomás Casillas se quedaron en Guatemala, fue uno el padre fray Tomás de San Juan, religioso de muy buenas partes y las ejercitó algunos días en la ciudad de Santiago, en consejos, confesiones y sermones. Aprendió muy en breve la lengua de aquellas provincias e hizo mucho fruto con su predicación y doctrina entre los naturales: gastó algunos años en estos santos ejerci-

cios; y ofreciéndosele una jornada a la Nueva España, despachados los negocios, envió los recados y quedóse por morador de la provincia de México. Estuvo algún tiempo en la ciudad y supo allí con mucha perfección la lengua de los naturales y empleóla en algunos pueblos de la comarca enseñándoles el camino del cielo y acompañando su doctrina con una santa vida y muy ejemplar modo de vivir: parecióle volverse a morir a España, y alcanzando para ello licencia con mucha dificultad, en la mar un corsario luterano embistió con el navío en que iba, rindióle, robóle, y habiendo prometido la vida a los pasajeros, excepto la del padre fray Tomás de San Juan, en odio de la religión católica, que como todos los herejes y en particular los luteranos, aborrecen tanto a los religiosos; con él, por serlo, tomó más presto el enojo y con mucho pesar de que aquel cuello no fuese el de todos los frailes del mundo, para cortarles de una vez la cabeza, derribó de un golpe sobre los hombros la del padre fray Tomás, enviándole el alma al cielo con corona de martirio, y el cuerpo a la mar, envuelto en sus propios hábitos que por ser muestra de la religión que profesaba, no hubo quien se los quisiese quitar, aun para remendar con ellos una jaqueta: esto se supo por relación de los que quedaron vivos que, robados y mal parados, se volvieron al puerto de la Veracruz. La noticia del año y día en que fue su dichosa muerte se perdió con otras noticias de mucho lustre para aquesta provincia y de muchas alabanzas para Dios, cuya omisión en apuntar estas cosas siempre se llorará como lamenta Remesal con mucha razón, y es mucho de considerar en la muerte del padre fray Tomás de San Juan que tres veces estuvo a peligro de muerte y todas tres en agua, como arriba queda dicho, como presagiando que en agua sería su muerte pero con fin tan glorioso. Fue hijo del convento de san Esteban de Salamanca, de cuyo hijo se puede gloriarse mucho aquella santa casa, como de todos los demás varones apostólicos que ha dado a esta santa Provincia.

Teníase por milagro tan grande la reducción de la provincia de Tezulutlan o *tierra de guerra*, y el oír decir que gente tan bárbara, y tan feroz en la opinión de los españoles que había en todas las Indias; vivía en pueblos, y se gobernaba políticamente; y había recibido la fe y obediencia al evangelio, tenía iglesias y adoraba imágenes; y los religiosos por cuyo medio Dios había obrado todo esto estaban tan consolados entre ellos por el mucho fruto que hacían, que muchas personas piadosas no lo creían sin irlo a ver por sus ojos, como los de Jerusalem en la resurrección de Lázaro. Una de estas personas y no la menor en dignidad ni cuyo testimonio era de pequeña importancia como de hombre mayor de toda excepción, fue don Francisco Marroquín obispo de Guatemala, ejemplo de los prelados de aquel tiempo, y él que en estos le imitase no haría con pocas ventajas su oficio. Fue instigado a esta jornada según dice el mismo en abono del padre fray Pedro de Angulo llegando a ver lo que le habían prometido y tanto habían contradicho los españoles, como queda dicho arriba. Bendijo las iglesias y consagró aras, y bendijo imágenes; y pareciéndole muy puesto en razón dar cuenta de ello al señor emperador para que viese como habían cumplido su palabra los padres de Santo Do-

mingo, le escribió dándole cuenta de su ida y de lo que había visto en aquella provincia por sus ojos, a lo cual respondió su majestad con la cédula siguiente:

“El Príncipe Reverendo in Christo, padre don Francisco Marroquín, obispo de la provincia de Guatemala del consejo del emperador rey mi señor, vi vuestra letra de 17 de agosto del año pasado de 545, que escribisteis a su majestad en que hacéis relación como fuisteis a la provincia de Teculután, y holgado del fruto que en ella decís han hecho los frailes de la orden de santo Domingo que allí residen, y el trabajo que vos tomásteis en ir a aquella provincia y lo que en ella hicisteis, os tengo en servicio; y pues la estada de dichos religiosos es de tanto provecho en aquella provincia, yo os encargo los animéis y favorezcáis para que continuando lo que han comenzado, traigan de paz toda aquella provincia y enseñen a los naturales de ella en las cosas de nuestra santa fe católica, que yo les mando escribir la que va con esta, encargándoles que así lo hagan. Enviársela heis.—De Madrid a 26 días del mes de junio de 1546.—Yo el príncipe.—Por mandado de su alteza.—Pedro de los Cobos”.

—Aquí pudiera haber visto el padre Vázquez y su amigo Fuentes si la conversión de estos naturales la principiaron nuestros religiosos con aquella lucida barcada que vino el año de 1545, pues llegando esa misión a Chiapa a 12 de marzo de 1545 y quedándose todos allí hasta fines de noviembre de ese año, de Quezaltenango bajaron a Guatemala los que vinieron de Soconusco; así no podía ser que el señor Marroquín fuese a ver la conversión hecha por esos, y que escribiese sobre de eso al emperador a 17 de agosto de aqueso año; y todo esto lo vio en Remesal y en el manuscrito de fray Tomás de la Torre, con que se convence la suma malicia con que los dos escribieron—.

CAPÍTULO LVI

Del viaje que hizo el señor don fray Bartolomé de las Casas a la provincia de Tezulutlán y de allí a Gracias a Dios a negociar el alivio de estas pobres gentes

Aunque esto y otras muchas cosas que hizo el señor Casas pertenezcan directamente a su vida, no se puede excusar ingerir los capítulos de la historia manuscrita de fray Tomás de la Torre por la liga y cadena que se enlaza con los sucesos de nuestra provincia y lo que pasó con nuestros religiosos, por ir todos encadenados, y así aunque tome el trabajo de repetirlos allí, no puedo excusar el referirlos aquí que dice así:

“Mientras que el obispo estuvo ausente, pasó el canónigo, que era vicario del obispo, grandes trabajos, y molestias y vejaciones; pero él estaba duro como un diamante para no salir de la instrucción que el obispo le dio. Hiciéronle muchos requerimientos, especialmente uno bravo, toda la ciudad firmada en él, en que le pedían que les confesase, trayéndole las bulas y muchas razones. El les decía que estaba presto para ello como se

dispusiesen conforme la doctrina del prelado, dejando los esclavos, etc., y queriendo enviar su respuesta al papa, decían que apelaban y que les concediese los Apóstoles, *saepe, saepe, et sapissime; instant, instantissime*. Dijo que dentro de 30 días les respondería, y no volvieron después por la respuesta porque pocos había que se quisiesen confesar aunque les dejase el confesor los esclavos. Todo aquello era una grito de pueblo, porque es aquí costumbre de juntarse en la plaza y allí rajan y cortan, y lo que uno dice apruébanlo todos; y van con aquella grito, y pasado aquello, váse cada uno a su casa, y no hay más. Desde algunos días empezaron a importunar al canónigo y a amonestarle, diciendo que si quería dejar el cargo que tenía del obispo y ser vicario de aquella iglesia y tener las llaves de ella por la ciudad, que le darian salario y más y más cosas; pero que si tenía la iglesia por el obispo que harían y acontecerían; (*vean la vida del señor Zumárraga y verán cuál les traían a aquellos santos obispos, aquellos letradillos*); y así les dijo que renunciaba el cargo y lo dejaba, y a ellos y al cargo los daba a la gracia de Dios, y que no quería más cargo que de canónigo y decir misa en paz en su iglesia. Otras muchas cosas pasó aquel venerable varón que no son de nuestro propósito contarlas; el santo obispo fue con su compañía por tierra de "guerra", donde fue recibido de aquellas nuevas iglesias con gran fiesta y solemnidad: hiciéronle pláticas los indios conociéndole por su obispo y prelado, dando gracias a Dios porque lo veían, por lo que había hecho con ellos haciéndolos cristianos, sin que la sangre de los suyos se derramase por los cristianos, y otras cosas que serían largas de contar. De allí pasó a la audiencia real, donde padeció infinitos trabajos, y porque fueron muchos, no diré más de una cosa notable, que como nada le quisiesen conceder, antes algunos lo echasen por allí como a loco que pedía la destrucción de la tierra, y a él y al obispo de Nicaragua los tratasen mal, llamándoles *cocinerillos de los monasterios* no se podía nadie valer con ellos y otras infinitas injurias en sus barbas, más que en ausencia. Viendo el pobre viejo las tiranías y el poco remedio, y el fruto que sacaba de los grandes trabajos que pasó porque se asentase allí aquella nueva audiencia, hízole un requerimiento de parte de Dios y del sumo pontífice que le desagraviasen su iglesia y sacasen sus ovejas de la tiranía y diesen orden como los españoles no impidiesen la predicación del evangelio y le dejasen usar de su jurisdicción. Enojóse el presidente, que solía ser grande amigo suyo (*más amigo era del oro de los españoles; aquí parece reventó la ponzoña que tenía por haberlo reprendido, cuando faltando a la palabra real que había dado, quiso mover guerra a la Verapaz*) hasta que vino con aquel cargo, y díjole delante todos: ¡Sóis un mal hombre, un mal fraile y mal obispo, desvergonzado, y merecéis ser castigado! Solamente respondió el obispo poniendo la mano en el pecho: ¡Yo lo merezco, fulano, eso que decís! Esto dijo porque por sus abonos y relaciones, le habían hecho presidente. Después queriéndose absolver para hallarse presente en la consagración de un obispo, para pedirle perdón lo encerró en una cámara y llevaron por engaños allí al obispo de Chiapa y la satisfacción fue que alzó la mano y tocó un poco el bonete y dijo: *Pésame de la ocasión que se me dio para lo que dije*. Y el obispo de Chiapa salióse

huyendo, como lo vio, diciendo: *¡Idos, que estais descomulgado!*; y con esta injuriosa satisfacción fue absuelto el señor presidente. Antes que el obispo llegase a la audiencia lo dejó uno de su compañía en quien más fiaba y se fue a Guatemala y de allí le escribió una carta en que le llamaba *de traidor* y votaba a San Pedro que lo había de aguardar en un camino y prenderlo con gente que llevaría de Guatemala y llevarlo y entregarlo a los que andaban alzados en el Perú, y que a su compañero fray Vicente le había de hacer llevar la carga de su ropa a cuestras. Esto se cree haber hecho por congraciarse con algunos de Guatemala. Grandemente nos escandalizamos todos, y al obispo le hizo volver sobre sí y con muchas lágrimas decir a Dios: ¡Señor tú sabes lo que yo pretendo en esto y ves lo que de esto gano: que son hambres, sed, cansancio, aborrecimiento de todos: si me engaño por tu evangelio me engaño; pero en el grado que lo creo, creo que no me engaño; pero si yo no lo entiendo, tú me alumbras, Señor, para que yo no sea el escándalo que en este mundo soy! Esto he querido contar por trabajos del santo obispo, no el andar a pie a su vejez por esta tierra, el no comer carne, el no tener una hora de reposo. Todavía, en fin, pudieron algo sus importunaciones, que le concedieron algunas provisiones para acá y que viniese un oidor para ver las tierras y moderarlas, y con esto se vino, después de muchos gastos y trabajos, para su iglesia y obispado. Como esto se divulgó; avisó el cabildo de Guatemala al cabildo de Ciudad Real de Chiapa diciéndole: vuestro obispo vuelve para acabar de destruir esa pobre ciudad y lleva un oidor que tase de nuevo de la tierra, no sabemos cómo no remediais tantos males. Sabido esto juntan su cabildo los de Chiapa y determinan de no recibir al obispo y pregonan, según se dijo, que nadie le de pan ni vino, ni agua, etc., so pena de cien azotes si fuere indio y de español tantos pesos; y que no diesen nada a sus criados ni a cosa suya. Si fue así o no, no nos hallamos presentes, lo que es cierto e indubitado es que de hecho se hizo así, y que toda la ciudad se firmó en un papel que ni lo recibirían ni daría de comer a él, ni a cosa suya: esto es ciertísimo que no habrá hombre que lo niegue. En este tiempo había ido fray Pedro Mártir a poner cobro en los libros del obispo, un bocado de pan no le querían dar ni vender, ni a un criado del obispo; y pasados todos sus libros y todo su hato a la sacristía de la iglesia, la noche de las firmas anduvieron buscando a fray Pedro, y como supieron que estaba en la iglesia, fueron allá, y él de miedo habíase bien atrancado y dieron muchos golpes a la puerta; y dejáronlo viendo que no abría. Otro día en amaneciendo sale más que de paso de la ciudad, y llegando a la puente descalzóse los alpargates y sacudiendo de ellos el polvo que llevaba vino para Zinacantan y contónos lo que pasaba, y no puso poco miedo a los frailes esto, teniendo por cierto que había de parar en matar al obispo porque había grandes indicios de ello.

Fray Jordán de Piamonte, hombre por cierto de gran religión y celo, así de las cosas de Dios, como del bien de los naturales, aunque no pudo jamás aprender la lengua, pero sentía en gran manera tormento de ver tan grandes males y tiranías, y siempre cuando podía, en particular y en común, les abominaba y procuraba estorbar, y los seglares lo tenían en reputación y hacían caso de su virtud y letras. Y viendo que allí no hacía

más que enseñar las oraciones y doctrina, como la tenía escrita en un papel, y enseñar los muchachos, humillándose a esto en su vejez, y era esto mucho en gran manera pues no había otro que lo hiciese, deseaba muchas veces ir a predicar a la ciudad y algunas iba. Y pocos días antes que se concertasen estos desconciertos en aquella pobre ciudad, vino allí un regidor de ella a quejarse que no les visitaban y que estaba aquella ciudad como si no moraran en ella cristianos, y pedía que los fuesen a doctrinar y a reprender sus males y como tras esto supiesen los males en que estaban, determinaron que fuese allá fray Jordán para reprenderles tan grandes desconciertos y dar algún corte de paz para con su prelado; y después que les hubo predicado, rogóles que lo oyesen no como a predicador sino como a un filósofo cuerdo y que sabía más que ellos, y con amor afeóles lo que hacían, diciendo cuán grande ofensa hacían a Dios y a su prelado, y cómo no guiaban las cosas como hombres cuerdos en hacer aquellos monipodios tan públicos y aquellas firmas contra el prelado; y que si querían hacerle mal que lo hiciesen como hombres, de callada; y no a voces, que parecía a cosa de alzamiento contra el Obispo y contra el Rey y que vendría a ser como lo de Gante. En llegando aquí comenzó aquel regidor, que pidió que les predicase, a dar muchas voces en el sermón, diciendo que ellos no eran traidores y que se bajara del púlpito; y en esto hubo tan grande alboroto en la iglesia que el predicador se hubo de bajar del púlpito, y con su compañero se fue a la Merced donde posaba, y estando comiendo fueron allá los alcaldes y regidores y toda la ciudad y enviáronle a decir desde un patio que tenía el monasterio, que estaba allí toda la ciudad. Respondióles que estaba comiendo. Tornáronle a decir que estaba allí toda la ciudad; tornó a responder que dijese a toda la ciudad que estaba comiendo, que si algo querían que entrasen. En esto entró toda la ciudad y el un alcalde hablaba mucho y de prisa y alto y fray Jordán era muy callado y hablaba con gravedad siempre. Comenzó el alcalde a hacerle un requerimiento muy verboso que dijese quien era traidor en aquella ciudad, porque estaban prestos y aparejados a castigarlos. Después que acabó su razón fray Jordán comía y callaba sin responderles nada. Díjole el alcalde que ¿qué respondía? Entonces volvió el rostro y díjole: ¿Habéis acabado?, respondiendo que sí, respondió él: ¡Pues digo que no respondo nada! Tornáronle a replicar y él les tornó la misma respuesta. Y así se fueron todos confusos y avergonzados, llevando el pago de su liviandad en ir a hacer requerimientos: seglares a religiosos en el convento sobre lo que les decía en el sermón. Pasaron otras cositas, pero esto ha sido la sustancia de esta desgracia y por donde se conocerá la reverencia que tenían en esta tierra a la predicación. Otras cosas han acaecido más graves al canónigo predicando, pero no pretendo yo contar aquí lo que a otros acaecieron. Viendo fray Jordán el poco aparejo que había para tratar de paz y obediencia para con el prelado, volvióse para Zinacantan con su compañero.

En esto ya el señor obispo venía con deseo de tener la pascua de navidad en su iglesia, de la cual estaba ya repudiado, y para saber lo que pasaba, envió un mancebo, devoto suyo de los tiempos antiguos, delante, y como llegó de noche a la Ciudad y supo lo que pasaba, salióse luego

aquella noche huyendo, temiendo que lo afrentasen porque así lo dijeron donde entró; y, si bien me acuerdo, lo anduvieron luego a buscar y medio en posta vino aquella noche a Zinacantan, y como por él supieron los frailes la venida del obispo temiendo con mucha razón que lo matarían porque veían cuan enconada estaba toda la ciudad contra él, determináronle de avisar, escribiéndole que en ninguna manera viniese a su iglesia, sino que diese lugar a la ira, porque tuviese por cierto que lo matarían, según sabían que el pueblo estaba; y que no solamente a él, pero que desvergonzándose contra él, todos los religiosos corrían peligro, a lo menos de desamparar la tierra y dejar el bien comenzado y que saliese el demonio con lo que pretendía, y porque sabían que no podía pasar carta secreta por la ciudad, porque es costumbre de las Indias no dejar carta sin leer, especialmente en tales tiempos, por eso enviaron las cartas a Chiapa, que es todo al revés del camino del obispo, para que con indios en postas, por rodeos, se las enviasen al señor obispo; y así fue, y alcanzáronle en Copanaguastla estándose despidiendo de los religiosos y encomendando su ánima y su cuerpo en sus oraciones. Ya sus cargas eran salidas, camino de la ciudad, y es de saber un misterio que aquí Dios obró, y es que la ciudad tenía puestas espías por los caminos para cuando el obispo viniese no para recibir a su pastor sino para lo que de tales lobos a tal tiempo se puede imaginar. Ellos dicen que no pretendían más de que sabiendo su venida saliesen al camino los del cabildo de la ciudad y otras personas honradas que le preguntasen si pensaba sustentarles de sus haciendas y ayudarles y no pedirles en las confesiones aquellos tranquillos: que si dijese que sí, que entrase en buena hora; y si dijese que había de llevar adelante lo comenzado, que le dirían que no lo conocían por obispo, y que se fuese con Dios y que no lo dejarían entrar: porque a cabo de tantos tiempos, no lo llamaban obispo, sino *Fray Bartolomé obispo que se dice ser*. Esto es lo que ellos dicen que pretendían, y que no le querían matar. Como llegaron pues las cartas de los frailes de Zinacantan al obispo, dieron gran turbación al obispo y a los frailes y no sabían qué se hacer; entonces: mientras se determinaban, mandó el obispo que fuesen tras las cargas y las volviesen, que iban ya tres leguas de allí. Pues como los espías vieron que las cargas se volvían, enviaron a gran prisa a hácerselo saber a la ciudad y quedaron por allí todavía acechando otros indios mejicanos: como en la ciudad supieron que el obispo huía, viéndose vencedores sin batalla, y que salían con su intento sin poner a peligro sus personas y haciendas, holgáronse mucho y sabiendo que aun todavía quedaban allí sus espías descuidáronse. Entre tanto el obispo después de haber gemido delante de Dios por ver la perdición y ceguedad de sus ovejas, acordó de no dejar el camino diciendo que no sabía qué se hacer, ni dónde ir; y que él quedaba desterrado de su iglesia sin que nadie pudiese achacar nada, y que parecía liviandad irse así; y que no podría quejarse de ellos al Rey, ni se podría nada remediar si él no fuese; y que cuando lo echasen que el daría lugar a la ira y se iría con los religiosos a otra parte hasta que Dios lo remediase. Con este parecer tomó luego el camino y como fue a deshoras dio sobre los espías descuidados y como lo vieron echáronse luego a sus pies y confesaron su pecado diciendo, que con dolor

de su corazón venían a aquello de miedo de los cristianos; y el obispo porque no castigasen a los indios porque no les habían dado aviso y pensasen que a sabiendas se habían pasado al obispo, atóles el mismo y fray Vicente su compañero, porque no echasen alguna culpa a dos o tres seglares que venían con él y mandó a un negro suyo que llevase los indios consigo; y es de saber que aquella noche antes que el obispo entrase, o dos noches antes, que de esto no nos acordamos bien, hizo un tan gran temblor de tierra, que pensamos que se hundía el mundo y duró espacio de tres salmos de *miserere* que a todos puso en admiración, y los frailes de Zinacantan se salieron de los maitines e hincados de rodillas en un corral con linda luna veían dar vaivenes a la casa y los indios daban gritos: y fray Jordán, asombrado, daba voces diciendo: ¡Jesucristo Señor! por estos perversos cristianos haces esto, que a tal tiempo conjuran contra el santo obispo; no es por mí esto ¡señor, que bien sabes las entrañas con que te sirvo! Aunque entonces, todos estaban devotos, pero después a todos cayó en gracia este dicho del padre; pero los de la ciudad daban voces y algunos decían: ¡Voto a tal que el obispo entra y por eso tiembla la tierra! (*Avisos... para que tuviéredes tremor, y no prosiguiérais en vuestras maldades, os avisó Dios*). El obispo anduvo toda la noche y ya que amanecía entró en la ciudad y fuese derecho a la iglesia, que no tenía otra posada, y allí supo del sacristán como el canónigo estaba malo y envió al otro clérigo que se dice llamarse Galiano y de él supo lo que pasaba en la ciudad. Ya que era de día mandó a Galiano que le llamase a los alcaldes y regidores, y Galiano lo hizo con gran miedo, y como por la ciudad se supo de la venida del obispo, fue como si supieran que algún gran diablo o el antecristo era entrado y los regidores y alcaldes estuvieron en gran duda si irían a su llamado, o no. Finalmente les forzó a ir el espíritu y fueron ellos y casi toda la ciudad, y el obispo estaba en la sacristía, y ellos no entraron sino se sentaron en la iglesia, y saliendo el obispo ninguno le habló ni le pidió bendición, antes luego le hicieron un escrito y se lo leyeron allí muy largo diciendo: que si él los tratare como sus personas merecían y les ayudase que ellos le obedecerían conforme aquello que la escritura manda: *non solum lenis et modestis, sed etiam discolis*. Conforme este tema era el escrito, a lo que se cree traído de Guatemala, porque allí no había quien supiese citar autoridades, sino era el canónigo que no lo había de hacer. El obispo respondió modestamente a sus palabras descomedidas diciendo que él los amaba y estaba presto a derramar su sangre por ellos y que no los cegase pasión, que él en todo buscaba su bien, no solamente espiritual, sino el temporal que ellos con tanta hambre deseaban. Allí le dio una queja un regidor, que es el principal de ellos y hermano de nuestra orden con la más favorable carta de hermandad que hasta hoy hemos visto, diciendo que se había de tener por muy dichoso de tener por feligreses tantos caballeros y de tanta arte como ellos, y qué cosa era enviar a llamar al cabildo: que si algo quisiese que él había de ir allá. A esto respondió ásperamente el obispo diciendo: ¡Mirad, cuando yo os quiera pedir algo de vuestras haciendas yo os enviaré a hablar a vuestras casas; pero cuando fueren cosas de vuestras conciencias, man-

daros he llamar y habéis de venir aunque sea tropicando, si sois cristianos! Dejadas muchas cosas, requirieronle que luego les señalase confesores y que les tratase como a cristianos. Entonces el santo pastor dijo que señalaba por confesores al canónigo y a todos los frailes de Santo Domingo que estaban en aquel obispado. Respondieronle que ninguno de aquellos querían, que les diese confesores que no les quitasen su hacienda; y el obispo cautamente, sabiendo que no se habían de confesar luego y que el pueblo se ardía de presente con furia y pasión, dijo: que señalaba a un cierto clérigo de Guatemala y a un fraile de la Merced que se le ofrecieron ser hombres de más tiento que otros. Fray Vicente temiendo que el obispo torcía, díjole allí que no lo hiciese más que la muerte, lo cual fue ocasión de muchas veces; pero en fin cansados, se fueron por entonces. Luego escribió el canónigo a los frailes una cedulilla haciéndoles saber como el obispo era llegado, que fuesen algunos allá y escribió con tanto sobresalto, según lo que pasaba, que los frailes de Zinacantan entendieron que habían ya muerto al obispo, y dióles la turbación que podéis imaginar y acordaron que luego fuese fray Pedro Mártir allá y así fue a gran prisa. En aquella sazón fueron los frailes de la Merced a la iglesia mayor y viendo al triste obispo, viejo y desmayado de hambre y sueño, y allí opreso y arrinconado, hubieronle mancilla y llevaronlo a su casa, y diéronle luego un poco de pan y vino para que tornase en sí; pero viendo satanás que no había salido con su intención, tomando por achaque que habían atado las espías, alborota toda la ciudad, y toman armas y van con grandísimo ímpetu todos a la Merced y comienzan allí a dar voces para desbaratar y hacer salir de sí al pobre obispo, el cual estaba pasmado, que ni pudo tragar el mendrugo de pan que tenía en la boca y allí le maltrataron mucho de palabra. El les respondió mansamente diciendo que él había atado a los indios porque ellos no los culparan y maltrataran: entonces comenzó a señalarse a San Pedro de Pando diciendo: ¡El salvador de los indios ata ya a los indios! También otro caballero se le desvergonzó mucho y díjole el obispo: ¡No os quiero, señor, responder por no quitar a Dios el cuidado de os castigar, porque esa injuria no me la hacéis a mí sino a Dios! Viendo el diablo que el obispo no daba lugar a revueltas, movió a uno de aquellos a tomar pasión con el negro, diciendo: creo que él había atado a los indios y echó mano y acudió gente y cayó el negro en tierra. Entonces acudieron todos los frailes de la Merced y echaron al obispo dentro de una cámara y detuvieron la gente; y así los amenazó Dios no sé en qué manera; entonces volvieron todos sobre sí y sosegóse la furia y los de la Merced anduvieron de unos a otros hasta que puesta paz determinaron que llevasen al obispo en casa de un viejo honrado que se llamaba Orozco y allí le dieron de comer. En acabando de comer fue fray Vicente a Zinacantan a decir a los frailes lo que pasaba; aunque algunos vecinos pensaron que iba huyendo porque bien sentían ellos en sí que no estaban de paz. Otros pensaron que iba a comunicar con los padres de parte del obispo lo que se debía hacer sobre lo que pasaba, así acerca de sus alborotos, como de todo lo demás”.

CAPITULO LVII

De las pascuas que los de la ciudad dieron a nuestros religiosos, con que dieron fin a las maldades de este año 1545

Dijimos arriba como cuando pasó el padre vicario y sus tres compañeros por Zinacantlan para Chiapa la primera vez, pareciéndoles ser imposible cumplir aquel pueblo lo que tenía tasado que había de dar, sacó allí fray Jordán la tasa y enviola al señor obispo para que pusiese algún remedio, el cual la llevó y mostró a la audiencia y dijo el presidente y oidores que aquella tasa tendría harta que hacer para cumplirla Sevilla, y fue aquello parte para que viniese un oidor a ver y moderar los tributos de este obispado. Pues como esto supo el que se servía de aquel pueblo muy libremente llevándole mucho más de lo que estaba tasado, y tratándolos y sirviéndose de ellos como si fueran sus esclavos herrados, que lo veían los religiosos con sus ojos cada día sin poderlo remediar, encendido con fuego de pasión determinó mostrar lo que hasta allí por ventura tenía concebido, y moviéndoles él, o por dicha moviéndose ellos, por las sospechas que tomaron de la ida del criado Ferrer a Zinacantlan, acordaron muchos de venir a espantar a los frailes al pueblo quitándoles la comida que no ellos sino los indios de muy buena gana les daban; y como es tan grande la rotura de esta tierra en el vicio de la carne más que palabras pueden explicar: porque verdaderamente los españoles han sido en esto grandes pecadores delante de Dios: parecióles, como muchas veces les parece, que era imposible que los frailes viviesen castamente, sino que tenían mujeres en casa, y para hallar alguna causa para colorear su culpa, determinaron de venir con ímpetu sin ser sentidos de los frailes, y que mientras unos hablaban con los frailes, otros buscasen por la casa, como las buscaron, para confusión suya; y para asombrar a los indios que ya mostraban amor tanto a los frailes, vinieron con muchas armas que sus negros y criados les traían. Y como los indios vieron asomar tanta gente de a caballo y tanto aparato de armas, fueron corriendo a decirlo a los religiosos y fray Jordán decía que asombrados con el temblor de la tierra, venían a confesarse. Fray Tomás de la Torre decía que como estaban hechas las paces con el obispo venían a pedirles perdón de lo pasado y hacerles ir para la pascua de Navidad a la ciudad que era desde a dos días para confirmar la paz con el obispo, y conforme a esto estaba en sí pensando qué les había de responder porque era el vicario. Llegados todos los cristianos y sentados ellos y todos los religiosos en una sala, después que estuvieron muy mustios y callando un rato, mandó el alcalde tenamit que allí venía al escribano que hablase, el cual propuso muy en breve su embajada, diciendo: ¡Padres, estos caballeros vienen a saber de vuestras reverencias de qué opinión son, porque si son de la opinión de fray Bartolomé de las Casas, obispo que se dice ser de esta provincia, como todos dicen que lo son, y que lo imponen en estos rigores de que usa, no podrán estos caballeros dejar de hacer con vuestras reverencias lo que con él han hecho, aunque con mucha pesadumbre de sus mercedes, que será quitar-

les los alimentos y enviarlos a España! Como fray Tomás vio cuan otra embajada traían de la que él pensaba, se halló turbado y desapercibido para les responder, pero con todo eso les dijo: ¡Señores, los sacerdotes no hemos de decir nuestro parecer por vía de requerimientos, que es afrentar nuestro hábito y oficio, sino en el púlpito enseñando, o en las escuelas disputando con hombres doctos, o aconsejando a los que vienen con humildad a recibir misericordia: ahora no predicamos ni sois personas doctas con quien podamos disputar, ni tampoco traéis talles de penitentes y así no podemos deciros nuestro parecer; cuanto más que ya vuestras mercedes le han oído muchas veces y saben lo que sentimos! A lo que dicen, que nos enviarán a Castilla, quizás nos harán más honra, que piensan, que estamos cansados de estar entre ellos y tenemos escrúpulo de los dejar; si vuestras mercedes nos enviasen iríamos con seguridad y con honra. Cuanto a lo que al señor obispo toca, él es tan antiguo y está tan firme en estas cosas, que no sé quien puede fingir que por nuestro inducimiento lo hace. Pidieron entonces que fuese el mismo fray Tomás u otro a hablar al obispo y decirle como a nosotros no se nos daba nada, que por lo que a nosotros tocaba que los confesase si quisiese y con su conciencia pudiese, y respondió el vicario: que no quería ir ni enviar. Importunáronle que lo escribiese y por darles algo concediósele y enviaron en posta la carta y toparon cuando se iban la respuesta del obispo para fray Tomás: tomaron la carta y según el uso de la tierra se la llevaron. Después de esta plática y respuesta dijeron muchas cosas; pero cuasi nada les respondieron los religiosos; decíanles que se volviesen a estudiar a Salamanca pues no los sabían confesar, y otras cosas semejantes. (*Para confesarles a ellos era menester ir a estudiar a Ginebra*). Dijo también allí un regidor, hijo, que se dice ser a boca llena, del doctor Benavente, nieto del gran Benaventano, que ellos sabrían nuestra opinión, porque vendrían a confesarse, y reían diciendo por qué causa no los absolvían. Respondió fray Tomás que podría ser que ellos dijese que los dejaban de absolver por los esclavos y quizá sería porque perseveraba en sodomía, o en traición o por herejes, etc. Respondió el regidor nieto del Benaventano que al que tal hallásemos en la confesión, que diésemos noticia del a la justicia de su majestad. Esto dijo aquel regidor y de estas cosas le dijeron otras muchas que sería largo de contar. Entonces soltó su saña el del Val, señor de Zinacantan diciendo mil quejas sobre haber ido la tasa a la audiencia y echando mil votos y espumarajos juraba que nos había de escudriñar la vida, diciendo que ya nos andaba en el rastro y que sabía que teníamos por cocinero a un principal del pueblo y cinco indios que nos servían, y que hacían los frailes que las mujeres trajesen tocas, y lo primero decía verdad pero hacía de su voluntad que aquel principal mozuelo nos hacía de comer: por gran importunación suya y de sus deudos que lo tenían por favor y hasta el día de hoy no se puede apartar de casa y todo lo que es menester hacer en casa, lo hace él y no se embaraza con él otra cosa. (*A el que no servía más que de robar, le era lícito que todo el pueblo le sirviera; y a los religiosos que los doctrinaban, no podía servir un indio*). En lo segundo no decía lo cierto, por que el pueblo tenía concertado que dos indios asistiesen a casa para traernos agua y leña y lo

que fuese menester y no había más que estos; y lo tercero también era así pero justo y lícito y fue que viniendo su mujer a este pueblo hubieron vergüenza las indias de que las viese tocadas y vestidas y dijéronle: ¡Mira señora cuáles nos mandan los padres andar, ruégales que nos dejen andar como antes! Y ella díjole que parecían diablos y que ella lo diría al vicario, y dijoselo y no alcanzó nada, y de afrentada que los indios entendiesen que no era eficaz su voluntad, en todo guardaron aquella queja. Y por que quizá en otra parte no habrá lugar, dígolo ahora, que esto de andar cubiertas las indias lo han contradicho mucho los españoles, la causa yo no la quiero explicar. Veis aquí los pecados que hallaron contra los siervos de Dios que moraban en Zinacantan: mirad si hallaran otras cosas, cómo las echaran en la plaza: mirad que buenos prelados y celadores tenemos en esta tierra. Dios por su misericordia nos dio algún tiento en las palabras esta y otras veces, que si les respondiéramos como ellos querían, quizá efectuara satanás lo que deseaba. Pareció aquí bien porque solamente respondió fray Pedro de la Cruz al señor de Zinacantan que si escudriñase nuestra vida sería para nuestra gloria y se levantó y arremetió a él hasta meterle el dedo en el ojo que temieron los religiosos que pusiera las manos en él. Como vieron tanta blandura en las palabras y tanta firmeza en los propósitos, dijo el alcalde tenamit: ¡Señor, hágase lo que se ha de hacer! Entonces se levantaron tenamit y San Pedro de Pando y todos los demás y salieron unos en pos de otros y llamaron a todos los indios que allí estaban y les mandaron salir de casa, y a los que servían, que no entrasen más allí; y fuéronse a la plaza, y juntos allí todos los principales les mandaron que en ninguna manera diesen a los frailes pan ni agua, ni leña, ni huevos, ni otra cosa ni saliese ninguno del pueblo por mandado de los frailes. Hecho esto se volvieron todos con gran regocijo, y según después se supo entraron corriendo por la ciudad como gente regocijada y victoriosa; fue tan grande el escándalo que este hecho causó en los indios que no os lo puedo decir y derribó en gran manera la estima que de los cristianos tenían los indios, aunque era tan poca como arriba dije, y se espantaban y decían: ¡Pues los padres hurtan pues matan, pues mienten! ¿por qué los quieren matar de hambre? ¿pues son sus naturales? ¿pues danles algo ellos de su casa? Y estaban como elevados y no sabían como explicar la maldad que de los españoles concebían, y acudió luego el medio pueblo a casa de los padres y decían: ¿Qué es esto padres? Los religiosos estaban gozosísimos que no cabían de placer y decíanles: ¡Hijos, no temáis que no será nada: nosotros no nos hemos de defender con lanzas ni espadas: Dios nos dará de comer, y si muriéremos no os turbéis; acordaos cuántas veces os hemos dicho que muchos de los que predicaban la ley de Jesucristo morían por ello, y ahora son amigos de Dios y están en el cielo! Con estas y con otras cosas semejantes consolaban a aquellos bárbaros y esforzaban a aquellos nuevos cristianos. Allí se comenzó a señalar Bartolomé Tzen, indio de aquel pueblo, muy principal y rico, diciendo que si desemparáramos aquel pueblo, que él no nos desmpararía sino que había de ir con sus padres por los montes y por los poblados y por donde quiera que fuesen; y temiendo los religiosos que antes faltaría al obispo comida entre los espa-

ñosles, que a ellos entre los indios, determinaron de enviarle aquella noche de noche cuanta comida había en casa, y temiendo fray Vicente Ferrer, que había venido a ver a los padres y a contarles lo que pasaba, que habría guardas, cargaron de cuanta comida le cupo en las mangas y en los senos y fuese para el obispo, y temiendo el cacique de dar indios que llevasen comida al obispo por lo que le habían mandado, dijo Bartolomé Tzen que aunque muriesen se había de hacer la palabra de los padres y que él daría de los suyos quien fuese y así lo hizo; y luego escribieron a los frailes de Chiapa lo que pasaba, para que estuviesen avisados, y también hubo mensajero y aun después de noche vinieron indios y trajeron pan y no sé qué de comer; pero ni el tiempo daba lugar a los sanos, ni era comida para el enfermo. Ida toda la gente, encerráronse todos los religiosos y dijeron sus completas y una salve rezada con tantas lágrimas y devoción que por lanzas me metieran entonces si fuera menester, y después se levantaron a los maitines de la vigilia de navidad y solos los tres cantaron los laudes en su oratorio con grandes lágrimas; y muchas veces han dicho aquellos padres que en su vida nunca recibieron tan grande alegría como aquella noche viéndose hechos en alguna manera semejante a aquel, que por nosotros se hizo hombre y viniendo en sus casas propias los suyos no le recibieron: (*por qué los siervos de Dios habían de tener consuelo humano que le faltaba a su salvador en Belén*); y así se reían ellos negados de sus españoles, abrigados con el calor de aquellos bárbaros, paja flaca y tan quebradiza, y era tanta el alegría, que no podían llorar el escándalo grande que aquellos hombres pecadores daban a la fe y al evangelio, aunque nuestro señor lo convertía todo en bien. Luego aquella noche acordaron de nos mandar dar de comer y enviaron a los indios licencia para que de su hacienda nos diesen lo que quisiesen, los cuales lo fueron luego a decir a sus padres con gran alegría. Tras esto sucedió luego gran bonanza y sosiego por que esta fue costumbre de nuestros hermanos los españoles, desdeque habiendo hecho un gran yerro volvían luego sobre sí, que en fin son cristianos, y quedaban confusos y avergonzados y loábannos y honrábannos mucho y decían que el diablo les engañaba y que no conocían el bien que tenían; pero nosotros siempre nos estábamos en un ser y no tenían más en nosotros el tiempo de guerra que el de la paz; y así se lo avisamos muchas veces diciéndoles que nadie bastaba para mudar nuestros propósitos porque sabíamos que lo que tratábamos era fe y evangelio. Por aquel tiempo murió en la ciudad un español y nos envió a pedir el hábito y no se halló que poder dar sino un escapulario muy viejo y lleno de brea de la mar, y nos dio de limosna doce pesos de minas o doce castellanos de que compramos una capa de seda muy pobre para turificar en las fiestas y para las procesiones: y así comenzó nuestra sacristía a alzar cabeza, y fue grande edificación para los indios ver que a la muerte venían a buscar el hábito que en vida perseguían. Pasada la pascua, fueron fray Tomás y fray Jordán a ver al señor obispo y consolarlo de tantos trabajos y consolarse con él; ahora será necesario en un breve capítulo comprender muchas cositas que por aquel tiempo pasaron, que no los tenemos por extrañas de nuestra historia.

Ya arriba dije cuan bien recibió la doctrina del señor obispo el buen sacerdote y vicario, canónigo Juan de Perera; ya apunté algo de los trabajos que por ella padeció, conociendo cuanto se había engañado en seguir los años pasados el uso común de algunos obispos y de muchos sacerdotes, y determinó para descargo de su conciencia avisar a los que había confesado y a todo el pueblo de lo que debían hacer; y temiendo de sí mismo que quizá por vergüenza o por temor no hablaría tan claro como era menester, fuese a Zinacantan, como otra vez, e importuno a fray Tomás de la Torre que le diese escrito todo lo que era bien que él dijese e hizolo así: porque todos los religiosos tratamos con él como si fuese de nuestro hábito, porque los deseos eran unos, suyos y nuestros. Y así un domingo predicando a la misa mayor en presencia de todo el pueblo, dijo grandes loas de la doctrina del prelado y cómo no se podía salvar en estas tierras sino el que las siguiese, y como él por no estar advertido de los males de la tierra había confesado algunos y como no estaban absueltos, que era necesario que se confesasen otra vez y restituyesen los esclavos. Gran turbación dio esto a los españoles por ver tan asentado aquel hombre tan bueno y docto y que no podían decir de él que venía aliado de España con el obispo, como decían de nosotros; también vino de Chiapa a ver al señor obispo, el viejo fray Rodrigo y trajo consigo a fray Diego Calderón que se ordenó entonces de misa y luego se tornaron a Chiapa. En todo este tiempo predicaba el santo obispo instantísimamente denunciando a sus ovejas el gran peligro en que estaban, enseñándoles el verdadero camino de la salvación; pero decían que era idiota y graduado por escrito y que no estudiaba sino en Juan Boccaccio y que solo aqueste provecho sacaba de su doctrina. Hasta este tiempo perseveró fray Jordán en la tierra, haciendo lo que podía: enseñaba por un papel el *pater noster* y *ave maría* y los mandamientos, la primera palabra del credo que es *que huc hun* es de pronunciación extraña de la nuestra y no pudiendo a su parecer pronunciarla bien, no quiso enseñar el credo, aunque fue escrúpulo, que fácilmente lo pronunciamos nosotros todos. También enseñaba a leer a los niños y se humillaba a lo que podía; pero viéndose sin lengua determinó de irse de esta tierra, y aunque era mi particular amigo más quiero culparlo a él que dejar este estropiezo a otros, digo que no supo lengua por no aplicarse a estudiarla. Determinó de irse y envió por licencia al padre provincial de Méjico y aviando su camino se partió de sus compañeros con muchas lágrimas suyas y de todos y hasta Chiapa lo acompañó fray Pedro de la Cruz, donde estuvieron la fiesta de la purificación de nuestra señora y allí cantó misa el nuevo sacerdote y padre fray Diego Calderón, y así comenzó a tratar con los indios más de propósito y a gozar de lo que había trabajado en las lenguas porque la necesidad de acá es grande. Amañámonos mal a estas cosas los religiosos hasta ser sacerdotes, aunque sin serlo hacen gran fruto los que desean trabajar y aunque en la misa nueva se hizo cuanta fiesta fue posible, no llegó a haber dalmáticas porque no las teníamos, sino con albas ministraron el padrino y ministros y el que quedó con cargo de Chiapa, en lugar de *Nambocacecoma* les proveyó de pan y vino, que entonces era para

nosotros la mayor fiesta; y había entonces tanta necesidad entre los indios, que no osaron ir a la misa nueva más de aquellos dos padres que la celebraron, con los que allí moraban. (*Este era el mestizo Juan Guerra, heredero de Baltasar Guerra*). Hasta este tiempo estuvo cada día fray Alonso de Castillo esperando la muerte con una gravísima enfermedad y la principal era de cámaras, que aquí es muy peligrosa, y a él le duró casi un año, y aunque por ella lo llevaron de Zinacantan; viniendo otra vez allí con fray Rodrigo, casi súbitamente sanó de todos los males, y en una semana se paró recio como un toro y gordo, y ha tenido siempre salud y ha trabajado mucho con la lengua, hasta hoy mejicana, de la cual hay intérpretes por todas las Indias; y trabaja hoy con la lengua natural de Zinacantan y su provincia. Pasada la purificación, cuasi vísperas de cuaresma, vino el padre vicario de Guatemala y así él como el compañero fray Alonso de Villalba vinieron buenos, trajéronnos dos casullas de seda, que fueron las primeras que en esta compañía entraron, que hasta allí no las teníamos sino paupérrimas: una sola había de unos tafetanes, abigarrada, que trajimos de España. Vino también con ellos fray Luis Cáncer, que era de los que estaban en Guatemala, y venía para ir a España, así para procurar frailes, como para otras cosas que convenían. Venido el padre vicario a Chiapa donde tenía su recurso, enviémos a llamar a todos para platicarnos algunas cosas que convenían a toda la comunidad y quisiera mucho dejar él el cargo que tenía porque estaba ya molido de hacer caminos, y no nos pareció haber por dónde más que hasta allí, y así se quedó con la pesada carga a cuestas. Allí pidió licencia fray Cristóbal Pardavé, que había trabajado con sus hermanos en Copanaguastla, para irse a la tierra de “guerra” donde no hay español ninguno, sino solo religiosos, que gran parte de ella han traído de paz al conocimiento de Dios como arriba dije. Bastaban a la verdad las molestias que los españoles nos hacían para vencer hombres de gran pecho o a convenir con ellos o a huir de ellos, y así se le dio licencia, y ido allá, ayudó a hacer gran fruto y hizo él buena parte, porque era buen religioso y trabajador; y así se quedaron allí en aquellas grandes provincias solos hasta el día de hoy cuatro religiosos que fueron fray Domingo de Vico, fray Domingo de Azcona, fray Francisco de Quezada y fray Cristóbal de Pardavé. Tuvieron mucho tiempo ayuda de Pesquera y de Rodrigo López y de otro buen cristiano español que pasó con el obispo que se llama Luis Hernández, los cuales, aunque seglares, ayudaron con gran constancia a los religiosos y trabajaron mucho con bravo ejemplo, así de limpieza, como de pobreza; y por cierto hay grandes cosas que contar de ellos pero pues dejo las de los religiosos por extrañas, no es mucho que deje las de los seglares; solamente diré una y fue que como el Luis Hernández quedase en unos pueblos por mandado de los religiosos, enseñándoles a ser hombres, con gran trabajo suyo, y a ser cristianos con las obras, viéndose muchas veces en gran necesidad de avisar a los religiosos de cosas en que iba a las veces el alma, a las veces la vida, como fuese labrador y rudo y no mozo aprendió por sí solo a leer y a escribir. Solamente sabía el A. B. C. de coro y aprendió primero por orden las letras de la cartilla, y de allí las buscó en

otras partes y las juntó buscándoles sonido, y así en breve supo leer y escribir que se admiraron los religiosos viendo carta suya. Pasó mucho también por la caridad, de lo cual sería largo de contar; solo aquestos se-glares han andado por aquellas tierras, amparados de indios y a la sombra de los religiosos. Acordó también el padre vicario que fray Diego Calderón, nuevo sacerdote, se fuese a vivir a Zinacantan porque no estaban más que fray Tomás de la Torre y fray Pedro de la Cruz y fray Alonso de Portillo, y los tres estaban muy atados y no podían salir de casa a ver los pueblos; porque siempre nos hemos excusado de andar solos y rarísimamente ha ido religioso solo y casi nunca, y esto con grandísima necesidad y mucha compañía de indios: y por esto acostumbraban los indios a acompañar a los religiosos de un pueblo a otro y por el pueblo, cuando salen de la iglesia o de casa, tanto que algunas veces hay trabajo de dar de comer a los que con ellos van; pero es su costumbre y no se acabará jamás con ellos otra cosa porque son gente naturalmente buenos y aman a quien los ama. Desde Chiapa fue el padre vicario con los religiosos a Zinacantan y de allí a Ciudad Real, a ver al señor obispo y a ver si podría haber algún provecho con el oidor que ya había llegado a visitar la tierra y moderar los tributos de los indios. Este año de 1545 por agosto hubo capítulo provincial (*III Capítulo Provincial*) en Méjico en que fue electo en provincial el padre fray Pedro Delgado, y el último de enero de 1546 fue su intermedio; pero ni en uno ni otro hay cosa tocante a esta Provincia.

CAPITULO LVIII

De la venida de un oidor de la real audiencia de los Confines, a visitar la tierra y moderar los tributos (1546)

Mucho nos hemos dilatado en referir los sucesos que a nuestros religiosos acaecieron el año de 1545 que debe ser memorable en esta santa provincia; pero ellos han sido tales, tantos y tan varios, que no se ha podido abreviar más, y ha sido preciso todo para que se sepa lo que padecieron todos aquellos apóstoles varones, de contradicciones, moviendo satanás a aquellos cristianos para que no se plantase la fe en aquellas provincias; pero es esa la gran virtud de la fe que mientras más perseguida, más se arraiga y crece: como los hebreos en Egipto, y así creció tanto en las grandes persecuciones de la iglesia desde que los judíos quitaron la vida al redentor. No se acabaron con el año estos trabajos, que tela había urdida en el odio de los cristianos para otra gran tela que se tejó en este año de 1546, y para tejerla bien, procuraron elegir un alcalde tal cual lo requería su depravada malicia, que se llamaba San Pedro de Pando, hombre muy a propósito para el caso. Y para dar principio a los sucesos de este año, empezaremos por el juez que más vino a robar que a hacer justicia; y así prosigue la historia manuscrita de fray Tomás de la Torre.

Y pues uno de los grandes bienes que nuestra venida acarreo a los indios fue el alivio temporal de los intolerables tributos, será bien decir dos palabras de lo que este oidor hizo. Luego que llegó a la ciudad comenzó el señor obispo a tratar con él el alivio de la opresión de los indios; pero como en estas tierras son tan absolutos señores y tan confiados de sí los que las rigen, díjole el oidor que tratase de hacer su camino que había de hacer para Méjico, como luego diremos, porque él tenía voluntad de hacer lo que pudiese por los naturales, y que no quería que se pensase que por él lo hacía; y así en breve se desembarazó del señor obispo. Después fue el padre vicario a tratar con él del bien de la tierra; pero no daba oídos a nadie, antes tenía tanta gravedad, que parecía él saberlo todo; y así quiso tener con el oidor tanta gravedad como si él fuera un duque y el vicario un sacristán de su capilla, pero como el padre vicario tenía gracia especial para dar a entender a los semejantes cómo se han de haber con los sacerdotes, en breve lo tuvo tan puesto en camino que se espantaban los que lo veían. Porque traía un rey en el cuerpo y parecíale que no era mala crianza en él lo que no le fuera en el rey, y declaróle al padre vicario cómo representaba la persona del papa y aun la de Dios y que él era el justo y que se le humillase, etc. Finalmente aprendió a ser un tanto mirado con los sacerdotes, así clérigos como frailes, porque hasta entonces no había quien lo osase hablar; pero cuanto a los negocios fue con él poca parte. Rogóle que enviase allá a predicar algún religioso aquella cuaresma y así fue fray Tomás de la Torre; pero iban con tales intenciones al sermón y sacaban tan poco fruto de las doctrinas, que por algunos los dejó a todos, porque muchas veces le armaban voces y rencillas y así los sermones duraban poco, y luego al primer sermón, que fue día de nuestra señora, lo reprendió el oidor ásperamente porque dijo que nuestra señora crecía siempre en gracia y merecimiento, diciendo que ella fue siempre tan grande que no tenía a dónde subir, y fray Tomás se enojó mucho con él y le declaró como aquello que decía era falsedad y contemplación de viejas, que sus letras eran para en juicio y las de los frailes para tratar de aquello; y que él y los demás iban a aprender en el sermón y no a juzgar, y que puesto que fuese mal dicho, que él era secular y no juez de aquella causa y que a los necios que decía él que habían depuesto de aquello, los había él de meter en camino, y por pocas quedó ser aquel el último sermón porque veían la maldad de aquella gente pecadora, pero en fin fue hasta el domingo de pasión. El cual dejó de comer en su posada, que era la Merced, y por grandes importunaciones fue a comer con el adelantado Montejo que estaba allí en residencia; y estando a la mesa vino de el Val dando voces (*este es el encomendero de Zinacantan que se llamaba Estrada*), diciendo que después que vinieron allí los frailes estaba la tierra perdida y los indios eran bellacos y que el pueblo de Zinacantan se quería alzar contra el rey, y que no sabía si los frailes eran en ello. Los religiosos callaron a todos estos y otros desaciertos, y viendo que el adelantado y todos callaban, dijo fray Tomás al adelantado: ¡Señor, muchas veces me habéis importunado que viniese a vuestra casa y no he querido, y parece que me trajiste a ella por fuerza para que en vuestra mesa me afrentasen! Y diciendo esto, dijo que quería hacer lo que

había predicado de Cristo que era dar lugar a la ira, y levantándose de la mesa íbase con su compañero, y tras él el adelantado dando voces para los satisfacer; y otros dando voces llenas de confianza, y así fueron hasta la puerta de la calle, donde se halló San Pedro de Pando que ya era entonces alcalde y así se cortaron los sermones que por ningunos ruegos quiso predicar más. También fue causa de dejar los sermones que el oidor y el adelantado y su mujer se quisieron confesar con él y a ninguno quiso confesar, dándoles por respuesta, al uno cuán mal hacía su oficio, y al otro las tiranías que había hecho y con su favor actualmente se hacían en la provincia de Yucatán; con esto estaban desabridos con él y el oidor no curó de castigar ni reprender al del Val aunque se lo dijo, y así se cortaron los sermones. En lo de las tasas ningún aviso quiso el oidor tomar de fray Tomás aunque le habló veces, sino sin ver pueblo alguno los tasó todos y así los dejó en gran manera cargados, aunque les quitó mucho de lo que daban. Quitó a Chiapa más de 1,500 castellanos de tributos, a Zinacantan más de 1,000, y así a Copanaguastla; y a los demás pueblos quitó mucha parte del servicio personal que los indios daban para minas e ingenios y para los ganados, para las casas de sus amos y para lo demás que sus amos querían. Mandó que ningún indio sirviese dentro de ingenio, ni en prensa, ni en ejes, ni en otra cosa, sino que solamente sirviesen fuera en acarrear leña y caña a cuestras. Quitó gran parte de los tlamemes, que daban de tributos para acarrear las mercaderías que salían y entraban en la tierra, y ordenó que no fuesen cargados más que quince o veinte leguas; y otras cosas buenas hizo o menos malas, porque esto de los tlamemes era cosa injustísima, y las tasas aunque quedaron muy cargadas en gran manera: por no haber querido aconsejarse de nadie que pretendiese el bien de la tierra. Acabado esto se fue a su audiencia tapando los oídos a todo lo que los religiosos le decían convenir, acabar de sacar a los pobres indios de tiranía. Con este trataron algunos de dar al través con don Pedro, cacique de Chiapa; pero no hallaron en él aparejo por que veía la bondad de aquel indio. Otras cosillas muchas pasaron en este tiempo que sería largo de contar: pero dejarlas hemos, por decir dos palabras de la ida del señor obispo a la ciudad de Méjico.

CAPITULO LIX

Del viaje del señor obispo al sínodo de Méjico que se tuvo aqueste año de 1546

Nadie puede pensar el estruendo grande que la venida nuestra y del señor obispo causó en esta tierra, por que como los señores obispos y los clérigos y casi todos los religiosos confesaban y absolvían a todos los españoles, y nosotros entramos condenándolos a todos y a los que los confesaban, abominando los pecados de los unos y la gravedad de los otros, casi todo este mundo se escandalizó en nosotros, aunque algunos revivieron con la verdad y la luz de la doctrina. Todos nos culpaban de indis-

cretos y decían que, sin por qué ni para qué, alborotábamos la tierra y que en lo que no sabíamos levantábamos nuevas opiniones, contradiciendo a los obispos y a los religiosos santos y doctos de todas las Indias; decíannos que si pensábamos nosotros ser más doctos que cuantos acá habían pasado; otros decían que la poca experiencia de la tierra nos hacía sentir aquello, pero que cuando tuviésemos experiencia, que otra cosa sentiríamos, que la tierra nos mudaría el parecer; y no solamente los seculares pero algunos religiosos nos escribieron notándonos de noveleros y atrevidos diciendo que debíamos seguir su parecer, pues de las cosas de España sabían tanto como nosotros y de las de acá mucho más. Y al señor obispo le escribieron obispos y religiosos, el viso rey y el visitador que había enviado el rey a ver la tierra y estaban a la sazón en Méjico todos lo culpaban de hombre imprudente y porfiado y que sin por qué alborotaba la tierra y negaba los sacramentos a los cristianos, y condenaba lo que los obispos y hombres doctos hacían; y aun uno de los principales le escribió, que erraba la audiencia real, pues no hacía de hecho con él pues él así se había en los negocios, queriendo por ventura decir que lo debieran encarcelar o echar de la tierra; pero por la bondad de nuestro señor ni bastó esto ni bastara nada, para hacer torcer al señor obispo ni a nosotros de la verdad, porque estábamos fundados en sana doctrina y con nuestros ojos veíamos las maldades que abominábamos. Creciendo, pues, esta fama y dando nosotros a todos razón de lo que hacíamos, pareció al visitador, que digo que estaba en Méjico, de juntar a los señores obispos para que delante de él y de ellos y de todos los prelados de las órdenes y de todos los hombres doctos de Méjico se disputasen estas cosas y otras que era menester; y así envió a llamar a los señores obispos de Chiapa, Guatemala y Oajaca y Mechoacan para que con el obispo de Méjico y con él los demás sobredichos, se tratase de estas cosas, y así fueron todos, y llevó cada uno consigo las personas de su iglesia que le pareció que harían al caso, y el señor obispo de Chiapa llevó al canónigo consigo. Comunicó el señor obispo la ida con todos nosotros, y pareciónos que debía ir; y aun desde acá llevó en alguna manera pensada su ida a España viendo la gran perdición de la tierra y lo poco que acá podía hacer por la tiranía que la tenía ocupada y lo mucho que podría hacer desde España estando al lado del rey y de su real consejo. Fue, pues, el señor obispo a Zinacantan y allí descansó algunos días sin negocios, y celebró órdenes y ordenó de misa a fray Alonso de Noreña el sábado segundo de cuaresma: aunque pasaron muchos días que no la cantó esperando que el padre vicario y todos nos hallásemos presentes. Desde allí fue a Chiapa y allí en Zinacantan dejó toda su librería y alhajas entre las cuales había dos relojes buenos, con que no nos holgamos poco, y otras cosas muchas dejó que habíamos menester. También hizo juntamente con el canónigo donación a la orden de las iglesias de Chiapa y Zinacantan, con la iglesia del ingenio de Chiapa, y dejó una donación de todo lo que él tenía, lo cual nos daba desde el día en que se embarcase, si a dicha hubiese de pasar a España. Tomó en Chiapa a fray Rodrigo su antiguo compañero con el cual y con fray Luis, el que vino de Guatemala para ir a España y con fray Vicente Ferrer hizo su camino para Méjico, que hay doscientas leguas y mucho de ellas es despoblado. En

Oajaca fue bien recibido de los religiosos, especialmente de fray Jordán que aun se estaba allí y tenía bien sembrada nuestra doctrina en aquella tierra y había sobre ello padecido grandes trabajos y aun afrentas y peligros; pero tenía ánimo para todo. Como en Méjico se supo de la ida del señor obispo enviáronle a mandar que no pasase de allí por el gran escándalo que su presencia odiosísima causaría en aquella tierra y túvose gran temor que lo tomarían; y porque de las cosas que pasaron no sabemos nada de vista y son más de la historia de la vida del señor obispo, cuya vida no se comprendería en grandes volúmenes, que no de la nuestra, solamente diré en sumadas palabras que sucedió en fin que el señor obispo fue a Méjico y aunque muy amenazado, pero entró a medio día en la ciudad y posó en el convento nuestro, y allí lo enviaron luego a visitar todos los señores; y él envió a decir al viso rey y oidores que no los visitaría porque estaban descomulgados, por cierto caso que sucedió en Oajaca, donde cortaron la mano a un clérigo de grados, puesto que el virrey y los oidores dieron su descargo y excusas; pero esto le causó grandes sinsabores al señor obispo. Juntos después los que estaban llamados para aquel sínodo, trataron muchos días muchas cosas y disputáronlas largamente, de adonde salieron muchas ordenaciones para toda la tierra, muy buenas y muy provechosas y muchos avisos para enviar a su majestad de cosas graves y de mucha importancia. Y porque en algunas cosas tocantes a los indios, no pusieron los señores obispos tanto calor como era razón, con un santo celo que tienen de la paz de los españoles que según Isaías *dicunt videntibus: nolite videre, loquimini nobis placentia*, hizo sus juntas por sí el señor obispo de Chiapa con los provinciales y los demás prelados y doctos hombres de las órdenes, los cuales todos, condenaron todos los servicios personales y determinaron ser mal hechos todos los esclavos y estar en mal estado todos los que los tenían aunque en los que llaman de Xalisco, que a la segunda guerra se hicieron, quisieron algunos hubiera alguna moderación por razones que había para ello. Esto y otras cosas muchas santas y buenas se ordenaron en aquella junta las cuales enviaron escritas a todas partes para que todos los sacerdotes las supiesen, lo cual nos causó tan gran consolación cual no podremos explicar, por ver así aprobada nuestra doctrina y ver que habíamos salido vencedores y por lo demás que podéis imaginar. Aunque todo esto aprovechó poco a algunos obispos y frailes no mendicantes (*éstos fueron de la Merced*) y clérigos, porque pocos de ellos lo siguieron: los demás religiosos con gran rigor lo guardaron y algunos de los demás aunque pocos. Allí concurrieron otras muchas razones que convencieron al señor obispo a ir a España y así fue, y el canónigo se volvió a Chiapa y fray Vicente a la provincia de Guatemala, donde según todos dicen trabaja mucho, hecho ejemplo de caridad y de extrema pobreza; fray Jordán tuvo licencia para ir a Méjico para esta junta, pero después se la estorbó el padre provincial, quisieron decir que por mandado del virrey que dizque mandó que se fuese a España o saliese a lo menos de su gobernación por la inquietud que daba por lo que predicaba, y así se fue a España con el señor obispo. Esto hemos dicho anteponiendo las cosas, ahora volveremos al orden de nuestra historia; y es de saber que aún en todo este tiempo no teníamos nueva cierta

de España y quien era el prelado o vicario de estas partes, y así nos estábamos siempre debajo de la obediencia del padre fray Tomás Casillas, aunque harto contra su voluntad.

Tocante a esta opinión que mantuvo el señor Casas y los frailes de aquesta santa provincia, a cuyo tesón y constancia le debe su majestad sin duda alguna el tener Indias y vasallos en ellas, porque antes no tenía más que el nombre como se verá. Se apuran algunos historiadores, y con especialidad los que traen alguna sangre de los conquistadores, en calumniar al señor Casas y a sus secuaces, de ignorantes unos, de imprudentes otros y éstos son los que hablan con más modestia, debiendo advertir que no debió ser cosa injusta lo que mantuvieron, pues con tanto ahinco lo mandó el consejo real de Indias después de muchas juntas y consultas; y lo aprobó aquesta junta, convencidos de los fuertes y sólidos fundamentos en que estribaba aquesta doctrina católica, aunque muchos de ellos antes lo habían impugnado, y aunque muchos habían disimulado más en fuerza de temor o miedo que se sublevasen estas provincias por la maldad de los conquistadores, que porque pudiesen asentir a semejantes cosas. Y para confundir a estos tales bachilleres, que más bien merecen este nombre, que no el de autores de historias, no quiero más que recurrirles y traerles más a la memoria algunas cositas, así de lo que queda escrito, como de otras cosas que constan de las historias. Lo primero: ya es muy sabido el orden que dio su majestad para que se hiciesen estas conquistas, tan justo y santo, y el requerimiento que mandó hacer y condiciones que mandó guardar para esto. Digan si lo guardó alguno si no fue don Fernando Cortés; llegaban a una tierra que ni sabían palabra de aquella lengua, a unas gentes muy cortas de talentos, y pregonaban el requerimiento en su real, estando los indios muy lejos de allí; y aunque lo oyeran, si no lo entendían era como si no lo oyesen, y otro día les daban guerra y así hacían los esclavos, y esto pasó en muchas partes; y aun sin esto, como el caso de Alonso de Ojeda que se dirá en la vida del señor Casas. Lo segundo: sin más derecho que el de su codicia, les robaban y quitaban cuanto tenían, llegando a tanto la tiranía, que al rey de Bogotá lo mataron en los tormentos porque descubriese lo que tenía, habiéndose dado de paz: lo mismo al Guatemuz casi estuvo para morir por lo mismo; y a Atabaliba rey del Perú ¿qué le acarreó su muerte tan inicua si no el no haberles llenado aquella sala de oro, aunque más quieran dorar esta maldad sus descendientes, no concediéndole, siquiera, el que fuese a España a ver la cara del monarca a quien se quería sujetar y servir? Porque por la mayor parte procuraron ocultar haber rey de quien ellos eran vasallos y en cuyo nombre se conquistaban estas tierras, haciéndose llamar dioses; y muy cargados de jactancias de que eran leales vasallos, fueron tan desleales y traidores a Dios y a su rey muchos de ellos, como sus obras lo publican: a Dios faltando a su ley, haciendo injusticias, tiranías, robos, escandalizando a estas gentes, infamando el evangelio, tanto que se llegó a infamar tanto el nombre de cristiano entre los indios, como si entre nosotros dijéramos moros o turcos, embarazando la predicación de santo evangelio como se ha visto en lo que se ha escrito, y lo que consta de infinitas historias: desleales al rey, porque, lo primero, toda la tierra se la repartían entre sí sin dejar un pueblo al rey y como lamenta el mismo Cas-

tillo (*Castillo en el original, en los capítulos añadidos*),¹⁾ diciendo que se debió hacer cinco partes y dejar la una al rey, y que esa fue la causa de no quererles conceder perpetuidad en las encomiendas: desleales pues debiendo lo primero darles luz del rey de quien todos eran vasallos, y cuán bueno y justo era, y lo que de ellos pretendían que era su salvación, esto fue lo primero que les ocultaron; lo segundo, dándoselos para que fuesen padres y maestros de la fe, por no haber ministros que los instruyesen en ella y buenas costumbres, que mediante ese cuidado y trabajo pudiesen recibir aquel feudo que se le debía al rey, que éste debía de ser racional, no conforme la insaciable codicia de cada uno; e nada menos pensaron que en doctrinarlos y enseñarlos, solo era su anhelo el destruirlos con insoportables gabelas de tributos crecidísimos, de servicios personales, de servirles en sus casas, en el campo, en las minas y otros infinitos *tequios* hasta alquilarlos a otros y tomarse el jornal de su trabajo; apoderándose tanto de lo que estos pobres poseían que ni dueños eran de dar un palo, ni unos huevos, ni tortillas a los predicadores que les enseñaban la fe. Pues si todo esto se llevara adelante, con otras infinitas cosas que pasaban ¿se podía decir que su majestad era rey de las Indias más que en el nombre? Bien se mataban los reyes por poner concierto en estas cosas, y no perdonaban gasto ni trabajo en hacer leyes y en enviar visitadores jueces y en fundar audiencias; pero unos que no venían más que a saciar su codicia, se hacían a banda de los conquistadores y los destruían y éstos a los miserables indios, y todo era suplicar de leyes; y otros que había más celosos y que veían las maldades, queriéndolo poner en concierto, se les amotinaban y mataban como sucedió en el Perú. Y luego pretendiendo títulos de muy leales tan no los merecieron que antes merecían título de desleales y traidores; y si no díganme aquestos necios,preciados de historiadores ¿por qué leyes se gobierna aquesta monarquía? ¿Es por otras que por las que entonces se establecieron de no hacer esclavos, de no robar, que los encomenderos no asistan en sus pueblos por las maldades que ejecutaban: en cuyo lugar sucedieron los corregidores que son cuasi lo mismo como pondera el señor Montenegro en su *Itinerario de Párrochos de Indias*, siendo desgracia de estas gentes que todo el bien que se le procura hacer, se les convierta en mal? La ley de que no den el servicio personal con todas las demás que tiran a que estas gentes sean vasallos libres y dueños de sus haciendas, como lo son todos los de la monarquía de España, digan ahora ¿son justas aquestas leyes? ¿Son santas? ¿Son conforme a la ley divina y humana? No pueden negar su justificación; luego quedan muy convencidos de necios y muy necios los que calumnian la gran solicitud y perseverancia y fortaleza del señor Casas y los demás frailes de esta provincia en tolerar tantas maldades, pesadumbres, trabajos por conseguir aquestas leyes para que estas gentes fueran hijos de Dios por la fe, sacándolos de la tiranía de Satanás, y que fuesen vasallos de tan piadoso y católico monarca, que los mirase como a vasallos suyos y procurase su bien sacándolos de la tiranía en que estaban en poder de los encomenderos. Aquí fue más el estruendo y ruido, porque aquí fue lo recio de la batalla en que quedaron postrados

1) Castillo: *Historia*, cap. CLXVI.

los enemigos de Dios y de su rey; y así a la fortaleza de aquesta santa provincia y de sus invencibles héroes debe su majestad el ser rey de las Indias; no a los conquistadores, que éstos los conquistaron para sí, tomándose cada uno su parte. A esta provincia se lo debe, que fue quien mantuvo la guerra contra estos tiranos hasta que los venció y sacó aquesta presa de sus uñas para dársela a su rey, para que con su católica piedad la mantuviese; la prueba es evidente; díganme ¿cuál fue la causa de la destrucción de todas las islas de Santo Domingo, Cuba, Habana con todas las demás y toda la tierra firme donde se ignora de qué color eran los indios infinitos que las habitaron? ¿Fue otra la causa sino no haber salido aqueste valiente caudillo del señor Casas a luz, y los demás sus secuaces, quien viendo el destrozo de aquellas tierras y llegando a su noticia el descubrimiento del Perú, fue luego a España a negociar aquellas cédulas que el mismo fue a notificar por que no sucediera allá lo que acá había sucedido? A su celo, a su caridad, a su valor se debe el que haya hoy las provincias y reinos que hay, de que su majestad es rey, que de nada le sirviera la tierra sin vasallos, como no le sirve lo que tiene destruído; y si aquí los tiene, al señor Casas y a los frailes de esta provincia se los debe, que a no mantener contra todo el mundo y el infierno aquesta guerra, ni aquí tuviera el rey vasallos como ya se los iban acabando con sus tiranías, que bastantes acabó don Pedro de Alvarado, como se ha dicho, y otros muchos a su ejemplo.

No era menor la batalla que tenía el santo obispo Marroquín en Guatemala, que el señor Casas en Chiapa, por oponerse a la tiranía que con sus ovejas se usaba; pero tenía poca gente y eran soldados bisoños y los tenían amedrentados, y así no podían pelear con tanta fuerza, aunque eso era de estimarle más a su gran celo, que con poca ayuda, se mantuviese en la pelea, y en el mismo sentir del señor Casas en que maliciosamente se engaña cierto autor en decir que no fue del mismo sentir en no quererlos confesar, ni absolver, y bien lo manifiesta en la carta puesta arriba escrita a la ciudad de Guatemala del pueblo de Yzqueme y en la que aquí se pondrá escrita de la ciudad de Méjico estando en el mismo sínodo, la cual dice así:

“Magníficos señores.—Acá llegó la grita y escándalo que ese señor oidor (*este fue el oidor Rogel que fue el que tasó la provincia de Chiapa*) causó con su llegada; perdónesele Dios, que los buenos jueces otro orden tienen. Alguna pena me dió; pero muy mayor sin comparación, el que parece, señores, que vuestras mercedes no me debéis de tener por vuestro Prelado y que debo ser tenido por hombre de ruin conciencia y que se me debe dar poco por mi alma y por las de mis ovejas. (*Mucho lo siento*);¹⁾ pero de tan liviana causa, que no llega al umbral de la puerta, se hace tanto sentimiento; y no me maravillo (*pues es así*)²⁾ que los que siempre han hecho su voluntad cualquiera cosa contraria, aunque sea pequeña, les parece muy grave, como es un dolorcillo de cabeza el que siempre ha tenido salud, y la carga pequeña al que nunca la tuvo. Quisiera yo, señores, que cuando se herraban los esclavos y se tasaban los

1) En carta original: *Así lo siento*.

2) No tiene este paréntesis la carta original.

pueblos a voluntad de cada uno, hubiera una grito de esas para la pobre alma que lo hacía y consentía y después ha consentido muchas culpas que se pudieran bien castigar; ¹⁾ Dios sabe por qué; y si se tuvo respeto a que la planta era nueva y que convenía que primero se echasen raíces. Todos decís a boca llena que tengo de ir al infierno sin duda ninguna. Si así fuere (lo cual Dios no quiera por su bondad) será por vuestra causa, pobre de mí que ha diez y seis años que predico a mí, y a todos con todo calor y devoción que he podido, y tan fríos y tan nuevos me parece que estamos en las cosas de nuestra religión para ser católicos cristianos como si fuésemos bárbaros. ²⁾ Sin duda nos falta poco, pues tanta o mayor solicitud ponemos para adquirir este terreno que se ha de dejar, y tanta pena por no lo poder adquirir, y mucho más después de adquirido si se pierde. Gran ceguera es esta que no haya quien tenga los ojos abiertos para ver tanta desventura, ni entendimiento para conocerla ni voluntad para aborrecerla. ¿Qué mayor mal puede ser que no tenga licencia el pastor para dar pasto a sus ovejas y que lo bueno se tenga por malo y lo malo por bueno, y lo que es rejalgar se tenga por pasto, y el pasto por rejalgar? Sin duda es falta de fe, y cada uno juzga a Dios como tiene el corazón; el bueno juzga a Dios que es justísimo y por eso está siempre con gran temor porque sabe ha de tomar cuenta hasta del más chiquito cornado y de toda palabra ociosa; y el que es malo cree que Dios es ³⁾ disimulador de pecados y confía en su misericordia y no se acuerda que es tan grande su ⁴⁾ justicia y que la una a la otra no se puede perjudicar, que es un mismo Dios. Pues si lo que cree el justo, como arriba digo, es así como lo es, razón será que tengamos cuenta con el alma y descarguemos el cuerpo. Pensad señores que ⁵⁾ la habéis de dar, cada uno de sí y de lo que tenéis a su cargo, muy estrecha. Velemos todos y oremos todos, ⁶⁾ pues estamos todos cercados de tentaciones, cerremos todos los ojos al mundo; basta lo que nos ha engañado. Abrámoslos a Dios, y seamos misericordiosos como dice Cristo, que si tales fuésemos, como su padre es misericordioso, que está en los Cielos, sin duda alguna se perderá el enojo y pasión por tan poca ocasión. No tengo perdida la memoria de lo que dije migajas son que se caen de la mesa y no pan, ni aun onza de pan para que se causase tanta alteración. Dense gracias a quien se deben, alábase a Dios y haya paz, unión y conformidad y obediencia, que esta es la herencia que Jesucristo dejó a sus siervos, porque con esto creceremos todos en cuerpo y en alma. No escribo esto para satisfacción, sino porque el demonio no de lugar a malicia y no sé diga, como se ha dicho, que por mal querer. En verdad que burla el que tal dijo; que no hay en esta vida a quien yo malquiera, ⁷⁾ y no hay en esta tierra a quien yo no desee tanto bien: como para mí deseo; a Dios muchas gracias”.

1) y evitar en carta original.

2) ;Y sin... en carta original.

3) es Dios en carta original.

4) la en carta original.

5) ha de morir vuestro obispo y que ha de dar cuenta de sí y de todos y pensad señores que... en carta original.

6) todos... falta en carta original.

7) más quiera en carta original.

“Después que llegué, cada día nos habemos juntado, y se han tratado cosas más espirituales que corporales. En lo ¹ de los esclavos y servicio personal de los indios acordamos que no se hablase y que los confesores se lo hubieren entre sí por no alborotar al pueblo. El obispo de Chiapa llegó algo tarde y está muy manso y lo estará más cada día aunque ayer quiso empezar a respingar y no se le consintió. Las nuevas de España ahí las envió todas; no se ofrece otra cosa. Nuestro señor guarde y prospere las magníficas personas de vuestras mercedes y casas como desean. De Méjico a 20 de julio de 1546 años. ² De vuestras mercedes orador, Episcopus Guatemalensis”.

Muchas cosas había que ponderar en esta carta de aqueste santo prelado y sobre todo el gran celo de Dios que le asistía de la salvación de sus ovejas, principalmente de los indios que por estar tan tiranizados y opresos, no daban lugar los lobos que los tenían con título de padres y pastores, a que fuesen doctrinados, pero déjolo a la consideración cristiana; y solo cargo la consideración en el punto de los esclavos y tasas que muy bien da a entender lo inicuo de ello, detestando y deseando una grita para la pobre alma que tal hacía y consentía. Esto advierto para que se vea la suma ceguedad y pasión con que escribe Vázquez y su amigo Fuentes, diciendo que el señor Marroquín era de contrario sentir, y que por seguir sus religiosos la doctrina de su prelado y no asentir a la de los frailes dominicos, los perseguimos, imputando tan gran pecado a sus santos fundadores, que siendo tan justos y tan doctos, no podían defender otra doctrina. Que callasen o no la publicasen, o por miedo de los españoles que se aclamaban muy leales y no eran sino traidores sin querer obedecer los mandatos de su Rey, temiendo motín y levantamiento, como había sucedido en el Perú, es otra cosa; que eso movió al visitador don Francisco Tello de Sandoval, mandado para que hiciese ejecutar las nuevas leyes, a sobreseer en todas las más de ellas por el levantamiento y alboroto que se levantó con su llegada, tan grande, que sin aguardar a saber que era su comisión, se arrojaron todos tumultuariamente a nuestro convento de Méjico, donde posaba, sin respeto a lo sagrado; y así temeroso de que allí no sucediera lo que en el Perú, con gran prudencia aflojó en lo apretado de las leyes y fue poco a poco estableciendo lo que más bien pudo; y así en la junta no quiso se tratasen los puntos de los esclavos y servicio personal por no alborotar el pueblo, como dice el señor Marroquín en su carta, cediendo con harto dolor de su alma los santos prelados que deseaban el bien de sus ovejas, por no dar lugar a la ira

Fue razón de estado en aquella junta, o miedo, el no tratar en ella los puntos más principales como era la libertad de los esclavos y otras, y aunque el señor Casas quiso tratar de ello no se le consintió como en la carta se dice; pero como Dios había puesto a este clarín del evangelio en estas tierras, en que los hombres estaban tan dormidos y abrumados con la modorra de la codicia que levantando la voz les hiciese despertar, posponiendo todo humano respeto, razón de estado, y prudencia humana sin mirar a Dios, que tanto daño ha causado y causa a las almas, ni quiso cerrar la boca ni callar aqueste generoso lebre de la iglesia viendo

1) esto de los en carta original.

2) 1546 falta en carta original.

cuánto estrago hacía el lobo infernal en el rebaño de Cristo; y así expuesto a todo trance, ofreciéndose a predicar delante del virrey, acriminó aquel mandato, amenazando al que lo había puesto con aquellas palabras de Isaías (*Isaias, cap. 30*): *Nunc ergo ingresus scribe ei super buxum et in libro diligenter exara illud, et erit die novissimo in testimonium usque in aeternum. Populus enim ad iracundiam provocans est, et filii mendaces, filii nolentes audire legem Dei. Qui dicunt videntibus: nolite videre; et aspicientibus: nolite aspicere nobis ea quae recta sunt: loqui-mini nobis placentia (Cap. XXX, 8-10).*

Fue tanto lo que se compungió el virrey movido del grande espíritu y fervor con que lo ponderó, que le dio licencia para que lo disputase, en su convento con todos los teólogos y juristas, de la justicia; como lo hizo por muchos días en que consideradas las razones y el mal modo con que la guerra se había hecho, condenaron todos el punto de hacer esclavos, y de las resoluciones que aquí se tomaron, enviaron muchos traslados a todas partes para que todos se gobernasen en las confesiones de los conquistadores: porque se reconoció que era mucha la ceguedad que en esto había habido, aunque en los que se hicieron en la segunda guerra de Jalisco hubo alguna moderación, como se ha dicho, de cuyo motivo toma margen el padre Vázquez para dar por justos los esclavos que hicieron en el alboroto de Tecpam Guatemala, callando lo que Castillo dice de los que se hicieron en las guerras; y debiera su paternidad advertir que en éstos aun fue más inicua su esclavitud porque lo uno ni ellos sabían a quien habían de obedecer más que aquellos que los habían sujetado, sin noticia alguna de tal rey, que eso siempre se les ocultó, sin haberles explicado a qué se reducía aquella obediencia, como arriba queda dicho, si no por sacudir el yugo tan pesado de la tiranía que con ellos se usaba, tratándoles peor que esclavos a quienes de su voluntad se habían entregado como arriba queda dicho, cuyas tiranías confiesa y exagera su paternidad y su amigo don Francisco; luego si este fue el motivo, más bien merecían la esclavitud y castigo los que causaron este alboroto, que no los que por librarse de tanta tiranía se retiraban al monte a que los favorecieran las grutas y las fieras en sus albergues, pues la impiedad de los que se llaman cristianos así los trataban. ¿Cuándo se ha visto en ninguna monarquía semejante esclavitud por este motivo? Luego fueron éstos aun más inicualemente hechos que los demás; luego bien lloraba y lamentaba el señor Marroquín la perdición de sus ovejas; luego con mucha razón voceaba aquel clarín del evangelio del señor Casas y de toda esta provincia, clamando la libertad de estos pobres, doctrina tan común y llana que como refiere Castillo, requerido Luis Marín para que se hiciesen esclavos y se herrasen los que se habían apresado en la guerra de Chiapa, alegando ser rebelión aun sin darles causa para ello, no lo quiso hacer, teniéndolo por injusticia (*Castillo, cap. CLXVI*). Que los conquistadores fueran muy remunerados era cosa muy puesta en justicia, y así el justísimo monarca, les concedía las encomiendas para premio de sus trabajos, para que gozasen de sus trabajos y de aquellas rentas que fuese justo que diesen, no lo que su codicia deseaba; y fuera de esto

no se les debía otra cosa. Pero no contentándose con verse ricos, los que no tenían una blanca, los tiranizaban, de modo que en cosa alguna querían que tuviesen propiedad, ni aun en sus hijos que la naturaleza les dio. Y sobre todo no enseñarles más doctrina que la que veían en sus malas obras; es cosa tan infinita, y así la quiero dejar por no cansarme más y moler al prudente lector.

CAPITULO LX

Va el padre vicario a visitar la provincia de los Zoques, disgustos con el mestizo de Chiapa, y modo que buscaban los padres para fundar en Ciudad Real convento

Mas había ya de un año que estábamos en estas tierras y gran parte de estas gentes había oído el evangelio y doctrina de nuestro señor excepto la provincia de los Zoques, adonde no habíamos aportado por ser de otra lengua y algo a trasmano, aunque comienza aquella nación desde junto a Chiapa; y así les éramos extraños y no parecíamos haber venido para ellos; pero doliéndonos el padre vicario de ellos, determinó, pasada la pascua de resurrección del año segundo de nuestra venida, de irlos a ver y llevó consigo a fray Alonso de Villalba, que sabía buena parte de la lengua de Chiapa, y anduvieron toda la provincia sin dejar pueblo de ella, aunque son mas de 60 leguas. Es tierra de las ásperas del mundo, como ya arriba tocamos cuando hablamos de nuestra venida de España que fue por aquella tierra. Es la más de ella calidísima y húmeda, llena de grandes ríos y así es abundante de muy buenos pescados y de cacao y algodón y el maíz se coge dos veces al año y todas las frutas y comidas de los indios en grande abundancia. Es la gente muy noble y de muy honrados señores, hace ventaja a todas las demás de estas tierras, y dejando aparte grandes peligros y trabajos que aquella vez y otras padecieron, contaré en breve algunas cositas y sea la primera que el padre fray Alonso supo la lengua en 40 días, y predicó en ella; como el padre vicario era más durillo entró más poco a poco, aunque cierto en esto dio más buen ejemplo que no se avergonzó de tomar los nominativos a la vejez y de noche, y de día trabajaba sacando vocabularios y averiguando vocablos de las lenguas. Pasaron grandes peligros de los ríos, de los cuales diré solo uno, y fue que yendo en canoas por un gran río arriba, en un raudal se trastornó una canoa nueva en que iba fray Alonso, y caída, luego se fue a fondo y el ornamento de la misa y todo lo que llevaban, y fray Alonso vestido y calzado cayó en aquel poderoso río de Chiapa; y aunque sabía bien nadar, pero como fue a deshoras y tan embarazado con los hábitos, luego perdió el sentido y cubierto con el escapulario, luego fue dando vueltas por el río; pero deparóle Dios un palo seco en medio del río, donde se asió de manera que no lo pudo arrancar la corriente del río, y allí volvió en sí: pero estaba tan atado con la ropa que no se podía menear y el tronco era seco

y temblaba tanto, que cada momento esperaba la muerte y así no sabía que hacer sino encomendarse a Dios. Los indios que iban en la canoa, como iban desnudos, salieron a tierra y como vieron ir al padre sin poderlo remediar, fueron dando voces al padre vicario que iba adelante, el cual como oyó que el compañero había caído en el río, volvió en la canoa a gran prisa y vio al compañero en el agua de la manera que ya dije y procurando llegar la canoa a él, no podía por la gran corriente que había; pero plugo a nuestro señor que lo pudieron tomar en la canoa y saliéronse a tierra dando gracias a nuestro señor. Después hicieron que los indios se zambullesen en el río, y poco a poco sacaron el ornamento, aunque muy maltratado, y allí estuvieron todo aquel día enjugando a fray Alonso y el ornamento, comidos de mosquitos. Este y otros muchos trabajos padecieron y hambres y cansancios que solo Dios los tiene en cuenta para se los pagar. Anduvieron por aquellas tierras desde pascua de resurrección hasta en fin de agosto, como aún después de necesidad tocaremos. Pasaron muchos y muy grandes desabrimientos de los españoles a cuyos pueblos iban, pero de Pedro Gentil y de su mujer muchas caridades recibieron, a cuya casa aportaron aquella y otras veces que visitaron aquella tierra, y siempre se mostraron verdaderos hermanos de la Orden.¹¹

Ya en estos tiempos había hecho de las suyas el mayordomo de Chiapa y dádonos tantos tormentos que serían largos de contar. Tenía por cierto que el pueblo de Chiapa era suyo y que lo que los indios nos daban para comer, lo quitaban de su hacienda, y así solía él decir, que comían tantos de su hacienda como que los indios fueran sus esclavos, y así pensaba tenernos como a sus criados que no podíamos vivir sin él. Verdad es que es hombre de muy vivo entendimiento y muy llegado a razón, cuando está sin pasión, y si a solas lo hubiéramos con él, fuera nuestro criado; pero imponíanlo los españoles en cosas que nos daban pena y la recibíamos muchas veces cuando de Chiapa salía y iba como un ángel, y en entrando en la ciudad estaba hecho un demonio; y así entraba otra vez en Chiapa porque le decían que siendo el señor de Chiapa que por qué no le habían de servir los frailes y temblar delante de él. Con estas y otras cosas lo ensoberbecían y embravecían; pero ninguna cosa bastó a ablandar a los religiosos ni amenazas, ni halagos, ni darnos ni quitarnos, ni hacernos mal ni bien y así decía él a los demás que no había visto hombres de nuestra calidad, que no aprovechaba más en nosotros echar diacitrón ni azúcar que echarlo en la mar; que si nos lo daba lo tomábamos y si no nos lo daba pasábamos sin ello; pero pensar que dadas nos podrían torcer, era querer torcer los montes. Y verdaderamente nosotros padecimos mucho por librar a aquellos indios de aquellas opresiones grandes y angustias en que los tenían puestos. Sobre esto nos molestaban y afrentaban con palabras; con cartas iban los alcaldes a Chiapa y nos hacían mil vejaciones, pretendiendo siempre desacreditarnos con los indios; escribiánnos cartas que bastaban a infeccionar los aires diciendo que éramos enerrigos de los cristianos y que los queríamos

¹¹ Aquí concluye el capítulo LXXVI.

echar a ellos para mandar nosotros y para no tener testigos de las fealdades que cometíamos, y otros mil conciertos dichos por palabras feas y escandalosas y deshonestas. Buscaban siempre nuestra vida para si hubiese algo de que nos achacar; mandaban a los indios que no nos diesen de comer; llevaban al pueblo Xibal dos armados para que nos dijese malas palabras para si les respondiésemos afrentarnos y poner las manos en nosotros; impedíannos que no edificásemos iglesia, ni casa; venía el mayordomo de Chiapa dando voces por las calles diciendo que había de hacer y acontecer y entraba como un furioso en casa. Otras veces estaba tan confundido de vernos que se echaba a los pies de los frailes y les pedía perdón y juraba que nadie había de ser bastante para le torcer de nuestra amistad y salía y decía a los indios que cuando hizo tal y tal cosa y dijo esto y esto otro, que estaba fuera de sí y que los padres eran buenos y que él era malo y que no era él parte para quitarles la comida, que comían de limosna y que eran siervos de Dios. No quiero contar cosas particulares que acaecieron, que será nunca acabar, y eran en fin palabras que pasaron; solamente digo que debemos dar infinitas gracias a Dios por la constancia que su misericordia nos dio para que aquestos trabajos no nos cansasen ni hiciesen dejar la tierra. Estaba en todo este tiempo don Pedro asido con los religiosos, deseando siempre la libertad de su pueblo, padeciendo pasiones y enojos que le daban, y cuando vino aquel oidor, de quien arriba hicimos mención, pretendieron dar con él al través y quitarle el señorío, pero no hallaron en él aparejo; y así lo dejaron porque aun no era llegada su hora y, el poder de las tinieblas. En Zinacatlán, después que pasó la pascua, estuvimos siempre en paz y trabajamos de componer el pueblo y quitar las mancebas a los bautizados en lo cual padecimos grandes trabajos, especialmente con los señores y principales que estaban en esto muy duros, como la gente que había recibido el bautismo sin saber a qué se obligaban más que lo saben los que nunca de él oyeron. Ayudábanos en esto Bartolomé que era alguacil puesto por la audiencia real y trabajó mucho en gran manera y fidelísimamente: con que cobró odio de muchos de aquellos principales y de los españoles a quienes el pueblo servía y de otros españoles; porque decían que era amigo de los frailes y enemigo de los cristianos y trataban de buscarle por dónde hacerle mal; pero nunca en aquel pueblo hubo desvergüenza en todo lo sobredicho, ni a ellos se les hacía fuerza alguna. *Lo mismo pasa hoy si el Pr. avisa a los indios lo que deben dar sin [...] de los alcaldes mayores y a mí me han pasado muchas cosas.*

Nadie puede imaginar la pasión y enemistad que los españoles nos tenían por ver que favorecíamos a los indios y les declarábamos que no les debían dar cosa alguna más de lo que tenían escrito en el papel de las tasas, y decíamos a los caciques que si daban demasiado por el temor o amor, que ellos se lo robaban a sus indios y eran obligados a restitución, sino que si les pidiesen demasiado que no lo diesen; y si ²⁾ sobre aquello los agraviasen que se quejasen a las justicias que nosotros vol-

1) Aquí concluye el capítulo LXXVII.

2) Falta el si en original.

veríamos por ellos; y a los españoles les reprendíamos bravamente sus manifiestos robos y les íbamos a las manos en cuanto podíamos; y si todos los cuentos particulares que sobre esto pasaron se hubiesen de escribir, sería hacer una muy prolija historia. Viendo nosotros cuán mal nos trataban y cuán mal hablaban de nosotros y que no podíamos del todo desasirnos de la ciudad, porque de allí nos debíamos de proveer de vino, de hostias, etc.; viendo también que teniendo allí casa verían nuestras buenas obras y se mitigaría su furor y habría quienes respondiesen por los ausentes y proveyese de lo necesario y donde se curase un enfermo y se recogiesen los que anduviesen cansados de tratar con indios. Por estas y por otras muchas cosas nos pareció necesario permanecer; para nuestra conservación y perpetuidad en la tierra y hacer lo que de España traíamos pensado, si la pasión de los españoles no lo estorbara, que era hacer un monasterio en la ciudad donde todos tuviésemos recurso y donde saliésemos a las visitas y predicación de los indios; si no que habíamos muy mal aparejo para ello y no sabíamos por donde comenzar porque tratar de esto con los españoles era decirles que metiesen en su casa su destrucción: porque esto sentían ellos de nosotros. El padre vicario que andaba en la provincia de los Zoques, como arriba dijimos, escribió a fray Tomás de la Torre que era vicario de Zinacantan junto a la ciudad, que él buscase alguna manera como esto se efectuase. Quiso Dios que en aquella coyuntura vino a la ciudad Gregorio Rodríguez de Villafuerte, que es un caballero de Salamanca, honrado y prudente, de quien ya arriba hicimos mención; éste, como nos viese en tanta desgracia con los españoles, procuró atentamente de meterlos por camino diciéndoles cuán infamados estaban en todas las Indias por las crueldades que con todos nosotros usaban, y que era gran mengua suya que los indios acogiesen a los religiosos y hubiese monasterios entre los bárbaros y no en pueblo de cristianos; y viniendo a tratar de esto a Zinacantan, trajo las quejas que los cristianos tenían de los frailes, una de las cuales era que decíamos a los indios que no los imitasen en nada, porque no tenían más que el nombre de cristianos; ítem, que decíamos que eran ladrones y que todo lo que llevaban más de la tasa era robo, aunque las tasas eran excesivas e injustas; y otras de esta manera, que no me acuerdo. A las cuales a todas les respondió fray Tomás dándole razón de todo aquello y conociendo ser así, pero que convenía decírselas así a los indios por muchas razones que para ello le dio, las cuales todas admitió Villafuerte porque era buen cristiano y hombre prudente y sin pasión; y hallando fray Tomás buena coyuntura trató con él, de el edificar casa en la ciudad, y como él estaba tanto en ello, trabajólo con mucho cuidado y dio parte de ello al adelantado Montejo, y entrambos lo trataban. Aunque ellos decían que estaban pobres por nuestra causa y que nosotros queríamos que nos hiciesen gran casa y que nos proveyesen largamente según los méritos de nuestras personas, y que queríamos que nos hiciesen copiosas mandas, que por la pobreza en que los habíamos puesto no podrían cumplir. Villafuerte les decía que como estaban usados a tratar con sólo los frailes de la Merced decían y tenían aquello; pero que nuestro estilo era muy diferente, y que ni queríamos mandas, ni cosa ninguna temporal, que

éramos pobres y que con nada nos pasaríamos y que no les pediríamos mandas, sino un pedazo de pan cuando lo hubiésemos menester. Con estas pláticas se pasaban los días entrando en cabildo y no acordando nada; Villafuerte avisaba a fray Tomás de todo y fray Tomás al padre vicario; finalmente vinieron aquellos alcaldes y regidores diciendo que holgarían que nos fuésemos a la ciudad y hiciésemos allí casa; pero que ellos no nos lo querían rogar, porque no dijésemos que ellos nos llevaron. Pero el padre vicario tenía avisado a fray Tomás que no concluyese nada sino que se remitiese a él y que ellos lo pidiesen y lo rogasen, porque no dijese otro día: *ios como os venisteis*; porque ya conocíamos la gente de la tierra, y que era bien que pensasen que por solo hacerles bien íbamos entre ellos y no por necesidad; pues los indios nos proveían, y por su salvación veníamos de España. Por ruego de Villafuerte fue fray Tomás a la ciudad a predicar para que los buenos se amorasen y aplacasen, y después de comer juntáronse todos en casa del adelantado y todos le rogaron que poblase allí en la ciudad y que ya los tuviesen por cristianos y que en ello recibirían gran merced. Fray Tomás les agradeció su voluntad y servicio y que si nos tratasen y conversasen, que ellos verían tanta justificación en nuestra doctrina que por ninguna vía nos podían querer mal ni estar mal con nosotros; pero que en cuanto al edificar allí casa, que lo habían de tratar con el padre vicario general y que él les escribiría su buen deseo y se lo rogaría; y que ellos lo hiciesen así, pues lo que le pedían les importaba tanto para su almas y aun para su buena fama de cristianos. Como ellos sintieron por donde guiábamos las cosas, cesaron y no hablaron más en ello. Hizo también Villafuerte que los señores a quienes sirve Zinacantan fuesen allá y se echasen a los pies de los religiosos y pidiesen perdón de las molestias pasadas prometiendo toda enmienda en lo porvenir. En este mismo tiempo adoleció fray Pedro de la Cruz y estuvo muy al cabo, y cierto con poco regalo para su mal, aunque sus compañeros hacían lo que podían con él, y fue nuestro señor servido de consoiarlos en breve con su salud. Estando él bueno salió fray Tomás con fray Alonso de Portillo a visitar la tierra, de donde vino tan malo de los ojos que pensó de los perder. Estas ganancias sacábamos de nuestros trabajos que en aquellos tiempos padecimos, que fueron muchos y muy graves de que ahora tomamos placer por los haber padecido. Nuestro principal intento en este tiempo era concertar los indios cristianos, así en los matrimonios, como en lo demás, enseñándoles la doctrina cristiana y lo que debían hacer para salvarse, y muchos se aprovechaban de ello; y algunos estaban cuasi tan duros como los españoles, especialmente los señores en lo tocante a los matrimonios; y el mismo trabajo tenían nuestros compañeros en el pueblo y provincia de Copanaguastla. En este mismo tiempo aún se estaba el señor obispo en el sínodo de Méjico, donde le escribíamos y avisábamos de todo lo que pasaba.¹¹

11) Aquí concluye el capítulo LXXVIII.

CAPÍTULO LXI

Disgustos con el encomendero de Zinacantan y los motivos de ellos; y prisión del cacique don Pedro y de Bartolomé Tzon, y lo que hicieron con ellos

Como la amistad del español a quien sirve Zinacantan era interesante y algunos de los principales tragaban mal lo de los matrimonios, tenían con él sus consejuelos y él deseándoles aplacar mostraba parecerles mal lo que hacíamos; y él, y su mujer mucho más, decíanles lo que los pobres indios se holgaban de oír en favor de su flaqueza y carnalidad y en disfavor del matrimonio. y a nosotros escribíannos cartas molestandonos y diciéndonos que aquellos eran tiernos en la fe y que no les habíamos de apretar en aquellas cosas. Respondíamosles que ellos lo debieran mirar cuando les mandaban bautizar sin doctrina ni enseñanza ninguna, y que nosotros a nadie azotábamos ni encarcelábamos como en todas las Indias lo hacen los frailes; y la mejor aspereza de que usábamos era reprenderlos en pláticas particulares y en sermones, no dejarlos entrar en nuestra casa y mostrarles que no eran nuestros hijos mientras no lo fuesen de Dios, y que esto no cesaríamos, mientras no se enmendasen como los demás indios cristianos; y que ellos no los favoreciesen, porque faltándoles su favor, luego se enmendarían, y que ¡malditos los intereses que de ellos esperaban haber! con detrimento de sus conciencias y de los indios de su encomienda. Como vieron que no podían salir con su tema determinan molestarnos por otra vía y ayudados del adversario que desea la condenación de todos y que de este negocio sacó harto provecho, tratan de prender a Bartolomé Tzon y al alguacil del obispo y a otros indios que se señalaban en amistad con los religiosos, y ponen al alcalde San Pedro en ello y con esto vienen a Zinacantan, estando nosotros y los indios inocentes de todo; y aquel español por cumplir con la amistad fingida que nos tenía, quedóse en una estancia de ovejas que tenía junto al pueblo, y el alcalde con los demás llegan al pueblo y echan mano de los alguaciles del rey y del obispo y de los demás indios con tanto alboroto y escándalo del pueblo, que no se puede explicar, y enviándolos delante, y ellos quédanse voceando y alborotando a los demás. Luego acudieron los indios a casa de los religiosos, los cuales se estuvieron en casa y el vicario que a la ocasión estaba ciego, mandó que a ningún español, ni a nadie abriesen, ni hablasen, porque ya entonces nos habíamos pasado a una casita que hicimos junto a la iglesia, en forma de monasterio, que aunque muy extremada en pobreza, nos fue de gran quietud de espíritu y casa de mucha oración. Desde a poco envió el vicario dos religiosos a hablar aquellos españoles y a rogarles que por reverencia de Dios no hiciesen aquellos alborotos en aquellos pobres indios y que mirasen que habían caído en excomunión por quitar el alguacil que el obispo había dejado puesto para ellos. No hicieron caso de nada, antes se indignaron más y dijeron palabras ásperas al uno de los religiosos. Poco antes de esta brega habían venido allí de Chiapa fray Vicente Núñez y fray Pedro Calvo a comunicar con fray Tomás de la Torre ciertas

cosas, porque al presente él tenía cargo de todos por ausencia del padre vicario; y aquella mañana, antes que nada pasase, los había enviado a la ciudad con ciertas necesidades, los cuales yendo su camino, inocentes de todo, porque el alcalde y los demás habían ido por el camino de la estancia, toparon a un escribano que iba al prendimiento, el cual creyendo que la cosa era ya hecha y que iban los frailes a la ciudad sobre el caso, rogóles importunamente que se volviesen con él y hablaría al alcalde que aquellas cosas no fuesen adelante y ellos se volvieron por sus importunaciones casi sin saber a qué y luego toparon a un alguacil que traía a los indios, y como supieron el caso, rogáronle que se detuviese allí hasta que llegase el alcalde y él lo hizo de voluntad porque era hombre de pocos ruidos. Como el alcalde San Pedro vio desde lejos a los frailes juntos con los presos y con el alguacil, creyendo que de propósito habían salido a quitarlos, como quiera que semejantes valentías fuesen muy ajenas de nuestra conversación y vida, arremetieron los caballos todos juntos a modo de los atropellar y aun de los llevar en una lanza que el uno llevaba embrizada y llegados a los frailes dijo San Pedro: ¿Qué hacéis salteadores de caminos? Ellos le respondieron modestamente contándole el caso; pero nada bastó para aplacarlo, antes preguntó, a fray Pedro Calvo, ¿quién era? Respondió que se llamaba fray Pedro Calvo. Díjole: ¡Oh hijodeputa y qué mal gesto¹⁾ tenéis. Por tal que merecíades estar ahorcado. Y ¿cómo andáis sin licencia tan de mañana fuera del monasterio? Estas y otras muchas descortesías le dijo y mandó asir a los indios, especialmente a Bartolomé, de los cabellos y así se los llevaron llorando y llamando a los religiosos porque ya ellos llevaban tragada la muerte. El escándalo que esto causó nadie que no conozca a los indios lo puede creer, porque ellos entendían que los cristianos nos tenían por herejes, traidores y enemigos mortales y que ningún placer les podían hacer mayor que matarnos y echarnos de su tierra y veían las obras que hacían a los que se allegaban a nosotros. Los frailes se volvieron del camino y contaron lo que pasaba; dióles gran angustia de corazón, porque veían y sabían la causa que movía a aquel alboroto y el fin que en todo ello se pretendía que era deshacernos con los indios; y el demonio pretendía que no dejasen las mancebas algunos de aquellos principales, como al fin no las dejaron por este alboroto cuasi por espacio de dos años. Llegados a la ciudad echaron presos a todos aquellos inocentes, aunque desde a poco los soltaron a todos, excepto a Bartolomé que lo dejaron a buen recaudo en la cárcel: parecióles buena coyuntura para poner en obra sus deseos y enviaron con cautela a llamar a don Pedro cacique de Chiapa y a su yerno indio hábil y de mucha razón y a Miguel Naca alguacil puesto por la audiencia real a petición del obispo nombrado por nosotros como a Bartolomé y a Gonzalo Coyametzl y a otros indios principales, y llegados a la ciudad los echaron presos y desde a poco los soltaron excepto a don Pedro y Miguel Naca. Porque quizá no entrará tan bien en otra parte diré aquí la consolación que les daban los españoles y aun un fraile o frailes de la Merced que los visitaban. ¡Véis aquí, perros, a dónde os traen los frailes de Santo Domingo, que por ellos estáis presos, decidles que os vengán a sacar si pueden; a solo los cristianos habéis de obedecer

1) *Gusto*, en original.

y servir! Estas y otras palabras les decían para enamorarlos a la doctrina que les dábamos y predicábamos, y a los demás caciques de la tierra que iban a la ciudad, luego los llevaban sus amos a ver los presos y les decían que aquellos estaban allí porque obedecían a los frailes y no tribu- taban, como solían, a los cristianos. Esto sabíamos de los indios mismos, y en poco espacio sonó esta nueva en toda la tierra por ser tan señala- dos y conocidos los presos.

Pareció bien que fuesen los religiosos a la ciudad, así por hacer a lo que antes iban, como por ver en qué paraban los negocios y porque aquellos pobres indios vieses que no los desamparaban; pero en viéndolos en la ciudad cerraron las puertas de fuera de la cárcel, como si fueran unos herejes que venían a pervertir la fe; pero los religiosos que eran los que antes iban, dijeron en la ciudad que el alcalde San Pedro estaba descomulgado y que por tal lo debían tener y persuadiéronlo así al clérigo Galiano y a los frailes de la Merced, uno de los cuales era provisor. Pero el alcalde se reía de esto y no hacía caso de ello; los religiosos le habla- ron y le rogaron y requirieron que no molestase a aquellos indios, pues la causa de su prisión era manifiesta, pero no solamente no aprovechó nada antes los endurecía más y se juntaban a montones en la plaza y decían mil disparates; señaladamente el de Zinacantan daba mil voces diciendo: ¡Pizarro en el Perú y fray Pedro Calvo en Chiapa y él y los demás en Zinacantan! Y decían todo lo que se les antojaba sin tener respeto a quien ellos dicen que son. Viendo los frailes la cosa tan per- dida, fuéronse a la Merced, aunque aquellos religiosos no se holgaron mucho, temiendo que los vecinos no se holgarían de que los acogiesen en su casa y aun temiendo no pusiesen las manos en ellos, y sin duda estaban de tan mal arte que si no se salieron de la ciudad pensaran los de la Merced que los vecinos se acabaran de desbaratar y ellos con un deseo de paz fueron a Zinacantan a que se diese algún medio como el alcal- de se absolviese. Esto era porque deseaban ellos que se absolviese y fuese con nuestra gracia, porque la excomunión estaba de tal suerte que no la podía ni absolver de ella el provisor sino los confesores que de nos- otros tenía puestos el obispo, porque como no se confió del provisor y no había otro que lo fuese, dejólo muy atado. Respondióle fray Tomás que conociese su culpa y pidiese perdón y que lo absolviesen; pero como el alcalde no quisiese venir en ello, no quiso fray Tomás que lo absolviesen y así el provisor se partió de nuestra amistad y así no hizo caso de la des- comunión. El alcalde embravecido contra la respuesta, hizo hacer un requerimiento en que mandaba que fray Vicente y fray Pedro Calvo luego aquella hora se saliesen de la ciudad y tenían concertado que si no se saliesen, que les quitasen el pan y el agua y que nadie les diese nada. Como esto supo el mayordomo de Chiapa, aunque bravo e indignadísi- mo con nosotros, pero hombre naturalmente piadoso, fuese a ellos y dijo- les: En el camino, en tal parte os tengo una bota de vino y tantos panes, no quiero daros nada después de puesta la pena, allí lo hallaréis. Luego vino a la Merced el escribano y con testigos notificó a los frailes el man- dato del alcalde mandándoles luego salir so ciertas penas, los cuales dando lugar a la ira se salieron luego de la ciudad y en el camino hallaron los panes y el vino con que todos cenaron aquella noche espantados de la

gran dureza y ceguera de aquellos pecadores y rogando a Dios se apiadase de ellos y de aquella gente tan nueva y tierna en la fe. Una cosa sola contaré para remate de este capítulo, de que muchas veces nos hemos acordado después, y es que aquel regidor y hermano de la orden de quien arriba dijimos, decía sus dichos a estos dos religiosos como los demás, y viéndolo estos padres tan lindo y tan bien aderezado, dijéronle: ¡Oh váleme Dios, y qué lindo hombre hizo Dios a vuesa merced, en cargo le es! Esto le dijo el uno por que nunca lo había visto y respondiéndole por estas formales palabras: ¡Dadme padre una higa por debajo de la capa!; y desde a poco muy hinchado les dijo: ¡Sois padres muy chiquitos para tratar las cosas que tratáis! Viendo después las grandes cosas que nuestro Dios por nosotros ha hecho, hémonos acordado de esta palabra y tomándola para conservación de nuestra humildad.¹⁾

Pasadas estas cosas, queriendo el de Zinacantan llevar adelante su amistad que mostraba tenernos, escribió una carta a fray Tomás el vicario de Zinacantan, por la cual decía que le pesaba mucho de lo que el alcalde había hecho y del poco miramiento que con los religiosos había usado, y otras cosas semejantes; y fray Tomás, como sabía las cosas por donde iban y le constaba de la gran ficción, sintió pena con esta carta y escribiéndole desabridamente; y aunque la carta pareció a todos que debió ir así, pero sintiéndola tanto que hasta hoy dura la queja. La sustancia de ella con toda cortesía de palabras era esta y lo que en ella se pretendió decir y ellos habían de entender si la pasión no los cegara: “Sé, señor, que lo hecho es de vuestra mano y lo hicisteis vos, y aunque a mí, que estoy al presente ciego me queréis hacer trampantojos, no los haréis a los ojos de Dios que ve todas las cosas y los secretos de los corazones; pésame de que tratéis de estas cosas, porque serán presto grandemente castigadas. No sé qué me diga de esa ciudad, ni sé en qué difiere del Perú, pues tan mal obedece al rey y quita los alguaciles puestos por la real audiencia; pero el rey sabrá volver por sí; ni sé en qué difiere ese pueblo de Alemania, pues así tratáis a vuestro prelado y a los religiosos, y deshacéis los matrimonios y si nosotros nos vamos de este pueblo, no os quedará de comer, porque los indios se irán tras nosotros y no harán sino lo que les mandáremos y dijéremos: tomad los consejos que Villafuerte os daba y favorecednos, pues nos lo debéis, que este es el verdadero camino de ser rico”. Sintió él y toda la ciudad esta carta que estuvieron por venir y derribar la casa de Zinacantan, según ellos dicen, y porque la carta no iba de letra de fray Tomás quisieron certificarse bien si era suya y vino él con otros tres o cuatro de Salamanca, como a ver a fray Tomás y a visitarlo en su dolencia, y después de un rato de conversación, dijo que un religioso le había escrito en nombre del vicario y que no podía creer que aquella carta fuese suya, porque siendo como era San Pedro no lo había de tratar tan ásperamente, y otras palabras de las que abundaban en esta tierra, y el vicario pudiera rasgar la carta muy bien porque la tuvo en sus manos, y dejarlo para necio; pero como estaba inocente de sus cautelas dijo que suya era y que él la había notado

1) En otra parte no está en original.

y que no había por qué tener queja de ningún religioso y dio sus razones que le movieron a escribirla; y aunque mostró su pasión en hablar desvergonzadamente al fraile cuya era la letra, pero luego se tornó a disimular y con mucho regocijo hicieron allí colación y se partieron y llegados a la ciudad comenzó el de Zinacantan a poner en obra sus buenos deseos y fuese delante del alcalde San Pedro y presentó un escrito según que se sigue: “Muy noble señor: fulano Doval, vecino de esta ciudad, parezco ante vuestra merced de la mejor forma y manera que puedo y digo: que recibí una carta misiva de fray Tomás de la Torre vicario de Zinacantan, firmada de su nombre, de la cual hago presentación, en la cual dice que está en su mano que los naturales de dicho pueblo se despueblen y se vayan a donde él quisiere, y como vuestra merced sabe el dicho pueblo es cabecera de los indios quelenes, que es la mayor parte de esta provincia, y así si en el dicho pueblo hubiese algún tremor o bullicio de levantamiento sería por donde esta provincia o la mayor parte de ella se alce y rebelase contra el servicio de su majestad de que Dios nuestro señor y su majestad serían muy deservidos, y yo recibiría agravio porque perdería los tributos que dicho pueblo me da, haciéndose el dicho fray Tomás y los demás frailes que están con él más poderosos que la sacra cesárea católica majestad del invictísimo emperador nuestro señor, y demás de esto siendo los vecinos de esta ciudad tan leales vasallos de su majestad, como siempre lo han sido, el dicho fray Tomás nos imputa de traidores y malos cristianos, alegando con la *ley vieja*; de lo cual como vecino de esta ciudad me querello ante vuestra merced, así por esto, como porque los dichos frailes no pongan por obra su mala intención de hacer alzar el dicho pueblo; pido a vuestra merced y le requiero esta vez, por las que de derecho debo, que luego sin poner dilación en ello mande que los dichos frailes, hasta tanto que su majestad otra cosa mande, no residan en el dicho pueblo, sino que salgan luego de él pues que de su estada se espera este daño, con protestación de que me quejare de vuestra merced ante su majestad, demás de que vuestra merced será a cargo de los escándalos y alzamientos y muertes que sobre ello hubiere, porque como indios nuevamente convertidos no tienen habilidad ni entendimiento más de para aquello que los dichos frailes les impusieron para su rebelión y para ello el muy noble oficio de vuestra merced imploro”. Respondió el alcalde que diese información y que él haría justicia y luego presentó aquellos honrados hombres de Salamanca que fueron con él a Zinacantan, que juraron haber dicho fray Tomás ser aquella carta suya. Todo esto se hallará originalmente en casa del escribano de esta ciudad de Zacatlan. Fáltanme palabras para empezar las maldades o por mejor decir locuras o desvaríos que en este escrito se demuestran, pero gente que trataba de persuadir que los predicadores de la paz querían hacer alzar la tierra, no es mucho que creyesen en todo género de locura. Este negocio no pasó adelante no sé la causa de ello; pero considerad aquí cómo descarga su majestad su real conciencia encomendando los indios a tales curas que así honran la palabra de Dios y los ministros del evangelio que de noche y de día no entienden en otra cosa sino en procurar como estos indios se salven sin ningún respeto de interés temporal. Puestos los indios en

la cárcel comenzaron a buscar causas de su prisión porque hasta entonces no se tenía ni se había buscado ninguna ni nadie se quejó de ellos a la justicia, y porque los indios no saben los términos del derecho de España, como tampoco lo saben sino los menos españoles, diéronles procuradores o defensores. A los de Chiapa diéronles por defensor a un vecino que nos hizo el requerimiento en Zinacantan, cuando nos quitaron la comida, uno de los que fueron esta vez a prender a los indios, el que tiró el arcabuz a la puerta del obispo y juró de matarlo; y a los de Zinacantan el mayordomo de Chiapa. Encomendaron en fin las ovejas a los lobos, la inocencia a la malicia, al doblez la simplicidad, los indios a los españoles, cual la justicia y cual el negocio, tales los solicitadores; y porque las cosas del cacique de Chiapa, habían de ir más despacio y siendo él cacique no se hallaría quien dijese nada contra él, lo primero que hicieron contra él fue quitarlo de cacique y enviar a decir al pueblo que ya no era cacique don Pedro y pusieron en su lugar por cacique a don Juan, grandísimo enemigo suyo, deseosísimo de mandar, indio malo y público hereje si por dicha algún tiempo fue cristiano. Luego se hallaron testigos contra él y por justificar más la causa tomó el alcalde San Pedro, de oficio sesenta testigos contra él, y como después fue público y notorio, de ellos fueron cohechados, de ellos amedrentados; y de ellos no decían cosa ninguna, sino un mal indio del pueblo llamado Alonso Nombuilo, que era intérprete de la causa, les decía que pusiesen la mano en la cruz y meneasen los labios que él diría lo que hacía al caso a la justicia, y de esta manera se hallaron contra don Pedro cuantas cosas quisieron. Contra Bartolomé no hubo quien así insistiese porque sus enemigos no tenían tanta malicia, ni trataban de ello, ni hacían en fin nada, porque no tenían mucha reverencia y no había estímulos de codicia, solamente le achacaron que traía vara de justicia sin mostrar al cabildo de la ciudad por donde, como si el indio supiera de aquello y ya que lo supiera lo debiera de hacer no siendo Zinacantan sujeto a los alcaldes de la ciudad pues no era su aldea. Finalmente las cosas se guiaron tan a propósito que las sentencias se dieron, como las partes, que era la justicia las quiso dar, a Bartolomé Zen inocente lo privaron perpetuamente del oficio y lo desterraron por dos meses de su pueblo y lo condenaron en costas y ciertos pesos para la cámara que tuvieron bien en qué entender sus parientes. Pero son los indios infieles en esto mejores que los cristianos que a cualquier gasto que a uno se le ofrezca no ha de poner él blanca de su casa, que sus deudos y parientes lo han de pagar todo, aunque se hayan de vender para ello; y cuando quiere hacer una casa, todos se la hacen, y si quiere allegar para casar a un hijo o para le comprar de vestir o libro para llevarlo a vivir con los padres, hace una comida a todos sus conocidos y ellos le ofrecen no solamente lo que gastó en la comida, pero todo lo que para su hijo ha menester: y esta es costumbre de estas tierras.

A Miguel Naca lo privaron perpetuamente de oficio y lo desterraron por un año de Chiapa. A don Pedro privaron de lo que ya estaba privado, que era de su cacicazgo, lo privaron perpetuamente y condenaron en las costas y muchos pesos para la cámara y en medio año de destierro. Ellos salieron muy contentos a cumplir su sentencia, haciendo cuenta que entonces nacían: porque, según ellos y otros muchos decían,

no se solía hacer así cuando no había religiosos sino por un alzar de ojos los ahorcaban; pero sabía el alcalde que estaban los religiosos en medio y que ellos eran los condenados. Esta fue una gran tentación para la fe y muchos indios la dejaron, y nuestra amistad también viendo cuán caro les costaba a los que se mostraban nuestros. Quedó por cacique en Chiapa aquel indio que nos dio a beber mil hieles y hizo grandes estragos en el pueblo y que nunca pensamos que se remediaron. Acabado su destierro volvieron a sus pueblos con grande alegría de los suyos, especialmente don Pedro entró en Chiapa acompañado de mil indios, vestido de seda como si viniera vencedor de una batalla y luego fue a la iglesia a dar gracias a Dios y después a ver a los padres y así él como Bartolomé perseveraron hasta hoy haciéndonos bien, Dios los ha enriquecido tanto que proveen ellos a nuestras necesidades con toda voluntad, sin mostrar punto de tibieza en nuestro amor y devoción, y don Pedro decía que estaba muy contento sin cargo de pueblo y que por amor de Dios lo dejásemos descansar y no escribiésemos sobre ello porque él tenía hacienda de que se mantener sin necesidad. Pero como veíamos la perdición del pueblo, luego lo escribimos a Méjico al señor obispo que aun no era ido a España; y el don Juan aunque por una parte destruía al pueblo por otra no sabía placer, ni servicio que nos hacer, temiendo que por nuestra parte había de tornar a caer, aunque esto no le duró muchos días.¹⁾

CAPITULO LXII

De la enfermedad y cura del padre vicario y fray Tomás de la Torre y descripción de la casa Zinacantan

En este mismo tiempo andaba el padre vicario visitando la provincia de los Zoques con Juan Alonso de Villalba, según arriba dijimos. Cansados pues y molidos de caminar y de pasar ríos, de los cuales abunda aquella tierra, molidos de subir sierras enjugando muchas veces las túnicas del sudor con el calor del cuerpo, mojados muchas veces con las aguas, porque era el tiempo de ellas, durmiendo en el suelo sobre una estera, con malas comidas y peores cenas; vistos todos los pueblos de aquella lengua, así los que caen en el obispado de Chiapa, como todos los demás de la provincia de Tabasco por donde venimos de España, aportaron al último pueblo de esta provincia hacia la parte de Guazacualco, que se llama Caschuluch pueblo calidísimo, abundante de mosquitos, de murciélagos y de otras malas cosas. Llegados allí el padre vicario como más viejo y molido, así de los trabajos exteriores, como de la pasada prelación que jamás halló por donde la desechar de sí, con haber pasado tantos días por vivir tan lejos de los prelados ordinarios, adoleció poco menos que a la muerte; a lo menos creyeron él y el compañero que sin duda moriría porque de veras llegó allí al cabo. La fatiga de fray Alonso era grande porque

1) Aquí concluye el capítulo LXXX.

lo veía en tan grande necesidad, y él ni sabía regalo ni remedio alguno. Viéndose en tanta aflicción escribió a fray Tomás de la Torre que estaba en Zinacantan ciego, como ya dije arriba, y todos los religiosos recibieron gran turbación por creer que según decía, moría sin humano consuelo en aquel desesperadero; y aunque las cosas estaban en la disposición que ya hemos dicho porque aun no eran dadas las sentencias contra los indios, acordó fray Tomás de la Torre enviar a la ciudad a fray Alonso del Portillo y a fray Pedro Mártir a pedir algunas limosnas para enviar algunos refrescos al doliente. Idos a la ciudad pidieron indiferentemente limosna a los españoles que se les antojó contando la necesidad, y como en fin hay fe, sin duda lo hicieron muy bien especialmente unas viejas españolas que allí hay, que mostraron dolerse mucho de nuestros trabajos. En fin volvieron con mucho pan de Castilla fresco, biscocho y conservas y no sé qué aguas destiladas y otras cosas, con que no poco se holgaron y dieron gracias a Dios, y luego envió fray Tomás a fray Diego Calderón con todo aquello a Chiapa para que de allí tomase un compañero y fuesen a donde el padre vicario estaba y quedóse él enfermo de los ojos con fray Alonso del Portillo y fray Pedro Mártir, porque fray Pedro de la Cruz había ido a Chiapa con fray Pedro Calvo y con fray Vicente creyendo que allí sanaría del mal de que arriba dije, porque las molestias que entonces de la ciudad nos daban, bastaban para hacernos adolecer a todos. Entre tanto el padre vicario se alivió algo y viendo esto el padre fray Alonso lo hizo tomar a indios en una hamaca y veníase con él a Chiapa y topáronse con él en el camino los que iban, y el padre vicario con el placer de ver a los religiosos y la solicitud con que lo iban a buscar y el refresco, comenzó a revivir y a ir de bien en mejor. Llegaron juntos a Chiapa y allí acabó el padre vicario de tener noticia de los grandes trabajos que pasábamos, aunque ya parte sabía por cartas, y supo la dolencia de fray Tomás de la Torre, envió a decir que se viniese a Chiapa con él y aunque recibía gran tormento de verlo rebozado todo con paños y cubierto con su capa, lo llevaron a Chiapa y todos se holgaron juntos y contaban sus duelos, que cierto eran muchos, y en asomando a tierra caliente sintió alivio fray Tomás del romadizo que le atormentaba más que la ceguedad, porque en ninguna manera podía resollar. Hay en Chiapa un indio médico de quien no puedo dejar de decir bien, porque sin duda le he visto hacer cosas maravillosas. Este dijo a fray Tomás, en viéndolo, que no temiese de perder los ojos, que dentro tres días estaría bueno. No lo creían, porque si él dijera que en tres meses sanaría, lo tuvieran a mucho; curábalo de una manera extraña, decíale que comiese gallina y tocino y pescado y verdura y lo que quisiese, que solamente dejase de comer miel y de beber cacao, lavábale cada día la cabeza especialmente la frente con agua fría y apretábale las sienes hasta que le hacía echar una o dos lágrimas y luego a la noche le echaba no sé qué agua simple que no daba más pena que agua de la fuente. Venidos los tres días aun se estaba muy malo, dijo el médico que cuando prometió tan en breve pensó que comenzaba entonces el mal; pero que a nueve días diría misa y a doce miraría el sol, y así fue que con aquel mal desechó la cuartana y quedó sano de los ojos hasta hoy, con estar en España frecuentemente malo de ellos. Dolfase este médico

mucho del padre vicario y decía que sin duda moriría desde a tres o cuatro meses si él no lo curaba, y decía los términos por donde había de ir su mal, y según él decía y todos los religiosos veían, él estaba ético, pero no lo podían persuadir a que el indio lo curase, antes se reía de sus medicinas que eran tan fáciles que parecían de burla; pero el médico no se afrentaba, antes cada día se estaba una o dos horas sentado en casa después de haber curado a fray Tomás de la Torre y decía que le dolía el corazón por el padre vicario y que no le había de dar otra medicina sino una que traía consigo que era una piedra como panecillo de sal. Tanto importunaron al padre vicario que admitió al médico, el cual raspó la piedra sobre una taza de agua con un cuchillo y después que aquella tierra se fue asentando, coló muy pasito el agua sin que se menease aquel asiento y dióle a beber aquella agua y sobóle bien la barriga e hízole venir un gran sudor. A tres o cuatro veces que hizo esto se le quitó la calentura y quedó sano aunque flaco. Estas dos curas he querido aquí contar porque sepan en España que tenemos acá buen médico y que cura a menos costa que los de allá. Otras muchas veces ha curado éste a los religiosos y todos le tenemos grande afición. Viéndose el padre vicario más aliviado quiso venirse a Zinacantan y así se volvieron él y fray Tomás de la Torre, y con la frescura y alegría de aquella casita arreció en breve el padre vicario; y pues arriba no se dijo, bien será que digamos ahora que tal era.¹⁾

Ya dijimos arriba cómo en Zinacantan posaban los religiosos en una casita que tenía nombre del dueño del pueblo y cómo él ya se había descomulgado tantas veces con los religiosos, la última vez que fue la dominica *in passione*, acordaron los frailes de hacer una casita junto a la iglesia porque no les hiciesen salir de aquella cuando fuese tiempo de aguas y fuesen forzados a meterse en casa de algún indio, que aun hasta entonces no habían osado pedir a los indios cosa sin la cual se pudiesen pasar entonces. En tres o cuatro días les hicieron una casita incorporada con la iglesia, tan pobre como la más pobre del más triste indio y sin ningún abrigo, de dos cuartos, de suerte que con otra pared de palitos que hicieron hacía claustro: en el cual pusieron allí muchos claveles, azucenas, lirios, hinojos y rosales de Castilla que nos envió fray Jordán de Oajaca de donde han venido cuantos hay hoy en la tierra o cuasi todos. En fin se hizo una casita tan fresca, que aun en España se holgaran de verla; pero la casa es tal que no lo sabré decir, era de unos palitos miserables enlodados por encima, que enojado fray Pedro de la Cruz porque no hicieron los indios la pared derecha, la enderezaba él solo con la fuerza de sus brazos. En el uno de los cuartos hicieron el dormitorio, tendría diez pies en ancho y salió tan húmedo que no se habitó, sino que en el otro hicimos las celdas que salían al claustro; las ventanas eran unos agujeros, las puertas de las celdas y de las ventanillas eran unas esterillas. No tenía zaguán sino que desde la calle se podía entrar un buey volando por la pared y la paja del tejado, y así no nos defendía sino es del sol y del agua: estábamos tan ricos con decir que ya teníamos casa que la semana santa se pasaron los religiosos a ella y la enjugaron con

1) Aquí concluye el capítulo LXXXII.

su cuerpo; pero estaban tan alegres, por verse cabe la iglesia y su puerta cerrada. Allí florecieron los palos de la pared y por cierto junto a la cama de fray Tomás de la Torre echó un palo un ramo, bien de una vara de medir, en largo. Enjugada la casa con el cuerpo de los religiosos comenzaron a cargar las aguas y remanecieron tantas fuentes en casa que pasaron de cuatro si no queréis que a toda la casa la llamemos laguna, porque a la verdad la iglesia estaba en el peor lugar del pueblo y él asaz húmedo y lleno de arroyos, pero es sanísimo en gran manera para los indios y para los religiosos: que es maravilla cuando uno se muere allí, con morirse los indios en otros pueblos como mosquitos. Por cierto ni yo sabré decir el trabajo que allí se padeció, ni el contento que tenían los religiosos; y los de las otras casas que allí venían se holgaban mucho y les parecía como casa de Castilla y fray Pedro Mártir la tenía concertada en las horas y en todo como si fuera un gran monasterio y hacía mucho al caso el reloj que allí nos dejó el señor obispo, que hasta hoy nos ordena y consuela en la ciudad; pero los españoles se espantaban cómo allí vivíamos y aunque enojados sin duda nos habían lástima y nos enviaban esteras con que nos abrigásemos. Esta era la mejor casa, que en Chiapa no tenían sino unas celditas cabe la iglesia que allí hallaron hecha, y en Copanaguastla aun mucho menos, y así podréis de lo dicho imaginar lo que queda por decir. En los demás pueblos aun no había casa hecha para los religiosos, sino cuando íbamos a visitar nos metíamos en casa de un indio o del cacique y hartas veces dormíamos entre sus perrillos y entre sus gallinas, comidos de piojos y de ratones, llorándonos los niños toda la noche, que sin duda ahora nos espantamos de nuestra insensibilidad que no éramos para echarlos de casa y quedarnos solos en ella y hacerla barrer, siendo lo uno y lo otro tan fácil; sino que éramos como indios, pretendiendo en nada molestarlos y ellos en nada caían porque aun no tenían los ojos abiertos, y así sus casas eran más de gallinas que de hombres, y fuera de Zinacantan, no creo que en toda la provincia había casa más que de unos palillos embarrados por encima. En Zinacantan había tres o cuatro casas de adobes que eran del cacique y los principales con ser el pueblo más abundante de materiales para edificios que yo he visto en las Indias y en España porque tiene cantera de piedra buena como la que se gasta de Villamayor en Salamanca y piedra tosca en gran abundancia, cal y yeso como tierra; alabastro mucho y muy maravilloso que nosotros descubrimos y de que hay al presente algunas cosas labradas: aunque no hay quien le sepa dar el pulimento, solamente se labran de torno cosas para casa. Todo esto está a tiro de ballesta del pueblo; tiene pinos maravillosos en altura y gordura y otros árboles de madera incorruptible que llaman ellos *quicixté* que es el ciprés, *tendoc cotoc*, el pinabete, *nuculpat*, encina; y otros árboles que no sé cómo le llaman en romance. De todo esto se aprovechaban ellos poco hasta aquí; pero ya todo esto se labra y comienzan a edificar como hombres y han hecho en su pueblo tejares, donde hacen ellos teja y ladrillo, y ayudan ya a la naturaleza con el arte porque la fe les ha abierto los ojos. ¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo LXXXIII.

CAPÍTULO LXIII

Trátase de la fundación de convento en la ciudad y lo que sobre ello pasó

Un día o dos antes de San Miguel condenó el alcalde San Pedro a aquellos indios de quien arriba hicimos mención y no queriendo dar mal por mal, acordó el padre vicario que fray Tomás de la Torre fuese el día de San Miguel a predicar a la ciudad. Excusóse fray Tomás de la Torre lo mejor que pudo, porque ya conocía la pasión de aquel pueblo; pero forzado por la obediencia fueron él y fray Vicente Núñez, y adivinando lo que había de ser dijo fray Tomás misa por la mañana antes que fuesen y oyóla el compañero, y así encomendándose a Dios se fueron a la ciudad. Envió adelante el padre vicario una carta al alcalde San Pedro, encargándole lo que era razón; pero él la arrojó y no quiso leerla; aun, si bien me acuerdo, maltrató al indio o lo quiso maltratar. Como San Miguel es al fin de las aguas estaba la dehesa de la entrada de la ciudad tan llena de agua que casi media legua daba a la rodilla el agua y el lodo; como los padres de la Merced supieron la ida, enviáronles dos caballos en que pasasen el agua, pero no los quisieron, y así fueron a la ciudad bien enlodados y sucios. En llegando a la iglesia hizo el clérigo Galiano tañer a misa, la cual él había dicho de mañana. En sabiendo que venían los padres no vino a la iglesia el padre de la Merced, que era provisor, ni otro alguno, ni menos alguno de los pocos que se nos mostraron amigos y devotos: todos los demás vinieron y como no hubo otro sacerdote, hubo de vestirse fray Vicente para la misa mayor; pero como supieron que estaba allí el alcalde San Pedro, no quisieron salir a decir misa. En esto entró allí un caballero deudo suyo y quiso maltratar de palabras a los frailes y comenzó a descomedirse; pero ellos tuvieron tanta paciencia y blandura que lo ablandaron y solo él fue el que hasta el cabo, aquel día los defendió. Terció también allí Ortés de Velasco, vecino principal que les había entrado a hablar en la sacristía, el alcalde no quiso salirse de ninguna manera de la iglesia diciendo que era cristiano y que no se tenía por descomulgado. A cabo de muchos mensajes dijeron a fray Tomás que el alcalde le quería hablar en la iglesia y fueron hasta donde él estaba; pero no se meneó de su lugar, ni les quiso hablar; yéndose los frailes dijo Ortés al alcalde que fray Tomás le quería hablar, entonces se levantó dando voces contra él y dijo tantas palabras desconcertadas que sería largo de contar; y si no fuera tan demasiada la paciencia de los religiosos que a nada le respondieron, no sé qué fuera. Ya fue tanta la desmesura que veces fue hacia fray Tomás a manera de poner las manos en él, llegándole a poner el hombro en los pechos, llamándole de vos y diciéndole que eran unos alborotadores y tenían la tierra escandalizada; pero fray Tomás no les respondía más que él no venía a darles pena ni a reñir, sino a predicar y a consolarlos; y que mirase que estaban en la iglesia y delante el sacramento y no ofendiese así al señor en sus personas. Decía San Pedro que se fuesen que no querían su sermón, ni su doctrina: ayudábale al mismo tono aquel regidor hermano de la orden de quien otras veces hemos hecho mención y descomedíase cuanto podía.

Todo el pueblo estaba callando y mirando como si fueran toros, solo Ortés y aquel otro caballero hablaban por los padres juntamente con Galeano; entonces dijo Ortés que no era justo que el pueblo quedase sin misa y se echase así la palabra de Dios, que el alcalde se absolviese a reincidencia. Sintiólo el alcalde y aquel que hablaba por nosotros que era deudo del alcalde por tanta injuria o quizá ellos estaban amordazados, que se volvieron entre ambos para él y a empujones lo llevaron hasta la pared, diciéndole el alcalde palabras injuriosas. Como vio Galeano tratar mal a Ortés que era su huésped, acudió a defenderlo, y así desampararon aquellos los frailes, dejando al hermano regidor por lugarteniente de San Pedro que dijo entre tanto lo que él le había de decir. Como fray Tomás vio la cosa tan perdida, díjoles: ¡Señores yo venía a predicar, pero pues no queréis, dadme licencia para que me vaya! Respondió por todos el hermano regidor y dijo: ¡Idos que libres sois, y aun los demás! Lo cual dizque dijo para llamarle exento de la orden, porque por tales nos tenían: ya esto se platicaba entre ellos porque teníamos acá prelado entre nosotros fuera del de Méjico, según que veníamos de España. Y así se salieron aquellos religiosos corridos y afrentados delante de Dios y de todo el pueblo; pero iban muy alegres y contentos porque habían sido dignos de padecer algo por el nombre de Jesucristo nuestro señor. Veces decían estos padres que nunca en su vida recibieron tanto placer y consolación; todo el pueblo se quedó en la iglesia y solo los frailes se salieron y antes que saliesen de la ciudad los alcanzó aquel deudo de San Pedro que hablaba por los religiosos con otro español y les rogaba mucho que volviesen a predicar y no fuesen a concertar con el prelado algún mal para el alcalde por lo que había hecho. Ellos se despidieron y desasieron lo mejor que pudieron y se metieron con alegría por la ciénega adelante y así cansados y muy muertos de hambre llegaron a Zinacantan y contaron a los suyos lo que pasaba. Apenas habían acabado de comer cuando vino el provisor de la Merced y muchos españoles y con él todos daban voces contra fray Tomás, diciendo que había dicho en una carta que ni obedecían al Rey ni al Papa y que era crimen *lesae majestatis*, pero dándoles razón callaban y decían que ellos tenían la culpa y que eran malos y con esto se iban con mucha gracia nuestra; y arriba he dicho que tras unos yerros grandes siempre venían estas bonanzas y así desde aquel día, comenzaron a irnos a ver muchos vecinos, y nos llevaban limosna y nos importunaban que viniésemos a la ciudad prometiendo mucha enmienda y paz y conformidad con los religiosos si allá fuesen.¹⁾

Todas estas cosas nos hacían trabajosa y casi intolerable la vivienda en la tierra, pero el ardientísimo deseo que teníamos de la salvación de las ánimas y la disposición que en los indios veíamos, nos hacían pasar por todo y buscar modo cómo esto se remediase y se abriese puerta al evangelio, y no hallábamos otro sino irnos a vivir a la ciudad, porque había gran aparejo allí para tratar con los indios de toda la tierra, que todos acuden allí; para que morando entre los españoles cesaran estas molestias, se evitasen otras que después de comenzadas se cortaban mal;

1) Aquí concluye el capítulo LXXXIV.

y con este intento importunados de los españoles que cada día iban a Zinacantan, acordaron de ir a la ciudad el padre vicario y fray Tomás de la Torre y así fueron acompañados de muchos vecinos de la ciudad. Halláronlos a todos juntos en la iglesia en un entierro al cual se hallaron presentes sin saber que aquella difunta les mandaba un cáliz en su testamento y vinajeras de plata y otras limosnas; mirábanlos como al toro y ellos estaban como a la vergüenza; especialmente fray Tomás que poco antes había sido allí maltratado. Después los llevaron a la posada y un día en una casa y otro en otra les hacían tantas fiestas que serían largas de contar y ellos también visitaban a algunas personas y todo era tratar de que se fuesen a vivir entre ellos y los hiciesen cristianos, y se dejasen de andar tras los indios. Los frailes ni les respondían sí ni no pero dábanles tales respuestas que los dejaban con el deseo de que la venida se efectuase y se lo importunasen otra vez. En este mismo tiempo, adoleció el alcalde San Pedro de un mal no sé de qué arte, ni él lo sabía, más de que tenía como un adobe el estómago que poco a poco se secaba, sus amigos le decían que era la excomunión y que era bien que se absolviese de ella y aunque no lo podían meter por camino finalmente acabaron con él que se absolviese; pero quería que los frailes lo fuesen a absolver a su casa. Pareció esto al padre vicario mal y como sacrilegio de la iglesia y suyo, y dijo que no, que se fuese a la iglesia a absolver, pero no podían con él y así pasaron días con mensajes de una y otra parte, y avinieron en que fuese a la iglesia; pero a hora que no lo viese nadie. Y por evitar prolijidad en fin se fue a absolver haciendo antes mil protestaciones que no se tenía por descomulgado, sino que como buen cristiano y temeroso de Dios iba a obediencia como hijo de la iglesia. Finalmente se absolvió y pareció convenir así, aunque no sé si podremos aquí en alguna manera decir cual fue la confesión, etc.; después quedó muy amigo de los religiosos y afable con ellos. Estaba a la sazón, la ciudad llena de enemistades que casi no había hombre con hombre y había muchos agravios y males, y casi todo pendía de una enemistad grandísima que había entre el alcalde San Pedro y sus deudos de una parte y García de Mendaño de otra: y fundábase la enemistad en muerte de hombre y otras infinitas pasiones que después sucedieron; y estaba tan envejecido este mal que ni el viso-rey de Méjico, ni la audiencia de Méjico ni la de estos Confines, ni el adelantado Montejo ni su mujer ni el licenciado Rojel, oidor de quien arriba hice mención, ni el señor obispo de Guatemala, ni el obispo de Chiapa habían podido remediar, y estaba tan verde a esta sazón que cada día se esperaban mayores males por tener la vara la una parte que era San Pedro. Estaba la ciudad muy enconada y grandes revueltas y pasiones y prisiones; sobre ella trataron los religiosos de remediar algo y con la gracia que ya iban ganando hicieron muchas cosas; pero todo fue cortar ramas, pero la raíz y el tronco siempre se quedaba entero. Viendo los vecinos la graciosa conversación de los frailes y cómo trataban de su bien, comenzaron a decir que eran muy buenos y siervos de Dios y que Dios hacía gran bien a aquella ciudad si ellos estuviesen allí y que los españoles eran los malos, que lo que los frailes decían era lo que a sus almas convenía y que bien sabían ellos las cosas que habían hecho en las guerras y como eran hechos los esclavos, etc. Con esto comenzaron a tratar de rogarles que tomasen

casa en aquella ciudad y los tuviesen por hijos y entrados en su acuerdo platicaron sobre ello los alcaldes y regidores y enviaron a Del Val y al hermano regidor que era el principal de ellos, y a otro vecino de los más honrados y hicieron una plática muy larga a los religiosos, y pidieron perdón de lo pasado y prometieron enmienda para lo porvenir, y rogaron en nombre de la ciudad que tomaran allí casa, y ofrecieron el sitio a escogencia de los religiosos adonde ahora está; adonde era la Merced, porque los frailes decían que se querían ir de allí a donde mejor les pareciese. Prometieron ayuda para hacer la casa y dieron muchas y muy cumplidas palabras y ofertas al uso de la tierra. El padre vicario les respondió muy bien y perdonó sus yerros y agradeció sus ofertas y aceptó sus ruegos y así se concluyó que tomásemos casa en aquella ciudad. En gran manera se holgaron de ver concluido aquel negocio tan graciosamente y tan a honra de Dios y de la orden. Desde a poco tiempo vinieron allí fray Domingo de Ara y fray Jerónimo de San Vicente, y eran los de Copanaguastla que como supo el padre vicario que andaban cerca de allí visitando, los había enviado a llamar y ellos también cuando supieron lo que estaba hecho se holgaron y dieron gracias a Dios. Después fueron a escoger los sitios y pareciónos bien el que ahora poseemos y allí en nombre de la ciudad nos dieron sitio y solar y el padre vicario tomó luego posesión y levantaron una cruz: es en la falda de un pequeñuelo cerro fuera de la ciudad, aunque bien cerca, de la parte del norte, es muy alegrecito en gran manera y señorea a toda la ciudad y al valle todo, tiene muy hermosas vistas y otras buenas propiedades; pero la principal es que está en comarca de los indios de el valle y así finalmente acuden todos allí a misa: y esto fue lo que principalmente movió a tomar allí este sitio, allende de esperar el agua que se traía para la ciudad que había de pasar por allí, con las demás razones dichas. Después se juntaron todos en la iglesia y hicieron muchas mandas para comenzar a labrar la casa, pero poco o nada se cobró porque la amistad no duró tanto que se pudiese cobrar; porque ellos entendían que el pasarnos allí era hacernos una cosa con ellos y que ya a todos los habíamos de confesar y absolverlos de hecho y por hacer; también entraron en su cabildo y ordenaron que nos diesen diez y seis mil peones de los indios de la tierra para hacer la casa y que gastados aquellos nos darían más. Nosotros porque entendíamos que tratábamos el bien de los indios y veíamos que les iba la vida y la salvación en que aquella casa se hiciese, venimos en ello y pareciéndoles que convenía que luego morásemos entre ellos, rogaron a un vecino que nos diese una casita que él había desamparado junto a la ciudad para que allí morásemos mientras se hacía en el sitio nuevo algo en que pudiésemos vivir, y así nos la dio prestada mientras teníamos otra. Hecho todo esto se fue el padre vicario con los compañeros para Zinacantan, adonde había mandado que viniesen los padres que estaban en Chiapa para que juntos todos celebrasen la fiesta de Todos Santos y comunicasen sobre lo que estaba hecho y sobre lo que convenía hacerse adelante para acierto nuestro y predicación del evangelio.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo LXXXV.

CAPITULO LXIV

De la entrada de nuestros religiosos a vivir en Ciudad Real y misa nueva del padre fray Alonso de Noreña

Empezando Todos Santos envió el padre vicario a fray Tomás de la Torre y a fray Vicente Núñez a la ciudad para que aderezasen la casa de nuestra morada: que porque ya se cayó y no hay memoria de ella me parece justo pintarla aquí, porque nos contentemos con pobres edificios acordándonos de la pobreza grande en que al principio vivimos. Era la casa de horcones y varas, cubiertas con lodo, y encima de paja; estaba ya muy mal parada porque allende de ser la materia ruin, había años que estaba desamparada; tenía un corral a la puerta donde nosotros colgábamos las campanas y este corral se cerraba de noche, aunque las paredes las derribaran a un empujón; tenía una sala y una cámara atajada en la sala; nosotros quitamos el atajo donde hicimos un altar y atajamos con unas verjillas un coro; habría entre las verjas y las gradas del altar seis u ocho pies y así apenas cabíamos todos al rededor del altar; tenía otras dos camarillas, la una hicimos sacristía y la otra celda del sacristán, donde pusimos el reloj y hicimos puertas al propósito; al otro cabo de la sala había una cámara y cerramos la puerta y hicimosla en otra parte, y aunque era bien angosta, con unas tablas podridas atadas con sogas hicimos un atajo para que por allí entrase al dormitorio y lo demás era el refectorio, tan angosto y oscuro que apenas cabíamos en él; tenía la casa otro cuarto en que había una caballeriza y una cocina y dos camarillas que debía de ser despensa y aposento para dormir los indios. Todo esto era muy oscuro y hediondo y negro y lleno de hollín; tenía unos desvanes encima de palos con mucho barro por cima y como ya estaba todo podrido no cesaba de caer basura de encima, y aun temíamos que se había de caer y tomarnos debajo. Todas estas piezas tenían la puerta a aquel corral que dije que tenía a la puerta; pero los aposentadores la cerraron y por dentro abrieron puertas de una pieza en otra y por aquel tránsito del refectorio se mandaban todas; allí se hizo el dormitorio, el más triste y pobre que se puede imaginar, bien creo que en muchos grados estaba en la pobreza que nuestro padre santo Domingo y san Francisco tuvieron y nos encomendaron. Las celdas se dividían del dormitorio y unas de otras con unas varas excepto los tabiques que antes se estaban entre pieza y pieza: encendida la candela en una celda estaban las otras claras, a lo menos las que caían en una de aquellas piezas; estaban obligados a estar en las celdas muy disciplinados porque no había lugar secreto: todo lo veían cuantos pasaban, las puertas eran una esterilla, las ventanas un agujero al campo, las puertas de la ventana otra esterilla; aquí se hicieron diez celdas, al establo cayeron tres que fueron de fray Tomás de la Torre y fray Domingo de Ara y de fray Jerónimo de San Vicente, y aunque sacaron lo que parecía del estiércol pero hedía tanto que al cabo de algunos días tornó a cavar fray Tomás la suya y sacó diez y ocho cargas de estiércol de sola su celda; los demás padres tenían el estiércol encima, especialmente los de cocina porque había mucho hollín que les caía

encima; tenía también nuestra casa a las espaldas un corral de puercos, y aquel mandó la justicia que viniese un día toda la gente del mercado que lo limpió y aquel sirvió para claustro. Allí hicieron una puerta al campo que era portería y allí negociaban los seglares todo lo que venían a hablarnos y los indios por allí iban también al coro y allí nos sentábamos para ir a comer y allí hablábamos unos con los otros. Había en este corral unas chozas donde se recogían los puercos, limpiáronlas los frailes e hicieron tres atajos, uno para cocina y otro para procuración o despensa, otro para leña y baratijas de casa y a un lado hicieron unas secretillas. Este fue nuestro primer monasterio donde moramos en la Ciudad Real de Chiapa y aunque pobre y ruin estábamos muy contentos en él, y no se nos alzaba el corazón a más y creo sin duda estuvo rico de oraciones y suspiros y de buenas obras que en él se hicieron con mucho silencio y recogimiento, tanto, sin mentir, como en los monasterios dorados y de muy altas cercas. Antes que viniesen los religiosos, vino casi toda la gente de la ciudad al verlo, los hombres y muchas mujeres y holgábanse de verlo como lo habíamos concertado a modo de monasterio y espantábanse como habíamos de poder dormir en aquellas camas y vivir en aquella casa y en todo se edificaban mucho. Después que estuvo aderezado todo y puestas cerraduras en las puertas que salían fuera, comenzaron a traer el hato que teníamos en Zinacantan y en Chiapa y Copanaguastla que no quedó cosa allá después: un día o dos antes que vinieran los frailes, vino el padre vicario a ver la casa y holgóse de verla tan bien trazada y repartida y enmendó lo que no le contentó. Entre tanto habían vuelto a Chiapa y Copanaguastla los religiosos para enviar lo que por allá estaba y a dar razón a los indios de lo que se hacía; pero los indios como no lo entendían bien lloraban en gran manera, viendo a su parecer que los desamparábamos y que nos íbamos a la ciudad, porque creían ellos que nos haríamos con los españoles y que no habíamos de volver por ellos sino que los habíamos de olvidar; y los españoles lo creían así y pensaban que aquella mudanza había de ser en las opiniones también y que luego los habíamos de confesar a todos con la disposición que se tenían: y así nos ayudaban con toda alegría y mostraban gran contento de nuestra venida a aquella ciudad. Los religiosos después que consolaron a los indios de los pueblos y enviaron el hato, viniéronse todos para Zinacantan para venir todos juntos a la ciudad; y el padre vicario después que dejó la casa concertada, también se fue para venir con los religiosos. Hasta entonces aun no había cantado misa fray Alonso de Noreña; y así para que nuestra entrada en la ciudad fuese más célebre y la gente de la ciudad se consolase más, acordó el padre vicario que a la entrada cantase misa, y así quedó todo concertado a este propósito.¹⁾

Sábado 13 de noviembre de 1546, andando casi en acabanza del segundo año de nuestra venida a estas tierras, entramos en la ciudad de Ciudad Real de Chiapa y sabiendo que venían los religiosos, tañeron las campanas los del nuevo monasterio y toda la ciudad, y con los dos religiosos que allí estaban salió toda la ciudad en procesión fuera de casa a recibirlos. Venían ellos en procesión cantando la letanía y a la puerta

1) Aquí concluye el capítulo LXXXVI.

cantaron la salve y después entraron con una antifona de nuestro padre y así se feneció el recibimiento con mucho regocijo y alegría de toda la ciudad, y en dando de beber a los religiosos que venían muy cansados, dijeron las vísperas de la misa nueva con toda la solemnidad que fue posible, y el día siguiente se cantó la misa con grande alegría de todo el pueblo. Fray Tomás de la Torre fue el padrino y fray Alonso de Villalba predicó y los vecinos dieron muchas limosnas y enviaron muchos presentes y nosotros dábamos muchas gracias al señor por ver fenecidas tantas contiendas y rogábamos a Dios nos conservase con ellos en paz. A la sazón el padre provisor de la Merced ya era ido de la ciudad y les había venido otro comendador nuevo de España y allende de estar ellos desganaos allí porque no tenían ya las limosnas y aprovechamientos que solían, nuestra venida les acabó de desgana y el prelado nos mostró luego desgracia y desamor, y deseando nosotros tenerlo con ellos, envió el padre vicario a fray Tomás de la Torre a la Merced a convidarlos a la misa nueva; pero enviábnos mozuelos y aun de mala gana, y al cabo por fuerza casi hubo de venir a misa y a comer. Después díjole a solas el padre vicario que le parecía que no podía usar el oficio de cura de que usaba pues el obispo no se lo había dado ni quien su poder hubiese, y de aquí tomó ocasión a salirse de casa enojado y echando chispas y así nunca entraron en juego con nosotros: el padre vicario le prometía no tomar limosna de español ninguno ni admitir en casa cosa que le perjudicase y no bastó; nada de esto había acontecido con el viejo fray Marcos, comendador pasado, que queriéndose él ir de aquella tierra con sus frailes, nos importunó muchas veces que nos pasásemos a la ciudad y nos daba la casa con todas las alhajas de servicio que en ella había. Este otro padre muy de otra manera se hubo con nosotros sin por qué, pareciéndole que en nuestra presencia tendría poca medra con los indios y que nadie acudiría a su casa; y no se engañaba porque como no se aplicaban a saber lengua y doctrinar, no les tenían amor los indios; y así determinó irse de aquella ciudad con toda su gente y desde pocos días lo efectuaron así. En la iglesia mayor no había a la sazón sino un padre clérigo, que se llamaba Galiano, de quien arriba hicimos mención, y éste no trataba de otra cosa sino de bautizar los niños y decir misa, porque para solo esto lo había el señor obispo enviado con facultad; y como en la Merced no trataban mucho de lo que nosotros y poco más que decir misa hacían, y en la iglesia mayor no había quien hiciese nada, nuestra casa era la frecuentada, así de indios como de españoles, porque había muchas misas y las horas se decían con mucha devoción y exactísimamente a sus tiempos. Tenían los españoles cada domingo y fiesta, sermón, y holgábanse mucho con el concierto que nuestra campana les hacía tener de noche y de día, y nosotros les declaramos en un sermón a qué se tañía la campana tantas veces porque ya a ellos se les había olvidado y muchos de ellos eran de donde no había monasterio. Los indios acudían todos allí y se les predicaba en mejicano y en las tres lenguas de las tres provincias de esta tierra que era para alabar a Dios ver en un día sermón en cuatro lenguas sin la española; donde a pocos días envió el padre vicario a los religiosos a visitar la tierra y otros quedaron allí sustentando a los que iban fuera y doctrinando a muchos de todas partes. Allí acudían y así hasta el día

de hoy hay sermón en dos lenguas, que es en la mejicana y en la de los quevenes, que son los naturales de la provincia donde la ciudad y nuestra casa caen, y entre tanto se trazó la casa en el lugar donde se había de hacer y andaba gente haciendo zanjas y acarreando piedra para el edificio. En este tiempo había una gravísima enemistad y antiquísima entre los principales de la ciudad, como arriba dijimos, que jamás nadie había podido pacificar; y asentados los religiosos encomendaron el negocio fervientísimamente a nuestro señor y comenzaron a tratar de las paces por vía de las mujeres de los enemistados, y nuestro señor lo trajo todo a tal consolación que la víspera de santa Catarina mártir le dio fin el padre vicario; y espantándose y admirándose entre ambas las partes, los trajimos todos a la iglesia mayor y les hicimos abrazarse tan de corazón que conservaron la amistad estrechísimamente hasta la muerte, que ya el día de hoy los principales de ellos son muertos, y aquel día se concluyeron todas las enemistades del pueblo y se perdonaron los unos a los otros y se rasgaron escrituras y procesos y cartas que se enviaban a la audiencia real de Gracias a Dios sobre desventuras que de aquella mala raíz nacían. Y así volvieron muy de noche los frailes al convento y ellos y toda la ciudad estuvo en gran alegría y aquel día de santa Catarina y aquel domingo de adviento se hicieron grandes regocijos en la ciudad y así traían por refrán, *haced mal a quien quisiéredes, que allí están los frailes que os hagan luego amigos*, porque cierto nos tenían en gran veneración y cuanto mayor era la pobreza del monasterio más crecía la reverencia que les tenían, y con razón porque en todo se les daba muy buen ejemplo; los religiosos estaban muy consolados de ver el gran fruto que se hacía. Para pascua de navidad vinieron todos de las visitas y halláronse todos juntos y parecíales que se estaban en Castilla y que tenían juntamente a Castilla y a las Indias y que de todo gozaban a veces los religiosos; y estaban alegres por ver que Dios había traído a efecto aquel modo de vivir que de Castilla traían pensado, y de todos los padres mayores de ella muy encomendado; y cierto no hay otro modo de doctrinar a estas gentes y conservar la fe los doctrinados sino éste, y la experiencia nos muestra cuán bueno es este modo porque los religiosos se conservan en bondad y disciplina, y es saludable para sus almas y para sus cuerpos: y en otros religiosos que no lo han hecho así, lo hemos visto y el día de hoy lo vemos cuánto lo yerran y los que algo bien sienten entre ellos, la vejación les ha dado entendimiento.¹⁾

CAPITULO LXV

Pónese la primera piedra de la iglesia de Ciudad Real por el ilustrísimo señor Marroquín y elígese nuevo prelado

Cuanto el año pasado de cuarenta y cinco acabó fatal y triste con los disgustos y enemistades prosiguiéndose en todo el de 46, quiso la misericordia divina que cuando menos se esperaba el sosiego, en la guerra del glorioso arcángel san Miguel quedase rendido y postrado aquel dragón

¹⁾ Aquí concluye el capítulo LXXXVII.

infernál, enemigo de toda paz, para que no solo quedase la paz establecida entre los vecinos de la ciudad y los religiosos, sino los vecinos entre sí con tan envejecidas enemistades, manifestándose claramente que ese día ató el glorioso arcángel, aquella sierpe, como dice san Juan en su Apocalipsis, y que así acabase aqúese año dando principio a este de 47 en toda paz, y con la felicidad que se les entró por las puertas de aquel establo a aquellos pobres, del benignísimo pastor que de vuelta de la junta de Méjico pasó a honrar con sus favores y cariños a aquellos pobres que tan deshonorados e infamados se habían visto, y así prosigue la historia de fray Tomás de la Torre de esta forma:

“Como los obispos son en estas tierras tan pocos y están tan lejos los unos de los otros, porque son largas las provincias que tienen a cargo, son muy deseados en todas partes por la necesidad que de ellos hay. Fue pues nuestro señor servido, que acabado el concilio y junta de los señores obispos que en Méjico se hizo, que el señor obispo de Guatemala don Francisco Marroquín volviéndose a su obispado, hiciese su camino por Chiapa y viniese a tener allí la pascua de navidad y estando allí nos visitó muchas veces y consoló con sus humanísimas palabras, porque es hombre de grande humildad y caridad; y bendijo y consagró aras y todo lo que hubimos menester y después bendijo el nuevo sitio nuestro y asentó la primera piedra fundamental y bendijo la iglesia y cementerio y dijo él allí la misa mayor con gran solemnidad. Esto todo se hizo domingo en las octavas de los reyes a nueve de enero del año de 1547. Con aquello apretamos más en el edificio y nos dábamos gran prisa a juntar piedra, e hicimos una gran choza que acá llaman *rancho* los españoles. Era de horcones y paja por cima y allí dormían los indios que andaban en la obra. El señor obispo nos encomendó mucho a los españoles, y fue parte para que por algunos años se nos hiciesen algunas limosnas de trigo y vino, como por descargo de las conciencias de algunos españoles, cuyos pueblos visitábamos y doctrinábamos. Después poco a poco se cayó todo. También el señor obispo era muy conocido de los indios de esta provincia, porque solía ser de su obispado antes que en Chiapa hubiese obispo, y así se les mandó que nos hiciesen limosnas; y como más diestro en la tierra enseñó lo que cada uno había de hacer, porque aun entonces no nos atrevíamos nosotros a pedir nada a los indios; después de todo esto el señor obispo de Guatemala se fue para su obispado y lo ordenado hubo poco o ningún efecto.¹⁾

“Hasta este tiempo aun nos estábamos con nuestro vicario que traíamos de Castilla, de la manera que ya hemos dicho, porque aunque a fray Vicente Calvo sucedió en la vicaría de las Indias el que le sucedió en el provincialazgo de la Andalucía; pero nosotros nos venimos con decir que nos dio prelado cuando nos lo pudo dar, y que aun no nos constaba evidentemente que había acabado su oficio; pero como ya él no usaba de él cuando nosotros salimos de Sevilla y después había muerto el general que a él le dio el cargo, y había habido capítulo general y habían pasado sobre todo esto tantos tiempos, ya más escrúpulos teníamos de tenerlo por prelado al padre fray Tomás que no dejarlo de tener; y él

1) Aquí concluye el capítulo LXXXVIII.

estaba en gran manera penado por ver que no hallaba cómo salirse de aquella carga. Viendo pues todas estas cosas determinamos de que era escrúpulo y sinrazón; pareciónos mejor elegir otro prelado, y así los tres más antiguos eligieron al padre fray Domingo de Ara por razones que hubo para ello, y el padre fray Tomás Casillas para mayor cautela dióle, si algún poder tenía para más autoridad y él quedó descargado y descansado de grandes angustias que padeció por haber tenido el cargo por caminos tan largos y trabajosos y por haber venido con tantos frailes a tierras tan nuevas y donde tantas angustias y persecuciones se nos ofrecieron, y tantas enfermedades, sin tener la orden casa ni lugar donde regalase a un enfermo doliente. El en fin quedó brumado y antes de tiempo viejo; pero creo cierto que con grandes méritos delante de nuestro señor, y pienso que le tomó nuestro señor por medio para tanto bien como en esta tierra se ha hecho; y quizá si en él no se conservara, ni los religiosos perseveraran en la tierra, de tantos trabajos como a los principios padecimos. Esto todo se hizo domingo a 16 de enero de 1547. Fray Domingo de-Ara derramó tantas lágrimas porque no lo hiciesen vicario, que en parte le habíamos lástima y en parte nos reíamos por oír las plegarias que nos hacía porque no lo eligiésemos, pero convino que se hiciese así. Esto se hizo para suplir la falta presente de prelado y porque el padre provincial no conocía a muchos de nosotros, ni quería tampoco tener cargo de nosotros por estar tan lejos de Méjico, por lo cual muchos días había que había quitado al padre fray Tomás Casillas el cargo que le había dado, diciendo que él no entendía el cargo o poder del padre fray Tomás, que si lo tenía bastante del general que lo tuviese y que si de él lo queríamos que nós aclarásemos. Acordamos de suplicarle todos que pues por acá no teníamos certidumbre que nos tuviese por de aquella provincia, a la cual de *jure* pertenecíamos y que nos diese prelado y para significarle nuestra voluntad y deseo y darle noticia de los religiosos de acá, elegimos a manera de elección canónica por nuestro prelado unánimemente a fray Tomás de la Torre, suplicando al padre provincial que tuviese por bien de nos lo dar por prelado. Mucho pesó a fray Tomás de esta elección, porque los cargos en estas tierras son muy trabajosos, que es menester ser muy perfectos en caridad para desearlos; pero convino prestarle paciencia. Esta elección se hizo a 17 de enero del sobre dicho año. Escritas las cartas y concluido lo que se había de hacer y enviado a Méjico el padre vicario fray Domingo de Ara envió los despachos a Méjico que dista de la ciudad de Sacatlan 200 leguas y gran parte de ello es despoblado y así es camino muy trabajoso. Entre tanto que venía respuesta envió los religiosos a las visitas por todas las provincias y al padre fray Tomás Casillas envió con el padre fray Alonso de Villalba a la provincia de los Zoques y al padre fray Tomás de la Torre y fray Pedro de la Cruz envió a Zinacantan y su provincia; a fray Jerónimo de San Vicente y a fray Alonso del Portillo envió a tierra de Copanaguastla, a fray Pedro Calvo y a fray Diego Calderón envió a Chiapa que solos sabían aquella lengua; el padre vicario con fray Vicente Núñez y fray Pedro Mártir en Sacatlan. Y porque ya arriba habemos dicho lo que en estas visitas se hace

y padece, no hay al presente para qué repetirlo; solamente digo que quien no quisiere creer que los trabajos son grandes y el fruto mayor, que venga y lo experimente. Lo ordinario es dos sermones al día, ayunar sin excepción, enjugar muchas veces la túnica en el cuerpo cada día, en dos leguas o tres y a las veces cuatro; y decir misa, porque esta habiendo pueblo, jamás la dejamos de decir. Una cosa sola quiero contar que acaeció a fray Tomás de la Torre y a fray Pedro de la Cruz porque he oído que pocos semejantes acaeciesen en lo de Méjico, que por estas tierras nuevas ha acaecido; y es que de Zinacantan fueron a un pueblo que se llama Chamula y allí acordaron que fray Pedro quedase allí y fray Tomás fuese a otro, que estaba un cuarto de legua de allí cada día a predicar para que se hiciese más fruto y así se hacía, que cada día iba fray Tomás a aquel pueblo que se llama Analco, y predicaba dos sermones y a la tarde se volvía y fray Pedro hacía lo mismo. En estos dos pueblos no había casi ninguno bautizado, solo los caciques y algunos principales eran cristianos de paz ¹⁾ sin ninguna doctrina ni conocimiento de Dios, y acordaron de ir entre ambos por un mismo camino y preguntáronles si querían ser cristianos y volver sus corazones para Dios su creador, respondieron bien diciendo que les dijeran toda la historia de la cristiandad y todo lo que habían de creer y hacer y que después dirían si querían ser cristianos. Holgaron mucho de esto los religiosos por ver que salía de los indios lo que ellos así como así habían de hacer. Predicáronles muchos días todo el suceso de la santa fe hasta concluir en el juicio final; después dijeron cada uno en su pueblo que el que quisiese ser cristiano que lo viniese a pedir y en Analco vinieron tres o cuatro personas y fray Tomás las pasó en memoria para que a su tiempo se bautizasen: en Chamula no hubo hombre que respondiese ni quisiese. Espantado fray Pedro empezó a preguntar en particular si querían bautizarse y preguntándolo a un viejo, dijo: *toc moctan*, que quiere decir: *muy de veras no quiero*, y así respondieron los demás. Muy en particular vino un viejo veces a pedir el bautismo que a cabo de muchos días se bautizó y se llamó José y salió buen hombre, a cabo de días se fueron de aquellos pueblos rogando a Dios que los alumbrase y en parte desconsolados y en parte confiados que en aquel pueblo se había de hacer gran fruto y recibirse la fe por camino derecho y fueron con propósito de ayudarlos a su salvación en cuanto pudiesen; y ha sido el señor servido que se ha hecho tanto fruto que uno de los pueblos que hoy tiene lustre es él, porque se le juntó Analco y otro pueblezuelo su sujeto y se han pulido tanto en todo, que nos es gran consuelo, pues hoy ya en él son pocos los que no están bautizados y casados, y en todo parece pueblo de cristiandad, y de ello tenemos ya en ello muchas muestras. Muchas palabras no bastarían para contar los grandes trabajos que el santo padre vicario y sus compañeros pasaron; el padre vicario en predicar infatigablemente a los indios, los compañeros en allegar materiales en la obra, y en los niños que allí aprendían costumbres y cristiandad: a la doctrina de los indios añadió el padre vicario predicar a los españoles los domingos la cuaresma, y aun entre semana; y fray Vicente puestos sus niños

1) *pez*, en original

en concierto iba al corral de los bueyes, un cuarto de legua de casa y uncíalos porque los indios no sabían ni osaban, y a veces iba hasta donde se traía la piedra y la ayudaba a cargar y cuando oía la campana de misa volvía muerto a decir u a officiar la misa mayor, porque él y los niños solos la cantaban: sin duda padecieron grandes trabajos de que esperan grandes coronas de la mano del Señor por quien los padecían, porque allí se hiciese casa para su gloria y para la doctrina de estas pobres gentes. Mientras estas cosas se hacían los mensajeros fueron al padre provincial y alcanzáronlo más de cincuenta leguas de esta parte de Méjico el cual de buena gana hizo todo lo que le enviábamos a pedir y para todo envió largos despachos; y aunque vinieron antes de mediada cuaresma, no los envió el padre fray Tomás, sino por su ruego se estuvo todo así hasta que para el domingo de ramos nos juntáramos todos en el convento aunque con harta fatiga de fray Domingo de Ara se hizo la dilación.¹⁾

Sábado de Ramos a dos de abril del año de 47 nos juntamos todos en la ciudad a celebrar las fiestas siguientes y en llegando el padre fray Domingo echó de sí la carga y cargo de los religiosos y dio al padre fray Tomás de la Torre los despachos del padre provincial y así entró en el trabajo del oficio. Enviónos también a decir el padre provincial cómo fray Francisco de la Cerda, provincial de la Andalucía, era vicario de las Indias y nunca lo fue fray Vicente Calvo desde que salió de Provincial de la Andalucía, en que nos declaraba aquello mismo; conviene a saber, cómo él era Vicario General de estas partes para que a él acudiésemos con lo que se ofreciese. Es también de saber que hasta cerca de semana santa siempre anduvieron indios en la obra de nuestra casa por el mandamiento que los alcaldes dieron, como ya queda dicho; pero venido el tiempo de las confesiones, comenzaron los españoles a importunar al padre fray Domingo de Ara que los confesase. El les respondió que la ley de Dios no se había mudado y que él en la disposición en que estaban no se atrevía a confesarlos, que venido el nuevo vicario le hablarían y él quizá daría en ello algún medio. Como ellos entendiesen cual fuera el medio que fray Tomás les diese, tentaron al clérigo Galiano que solo estaba en la ciudad, porque los de la Merced ya eran idos: respondiéndoles que no podía confesarlos, requeríanlo con la bula y decíanle que no obedecía al papa. El andaba cierto turbado porque sabía poquito y a las veces pedía plazo para responder y acudía a nosotros, otras veces se defendía lo mejor que podía diciendo no lo echasen en poder de los frailes y del obispo, que perdería lo que había ganado, aunque esto dicen que lo decía secretamente y quizá se lo levantaban, porque en público no respondía sino que no podía confesar sino conforme a las reglas y doctrinas de su prelado. Como aquello vieron comenzaron a apretar más a fray Domingo y él con harta angustia que le daban, se escapaba de ellos lo mejor que podía, porque en viendo que le venían a hacer un requerimiento se le juntaba el cielo con la tierra y quisiera más diez calenturas, porque no había de hacer lo que le requerían, y angustiábase en responderles. Como esto

1) Aquí concluye el capítulo LXXXIX.

vieron, comenzóseles a entibiar la devoción que nos mostraban y dejar de hacernos limosnas y pensando por allí hacer algo juntó cabildo el alcalde Orduña y según nos refirieron dijo a los del cabildo: Señores yo fui en que esta santa casa de Santo Domingo se comenzase y que los naturales la hiciesen, pero el padre vicario me ha enchido de escrúpulos y con razón, porque él nos predica el meollo de la escritura; paréceme que no es bien que los indios hagan esta casa por nuestro mandado"; y acabado el cabildo luego enviaron a mandar a los indios que se fueran a sus casas y que no trabajasen más y así cesó la obra; pero era esto para nosotros como un coco de niños porque aunque nos aserraran, no los confesáramos en la disposición que entonces tenían, y así no les hablamos más sobre ello que fue para ellos mayor afrenta que la que ellos nos hicieron en quitarnos la ayuda que los indios nos hacían; muy debida, no porque lo mandaban los alcaldes, sino por lo mucho que a ellos les iba en que la casa se hiciese. Cuando el padre fray Tomás venía el sábado de Ramos salió al camino un hombre a lo que sospecha echadizo, diciendo como todos esperaban su venida para confesarse y que si no les hacía confesar que temía que habría algunos ruidos y escándalos. El les respondió que no estaban en disposición para confesarse, que si por aquello había escándalo que ya en el evangelio estaba declarado el caso lo que en semejantes escándalos se había de hacer; y como después supieron que ya el padre fray Tomás era vicario, fue allá un vecino familiar de casa diciendo que si no los confesábamos, ni la casa se haría, ni nos darían vino, ni pan, ni cosa necesaria y otras amenazas de esta suerte. Respondióles el padre vicario que nosotros abundaríamos y ellos padecerían necesidades y que el trigo que nos dejasen de dar había de ser gorgojo para lo otro y que el pan que nos dejasen de dar, había de ser levadura para acedar el otro, y que sin quererlo dar ellos, nos lo daría Dios de sus mismas casas, y que pasada la pascua él haría venir 200 indios a la obra de Dios y ellos no lo pudiesen estorbar aunque quisiesen: con esta respuesta se dio fin a las amenazas. Como el padre vicario vio que nadie de los alcaldes ni regidores ni otros semejantes vino a visitarlo a él ni a nadie, como solían, temió que estaban de mal arte y mandó a todos los religiosos que en materia de confesión no hablasen con nadie, ni respondiesen a nadie sino que si alguno les hablase de aquellos, lo remitiesen a él y determinaron hacer lo mejor que pudiesen los santos oficios, sin tener cuenta con la disposición que el pueblo mostraba, y así se hizo. El domingo de ramos vinieron unos pocos españoles a misa a casa y como los indios fueron a tomar ramos, parecióles que se habían descortésmente con ellos y comenzó uno de ellos a herir a los indios a palos muy mal, mientras el evangelio y fue tanto el ruido, que un religioso se hubo de asomar a la puerta del coro y rogarles que no hiciesen tal ruido ni los maltratasen, siquiera porque eran nuevos cristianos y tuvo del brazo al que los hería. Entonces todos los españoles se salieron de nuestra iglesia y se fueron a la iglesia mayor y aunque ellos iban muy ceñudos a nosotros nos dejaron en paz. Acabados los divinos oficios con solos los indios luego vieron en la iglesia mayor que había acaecido algo en el monasterio y acabada la misa preguntáronles que qué había acaecido; y contando ellos el caso,

afearon algunos las palabras del fraile, diciendo que decilles: ¡Señores paso! Había sido de decilles majaderos: porque no les había de decir *Señores sino Caballeros*; otros decían que le eran en cargo pues dijo: ¡Ya vuestras mercedes son cristianos! Porque no los trataban los frailes a ellos como cristianos pues no los confesaban, otros afeaban mucho la cobardía de aquel vecino muy afrentado de aquel fraile porque le había asido de la mano porque no diese a los indios. Tales estaban entonces aquellos señores españoles y apóstoles de estas tierras, mirar en cuanto peligro vivimos entre ellos, ellos quisieran poder no venir a nuestra casa aquella semana; pero como los oficios se hacían bien en nuestra casa y en la iglesia no había más de un clérigo y son en fin cristianos, hubieron de venir todos toda aquella semana a los oficios y nosotros procuramos de los hacer bien y no atravesar en nada con ellos; y ellos aunque enojados pero confusos y convencidos, cumplieron la palabra del padre vicario y enviaron tantas limosnas aquella pascua que en otras dos ciudades de las Indias no dan tanto en seis años, pienso que fueron siete o nueve las botijas de vino que enviaron, que es gran presente en esta tierra, y muchas gallinas y pescados y fruta de sartén y de azúcar, tortas de mazapanes con huevo de azúcar encima, tan bien hecho todo que se envió a otra ciudad por presente a un obispo. Finalmente los señores españoles lo hicieron tan magníficamente cuanto nosotros escasamente en darles los sacramentos porque solos muchachos y aun no todos y una mujer casada pobre se confesaron aquel año en nuestra casa. La mañana de la resurrección vinieron todos a la procesión, aunque fueron corridos porque no les predicamos, que creyendo que no viniera nadie no estaba proveído el sermón, y aunque sea gracia, contaré lo que aquella mañana acaeció. Acabada la fiesta llegó el alcalde de los escrúpulos al padre vicario y dijóle que le echase la bendición al cordero pascual que se iban almorzar, pues no les daban el sacramento, que era el cordero figurado. Respondió el padre vicario: ¡Este cordero hase de comer, Señor, si somos ceñidos, y vosotros queréis andar anchos y a placer, no os queréis estrechar en nada, y así no podéis comer de este cordero! Estándose riendo de la respuesta llegó fray Tomás de las Casillas y comenzó el alcalde a referir la plática; diciendo decía al padre vicario que nos íbamos a almorzar el cordero pues no nos dais del otro cordero, que es el sacramento, dijo fray Tomás: Este cordero, Señor, hase de comer con lechugas amargas y vosotros queréislo todo sabroso y a contento y así no podéis comer de él. Como el alcalde vio las respuestas. Todos, dice, estáis a una. Y salióse riendo, como debía ir llorando; pero así es esta tierra que todo se concluye con regocijos. Pasadas las pascuas no había más memorias de las confesiones que si a todos los hubiéramos confesado, luego éramos todos amigos y así fue entonces que pasada la pascua luego el alcalde nos vino a pedir perdón de lo pasado y vino gente a traer piedra y ellos continuaron sus limosnas, como antes lo solían hacer, aunque duró poco.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XC.

CAPÍTULO LXVI

De cómo los religiosos de Guatemala y Chiapa fueron al capítulo provincial de Méjico, y de lo que en el camino y allá sucedió

Cuando el padre provincial envió la confirmación de vicario, escribiéndonos también que le parecía bien que fuesen dos religiosos al capítulo que era al fin del mes de agosto siguiente, para que allí se diese asiento a las cosas que tocaban a la orden y regimiento de acá, y pareciéndonos a todos bien y acordamos todos que fuese el padre vicario, aunque él no era el más recio para un trabajo tan grande; en fin, conformándose con el querer de todos determinó de ir, y con él fray Jerónimo de San Vicente, y dejando el cargo de los religiosos a fray Domingo de Ara, tomaron su camino con tanto sentimiento de sus hermanos como si nunca más se hubieran de ver. Fueron a pie con ser casi 200 leguas de camino y mucho de ellas despoblado, porque en saliendo de Chiapa había seis jornadas despobladas y adelante había también otros despoblados, aunque no tan grandes, y ahora se han puesto pueblos algunos en los caminos. Y aunque en este camino les acaecieron cosas muy más de notar que las que atrás se han dicho, pero no se contarán sino pocas muy en general y brevemente, porque las pasadas escribíanse el mismo día que acaecían o poco después, y había salud y tiempo para todo; pero lo que se sigue ha algunos días que acaeció y el que lo escribe tiene tan poca salud, que así en esto de este viaje, como en todo lo demás, le es forzado a ser breve. Fueron, pues, a pie hasta Méjico, salieron de Chiapa a 3 de mayo de 1547 y fueron con ellos tres mancebos indios y aun los señores de Zinacantan enviaron con ellos *tlamemes* que les llevasen el hato hasta Oajaca: que estaba tan viva aquella peste de los *tlamemes* entonces, que no se tenía esto en nada, aunque los religiosos no les daban cargas pesadas y tenían gran cuidado de les dar de comer. Parecía a los seglares gran desatino ir a pie tan largo camino y al tiempo que entraban las aguas y a pie sin matalotaje de carne; y así García de Avendaño les envió al camino unos pernils de tocino muy bien aderezado y el uno cocido en vino; pero ellos no los comieron, antes aquello daban a los *tlamemes* y ellos padecían necesidad. Dióles un hombre un poco de pescado seco y aquello comían y a las veces con grande horror por el mal olor de ello y por el gran calor que hacía. Llevaban también un ornamento para decir misa por el despoblado y aun por los pueblos porque aun entonces no les había en las iglesias y llevaban un cáliz que pesaría hasta dos marcos, con intención de hacer una custodia sobre él para el santísimo sacramento porque para ella les dio Tristán Abrego, diez pesos o doce. No llegaba nuestra codicia a más ricos cáliz ni ornamentos en aquel tiempo, y aun la custodia vive hoy y no nos pesa de verla para acordarnos de nuestra pobreza. Llevaron 40 pesos que cuando veníamos de Castilla nos dieron en Tabasco y otros 20 que en dos años pasados habíamos entre todos ¹⁾ allegado, y cierto no teníamos más, ni eran más, ni creo habíamos gastado otros tantos, ni aun cinco después que estábamos en Chiapa: que yo sepa ni me acuerde; y parecíanles que

1) dos, en orig.

llevaban tan gran tesoro y iban tan sobresaltados, que dando al provincial de Méjico parte de ello, usaron de tanto secreto y ceremonias, que dio ocasión de risa al provincial. Pues de sus túnicas y ropa que llevaban, no quiero decir nada, porque ya no se entenderá bien con la abundancia presente, aunque, ¡loores al señor!, hay más pobreza que en otras provincias. No quiero contar otra menudencia de su viaje hasta Oajaca, más de que les tomó la ascensión en el camino, junto a un río que llaman el río Hondo, porque está en una gran barranca entre Teguantepeque y Oajaca y la celebraron allí con gran devoción, y esperando con la misa algún tanto por que la pudiesen oír algunos caminantes que pasaban, acaeció que entre los demás vinieron muchos mancebos cantores de hacia Méjico, que traían libros de canto, los cuales oficiaron la misa con gran solemnidad y así los consoló nuestro señor porque sabe su piedad consolar a los que le sirven y honran. Después dijeron entre ambos nona, parte de ella, cantada, acordándose que a aquella hora subió al cielo el redentor y después prosiguieron su camino por aquellos despoblados. Llegamos a la ciudad de Oajaca, adonde hay casa de la orden, hallaron cinco religiosos y los tres de su casa de Salamanca amigos y conocidos, uno de los cuales era allí el vicario, llamado fray Bernardo de Alburquerque, que después fue provincial de aquella provincia, y ahora obispo de Oajaca. Fueron bien recibidos y apiadados de ellos, y aunque padecían ellos allí mucha pobreza y necesidad, hiciéronles tantas caridades que serían largas de contar: diéronles sus túnicas, que ellos enviaron luego a sus compañeros que quedaban en Chiapa que las habían mucho menester, diéronles un frontal de paño blanco y negro y una sartén que luego enviaron a los padres fray Tomás Casillas y fray Alonso de Villalba, porque ellos andaban por tierra más áspera, para que en Tecpatan tuviesen en qué guisar cuando allí volvieran, acabada la visita de los pueblos de esta provincia, y no fue tenida en poco; otras cosas les dieron muchas, y allí comenzaron a entender la caridad y amor de los frailes de esta tierra, que cierto eran muy evangélicos en esto y aun todavía dura esta caridad. ¡Dios la conserve! De ella haremos un capítulo más especial adelante, porque si cayere del todo, como ha comenzado a caer, sepan lo que al principio había. En aquella sazón, entró satanás en unos indios de aquella provincia y apostataron de la fe y dijeron haber parecido un nuevo Dios y cundió aquella lepra por muchos pueblos y llegó aquí: armados venían a destruir la ciudad de Oajaca. Los religiosos estaban contentos de ver que no estaba aquella desventura en los pueblos que ellos doctrinaban, sino en otros en que había poco conocimiento de Dios; parecióles que fuesen por los pueblos a sustentarlos y confirmarlos en la fe y rogaron a nuestros hermanos que les ayudasen; ellos se ofrecieron a ello y a dejar la ida al capítulo, y así estuvieron en un pueblo días ayudando con la palabra de Dios a aquellos pobres, aunque después les pareció que podían proseguir su camino, y así lo hicieron. El nublado se deshizo de esta manera, que estando los ejércitos de los indios y de los españoles para romper, fueron un clérigo y un fraile o dos en ligeros caballos hacia los indios y llamando a dos señores mancebos que ellos conocían, ellos vinieron y dejando las armas se acercaron hasta poderse bien oír los unos y los otros y los padres les abrieron los ojos con sus santas palabras y les prometieron perdón si dejasen lo

comenzado. Ellos pidieron dos mancebos que iban con los padres, para que como de su parte hablasen a los demás viejos y principales que estaban en el ejército; diéronselos los padres y después que platicaron entre sí, enviáronselos a los demás, los cuales los mataron luego y sintieron tanto esta injuria los dos señores que los recibieron en su fe y palabra, que luego se apartaron de los demás y se fueron a sus pueblos con su gente; y así, se deshizo aquel tan gran mal que estaba comenzando. Decíales el que los traía engañados que tenía al nuevo dios en una petaca y que no se lo había de mostrar hasta que estuvieran en la plaza de Oajaca, vencidos ya los españoles. Con nuestros hermanos llegaron fray Diego Hernández y fray Juan de Torres de Guatemala que iban a capítulo con la misma demanda y así fueron desde allí juntos. Este padre fray Juan de Torres tomó el hábito en estas tierras y había hecho mucho entre los indios y sabía seis o siete lenguas, que era cierto ver la maravilla con que fácilmente las aprendía y la destreza con que de ellas usaba; díjome él que en comenzando una lengua se hacía tanto con ella que aun no oraba sino por vocablos de aquella lengua. Hizo éste mucho en Guatemala y en las provincias de la Verapaz. Tomaron, pues, todos cuatro su camino para Méjico a pie y fueron por la Misteca, que está poblada de frailes de nuestra orden, aunque entonces la casa de Yangüitlan la hallaron cerrada y no la poseía la orden; en Teposcolula hallaron por vicario a fray Juan Cabrera, que era de los nuestros y habíase pasado desde Soconusco a vivir a aquella provincia y aprendió aquella lengua e hizo gran fruto y trabajó muchos años con muy buen ejemplo, aunque afligido con muchas dolencias. Holgáronse mucho con él e hiciéronle muchas caridades como hermano y amigo viejo; de allí caminaron hasta Yzucar, donde hay casa de la orden, y muy honrada; donde después que descansaron algunos días pasaron a Tepapayeca, donde también hay casa de la orden y les hicieron mil regalos; hay allí muchos higos, y la primera fiesta que les hicieron fue ponerles delante una jícara con más de 300 higos, torcidos los pezones: y decíales el vicario, que era en gran manera simple, que en aquella casa no se comía el higo hasta que se le torcía el pezón. Había de allí adelante tanta abundancia de membrillos y de frutas de España, cuanta no tuvieron ellos en España y cuanta hay hoy en esta nuestra tierra y provincia, en la cual entonces no había nada. De allí aportaron a una casa de agustinos y como iban muy mojados y no sabían la caridad con que los religiosos se trataban, sin respeto a que fuesen o no fuesen de su orden, quisieron más irse a posar a casa del cacique para enjugar a su placer; pero en fin fueron al monasterio y recibieronlos como si fueran ángeles del cielo. No hubo placer que no les hicieran, diéronles de su ropa para que la suya se enjugase, abrigáronlos con sus mantos, diéronles muy bien de comer y muy buenas camas, lavatorio de pies, y cuanto pudieron: con más familiaridad que con nuestros amigos y familiares solemos nosotros mostrar. El día siguiente se fueron con nosotros hasta otra casa de la misma orden y de allí les acompañaron hasta Guastepeque, donde hay casa de nuestra orden y donde al presente hallaron al padre provincial de aquella provincia, que se llamaba fray Pedro Delgado, el cual los recibió muy bien y les hizo toda piedad. Allí vino a verlos fray Tomás de San Juan que era de los de nuestra compañía, y desde Totoni-

capam, que es en tierra de Guatemala se pasó a Méjico con el cuerpo más que con el corazón, porque siempre desde allá se mostraba nuestro y nos enviaba a esta provincia cuanto él podía y allá hacía cuanto le enviábamos a rogar. Pasada la fiesta de nuestro padre se fueron con el mismo provincial hacia Méjico todos a pie; pero los padres de Guatemala se quedaron. Fueron con el padre provincial por todos aquellos monasterios así de la orden, como de la de San Agustín, y de la misma manera se habían los agustinos con nosotros como si fueran suyos y con el provincial como si fuera su provincial, y que cierto era para dar loores al Señor. En Méjico había entonces 50 frailes o más, y cierto, de la religión de aquella casa, sería largo de contar; no tenía, ni hoy tiene, un maravedí de renta, y con las talegas auestas salían a pedir el pan, no los legos ni la gente baja sino los mayores, excepto el prior, y en acabando fray Pedro Delgado el oficio de provincial luego fue a pedir el pan con sus alforjas auestas y sus venerables canas en el rostro. En la mesa no ponían más que medios manteles como es de orden, y el maestro Umberto lo enseña: la oración conventual duraba media hora por un reloj de arena y acabada la oración escondían algo más la luz y todos los que querían tomaban disciplina y creo que nadie la dejaba de tomar y tan recias eran que ponían devoción y esto era todos los días en que no hubiese fiesta doble. Había algunos religiosos tan abstinentes que casi se podía decir que no comían, y no obstante que entraron los ayunos luego tras el capítulo, no había memoria de cena ni de abrirse refectorio, fuera de la hora acostumbrada, y cuando el convento hacía la colación, las colaciones eran un jarro de agua. El silencio grandísimo, el oficio tan pausado que no dejara de ser penoso a quien no estuviera con devoción. En la enfermería gran caridad; pero no se daban sábanas aunque hubiese calentura; pero gran servicio y todo buen recado. No salía nadie fuera, ni de eso trataba nadie; dos legos negociaban las cosas de casa y las menudas un donado. Muchas otras cosas pudiera decir de aquella santa casa; pero bastan estas para edificación de los que después de nosotros vendrán. Resta decir otras cosas, o dos palabras, del padre provincial, fray Pedro Delgado, aunque en muchas no se pudiera contar sus loores; y comenzando de la pobreza, pues de ella comenzó nuestro redentor las bienaventuranzas, era tan pobre, que siendo provincial traía la saya rota por los codos, y como en acabando el oficio le diesen otra nueva, andaba tan corrido, que todos lo sentían y echaban de ver. Tenía tan poquitos libros con ser él muy docto, que se espantó nuestro vicario y preguntándole la causa, dijo que ni aun aquellos había podido leer desde que vino de España, que ¿para qué quería más? Sentábase él en su celda en un banquito bajo y para los que entraban a negociar tenía una silla de costillas, como se usan en España, muy vieja y pobre. Tampoco el prior tenía silla en la celda, sino en un banco estudiaba, era tan humilde que acabado el lavatorio de pies en los conventos él se llevaba sus calzuelas en la mano y la candela también y no quería que nadie le sirviese. Pedía el pan, como ya dije, y acabado el oficio de provincial lo hicieron en aquel capítulo maestro de novicios en Méjico de que el virrey y todas las órdenes se espantaron y edificaron. Fue dos o tres veces provincial y muchas veces prior de Méjico, y en dejándolo se

iba a la Mistica¹⁾ y de nuevo comenzaba a aprender la lengua de los indios en que mostraba la caridad que con los prójimos tenía, y era tanta, que hasta su crucifijo y sus escribanías, sello y rosario dio a nuestro vicario el día que acabó su oficio. Era constantísimo en llevar el peso de la religión, sin hacer otras particularidades y con ser tan humilde y tan apacible en la conversación, era tan grave que nadie se le atrevía, antes todos le reverenciaban en gran manera y no menos los seglares y todas las Ordenes; y muerto el arzobispo todas las Ordenes y los cabildos lo pedían por prelado de Méjico pero no hubo efecto. Murió electo obispo de las Charcas, aunque él no lo supo; hizo gran falta a la orden, pero él está gozando en el cielo de sus santos trabajos y su memoria no habrá presto fin en estas tierras. En este capítulo fue electo e provincial fray Domingo de Santa María y allí fue asentada nuestra casa de Ciudad Real en casa de la provincia de Santiago y dióse de nuevo por vicario de ella a fray Tomás de la Torre con autoridad de provincial para que en nada fuese necesario acudir a Méjico por la gran distancia, y dióse licencia para que no tuviésemos obligación de ir a los capítulos provinciales y finalmente se concedió cuanto de acá fue pedido; y así podemos pasar a contar otras cosas de las que allá acaecieron. Era entonces obispo de Méjico fray Juan de Zumárraga y éste fue el primer obispo de aquella ciudad y murió arzobispo de ella. Era hombre de gran santidad de vida y de gran ejemplo, solía él en los capítulos provinciales, que siempre eran en aquella casa, venir a ella y leerles a la mesa y exhortarlos a todo bien, y era tan familiar a todas las órdenes que cuando visitaba a su obispado no llevaba más que un pajecito que lo servía, que los frailes de cualquiera orden que fuesen andaban con él y le ayudaban y con ellos comía y de un monasterio le llevaban a otro y así era de todos servido y amado y por Méjico andaba a las veces acompañado con los frailes de nuestra orden, a las veces de la suya. A este capítulo no se halló presente, y como desde a pocos días viniese, fueron los frailes de Chiapa a visitarlo y no conociéndoles díjoles en viéndoles: *De Oajaca, de Oajaca*. Respondieron ellos: *No señor sino de Chiapa* y en oyendo esta palabra, aunque era muy viejo y pesado se arrojó y tendió en tierra llorosamente diciendo: *De aquellos santos que se ahogaron, de aquellos que por mis pecados no aportaron en mi obispado*. Como vieron esto los frailes, tendiéronse en tierra a su lado pidiéndole su bendición, y él decía que no se levantaría si ellos no le diesen la suya, y como no bastasen palabras, abrazóse el vicario con él y levantáronse juntos y entráronse en su aposento, donde no había otro paño ni dosel sino solo sus libros, muchos y buenos, consolólos y edificólos cierto en todo y sucedió que el provincial encomendó a nuestro vicario que predicase un domingo en casa y el señor obispo vino al sermón sin ningún fausto. Holgóse tanto, creo más por ser cosa de nuestra orden que por otra alguna que no se puede explicar; y después que comió en el refectorio, como un pobre religioso, y dio cuenta de su ausencia y dijo mil bienes de lo que se había en capítulo ordenado, determinó ir al padre provincial que estaba dos o tres leguas de allí a pedirle al vicario de Chiapa para que predicase en su iglesia y ciudad y fue a pie, aunque con gran trabajo por su vejez y pesadumbre. Fueron con él el prior y fray Domingo de Betan-

1) *Mística*, en orig.

zos, que fue el más célebre hombre que nuestra orden ha tenido en estas tierras y creo que el más abstinente que después de nuestro padre santo Domingo ha habido, y otros algunos religiosos con él. Como fray Jerónimo sintió esto, fue a gran prisa al padre provincial a pedirle que en ninguna manera lo concediese, dándole las razones que para ello tenía, y así no hubo efecto el deseo del buen obispo; pero él se consolaba diciendo que ya había hecho lo que por sus ovejas había podido. Quiso que el vicario predicase en la iglesia mayor y él anduvo por las casas convidando al sermón; dióles después un ornamento blanco entero y dos frontales de seda y otro pintado y algunos libros; y envióles un caballo, aunque no quisieron, y matalotaje para el camino y así los despidió. He querido decir esto por contar algo de lo mucho que de aquel santo pontífice había que decir. El señor visorey les hizo mil favores también y luego sabido de ellos les envió a decir con un caballero que bien sabía las necesidades que en Chiapas padecían y que les rogaba que a él solo las manifestasen; y aunque no eran muy hábiles para pedir, pero porque no pensase el señor visorey otra cosa le significaron algunas, y así los proveyó de vestuarios hasta en cantidad de cuarenta o cincuenta pesos, que se compraba más con ellos, que ahora con ciento cincuenta. En el convento les dieron tantas cosas que no las sabré contar; entre otras les dieron una capa blanca de paño sembrado de ondas de raso azul muy galana y almohadillas de terciopelo verde para los altares y otras mil cosas, y frailes particulares les dieron otras muchas cosas y así trajeron vestuario y frezadas y sombreros y escribanías; y otros frontales de seda, sin los que arriba dije, y casullas y un crucifijo muy grande y otras cosas con que nuestra casa comenzó a lucir en lo temporal y la santa pobreza se comenzó a caer y perder; y aun nuestro contentamiento y consuelo no fue tanto como solía. Trajeron también un palio para las fiestas del sacramento, cuya historia es razón de contar en particular. Ya que salían de Méjico, despedidos del convento y del señor obispo, salió a ellos un hombre honrado llamado Martín Aranguren y dióles doce pesos de limosna, ellos no lo quisieron tomar, diciendo que ya se iban de camino y no los habían ya menester ni podían ya detenerse a comprar nada y cuanto más menospreciaban ellos el dinero, tanto más se afligía él a que lo tomaran. Fueles tan importuno, que le dijeron que les comprase un palio para el sacramento y se lo enviase, y por fuerza los metió en una tienda para que escogiesen ellos la seda y después se lo envió y los alcanzó 25 leguas de Méjico y escribióles que le había costado 25 pesos. Siempre el buen ejemplo y menosprecio de las cosas del mundo valió mucho y en este caso valió lo que acabamos de decir.¹⁾

No solamente se aceptó en este capítulo la casa de Ciudad Real en vicaría, pero la de Guatemala, que desde el año de 1529 gozaba el título de vicaría de quien fue el primer vicario fray Domingo de Betanzos y el segundo el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Bartolomé de las Casas desde el año de 1535, que entró en Guatemala hasta fines de el de 39. que se fue para España, quedando entonces por vicario el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Pedro de Angulo, quien lo fue desde ese tiempo hasta este capítulo que se celebró en Méjico este año

1) Aquí concluye el capítulo XCIV.

de 1547 en que se erigió en priorato, dándole por primer prior al padre fray Tomás Casillas que después fue obispo de Chiapa; y a la verdad yo no sé que le hace al caso al padre Vázquez que no fuese priorato aqueste año, para querer excluir a los padres de Santo Domingo de esta provincia y dejar solos los suyos para darles la preferencia de haber predicado primero el santo evangelio en este reino, porque si es argumento para S. P. tan fuerte el que solo fue vicaría hasta ese año de 47 y no priorato, todo el argumento es contra S. P., porque en nuestra orden llamamos vicaría a aquel convento que no tiene el número suficiente de religiosos, según derecho de nuestras leyes, que es común a todas las religiones, para ser casa de priorato, que antiguamente era de doce y ahora está reducida a ocho; en su religión se llama este género de conventos, que no tienen número suficiente, comisarías, como acá vicarías, y su convento de Guatemala no gozó de otro título que de comisaría y nunca fue guardianía hasta el año de 1551 como se le ha dicho con Torquemada en que se erigió en custodia; luego si vale y tiene fuerza su argumento para con nosotros, más fuerza hace contra S. P., pues no se halla con convento de guardianía, que corresponde acá al de priorato, hasta cuatro años después que nosotros; y así S. P. puede dejar este tema y seguir la verdad de las historias y de los autores clásicos y no andarse a caza de sucesos nuestros de Remesal y la historia manuscrita de fray Tomás de la Torre para fingir casos de su provincia. Ya oyó arriba cómo fray Juan de Torres que era dominico y no franciscano, sino en el amor; y que fray Tomás de San Juan que se fue el año de 1546, de Totonicapam donde doctrinaba, a la provincia de Méjico; esté a la verdad de aquesta historia y no le levante testimonios, como decir que expresamente dice que el convento de la Concepción de Granada lo fundó fray Toribio de Motolinea, que es muy falso; como se verá en ella misma adelante, que es de testigo ocular que merece todo crédito, por esto, y por ser un hombre de tan esclarecida virtud como el padre fray Tomás de la Torre, tan mirado en conservar la caridad fraterna que aunque por haber habido algunos disgustos, pasó muy sobre peine por no causar discordias que su paternidad acrimina contra nosotros, por lo cual será preciso, volviendo por nuestra capa, decir con toda claridad lo que en ello pasó, porque no nos tengan por tan malsines como su paternidad nos hace.

Erigida en priorato la casa de Santo Domingo de Guatemala, y dado por primer prior el padre fray Tomás Casillas, se le asignaron los religiosos siguientes: fray Pedro de Santa María Angulo, fray Vicente Ferrer, fray Domingo Vico, fray Domingo de Azcona, fray Francisco de Piña, fray Francisco de Quezada, fray Matías de Paz, fray Juan de Torres, fray Cristóbal Pardave, fray Diego Hernández, fray Juan Guerrero, todos estos sacerdotes; fray Agustín de la Magdalena y fray Gabriel de Santa María acólitos, estos dos últimos habían tomado el hábito en Guatemala, que aunque vicaría se le había dado facultad para que en aquella casa diesen hábitos.

A la casa de Ciudad Real se le dio por primer vicario al padre fray Tomás de la Torre, como está dicho arriba, y se le asignaron los religiosos siguientes: fray Domingo de Ara, fray Alonso de Villalba, fray Jerónimo de San Vicente, fray Vicente Núñez, fray Pedro de la Cruz, fray

Alonso del Portillo Noreña, fray Pedro Calvo, fray Diego Calderón, éstos eran sacerdotes y fray Pedro Mártir lego, siendo por todos 24 religiosos, los catorce en Guatemala y los diez en Ciudad Real: que de este modo son conventos, el de Guatemala porque tenía número suficiente, casa de priorato, el de Ciudad Real porque tenía 10, vicaría; y la misma ley es en la religión de nuestro padre sar. Francisco; y luego quiere el padre Vázquez con siete frailes que tiene el año de 1543 tener siete conventos de guardianía, con que salen a guardián por convento pero sin súbdito alguno. Yo no sé qué habían de guardar sino es la regla y constituciones y no teniendo convento, quiere su paternidad que sea custodia.

También se dio a la casa de Ciudad Real, aunque vicaría, autoridad de dar hábitos, como todo ello consta de los autos de aquel capítulo que están en nuestro archivo de Guatemala.

CAPITULO LXVII

Del grande amor y caridad con que en aquellos tiempos se comunicaban todos los religiosos de todas las sagradas religiones, y de un caso espantoso sucedido en Chiapa y otros raros en otras partes

Paréceme que entrarán bien aquí dos palabras de la caridad y hermandad de los religiosos de esta tierra y del buen acogimiento que los unos a los otros se hacían para memoria de los venideros, y cumpliremos la palabra que dimos atrás de hablar en esto. Algunas contiendas ha habido entre los nuestros y los franciscanos, en estas tierras, pero más querría que estuviesen en silencio perpetuo, que no que hubiese una pequeña memoria de ellas; y así no quiero tratar de nada de esto, de lo bueno que hace al caso contaré algunas cositas particulares por las cuales se conocerán otras semejantes. Cierta nos tratamos y hemos tratado como si fuéramos de una orden y juntamente hermanos carnales y así nos vamos a sus casas y ellos a las nuestras como si fuésemos de una orden todos y con esto muy familiares amigos. El prelado lava los pies a los huéspedes: en el dormitorio nos aposentamos; no hay ceño, no hay clausura, no hay ficción; con más alegría nos recibimos lo mejor que podemos; con nosotros salen y con ellos salimos a la ciudad cuando es necesario si viene uno solo: proveémonos los unos a los otros para el camino de lo necesario y hacemos toda la caridad que es posible. Cuando el padre vicario y su compañero iban a Méjico, acaeció que estando en nuestra casa en un pueblo de indios comiendo en el convento y presente el padre provincial, vinieron allí dos frailes agustinos y fuéronse derecho al refectorio e hicieron sus inclinaciones como suelen hacerlas los que vienen tarde y como el padre provincial les hizo señal, el uno que era prior se fue derecho a la mesa traviesa y el otro a otra mesa, de donde se puede entender, la llaneza y familiaridad que acostumbran en Méjico. Cuando en nuestra orden hay elección suelen decir los agustinos misa

del Espíritu Santo y lo mismo hacen los de nuestra casa cuando ellos eligen provincial. Acaece en nuestra casa de Chiapa detenerse días los franciscanos que frecuentemente pasan por allí, y dicen la misa mayor y se visten de ministros y leen a la mesa y van a las obediencias como los otros, digo a echar piedras o a lo que a los demás acaece ir. Visto he traer a Guatemala el fraile franciscano doliente a nuestra casa y curarlo y servirlo allí muchos días, porque había pocos frailes en su casa para poderlo hacer bien; y a mí me ha dado dolor de ijadas en su casa y todos andaban las faldas en cinta uno echándome la medicina, otro teniéndome el servidor etc. Visto he pasar por Guatemala al comisario general de los franciscanos en todas las Indias y con él iba un provincial de los agustinos que pasaba de Méjico al Perú y como el prior de Santo Domingo escribiese a los agustinos al camino que se fuesen a posar a casa y ellos se excusasen con el comisario de San Francisco; luego otro día vinieron a casa los agustinos y el comisario con otros frailes de su orden y estuvieron días en casa, todos como en la suya. (*Este caso sucedió en el mismo tiempo que Vázquez dice que sus frailes dejaron su convento en Guatemala, huyendo de nosotros que los perseguíamos que fue el año de 49. Mire qué bien se viniera a nuestra casa el comisario, si tal hubiera: adelante el año de 49 se le probará la falsedad de esa persecución y la del cabildo que cita de primero de marzo de 597*). Y como acaeciese haber rasura, luego el provincial de los agustinos fue arremangándose a ayudarnos a afeitar, diciendo que lo sabía muy bien hacer; y aunque es fuera de propósito contaré un notable caso que a este provincial acaeció y fue que navegando por la laguna de Méjico en una canoa de noche soñó que su compañero se ahogaba y del buen hábito de caridad que tenía echóse vestido en la laguna y sin despertar salió hasta llegar a tierra y desatinado dio voces y como el compañero lo oyó volvió atrás y salido a tierra hallólo mojado y pobre y él le contó su sueño; es cosa asaz extraña, pero cierta. De esta llaneza y caridad de los religiosos de diversas órdenes se puede colegir lo que en la misma hay: nadie de nosotros se provee más de hasta que sabe que topar ha frailes de la orden, porque allí está cierto ser suyo cuanto ellos tuvieren y él hubiere menester, así de comida como de bebida, como de vestido, como de calzado, como de todo lo demás. Grande es el amor que el día de hoy hay, ¡plegue a Dios que él lo conserve y aumente para su santo servicio!, y pues el capítulo no ha sido largo, traigamos a nuestros hermanos a su tierra, no los dejemos en Méjico. Acabados pues sus negocios y cargados de cuanto pudieron, se volvieron para Chiapa sin acaecerles cosa notable, solamente diré que el caballo sirvió de traer indios enfermos que hallaron en el camino y el vicario adoleció también desde que salió de Oajaca, y lo hubo menester; pero con muchos regalos que un español le hizo en Teguantepeque salió luego y llegados a Zacatlan dieron el caballo a un pobre que iba a Méjico, y así siempre fue caballo de caridad. Nuestros hermanos, en fin, llegaron buenos a Chiapa para el adviento y fueron bien recibidos de los otros religiosos que estaban en aquel pueblo; pero es justo que hagamos memorias de grandes cosas que acaecieron mientras ellos estuvieron en Méjico.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo XCV.

Tocante a aquella grande caridad fraterna que en aquel florido tiempo se usaba entre todos los religiosos de todas las órdenes, sin reparar que fuesen extraños, se me ofrece anotar no sin gran dolor lo poco o nada que el día de hoy se practica, siendo muy raro el que hace caso del pobre religioso que camina. ¡Quiera nuestro señor no sea lo que dice el soberano maestro en su evangelio: *Et quoniam abundavit iniquitas, refrigescet charitas multorum*. Esto digo de experiencia por lo que me ha pasado yendo camino por algunas casas de otras religiones que ni saludarme quisieron a mí ni a otros religiosos que iban en mi compañía, estando los religiosos muy cerca de nosotros, y aunque esto experimentamos todos los más las raras veces que se nos ofrece a nosotros pasar por sus casas, siempre ellos hallan acogida y la mesa puesta en las nuestras, las continuadas veces que por ellas pasan recogiendo sus limosnas. Esto he dicho no con gana de censurar, sí lastimado de que se use ya tan poca unión entre las sagradas religiones que son el muro de la iglesia, que por eso el enemigo halla tanta entrada por nuestras culpas porque como están desunidas, quedan abiertas brechas y portillos para sus asaltos por no estar en uso como mandaron los santos patriarcas.

Reinaba entonces en el pueblo de Chiapa y era cacique don Juan, como ya arriba dijimos; era poco aficionado a los frailes, muy servidor de los españoles, a lo cual se conseguía ser nada favorable a sus naturales y a su república y como hiciese algunas cosas en perjuicio de los pobres por contentar a los españoles que residen en el ingenio, y fray Pedro Calvo a veces se lo reprendiese y no aprovechase, estando un día para decir misa tuvo noticia de una cosa que pasaba de estas sobredichas, envióle a llamar y dióle ¹⁾ con el cabo de su cinta, no sé cuántos golpes, bien como padre a hijo y no como español a indio ni aun como frailes de otra orden solían entonces hacer. Fue en fin el hecho tal que sin confesarse se vistió luego para decir misa, que para declarar la facilidad del castigo, he apuntado las circunstancias del tiempo y lugar. El indio se sintió mucho, como tenía poca afición a los padres y fuese a tomar consejo con los herodianos, si así podemos decir, digo con los españoles, que ninguna otra cosa pretendían ni deseaban sino hallar algo, aunque fuese aparente en que nos calumniar. Enconaron mucho al indio y enviáronlo o fuese él a la ciudad y dio como ellos decían de palabra y por escrito queja criminal del padre delante del alcalde. Viendo ellos aparejo para poder poner por obra su intento, tomaron los medios que pudieron pensar para nos afrentar y inquietar y alborotóse la ciudad y no se trataba de otra cosa sino de aquel crimen, como hayamos visto muchos hombres muertos aun después que hay paz y justicia y fatigarse poco los que lo habían de castigar; venían al monasterio y atormentaban al pobre de fray Domingo de Ara, tanto que él se moría en oyendo decir que estaban españoles en casa. Y usaron de una cautela graciosa para afrentar a fray Pedro y a todos y fue que vinieron al padre fray Domingo, y creo cierto que entre ellos el alcalde, y dijéronle que bien sabían que él era un santo y le parecían mal aquellos males; pero que fray Pedro no lo quería obedecer y estaba como encastillado en Chiapa,

1) *reprendióle*, en orig.

que ellos querían servir a la orden y a él le darían todo el favor necesario; como fray Domingo conoció su malicia indignóse diciendo: *¡Pobres de vosotros que no podéis pensar sino mal, ese religioso es un santo y muy obediente, dadme tinta y papel que no tardará más en salir de Chiapa que lo que tardare en ver letra mía!* Y escribióle dos renglones diciéndole que luego se viniese, y aunque recibió la carta tarde a ese punto se partió y salió de Chiapa y fuese a la ciudad, que no poco se espantaron y confundieron los españoles. Como no hallasen modo conveniente para nos molestar, por otra vía honraron al don Juan, más que jamás ellos honraron indio alguno y creían que en aquello nos daban pena y sucedió que la mañana de Santiago salieron muchos a caballo, según su costumbre, y llevaron consigo a don Juan y fueron a nuestra puerta y jineteando y corriendo daban voces diciendo: *¡Don Juan, don Juan, Chiapa, Chiapa!*; y corrían hasta atropellar a unos religiosos que venían de decir misa de los mejicanos. La casa era tal, que aunque quisiésemos meterlos donde no los oyésemos, no era posible. Como fray Pedro Calvo pues, oyese esto, como aquel que más sentía su injuria y la indignidad del indio y el daño del pueblo de Chiapa, afligíase en gran manera y decía entre sí: *Señor Jesús justo eres y sabes lo que pasa; ¿es posible que esto ha de pasar así? No puedo pensar que esto dure, ni que este indio entre en aquel pueblo, porque tú señor eres justo etc.* Sucedió pues así que acabadas las fiestas el cacique don Juan se volvió a su pueblo de Chiapa y llegando cerca, envió a decir a sus parientes ¿que cómo entraría en el pueblo? Ellos habido su acuerdo le sacaron gran comida y un caballo nuevo en que entrase y vinieron gran número de ellos a lo recibir, trayéndole a un su hijo al camino y después que comieron subió en el caballo que le traían, dejando en el que había ido hasta allí, para entrar, dizque, al modo que un fulano había entrado en su pueblo, y mandó que le echasen a su hijo a las ancas y porque no tenía el niño a qué asirse ciñóse al cuerpo el cabestro del caballo. En queriendo andar no sé qué se sintió el caballo de la carga, o por no sufrir ancas o por juicio terrible de Dios, y comenzó a dar corcovos y pernadas y dio con ambos en el suelo y como quiso huir y no pudo, llevó arrastrando del cabestro a don Juan quien era muy pesado. Cosa muy maravillosa y no hay duda, volvióse para él y dióle tantos bocados y tantas coces con las manos que lo hizo pedazos y sus miembros viriles le despedazaba con los dientes, y estando tanta gente presente y todos deudos y parientes suyos nadie le socorrió o porque no pudo o porque no osó por juicio manifiesto de Dios. Finalmente quedó tal que según nos manifestaron y certificaron, en *chiquivite* o *chiquivites* llevaron sus reliquias a enterrar; y sucedió aún otro juicio de Dios sobre él, que como estando yo y otros padres después de algunos años en aquel pueblo y quisiésemos pasar a la iglesia nueva que ahora tenemos, los huesos de los difuntos, el día de las ánimas y a él no lo quisiésemos traer por parecernos indigno de sepultura eclesiástica y por otra parte teníamos el decir de las gentes, no hubo de los suyos quien lo quisiese desenterrar con no sé qué achaque que se ofreció y así se quedó el pobre en la plaza donde el día de hoy se hacen los mercados. Este juicio hizo Dios sobre aquel pobre indio en confirmación de su doctrina, y para que viesen lo que en el otro mundo les esperaba

a los que aquí no reverencian a los ministros de Dios. Y porque en ninguna parte entrará tan bien, quiero añadir otro ejemplo que a la misma sazón acaeció. Ya dije arriba cuán enemigo nos fue San Pedro de Pando y cuánto nos molestó a nosotros y a don Pedro. Este, pues, al tiempo mismo que lo dicho pasaba llegó a la muerte, y como el canónigo Perera no lo quisiese confesar, aunque su muy amigo y huésped, llamaron a fray Domingo de Ara que lo confesase y el canónigo lo hizo ir a tratar de ello y como le pidiesen que ahorrarse los esclavos, nunca se pudo acabar con él y sobre esto lo importunaron y visitaron veces y jamás le aprovechó y diciéndole una vez fray Domingo: *¡Señor, venimos a consolaros!*, respondió con gran regañamiento, que solo entenderán los que lo conocieron: *¡Sí, a consolarme venís!*, y como no aprovecharan con él, díjole fray Domingo: *¡Quiero decir señor un evangelio!* Respondió: *Decid si quisiéredes*; y diciéndole el evangelio de San Marcos y llegando aquella palabra *Qui crediderit et baptizatus fuerit etc.*, dijo San Pedro: *A eso me atengo*. Respondió fray Domingo: *Pues oid lo que se sigue*; y como dijese: *Linguis loquetur novis etc.*, dijo San Pedro: *Más lenguas sé que vosotros*. Con todo esto lo esperó nuestro señor algunos días y como no volviese sobre sí quitóle el habla y abrióse una postema que tenía desde que prendió y maltrató a aquellos indios que arriba dijimos, y era tan grande el hedor que de él salía que no lo podían sufrir y de esta manera estuvo tres días sin habla penando hasta que dio el espíritu, Dios sabe a quien; y con todo esto no faltó una persona vana aunque hermana y devota de nuestra orden que tenía un hábito para se enterrar, la cual se lo dio y vistió y así fue a dar cuenta a Dios vestido del hábito que en vida había perseguido. Poderoso es Dios para haberlo convertido a sí en aquel triduo; pero Dios nos guarde de semejantes muertes.¹⁾

CAPITULO LXVIII

De otro caso espantoso que sucedió en la Verapaz y de otras cosas raras que sucedieron por aquellos tiempos

No ha cesado hasta hoy aun teniendo tanta justicia esta tierra, la persecución de los ministros del santo evangelio, siendo continuamente perseguidos por los jueces que su majestad envía a aquestas partes porque por la mayor parte no vienen a más que a sacar mucha hacienda de aquel cargo (*siendo muy raro el que no viene a esto, que se tiene a cosa de milagro cuando hay uno*). No reparan mucho en si es bien o mal sacada, y así son infinitas las molestias y vejaciones que padecen los miserables indios y como no tengan más amparo que el de su ministro, si éste saca la cara, es terrible el odio que concita contra sí y le levantan tantas quimeras para ver si lo pueden echar de allí para que no haya quien les vaya a la mano que muchos acabándoseles la paciencia dejan los curatos, y respecto de otros se ve precisado el superior a quitarlos de allí

1) Aquí concluye el capítulo XCVI.

porque comoquiera que este género de jueces, no vienen más que a lo dicho procuran lo primero tener gratos a sus superiores para que les pase por todo y no haya recurso para el pobre agraviado; y perseguidos de este modo, por obviar muchos inconvenientes, muchas veces se ven obligados los superiores a cooperar en esta maldad, forzados. De esto he visto y experimentado mucho, y así no quise omitir aquí un caso espantoso que sucedió en la provincia de la Verapaz y lo referiré a la letra como lo trae el informe manuscrito, que a ese me remito, de aquel convento, que por mandado de nuestro muy reverendo padre el presentado fray Gabriel de Artiaga hizo el R. P. fray José Enríquez con vista de los instrumentos de dicho convento para formar aquesta historia, que dice así a fojas cincuenta y ocho:

En un pueblo perteneciente al pueblo de Cobán por proveerle de religiosos que le administren y dista del dicho convento seis leguas que se llama San Cristóbal *Caccoh* y por otro nombre *Chichó*, que ambos a dos apellidos se convienen lindamente, como lo denota el caso que se refiere: *caccoh* que quiere decir en aquella lengua *león bravo* y segundo de *Chichó en la laguna* por tenerla a sus márgenes, sucedió lo siguiente: por los años de 1585 tenía este convento un religioso ocupado en la enseñanza de aquellos indios y se llamaba fray Antonio; era el religioso tan celoso de la honra de Dios y tan enemigo de todo vicio, que aun el oírlos en duda le causaba pavor, por lo cual aplicaba todas sus oraciones con mucho fervor y en ellas con grande instancia pedía a Dios se sirviese de extirpar de los corazones de los cristianos todo resquicio de maldad, en particular de aquellos indios cuyo espiritual cuidado estaba a cargo del suyo, y para esto no solo con su ejemplo, que era raro, sino con continua predicación, los exhortaba en lo que habían de hacer para la salvación de sus almas y les amonestaba el eterno castigo que se les prevenía si no mejoraban de vida y hacían penitencia por la mala que habían tenido; y muchas veces les predecía los castigos que habían de experimentar de la mano poderosa de Dios si despreciaban su santa ley y no la cumplían como se les predicaba.

Todo esto y mucho más les predicaba este religioso a aquellos indios. Había de cumplir con su oficio, a cuyo fin lo habían puesto allí sus prelados y por traerlos al conocimiento del verdadero Dios (que era lo más principal) que se sirve mucho de los que le aman y procuran que sea amado; pero el demonio que nunca duerme, y como enemigo de lo bueno procura cuando puede poner mancha en la piedra más preciosa, y como león bravo, que en esto convenía con el sobrenombre gentilico de aquel pueblo, procuró ponerla en la virtud sólida de aquel religioso, para lo cual fueron instrumento unos indios vecinos de aquel pueblo, que viendo que les hacía mucho daño para sus vicios la eficacia de la palabra de Dios que les predicaba, y por esto se les secaba el prado y no hallaban yerba en qué pacer como voraces bestias, procuraron echarle de aquel pueblo (Que esto es muy ordinario en los indios y más si hallan quien los fomente cuando los celosos ministros los disuaden de sus maldades y les hacen bien con limosnas y otras cosas semejantes, como sucedió ahora dos años en un pueblo de esta provincia con cierto religioso que tenía este convento allí

por ministro que después de haber gastado 11 años en su administración haciendo con muy nativa caridad el oficio de aquellos dos famosos Juanes en limosnas y hospitalidad pretendieron con extremada ingratitud echarlo de su pueblo y como el padre de mentiras era el procurador de esta causa, hubo de dejar el pueblo aunque contra la voluntad del prelado superior que veía los enlaces que había porque esto era movido todo del juez que gobernaba por haberle resistido una gran maldad en que pretendía que el pueblo pagase por la tasación vieja y no por la nueva que se había hecho por mandado de la real audiencia en que se hallaban 53 tributarios y mucho menos que antes había; por lo cual conmovió a cierto indio, que allí está destruido y baldado por justo juicio de Dios, que se hallaba sentido de dicho padre por embarazarle cierto amancebamiento, y de otros que le siguieron, que luego murieron, para la sedición; quedando llorando y hasta hoy clamando infinitos pobres que por haberle faltado aquesta sombra han padecido miserable estrago de aquel lobo carnicero. Pero por justos juicios de Dios no se quedaron alabando los del motín porque tomando motivo de ello, aunque él era autor, a todos los destruyó y dejó por puertas, no quedándole a los miserables palmo de tierra en qué sembrar un pie de maíz. No ha sido esta vez sola la que han experimentado la poderosa mano de Dios, por estos motivos; y otra vez que lo han hecho aunque hostigados de las tiranías de ciertos jueces que todos conocimos morir y ser enterrados de limosna, han experimentado grandes calamidades de modo que se halla aquel pueblo sumamente destruido y acabado). Para esto se juntaron muchos de éstos en casa de un principal, discurriendo el modo que tomarían para que el padre fray Antonio los dejara o por mejor decir para levantarle mil testimonios porque no había otra forma, y después de hechos a su parecer los razonables discursos sobre la materia salió de aquel conciliábulo de satanás hacer una petición contra el inocente padre, y así la hicieron tomando de lo mejor de que ellos se hallaban adornados en línea de vicios para vestir al inocente y justo Abel a quien querían quitar la mejor vida en lo humano, que es la de la buena fama. Mas ¡oh justos juicios de Dios! no era bien acabada esta maldad, cuando ya estaba la mano de Dios sobre ellos como sobre *Coré, Datan y Abiron*, porque de improviso se abrió la tierra donde estaba tan solamente situada aquella casa de la junta, y casa y cuantos allí estaban haciendo la dicha petición se los tragó la tierra, sin que quedase persona alguna que no se tragase la tierra, y parece hubo allí gran misterio, que el agua misma quiso tapar y cubrir el lugar donde se trataba de culpas de sacerdotes. Oigan esto y teman a Dios los que con tanto descaro publican defectos de sacerdotes, y las más veces, o siempre, con falsedad y mentiras; y otras torciendo las buenas obras al fin de su sacrílega maldad, siendo esto tan común en esta tierra, que cada día lo vemos y por lo cual sin duda se ve toda ella sumamente afligida con calamidades, especialmente desde el año de mil seiscientos ochenta y nueve en que se ejecutó aquella muerte tan escandalosa e inhumana que no se pudo conocer del cadáver, si era de hombre o de mujer, si de secular o eclesiástico, aunque la opinión más válida ha sido siempre que era persona eclesiástica, que por el honor se calla quien fuese y no puede ser otra cosa según está el azote de Dios desde entonces sobre esta repú-

blica de Guatemala. El caso de San Cristóbal se halla escrito por los padres antiguos y lo supieron en libros de aquella lengua de aquel pueblo. Y pues se ha tomado esta materia entre manos de casos raros y prodigiosos para ejemplo de los venideros, y esta historia sea más para que se tenga en perpetua memoria las cosas de esta provincia y sea para espejo en que los religiosos de ella se miren, no quiero omitir aquí dos que también sucedieron, aunque en tiempos diferentes, para que los religiosos de esta provincia se miren en ellos y escarmienten en cabeza ajena. El primero lo supe del muy reverendo padre fray Alonso de Carrasquilla, siendo prior de la casa de Guatemala, religioso muy anciano y verdadero religioso, quien me refirió haberlo sabido de padres muy antiguos y grandes religiosos, padres primitivos de aquesta santa provincia, y fue que viniendo del convento de Guatemala un religioso mandado de la obediencia a decir misa al pueblo de Xenacoc, donde esto se escribe, venía a pie como era estilo de aquellos tiempos y vio ir por delante otro religioso y deseando alcanzarlo, porque iba a poca distancia, para llevar compañía, no podía aunque más aguijaba el paso y afligido con esto el caminante le hubo de hablar y preguntarle la causa de su prisa, y díjosela en latín porque él era francés y no sabía su lengua castellana, y díjole *¿Quo vadis?* y respondió el que iba adelante: *Ad inferos*; y espantado de esta respuesta el religioso le repreguntó: *¿Quare? ¿quia dissipabi bona conventus?*; y con esto desapareció permitiendo Dios esto por su bondad para escarmiento de los demás y que miren como distribuyen los bienes de las comunidades, que son de pobres.

El segundo caso me lo refirió el bachiller don Gaspar de Brizuela cura rector de la parroquia de los Remedios de la ciudad de Guatemala, en su última enfermedad de que murió breve, afirmándomelo por el paso en que estaba que siendo él estudiante, con ocasión de ir al pueblo donde sucedió, a vacaciones con un tío suyo que yo conocí, nuestro muy reverendo padre maestro fray Crisóstomo Guerra, ministro entonces de aquel pueblo, oyó muchas veces hablar en la lengua de los indios a un religioso difunto que estaba en penas, y respondiéndole él que le hablase en castilla o latín, que él no entendía la lengua nunca él ni otros a quien él solía hablar lo entendían. Esto dijo él que duró por mucho tiempo oyéndole muchos, hasta que pasado tiempo supo que viniendo cierto religioso de Cobán para Guatemala hizo noche en el pueblo de San Pedro Sacatepéquez que es donde esto pasaba y yéndose a deshora a hacer oración a la tribuna vio un religioso sentado allí, hablóle y respondió el que allí estaba en lengua cacchiquel, que es la que allí se habla. El tal forastero sabía la misma lengua y así entendióle y hablóle en ella, entonces el difunto dijo: ¡Gracias a Dios que he hallado quien me hable en lengua! Y preguntándole el vivo, lo que aquello significaba le respondió: ¡Has de saber que yo fui ministro en este pueblo y aunque procuré cumplir con mi obligación; pero en la lengua no puse todo aquel cuidado que debía, y así me ha tenido Dios condenado a esta pena y purgatorio y que carezca de su vista hasta hallar quien me hablase en lengua y por justos juicios suyos no lo he hallado hasta ahora! Y pidióle algunos sufragios. Y dando de ello cuenta el religioso al prior de la casa de Guatemala, que enton-

ces era el padre predicador general fray Alonso Pérez, se le hicieron sufragios, con que piadosamente se cree que se fue a gozar de perpetuo descanso, porque nunca más se oyó allí nada, ni yo que allí en tres años fui ministro sentí cosa alguna. Este caso he referido para despertar el cuidado de alguno que puede ser haya menos cuidadoso de saber la lengua, cosa tan necesaria para poder ser ministro; y si así se castigó una poca de omisión que tuvo aqueste ministro en saber bien lengua, ¿qué será de aquellos que totalmente la ignoran y se cargan de grandes curatos? No pasa esto en las religiones, que a nadie se le encarga tal cosa, que no es antes examinado y aprobado, así en la religión como ante el ordinario, sino entre los señores clérigos como cada día vemos. Allá se verá este género de administración.

No quiero omitir aquí otro caso que sucedió en nuestros días. Conmigo vino de España el año de 1688 uno que venía por alcalde mayor de Chiquimula llamado Lorenzana, éste era hombre naturalmente caviloso y desafecto a los eclesiásticos y así luego comenzó a mover rencillas con los curas de su partido, especialmente con el bachiller don Antonio de Barahona, cura del pueblo de Chiquimula. Tuvieron varios lances y él hizo varios escritos contra él al señor obispo don fray Andrés de las Navas y Quevedo y en la prosecución de su buena obra envió a cierto hombre, a quien insistió para ello, para que viniese a Guatemala a declarar contra el tal cura ciertas cosas o verdaderas, o calumniosas que es lo cierto, y caminando el miserable la vuelta de Guatemala y viniendo por los llanos que llaman de Jutiapa, se levantó una recia tormenta y cayendo un rayo lo mató, y sacándole la lengua la dejó clavada en el tronco o punta de un gran pino para memoria de su maldad. Castigo bien merecido que le arrancase la lengua con que venía a deshonar al Cristo de Dios. Este caso fue público y notorio en todas estas tierras y aun hasta hoy que han pasado más de veintiséis años aún no se ha olvidado su memoria. Al tal alcalde mayor todos lo vimos por sus maldades mucho tiempo en la cárcel pública de Guatemala y morir y enterrarlo de limosna por la piedad de la iglesia a quien persiguió. Infinitos ejemplares de estos pudiera contar, que he visto por mis ojos, y la mayor lástima es que con tantos ejemplares hay tan poco temor y corren tan desenfrenadamente tras de su codicia, que parece que no tienen luz de fe. Ahora será bien entremeter aquí un caso que sucedió en el pueblo de Cunén, que es junto a Sacapulas en la provincia quiché, que fue cuando nuestros religiosos empezaron a doctrinar por allí. Entre los que bautizaron fue a un indio viejo y llegado el caso de bautizarlo y haciéndole las preguntas que manda el ritual, también le hicieron la que aquellos primitivos apóstoles acostumbraron, que fue decirle si había de adorar más los ídolos. A esta pregunta se rió el indio viejo, y advirtiéndolo el ministro, le preguntó que por qué se reía: a que respondió él: Pues no me he de reír padre, si yo nunca he adorado a los ídolos; cómo los había de adorar ahora que recibo el agua de Dios! Y admirado el religioso de su respuesta le preguntó: ¿Pues cómo tú no has adorado los ídolos que adoraron tus antepasados? Es el caso padre, dijo el indio, que desde que tengo uso de razón siempre me han acompañado dos a mi lado, el uno negro

y muy feo y abominable, que siempre me aconsejaba adorase a los ídolos, y otro hermosísimo en extremo, que siempre me aconsejó que no hiciese tal, que sufriese con paciencia los malos tratos que me hacían porque no quería adorar los ídolos, y yo por no descontentar a aquel varón tan hermoso nunca los adoré, y díjome también que en breve vendrían unos hombres vestidos de blanco que habían de destruir los ídolos y que les diese oídos a lo que ellos decían, y así luego que os vi entendí erais vosotros de quien aquel mancebo me decía, y por eso dando oídos a vuestras palabras me he bautizado.

Y para que se vea la fuerza de la predestinación y las cosas que Dios mueve para que se salve el que está escrito, es digno de que no se olvide otro caso raro que sucedió en aquella misma provincia en el pueblo de Santo Tomás Chichicastenango, que aun todavía viven personas que alcanzaron a conocer al religioso a quien le acaeció el caso; y fue que estando el ministro en el pueblo, le vinieron a llamar, de otro su adjunto que llaman Lemoa, para que fuese a confesar a un enfermo, y saliendo con un español que se hallaba en su compañía por la calle que va derecha al camino de Lemoa, vino un tan terrible aguacero que no pudo menos que meterse en una casa de un indio a defenderse de aquel agua, y mientras pasaba estando en la puerta de la casa vio pegada al fuego a una vieja antiquísima y hablóle y saludóle, y entre las cosas que le preguntó fue que si alcanzó el tiempo de la conquista. Dijo ella que sí, que era entonces muchacha como de catorce años y que en aquel estrago sus padres la llevaron a una milpa con otros sus hermanitos, y que allí se estuvo mucho tiempo de modo que cuando vino al pueblo ya la gente estaba bautizada y que de miedo su padre no la había manifestado y que no estaba bautizada: entonces el religioso le dijo que mirase que no se podía salvar sin el bautismo; que si lo deseaba. Dijo ella que sí, que se sabía ella toda la doctrina y catecismo, porque todos los años confesaba y comulgaba, como católica, y en esto le sobrevino un accidente de muerte, y con agua que allí halló la bautizó y expiró la buena vieja. Salió el padre fuera, que ya en esto se quitó el agua y volvió una tarde alegrísima como festejando el cielo a su nueva ciudadana, y no halló indio alguno de los que vinieron a pedir confesión. Fue al pueblo y halló que no había ido persona alguna a pedir la confesión, ni había para qué ni había enfermo alguno en el pueblezuelo, con que se volvió alegre alabando a Dios y glorificándole, como los pastores de Belén, de lo que había visto por sus ojos; conociendo solamente que para que aquella alma se salvase había conmovido todos los elementos.

Otros casos sucedieron en la provincia de la Verapaz que como Dios hacía unas maravillas para esforzar estos flacos en la fe, hacía otros castigos para que temiesen. Sucedió pues que yendo por un camino un indio con su mujer se les apareció un feroz tigre, o el demonio en su figura; y viéndolo la mujer se santiguó y empezó a decir la doctrina cristiana que los padres le habían enseñado. El marido gritaba diciendo que diera voces y dejara la doctrina; pero ella no quiso, y quiso la bondad divina que el tigre se fue sin hacerles daño y luego fueron a contar a los religiosos lo que pasaba, creyendo que por virtud de la doctrina no les había

hecho mal aquella bestia, como sin duda fue así. En la misma Verapaz sucedió estar una india en su casa de noche a puerta cerrada porque su marido estaba ausente, y vino un tigre a la puerta, hizo ruido y pensando ella que era gente abrió y encontrándose con aquella bestia le dijo: *¡No me mates que no tengo más que tres pecados!*, como ellos acostumbraban en su gentilidad; y arremetiendo el tigre a ella la mató y todos tuvieron por cierto haberlo Dios querido así porque se confesó con el tigre como hacían antes, con lo cual más y más se confortaba la fe entre aquellas gentes.

CAPÍTULO LXIX

De los varios modos que tuvo el demonio para procurar el descrédito de los ministros evangélicos

Como quiera que estos santos varones, ministros del santo evangelio, no esperasen por su humildad que Dios obrase maravillas para confirmar su predicación, quisieron asegurar el crédito del santo evangelio en el suyo y en su inculpable vida, como ellos mismos dijeron muchas veces a los españoles; y viendo satanás que en esta vida inculpable estaba todo el crédito que los indios daban a su predicación procuró ésta oscurecerla muchas veces, ya por medio de sus ministros que había tomado a los españoles como se ha visto, ya por sí mismo; pero como el miserable no puede más que lo que su divina majestad le permite por sus altos juicios, y no permite tentarnos más que lo que nuestras fuerzas alcanzan favorecidas de su divino auxilio, siempre que el hombre se mantiene constante y no flaquea, queda el miserable vencido, corrido y afrentado. Ya que no le valían sus ardidés, de que usaba a sus ministros que conmovía, quiso él también hacer de su parte algunas de las suyas a ver si podía hacer que cayese o de algún modo se ensuciase aquella clara fama de limpieza no sólo de manos sino también de cuerpo que era lo que más atraía a los indios a dar oídos gratos a la enseñanza de los padres, viéndolos de tan contrarias obras a lo que veían a los españoles: que aunque bárbaros no podían dejar de conocer las virtudes naturales con solo el lumbre de razón, y así usando de sus ardidés hizo lo que se sigue.

En una visita en que estaba fray Alonso de Villalba, llegó una mañana el fiscal y le dijo que le mostrase los padres que habían venido la noche antes, preguntándole a dónde iban y de a dónde venían. Díjole el padre que no sabía de tales padres: el fiscal entendía le burlaba y porfiaba en ver los padres que él había visto y otros muchos del pueblo andar y rondar las calles del pueblo; trajo testigos de ello, que fueron muchos, afirmando que en todas las casas donde había mujeres se mostraban muy livianos y lascivos. Entendió fray Alonso ser astucia de satanás por desacreditarlos y díjoles: *¿Y eso os parecía bien?* De ningún modo, dijeron ellos, antes porque nos parece mal te lo venimos a decir para que lo

corrijas. Entonces les manifestó toda la casa como no había tales frailes, y les declaró ser arte de satanás para escandalizarlos y que no creyesen a los padres; y así mismo se lo predicó el domingo siguiente para que estuviesen advertidos en las astucias de satanás y no se desacreditase el evangelio con su descrédito.

En otra visita de la orden buscó el demonio a otra india moza con otro ardid la cual era casada y vino a quejar al religioso anciano, de su compañero que cada noche se iba a su casa y la inquietaba, y temía no lo supiese su marido y le rogaba no permitiese que fuese a su casa el compañero, porque le amenazaba un gran mal, y preguntóle el religioso: ¿que cuántas veces había ido a su casa? Ella le dijo que muchas. Despidióla con esto diciéndole el religioso que pondría remedio en ello: quedó él muy confuso porque aunque veía que era mozo su compañero, también sabía que era muy modesto y de muy pura conciencia y además de esto él mismo cerraba la puerta y guardaba la llave. No obstante puso cuidado en celar a su compañero, y mientras más se desvelaba más se quejaba la india, que vino por otras dos o tres veces, y más la última que había estado toda la noche en vela y vio cómo se estuvo estudiando hasta las diez de la noche y estuvo en vela hasta que le dio luz para levantarse a maitines y después se estuvieron en oración los dos hasta la mañana; cuando llega la india con la misma queja. Lo cual visto por el religioso la desengañó y le dijo cómo aquel era el demonio que tomaba aquella apariencia para desacreditar a aquel religioso, con que descubierta el ardid de satanás quedó afrentado y más acreditado el ministro del santo evangelio.

No se contentaba satanás con infamar a los ministros de los sacramentos sino que también tiró su malicia a desacreditar la puerta de todos, que es el santo bautismo persuadiendo por muchas partes que con él se morían, lo cual fácilmente creyeron muchos viendo que en aquel principio se daba a muchas criaturas enfermas ya casi a la muerte y a algunos adultos en el mismo artículo, y como los más de ellos morían, atribuíanlo a la agua santa que les echaban, y así muchos huían de recibirla pensando que mataba. No fue poco lo que en esto se trabajó con estos bárbaros, hasta que Dios, por su misericordia infinita les fue abriendo los ojos para que alcanzasen algo de su virtud y eficacia. Pues tocante al santo sacramento de la penitencia segunda tabla después del naufragio fue terrible el horror que le cobraron y no es de espantar que gentes tan bárbaras y faltas de fe tanto les horrorizase pues a cristianos muy viejos hace temblar lo terrible de aquel juicio; y así en la flaqueza de estos miserables halló mucho lugar satanás para desacreditar el santo sacramento y siendo así que todos los más indios de aquesta nueva España usan una ceremonia a modo de confesión diciendo uno sus pecados a sus sacerdotes, otros a sus médicos, de lo cual no tenían horror porque satanás es autor de estas monerías en que como simio quería remedar a Dios, les quitaba todo embarazo; luego que vio que se le iban saliendo de sus uñas por el bautismo, procuró cogerlos otra vez por el horror de este santo sacramento y aun hasta hoy es tanto lo que se padece en este particular, que solo los ministros que lo practican, pueden conocer lo que en

esto hay; pero mediante la divina gracia no hay duda que se aprovechan muy bien de aquesta medicina. Lo que aquellos santos varones trabajaron para reducir estos troncos toscos a estado de hombre solo Dios que lo pone a buena cuenta para remunerarlo todo, puede alcanzarlo; y así no digo más sobre este punto pasando a lo que sucedió con la muerte del cacique don Juan de Chiapa.

CAPÍTULO LXX

De lo que hicieron los españoles por la muerte de don Juan el cacique

¹⁾ Turbáronse mucho los españoles con la muerte de don Juan y dijeron y hicieron muchas cosas de hombres apasionados, echaron su muerte a don Pedro, que aun sus trabajos no eran acabados, y decían que había hecho un sacrificio en aquel lugar donde don Juan murió; y que por obra del demonio se había alborotado el caballo, y sucedió lo que ya hemos dicho. Determinan de ir a Chiapa sobre ello y fueron aun los que juran que nunca quebraron nuestra amistad y no sé cómo acaso hallaron unas imagencitas en la iglesia en que estaba pintado un corazón y en él metido un niño Jesús; dijeron que aquellas figuras eran del demonio y que aquellas adoraban los indios hasta que los padres les declararon aquello y dijeron haber ellos traído aquella figura de Castilla, de que no quedaron poco corridos. Finalmente prendieron al pobre de don Pedro y lo trajeron a la ciudad y lo metieron en gravísimas prisiones de cepo y grillos y no sé si también cadena, padecíalo el pobre con gran paciencia, diciéndoles: *¡Parece que me atáis con flores y rosas porque no padezco nada de esto por mi pecado, sino por la palabra de Dios y de los padres!*, y parecíales palabra de indio emperrado, como los españoles suelen decir; y ellos las iban a contar a los padres. Finalmente tuvieron al pobre de don Pedro preso cinco meses hasta navidad, aunque no en aquellas prisiones, y conocida desde algún tiempo su inocencia lo soltaron, sino que según se creyó lo tuvieron preso, para que rogando por él el vicario que viniese de Méjico, tapasen las bocas de los religiosos para que no hablasen en los agravios que le habían hecho. Como esto se entendió no les habló por él el padre vicario y viendo ellos que callaba, lo soltaron y enviaron a su casa. Todo esto padeció aquel indio constantísimamente por amor de Dios y por favorecer a los religiosos. Decían en estos tiempos que los indios no nos querían ver ni oír y que contra su voluntad estábamos en su pueblo y por esto acordó el canónigo Perera, que era provisor y tan bueno como ya hemos dicho, de ir a Chiapa y juntar toda la gente en su iglesia y les declaró ser la causa de su ida saber de ellos si querían frailes de Santo Domingo o clérigos que los doctrinasen, y que le dijese cada uno su voluntad. Después los hizo salir por contadero y todos le dijeron que a sus padres de Santo Domingo querían; solo un

1) Se reanuda la relación de fray Tomás en su capítulo XCVII; el capítulo anterior es resumen del capítulo XII, lib. VI de Remesal.

mozuelo de la iglesia que habíamos criado llamado Juan, hijo de un cacique difunto, el cual casó después con hija de don Pedro, dijo que quería un abad. Cayónos en gracia a todos porque era algo bobo; como esto vieron aquellos malignos indios de la parte de don Juan que urdían estas inquietudes comenzaron a dar voces en su lugar diciendo: *¡Mujeres mirad que vuestros maridos no tienen corazón, pedid clérigos y salgan del pueblo los padres!* Con todo esto, todas dijeron ser su voluntad que los padres estuvieran allí; con todo esto sembraron tan gran temor en el pueblo, y persuadieron a los indios tan de veras que el que en nuestra casa entrase le habían de cortar la lengua y las piernas, que burlando ni de veras nadie iba a nuestra casa, ni asomaban a ella, si no fueron Juan Atomal y Francisco Nombio y otro su compañero que siempre sirve en casa. Estos jamás dejaron de vernos y de servirnos, desde el día ¹⁾ que entramos allí hasta hoy que ha 13 años. Parecía aquello, en pueblo de indios, cosa de encantamiento: los padres rezaban sus horas y estudiaban toda la mañana y cuando la hambre les llamaba, salían y hallaban un poco de pan frío y de pescado en un poyo y otras veces en una ventana sin que supiesen quien se los llevaba, y la mujer de don Pedro no cesaba de enviar alguna cosilla, cuando podía. Tenía muchas uvas un árbol grande que hasta hoy dura en nuestra puerta y allí mataban la hambre. En esta vida pasaron días; parecióles después irse a los Zoques, donde los llamaban y deseaban, que los que esto padecían eran fray Tomás Casillas y fray Alonso de Villalba, y así se fueron, y con ellos fray Pedro Calvo, el cual anduvo peregrinando por allá, hasta la fiesta de los apóstoles san Simón y Judas. Entonces fray Domingo de Ara lo mandó volver a Chiapa, para que allí esperase al vicario que venía ya de Méjico del capítulo, y acaeció que llegó el día de los apóstoles, cuando querían comenzar la misa mayor, y venía descalzo y roto y en gran manera pobre, acaeció pues que dijo la epístola, allí en el coro bajo, y como dijese aquellas palabras *quis nos separavit a charitate Christi*, enternecióse el corazón y comenzó a llorar, y decían los españoles, que allí había muchos, que de emperrados lloraban: como el siervo de Dios llorase de amor de Dios y de los prójimos. Muerto Juan, los españoles, como hombre poderoso, por mano del Del Val, que era alcalde, hicieron cacique y señor de Chiapa a Hernando Noyola indio del mismo pueblo. Dábanle tales lecciones los españoles, mayormente aquellos benditos que estaban en el ingenio, que ya el mundo le parecía pequeño y a su modo decía *plus ultra*; impusieronlo en que no fuese al llamado de los padres, sino que los padres fuesen a su casa cuando algo quisiesen. Tratábase muy como señor y todo lo tenía debajo de los pies; esto pasaba entonces en Chiapa y fue Dios servido de dar perseverancia a los religiosos y voluntad de ayudar a aquellos pobres, como en otras partes fuesen amados y de muchos llamados y rogados; pero tenía Dios allí predestinados que se habían de salvar. ²⁾

En Zinacantan no faltaron tempestades; pero tuvo siempre nuestro señor de su mano aquel pueblo para que no desfalleciese su fe; en Chiapa hubo muchos que perseveraron con nosotros en nuestras tentaciones y padecieron por Dios y por nosotros trabajos, destierros y pérdidas, como

1) Repetido, en original.

2) Aquí concluye el capítulo XCVII.

arriba hemos dicho; pero muchos también se turbaron y nos dejaron y algunos también nos persiguieron con los españoles, aunque fueron pocos; pero que temiesen no es de espantar, por lo que ya hemos dicho. En Zinacantan hubo quien padeció mucho por nosotros, como arriba parece en lo que hemos contado, y jamás nadie nos dejó, aunque procuraron no dejar sus mujeres algunos principales, y muy más lejos estuvieron ellos de nos hacer mal; y cierto hasta hoy no se ha desmandado hombre contra los religiosos, ni en presencia, ni en ausencia, aunque han sido bien traqueados y solicitados de los españoles; por todo sea gloria a nuestro señor! Acaeció pues, en este tiempo que riñeron dos principales en la iglesia y el uno de ellos fuese a quejar del otro al encomendero del pueblo que era alcalde; y el otro con carta de los mozos de la iglesia que contenía lo que había pasado, fuese a quejar a los padres a la ciudad. Como lo supo el encomendero, sintióse mucho, y envió a decir a los padres, que qué cosa era que los indios fueran con sus quejas al monasterio y no a su amo y a la justicia, como que fuese cosa nueva quejarse los hijos con sus madres y a las veces aun de sus mismos padres y los pobres acogerse a los religiosos cuando de la otra parte ven poder y malicia. Envió también a que le llevasen a los que habían ido a Santo Domingo y en fin otro día los prendió, aunque eran los maltratados, y amenazó a los mozos que escribieron que los había de pringar; y como entonces podían los españoles todo lo que querían, los mozos huyéronse y derramáronse por los pueblos y fray Pedro de la Cruz escribió a los caciques que los recibiesen y enseñasen la doctrina, que fue sin duda providencia de Dios porque enseñaron por la tierra *la historia de nuestra fe* que contiene a manera de historia todos los artículos e hicieron gran fruto en esto y en la policía por ser gente más cultivada en sí y criada con nosotros. Estando así Zinacantan desbaratado y sin escuela, que es todo el concierto de todo el pueblo, pasó el encomendero de Zinacantan por allí y mandó según dicen que no nos diesen de comer si no lo pedíamos por las puertas y que entonces no nos diesen tortilla entera sino pedazuelos que así se hacía en España; y si les dijo cómo allá dejamos nuestras haciendas por Dios, y les declaró el misterio de la pobreza no fue gran crimen; pero sí fue para desautorizarnos, piense cada uno ¿qué podría hacer este sermón y otros tales en corazones tiernos y que ignoran la riqueza de la pobreza en qué nos estimarían? ¿qué pensarían que veníamos a buscar, o qué pretendíamos con ellos? Ido del pueblo luego aquel mismo día se quemó la iglesia y nuestra casa, no sabemos cómo, o por cuya mano; quédese para el día del Señor que se descubrirán cosas mayores y secretos. Tras esto sucedió la muerte de don Juan, en Chiapa como ya contamos y este mismo encomendero hizo cacique a Hernán Noyola y en este mismo tiempo estaba don Pedro el de Chiapa preso en Ciudad Real, por el cual hicieron los religiosos todo lo posible; pero no lo pudieron librar, y como todo andaba tan turbado, juntáronse todos los padres y trataron si sería bueno dejar aquella tierra maldita y irse por los pueblos y todos dijeron que sí, excepto fray Alonso de Villalba y fray Pedro de la Cruz, porque les pareció cosa grave en ausencia del prelado que estaba en Méjico a la sazón; y aunque no se concluyó nada, pero viendo la turbación de las cosas, acordaron de hacer una casita de adobes en Zinacantan

para si fuese necesario salirse de la ciudad hubiese donde se recoger, y los indios con gran gozo en el rigor de las aguas con grandísima prisa hicieron un cuarto bajo con siete u ocho celdas y un rectorio y como fue sin oficial y de prisa y con aguas, desde el día en que se acabó ha amenazado con su caída, y así al presente se hace otra mejor. Juntamente con las tormentas dichas, sucedió en la misma sazón otra que fue, que la casilla de Luis de Torres en que posábamos en la ciudad se cayó y hallándose los religiosos sin casa en tal tiempo quisiéronse pasar al sitio nuevo y meterse en un rancho que se había hecho para los indios que venían a servir en la obra; pero era imposible porque no había donde decir misa ni división de celdas, ni abrigo ninguno, ni corral, ni secretas ni finalmente más que un rancho. Fueron los padres a rogar al alcalde Orduña que se compadeciese de nosotros y mandase venir a algunos indios de los pueblos con cabos a les ayudar, y él de lástima lo propuso en cabildo a algunos vecinos; pero el encomendero de Zinacantan dijo que a lo menos de sus pueblos él no consentiría que viniesen indios; pero confiando fray Pedro de la Cruz en lo que de los zinacantecas conocía, enviéles a rogar que viniesen a la ciudad a ayudarnos y ellos lo hicieron cumplidísimamente, y así se dispuso el ranchuelo para que los religiosos pudiesen meterse en él y así lo hicieron dejando por tierra la casilla en que habían morado: que era tal que desde a poco tiempo no había rastro ninguno de ella y apenas atináramos nosotros con el lugar donde había sido.¹⁾

En viniendo de Méjico el padre vicario, se fue a Guatemala el padre fray Tomás Casillas, porque en el capítulo fue instituido por prior de aquella casa. Fueron con él hasta cerca de Guatemala fray Domingo de Ara y fray Jerónimo de San Vicente, en tanto se tenía no andar solos entonces, que estos y otros trabajos se admitían de buena gana por guardarnos y consolarnos los unos a los otros y hasta hoy se guarda esto bien en esta provincia. Hízonos gran falta la predicación y buena compañía del padre fray Tomás; pero ordenólo así nuestro señor para que no solo diese ser ilustre a la casa de Guatemala, como lo tiene hoy en sí y en la estimación de los seglares, tanto como la que más de la orden, aunque tiene menos frailes que otras provincias; pero aun también lo envió nuestro señor para el bien de los naturales de estas tierras como adelante tocaremos. Cuando el padre vicario vino de Méjico halló ya pasados a los religiosos a los ranchos que arriba dije y porque ya se cayeron y fuera bueno que siempre estuvieran en pie para nuestra edificación, quiero siquiera que quede su memoria en este papel, que quizá a alguno será provechoso algún día. Era el primer rancho de horcones y varillas y lo de encima de paja; la primera parte de él era iglesia, en que había dos altares bajos y pobres y un coro dividido del cuerpo de la iglesia con unas verjuelas. Hacía tanto norte en él y estaba tan desabrigado, que con ser mozos entonces y sanos se nos helaba allí la sangre; tendría adelante cuatro o cinco celditas de nueve pies cada una y la primera era la sacristía y solo ella tenía puertas y aun era mayor, todas las demás no tenían más de un petate colgado delante; las ventanas, aunque estaban junto al suelo y salían al campo hacia la ciudad no tenían más que un petate con que se cerraban cuando el viento las dejaba estar en paz. Te-

1) Aquí concluye el capítulo XCVIII.

míamos muchas veces que nos habían de descalabrar; estando de noche estudiando, porque podían bien hacerlo, como podéis entender y no faltaba malicia para desearlo, pero siempre nos defendió nuestro señor; este era el principal dormitorio y aquí estaban los mayores, y si se encontraran podía pasar el uno arrimándose el otro a la pared. El otro cuarto que hicieron cabe éste, para poderse pasar a vivir aquí, tenía otras tres o cuatro celdas como las demás y aun no tales; el dormitorio era tan estrecho que no podía pasar uno si topaba a otro, sino que el uno había de volver atrás o entrarse en una celda; tenía allende de esto tantas barrigas la pared que si no tenía luz ninguna, no era menester poco tiempo para no deshacerse las narices; y así decía el hermano lego fray Pedro Mártir que cuando entraba a despertar a maitines siempre iba echando la sonda para no dar en algún peligro. Acuérdome que estando doliente y purgado en una de estas celdas conté en las paredes veintisiete resquicios y agujeros que por cualquiera de ellos pudiera estudiar, a lo menos por muchos. Adelante estaba un refectorio, después una cocina y tras ella la procuración y luego la escuela y después una secretas. Todas estas piezas tenían la puerta al claustro, y por mejor decir ninguna de ellas tenía puerta, sino la procuración; teníamos en el claustro tanta verdura que tan buen huerto no lo hemos tenido después, porque aunque la tierra era poca, tenía la fray Pedro tan cultivada que sobraba para nosotros y se llevaba a la ciudad. Hicieron un pozo, aunque parecía cosa de burla pensar hallar agua en aquella altura. Tenía abastadamente para la casa y huertecilla, y aun de allí sacaban después para la obra, y era tan excelente que no sólo nosotros pero muchos de la ciudad bebían de ella; no duró más que hasta que tuvimos en casa agua de pie, y luego se nos secó, que no fue poca maravilla, y así lo cegamos después. Con ser la casa como hemos dicho, cuando vino el vicario de Méjico, fray Domingo de Ara, que había quedado con sus veces queriéndose prevenir contra la soberbia, dijo al vicario en entrando: *¡Padre esto se ha hecho y sin duda a mí no se me debe nada de loor porque no he hecho más que permitir que los padres hiciesen lo que les parecía!* Esto se ha dicho para avergonzarnos de los palacios que ya hacemos, olvidados, en tan pocos días, de aquella santa pobreza; y si no bastare esto para poner algún freno en el edificar, baste a lo menos para que conozcamos cuanto menos virtud tenemos que entonces y que cierto cuanto lo temporal más crece y madura, tanto desmedra lo espiritual en nosotros. Desde a pocos días se comenzó a proseguir de adobes la principal casa y pues fue tal que, antes que se acabase nada, se dejó de trabajar ni proseguir, no hay para qué hacer mucha mención de ella, solamente diré una palabra del gran trabajo con que se hizo, lo que allí se hizo. Comprábamos de los españoles montoncillos de piedras que ellos tenían, por un peso o dos y cuando comprábamos quince o veinte fanegas de cal, pensábamos que estábamos muy medrados; alquilábamos de los españoles los indios de servicio que sus pueblos les daban, veinticinco comúnmente nos daban por un peso de minas; escrúpulos había sobre si esto se podía hacer; pero pareciónos que sí, por ser en bien de los mismos indios y también porque aquel día los horrábamos de mayor trabajo en casa de los españoles y por otras razones que teníamos. Algunas veces rogábamos a algunos caciques que nos enviasen a algunos indios

y hacíanlo; pero hacíannos molestia los españoles encomenderos y afren-
tábannos mandándoles volver a su pueblo; y ayudónos en esto el canónigo
Perera bien tratando de ello cuasi por vía de inquisición, diciendo que
debían de tener por mala la limosna que los indios nos hacían pues la
estorbaban y por esta vía nos dejaron de molestar.

Aunque hasta aquí no se acabaron los trabajos; pero ya su majes-
tad soberana parece que quería empezar a abonanzar tanta tormenta; y
así dispuso su altísima providencia la ida del señor obispo Casas a Espa-
ña, que fue a principios de este año, como se dirá en su vida, quien dando
cuenta a su majestad, de lo que con él y los religiosos habían hecho los
españoles, lo sintió tanto, cuanto se puede entender de un monarca tan
católico que a sus expensas había enviado a estos ministros evangélicos
para bien de estos pobres que tenían solo la apariencia y el nombre de
vasallos suyos, y en realidad no eran sino esclavos de los españoles; y
siendo tan de su cargo el conducir ministros que doctrinasen a sus enco-
mendados, para poder justificar con esta recompensa espiritual lo tempo-
ral que de ellos recibían; y no haciéndolo así sino que el rey que nada
percibía los conducía, ni aun teniéndolos de valde los querían. ¡Oh!, quiera
Dios no les haya caído encima a aquestos miserables españoles, *el vae*
que el soberano maestro arrojó sobre *Betzaida* y *Corozaim*, pues habien-
do recibido mayores influencias de su divino rocío que *Tiro* y *Sidón* tan
poco habían fructificado, condenándolos a que serían con más rigor juz-
gados que los de Tiro y Sidón, ¡oh, quiera la piedad divina no haya sido
mayor el juicio sobre aquestos españoles! Sobre quien derramó Dios
mayores bienes de fortuna, naturaleza y gracia que sobre los indios, fruc-
tificando éstos más con muchos menos rocío, en medio de tantas espinas
y abrojos y malezas con que los cercaban y oprimían los españoles con
su mal ejemplo y opresiones. Tanto fue el escándalo que causó en los
católicos y piadosos oídos de los católicos reyes esta noticia que sin duda
llegaron a pensar que había llegado acá alguna centella del gran fuego
en que se abrasaba la Alemania de la herejía de Lutero. Así dispuso luego
aquese mismo año de 1547 enviar persona tal que averiguase si era así
como se le informaba y despachó al mismo tiempo cédulas a los religiosos
y al cacique don Pedro animándolos a la tolerancia del padecer por Dios,
como se verá en las cédulas que adelante se pondrán; y así prosigamos
el hilo de nuestra historia en el año que llegó el juez que fue el siguien-
te de 48.¹⁾

CAPÍTULO LXXI

**De la venida de Diego Ramírez, juez que despachó su majestad a
Ciudad Real, y de las cédulas que envió a los religiosos y a don
Pedro cacique de Chiapa**

Si al modo de hasta aquí quisiésemos contar algo extensamente lo
que falta de esta historia, sería en gran manera prolija, según la muche-
dumbre y grandeza de las cosas que acaecieron; pero el haber sido largos
en algunas cosas menudas, nos fuerza a ser ahora breves en las de más

1) Aquí concluye el capítulo XCIX.

peso. Como fuimos tan extraños en las cosas tocantes a los indios y tan estrechos en lo que de los negocios de la tierra y de las conciencias de los españoles sentíamos; entráronse ellos más con nosotros, hicieron cosas con nosotros de hombres de otra nación o de enemigos y sonaron éstas por los indios; unos culpaban a ellos y otros a nosotros de cabezudos y amigos de nuestro parecer, y a la verdad estábamos bien firmes en lo que determinábamos después que lo habíamos platicado entre nosotros y todos éramos a una sin que nadie osase salir del parecer ni acuerdo común. Llegaron también estas nuevas a España a oídos de su majestad el emperador nuestro señor y proveyó por juez pesquisador a un Diego Ramírez, vecino de Méjico, hombre muy virtuoso y celoso de justicia para que viniese a hacer información de lo que contra nosotros se hubiese hecho y la enviase al real consejo de las Indias. Este juez, pues, vino a esta provincia por el mes de junio de 1548, y con ser los españoles tan astutos y tan experimentados en cosas de provisiones, cegáronse y no suplicaron de las que éste traía. Como fue pues aceptado su oficio, comenzó a hacer la información y con ser ellos mismos los testigos, porque el dicho de los indios no se estimaba entonces tanto, con la prudencia de Ramírez entendieron ir tan malo su negocio, que conociendo haber errado a los principios, por enmendar aquel yerro cayeron en otros mayores; ellos lo recusaron y criaron procurador en nombre de la ciudad; respondiósle él que no podía tomar acompañado pues ellos todos se hacían parte y culpados, tomando el negocio por de toda la ciudad. Halláronse aquí muy atajados y dijeron e hicieron tantas cosas que serán muy largas de contar, presentaron escritos contra nosotros, de los cuales hube uno que me pareció ponerlo aquí a la letra porque ellos confiesan en él la desgracia que contra nosotros tenían y la causa de ella y dice así: “Magnífico Señor.—Alonso Treviño vecino de esta Ciudad Real y como procurador y en aquella vía que lugar mejor de derecho haya, digo: que la provisión y comisión a vuestra merced, dada sobre el mal tratamiento que dicen haber recibido los frailes de Santo Domingo que residen en esta provincia, porque los dichos frailes han dado grandes ocasiones a la inquietud que ha habido en esta ciudad, negando los sacramentos a los cristianos debajo de opiniones que ellos sustentan, que no se tienen ni guardan en la Nueva España, ni en la vieja y entremetiéndose en cosas fuera de su religión, impidiendo la real jurisdicción; y so color de la industria de los naturales les hacen grandes molestias y ejecutan en ellos sus pasiones, azotándolos cruda y bravamente y así hay causas muy grandes para que los españoles estén en discordia con ellos por no les poder sufrir, por lo cual requiero a vuestra merced mande recibir la información que estoy presto de dar e la mande examinar por las preguntas siguientes.—Primeramente que los dichos obispos y frailes después que a esta ciudad vinieron, no han querido oír de penitencia ningún español que sea vecino y tenga indios de encomienda y haya servido a su majestad en la conquista de esta tierra, y menos a sus mujeres diciendo que participan del aprovechamiento de los indios, diciendo que son obligadas a restitución de las muertes y aprovechamientos que en estas tierras hubo y que han de dar libertad a los esclavos y cumplir tantas reglas que no hay quien lo pueda hacer, si no es dejando su mujer y tomando su hábito, lo cual muchos

harían no siendo casados, considerando la buena pasadía y gran favor que tienen en la tierra, viviendo tan anchos como es notorio, que ni tienen respeto a justicia ni a personas de calidad. Item vuestra merced inquiera el buen tratamiento que en esta ciudad se les ha hecho en limosnas etc. . . . y no permita que por ellos se de probanza de indios, porque estos tales no dicen sino aquello que se les manda y no se probará que ningún español haya mandado a sus indios que no den de comer a los frailes y supuesto que contra alguno se hallase, recibido su descargo será posible haberlo movido tan justa causa, que se sigue de ello buen fruto por ser éstos nuevamente convertidos y tener necesidad de buen ejemplo”.

Hasta aquí tengo de aquel escrito, no sé o no me acuerdo si contenía otra cosa. No podríamos nosotros justificar nuestra causa más que ellos aquí la justifican, solamente responderé a lo de la buena pasadía y vida ancha; cierto se pasaron grandísimos trabajos y si las palabras que ellos a las veces decían en nuestro loor quisiese escribir sería muy largo de contar. Actualmente cuando esto pasaba oyendo decir uno de los mayores contrarios que teníamos, que moríamos de hambre nos envió de noche bizcocho y confites y de parecer de los padres mayores no quiso el prelado recibir el presente, que no fue poca medicina para su alma porque según él decía que debía de ser el peor hombre del mundo, pues los siervos de Dios querían antes morir de hambre que comer su pan. También dijo a uno, que era imposible a su imaginación que los persiguiésemos con mala intención o que éramos grandes necios pues queriendo mal al prójimo hacíamos tales obras o tales, levantándonos a maitines etc. Ciertamente tuvimos en ellos tan grandes celadores que no se les encubría cosa que hiciéramos pues inquirían si comíamos alguna vez carne, como arriba dijimos, y esto públicamente con escribano. Pero dejando todo esto el juez Ramírez hizo su pesquisa, y entre tres de los más culpados repartió 300 pesos de minas de sus salarios y sus ministros, entonces se comenzaron a descubrir a voces las culpas diciendo que como se echaba el salario a solo tres pues fulano hizo esto y esto y zutano dijo esto otro; pero el juez tuvo respeto a que no se hiciese algún escándalo si pareciese que tantos culpados había en cosa que se enviaba al rey. Aquí despertó de veras Juan Martínez, que al presente se llama de la Torre, a quien echaron 100 pesos de sus salarios y viendo esto temió que en España lo habían de mandar arrastrar según debía de ir de cargado y salióse a la plaza y públicamente en medio de ella los llamó a todos de bellacos fementidos perjurios, y a voces decía lo que los demás habían dicho y hecho contra nosotros, y luego se fue a nuestra casa y nos dio palabra de sernos fiel hijo y siervo toda su vida y así lo perdonamos aunque él en poco conocía ser culpado. Desde allí ha sido único hermano nuestro y nos ha favorecido y ayudado fidelísimamente hasta hoy y no hemos tenido otros pies ni otras manos sino él y la orden se loa copiosamente de haberlo gratificado y levantado a lo que es hoy, que es de los más principales del pueblo y de quien más se confía el rey, y así él solo coge sus tributos y guarda sus haciendas y todos los negocios que ocurren se los encomienda la audiencia y no hay otro que más favorezca a los indios y así haya años que es su defensor; Dios sabe lo que adelante será. Hallámonos tan afli-

gidos en este tiempo que puso el padre vicario en plática que dejásemos la tierra y nos fuésemos a la provincia de Méjico y todos los que estaban presentes dijeron que sería bien, aunque no me acuerdo si uno o dos presentes o por carta no mostraron tanto parecerles bien; fue cierto gran pusilanimidad del vicario y puso en peligro de perderse tanto bien como estaba comenzado en esta tierra y la salvación de tantas almas; y fue sin duda intentona de satanáas porque como veía que ya iba abonanzándose la borrasca procuraba por aquí desbaratar la cristiandad. Escribió al padre provincial de Méjico, conocieron la culpa todos y temían que los mandasen ir, que fuera la mayor pena que se les pudiera dar; pero Dios se apiadó de todos y el provincial respondió que hiciésemos lo que quisiésemos y nos pareciese, porque temía mucho de mandarnos ir. Recibimos gran gozo con esta carta y así cesó el mal que por cobardía del vicario estaba armado; pasaron otras muchas cosas notables entonces, que por no ser tan prolijo las pongo en perpetuo olvido. Trajo este juez comisión para conocer del negocio de don Pedro, y si se le hubiese hecho injusticia, poderle tornar el cargo, no obstante apelación; y concluyendo en breve no obstante que casi todos los españoles favorecían a su contrario con escritos y testigos, el juez le volvió el cargo y lo mandó sentar en una silla y que Hernando Noyola y sus émulos y los principales de Chiapa lo saludasen e hiciesen reverencia como a señor; fue gran confusión para ellos y costóles harto de su hacienda y aun destierros hubo, y sentencia de muerte contra uno. Para don Pedro fue la mayor gloria que temporalmente le pudo venir, aunque la rehusó cuanto pudo y con gran instancia nos rogó que no se tratase de él, que no quería ser cacique sino vivir en paz en casa. Escribióle también su majestad agradeciéndole lo que había hecho y prometiéndole toda merced; y si aquel buen indio nos representó en alguna manera a Job en estos tiempos, no hay lugar para de esto decir más, sino que lloraban muchos indios y decían que habían sido impuestos en lo que habían tratado contra él y contra nosotros.

Las cédulas reales que en esta coyuntura vinieron, será bien que se pongan aquí, así la de don Pedro como la de los religiosos, para que no se pierda la memoria, la de don Pedro Noti dice así: “A don Pedro cacique de Chiapa. El príncipe: don Pedro cacique del pueblo de Chiapa del obispado de Ciudad Real. Por relación de don fray Bartolomé de las Casas obispo de ese obispado, he sido informado lo que habéis trabajado en ayudar a los religiosos de la orden de santo Domingo para que los indios de ese pueblo y provincia sean instruídos y enseñados en las cosas de nuestra santa fe católica y el favor y ayuda que para ello habéis dado; lo cual os agradezco y tengo en servicio, y así os encargo y mando lo continuéis hasta que del todo los naturales de esa porvincia vengan a conocimiento de nuestra santa fe católica, que de lo que en ello habéis servido y hiciéredes, yo mandaré tener memoria para os hacer la merced que hubiere lugar. Y asimismo he sido informado del mismo obispo de las vejaciones y molestias que los españoles os han hecho a causa de haber ayudado a los religiosos en lo susodicho; y por ello y por otras cosas que se os impusieron, un alcalde ordinario de esa Ciudad Real de Chiapa os privó de vuestro cacicazgo e vos puso otras penas, sobre lo cual yo

he mandado brevemente se os haga justicia, y así se hará, de manera que vos seáis desagraviado del daño que habéis recibido como allá veréis. Fecha en Monzón a 22 días del mes de julio de 1547.—Yo el príncipe.—Por mandado de su alteza.—Francisco de Ledesma”.

Y para que adelante no se entremetiesen los alcaldes de Ciudad Real en quitar y poner caciques, dio su majestad otra cédula, cuya sustancia es:

“Don Carlos por la divina clemencia etc.—Algunos españoles de los que allá residen que tienen indios encomendados, porque los caciques de los pueblos que así tienen encomendados, se quejan de los tributos demasiados que les llevan y de otros agravios que reciben, asimismo porque acogen en sus pueblos religiosos que les enseñen la doctrina cristiana y les advierten lo que les conviene, dizque les buscan achaques y cosas por donde los destruir y hacer el daño que pudiesen; y así sin causa justa hacen pedimentos y ponen acusaciones a los tales caciques ante las justicias ordinarias, las cuales por complacer a los dichos españoles privan a los tales caciques de sus cacicazgos, no se pudiendo ni debiendo hacer, he querido poner en ello remedio etc.—Su data es en Monzón de Aragón a 26 de agosto de 1547 años, firma el príncipe y consejo, Secretario Juan de Sámano.—Esta fue plaga muy común y que se ejecutó en muchas partes especialmente en este reino de Guatemala, y tan poco caso se hizo de esto como lo que su majestad mandaba para bien de aquestos pobres y así hubo de despachar otra cédula su fecha en Valladolid a 21 de noviembre de 1558 años en que claramente manifestaba lo que claramente y tanto pregonaban aquellos españoles desleales vasallos de su majestad, quien también se dignó de consolar a los religiosos con la cédula del tenor siguiente:

“El Príncipe.—Devotos padres religiosos de la orden de santo Domingo, que entendéis en la predicación e instrucción y conversión de los indios de las provincias del obispado de Chiapa. Por relación del reverendo in Christo padre don fray Bartolomé de las Casas, obispo de ese obispado he sido informado de lo mucho que habéis trabajado y trabajais en la santa y buena obra en que entendéis, en lo cual habéis mostrado y mostráis bien vuestra religión y el zelo que tenéis del servicio de Dios nuestro señor y ampliación de nuestra santa fé católica y bien de esas gentes, y pues la obra es tal y el premio de ella os será tan grande, mucho os encargo continuéis lo que habéis empezado y os animéis y esforcéis sin que os sean contrarias las vejaciones y molestias que en ello se os ofrecieren, que con brevedad se dará orden de enviar más religiosos para que os ayuden y tomen parte de los trabajos que en servicio de nuestro señor tomáis, de los cuales yo mandaré tener memoria para que recibáis siempre merced en lo que hubiere lugar. Fecha en Monzón a 22 días del mes de julio de 1547 años. Yo el príncipe”.

Otra les escribió el año siguiente en que hace mención y memoria de ésta, que es como se sigue:

“El Príncipe.—Devotos padres religiosos de la orden de santo Domingo, que entendéis en la conversión y predicación e instrucción de los indios de las provincias del obispado de Chiapa. Ya habréis visto lo que por otra mi carta de 22 de julio de 1547 años os mandé escribir, después

hemos visto algunas cartas vuestras que habéis escrito al reverendo in Christo padre don fray Bartolomé de las Casas, obispo de ese obispado, por las cuales dáis a entender el trabajo y persecución que pasáis en esa obra en que entendéis y andáis ocupados, de que Dios nuestro señor es tan servido y las ánimas de los naturales de esas provincias tan aprovechadas, lo cual mucho os agradecemos y tenemos en servicio, y os encargamos lo continuéis y tengáis el sufrimiento y paciencia que hasta aquí habéis mostrado en los estorbos y contradicciones que os han sido puestas para proseguir obra en que tanto se merece, de lo cual habréis el premio que nuestro señor por quien vosotros lo hacéis suele dar a los que con tanto celo y fervor le sirven, como vosotros lo servís; y para quitar de aquí adelante los inconvenientes y estorbos que se os ponen enviamos a mandar al presidente y oidores de la audiencia real de los Confines lo que conviene sobre ello, y siempre mandaremos tener memoria de vosotros para os favorecer y hacer toda merced, de manera que entendáis en cuanto os estimamos los trabajos que padecéis: el dicho obispo don fray Bartolomé de las Casas nos ha pedido algunas cosas en vuestro nombre e se ha proveído lo que convenía, así en mandaros dar en esa provincia cierta cantidad para suplir algunas de vuestras necesidades, como en Sevilla, de vestuario y otras cosas y el recaudo de todo ello os enviará dicho obispo. En Valladolid a 14 días del mes de septiembre de 1548 años.—Yo el Rey”.

Otras muchas cartas y provisiones reales dice nuestro historiador que le vinieron en aquellas ocasiones, que no pone por evitar prolijidad, las cuales están en nuestro archivo de Ciudad Real, como es la de la limosna que les hace y otras; pero no se puede excusar otra que el rey de Bohemia dio el año de 1549 la cual dice:

“El Rey.—Devotos padres religiosos de la orden de Sto. Domingo que entendéis en la predicación e instrucción de los indios de las provincias del obispado de Chiapa.—Por algunas cartas vuestras que habéis escrito al reverendo in Christo padre don fray Bartolomé de las Casas obispo de ese obispado, y por la relación que él nos ha hecho, habemos entendido el trabajo y persecución que padecéis en esa obra, en que andáis ocupados, en que Dios nuestro señor es servido y las ánimas de los naturales de esas provincias tan aprovechadas, lo cual mucho os agradecemos y tenemos en servicio y os encargamos lo continuéis y tengáis el sufrimiento que hasta aquí habéis mostrado en los estorbos y contradicciones que os han sido puestas para proseguir obra en que tanto se merece, de lo cual habréis el premio que nuestro señor por quien vosotros lo hacéis, suele dar a los que con tanto celo y fervor le sirven, como vosotros le servís; y para quitar de aquí adelante los inconvenientes y estorbos que se os ponen, se enviará justicia a esa provincia para que castigue los excesos que en ella hubiere y os ayude en vuestra buena obra; además de ello mandaremos tener memoria de vosotros para os favorecer e hacer toda merced, de manera que conozcáis en cuanto estimamos vuestro trabajo que pasáis. De Valladolid a 16 días del mes de setiembre de 1547 años.—Maximiliano.—La Reina”.

No se olvidó el santo y venerable pontífice don Bartolomé de las Casas procurador que se hizo el mismo de su querida provincia de Guatemala, cuyos cimientos puso en las zanjas que dejó hechas y abiertas el venerable y santo padre fray Domingo de Betanzos, prosiguiendo la fábrica suntuosa de tanta virtud y letras, hasta ponerla en su última perfección como se irá viendo, hasta quitarse la mitra de la cabeza para coronar el valeroso caudillo que condujo a aquesta pequeña grey a lo interior de estos desiertos de su querida provincia de la Verapaz donde también fundamentando la fe la hizo crecer con las influencias de su doctrina y patrocinio, hasta hacerle quitar el mal nombre que tenía y le habían puesto de *Tierra de guerra* y mudándoselo en el de Verapaz que tan justamente se le debía y haciendo cuenta, como testigo de vista, al católico monarca que no deseábamos otros tesoros que los que procuraba meter en el gazo-filacio de la iglesia católica, y así queriendo mostrar su benévola gratitud para con los religiosos y caciques de aquella provincia, en esta misma ocasión les escribió a todos los caciques. El sobreescrito es como se sigue:

“Por el Príncipe; a don Miguel y a los otros caciques de Teculután.—El Príncipe.—Don Miguel y los otros caciques de Teculután; por relación de don fray Bartolomé de las Casas obispo de la provincia de Chiapa y de los religiosos de Santo Domingo que residen en esas provincias he sido informado de la voluntad con que habéis venido al conocimiento de Dios nuestro señor y recibido su santa fe católica y deshecho los templos y quemado los ídolos que teníades, con que viviades engañados idolatrando a los demonios, quitando la honra al verdadero Dios, a quien todos debemos adorar y servir, y hémonos mucho holgado de ello por vuestro bien y salvación y porque perseverando en lo que habéis comenzado en servicio de nuestro señor, él os alumbrará y guiará en vuestras cosas para que alcancéis el fin para que todos fuimos criados que es gozar de su divina majestad para siempre en su reino que a todos está aparejado en sirviéndole como somos obligados, y pues el premio que Dios os promete por un tan pequeño servicio, es tan grande, yo os encargo que continuéis lo que habéis comenzado e con todo cuidado e diligencia os desveléis en recibir la doctrina cristiana y en procurar que la reciban todos los vecinos de esas provincias, vuestros sujetos, y en ayudar y favorecer a los dichos religiosos, que demás de hacer vosotros lo que os conviene para vuestra salvación yo tendré memoria de lo que habéis hecho e servido y de lo que sirviéredes en trabajar que los otros caciques e pueblos que no han venido hasta ahora a nuestra santa fe, vengan a ella, para os hacer merced en lo que hubiere lugar; y porque una destas cosas que parece que más conviene para vuestra doctrina y cristiandad y de los otros vecinos de esas otras provincias, es juntaros y hacer pueblos de las casas que están derramadas y esparcidas yo os mando que conforme a lo que cerca de ello os dirán los dichos religiosos, procuréis de juntaros y hacer poblaciones juntas por la orden que los dichos religiosos os dieren. Fecha en Monzón de Aragón a 11 días del mes de octubre de 1547 años.—Yo el príncipe.—Por mandado de su majestad.—Juan de Samano”.

La cédula real en que le manda mudar el nombre, es como sigue: “El Príncipe.—Por cuanto nos hubimos encargado a fray Pedro de Angulo del orden de Santo Domingo e a otros religiosos de su orden que procurasen traer de paz y conocimiento de nuestra santa fe católica a los naturales de la provincia de Teculután y Lacandón y otras comarcas a la provincia de Chiapa que estaban alzados y de guerra, ahora por parte de don fray Bartolomé de las Casas obispo de dicha provincia de Chiapa, del consejo de su majestad, me ha sido hecha relación que los dichos religiosos en cumplimiento de lo que se les había encargado, habían traído de paz a los indios de las dichas provincias de Lacandón e Teculután e Coban e Acalá a las cuales provincias habían puesto por nombre de la *Verapaz* por las haber traído de paz, y sin guerra, e voluntariamente de paz; e me fue suplicado mandase confirmar el dicho nombre, dándoles título de él, o como la mi merced fuese; e yo acatando en esto lo que los dichos religiosos por servicio de Dios e nuestro e bien de los naturales de esa tierra y el deseo que el obispo dice tienen a lo continuar helo habido por bien, por ende por la presente es mi merced e mando que ahora e de aquí adelante las dichas provincias que estaban de guerra e que ya los dichos religiosos han traído e traerán de paz se llamen e intitulen de la *Verapaz*, como por esta mi cédula intitulo e nombro, por la cual mando a los de mi consejo real de las Indias, presidentes e oidores de mis audiencias e chancillerías reales e otras justicias e regidores de ellas, escuderos e oficiales e hombres buenos de las dichas Indias e islas e tierra firme del mar Océano que guarden e cumplan esta mi cédula e lo en ella contenido, e contra el tenor e forma de ella no vayan ni permitan ir ni consientan ni pasen en manera alguna so pena de la mi merced e de veinte mil maravediz para nuestra cámara.—Fecha en la villa de Madrid a 15 días del mes de enero de 1547 años.—Yo el Rey.—Por mandado de su majestad.—Juan de Samano”.

La cédula que su majestad escribe a los religiosos de la *Verapaz* es como se sigue:

“El Príncipe.—Devotos padres religiosos de la orden de santo Domingo que residís en la provincia de Teculután.—Así por cartas del obispo de Guatemala, como de otras personas, he entendido lo que habéis trabajado e trabajáis de traer de paz y en conocimiento de nuestra santa fe católica, a los naturales de esa provincia, en lo cual habéis mostrado, y mostráis bien, el celo que tenéis al servicio de Dios nuestro señor e ampliación de su santa fe católica; y así, además de haber cumplido y cumplir con la obligación que tenéis de vuestra orden, el emperador rey mi señor e yo hemos sido de ello muy servidos; yo os encargo que pues la obra en que entendéis es tan buena la continuéis y prosigáis por todas las vías que pudiéredes de enseñar y doctrinar a estas gentes en las cosas de nuestra santa fe católica, y si para entender en ello algún favor o ayuda hubiéredes menester, ocurriréis al presidente e oidores de la audiencia real de los Confines para que os lo den que yo les mando escribir sobre ello la que va con esta; de Madrid a 25 de junio de 1545 años.—Yo el Príncipe.—Por mandado de su alteza.—Pedro de los Cobos”.

La que escribió a la audiencia real es la siguiente:

“El Príncipe.—Presidente e oidores de la audiencia real de los Confines.—Ya sabéis como tenemos encargado a fray Pedro de Angulo y a otros religiosos de la orden de santo Domingo que procuren traer de paz y al conocimiento de nuestra santa fe católica a los naturales de la provincia de la Verapaz, sobre lo cual les habemos mandado dar las provisiones y despachos necesarios y soy informado que algunos españoles que residen en las provincias de Yucatán y otras partes, contra lo por nos proveído e mandado, estorban a los dichos religiosos que no entiendan en la dicha pacificación y conversión y los escandalizan; y estoy maravillado de vosotros, estando mandado que favorezcáis a los religiosos y castiguéis a los que les estorban tan santa y buena obra, no lo hayades hecho, teniendo de nos entendido cuánto deseamos esta conversión; y porque conviene que en ello ningún estorbo haya o tengan los dichos religiosos, vos mando que guardéis y cumpláis las cédulas y provisiones que por nos están dadas acerca de ello, y no consintáis ni déis lugar que en ninguna manera, ni por ninguna vía se vaya ni pase contra ellas y si alguno excediere de lo en ellas contenido, ejecutéis en él las penas que en las dichas provisiones están puestas y en todo y por todo favoreceréis a los dichos religiosos como cosa importante al servicio de Dios nuestro señor, y de hacer lo contrario nos tendremos de vosotros por deservidos.—Fecha en Monzón de Aragón a treinta de octubre de 1547 años.—Yo el Príncipe.—Por mandado de su alteza.—Juan de Samano”.

Otra cédula despachó su majestad a los religiosos de la Verapaz, ese mismo año, que es como se sigue:

“El Príncipe.—Devotos padres fray Pedro de Angulo y fray Juan de San Lucas y fray Domingo de Azcona y fray Domingo de Vico, que residís en las provincias de la Verapaz entendiendo en la predicación e conversión de los naturales de ellas.—Así por la información que vosotros me enviásteis de ellas como por la relación que me ha hecho el reverendo en Cristo don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, he entendido lo mucho que habéis trabajado e trabajáis en esa obra en que entendéis, e el mucho e grande fruto que de vuestros trabajos ha salido, en lo cual además del servicio que a nuestro señor habéis hecho en ello por el provecho que ha resultado en las ánimas de esas gentes y haber cumplido con lo que debéis a vuestra religión, el emperador rey mi señor y yo, habemos sido de ello muy servidos, y pues la materia está tan bien dispuesta en esas gentes para venir al conocimiento de nuestra santa fe católica y de Dios, y vosotros con tanto celo os habéis empleado y empleáis en ello, yo os encargo que prosigáis lo que habéis comenzado, procurando de traer los que restan de esas provincias a nuestra santa fe, dándoles a entender la voluntad que tenemos a su bien y aprovechamiento y que se salven y vivan en policía y razón, como viven los vasallos de estos reinos y su majestad los tiene recibidos e incorporados en su corona real; y porque yo escribo acerca de ello a los principales caciques de esas provincias darles heis mis cartas y lo que en ellas se contiene y la voluntad que tenemos de les hacer merced en lo que hubiere lugar y avisarnos heis siempre de lo que conviniera que mandemos proveer para

el bien de esa tierra y vecinos de ella. De Monzón de Aragón a once días del mes de octubre de 1547 años.—Yo el Príncipe.—Por mandado de su alteza.—Juan de Samano”.

Otra real cédula se había dado desde el año de 40 para que los religiosos tasasen los tributos que estos recién convertidos habían de dar, lo cual se pervirtió por malignidad qué sé yo de quien, y se les cargaron tributos excesivos, como consta de una real cédula de su majestad para la real audiencia a 25 de febrero de 1568 años, en que manda que se le rebajen los tributos excesivos que pagan. Los religiosos, conforme a la cédula real que se pondrá, les tasaron tributos moderados conforme a su pobreza; pero sin duda después llevaron adelante los excesivos que llevaba Barahona que los tuvo en encomienda al uso que entonces se estimaba; y para que sé vea la piedad de los católicos reyes y su poca codicia y la confianza que de los religiosos hacían he de poner la cédula real que es como se sigue:

“El Rey.—Por cuanto vos fray Bartolomé de las Casas e fray Rodrigo de Ladrada, de la orden de Santo Domingo, nos habéis hecho relación que vosotros y fray Pedro de Angulo y otros religiosos de vuestra orden habéis entendido por vía de paz e de persuasión de traer a nuestro servicio y obediencia y en conocimiento de nuestra santa fe católica a los naturales de las provincias que por la parte de la provincia de Guatemala se llaman Teculután y habéis trabajado en ello lo que os ha sido posible; que con celo de servir a nuestro señor ofreciéndolos a todo trabajo queréis proseguir lo que habéis comenzado, e procurar con predicación e persuasión convertir a los indios de dichas provincias y otras que confinan con ellas por la parte de Ciudad Real de Chiapa e de la provincia de Honduras, en traer a los indios a nuestro servicio e imponerles el tributo que sea justo y os pareciere que nos deben dar en reconocimiento de señorío o que, porque vosotros teneis intento de después de pacificados e asegurados dichos indios, de edificar algunas ciudades e villas, así en la tierra que así pacificáredes, e algunos monasterios de vuestra orden, que me suplicábades vos diese licencia para lo poder hacer, o para repartir la mitad de los tributos que impusiéredes a los dichos indios para los españoles que se avecindaren en las dichas ciudades e villas que así pobláredes, o como la mi merced fuese; lo cual visto por mi consejo; de las Indias, fue acordado que debíamos mandar dar esta mi carta en la dicha razón, e yo túvelo por bien, por lo cual doy licencia y facultad al dicho fray Bartolomé de las Casas e fray Pedro de Angulo e fray Rodrigo de Ladrada, e a otro cualquier religioso de vuestra orden en vuestra ausencia, para que podáis en las provincias que así aseguráredes e pacificáredes, imponer los tributos que los indios de las tales provincias (considerada la calidad de sus personas y de las cosas que en sus tierras tuvieren y ellos grangearan) os pareciere que nos pueden e deben dar en reconocimiento de señorío, y así tasados y moderados los dichos tributos podáis repartir entre los españoles vecinos que lleváredes a poblar la dicha tierra, la mitad de dichos tributos, dando a cada uno la parte que os pareciere según la calidad de sus personas y la otra mitad quede para nos, lo cual mandamos a nuestro gobernador e oficiales en cuyos límites

estuviere la dicha tierra que vos pobláredes, que pongan recaudo en lo que así nos perteneciere y así mismo os damos licencia e facultad para que podáis poblar e pobléis en la dicha tierra los pueblos de cristianos españoles que os pareciere e los monasterios que viéredes que conviene, sin que en ello os sea puesto embarazo ni impedimento alguno. Fecha en la villa de Madrid a 17 días del mes de octubre de 1540 años; y mandamos que los tributos que así repartiéredes el dicho fray Bartolomé de las Casas y los dichos otros religiosos a los vecinos que fueren a poblar la dicha tierra no les sean quitados ni removidos por el tiempo que mi merced y voluntad fuere.—Fray García, Cardinalis hispalens.—Por mandado de su majestad el Gobernador en su nombre.—Pedro de los Cobos”.

CAPITULO LXXII

De cómo se mandó despoblar la Nueva Sevilla y lo que sobre esto padecieron los religiosos

No fueron solo los que estaban en Chiapa y Guatemala los que pasaron las calamidades y trabajos con los españoles sobre defender los indios que también a los que se retiraron a la provincia de la Verapaz por estar lejos de ellos, los fueron a buscar no hallándose seguros en aquellas montañas, porque como queda dicho arriba el asiento que se tomó con el licenciado Maldonado para emprender la reducción de la provincia de Teculután una de las condiciones era que no habían de entrar españoles en toda aquella provincia, y mediante esta condición que confirmó la real audiencia de Méjico, y el mismo emperador en la ejecutoria puesta arriba que prolongó el término de los cinco años puesto en el asiento del licenciado Maldonado, los indios fiándose de la palabra que les daban en nombre de su majestad, se fueron reduciendo; y estaban contentos con no ver españoles en su tierra de quienes tantas cosas habían oído, aunque esto estuvo casi perdido ya como queda dicho por haberse encomendado los indios a españoles, que era otra condición que se había puesto; y habiéndose esto puesto otra vez en corriente por los religiosos el año de 1544 mediante las provisiones y cédulas puestas arriba se volvió otra vez a perturbar esta reducción por una población o villa que fundaron unos españoles en el Golfo Dulce, y empezaron a echar mano de los indios de la provincia como hacían en todas partes que había poblados españoles. Aquesta villa se fundó de algunos españoles que salieron de la provincia de Yucatán y Cozumel en un llano que llamaron de Munguía, porque así se llamaba el dueño a quien la dio don Pedro de Alvarado ¹⁾ que es cerca del paraje donde están hoy las bodegas y donde estuvo la villa que halló Cortés cuando por allí pasó, o por allí cerca, y valíanse de los indios de Polochic y otros pueblos que por allí había y aun hasta de los de Tucurú y Tamahun que eran de la provincia de la Verapaz y aunque se despachó provisión real por la real audiencia de Gracias a Dios a 11 de noviem-

1) La donación no fue de Alvarado sino de Landecho.

bre de 1547 años para que no molestasen los indios, hicieron con ella lo que con todo lo demás que es suplicar y no hacer caso, y lo mismo se hizo con la segunda que se despachó a 29 de julio de 1548, pero quiso nuestro señor que viniese por presidente Cerrato hombre muy cristiano y celador de la justicia que no miraba respeto ni le llevaba la codicia, que despachó la tercera en que se despobló aquella villa, y porque estos sucesos y los trabajos que en esto pasó el fray Tomás Casillas los pone nuestro historiador, sería bien traer lo que prosigue de su historia en que refiere este y otros sucesos de aquel año, que dice así: ¹⁾

Estando nosotros en estas angustias vino por presidente de la real audiencia, que entonces residía en Gracias a Dios que es la provincia de Honduras, el licenciado Cerrato y porque él fue el instrumento que nuestro señor tomó para el bien de estas tierras justo es decir de él dos palabras. Este varón era presidente en la isla de Santo Domingo cuando nosotros pasamos por allí y como mostró tan gran celo del bien de los indios instó el señor obispo y todos los demás que pudieron con su majestad que lo enviase a estas tierras; y así vino por presidente como ya hemos dicho, era hombre recto, constante y tan determinado en lo que había de hacer que ni ruegos ni amenazas ni promesas, ni escritos ni suplicaciones bastaban para hacerle volver atrás de lo que el rey tenía mandado que se cumpliese; entendía las cosas de los indios y su justicia en los negocios, y los agravios que padecían, y las costumbres de los españoles y sus mañas como si toda su vida se hubiera criado en estas partes; siempre presumía justicia de parte del indio y culpa de parte del español, como ello era entonces; hablaba tan descaradamente a los españoles en sus robos y males que habían hecho, como si no fuera de este mundo, ni pudiera recibir bien ni mal de nadie; tenía muy asentado que los indios no debían nada y que en sus tierras y casas padecían de los advenedizos no por más sino porque podían más ellos: daba sumo crédito a los religiosos en lo que a los indios tocaba, honrábalos y favorecíalos tanto que todos entendían ser este día ya de los frailes, y habérseles acabado el suyo; finalmente él ahorró los esclavos y los pobló en donde estaban en Chiapa y Guatemala; él tasó la tierra e hizo cesar las grandes tiranías que había en las tasas; él hizo caminos para caballos en todas estas provincias ²⁾ y quitó los tamemes y servicio personal, los amos y todas las opresiones de los indios; él nos abrió puerta para predicar la doctrina y prohibió que ningún encomendero entrase en su pueblo; él nos acreditó con los indios y nos dio la cabida que hoy tenemos con ellos; él hizo que nuestra predicación fuese creída y Dios conocido; él mandó que los encomenderos diesen a sus pueblos ornamentos cumplidos para decir misa y retablos y finalmente era cual la tierra lo había menester. Y él hizo, o hizo que se hiciese, todo lo bueno que hoy hay en ella, pues como llegó a su audiencia y supo nuestros trabajos, luego nos escribió animándonos y esforzándonos y prometiéndonos todo favor, y luego de antemano con estas primeras cartas nos envió provisión para que Diego Ramírez tasase la tierra y ahorrase los esclavos, creo que por

1) Aquí se reanuda la relación de fray Tomás, a capítulo CI.

2) Parece que los caminos se deben a Landecho.

relación de fray Tomás Casillas; pero cuando llegaron las provisiones ya Ramírez era ido. No basta lengua para explicar el gozo que con estas cartas y provisiones sentimos porque veíamos ya fructificar nuestros trabajos y acercarse la redención de los indios y nuestra. En esta sazón estaba nuevamente poblada junto al Golfo Dulce una villa que llamábanla Nueva Sevilla, y el Golfo Dulce con estar más de 40 leguas de Guatemala, era como si dijésemos las Indias de estas Indias porque para ir a él venían de Guatemala a esta Ciudad Real de Chiapa y de aquí iban a Tabasco y de allí a Campeche y a Mérida y atravesaban todo Yucatán y entraban al Golfo por donde entran los que ahora vienen de España que debían ser 400 leguas; los españoles que estaban en la Nueva Sevilla hacían como ellos lo acostumbraban y molestaban aquellas faldas de la Verapaz, viniéndose pues a quejar aquellos indios a los presidentes tomó fray Juan de Torres alguna noticia de aquella tierra, y los demás padres. Por esta ocasión, pues, determinó fray Tomás Casillas de irse a ver con Cerrato y fueron por el Golfo él y fray Juan de Torres y Rodrigo López (que es el que vino con nosotros de Castilla y nos guardaba lo que traíamos y se había recogido a la Verapaz y trabajaba allí con los indios ayudando a los padres como siervo de Dios, después se hizo clérigo y hoy es canónigo en esta iglesia de Chiapa y provisor y está rico y es muy honrado sacerdote y nuestro amigo): hicieron gran bien en esta jornada, porque el padre fray Tomás animó mucho al presidente a ejecutar lo que el rey le mandaba, que por ventura se acobardaba viendo la gran contradicción que todos le hacían, dio también provisión para que la Nueva Sevilla se despoblase y mandó so pena de muerte que todos saliesen de allí y envió con el padre fray Tomás un juez que ejecutase esto. Fray Tomás adoleció mucho y fueron tantos los trabajos que pasaron de hambres, de aguas, de sierras, lluvias y de ningunos caminos que en muchos años no tornó el padre en sí, ni abría más la boca más de cuanto podía tomar la hostia y no comía sino es cosas líquidas en mucho tiempo. Llegados a la Nueva Sevilla, como los españoles supieron lo que llevaban luego sin dilación los echaron del pueblo y ellos se fueron debajo de un árbol; puso el capitán graves penas para que nadie los fuese a hablar, ni les diese pan ni leña ni fuego etc. y puso guardias en el camino para que nadie pasase y sucediendo un terrible aguacero daba el capitán saltos de placer, considerando cual estarían los frailes. Había guardado Rodrigo López dos o tres pedacillos de bizcocho y aquellos le dieron la vida. Otro día considerando el mal que les podía venir de lo hecho fueron y rogaron al prior que viniese a la villa, vino y viéndose tan ájado, hizo no sé qué concierto con ellos y ellos le dieron un poco de comida y una canoa en que se fuesen. Y los españoles se quedaron por algunos días en los cuales prendieron al capitán y se lo trajeron preso a Guatemala a Cerrato donde se pasó luego la audiencia y la villa se despobló y el pobre español condenado a muerte se huyó y aunque era casado en Sevilla, se casó con una de las principales de esta ciudad cuando iba a el Golfo, y así no halló donde reposar el pobre y murió en harto corrimiento y aflicción: está la provisión notificada a 30 de octubre de 1548 años.¹⁾

1) Aquí concluye el capítulo CI.

Por estos tiempos envió el padre provincial a Méjico recaudos a fray Domingo de Ara para que fuese a visitar la casa de Guatemala y así fue con él fray Diego Calderón. Todo esto nos hacía muy pesado ser regidos desde Méjico y llevar estas cargas de la orden sin gozar jamás de ver el rostro de nuestro prelado. Envió también el padre provincial desde algunos días recaudo a fray Pedro de Angulo que moraba en Guatemala para que nos viniese a visitar a nosotros y así vino y con él fray Diego Hernández nuestro compañero, con cuya visita nos holgamos mucho. Este padre fray Pedro tomó el hábito de esta tierra y era muy antiguo en ella y había trabajado mucho y creo que más que otro por el bien de los indios, vino pues a visitarnos y tardó 20 días en la visitación; y cierto no sé si digo mucho si dijere que tenía más de 100 preguntas en el interrogatorio de la visita y el capítulo de culpas duró seis o siete horas de reloj de noche, del cual salimos todos molidos y algunos contruchos del frío y aun hubo quien tuvo necesidad de baños y en mucho tiempo no se pudo vestir por su mano. Si valiera algo lo dicho para encomendar la penitencia con este ejemplo, si no valga para hacer pausa y tomar alivio para la prolijidad de esta historia. Quedó tan admirado este padre de la virtud y guarda de la orden, y cómo sin guía de hombres experimentados habían atinado también en las cosas de los indios y en el modo de doctrinarlos que decía ser imposible sin lumbre especial de Dios, y que él quedaba espantado y que nunca tal pensaba; y sí comunicó él con ellos otras cosas de que él trataba tocantes a los indios, pareciéndole que en esta casa moraba la sabiduría de Dios. Ido el visitador y tornados a derramar los padres, al fin de la predicación, noche de la Epifanía, se nos cayó nuestra iglesia y parte de la casa, que eran en fin las casas de aquel tiempo que no nos daban lugar hacer otras, que muy presto se caían; quedámonos de esta vez en la calle y así íbamos a decir misa a la iglesia mayor fuenos forzado a darnos prisa a proseguir algo en la obra principal y así en un cuarto hicimos algo de celdas y un refectorio, etc. Hízose también una capilla de adobes tejada y un rancho bueno que aun hasta hoy se dicen los domingos misa a los indios, pasaron más trabajos en este edificio por las razones que arriba tocamos, y yo podré en breve tocar; pero en fin se aderezó en breve, de suerte que de hoy en adelante tuvimos forma de casa y clausura y puertas y ventanas en las celdas y corrales; y ya comenzaban a ser gentes, y lo que más es que tuvimos santo sacramento y el comisario general de la orden de san Francisco dijo la primera misa y sus compañeros fueron ministros. Cuando los padres vinieron para pascua de resurrección lo hallaron todo lavado y era tanto el contentamiento que teníamos ya vernos en tal casa que nos pareció exceder nuestra pobreza y no haber casa semejante; pero los primeros padres que vinieron de España quitaron la fantasía y decían que eran bodegas y suétanos y las celdas inhabitables y la falta de la salud nos lo dijo después, y era bien claro de ver porque se allanó una falda del cerrillo para edificar la casa y excedía de la casa de alrededor las ventanas de las celdas de manera que de algunas celdas no se podía tender la vista

más que una lanza o poco más; y así con razón se mudó después la casa: allende de que todo lo que en ésta había no era duradero, ni tenía cimientos ni cosa buena. ¹⁾

Mediantes los despachos que del provincial de Méjico para que el padre fray Domingo de Ara visitase la casa de Guatemala pasó, como se ha dicho arriba, a visitar aquella casa y tuvo el capítulo *de culpís* un lunes a 3 de setiembre de 1545 que fue la primera visita que en este convento se hizo y aunque era tanta la religión y virtud que en la casa se profesaba, como se deja entender siendo su prelado el padre fray Tomás Casillas, era tan nimio el padre fray Domingo de Ara en las cosas más mínimas y ápices de la religión, que le pareció conveniente el mandar tantas menudencias (que nos parece serlo a los que somos poco observantes, porque como dicen nuestras sagradas leyes en la observancia de la más mínima cosa consiste la guarda de las mayores; y el que estas no observa, poco a poco viene a faltar a lo principal) no me pareció ponerlas aquí como las trae el padre presentado Remesal: porque no es cosa para los de afuera; y así las dejo que el que las quisiere ver las hallará en el citado autor, y en su original que se guarda con las demás ordenaciones de visitas en nuestro archivo; y concluída su visita dio la vuelta a su convento de Ciudad Real, dejando muy edificados a todos los vecinos de Guatemala con su gran modestia y mansedumbre y sobre todo su simplicidad de corazón. ²⁾

CAPITULO LXXIII

De cómo se fue descubriendo la gran solapa que había entre los indios acerca de la fe católica que habían recibido

Por este tiempo comenzó nuestro señor a abrir los ojos de su misericordia sobre estas gentes y a darles luz en sus corazones con que conociendo a su criador, dejasen sus errores que hasta allí habían vivido y confesasen su ficción en que habían vivido. Arriba lo dije, y creo que es así y así lo firmarían de sus nombres todos los religiosos y los primeros de esta provincia que apenas, y a dicha, se hallaría en los pueblos algún indio que tuviese fe de cristiano: y la razón es clara porque jamás se les predicó Cristo ni hubo quien de esto tratara, pues que hubo quien bautizase muchos mayormente en los pueblos que entonces eran ricos, como Chiapa, Zinacantan, Copanaguastla y algunos de los Zoques, y a nosotros nos tenían muchos de los otros principales engañados diciendo, que ya habían dado los ídolos los tiempos pasados; pero cuando la misericordia del señor les abrió los ojos para que entendiesen su doctrina, descubrieron tanta infinidad de ídolos los quelenes que son más vecinos nuestros, que no se pueden contar y la primera quemada solemne de ídolos que se hizo fue en Zinacantan día de nuestro padre san Francisco donde se juntaron los ídolos que allí se hallaron y de los otros pueblos comarcanos y se quemaron con grandes fiestas; salían a verlos las mujeres y

¹⁾ Aquí concluye, a lo que parece, el capítulo CII.

²⁾ Remesal, lib. VIII, caps. XV y XVI.

la gente común que no los habían visto y dábanles de palos y escupíanlos, y espantábanse de lo que sin ver toda su vida habían reverenciado. Después se hicieron otras quemas públicas en la ciudad y en otras partes, de los ídolos de la nación que llaman zendales y de algunos quelenes. También se descubrió mucha miseria en los Zoques y todo se limpió según creemos por la misericordia del señor; y no se ha hallado después cosa que toque a todo el pueblo ni a muchos tampoco, aunque a veces se han hallado particulares que han guardado, como santa Marina, algún idolillo para no menester. En Chiapa, como tenían los ídolos tan guardados que ninguna noticia tenían de ellos el común del pueblo, su encomendero residía siempre entre ellos y presumía de hacer más que otros españoles, no había cosa pública y todos comúnmente decían y creían haberse quemado los ídolos todos, pero fue así que al tiempo que los quemaban hubo sutilísimos y regilísimos indios que hurtaron algunos ídolos especialmente el suyo propio de Chiapa que llamaban Mavite, este era su gloria y bienaventuranza y jamás nadie lo vio desde los tiempos antiquísimos; con todo eso no creo que hay cristiano que más particularidades sepa de Cristo que ellos de este ídolo. Sabían su hechura de labores, pies, pecho y la significación de todo, y su principal culto era no casarse, no conocer mujer, para que así estuviesen más dispuestos a los vicios nefandos con que lo honraban. Este y otros ídolos había en sumo secreto a quien servían aun en nuestro tiempo como digo, pero pocos y en sumo secreto; a éstos y a otros hacían tantos sacrificios particulares personas, que cuando esta luz que he dicho alumbró a estas gentes para que nos descubriesen lo que pasaba hallamos los sacrificios junto al pueblo y en las mismas puertas de su casa: tanto que por ver los males y dureza de estos indios, algunas veces algunos tenían náusea de ellos; pero porque aun en nosotros se cumpla aquello del señor: *erunt primi novissimi, et novissimi primi*.

Guardó nuestro señor esta empresa, para fray Pedro de Barrientos, portugués que vino de nuestra Señora de la Peña de Francia, casi diez años después que nosotros. Este padre se dio tanto a la lengua que sin duda pienso la sabe tanto como la materna o mejor. Ha tenido tan gran maña con los indios que creo no se le ha encubierto cosa que entre ellos haya y así ha sabido y destruido mil pésimas costumbres y dado tal gesto a este pueblo que cierto veo en él cumplida la parábola del evangelio, y de un granito de mostaza hecho un árbol tan grande que pueden las aves del cielo morar en sus ramas; y cierto tiene gesto de pueblo cristiano y parece haber muchos que se salvan y conocen a Dios. De la temporal felicidad y riqueza que hoy tiene la comunidad del pueblo y la iglesia y los edificios de ella no hay que decir pues está patente a los ojos de todos. Este padre en fin halló el *Maviti* y la cofradía de sus servidores, y el señor obispo, que ahora es, quemó los ídolos y al sumo sacerdote Juan Doche lo hizo en la ciudad esclavo perpetuo, y así sirve a la catedral con unos grillos; finalmente desde el tiempo dicho comenzó a haber cristiandad en la tierra, y desterraron totalmente las borracheras, que no he sabido después, ni he oído cosa que haya pasado en esto y los indios comenzaron a ser cristianos, y a frecuentar los sacramentos; aunque en particulares personas ya había antes comenzado a obrar la fe en todas

partes, y en Chiapa también: que no fueron ociosos los muchos trabajos que fray Pedro Calvo pasó en aquel pueblo y después fray Alonso de Villalba, y aun fray Diego Calderón trabajó algún tiempo su pedazo; y desde el principio prendió la palabra de Dios en sus predestinados y recibieron los sacramentos y hacían obras de cristianos con gran simplicidad, otros había fictos y tenían ídolos, como ya hemos dicho, que no era pequeño mal en el pueblo sin entenderse ni descubrirse. También hubo otra ficción, con que claramente veíamos cómo la palabra de Dios obraba en estas gentes que aunque pobres y bárbaros son en fin capaces de la vida eterna, y fue que muchos de ellos estaban por bautizar y ellos mismos habían tomado nombres de cristianos, fingiendo cuando iban fuera de su pueblo que ya habían recibido el agua del bautismo. Otros modos de ficción había también muchos que habían ellos mismos puesto nombres a sus hijos, y llevado algunas veces a bautizar el hijo del esclavo por el propio, porque como los pobres no entendían la virtud de Dios cumplían de miedo con sus encomenderos o con los clérigos en lo de fuera, y guardaban lealtad al demonio en su corazón porque como no tuvieron predicación alguna, ni les declararon misterios de la fe, más que supiesen los que podían el paternoster y el avemaría y el credo en latín, que aunque fuera en castilla¹⁾ era lo mismo para ellos, ni sabían qué era bautismo ni cosa alguna de la fe católica. Y así no es de maravillar que no apeteciesen la cristiandad y se estuviesen en sus errores, que sabían en que estaban bien instruidos, y así dijo muy bien aquel indio que preguntándole un ministro que cómo los indios por la mayor parte no entraban bien en la cristiandad, le respondió: Si los ministros del evangelio pusieran tanto cuidado en instruirlos en las cosas de la fe como sus sacerdotes lo ponían en doctrinarlos en las cosas de su gentilidad, ellos fueran más buenos cristianos: y así no es de maravillar que aquellos no amasen la fe pues no sabían qué cosa era. Estas cosas no se han descubierto por vía de acusadores, ni fiscales, sino alumbrados ellos mismos en su corazón, han venido a buscar remedio para sus almas; yo conozco indio que se había puesto el nombre de cristiano, y alumbrado después se fue, por vergüenza nuestra, a bautizar a Guatemala, y acusado después que se había bautizado dos veces contó lo que pasaba y no se halló ni un pequeño indicio de que antes fuese bautizado; otros han venido en secreto a los padres y los han bautizado en su celda; otros han venido en público; otros con escrúpulo del bautismo han andado inquietos hasta que se les ha dado secretamente debajo de condición. Esto comenzó a obrar entonces la palabra de Dios y hasta hoy obra, y ahora muchos de ellos cuando se confiesan hacen diferencia de los tiempos, y dicen: Tantos años ha que creo, hasta entonces no creí, volviéndose mi corazón a Dios tantos años ha; y algunos oyeron doctrina tres años, otros más y otros menos, antes que se volviessen a Dios, y digo de los que estaban bautizados o tenían nombre de cristianos, que de los que se han bautizado, no he oído ficción alguna: en fin conoce Dios sus ovejas y nadie se las puede sacar de las manos finalmente, aunque por sus juicios secretos deje algún tiempo andar descarriadas.

1) Castilla = castellano

CAPITULO LXXIV

De un juez que fue a Ciudad Real, y cómo se dio libertad a los esclavos y se tasó toda la tierra y cómo se fueron fundando pueblos en forma

¹¹ Venida la real audiencia a Guatemala se trató de remediar luego esta provincia solicitándolo nosotros desde acá con cartas, y desde allá el padre fray Tomás Casillas de palabra, a quien el presidente Cerrato daba gran crédito, y así vino un juez con gran poder de la audiencia con instrucción que siempre se arrimase a nuestro parecer y nos favoreciese; y esto se daba siempre en las instrucciones que la audiencia daba a los jueces: conviene a saber que se aconsejasen con los religiosos y los honrasen; y añadía algunas veces Cerrato: y que el que lo contrario hiciese muera por ello. Venido, pues, el juez por presidente, consta a esta Ciudad Real el año de 1549, puso luego en libertad todos los esclavos. Nadie puede creer las aflicciones de los españoles a este tiempo y las mañas que usaron con el juez y con nosotros para que no se ahorrasen o solamente se ahorrasen de nombre y de veras se quedasen cautivos, con no sé qué conciertos cautelosos, o ya que más no fuese posible que se dilatase la libertad. Nosotros viendo día tan deseado, no queríamos cerrar la puerta al sol que a esta provincia venía y así tapamos los ojos a los ruegos y plegarias de los españoles, y animamos al juez a que hubiese constancia y pusiese por obra la voluntad del rey, y para esto le dábamos los avisos y consejos necesarios, finalmente se ahorraron; y con provisiones que teníamos los poblamos a los que de ellos eran oficiales en este barrio de Santo Domingo, donde ahora están, y cuánto nos costó esto por las contradicciones de los españoles solamente las sabe quien las padeció, porque ya que salían de sus casas no querían que parasen en la tierra mayormente cabe nuestra casa: pero en fin, pudo Dios más que ellos. Muchos también de los ahorrados se fueron a sus tierras que no quisieron parar aquí, pusieron también en libertad las naborías y las amas y todos los indios que estaban en casa de los españoles y en sus estancias e ingenios y granjerías. Así se deshizo toda su gloria vana y usurpada que tenían, y comenzaron a volverse a su ser; y los pobres indios a gozar de sí mismos. Deshacíanse los españoles y bramaban: decían que los indios eran ingratisimos y que habían estado en su casa quince o veinte años, y ahora no querían parar en ellas sino irse a sus pueblos o al barrio de Santo Domingo; pero era gracia oír a los indios responder a esto: no basta, decían los pobres, que me ha tenido en su casa quince y veinte años, sino que ahora me quiere detener para siempre, no quiero sino irme a vivir a mi tierra; y daba gracias a nuestro señor que tanto bien les había hecho. Así que desde entonces se pobló nuestro barrio de Santo Domingo y aunque ahora está tan lleno de arboleda y fresca, un cerro muy seco lo conocimos pocos años ha. Tasó también este juez la tierra y quitó aquella infinidad de tiranías que había allí. Cesaron los tamenes, el servicio personal; y el que tenía

1) Aquí comienza el capítulo CIV.

en su casa cuarenta y cincuenta indios de servicio y otros tantos en sus haciendas comenzó a pagar y a rogar por un indio que le trajese la leña o por una india que le hiciese pan. Pareció al juez y a los religiosos que las tasas estuviesen secretas y que para el día de san Bartolomé se juntasen toda la tierra y se les diesen las tasas y se les publicasen las leyes que la audiencia había hecho, con parecer de los religiosos, para la gobernación de la tierra; y así se juntaron para aquel día más indios que yo jamás he visto juntos en la provincia de Chiapa; venían cierto como a un jubileo grandiosísimo y plenaria remisión, y así lo era para ellos. Decíamos la misa mayor a la puerta de la iglesia con gran solemnidad y predicábamosles en todas las lenguas. Tuvieron por mal agüero los españoles que aquello se hiciese día de San Bartolomé, y decían que por el obispo don fray Bartolomé de las Casas se hacía, y por darles contentamiento se pasó la fiesta al día siguiente que era domingo. Aquel día se hizo un solemne cadalso en la plaza y allí estuvo el juez con sus oficiales, y los religiosos que eran lenguas y el prelado, y muchos de los ahorrados esclavos y allí se pregonaron las leyes y se les interpretaron a los indios en cada nación en su lengua, y avisados de algunas cosas los soltaron en paz, el día siguiente les comenzaron a dar las tasas y en dándoselas iban a Santo Domingo y estaban los padres en diversos lugares declarándoselas en sus lenguas. Estaba de Santo Domingo a casa del juez como un río caudaloso de indios que iban y venían, y nuestra casa no cabía de gentes, ni los indios de gozo viéndose tan ricos y tan aliviados de tan intolerables cargas como habían sufrido; pusiéronse entonces alguaciles en toda la tierra con poder para ejecutar todas aquellas leyes y así se pusieron los señores y principales que eran dignos, y a unos pueblos los traían de otros por que allí no había personas bastantes y se les daba salario por los oficios, y a los caciques también se les señaló el servicio y tributo que sus masegales les habían de dar. Fue esta una mudanza cual yo no he visto ni esperamos ver, y unos lloraban y otros cantaban: porque fue gran vuelta la que aquel día dio la rueda de la fortuna, sería nunca acabar si todas las cosas que pasaron se hubieran de contar, bastan estas para memoria de los que han venido después.

Acabado esto trató el juez de visitar la tierra y hacer información de los culpados. Eran tantas las culpas y los excesos, los homicidios, violencias, robos, y males, que sólo el día del juicio basta para concluir los procesos que se pudieran hacer. Algunos españoles temiendo la justicia se concertaron con sus indios, mediante nuestra intercesión, y les pagaron los males que les habían hecho. Otros debían tanto que sabían ser imposible todo concierto, rogábanos que nos apiadásemos de ellos y no tomásemos venganza de los males que nos habían hecho. Venían las mujeres a rogar por sus maridos y hablaban bien a los indios: ya eran hermanos, no eran perros ni mastín ninguno; prometían la enmienda: era de ver lo que pasaba. Concluida la visita y estando para dar sentencia, envió el cabildo una carta devotísima y humildísima al vicario que estaba en Chiapa pidiendo que viniese a ser su escudo y amparo; respondiéndoles que valiese a cada uno su justicia, pues no quisieron jamás hacerse dignos de misericordia, aceptando los sermones y buenos consejos de los religiosos.

En fin fueron privados de indios diez y siete encomenderos y condenados a mucha restitución de dineros; pero como en fin las culpas eran viejas y de gente que no habían tenido ley, y comunes en todas las indias y mayores quizá en Guatemala y en otras partes que aquí; hízose después con ellos gran misericordia viendo que quedaban perdidos muchos, y que el Perú estaba alzado, y que del rigor se podrían seguir muchos males. Ellos en fin quedaron bien afligidos y escarmentados, plegue al señor que también lo estén delante de él y que sean dignos de alcanzar su misericordia! Como vieron el favor que los religiosos tenían y cuánto los habían menester para con los indios, y también que la misericordia del señor obraría en alguno de ellos, determinaron reconciliarse con los religiosos y así lo hicieron unos con más humildad que otros, y algunos han perseverado en nuestra amistad. Otros cada vez que les parece que tienen la suya sobre el hito muestran la confianza que de ellos debemos tener y cierto de todos tenemos poca y es menester estar desasidos de ellos porque comúnmente es interés el que pretenden, y aprovecharse de los indios ora sea bien para ellos, ora no; aunque unos son más mirados que otros; los que quedaron privados de indios son los siguientes:

Francisco Ortés de Velasco, sobre la visita de su encomienda.

Cosme de Caravas sobre lo mismo.

Antonio de la Torre sobre la visita del pueblo de Pantepeque.

Francisco Domínguez sobre la visita del pueblo de Ocotenango, su encomienda.

Pedro Moreno sobre la encomienda del pueblo de Ostutla por su visita.

Antón Sánchez sobre la visita del pueblo de Tenango y Teguantepeque y Ocotenango, que son en términos de la ciudad.

Luis de Torres Medinilla sobre la visita del pueblo de Usolotepeque.

Luis de Mazariegos sobre la visita de los pueblos de Pinula.

Doña Catarina Mazariegos sobre la visita de los pueblos de Totoapa y Coquitlapa.

Andrés de Benavente sobre la visita de los pueblos de su encomienda.

Juan de Aranda sobre la visita de los pueblos de Ayultepeque y Teculután y Cuyuteganga.

Gonzalo de Ovalle y Ana de Torres su mujer sobre la visita del pueblo de Zinacantan.

Pedro Solórzano sobre la visita del pueblo de Chamula y sus sujetos.

Diego García, alguacil mayor, sobre la visita de los pueblos de su encomienda.

Alonso Martín sobre la visita del pueblo de Cozcacoatlán.

De la misma suerte que en Chiapa, el buen presidente en lo de Guatemala poniendo en libertad todos los esclavos y poblando los que no se fueron a su pueblo al rededor de Guatemala como se ven el día de hoy, y esta es la verdad de lo que pasó entonces, no la fábula que inventa don Francisco de Fuentes que los conquistadores fundaron pueblos fundándose solo o valiéndose para inventar esta quimera de los nombres que algunos de ellos tienen, San Pedro tesorero, San Andrés deán, Santa Ca-

tarina Bobadilla, etc. : porque el llamarse así es por la tierra en que se fundaron esos pueblos porque como toda la que había al rededor de Guatemala estaba repartida entre los vecinos y a cada pedazo llamaban milpa del dueño que tenía, una era milpa del tesorero, otra del deán, otra de Bobadilla, etc.; y como para fundarse estos pueblos de los esclavos que ponían en libertad los dueños les dieron sus tierras con cargo de pagar el terrazgo que llamaban, que eran las rentas de aquellas tierras en maíz, gallinas o dinero; y muchos dejaron estas rentas para capellanías y otras obras pías, como hasta el día de hoy pagan muchos a nuestro convento de las capellanías de Alonso de Hidalgo y de otros; y los religiosos fueron procuradores de esto por orden de la real audiencia, y así tenemos a nuestro cargo los más de estos pueblos que llaman Milpas Altas y Bajas; otras tienen, que se les encargó a los padres de San Francisco, y muy pocos los padres de la Merced, por que nunca en aquellos primeros tiempos se aplicaron a saber lengua; y así cuando de eso trataron y se aplicaron a la administración, fue cuando ya todo lo más cercano de Guatemala estaba ya en poder de los religiosos de San Francisco y Santo Domingo.

¹⁾ Con el favor de este juez que porque no quede su nombre sepultado se llamaba Gonzalo Hidalgo de Montemayor, y con el calor que la audiencia nos dio, juntamos los pueblos como ahora están: que no los hallamos así, había muchos pueblecillos y cada uno estaba tan derramado que veinte vecinos ocupaban tanto, como Sevilla porque cada uno vivía en su milpa y sementera; nosotros éramos pocos para visitar y doctrinar tantos pueblos; y aunque fuéramos, un pueblecillo no nos pudieran sustentar dos días, ni ellos podían comprar ornamentos ni hacer iglesia ni tener policía de hombres. Juntámoslos pues, con harto trabajo nuestro y suyo, algunos quisieron entendiendo que les convenía; otros convenían por seguir nuestro parecer, guiados no más; otros con solo la boca decían que sí; y algunos aunque pocos del todo mostraban no quererlo. Pero en fin, con ruegos y con no quererles recibir sus presentes, que nos traían y con no quererles bautizar a sus hijos, todo se efectuó como se está sin azotes y sin mal tratamiento ninguno. Y porque mejor se entienda, sepan los que lo vieron que en Ixtapa que está entre Zinacantan y Chiapa se juntaron cinco pueblos, sin otros muchos que moraban en las milpas, estancias y barrancas; en Chamula se juntaron tres pueblos y así es en casi todos los demás de esta provincia de Quelenes y Zendales; y lo mismo en los Zoques que es Tepatan se juntaron cuatro pueblos y así es de los demás; con esto se pudo visitar sin tanto trabajo, y muchos de estos pueblos pueden sustentar un monasterio y pueden tener policía. Tras esto se comenzaron a hacer las casas de los indios de adobes de toda esta provincia y así ya tienen gesto de pueblos con buenas casas y calles. Comenzáronse también a hacer iglesias y casas de religiosos y el día de hoy están muchas acabadas y tejadas y tan buenas, como las hay en muchos pueblos de España de doblados y tras doblados vecinos, que pone admiración lo que en siete u ocho años se ha hecho. Desde entonces también se comenzaron a componer ornamentos para las iglesias, y habránse comprado en

1) Aquí comienza el capítulo CV.

esta provincia desde entonces bien treinta o cuarenta mil pesos de ornamentos, cálices, cruces, vinajeras, ciriales de plata; y creo si dijera sesenta mil no mintiera porque son muchos los pueblos, y todos tienen lo necesario tan polido como en las más polidas iglesias de ciudades y monasterios honrados de España: porque hay ya ternos ricos en algunos pueblos y todo lo demás de plata que arriba dije; y esto de juntarse los pueblos y prosperidad de las iglesias ha sido así también en Guatemala. Cerrato ayudó mucho como ya dije; pero lo común y lo más ha sido obra de la fe de los indios, ellos hacen sus casas y las nuestras y de su sudor han comprado lo dicho que si bien se pensase parecería un milagro, y no un pequeño argumento de la fe de estos pobrecillos. Por este tiempo vino en tanto crecimiento la música en esta tierra especialmente en Copanaguastlan, Chiapa y Tecpatan; y en esta casa de la ciudad, que a dicho de todos no había tal cosa en todas las Indias; aunque ya el día de hoy es mucho lo que dicen que hay en la Nueva España, pero creo según dicen que no exceden a algunas capillas de esta provincia. Hay flautas excellentísimas, y sacabuches y trompetas, chirimías, y voces tales cuales cierto, no hay menos adminículos de solemnidad y devoción en Chiapa, Zinacantan, cuando allí celebramos algunas fiestas, que en iglesias catedrales o solemnes monasterios de España. Finalmente los indios han alzado la cabeza desde entonces, tanto que no bastan palabras para lo dar a entender a quien no lo vio, y así son dignos de perpetuo silencio a los que les parece que son grandes los trabajos y pequeño el fruto, no miran los desventurados con cuántos defectos hacen ellos lo que de su parte es, y quieren que la verdad que ayer sembraron se coja ya hoy el fruto. Ha de haber paciencia, y esperar que lo sembrado arraigue, y que salga en yerba y eche caña, y en la caña sazone el fruto, como dice nuestro redentor en el evangelio. Desde aquel tiempo tenemos nosotros también tanta abundancia, que cierto es menester más virtud para desechar lo superfluo que para suplir las faltas de lo necesario y pues que esto lo ven todos, no hay para qué yo me canse en lo contar. Dimos entonces una vuelta por la tierra y empadronamos los indios y repartimos los tributos que cada uno había de dar, y añadimos algo más para los gastos comunes y comidas de los religiosos cuando fueren a los pueblos para que en ninguna manera pudiesen los caciques ni *tequitatas* echar derramas por los pueblos, y pusimos cajas de depósitos con sus libros de cuentas, y esto cada día se va aderezando más; pero para los religiosos nunca fue necesario sacar nada de estas cajas porque ofrecen los indios en las iglesias bastantemente para la sustentación de los religiosos y aun para otros gastos de las iglesias, de los cantores y sacristanes, y de otros que las sirven. Muy a la larga, contamos nosotros nuestros trabajos y muy en breve hemos contado el fruto de ellos como sea sin comparación mayor el fruto que los trabajos; el fruto digo no solamente del bien temporal de la libertad de los indios y alivio y policía, pero de la salvación de innumerables almas que se perdían, y son hoy cristianos y se salvarían muchas más si ministros hubiere; pero *messis quidem multa operarii autem pauci...*

Esto de la mudanza de los pueblos y juntarlos en uno para que pudiesen ser doctrinados en la fe y en policía fue mucho el trabajo que costó en la Nueva España donde su majestad gastó más de 200,000\$ y perdió casi otros tantos vasallos por no haberse acertado el modo como por voluntad de Dios se acertó en este reino de Guatemala, y todos o los mayores desaciertos que los ministros de su majestad cometen tocante a los indios, es por no quererse valer de los ministros ya con el consejo, ya con su ayuda; sino que todo lo quieren llevar por su *línea*¹⁾ secular. Así fue lo de la Nueva España, y es lo que cada día vemos, que valiéndose de jueces cada uno con mil pesos de salario, fueron y con violencias sacaron a muchos de sus lugares, pasábanlos a otros sin prevención de comida, ni de vivienda, y muchas veces sacábanlos de un buen sitio porque quedara desocupado para el que se lo pagaba; quedaban los pobres dueños de sus tierras en un lugar estéril e infructífero con que era fuerza que perecieran tantos como perecieron. En Guatemala y Chiapa se fue con buen concierto porque fue gobernado por mano de los ministros, a quienes ellos habían cobrado amor, que fue el que más los atrajo; pero también consideraban los religiosos lo que era necesario para eso: y así escogido el sitio en donde se había de hacer la población que fuese el más apropósito se sembraban las milpas y sus cosas que ellos comen, y entre tanto que se sazaban los frutos se iban haciendo sus casas, y después que todo estaba así dispuesto en un día señalado se hacía la traslación, con que teniendo ya vivienda y alimento con facilidad tomaban amor al paraje, y olvidando el antiguo. Y de este modo se logró en este reino el fundar los pueblos, como hoy los vemos, y de este ardid y traza se valió aquel sin segundo en estos tiempos en poblar y reducir indios José de Aguilar siendo capitán de la reducción del Petén de que a su tiempo se dará razón, el mayor servidor de Dios y del rey que ha tenido este tiempo este reyno: viéndolo ahora arruinado, por ciertas pasiones y maldades de los superiores que gobiernan, que por atender a su codicia abandonaron tan gran reducción como se iban haciendo en todas aquellas montañas. Siendo otro Cortés según el respeto con que todos los indios fieles e infieles lo atendían y veneraban, a Dios darán la cuenta del grande atraso que ha tenido aquella cristiandad, con hartó sentimiento de todos los que bien sienten, porque los capitanes que enviaron después, como fueron por la santa limosna que dieron al gobernador, no han ido a otra cosa que a destruir aquellas plantas tiernas y desollar aquellos corderos.

De los pueblos que según Remesal (*lib. 8, cap. 25*) se pudo adquirir noticia, fueron en la sierra de Sacapulas, Chahal, allí se juntaron después que los religiosos de la orden tomaron aquella administración los pueblos de Huil Boob Hilon, Honcab, Chaxá, Aguacac, Huiz, y otros cuatro, y cada uno de estos tenía otros pueblecillos sus sujetos. Estos todos no los redujeron a la fe los padres de San Francisco sino los de la Orden como se dirá adelante. En Mecak se juntaron Baca, Chol, Calchil, Cuchil y otros muchos más de doce; en Cosol se juntaron Nama Chicuitenol, Caquilax y otros muchos; y en Quiché en el pueblo de Santa Cruz Utatlán se juntaron Cavaquib, Niahib, Achavil, Quiche, Tamub. En

1) *ligne*, en orig.

Santo Tomás Chichicastenango, en Zacualpa, Ahauquiché, Nihuib, Caviuib, Roché y otros muchos; en Xoyabaj los mismos que en Santa Cruz, porque fueron enviados de los de Santa Cruz para defender aquel paso de los de Rabinal, y estaban allí como en frontera, y allí estaba el castillo o centinela que llamaron *Xolahab*, y de allí se denomina el pueblo. Lo mismo fue en todos los demás pueblos de San Antón, San Pedro Jocopilas, San Miguel, San Andrés, San Bartolomé. En tierra de Guatemala sólo dice Remesal que pudo saber del pueblo de San Lucas que estaba en un mal sitio y el padre fray Benito de Villacañas lo fundó donde está hoy con parte de indios de Rabinal, aunque es pueblo de la nación quiché, sin duda los españoles los trajeron. Jocotenango se pobló en la tierra de la labranza de don Pedro de Alvarado de indios que él tenía por esclavos de los quichés y cacchiqueles, como queda dicho. Poblólos allí el señor obispo Marroquín quien compró estas tierras y las dio al colegio que fundó de Santo Tomás, que después pasó a ser universidad, a quien pagaban el terrazgo, y ellos pleitearon, y se les adjudicaron las tierras, y perdió esas rentas la real universidad. En el pueblo de Sacapulas se metió la parcialidad que llaman de San Francisco, que los redujeron los padres de San Francisco y se le adjudicó a la orden cuando se quedaron con Quezaltenango, como se dirá adelante; y por esto dice el padre Vázquez que Sacapulas lo redujeron sus frailes, como sea falso por lo que ya queda dicho, que fue el primer pueblo que nuestros religiosos trajeron de paz. En San Juan Amatitán se juntaron cinco pueblos y el padre fray Domingo Martínez los mudó del sitio en que estaban, que era muy trabajoso para acarrear agua y lo pasó en el llano en que está hoy junto a la laguna, y este mismo padre pobló aquella laguna de mojarra, pescado de que los indios sacan muchos intereses: y han tenido muchos litigios con la ciudad de Guatemala que pretende el derecho de aquella laguna.

Antiguamente acudían a oír misa, a una capilla que se hizo junto a nuestra iglesia que llamaban la capilla de los indios, todos los indios de las Milpas Bajas y Altas y la parcialidad que teníamos en Santa María de Jesús, y los indios de Jocotenango; y después por la incomodidad de poder todos ocurrir aquí a misa, se puso ministro en las Milpas Bajas, otro en las Altas y otro en Jocotenango, quedando sólo agregados los que llaman del barrio de la Candelaria o Santo Domingo, que eran de los esclavos que pusieron en libertad, así los mejicanos que allí hay como los cacchiqueles; pero ellos han hecho su iglesia en su barrio que llaman de la Candelaria y allí tienen su ministro. Y así totalmente se desmanteló la capilla de los indios y hoy está hecha patio detrás al costado de nuestra iglesia cercado todo, que ha hecho el convento a su costa por ser lugar sagrado, y por quitar la fealdad que causaba aquel solar a nuestro cementerio adonde tenía la puerta.

Lo que toca a adornos e iglesias de aquesta provincia de Guatemala, si las viera hoy nuestro historiador se maravillara con mucha más razón: pues las iglesias que los pueblos hay eran *buhíos* las antiguas en su comparación, excediéndose los pueblos entre sí con iglesias tan suntuosas que muchas de ellas pudieran ser suntuosísimas catedrales en España, como es la de Escuintla toda de bernegales, la de Rabinal de maravillosa fá-

brica, y otras muchas; el adorno que hay en todas estas iglesias de retablos a lo moderno, ornamentos de riquísimas telas y mucha plata labrada, es por mayor lo que hay en todas estas iglesias; pero esto se entiende de los pueblos que administran religiosos, que las de los señores clérigos es una indecencia que allí se celebre el santo sacrificio de la misa, y esto es en curatos muy pingües y muy ricos, no porque nosotros hacemos violencia a los indios para lo mucho que se hace: que ellos son tan dóciles y devotos que a la más leve insinuación del ministro de lo que es menester, luego lo hacen entre todos con grande voluntad, no escaseando dar cada uno a medida de su caudal, y muchas veces más; que movidos de su devoción hacen muchas cosas y costosas que en españoles de muy crecidos caudales fuera mucho, y esto con tanta magnificencia que es cosa de maravilla ver a un indio que quizás todo su caudal no vale seis tostones, verlo venir a mandar decir una misa por las ánimas: es cosa en que sin duda es afrenta de los españoles, pues están sus iglesias, como lo he visto en la villa de Sonsonate y de San Vicente y aun en Guatemala; parecen unas hermitas de estancia de ganado respecto de las de los indios: tan cuidadosos estos en el culto divino que es de maravillar la puntualidad de los mayordomos en el adorno y aseo de sus altares, la asistencia de los cantores al oficio divino con todo lo demás que es del oficio de cada uno.

¿Pues que diré de la devoción que tienen así, en oír misa muchos los días de trabajo?, es cosa que causa, el verlos, devoción. Son notados de que son poco amigos de la misa, no los abono en el todo; pero cierto que considerado el trabajo tan recio que tienen toda la semana, sea suyo sea en las haciendas de los españoles, parece pueden tener alguna disculpa, y son tantas las cosas que sobre el pobre indio ocurren que no es mucho sea muy justa la dejada de la misa; también tienen mucha devoción con muchos santos que son sus patronos y los celebran con mucha solemnidad; y así consideradas todas estas cosas y otras infinitas que se hallan en ellos, tengo muy diferente concepto de ellos en materia de su fe de la que otros tienen; que por un defecto que ven en uno de que se emborrachó todos son borrachos, de que fornicó todos son fornicarios. Yo quisiera me dijeran en qué república no hay pecados: (*Quis est hic at laudabimus cum*).

Este fue el modo que se tuvo para fundar estos pueblos y doctrinar estos naturales, y ¹⁾ como sin género de jactancia fueron doctrinados bien los que doctrinaron los religiosos y así han salido mejores cristianos que otros que vemos que aun hasta hoy es raro el ministro clérigo que sabe lengua para poder doctrinar. Este mal viene de muy atrás en una declaración que hace el provisor de Guatemala a la real audiencia que está en una ejecutoria real en que se nos adjudica el pueblo de Escuintla, como se dirá adelante hecha el año de 1570; declara el provisor que en todo el obispado de Guatemala hay clérigo que sepa lengua más que uno y que ese no la ha llegado a predicar, con que no sabiendo lengua para doctrinarlos, cuando más lo habían menester que era cuando iban mamando la fe y buenas costumbres. ¿Cómo podían ser doctrinados? Ya se ve que es imposible; y así hay tanta diferencia de unos indios a otros como de lo

1) *que*, en el orig.

vivo a lo pintado, ni aun hasta hoy oyen sermón ni se les predica sino es muy rara vez, lo cual no es así en los pueblos que los religiosos doctrinan que continuamente se les predica: y entiendo que si alguna cosa alcanzan aquellos de las cosas de la cristiandad más ha sido por lo que han visto en los que doctrinan los religiosos. Y no obstante tienen mucha apetencia y nos mueven continuos pleitos sobre las doctrinas diciendo que es el patrimonio de san Pedro, como si nosotros fuéramos hijos de Satanás y no más propiamente hijos de san Pedro y de los apóstoles que los señores clérigos por nuestro instituto que es el que enseñaron los santos apóstoles. No es patrimonio de san Pedro sino del crucificado y el que mejor apacentare esta grey será más legítimo amador de Cristo.

En esto de juntar los pueblos todo se lo atribuye el padre Vázquez a sus religiosos, y por lo que se ha visto se conoce ser muy ambicioso de gloria ajena; no dudo que sus religiosos trabajarían en eso, pues eran ministros evangélicos, pero conténtese su paternidad con lo que cuatro religiosos pudieron hacer, y deje el trabajo ajeno que ya está asentado en los libros de Dios. También nuestro padre Vázquez pondera mucho lo lleno de pesares que entró este año de 49 para sus religiosos, todo dice que causado de la persecución que dice les movimos, todo originado de la envidia que nos causó cierto *Arte y Catecismo* que hizo el padre fray Pedro Betanzos y que llegó a tanto la persecución que obligó a sus religiosos a salirse de Guatemala y retirarse al convento de Almolonga huyendo de la persecución; y con perdón de tan venerable maestro me atrevo a decir que es una depravada calumnia, como las muchas que nos levanta con tan poca caridad: que sin duda trae algún origen de conquistador de Chiapa. Esta es una falsedad tan grande, como latamente se ha probado en las notas que he hecho a su crónica que por ser cosa muy lata no se puede poner aquí todo; ¹⁾ pero baste saber que un cabildo que cita de primero de marzo de este año de 49 en que dice que sentidos mucho los vecinos de Guatemala de la ausencia, despachó el cabildo a un alcalde y regidores a rogarles de parte de la ciudad que se volvieran, es falso y no hay tal cabildo como lo he visto en el mismo libro y de ello tengo sacado testimonio por ante don Juan de Ulloa escribano de cabildo, y lo que en ese cabildo se trata es de nombrar portero de la ciudad y de que se derriben unas tapias de una calle que antes se había concedido al convento, con tal que dentro de dos meses trajesen aprobación de la audiencia, y no habiéndola traído y habiéndose ido los religiosos a la Ciudad Vieja, como dice aquel cabildo, se mandó abrir la calle otra vez. Esta es la verdad del instrumento, no la falsedad que su paternidad dice, en este y en los demás instrumentos y autores que cita, que apenas se hallará en todo ello cosa en que se le pueda dar crédito. Si los religiosos de san Francisco se fueron a Ciudad Vieja, la causa no la sabemos, lo que se sabe es la caridad que se usaba entre las dos religiones. Como ha dicho nuestro autor la causa sobre que hubo disgustos, después se la diré: este año solo se altercaba sobre el error tan sustancial que hasta hoy se mantiene en su catecismo de llamar a Dios Padre con el nombre de *Tataixel* y al del Hijo con el de *Caho laxel*, y como lo tengo probado latamente en las notas, es error in-

1) Véase bibliografía.

tolerable en la fe y ha pasado y pasa, yo no sé como esto fue. Lo que entonces se altercó con otros términos de un catecismo que sacó el padre Betanzos sin la inteligencia de la lengua que en él se echa de ver: y como mastines de la iglesia, y no como malsines como dice el padre Vázquez, era fuerza ladrar. Yo no sé con qué ánimo o con qué conciencia se imprimió la dicha *crónica*, porque además de las infinitas falsedades que contiene no es más de un libelo infamatorio de la religión dominica, y de las mitras sagradas; por cuya defensa he tomado este trabajo, para que se sepa la verdad que en todo calla su paternidad. A este mismo tiempo en que el padre Vázquez dice que por nuestras persecuciones se había ido de Guatemala, fue la venida del padre comisario, que tanto nos honró en Chiapa y se fue a vivir a nuestro convento con el padre provincial de los agustinos, con que o es falso o nosotros no dimos lugar a ello; por que no dejara el comisario de sentir que nosotros persiguiésemos sus frailes y no admitir nuestro obsequio. En fin lo que digo es, que más trabajo me ha dado a mí el padre Vázquez en juntar los instrumentos con que en las notas le pruebo sus falsedades, que toda aquesta *Historia* de esta provincia, ni podíamos desear otra reprobación de tal *Crónica*, sino la que se ha dado ella misma en deslustre grande de tan esclarecida familia, pues hasta ahora no se ha hallado persona de esfera ninguna en toda esta república de Guatemala, que no la haya reprobado, porque ella misma dice lo que es.

CAPITULO LXXV

El vicario de Ciudad Real viene a visitar la casa de Guatemala, y elección de prior de dicha casa y del vicario de la Chiapa

¹⁾ Cortado habemos el hilo del tiempo que hemos traído en esta historia, por no quedar necesitados a contar una cosa dos veces, justo será que tornemos atrás a contar cosas que se nos quedan que son los nervios o huesos que sustentan estotras cosas que parecen más. Acabado pues de dar asiento en los negocios fue nuestro vicario fray Tomás por mandado del padre provincial de México a visitar la casa de Guatemala y con él fue fray Vicente Núñez: estaba el amor tan tierno entonces que hasta Cuchumatán, que es la mitad del camino, los vinieron a recibir fray Domingo de Azcona y fray Francisco de Quezada y de allí hasta Guatemala los sirvieron en todo lo a ellos posible. Tengo temor que este amor, como se divide entre muchos, ha de venir a menos, como en todas las cosas buenas vemos acaecer, y por eso siempre apuntaré semejantes ejemplos. Visitada la casa de Guatemala y acabado el oficio de prior fray Tomás Casillas, eligieron en prior a fray Tomás de la Torre, cuando lo sintieron en Chiapa, no es mío el decirlo ahora: aquí cierto había sinceridad de amor entre nosotros, sin ficción. Tenía también fray Tomás Casillas recaudos del provincial para visitar a Chiapa porque creyendo que ésta había de ser casa por sí no querían visitarnos de Méjico, sino decían que acá nos lo hubiésemos; vino pues fray Tomás Casillas a Chiapa y con él fray Do-

1) Aquí comienza el capítulo CVI

mingo de Azcona e hizo su visitación. En este tiempo vino la confirmación del prior de Guatemala, y recaudo para que en Chiapa nombrásemos vicario; y así nombramos uniformemente al padre fray Jerónimo de San Vicente, y quedándose en esta casa de Sacatlan o Ciudad Real fray Tomás Casillas se fue fray Tomás de la Torre a Guatemala, con fray Domingo de Azcona. Lloraron tanto en su partida como si jamás se habían de tornar a ver, y fueron con él el padre vicario y fray Tomás Casillas y fray Alonso de Villalba y fray Pedro de la Cruz, la primera jornada; y volviéndose de allí los dos, lo acompañaron hasta Copanaguastla, el padre vicario y fray Pedro de la Cruz, donde se despidieron con muchas lágrimas. Y dejándolos ir a los de Guatemala su camino, volvernos hemos a los de Zacatlan, y diremos algunas cosillas que en el tiempo de la vicaría del padre fray Jerónimo acaecieron. Hubo primeramente algunas escarapelas y desvergüenzas de algunos españoles contra el padre vicario, pero él con su paciencia no las dejó crecer y el miedo de Cerrato los reprimía también. Después fue tan amado de esta ciudad, que con guardarse de no conceder con ellos en cosa mala, era amado y reverenciado de todos por su templanza en palabras y buen ejemplo; adoleció de cámaras desde a poco y túvolas un año y medio con gran trabajo, y con ellas fue después a Guatemala y después a España como diremos, y con ellas volvió; y, a poder de andar a pie y comer los manjares de la orden, las despidió de sí. Parecióle al padre vicario y a los padres que aquella casa que edificábamos iba muy mal cimentada y que estaba en mal sitio, y acordaron de no proseguir la obra, y comenzaron a labrar de nuevo adonde ahora tenemos casa, que era en nuestro mismo sitio algo más arriba alejándonos un tanto de la ciudad, a lo alto del cerrillo en cuya falda edificamos, y él sacó los cimientos del cuarto que cae a la huerta. Después adoleció fray Pedro Calvo en Chiapa, y creciéndole el mal lo trajeron a la ciudad donde a cabo de pocos días y con su juicio entero y con gran sentimiento de Dios, recibidos los sacramentos, dio al señor el espíritu; poco antes que adoleciera no dormía de noche y preguntado por el compañero la causa de tan grande vigilia respondió que el amor de Dios no lo dejaba dormir: y que pluguiese a Dios que si menester fuese su cuerpo fuese cortado por todas las coyunturas, y cesasen los malos ejemplos y estorbos que algunos españoles daban y ponían a los indios en el camino de Dios. Y preguntado por los religiosos de muchas cosas, entre otras dijo respondiendo que después de fraile nunca había quebrado el hilo del camino de Dios; y otras muchas cosas se pudieran decir de este padre que las dejo para el día del Señor, que descubrirá eso y eso otro.

También adoleció fray Pedro Mártir y su dolencia paró en locura, aunque había sido siempre de tan buen juicio su seso como otro cualquiera, pero a todo esto está sujeta la naturaleza humana; pasó este pobre un año de martirio y dio harto trabajo a los demás religiosos y finalmente acabó su vida: la cual fue tan buena y tan santa cuanto arriba dijimos, y así no dudamos que está gozando de Dios nuestro señor. Hicieron tanta falta estos dos religiosos que nadie lo podrá entender sino quien conoció cuán provechosas eran sus vidas: la de fray Pedro Calvo para con los indios cuya lengua tan admirablemente aprendió, al cual también nues-

tro Señor hinchó de amor para con ellos y de celo para su bien con tanto ejemplo de pobreza, de limpieza, de obediencia y de observancia de los trabajos de la orden con ser Chiapa tan caliente y ser tan necesario algún regalo, que en verdad, no podré yo en breve contar los buenos ejemplos que él dio; acaecía andar descalzo por no pedir a los indios unos alpar-gates sin licencia del prelado, solamente cubierto con el escapulario porque la túnica no le alcanzaba; y acaecía darle el prelado una licencia general, y no la querer él aceptar diciendo que aquella sujeción le era defensa que no quería licencias por donde el demonio hallase puerta abierta para tentarlo. Fray Pedro Mártir era verdaderamente madre de todos nosotros, el nos cosía y remendaba y nos servía con sumo silencio y reverencia que a todos los Padres tenía, siendo él solo y que no tenía con quien conversar y ni a quien se allegar. Sus trabajos de entrambos se acabaron y el premio les durará para siempre, no se nos caerá su memoria del corazón mientras viviéremos; pero lo que a ellos más hace el caso es *que in memoria aeterna erit justus*. Fray Tomás Casillas tornó de nuevo a la visita de los Zoques y trabajaban como siervos de Dios, él y fray Alonso de Villalba. Y esto es en suma lo que en aquel tiempo acaeció, en esto de Chiapa, de que yo haya sido sabedor.

CAPITULO LXXVI

De la entrada que el padre fray Tomás de la Torre hizo en la provincia de la Verapaz y entrada con el padre fray Domingo de Vico a lo de Acalá

¹⁾ Fuese como ya dijimos fray Tomás de la Torre a Guatemala y al cabo de algunos días fue a visitar la provincia de la Verapaz porque entonces estaban sujetos a Guatemala los religiosos que allí vivían y de allí los proveían de lo que habían menester; y pareciendo a fray Domingo de Vico que se podía hacer seguramente, acordaron de ir a la provincia de Acalá, donde hasta entonces ningún español ni religioso había entrado. Y sabía el padre fray Domingo de Vico la lengua de aquella tierra, y otras cinco o seis lenguas, sin la latina y la española, que parecerá imposible a los que no lo vieron y experimentaron como muchos de nosotros lo vimos. Los trabajos que allá pasaron no los quiero contar, pues no hemos contado otros de otros particulares religiosos, pero fueron muchos de ciénegas, ríos, hambres. Fray Domingo les predicaba frecuentísimamente la palabra de Dios y parecía hacer gran fruto, y de hecho se hizo mucho, dieron los ídolos y se quemaron, y dijose por muy cierto entonces, o de allí a algunos días, que un ídolo habló en aquella tierra y les dijo no nos sacrificuéis más que ya nuestro tiempo pasó y nuestros dioses se acabaron. Divulgóse esto entre los indios y por cosa cierta me lo contó el mismo padre fray Domingo después que lo tenían los indios haber así pasado, y no tenemos duda, sino que muchas veces hace nuestro señor cosas maravillosas con

1) Aquí comienza el capítulo CVII.

que planta su fe, en los corazones de estas gentes; y muchas cuentan los religiosos, de cada una de las gentes con quien trata, que serían largas de referir aquí: podría ser que al cabo de la obra contásemos algunas para memoria de los venideros. No faltaron también ruines en aquellas tierras que los quisiesen matar, y de ello tuvieron aviso los padres por dos indios catecúmenos de aquella provincia; y como dieron parte a don Juan cacique de aquella tierra de Chamelco, y gobernador de toda la Verapaz de todo lo que pasaba, mostró cierto no ser fingida su fe, y con su prudencia lo fue tanteando hasta que puso gran miedo a los de aquella tierra, que negaron el hecho y dijeron haber sido palabra de un no sé quién. Finalmente no fiándose de todos, aquellos padres se salieron disimuladamente de aquella tierra. La fe, celo y prudencia de este don Juan y el favor y ayuda que en él han hallado los padres siempre, merecía un capítulo de esta historia; sino que por no ser tan a nuestro propósito lo dejo de hacer. En saliendo los padres de aquella tierra adoleció fray Tomás de la Torre de cámaras y llegó al punto de la muerte en la Verapaz, y con medicinas que los indios le hicieron se escapó pero quedó con las cámaras hasta el día de hoy, que son ocho años menos un mes; ha llegado a veces al cabo y nuestro señor lo tornó a levantar, como adelante parece en el suceso de la historia. Fray Domingo de Vico también adoleció desde a poco molido de los grandes trabajos que había padecido en aquellas tierras, y aunque nunca más sanó, pero no dejó jamás de trabajar más que los sanos, hasta el día de su muerte que fue cuatro o cinco años después como abajo se dirá, como fray Tomás se sintió algo más aliviado vino a su casa de Guatemala. Y desde algunos días por mandado del provincial fue fray Tomás Casillas a visitar la casa de Guatemala y con él fray Pedro de la Cruz y estando allá puso Dios en el corazón del presidente Cerrato y del oidor Ramírez que importunamente pidiesen casa para la ciudad de San Salvador que es en la provincia de Cuscatlán: donde no sólomente no había doctrina pero escándalos gravísimos, que en aquellas tierras daban, y habían dado los clérigos; porque como aquella tierra y comarca es rica siempre hubo allí gran copia de clérigos, y provee hoy el señor obispo de Guatemala bien veinte mil ducados y aun según dicen más de treinta y siete mil a clérigos que allí pone. Pidieron esto tan de gana aquellos señores y ofreciéronse a dar un oidor que nos fuese a dar el sitio que quisiésemos, y con esto prometieron tanto favor que no se les pudo negar; y así después de vuelto a Chiapa hubo de ir fray Tomás de la Torre a asentar aquella casa con licencia que ya tenía del provincial y capítulo de México para recibir una casa en aquella tierra. Fue por otro camino al dicho efecto un oidor que se llamaba el licenciado Tomás López que nos era siempre muy favorable en lo que se ofrecía; y conocieron tan mal el beneficio que Dios les hacía aquellos cristianos de San Salvador que, cierto si fueran demonios los que iban a poblar allí, no pusieran más contradicciones; y nunca se hiciera nada si el oidor no lo tomara tan a pechos, también el señor obispo de Guatemala lo contradijo mucho debajo de no sé qué colores.¹⁾ En fin dio licencia para ello, e hi-

1) No menciona fray Tomás a Marroquín que también fue allí.

cieron cuantos beneficios pudieron a fray Tomás, que estaba muy enfermo y a su compañero, finalmente tomaron el sitio que quisieron y cuan grande lo quisieron, y trajóseles luego a la huerta un buen brazo de río, aunque no duró por ser mala la tierra, y el oidor se dio tal priesa que luego se cercó la casa y se hicieron tres cuartos de tapia, en que hasta hoy viven las frailes con algo más que añadió. Y como los vecinos vieron ir la cosa tan adelante, y comenzaron a gustar de la doctrina y conversación de los religiosos tomaron amor a la casa y dieron grandes limosnas con que en breves días excedió aquella casa a lo que entonces estotras tenían de ternos, plata, palios y otras cosas semejantes; pero estaba aquella tierra tan perdida, y los indios tan opresos y cautivos como ésta de Chiapa: a ésta causa no fue la amistad perpetua como adelante diremos. Estaba entonces allí por vicario del obispo un Juan Rodríguez, y como viese que todos los indios acudiesen a nuestra casa, comenzó a molestar los religiosos que allí quedaron por moradores, que eran fray Vicente Ferrer y fray Matías, hijo de la casa de Guatemala, e hízoles muchas vejaciones, prohibiéndoles a los indios que no recibiesen los sacramentos de los frailes ni oyesen misa en Santo Domingo ni se enterrasen allá. Y el señor obispo los desfavoreció mucho hasta mandar a los frailes, sin poderlo hacer con excomunión, que *no*¹⁾ se administrasen los sacramentos sino es en ciertos lugarejos; y que si los administraban que el los denunciaba por descomulgados y que si después celebrasen que él los declaraba por irregulares. Todo esto mandó por sus letras y los clérigos lo solicitaban con gran cuidado, pero los religiosos hacían lo que debían y aun entonces todos los seglares legos eran con ellos, viendo su ejemplo: porque sin duda lo daban aquellos padres por extremo bueno en todo género de virtud. Esto hemos dicho anteponiendo las cosas, y basta lo dicho pues aquello no es de Chiapa.

CAPITULO LXXVII

De la fundación de la ciudad de San Salvador

Después que Don Pedro de Alvarado dio asiento a su ciudad de Santiago en el sitio de Almolonga a 25 de julio de 1526, como se ha dicho, trató de ir prosiguiendo sus conquistas por aquella parte que había empezado a penetrar que era la de Escuintla, desde donde empieza la nación mexicana, *pipil* que es del reino de México, extiéndose tanto esta nación lo más de ella hacia la Costa del Sur que entiendo que si no llega a 200 leguas hasta Nicaragua muy poco le falta, no era toda regida de un monarca, sino que estaba sujeta a diferentes caciques y señores sujetos al señor de Escuintla. Como queda dicho arriba fueron adelante por aquella misma costa, los capitanes don Pedro de Alvarado, hasta la provincia de los Izalcos que es lo que hoy llaman villa de Sonsonate; no fue mucha ya la resistencia respecto del espanto que recibieron del estrago que se hizo en lo de Escuintla; y de allí pasaron adelante penetrando la provincia de Cuscatlán, que es la que hoy se llama de San Salvador, aunque aquí

1) *en que*, en orig.

hallaron resistencia; y mucha más, más adelante, en lo que se llama provincia de San Miguel que no se pudo sujetar hasta el año de 30. Y habiendo ido con tanta felicidad hasta entonces, trataron de fundar la ciudad que les había dado orden que fundasen con título de San Salvador, y se fundó el año siguiente de 1525, como parece por el libro 1 de cabildo de Guatemala: en que a 6 de mayo de dicho año, dice don Pedro de Alvarado en cabildo que por que Diego Holguín que era regidor de la ciudad de Guatemala, es ido a la villa de San Salvador, adonde es alcalde, que nombra en su lugar de regidor a Francisco de Arévalo. En que conocidamente padeció engaño nuestro Remesal cuando dice (*lib. 9, cap. 3*) que se fundó el año de 1528, y lo mismo el padre Vázquez cuando dice que a 16 de agosto de el año de 1526 fue la última victoria que tuvieron los de San Salvador, y que en memoria de ese día que es la Transfiguración del Señor, se dedicó la iglesia al Salvador, y que por eso se saca el pendón real ese día; pues a 6 de mayo de 1525 se halla ya fundada la villa y con alcalde a Diego Holguin, como consta del instrumento citado que no puede ser más auténtico; y también consta que don Pedro de Alvarado no ganó a aquella provincia sino sus capitanes porque el se quedó en Guatemala, como consta no solo de aqueste asiento de libro de cabildo sino de otros muchos antes y después de aqueste día 6 de mayo de 1525. El asiento que escogieron para asiento de la villa fue el que llaman de la Bermuda donde estuvo asentada desde aqueste año de 1525 hasta el de 75 en que se pasó al sitio en que está hoy, más de 14 leguas distante de el otro que dejaron respecto de haberles hecho muy mal hospedaje aquel sitio en las muchas tormentas y rayos de que es perseguido aquel lugar. Pasóse como he dicho, al lugar en que está hoy, y juntamente se pasó con la ciudad nuestro convento de Santo Domingo y tomó sitio por entonces hacia aquella parte que sale de la ciudad para el pueblo de San Jacinto; pero no siendo el lugar a propósito trataron de pasarse más dentro de la ciudad en unos solares, que unos compraron, otros les dieron a capellanía; entre los cuales estaba uno que les dio a los religiosos doña María Cerrato, hija del presidente Cerrato que casó con un vizcaino, que no me acuerdo de su nombre por haber tiempo que vi los papeles de aquel convento; aquí se fabricó un muy buen convento de claustro alto y bajo, dormitorios y todas las demás oficinas de un convento. El cual duró hasta el año de 16 en que fue aquella terrible y espantosa reventada del volcán que tiene la ciudad a la vista, y en cuya extremidad de su falda está fundada la ciudad, que no dejó piedra sobre piedra en la ciudad, y así se arruinó todo nuestro convento que fue cierto cosa muy lastimosa por ser de fábrica muy excelente de cal y canto y ladrillo, de muy buenas arquerías y fábricas. Entonces se tuvo aquel cabildo abierto, que arriba dijimos, para mudar la ciudad, en que estando todos en que se mudare a otro sitio, dijo el cura, que era entonces de vida muy ejemplar que se había quedado para votar el último: Mi parecer es que enmendemos las vidas porque ¿dónde iremos que estemos seguros de la divina justicia si le tenemos ofendido! Con lo cual se quedó la ciudad en el mismo sitio, y nuestro convento se puso al otro lado de la iglesia que estando antes al lado del sur está ahora al lado del norte, y se hizo una fábrica corta y pobre como ahora se ve. Ha sido

siempre mucha la devoción que en aquella ciudad se ha tenido al sagrado hábito de santo Domingo, y han sido allí muy estimados los religiosos, originado de la bondad de la gente de aquella ciudad y provincia y del buen ejemplo que siempre les dieron los religiosos y buena doctrina que les han predicado siempre: y así han dejado a aquel convento muchas memorias de capellanías, y obras pías de casar huérfanos, como se dirá adelante.

Desde que vino por presidente Alonso López ¹⁾ le pareció muy mal el sitio que se había tomado para la real audiencia que estaba en la ciudad de Gracias a Dios por estar muy a trasmano de las provincias de Chiapa y Yucatán y Cozumel y así escribió a su majestad lo que sentía acerca de esto y que estaría mejor la real audiencia puesta en la ciudad de la provincia de Santiago de Guatemala; y juntamente el señor obispo Marroquín escribió aprobando este dictamen, y ofreciendo sus casas y palacio para que sirviesen de casas reales, y en ellas se tuviesen las audiencias y acuerdos, que además de ser muy capaces estaban en el mejor sitio para el caso, que era en la misma plaza mayor. A que respondió al presidente en carta, su fecha en Valladolid a 1º de mayo de 1549, que por la gran satisfacción que de su persona tenía remitía este negocio a su discreción, y que la mudase si le parecía conveniente; y con esto se determinó el presidente y los oidores el pasarse a Guatemala. Y disolviendo la audiencia determinaron que se viniese para Guatemala y de camino que se viniese visitando la tierra; y repartiéndose todos por diferentes vías el doctor Tomás López, que era hombre temeroso de Dios, se vino visitando la provincia de San Salvador y hallóla muy pervertida, porque los clérigos que allí había (por que eran los más genoveses y extranjeros y que no cabiendo en otras partes por sus cosas, se habían refugiado a este obispado de Guatemala, como consta de una real cédula que se pondrá adelante), no tratando de la doctrina ni enseñanza, sino de sus intereses y granjerías de tinta y oro y otras utilidades, estaba todo como se deja entender de semejante codicia en los eclesiásticos. Y sobre todo la suma opresión de los pobres indios, porque en donde no había frailes dominicos no había freno en cosa, siendo ellos el freno que puso Dios en estas partes para aquestos desconciertos. Y llegado a Guatemala el oidor dio cuenta de lo que pasaba al presidente y a la real audiencia con el dolor que le asistía del gran servicio de Dios y del rey que se practicaba en aquella Provincia, y discurriendo no haber otro medio para el remedio de tanta perdición que el que se fundase allí convento de santo Domingo para que fuesen fiscales, como siempre lo fueron, los frailes de santo Domingo, de sus malas conciencias; y para que con el clarín de su predicación, que nunca allí se oía porque solo se trataba de granjerías, despertasen a aquellos vecinos del letargo en que los tenía sumergidos la codicia. Bien conoció la real audiencia la contradicción que esto había de tener y así como servidores de su majestad no quisieron que se omitiese trabajo para remedio de tanto mal, y el doctor Alonso López, quiso tomar este trabajo por servir a Dios y al rey, para que con brazo fuerte de rey se ejecutase, que todo eso era menester. Y aun le costó trabajo al oidor, como dice nuestro historiador, que es a quien

) Cerrato

le sucedió todo lo que desta fundación refiere. El señor obispo (que siendo un santo y el que clamaba por religiosos y que no dudó quedar pobre y adeudado por traerlos como se ha dicho, conociendo ser estos los ministros más a propósito para crear estas plantas tiernas en la fe, y que tanto lo había experimentado con tantas medras de sus ovejas), se opuso a esta fundación que no puedo creer, sino que fue engañado inicuaamente por los clérigos tan olvidados de su obligación que tenía en aquella provincia; que sin duda, creyendo que atendiendo a la obligación de su estado le escribirían verdad en lo que le escribían, se opuso con todas sus fuerzas; pero atemperado con el buen celo y cristiandad del presidente húbese de dar la licencia, pero después hubo los pesares que nuestro historiador ha dicho y se verán adelante. Algo debieron de hallar de mal dispuesto el ánimo del santo obispo las contiendas que ya habían empezado sobre el catecismo, que después corregido y enmendado dio a la estampa el año de 1556; porque habiendo nuestro señor comunicado tan gran don de lenguas a fray Juan de Torres y a fray Domingo Vico como se verá en su vida; y siendo éste juntamente tan gran teólogo penetró con más propiedad los términos más genuinos de que se debía usar en la doctrina para explicar los misterios de nuestra santa fe; sobre lo cual ha escrito aquel tratado, tan docto como suyo, que está en nuestro archivo, sobre esta materia. De aquí algo sentido el señor obispo, le hallaron los malos informes de sus clérigos el ánimo mal dispuesto para esta contradicción, pero después de desengañado el señor obispo de todo, nos fue tan amante y confió tanto de nosotros que a solos los frailes de santo Domingo fio la fundación de su colegio de Santo Tomás nombrando por patrono al prior juntamente con el señor deán de la santa iglesia. La cédula de su majestad despachó hacia la audiencia, como al señor obispo Marroquín me ha parecido ponerlas aquí, que por ellas se verá claro lo que pudo ser el origen de desfavorecernos el señor obispo por entonces; la del Presidente dice así:

El Rey, presidente y oidores de nuestra audiencia real de los Confines que reside en esa ciudad de Santiago de la provincia de Guatemala, a Nos se ha hecho relación que el obispo de ese obispado no trata a los religiosos de la orden de Santo Domingo y San Francisco y San Agustín que en él residen como convenía y sería justo que hiciera: antes dizque les molesta y hace muchas vejaciones, y como quiera que Nos le mandamos escribir mandándole y encargándole que favorezca a los dichos religiosos y les trate bien y amorosamente, para que se animen al trabajo que tienen y a servir a nuestro señor en la instrucción y conversión de los naturales de esa tierra, como veréis por el traslado de la que le mandamos escribir que va con ésta, es bien que vosotros si viéreis que el dicho obispo hace alguna molestia o mal tratamiento a los dichos religiosos le advirtáis y aviséis de lo que debe hacer en ello, y así os encargo lo hagáis y procuréis que el dicho obispo trate bien a los religiosos y los favorezca como se lo escribimos.

También se nos ha hecho relación que a ese obispado se vienen muchos clérigos facinerosos y de mala vida y ejemplo huyendo de otros obispados que se salen de ellos por no ser castigados, y que también hay otros

que no dan de sí buen ejemplo, sobre lo cual así mismo le mandamos escribir que tenga muy grande cuidado de se informar cómo viven en ese obispado los clérigos que en él hay, e de corregir y castigar a los que no vivan con la honestidad y recogimiento que son obligados; que si algunos clérigos residen en esa diócesis o vinieren a ella que hayan sido frailes y dejado los hábitos los echen de la tierra y los envíen a estos reinos conforme a lo que por Nos está mandado, y que no consienta ni dé lugar que clérigos facineros de mala vida y ejemplo se acojan en ese obispado: avisarles que así lo cumpla, hablándole sobre ello y encargándose mucho. Fecha en Valladolid a 22 días del mes de mayo de 1555 años. Yo el Rey.

El Rey. Reverendo en Cristo padre don Francisco Marroquín obispo de Guatemala, de nuestro consejo. Como sabéis los religiosos de las órdenes de santo Domingo, san Francisco y san Agustín, que a esa tierra han pasado, han hecho gran fruto en la instrucción y conversión de los naturales de ella, y tenemos entendido que es grande el provecho que hacen en esas partes especialmente en ese vuestro obispado donde os ayudan a cumplir la obligación que vos tenéis en la predicación y conversión de las gentes; y a personas que así trabajan y sirven a nuestro señor es fuerza animarlos y favorecerlos para que continúen su buena obra; y así por convenir tanto su estada en esas partes he querido encargaros, como por esta os encargo, que en todo lo que hubiere lugar, favorezcáis a los dichos religiosos que en esa tierra estuvieren y allá fueren, y los tratéis bien y amorosamente para que se animen al trabajo y a servir a nuestro señor en la instrucción de esas gentes, y en ninguna manera los consintais molestar, que en ello seré de vos muy servido, y por el contrario si otra cosa se hiciere.

Y porque como veis conviene que los clérigos que residen en esas partes den de sí buen ejemplo y vivan decentemente conforme a su hábito clerical, sin que se entremetan en tratos de mercadería ni otras cosas fuera de su profesión, os encargo que tengáis muy gran cuidado de os informar cómo viven en ese vuestro obispado los clérigos que en él hay, o de corregir y castigar a los que no viven con la honestidad y recatamiento que son obligados, y si algunos clérigos residen en vuestro obispado o vinieren a él que hayan sido frailes y dejado los hábitos, los echéis de la tierra y los enviéis a estos reinos, conforme a lo que por Nos está mandado, y no consintáis ni deis lugar que los clérigos de mala vida y ejemplo se acojan a ese obispado, ni estén en él pues sabéis el daño que pueden hacer. De Valladolid a 22 del mes de mayo de 1555 años.

Este daño de los clérigos forajidos que habían venido a este obispado sin duda prosiguió porque en tiempo del señor obispo Villalpando vino otra cédula sobre ésto, como se dirá adelante, y de esto sin duda dio testimonio el oidor Tomás López, como testigo de vista de lo que pasaba en aquella provincia, y de lo que sucedió con los religiosos y contradicción del señor obispo y de lo que dimanaba; como fiel ministro dio queja a su majestad para que se remediase tanto daño como resultaba de tantos ministros.

Esta es contienda que comúnmente hay y se padece en esta América con los señores clérigos de aquestos curatos y doctrinas que están a cargo de los religiosos que les costó su sudor y trabajo, y derramaron su sangre por plantar la fe en estas partes, y si hallan algún calor en los prelados se nos mueven mil contiendas; y era bien que considerasen lo que su majestad dice en estas cédulas que los religiosos son quienes descargan la obligación del prelado: cosa que en muchos está tan olvidada, y se mira tan poco, como si las sagradas religiones no fuesen el nervio y hueso de la católica iglesia sobre que se sustenta esta mística monarquía; los miran, con mucho desprecio y como si no les sirvieran de cosa alguna, a los frailes. Y yo quisiera saber quiénes son los que predicán a sus ovejas, sean gentiles, sean católicos, quienes en toda la iglesia católica dan el pasto continuo a las ovejas de Cristo en las confesiones, comuniones, pláticas, sermones, consuelos, alivios espirituales: todo esto y mucho más se provee de los monasterios. Y aunque sea verdad que haya muchos y buenos sacerdotes del estado secular, que son muy santos padres de espíritu, es tan poco lo que hay de esto respecto de las religiones que casi parece nada; y así bien podrían algunos prelados mirarnos con otros ojos, que cuanto más honrasen las religiones más estimación tendrán y aceptación de sus ovejas, para que sea bien recibida su doctrina: utilidad suya es para el descargo de sus conciencias, que nosotros solo esperamos el galardón de nuestro trabajo del supremo remunerador, y porque ésta es materia muy odiosa la dejo, aunque pudiera explármelo mucho en ella.

CAPITULO LXXVIII

Recíbense despachos de nuestro reverendísimo general en que erigiendo esta provincia en vicaría la separa de la de México

¹⁾ Estando fray Tomás de la Torre en San Salvador entendiendo en lo que hemos dicho, lo alcanzaron allí despachos de España, bien deseados de todos nosotros, entre los demás vino una patente del reverendísimo general fray Francisco Romeo de Castellane por la cual instituía por vicario general al dicho fray Tomás de la Torre sobre la provincia y obispado de Chiapa, desmembrando aquella de la provincia de México; y sobre la provincia de León, que era del Perú y sobre la de Honduras que pertenecía a Santo Domingo. De él bien sabemos que no se holgó, pero todos nos holgamos mucho por ver quitada sobre nosotros una tan pesada carga como era ser regidos del prelado que jamás veíamos, ni habíamos de ver. Vino muy favorable el despacho del reverendísimo general, que en el capítulo general futuro se cumpliría lo que faltaba, y lo que él no podía proveer; entre los demás despachos vino carta del emperador nuestro señor para el padre fray Tomás Casillas por la cual le decía cómo era electo obispo de Chiapa porque el señor obispo viejo don fray Bartolomé de las Casas

¹⁾ Aquí comienza el capítulo CVIII.

había hecho cesión al obispado (*dichoso tiempo en que se renunciaban las mitras; y ellas buscaban a los sujetos, y no los sujetos a las mitras*) por cuanto entendía no poder venir a él por la gran necesidad que estas tierras tenían de que él residiese en la corte de su majestad. Recibidos pues estos despachos y aceptado el cargo, por fray Tomás de la Torre, día de la Asunción de la Virgen María de 1551, desde el cual día estas tierras comenzaron a tener cabeza por sí, asignó aquella casa de San Salvador a los religiosos arriba notados y él se vino para Guatemala. Y entendiendo que por cartas no se podía dar el asiento que al principio de la nueva provincia convenía, envió a llamar a los religiosos de León y de las demás provincias, y así se juntaron algunos de cada parte en la casa de Guatemala el adviento siguiente: de León fueron dos a Guatemala y dos de la de Verapaz, y de esta casa de Chiapa fueron tres: conviene a saber el padre vicario fray Jerónimo de San Vicente y el padre fray Tomás Casillas y el padre fray Alonso de Villalba. Y juntos todos platicaron y concertaron muchas cosas buenas para el buen principio de la provincia; y ordenaron algunas reglas de cómo nos habemos de haber en las confesiones de los conquistadores y encomenderos y de sus mujeres, y en las confesiones de los jueces del rey que no guardan las previsiones y leyes, y también en las confesiones de los clérigos y frailes y de otras órdenes que sin lengua administran los sacramentos. Señaladamente advirtieron a los frailes que no rueguen a los justicias por los culpados por que allende ser necesario el castigo en estas tierras, no pueden los jueces dejar de ejecutar las leyes, pues no son ellos príncipes: también dijeron que no es seguro rogar que den a nadie indios de encomienda, pues casi nadie hace lo que debe con sus encomendados. Otras muchas cosas concertaron aquellos padres nuestros, con santo celo, que por evitar prolijidades no las pongo aquí, pareciéoles que era necesario enviar dos religiosos a España, así para traer el asiento de la provincia como para dar noticia al rey de las necesidades de estas tierras, como para traer frailes; viendo que no venían ningunos, aunque el señor obispo viejo bien sabíamos que ponía diligencia para los enviar. Y entre todos parecían los más aptos para esta jornada, el padre fray Jerónimo de San Vicente, aunque enfermo como arriba dije, y el padre fray Domingo de Azcona, y así se les mandó que fueran, y ellos lo aceptaron, aunque se les hizo muy pesada esta cruz, pero ellos tomaron por amor del señor. La provincia toda contribuyó para las necesidades y para traer los frailes con hasta cien pesos o poco más; y la audiencia dio otros ciento y Juan de Guzmán, un vecino de Guatemala dio sesenta: también el señor obispo ayudó razonablemente: también las casas se empeñaron para enviar algún dinero para nuestros padres: trajeron algunos libros y ornamentos y otras cosas necesarias; y esta nuestra casa envió quinientos pesos; y otros tantos la de Guatemala. Y hechos los memoriales de las cosas que parecía deberse tratar con el rey y con el reverendísimo los despidieron en paz y ellos tomaron su camino donde padecieron infinitos trabajos, y perdieron todo el dinero que llevaban: o tal vez les hurtaron gran parte de ello; pero nuestro señor nos hacía misericordia y lo tornaban a hallar y cobrar. Fray Jerónimo padeció grandes trabajos con su dolencia y los dio al compañero, y aunque se puso

veces en cura allá en España, con buenos médicos y con todo lo que parecía necesario para la salud, nunca la alcanzó; hasta que volvió acá y sanó con las medicinas que dije. Donde parece la vanidad de los que con deseo de salud dejan estas tierras y van a España: son dignos de que Dios de quien es la salud no se la dé, pues por buscar ellos la del cuerpo, ¹⁾ dejan en peligro de muerte eterna de infinitas almas, que de una manera o de otra pudieron ser de ellos ayudados. Dejemos pues ir a nuestros hermanos a España y volvamos a los de la junta de Guatemala; acabado de platicar todo lo necesario se volvieron todos a sus conventos y tierras; y al padre fray Jerónimo sucedió en el regimiento de esta casa el padre fray Alonso de Villalba. Desde pocos días acabó oficio de prior de Guatemala el padre vicario general, y fue electo por tercero en aquella casa fray Domingo Vico; y el vicario general confirmó la elección, y comenzaron a gustar de cuánto trabajo los habían sacado librándolos de la obediencia de México y dándoles un prelado y cabeza por sí. El cuarto prior de aquella casa fue fray Diego Hernández; y el quinto fray Alonso de Villalba, y desde a un año vino a ser prior de esta casa; y sucedióle fray Tomás de Cárdenas que fue el sexto prior de Guatemala, de quien diremos abajo, y el séptimo es ahora fray Alonso de Villalba. Aunque estos sucesos acaecieron el año de 51 pero porque en él hemos de empezar el libro tercero que fue en que esta se erigió en provincia, me pareció el poner aquí este capítulo en este año de 50 (*V Capítulo provincial*), en el cual hubo elección de provincial en México, que se celebró a siete de setiembre de 1550 en el cual fue electo el venerable padre Andrés de Moguer; y fue a tiempo en que no se sabía de la separación que se había hecho de aquesta provincia de aquella, y así en él dispusieron de las asignaciones de los religiosos que tocaban a este convento de Guatemala, como perteneciente a aquella provincia y porque aquí dio fin el orden de los capítulos de México, como ya no pertenecientes a esta provincia. En el libro siguiente se empezará otro orden según tocan a esta provincia y por que no se olvide la memoria de los primeros principios de esta santa provincia, me pareció poner aquí la patente de nuestro reverendísimo general en que la separó de la de México y erigió vicario general que la gobernara, *interim* se erigía en provincia con la solemnidad necesaria, que había de ser en el capítulo general próximo, celebrándose el año de 1551, la cual es como sigue:

“In Dei Filio sibi dilecto R.P. Fr. Thomae de Turre, provinciae nostrae sancti Jacobi de Mexico, ord. Praed. Fr. Franciscus Romeus Castilionensis, Sacrae Theologiae professor, ac totius praedicti ordinis, humilis generalis magister et servus, salutem et Spiritus Sancti consolationem! Ouum Conventus, domus et loca quatuor civitatum, videlicet Civitatis Regalis Chiapae, Guatimalae, Nicaraguae et Honduras, adeo distent a civitate mexicana et provincia sancti Jacobi, hos fratres quos pro cotidianis ingruentibus necessitatibus R. Prov. adire oportet multas itineris difficultates cum periculo etiam vitae alet saltem salutis pati necesse; supplicatum nobis fuit ut ad removendos discursus et tollendas praedictas difficultates, et pro quiete ac consolatione fratrum ibi conmorantium, aliquem

1) o, en orig.

instituere vellimus cum auctoritate provincialis ad quem fratres in suis necessitatibus facilem possent habere recursum. Nos igitur eorum quieti consulere et petitionibus satisfacere cupientes, venerandum P. Fr. Thomam de Turre, nobis cum laude et commendatione propositum, et tanto muneri, religione, prudentia, celo et discretione sufficientem, eis praeficere decrevimus; quare auctoritate officii nostri, et praesentium tenore, te Fr. Thomam praefatum, damus, instituimus, praeposuimus et confirmamus, vicarum generalem in et super conventibus, domibus, locis et utriusque sexus personis, capitibus et membris ad nostrum ordinem quomodolibet pertinentibus in quattuor praedictis episcopalibus seu dioecesibus constitutis, cum omni auctoritate in spiritualibus quam de jure vel approbata consuetudine, seu etiam privilegiis, vicari provinciarum mortuo vel ablato priori provinciali habere consueverunt. Et licet de prompta oboedientia tua confidamus, in meritorum tamen cumulum, praecipimus tibi in virtute Spiritus Sancti et sanctae oboedientiae, ut intra *ehorum* dictum vicariatus officium *susupias* et diligenter exaequaris quod per capitulum generale vel per nos aliud decretum determinatum et ordinatum fuerit; eodem praecepto adstringentes omnes et singulos ibidem quomodolibet commorantes, ut te tamquam verum et legitimum vicarium suscipiant et venerentur, non obstantibus quibuscumque. In quorum fide, officii nostri sigillo munitis manu propria subscripsimus. Qua si forte aliquo casu te illinc abesse contingerit hoc casu instituimus vicarium praedicto modo venerandum P. Fr. Petrum de Angulo et in defectu eius Fr. Petrum Guerrero, cum eadem auctoritate et sub eodem praecepto, quosque in partes/. illas reversus praesens fueris ibidem, non obstantibus quibuscumque. Datum Vallisoleti die 2 novembris millesimo quingentesimo quinquagesimo. Franciscus Romeus, magister ordinis praedicatorum, assumptionis nostrae anno quinto, Felix castillionensis franco.

CAPITULO LXXIX

De la desgraciada muerte del ilustrísimo señor don Antonio de Valdivieso obispo de Nicaragua

Aunque directamente no toque aquesta historia la muerte sacrílega que dieron al señor obispo don fray Antonio de Valdivieso todavía por haber sucedido esta desgracia en términos de aquesta provincia y ser religioso de nuestra religión determiné poner aquesta razón tomada de Remesal (*lib. 8, cap. 19*) para que no faltase maldad que no se ejecutase en esta América, teatro de tantas maldades y escándalos, llegaron a ejecutar la mayor que fue quitar la vida al obispo de la tierra sin más delito que oponerse a las iniquidades que en esta su tierra se ejecutaban por los que se llamaban leales vasallos de su majestad; tomando aquea capa siempre para ocultar sus delitos y maldades, pero ahora de una vez descubiertos sus rostros dijeron con sus obras cuáles vasallos eran de Dios y del rey. ¡Y sucedió pues, como dice el citado autor, que Pedrarias el justador hermano del conde de Puñoenrostro, gobernador de Nicaragua, casó una de

sus hijas que se llamaba doña María de Peñalosa con Rodrigo de Contreras, natural de Segovia, que después de la muerte de Pedrarias tuvo algunos días aquella gobernación, siendo proveído por su majestad por nombramiento de su suegro hasta tanto que vino la audiencia a los confines de Guatemala, que no solo le quitó el cargo de gobernador sino que también le privó de los indios, que su mujer y su hijo Pedro de Contreras tenían: por los malos tratamientos que les hacían, después de haber entre todos asolado aquellas provincias sacando indios que vendían por esclavos, con que desde que entró Pedrarias en aquella provincia hasta entonces eran innumerables los que habían destruido: y sobre esto fueron despojados del gobierno y de los indios. Sobre esto Rodrigo de Contreras vino a España a procurar remedio del agravio que pretendía habérsele hecho, dejando en Nicaragua a su mujer y dos hijos. Después teniendo nuevas Hernando de Contreras su hijo que estaba en aquella sazón en la ciudad de Granada de aquella provincia de como en España en el consejo real de Indias se había confirmado lo que los oidores de los confines de Guatemala habían hecho sintió mucho que su padre hubiere negociado tan mal. Y olvidado de la lealtad que a su señor y rey debía, se determinó rebelarse: que esto hacía el que tenía alguna forma y valor, cuando los querían corregir sus delitos, los que no lo hicieron fue por falta de fomento o por falta de valor: aquí hubo de uno y de otro con la ayuda que les vino de los rebeldes del Perú: unos que habían venido desterrados y otros huyendo por el alzamiento de Gonzalo Pizarro. Que no lo saquen todos sus descendientes, con toda el agua del mar, cuanto más con cuatro razones sofisticas como quiere el autor de los *Varones Ilustres*. Otros se habían venido descontentos del licenciado Gasca porque no había premiado sus delitos como si fueran grandes servicios, como se ven aun hasta el día de hoy de que yo conozco algunos. Tenía Hernando de Contreras enemistad con don fray Antonio de Valdivieso obispo de Nicaragua, y algunos afirman que por diferencias que había tenido con su padre Rodrigo de Contreras, aunque otros son de opinión que la enemistad que Fernando de Contreras tenía con el obispo era pasión particular suya. Que fuere la causa la una o la otra, es cierto que entre ellos había enemistad, y Fernando de Contreras y su hermano político tenían sospechas y aun sabían que el obispo era contrario a su padre en los negocios de España, por la causa dicha del mal tratamiento de los indios: sobre que fue a pedir justicia a la real audiencia al mismo tiempo que fue el señor Casas y ambos gozaron de aquellas palabras tan honrosas, como pretendores de un mismo negocio, con que los honraron a los hijos de Domingo de *cocinerillos*. Añadióse a esto para las malas voluntades con el obispo que crió dos alguaciles, uno suyo y otro de la inquisición, y les dio varas sin diferencias ningunas a los de los alcaldes ordinarios; lo cual ellos sintieron como si la vara secular fuera más o de más autoridad que la de la iglesia. Y así no se las consintieron traer así en la ciudad de León donde el obispo residía como en la ciudad de Granada, a los que León descomulgólos sobre el caso; y porque enviando a llamar con censuras a los alcaldes de Granada no parecieron ante él los declaró por descomulgados y pasó a poner *cesatio a divinis* sin quererla alzar aun en días tan solem-

nes como el Corpus Christi y el de San Juan Bautista. Los religiosos de Santo Domingo favorecían al obispo y no tanto por ser religiosos de su orden, cuanto por ver la justicia que le asistía y ver la perdición de la tierra y el ningún respeto que ya se tenía a la iglesia: como hombres los más desbaratados del mundo y que ya habían echado a un lado todo temor a Dios y al rey; sobre que hubo mucha turbación. El rey escribió tres cartas a las audiencias de los Confines la una al 16 de mayo, y otra al 1º de setiembre y otra a 26 del mismo mes del año de 1548, todas fechas en Valladolid para que se apaciguasen estas diferencias; escribió también su majestad al licenciado Cerrato, presidente de la audiencia, para que entre él y el obispo hubiese toda paz, quedando el respeto a las leyes y ordenanzas reales en lo de la Verapaz: su fecha en Valladolid a nueve de octubre de 1549. Con estas y otras cosas había crecido tanto el odio contra el obispo que ya le habían amenazado de muerte y él dio noticia a su majestad de esto y así escribió a la real audiencia la carta siguiente: “El Rey: Licenciado Cerrato nuestro presidente de la audiencia real de los Confines por parte de fray Antonio de Valdivieso obispo de la provincia de Nicaragua nos ha sido hecha relación que muchas personas vecinos y estantes en dicha provincia porque les ha querido corregir en sus pecados públicos y ejercitar su jurisdicción eclesiástica en las cosas que de derecho le pertenecen, no han temido censuras ni penas eclesiásticas ante diz que le han desobedecido y tratado entre algunos de querer matar y hacer otros desacatos; y se han conjurado para ello. Lo cual convenía remediarse, y me fue suplicado lo mandase proveer, y de manera que fuesen castigados los que habían hecho lo susodicho o entendido en ello, o como la mi merced fuese: lo cual visto por los de mi consejo de las indias, fue acordado que debíamos mandar dar esta mi cédula en la dicha razón, y yo túvelo por bien: porque Vos mando que veáis la susodicho e llamadas y oídas las partes, a quien atañe, hagáis y administréis en ella brevemente entero cumplimiento de justicia. Fecha en la villa de Valladolid a 9 del mes de junio de 1549 años. Maximiliano, la reina; por mandado de su majestad, sus altezas en su nombre. Entre los soldados, que habían venido del Perú, estaba uno que se llamaba Juan Bermejo belicoso y mal intencionado, que entendiendo estas pasiones y el descontento de los hermanos Contreras: les dijo que tomase venganza del obispo y se alzase con la provincia, dando a entender que toda la gente le acudiría por ser nieto de Pedrarias Dávila que lo había conquistado, ofreciéndose que le daría para ello todo favor y ayuda con su persona y amigos, que decía ser bastante para ejecutar seguramente el hecho. Aceptó Fernando de Contreras el consejo, y parece que no fue solo deste hombre, sino que ya se lo había dado su majestad y aun mandándoselo muy apretadamente, según consta de una provisión real, su data en Valladolid a 6 de octubre de 1550. Así en la ciudad de Granada donde a la sazón estaban procuraron traer a su opinión algunos soldados, y allí disimuladamente comenzaron a aderezar arcabuces y otras armas; y luego se partieron a León 18 leguas de Granada, dejando a Pedro de Contreras, mancebo de diez y ocho años en casa de doña María de Peñalosa su madre. Fue Fernando de Contreras luego que entró en León a posar a sus casas con

muestras de ir a ciertos negocios; y conjurada la muerte del obispo para principio de su empresa, tomó a un Castañeda que presto se hizo apóstata de una religión grave. Un miércoles después de comer, 26 de febrero, Contreras llamó a ciertas personas para oír a un cantor que tenía en su casa, y estando dentro los metió en una cámara y allí les hizo su parlamento, diciendo de la estrechez en que estaba la tierra, y como no se podía vivir en ella: porque ya no solamente estaban los soldados sin remedio pero que a los vecinos les quitaban los repartimientos de indios que habían conquistado y ganado con su propia sangre, y que, por el remedio de todos, él quería tomar la empresa. Y habiendo dicho esto, salió sin declarar adonde iba con los que allí se juntaron a efectuar su intención; algunos le dijeron que ¹⁾ los dejase ir por sus armas, él les dijo que no habían menester más armas que las que tenían; y porque algunos, de los que salieron, andaban algo perezosos, dijo a Juan Bermejo que les hiciese andar o que les pasase con una aguja enhastada que en las manos traía. Salió Castañeda con unas coracinas en lugar de los hábitos y todos hechos una muela se fueron derechos a casa del obispo, que estaba en conversación con fray Alonso su compañero y un clérigo; y como dijeron al obispo que Fernando de Contreras venía, sospechando su intento se quiso esconder y no le fue posible, porque Fernando de Contreras le topó y le dio de estocadas, y cayó junto a una tinajera. Y echando mano a una daga le dio muchas puñaladas; diciendo el obispo: ¡Acaba ya carnicero déjame ya, que bien basta lo que has hecho! Luego hizo Fernando Contreras descerrajar los cofres del obispo, uno en que había oro y plata y otro en que había escrituras. Había el obispo predicado aquel día y como cayó herido, y caído con tantas heridas casi muerto llegaron luego a el fray Alonso y el clérigo, y el obispo les dijo que le trajesen quien le curase. Ellos le dijeron que no curase del cuerpo que no podía tener remedio: que curase del alma; y llegándose fray Alonso a él se confesó, y pidió un crucifijo que tenía en su oratorio, tomóle en las manos adorándole con gran devoción; preguntóle el religioso que a quien dejaba encomendada la iglesia: respondió, que la dejaba encomendada a aquel, que en sus manos tenía, que era su verdadero esposo, y tendría cuidado de la regir y gobernar; y preguntando a quien dejaba sus bienes y hacienda dijo que mandaba mil castellanos, a la iglesia y que todo lo demás tuviese quien mejor derecho hubiese. Rezó luego muy devotamente el credo y volviéndolo a decir con gran devoción en medio de el dio la ánima al señor, estando presente a todo esto Catalina Alvarez (*alvento* (?) su madre cuyo dolor y lágrimas se da bien a entender: pidió licencia a Fernando de Contreras para darle sepultura y se la dio. Muerto el obispo y robada su casa salieron todos para la ciudad apellidando libertad y diciendo: ¡viva el príncipe Contreras! Fuéronse a casa del tesorero y descerrajaron la caja del rey y tomaron lo que tenía, que según parece por una carta de su majestad, su fecha en Madrid a nueve de diciembre de 1551 escrita al presidente Cerrato fueron mil y quinientos pesos; de allí fueron por toda la ciudad juntando gente y armas y caballos, de suerte que hicieron más de cuarenta hombres bien armados con armas y caballos; hecho esto envió a Granada a dar aviso a Pedro de

1) *de*, en orig.

Contreras su hermano enviándole la daga con que había muerto al obispo sin punta, por que se le había despuntado al tiempo que le mataron; y él se partió con aquella gente al Realejo doce leguas de León que es el puerto principal, y en llegando tomó dos navíos que allí estaban y quedando él en guarda del puerto envió a Juan Bermejo que tomase la ciudad de Granada; fue y halló más de doscientos hombres porque había llegado una fragata que venía de Nombre de Dios que traía hasta sesenta soldados de los desterrados del Perú. Martes 4 de marzo de 1549, llegó Juan Bermejo a Granada con veinte y un soldados; y estaban en la ciudad puestos en escuadrón más de ciento veinte y por capitán Carrillo y entre ellos Pedro de Contreras; en llegando Bermejo hicieron en la ciudad muestra de resistirle, pero fue aparente, y luego se pasaron a su bando, muchos de la ciudad. Envío a Salguero, que fuese con 25 soldados a Nicosia 40 leguas de Granada a tomar la gente que allí había. Después que Juan Bermejo ¹⁾ tomó la ciudad y de ella lo que le pareció, juntamente con Pedro Contreras y la demás gente se vino al Realejo a juntarse con Fernando de Contreras. Habían venido en este tiempo dos navíos al Realejo con mercaderías y tomando Contreras la gente, y lo que le pareció, envió de ello a su madre. Después que Bermejo dejó la ciudad, los alcaldes y otros leales al rey, quisieron dar aviso a Nombre de Dios por el desagadero de la laguna en una fragata que allí estaba; pero los rebeldes tuvieron modo de echarla a pique, y así no se dio aviso. Ellos todos se fueron en los navíos a acogerse a Panamá, donde tuvieron muchos reencuentros en que quedaron todos perdidos y muertos; y Fernando Contreras lo hallaron ahogado en una ciénega, y cortada la cabeza la pusieron en una jaula de hierro por infamia, con que en breve castigó Dios la execrable maldad cometida contra este santo prelado. Sobrevinieron después tantos infortunios sobre aquella miserable ciudad que la arruinaron, y así se pasaron a otro sitio donde hoy está la ciudad, y dice Remesal que hasta aquel año, que era el de 1616 en que habían pasado 61, estaba la sangre tan viva como si se acabase de derramar en casa del obispo, y lo mismo he oído decir muchas veces a gente de aquella tierra; y que en aquel lugar no hay quien pare por las continuas tormentas y rayos que caen. No es dudable que la justicia divina, que la hizo de aquellos miserables en destestación de tan gran delito, también castigue a aquel lugar maculado con la sangre de un sumo sacerdote, como sabemos que lo ha hecho muchas veces. Pero parece que esa sangre fue riego para que luego diese fruto aquella tierra, y se redujese la provincia de Costa Rica, muy pingüe y abundante de mucho gentío, mucho oro y cacao, por lo cual le dieron ese nombre, pero la codicia de los españoles la han puesto de modo que ni hay gente ni frutos, sino mucha miseria: que hoy debe llamarse más bien Costa Pobre como Puerto Rico. Estos, y otros muchos infortunios que en esta América pasaron en aquellos principios, muchos mal mirados y llenos de pasión, y ajenos de lo que es buena razón, los atribuyen al señor Casas, porque él fue quien con inmensos trabajos consiguió que se hiciesen aquellas Nuevas Leyes, a quien ponen por piedra de escándalo de estos y otros alborotos; y no hay duda que si las cosas las miraran a buena luz

1) *Berdugo*, en orig.

y con más cristiandad, no lo habían de atribuir a aquese principio, sino a la suma malicia que se había apoderado de toda la tierra. Y aunque sea verdad que a aquestas conquistas pasaron muchos de buena sangre y cristianas, respecto de los malos que vinieron fueron casi nada porque muchos foragidos, muchos que no cabían en el mundo, otros por sus delitos, y otros que no teniendo un pie de tierra en España, ni un pan que comer, vinieron a estas partes y como dice el proverbio castellano: si quieres ver a un ruin dadle un cargo. Y desde todo este género de gente se vieron señores de vasallos y con hacienda, no contentándose ya con verse ricos habiendo venido pobres, trataron de destruir aquestos pobres que bien se lo dice el santo obispo don Francisco Marroquín, en aquella carta que queda puesta arriba a la ciudad de Guatemala. Y si os véis ricos, habiendo venido pobres, qué ha sido otra la causa sino obrar yo como ruin pastor, viendo que despedazaban mis ovejas y no las defendía. Ya llevaban los españoles destruidas todas las islas de Barlovento y todo lo que llaman Tierra Firme y mucho de estas provincias de la Nueva España, que Dios levantó la cabeza de este santo Aod para que usando de ambas manos aplicando todas sus fuerzas, que excedieron a las de muchas gentes a defender lo que había quedado; y mediante su grande esfuerzo que tuvo contra dos mundos venció, porque Dios estaba con él porque no se acabara de destruir la América; y así solo subsiste de ella lo que defendió. Y como los que se hallaban ya encarnizados en tantas tiranías en estos miserables (como se ha visto arriba en lo de Chiapa: que ese ejemplar demuestra del modo que todo estaba allí); fue la rabia y el odio contra el santo prelado y contra todos sus secuaces los frailes de Santo Domingo. En solo esto de Nicaragua y Comayagua, y lo que confina con San Salvador, destruyeron Pedrarias Dávila y los demás, más de cinco cuentos de indios, muriendo todos los más en la gentilidad, como afirma Torquemada. Y así quedaron esas provincias tan exhaustas de indios, como hoy las vemos, cuando era tan poblada, como hormigas; y ésta fue la rabia contra el señor Casas porque defendía a aquestos pobres, y se los sacó de las uñas; y esta fue la causa de los alborotos en todas partes porque no se pretendía más que el rey de España tuviese el nombre de rey, pero el reyno era suyo de ellos, que ni noticia de otro rey tuvieron por la mayor parte que de aquellos tiranos que los tenían sojuzgados. La ley del evangelio que se predicaba era lo que dijo aquel indiano a nuestros religiosos en España, como queda dicho arriba, que no supiesen que Cristo murió, sino que era muy valiente: para que con esto amedrentados estos miserables no se atreviesen a contradecir; aunque los llevasen al matadero para que los hiciesen cuartos para vender carne humana a los indios y mantener a sus perros para que cebados así acometiesen feroces a los indios. Tan común y regular esto que solía decir uno a otro: Mate usted hoy y envíeme un cuarto de bellaco, porque con este nombre los llamaban, que yo mataré mañana y retornaré. Pues quien llega a esta crueldad que se estremecen las carnes al escribirlo por el horror que causa a la misma naturaleza. ¡Y qué harían en lo demás! y así no quieran solapar el libro que escribió el señor Casas de la destrucción de los indios diciendo que fue maliciosa impostura de extranjeros para

hacer malquista la nación española, que suyo es, y escribe como testigo de vista : no lo escribió para infamar, sino para que su majestad lo supiese y su real consejo para que pusiese el remedio; porque era tal la malicia que se había difundido que hasta el mismo Consejo estaba infestado. Y así, como se dirá en su vida, los recusó a todos por lo cual su majestad mandó hacer aquella visita, y castigó a los que estaban culpados; y cuando aquel supremo Senado, se hallaba tan corrompido de la codicia, cómo estaría lo demás. El mismo dicho del licenciado Gasca lo comprueba, que refiere Castillo en su original que no lo trae el impreso que en aquella junta que se hizo en el año de 50 en Valladolid en que se halló el mismo Castillo y el señor las Casas en que se trataba de dar (*Castillo en el original*) ¹⁾ perpetuas las encomiendas, repugnando el mismo Gasca esto y dando a entender que no lo merecían por lo que obraban en el Perú le dijo uno de la junta que cómo no le había remediado y castigado pues fue a eso; dijo él entonces: *¡Crean ustedes que no hice poco de salir de entre ellos!* Esto dijo el que volvía de experimentar lo que pasaba. Lean las historias sin pasión y digan la verdad, que es lo que deben a fuer de caballeros católicos cristianos, y no se anden desvelando en inventar calumnias contra los varones justos, porque se les antoja meterse a historiadores e inventores de mentiras como Vázquez y Fuentes y otros tales, o porque tienen en poco de sangre de conquistadores; y este fue el odio que contra si se concitó el señor Valdivieso por haber ido a pedir remedio para su obispado para aquellas miserables ovejas; y por haberlas sacado de las uñas a Rodrigo de Contreras, por causas muy justificadas que halló la real audiencia, le quitaron la vida. Dichoso él que como buen pastor dio su ánima por sus ovejas, no como mercenario y alquilón que viendo venir al lobo huye, y las deja en las bocas de los lobos que las despedacen!

CAPITULO LXXX

Del convento de nuestra señora de las Mercedes de Ciudad Real y su reedificación

Yo no sé qué le hemos hecho a los religiosos de san Francisco, nuestros hermanos, para que con tanta crueldad nos hieran y maltraten en la *Crónica* que tantas veces hemos citado, ni menos en qué les hemos ofendido a nuestros hijos los padres de la Merced, *que* con tanta falsedad nos quieran zaherir de ambiciosos en un *cuaderno manuscrito* que sacaron de la fundación del convento de la Ciudad Real de Chiapas pensando que con sus bachillerías y falsedades han de ocultar las luces de la religión dominica, ni ocultar la ciudad que está puesta sobre el monte de la iglesia. No es posible, dice el soberano maestro, que la luz se oculte, ni que la ciudad se deje de manifestar, porque si los niños callasen, las grandes piedras que sustentan este edificio de la iglesia militante, todas salidas de la cantera de Domingo, darán voces. Y así quise escribir este capítulo para que los que vieran dicho cuaderno vean también las muchas

1) El capítulo CCXI está en el impreso con esa numeración.

falsedades que envuelven. Bastante queda ya apuntado en la *Historia* manuscrita de fray Tomás de la Torre, y advertido en muchas partes, porque se verá mejor la verdad dediqué este capítulo solo para ésto. Dice pues el manuscrito, que sabiendo el señor obispo Marroquín en Guatemala que habían venido religiosos de nuestra señora de la Merced a México los envió a llamar; en esto falta claramente a la verdad pues como consta de Remesal, y en ello conviene Vázquez y Fuentes en sus historias, los trajo de México cuando se fue a consagrar el año de 1531: porque eran los que halló más desembarazados en lo de México, porque nunca se aplicaron a la doctrina y enseñanza de los indios, sino a la profesión de su instituto que era pedir limosna de la redención de cautivos, y así tampoco tienen pueblos en México. Y con el gran deseo que el señor obispo Marroquín tenía de la salvación de las almas de sus ovejas solicitó en México operarios, y no halló sino a los de nuestra señora de la Merced, que como no se aplicaban a enseñar, fueron los únicos desocupados que halló, y a esa causa no trajo religiosos de san Francisco, por que no los había aunque los deseaba mucho para la enseñanza de sus ovejas. Prosigue y dice que luego envió el señor obispo Marroquín a que fundasen convento en la Ciudad Real de Chiapas, y esto es verdad a causa de que aquella provincia era de su obispado y no había en toda ella más que a puras penas un clérigo y éste tal como se ha dicho; y así los despachó para que siquiera hubiera alguna copia más de ministros del evangelio. En Guatemala se conocieron el señor Casas y el padre fray Marcos Ardón donde tuvieron muchos debates sobre la piedad, que aquese título le debe a nuestro Remesal, por no llamarla de otro modo mereciendo muy bien el contrario: pues no puede ser mayor la impiedad que bautizar tantas gentes, sin catecismo ni doctrina ni conocimiento de Dios, como ha dicho muchas veces nuestro historiador; y se ha visto muy bien en todos los debates que hubo con los españoles, que no procuraban más que contemporizar con ellos. Y así ni trataron de doctrina ni enseñanza alguna de ningún pueblo: éste padre fray Marcos de Ardón fue a fundar el convento de Ciudad Real y allí se hallaba cuando tuvo la nueva de la venida del señor obispo Casas; y como ya había experimentado su gran celo e intrepidez en las cosas del servicio de Dios, temió tener algún lance y así trató de dejar su convento de Ciudad Real. Y sabiendo el señor obispo que no le llevaban a pasión alguna de hombre, y aunque litigaba el servicio de Dios era exactísimo en no conservar odio ni mala voluntad, y que el sol no se pusiese aun manteniendo su ira, le escribió desde Tabasco, que no se desconsolase que tendría en él todo consuelo y que le señalaría pueblos donde doctrinasen y enseñasen, porque hasta entonces no se dedicaban más que a bautizar tal o cual que los amos españoles querían: como caciques o indios principales, dejándolos en su misma gentilidad y cargados de mujeres. Habían fundado unas haciendas con algún ganado hacia Copanaguastla y de estos frutos y de lo que percibían en los bautismos que hacían, tenían razonable pasadía como confiesa nuestro historiador: Llegó el señor obispo y hízoles mucho cariño, y ellos le hicieron mucho a nuestros religiosos cuando llegaron el año de 1545 a 12 de marzo; y aun quisieron que se fuesen nuestros religiosos a hospedar a su

convento: lo cual no quisieron por ser muy pequeña su casa, que no era de más que de tres religiosos pero aceptaban la caridad que les hacían de la comida de sus enfermos. Luego empezaron los disgustos del señor obispo con los vecinos de la ciudad sobre las confesiones que a causa de hallar a dichos religiosos tan entrañados con los vecinos, y lo que habían practicado hasta entonces de contemporizar con ellos en sus cosas, a ninguno de ellos expuso para confesar aquella cuaresma; y por hallarlos tan corto todo (?) como los halló. Y así es muy falso lo que dice el manuscrito que nos alojaron en su convento cuando venimos de España; bien pudo no faltar tan a las claras a la verdad pues confiesa haber visto la historia de fray Tomás de la Torre. Así se pasaba este año de 45, no mostrándose arte ni parte a favor de la iglesia en ¹⁾ las turbulencias que hubo con los vecinos, la semana santa y la pascua de resurrección: porque eran de muy contrario sentir que el señor obispo y los frailes dominicos. Fue, dice el manuscrito, que era muy adverso aqueste año de 45 porque en él vino por comendador de la casa de Ciudad Real el padre fray Fernando de Arbolancha, y así que vino aquese que traía en su compañía, para aquel convento, y el padre fray Marcos de Ardón se salió con los que tenía consigo, dejando el convento escueto a las haciendas de Copanaguastla; quedando solo el padre fray Fernando de Arbolancha, con los religiosos que trajo, en Ciudad Real. Y prosiguiendo el citado autor manuscrito, como su señoría era dominico, y trajo muchos religiosos de su orden, no había doctrina ni pueblo que no diese a fraile dominico; en todo lo cual se conoce que ni sabe lo que se habla, ni lo entiende pues en aquel tiempo ni había pueblos como ahora, ni doctrinas ni tenía la forma que hoy tiene todo; pues se ha visto cómo todos estaban desparramados sin tales formas de pueblos y fue tan poco el tiempo que el *señor obispo Casas estuvo en el obispado que ni lo vio ni visitó más que el pueblo de Chiapa y Copanaguastla y Zinacantan*, que fue sólo desde principios de cuaresma hasta espíritu santo, y después que vino de Gracias a Dios desde navidad hasta principios de cuaresma; y en ese tiempo bien se ha visto como solo nos dio dos iglesias, y todo lo demás estaba solo sin haber entrado ministro alguno en todo lo demás. Y pues por ausencia del señor obispo quedó por provisor del obispado del padre fray Fernando de Arbolancha, cómo no tomaron pueblo alguno, en sus manos los tuvieron todos; con que es evidente que no trataron de otra cosa que de su instituto de la redención. Dice se ausentó del convento el padre fray Marcos de Ardón huyendo algunas ocasiones, porque su señoría el señor Casas era de terrible condición: ya se ha visto en lo que mostraba condición, que era en el bien de sus ovejas, y a que no se bautizasen con tan poco miramiento. Cuanto más que se ha dado por causa de la ida del padre fray Marcos, la venida del nuevo comendador, ¿por qué le echa la culpa a la condición del señor Casas? Dice puso religioso en el pueblo de Copanaguastla dominico, y consta esta verdad por los cálices y campanas y aun casullas antiguas que no ha mucho se consumieron con escudos de la virgen de la Merced. No sé cómo se atreve a faltar tan a las claras a la verdad: no ha visto la historia de fray Tomás de la Torre que allí no había orna-

1) *que, en orig.*

mentos para decir misa más que aquel muy pobre que llevaron los religiosos que allí fueron, y se veían precisados a volverse el sábado todos a Copanaguastla por no tener más que aquel ornamento; donde no había entonces campana, ni cosa que lo valiese, y si algún cáliz hubo con escudo de la Merced sería o dado o comprado a los religiosos que despoblaron su convento: ya se ha visto cómo en aquellos tiempos ningún pueblo se doctrinaba, y así se ve claramente la falsedad de todo lo que dice. Dice que hubo menester en aquellos tan grandes pleitos que tuvo con los vecinos de Ciudad Real, de la persona del padre fray Fernando de Arbolancha; y que así que hizo que renunciara el oficio de comendador y lo hizo su provisor y vicario general: como lo fue con todo crédito y honra de nuestra religión. Bien se ha visto atrás de lo que sirvió; y lo que pasó en esto fue que habiéndose de ir a la junta de México, y llevar consigo al canónigo Pereira que era el único clérigo que había de fundamento en Ciudad Real (porque el deán ya se ha visto lo que sucedió, el maestrescuela se quedó en Guatemala, y Galeano se ha visto el sujeto que era), no quiso dejar a ningún religioso dominico, por lo aborrecidos que estaban. Y así dejó al padre fray Fernando, que no le sirvió de cosa pues después no tuvo controversia alguna: porque se fue el señor obispo, y de lo que sirvió fue de no fundar la iglesia, ni querer ir a la iglesia el día de san Miguel, cuando el cuento de San Pedro de Pando y de enojarse con nosotros; porque no absolvimos luego sin satisfacción alguna, ni arrepentimiento a san Pedro de Pando: que era el que como juez provisor había de tomar la causa de la iglesia por suyo: pues era de su obligación. Y conoce lo aventajado del sujeto y que fue solo necesidad el dejarle por provisor, pues le dejó tan ligado y las manos tan atadas que no pudo absolver de las censuras a san Pedro de Pando; y este fue el gran lustre que dio a la sagrada religión. Dicen que los vecinos los miraban como enemigos, por ser el provisor de su religión, tampoco motivo dieron los religiosos ni el padre provincial para eso que antes eran a favor de los españoles; bien claro lo ha dicho fray Tomás de la Torre en su *Historia*, y así en eso bien poco tiene que alabarse. Dice que con los pleitos los aborrecieron los españoles, que no les daban limosna, por lo cual padecían mucha necesidad: ya lo ha dicho el padre fray Tomás de la Torre, cómo nos hicieron mucho bien, porque tenían para hacerlo, y cuando tuvieron alguna necesidad, fue cuando se quitó aquella piedad impía de andar bautizando sin catecismo: que por este género de piedades hubo de hacer nuestro fray Domingo Vico aquel catecismo tan dilatado, que dice lo hace para los que se catequizan de nuevo, y para los que han bautizado, que son muchos, sin catecismo. Dice no hubo un pueblo para ellos ni para la religión de San Francisco, los padres de la Merced ya se ha visto como no se aplicaron a eso, los de san Francisco por quien aboga no fueron a Chiapas hasta el año de 1513, como consta del manuscrito que escribió fray Francisco de Figueroa, que son treinta y dos años después que el señor Casas se fue de Chiapa; con que no habiendo religiosos a quienes se pudiese dar no me parece que hay queja ni la puede haber: que los que tiene exagera lo malo de ellos con decir se llaman *los mosquiteros*, esos se los dio el obispo de Campeche a quien pertenecían, como dice el padre Váz-

quez en su *Crónica*; y cuando los religiosos franciscanos fueron a aquella provincia ya estaba todo en forma de pueblos y administraciones, todo hecho por los padres dominicos. Dice fue de Guatemala el cuarto y último comendador llamado fray Alonso de Victoria: eso había de ser el año de 46 porque si dice que el padre Arbolancha avisó de ello al señor obispo que estaba en visita (aunque es falso: que no hizo visita alguna) él se fue de Ciudad Real para México a principios de la cuaresma de ese año: luego ese año fue la ida de ese comendador, lo cual no puede ser porque si acababa de llegar el padre Arbolancha hecho comendador de España, quién lo podía quitar aquí si no había prelado superior todavía, con que consiguientemente es falso. Lo más cierto es que desde aquel disgusto sobre decirle fray Tomás Casillas al padre comendador que no podía hacer oficio de cura sin licencia y facultad del obispo de quien tenía las veces, como refiere el padre fray Tomás en la misa nueva de fray Alonso del Portillo, que se fueron todos y dejaron solo el convento hasta muchísimos años después que se fundó de nuevo otra vez. Luego dice que aquel año fue de peste y que juraron a san Sebastián por patrono, y que le dedicaron altar y pusieron capellán clérigo; yo no sé de dónde sacaron este clérigo pues solo había en toda la ciudad, el padre Galiano que cuidaba todavía ahí (!) la catedral, y sólo decía misa y bautizaba porque no era para más. Además que si estaba el padre Arbolancha, ¡cómo era dable que el señor obispo mandase poner clérigo en el convento! ¡No ve la implicación y repugnancia!; y así el señor obispo, cuando esa peste estaba en España ya, como se dirá en el libro tercero, cómo dice que estaba en visita, ¿no ve que todo no lleva camino y que es gana solo de hablar y de quejarse? Todo lo demás que prosigue el dicho manuscrito es del mismo modo: como decir que su convento fue donde hoy es el convento de las monjas y que allí se hallan escudos de la religión de la Merced; aunque ello hubiera sido así que su convento fuera en aquel sitio, no me parece era fábrica para valerse de ella como estaba, para hacer el convento de monjas porque solo era su convento de unos horcones, bajareque y paja que allí se ve. Y lo fabrica de cal y canto y adobe muy bueno con que yo no sé quien pudo poner allí esos escudos, y si los hubo se quitarían con la fábrica nueva: que toda se hizo de nuevo sin que pudiese servir cosa alguna. Y así dejo esto que más ha sido venirnos a embarazar nuestra historia, como la de Vázquez y Fuentes, que adquirir noticias verdaderas que poner en historias; y así paso a otra cosa.

CAPITULO LXXXI

Del padre fray Luis Cáncer, uno de los primeros fundadores de aquesta santa provincia

Por dar fin glorioso a este segundo libro, y que tenga, ya que no la corona de alabanza por mi insuficiencia, tenga a lo menos la corona y aureola del martirio del venerable padre fray Luis Cáncer, pues se la dio su divina majestad tan gloriosa, como piadosamente creemos de sus heroicas hazañas con que tanto ilustró a aqueste reino de Guatemala y más

la provincia de la Verapaz. Pocas noticias se hallaron de este religioso, porque como ha habido tan poco cuidado en todo, y más en esta materia de las hazañas ilustres de los religiosos de esta santa provincia, se padece mucha carestía para poder escribir con todo orden las vidas esclarecidas de aquellos apostólicos varones; pues el padre fray Tomás de la Torre, aunque tuvo aqueste cargo, anduvo en esto muy diminuto; y así si muchas vidas de aquellos esclarecidos varones no fueren tan extensas como sus grandes hazañas merecían, no será culpa mía; llevando demás este defecto esta obra, sobre ser cosa de mi corto ingenio.

Era, dice Remesal, el padre fray Luis natural de la villa de Balbastro en el reino de Aragón, hijo de aquella santa provincia, madre de tan esclarecidos hijos, la más fecunda que se halla en toda la sagrada religión de predicadores en santos canonizados, pues ella sola ha dado tres que cualquiera de ellos bastara para ilustrar toda la religión como la ilustran todos; un San Vicente Ferrer trompeta y precursor del juicio; un San Raymundo a quien la iglesia católica debe su buen régimen y concierto en el derecho canónico que recopiló, y un San Luis Beltrán apóstol de aquesta América. No se sabe en qué convento de aquella santa provincia tomó el hábito para que con muchísima razón se gloriase de haber tenido tal hijo, ni menos se sabe el año fijo en que pasó a la isla de santo Domingo, que era entonces la única provincia de aquesta América y de quien como de madre fecunda han procedido todas las que hoy hay en las Indias. Que no parece fue tan voluntario el nombre de aquella santa provincia de Santa Cruz, antes sí parece que se le puso de lo alto para que en el nombre y en la gran cruz que allí se cargaba de penitencia, siguiendo a Cristo, asemejase aquel árbol de vida eterna que tanto fructificó en todo el mundo; así fue aquesta nuestra provincia de Santa Cruz de la que se difundió tanto fruto, tan sazonado, de fe como hoy se ve.

De aquí salió el padre fray Luis en persecución del viento y espíritu del Señor que lo sacó de su patria dejando por Cristo todo lo que es carne y sangre. No se sabe si estaba en el convento de Panamá, o si había pasado al Perú, cuando lo encontró allá el padre fray Bartolomé de las Casas cuando fue a notificar las provisiones reales a Pizarro de la libertad de los indios; y lo que tengo por más verosímil es que cuando de Nicaragua fue el padre fray Bartolomé a la isla de Santo Domingo a la reducción del cacique don Enrique se le juntó para venir a trabajar en la gran labor que se hacía en Nicaragua entre aquella gentilidad. Lo cierto que allí estaba trabajando en la reducción de aquellas gentes cuando el señor obispo Marroquín envió a llamar a los religiosos dominicos, para que les brillase a estas gentes la estrella clara de Domingo en esto de Guatemala y fuesen sus hijos los primeros luceros que anunciaron y manifestaron a Cristo a aquestas gentes.¹⁾

Grande era la luz que había amanecido a las provincias de Nicaragua a los que habitaban en la región de la muerte del gentilismo, y era mucho el grano sazonado que la religión dominica encerraba en las trojes celestiales con su predicación, de que envidioso a lo divino el señor obispo

1) Cáncer no llegó entonces.

Marroquín escribió al padre fray Bartolomé de las Casas con grande instancia, pidiéndole y suplicándole que no solo había de ser la dichosa la tierra de Comayagua en gozar del agua de la doctrina evangélica, pues eran nubes cargadas que bastaban para toda la tierra. Movido de aquellos ruegos del santo obispo, y lo que más es del viento del Espíritu Santo, se determinaron cuatro nubes de aquellas que se hallaron en Nicaragua, de venir a llover su doctrina a la provincia de Guatemala, y con lluvia tan copiosa, que bastaban ellos solos para fecundar toda la tierra. Entre ellos vino el padre fray Luis que como había prendido en él tanto el amor divino y consiguientemente el de la salvación de las almas, bastóle solo saber la necesidad de la tierra para luego acudir a su remedio. No fueron estas solas nubes cargadas de agua de celestial doctrina, sí también de rayos de fuego contra las fábricas más fuertes de los españoles que con tanta tiranía oprimían la tierra, sufriendo como verdaderos discípulos de Cristo grandísimas contradicciones de los cristianos (*Hebr. 12.3*); pero dispuesto el padre fray Luis a todo trance con los demás, no omitían ocasión que se ofreciese, ya en el púlpito, ya en pláticas particulares de disparar sus rayos de firme y sana doctrina contra estos peñascos duros, más duros cada día y más pertinaces en su dureza, siendo el efecto muy contrario al de la piedra del desierto que herida se desató en raudales de aguas. Sin duda del dolor, estas respondían con centellas de ira y de odio y encono contra los ministros de Dios que les herían con la vara de la divina justicia, amenazándoles con lo terrible de la cuenta que habían de dar a Dios, por lo cual se exponían a muchas afrentas y menosprecios: ya que Dios les ligaba las manos para ejecutar otras mayores violencias.

Aplicóse luego el padre fray Luis a la inteligencia de la lengua de la tierra viendo ser este el único medio de aprovechar a sus prójimos, y con su gran cuidado y estudio, ayudado del santo obispo Marroquín había aprendido mucho de ella, y con la gracia divina salió en breve muy perito, con que se dio a la predicación y enseñanza de estas gentes; siendo este uno de los primeros apóstoles de ellas y aun los únicos que anunciaron el santo nombre de Dios en este reino. En que se conoce el sumo engaño o malicia de los dos amigos: el padre Vázquez en querer que los primeros evangelizadores de este reino de Guatemala fuesen sus frailes, que finge, y latamente se ha probado en las notas ser todo apócrifo y falso; y los que fueron verdaderos vinieron seis años después que el padre fray Luis y sus compañeros, pues estos, como él mismo confiesa y es así, vinieron el año de 1535 y los suyos el de 1541; y don Francisco de Fuentes cuando dice que los clérigos fueron los primeros, que aunque es así que clérigos entraron primero, no fueron más que dos que se ocupaban solo con los españoles y nunca supieron lenguas ni se aplicaron a eso y así no doctrinaron ni enseñaron cosa alguna, ni estos ni los muchos que ha dado el tiempo. Ni hubo ni pensaron más que en tratos y granjerías, como dice su majestad en las dos cédulas reales puestas arriba al presidente Cerrato y al señor obispo Marroquín, y lo mismo fue de los religiosos de la Merced, que dice Fuentes eran los primeros, pues si como dice

el año de 35 vinieron los nuestros, y el de 37 trajo el señor Marroquín los que trajo de Méjico cuando se fue a consagrar, él mismo se halló implicado en su quimera. Estos religiosos tampoco se aplicaron a la enseñanza de los indios ni a saber su lengua, como queda dicho arriba; y así se ve que ni los clérigos ni los padres de la Merced tienen pueblo alguno en toda esta comarca, porque no doctrinaron cosa alguna.

Grande fue el fruto que el padre fray Luis hizo en los demás sus compañeros, predicando y enseñando en toda aquesta provincia en todo lo que hoy tenemos nosotros, y los padres de San Francisco, reduciéndolos a la fe católica, porque aunque ya los indios estaban sujetos, se estaban en su gentilidad por falta de ministros. Entonces redujeron a la fe al cacique don Jorge y a don Juan de Atitán y Tecpanatitlan con todos sus pueblos; saliendo muy buenos cristianos y tanto que su majestad les da las gracias por ello y les concede los privilegios arriba dichos, por haber ellos y sus principales ayudado al padre fray Luis y a los demás religiosos a la reducción de paz de la provincia de Teculutlan. No confirmaban la predicación del santo evangelio, ni lo acreditaban a fuerza de milagros aunque no faltaban obras maravillosas que algunas quedan puestas arriba y otras muchas que por olvido se han ocultado; con lo que más procuraban acreditar el santo evangelio para con estas gentes bárbaras, era con su vida inculpable, con la observancia estrechísima de sus leyes, de no comer carne, ayunar continuamente, si ayunar se puede llamar (*fol. 492. 501 v.*) la continua hambre y necesidad que padecían sin pedir cosa alguna a los indios, sino lo que ellos voluntariamente les daban, por no molestarlos: y esto solo era unas tortillas de maíz y frijoles y otras legumbres; andando siempre a pie y descalzos, levantándose indefectiblemente a media noche a maitines, aunque fuese uno solo, y de madrugada a la tarea de predicar y enseñar; esto es cuando ya el asno frágil de la naturaleza no podía tolerar la insoportable carga de tanto trabajo, que si se sentían con fuerzas, perseveraban en la oración hasta la mañana implorando el favor divino para sí y para aquestos pobres indios para que Dios les comunicase luz para que lo conocieran por supremo señor, criador y redentor. El abrigo que tenían en tierras tan destempladas y frías no era otro que muchas veces en los campos con los hábitos rotos y raídos que encima traían, sin quitárselos jamás porque este era todo su vestido y todo su ajuar y ropa de cama. Lo que el padre fray Luis padeció en la doctrina de estas gentes, sólo Dios que lo apuntaba todo a buena cuenta: para remunerárselo con tantas ventajas, como se lo pagó, lo puede llegar a alcanzar. Porque como todos los indios estaban derramados en rancherías, y la población mayor no llegaba a doscientos vecinos, eran las fatigas de los caminos y predicación mucho más dobladas: andándolo todo y predicando sin cesar.

El año de 37, como se ha dicho, fue cuando se abrió la puerta a la predicación del santo evangelio de paz a la provincia de Tezulutlán, como queda dicho arriba; y habiendo despachado el cacique don Juan a su hermano para que rogasen a los padres que fuesen a su tierra, aunque vestidos de la simplicidad de palomas también se hallaban adornados de la

prudencia de las serpientes, como mandó Jesucristo a sus apóstoles: que así advertidos los religiosos y temiendo de su fragilidad, no quisieron resolver la ida hasta que lo encomendaron a Dios por medio de muchas oraciones y ayunos y disciplinas; lo cual hecho se resolvió que fuese uno solo para que si fuese ardid para quitarles la vida, no se arriesgase toda la mercadería en un lance. Esto resuelto faltaba el determinar quién había de ser el valiente Josué a quien Dios escogería para explorador de aquella tierra; y imitando a los apóstoles, después de muchas oraciones, ayunos y disciplinas: porque sólo de este modo entendía su humildad que Dios les ayudaría y guiaría en sus acciones, lo remitieron a las suertes; y habiéndolas echado salió la suerte en este justo Matías, o valiente Matías: para que fuese el caudillo que primero pisase el suelo del enemigo y avasallase a satanás, que se había apoderado del pueblo de Dios, redimido con su sangre; y viendo que en él había caído la suerte, se humilló ante la divina majestad por medio de la oración, mortificándose y ayunando: suplicándole que sus deméritos no fuesen causa de que, indignado Dios, cerrase la puerta de su misericordia a aquellas gentes. Con que más fervorizado, y fortificado con la obediencia que se lo mandó así para más mérito: expuesto a rendir la vida, si menester fuese, por la dilatación de la fe; tomó el camino de Sacapulas en compañía del hermano del cacique, experimentando en el camino las suavidades y misericordias de Dios en el obsequio cariñoso de los que le acompañaban —continuas espías y atalayas de todas sus acciones—; pero como en todo el camino no dejase la costumbre del ayuno, vigiliás y oraciones: con que instantemente pedía a Dios el buen suceso de su legacía, fue mucho el crédito del santo evangelio; viendo cuan diferentes eran las obras de los ministros de Dios de las que habían oído de los españoles, que tanto miedo y horror les habían puesto. Y si mucho fue el consuelo de su espíritu de ver el obsequio con que sus guías le conducían, mucho mayor fue el que sintió, cuando vio las fiestas y regocijos que hizo el cacique don Juan en su entrada: adornando el camino de arcos de flores, barriéndolo y regándolo de hojas de árboles verdes y de flores con muchas danzas y bailes a su usanza, celebrando su venida con todo género de instrumentos y regocijos. Recibiólo el cacique con toda veneración y reverencia, sin atreverse a levantar los ojos para mirar el rostro del padre fray Luis: respeto que guardaban con sus sacerdotes. Afrenta sí era para nuestros católicos: que con tanto ultraje los trataban con causas y procesos contra ellos.

Luego le mandó edificase una iglesia y convento con toda brevedad porque era poco el costo de los edificios de aquel tiempo: reduciéndose a unos horcones, cañas y lodo, y por techumbre un poco de paja. Y aderezado el lugar, con la mayor decencia que se pudo y permitió el adorno que el padre fray Luis llevaba, se celebró allí el santo sacrificio de la Misa: cosa que no admiró poco y agradó mucho más al cacique; ver el aseo y limpieza con que celebraba aquel divino sacrificio, por ver la gran diferencia que había de los suyos a los nuestros: aquellos crueles y sangrientos ejecutados con toda inmundicia por unos sacerdotes inmundísimos, tiznados, sucios y llenos de toda asquerosidad. Con lo cual más

aficionado el cacique a la ley evangélica: que luego le comenzó a predicar el padre fray Luis; determinó de recibir el santo sacramento del bautismo.

Fue su entrada en aquella provincia por agosto de este año dicho de 1537; y embelesado el padre fray Luis en la predicación del santo evangelio: viendo cuán prontamente daban oídos al cacique y los principales a su doctrina; y el darles a entender con la seguridad con que podían venir a la Iglesia, sin temor de que los españoles les molestasen en cosa, ni que serían encomendados a hombre alguno, sino que estarían bajo el yugo suave de los católicos reyes. Y en instruir al cacique en los misterios de nuestra santa fe para bautizarlo, gastó hasta fines del mes de octubre.

No era poco el cuidado que tenían sus hermanos en Guatemala del suceso del padre fray Luis, cuyo buen éxito solicitaban ante Dios con continuas oraciones, plegarias y todo género de mortificaciones. Bien consideraba el padre fray Luis este cuidado, y así por no tenerlos más tiempo en aquella pena, determinó dar la vuelta a Guatemala a dar cuenta de su legacía; aunque con cierto dolor de su corazón por haber de apartarse de aquellos hijuelos tan tiernos en la fe, que por evangelio había engendrado para Cristo. Y, llegado a Guatemala, no es decible el gozo que sus hermanos tuvieron de ver a su hermano sano y bueno, y con tan buenas nuevas: que procuraron celebrar con sacrificios, ofreciendo aquel banquete del ternero pingüe del hijo de Dios con hacimientos de gracias, cantando un *Te deum laudamus* todos llenos de lágrimas de gozo de ver cómo el piadoso Señor había correspondido tan propicio a sus buenos deseos, para confusión de los que sentían que estas reducciones se habían de llevar por fuerza de armas; y viendo cuán a las claras confirmaba Dios su doctrina, que enseñó en su evangelio, con la mansedumbre y paz que debe predicarse: pues no es dable, ni puede caber en buen juicio, que la paz del santo evangelio pueda asentarse en corazones alterados y aterroizados con la crueldad de la guerra. Quiso luego ir a ver por sus ojos aquesta resurrección, de Lázaro hediondo y podrido, de la idolatría, el padre fray Bartolomé de las Casas, el padre fray Pedro de Angulo; y el padre fray Luis quedó en Guatemala en la labor continua de la enseñanza de los indios, en compañía de fray Rodrigo de la Adrada; en cuyos empleos se ocupó con los demás religiosos, haciendo sus entradas por turnos con todos los demás a la provincia de la Verapaz, hasta el mes de mayo de 1538: en que consultando el santo obispo Marroquín, con nuestros religiosos, el modo que se podía tener de enviar por religiosos de las dos órdenes de *San Francisco* y *Santo Domingo* a España; se resolvió que fuese el padre fray Bartolomé de las Casas, como más cursado en negocios de corte, y que llevase uno o dos compañeros. Y porque ido éste, con uno o dos compañeros, quedaba la tierra *invia et inaquosa*: y que si se dejaba de la mano muy en breve se volvería a llenar de malezas; se dispuso que fuesen todos al capítulo, que se había de celebrar en México por agosto de aquese año, a solicitar las licencias: para que unos pasasen a España y otros trajesen compañeros para la obra de la viña del Señor.

Y así se hizo, saliendo a 20 de mayo de Guatemala, el padre fray Bartolomé con el padre fray Rodrigo a dar cuenta de su viaje a sus hijos, porque no recibiesen alguna alteración y daño por su partida: y que más útil les habría de ser su ida que su quedada, como Cristo divino maestro dijo a sus discípulos. Y el padre fray Luis y el padre fray Pedro de Angulo por los pueblos de Atitlán, Tecpán Guatemala, y Tecpán Atitlán, Tonicapa, Quezaltenango, y los demás: noticiándolos cómo iban a solicitar más compañeros para su bien y salud. Y así se ejecutó, juntándose todos en el camino a pie, y con mil necesidades que pasaron en camino tan dilatado de más de trescientas leguas, y por caminos tan ásperos y despoblados.

Llegados pues a México, dieron cuenta al prelado de lo que habían trabajado en la viña del Señor, confesándose con todo eso siervos inútiles, en conformidad de lo que manda Cristo en su evangelio: con lo cual y habiendo entendido el capítulo la gran sementera que tenían entre manos, y cuánto se necesitaba de obreros, dieron licencia al padre fray Bartolomé para que pasase a España, llevando por compañeros al padre fray Luis y al padre fray Rodrigo de la Adrada; y viendo que quedaba solo para aquestas conversiones el padre fray Pedro de Angulo, aunque se carecía mucho de ministros en México, estrecháronse cuanto pudieron, y diéronle al padre fray Juan de Torres y al padre fray Matías de Paz: que, aunque mozos y de poco tiempo en la religión, daban grandes esperanzas con su gran virtud de que serían grandes ministros del evangelio, como el tiempo lo manifestó. Y no habiendo entonces coyuntura de embarcación para España, por no perder tiempo, pasado el capítulo dieron la vuelta para Guatemala todos seis: esperando que hubiese mayor oportunidad por Puerto Caballos, como la hubo. Y llegados a Guatemala, a fines de aqueste año de 38, fueron prosiguiendo su trabajo como antes, con grandes medras de aquella cristiandad; hasta fines del año de 1539 en que hubo un navío que hizo su viaje a Castilla.¹⁾ Y en Puerto de Caballos se embarcaron todos tres: fray Bartolomé de las Casas, fray Rodrigo de la Adrada y fray Luis Cáncer; sin más matalotaje ni aparejo que el de la providencia divina. Y llegados a España con próspero viaje a principios del año de 1540, luego se trató de los negocios que los llevaban: y el mayor que era el alivio de aquestas pobres gentes, y los aumentos y creces de su provincia de Tezulutlan, que como trabajo y fruto de sus sudores la miraban con ojos de padre; de que dando cuenta a su majestad y del fruto que se había hecho y se esperaba en adelante, no escaseó sus favores, antes a manos llenas les dio en las muchas cédulas, que arriba quedan puestas.

Y sucediendo la dilación del padre fray Bartolomé, como se ha dicho y más latamente se dirá en su vida; se determinó que viniese el padre fray Luis a traer los despachos y cédulas que su majestad había dado tan amplias para el bien de aquesta cristiandad: y resuelto que los religiosos franciscanos, que se habían juntado para esta provincia de Guatemala, viniesen, se dispuso viniese juntamente con ellos el padre fray Luis Cáncer: como se ejecutó a principios de febrero del año de 1541. Y

1) Era un navío de Pedro de Alvarado; fray Luis no estaba con ellos.

así los primeros fundadores de la provincia del santo nombre de Jesús de Guatemala llegaron aquí con alguna noticia de estas lenguas, como dice el padre Vázquez en su *Crónica*; no las adquirieron en México, como el reverendo padre dice: allá no había quien se las diese, porque todo lo que dice es ficción, como se le ha probado. Y sin duda se la dio el padre fray Luis en el viaje: porque, como tan celoso de la salvación de las almas, viendo que venían a aquesta provincia, cuya lengua él sabía, no escasearía ni encubriría el talento que Dios le dio en la inteligencia de estas lenguas; por no caer en la maldición del que esconde el trigo en tiempo de la necesidad (*Prov., 11, 5, 76*), y gozar de la bendición que se promete a los que con franqueza lo reparten. Y así no dudo que al padre fray Luis debieron aquellos padres la lengua que supieron.

Llegó el padre fray Luis a México, con los demás religiosos de san Francisco, por el mes de mayo según buenos cómputos: pues si se embarcaron en Sanlúcar, como dice nuestro Remesal, no pudo ser sino que ya abril estaba muy delante cuando llegaron a la Veracruz; y así por mayo fue, sin duda, la llegada de todos a la ciudad de México. Allí presentó el padre fray Luis todos sus despachos en la real audiencia: con esto y negociar el padre fray Luis algunos indios cantores para su provincia de la Verapaz; aunque solo pudo conseguir a unos pocos que le dio un santo guardián junto a la ciudad de la Puebla, tengo por sin duda que también haría compañía, o sería poca la diferencia que se dio, con los religiosos de San Francisco: porque todos llegaron a Guatemala después de la ruina de la ciudad; aunque más creo que vinieron todos juntos: porque, como negociados, aviados y dirigidos, por negociación del padre fray Bartolomé de las Casas que les despachó y al padre fray Luis; no hay duda que como habían venido juntos en el viaje de la navegación, como profesores todos de tanta virtud y religión y hermandad de religiones, y como ya práctico el padre fray Luis en la tierra y en estos caminos, no se apartarían de tan buen director y guía como les había depurado Dios: profesándose tanta unión y hermandad entonces entre las dos familias, y siendo su preceptor en la lengua el padre fray Luis, es probable que todos vinieran juntos.¹⁾

Fue recibido el padre fray Luis de sus hermanos, el padre fray Pedro de Angulo, fray Juan de Torres y fray Matías de Paz, con los mayores júbilos de alegría espiritual que humana lengua puede explicar: porque demás de ser uno que valía por muchos para la viña del Señor y haberle nuestro Señor comunicado tantos talentos de virtud y letras; porque fue de los más realzados de aquel tiempo y haber sido el alférez mayor de Cristo: levantó banderas por el supremo rey en la provincia de la Verapaz; fue además de todo esto muy realizada su venida por los despachos que traía del emperador. Aunque por entonces no se pudieron ejecutar, respecto de hallarse muy inmutada y casi perdida la cristiandad de la Verapaz: respecto de que luego que llegó el adelantado don Pedro de Alvarado la vuelta de España por setiembre de 1539, sin guardar respeto a la palabra real que estaba empeñada a los indios de la Vera-

1) En este año, entró fray Luis por primera vez en la Verapaz.

paz por el licenciado Maldonado, sobre que no se encomendarían a persona ninguna sino que serían de la corona real; encomendó el pueblo de Cobán a un Barahona: no dejando a su majestad ni aquestos vasallos que no había él conquistado. En que mostró más su deslealtad al rey, no dejándole ni permitiendo se le dejara ni un vasallo: a cuya causa se amotinaron los indios, y estaban como de guerra, sin atreverse nadie a entrar en la provincia ni ellos querer acudir a su encomendero con servicio alguno. Temieron los religiosos que, como autores de este negocio, los tendrían los indios por falsos y engañosos: y que lo que les habían prometido todo era fraude y engaño; y así desde que los encomendaron no entraron más allá los religiosos. Aunque no apostataron ni dejaron la fe que habían recibido: y así enviaban indios, a nuestros religiosos a Guatemala, que aprendiesen la doctrina, y enseñados aquellos, venían otros. Y aunque vinieron los despachos, que se ha dicho, no se pudo hacer cosa por la gran contradicción de los españoles que habían llevado muy a mal aquesta reducción de paz, por los intereses que entendían perder; y así el padre fray Luis con los demás fueron prosiguiendo la obra de la enseñanza y doctrina de estos indios de la provincia de Guatemala como antes, ayudándose, de los religiosos franciscos que habían venido, en tan dilatada viña. Pero fue nuestro Señor servido que vinieron nuevos despachos de su majestad, y en ellos las Nuevas Leyes: que su majestad envió al padre fray Pedro de Angulo, que llegaron a Guatemala, con los privilegios —puestos arriba— a los caciques, por el mes de mayo de 1545; y pudiendo ya más bien comprobar su verdad para con aquellos indios, el padre fray Luis se fue al pueblo del Rabinal con el padre fray Juan de Torres, y desde allí envió embajada a los caciques y señores de su venida y de los despachos que traía. Y habiendo venido al reclamo de su pastor, que los había sacado de las bocas de los lobos, y certificados de la verdad y fidelidad que los religiosos profesaban, los recibieron con tales júbilos y alegrías, con que se iba adelantando más aquella cristiandad: penetrando aquellas montañas y reduciendo muchos pueblos, que allí se hallan incorporados en la ciudad de Cobán, en la de San Pedro y San Juan Chamelco. Reduciendo a su cacique don Juan, cuyas hazañas merecían ser historiadas por pluma muy remontada, pero se irá haciendo memoria de algunas en el progreso de la historia: porque se ha hecho mucho lugar en ella por su gran cristiandad y valor en que hizo ventaja a muy señalados capitanes.

En estos ejercicios y en la doctrina de las demás gentes y a ayudar a la fábrica del convento que se iba haciendo ya en Guatemala, gastó hasta fines del año de 1545: que viniendo el padre fray Tomás Casillas a Guatemala a ver esta provincia, y deseando enviar por religiosos a España para que ayudasen a tanto trabajo; no halló sujeto más apropiado para el caso, porque además de su gran religión y letras, era dotado de suma prudencia para saber gobernar los negocios ante tan gran majestad como la del emperador: y así se lo llevó consigo para Chiapa para de allí despacharlo. En Chiapa le halló su antiguo compañero el señor Casas, cuando volvió del viaje de Gracias a Dios, y como le tenían tan experimentado en el viaje que con su señoría había hecho a España, aprobó al buen dictamen del padre vicario fray Tomás Casillas, quien convocando a to-

dos sus religiosos al pueblo de Chiapa, propúsoles la necesidad que tenían de ayuda de sus hermanos para poder tirar la red —que ya parece se rompía por la multitud de peces que se habían pescado— y otras cosas que les pareció convenir para la conservación de la compañía y bien de los indios; y así ofreciéndose entonces el viaje del señor obispo para la junta de México, se fue con el señor obispo, habiendo dado el padre vicario su bendición.

CAPITULO LXXXII

Hace el padre fray Luis viaje a España, y de allí por nueva España a la Florida

Llegado que fue a México el padre fray Luis en compañía del señor obispo donde asistió en aquella junta, como tan buen letrado que era; pero dolíale el corazón ver que no se trataba el punto principal de la libertad de los indios, y que fueran sacados de la miserable esclavitud en que estaban: y aunque el señor obispo se lo tenía en cuidado, fue mucha parte para con el señor obispo para que hablase con tanta resolución en aquel sermón, que quedó dicho arriba, que tuvo delante del virrey don Antonio de Mendoza; demás de encomendar este negocio instantísimamente a Dios en muy fervientes oraciones. Y concedida la licencia por el señor virrey y visitador para que tratase el obispo de este punto, los teólogos y juristas que se habían juntado, el padre fray Luis, como tan docto y experimentado por muchos años en las cosas de los conquistadores, mantuvo con gran tesón la justicia que asistía a estos pobres desvalidos y destituidos de todo amparo; y fue mucha parte para que la junta toda detestase la esclavitud de los indios y otras muchas demasías: de que resultó hacerse aquel memorial que se remitió a todas partes para “el gobierno de los confesores en las confesiones de los conquistadores”. Concluido con negocio tan grave y de tanta consecuencia e importancia para la salud de tantas almas; tomando el señor obispo última resolución de pasar a España, le hizo compañía el padre fray Luis, llevando los mismos compañeros de viaje que cuando salió de Guatemala, permitiéndolo así Dios para consuelo de todos: a quienes igualmente sugería el mismo espíritu de Dios, de solicitar la salvación de las almas y el alivio de aquestos pobres. Embarcáronse todos en el puerto de la Veracruz, a principios del año de 1547, yendo juntamente con ellos el padre fray Jordán de Piamonte uno de los religiosos primeros que trajo el padre fray Tomás Casillas; y vinieron con el señor obispo, a quien el virrey mandaba salir de la Nueva España, por lo muy alto que resonaba la voz de aquel clarín del Evangelio contra los desórdenes de los conquistadores: gozando en esta vida el ser bienaventurado por verse perseguido por la justicia de aquestas pobres gentes. Llegaron todos cuatro con próspero viaje a España, y dirigiéndose a la corte que estaba entonces en Valladolid, no hallaron en ella al príncipe don Felipe; pasaron a Monzón de Aragón donde

estaba su alteza, y se trataron los negocios que todos llevaban: el señor obispo el remedio de tantos males, el padre fray Luis de negociar religiosos que traer a la provincia de Guatemala y lo demás que llevaban a su cargo.

Estando tratando en esto con gran fervor le interrumpió estos negocios el mayor que Dios le tenía prevenido: que regase con su sangre aquella tierra árida y seca de la Florida para que pudiese fructificar y darle la corona tan deseada del martirio; de cuya inteligencia es de saber (*Torquemada, lib. 19, cap. 20*) que la provincia de la Florida es una misma tierra firme con la Nueva España corriendo la vuelta del norte, y que va a acabar al cabo de Labrador; tiene de frente a la isla de Cuba que le cae a la parte del oriente y su principio es una punta de tierra que sale al mar, que llaman Cabeza de los Mártires: entre esta Punta de los Mártires y la isla de Cuba corre la canal de Bahama que es el desembarcadero por donde los navíos salen a la mar ancha la vuelta de España; corre la canal norte-sur y deja a mano izquierda la tierra de la Florida. Descubrió aquesta tierra el año de 1512 Juan Ponce de León quien perdido entre aquellas islas fue a dar allí la Pascua de Flores, y así la llamó la Florida: y pensando hallar allí grandes riquezas fue a España y, con intercesión de Nicolás de Ovando y otros, consiguió el gobierno de la Florida; y para ir a aquel descubrimiento y conquista armó tres navíos el año de 1515, y tocando en la isla que llaman de Guadalupe echó alguna gente en tierra para hacer leña y agua, y saliendo los caribes que estaban en celada les acometieron y mataron los más de ellos que habían salido a tierra. Y con este principio fue a la Florida, y tomando tierra y tratando de hacer una población, juntáronse los indios que son feroces y dándole cruda guerra, lo desbarataron, matando a muchos. Y con esto se retiró a la isla de Cuba, donde acabando su vida casi rabiando del veneno que llevaba la flecha que le hirió; y así acabó él y todo su caudal que había juntado como Dios sabe...

Muerto Juan Ponce, pretendió aqueste gobierno y conquista (*Remesal, lib. 8, cap. 26*) ¹⁾ un Fernando de Soto, conquistador del Perú, de quien dice Remesal que era tan político que, enviado a dar cierta embajada de don Francisco Pizarro al rey Atabaliba, se metió tanto con el caballo sobre él, que le dio con la misma cara del caballo al mismo rey Atabaliba: a quien cupo además de la parte de soldado de a caballo del despojo de Atabaliba, que importó 52 mil marcos de plata y 1326 mil pesos de oro, se alzó con el cojín que Atabaliba llevaba, todo bordado de riquísima pedrería: como don Francisco Pizarro, con el tablón de oro de la silla, que pesó 25 mil castellanos de oro. Y la parte que tocó al Fernando de Soto fue más de 50 mil pesos de oro: este pues Fernando de Soto, pretendió aqueste gobierno, y conseguido llevó consigo mucha gente; y no bastándole a su codicia tanto como tenía adquirido en el Perú anduvo cinco años por toda aquella tierra buscando minas, juzgando hallar grandes tesoros. Y exasperados los indios de los malos tratamientos, les dieron guerra a los españoles. Y lo que vinieron a hallar el Soto, y toda

1) Los datos anteriores en *Remesal*, II, p. 184.

la más de su gente, la muerte; y los que escaparon de ella se quedaron entre los indios, viviendo a su modo; y este fue el paradero de tanta soberbia y codicia.

Llegó la nueva de la muerte de Fernando de Soto a España el año de 1544, y aunque veían cuán mal les había ido en aquella tierra a los dos antecedentes, no faltaron otros codiciosos que esto pretendiesen; pero noticiado el rey y el consejo de las maldades que habían obrado los dos que habían ido, no quiso dar esta conquista a ninguno de los pretendores; con que estuvo aquesto suspenso como tres años: guardándose aquesta gloriosa empresa para corona del padre fray Luis, pues muriendo en ella fue su mayor gloria, a diferencia de los demás que habían muerto, que sus muertes fue afrenta e ignominia por la causa que hubo para ellas. Sabiendo pues el santo obispo don fray Bartolomé y el padre fray Luis las maldades que se habían obrado en aquella tierra, y lastimados de la perdición de tantas almas, se resolvieron ambos en que se pidiese aquesta reducción a su majestad: a hacerla de paz, como habían hecho la de Tezulutlán. Cosa que agradó más a su majestad, como tan católico, que la de las armas; y así aceptando el partido, le dio luego todos los despachos necesarios para que el virrey de la Nueva España don Antonio de Mendoza le diese todo lo que fuese menester para el caso; y por si de la provincia de Guatemala se ofreciese algo, también dio su cédula para el presidente de ella, que es del tenor siguiente: “El príncipe, licenciado Cerrato, presidente de la audiencia de los Confines: sabed que Nos hemos encargado a fray Luis de Cáncer de la orden de Santo Domingo e a otros religiosos de ella que vayan a las provincias de la Florida a procurar traer de paz a el conocimiento de nuestro Señor Dios a los naturales dellas; e agora el dicho fray Luis me ha hecho relación que la gente que salió de las dichas provincias de la Florida, que había llevado a ella el adelantado Soto, sacó muchos indios della y están esparcidos en la provincia de Guatemala: los cuales convenía que se volviesen a su tierra, así para que sirviesen de intérpretes en ella como para otros efectos, e me suplicó se los mandase dar para los llevar consigo a las dichas provincias. Y porque como veis es justo que los dichos religiosos sean favorecidos en todo para que vayan a entender en lo susodicho; y parece que los dichos indios aprovecharían mucho yendo con ellos; yo os mando que proveáis cómo los dichos indios, que hubiere en la dicha provincia de Guatemala de las dichas provincias de la Florida, vayan con brevedad a México donde los dichos religiosos estarán para que allí se los entreguen y lleven consigo; e dareis orden cómo se tomen a quien quiera que los tuviere por cualquiera título que sea; sobre lo cual, llevados los dichos indios, podrá seguir su justicia contra cualquier persona que tuviere título, o contra nuestro fiscal. Fecha en Alcalá de Henares a 28 días del mes de diciembre de 1547. Yo el príncipe. Por mandado de su alteza, Francisco de Ledesma”.¹⁾

Era esta diligencia muy precisa para el próspero suceso que se esperaba en la Florida: porque uno de los mayores escándalos que se dio entonces fue el grande agravio que se hizo a los naturales herrándolos por

1) La cédula está transcrita de *Remesal*, II, 185.

esclavos y vendiéndolos por tales en tierras y naciones extrañas, donde todos perecían miserablemente. Y en donde esto se vio más fue en Yucatán y en la Florida: porque como los adelantados no hallaron oro ni plata con que reparar los gastos que habían hecho, hacían esclavos a los naturales que podían coger, vendiéndolos a tierras extrañas. Y todo esto fue causa de que en partes no se admitiese la fe, y en otras partes muy mal; y también de despoblarse muchas provincias. Muchos de la Florida habían ido a parar a Guatemala; y como iban a hacer lo contrario de lo que habían hecho Juan Ponce y Hernando de Soto: el restituirles los cautivos que de allí habían sacado.¹⁾

No era esta empresa para soldados bisoños sino para soldados muy hechos a sufrir trabajos de hambres, sed y cansancio: y por una cosa no sacó de España religiosos para aquesta empresa, sino que sacadas las licencias necesarias del reverendísimo general para que acá los escogiese, se partió; quedando en el cargo de enviar religiosos a Guatemala el señor obispo, don fray Bartolomé, que, como fundador y padre de esta santa provincia, siempre fue su procurador en España. El padre fray Luis se hizo a la vela y llegó a México mediado el año de 1548. Muchos fue los que halló el padre fray Luis en México ansiosos de ser escogidos para esta empresa, pero entre todos escogió al padre fray Gregorio Beteta, religioso grave y antiguo hijo del convento de San Esteban de Salamanca, a fray Juan García y a fray Diego de Tolosa, y a un donado llamado Fuertes:²⁾ todos personas de muy señalada virtud. Y dispuesto bajel y todo lo necesario por el virrey, en conformidad de lo que su majestad le mandó, se hicieron todos a la vela. En el camino exhortaba el padre fray Luis a los compañeros a la persecución de la empresa proponiéndoles a la vista los grandes premios que les esperaban de tan pequeños servicios. Trajo también el padre fray Luis noticia cierta e individual de todos los puertos de la Florida, y encargóles a los marineros que no aportasen a puerto alguno donde hubiesen estado los españoles, conociendo claramente que los hallarían de guerra: y sin dar oídos a lo que tan bien les estaba les matarían, por considerarlos indignados de los muchos agravios que les habían hecho los españoles. Y llegando a la Florida conoció el padre fray Luis que el puerto que querían tomar eran de los que huían, y de los que había encargado a los marineros que no llegasen a ellos; les dijo que subiesen más arriba a otros puertos donde no hubiese españoles, para con eso irse introduciendo con los indios de modo que conociesen el bien que les venía a buscar a sus montañas; pero los marineros no hubo remedio de sujetarse a lo que fray Luis y los demás religiosos les instaban y aun requerían: y fue ya lance forzoso el obedecer a los marineros. Y así con gran confianza en Dios cuya causa trataban, salieron a tierra el padre fray Luis, el padre fray Diego de Tolosa y el hermano donado, teniendo por cierto que, puestos en las manos de Dios, él guiaría las cosas como más conviniesen a su santo servicio. Y así dieron orden a los demás religiosos que los aguardasen en el navío hasta que les

1) El párrafo está calcado de *Remesal*, 1. c.: es muy problemática la existencia de tales indios floridanos en Guatemala.

2) *Fuentes en Remesal*, 1. c.

avisasen de lo que se había de hacer : y con este recado y yendo encomendándose a Dios, se entraron por una senda adelante sin saber adonde los guiaba. ¹⁾

Como los indios estaban tan escarmentados de lo que les había sucedido con otros navíos españoles, apenas vieron llegar vela y echar anclas con ahumada dieron aviso a toda la tierra para que se pusiesen en arma para embarazar e impedir la entrada a los españoles ; los que primero acudieron fueron los vecinos de un pueblo cercano donde residía el cacique mayor, y encontrándose con los padres sin hacer reparo en el traje y modo tan distinto de los que los tenían agraviados, usando de su natural fiereza, estimulada de los males pasados, les quitaron luego la vida con grandes alaridos y voces, como ellos acostumbraban ; y llevaron sus santos cadáveres al cacique que, viendo que eran tan pocos y sin armas, le pesó que no se los hubiesen llevado vivos para hablarles : y para memoria de este trofeo los hizo desollar y puso las pieles en su casa y las cabezas llenas de algodón en unos árboles ; y de sus carnes hicieron un gran convite que celebraron con mucha fiesta. ²⁾

Habíase quedado en la tierra un paje de Fernando de Soto que para salvar la vida habíase acomodado a las cosas de los indios : el cual viendo las ahumadas acudió a ver si había alguna forma de salir de aquella miseria, y pasando por casa del cacique vio las pieles y los hábitos, y conoció ser de religiosos ; y afeóle al cacique el que los hubiesen muerto, diciéndole como aquellos eran los sacerdotes de Dios, y que debía temer mucho un gran castigo por haberles quitado la vida ; y les explicó cuán diferente modo de vida y de costumbres tenían estos de los españoles : con lo cual atemorizado el cacique le pesó mucho más que no se les hubiese llevado vivos ; mucho más le pesó al español no haberse hallado luego para embarazar si pudiese la muerte de los religiosos : y con esto se vino al navío donde contó lo que había pasado. Y pareciéndole al padre fray Gregorio de Beteta que con la plática del español se habría allanado la tierra, le suplicó se fuese con ellos, y les enseñaría la lengua, para tratar de la conversión de aquellas gentes ; pero él, que había padecido muchos trabajos y veía que había hallado modo de salir de aquella mísera vida, no quiso. Y viendo esto el padre fray Gregorio, e los marineros daban prisa a salir de allí por miedo de los Nortes, no pudo dejar de volverse a la Nueva España. ³⁾

No es decible el gusto y contentamiento que recibieron los adversarios del señor obispo Casas que sentían que la predicación se había de hacer con las armas en la mano. Que los podemos llamar herejes, inventores de errores contra la doctrina del evangelio : pues en eso condenan, desde los apóstoles, todos los mártires que derramaron su sangre por la dilatación del santo evangelio ; y debían advertir que en el mismo venerable padre fray Luis estaba condenada su herética y falsa doctrina : pues él fue, como se ha dicho, el que levantó el estandarte de la fe en la provincia de Tezulutlán. Y

1) Ximénez sigue en todo esto a Remesal, a quien resume II, 186-187.

2) En *Remesal*, II, 187.

3) En *Remesal*, 1. c.

para mayor claridad trasladaré aquí lo que dice Remesal, y la defensa que de este hecho hizo el señor obispo, refutando a los sectarios que impugnaban la verdad. Dice pues Remesal: (*lib. 8, cap. 22*)

“Sembráronse estas nuevas por toda la Religión en donde se disputó muy largamente si el padre fray Luis Cáncer, y sus compañeros habían sido verdaderos mártires, y se resolvió que sí por todas las razones que se requieren para el verdadero martirio: y a esta causa no se les hicieron más sufragios que al glorioso san Pedro Mártir; y desde aquel tiempo todos los que hacen mención de esta historia los llaman mártires. Y Francisco López de Gómara, clérigo, con ser poco aficionado al señor obispo de Chiapa, y al mismo padre fray Luis Cáncer, con quien trató y comunicó mucho y tuvo sus encuentros por ser defensor de la doctrina del doctor Sepúlveda; aunque cuenta esta historia con harta desafección, y como riéndose y haciendo burla que con solas palabras quisiese el padre fray Luis Cáncer convertir la Florida —*como si los santos apóstoles hubieran de otro modo convertido el mundo*— expresamente le llama mártir: y porque no pudo negar verdad *tan clara dado que negaba verdades más claras de fe para lo que los hombres santos, graves y doctos determinaron en su tiempo.*¹⁾

“De esta muerte del bienaventurado fray Luis Cáncer y sus compañeros, sacaron grande argumento los que se preciaban de conquistadores para decir que la fe se había de predicar por armas: porque de otra suerte no estaban seguros los predicadores del evangelio. Y exageraba esto mucho el doctor Ginés de Sepúlveda en el libro que escribió a este propósito. A lo cual le respondió el señor obispo de Chiapa diciendo en el fin de su *Apología*²⁾ *Item debía más saber del hecho el doctor, que nunca los indios hicieron mal a cristianos sin que primero muchos agravios y daños incomparables hubiesen recibido de ellos; ni aun en el caso jamás ofendieron a frailes cuando eran certificados de la diferencia*³⁾ *del fin que pretenden los unos al que buscan los otros: porque son por la mayor parte de su naturaleza pacíficos, mansuetísimos e innoxios. Ytem, debería de advertir el doctor, muy reverendo, que no es cosa razonable, ni proporcionada con discreción, querer apaciguar y hacer camino para predicarles, yendo tiranos con ejército cruel e turbulento a los que están en excesiva manera escandalizados, agraviados y asombrados, de los males y estragos que han padecido; sino de las más propincuas tierras e provincias donde hay pueblos de españoles, los religiosos, por medio de indios pacíficos que ya conocen y tienen experiencia e confianza de ellos, negociándolo. Como hicimos nosotros los frailes de Santo Domingo que desde Guatemala con esta industria trajimos de paz y hemos convertido (adonde hay hoy, gloria de Dios, maravillosa cristiandad: lo cual ignora el reverendo doctor) las provincias que por esta causa mandó llamar, el Príncipe, de la Verapaz: las cuales por las guerras injustas que les habían hecho los españoles están con mucha razón y justicia bravísimas y alteradísimas. Y el*

1) Transcribe el documento a la vista de Remesal y Las Casas, subrayo las variantes de Ximénez respecto a Remesal y pongo en nota las que se refieren a Las Casas.

2) La *Apología* de Las Casas fue editada en Sevilla en 1552 bajo el título: “Aquí se contiene una disputa...” El manuscrito original fue editado por XIMENEZ FERNANDEZ en Caracas, 1962.

3) En Las Casas se añade: *que había de ellos a los seglares.*

primero que entró en ellas y las apaciguó fue el bienaventurado fray Luis Cáncer, que mataron en la Florida: de cuya muerte se quería ayudar el reverendo doctor Sepúlveda; pero aprovechóle poco, porque aunque mataran a todos los frailes de Santo Domingo y a *San Pablo* con ello no se adquiriera un punto de derecho más del que antes había, que era ninguno contra los indios.

“La razón es porque en el puerto donde los llevaron los pecadores marineros, que debieran desviarlos de allí, como iban avisados¹⁾ han entrado y desembarcado cuatro armadas de crueles tiranos que han perpetrado crueldades extrañas en los indios de aquellas tierras, y asombrado, escandalizado e inficcionado mil leguas de tierra: por lo cual tienen justísima guerra hasta el día del juicio contra *los de España* y aun contra los cristianos: y no conociendo los religiosos, ni habiéndolos jamás visto, no habían de adivinar que eran evangelistas. Mayormente yendo en compañía de aquellos que tantos males y yacturas les han hecho: eran en gestos y en vestidos, y en las barbas y en las lenguas, semejantes; y veían comer y beber y reír como naturales amigos juntos.

“Y si los marineros llevaron al dicho padre fray Luis a la parte donde aquí habíamos comunicado (en Valladolid, donde el señor obispo escribía aquella *apología*.) y determinado, y el santo llevaba delante de los ojos, no lo mataran; como parece que los otros religiosos sus compañeros requirieron al piloto que los pusiese más abajo o más arriba, en otras provincias. Y echando achaques que primero querían ir a tomar agua a la isla de Cuba dio con ellos en la Nueva España, donde hacer otra cosa no pudieron. Y pues que en otra provincia los mataran (aunque no los mataron)²⁾ no es inconveniente porque otros mejores que ellos, y que los que hay hoy en el mundo, mataron los infieles por la misma demanda.

“Y esto es disposición divina y decentísima: que mueran por el evangelio algunos siervos suyos, porque más ayudan después de su muerte preciosa para la conversión de los infieles, que acá, trabajando y sudando, ayudar pudieran. Y así esperamos en Dios que fray Luis Cáncer³⁾ que era gran siervo de Dios, ayuda y ayudará para la conversión y salud de aquellos que la muerte le dieron: porque, como no sepan lo que hacen e según su estimación no matan frailes ni siervos de Dios, sino sus enemigos capitales de quienes tantos males recibieron, Dios nuestro señor los ha de mirar con ojos de misericordia por los méritos del felicísimo fray Luis.

“Y esta es la recta vía divina e forma real de predicar el evangelio, convertir las almas, por el mismo Dios establecida y aprobada, no la que el dicho doctor persuade contraria: por toda ley divina, natural, razonable y humana reprobada; y si por ella no se convirtieren los infieles de las Indias en este año, convertirlos ha Dios, que murió por ellos, el otro año; y si no de aquí a diez años. Y no debe presumir el doctor el ser más celoso que Dios ni dará más priesa para convertir las almas que se da

1) En Las Casas. *estaba*.

2) Sustituyendo la frase anterior: *Que no suelen hacer sino por maravilla cosa buena en Las Casas*.

3) Láncer en Las Casas.

Dios. Bástele al señor doctor que sea como Dios: pues Dios es maestro y él, discípulo; y por tanto conténtese su merced con persuadir esta vía y forma que instituyó y puso Dios: y no intentar otra, que el diablo inventó, y su imitador y apóstol Mahoma con tanto latrocinio y derramamiento de sangre humana siguió. Y así parece estar engañado cerca de lo que concierne al hecho el muy reverendo doctor Sepúlveda.

“Hasta aquí son palabras del santo obispo de Chiapa don fray Bartolomé de Las Casas, cuyo compañero había sido tantos años en la conversión de los indios de las provincias *de Guatemala y Verapaz*; por cuyo consejo y orden hizo la jornada de la Florida, tan dichosa para él y sus compañeros: pues este año cogieron en ella los abundantísimos frutos de sus gloriosos trabajos” ¹⁾ padecidos por la dilatación del santo evangelio en la gloriosa corona del martirio, dejándola regada con su sangre, clamando mejor que la de Abel, como la de Cristo a quien seguían, para que mejor floreciese, como después floreció en la fe católica: ques los había hecho a ellos reflorcer en los más amenos jardines de la gloria con la corona del martirio.

Con cuya corona quiero poner fin a aqueste libro segundo, pues queda bien coronado lo que en él se ha tratado de la entrada del santo evangelio en este reino y provincias de Guatemala; siendo corona suya, y de aquesta santa provincia, el padre fray Luis como su protomártir: siendo el primero que afirmó la verdad del santo evangelio con su sangre ya que no lo logró en este reino de Guatemala, porque convenía al crédito de la verdad cristiana que se supiese y viese claramente la verdad, que tanto defendieron los hijos del Orden de la Verdad, los frailes de Santo Domingo, que la predicación no había de ser con el alboroto de armas como la de Mahoma, sino con la espada de la palabra de Dios que es de dos filos y corta cuando quiere y como conviene; lo llevó Dios por varios rodeos y caminos, como suele, para que con tan generosa sangre que tanto se había fatigado en la conversión de los infieles fecundase y hiciese florecer, y con más razón se llamase después Florida, la tierra que tanto habían esterilizado los españoles con sus grandes tiranías y crueldades: como que solo aquella sangre pudiese hacerla reflorcer, como él florece en los siglos para siempre; según piadosamente creemos.

1) *Remesal II*, 186-7.

INDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Advertencia: Los nombres que van en cursiva corresponden a nombres de autores o títulos de obras que van descritos en las páginas que se señalan.

A

- Abarca, Pedro 147.
 Abrego, Tristán 471.
 Abusos, autoridades, 391, 392, 399, 400.
 Acajutla, 243.
 Acalá, 500, 523, 524.
 Achi: v. cakchiquel, 120.
 Achicael, rey 163.
 Adrada/Ladrada/Fr. Rodrigo del 13-16, 19, 195, 225, 228, 237, 241, 291, 296, 307, 385, 429, 430, 434, 548, 549.
 Adriano VI, 183, 242.
 Aguacatán, 222, 223.
 Aguilar, médico 412.
 Aguilar, Diego de 147.
 Aguilar, García de 146.
 Aguilar, José de 517.
 Aguilar, Marcos de 170, 1.
 Agustina, bruja 250.
 Agustinos, 292, 293, 473, 474, 521, 528, 9, 478, 480.
 Ahalkana, 18, 19, 30.
 Ahalmes, 18, 19.
 Ahalpuh, 18, 19, 30.
 Ahaltocob, 18, 19.
 Ahauquitze XXXVIII, 39, 51, 52, 54.
 Ahpop, 54.
 Ahzievinak, 54.
 Albete, fray Diego de 232.
 Alburquerque, fr. Bernardo 472.
 Alcalá, 553.
 Alcaldes mayores, 117, 404, 444.
 Alcántara, Juan de 146.
 Alemania, 264.
 Alfinger, Enrique 182.
 Almagro, Diego de 192.
 Almaraz, fr. Francisco 222.
 Almolayas, 264.
 Almolonga XI, 133, 143, 145, 6, 163, 168, 170, 173, 4, 6, 222, 242, 520, 525.
 Alonso Nortes, Alv. 147.
 Alonso del Portillo, Pedro 147.
 Altamirano, fr. Diego 156.
 Alvarado, Gonzalo de 83, 130, 6, 142, 8, 9, 165, 7, 8, 170, 202.
 Alvarado, Hernando de 147, 170, 3.
 Alvarado, Pedro de XXVI, 124-126, 149, 153, 156, 163-172, 177-179, 182-184, 188-191, 195-197, 201, 2, 216, 7, 225, 233, 243-249, 253, 256/testamento/257, 363, 505, 518, 525, 6, 530/armada, 226, 243/.
 Alvarado, Jorge de 171, 3, 4, 8, 257.
 Alvarado Monroy, Hernando 146.
 Alvarez Alfonso, D. Sebastián 253, 296, 316.
 Alvarez, fr. Andrés/.
 Alvarez/Alvate?/, fr. Alfonso 258.
 Alvarez, Catalina 536.
 Alvarez, fray Juan XVII.
 Alvarez, Juan 147.
 Alvarez Osorio, obpo. 193.
 Alvarez de Toledo, J. Bautista XIII, XXII, XXIII, XXIV, XXVIII.
 Amac, 78.
 Amatitlán, 164, 518.
 Amézqueta, Bartolomé de XXXIV.
 Amézquita, Martín de la 146.
 Ana, santa 60.
 Anabac, 40.
 Analco, 467.
 Andrada, Juan de 146.
 Angulo, fr. Pedro de 84, 132, 159, 192-5, 205, 206, 7, 213, 6, 9, 221, 228-237, 257, 8, 262-270, 278, 395, 417, 476, 477, 502, 3, 4, 8, 533, 548-551.

Animas, hermita 252.
 Antillas menores, 306, 307.
 Antonelli, 255.
 Aora, fr. Juan de 156.
 Ara, fr. Domingo de 272, 281, 4, 9, 294,
 6, 337, 350, 9, 386, 412, 3, 460, 1, 6, 8,
 470, 1, 7, 480, 1, 2, 491, 3, 4, 508, 9.
 Aragón, Juan de 161.
 Aragón, Pedro de 147.
 Aranda. 260.
 Arandi, Juan de 514.
 Arandia, Diego de 336, 7.
 Aranguren, Martín de 476.
 Arbolancha, fr. Fernando de 541-543.
 Archidona, 265.
 Archuleta, cap. gl. 300.
 Ardón/v-Dardón.
 Arévalo, Francisco de 147, 163, 526.
 Argel, 223, 225.
 Arguetas/familia/, 133.
 Arias, Gaspar 146, 7, 156, 7, 178, 209.
 Arias Dávila, Pedro / Pedrarias /, 165,
 178, 533, 538.
 Arteaga, Juan de 265.
 Artiga, fr. Gabriel 483, fr. Manuel/
 XXXV.
 Astete, Martín de 178.
 Atabaliba, 135, 9, 555.
 Atila, 67.
 Atitam./Atitlán/, 58, 65, 66, 84, 133, 141,
 216, 235, 6, 258, 549.
 Atomal, Juan, 491.
 Audiencia, Confines 276, 312, 383, 4, 401,
 419, 420, 435, 459, 500, 502, 534, 5.
 Avalos, 202.
 Avendaño, García de 471.
 Avila, 296.
 Avila, fr. Juan de 273.
 Avilix, 40, 42-46, 47-55.
 Ayer, collection LIII.
 Azoona, fr. Domingo de 272, 281, 4, 9,
 296, 337, 8, 341, 354, 383, 477, 503, 521,
 2, 531.

B

Bacab XLIII.
 Bacavitz, 40-46.
 Baceta, I.
 Baena de Herrera, escrib. 206.
 Baeza XXXIV, 296, 7.
 Bahama, canal 53.
 Bailes indígenas, 34, 35.
 Balamacab, 38-44, 47-51, 56, 87.
 Balamquitze XLIil, 38-44, 47-51, 56, 77,
 78, 87, 100.

Barahona, Antonio de 504, 551.
 Barahona, Sancho de 161, 2, 227, 486.
 Barbastro, 544.
 Barcelona, 242, 260-263.
 Barlovento, 538.
 Barredas, vacas del 121, 159.
 Barrientos, fr. Pedro de 510.
 Barrios Leal, Jacinto de pdte. XII-XIV,
 XVI, XVII, XXXIV, 252.
 Bautismo, indios 215.
 Beas, Juan de 161.
 Beatriz, doña/v-Cueva de la/137.
 Becerra, 147.
 Beleheb tzi/oxib quieh/beleheb quieh/51,
 78, 128, 133, 6, 8, 166.
 Beltrán, oidor 207, 235.
 Benavente, Andrés de 426, 514.
 Beristain, XXIV, XXXV, XXXVI.
 Berkeley, mss de Ximénez XI.VIII, LIII,
 LXI.
 Berlanga, fr. Tomás de 188.
 Berlín V.
 Bermejo, Juan 536, 7.
 Bermejo, mar 58.
 Bermuda, la 526.
 Bernal, oidor 207, 235, 267.
 Bernard XVII.
 Berrospe, Sánchez de prdte. XVII,
 XVIII.
 Bertavilla, fr. Dionisio de 290, 6, 303,
 329, 331.
 Betanzos, fr. Pedro de 132, 159-161, 163,
 171, 2, 9, 182-189, 195, 7, 9, 220, 232,
 243, 475, 6, 501, 520, 521.
 Beteta, Gregorio de 555, 556.
 Bilbao V.
 Bizcarruta, 147.
 Bobadilla, Ignacio de 147.
 Bogotá/reyl/135.
 Brasseur, I., LII, LX, LXI.
 Brizuela, Gaspar 485.
 Bruselas, 132.
 Buherías de Castilla, 211.
 Bulas a Indias..., 278.
 Bufoes, 320.
 Burgos, 260, 296.

C

Cabizimah/cacuzimah, 53, 54, 55, 82.
 Cabracan, 12, 16, 17, 53.
 Cabrera, fr. Juan 290, 3, 345, 7, 355, 8,
 382, 473.
 Cabrera de Córdoba, Luis LX.
 Cacao, 349.
 Cacchi/kekchi/217.

- Cáceres, 280, 1.
 Cacique, Sacapulas 211-7.
 Caciques, don Juan 377, 480, 1, 490, 1, 546-9, don Pedro, 378, 380, 399, 402, 5, 6, 9, 433, 444, 448-453.
 Caciques premiados, 216, 235, 6, 267, 9, 546.
 Caculha, 7, 8, 16, 18, 21, 38, 40, 60.
 Cachiquel/cakchiquel/39, 42, 44, 5/ahpozozil/50, 53, 55/lengua/159, 200, 256.
 Cakchiqueles, XV/levantamiento/83, 84, 120, 162, 164, 485.
 Cádiz, XXVII, XXXII, /descripción/292, 3.
 Cahiquib/caniquib/51.
 Cahupalama/cahapulumha/39, 43.
 Caimanes, Los/bajos marinos/320.
 Caldero, Fernando VIII.
 Calderón, fr. Diego 272, 284, 286, 291, 4, 7, 9, 385, 429, 431, 454, 466, 478, 508, 511.
 Calel, 51, 54, 78.
 Calendario indígena, 113, 114.
 Calpixque, 350.
 Calvo, fr. Pedro 272, 4, 7, 8, 280, 1, 6, 9, 291, 6, 9, 317, 9, 320, 338, 340, 4, 8, 9, 359, 368, 380, 2, 5, 6, 394, 401, 2, 446, 449, 454, 466, 478, 480, 481, 491, 511, 522.
 Calvo, fr. Vicente 295.
 Calzadilla, 273, 284.
 Camacu, 49, 50.
 Campeche, XVIII, XXIX, XXXI, XXXII, XXXIII, 81, 122, 285, /descrip./322-345/, 339, 346, 507, 542.
 Cáncer, fr. Luis XXVI, 195, 225, 228, 237, 241-243, 258, 543-559.
 Candelaria, parroquia XXIV, XXVIII, XXXIII, XXXV.
 Canec/rej/XXXIV.
 Cano, fr. Agustín VIII, XVI, XXVII, XXVIII, LIX.
 Cano, Alonso 146, 266-268.
 Capítulo provincial, dominicos 471, 531.
 Caquicab/cacquicab, cahiquicah/53, 54.
 Caquixtucur, 19, 22.
 Caravas, Cosme 514.
 Cárdenas, fr. Tomás 532.
 Cardona, Juan de León/v. León/142.
 Carlos, II XVIII.
 Carlos, V, 124, 134, 189, 190, 204, 234, 5, 9, 241, 3, 261, 499.
 Carmona, Juan de 147.
 Carrascalejo, 281, 2.
 Carrasquilla, fr. Alonso de 485.
 Carrillo, Hernán 146, 7, 170.
 Carrillo/capitán/537.
 Carrión, fr. Juan 272, 283, 288, 297, 329.
 Casabastlán, 40.
 Casas, fr. Bartolomé de las XXV, XXVI, XL, XLI, XLII, XLIII, XLIV, XLV, XLVI, XLVII, LVII, LVIII, LIX, 4, 58, 59, 66, 88-112, 127, 134, 5, 9, 154, 5, 160, 1, 5, 8, 169, 185-188, 191-195, 200-206, 224-243, 258-268, 282, 287, 291, 4, 6, 301-303, 310, 316, 9, 321, 3, 4, 5, 330, 7, 8, 346, 8, 353, 5, 7, 9, 360, 370-375, 380, 1, 3-5, 418-427, 429, 431-442, 476, 489, 495, 500-506, 513, 530, 3, 537-539, 544-559.
 Casas, fr. Vicente de las 172.
 Casaseca, fr. Alonso 242.
 Casás, fr. Alberto 266.
 Casillas, fr. Tomás 271, 9, 281, 3, 4, 6, 8, 291-296, 8, 301, 4, 7, 8, 353-358, 374-376, 382, 5, 7, 8, 391, 401, 5, 7, 410, 413-415, 430-432, 436, 446, 7, 450, 3, 4, 459, 465, 6, 470, 2, 7, 491, 3, 495-497, 499, 512, 521-524, 530, 1, 543, 551.
 Castañeda, exfraile 536.
 Castellanos, 135, 142.
 Castilblanco, 285.
 Castilla, cosas de 356, 360, 1, 5, 455, 6.
 Castillo, fr. Felipe 291, 296, 329, 331.
 Castillo, María del 242.
 Catalán, Andrés 164.
 Catecismo, Marroquín 198.
 Catedral, Ciudad Vieja 253.
 Cauqueb, L.
 Cavinal, 51.
 Ceinos, Lic. 206.
 Cédulas reales, 233-240.
 Cerda/familia de la/202.
 Cerda, fr. Diego de la 223-225.
 Cerrato, Alonso López de 310, 2, 506, 7, 512, 522, 4, 526-528, 535, 545, 554.
 Cerrato, María de 526.
 Circuncisión, indios 114.
 Ciudad Real/España/512.
 Ciudad Real, Chiapas/Zacatlán/XXIII, XXVI, 134, 218, 222, 265, 362-366, 380, 406, 7/alcalde-Tinamit/409-412, 414, 420, 427, 431, 461, 475-478, 492-494, 508, 511, 539-543.
 /descrip., 362-363; cabildo, 371-375./
 Ciudad Rodrigo, fr. Jerónimo de 272, 283, 9, 296, 303, 329, 331, 335, 339.
 Ciudad Vieja, 251, 4, 520.
 Clarisas, España 284.
 Clemente, VII, 182.
 Clérigos en Indias, 154, 5, 528, 9, 530.
 Cloche, Rdm./maestro general/XXXIV, XXXVI, XXXVII, 76.

Coacutec/coacutec, coacut 49, 50.
 Coahuau, 49, 50.
 Coaqueb, 53.
 Coathemala/goathemala/53.
 Cobán, XLV, 81, 208, 212, 3, 216, 7, 227, 270, 483, 5, 502.
 Cobos, Francisco de los 172, 182, 4, 201, 225, 264.
 Cobos, Pedro de los 235, 7, 268, 502, 5.
 Cocabib/caviquib, zaquiquib/52, 54, 78.
 Cocolaul/cocolauib, cocoib/49, 50.
 Cofradía, hospital 175.
 Cogolludo, XLII, 59, 120-122, 415.
 Colegio de Santo Tomás, 528.
 Colindres, fr. Felipe, XVI.
 Colmenar, fr. Francisco 214.
 Colón, Cristóbal 123, 187.
 Comalapa, 83.
 Comayagua, 65, 66, 270, 538, 545.
 Comitán, 89, 262, 264.
 Conache, 51, 77.
 Confines/v.Audiencia/206, 312.
 Conquistadores, 154, 5, 191, 212, 8, 246, 436-438, 441, 538.
 Consejo de Indias, XXIX, 135, 232, 241/juntas/259, 260, 4, 539.
 Constantinopla, 223-225.
 Contratación, casa de 173.
 Contreras, los 534-539.
 Contreras, fr. Antonio 289, 290.
 Convento, dominicos 183, 5, 8, 192, 3, 219, 220, 2, 6, 8, 232, 293, 476, 7, 8.
 Convento, franciscanos 175, 188.
 Convento, mercedarios 218-225.
 Copanaguastla, XXVII, 364, 385, 389-390/quelenes/397, 407, 412-414, 422, 435, 446, 456, 460, 2, 509, 516, 522, 540-542.
 Coplas, Verapaz 209, 210.
 Córdoba, España 250, 290.
 Córdoba, Diego de 347, 356.
 Córdoba, fr. Juan 273.
 Córdoba, fr. Pedro de 183, 310.
 Córdoba, mss de Ximénez VIII, XI, XXV, XXVI, XXXVII-XLIX, LX, XLI, 230.
 Coria, obispo de 277.
 Coria del río, 289.
 Cortés, Hernán XLII, 59, 83, 124-129, 138, 143, 8, 153, 166, 170, 1, 6, 179-181, 184, 363, 436, 505, 517.
 Cortez, don Juan/cacique/56, 86, 166.
 Coruña, 260.
 Costa Rica, 65, 537.
 Cotuh/cotuha/rei 51, 54, 55, 79.
 Covarrubias, IX, 72.
 Coyametl, Gonzalo 448-452.

Cozumel, XLII, 59, 505, 527.
 Creencias semejantes a las cristianas, 62.
 Cristo, 58.
 Cristóbal, don/cacique/56.
 Cruces/Yucatán/122.
 Cruz, fr. Alonso de la 297, 356, 368, 386-387.
 Cruz, fr. Domingo de la 220, 242.
 Cruz, fr. Juan/fr. Tomás/de la XLIX.
 Cruz, fr. Pedro de la 272, 285, 9, 290, 1, 3, 6, 317, 350, 6, 385, 7, 390, 394, 407, 413, 421, 431, 446, 454, 466, 477, 492, 522, 524.
 Cuba, isla de 312, 8, 553.
 Cubulco, 81, 213, 4.
 Cucumat, 7, 9, 37, 8, 40, 52, 3, 4, 5, 79, 82.
 Cuchumaquic, 18, 19, 22, 30.
 Cuchumatan/-es/222, 521.
 Cuenca, fray Luis de 290, 4, 6, 301, 310, 1, 337, 338, 344, 350-353, 355, 357-359, 372, 382.
 Cueto, 147.
 Cueva, Beatriz de la 137, 226, 244-253.
 Cueva, Francisca de la 172, 183, 226.
 Cueva, Francisco de la 176, 244, 247, 253, 255.
 Cunen, 214, 486.
 Curanderos, 454, 455.
 Cuzcatlan/Cuscatlan/75, 163, 169, 246, 525.
 Cuzco, obispado 264.

CH

Chácara, la 252.
 Chahal, 517.
 Chalchuapa, 164.
 Chamalcam/chimalcam/40, 45.
 Chamelco, 395, 524, 551.
 Chamiabac, 18, 19, 30.
 Chamiabolom, 18, 19, 30.
 Champotom, 334.
 Chamula, XIV, 364, 373, 467, 514, 515.
 Chapetones, 373.
 Chávez, Francisco de 147, 161.
 Chávez, Juan de 161, 415.
 Chayitucur, 19, 22.
 Chiantla, virgen de 222, 223.
 Chiapa/Chiapas/XIII, XIV, XXII, XLI, XLIII, XLIV, XXXII, 60, 64, 82, 89, 159, 203, 207, 214, 7, 238, 263, 312, 5, 328, 338, 346, 7, 361, 434, 8, 441-472, 479, 490, 509, 510, 1, 513, 515-517, 522, 523, 527, 530, 8, 9, 552.

Chiapa/obispado/261, 265/maestrescuela/298/entrada obispo/XXX, 371-375/deán/372, 373/cabildo ecl./370-373.
 Chiapa de indios, 375, 6/descripción/377/ritos sangrientos/378/obispo/380, 1, 5, 8, 397, 403, 414, 433/mayordomo/443, 4, 9/encomendero 492, 498, 500, 504.
 Chiapanecos, 77.
 Chicago ms. Ximénez, XX.
 Chichicastenango, XVIII, XIX, XX, XXI, XXXI, XLV, LIII, 5/Chula/52, 53, 95, 138, 216, 235, 6, 487, 517.
 Chichicat, 51, 266.
 Chiixmachí, 51.
 Chilam Balam, libros 120-121.
 Chilocab/v-ilocab/.
 Chimalmat, 12, 13.
 Chimaltenango, X, 83, 173, 255.
 Chinamital, 54, 78.
 Chinauta, 164.
Chinchilla Aguilar, XXIII.
 Chipilapa, barrio 143.
 Chiquimula, 66/alcaldes mayores/486.
 Chixoy, río XXIX.
 Choles, indígenas XXVII.
 Chula/v-Chichicastenango/
 Chulimal, 53, 54.

D

Dardón, fray Marcos 218, 221, 463, 540, 541.
 Dardón, don Rodrigo.
 Darién, 193.
 Dávalos, García 147.
 Del Val/Doval-seudónimo/Estrada?/426, 432, 451, 460, 491.
Delgado, XLIX.
 Delgado, fr. Pedro 159, 220, 243, 431, 473, 474.
 Desconfianza de los indígenas, 63.
 Descubrimiento de América, 123.
 Deusto, Universidad de V.
 Días, sus nombres 113-114.
 Díaz, Diego 146, 7.
 Díaz, fray Froilán XVIII.
 Díaz, Juan pbro. 131, 145.
 Díaz, fray Juan 272.
Díaz del Castillo, Bernal XIV, XXXIX, XLII, 59, 75, 83, 4, 110, 122-124, 127-148, 153, 6, 164, 6, 169, 170, 176, 212, 219, 222, 226, 8, 232, 243, 5, 363, 364, 539.
 Díaz de Molina, Hernando 227.
 Díaz de Velasco, cap. XXXIV.

Doctrina enseñada a los indios, 361, 2, 414.
 Doctrinas, secularización de las XXVIII, 520, 530.
 Doche, Juan 510.
 Domínguez, Francisco 147.
 Dominicos, 153, 9, 179-181, 88, 195, 198-199, 218, 257, 8, 438, 478, 479, 480, 490, 498, 515, 527, 528, 9, 535, 8, 9, 540, 3, 6/provincias 239/acierto.
 Dominicos/sigue en su método 394, 5/pobreza 396, 7/ornamentos de iglesia 398
 lucha contra encomiendas 404/ comida 408, 9/. . .
 Donadiu/Alvarado/132.
 Duarte, fr. Miguel 296, 329, 331, 337.
 Dubois, Luis 163, 189.

E

Ecija, VI-IX, XXXIV, XLVIII.
Edmonson, LII.
 Encomiendas, 154, 5, 187, 261, 514.
 Enrique, cacique 544.
 Enriquez, fr. José 483.
 Ermita/ánimas 252/Dolores 175/Remedios 242/Santa Lucía 256/.
 Esclavos, 187, 512-514.
 Escalona, fray Alonso de 119.
 Escobar, Juan de 147.
 Escritura, indígena 4, 60, 119-120.
 Escuintla, 133, 142, 144, 163, 518, 519, 525.
 España/calamidades/66/honor del rey/141, engaño para los que buscan la salud/532.
 Española, isla 171, 181-183, 185, 194.
 Españoles, XXXIV.
 Especiería, islas de la 191, 201, 225, 243.
 Espinosa de los Monteros, visitador/177.
 Esquipulas, 166.
 Estella, 296.
 Estrada, fr. Pedro XIII.
 Estrada Monroy, Agustín, XXII.

F

Felipe, II, 175, 6, 239, 267, 288, 498, 9, 501-503, 552, 554/418/.
 Fernández, Pedro/Canónigo/228.
 Ferrer, fr. Vicente 291, 296, 359, 428, 433, 435, 477, 525.
 Fiallo, fray... 154.

Figueroa, 132.
Figueroa, fr. Francisco 542.
 Flandes, costumbres en Puerto de Santa María, 293.
Flores, LV.
 Florida, La XXVI, 210, 553-559.
Florindo, VIII.
 Fortaleza, en Guatemala 175.
 Francia, guerra con 298, 314, 7.
 Franciscanos, 155, 6, 9, 162, 3, 181, 2, 194, 195, 8, 199, 218, 232, 7, 243, 257, 311, 315, 317, 327, 347, 478, 479, 480, 515, 518, 520, 1, 8, 519, 539, 546, 550.
 Francisco, Pedro 146, 7.
 Franco, Diego 147.
 Frías, fr. Miguel de 270, 296, 315.
 Frutas tropicales, 308, 349.
 Fuego, volcán de 143, 145, 251.
 Fuente de Cantos, 284, 285.
 Fuenterrabia, Joanes de 147.
Fuentes y Guzmán, XV, XVI, XIX, XXV, XXXIII, XL, LIX, 4, 58, 84, 87, 115, 126-128, 130-135, 137, 8, 140, 2, 4, 8, 9, 153, 5, 7, 161, 164-169, 173, 175, 6, 184, 8, 190, 1, 7, 218, 221, 222, 226-228, 231, 243-245, 247, 251, 418, 440, 441, 514, 539, 540, 545.
 Fuertes, 555, 556.
 Fundación, Guatemala 174.
 Funerales indígenas, 110-112.

G

Galeano, clérigo 423, 449, 458, 468, 542, 543.
 Galindo, fr. Domingo 277.
 Galisteo, 275, 7, 8, 9, 281, 296.
 Galvarro, Juan 217-219.
Gall, Francis XXX.
 Gallego, Alonso 146.
 Gallego, Juan 146.
 Gante, fr. Pedro de 132.
 García, Diego 514.
 García, fr. Juan 555, 556.
 García, Martín 278.
 García de Lerma, 182.
 García del Palacio/ordenanzas/117.
 Gasca, La, Pedro de 539.
Gavarrete, XXV, XXXIX, XLI, LIII, LXI.
 Genil, río VI, XLVIII.
 Gentil, Pedro 356, 7, 8, 443.
 Gil, Francisco 347, 9.
Giménez Fernández, 557.
 Ginoves, Juan 146.
 Godínez, Juan/pbro./131, 145, 146, 189.

Golfo Dulce, 505, 507.
 Gómara/v-López/.
 Gomera, conde de la 176, 177.
 Gomera, isla 298, 301-304, 309.
 Gómez, Bartolomé 146.
 Gómez, fr. Francisco 119.
 Gómez de Lamadrid/visitador/XVII, XVIII, XXXIII, XXXV, XXXVI.
 Gómez Pastrana, Alonso, 146.
 Gómez Reguera, Pedro 146.
 Gómez de Rivera, fr. Pedro XII.
 Gonzaga, mtro. genl. de la orden dominica, 132.
 González, Bartolomé 146.
 González, Diego 146.
 González, Juan 146.
 González, fr. Miguel X.
 González Herrero, Diego 147.
 González Hierro, Diego 147.
 González de Huelva, Juan 146.
 González Montecinas, Pedro 147.
 González Nájera, Alonso 146.
 Gracias a Dios, 270, 505, 6, 527.
 Granada, 260, 534, 6, 7.
 Granada, Nicaragua 194.
 Griego, Juan 146.
 Grijalva, río XXX, 346.
 Guadalajara, 244.
 Guadacanal/vino de/356.
 Guadalquivir, 286, 7.
 Guadalupe, LVIII.
 Guadalupe, isla 553.
 Guastepeque, 473.
 Guatemala/valle de 65, 143/riqueza 65 /demografía 66/reino 100/Santiago-fundación 174, 202/disturbios: 1615, 1750-177/cabildo 22, 229, 230/Santiago de Guatemala 210/Nueva Ciudad 257/tormenta 242, 248-253, 263/traslado 253-258/tribulaciones 266-270/vecinos 146, 147, 384/cabildo 372, 384, 5, 414/audiencia 512/convento de dominicos 265, 531.
 Guatemuz/Vatemuz/135.
 Guazacapan, 65.
 Guazacualco, 363, 453.
 Guerra, Baltasar/encomendero de Chiapa-Nambocavecome en la cifra de Torre 377, 9, 380, 399-412.
 Guerra, fr. Crisóstomo XV, 485.
 Guerra, Juan 411, 430.
 Guerrero, Agustín 206.
 Guerrero, fr. Juan 296, 337, 345, 383.
 Guerrero, fr. Pedro 533.
 Gumarcaah, XXXVIII, 51, 52, 80.
 Gutiérrez, Pedro 147.

Gutiérrez de Badajoz, Alonso 147.
Guzmán, fr. Domingo de 294.
Guzmanes, familia 253.

H

Hacavitz/ídolo, cerro/47-55.
Hamaca, 353.
Heras, fr. Alonso 252.
Hernández, clérigo XLII, XLIII.
Hernández, fr. Diego 296, 299, 343, 473, 477, 508, 532.
Hernández, Gil 278.
Hernández, Luis 430.
Hernández, fr. Mateo 316.
Hernández de Zafra, Alonso 147.
Herrera, Antonio de 76, 77, 242.
Herrera, Diego 270.
Herrera, Francisco de 273.
Hidalgo, Alonso 511.
Hidalgo de Montemayor, Gonzalo, 512-516.
Higüeras/Honduras/156, 202, 504, 6, 530.
Hinojosa, fr. Agustín de la 290, 6, 301, 3, 7, 311, 329, 330, 1, 3, 9.
Historia de la fe, 492.
Holguera, 279.
Holguín, Diego de 163, 526.
Holontucur, 19, 22.
Honduras/Higüeras/XXVII, 48, 156, 166, 169, 238.
Horduña, Francisco de 147/Orduña?/.
Hospital real, 175, 257.
Huehuetenango, 66, 222.
Humetaha, 51.
Hunahpu, XLIII, 11-17, 22-37, 62, 113.
Hunahpu coy, 25.
Hunahpu utiu, 9.
Hunahpu wuch, 9.
Hun batz, XXXVII, 18, 23-25, 113.
Hun came, 18-22, 28-36.
huncohen/hunchoven/XXXVII, 18, 23-25, 113.
Hunhunahpu, 17-23, 27, 28.
Huracan/corazón del cielo/7-11, 14, 16, 33, 38, 40, 60.
Huracan tucur, 19, 22.
Hurtado, Juan 282.

I

Ibarra, Pedro de/naviero/297.
Iglesias, 516, 519.
Ilocab/tribu quiché/39, 40, 43-45, 50, 54, 55, 79.

Imagen (?), 490.
Indígenas/creencias 64/origen 73-75/razas 75/orientales 76/indígenas/sigue/penitencias 91/cultos 92/gobierno 99-107/matrimonios 107-110/funerales 110-112/calendario 113-114/nacimiento 113-114/vestido 360/indocctrinación 392/re-lajación 394/dioses 393/ídolos 486, 487/tigres 487, 8/bautismo 487, 489/favores 511/ídolos 509-511/devoción 519.
Infantas, guerra 84.
Inquisición, 408.
Ipenza, fr. Ambrosio de IX-XII, XXVIII.
Isagoge, LIX, LX.
Istapa/Iztapa/ 202, 363, 376, 515.
Iquibalam, 38-44, 47-49, 87.
Israelitas, 95, 117.
Iximche, 147.
Izabal, XII.
Izalcos, 163.
Izmachi/ixmachi/XXXVIII, 51, 78-80.
Izqueme, 229, 438.

J

Jacob, 58, 109.
Jalisco/guerra de/435, 441.
Jalpatagua/peñol/166, 170.
Jamaica, 318.
Jerez, 289, 290, 3, 4.
Jocopilas, 518.
Jocotenango, 256, 518.
Jorge, don/cacique/266-267.
Joya, cerro 255.
Joyabaj, L, 214, 515.
Juan, don/cacique/480, 1, 490, 1, 524.
Juarros, XXIII.
Julián/vecino/146.
Junta obispos en México, 434, 6, 440, 1, 6.
Junta traslado ciudad vieja, 253-258.
Justiniano/familia/XXVII.
Jumay, 166.
Jutiapa, 486.

L

Labrador, cabo del 553.
La Calzada, 273.
Lacandón, 266, 7, 502.
Ladrada/Adrada/fr. Rodrigo de, 195.
Lafuente, fr. Martín de 272, 8, 289, 290, 6, 9, 329, 332, 333.
Lagunilla, 276, 281.

Lamadrid, XXIV.

Landecho/Martínez de/505.

Lazo, Andrés 147.

Ledesma, Francisco 497, 554.

Legitimidad, caciques 86.

Legos dominicos, 387.

Lemoa, 481.

Lenguas indígenas, 76, 199, 200-202, 208, 242, 352, 386, 390, 4, 463, 484, 5, 6, 528, 545, 550.

León, Nicaragua 194, 534.

León, fr. Antonio 309.

León, fr. Jorge 272, 289, 290, 2, 3, 6, 350, 357, 9, 386, 394, 412, 414.

León, Juan de/secr./206.

León Cardona/Cardona/Juan de 167, 227, 415.

Leonor,/Xicotencatl/doña 253.

Levantamientos indígenas, cakchiquel 162, 4.

Oaxaca, 472, 3.

Quiché, 162, 7.

Sacatepéquez, 153, 4, 7.

Tecpán, 163.

Zutuhil, 162.

Leyes Indias, LV, 187.

Leyes indígenas, 101, 2, 390.

Leyes Nuevas, 261-263, 296, 312, 537, 8, 551.

Lezcano, 225.

Libro Viejo, 83.

Lima, 201.

Límites, Guatemala 65.

Linajes indígenas, 389.

Loaiza, García de/cardenal/180, 1, 6, 7, 207, 232, 233-239, 260, 267, 8, 505.

Loaiza, oidor 206.

López, Francisco 147, 176, 246.

López, Gregorio 267.

López, Rodrigo 346, 356, 358, 360, 383, 430, 507.

López de Castellanos, fr. Juan 220.

López de Gómara/Gómara/Francisco, 242, 5, 250.

López de Marchena, Fco. 146.

López Salcedo, Diego 156.

López de Toledo, Diego 147.

López, lic. Tomás 524, 7, 9.

López de Zúñiga, Diego 243.

Lorenzana, 486.

Loyola, fr. Domingo. de 297, 314, 6.

Lozano/González Lozano/Antonio, pbro. 147, 160, 8.

Lucero, fr. Gonzalo 172.

Luna, Luis de.

Luteranos, 495.

LL

Lluvias, inundaciones 272-283.

M

Madrid, XVI, XVIII, 207, 233, 235-238, 260, 297, 418, 502, 505, 536.

Mafra, Cristóbal de 147.

Magdalena, fr. Diego de la 272, 4, 7, 9, 280, 1, 5, 7, 9, 291, 6, 303, 4, 312, 4, 477.

Magdalena/indios/175.

Magdalena, río 251.

Mahucutah, 38-44, 47-49, 51, 6.

Málaga, VIII, XIV.

Maldonado, Lic. Alonso XLIX, 201-206, 226-230, 232, 4, 8, 262, 415, 6, 505, 557.

Manché/barrio/XL, XLI, 143.

Manila, 240.

Mantua/cap. gl./franciscanos/158.

Margil de Jesús, LVII.

Marín, Cristóbal 147.

Marín, Cap. Luis 169, 362-364, 411.

Mariscal, fr. Miguel 265.

Mármol, 147.

Márquez, 115.

Marroquín, Bartolomé 246.

Marroquín, don Frco./primer obispo de Guatemala/XXVI, LV, LVII, 52, 128, 132, 3, 154, 7, 189-200, 208, 214-218, 221, 228-233, 238, 240, 4, 5, 255, 256-258, 260, 371, 385, 417, 438-440, 459, 464, 465, 518, 524, 5, 527-530, 538, 9, 540, 4, 5, 8, 459.

Martín, Alonso 146, 514.

Martín, Antón 147.

Martín, Diego 366, 8.

Martín, Juan 147.

Martín, Pedro/maestrescuela/230.

Martín, fr. Pedro 413.

Martín Granado, Juan 146.

Martínez, fr. Domingo 518.

Mártir, fr. Pedro XI,II, LIX, 60, 297, 299, 338, 9, 368, 454, 5, 6, 478, 494, 522, 523.

Matías, fray... 525.

Matone, idolo en Chiapas 378.

Matrimonios indígenas, 107-110.

Mavite, idolo en Chiapas 510.

Maximiliano/rey de Bohemia/500, 535.

Mayas, 120.

Mayorga, fr. Francisco 189.

Mayorga, Isidoro de 147.

Mazariégos, doña Catalina 514.

Mazariégos, Diego de 362, 4.

Mazariegos, Luis de 514.
 Medel, Juan 147.
 Medina, Jorge 230.
 Medina Solís, Alonso 147.
 Medinasidonia, duques de 293, 4.
 Medinilla, fr. Domingo de 346, 350, 1, 2,
 354-356, 362, 8, 375, 385, 7.
 Mejía, Gonzalo 172.
 Meléndez, 5, 59, 64, 74.
 Melgarejo, fr. Pedro 156.
 Mendaño, García de 404, 405, 410, 459.
 Méndez, fr. Gonzalo 232.
 Mendoza, Antonio de/virrey de N. E./
 243, 4, 263, 434, 5, 441, 450, 476, 552, 4.
 Mendoza, Baltasar de 146, 147.
 Mendoza, Pedro de 147.
 Mercado, fray Diego de 119.
 Mercedarios, 153, 7, 188, 218, 221-225,
 367/cuaderno ms. sobre Chiapa/368,
 370, 5, 385, 397, 424, 432, 435, 445-460,
 2, 6, 7, 515, 539-543, 545.
 Mérida, España 281-283, 507.
 Mérida, Yucatán 324, 327.
 Mesa, fr. Luis X.
 Mexicanos, 139, 238.
 México/Méjico en la grafía de Ximénez/
 XV, 45, 70, 78, 81, 93, 100, 132, 159,
 160, 9, 175-179, 181, 3, 8, 9, 192, 4, 7,
 208, 214, 7, 219, 220/capítulo domini-
 cano/231/junta de obispos/240, 245,
 258, 265, 296, 297, 316, 330, 363, 383,
 395/cap. provl./431, 468, 471, 2, 4, 8,
 505, 530, 1, 6, 550, 2, 553, 4, 540, 1,
 2, 3.
 Michoacan, 243.
 Miguel, don/cacique/267, 268, 501.
 Milpas Altas, 175.
 Milpas Bajas, 515, 8.
 Miluti, J. T./cap. navíos/XI, XII.
 Minas, 386.
 Minaya, fr. Bernardino de 192-194.
 Mistecas, 264, 382, 473.
 Mita, 164.
 Mixco, 83, 4, 164.
 Moguer, fr. Andrés de 243, 250.
 Molina, fr. Antonio XVII, XLI, LIX.
 Momostenango, 53.
 Monroy, 147.
 Montejo, Francisco de/conquistador Yu-
 catán/XLII, 59, 202, 324.
 Montemayor, marqueses de 274-276, 284.
 Montenegro, 261, 437.
 Montesinos, fr. Antonio de 180-182.
 Montezuma, 76, 122, 138, 139, 363, 378.
 Monzón, 412, 499, 501, 3, 504, 552.
 Mopán, XXXIV.

Morales, Antonio 246, 247, 250.
 Moreno, Juan 147.
 Moreno, Pedro 147.
 Mosquitos, plaga 339, 340, 344, 348.
Motolinia, 156, 8, 194, 242, 245, 6, 327,
 477.
 Munguía, 505.
 Murciélagos, 352.
 Música/instrumentos/50/indios/516.

N

Naca, Miguel 405, 448-452.
 Nacimiento, ritos indígenas 113-114.
 Nacxit/quetzalcoatl/50, 78.
 Nahuales, 17, 82, 113, 4.
 Nahuatl/naual/XVI, 82.
 Nambocaucome/cifra de La Torre para
 aludir al encomendero de Chiapa-Bal-
 tasar Guerra/406-412.
 Narváez, Pánfilo 138.
 Navas, Juan de 147.
 Navas y Quevedo/obispo/XVIII, XIX,
 XXVIII, 488.
 Navegación hacia Indias, 297-301, 304-
 309, 317-322, 330-333.
 Nebahah, 39.
 Nejapa, 119.
 Newberry library, ms. de Ximénez, LII.
 Nicaragua, 64-66, 76, 156, 8, 9, 193, 4, 6,
 363, 533-539, 544, 545.
 Nicosia, 537.
 Nicoya, 65.
 Nicuesa, soldado 170.
 Nihambab/nihaibab, nahibab, nihaib/39,
 51, 52, 54.
 Nimebul, 214.
 Nistlan, 214.
 Nombovi, ídolo de Chiapas 379, 393.
 Noreña Portillo, Alonso de XXI, XXXV,
 290, 5, 7, 311, 357, 359, 368, 385, 6, 8,
 431, 464, 478.
 Nombre de Dios, 537.
 Noyola, Hernando/indígena 491, 2, 8.
 Nueva España, XXXIII, 4, 64, 76, 190,
 206, 215, 231, 313, 4, 517.
 Nueva Galicia, 74.
 Nueva Granada, 74.
 Nueva Sevilla, 505-507.
 Nueva Vizcaya, 74.
 Nuevo México, 74.
 Núñez, fray Vicente 272, 4, 284, 291, 2,
 3, 4, 6, 336, 358, 360, 385, 420, 424,
 447, 9, 454, 7, 461, 464, 7, 521.
 Núñez de la Vega/obispo/XIII, XIV.

O

Oaxaca, XXXIII, 382, 435, 455, 571, 2, 3, 5, 9.
 Ocaña, XLIX.
 O. Conor / o.p. / XVII, XVIII, XXXV, XXXVI.
 Ocotenango, 514.
 Ochoa de Luyando/secr./235.
 Ojeda, Alonso de 146, 436.
 Óleos consagrados, 215.
 Olguín/v-Holguín/Gaspar, Luis 146.
 Olinstepeque, 129, 142, 149, 166, 7, 170.
 Olmedo, fr. Bartolomé de 137, 142.
 Olmos, Pedro de 147.
 Oloman/oliman/39, 45.
 Oñate, Cristóbal 243.
 Orbaiceta, fr. Matías de XIII.
 Ordóñez, fray Diego 161, 232, 241.
Ordoñez Aguilar, LX.
 Orduña/Horduña/Francisco de 165, 176-179, 189, 190, 469, 470, 493.
 Ornamentos de iglesia, 541.
 Orozco, Pedro de 365, 424.
 Ortega, Juan de 147.
 Ortega Montañez/obpo./X, XXVIII.
 Ortés de Velasco, 457, 8, 514.
 Ortiz/hidalgo/283.
 Ortiz, Gonzalo 179, 246, 7.
 Ortiz, fray Tomás 171, 2, 180-183, 186, 7.
 Ostutla, 514.
 Otomí/indio profeta/119.
 Ovalle, Antonio de 87.
 Ovalle, Gonzalo de 147, 168, 514.
 Ovalle, fr. Nicolás de 87.
 Ovando, Nicolás de 553.
 Oviedo, Bernardo de 147.
 Oviedo, fr. Fernando de 220.
 Oxb queh/belehebtzi/86, 166.

P

Pablo, san 58.
 Paladinas, 147.
Palm, Erwin XXIII.
 Pampaxila/pancayala/37.
 Panamá, 64, 65, 188, 193, 537.
 Pancam/Guatemala/144, 255.
 Panchoy/Guatemala/144, 255.
 Pardave, fr. Cristóbal de 296, 338, 9, 340, 4, 8, 349, 357, 386, 430, 477.
 Parga, fr. José 134.
 París, LXI.
 Pasajes/España/XVIII.
 Paulo, III, 198.

Paz, Alvaro de 202, 216, 225, 243.
 Paz, fr. Matías de 159, 258, 416, 477, 549, 550.
 Pensativo, río 185, 255.
 Peña de Francia, 296, 510.
 Peñalosa, 534, 535.
 Peralta, Francisco 70, 227, 228.
 Peraza, fr. Reginaldo 192, 193.
 Perera/canónigo de Chiapas/403, 4, 5, 7, 9, 418, 419, 423, 429, 435, 490, 542.
 Pérez, fray Alonso 485.
 Pérez, Juan 146.
 Pérez Dardón, Juan 146, 246.
 Perú, 4, 65, 191-197, 243, 315, 420, 437, 8, 440, 449, 450, 479, 530, 535, 537, 553.
 Pesos/precios/276, 277, 285, 308, 315, 6, 336, 356, 402, 3, 5, 433, 471, 476, 531.
 Pesquera, Gregorio/niños pobres/282, 3, 7, 336, 9, 340, 358, 376, 383, 430.
 Pesquerías, 65.
 Petapa, 164, 6, 7.
 Petén, XXXIV, 4, 517.
 Piamonte, fr. Jordán de/fr. Jordán/311, 338, 346, 367, 8, 374, 6, 383, 385, 414, 420, 1, 3, 5, 8, 9, 434, 455, 552.
Piedrahita, 5, 59, 119, 139.
 Pinart, M. LIII.
 Pino, Rodrigo 146.
 Pinula, 164.
 Piña, fr. Francisco de 296, 382, 477.
 Pío, V, 12.
 Pipiles, XVI, 142, 525.
 Pizarro, don Francisco 137, 192, 196, 534, 544, 553.
 Pizarro, Hernando 146.
 Pizarro, Juan Fernando 127, 134, 146.
 Plasencia, 296.
 Pocomames, 75, 166.
 Pocomchies, 75.
 Polanco, Gaspar de 146.
 Polochic, río 505.
 Ponce, Diego 147.
 Ponce de León, Luis 170, 1, 181, 553.
 Pontazar, fr. Francisco de 131, 132.
 Popol Wuh, XXXVII, XXXIX, XLIII, XLIV, LIII, LV, LVI, LXI, 80.
 Portocarrero, don Pedro 146, 7, 8, 9, 170, 250.
 Portillo, fray Alonso de Noreña/v. Noreña/446, 454, 466, 543.
 Presagios/profesías/de los indígenas sobre la venida de los españoles, 85, 119-122.
 Probanza de 1544 en favor de dominicos en Guatemala, 208, 228, 231, 415.
 Protectores de indios/oficio/182, 197.

Provincias dominicanas, 180, 182, 188, 192, 4, 7, 239, 529-533, 544.
Publicaciones en lengua indígena, faltan 63.
Puebla de los Angeles, XV, 158, 258, 285, 550.
Puerto Caballos, XI, XII, 202, 221, 226, 231, 549.
Puerto Real, 291.
Puerto Rico, 304, 7, 312, 4.
Puerto de Santa María, 293/descripción/
Puerto Viejo, 196.
Puñonrostro/conde de/533.
Púrpura en las costas de Guatemala, 65.

Q

Quelenes/Copanaguastla-Chiapas/361, 376, 390, 515.
Quezada, fr. Francisco de 296, 299, 301, 314, 329, 331, 2, 4, 6, 339, 340, 359, 430, 477.
Quezaltenango, 53, 58, 114, 5, 8, 128, 9, 133, 6, 8, 157, 176, 383, 518, 549.
Quijada, Diego 146.
Quiché/y quichés/XXIII, XXXI, XLVI, 6, 43, 48, 52, 100, 125, 139/límites 82/señores, casas grandes 52, 77, 78/triunfos 52, 53/reyes 56, 57, 87, 164, 165/origen 77/religión 88-94, 95-99/cultos cristianizados 92/sacrificios 91/gobierno 99-107, 115-118/justicia 100-107 / funerales 110-112 / matrimonios 107-110/nacimientos 113-114/calendario 113/lengua 70-73/levantamiento 162-167.
Quintero, Miguel 147.
Quito, 196.
Quitzaucuat/quetzalcoat/45.

R

Rabinal, XIX, XXI-XXIV, XXXII, LIII, LVII, 30, 39, 40, 44, 50, 3, 5, 81, 112, 213, 214, 6, 227, 235, 238, 518, 551.
Ramírez, Diego 495-498, 506, 7.
Ramírez de Quinones, Pedro/oidor/270, 524.
Realejo/pto./65, 192, 3, 537.
Realengo, 261.
Reales cédulas, 498-505.
Recinos, XXXVII, LIII, LIX, LX, LXI.
Reducción a poblados, 214, 238, 396, 515-519.

Reinoso, Diego 132, 146.
Religiosos, fama 488-490.
Relojes/regalo de Casas/434, 456.
Remedios, propuestos por Casas/261.
Remedios, ermita 174, 242, 257.
Remedios, parroquia 485.
Remesal, XXIV, XXV, XXVI, XXXVIII-XLII, I.VII, 59, 67, 81, 88, 122, 4, 5, 7, 132, 4, 145, 6, 155, 160, 1, 171-173, 176, 8, 9, 181, 2, 5, 6, 190, 192-194, 196, 8, 203, 216-224, 226, 7, 240-248, 250-253, 257, 8, 260, 1, 4, 271, 4, 6, 280, 282-284, 287, 295, 8, 9, 301-304, 306, 309-310, 5, 319, 321, 5, 334, 7, 343, 6, 347, 9, 362, 373, 5, 7, 417, 477, 509, 517, 8, 520, 533, 7, 540, 550, 553.
Remón, 125, 137, 142, 245.
Rescate libros del naufragio, 344.
Reyes Católicos, 123, 138, 259, 260.
Reyes, fr. Baltasar de los 297, 314.
Reyes, fr. Pedro de los 296, 329, 331.
Roa, Martín de VIII.
Robledo, Cristóbal 147.
Robles, don Pedro 56.
Rodríguez, Cristóbal 147.
Rodríguez, Francisco 147.
Rodríguez, Juan 147, 227, 525.
Rodríguez, Martín 147.
Rodríguez Cabal, XI, XIV, XVI, XIX, XXIII-XXV, XXIX, XXXI, XXXIII, XXXIV, XXXV.
Rodríguez de Ribas/pdte./XXVIII.
Rodríguez de Villafuerte, Gregorio 445, 6.
Rogel, Juan/oidor/271, 433, 438, 459.
Rojas, Diego de 146.
Rojas, don Juan/cacique/56, 86, 166.
Román, fr. Jerónimo XXV, XLI-XLVII, LIII, LVIII, LIX, 4, 5, 59, 74, 88-94, 95-113, 118, 217.
Romeo de Castillane,/mtro. Gal. dominicos/530, 2, 3.
Rota, 276, 290-293.
Rubio, fr. Pedro 272, 289, 297, 314, 317, 350, 358, 385, 387.

S

Sacabaja/Salcajá?/209, 213.
Sacapulas, XIII, XIV, XXX-XXXIII, L, 82, 208-212, 215-217, 220, 486, 517, 8, 547-549.
Sacatepéquez, XV, 83, 84, 126, 149, 164, 166, 176, 222, 223.
Sáenz de Santa María, XIV, L, LV, 126.

- Salablanca, Agustín de 220.
 Salamanca, XI, XIV/cap. general 194/
 Universidad 197/San Esteban/220,
 272, 273, 277, 287, 290, 6, 7, 322, 451,
 472, 555.
 Salazar, Antonio de 161, 246.
 Salguero, 537.
 Salmerón, oidor 267.
 Salvador/San-y. El-/XVI, XVII, 65, 153,
 160, 163, 6, 178, 182, 6, 190, 217, 226,
 246, 524, 5, 6, 527, 530, 1.
 Salvatierra, Alonso de 147.
 Salvatierra, Cristóbal de 147, 246.
 Salvatierra, Diego de 147.
 Sámano, Juan de 233, 237, 263; 7, 8, 499,
 502, 3, 4.
 San Andrés, Deán 514, 5.
 San Antón, cabo de 156, 320.
 San Antonio Zapotitlan, 128, 132, 133.
 San Cristóbal, 163.
 San Esteban, Pedro de 146.
 San Francisco/v. convento y Guat./162,
 174, 188.
 San Germán/Puerto Rico/308.
 San Hipólito, festividad 175.
 San Jacinto, 526.
 San José, fray Juan de XIII, XIV, LVII.
 San Juan Sacatepéquez, XV.
 San Juan, fray Tomás de 290, 6, 9, 317,
 353, 355, 6, 7, 9, 368, 383, 5, 387, 416,
 7, 473.
 San Lázaro, 251.
 San Lucas, 214, 518.
 San Miguel/El Salvador/170, 526.
 San Miguel, fr. Francisco 192.
 San Pablo, 7.
 San Pedro/capilla en la catedral/253.
 San Pedro, Huertas, XV, XVI, 251.
 San Pedro, fr. Domingo 272.
 San Pedro de Pando/alcalde de Ciudad
 Real de Chiapas/424, 431, 3, 447-459,
 482, 542.
 San Pedro Sacatepequez XVI, 164.
 San Pedro y San Pablo, río 346.
 San Pedro, Tesorero 514, 5.
 San Raimundo, XVI.
 San Vicente/El Salvador/519.
 San Vicente, fr. Jerónimo de 272, 8, 283,
 284, 9, 291, 3, 6, 9, 336, 357, 368, 383,
 8, 412, 460, 1, 6, 471, 6, 7, 490, 491, 3,
 522.
 San Sebastián, Juan de 146.
 San Sebastián, Patrocinio 543.
 Sánchez, Antón 514.
 Sancho Panza, 106.
 Sandoval, 134.
 Sanlúcar, 181, 2, 289, 290, 293, 4, 7, 550.
 San Lucas, fr. Juan de 503.
 Santa Apolonia/sierra/139.
 Santa Catarina, Bobadilla 515.
 Santa Cecilia/festividad/168, 174, 5, 6.
 Santa Clara, Diego de 147.
 Santa Cruz Quiché, VII-IX, XLIII,
 XLVI, LIX, 52, 57, 60, 86, 87, 99, 128,
 133, 271, 517, 8.
 Santa Lucía, ermita 256.
 Santa María /Dios/392.
 Santa María de Jesús, 129, 256.
 Santa María, fr. Diego de XII.
 Santa María, fr. Domingo de 475.
 Santa María, fr. Gabriel de.
 Santa María, fr. Vicente de 182, 3, 8.
 Santa Marta, 182.
 Santa Rosa, XXXI, XXXIV, XXXV/bea-
 terio/XXIII.
 Santiago /festividad/156, 159./Guatema-
 la, ciudad/144, 145, 525, 527 /fest-481/
 v. Guatemala, festividad/.
 Santo Domingo, barrio /143, 512, 8.
 Santo Domingo, isla 297, 303-318, 322,
 333, 6, 506, 530, 544.
 Santo Domingo, fr. Gonzalo de 220.
 Santo Domingo /iglesia, Guatemala/ 159-
 163, 183, 5, 8, 192, 3.
 Santo Tomás/v.Colegio/518.
 Saz, fr. Antonio del XX, XLIX, L, LI.
 Scals, José de, oidor XVII, XXXIV.
 Scherzer, XXXV, XXXVI, LIII, LVI,
 LX, LXI.
 Sébaco, Nicaragua 65.
 Segovia, España XIII, 534.
 Segovia, mancebo 331, 4, 7, 340, 350, 5,
 8.
 Sijas/obispo Mexico/154.
 Sepúlveda Ginés de XXVI, 557, 8.
 Sequechul, rey 166, 8, 243.
 Sequeira, Pedro de 147.
 Sermones, 312, 3, 4, 329, 374, 401, 2, 421.
 Sevilla, XI, 241, 283-294, 322, 500, 507.
 Silva, Juan de 275.
 Simojovel, XXX.
 Sinacam, rey 164-166, 8, 243.
 Sirgado, Pedro 146.
 Soconusco, 65, 127, 132, 170, 382, 3, 5,
 7, 415, 6, /descripción 170/473.
 Solano, Juan, obispo 265.
 Solano, viuda de 314-316.
 Solís, Gonzalo de 147.
 Sololá, 84, 87, 138, 258.
 Solórzano, Pedro 514.
 Solórzano, Sancho de /mestizo/361.
 Soltero, Alonso 146.

Sonsonate, 65, 518.
 Soto, Hernando de 553, 4.
 Sucesión, guerra de XVII, XVIII.
 Suchitepequez, 65.
 Sumpango, 147.

T

Tabasco, XXXII, XXXIII, 65, 218, 221,
 239-251, 328, 331, 338, 345, 6, 9, 350,
 453, 471.
 Tabasco, río 355.
 Talamanca, 64.
 Talgua, poblado XII.
 Tamahun, 505.
 Tamemes, 354, 367, 471, 512, 3.
 Tamub, pueblo quiché 39, 40, 43-45, 50,
 4, 5.
 Tasaciones de tributos, 230, 376, 425, 432,
 433, 484, 513.
 Teapa, 351.
 Tecpan, 39, 58.
 Tecpan Atitlán, 65 / memorial 83 / 216,
 235, 236, 266, 267, 549.
 Tecpan Guatemala, 64, 81, 3, 5, 133, 8,
 9, 142, 159, 164, 6, 7, 176, 441, 549.
 Tecto, fray Juan de 156.
 Tecumtepepul, rey 77, 84, 6, 128, 136, 8,
 166.
 Tehuantepec, 65, 126, 132, 170, 382, 472,
 9, 514.
 Tejada, oidor, México 206.
 Tello de Sandoval, visitador 143, 4.
 Tenerife, 301.
 Tepepul, rey 53, 81, 2.
 Tepetlaoxtoc, 183, 4.
 Tepeu/divinidad, pueblo/7, 9, 37, 8, 39,
 40, 45.
 Teposcolula, 473.
 Tequios, 87, 117, 437.
 Términos, isla y lago 334, 337-339.
Tesoro de las tres lenguas, 72.
 Testera, fr. Jacobo de 158.
 Tezulutlan, XL, 203-206, 207-215, 236,
 237, 239-242, 258, 266-270, 376, 383, 4,
 395, 414, 5, 7, 8, 430, 501, 2, 5, 514,
 546, 9.
 Tianguesillo/83, 173, 4.
 Tiripitio, 253.
 Tlacotalpa, 350, 2, 6.
 Tlapelula, 358.
 Tlascala, 125, 139, 194, 197, 215, 238.
 Tobar, fr. Mauro, obispo XXVIII.
 Tohil/divinidad y cerro/41-48, 55, 78/
 templo/80.
 Toledo, 290, 7.

Toledo, fr. Antonio de 297, 316.
 Tolosa, fr. Diego de 556.
 Tomás, apóstol 59.
 Torija, Maria de/madre del autor/VII,
 VIII.
 Toro, 296, 7.
 Torquemada, 53, 66, 69, 70, 75, 6, 85, 119/
 origen judío de los indios/122, 131,
 157-161, 181, 3, 8, 538.
 Torre, Antonio de la 514.
 Torre, fr. Tomás de la XXVI, XL, 271,
 7, 8, 282, 4, 6, 289, 290-296, 345, 7, 9,
 353, 4, 365, 8, 375, 6, 385, 387, 390, 4,
 407, 8, 9, 412, 414, 8, 425, 6, 8, 9, 431,
 445, 446, 8, 450, 1, 454-470, 475, 477,
 530, 1, 2, 3, 539-541.
 Torres, Ana de 514.
 Torres, fray Juan de 131, 2, 159, 221, 2,
 270, 414, 477.
 Torres, Luis de 493.
 Torres Medinilla 514.
 Totuguero, barrio 144, 255.
 Totonacas, presagios 120.
 Totoncapa, 471, 3, 474, 549.
 Trueno (?), fr. Alonso 315.
 Tucuru, 505.
 Tuerto, valle del 255.
 Tuhalha/tuhala/39, 44, 55.
 Tulanzu/tulam/40, 41, 46, 76.
 Tutepeque, 126.
 Tutunicapa / Totonicapán / 53, 84, 132,
 138.
 Tzamanieh, 81.
 Tzen, Bartolomé 427, 8, 447, 8, 9, 451, 2.
 Tziquiniha/tzunumiha/39, 43, 50, 55.
 Tzutuha, 54.

U

Uaxaquicaam, 84.
 Ubeda, 172, 183, 296.
 Ucubcame, 18-22, 28-36.
 Ucubcaquixit, 12-17.
 Ucubhunahpu, 18-23, 28.
 Ulloa, Juan de 161, 520.
 Universidad de San Carlos, XII, XXVIII.
 Urquiola, oidor L.
 Urran, valle de 214.
 Ursino, visitador XIV, XV, XVI.
 Ursua, Martín de XXXIV.
 Usagre, Diego de 125, 147.
 Uspantan, 178.
 Utatlán, XLIII, 61, 99, 124, 8, 9, 135, 6,
 138, 140, 170, 6, 363.
 Utatlecas, 256.
 Utrera, España 288.

V

Valdefuentes, 273.
 Valderas, fr. Francisco 232.
 Valdivieso, fr. Antonio de/obispo/419, 533-539.
 Valdivieso, Juan de 146.
 Valdivieso, Pedro 169.
 Valencia, 296.
 Valencia, fr. Martín de 131.
 Valverde, fr. Vicente 193.
 Valladolid, XI, XVIII, 162, 260, 5, 7, 8, 290, 5, 7, 335, 405, 500, 527, 8, 533, 535, 552.
 Valle, fr. Andrés XLI.
 Valle, Juan del 146.
 Valle, Ntra. Sra. del XLVIII.
 Vargas, fr. Jacinto XXXIV.
 Vatemuz/Guatemuz/124.
 Vázquez, fr. Francisco XXIV-XXVI, XXXV, XXXIX, XL, LIX, 12, 81, 83, 90, 126-135, 140, 6, 9, 155-166, 170, 4, 175, 6, 186, 190, 4, 199, 202, 214, 8, 221, 2, 8, 240, 2, 244, 5, 8, 251, 2, 4, 6, 7, 271, 347, 368, 375, 383, 414, 5, 8, 440, 1, 477, 8, 9, 518, 520, 1, 6, 539, 540, 2, 543-545, 549.
 Vázquez, Juan 146, 147.
 Vega, cura de San Salvador 254.
 Vega, fr. Pedro de 315.
 Vela, David VI, VII, XXX.
 Velasco, fr. Miguel XXVI, XXXI, 126.
 Velazquez, Gutierre 207, 235.
 Venancio, 147.
 Venezuela, 182.
 Veracruz, XII, XXIX-XXXIII, 124, 172, 221, 6, 417, 550, 2.
 Verapaz/v. Tezulutlan/XXIII, XXXII, 4, 61, 107, 110, 123, 128, 200, 1, 205-216, 218, 233, 235-238, 242, 266-270, 419, 482-485, 487, 501-509, 523, 524, 535, 545-552.
 Verástegui, Juan de 147.
 Vestidos indígenas, 114, 115.
 Vettancur, fulano XXXIII.
 Viaje de España a Indias: España 271-287: travesía 287-322; Campeche, Tabasco, Chiapas 362.
 Viana, 63.
 Vico, fray Domingo de XLIX, LIV, LVI, 5, 62, 3, 296, 345, 359, 383, 430, 477, 503, 523, 528, 532, 542.

Victoria, fr. Alonso de 543.
 Vichilobos/Huitzilopochtli/81.
 Viedma, fr. Pedro de XV.
 Vieira, 59.
 Viena, LX.
 Villacañas, XLIX.
 Villacañas, fr. Benito 518.
 Villafuerte, 373.
 Villagutierre, XVI, XXVII, 4.
 Villalba, fr. Alonso de 290, 6, 329, 336, 349, 360, 8, 380, 5, 413, 4, 430, 442, 3, 453, 466, 472, 477, 488, 491, 2, 511, 522, 3, 531, 2.
 Villalpando/obispo/529.
 Villaquirán, 127.
 Villarejo, fr. Ambrosio de 296, 314.
 Villasante/Villafante/fr. Alonso de 290, 7, 329, 331.
 Virgen Maria, 60, 62.
 Virreina, la/viuda de don Diego Colón/294, 302, 3, 310, 6.
 Vitoria, fr. Francisco de 374.
 Vivar, Luis de 161, 2.
 Vizcaino, un 358.
 Voc hunahpu, 40.

X

Xbalamque, XLIII, 11-17, 22-37, 62, 113.
 Xbaquivalo, XXXVII.
 Xcanih, 23.
 Xecul, ms. 131.
 Xelahuh, 133.
 Xenacoh / Xenacoc / XXIV, XXV, XXX-XXXII, LVII, 112, 485.
 Xequiquel, 129.
 Xic, 18, 19, 30.
 Xicalango, 340, 1, 3, 4, 5, 7, 8.
 Xicotencatl/v-Leonor doña/.
 Ximénez, fr. Diego 243.
 Ximénez, Francisco/padre del autor/VII.
 Ximens/Ximenes/340, 1, 2, 3, 4.
 Xiquixipat/xiquiripat/18, 19, 30.
 Xmucane, 6, 9, 18, 19, 28, 37, 38, 40.
 Xoyabaj/Joyabaj/81, 82, 138.
 Xpiyacoc, 8, 9, 17, 18, 38, 40.
 Xquic/doncella mítica/21, 24, 60.
 Xtayul, 51.
 Xtoh, 23.

Y

Yalcuat/quitzaucuat/45.
 Yampuc/Ayampuc/83, 164.
 Yanguitlan, 473.
 Yaqui/atziquinaha/39, 40, 44, 45.
 Yaquitepeuh, 44.
 Yndias, vicario general dominico 291, 2, 4, 5, 312, 465, 8.
 Yucatán, XVIII, XLII, 4, 59, 60, 122, 315, 321/cruces 327/descripción/325-328, 503, 5, 7, 527, 473, 555.
 Yzucar, 473.

Z

Zacapa, 66.
 Zacatlan, 451, 466, 479, 522.
 Zacualpa, L. 53, 82, 251.
 Zaculebab, 53.
 Zafra, España 284.
 Zamalá, río 128.

Zamaniel, 213.
 Zambrano, fr. Juan 218, 221, 222.
 Zamora, 342, 3.
 Zapotitlán, 128.
 Zaragoza, España 132, 260.
 Zarate, fr. Juan de 222.
 Zendales/grupo indígena/65, 117, 509, 515.
 Zinacam/Sinacam/rey 139-141, 143, 4.
 Zinacantan/Zoziles/364, 376, 385, 6, 8, 9, 398, 403, 7, 8, 410, 2, 4, 420, 1, 427, 9, 434, 445, 6, 447-460, 462, 3, 4, 5, 509, 514, 5, 6, 541.
 Zipacna, XXXVII, 12-17, 37.
 Zoques/grupo indígena/65, 442, 3, 5, 53, 466, 491, 509, 510, 515, 523.
 Zoziles/-v-Zinacantan/ 65.
 Ztayub, 79.
 Zumárraga, fr. Juan de/obispo/183, 4, 8, 190, 199, 214, 419, 475.
 Zúñiga, XLIX, 63.
 Zurrilla, Francisco 246.
 Zutuhil/grupo indígena y su lengua/84, 141, 162, 258.

INDICE

	PAGINA
Introducción general, por Carmelo Sáenz de Santa María	V
Fray Francisco Ximénez, O. P. Su vida y su obra. Nacimiento y primeros años	VII
I.—Ingresa en la Orden dominicana	VIII
Viaja a Indias	XI
Primeros encargos indigenistas de fray Francisco	XV
La visita de Francisco Gómez de Lamadrid	XVII
En el curato de Chichicastenango	XVIII
El tesoro de las tres lenguas	XX
Historia del Origen de los indios	XXI
La Historia de la Provincia de San Vicente	XXIV
Estancia en Sacapulas	XXX
Ultimos años	XXXIII
II.—Obra literaria	XXXV
Obras históricas	XXXVI
Obra lingüística de fray Francisco	XLVIII
Obra religioso-pastoral de fray Francisco	LII
III.—Pervivencia literaria de la obra de Ximénez	LIX
IV.—Bibliografía utilizada	LXIII
Obras de Ximénez mencionadas o utilizadas	LXIV

LIBRO PRIMERO

Que trata del Tiempo de la Gentilidad

Capítulo I.—Proemial é introductorio á la historia: de la situacion de aqueste Reyno	3
Capítulo II.—Donde se dá principio á las historias de los indios	6
Capítulo III.—Donde se declara cómo todo era un caos y suspension sin moverse cosa alguna antes de la creacion y quando estaba el cielo despoblado ..	7
Capítulo IV.—De Ucub-Caquix, que parece fué Lucifer	11
Capítulo V.—De la muerte que dieron á Ucub-Caquix, y cómo cada uno de ellos fué muerto por su soberbia	13

	PAGINA
Capítulo VI.—De las obras de Zipacná, el primer hijo de Ucub-Caquix	11
Capítulo VII.—Del nacimiento de Hunhapú y Xbalanqué	17
Capítulo VIII.—De la doncella Xquic; y como fué a ver aqueste Arbol, la cual era hija de un Señor llamado Cuchumaquic	21
Capítulo IX.—De la venida de la doncella Xquic á casa de su suegra	23
Capítulo X.—Del nacimiento de Hunhapú y Xbalanqué	24
Capítulo XI.—De cómo fueron á jugar á la pelota y de su bajada al infierno ..	28
Capítulo XII.—Del modo que murieron Hunhapú y Xbalanqué	33
Capítulo XIII.—De cómo fué criado el hombre	37
Capítulo XIV.—Donde se prosigue aqueste tiempo de la oscuridad, antes que naciese el Sol	41
Capítulo XV.—De cómo amaneció y se vió la cara del Sol	44
Capítulo XVI.—De lo que pasó mientras estuvieron sobre el cerro	45
Capítulo XVII.—De como fueron hurtados los hombres por Balamquitzé, Balam-acab, Mancutah é Iquibalam	46
Capítulo XVIII.—De la muerte de Balamquitzé y de los otros tres	49
Capítulo XIX.—De las divisiones de las 24 casas grandes y nombres de las cabezas de aquestas casas	52
Capítulo XX.—De la casa del Idolo y de la oracion que los Señores hacían allí ..	54
Capítulo XXI.—De la descendencia de los Reyes y de los demás Señores	56
Capítulo XXII.—De algunas advertencias tocante á aquestas historias de los indios	57
Capítulo XXIII.—Donde se prosiguen las mismas advertencias	61
Capítulo XXIV.—De la situacion de aqueste Reyno de Guatemala, y de la venida de aquestas gentes	64
Capítulo XXV.—Donde se prosigue la misma materia de la propagación de los indios	68
Capítulo XXVI.—De la propagación y estension de estas gentes	73
Capítulo XXVII.—Del principio de aqueste Reyno del Quiché	77
Capítulo XXVIII.—Donde se prosigue la descendencia de los Reyes del Quiché ..	81
Capítulo XXIX.—Del culto y religion que hubo en aqueste reyno	88
Capítulo XXX.—Que es el 18º de Fr. Gerónimo Roman: De la cuaresma que tenia la gente de Guatemala y de sus ayunos: de los sacrificios que hacían de hombres; y como mataban a sus padres cuando estaban viejos ..	91
Capítulo XXXI.—Que es el 19º—De los lugares adonde sacrificaban los de Guatemala, así como en fuentes, cerros, cuevas y debajo de los árboles. Tráense otras cosas curiosas	95
Capítulo XXXII.—Que es el 7º del lib. 2º De la gobernación que tuvieron los indios de Guatemala y de otras provincias	99
Capítulo XXXIII.—Que es el 8º del lib. 2º De la gobernacion que tenían los de Verapaz tocante á cosas curiosas y notables, y los de Yucatan con otras gentes de aquellas provincias	102
Capítulo XXXIV.—Que es el 3º del lib. 3º—De la manera que tenían en casarse los indios, con otras cosas dignas de ser leídas	107
Capítulo XXXV.—Que es el 8º del lib. 3º—De las ceremonias que hacían los indios en los enterramientos de sus muertos, con otras cosas dignas de ser sabidas	110

Capítulo XXXVI.—Del modo que tenian de contar su año y de otras cosas curiosas	113
Capítulo XXXVII.—De los presagios que tuvieron estas gentes de la venida del Sto. Evangelio y de los Españoles	118
Capítulo XXXVIII.—De la conquista por armas de aqueste Reyno de Guatemala	123
Capítulo XXXIX.—De la salida de D. Pedro de Alvarado de Méjico y venida para la conquista de Guatemala	125
Capítulo XL.—Donde se desvanecen ciertas quimeras inventadas por nuestro P. Jubilado, Vasquez en su crónica y su amigo Dn. Francisco de Fuentes en su "Recordacion Florida"	131
Capítulo XLI.—Como Dn. Pedro de Alvarado partió para la corte del Rey Quiché; y de la conquista de aqueste Reyno	135
Capítulo XLII.—De la llegada de los Españoles al valle de Guatemala llamado Almolonga y del asiento que allí se tomó para fundar la Ciudad de Santiago de los Caballeros	142

LIBRO SEGUNDO

Del principio de la cristiandad en este Reyno de Guatemala, hasta la fundación de esta Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala

Capítulo I.—De la pacificación de aqueste Reyno de Guatemala	153
Capítulo II.—En que se aclara la verdad que contiene la venida de los frailes franciscanos, que nuestro Padre Vasquez dice en su Crónica, a aqueste Reyno de Guatemala	155
Capítulo III.—De la prosecucion de la conquista y levantamiento de los indios de Tecpan-Guatemala	163
Capítulo IV.—De la ida de don Pedro de Alvarado a España y de que allá negoció	169
Capítulo V.—Tómase de propósito para la Ciudad	173
Capítulo VI.—De los disturbios y discordias que hubo en la Ciudad de Guatemala y venida del Visitador Francisco de Orduña	176
Capítulo VII.—De los primeros Religiosos dominicos que vinieron de la Nueva España; y de la venida del Venerable Padre Fray Domingo de Betanzos a Guatemala	179
Capítulo VIII.—De la vuelta de Don Pedro de Alvarado de España y principio que se dió a la casa de Guatemala	184
Capítulo IX.—De la entrada de Don Pedro de Alvarado en Guatemala y vuelta del Padre Fray Domingo de Betanzos a la Nueva España	188
Capítulo X.—De la venida a Guatemala de los P. P. Fray Bartolomé de las Casas y Fray Pedro de Angulo, Fray Luis Cancer y Fray Rodrigo de Ladrada	191
Capítulo XI.—Del viaje que Don Pedro de Alvarado hizo al Perú, y de la ercción de aquesta Yglesia de Guatemala de Parroquial en Catedral	195
Capítulo XII.—Del segundo viaje que el Adelantado Dn. Pedro de Alvarado hizo a los Reynos de Castilla y principio de la reducción de la Provincia de la Verapaz o Tezulotlán	201

Capítulo XIII.—Donde se prosigue la reducción de la provincia de Tezulotlan ..	204
Capítulo XIV.—De la vuelta de los padres de Tierra de guerra; y Capítulo Provincial de Méjico, que es el primero que toca a esta Provincia de Guatemala	215
Capítulo XV.—De la fundación del Convento de nuestra Señora de las Mercedes	221
Capítulo XVI.—De la vuelta de Castilla de Don Pedro de Alvarado y del viaje que allá hizo el Padre Fray Bartolomé de las Casas con Fray Rodrigo de Ladrada y Fray Luis Cancer	225
Capítulo XVII.—Llega el Padre Fray Bartolomé de las Casas a España, y de las cosas que allá negoció	229
Capítulo XVIII.—De la venida de los primeros Religiosos de Nuestro Padre San Francisco a este Reyno de Guatemala, y muerte desgraciada del Adelantado Don Pedro de Alvarado	240
Capítulo XIX.—De la terrible y espantosa ruina de la Ciudad de Guatemala ...	248
Capítulo XX.—De como la Ciudad se mudo al sitio que hoy tiene; y venida del Padre Fray Luis Cancer y principio del Convento de Guatemala	254
Capítulo XXI.—De las juntas que su Magestad hizo para el buen Gobierno de aqueste nuevo Mundo, y nuevas leyes que formó	259
Capítulo XXII.—De como el Padre Fray Bartolomé de las Casas fue nombrado Obispo de la Ciudad Real de Chiapa y lo demás que hizo en España ..	263
Capítulo XXIII.—De las tribulaciones y trabajos que se padecían en Guatemala por el año mil y quinientos y cuarenta y cuatro	266
Capítulo XXIV.—De la primera salida que hicieron nuestros Religiosos de casa de San Estavan de Salamanca, hasta la Lagunilla	271
Capítulo XXV.—Salen de la Lagunilla y se prosigue el viaje hasta llegar a Mérida	276
Capítulo XXVI.—Donde se prosigue el viaje desde Mérida hasta la llegada a la ciudad de Sevilla	282
Capítulo XXVII.—De la estada en Sevilla hasta que se embarcaron en San Lucar	287
Capítulo XXVIII.—De lo que pasó a los Religiosos desde que se embarcaron hasta que llegaron a la isla de la Gomera	296
Capítulo XXIX.—De la llegada y estada en la Ysla de la Gomera	301
Capítulo XXX.—Salida de los Religiosos de la Gomera y llegada a la Ysla de Santo Domingo	304
Capítulo XXXI.—Llegada de nuestros Religiosos a la Ysla de Santo Domingo y estada allí	309
Capítulo XXXII.—Donde se prosigue la estada de los Religiosos en la Ysla de Santo Domingo, hasta su salida para Campeche	312
Capítulo XXXIII.—De la salida de los Religiosos de Santo Domingo y navegacion hasta la provincia de Campeche	317
Capítulo XXXIV.—De la llegada y estada de nuestros Religiosos en Campeche..	322
Capítulo XXXV.—De los primeros Religiosos que salieron de Campeche para Tabasco y como se perdieron en la Laguna de Términos	328
Capítulo XXXVI.—De la salida de los demas Religiosos de Campeche, llega allá la nueva del naufragio y sentimiento que se hizo	335
Capítulo XXXVII.—De lo que hicieron los Religiosos en la Ysla de Términos y de su venida a Tabasco	339

Capítulo XXXVIII.—Salen los Padres de Xicalango y llegan a Tabasco y de lo que les sucedió allí	345
Capítulo XXXIX.—De lo que pasó a los Religiosos en Xicalango y su venida pa. Tabasco	348
Capítulo XL.—Prosiguen los Religiosos su viaje hasta llegar a la ciudad Real ..	354
Capítulo XLI.—De la fundación de Ciudad Real y conquista de aquellas provincias que llaman de Chiapa	362
Capítulo XLII.—De la entrada de los Religiosos en la Ciudad	366
Capítulo XLIII.—Del principio y motivos que hubo para los grandes disgustos y persecuciones que se levantaron contra el señor Obispo y los Religiosos	370
Capítulo XLIV.—De como nuestros Religiosos se salieron de la ciudad y se fueron a los pueblos de Sinacantan y Chiapa, donde fueron bien recibidos	376
Capítulo XLV.—De lo que sucedió a los Religiosos con el Encomendero de Chiapa y como engañó a los Religiosos	379
Capítulo XLVI.—De los Religiosos que fueron a Soconusco y muerte del Padre Fray Luis de Cuenca	382
Capítulo XLVII.—Dividense los Religiosos en Chiapa, Soconusco y Copanaguastlan y inquietud de los legos	385
Capítulo XLVIII.—De los pueblos de Sinacantan y Copanaguastlan, y del estado en que hallaron la tierra	388
Capítulo XLIX.—Prosigue el estado en que hallaron a los Yndios y como aprendieron las lenguas y enseñaron	392
Capítulo L.—De la suma pobreza que profesaron aquellos primeros fundadores	396
Capítulo LI.—De los grandes disgustos que los Religiosos pasaron con el Encomendero de Chiapa, y los motivos de ellos	399
Capítulo LII.—Donde se prosiguen las revueltas que los Religiosos tuvieron con el Encomendero de Chiapa	407
Capítulo LIII.—De la muerte feliz del P. Fr. Jorge de León, uno de los religiosos de aquesta primera misión	412
Capítulo LIV.—Sale el Padre Vicario a visitar los pueblos de los Zoques; y viaje que hizo el padre Vicario a ver lo de Guatemala	413
Capítulo LV.—De la muerte a manos de hereges luteranos, del Padre Fray Tomás de San Juan; e ida del Señor Marroquín a la Verapaz	416
Capítulo LVI.—Del viaje que hizo el Señor don Bartolomé de las Casas a la provincia de Teculután y de allí a Gracias a Dios a negociar el alivio de estas pobres gentes	418
Capítulo LVII.—De las Pascuas que los de la ciudad dieron a nuestros Religiosos, con que dieron fin a las maldades de este año 1545	425
Capítulo LVIII.—De la venida de un Oidor de la Real Audiencia de los Confines, a visitar la tierra y a moderar los tributos	431
Capítulo LIX.—Del viaje del Señor Obispo al Sínodo de Méjico que se tuvo aqueste año de 1546	433
Capítulo LX.—Va el Padre a visitar la Provincia de los Zoques, disgustos con el mestizo de Chiapa; y modo que buscaban los padres para fundar en Ciudad Real convento	442
Capítulo LXI.—Disgustos con el Encomendero de Sinacantan y los motivos de ellos; y prisión del cacique don Pedro y de Bartolomé Tzon, y lo que hicieron con ellos	447

Capítulo	LXII.—De la enfermedad y cura del Padre Vicario y Fray Tomás de la Torre y descripción de la casa de Sinacatlán	453
Capítulo	LXIII.—Trátase de la fundación del Convento de la Ciudad y lo que sobre ello pasó	457
Capítulo	LXIV.—De la entrada de nuestros Religiosos a vivir en Ciudad Real y misa nueva de Fray Alonso de Noreña	461
Capítulo	LXV.—Pónese la primera piedra de la Yglesia de Ciudad Real por el Ilustrísimo señor Marroquín y elígese nuevo Prelado	464
Capítulo	LXVI.—De como los Religiosos de Guatemala y Chiapa fueron al Capítulo Provincial de Méjico y de lo que en el camino y allá les sucedio	471
Capítulo	LXVII.—Del grande amor y caridad con que en aquellos tiempos se comunicaban todos los Religiosos de todas las sagradas Religiones; y de un caso espantoso sucedido en Chiapa y otros raros en otras partes	478
Capítulo	LXVIII.—De otro caso espantoso que sucedió en la Verapaz y de otras cosas raras que sucedieron por aquellos tiempos	482
Capítulo	LXIX.—De los varios modos que tuvo el demonio para procurar el descrédito de los Ministros Evangelicos	488
Capítulo	LXX.—De lo que hicieron los españoles por la muerte de Don Juan Cacique	490
Capítulo	LXXI.—De la venida de Diego Ramírez Juez que despacho su Magestad a Ciudad Real, y de las cédulas que envio a los Religiosos y a Don Pedro Cacique de Chiapa	495
Capítulo	LXXII.—De como se mandó despoblar la Nueva Sevilla y lo que sobre esto padecieron los Religiosos	505
Capítulo	LXXIII.—De como se fue descubriendo la gran solapa que había entre los indios acerca de la fe católica que habían recibido	509
Capítulo	LXXIV.—De un Juez que fué a Ciudad Real y como se dió libertad a los esclavos y se tazó toda la tierra y como se fueron fundando pueblos en forma	512
Capítulo	LXXV.—El Vicario de Ciudad Real viene a visitar la Casa de Guatemala, y elección del Prior de dicha Casa y del Vicario de Chiapa	521
Capítulo	LXXVI.—De la entrada que el Padre Fray Tomás de la Torre hizo en la Provincia de la Verapaz y entrada con el Padre Fray Domingo de Vico a lo de Acalá	523
Capítulo	LXXVII.—De la fundación de la Ciudad de San Salvador	525
Capítulo	LXXVIII.—Recíbense despachos de nuestro Reverendísimo General en que erigiendo esta Provincia en Vicaría la separa de la de México	530
Capítulo	LXXIX.—De la desgraciada muerte del Ylustrísimo Señor don Antonio de Valdivieso Obispo de Nicaragua	533
Capítulo	LXXX.—Del convento de Nuestra Señora de las Mercedes de Ciudad Real y su reedificacion	539
Capítulo	LXXXI.—Del Padre Fray Luis Cancer, uno de los primeros fundadores de esta Santa Provincia	543
Capítulo	LXXXII.—Hace el padre fray Luis viaje a España, y de allí por Nueva España a la Florida	552
	Indice de nombres y materias	561

